Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

056
MUND
no.25-30

Digitized by Google

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS AT URBANA-CHAMPAIGN

The person charging this material is responsible for its renewal or return to the library on or before the due date. The minimum fee for a lost item is **$125.00, $300.00** for bound journals.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University. *Please note: self-stick notes may result in torn pages and lift some inks.*

Renew via the Telephone Center at 217-333-8400, 846-262-1510 (toll-free) or circlib@uiuc.edu.
Renew online by choosing the **My Account** option at:
http://www.library.uiuc.edu/catalog/

NOV 30 2007
NOV 30 2007

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

MUNDIAL MAGAZINE

PUBLICACIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis - Paris

Digitized by Google

En boga en París - los deliciosos perfumes de

MONNA VANNA

ROSA CARUSO
MADAME
BRISA ECUATORIAL
MAGNATICO

VIOLETA CARUSO
MADEMOISELLE
BOUQUET CAVALIERI
ADIVINADOR

REPRESENTANTE EN
BUENOS-AIRES
Alex. R. ZOCCOLA. Lima 486.

DEPOSITARIO EN
MONTEVIDEO. (Casa TOGORES.)
Francisco L. Cabrera, Suc. Sarandi 685/7.

Digitized by Google

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción :
CARLOS LESCA

TELEFONOS
Dirección y Administración : Louvre 0-36
Redacción y Publicidad : Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. .. .. 12 fr.

EXTRANJERO
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. .. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO
Francia. .. .. 1 fr. | Extranjero .. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA : Guiñazú & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.

ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.

ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina é Islas Filipinas : Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.

Digitized by Google

AÑO III — VOLUMEN V — NUMERO 25 — MAYO 1913

SUMARIO

LA EXTRAÑA MUERTE DE FRAY PEDRO, cuento por RUBEN DARIO, ilustraciones de BASTE.. 3
LA POESIA POPULAR EN ESPAÑA, por P. DE PEDROSO, ilustraciones de FALGAS 8
PLEGARIA AL SILENCIO, poesía, por EDUARDO TALERO.. 17
FABULAS DE ADIANTE 20
MICTLAN TECUHTLI, cuento por ALFONS MASERAS, ilustrado por VISCAI. 23
ATENAS, por E. GOMEZ CARRILLO 28
AGUAFUERTES DE ESPAÑA, por AMICHATIS, con ilustraciones de LARRAYA 35
PALABRA Y SILENCIO, por JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.. 39
MANUEL LAINEZ, por RUBEN DARIO.. 42
ILUSIONES, poesía, por J. BOFILL Y FERRO.. 44
LA LEYENDA DEL IDEAL, por ANTONIO G. DE LINARES, ilustrado por TORNE-ESQUIUS 46
EL DOS DE MAYO, por JOSE LOPEZ DE FLORES.. 54
ESTRAZILLA, continuación de la novela de JOSE ORTEGA MUNILLA 59
LA CULTURA FISICA ¿ES UN DEPORTE?, por J. MORTANE.. 71
LOS TORMENTOS DEL ENSUEÑO, por A. IBELS.. 77
LOS PESCADORES DE SARDINA, por BLAY 82
SUPERSTICION O CIENCIA, por MAX.. 87
EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO.. 91
UN CARICATURISTA ARGENTINO 96
EL CONCURSO LITERARIO DE "MUNDIAL" Y "ELEGANCIAS" 98
ELEGANCIAS MASCULINAS 99
JOAQUIN LEMOINE 100

(No se devuelven los originales.)

En el próximo número :

PERICO LIJA, cuento inédito de ANTONIO MACHADO. — **LA MONTAÑA** maravillosa, por FRANCISCO CONTRERAS. — **EL AFILADOR**, poema inédito de ARMANDO VASSEUR. — Un interesantísimo artículo de información titulado : **EL TEATRO VISTO POR DENTRO.**

Próximamente :

Versos y prosas de RUBEN DARIO, AMADO NERVO, RICARDO LEON, GOMEZ-CARRILLO, MAX, HENRIQUEZ UREÑA, etc.

Digitized by Google

056
MUND
1925-30

La extraña muerte de Fray Pedro

Por RUBEN DARIO

I

Visitando el convento de una ciudad española, no ha mucho tiempo, el amable religioso que nos servía de cicerone, al pasar por el cementerio, me señaló una lápida en que leí, únicamente : *Hic iacet frater Petrus.*

— Este — me dijo — fué uno de los vencidos por el diablo.

— Por el viejo diablo que ya chochea — le dije.

— No — me contestó — por el demonio moderno que se escuda con la Ciencia. — Y me narró el sucedido.

Fray Pedro de la Pasión era un espíritu perturbado por el maligno espíritu que infunde el ansia de saber. Flaco, anguloso, nervioso, pálido, dividía sus horas conventuales entre la oración, las disciplinas y el laboratorio que le era permitido, por los bienes que atraía á la comunidad. Había estudiado, desde muy joven, las ciencias ocultas. Nombraba, con cierto énfasis, en las horas de conversación, á Paracelsus, á Alberto el Grande ; y admiraba profundamente á ese otro fraile Schwartz, que nos hizo el diabólico favor de mezclar el salitre con el azufre.

Por la ciencia había llegado hasta penetrar en ciertas iniciaciones astrológicas y quirománticas ; ella le desviaba de la contemplación y del espírtu de la Escritura. En su alma se había anidado el mal de la curiosidad, que perdió á nuestros primeros padres. La oración misma era olvidada con frecuencia, cuando algún experimento le mantenía cauteloso y febril. Como toda lectura le era concedida, y tenía á su disposición la rica biblioteca del convento, sus autores no fueron siempre los menos equívocos. Así llegó hasta pretender probar sus facultades de zahorí, y á poner á prueba los efectos de la magia blanca. No había duda de que estaba en gran peligro su alma, á causa de su sed de saber y de su olvido de que la ciencia constituye, en el principio, el arma de la Serpiente que ha de ser la esencial potencia del Antecristo, y que, para el verdadero varón de fé, *initium sapientiae est timor Domini.*

II

¡ Oh, ignorancia feliz, santa ignorancia ! ¡ Fray Pedro de la Pasión no comprendía tu celeste virtud, que ha hecho á los ciertos Celestinos ! Huysmans se ha extendido sobre todo ello. Virtud que pone un especial nimbo á algunos mínimos de Dios queridos, entre los esplendores místicos y milagrosos de las hagiografías.

Los doctores explican y comentan altamente, cómo ante los ojos del Espíritu Santo, las almas de amor son de mayor manera glorificadas que las almas de entendimiento. Ernest Hello ha pintado, en los sublimes *vitraux* de sus Fisonomías de Santos, á esos beneméritos de la caridad, á esos favorecidos de la humildad, á esos seres columbinos, simples y blancos como los lirios, limpios de corazón, pobres de espíritu, bienaventurados hermanos de los pajaritos del Señor, mirados con ojos cariñosos y sororales por las puras estrellas del firmamento. Joris Karl, el merecido beato, quizá más tarde consagrado, á pesar de la literatura, en el maravilloso libro en que Durtal se convierte, viste de resplandores paradisíacos al lego guardapuercos que hace bajar á la pocilga la admiración de los coros arcangélicos, y el aplauso de las potestades de los cielos. Y Fray Pedro de la Pasión no comprendía eso...

El, desde luego, creía, creía con la fé de un indiscutible creyente. Mas el ansia de saber le azuzaba el espíritu, le lanzaba á la averiguación de secretos de la naturaleza y de la vida, á tal punto, que no se daba cuenta

Digitized by Google

— Este — me dijo — fué uno de los vencidos por el diablo.

de cómo esa sed de saber, ese deseo indominable de penetrar en lo vedado y en lo arcano del universo, era obra del pecado, y añagaza del Bajísimo, para impedirle de esa manera su consagración absoluta á la adoración del Eterno Padre. Y la última tentación sería fatal.

III

Acaeció el caso no hace muchos años. Llegó á manos de fray Pedro un periódico en que se hablaba detalladamente de todos los progresos realizados en radiografía, gracias al descubrimiento del alemán Roëntgen, quien lograra encontrar el modo de fotografiar á través de los cuerpos opacos.

Digitized by Google

Supo lo que se comprendía en el tubo Crookes, de la luz catódica, del rayo X. Vió el facsímil de una mano cuya anatomía se transparentaba claramente, y la patente figura de objetos retratados entre cajas y bultos bien cerrados.

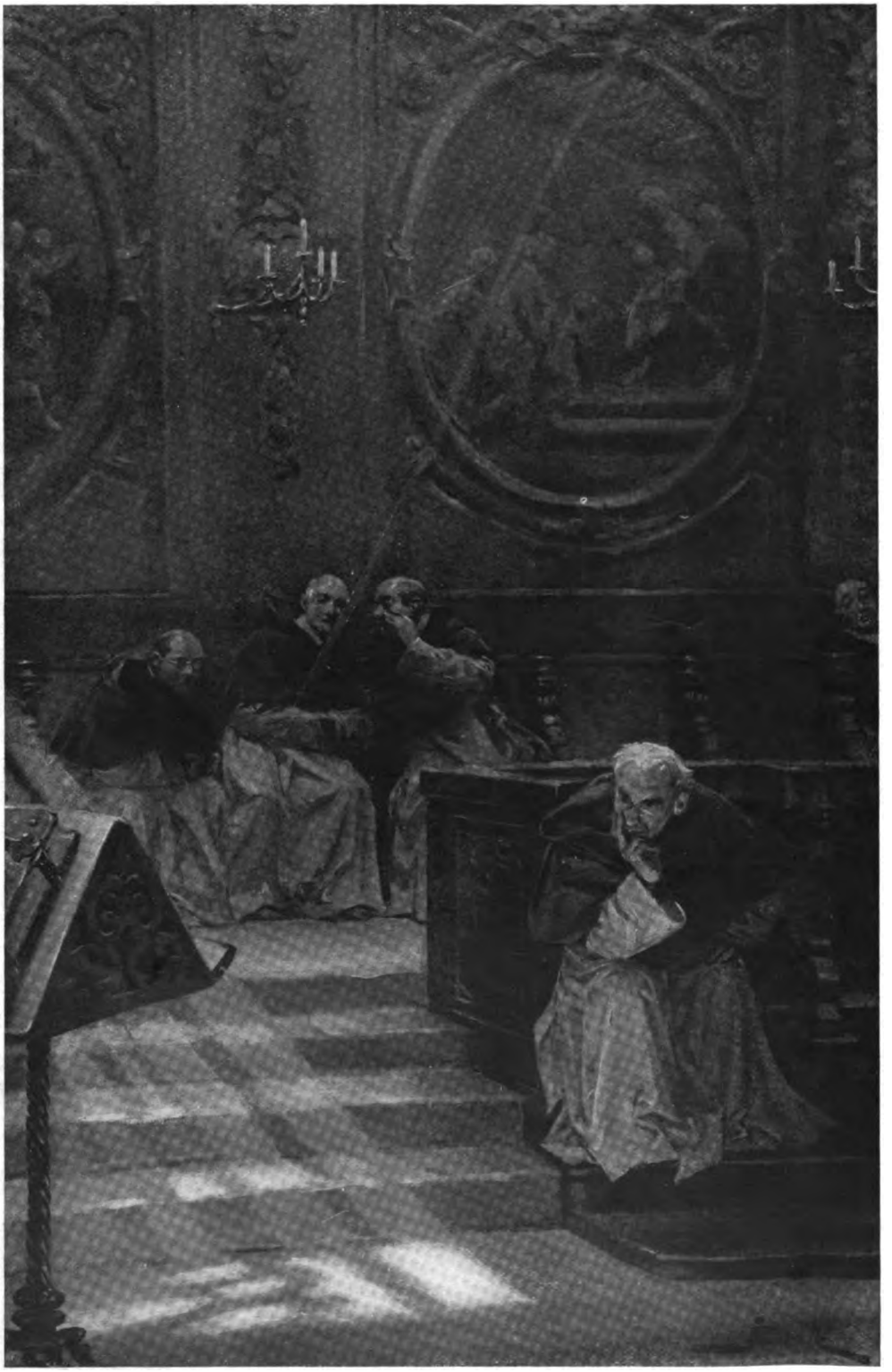
No pudo desde ese instante estar tranquilo, pues algo que era un ansia de su querer de creyente, aunque no viese lo sacrílego que en ello se contenía, punzaba sus anhelos... ¿Cómo podría él encontrar un aparato como los aparatos de aquellos sabios, y que le permitiera llevar á cabo un oculto pensamiento, en que se mezclaban su teología y sus ciencias físicas?.. ¿Cómo podría realizar en su convento las mil cosas que se amontonaban en su enferma imaginación?

En las horas litúrgicas, de los rezos y de los cánticos, notábanlo todos los otros miembros de la comunidad, ya meditabundo, ya agitado como por súbitos sobresaltos, ya con la faz encendida por repentima llama de sangre, ya con la mirada como estática, fija en lo alto, ó clavada en la tierra. Y era la obra de la culpa que se afianzaba en el fondo de aquel combatido pecho, el pecado bíblico de la curiosidad, el pecado omnitrascendente de Adán, junto al árbol de la ciencia del Bien y del Mal. Y era mucho más que una tempestad bajo un cráneo... Múltiples y raras ideas se agolpaban en la mente del religioso, que no encontraba la manera de adquirir los preciosos aparatos. ¡Cuánto de su vida no daría él, por ver los peregrinos instrumentos de los sabios nuevos en su pobre laboratorio de fraile aficionado, y poder sacar *las anheladas pruebas*, hacer los mágicos ensayos que abrirían una nueva era en la sabiduría y en la convicción humanas... El ofrecería más de lo que se ofreció á Santo Tomás... Si se fotografiaba ya lo interior de nuestro cuerpo, bien podía pronto el hombre llegar á descubrir visiblemente la naturaleza y origen del alma; y, aplicando la ciencia á las cosas divinas, como debía permitirlo el Espíritu Santo ¿por qué no aprisionar en las visiones de los éxtasis, y en las manifestaciones de los espíritus celestiales, sus formas exactas y verdaderas?

...Y tenía á su disposición la rica biblioteca del convento ..

¡Si en Lourdes hubiese habido un kodak, durante el tiempo de las visiones de Bernardetta! ¡Si en los momentos en que Jesús, ó su Santa Madre, favorecen con su presencia corporal á señalados fieles, se aplicase convenientemente la cámara obscura!... ¡Oh, cómo se convencerían los impíos, cómo triunfaría la religión! Así cavilaba, así se estrujaba el cerebro el pobre fraile, tentado

Digitized by Google



... Notábanlo todos los otros miembros de la comunidad, ya meditabundo, ya agitado...

Digitized by Google

por uno de los más encarnizados príncipes de las tinieblas.

IV

Y avino que, en uno de esos momentos, en uno de los instantes en que su deseo era más vivo, en hora en que debía estar entregado á la disciplina y á la oración, en su celda, se presentó á su vista uno de los hermanos de la comunidad, llevándole un envoltorio bajo el hábito.

— Hermano, le dijo, os he oído decir que deseabais una de esas máquinas, como esas con que los sabios están maravillando al mundo. Os la he podido conseguir. Aquí la tenéis.

Y, depositando el envoltorio en manos del asombrado fray Pedro, desapareció, sin que este tuviese tiempo de advertir que, debajo del hábito, se habían mostrado, en el momento de la desaparición, dos patas de chivo.

Fray Pedro, desde el día del misterioso regalo, consagróse á sus experimentos. Faltaba á maitines, no asistía á la misa, excusándose como enfermo. El padre provincial solía amonestarle ; y todos le veían pasar, extraño y misterioso, y temían por la salud de su cuerpo y por la de su alma.

El perseguía su idea dominante. Probó la máquina en sí mismo, en frutos, llaves dentro de libros, y demás cosas usuales. Hasta que un día...

O más bien, una noche, el desventurado se atrevió, *por fin*, á realizar SU PENSAMIENTO. Dirigióse al templo, receloso, á pasos callados. Penetró en la nave principal y se dirigió al altar en que, en el tabernáculo, se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento. Sacó el copón. Tomó una sagrada forma. Salió veloz para su celda.

V

Al día siguiente, en la celda de fray Pedro, se hallaba el señor arzobispo delante de, padre provincial.

— Ilustrísimo señor, decía éste, á fray Pedro le hemos encontrado muerto. No andaba muy bien de la cabeza. Esos sus estudios creo que le causaron daño.

—¿ Ha visto su reverencia esto? — dijo su señoría ilustrísima, mostrándole una revelada placa fotográfica que recogió del suelo, y en la cual se hallaba, con los brazos desclavados y una dulce mirada en los divinos ojos, la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Rubén Darío

Sacó el copón. Tomó una sagrada forma. Salió veloz para su celda.

Digitized by Google

Por P. DE PEDROSO.

UN PUEBLO POETA. — LOS CANTARES.

Todos los que en nuestros días viajan por España están conformes en reconocer, que son muchas las razas, distintas unas de otras, que mantienen en su suelo sus diferentes provincias: á la arrogante reserva del Aragonés, oponen la expansiva locuacidad del Andaluz; al activo Catalán, el indolente habitante de Castilla la Vieja. Y en efecto, á primera vista, parece España tener regiones originales, donde los pueblos se formaran á parte, aislándose en una red de montañas ó de ríos, estrechándose en los lazos de un idioma que les es peculiar. Pero cuanto más se penetra en el carácter de los Españoles, tanto más se comprende que, bajo aspectos diferentes, la raza presenta gran homogeneidad. Pese á cualidades distintas, y á una diversidad más que real aparente, tiene en su conjunto rasgos esencialmente comunes, un fondo único que procede de sus orígenes, de su aislamiento, y de la larga lucha secular contra un mismo enemigo. La reserva de los unos se la dan su naturaleza severa, las rocas áridas, y las montañas denudadas que cierran su horizonte; la alegría de los otros no es sino el eco que devuelven á los rayos del sol, á la expansión encantadora de la naturaleza que les rodea; mas, todos, desde el morador de las sierras hasta el alegre Sevillano, tienen igual fiereza indómita, igual invencible valor, igual fé innata, y por último igual poesía en el fondo del alma; y quizás sea la poesía más que cosa alguna, la que sujeta aquellos pueblos por un mismo lazo, por un mismo culto de lo ideal; culto casi feroz que da al Español aquel carácter ardiente y apasionado, violento cuando se hiere su sensibilidad en sus afectos, en sus deseos, en su honor. Nada más peligroso que tocar sus ilusiones; fijos con orgullo los ojos del alma y del corazón en su ideal, en su pasión, no dejará subsistir nada que vaya al encuentro. Esto es lo que le hace tan tenaz y apegado á sus ideas, á su país, á sí mismo. Rechazando cuanto es extraño á su personalidad, no quiere deber nada á los demás.

La manifestación de aquel culto hacia lo ideal, de aquellos sentimientos de continuas éxtasis en la raza, se vuelve á hallar bajo todos sus aspectos en los cantos populares conocidos bajo el nombre de *Cantares*. Los descendientes de aquéllos que escribían sus leyes en versos, no han perdido su estro poético; puede decirse que depende del mismo idioma de que forma parte, tanto como del alma española; y sus cantos, de un carácter del todo original, improvisados por la nación entera en sus momentos de efusiones, constituyen el documento más preciado que pueda observarse en el alma misma de un pueblo.

Es cierto que todo país puede vanagloriarse de poseer una literatura más ó menos hermosa, más ó menos difundida entre las diferentes clases sociales, pero, sea la que fuere, siempre se compondrá de lo más florido de los literatos. Ninguna nación posee verdaderamente obras populares, es decir, obras escritas, no *para* el pueblo, sino *por* el mismo pueblo; no por un círculo de personas instruidas, sino por la nación entera, que se ha hecho ella misma autora al propio tiempo que cantadora de sus obras. Quizás antaño, los cantos de los aedes de Grecia, los himnos y salmos de los primeros profetas, tuvieron aquel mismo carácter de espontaneidad; quizás sus cantos eran sólo una improvisa-

Digitized by Google

ción, en la cual armonizaban la exaltación de su alma con el instinto artístico de su naturaleza. Pero aún aquellos poetas formaban entonces lo más escogido, y no constituían la masa del pueblo.

Las poesías españolas conocidas bajo el nombre de *cantares* ó *coplas* son meras manifestaciones entusiastas, breves poemas á veces contenidos en una cuarteta, compuestos en un momento de exaltación ó de melancolía por el Español, hecho á la música del verso, gracias á lo sonoro de su idioma y á la poesía por la extremada sensibilidad de su alma.

No hay que confundir aquellas *coplas* con ciertos *romanceros*, en su mayoría también anónimos, y que recogidos por tradición, podrían parecer tener un origen no menos sabio. No, la composición del menor romancero exige, por poco que sea, algún conocimiento de la poesía, un estudio previo, siquiera un trabajo momentáneo, mientras la copla no exige del Español ni estudio previo ni trabajo momentáneo; el labriego que vuelve del campo, el obrero cansado de su trabajo, el enamorado que suspira, tomarán de noche su guitarra, é inspirados por un sentimiento de dicha ó de tristeza, expresarán con los acordes de su instrumento los pensamientos que le embargan, el amor que sienten.

Galicia.

Las cuerdas de mi guitarra
Mis sentimientos repiten;
Si me ven sufriendo, lloran,
Si me ven gozando, ríen.

En efecto, aquellas innumerables coplas no son sino un eco de la sensibilidad castellana, ninguna firma llevan, mas al pie de cada una podría ponerse: *El pueblo español*; pues nada encierra tantos rasgos característicos, tantos estados de ánimo verdaderos, como aquellos cuatro versos compuestos sin doble intención, sin ambición de escritor, sin el artificio del literato sometido á las exigencias de sus lectores. Expresan pensamientos sencillos, naturales, poéticos, á veces profundos, pero deslumbrantes de color local y de perfumada sencillez. Sinceros, cual lo es todo los que espontáneo, dicen todos los sentimientos del alma con sus más sutiles variaciones de alegrías y tristezas, de amor y de deseo, de cólera y de odio. Compónense de todos los suspiros, de todas las exclamaciones del alma española; aseméjase su conjunto al ruido que hacen á distancia las olas del mar, con sus matices de estrepitoso resplandor y de desesperados sollozos, pues si el Español tiene sus alegrías francas y expansivas, nada más profundo que su tristeza, nada más triste que sus quejidos.

Sería imposible recopilar todas las coplas; hay millares de ellas; se dicen á millones; sólo algunas, más hermosas que las demás, guarda la tradición, y constituyen el libro de los Cantares.

Cantar que del alma sale
Es pájaro que no muere;
Volando de boca en boca,
Dios manda que viva siempre.

¿A qué época de la historia hay que remontarse para hallar el origen de aquellas composiciones? De nuevo decimos: ¿Puede esto preguntarse á un pueblo que en los tiempos más remotos hacía de su código un poema? ¿al autor de aquellos innumerables romanceros llenos de numen y de poesía? Aquella costumbre no nació en un tiempo determinado, es como innata en el carácter español, forma parte de su dicha, de su pe-

Digitized by Google

nas, de sus amores. Pero, « volando de boca en boca », por más que diga el poeta, la mayor parte de las coplas se perdieron en el trascurso de los siglos, ó por lo menos ¿ cómo atribuirle un origen fijo ? Antes de principiar el siglo pasado, no existía ninguna recopilación de Cantares ; sin embargo, algunos deben remontar á la época de Fernando é Isabel, si se tiene en cuenta su hechura avejentada y sus palabras anticuadas.

Un estudio detenido de aquella poesía popular ayudaría en gran manera al del carácter español; los psicólogos lo descuidan con harta frecuencia en el análisis del alma castellana, á la que imprime un giro especial, una pasmosa sutileza de ingenio, una facilidad poética, quizás desarrollada al extremo por una sensibilidad nerviosa, si bien exponiendo á la luz del día los sentimientos más íntimos. Por último, las coplas ofrecen más que una mera manifestación del entusiasmo ó del amor; se descubre en ellas lo que en ningún otro país se puede encontrar: la filosofía popular. Mas, antes de analizarlas, considerémoslas, en primer lugar, bajo su forma puramente literaria, para ver luego los géneros peculiares á las diferentes partes de España; así volveremos á hallar el acento, el sello especial impreso por la historia, y la naturaleza en sus diferentes regiones.

Málaga.

La forma más usual de los cantares es la simple cuarteta, cuya composición es relativamente fácil ; se puede, por tanto, tomar como tipo característico de los cantares, si bien hay también muchos formados de tres y de siete versos. Esas cuartetas están hechas para ser cantadas con acompañamiento de guitarra, con el compás ordinario de las *petenera*s, las *jotas*, las *gitanas*, etc., y, sobre todo, de las *malagueñas* y *seguidillas* : esta última es más la forma clásica. Aunque la verdadera copla exige siete versos, las más de las veces se canta con la cuarteta ordinaria, repitiendo el primero y último renglón : es, por lo tanto, necesario, que la idea principal termine la copla, ya que se ha de decir tres veces.

Las coplas de siete versos exigen un poco más de trabajo de parte del autor, lo que da por resultado que muchos de los últimos resultan como sobrecargados ; los tres versos de suplemento hacen pesada la copla, más á sus anchas con su cuatro alas bien desplegadas. Las de tres versos son á veces más ligeras aún que la cuarteta, y contienen fácilmente un pensamiento, una exclamación precisa. Nada más ameno que ésta :

Tus ojos son dos ven-
[tanas
A donde el querer se
[asoma
Cuando no cabe en el
[alma.

La composición de la cuarteta no es difícil, los versos tienen por lo general ocho pies, ritmo que viene instintivamente al oído del pueblo, acostumbrado á oirlo desde la infancia. En cuanto á la rima, no hay que ser severo, basta que haya asonancia ; es fácil encontrar ésta en multitud de palabras españolas terminadas por vocales sonoras ; por cierto que sólo para dos versos se exige esa asonancia :

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí :
El último de mi madre
Y el primero que te di.

Sin embargo, pese á su composición sencilla, la cuarteta exige primero una idea más ó menos clara, mejor ó peor presentada, cierta

Digitized by Google

elección de palabras y, por último, un arreglo poético cualquiera; naturalmente, esto requiere delicadeza de sentimiento, un vivo instinto estético, y, con frecuencia, extraña uno hallar en la misma masa del pueblo tanta poesía, armonía y á veces profundidad. Algunas de aquellas coplas constituyen verdaderos pemas, pintan toda una vida de amor, toda un alma con sus tumultos y sus pasiones, y se queda uno soñando ante el inmenso horizonte entrevisto á través de aquellos pocos renglones, á través de un solo suspiro, un suspiro de poeta, por cierto:

Olvidé á Dios por [quererte,
Por ti la gloria per [dí,
Y ahora me vengo [á quedar
Sin Dios, sin gloria [y sin ti.

¿En qué poema del Dante ó de Virgilio hallaríanse expresados en tan pocas palabras tanto amor, tantas quejas y tanto dolor?...

No vaya á creerse que aquella poesía es peculiar de una sola región de la Península; España entera es su cuna; hasta las provincias que tienen su idioma ó dialecto como los países vascongados, Cataluña, Galicia y Valencia, tienen sus cantares originales. Pero las dos regiones donde parece que más se haya concentrado su producción, son Aragón y Andalucía, unión curiosa al saber que aquellas dos provincias son, por lo general, las que se citan como las más opuestas en sus gustos y en su carácter; pero esto prueba una vez más la homogeneidad de la raza entera, pese á las modificaciones de su temperamento. Si las coplas del Norte tienen un acento más severo, más penetrante, más abstracto quizás al lado de la exuberancia del Mediodía, donde hay más sol y alegría, por lo general, los mismos sentimientos animan á la nación entera, y los mismos caracteres se hallan por doquier.

En cuanto á la música, es imposible dejarla á un lado, ya que está ligada con la poesía, de que es sostén y acompañamiento. Si bien muy sencilla, sin grandes artificios, es siempre muy sostenida y cadenciosa, cada género tiene un ritmo muy determinado que se marca, no obstante la diferencia de las melodías; para el baile, la bandurria se une á la guitarra, pues también se baila la seguidilla, reminiscencia de los tiempos antiguos en que las tres artes se aunaban. Las seguidillas tienen un ritmo alegre y rápido, y en sus notas ninguna monotonía; al contrario de las malagueñas son vivas y alegres, con cierto acento de bolero ó de fandango en su compás.

Sobre aquellos aires más ó menos clásicos, se improvisan las palabras. Los días de fiesta, en las alegres reuniones del Domingo, cuando reina el júbilo y el amor se despacha á su gusto, el estro poético estimula al pueblo; y cuando ya cansados de bailar paran los palillos, y se dejan á un lado los tamboriles, las arrogantes bailadoras que, el puño en la cadera, erguida la cabeza, con una mueca desdeñosa en sus labios de carmín, acaban de cautivar á algún majo, van á descansar y á oir las exclamaciones de amor, los gritos de admiración que levantan á su alrededor su talle esbelto y combado, su gracia suelta y lenta. Entonces, circula de mano en mano la guitarra, y cada uno canta á su vez. Aquél cuyo corazón rebosa, se levanta y dice los sentimientos que le embargan, los pensamientos que le animan; se dirige á aquélla á quien ama, exalta los acontecimientos del día ó el héroe de la fiesta, y, á veces, cuando uno de

Digitized by Google

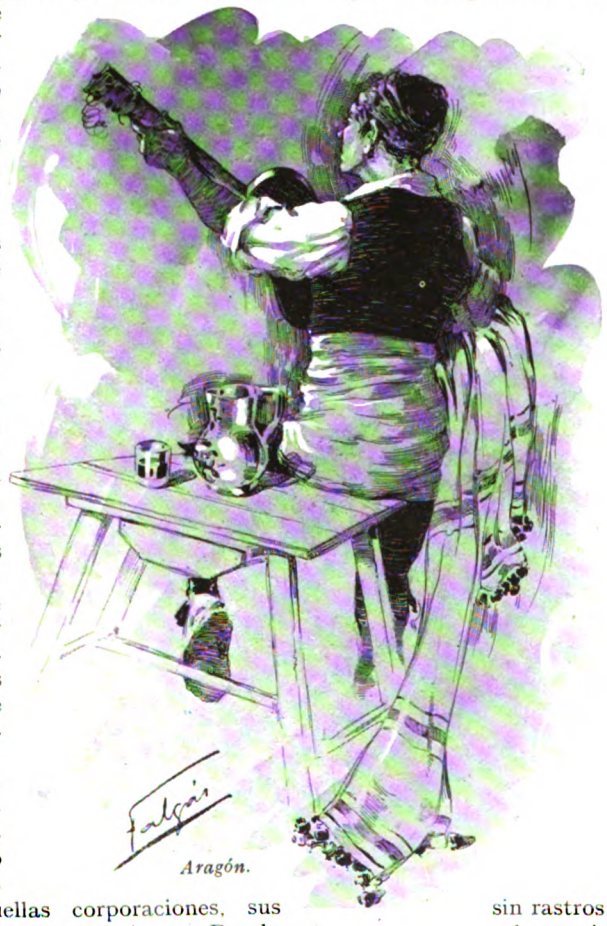
ellos ha sabido dar en la nota justa que se armoniza con toda la asamblea, cuando las vibraciones de su alma han sabido corresponder con las de los oyentes, la copla se dice otra vez, se repite, y « volando de boca en boca, Dios quiere que viva siempre ». La mayoría de los cantares hablan de amor; sin embargo, muchos abordan cualesquiera temas, pues este pueblo poeta, sea cual fuere la ocasión, sabe siempre hallar alguna idea original, ó cuando menos chistosa.

Sumamente difícil fuera hacer una verdadera clasificación de las coplas, ya que todos los sentimientos del alma, todas las condiciones humanas se expresan en ellas; pero en fin, agrupándolas con cierta amplitud, se pueden dividir en lastimeras y alegres, religiosas, morales y filosóficas, y por último amorosas, con todas las pasiones que con ellas se relacionan.

Antiguamente, había también las estudiantinas, pero desde que desaparecieron aquellas corporaciones, sus cantos también desaparecieron. Por lo general, eran coplas cómicas sobre las condiciones de su existencia y la pobreza del estudiante :

Tres meses ha que no como;
Me tiene abatido el hambre;
Me pongo en las piernas plomo,
Porque no me lleve el aire.

Es curioso notar que, en esta clasificación, no hay por qué intercalar la poesía burlesca; hay coplas chistosas, « saladas », como dice el Español, mas no realmente cómicas, como parecería exigirlo una obra popular ; en el fondo, el Español es grave, no tiene el genio bufón, pese á la exuberancia abiertamente manifiesta en las coplas meridionales. También son muy escasas las coplas descriptivas ; si el Español disfruta de la naturaleza, es en su interior que la contempla, en el bienestar que le dan los cálidos rayos del sol, ó el resplandor y el perfume de sus flores, es en la expansión de su actividad propia que la comprende ; entonces cantará su dicha, la alegría que tiene de vivir para amar, pero sin atribuir tal bienestar á las bellezas cuyo encanto siente. En una palabra, sus pensamientos son más bien sujetivos y se concentran en él mismo ; el objetivo en él se confunde con los sentimientos que necesita desahogar exteriormente, y cantar cual el pájaro en la enramada.



Aragón.

Las coplas lastimeras y tristes son más especialmente peculiares á las malagueñas ; su carácter parece ser herencia del Moro. Setecientos años de dominio no han podido quedar sin rastros en el suelo español, y las quejas que el Arabe deja oir sobre las arenas del desierto, aún tienen su eco en la tierra andaluza, con los *ayes* dolientes y lúgubres de sus malagueñas. Comienzan por gemidos modulados é interminables, que poco á poco se apagan, cual largo suspiro, para empezar de nuevo ; luego, de repente, el alma que así gime principia á contaros sus penas, y con voz vibrante deja desbordar su dolor en quejas amargas, para volver después á sus ayes desesperados. Nada más triste que aquellos cantos oídos en lontananza ; infunden al corazón no sé qué melancolía, compuesta de extraña tristeza, común á los

Digitized by Google

países ardientes do la pesadez y la serenidad de la naturaleza parecen embotar el alma :

Al dolor y á la esperanza
Los encontré en mi camino
La esperanza me dejó
Y el dolor sigue conmigo

En lo profundo del mar
Voy á sepultar mi pena,
Porque mi pena es tan grande
Que ya no cabe en la tierra.

A una piedra de la calle
Fuí y le conté mi dolor;
Mira lo que le diria
Que la piedra se partió.

Tristezas me ponen triste,
Tristezas salgo á buscar;
Veremos si con tristezas,
Tristezas podré olvidar.

Casi se podrían relacionar por el ritmo los cantos flamencos con las malagueñas ; un tanto semejantes á los lamentos orientales, tienen, empero, algo más rudo, menos monótono, y por lo general las canta el pueblo bajo, los gitanos ; para conservar su carácter, exigen voces duras é incultas, sonidos contrariados y salvajes.

Las coplas que inspirara la fé, sin ser muchas, son, empero, muy difundidas. Es, sobre todo en los días de gran solemnidad religiosa, cuando la deja desbordar el pueblo, al paso de las procesiones. Las de Semana Santa ofrecen ocasión propicia para las efusiones religiosas. En Sevilla, por ejemplo, cuando, de vez en cuando, los que llevan aquellos inmensos pasos de madera labrada (escena de la Pasión de tamaño natural) descansan de su pesada carga dejándola en el suelo, cuando ha callado la charanga, y que sólo siguen lloviendo las flores desde lo alto de los balcones sobre la Virgen y los Santos, entonces se alzan voces que salen de la muchedumbre, y cantan, con tono flamenco, coplas al Crucificado, á la Virgen, á los Apóstoles :

Hermosa como ninguna
Purísima Concepción,
A tus pies tienes la Luna,
Sobre la cabeza el Sol,

El Viernes Santo, á las dos de la madrugada, al salir la procesión de la Macarena, la más popular de todas las cofradías, son manifestaciones de un entusiasmo desbordante, de verdadero delirio religioso. He visto á algunas gentes del pueblo, cantando á la Virgen, fijos los ojos en los suyos, iluminado el semblante en éxtasis de amor. Las fiestas de Navidad dan también origen á aquellas improvisaciones, que tienen el candor medioeval, y hacen pensar en la sencillez de los milagros y de los misterios, unida á la efusión espontánea de un corazón lleno de fé :

Lo ha dormido entre sus [brazos
Aquélla que lo parió,
Y su canto era tan dulce
Que pudo dormir á Dios.

Murcia.

Por lo general, las cuartetas religiosas expresan más bien admiración, ternura y éxtasis, sin profundidad en su concepto, sin gran horizonte intelectual. La fé española, sincera é inquebrantable, se fija en las manifestaciones exteriores, en las formas y en su belleza más bien que en su principio.

Entre las « coplas filosóficas » y « morales » se halla un verdadero código de consejos y de verdades que, difundidos así en el pueblo, deben á no dudarlo mantener en él el culto de la verdad, del bien y de lo bello. Unas se refieren á las facultades del alma, á los peli-

Digitized by Google

gros de la vida ; otras nos enseñan el camino de la virtud y la derechura del corazón, al condenar el vicio y las pasiones. Muchas hasta han llegado á ser proverbios, refranes, circulan entre el pueblo que las repite á cada paso, sin guitarra ni melodía. ¿ No es éste el mejor medio de hacer brotar las ideas grandes y nobles, de mantener en el ánimo ardiente y violento del Español el culto á la virtud ? He aquí algunas cuartetas que resultan del análisis del alma humana hecho por el pueblo, de la continua observación de los hombres entre sí; demuestran cuan difundido está el sentido común entre el vulgo, cuan psicólogo es el ojo humano sin haber estudiado las profundidades metafísicas, y, por último, cuan poca erudición hace falta para conservar la derechura del corazón, único camino que conduce á la verdad :

Si á cada cual en la frente
Le escribiesen su aflicción,
Muchos que nos dan envidia
Nos darían compasión.

Mis amigos me desprecian
Porque me ven abatido;
Todo el mundo corta leña
Del árbol que está caído.

Nada contiene el mundo
Que sea durable,
Excepto la inconstancia,
Que es la constante.

El tiempo y la ilusión
Son dos amigos fieles :
Despiertan á los que duermen,
Y duermen á los que velan.

Caminaba la ausencia
Por un camino,
Y el olvido seguía
Sus pasos mismos.

Como las esperanzas
Son los laureles,
Que sin dar fruto á nadie
Siempre están verdes.

De las potencias del alma
La memoria es la cruel,
Pues que causa el mayor mal
Recordando el mayor bien.

Al lado de estas cuartetas filosóficas y morales, que bajo una forma más ó menos adornada de imágenes encierran verdaderos preceptos, las hay menos graves que ocultan, empero, observaciones muy ingeniosas, y denotan una verdadera inclinación al sarcasmo y á la sátira :

La mujer es un con-
[junto
De malo y bueno;!
En su postrera obra
Dios echó el resto.

El demonio son los hombres,
Según dicen las mujeres;
Y están deseando algunas
Que el demonio se las lleve.

Mi suegra me quiere
Porque le guardo el tejado;
No sabe la pobre vieja
Las tejas que le he quebrado.

En el reloj del mundo
Suena la hora ;
Amor es la campana
Y el diablo la toca.

Granada.

Al lado de meras manifestaciones de la fé y de principios morales, las coplas, en su conjunto, ofrecen otra categoría de estudio. Forman un compendio de las costumbres españolas ; nos hacen tocar con la mano los mismos hábitos del pueblo, poniendo á la luz del día el fondo de su corazón y de su inteligencia. Innumerables son las coplas amorosas, y nos hacen asistir á aquella constante novela de la humanidad entera, es muy cierto, pero que se hace más armoniosa y sincera bajo los ardientes rayos del Mediodía, bajo los cielos que permanecen eternamente azules. Como quiera que el amor no tiene leyes, y que los más enamorados son los más locos... no haré distinciones en aquellas coplas sin fin que emanan de todas las profundidades del corazón, ya que

Digitized by Google

Es amor una senda
Tan sin camino,
Que el que va más derecho
Va más perdido.

Tengo á la vista centenares de coplas, donde el amor aparece bajo todas sus formas. ¿ No es preciso

Que las nubes lloren,
Que el sol brille,
Que los viejos se quejen
Y los jovenes amen ?

Y todos los Españoles aman, y todos han hablado del amor, ora solitarios al pensar en su novia, ora cuando al anochecer se van á cantar debajo de su ventana :

A media noche, tus ojos
Se asomaron al balcón ;
Y al verlos, cantó el sereno:
Es media noche y hay sol.

Los ojos de mi morena
Son lo mismo que mis males :
Grandes como mis fatigas,
Negros como mis pesares.

¿ De qué serviría citar más coplas? no hay sino las que expresan el éxtasis amoroso, la admiración exaltada ; mas aquella admiración da origen á su parásito inevitable : los celos, terrible pasión que nace del amor y que con él crece. Nadie es más celoso que el Español, porque nadie es más violento en su pasión, más ardiente en sus afectos, para los cuales no puede soportar la menor contrariedad, el menor enfriamiento :

Desempedraré tu calle
Y la cubriré de arena,
Para mirar las pisadas
De los que rondan tu reja.

Por último, al lado de tantos verdaderos afectos, de lazos tan firmes, de tantos celos y cólera, se alza el desprecio y todas las pasiones que tiene el amor en su cortejo : acá echa por tierra lo que más allá exaltaba, arrastra en su odio lo que desecha en su amor, entregándose á todas las contradicciones, á todas las locuras, cuya causa es aquella pasión, locuras que hasta la poesía admite en sus dulces armonías, porque vienen del corazón del hombre y de sus más hondos dolores.

Más tarde, cuando la civilización habrá invadido al mundo, que España se habrá transformado, y que el novio no irá ya á afrontar la intemperie de las estaciones para velar debajo de la ventana de su prometida, entonces, al abrir el libro de los Cantares, se hallarán las antiguas costumbres do el amor, rebosando del corazón, no podía quedar encadenado, sino que, impaciente y lleno de ardor, iba á cantar de noche, cual Romeo ó Don Juan cerca de Julieta ó de Elvira. Durante días, seguí en Toledo la novela de dos enamorados. Todas las noches, en una de las calles próximas á la inmensa Catedral, « él » venía hacia las diez ó las once oculto bajo larga capa y ancho chambergo : primero llegaba lentamente, luego se apresuraba al acercarse, deslizándose siempre á lo largo del muro, para que su sombra ni siquiera turbara la pura claridad de la luna que inundaba la calle. A veces, aguardaba largo rato, paseando de acá para allá, hasta que, por fin, un ligero estremecimiento de la ventana y una blanca mano que pasaba entre los barrotes, le avisaba que todos descansaban, y que « ella » le aguardaba para hablar de su amor ; y la plática duraba tiempo, oía yo el murmullo de las voces sin distinguir las palabras, pero para saber lo que decían, no tenía más que abrir el libro de los Cantares, pues el lenguaje que se desliza entre los negros barrotes, se sorprende al paso en las coplas que canta la nación entera, eco de cada cual en particular, que llega á ser la voz de todo un pueblo :

ELLA

Fuiste mi primer amor,
Y me enseñaste á querer,
No me enseñes á olvidar,
Que no lo quiero aprender.

EL

Tú tienes mi corazón,
El tuyo me lo has de dar,
Que el que roba corazones
Con el suyo ha de pagar.

ELLA

Suspiros que de mí salgan,
Otros que de ti vendrán,
Si los suspiros se hablan
Qué de cosas se dirán!

EL

Si en las noches de mi ausencia
En tu reja sientes ruido,
Es que van á saludarte
Amorosos mis suspiros.

Así es que, las noches en que estaba ausente, oía yo en lontananza hasta muy tarde, en la noche, un aire de guitarra, una melodía lánguida y triste, mientras que en la ventana enrejada, una sombra clara escuchaba in-

Digitized by Google

móvil al que así hablaba de lejos. ¿ Qué fué de ellos ? No lo sé. Durante dos días, « él » no vino, y yo huí lejos de Toledo y de su cuadro antiguo, lejos de sus ruinas y de sus bellezas que me arrobaron, pero había sido testigo de la historia de cada día, de la novela que cada noche se renueva en las estrechas y sombrías calles de la poética España.

Y, en breve, cuando ya no exista la España de hoy; cuando hayan transcurrido los años llevándose consigo los últimos vestigios de la personalidad del pueblo, para transformarlo según la fórmula uniforme de la civilización moderna; cuando se haya vuelto artificial, esclavo del dinero y sujeto á las máximas que agotan el arranque espontáneo del corazón; entonces se buscarán los sentimientos verdaderos y sinceros, y los hallarán escrito de manos de un pueblo ignorante en el libro de los Cantares. Quizás, entonces, como á todo lo que ya no existe, se le echará de menos, pues así está hecho el mundo : ¡ desprecia lo que posee, y siente lo que ha perdido !

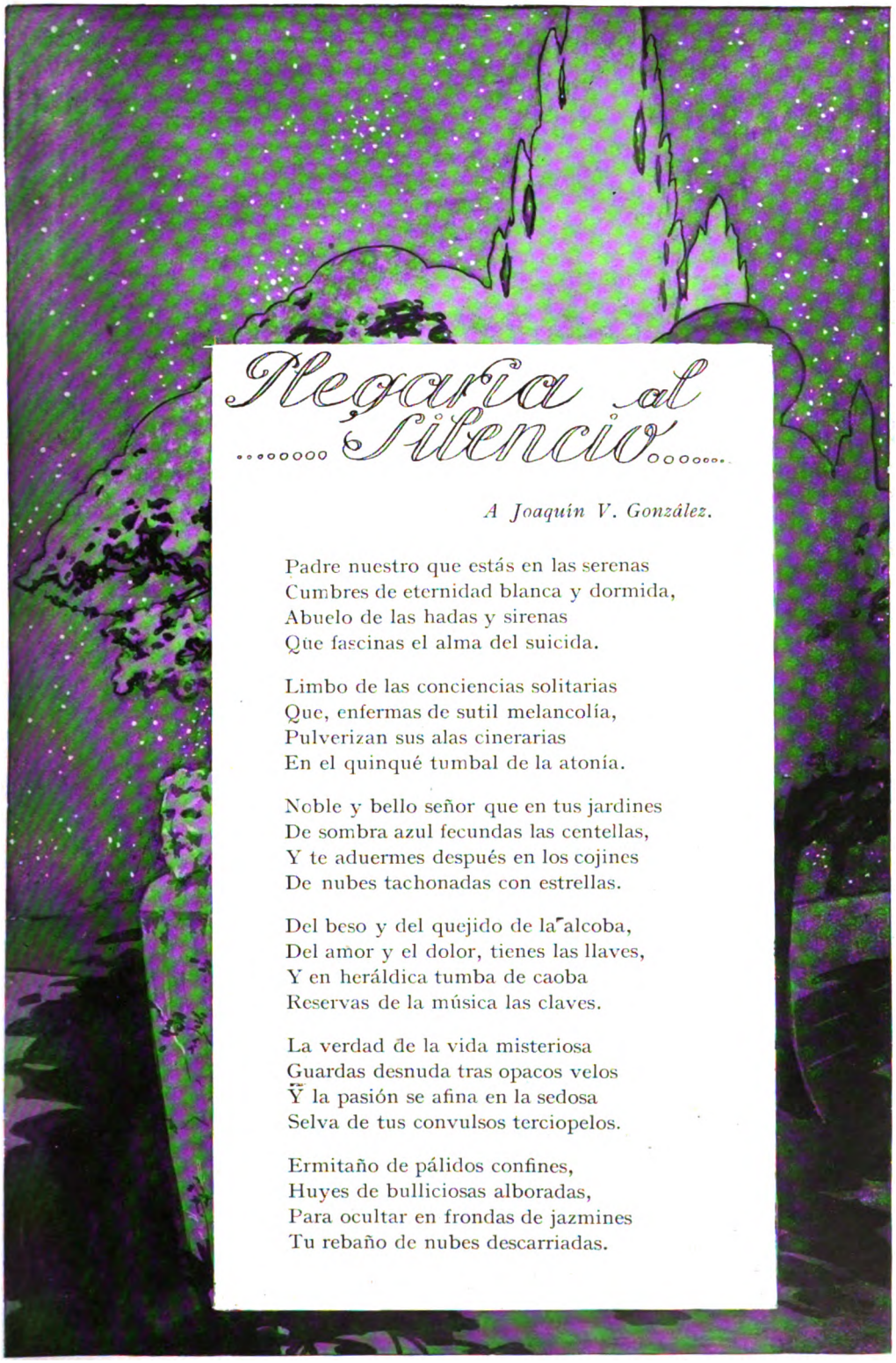
(Ilustraciones de Falgás.)

MIRANDO AL CIELO

Bajo la fronda de la verde copa
Del almendro que crece en la terraza,
Vocinglera y vivaz cubre la herbaza
De pajarillos la parlera tropa.
Tiende el turbión su mortecina hopa
En las tinieblas de la noche, y traza
Círculo de terror que despedaza
Con hirviente soplido lo que topa.
Al nuevo albor, los campos cultivados
Reflejan el color de los desiertos
Por diabólicos silfos azotados ;
Y en la hojarasca del almendro, yertos,
Yacen los pajarillos esponjados
Con los turbios ojillos entreabiertos.

CESAR CANCIO

Digitized by Google



Plegaria al Silencio

A Joaquín V. González.

Padre nuestro que estás en las serenas
Cumbres de eternidad blanca y dormida,
Abuelo de las hadas y sirenas
Que fascinas el alma del suicida.

Limbo de las conciencias solitarias
Que, enfermas de sutil melancolía,
Pulverizan sus alas cinerarias
En el quinqué tumbal de la atonía.

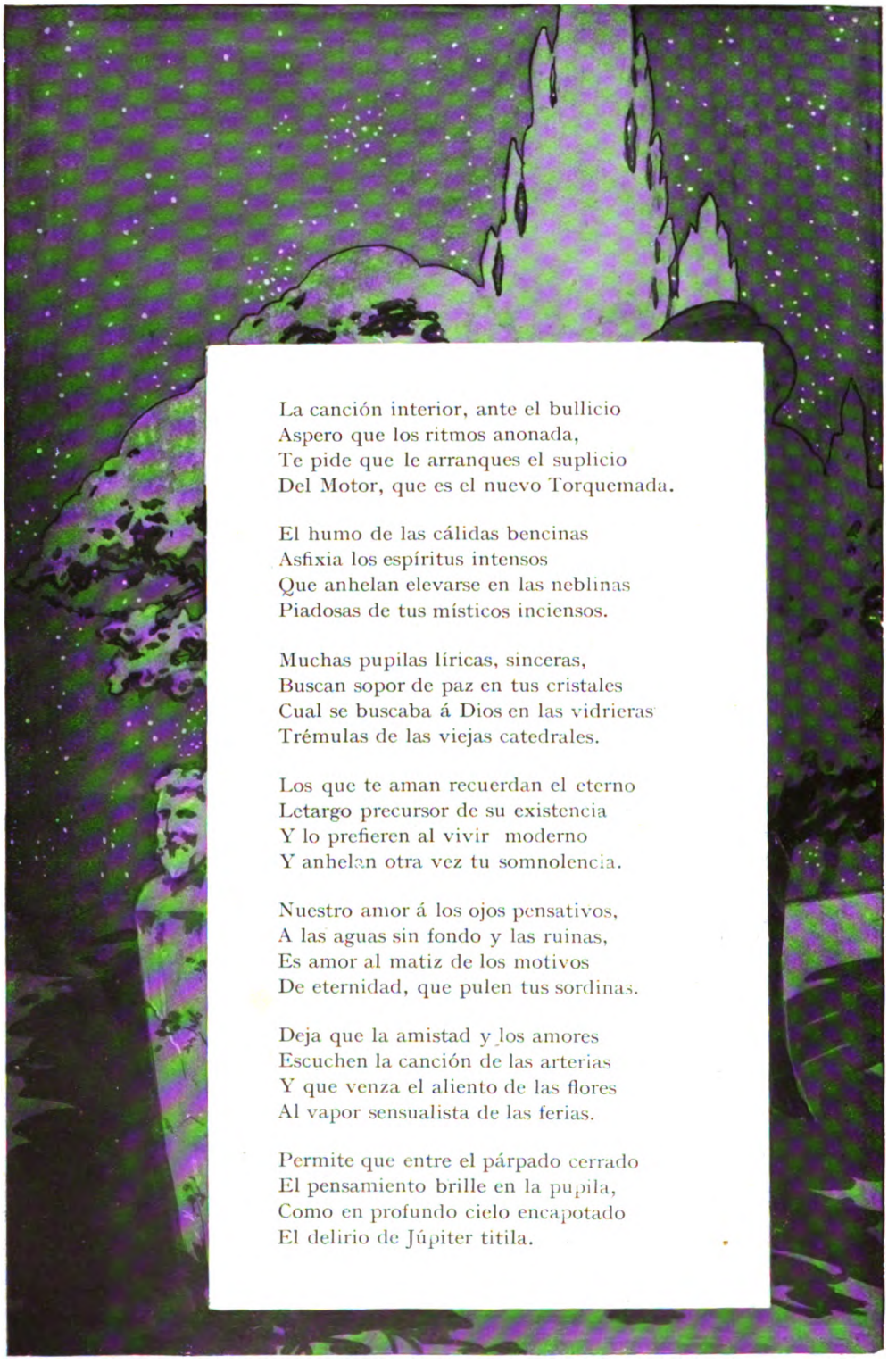
Noble y bello señor que en tus jardines
De sombra azul fecundas las centellas,
Y te aduermes después en los cojines
De nubes tachonadas con estrellas.

Del beso y del quejido de la alcoba,
Del amor y el dolor, tienes las llaves,
Y en heráldica tumba de caoba
Reservas de la música las claves.

La verdad de la vida misteriosa
Guardas desnuda tras opacos velos
Y la pasión se afina en la sedosa
Selva de tus convulsos terciopelos.

Ermitaño de pálidos confines,
Huyes de bulliciosas alboradas,
Para ocultar en frondas de jazmines
Tu rebaño de nubes descarriadas.

Digitized by Google



La canción interior, ante el bullicio
Aspero que los ritmos anonada,
Te pide que le arranques el suplicio
Del Motor, que es el nuevo Torquemada.

El humo de las cálidas bencinas
Asfixia los espíritus intensos
Que anhelan elevarse en las neblinas
Piadosas de tus místicos inciensos.

Muchas pupilas líricas, sinceras,
Buscan sopor de paz en tus cristales
Cual se buscaba á Dios en las vidrieras
Trémulas de las viejas catedrales.

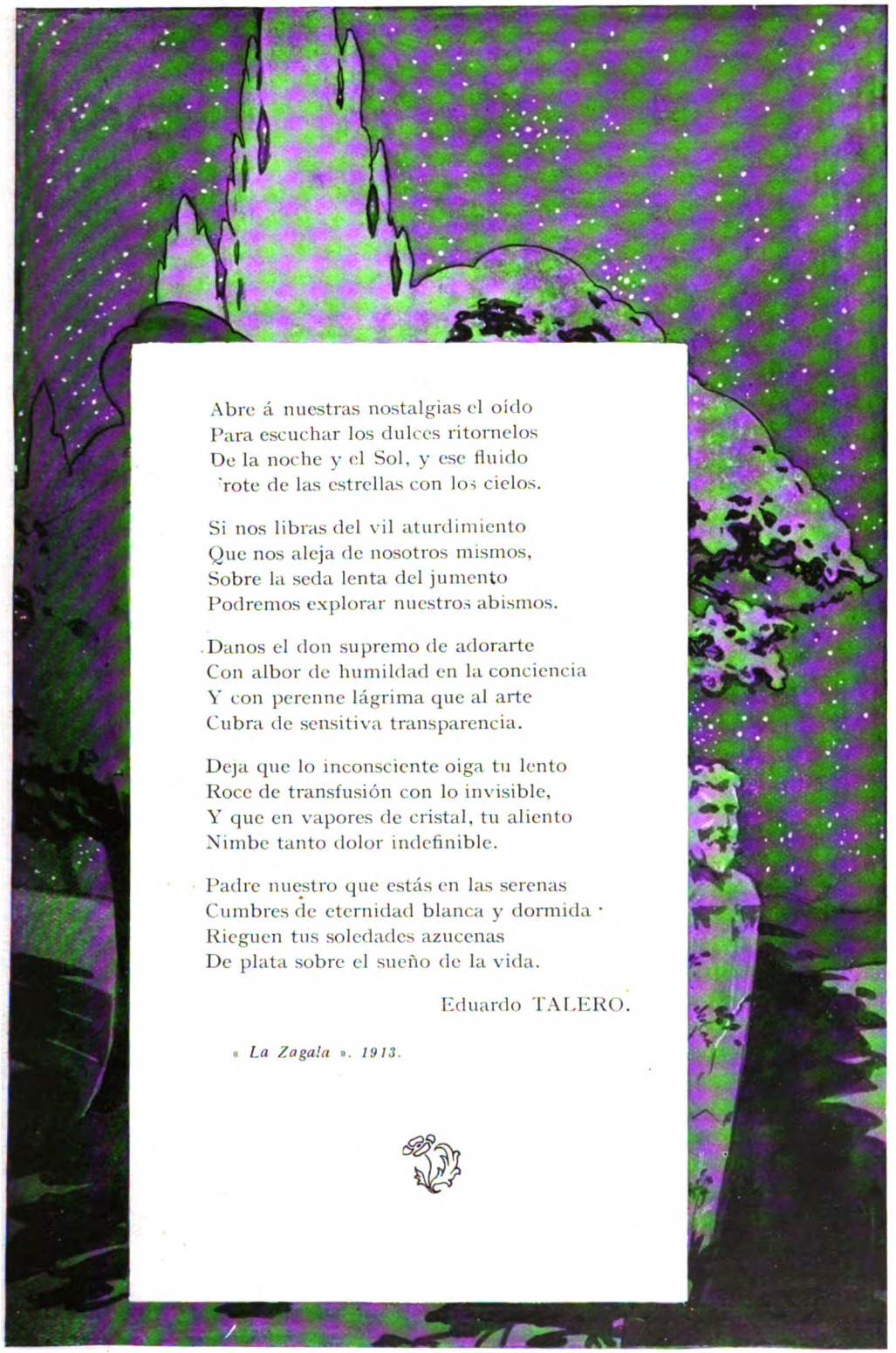
Los que te aman recuerdan el eterno
Letargo precursor de su existencia
Y lo prefieren al vivir moderno
Y anhelan otra vez tu somnolencia.

Nuestro amor á los ojos pensativos,
A las aguas sin fondo y las ruinas,
Es amor al matiz de los motivos
De eternidad, que pulen tus sordinas.

Deja que la amistad y los amores
Escuchen la canción de las arterias
Y que venza el aliento de las flores
Al vapor sensualista de las ferias.

Permite que entre el párpado cerrado
El pensamiento brille en la pupila,
Como en profundo cielo encapotado
El delirio de Júpiter titila.

Digitized by Google



Abre á nuestras nostalgias el oído
Para escuchar los dulces ritornelos
De la noche y el Sol, y ese fluido
Trote de las estrellas con los cielos.

Si nos libras del vil aturdimiento
Que nos aleja de nosotros mismos,
Sobre la seda lenta del jumento
Podremos explorar nuestros abismos.

Danos el don supremo de adorarte
Con albor de humildad en la conciencia
Y con perenne lágrima que al arte
Cubra de sensitiva transparencia.

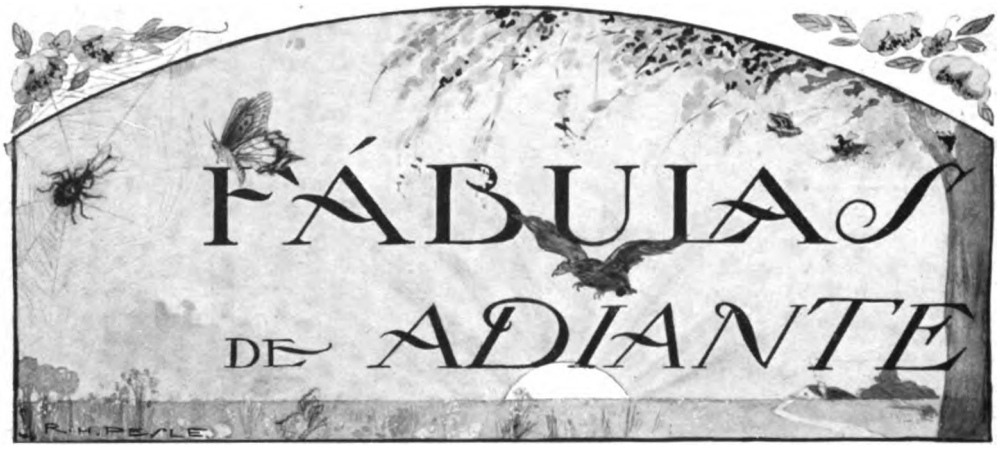
Deja que lo inconsciente oiga tu lento
Roce de transfusión con lo invisible,
Y que en vapores de cristal, tu aliento
Nimbe tanto dolor indefinible.

Padre nuestro que estás en las serenas
Cumbres de eternidad blanca y dormida
Rieguen tus soledades azucenas
De plata sobre el sueño de la vida.

Eduardo TALERO.

« *La Zagala* ». *1913.*

Digitized by Google



LAS DOS TEMERIDADES.

El sol rinde á las plantas. Los yerbazales, desfallecidos, se encorvan, queriendo beberse el agua de sus propias raíces. Millares de insectos se entregan zumbando al amor y á la matanza.

En su red, tendida de hoja á hoja, una diminuta araña vigila, prestas sus ocho patas, avizores sus ocho ojos.

Cae una mariposa, hay lucha, y la red se agita violentamente.

Pero la mariposa es demasiado grande, demasiado fuerte, y en uno de sus forcejos ha roto los hilos y ha escapado.

¡ Ha escapado por el cielo con la araña á cuestas !

Y yo, conmovido, mirando á la desierta red, mirando al cielo, he dicho :

— ¡ La temeridad del loco !

Al poco rato, otro drama.

Un avispón zumba agresivamente, cazando para sus larvas.

De pronto, se lanza sobre una mosca vulgar y la hace presa, y se encorva encima de ella juntando el abdomen y el tórax, y la arranca patas y alas...

Y en esto, otra mosca vulgar, sin darse cuenta del peligro, viene á pararse junto al avispón, corriendo indiferente sobre los despojos de su compañera.

Yo me digo :

— ¡ La temeridad del imbécil !

Los hombres de ahora, sin dejar de ser muchas veces temerarios, deben librarse de estas dos temeridades. Pero antes deben ser temerarios locos, que no de la muchedumbre inmensa de los temerarios imbéciles.

EL GRITO DE LOS GRITOS.

Yendo por una arboleda, vi á un muchacho que subía á un olmo á robar nidos.

Las crías, asustadísimas, sacando del nido sus cuellos desnudos, sus ojos reventones, sus picos blandos, queriendo volar y no pudendo, chillaban en su lengua :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

— ¡ Baja ! ¡ baja ! — dije al ladroncete, enseñándole los puños, mientras mi perro, cuello arriba, con cólera de mi cólera, le enseñaba los dientes. — ¡ Baja ! ¡ baja !

El muchacho, asustadísimo, bajó del olmo temblando, dentellando, desgarrándose la blusa ; echó á correr, llora que te llora ; creía que le seguían ; gritaba :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

Las crías gritaban :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

Los ecos repetían :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

Y yo, pobre de mí, viéndome sin más que mi perro en el mundo, pensé cerrando fuertemente los ojos para no llorar, pensé en el camposanto de mi aldea y grité con la garganta desgarrada :

— ¡ Madre ! ¡ Madre !

LA VIBORA Y EL GAVILAN.

Una víbora duerme al sol. El gavilán la ha visto : se acerca, le da un alazo, la aturde, le rompe el cráneo, y se la lleva colgando del pico.

Cerca de la peña en que estaba la víbora, un padre mira fijamente á su hijo y, levantándose, con voz penetrante, le habla así :

Digitized by Google

« Ten un sentimiento vivo de la justicia ; que la justicia sea el motivo grande de la vida que te he dado, hijo de mi alma. Pero cuando veas que un usurero está á matarse con un picapleitos, ó un ama de rameras con un chulo, ó un rastacuero con un tacaño, ó un cacique con otro cacique, ó un vividor con otro vividor, no pienses que sus luchas á muerte tienen nada que ver con la justicia, y haz lo que hemos hecho ahora : ¡ Déjalos que se maten ! »

El gavilán se aleja con su víbora ; se aleja, se aleja : y ya los dos enemigos no forman más que un mismo punto negro en el espacio.

LA MORAL DE LAS MORALES.

Una fuente sale dando un salto de la oscuridad de la tierra brilla, brinca, cae, se queja riendo, reposa un instante, bebe de su agua de un beso largo, veo en su agua las primeras estrellas del cielo, y tiembla, corre, ríe, se esconde, se le oye correr riendo, correr, correr...

Y viene la noche.

En medio de esta noche, mi alma fugitiva se mece al murmurio de esta agua, que baja por el monte, dando saltos de niño.

Yo quisiera ser como esta agua, que la beben y no se detiene á pedir que la paguen nunca, que crece sin volverse á pedir nada, que es fresca, limpia, inocente y segura de sí.

Yo quisiera ser como el arroyo, que no se vuelve atrás para saber quien lo ha bebido.

Yo quisiera bajar adonde tengo que bajar ; yo quisiera bajar como esta agua, recogiendo, tembloroso, las estrellas, las brumas y las flores.

¡ Qué bien mece á mi alma este murmurio alegre !

LA ENDIOSADA RANA.

Un filósofo errabundo, amigo de hombres y de animales sin distinción de creencias, se paseaba lentamente bajo los astros.

Miraba al cielo, colgaba y descolgaba equis de los astros que veía, y también de los que no veía, y se reía en paz sobre su larguísima barba blanca, cuando en esto sintió que los pies se le hundían en algo blandengue.

Dejó al cielo en el cielo, apartó la barba á un lado, se miró á los pies, y pudo ver que los había metido en un fangal.

Entonces, siempre con su risa angélica, miró alrededor de los pies, y no vió sino fango; y, sobre el fango, una rana incipiente que croaba exaltadísima.

— ¿ Qué haces ahí, con tanto cantar ? — la dijo el filósofo abocinando las manos.

— ¿ Qué hago ? — respondió la rana, inflándose por verse más grande en el fangal.

— ¿ Dices qué hago ? Miro en el brillante fango el firmamento ; miro la luna y las estrellas ; me miro á mí misma sobre todas las cosas. En cuanto cierro los ojos, todas ellas se van, para dejarme dormir; en cuanto los abro, todas ellas, para rendirme culto, se vienen á mis pies, y canto. O qué ¿ te parecía que no tengo que cantar, viéndome rodeada de tantas maravillas hechas para cuando abro yo los ojos ? Dentro de poco empezará á rodearme el sol, y también cantaré. No hay como mi canto. ¡ Mi boca es grande !... Y tú barbotas ¿ qué haces ahí, con tanto mirar ?

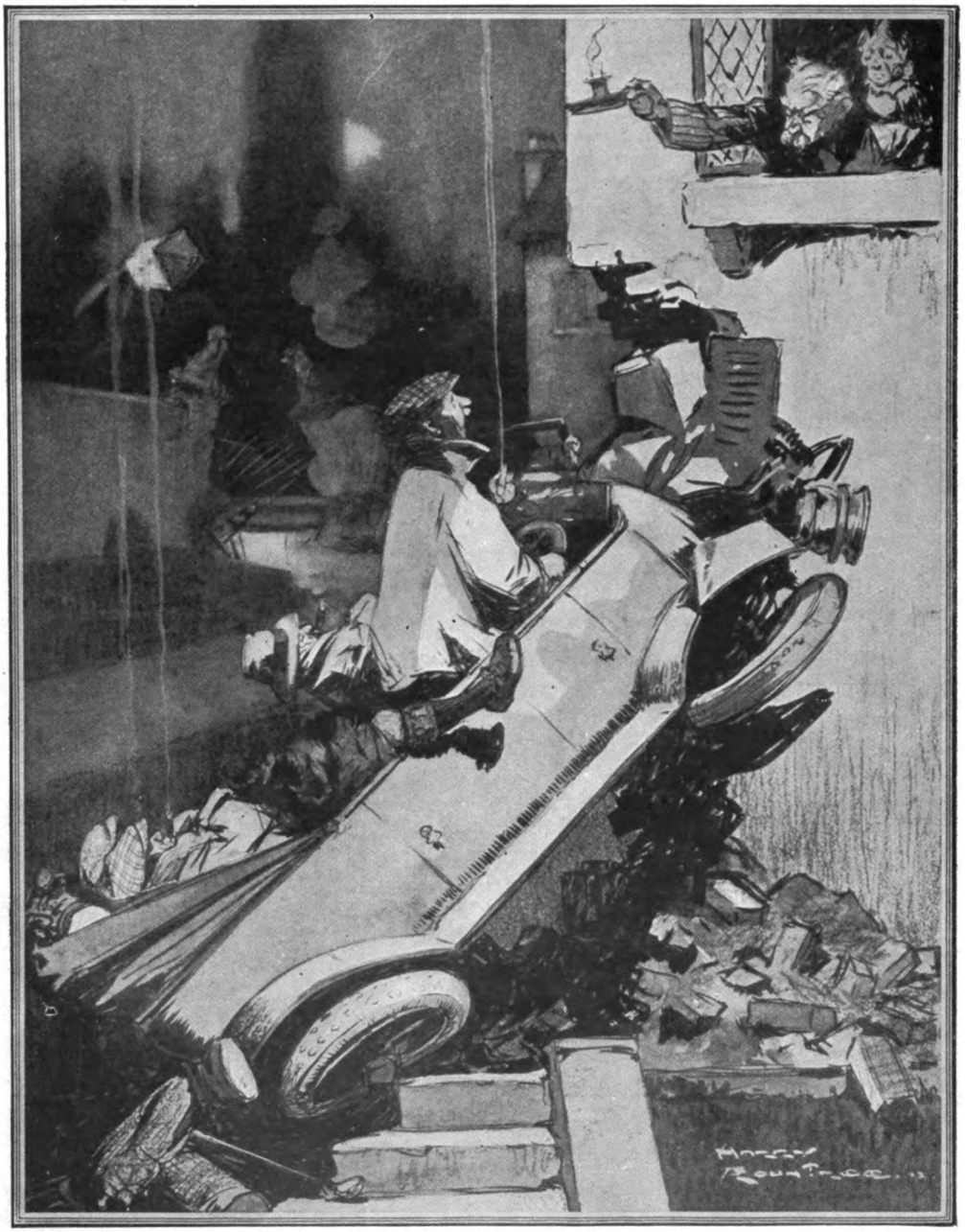
— ¿ Yo ? Rodearte.

— Me lo figuraba.

¡ Cuántos hombres y mujeres hay — dijo entre sí el filósofo, tapando con la barba la vista de los pies y descolgando una equis : — ¡ Cuántos hombres y mujeres hay, que hacen lo que esta reventona rana : ver lo de arriba mirando hacia abajo, creer que todo les rodea, achicarlo todo en su persona, endiosarse en su brillante fango !

Digitized by Google

CONTESTAR AL QUE PREGUNTA,
por Harry Rountree.



— Ud. dispense... ¿ Sabría Ud. decirme si vamos bien para la calle de San Roque

(The Sketch.)

Digitized by Google

L oscurecer, la horda hizo alto y acampó en el llano. Pero eran tantos, los emigrantes, que después de cerrada la noche llegaban todavía grupos de rezagados. Las mujeres dejaban los chiquillos que traían á cuestas, se echaban silenciosamente en el suelo, y se quedaban inmóviles. Los hombres se tendían sin soltar el arco, y formaban círculos alrededor de las lanzas clavadas en el suelo como en pabellón. Aquí y allá se encendían hogueras.

En su tienda portátil, hecha de pencas de palma, y que puesta en el suelo semejaba una choza, Titul Xiú estaba atento á las mil voces dispersas de su pueblo. Un gran penacho de plumas coronaba su cabeza sólida, cuadrada, con luengos cabellos y grandes orejas, de las que pendían dos discos de oro. En su rostro pintado de blanco y de vermellón, sus ojos negros brillaban con hierática luz. En su pecho, las cuentas de sus múltiples collares dibujaban policromas constelaciones. Titul Xiú callaba.

A su lado, tendida en un lecho de hojas tiernas de cocotero, Ajutla dormitaba ya. Llevaba tantos joyeles, tenía en la cara tantos dibujos, é iba peinada con tanta profusión de adornos, que, de no haberla conocido, la errante multitud la hubiera creido una diosa. Ya como tal la veneraban todos, por su dulzura, por su belleza, por el mágico hechizo de su mirada y de su voz. El cacique la oía respirar junto á su lecho, y con lentos ademanes imponía silencio á sus próximos servidores.

Pero un sordo clamor se elevaba del campo: una mescolanza de voces, de lamentos, de choques metálicos y rudos, de chirridos. La horda estaba hambrienta. Hacía más de cuarenta días que caminaba anhelante, ora por arenales ardientes y páramos rocosos, ora por montes fríos y mesetas desoladas, sin encontrar apenas viviendas que pillar, ni frutas ó granos que comer, ni venados que perseguir. Hallar un arroyo era una algarabía; dar con un galápago, era un festín. Los que guardaban aún harinas y frutas secas, las devoraban en silencio: los que cazaban un ave la presentaban á Titul Xiú, quien les daba siempre la mejor parte; los que alcanzaban cocos ó piñas vendían las cortezas, y ganaban con ello dijes de oro y cuentas de piedra; había mujeres que amamantaban á sus hijos, y se escondían para que no las vieran roer tallos y raíces; algunos lloraban; muchos merodeaban entre los dormidos; otros acariciaban la esperanza del sacrificio de un compañero para poder comer; todos estaban hambrientos, extenuados.

Venían de más allá de Taguzgalpa, del país de los lagos azules y de las rocas bermejas. Un viejo cacique les había echado de sus tierras, hacía años. Y, desde entonces, habían vivido como salvajes nómadas y sin patria, esperando en vano recuperar sus ha-

Digitized by Google

ciendas. En tanto, habían nombrado jefe á Titul Xiú, para que les aconsejara y les gobernara. Días de sequía habían venido, días de hambre y de desesperación. Titul Xiú les rogó tuvieran confianza en él, que él les haría dueños de un gran imperio. Pero era necesario sufrir todavía más, y empezar á andar al través de selvas, de montes y de desiertos. Y así lo hacían.

Cada cual llevaba su hato á cuestas. Los siervos de Titul Xiú cargaban con la litera de Ajutla, y con los palos y ramajes de la tienda cacical, que ostentaba en lo alto, como divisa, el plumaje entero de un ave blanca, con las alas extendidas. Los viejos se envolvían en toscas mantas de algodón, y las mujeres en tejidos de hilachas de cacto. Los hombres no habían olvidado ninguna de sus armas: hondas, varas, arcos, espadas de pedernal, montantes, lanzas, rodelas; ni tampoco sus atambores y bocinas, por si habían de entrar en algún pueblo como conquistadores. Pero las armas se enmohecían ya, y la vanguardia no tenía fuerzas para redoblar ni para soplar. Aquí, los niños, desnudos, estaban ateridos de frío; allá, las viejas adobaban trapos y penachos para cubrirse; acullá, los hombres discutían y se peleaban por un pedazo de torta seca, ó por un puñado de maíz.

Titul Xiú salió de su tienda y se quedó inmóvil, con los brazos cruzados. Las grandes plumas que coronaban su cabeza le servían de dosel, pues bajaba la frente, meditativo. Pensaba en su pueblo fiel, en su pueblo amado, que era su gloria y su orgullo. Y lo encomendaba á los auspicios de un dios, al que todos temían y adoraban, porque tanto podía colmarles de desgracias como de mercedes.

Prendidas en un velo de azur, tremolaban las estrellas. Un soplo constante de aire agitaba los penachos de la multitud, y avivaba las hogueras. Ya las gritas cesaban; ya los cuerpos rendidos se amoldaban al árido suelo. El silencio, nuevamente, se enseñoreaba del paraje. Pero no duró. Al eco de una palabra, la horda se levantó como un solo hombre.

— ¡ Agua ! ¡ Agua !

— ¡ Un cenote ! ¡ Dimos con un cenote !

Unos cuantos hombres se habían aventurado más allá, y habían descubierto un gran pozo. Después de apagar su sed, corrieron á avisar á sus hermanos.

— ¡ Agua ! ¡ Agua !

Era el grito de salvación. Si el hambre les hacía sufrir, la sed les torturaba. Hacía ya días que no habían encontrado fuente ni arroyo alguno; las escasas provisiones de agua se habían agotado. Muchos dormían

Cada cual llevaba su hato á cuestas.

Digitized by Google

con la boca abierta, para absorber el relente de la noche; algunos masticaban yerbas amargas, para engañar el paladar; otros se provocaban las lágrimas, y las dejaban resbalar hasta los labios. Era un suplicio la sed. Titul Xiú la soportaba también, mudo, paciente, absorto en la meditación.

Todos corrieron á la desbandada hacia el lugar del cenote. El tumulto fué rápido. Hubo dormido que se despertó á las múltiples pisadas de sus compañeros. Las mujeres tiraban de sus hijos, arrastrándoles. Los viejos, rezagados, lloraban de gozo y de pavor. La avalancha crecía como un torrente; la gritería era inmensa. El cacique se quedó casi solo. Entonces, despertó suavemente á Ajutla, y le preguntó si quería caminar hacia allá, hacia el pozo salvador.

— ¡ Mira como se van sedientos y alborozados !

Ajutla abrió los ojos, divisó apenas las estrellas, sonrió dulcemente, y se durmió de nuevo.

A la mañana siguiente, cuando el sol se elevó sobre el nuevo campamento, la horda prorrumpió otra vez en alaridos de gozo. Desde la meseta en que había pasado la noche, alrededor del cenote, divisábase un valle anchísimo, desnudo de vegetación, pero surcado por dos riachuelos que se unían hacia poniente. Junto á uno de esos brazos de agua, elevábase un cuerpo de cuatro edificios que semejaba una fortaleza; más allá veíase otro; y otro aún junto á un montículo; y uno también en el confín del valle, semejantes cada uno á cuatro sarcófagos colosales, dispuestos en cuadrilátero, islas de piedra macizas y amarillentas, surgientes en el desierto. Titul Xiú adivinó: eran los templos abandonados de Mictlan.

Y antes que el pueblo errante avanzara hacia ellos, dijo con firme voz, para que todos le oyeran:

— Este valle que contempláis es Mictlan, el lugar de la muerte, el lugar del reposo. Acercaos á él con respeto, con devoción, en silencio. No turbéis el sueño de los que descansan ahí. Pensad que tenéis ante vuestros ojos la ciudad de los suplicios eternos. Quienes llegan á ella, no regresan jamás. Es ésta la morada santa de Mictlan Tecuhtli, el dios del lugar del reposo.

La multitud, después de oir tales palabras, descendió al valle con solemne y devoto recogimiento.

Titul Xiú fué con ella, dando la mano á Ajutla, cuyos ojos estaban anegados de ensueño. Ambos pensaban en su cercano día de bodas. Y cada vez que se miraban, se sonreían en silencio: él, con sus labios aureolados de vermellón; ella, con todo su rostro pintado de azul, de oro, de rojo y de blanco. Su pequeña boca se contraía bajo el arco fulgente que pendía de su nariz, y que acariciaba levemente su redondeado mentón. Y él combatió en su alma la tentación de estrecharla entre sus brazos, porque había prometido á Chac Mool, dios del fuego, que Ajutla no sería su esposa, sino después que su pueblo se hubiese aposentado como dueño y señor de la tierra misteriosa, á la que él le debía conducir. La prometida de Titul Xiú era hija de un poderoso cacique, al que la horda errante había combatido. Ajutla era todavía una niña, cuando fué presa en rehenes. Titul Xiú la encontró tan bella que la quiso para sí, prometiéndose que en su hora sería su compañera. Y, desde entonces, la tuvo siempre á su lado, adorándola como á una diosa, y ofreciéndole cuantos tributos y dones le prodigaba su pueblo.

— ¿ Dónde vamos ? — preguntó ella.

— Si en vez de conducir tantos hombres extenuados y tantas mujeres sin aliento, capitaneara un ejército apto para el combate, pediría á Chac Mool y á Mictlan Tecuhtli que me abrieran las puertas del Yucatán, para hacerte soberana de Chichen Itza, la santa ciudad del imperio maya. Pero no me es dable formular tal voto. Y ya que podemos consultar al gran sacerdote de Mictlan, no prosigamos sin saber de antemano lo que el dios nos reserva.

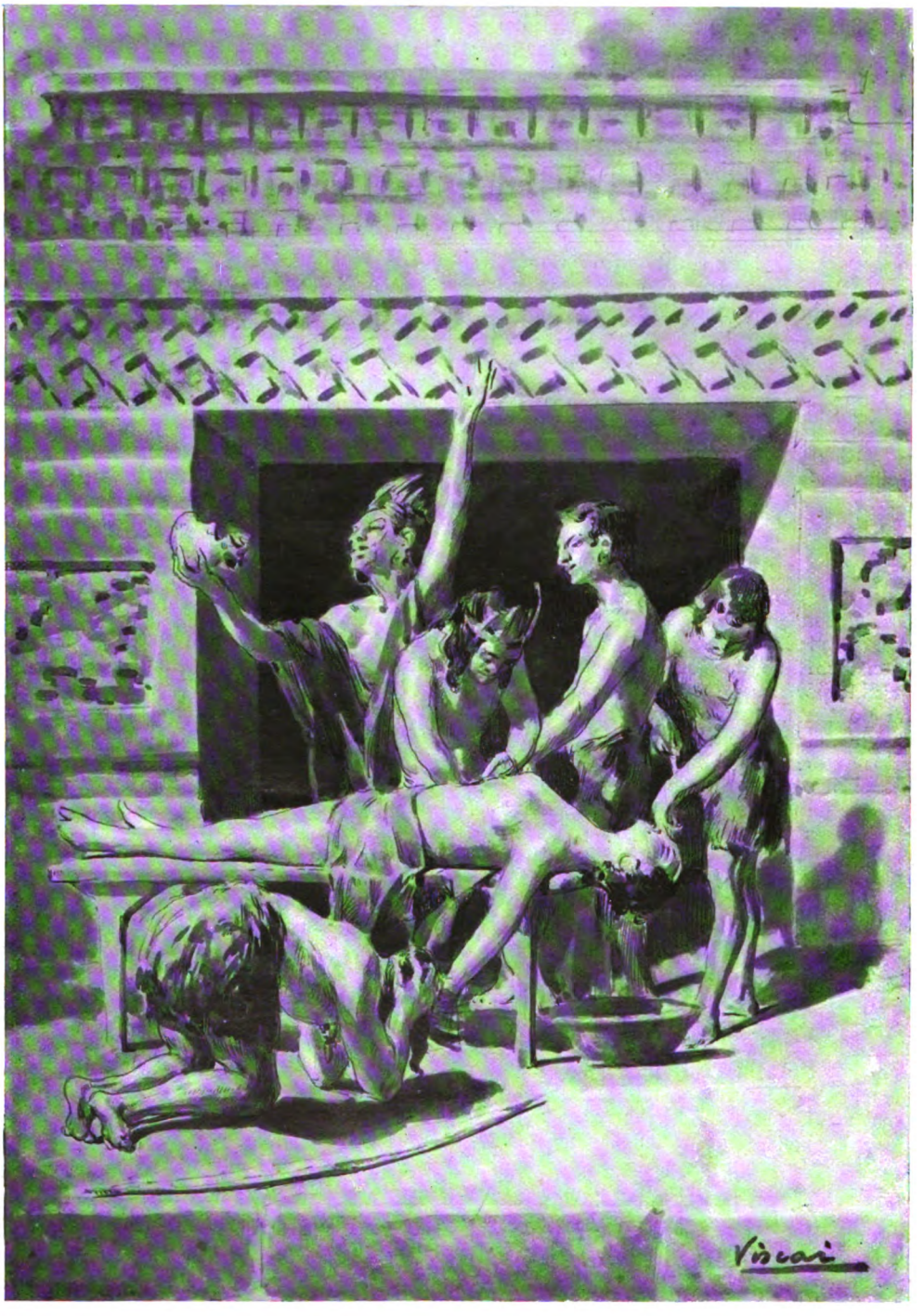
La horda no tardó en llegar, con gran temor y silencio, ante el mayor de los templos. Ya el sol tenía ardores tropicales, y enrojecía las grecas de los muros y las losas de las escalinatas. La multitud se posternó, con gran fervor, ante aquellas piedras sagradas, impenetrables al parecer. Titul Xiú y Ajutla se adelantaron hasta el atrio, besaron las lozas, y se quedaron en oración. Entonces, por una puerta baja y obscura, apareció el gran sacerdote Usul, con un gran penacho de plumas blancas y una ancha túnica, blanca también. Sus largos cabellos canos caían sobre sus espaldas; en su frente pintada de azul había una estrella dorada; y con sus manos secas y amarillentas sostenía un cráneo lleno de grafias y dibujos misteriosos. Dijo Usul

— Bienvenidos seáis al umbral de esta casa. Mictlan Tecuhtli no os olvidará. El velará por la paz de vuestros huesos, después de haberos protegido en vida. Pero decidme: ¿ qué ofrenda le traéis ?

Titul Xiú contestó:

— Somos un pueblo errante que busca aposento definitivo. Chac Mool se me ha aparecido y me ha prometido el dominio de una

Digitized by Google



Bajo el impávido sol, brilló el cuerpo virgen, con todo el esplendor de su belleza.

Digitized by Google

gran ciudad, que todos nosotros hemos de edificar. Hace ya largos días que caminamos á la ventura, sin otro sostén que la esperanza, sufriendo hambre, sed y fatiga.

El sacerdote le interrumpió :

— Desde nuestro santuario tenebroso os hemos divisado. No prosigas, Titul Xiú, pues sabemos perfectamente quienes sois y á donde vais. Pero Mictlan Tecuhtli exige de ti y de tu pueblo un sacrificio precioso, sin el cual moriréis en el desierto, como bestias hambrientas, sin protección ni amparo.

Y por la misma puerta aparecieron dos sacerdotes más, con largos cabellos negros flotando sobre sus túnicas negras, y sosteniendo cada uno, con sus manos rígidas, un gran montante de pedernal con gavilanes de oro.

Usul añadió :

— No os alejaréis de aquí, sin haber ofrecido á Mictlan Tecuhtli el corazón de Ajutla.

Titul Xiú besó los pies de Usul, y se quedó extático con la frente en las gradas de la escalinata. Ajutla, á su lado, abría extrañamente los ojos ; pero estaba inmóvil. El pueblo lloraba.

Y el sacrificio se cumplió. El gran sacerdote aplicó los labios sobre el cráneo que sostenía, y pronunció unas palabras rituales. En tanto, dos hombres desnudos, completamente tatuados, trajeron ante la puerta del templo una recia tabla, con cuatro pies de metal y una crátera de piedra, en la que veíase, esculpida, la imagen del dios del lugar del reposo.

Sin decir palabra, Ajutla se desnudó. Titul Xiú no osaba mirarla. Y el pueblo seguía llorando, lleno de pavor y de religiosidad. Bajo el impávido sol brilló el cuerpo virgen, con todo el esplendor de su belleza. Sobre la pureza de sus líneas púberas, los collares y anillos y brazaletes refulgieron en gamma multicolor. Y sus párpados luengos apagaron el resplandor de sus ojos, cuando la multitud dejó oir, en aquel trágico silencio, su unánime sollozo.

Titul Xiú seguía orando ; el gran sacerdote también. Los dos hombres desnudos arrancaron los joyeles de la víctima, y los entregaron á Usul; después, tomando en brazos á Ajutla, la extendieron sobre la tabla y la rociaron con un óleo santo. Los dos negros sacerdotes levantaron sus armas. Y cuando una de ellas hubo truncado el delicado cuello, la otra partió el esternón con un certero golpe. Después, Usul avanzó su escuálida y huesosa mano dentro del pecho abierto, arrancó el corazón, palpitante todavía, lo puso en un vaso, y entró en el templo con los ojos cerrados, para ofrecerlo al dios terrible de las tinieblas y de la muerte.

Entonces, los otros sacerdotes cubrieron el cuerpo sangriento y mutilado con una estofa de púrpura, y se lo llevaron cantando alabanzas á Mictlan Tecuhtli, en cuyo seno reposaría para siempre la dulce, la bella, la inocente Ajutla. Pero antes, el pueblo quiso rendir un tributo de adoración á la que su cacique había escogido para ser su gloria y su galardón : unos rasgaban con furia su ya destrozada vestimenta; otros sacrificaban sus cabelleras; otros se arrancaban tiras de piel del brazo y de la cara; algunos se mutilaban las manos ; un guardia de Titul Xiú hundió la lanza en el vientre de su primogénito.

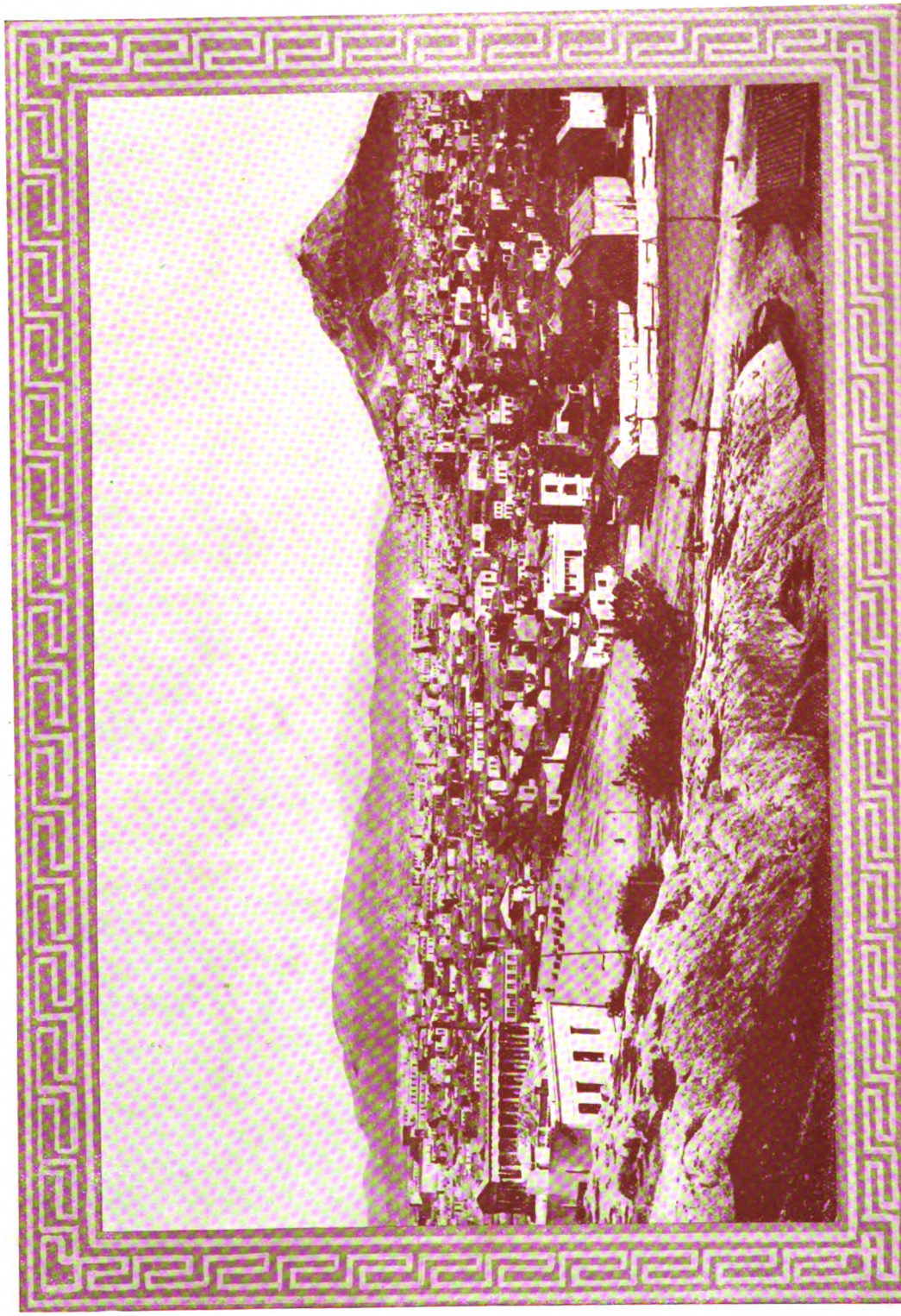
Los sollozos del pueblo llenaron el valle, pero nadie pudo sorprender una sola lágrima en los ojos de Titul Xiú, cuyo rostro, pintado de blanco y de vermellón, tenía la impasibilidad de un dios.

Años después, la gran ciudad de Uxmal, fundada por la horda errante, bajo la advocación del corazón de Ajutla, floreció gloriosamente con los auspicios de Mictlan Tecuhtli.

Alfons Maseras

(Ilustraciones de Viscaí.)

Digitized by Google



Por encima de los techos flamantes, las líneas imperecederas del Acrópolis.

Digitized by Google

« Atenas cambia, Atenas se transforma »... Seis años hace que oigo decir esto. Y sin embargo, cada vez que la suerte me permite venir á pasar aquí un par de semanas, la divina ciudad me aparece siempre la misma. ¿ Qué importa, en efecto, que algunos grandes edificios nuevos levanten sus blancas fachadas en donde antes no se veían sino casitas vetustas ?... ¿ Qué importa que las amplias avenidas extiendan de día en día, más lejos, sus verdes paralelas de tamarís?.. ¿ Qué importa que muchos rincones de los antiguos barrios desaparezcan ?... Atenas no tiene necesidad de ser, como otras capitales de Oriente, un lugar de pintorescas romerías. Su prestigio clásico en la pureza de su paisaje divino, bajo su cielo de eterna belleza, le basta. Y aunque un día, que todavía está lejano, las calles del centro la convirtieran en un « pequeño París », siempre, al abrir sus ventanas, los peregrinos apasionados del Atica podrían ver, por encima de los flamantes techos de pizarra, las líneas imperecederas del Acrópolis y las columnatas eternas del Partenón. « Yo no vengo aquí sino para contemplar ese espectáculo increíble » — decía, hace sesenta años, Ernesto Renán, deteniéndose, una tarde de primavera, ante el panorama sublime. Los demás peregrinos del Atica pensamos lo mismo cada vez que, en la penumbra ateniense, descubrimos á lo lejos las blancas siluetas milenarias. Entre las últimas llamaradas del poniente, el templo de la diosa se destaca, augusto y desventrado, cual si el incendio que consumió hace siglos su flanco santo volviera á encenderse un instante. Como yo vivo ahora en las riberas secas de Ilisos, entre el Stade blanco y la blanca Academia, no veo desde mi balconcillo ni los Propileos, ni el templo de la Victoria, ni el santuario de Erecteo. Sólo veo el Partenón, sólo veo la santa casa de Atenas. En la claridad agonizante, aún distingo su columnata incompleta. Y luego, cuando la sombra invade el espacio, cuando las cimas del Himeto se tornan tenebrosas, cuando en el cielo empiezan á parpadear las primeras estrellas, aún veo, si cierro los ojos, el edificio santo. Mas entonces ya no me aparece tal cual lo han dejado los siglos, sino tal cual lo vieron los contemporáneos de Fidias y de Aspasia ; es decir, completo. ¡ Oh, la belleza de estas soñaciones nocturnas, durante las cuales el pasado augusto se convierte en realidad presente! Evocando una estampa hecha según los planos de Marcel Lambert, contemplo el Acrópolis en su animación juvenil de hace dos mil quinientos años, con las seis inmensas columnas de los Propileos, con la capilla armoniosa de la Victoria sin alas, con el Erecteo, con el Partenón... Y, más arriba, veo á Palas que, apoyándose en su lanza, domina la ciudadela, mientras el desfile infinito de los siglos va diciendo : ¡ Bendita seas, diosa de los ojos claros ; bendita seas en tu eterno poderío y en tu divinidad eterna !...

Y cuando quiero abandonar mi excelso observatorio para vagar por las calles, cualquier camino me lleva á un lugar sagrado. Por ahí voy al templo de Teseo, que se conserva intacto en su majestad harmoniosa... Por el otro lado me encamino hacia el arco triunfal de Adriano bajo el cual pasaron las legiones... Por el costado opuesto llego á las ruinas soberbias del santuario de Júpiter... Luego, cuando el comercio de los dioses me cansa, no tengo necesidad sino de andar unos pasos por la vieja ruta del Pireo para hallarme en el cementerio del Cerámeco, entre los hombres de hace dos mil quinientos años. Toda la Atenas de Pericles y de Aspasia, en efecto, duerme aquí su sueño de mármol, sin quejarse, hablándonos siempre el sublime

Digitized by Google

Un rincón de la antigua ciudad bizantina.

lenguaje de la razón, del ritmo y de la belleza. Las inscripciones que grabaron los poetas en las piedras, en efecto, no lloran casi nunca, y cuando lloran, es sin gemir ni gesticular. « Aquí yace un hombre que se va del mundo lo mismo que vino » — dice un epitafio. Y mejor que las letras, las figuras de los relieves hablan, al que pasa, de resignación tranquila. «Detente, viajero — murmura cada estela — y contempla la última jornada de la vida ». Los muertos no son sino los supremos viajeros que se ausentan del mundo para no volver. A cada paso vemos aparecer á Caronte, impasible, en su actitud algo desdeñosa y algo fatigada. Su barca tiene, en la proa, un ojo abierto ante el infinito. Los que han de atravesar el Aqueronte, se embarcan, sin repugnancia siempre, á veces sin dolor, á veces con alegría. « Triste servidor de Plutón — dice el Diógenes de Leónidas de Tarento — recíbeme en tu esquife aunque ya esté cargado de sombras : lo que llevo como equipaje, es mi lámpara y mi frasco de aceite ». Los que se embarcan entristecidos, no sienten temores tenebrosos de un más allá de misterio. Lo único que les apena, es tener que renunciar á la vida y á sus placeres. Entre los epigramas funerarios de la Antología, que forman como un cementerio ideal con tumbas de los cinco grandes siglos griegos, hay epitafios que ríen y epitafios que lloran ; pero no epitafios desesperados. « La espera de la muerte — dice Paladio — es una dolorosa ansiedad, de la cual sólo la misma muerte nos libra. No lloremos, pues, á quien sale de la vida, ya que después de la tumba no hay sufrimiento ninguno ». El sufrimiento está en abandonar lo que se ama. Mas esto mismo tiene su dulzura. En el Reproche á Mimnermo, Solón dice : « Que la muerte no venga sin hacer derramar algunas lágrimas, y que mis amigos, al verme partir, se entristezcan y lamenten ». Sólo que esta consoladora tristeza debe ser majestuosa, tranquila, digna.

¿ Qué no es digno en Atenas ? La misma ciudad moderna tiene una gracia harmoniosa, que no existe en ninguna otra capital del mundo. Los arquitectos venidos del occidente con ideas bárbaras, pueden tener proyectos sacrílegos ; los ingenieros del norte pueden traer concepciones de utilitarismo delictuoso ; los mismos griegos de almas de mercaderes pueden pensar en hacer de su suelo sagrado un nuevo Manchester millonario. Eso no importa. Apenas á la sombra del Partenón, las líneas se afinan. El milagro eterno de Palas, que antaño hizo brotar un

Digitized by Google

Uno de los monumentos del Acrópolis.

olivo en una roca, hace ahora surgir una ciudad escultural en un campo trazado por albañiles modernos. Hay que ver desde las alturas del Acrópolis la metrópoli nueva de Grecia, para darse cuenta de su singular elegancia dentro de su odiosa simetría. Las amplias avenidas extienden sus líneas paralelas de un extremo á otro, sin desviarse en ningún punto. Las manzanas, todas iguales, son de una uniformidad matemática. De trecho en trecho, un jardincillo pone una nota verde en la implacable blancura del conjunto. Porque la capital del rey Jorge es blanca sin mancha, blanca como un juguete nuevo, blanca cual las aldeas árabes, que esconden su pintoresca sordidez bajo la cal inmaculada, blanca, marmórea y reverberante. El mismo asfalto de las calles está cubierto por una capa de polvo, que brilla bajo el sol, como las arenas liliales de la playa faleriana. Y se ve que todo es nuevo, que todo está recién hecho, que todo acaba de ser pulido por los albañiles. En ninguna parte surge la huella del tiempo. Las casas más antiguas cuentan medio siglo. Los árboles de los bulevares apenas han tenido tiempo de acostumbrarse á un suelo tan seco. Pero todo esto, que en otro país chocaría con su americanismo tirado á cordel, aquí corresponde á la más sagrada tradición. La Atenas de Otto I, en efecto, fué hecha del mismo modo que la Atenas de Pericles. Los que tienen frescas sus lecturas universitarias, lo recuerdan doctamente, diciendo: « Entre los antiguos, las poblaciones no se formaban con lento y natural desarrollo. En un solo día se señalaba el lugar del templo conforme á las indicaciones del oráculo, y se marcaban los límites de la ciudad. Antes que las leyes, se hacían los planos urbanos. El mismo Licurgo no pensó en legislar, sino después de haber delineado los barrios de su Esparta ». Los barrios de la Atenas actual fueron delineados por arquitectos de la Alemania católica, traídos por la reina Amelia, y deseosos de probar la supremacía del gusto germánico. En medio pusieron una plaza con un edificio muy grande. De esa plaza, como del eje de una rueda, hicieron partir los radios principales de la vida municipal. Y para demostrar que, aunque bárbaros, sabían respetar el recuerdo de la antigüedad, bautizaron las calles nuevas con nombres antiguos. Los atenienses, luego, se encargaron de poblar de palacios esas calles.

Y no hay que decir que tales palacios son odiosos. ¿ Por qué han de serlo ? ¿ Porque están al lado de las ruinas antiguas ? Al

Digitized by Google

contrario. La suprema perfección de lo clásico les da un prestigio que en otra parte no tendrían. Cuando todo un pueblo ve en un motivo arquitectónico la expresión propia de sus ideas estéticas, ese motivo toma la importancia moral de un sentimiento religioso. Las columnas del museo Nacional, aun siendo copias de antiguos y bellos ejemplares, no serían sino un remedo. Mas cuando esas mismas columnas aparecen repetidas en cada esquina; cuando las vemos, menos numerosas pero no menos sencillas, en la fachada de la Universidad; cuando las volvemos á ver más altas en el frontón de la Biblioteca; cuando aparecen á nuestra vista en la logia superior de la Escuela Politécnica; cuando las encontramos al subir la escalinata del Congreso; cuando las descubrimos, á través de las enramadas del jardín regio, en la terraza de Palacio; cuando aun en las casas particulares y en los edificios comerciales se yerguen, siempre esbeltas, siempre blancas, siempre puras, no podemos dejar de estimarlas en conjunto. Sus propias proporciones discretas las hacen amables. Se ve que no quieren rivalizar con sus divinas abuelas del Partenón, ni aun con sus hermanas modestas de Corinto. Lo único que desean, es que no se les niegue el abolengo. « Somos vástagos degenerados de la gran estirpe — parecen decir — somos humildes descendientes de una familia sagrada. Nuestro nombre nos pesa. Cuando los que bajan del Acrópolis nos contemplan, comprendemos que nos desprecian. » Y esta misma humildad las concede un derecho sagrado á la admiración y al respeto.

El templo de Teseo, intacto en su majestad.

Y lo que pasa con la ciudad, pasa también con sus pobladores. Los que comparan á Palamás con Homero, á Nirvanás con Esquilo, á Venizelos con Pericles, exclaman:

— ¡ Oh, diferencia !

Pero, cuando huyendo de comparaciones de valores absolutos se analiza simplemente el alma eterna de la raza, se comprende que esta gente de hoy, aun degenerada, aun empequeñecida, es la misma gente de ayer. Sí; la Grecia actual es la Grecia de antaño, y los griegos modernos son los griegos de siempre. En la guerra de Macedonia podrían encontrarse ejemplos de heroísmo, que hacen pensar en las hazañas de las Termópilas. Permitidme que os recuerde uno de ellos.

Al principio de la guerra, los defensores de Janina no eran sino 17.000. Luegon fueron más de 50.000. Todos los soldados que pudieron huir, con sus armas, después de las derrotas de Monastir y de Florina, se refugiaron en la gran fortaleza. Y los griegos, que sabían, sin embargo, lo imposible que era tomar la ciudad sitiada por asalto, se consolaban de su larga campaña de pacientes sitiadores, realizando actos de arrojo dignos de ser cantados por Homero. El telegrama de Atenas, á que me refiero, nos relata uno de estos actos.

El teniente Kalaris — dice este telegrama — hallábase en la tienda de campaña de su padre, el general Kalaris, herido de cuidado. Las noticias de las acciones llevadas á cabo por sus compañeros de la tercera compañía del séptimo regimiento, aumentaban hora por hora su fiebre. « Curadme pronto — decía al medico — curadme pronto, porque no quiero dejar que mis soldados peleen sin mí ».

Al cabo de una semana de cama, como los boletines anunciáranle un combate terrible, decidió volver al frente de sus tropas,

Digitized by Google

sin esperar que sus heridas se cicatrizaran. El médico, consultado, declaró que de ninguna manera podía consentir en tal locura.

— ¿ Qué hago ? — preguntó el teniente. Y su padre, el general, contestóle :

— Haz lo que te ordene tu corazón de soldado.

En el acto, el oficial montó á caballo y, lleno de entusiasmo, lanzóse á la pelea. Una bala le atravesó la frente. Cuando el coronel del regimiento se presentó al general Kalaris para anunciarle la muerte heroica de su hijo, el viejo héroe homérico exclamó :

— ¡ Que traigan su cadáver !

Y al encontrarse ante su muerto adorado, hablóle de esta manera :

— El día de hoy, hijo de mi alma, es un día de luto para el padre ; pero es un día de regocijo para el general. ¡ Teniente Kalaris, no habéis hecho sino vuestro deber ! ¡ Que vuestra memoria sea honrada !

Luego como el coronel le dijera que acababa de hacer un gran sacrificio, contestóle :

— No hay grandes sacrificios cuando se trata de servir á la patria.

Ahora bien, los que así hablan, los que así luchan, los que así mueren ¿ son ó no son dignos descendientes de los griegos de la antigüedad ? Yo, en mi ánima, aseguro que no encuentro en la Iliada ningún rasgo más bello que el de este viejo guerrero, que grita de regocijo y de orgullo ante el cadáver del joven héroe caído ante los muros de la nueva Troya.

Y si de los campos de batalla nos llegan acentos épicos, de la calle y de las plazas suben hasta nosotros, en Atenas misma, otros rumores que parecen venir del fondo de los siglos. Todos esos hombres que peroran y gesticulan en las terrazas de los cafés, tienen el alma aventurera de Ulises y de Jason. Todos son conquistadores de vellocinos reales ó ideales. Interrogadles uno por uno y veréis que, ó vuelven de algún pueblo lejano, ó se preparan á embarcarse. Salir del pueblo, salir del país, cruzar los mares, ver naciones nuevas, oir palabras desconocidas, aguzar el ingenio para abrirse paso, ganar dinero, escribir á los amigos que se quedan en la patria contándoles sus personales odiseas, soñar en la admiración que sus parientes tendrán por ellos cuando les vean regresar llenos de oro : tales son los ideales de los buenos hijos de Ulises. Pero, por encima de todo eso, hay en sus almas un sentimiento más ó menos vago y muy hondo y muy arraigado, que no puede llamarse patriotismo, sino helenismo y que consiste en acariciar el ensueño del engrandecimiento épico de la nación. En Oriente, sobre todo, las poblaciones griegas viven hipnotizadas por este ensueño. Sintiéndose superiores como inteligencia á todas las demás castas levantinas, se creen llamados á dominarlas, á absorberlas, á civilizarlas. ¿ Qué son esos hombres de turbante ó de fez sino los antiguos bárbaros ? Ellos, en cambio, ellos, los hijos de la Hélade eterna, son los seres sutiles por excelencia. Aun en tiempo de la dominación turca, esta convicción era general. Las familias bizantinas que no abandonaron Constantinopla á la llegada de Mahomed II vencedor, se adueñaron poco á poco de todos los puestos importantes del imperio. Cada magnate otomano que se respetaba tenía un secretario heleno. Y si durante la guerra de independencia todos los compatriotas de Capo d'Istria hubieron, como es natural, de emigrar de Stambul, el éxodo fué bastante corto para que, diez años des-

Las columnatas aparecen en cada esquina.

Digitized by Google

pués del reconocimiento de la independencia, un diplomático contara en el barrio de Fanar, de Constantinopla, cincuenta mil griegos, todos conspiradores y todos convencidos de que un día, tal vez no muy lejano, el imperio de Bizancio renacerá de sus cenizas. En cuanto á la población helénica de las costas del Asia Menor, de la Rumelia, del Egipto, de las islas, de todo el Oriente, en fin, tan numerosa es, que los ministros pueden decir, sin exagerar, que el pueblo que gobiernan no está en su mayoría dentro, sino fuera del territorio nacional.

Las calles elegantes en su simetría.

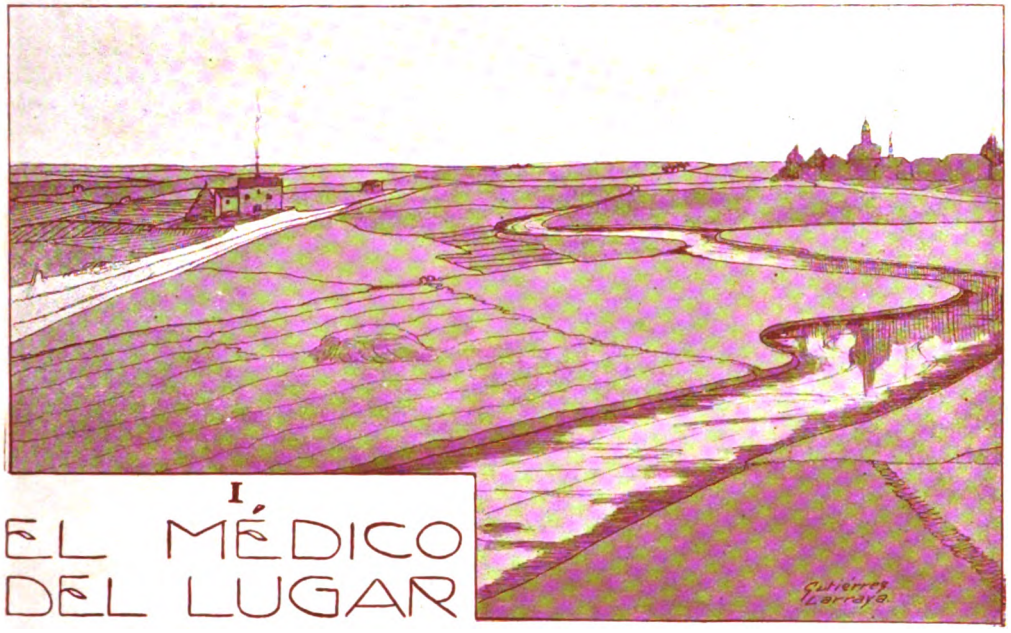
Para este pueblo, la guerra que ahora ensangrienta el suelo de Turquía es una guerra de independencia. Todo el Oriente es suyo. En todo el Oriente vive, desde hace siglos y siglos, como en fragmentos disgregados de la patria. Y cuando, más ó menos tarde, regrese á Atenas por la venerable ruta de Falero, para traer sus trofeos á la diosa tutelar de Acrópolis, no tendrá dificultad ninguna en reconocer el suelo sagrado de sus abuelos. Porque nada en los campos ha cambiado, nada, nada. Los turcos deben de haber arrancado algunas arboledas, y los siglos pueden haber secado algunas fuentes. Mas el conjunto de la tierra es déntico. Tales cual los antiguos los describen, encontramos hoy estos campos. Si hace dos mil años la abundancia de árboles hubiera sido efectiva, no habrían tenido necesidad los atenienses de dictar las numerosas leyes que protegían los olivares. Los propietarios de granjas no podían destruir más de dos olivos cada año, so pena de verse condenados á pagar terribles multas. Eso, cuando se trataba de sus propios árboles, pues los olivos de las plantaciones que los templos alquilaban eran sagrados, y el que los despojaba de una de sus ramas veíase condenado al destierro. Además, no hay sino recordar las cuentas que hacía Demóstenes en el proceso contra Foenipo, para comprender lo poco que esta tierra producía. Cuando tratábase de ganar doce dracmas diarias, un campesino tenía necesidad de explotar más de una legua de terreno. Los labradores del Atica envidiaban la riqueza de Tebas. La belleza del cielo no podía consolarles de la sequedad estéril del suelo.

En medio pusieron una plaza

Pero este suelo esteril es un suelo divino. Y por verlo de nuevo, los millones de griegos que viven en las tierras del antiguo imperio bizantino, arriesgan ahora heroicamente su vida.

Digitized by Google

AGUAFUERTES DE ESPAÑA



I
EL MÉDICO DEL LUGAR

La alberca tranquila y silenciosa, con manchas verdinegras en el remanso, era como arena de oro al reflejar el sol muriente. Atardecía una jornada estival. En la llanura, ni un rumor de vida. Era aquel pueblo, encajado en el extenso llano, un montón de casas terrosas y grises que parecían disminuir en altura con el peso de los años. Semejaba un señor feudal adusto y recogido, que contemplase impávido y sin protesta la devastación de sus antiguos dominios. Tan sólo sentíase, en aquellos lugares tranquilos, algún rumor de vida, que eran temblores de muerte, cuando en la noche callada y en el día brillante pasaban, devorando la llanura, los trenes veloces, lejanos y desconocidos. De rato en rato, la nota plañidera de una jota rompía el silencio. Era como quejido exhalado por la tierra en su dolor.

Serpeando, atravesaba el llano un caminal con honores de carretera que, á ratos, convertíase en camino de herradura, de tránsito esquivo y peligroso. A su borde crecía el pueblo. Parecía una planta salvaje de tallo largo y tortuoso, en el que florecían las casas humildes. Durante el día, asomaban á las viejas puertas los viejos moradores. Eran como estatuas de hornacina; sombras de cuentos de tragedia, en espera de la noche, para vagar por la llanura pavorosa en cabalgata de terror.

Separada de las sórdidas casas, como temiendo el contagio de su pobreza, se alzaba la morada de Don Pedro de Ortuño y de Carvajal, médico de la villa y hombre ya cincuentón, del que se contaban los más raros lances, y de los que siempre salió con galas de triunfo. Vivía rodeado de un prestigio de leyenda y brujería. Cuando le vi, en mi visita de viandante curioso, estaba sentado junto al remanso de la alberca que regaba su huerto. A sus pies, un mastín, ducho en lides de caza y único compañero del viejo solterón, oteaba la carretera interminable con ansias de anunciar, aullando, la llegada de caminantes.

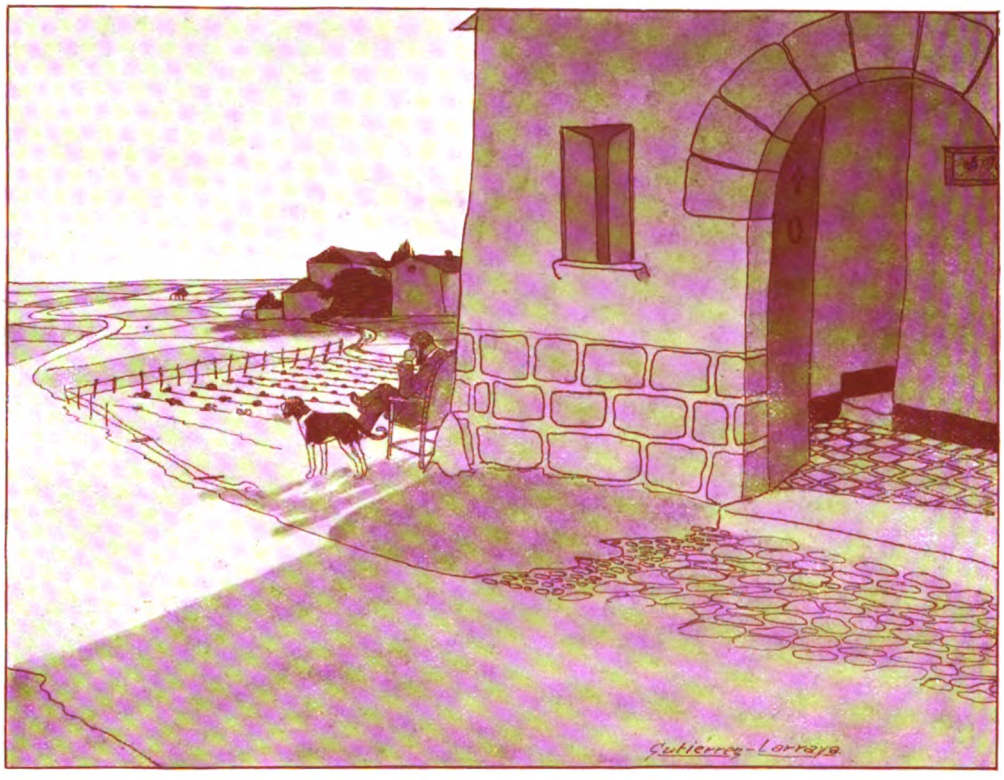
Ante el grupo, pasaban los campesinos en regreso de las faenas. Rendían al *méico* el homenaje de un saludo breve y cortés.

— ¡ *Boas* tardes, Don Pedro !...

— Buenas las tengas.

Respondía secamente, y el perro acompañaba con un gruñido sordo los pasos del huertano, que se alejaba, hasta perder su si-

Digitized by Google



Estaba sentado junto al remanso de la alberca que regaba su huerto

lueta en la puerta de su morada antigua y huraña como cueva de penitente.

Callaba el médico, como ahogado su espíritu por la ola de silencio que invadía el ambiente.

Era la hora propicia para filosofar, y filosofaba con el pensar de todos los viejos, que son comentarios á sus recuerdos. Están próximos á rendir el último tributo, y sienten ansia de juzgarse y meditar el curso que debieran haber imprimido á su vida... Don Pedro debía recordar... Contemplaba su vida muerta. Ya no era nadie. Al abandonar la ciudad, donde cursó su carrera, dejó su vivir ruidoso y esperanzado. Al caer en el pueblo, lo hizo con la pesadez del cuerpo muerto que ansía descanso en la madre eterna. Fué primero dejadez en sus estudios, lo que le hizo entrar en aquel casal triste como un olvido de amor; fué después un egoísta apego á lo que iba ganando con sus sudores; fué más tarde el odio intenso que de él se apoderó, hacia los que triunfaban lejos en la alegría del mundo.

Vivía allí como una piedra. Eso era él: piedra abandonada en la llanura de la vida. Todo lo sacrificó á la tranquilidad de su no ser. Ya no pensaba en nada, ni en política. ¿ Para qué ? El periódico de la capital ya le surtía de noticias y comentarios, que le abreviaban sus raciocinios para juzgar las cosas de España.

Tampoco estudiaba el médico del lugar. El carro de la ciencia paróse en el umbral de aquella casa, y no volvía á buscar nuevas. Los campesinos del pueblo muerto ya tenían bastante con el saber que destilaba el enmarañado cerebro del viejo Ortuño. Entre cazar en su coto y jugar al tresillo en la rebotica de Don Diego, acompañado de mosén Antón y del tío Lorenzo, el alcalde, repartía su sus ocios... Claro que degeneró su espíritu de luchador — lo confesaba — pero el mundo es jardín de acomodamientos. Donde fueres haz lo que vieres. Así reza el refrán, y así obraba. A los redentores no les va bien en su vida llena de alharacas. El siempre mostró más afición á la paz burguesa, que á la agitada lucha de los encauzadores de almas... ¡ Piedra ! ¡ Piedra ! repetía. Así vivo bien, sin penas, sin penas grandes que hagan resaltar las alegrías problemáticas...

Muerta estaba su alma como aquel páramo extenso é inerte; muerta como la llanura

Digitized by Google

seca y agostada; fiel espejo de ella, parecía ya que sólo agitaban su espíritu impresiones fugaces y dolientes, impresiones rápidas como aquellos trenes lejanos y desconocidos que, al pasar, dejaban una estela de humo que ascendía presuroso.

Aulló el mastín mirando á lo largo del camino. Lejana, como una esperanza, se veía una nube de polvo. En ella se destacó un ginete. Caballero en brioso alazán, acercábase, á todo correr, un campesino. El mastín seguía aullando, y Don Pedro escudriñó con su mirada fría y severa, como de inquisidor ante un reo, la silueta que se acercaba.

— Malo es que vengan con tal prisa — refunfuñó — ¡ trabajo tenemos !...

El ginete llegó, y después de apearse precipitado, dijo con palabras que tenían la intensidad de una plegaria :

— ¡ Señor *méico*, la pequeña se muere !... tiene aquel mal del que la sanó *usté* el otro año... Se retuerce como una condenada, como si tuviera los diablos en el cuerpo.. ¡ Yo creo que los tiene señor !... ¡ Venga *usté* y la sanará !...

Y el de Ortuño repuso cachazudo :

— ¿ Ir yo ?... Estáis muy lejos...

Y el campesino replicó demandante :

— Mi caballo os llevará en un vuelo.

Pero el médico resistióse firme :

— Tengo que ver antes á otros enfermos...

— No serán tan graves, señor de Ortuño, no serán tan graves...

Y el de Ortuño ahogó en sus labios la respuesta. Quiso decir : « Pero pagan mejor ». Algo debió comprender el campesino, y repuso :

— Ya os daré en prenda mi salario, mi viñedo, mi sangre...

— No ofrezcas lo que dar no puedes. Nada te pido — interrumpió el viejo doctor. — Aún debes lo del otro año... Han de venir malas las cosechas, y me quedaría sin ver blanca...

El campesino volvía á rogar :

— ¡ Señor !... Pediré por los caminos é iré en peregrinación al Pilar, que nunca niega nada á sus hijos...

— Pídele á él que te sane la enferma y nada tendrás que agradecerme... ¡ La Virgen no cobra en cosechas !...

Ante la blasfemia, quedó suspenso el campesino, pero volvió al ruego :

— ¡ Señor !... ¡ Señor !... ¡ Compasión !...

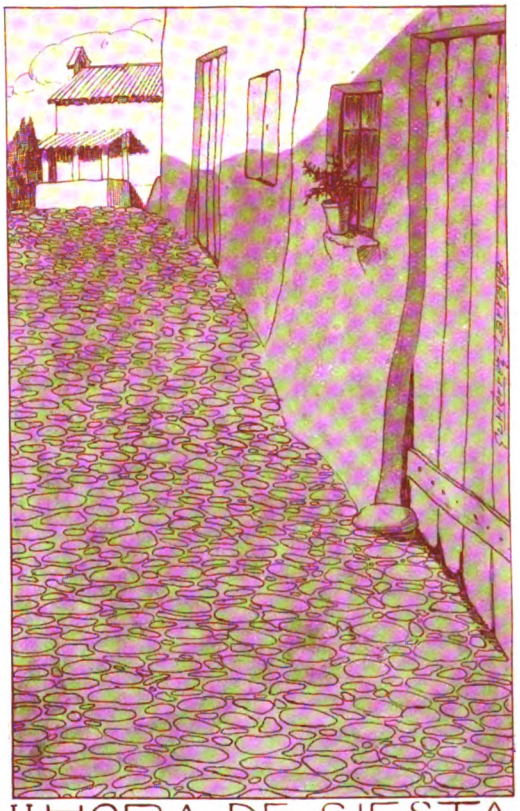
— ¿ Y á mí quién me compadece ? Ve al médico de Cinco Villas, es joven, dicen que sabe mucho, y quiere que le hagan alcalde... El la salvará...

El labriego comenzó un rosario de denuestos, y el viejo Ortuño, impávido y sereno como ante un perro que ladrase á su paso, volvióse de espaldas, encerrándose en la casona. El mastín ladró impetuoso, y fué tras el dueño. Alejóse el dolorido campesino, renegando, maldiciente...

Moría el sol en el lejano monte, dejando en triste paz la llanura árida. De un campanario descendían voces de esquila humilde, llamando al ángelus. Y en el atrio de la pequeña iglesia, el buen mosén Antón comenzaba su oración santa de hermandad y cariño.

Es una calle de pueblo castellano.

Cae el sol, pomposamente, incendiando el ocre mortecino de los guijarros. Las casas,



II. HORA DE SIESTA

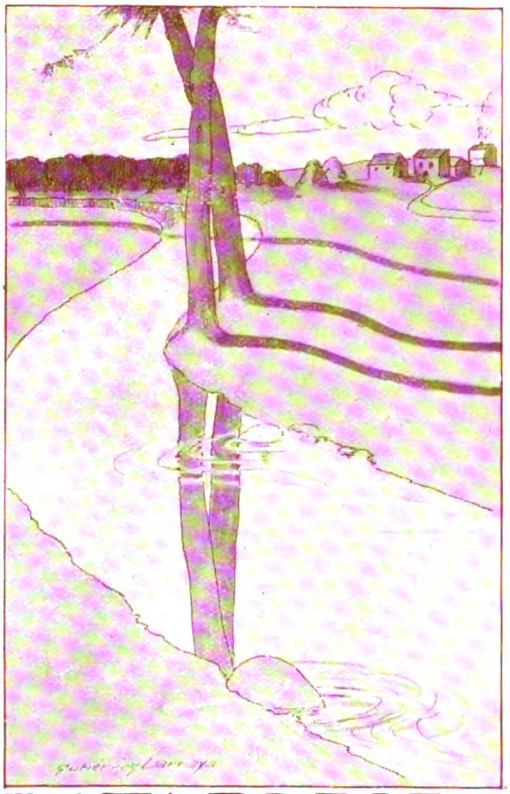
como temiendo los rayos de fuego, semejan pordioseros agazapados en el borde del camino, sin dejar rastro de sombra. Es una fogarada de luz y de color. A lo lejos se oye una carreta, que chirría al paso del apacible

Digitized by Google

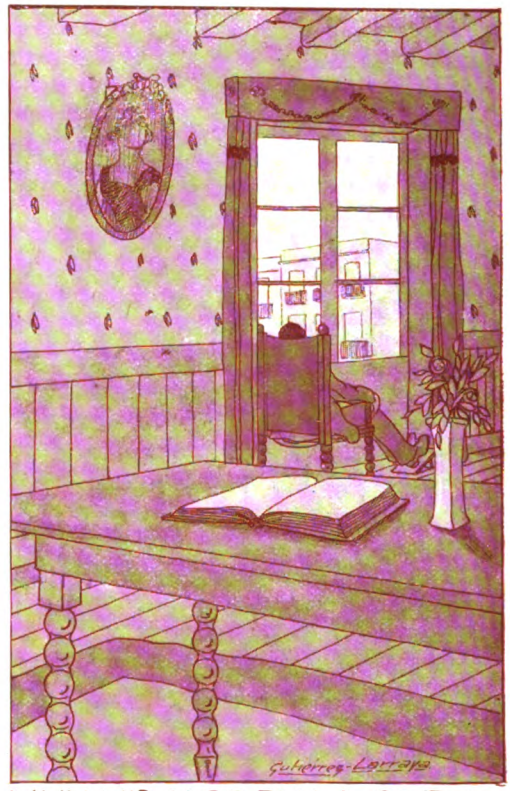
buey. Un gallo rompe el silencio con su cacareo retador. Se abre una puerta mostrando al sol sus maderas pintadas de verde. Por ella sale un gañán: lleva la hoz al hombro, y cubre su cabeza un amplio sombrero de esparto.

Anda vacilante unos pasos, limpia el sudor de su frente, y sigue calle arriba por la escasa sombra de las casas. Parece, en su caminar, una mancha gris como un gusano. Al pasar ante la pequeña iglesia, descubre su cabeza y se santigua.

Está el poblado junto á la cinta de plata de un río. Semeja un pueblo de Belén por lo quieto y silencioso. Unos olivos forman un pequeño bosque, que es como oasis en la llanura. El sol besa tristemente las blancas paredes y las tejas rojas, convirtiendo en oro los pajares. De una chimenea asciende una espiral azulada, que es como incienso oloroso que se diafaniza y desaparece.



III. ATARDECER



IV UN HIDALGO EN LA CIUDAD

La frente del hidalgo, que sentado está junto al balcón en sillón de vieja vaqueta de Córdoba, parece querer romper el cristal. En la cámara, donde aquél se encuentra, es todo silencio y quietud; parece la celda de un monasterio medioeval, trasladada, por arte de encantamiento, al centro de ciudad moderna. Sobre una mesa de patas salomónicas hay abierto un libro. Es el *Amadís de Gaula*, y entre sus hojas, como señal de lectura, florece un pétalo de rosa. En la pared, tras el cristal de un retrato que ya amarillea, otro pétalo igual al del libro reposa sin aroma.

El hidalgo, que ya no es doncel, deja pasar las horas como el cortejo de una procesión que no interesa, y, al volver sus ojos hacia el libro, dibuja en los labios una sonrisa bella y triste, como saludando algo que es rancio como sus blasones, noble como su libro, y triste como los pétalos de rosa muertos, emblema de recuerdos y de andanzas galanas.

AMICHATIS.

(Ilustraciones de Gutiérrez-Larraya.)

Digitized by Google

Palabra y Silencio

por

Juan Zorilla de San Martín

ALGUIEN (acaso haya sido yo mismo) dijo una vez: Nunca me he arrepentido de haber callado... ¡ Y cuántas otras he tenido que arrepentirme de haber hablado !

O mucho me equivoco, ó la mayoría de los hombres dicen en su corazón otro tanto.

« Cuantas veces estuve en medio de los hombres, me volví menos hombre. Eso lo experimentamos todos los días, cuando hablamos demasiado. » Así habla Kempis.

Y Pascal : « Muy á menudo, todas las desgracias de los hombres nacen de no saberse estar quietos en su aposento ».

Está bien. Conviene saber ahora, por sí ó por no, lo que de tales juiciosas sentencias debemos deducir.

¿ Adoptaremos la resolución de interponer siempre el silencio entre nosotros y los demás hombres ?

Más fácil es, dice el mismo Kempis, callar siempre, que no propasarse en palabras...

Sí, es verdad : es más fácil para unos ; menos difícil para otros. Que bien se nos alcanza lo muy relativo de aquella facilidad. Es tan fácil para el hombre locuaz el ser locuaz, como para el silencioso el ser silencioso. « Esperemos, dice Carlyle, que nosotros, los ingleses, conservaremos largo tiempo nuestro *grand talent pour le silence.* »

¡ Nuestro gran talento para el silencio ! El talento no es otra cosa en este caso, según barrunto, que el temperamento, la índole, la disposición, ó como quiera llamársele, formada por causas varias, y que no debe confundirse con el carácter, que es fuerza en la voluntad. Esta, la voluntad educada, ejerce su acción sobre el temperamento ; si ella domina, tenemos el carácter ; si triunfa el temperamento, nos encontramos con la pasión.

Pero no siempre está en nuestra mano el seguir el camino más fácil ; el más difícil ó contrario á nuestro temperamento se nos impone á veces.

« No es siempre el caso, dice Pascal, de examinar si se tiene vocación para salir del mundo, sino si se tiene para quedar en él. Como no se consultará si uno es llamado á salir de una casa apestada ó incendiada ».

No estando, pues, en nuestra mano el silencio ¿ nos inclinaremos al célebre aforismo de Fichte : « digamos la verdad, y que se hunda el mundo » ? Yo de mí sé decir, que siempre lo he encontrado sólo enfático. ¿ De qué verdad habla ese hombre que así grita ? ¿ Acaso, la opinión que no se forma sobre tal ó cual cosa es la verdad ? Entonces, el universo mundo se hundiría varias veces por semana, si ya no es por minuto. Y debemos alegrarnos, de que el equilibrio de los planetas no dependa de las verdades que digan ó dejen de decir los habitantes de este nuestro, que no es tan gran cosa, que digamos, en la cósmica armonía.

Un autor rioplatense, que acaba de escribir un libro, nos aconseja : « Cuando sintamos la necesidad de decir algo que creamos favorable al progreso de las ideas, ó al reconocimiento de la verdad, no debemos permanecer callados, pues más vale exponerse á la censura ajena que al propio menosprecio ».

No veo del todo claro en ese consejo. Es indudable, que el hombre de verdad debe temer más la propia censura que la ajena ; pero no

Digitized by Google

se trata de eso, sino de saber precisamente si el callar nos acarrea el propio menosprecio, por el solo hecho de callar, cuando sentimos la necesidad de decir algo que creemos favorable al progreso, etc., etc. Por lo que á mí toca, estoy persuadido de que nada ha estorbado más el progreso de las ideas, y formado más escépticos, que las malas defensas de la verdad, ó su proclamación extemporánea, á tontas y á locas.

Si ha de valer el sentir de Alfredo de Vigny, reproducción literal del inglés, *seul le silence est grand, tout le reste est faiblesse*, y si hemos de tomar en cuenta la impresión de Emerson, poca fé debemos tener en la eficacia de la humana palabra: « Entra tanto de destino en la vida, dice, tanto de impulso irresistible, de temperamento y de ingénitas inspiraciones, que yo dudo podamos, por nuestra propia experiencia, decir algo útil á nadie. » Esa duda no ha impedido á Emerson, dicho sea de paso, de enseñarnos muchas cosas, algunas de ellas muy útiles, por cierto, en varios volúmenes de letra menuda.

Yo diré, por mi parte, lo que no juzgo del todo inútil á mis semejantes sobre este particular.

El respeto ó aprecio que el hombre tiene de sí mismo, puede medirse por el que tiene de su propia palabra. « La desnudez del alma, dice Bacón, no es menos indecente que la del cuerpo; un poco de reserva y de circunspección en las palabras, en las maneras y en las acciones, atrae el respeto. » Y dice el libro de los Proverbios: « Quien guarda su boca guarda su alma; mas el que es inconsiderado en el hablar sentirá males ».

« La lengua del hombre, dice otro, es órgano sagrado; el hombre se define á sí propio en filosofía como palabra encarnada. »

Y digo yo ahora: quien malgasta su palabra la deprecia; y el que deprecia su palabra se menosprecia á sí mismo; pero el que la niega por egoísmo ó avaricia, si bien ahorra, porque lo que hemos dicho ya no es nuestro, y lo que uno sabe solo tiene siempre mayor valor, esa economía de nuestra riqueza moral acumulada no siempre es una virtud, y puede llegar á ser un vicio. Y tan es esto verdad, que el silencio no ha sido nunca una obra cristiana de misericordia, mientras que el dar buen consejo lo es, y muy meritoria.

« No retengas la palabra en tiempo de salud, dice Salomón en el Libro de los Proverbios; no encubras tu sabiduría en su hermosura ». Y más adelante: « Alégrase el hombre en la sentencia de su boca; y la palabra á sazón es muy buena ». Y por fin: « Mejor es el hombre que encubre su ignorancia, que el que esconde su sabiduría ».

La soberbia suele ser callada, tanto como la santidad, y aún más. También la estupidez suele serlo tanto ó más que el genio. La palabra, pues, en sí misma, es del género neutro.

« Desgraciados de nosotros si no tuviéramos otra cosa que lo que hablamos y tenemos á la vista », dice uno; « tener palabras es no tener nada », dice otro; pero también dice uno de entre ellos: « Grecia, á no ser por las palabras que habló, no existiría ».

La palabra es el elemento constructivo por excelencia de la humana sociedad, y es también el destructivo por excelencia; es el agente que reune y armoniza las almas por la verdad y el amor, y es el que las disgrega y desconcierta por la mentira y el odio; es título de gloria y de deshonra, buen arcángel alado, y bestia perjudicial también, la más perjudicial de las bestias que vuelan. « El que hiere con la lengua, dice San Juan Crisóstomo, hace una herida más profunda que el que hiere con los dientes. » « Algunas palabras dignas de recordación, dice en cambio Joubert, pueden ser bastantes para ilustrar un grande espíritu. »

El hombre, planta que piensa y habla, emite en la palabra la sutil esencia de sí mismo, de que se forma el ambiente moral que respiramos, como da la planta su misteriosa emanación al ambiente físico de que nos nutrimos, como dan las cosas su color al universo que vemos. El color es el espíritu de las cosas.

El hombre, como la planta, como los objetos visibles, emite más ó menos su espíritu en la palabra, según su propio carácter ó personal naturaleza. Hay hombres que no hablan, como hay flores que no huelen; hay personas casi invisibles, como hay cosas incoloras, que se confunden con el medio en que viven, con la tierra, con el cielo, con las demás cosas. Hay otros, en cambio, que se ven y se oyen, porque son luminosos y sonoros por naturaleza.

Pero así como el visible no está del todo impedido de ocultarse en gran parte, evitando el desentono de su ser con el ambiente, jamás el invisible podrá serlo tanto que haga completamente impenetrable la envoltura de su espíritu; ésta es más ó menos transparente, pero siempre lo es algo; se le ve por los resquicios.

Pensar es vivir, y vivir, en el mundo sensible, es arder, sonar, ser visible, palpable. Confucio exclama: « ¿Ocultarse el hombre? ¿Cómo es posible que el hombre se oculte? » « Los pensamientos, dice en otra parte, llegan á nuestro espíritu, y salen de él por vías que

Digitized by Google

nunca hemos dejado abiertas voluntariamente. »

El ambiente social se forma de esa vida de los espíritus que es palabra interior, y que, quieras que no, tiene una perpetua emanación sensible en el éter infinito.

Lo que importa, pues, al hombre, así por propio interés como por el ajeno, que también refluye en él en definitiva, no es tanto cuidar de su palabra, que, como su mirada, ó su actitud, ó su movimiento, es una forma de emanación de su ser pensante y afectivo, cuanto el velar por la formación de lo que éste emite en cualquier forma : *ser planta benéfica*.

« Si no quieres que se sepa que has hecho una cosa, dice Emerson, no la hagas ».

Hay un medio eficaz, á lo que á mí se me alcanza, para hablar, sin tener que arrepentirse de haber hablado : no tener que arrepentirse de haber pensado, imaginado, sentido, deseado. Hay un recurso eficaz para no sentirse menos hombre por haber estado entre los hombres : ser hombre intenso, muy arraigado en sí mismo, tan dueño de sus raíces como de sus flores y frutos.

También existe un medio para no salir de su aposento : salir con aposento y todo, ser uno con él, vivir en él perpetuamente, como el caracol.

Haz silencio en tu pensamiento, y lo habrá en tu boca ; hazlo en tu imaginación, y tus miradas serán silenciosas.

Tienes que aventurarte á salir de ti mismo, si has de vivir humana vida. Sal en buena hora, pero no te ausentes demasiado, no te pierdas de vista jamás. Vive en presencia de ti mismo y, sobre todo, en presencia del Señor, tu Dios. Haz centinela en tu pensamiento, ten á raya tu fantasía, no la dejes sola con el Deseo, no sea que conciba criaturas locas que te deshonren. Ten siempre luz encendida en tu corazón, para que los deseos no se formen en la oscuridad, como los hongos venenosos.

Y entonces habla á tus hermanos según tu carácter.

Que no sólo el silencio es grande ; lo es incomparablemente más la palabra vigilante y bien nacida.

Juan Torrilla de Martín

Digitized by Google

CABEZAS

MANUEL LAINEZ

Al partir de Buenos Aires á Europa, en un viaje que habría sido de reposo si no continuase una infatigable y resistente actividad, el Sr. Manuel Láinez ha sido objeto de una manifestación tan unánime como sincera, en homenaje á su labor eficaz y valiente, á su carácter decidido, á su talento que nadie discute, y á su constante voluntad de hacer el bien á su patria, la República Argentina.

Y ese hombre eminente ha sido y es, ante todo, un hombre de pluma, un periodista, un brillante y formidable periodista. Por más de un punto sería comparable á Courier; y en su país podría decirse de él, lo que en Francia del terrible *bonhomme* Paul-Louis: «... aucun écrivain, depuis Voltaire, n'avait mis autant d'esprit au service d'autant de malice ». Maestro en epítetos, profesor de esgrimas verbales, hercúleo al par que fino sagitario de campañas políticas, hábil hasta hacer en veces á Aquiles levantar el pie, para darle en el propio talón.

Es, ante todo, un escritor de un alcance y cultura excepcionales; mas sus energías han ido á la acción periodística y parlamentaria, en un medio en donde toda intelectualidad de valer, así sea la de un Sarmiento ó la de un Mitre, la de un Andrade ó la de un Lugones, tiende á lo positivo y factible en una constante corriente de progreso.

Treinta y cinco años de luchas de prensa son tarea que, completada con ocho de labor senatoria, han formado la base fuerte en que se afirma una figura prestigiosa, un varón egregio á quien ha podido hacer este no prodigable elogio, otro maestro del diarismo, Mariano de Vedia: « Hombre de pensamiento y hombre de lucha, os trazasteis un programa y lo realizasteis por vos mismo ».

Se inició de joven en la diplomacia, mas no era para él el rumbo de la Carrera. Su vigor combativo fué al entrevero de los partidos, y con el gran Alsina tuvo su bautismo de fuegos políticos. Pero era en el campo periodístico donde encontraría su verdadero ambiente, y en donde debía lograr, paso por paso, su bastón de mariscal. *La Tribuna*, *La Tribuna Nacional*, y sobre todo *El Diario*, que fundara y animara con su espíritu y alientos, han sido los órganos en que ha hecho vibrar el más flexible, sólido y agudo de los talentos, haciéndose considerar, temer y aplaudir. Y más de una vez sostuvo, en todos terrenos, caballerosamente, su firmeza personal, de tal guisa, que vigorosos y dignos contrarios de antaño fueron después sus estimadores y sus amigos.

Si el Sr. Láinez se hubiese dedicado mayormente á las puras letras, habría sido un autor de amenidad y elegancia, de observación y de sutileza. Su sentido crítico es rápido y definitivo, y su aticismo alternado de picantes pimientos criollos es de un efecto destructor, por la *charge*, ó por el descubrimiento de los humanos lados flacos, en el dominio de la sátira y en el aprovechamiento de la oportunidad.

Como hombre, sin las acritudes de un Clemenceau, pongamos por ejemplo cercano, es un *charmeur*, y un conversador con quien M. Bergeret, á su paso por Buenos Aires, pudo alternar, sin riesgo de descubrir el « penguino autóctono », de que hablara en ocasión memorable Leopoldo Lugones. Consecuente con sus amigos — y con sus enemigos — sincero y eficaz, es en « el mundo », en el comercio social, un intachable elemento. Es solicitado por su ingenio y por sus condiciones de gentleman. Es su amistad un presente de los dioses; no es higiénico el caer del lado de sus antipatías.

El hombre público, el senador, ha recogido en el país entero la cosecha justa que le produjera su siembra de beneficios, sus iniciativas en pro de ciudades y pueblos, sus proyectos numerosos de utilidad, de mejoramientos urbanos y rurales, de instrucción pública, de ferro-carriles, de pensiones á familias de patricios, de estímulo á las letras, á las ciencias, á la agricultura, á la beneficencia, á la glorificación de argentinos beneméritos, á cien cosas más que significan civilización, cultura, engrandecimiento nacional, decoro y alta figuración en el mundo de su patria, de la República Argentina.

Al verificarse el homenaje á que me he re-

Digitized by Google

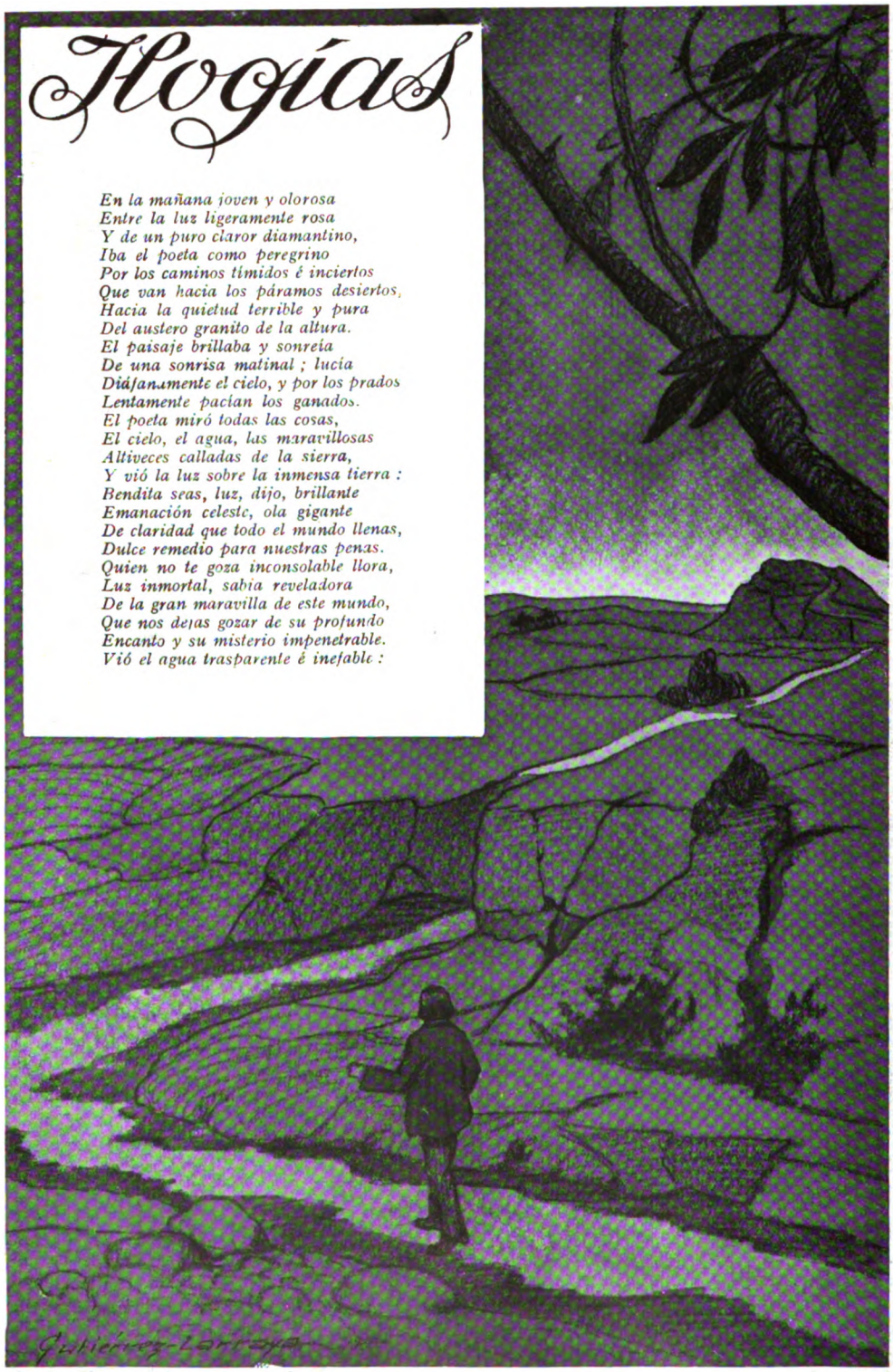
(Dibujo de Pesle)

Don Manuel Láinez.

ferido al comienzo de estas líneas, el Gobierno quiso asociarse asimismo, y solicitó al Sr. Láinez para el desempeño de una embajada especial en Francia é Italia. Acertada idea. Representantes como ése son los que acreditan y dan brillo á las naciones que les envían. El Sr. Láinez, que cuenta ya con amigos ilustres en Europa, encontrará á su paso toda la consideración, el aplauso y la simpatía que le son debidos.

RUBEN DARIO.

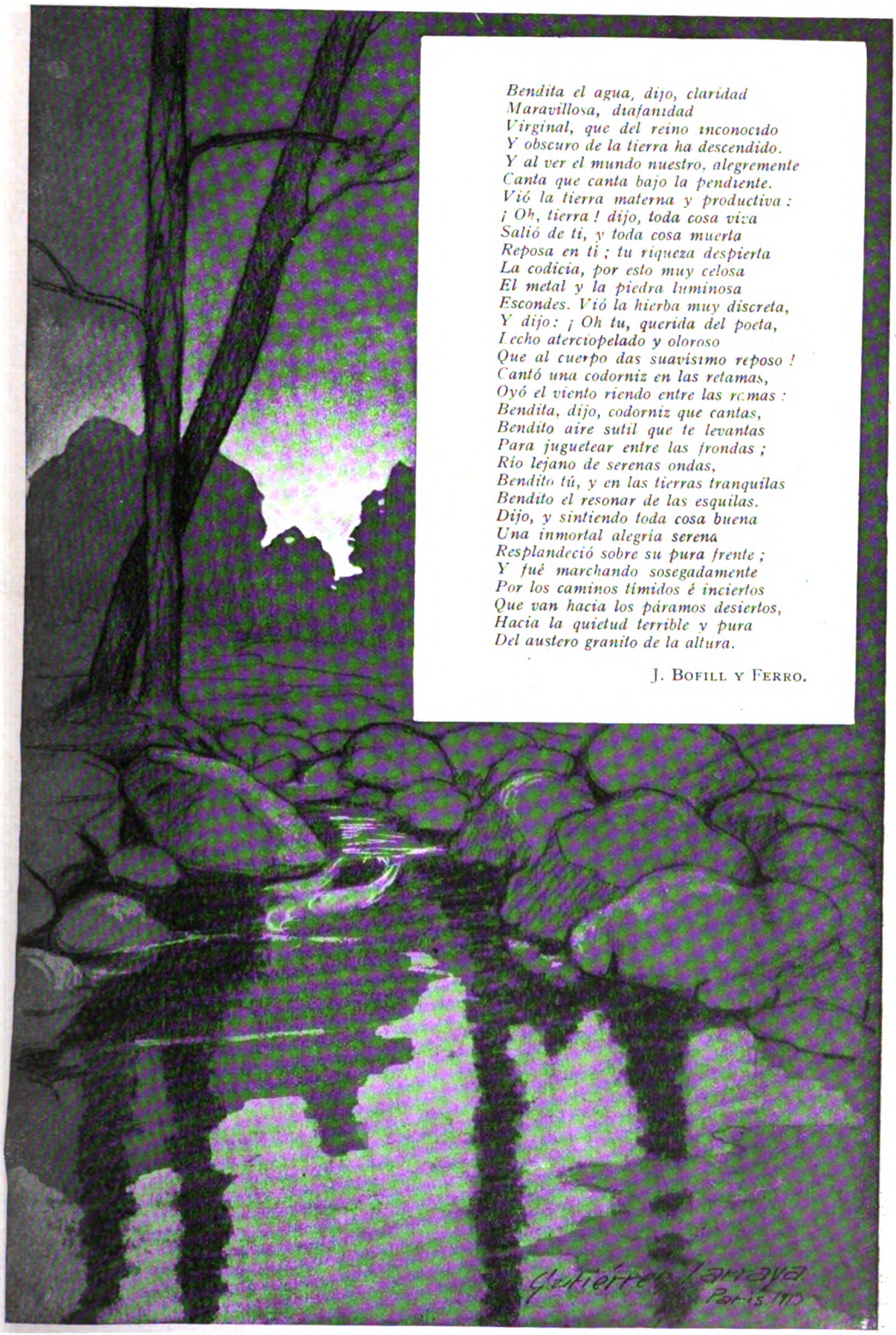
Digitized by Google



Hogías

En la mañana joven y olorosa
Entre la luz ligeramente rosa
Y de un puro claror diamantino,
Iba el poeta como peregrino
Por los caminos tímidos é inciertos
Que van hacia los páramos desiertos,
Hacia la quietud terrible y pura
Del austero granito de la altura.
El paisaje brillaba y sonreía
De una sonrisa matinal ; lucía
Diáfanamente el cielo, y por los prados
Lentamente pacían los ganados.
El poeta miró todas las cosas,
El cielo, el agua, las maravillosas
Altiveces calladas de la sierra,
Y vió la luz sobre la inmensa tierra :
Bendita seas, luz, dijo, brillante
Emanación celeste, ola gigante
De claridad que todo el mundo llenas,
Dulce remedio para nuestras penas.
Quien no te goza inconsolable llora,
Luz inmortal, sabia reveladora
De la gran maravilla de este mundo,
Que nos dejas gozar de su profundo
Encanto y su misterio impenetrable.
Vió el agua trasparente é inefable :

Digitized by Google



Bendita el agua, dijo, claridad
Maravillosa, diafanidad
Virginal, que del reino inconocido
Y obscuro de la tierra ha descendido.
Y al ver el mundo nuestro, alegremente
Canta que canta bajo la pendiente.
Vió la tierra materna y productiva:
¡ Oh, tierra ! dijo, toda cosa viva
Salió de ti, y toda cosa muerta
Reposa en ti ; tu riqueza despierta
La codicia, por esto muy celosa
El metal y la piedra luminosa
Escondes. Vió la hierba muy discreta,
Y dijo: ¡ Oh tu, querida del poeta,
Lecho aterciopelado y oloroso
Que al cuerpo das suavísimo reposo !
Cantó una codorniz en las retamas,
Oyó el viento riendo entre las ramas :
Bendita, dijo, codorniz que cantas,
Bendito aire sutil que te levantas
Para juguetear entre las frondas ;
Río lejano de serenas ondas,
Bendito tú, y en las tierras tranquilas
Bendito el resonar de las esquilas.
Dijo, y sintiendo toda cosa buena
Una inmortal alegría serena
Resplandeció sobre su pura frente ;
Y fué marchando sosegadamente
Por los caminos tímidos é inciertos
Que van hacia los páramos desiertos,
Hacia la quietud terrible y pura
Del austero granito de la altura.

J. Bofill y Ferro.

Digitized by Google

LA LEYENDA DEL IDEAL

I

Fué el angosto y selvático reino de Graal, en lejanos tiempos, el más extraño al par que el más tranquilo de los reinos.

Jamás andariegos conquistadores traspusieron sus lindes señaladas con riscos inaccesibles, cubiertas de bosques impenetrables, apartadas por abismos insondables, y ceñidas por torrentes sombríos que, desde el misterio de sus hondos cauces — cual feroces guardianes de tan hostil frontera — clamaban un pavoroso y bárbaro himno de muerte.

El rey Antán, señor de Graal en época remota, éralo por tanto de las cumbres y vertientes de altísima cordillera, y sus pueblos se aferraban á las cimas como nidos de águila caudal, allá en los nebulosos confines donde se besan los cielos y las tierras.

Nunca los súbditos del rey Antán descendieron hacia los valles tendidos á sus pies, en plácida ostentación de blandas praderas y corrientes mansas. Al amparo de sus alturas, los rústicos miraban con desdén la fácil y serena vida de los llanos distanciados en lo profundo, y de padres á hijos transmitíanse como legado de tradición y herencia de raza el apego á sus quebrados, á sus ventisqueros, y á sus peñascos grises de áspera y desolada traza mal vestida por líquenes y musgos.

Jamás luchas civiles, rencores de bandería ni contiendas de partido, ensangrentaron aquel reino, turbando su monótona calma. Las rebeldías, las audacias, las reformas, todas estas palabras inquietantes eran desconocidas en Graal, y desconocida era su significación. La existencia de aquellos hombres fué siempre igual á la de otros hombres, sus antepasados, y nunca hubo de modificarla saudade alguna de otro vivir. Para labrar el terruño y apacentar los ganados, no usaban los selváticos de un adarme de albedrío: dejábanse arrastrar por el hábito adquirido en transmisión de siglos, al través de cien generaciones... Así, no anhelando nada, desconocían toda voluntad.

En Graal, ni cantó el amor sus melodías, ni rugió sus tragedias.

El gran amor pasional de los sublimes arrebatos, de los tremendos sacrificios, de los furiosos celos, ese amor no agitó sus teas incendiarias sobre aquellos pueblos ni sobre aquellas almas.

Un hombre y una mujer unían sus vidas bajo un techo por ley natural de la existencia. Nacíanles hijos, en periódico retoñar de la especie; pero tal hombre y tal mujer no se amaban. Eran á modo de compañeros asociados por mutua conveniencia; nada más. Ignoraban las infinitas contemplaciones de las almas que, en demanda de amor, se asoman á los ojos... Ignoraban los inmensos contactos de las almas que, en demanda de amor, se prenden en los labios. Y creados en desamor, los hijos de tales padres ni amaban ni eran amados. Cuidábanles sus madres en tanto eran niños, y cuidábanles sólo por costumbre, no por afecto. Crecidos ya, y trocados en mozos, aprendían labores del campo y faenas del pastoreo, recibiendo tales enseñanzas de sus padres, ya que ellos las aprendieran de los suyos en su tiempo, y fuera tradición que nadie osara interrumpir. Luego, llegados á hombres los que fueron niños, y las que fueron niñas á mujeres, unos y otras partían á fundar nuevos hogares, abandonando la choza paterna sin congojas ni afliccio-

Digitized by Google

nes, porque así lo hacían y lo hicieron todos siempre.

Ajenas á todo amor, éranlo también aquellas gentes á toda estética. En su estrecho criterio, reducíase la naturaleza á la tierra que produce cosechas y mantiene rebaños. Un amanecer no les sorprendía por sus matices; decíales tan sólo que era llegada la hora de volver á la tarea interrumpida. El morir de la tarde no les era pausa misteriosa de inexplicadas nostalgias, sino únicamente, y al cabo de la fatigosa jornada, placentero anuncio de reposo en la noche. Y la noche — fuere sombría, fuere bañada en melancólicas platas lunares — la noche les brindaba el sueño, nunca el ensueño.

En Graal no se hablaba de la belleza de las cosas; en cambio, discutíase siempre su utilidad.

Ningun viajero llegó hasta aquellas cumbres, ni morador alguno de ellas pensó en abandonarlas. De tal manera, y en completo aislamiento, este reino conservó su extraña constitución, indiferente al paso de los siglos, y mientras que en el mundo luchaban los hombres en épicas contiendas de amor y de voluntad, sin amor y sin voluntad los súbditos del rey Antán, á pesar de hallarse tan cerca del cielo, desconocían todo ideal.

Así fué, y así hubiera podido seguir siendo...

II

El rey Antán era el menos mayestático de los reyes. Cúpole la misión más sencilla y rudimentaria que á monarca alguno pudo ser dada. Una vez, en cada año, recorría sus pueblos, y en ellos hacía nuevas particiones de ganados y de tierras, de aperos y de semillas. Y era único objeto de tal distribución el hacerla, con estricta equidad, del esfuerzo necesario para cultivar las menguadas parcelas de las vertientes, y apacentar en las cumbres los inmensos rebaños que constituían la riqueza colectiva, ya que lo producido por tierras y bestias fuere bien común, y de ese bien se mantuvieren todos por igual.

Había de ser la corte de tal rey la menos cortesana de las cortes. No había en ella ministros que desgobernaran el estado; no palaciegos que esquilmaran el tesoro; no caudillos que, para cosechar propios laureles con ajenos sacrificios, intentaran locas aventuras y contiendas fraticidas.

Y sin chambelanes, urdidores de intrigas, sin inquietas damas tan cortas en recato como en ambición sobradas, sin camarillas, sin conspiraciones, sin maquiavelismos, la corte de Graal — que al pueblo no costaba una brizna de oro ni una gota de sangre — era, en verdad, la menos cortesana de las cortes.

Una choza más amplia que las otras, tal era el palacio del rey Antán. Cubría el suelo recia piel de oso; ardían, en el hogar, tomillo y mejorana; brindaba la mesa el mejor ciervo, la miel más delicada, el más sazonado madroño de la cumbre, y como en Graal fuere desconocido el vino, escanciaba el rey su yantar con agua, con el agua más pura brotada de los ásperos senos de la montaña.

El rey Antán era el menos mayestático de los reyes, y era su corte la menos cortesana de las cortes...

III

Un día, el rey Antán y su hijo Inar fueron á caza de venados. Persiguiendo huidas piezas, de cañada en cañada, guiados por el latir de la jauría y ciegos en su empeño, llegaron, príncipe y monarca, tan lejos, tan lejos, que traspusieron los límites del reino.

Diéronse cuenta de ello saliendo inesperadamente de las selvas, en las cuales perdieran todo rumbo y camino, y encontrándose, no poco sorprendidos, á mitad de una falda cuyas empinadas praderas alpinas tendían su manto de intenso verdor, desde los últimos y añosos robles del bosque hasta la orilla de ancho y quieto caudal, plácido remanso en el que olvidaba las fatigas de cien rápidos y la gimnasia de mil cascadas, el río.

Al otro lado del cauce, el valle. Sobre el valle, allá por los confines de oriente, aparecían millares de hombres, y refulgían aceros, y vibraban clarines, y piafaban corceles.

También por los confines de occidente tremolaban pendones y banderas, y marcaban un ritmo los tambores, y avanzaban, extendiéndose como aguas impetuosas de riada, los escuadrones de jinetes y las cohortes de infantes.

Suspenso, el príncipe Inar dijo á su padre, quien, en silencio, contemplaba el valle:

— Padre ¿ vendrán contra nosotros esas gentes ?...

Mostró el rey á su hijo los riscos inaccesibles y los insondables abismos de la cumbre, y replicó tranquilo:

— ¡ No temas ! Contra tales barreras nada puede la demencia de esos hombres que emplean, en segar vidas y abrir entrañas, el hierro que habría de servirles para guadañar cosechas, y para abrir en la tierra surcos que fueran cauces de sementeras.

Y añadió el soberano tras de breve pausa

Digitized by Google

durante la cual volvió hacia la llanura el mirar de sus ojos asombrados :

— ¡ No, hijo, no !... ¡ No temas !... Esas gentes nada intentarán contra nuestras cumbres de paz. Si eligen el valle para encontrarse ha de ser, ó para marchar unidos hacia lejanas empresas, ó para destrozarse en lucha insensata y mortal.

— ¡ Padre — murmuró el príncipe — no acierto á comprender por qué los hombres cometen tal insania !...

El rey Antán hubo de asentir, tristemente :

—¿ Y quién, hijo, puede hallar razón á los desvaríos de los locos ?...

No se encontraron para marchar unidos hacia lejanas empresas, sino para destrozarse en insensata lucha mortal.

Fué un tremendo choque. Fué horrible crujir de rotas armaduras y de astilladas lanzas. Ante el galopar de los caballos se abatían los hombres de á pie, maltrechos por las grandes espadas y las dobles hachas de combate, cuyos filos, rebotando sobre las cotas de malla, tornaban á caer, más certeros, hendiendo yelmos y cráneos.

Iban así, los caballeros de la muerte, sembrándola por doquier. Iban, cual huracán de hierro, altivos, impetuosos, siniestros... hasta que, al fin, traspasadas por cien flechas y heridas por cien aceros, caían las bestias revolcándose en ansias de agonía, y aplastando á los jinetes trabados en la herrumbre de sus armaduras.

El rey Antán era el menos mayestático de los reyes, y era su corte la menos cortesana de las cortes...

Del trágico valle desprendíase un vaho de sangre, y entre ese vaho se alzaba densa polvareda : fué bermeja niebla que hubo de cubrirlo todo, dejando tan sólo escuchar remotos lamentos de agonía, y ayes de muerte.

Más tarde se hizo el silencio, y la nube de polvo ensangrentado, como ave gigantesca, tendió sobre la llanura su lento vuelo, descubriendo el campo de batalla donde los muertos y los moribundos quedaban en desolación y abandono. Luego, cuando la nube bermeja fué tenue lumbre que al horizonte encendían las postreras luces de la tarde, el rey Antán y su hijo pudieron contemplar como el resto del ejército, que antes ganara el valle por los confines de Oriente, salía persiguiendo por los de Occidente al enemigo vencido y fugitivo, y señalaba su paso con huella de nuevas víctimas.

Declinaba el sol, y la noche comenzaba á velar con piadoso manto de aquel valle de sombra la hecatombe de horror.

— ¡ Padre — suplicó el príncipe Inar — bajemos al valle !... Anhelo contemplar de cerca á tan extrañas gentes...

— ¿ Y qué nos importan esos bárbaros, hijo mío ?...

Instó el príncipe :

— No hallaremos ocasión como ésta, y no serán los que yacen malheridos quienes

Digitized by Google

puedan volver contra nosotros sus armas y su demencia.

El rey Antán y el príncipe Inar descendieron al valle. Fueron por entre los fenecidos y agonizantes. Hacia ellos tendían los moribundos sus brazos, y era en vano, porque en Graal se ignoraba toda ciencia y todo amor.

Los cadáveres, amontonados en ruda confusión de contienda, cubrían el suelo. Convulsas, las manos empuñaban las armas. Contraídos por el odio, los rostros guardaban, allende la vida, su gesto de maldición. Y las pupilas, cuajadas por la muerte, entre abiertos é inmóviles párpados, buscaban en la inmensa lejanía del cielo su quimera.

El rey Antán murmuraba :

— ¡ Locos !... ¡ Locos !...

E inclinándose bajo la tenue claridad lunar para ver de cerca los grandes cuerpos, rígidos ya, el príncipe replicó absorto :

— ¡ Padre, cuán bellos son los locos, y cuán bella ha de ser tal locura de muerte !...

Una voz, recia y hostil, clamó entre las sombras :

— ¿ Quién va ?...

Detuviéronse los viajeros, mudos de espanto, y ante ellos se irguió la dura silueta de un guerrero que, con el roto leño de su lanzón trocado en báculo, sustentaba la vacilante fortaleza del cuerpo herido.

Tornó la dura voz hostil á clamar entre las sombras :

— ¿ Quiénes sois, los que llegáis ? ¡ Bienvenidos, si amigos ; y si enemigos, aprestad el ánimo y la espada, que aún guardo bríos capaces de haceros morder la tierra !

— ¡ Ni amigos ni enemigos ! — dijo lentamente el rey Antán. — Extraños somos á tu hueste como á la de tus contrarios, y extraños también á esa bárbara ley de guerra. ¿ Qué insania pudo llevaros de esta manera á matar y á morir ?

— ¿ Insania llamas á una santa causa ? ¿ No sabes que por ella mueren, en los campos de batalla, emperadores y reyes ? ¿ De qué tierra llegáis, ignorando aquello que la fama proclamó de extremo á extremo del mundo ?

— Llegamos de un reino de paz, asentado sobre cumbres demasiado altas, para que las alcancen estos ecos de vuestras contiendas y estos estragos de vuestras armas...

Hubo una larga pausa de silencio... Al fin, el hombre de armas imploró :

— ¡ Estoy solo ! ¡ Estoy herido ! ¡ Tengo hambre y sed ! Ya que no es lejano vuestro hogar, dadme albergue hasta que se cierren mis heridas y tornen mis fuerzas.

Dudó el rey Antán...

— ¡ Jamás extranjero pisó el suelo de Graal !

Suplicó el príncipe :

— ¡ Padre, anhelo escuchar de este hombre narraciones de extrañas costumbres y portentosos hechos !

— ¡ Locuras sin cuento, hijo mío, serán sus palabras !

— ¡ Entre nosotros, padre, al par que de sus heridas, sanará de su demencia !

— ¡ Ven, pues !... — concluyó el rey, brindando al extranjero su compañía.

Y con las primeras luces del alba, fuéronse juntos los tres, peñas arriba, camino de las brumosas cumbres donde ignorábase el amor, donde ignorábase la voluntad, donde era desconocido todo ideal, en tanto que por amor, por voluntad, y por ideal, luchaban los hombres en implacables contiendas de muerte, allá en los trágicos valles sangrientos.

IV

Curadas le fueron al extranjero sus heridas, más no su insania, y prestando oído á sus razones, por sinrazones tenidas, el rey y el príncipe distrajeron los ocios en veladas largas del invierno montaraz.

No fueron solos en escuchar tales discursos el monarca y su hijo, ya que al amparo de las fogatas encendidas con tomillo y mejorana, muchos súbditos de Graal atendieron á las raras disquisiciones de aquel hombre, que hablaba de amor y de voluntad á quienes ni amaron ni quisieron nunca.

Los que oyeron tales cosas, repitiéronlas por doquier : en caminos, en albergues, en encrucijadas, bajo sus techos, en las callejas del lugar.

De tal modo extendióse por Graal el verbo del lunático decidor... De tal modo fueron inquietados los espíritus antes sosegados en inconsciencia milenaria.

Reprocharon los viejos al monarca tan imprudente acción, cual era dar albergue á un insensato, capaz de torcer el juicio á quien más recto y firme lo tuviera... y aquello que los ancianos juzgaron desdichada temeridad, fué alabado sin reservas por los jóvenes, quienes dieron en llamar cordura á lo que los viejos diputaran por demencia, y en considerar tales y extraños ecos de otro mundo como profecías, como venturoso anuncio de otra y más grata vida.

Unos acusaron al extranjero de perturbador... Otros le acataron como maestro y como mensajero de ventura... Y así, en el reino de Graal hubo de surgir en primer lugar la discordia, eterno pregonero de toda renovación.

Digitized by Google

Detuviéronse los viajeros, mudos de espanto, y ante ellos se irguió la dura silueta de un guerrero. .

Digitized by Google

Más grave fué el desorden al llegar el tiempo poblando y quedar libres de nieve los caminos.

De poblado en poblado, y peregrino al par que misionero, sembró el Perturbador, sobre el yermo de las almas, su fecunda semilla de Ideal.

Dijo, á cuantos quisieron escucharle, grandes cosas. Dijo el santo amor de la paternidad, que nos da, en cada hijo, un báculo para el áspero camino de la vida; dijo el fuego de las mocedades que es, en ellas, vida de la vida, y más allá lumbre remota cuyo amparo buscan las almas fatigadas, para descanso en el recuerdo; dijo, en fin, el altruismo y la caridad, ternuras vagas en las cuales vienen á dar los reflejos de otros amores más singulares é intensos; luz difusa y blanda de lejana proyección, de suave tibieza consoladora...

Así dijo el Perturbador la voluntad de amar...

Y luego del amor dijo el odio, dijo la lucha contra lo injusto y lo perverso, dijo la rebeldía del pensamiento contra el mal, y contra el mal, el esfuerzo de los brazos cuando el de la razón no basta.

Así dijo el Perturbador la voluntad de odiar...

Pasó, dejando una candente huella de vehemencias, de anhelos, de inquietudes...

¿ Qué se hizo la paz ? ¿ Qué se hizo la tranquilidad de aquellos hombres ? ¿ Qué, su antes imperturbada calma ?

Dieron los padres en amar á sus hijos, y los hijos gustaron de amar á sus padres y á sus hermanos. De tal suerte ocurrió, que al despertar á tan grandes amores los jóvenes, llegado el día de abandonar la choza paterna, hubieron de hacerlo con dolor, y con dolor les vieron partir quienes en ella quedaron.

Dieron los mozos en amar á las mozas, sus elegidas, con un grande amor sentimental, vestido con galas de ilusión y cendales de ensueño; y dieron las niñas, llegadas á mujeres, en no aceptar hogar ni brazos que los brazos y el hogar del amado no fueren.

Estas ternuras abrieron manantiales al cauce del sufrimiento: sufrieron los amadores desdeñados; sufrieron las enamoradas no atendidas; vinieron, de la mano del amor, los desengaños, los celos, las pasiones contrariadas, las pasiones locas, las iras inexorables, los inexorables rencores... Y de la mano del amor llegó también la ambición, ya que los amadores hubieron de anhelar, para aquéllos á quienes amaren, mejor suerte y más clemente vida que las por ellos alcanzadas...

Trabáronse, pues, en Graal las duras luchas del interés y las mezquinas contiendas de la intriga. Trabáronse opuestas voluntades en recias lides, y en aún más rudos combates midiéronse enconos de pasión.

Mas ¡ ay !... sobre tal dolor de la existencia, pasajero y breve como ella, se alzó, infinito y eterno, el dolor de la muerte, de la muerte que antes no dejaba huella de tristeza — no evocando nostalgias de amor — y que ahora, llevándose á los amados, atormentaba ¡ oh, cuánto y cuán intensamente ! á los inconsolados amadores.

Arrojando semilla de Ideal fuese el Perturbador.

El antes yermo de las almas cubrióse de pasionales amapolas; pero bajo los sangrientos pétalos creció también, rastrera y vivaz, la retama amarga del dolor.

No habituados al sufrimiento, los súbditos del rey Antán juzgaron bárbara esa ley que en íntimo consorcio enlaza desgracia y dicha. Renegaron, pues, al cabo, del extranjero, que en mal hora osó atentar á la paz de las alturas y á la placidez de las existencias libres de Ideal, desiertas de Amor, y huérfanas de Voluntad, enseñando inquietantes doctrinas de ensueño, de pasión, y de albedrío.

Clamó el pueblo atormentado, y sus clamores dieron razón á quienes censuraran la hospitalidad dispensada al lunático por el rey. En vano hicieron muchos causa común con el Predicador; la causa fué perdida, y ante el rey suplicaron los cuitados:

— ¡ Castiga á ese hombre !...

Inquirió el rey:

— ¿ Cuál fué su yerro ?

Una voz hecha de mil voces acusó:

— ¡ Trájonos dolor ! ¡ Nos enseñó á sufrir !

— ¡ En su disculpa recordad que, siendo mensajero de amor, hubo de mostraros el secreto del placer !

— ¡ Mal haya tal secreto ! Era nuestra ignorancia una gran serenidad... Hoy, en cambio, por una hora de ventura pagamos cien días de tristeza... ¡ Mal haya tal secreto; y ve, señor, que esto es engaño, y que no es merced sino castigo la dicha que tan cara cuesta !

Meditó el rey... murmuraba en tanto la muchedumbre... Tranquilo, aguardaba el acusado su destino.

Alzóse el monarca, y preguntó á su pueblo:

— ¿ Cuál será el castigo ?...

Y el pueblo, en voz hecha de mil vocs, respondió:

— ¡ La muerte !

Digitized by Google

Ante él, los rebelados contra el dolor de amar, contra el tormento de anhelar, contra la melancolía de soñar, recogían piedras y leños...

— ¿ La muerte ?... — clamó en asombro Antán — ¡ Barbarie es esa que jamás traspasó nuestras fronteras ! ¡ Insensatos !... ¿ Quién pudo enseñaros á matar ?...

Un anciano designó al Perturbador :

— ¡ El !...

Otro anciano dijo al rey :

— ¿ Ignoras lo que pasa en tu reino ? Ha poco, un hombre dió muerte á otro que cortejó á su amada... Ayer, el padre del muerto ahogó entre sus manos al matador.

Inclinóse el monarca en pesadumbre... Concedió :

— ¡ Haced vuestra voluntad !

V

Sujeto por recias ligaduras á un tronco añoso, aquél que fué combatiente en el valle y en las cumbres profeta, dispúsose á morir.

¡ La muerte ! ¡ Vana cosa en verdad ! Un soplo de violencia, y la llama encendida en nuestro ser vacila, se inclina, desaparece ; queda de ella un ascua, reflejo postrero ; luego, el ascua pierde su calor y su brillo, se oscurece, se enfría, se apaga...

Sujeto por recias é inútiles ligaduras á un tronco añoso, el Perturbador dispúsose á morir.

Ante él, los rebelados contra el dolor de amar, contra el tormento de anhelar, contra la melancolía de soñar : los necios, los egoístas, los cobardes — eran legión — recogían piedras y leños.

Un energúmeno clamó :

— ¡ Tirad y dadle fin !...

Replicaron otros :

— ¡ Tú, que has hablado, asesta el primer golpe !...

Zumbó un guijarro, hendiendo el aire, y fué á dar en la frente altiva del Predicador.

Digitized by Google

Brotó la sangre, y corrió de la frente al pecho, y del pecho cayó en raudal sobre las clavellinas del campo en flor... Las clavellinas eran blancas, y tornáronse rojas.

Sobre el condenado llovían los golpes... Fueron pronto incontables sus heridas... Fué pronto su cuerpo una gran llaga palpitante. Caían las carnes desgarradas; crujían los huesos astillados; era horrible el suplicio y bárbara la pena... El rey Antán, que había cubierto sus ojos en espanto, preguntó á su hijo:

— ¿ Muere ?

Y el príncipe, con voz lejana, respondió:

— ¡ Sonríe !

Terminada la ejecución lleváronse al muerto. Los ancianos, consejeros del rey, acallaron los escrúpulos que ante lo hecho inquietaran al monarca, prometiéndole que el reino tornaría á su primitiva calma, y que no amando, no deseando, y no soñando, guardaríanse del dolor las fronteras de Graal...

Mas llegada que fué la noche de aquel día, junto al tronco añoso al pie del cual murió el Perturbador, dos amantes confundieron sus lágrimas y sus besos. En prenda de fé, el príncipe Inar, que era el amador, prendió una ensangrentada clavellina sobre el pecho de su amada, y en prenda de ternura la amada del príncipe brindó una ensangrentada clavellina á su amador. Fuéronse luego los enamorados, unidos en voluntad, ilusos en ideal, y hermanados en sufrimiento... Fuéronse, y en lejanía siguieron confundiendo sus lágrimas y sus besos.

En las noches de otros días, otros amantes vinieron á cosechar rojas clavellinas en el bermejo campo en flor.., y aunque los prudentes ancianos, consejeros del rey, mandaban segar las flores purpúreas al morir de cada tarde, las clavellinas de amor y de ideal brotaban y florecían en las noches; las clavellinas de amor y de ideal brotaban y florecían, en florecimiento de inexorable voluntad...

(Ilustraciones de Torné-Esquius.)

FIN DE LAS LEYENDAS DE LA VOLUNTAD, DEL AMOR, Y DEL IDEAL.

SIESTA DEL TROPICO

Domingo de bochorno, mediodía
De reverberación
Solar. — Un policía,
Como empotrado en un guardacantón,

Durmiendo gravemente. Porquería
De un perro en un pretil. Indigestión
De abad. Cacofonía
Sorda de un cigarrón.

Soledad de necrópolis, severo
Y hosco mutismo. Pero
De pronto en el poblacho

Se rompe la quietud dominical,
Porque grita un borracho
Feroz: - ¡¡ Viva el partido liberal !!

Cartagena de Indias. LUIS C. LOPEZ.

Digitized by Google

Por JOSÉ LOPEZ DE FLORES

RECUERDOS HISTORICOS.

Corrían los primeros años del siglo XIX, y mientras que Napoleón triunfaba en el continente, su flota coaligada con la española fueron destruidas en *Trafalgar*, por Nelson, que cayó mortalmente herido en su triunfo (21 octubre 1805).

Después de la batalla de *Iena* (14 octubre 1806) que abrió á los ejércitos franceses las puertas de Berlín, Napoleón, habiendo perdido su marina en Trafalgar, y no teniendo otro medio de molestar á su implacable enemiga, la Inglaterra, que impedíale su comercio en el continente, decreto aquél su famoso *bloqueo continental*. Europa entera cerró sus puertos á los buques de la marina británica, á excepción de Portugal que quedó sometido á la influencia inglesa; y para castigar tamaño desafuero, el emperador obtuvo de la corte de España el consentimiento de que sus tropas pasaran los Pirineos, al mando de Junot, para invadir el territorio portugués.

Aprovechándose de las desavenencias que á la sazón existían entre el rey Carlos IV, de triste memoria, y su hijo Fernando, les preparó á ambos, bajo pretexto de arbitraje, una emboscada en Bayona, en donde les retuvo prisioneros, y les obligó á abdicar. Fué entonces, en Mayo de 1808, cuando Napoleón se apoderó de España, engañando al pueblo español y á su soberano por procedimientos desprovistos de toda lealtad.

Esta toma de posesión de España, reveladora de la ambición de Napoleón, suscita la indignación nacional del pueblo, que se apresta á la lucha y que no ha de desarmar hasta el gran día en que, á través de las más trágicas peripecias, recobra su independencia después de poner en vergonzosa fuga al *rey intruso*, José Bonaparte, que le ha sido impuesto despóticamente.

Hay en todo este drama, de una y otra parte, algo que es conmovedor y grandioso. Desde la jornada del 2 de Mayo, en la que el pueblo de Madrid, con Daoíz y Velarde á su cabeza, se opuso á la marcha de los últimos miembros de la familia real, los infantes Don Antonio y Don Francisco de Borbón, y en la que fué pronunciado en un acceso de legítimo furor el juramento de odio contra Napoleón, hasta el inmortal sitio de Zaragoza en que se prodigaron tantas abnegaciones, oscuras en su mayor parte pero todas heroicas, el glorioso drama desborda en episodios sangrientos; y no solamente resalta á la vista la indomable resistencia de los oprimidos, sino también el admirable valor de los soldados que la ambición del opresor sacrificaba á la más injusta de las causas.

No es mi ánimo poner aquí de manifiesto la indignidad de los actores responsables que, fuera del pueblo, contribuyeron á la trágica aventura, pero esto no atenúa en nada la conducta impolítica y reprensible de Napoleón, arrebatando una corona á un soberano, después de hacerlo su prisionero, para trasmitirla á su hermano José, corona cuyo peso debía aplastar algunos años más tarde á sus raptores.

Estos acontecimientos emocionantes que se desarrollaron hace ciento y pico de años en el mediodía de Europa, fueron á despertar el patriotismo español; fueron á abrir en España una tumba no sólo para sus hijos, sino también para los más gloriosos combatientes de las legiones francesas, y, por vía de repercusión, abrir otra tumba en Rusia para los soldados expedicionarios del « Grande Ejército ».

Las tropas francesas que entraron en España, abren las puertas de Madrid á José Bonaparte por la victoria de *Rioseco*, librada

Digitized by Google

A. Perez Rubio. — *El Alcalde de Móstoles. Episodio de la Guerra de la Independencia.*

en Julio de 1808. Los Españoles no quieren aceptar bajo ningún concepto la dominación extranjera, y el valor de los soldados del Imperio se estrella contra su fanatismo patriótico y religioso. La capitulación del general Dupont en *Bailén* es la primera derrota de Napoleón. De ella dice un historiador de la época, que : « los cañonazos disparados en Bailén resonaron en todos los gabinetes europeos ».

Al mismo tiempo entra Wellington en Portugal con un ejército inglés, y obliga á Junot á capitular en *Cintra*. El rey José debe evacuar Madrid.

Después de estrechar su alianza con Alejandro en el *Congreso d'Erfurt*, Napoleón vuelve en persona á España, y por las victorias de *Burgos*, *Espinosa*, *Tudela* y *Somosierra*, restablece de nuevo á José en Madrid, en tanto que Soult hace retroceder hacia el mar á 30.000 Ingleses que habían desembarcado en las costas de Galicia, en La Coruña.

El emperador parte entonces de España — donde ya no vuelve á poner los pies — dejando el mando á sus lugartenientes que, faltos de unión y de inteligencia mutua, van á empeñar sus fuerzas en pequeños combates y en sitios gloriosos, pero mortíferos, tales como los de *Gerona* y *Zaragoza* (este último, de Julio de 1808 á Febrero de 1809).

En efecto, después de la batalla indecisa librada al rey José en *Talavera*, por Wellington (Julio de 1809) éste se repliega cerca de Lisboa, detrás de las líneas de *Torres-Vedras*, que él defiende obstinadamente y que Massena no puede forzar (octubre de 1810 á marzo de 1811). Luego, tomando la ofensiva, Wellington bate á Marmont en *Salamanca* (Julio de 1812) y á José en *Vitoria* (Junio de 1813), y franquea el Bidasoa, en 1814, poniendo fin á la guerra de España por su victoria de *Orthez* sobre Soult, en los Bajos Pirineos.

Pálido fuera reseñar en este corto espacio — aparte de los grandes hechos de armas citados — los innumerables actos de abnegación y valentía que, particularmente, tuvieron lugar en consecuencia. Historiadores como Lafuente, escritores como Pérez Galdós, entre otros, los han descrito con todo lujo de detalles y minuciosa imparcialidad; también los poetas se inspiraron, sobresaliendo entre ellos Bernardo López García con sus vibrantes versos : « El 2 de Mayo », personificadores del espíritu fidedigno de la cruenta lucha. He aquí algunos de sus párrafos :

« Oigo, Patria, tu aflicción,
Y escucho el triste concierto
Que forman tocando á muerto
La campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones,
En estrofas funerarias,
De la iglesia las plegarias
Y del arte las canciones.
Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron ;
A ti á quien siempre temieron

Digitized by Google

Porque tu gloria admiraron ;
A ti por quien se inclinaron
Los mundos de zona á zona ;
A ti, soberbia matrona,
Que libre de extraño yugo
No has tenido más verdugo
Que el peso de tu corona.
. . . . . .

¡ Y aún hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto !
¡ Espacio falta á mi canto
Para maldecir su nombre !
Sin que el recuerdo me asombre
Con ansia abriré la historia,
Presta luz á mi memoria
Que el mundo y la gloria á coro,
Oirán el himno sonoro
De tus recuerdos de gloria.
Aquel genio de ambición
Que, en su delirio profundo,
Cantando guerra, hizo al mundo
Sepulcro de su nación,
Hirió al ibero león
Ansiando á España regir,
Y no llegó á percibir
Ebrio de orgullo y poder,
Que no pudo esclavo ser.
Pueblo que sabe morir.
¡ Guerra ! clamó ante al altar
El sacerdote con ira ;
¡ Guerra ! repitió la lira
Con indómito cantar ;
¡ Guerra ! clamó al despertar
El pueblo que al mundo aterra ;
Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando : ¡ Venganza ! ¡ Guerra !
La virgen, con patrio ardor,
Ansiosa salta de lecho ;
El niño bebe en el pecho
Odio á muerte al invasor ;
La muerte mata su amor,
Y cuando calmado está,
Grita al hijo que se va :
— ¡ Pues que la patria lo quiere,
Lánzate al combate y muere...
Tu madre te vengará ! —
Y suenan patrias canciones
Cantando santos deberes ;
Y van roncas las mujeres
Empujando los cañones ;
Al pie de libres pendones
El grito de patria zumba,
El rudo cañón retumba

GOYA — *Fusilamientos de la Moncloa.*

Digitized by Google

V. PALMAROLI. — *El 3 de Mayo de 1808.*

Digitized by Google

J. Sorolla. — *Defensa del Parque de Madrid, 2 Mayo 1808.*

Y el vil invasor se aterra,
Y al suelo le falta tierra
Para cubrir tanta tumba.

¡ Mártires de la lealtad,
Que del honor al arrullo
Fuisteis de la Patria orgullo
Y honra de la humanidad,
En la tumba descansad,
Que el valiente pueblo ibero
Jura con rostro altanero
Que hasta que España sucumba,
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero ! »

Tales fueron, á grandes rasgos, los sucesos sangrientos que originó la desmedida ambición de Napoleón, en su objetivo utópico de querer fundar el gran imperio continental, empresa en la cual España contribuyó no poco, como factor principal, á su fracaso.

Invadiendo el territorio hispano por los procedimientos desleales indicados anteriormente, cometía así, á la vez que una acción que ha dejado una sombra sobre su memoria, juzgada por la historia, la más grande falta de su reinado, falta terrible, fuente de todas sus desdichas, falta fatídica, falta que, según el fatalismo musulmán, revela por anticipado que ya estaba decretado en el libro del destino su caída final, ocurrida en efecto seis años más tarde, y de la cual fué su causa inicial.

Desde entonces, salvo la expedición de los cien mil hijos de San Luís para restablecer el régimen absolutista en apoyo de los Borbones, las relaciones entre ambos países fueron siempre cordiales ; la civilización y el progreso han modificado las conciencias de los hombres, dando al olvido antiguas rencillas y querellas nacionales, para marchar unidos de la mano por la senda de sus comunes aspiraciones ; pero, con todo, cada vez que aparece el mes de Mayo en su revolución anual, el alma hispana no puede á menos de rememorar con orgullo la imagen de aquellas víctimas heroicas que defendieron el suelo de la patria, el solar de sus mayores; de aquellos infatigables guerrilleros, capitaneados entre otros por Don Juan Martín, *el Empecinado*, merced á los cuales, el pueblo español figurará eternamente en la historia de la humanidad como el apóstol consagrado de la independencia nacional, como el campeón armado de la justicia divina.

Digitized by Google

RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas son tres niños abandonados. Estrazilla se llamaba en otro tiempo Cayetano, y por abreviatura « Tanito ».

Vivía feliz entre su padre, el honrado peón de albañil Sebastián Valdemoro, y su madre, Aurora, Un día entró la desgracia en la casa. Aurora no era fiel á Sebastián. Una vez la sorprendió éste con su amante. Los dos hombres lucharon. El padre de Estrazilla fué muerto, la madre huyó y no volvió más, y el niño quedó solo. La « señá » *Salvadora, una buena mujer que era vecina de los Valdemoro, recogió al chico. Estrazilla iba con ella por las calles, vendiendo frutas, dulces y azucarillos. Así vivieron, la* « señá » *Salvadora y su protegido, hasta que, llegado el invierno, la buena anciana murió, cargada de años y de achaques. Estrazilla, al quedar en completo abandono, conoció la inclemencia de las jornadas sin pan y sin hogar. Una mañana en que estuvo á punto de sucumbir, exhausto, trabó conocimiento y amistad con el señor Pepe, apodado* « Traga Mirlos », *tipo clásico del pajaritero ó vendedor de pájaros. El señor Pepe utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique, y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los grillos que constituyen la base del comercio del* «Traga Mirlos », *y éste bautiza á la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de* « La Veterana ». *De igual modo que el* Traga Mirlos, *recurre al auxilio de* La Veterana *don Ulpiano Covarrubias, fabricante de caretas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada. Hijo de un cabecilla carlista, quedó huérfano, y fué llevado á Roma por un Obispo amigo de su padre. En Roma, Covarrubias frecuentó los talleres de arte y los estudios de pintor, y agitándose en un medio de ideas avanzadas y radicales acabó por adoptar las contrarias de su padre. Aventuras de amor le obligaron á huir de Italia, y á buscar fortuna vanamente en Francia, hasta que recaló en Madrid. Aquí le encontramos, establecido, concurriendo asiduamente á todos los centros y cafés que son punto de reunión para los revolucionarios.*

Don Ulpiano Covarrubias ha invitado á almorzar á su amigo don Anacleto de la Redonda. Es éste un maestrillo de escuela, tímido y encogido, que reune todos los defectos de la más completa fealdad. Terminada la comida, y durante la conversación de sobremesa, el buen don Anacleto da cuenta á don Ulpiano de un conflicto sentimental en que se encuentra : el de hallarse enamorado. Luego, los dos amigos hablan de la inminencia de la Revolución, cuyas alas trágicas se ciernen sobre el trono de los Borbones, y acaban por separarse, al llegar al taller los afiliados de La Veterana, *y comenzar para Covarrubias la jornada de labor.*

Don Ulpiano, « *Meñique* », « *Gil Blas* » *y* « *Estrazilla* », *trabajan durante toda la tarde en la confección de un armamento de corazas, espadas y cascos, que necesita para aquella noche una compañía de cómicos que actúa en el teatro de Price. Al acabar el trabajo, los chicos reciben su modesto salario y se van, pero don Ulpiano retiene á Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar á su servicio de un modo permanente.*

¿ Te conviene la placita ? Iras á cenar á mi casa y allí harás algún recado. Cuando se te ordene te vendrás al taller, y aquí dormirás en un camijo que te dispondrá la Señora Basilisa. Si yo almuerzo aquí, irás á buscarme la gallofa y participarás de las sobras; y cuando yo no aporte por estos andurriales, mi ama de llaves cuidará de que no te falte á medio día algo con que engañar la gazuza. Tendrás tu salario de treinta reales al mes. Te vestiré para que no vayas enseñando las carnes, y se te darán unas alpargatas y una gorra. No hará aún dos meses que te conozco, y no sé ni de donde vienes, ni de que nido te has caído, pero tienes buena planta, y me parece que no me has de salir con alguna granujada. Aunque lo peor sería para tí, porque no te ha de ser fácil encontrar amo que te reciba como yo, á prueba y sin fiadores... Conque, ya puedes decir si te gusta la proposición.

Asombrado quedó *Estrazilla* de lo que oía.

(1) Véanse los números de Febrero, Marzo y Abril 1913.

Digitized by Google

— Señor Ulpiano — dijo — haré lo que V. quiera. No sé si serviré para ello, pero me portaré lo mejor que pueda... Muchas gracias.

— ¿ De modo que te agrada mi oferta ?

— ¡ Loco de contento !

— Pues ya estás en funciones... Piénsalo antes... Tú debes estar acostumbrado á la vida errante, y acaso no te hagas á la sujeción.

— Sí, señor, sí que me haré. Yo sólo quiero trabajo y vivir como viven los hombres, sino que hasta ahora nadie me ha querido emplear... ¡ He pasado tanto !

— ¿ Cuántos años llevas en esa vida ?

— Muchos, no sé. Desde que se murió mi abuela. Cuando se duerme al raso, las noches se confunden con los días y el tiempo pasa, pasa sin que pueda uno medirlo.

— ¿ Y cuántos años tienes ?

— Creo que 14, pero no estoy seguro. Los que vivimos así, somos como los perros de la calle. Para nosotros, los años no tienen número.

— Antes has amenazado á *Gil Blas*, porque dijo algo de tus padres. ¿ Tampoco á mí me concedes el derecho de averiguar tus antecedentes ?

— ¡ A V. sí, señor Ulpiano, porque V. lo querrá saber para mi bien, pero ese ahorcado habla lo que no debe por fastidiarme, por vengarse de los muchos trompis que le tengo arreados. ¡ Es un bribón !

— Pues cuéntamelo todo. No es curiosidad. Es interés por ti. Ya ves que te recibo de criado, y quiero enderezar tu vida.

— V. es muy bueno y me ha quitado el hambre muchas veces ¡ La Virgen le bendiga !

— ¿ Tú te escapaste de tu casa ?... Habrías cometido alguna picardía y huyendo del castigo...

— No, señor; yo no me escapé. Vivía con mi abuela... Es decir, no era mi abuela, era la Señá Salvadora, una vecina de mis padres... Cuando ocurrió... lo que ocurrió, ella me recogió. Estuve con ella, hasta que un día se murió la pobrecita. Entonces me echaron de la guardilla, y como no conocía á nadie, anduve por todo Madrid sin saber á donde iba. Sentía hambre, frío, miedo... Me temblaba el cuerpo y el alma. Era ya de noche, me senté en un rincón de la Plaza de la Paja, y me quedé dormido.

— ¡ Pobre criatura ! ¿ Cómo no habrás perecido bajo tanta desdicha ?... ¡ Pedirías limosna... !

— ¡ Aún no sabía !

— ¡ Aún !... ¿ Luego aprendiste ?

— Sí, señor.

— ¿ Quién te enseñó ?

— ¡ El hambre !... Un día sin probar bocado, me quitó la vergüenza que antes me daba decir : « una limosnita, señora ».

— ¿ Y cómo te has juntado con esa caterva de pilletes ?

— Pues lo que pasa. Me encontraba con unos y con otros. Si iba al Mercado en busca de alguna caridad, allí estaban ellos. En los rincones oscuros donde me escondía para dormir, nunca faltaban otros chicos á quienes le pasaba lo que á mí... Yo quería andar solo, porque aquellos muchachos me daban espanto. A veces me pegaban por divertirse. Una vez que me ofrecí á ayudar en la descarga de un carro de melones en la Plaza del Rastro, me dieron por mi trabajo ocho cuartos. Un chico que lo había visto, me los quiso quitar. Era mucho más alto que yo, pero me defendí. Le tiré una piedra á la cabeza, y le saltó la sangre. Al verle herido, me dió mucha lástima y me eché á llorar. Entonces vinieron otros granujas amigos de aquél, y entre todos me aporrearon y me robaron el dinero. De los golpes y de la rabia me puse malo. Creí que iba á morirme de desesperación y de tristeza... Pero no me morí... ¡ A veces es difícil morirse !... Comprendí que era preciso vivir con la caterva de chicos que me rodeaba siempre, y comprendí que era necesario meterles miedo... un día me atreví con el más fuerte y le pude. Desde entonces, no se metieron más conmigo.

— Eso pasa en todas partes y en todos los estados sociales ; donde quiera que hay hombres, la fuerza impera. Pero oye, dime algo de tus padres.

— Mi padre murió de mala manera. Le mató otro hombre.

— ¿ Quién ?

— No lo sé.

— ¿ Cómo ?

— Riñendo... Yo era muy pequeño. La Señá Salvadora, la buena mujer que me recogió, no me quería nunca hablar de eso, y cuando yo le preguntaba ella se hacía la desentendida. Atando cabos, pensando en unas cosas y en otras, llegué á adivinar algo.

— ¿ Y cuál fué la causa de la riña en que tu padre murió ?

— ... ¡ Mi madre !...

— ¡ Ah !... No me digas más, no quiero obligarte á más explicaciones. Basta.

Así concluyó aquel diálogo, que tuvo para Cayetano profundas consecuencias. El ser interrogado por un hombre bueno y generoso que le demostraba simpatía, le elevó en la propia estimación, como si la noble curiosidad de Covarrubias fuese un homenaje á su desgracia. Nunca hasta entonces ha-

Digitized by Google

bía obtenido de los demás, la consideración afectuosa que advertía en el Señor Ulpiano. El desprecio, la burla, la indiferencia, le rodearon siempre, y fueron matando en su alma todos los impulsos que elevan y dignifican. Había creido que no todos los hombres eran iguales, que había castas diversas y que él pertenecía á la inferior, á la que no tiene derecho á nada, á la que los poderosos, los felices, los que llevan dinero en el bolsillo, viven en sus casas y duermen en sus camas, y otorgan con suprema magnanimidad el derecho á buscarse la vida, utilizando lo que por inútil se tira. El perro vagabundo que va de basurero en basurero buscando el duro mendrugo, el hueso y la carroña arrojados de las cocinas, parecíale al muchacho de condición más semejante á la suya que la de los otros hombres. Y así se había acostumbrado á la denigración y á la ignominia, aceptándolas como naturales condiciones de su existencia. Relámpagos de dignidad habían iluminado rara vez su espíritu ¿ No se puede vivir mejor ? ¿ Será un crimen ó una locura pretenderlo ?... La realidad avasalladora había ido adaptándole á la miseria, y no concebía que fuese posible salir de la situación en que se hallaba. No se le ocurría com-

— Sí, señor, sí que me haré. Yo sólo quiero trabajo y vivir como viven los hombres, sino que hasta ahora nadie me ha querido emplear... ¡ He pasado tanto !

Digitized by Google

pararse con los que le daban limosna, le insultaban y le perseguían, y no aspiraba á salir de aquella servidumbre de la crueldad, en la que contaba por días venturosos, los en que no había sentido en las entrañas la mordedura del hambre.

Covarrubias, envuelto en la humareda que salía de su pipa, permaneció algunos minutos silencioso, mirando al suelo. Luego dijo :

— Dos preguntas voy á hacerte... Dime la verdad... Cuanto más franco seas, más te estimaré... La necesidad, el ejemplo de los tunantuelos que te rodean ¿ te han inducido á robar alguna vez ?

— ... ¡ Sí, señor !

— ¡ Me lo temía !... ¿ Qué has robado ?

— ¡ Pan !

— ¿ Nada más que pan ?

— Pan sólo... una noche... estaba nevando. No andaba nadie por las calles. A nadie podía pedir limosna... Pasé frente á un puesto de la calle de Ciudad Rodrigo, vi una espuerta llena de roscas... Cogí una y eché á correr...

— ¿ Te persiguieron ?

— Nadie me vió... Pero me daba horror aquello... El *Gil Blas*, el *Gurapo*, el *Tozo*... los que huronean en el Mercado y andan por los paraderos de la calle de Toledo, esperando la ocasión para llevarse algo, cuando se descuidan los criados ó los páparos que vienen de los pueblos, me dan asco.

— ¿ Quién te ha dicho á ti que es malo robar ?

— La Señá Salvadora me lo ha dicho muchas veces... Y un día que fuí con el Señor Pepe el *Traga Mirlos* á los prados de San Fernando...

— ¿ Quién es ese personaje que tan pomposo título ostenta ?

— Un hombre que vende pájaros... Yo le acompaño algunas veces, y le ayudo á llevar las jaulas con los reclamos y el bote de la liga, las ballestas y la red... Un día que fuimos á los prados, junto al Jarama, cuando estábamos echados sobre la yerba esperando que entraran los bandos de jilgueros, pasó una pareja de la Guardia Civil, que llevaba atado codo con codo á un joven. El Señor Pepe saludó á los guardias y les dijo : — « Ustedes han cazado sin red. ¡ Buen pájaro ha caído ! » — Uno de los guardias contestó : — « Este sinvergüenza le ha quitado á una pobre vieja, que estaba lavando en el río, un napoleón que llevaba en la faltriquera, y además la ha herido. Es un canalla. Pero ya lleva lo suyo... »

— « Ahí tienes — me dijo luego el Señor Pepe — lo que les pasa á los hombres malos. Parece que no debe haber nada peor que ser pobre. Pues aún es mucho más malo ser ladrón, porque el pobre puede dar lástima, pero el que roba sólo produce desprecio... Tenlo presente, Cayetano. Mira qué hermosa está la mañana. Mira cuantas flores hay en la pradera. Aquellos chopos que están junto al río dan una sombra que encanta. ¿ No sientes alegría de estar aquí ? Yo, con mis pajarillos y mis ballestas, sentado sobre el verde, oliendo las yerbas que embalsaman, no me cambio ni por el Obispo de Alcalá... Y luego, cuando llegue medio día, y recojamos las redes, y nos comamos el poquillo de carne con patatas que traigo en la tartera y empinemos la botella, y encienda yo mi colilla, me sentiré tan á gusto y tan contento... En cambio, para ese que llevan atado no hay flores ni cielo alegre, porque no puede tener nunca tranquila la conciencia... Conque ya lo sabes, chico, lo primero es estar tranquilo uno por dentro »... Aquellas palabras, y el ver al ladrón que llevaban amarrado como á un animal dañino, fueron cosas que me llegaron al corazón. Cuando nos pusimos á comer, me acordé de que yo también había robado una noche pan, y el que estaba tragando me supo á acíbar...

— ¡ Buen maestro de moral es el Señor Pepe el *Traga Mirlos* ! Lo que me cuentas de él, tiene un perfume de honradez que enamora... No olvides lo que el buen hombre te dijo... y ahora la otra pregunta. ¿ Dónde vivías cuando murió tu padre ?

— Pues, en la calle del Calvario, en una guardilla, cerca de la calle de Lavapiés.

— Perfectamente... Se acabaron las preguntas. Ahora nos iremos á mi casa, y después que cenemos te volverás al taller para dormir aquí. Esta noche la pasarás como puedas, en el santo suelo, pero desde mañana dispondrás de un catre tan ancho y cómodo, que tú tampoco tendrás que envidiar al Obispo de Alcalá... Conque, andando, que ya encienden los faroles.

XI

Figuras del Agora.

Covarrubias era hombre de ánimo jubiloso, amigo del placer, propenso á la risa, y decidido á sacar del triste capital de su existencia todo el interés de alegría que fuese posible. Su culto de las artes, aunque desordenado y desprovisto de la base de una ilustración seria, era ferviente y apasionado, y le conservaba en esa perenne mocedad espiritual, que da el amor de lo bello á los que son capaces de sentirlo. Sin embargo, en aquellos días, su rostro mostrábase serio y taciturno, como

Digitized by Google

« Ustedes han cazado sin red. ¡ Buen pájaro ha caído ! »

Digitized by Google

si una grave preocupación abatiese al modelador de figurones. No disparaba en sus habituales discursos, ni gozaba, como de ordinario, departiendo con los amigotes del café. Ni siquiera le inspiraban curiosidad los sucesos políticos que habían adquirido dramática novedad, como que significaban el comienzo de una revolución que se anunciaba amenazadora. Don Anacleto de la Redonda había ido á verle dos veces, pensando contarle, si se atrevía, el feliz curso de sus amores, y no lo hizo, porque halló á su grande y locuaz amigo, silencioso y mal humorado, con pocas ganas de coloquios. La señora Basilisa advirtió que su amo había perdido el apetito, y apenas hacía honor á sus habilidades culinarias, aunque ella se esforzaba por superarlas con invenciones que despertasen el hambre más profundamente dormida. Cuando concluyó Covarrubias los encargos urgentes que le tuvieron varios días en asidua labor, dejó de acudir al taller, y en él se pasaba solitario los días y las noches *Estrazilla*, aburrido y holgachón, sin darse cuenta de si su nueva vida era ó no mejor que la que hasta entonces había llevado. Habíanle hecho cortarse el pelo á punta de tijera, y lavotearse con jabón y estropajo; habíanle vestido y calzado; habíanle dispuesto en un rincón del taller, detrás de unas tablas que formaban una especie de camarote, un catre con su jergón y la ropa consiguiente, y no le faltaba el necesario sustento: obra todo ello de la Señora Basilisa, quien había cumplido las órdenes de su señor, añadiendo su buena voluntad por afán caritativo, y porque le era simpático el muchacho. Habíanle prohibido á éste salir del taller, salvo cuando había de ir á casa del señor Ulpiano, y tener relación con los granujillas que habían sido sus amigos y compañeros. El obedecía ciegamente, pero empezaba á cansarse de la soledad y la inacción, sintiendo aquella nostalgia de la libertad que mata á los gorriones enjaulados. Una tarde fué al taller Covarrubias, y dijo á Cayetano:

— Mira. Como estos días no trabajamos, he pensado que vayas un rato por la mañana á la escuela de Don Anacleto, quien te acabará de enseñar á leer. Se lo he dicho y está esperándote. Cuando reanudemos el trabajo suspenderás las lecciones, y volverás á ellas en los días de asueto.

Así lo hizo al día siguiente Cayetano, y encontró al maestro rodeado de chiquillos que, llevando el compás con los pies, marchando sin avanzar, cantaban la tabla pitagórica. « Dos por dos, cuatro; dos por tres, seis... » lección ruidosa con la qué, más que matemáticos, parecía que se preparaban coristas. Mucho le agradó á Cayetano aquella nueva manera de la protección que le dispensaba el señor Ulpiano, y en pocos días avanzó bastante en el dominio del abecedario. Don Anacleto veía con regocijo aquellos progresos, y aprovechó la primera ocasión para decir á Covarrubias.

— El señor de *Estrazilla* une ya las sílabas como un doctor. Muy pronto leerá de corrido.

— ¡ Pobre chico ! — exclamó el señor Ulpiano. — Más vale así.

Y no pudo el maestro prolongar el diálogo, porque su amigo guardó silencio y se quedó abstraído en profunda meditación. Esto ocurría en el sotabanco de la calle de la Parada, donde moraba el pseudo-artista, y en ocasión en que éste comía de prisa para salir con premura, pues tenía una cita de interés, según manifestó al despedir á Don Anacleto, disculpando así el laconismo de sus respuestas. Efectivamente, apenas concluyó la sumaria cena, salió velozmente Don Ulpiano y se dirigió al café del Iris, situado en la calle de Alcalá, frente á la Aduana, que estaba lleno de público, de humo de cigarros y de ruido de conversaciones. Allí le aguardaban ya dos amigos. Ambos tenían aproximadamente la misma edad, de 28 á 30 años; pero, fuera de esta semejanza, en lo demás eran totalmente desparejados. El uno de elevadísima estatura, delgado, con las piernas más largas de lo que cuadraba á la simetría de su figura, con desiguales hombros de los que salía, sobre un cuello cortísimo, una descomunal cabeza que aún parecía mayor, á causa de los quevedescos espejuelos con recia guarnición de concha, y de la pelambrera abundante que, rebelde á peines y cosméticos, se erizaba como el moño de una grulla. Este tal se llamaba Floro Martín Bautista, y era oficial de una Escribanía. El otro, bajito, rechoncho, de nariz chata, pelo liso y aplastado sobre el cráneo, como si acabase de salir del agua, pelo de náufrago recién pescado, según decía Covarrubias, tenía por nombre Galo Ordóñez Urdampilleta, y era agente de policía al servicio del Gobierno Civil. Les conocía y trataba Don Ulpiano desde hacía tiempo, y su amistad se había engendrado en las tertulias de los cafés, lugar donde tienen origen las relaciones de la mayoría de los vecinos de la villa y Corte. Amistad decimos y mejor debiéramos decir conocimiento, pues Covarrubias sabía de sobra que era aquélla una pareja de sujetos de cuidado, y no le inspiraban afecto ni estimación de ninguna especie. El uno en los manejos de la curia, y Ordóñez en sus misteriosas funciones de esbirro, iban á la busca

Digitized by Google

del duro sin reparar en la manera de encontrarlo, y se contaban de ellos hazañas que les daban derecho á un pasaporte para Ceuta. La condición y el oficio les había unido, y solía vérseles juntos siempre que sus ocupaciones se lo consentían. Covarrubias, muy aficionado á poner motes, había encajado á cada uno el suyo, poco grato para la buena fama de los siniestros compadres, pero justificado por cierto sonsonete castizo, en lo que revelaba la constante lectura cervantina. A Floro Martín Bautista apodábale *Florismarte el Ventajista*; á Galo Ordóñez Urdampilleta, *Galaor el Pillete*, mezclando así la solemne pomposidad de los libros de caballería y la chancera burla de las crónicas picarescas. Aunque Galo y Floro se habían enterado de la confirmación, no se daban por enojados. Covarrubias era generoso; convidaba siempre que sus medios se lo permitían, y eso bastaba á que la desparejada pareja aceptase con buen humor la denigratoria chuscada, amén de que no era el puntillo de honor lo que les quitaba el sueño.

— Buenas noches, señores — dijo el artífice — ¿ les he hecho esperar ?

— No — contestó Ordoñez. — No tenemos prisa. Vamos á comer aquí, porque para venir á esta hora á buscar á V., hemos tenido que decir en nuestras casas que no nos esperaran.

Aquello equivalía á obligar al señor Ulpiano á que les convidara.

— Si yo lo hubiera sabido, hubiéramos comido juntos, pero yo vengo de porte pagado. De todos modos, tendré el gusto de obsequiarles.

Y llamando al camarero, le dijo.

— ¡ A ver, que van á tomar estos señores !

No fueron muy exigentes los invitados: tortilla de yerbas, merluza en salsa, bisteak, queso y vino.

Siempre han sido los cafés madrileños las grandes y activas oficinas de la opinión nacional, pero en aquella época en que la política había adquirido la vehemencia de las pasiones desatadas, eran algo más que lugar de diversión y chismorreo: eran como secciones y partes de la gran Agora española, donde todo se discutía y comentaba. Entre sorbos de turbio café y copas de ron y marrasquino, brevaje dulzón, de moda entonces, se pasaba revista á los sucesos y se disertaba sobre el presente y el porvenir. Podía hallarse en aquellos diálogos el eco de todas las opiniones y la representación de todas las especies de la ciudadanía española, mal definida aún. Siempre faltará en las páginas de la historia la reproducción de la vida hablada día á día por el pueblo, el más interesante de los documentos para estudiar los acontecimientos y penetrar en la entraña de ellos. En el ruido de oleaje de las conversaciones del café, en los rostros, gestos y dichos de sus concurrentes se encierra la opinión infalsificable, sin escrutinio posible para apreciar sus rumbos y sus desvaríos. Así, el café del Iris presentaba, cuando en él entró Don Ulpiano, un espectáculo curioso, animado, mareante.

Sonaban los vasos y tazas al chocar con el mármol de las mesas, palmadas de consumidores llamando á los camareros, voces que sobresalían de la tonalidad común del conversar, la confusa greguería de una muchedumbre que ejerce la más importante de las funciones públicas: perder el tiempo y meter ruido.

Covarrubias, que no iba entonces al café del Iris para otra cosa que para hablar con *Galaor el Pillete* y *Florismarte el Ventajista*, aprovechó la primera ocasión del coloquio para interrogarles sobre algún encargo que les había dado.

— Vamos á ver ¿ han averiguado Vds. algo ?

— Tenemos todos los datos que V. ha pedido — contestó Floro Martín, sacando del bolsillo de su chaqueta un papel.

En aquel momento, se acercó á la mesa cierto sujeto que, saludándoles en voz baja, dijo:

— ¿ Cómo es posible ? ¿ Covarrubias el rojo con los esbirros ? ¿ Qué significa esto ?

Contestó Galo:

— Puede V. estar tranquilo, Puga. Los esbirros no se meterán con V. ni con ningún revolucionario embolado.

— ¿ Embolado, eh ? Ya veremos si van á parar al tendido Vds. y los que les mandan — replicó el recién llegado, sentándose en una silla, y apoyando sus codos sobre el velador de mármol.

Era el nunca bastante famoso Bernardo Puga, Marat de Café, charlatán y vociferante que anunciaba á toda hora el tremendo estallido del furor popular y la trágica explosión del volcán revolucionario. Bajo, achaparrado, de anchísimas espaldas y brazos largos y oscilantes de antropoide, que iban y venían al compás de la marcha, las barbas y la cabellera muy negras y abundosas, la nariz roma, y un ojo lisiado por una herida que sujetaba á la mejilla el párpado con la brida de la cicatriz, y dejando al descubierto la enrojecida y temblona pupila. Su edad no pasaba de los cuarenta. Nadie sabía cual era su oficio, supuesto que tuviera alguno. Iba de café en café y de taberna en taberna, sin hacer consumo de otra cosa que

Digitized by Google

de la paciencia de mozos y taberneros; aproximábase á los conocidos y, bisbisando, les participaba al oído la noticia gorda. Se le oía como quien oye llover, sin que nadie diese nunca importancia á sus espantables revelaciones; pero Bernardo Puga no se alteraba por el escaso efecto de sus trágicas profecías, se iba á otro grupo, á otra mesa, ó á otro círculo á repetirlas, mirando en torno con desconfianza, como si temiese que la policía le cercara, y fuese á descubrir el secreto de que era el poseedor.

Era como cuervo agorero que en cortos vuelos, de piedra en piedra, de mota en mota, iba dando la vuelta á la villa, y sembrando en los surcos sociales la propaganda del terror. En su estilo de arenga cómicamente hinchada, llamaba á la Reina, *Isabelona;* al papa, *Mastai Ferratti;* á González Bravo, *el del Guirigay;* á Narváez, *el Majo de Loja;* y á la Guardia civil, *La Pretoriana.* Incapaz de hacer daño á nadie, él mismo se asustaba de sus trenos y de sus novelas terroríficas, como:

Esos Fouquier-Thinville de melodrama
Que, al soñar lo que piensan por el día,
Mojan, y no de lágrimas, la cama.

que dijo Manuel del Palacio. Cuando el Gobernador civil de Madrid, en sus bandos, y el Gobierno en los sueltos de sus periódicos hablaban de « los agitadores de oficio », Puga se creía aludido, y experimentaba el orgullo de ver reconocida su beligerancia por los dictadores, y el temor de que no fuese el diablo á hacer que le tomaran tan en serio, que le mandaran á la cárcel ó á Fernando Poo.

La llegada de Puga contrarió á Covarrubias, que deseaba conversar con el curial y el policíaco; pero tuvo que resignarse á esperar á que hubiera concluido sus vaticinios, que eran recibidos con muestras de chacota por Ordóñez y Martín, los cuales devoraban metódicamente sus almuerzos.

Cuando iniciaba Bernardo Puga su despedida con el anuncio de que, al salir la corte para La Granja, en la semana siguiente, se sublevaría la guarnición de Madrid, presentóse ante Ulpiano el capitán Pérez, César Pérez, del Regimiento Inmemorial del Rey, hombre de unos cincuenta años, de bigote cano recortado, la talla elevada, un hombro más alto que otro, los pies enormes y juanetudos, encerrados en recias botas que relucían como charol, merced á los fieros puños del asistente. La cara redonda, los ojos azules, el pelo rubio tundido á punta de tijera, le daban cierto aspecto alemanesco, y esta impresión de exotismo septentrional se acreditaba por la calmosa beatitud de los movimientos.

— ¿ Puede uno sentarse con ustedes? — dijo.

— Con mil amores, mi capitán — contestó Covarrubias. — ¿ Quiere V. tomar algo?

— Una copa. Eso siempre cae bien.

— Llega V. á tiempo, señor Don César — exclamó el curial. — Bernardo Puga acaba de anunciarnos que la semana que viene se sublevarán ustedes.

El capitán miró de arriba á bajo á Puga, que ya se había puesto en pie, y volviendo la cara hacia otro lado guardó silencio. Había en el gesto de Pérez tal cantidad de desprecio, que el agorero se alejó silenciosamente en busca de oyentes más benévolos.

— Feliz V., capitán, feliz usted — dijo Covarrubias — que lleva al costado la espada vencedora. Han llegado los días en que las palabras han perdido su eficacia, y hay que emplear el hierro.

— No llevo ahora la espada al cinto, porque voy de paisano, pero es lo mismo. De nada me sirve el asador. A los 17 años era soldado. He batido el cobre en las Amezcuas y en Bilbao. Me he pronunciado tres veces. No he conseguido nada. Cerca de medio siglo de vida, tres estrellas en la bocamanga, cuatro chicos con los zapatos rotos en casa, y un montón de papeletas de empeño en la cartera. Vea V. de lo que sirve la espada vencedora.

Dijo estas palabras el capitán con voz suave, despacio, tranquilamente, como si hablara de cosas indiferentes, el rostro serio, el cuerpo inmóvil. Revelábase en aquel hombre un caracter flemático, y una indiferencia absoluta por cuanto pudiera suceder. Había tantas veces tirado su vida por la ventana, jugándosela al azar entre el ascenso y la muerte, sin que ni la muerte ni el ascenso llegaran, que á las esperanzas juveniles había seguido una impasibilidad compuesta de tedio y de ira. En la batalla de Montenegrón ganó una herida en un brazo y una cruz sencilla. Cuando se sublevó, no acertó nunca con los caudillos victoriosos. La patria le quería tener siempre dispuesto á morir en su servicio, y por eso sin duda procuraba hacerle aborrecible la vida. Su incultura era grande. Creía honradamente que los libros están de más en los cuartos de banderas, y que mejor vence quien más duro pega. Para él, el triunfo era cuestión de valor y musculatura. En medio de su aburrimiento y de su indiferencia sentía, como sus conmilitones, entusiasmo por la libertad. El ejér-

Digitized by Google

— *Vamos á ver ¿ han averiguado Vds. algo ?*

cito que había sostenido la causa constitucional y el trono de Isabel, no podía menos de odiar á los carlistas y á la clerecía política. El ansia de ascender del capitán, hacía de él materia propicia para toda revuelta; pero no era el deseo de las ventajas materiales lo que movía su espíritu, sino vanidad marcial de subir en jerarquía y mandar en mayor número de soldados. Con aquellas legiones á que pertenecía César Pérez, y que habían estado en Luchana y en Africa, pudo entonces hacerse un ejército que hubiera engrandecido la patria. Lejos de eso, se las encerró en un convento vacío; y, como los lebreles que no salen al campo á cazar desgastan su braveza mordiendo y desgarrando los muebles de la casa, aquellos soldados nostálgicos de la aventura y de la gloria destrozaban á culatazos los fundamentos de la vida nacional.

De repente, se produjo en la gente que llenaba el café un movimiento extraño. Sonaban en la calle gritos.

— ¡ Hay carreras ! — dijo alguien, á tiempo que una avalancha de fugitivos entraba en el local. A través de las vidrieras se vieron pasar grupos de transeuntes que corrían, y luego varios *Guardias Civiles* de caballería, el sable al aire, los rostros bigotudos echados sobre las flotantes crines de los bridones. Era la escena de todos los días, producida con cualquier motivo, algo como las primeras palpitaciones del terremoto que iba á conmover hombres y ciudades, el trono y el templo.

Entre los que se refugiaban en el salón del Iris se hallaba Don Isidro Barranquero, amigo de Covarrubias y del Capitán Pérez, á cuya tertulia del café concurría algunas tardes. Venía trémulo, nervioso, indignado.

— Esto es insoportable — balbuceó, sentándose. — Si de una vez acabaran con toda esa canalla revolucionaria, no nos veríamos los hombres honrados expuestos todos los dias á que nos den un golpe.

— Pero ¿ qué pasa ? — preguntó Don Ulpiano.

— Pues que en la calle de Alcalá estaban unos hombres pegando en la pared un pasquín. Un policía ha ido á arrancarlo y á

Digitized by Google

prender á los que lo habían puesto, se han formado corrillos, ha acudido la Benemérita, ha sonado un « ¡ Viva la libertad ! », y han comenzado las carreras y el vapuleo. ¡ Lo de siempre !

Era Don Isidro Barranquero acomodado labrador de la campiña de Aranjuez. Vivía en Madrid, pero pasaba temporadas en el pueblo cuidando de la hacienda, único estímulo de su existencia. Estudió el Bachillerato en la Escuela Pía de San Fernando y comenzó la carrera de Leyes, pero se cansó presto de Justiniano y de Pisa Pajares, y se enfrascó definitiva y totalmente en el tráfago agrícola, no conservando de su paso por la vida escolar, durante la que moró en sórdidas casas de huéspedes, ninguno de aquellos nobles resabios del libro que suelen imprimir carácter, á quien se sentó en los bancos universitarios. Quedó en su alma, con el convencimiento de no servir para nada, un desprecio matizado de odio á cuantos se afanaban en las labores mentales. Varios aforismos que se aparecían de continuo en su conversación, constituían los prejuicios de su entendimiento y la norma de su conducta. — « ¿ Los políticos ? Todos son ladrones ». El no pertenecía á ningún partido, pero respetaba al que ejercía el mando, más que por amor al principio de autoridad, por rendimiento de pleitesía al que triunfa.

¿ Los escritores, los artistas ?... Gente maleante, caterva de viciosos, calaveras y bohemios de mala especie. No había leído sus obras, ni asistido á las representaciones teatrales, pero sabía y citaba media docena de anécdotas más ó menos ciertas, por las que Zorrilla y Fernández y González no tanto inspiraban admiración como lástima. El había visto una noche completamente ebrio á Pelayo del Castillo, poeta tabernario que ahogó en vino su feliz ingenio de versificador popular, y lo refería como ejemplo de ignominia social aborrecible. Su única pasión era el terruño heredado: ¡ « Mi tierrecita ! » — exclamaba, poniendo en sus labios una sonrisa, en que más que la ternura de los bienes propios se revelaba la miserable codicia de la posesión. Para él, lo único sagrado é intangible era la idea de la propiedad, el derecho de usar y abusar de lo suyo. Eso era lo primero; luego seguía la familia, los seres que vivían en su casa, los hijos, la mujer, pero sin delicadezas de amor, y mientras no perturbaran su presupuesto ni alterasen los hábitos de su existencia; la familia, como consagración y afianzamiento de la propiedad, excluyendo la abnegación y el sacrificio. A su hijo mayor, porque le malgastó unos miles de reales, y se jugó en la feria de Alcalá el precio de dos mulas que había vendido, le obligó á sentar plaza. El no transigía con nada que no fuera correcto. Pensaba que la vida debía ser una serie metódica de actos y trámites, como la rotación anual de las faenas agrícolas. Hoy se siembra, mañana se siega, pasado mañana se vende, y vuelta á empezar. Enemigo de la revolución que se anunciaba, aunque sólo sabía de ella que significaría un cambio de lo estatuido; enemigo de toda reforma, como lo fuera del Ferro-carril que pocos años antes había tendido sus rieles entre Madrid y Aranjuez; enemigo del progreso, que él llamaba perturbación. A Barranquero y á los demás ejemplares de este tipo nacional, debe España su atraso. Almas frías y estériles como los surcos de la estepa castellana donde sólo crece pródigamente la cizaña.

Un nuevo pelotón de gente penetró dando voces en el café. Habían sonado tiros en la Puerta del Sol, el pánico trascendía por la villa y Corte. Fué preciso cerrar las puertas del establecimiento, para evitar los daños que hubiera causado una invasión demasiado numerosa. Trajeron de la calle, casi desmayado de miedo, á un anciano de profusa barba blanca, lentes de oro y colosal sombrero de copa. Era el sabio catedrático Don Juan de Dios Argimiro de la Encinada, el cual salía de dar su explicación de la vecina Escuela de Bellas Artes, cuando las carreras y la carga de los civiles le antecogieron, dando en tierra con su eminentísima persona. Se le prestó socorro. Un vaso de agua con cognac le restituyó á la vida.

— Quiero ir á mi casa cuanto antes — balbuceó, dirigiéndose á dos de sus alumnos que le habían recogido y acompañado.

Hiciéronle comprender que era prudente dejar que pasara el turbión, y él se resignó. Era una figura gloriosa de la ciencia española, á lo menos por tal se tenía él, y como tal cobraba una pingüe serie de estipendios, sueldos y comisiones oficiales. Catedrático, académico, explotador de la erudición, empleábase, desde la ya lejana mocedad, en desparramar la ceniza de las cosas muertas sobre los nuevos gérmenes de vida. Sólo estimaba las pasadas grandezas por lo que tenían de ruina y de misterioso, y porque le servían para convertirlas en trinchera que le separaba de los demás hombres, encerrándole en el recinto del vano saber. Sus escritos eran geroglíficos, y se hubiera creido deshonrado si alguien le hubiera entendido. El y otros cuantos, que estaban en el secreto, monopolizaban la ciencia académica, fructífera como el sacerdocio en los pueblos salvajes. Tenía la exclusiva de los archivos del

Digitized by Google

Estado, y acurrucado como una esfinge en el zaguán del Palacio de la Historia, roía pergaminos y mamotretos, lanzando de cuando en cuando un temeroso baladro para espantar á los curiosos.

Cuando se hubo serenado, le preguntaron las personas que se habían reunido en torno suyo, la opinión que le merecieron los sucesos.

— ¿Qué he de decirles yo? — exclamó sentenciosamente. — Yo vivo en el siglo de Pericles, y no sé nada de lo que ha acontecido después.

Era la fórmula habitual en casos tales; pero su abstracción de la existencia presente no le impedía ir á felicitar á los nuevos Ministros, apenas tomaban asiento en la poltrona, para asegurarse en la conservación de los científicos prebandos...

Sonaron á lo lejos toques de cornetas, el rítmico pataleo de una compañía de tropa que pasaba, voces que gritaban vivas y mueras... La plebe preparaba la revolución ensayándose en el motín.

Era la escena de todos los días, producida con cualquier motivo.

Digitized by Google

XII

Un dia feliz.

Al día siguiente era domingo. Don Anacleto de la Redonda se levantó á las 7, y hecho el arreglo de su persona con el mayor esmero, ceñida al cuello una corbata de color de rosa con lunares azules, relucientes las botas, abrochada la desgarbadísima y larga chaqueta, y colocado el sombrero con cierta inclinación sobre el lado derecho, lo que en él era una señal cierta de júbilo, de que no se daba cuenta él mismo, salió de su chiribitil hacia la Mala de Francia. Aquel día iba á verificarse el suceso más grato de cuantos pudo imaginar D. Anacleto: iba á ir á misa con su novia, y luego por la tarde á pasear con ella, con la sin par Ernestina Verea, lo cual significaba que habían dichosamente progresado los anhelos del tímido amador, desde que se los confió á Covarrubias, y las relaciones eran cosa aceptada por la joven y por su padre. ¿ Cómo se había atrevido D. Anacleto á revelar á Ernestina su inflamado pensamiento ? ¿ Cómo había logrado sobreponerse á su encogimiento y á su cortedad ? Digámoslo sin reparos y con toda lisura: D. Anacleto de la Redonda no hubiera nunca osado ponerse frente á frente de Ernestina para decirle: « ¡ Te adoro ! » Fué el padre de la muchacha, Don Celedonio Verea, el oficial del Ayuntamiento de Madrid encargado del « negociado de animales muertos », sección de higiene, el que se tomó el trabajo de allanar las dificultades que la timidez del joven ofrecía. Bien advirtió el experimentado Verea que el maestro amaba á su hija. Parecíale bien la condición honrada y humilde de D. Anacleto, y juzgó que no debía desperdiciarse la ocasión de colocar á su hija. El se sentia viejo, y le asustaba la idea de dejar á la mocita sin el amparo de un marido, el día en que le llevasen al cementerio sus colegas del Regimiento de Veteranos Nacionales, en el cajón famoso que es una de las curiosidades del Madrid fúnebre. Así, pues, una tarde, con pretexto de ir á buscar á su hijo Celedonio á la escuela, afrontó la cuestión sin ambajes, derrochando el habitual y riquísimo repertorio de lugares comunes de su estilo.

— Yo soy un hombre práctico (esta era su frase característica) y no me ando por las ramas (también repetía frecuentemente ese estribillo). V. es un muchacho de mérito. Quiere V. bien á Ernestina, y no se atreve á declararlo. ¿ Por qué ? Partamos de la base de que Dios les ha hecho á Vds. el uno para el otro. Pues ha debido V. decirle á ella y decirme á mi cuales son sus deseos. Pero yo los he adivinado, é *ipso facto* me he dicho: vamos á estar perdiendo un tiempo precioso. Por eso he resuelto invertir los términos naturales de estos asuntos, y decirle á V. : Señor D. Anacleto de la Redonda, maestro incompleto del barrio del Depósito de las Aguas: ¿ Ama V. á mi hija la señorita Doña Ernestina Verea y Hernández ? Pues si la ama V., sea en buena hora y que el cielo les haga muy felices... ¿ No es esto ir al grano ? ¿ No es poner los puntos sobre la íes ?

Quedó pasmado el maestro al oir á Don Celedonio. No sabía qué contestar, y una mortal vergüenza agitó todo su ser.

— No: yo diré á V... sí... Es decir... Ella... yo. En fin, V. me perdonará si me he atrevido á pensar...

— ¿ Cómo habla V. de perdones ? No sea V. tan cobarde y para poco. Sea V. práctico, sea V. animoso. *Audaces fortuna jubat*, como decimos los latinos. (Don Celedonio tenía la vanidad del latín, que había estudiado y, claro es, que no aprendido en los Escolapios)... Ni una palabra más. Venga V. cuando quiera á casa. Será bien recibido. Y tome V. al pie de la letra mis palabras. Soy enemigo de los vanos discursos, *flatus vocis*, que decimos los...

— Gracias, muchas gracias. Es V. muy bueno para mí... Dispénseme si no sé expresarle lo que siento.

— Sí, ya conozco á V., le falta el ímpetu necesario para afrontar las situaciones. ¡ Ah ! si tuviera V. el arranque de su amigo Covarrubias... Por cierto que, según tengo entendido, su amigo de V. exhibe demasiado sus ideas revolucionarias, y eso es peligroso en estos tiempos en que los esbirros están ojo alerta. Yo también soy liberal. ¿ No he de serlo, si mi padre se batió como un león el 7 de Julio ? Pero no me arriesgo innecesariamente. ¿ Para qué ? Yo soy hombre práctico... Cuando yo era escribiente de Don Pascual Madoz, le decía: « Don Pascual: Hay que ir al vado ó á la puente ». Y él me contestaba con su buen humor proverbial: « Sí, Vereita, sí, vamos á la puente, que es más cómodo ». Y como ese gran hombre nunca dice nada que no sea una sentencia, yo comprendí, después de mucho cavilar, el sentido de su respuesta: no hay que arriesgarse Hay que ir despacio. *Chi va piano va sano....*

— Tiene V. mucha razón — interrumpió de la Redonda.

— *¡ E va lontano !* — añadió Verea, que no gustaba de omitir ni una sílaba de sus curiosas citas.

(Se continuará en el número próximo.)

Digitized by Google

Por Jacques MORTANE

El Congreso de Educación Física, reunido en París, ha celebrado sus sesiones desde el 17 al 20 de Marzo.

Con tal motivo, nos fué dado conocer, ó recordar, los diversos métodos en uso, para tal objeto, en los distintos países de Europa, ya que la educación física, que sólo se propone crear individuos sanos y vigorosos, posee innumerables medios de conseguir tal fin.

Necesariamente, hay que admitir junto á la existencias de procedimientos eficaces la de sistemas erróneos, y aun contraproducentes, y la gran dificultad estriba en el conocimiento de las ventajas de los unos y de los defectos de los otros.

Hay quien dice que el acarreo de la marcha á pie, cuando se llegan á recorrer cien metros en diez segundos, permite comprobar resultados tangibles é inmediatos, en tanto que los efectos de la Educación Física son mucho más lentos. En realidad, cada profesor tiene la pretensión de haber encontrado el único sistema, merced al cual, los débiles se truecan en robustos y los inútiles en válidos Por desgracia, y en la mayoría de los casos, los individuos que estos *creadores de fuerza* nos presentan como muestras de la eficacia de sus métodos, son personas cuya complexión robustísima, hubiérales permitido ser verdaderos atletas sin auxilio de educación física ninguna. En resumen, es harto frecuente el charlatanismo en cuanto al tema de desarrollo físico se refiere, y son muchos los apóstoles que, lejos de enseñar la verdad, tratan únicamente de engañar á sus colegas, y — lo que es peor — de engañar á sus discípulos. En verdad, no es éste el camino más directo para llegar á la regeneración de la raza.

Precisamente, he llegado á este escepticismo asistiendo á las sesiones del Congreso de París. A él concurrieron Franceses y Dinamarqueses, Suecos é Italianos, Belgas y Alemanes, soldados y marinos, niños y adultos, muchachas y chiquillas. En todos los ejercicios llevados á cabo, traslucióse una completa falta de naturalidad : todo era obligado, sistemático, disciplinado, y más de una improvisación nos pareció improvisada, al cabo de repetidos y concienzudos ensayos.

¿ Puede considerarse esto como verdadera cultura física ? ¿ Tales ejercicios acrobáticos,

Digitized by Google

Los Suecos en el Congreso de Educación Física de París.

ó tales números de programa de Music-Hall, pueden dispensar la salud ó la fuerza ? Todo hace suponer lo contrario.

Los Congresistas se burlaban de algunos profesores que presentaban discípulos, cuyo vigor no se acomodaba fácilmente al ritmo de los movimientos calculados y, por decirlo así, teatrales. Sin embargo, estos maestros, que fueron objeto de burlas en el Congreso, eran también los únicos que, teniendo conciencia verdadera de su misión, se habían preocupado más de formar individuos fuertes y sanos, que de acreditar una escuela de equilibrismo y de acrobacia.

Si la educación física tiene la ventaja de preparar el cuerpo para que alcance el máximum de energía, tiene, en cambio, el inconveniente, de que la serie de movimientos y de ejercicios á que obliga, son aburridísimos para quien los ejecuta, y aún más para quien los contempla. En el Congreso de París ocurrió todo lo contrario, y los concurrentes se esforzaron en prestar á estos movimientos la belleza necesaria para convertirlos en un espectáculo grato. Consecuencia de ello fué, el que la educación física apareciera á los ojos de los espectadores como un *deporte*, siendo así que, en realidad, no es sino la preparación necesaria para llegar al ejercicio de los deportes.

En efecto, toda persona que desee practicar el « sport », ha de someterse á un régimen

Los discípulos de la Escuela Militar francesa de Joinville.

Digitized by Google

previo, de acuerdo con uno de los muchos métodos en boga, como son los del teniente Hébert, los de Démeny, de Dalcroze, ó los seguidos en Suecia y Dinamarca.

Son muy contados los deportes en cuya práctica se ejercitan por igual todos los músculos. Por ello, y atendiendo al debido equilibrio del cuerpo humano, ha de comenzarse por un acarreo bien entendido de todos los órganos. De otro modo, se corre el riesgo de atrofiar algunos, en tanto que otros sufren una verdadera hipertrofia. No es frecuente el ver atletas perfectos, aun entre los campeones del mundo. Nada es tan perjudicial para el cuerpo humano como la especialización. Los hombres constituidos como lo está Bonin, son una excepción, y Bonin no se ha especializado jamás, ya que de igual modo practica la marcha de pista sometida á la medida de tiempo y de espacio, que la marcha indefinida á campo traviesa. Pero, en cambio, el *sprinter* que se contenta con recorrer los 100 metros, ó el andarín que se limita á los 400, no pueden ser considerados como modelos.

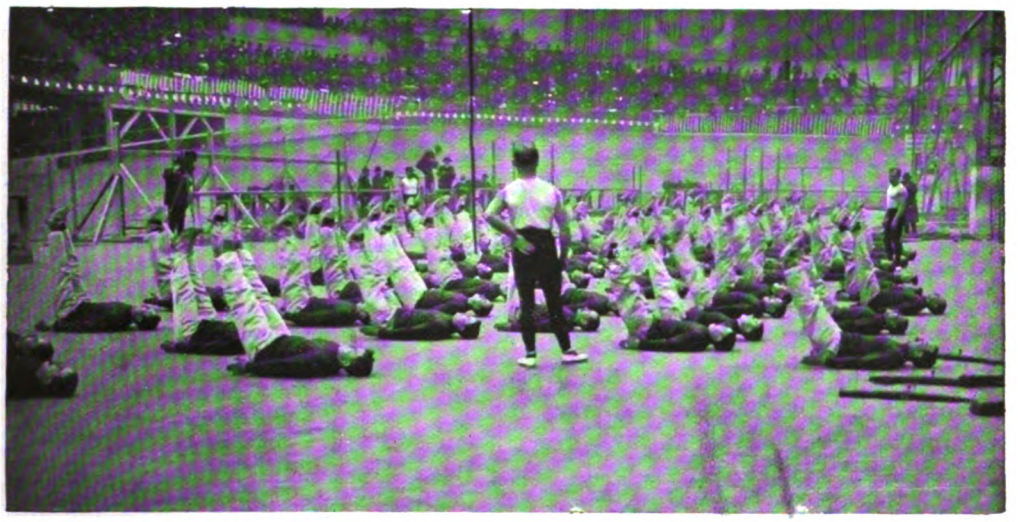
A juzgar por todo lo dicho parece deducirse, que el ideal de atleta ha de ser el Indostánico Thorpe, héroe de los Juegos Olímpicos de Estocolmo, vencedor en el Pentathlon y en el Decathlon, es decir, en las dos pruebas que exigían mayor esfuerzo de todos los músculos sin excepción. No hemos de reproducir la lista de sus proezas en ambos Concursos, ya que han sido publicadas anteriormente. En cambio, recordaremos los triunfos ganados por este campeón en América, durante el Concurso de atletismo en que venció por 7.476 puntos, con ventaja de 1,173, sobre su inmediato contrincante.

100 yardas, en 10 segundos 3/5.
Lanzamiento de pesas : 14 m. 60.
Salto de altura : 1 m. 87.
880 yardas, marcha : 4 m. 37 s.
Lanzamiento del martillo : 37 m. 70.
110 metros, obstáculos : 16 s. 2/5.
Lanzamiento de pesas de 56 libras: 7 m. 91.
Salto de distancia : 6 m. 43.
1 milla : 5 m. 26 s.
Salto con percha : 3 m. 65.

Todas estas proezas andan cerca del record mundial, y hacen suponer, aunque no le hayamos visto nunca, que Thorpe ha de ser un maravilloso ejemplar de la raza humana, modelo de esos que se encuentran entre los indostánicos y entre los negros, con mucha mayor frecuencia que entre los blancos.

Ignoro el método que haya seguido este atleta prodigioso, para alcanzar el grado de perfección á que ha llegado; pero no cabe duda de que se ha sometido á una educación física ejemplar. Tal vez no haya recurrido nunca á profesores, ni á monitores, ni á tratados — con lo que no ha perdido nada — y en cambio haya adoptado el sistema natural, el de los animales que, hay que reconocerlo, están mejor constituidos que nosotros, y pueden ser nuestros maestros desde el punto de vista de vigor físico y de salud.

No puede negarse que el mejor sistema de cultura física es, sencillamente, el regreso al estado salvaje. El ideal sería vivir desnudos en chozas montaraces, y protegerse de la intemperie con pieles de fieras. Pero este



Los marinos del teniente de navío Hébert (Francés).

Digitized by Google

Las jóvenes italianas que tomaron parte en el Congreso de Educación Física de París.

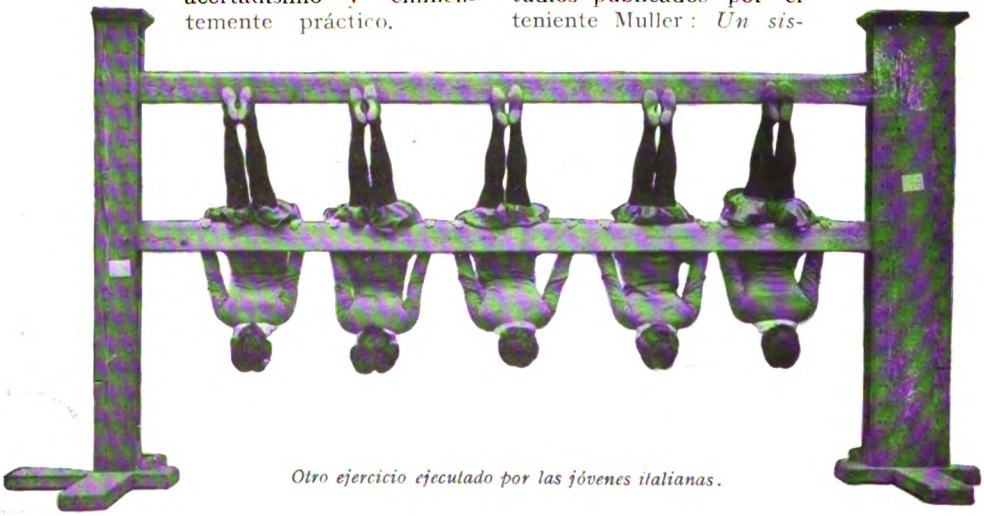
ideal no es de práctica fácil en nuestros días, ni en nuestra existencia ciudadana. Por tanto, hemos de buscar solución que concilie nuestra regeneración física con la índole de nuestra vida moderna.

Existe un método que reune ambas condiciones, y es el del teniente Hébert. Este distinguido oficial no ha inventado — como alguien lo dice — un procedimiento nuevo. Se ha limitado á la adaptación inteligente de todo un plan de ejercicios, á un método que se titula *Metodo naral*, y que, en efecto, lo es todo lo posible.

Este sistema consiste en el ejercicio de un gran número de movimientos indispensables al cuerpo humano, y que la civilización moderna nos hizo olvidar. El método Hébert comprende muchas de las prácticas de la gimnasia sueca, y otras de la escuela de Joinville, pero el conjunto resulta acertadísimo y eminentemente práctico.

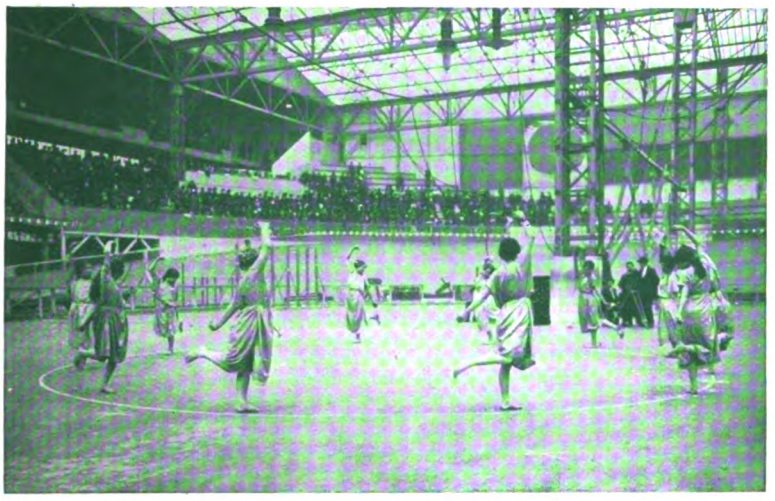
Hébert se ha dado cuenta de que el método sueco no es compatible con nuestro temperamento. Este sistema es el mejor para los débiles y los degenerados, ó para los anormales, pero no puede aplicarse en colectividad, ya que cada orden de ejercicios ha de estar en consonancia con las condiciones individuales del discípulo. El profesor, en la aplicación de esta clase de cultura física, más que monitor ha de ser médico, puesto que antes de someter un sujeto á la práctica de la gimnasia, ha de hacer un detenido estudio de sus defectos, ó de sus condiciones físicas.

El método dinamarqués del teniente Muller, célebre autor de « Mi sistema », deriva de los mismos principios y se encamina hacia los mismos fines. Aquéllos que deseen realizar por sí mismos su propia educación física, deben leer atentamente los siguientes estudios publicados por el teniente Muller: *Un sis-*



Otro ejercicio ejecutado por las jóvenes italianas.

Digitized by Google



El método helénico de educación física tiene la gracia de los bailes antiguos.

tema para los hombres; un sistema para las mujeres; y *un sistema para los niños.* Los discípulos de Muller son legión, y han llegado á resultados prodigiosos. Esta y no otra es la verdadera cultura física, preparación racional para el ulterior ejercicio de los deportes, y merced á la cual se consigue el desarrollo simultáneo y proporcional de todos los músculos.

Diez ó quince minutos diarios bastan para la práctica de este sistema, y vale la pena de consagrarlos á un ejercicio que asegura el desarrollo físico y la salud, especialmente para las personas abrumadas por un exceso de trabajo intelectual. Las gentes que viven en el campo, que andan mucho y que hacen mucho ejercicio, no tienen gran necesidad de tales prácticas, ya que en su misma vida normal conceden buena parte de ella á la cultura física natural, la mejor de todas. Pero, en cambio, para quienes viven en las ciudades, privados del aire libre y del ejercicio, la cultura física artificial es un verdadero *medicamento* del todo necesario.

Las escuelas y los colegios han de ser los lugares á los cuales se ha de prestar mayor atención, en cuanto al tema que tratamos se refiere. Hay que enseñar á los niños los métodos de desarrollo y de vigorización, con tanto cuidado como puede enseñárselos la gramática, ya que si esta última es necesaria para su cultura intelectual, no lo son menos los primeros para su vida física.

De igual modo convendría que en las escuelas se suprimieran los ejercicios colectivos, reemplazándolos por ejercicios individuales enseñados por los maestros, teniendo en cuenta las condiciones físicas de cada individuo. Los niños deben realizar estas prácticas por la mañana, al levantarse, y por las noches al acostarse, cuidando de dejar abierta la ventana de su habitación, con objeto de que respiren aire puro, y despojándose de todas ó de casi todas sus ro-

Un ejercicio ejecutado por los Suecos que tomaron parte en el Congreso de Educación Física celebrado en París.

Digitized by Google

pas, á fin de prestar mayor libertad y naturalidad á los movimientos.

Este es el único medio de que los pequeños alcancen un perfecto desarrollo de su musculatura, al mismo tiempo que robustecen su organismo, poniéndole al amparo de las enfermedades.

Profesores hay que ofrecen sistemas, cuyos resultados son tan rápidos como sorprendentes. Aumento de diez centímetros de pecho en dos meses; de cinco centímetros de cuello en igual tiempo; de ocho centímetros de biceps con semejante facilidad. Conviene desconfiar de tales charlatanes. Nada es tan fácil como obtener medidas engañosas y defraudar á las gentes ingenuas, haciéndoles perder el tiempo y el dinero.

Por muy perfecto que un método sea, la educación física no puede dar músculos á quien carece de ellos. Se obtiene mayor salud y más agilidad, pero nunca un individuo de constitución débil se convierte en un atleta.

Los músculos existentes, sometidos á un ejercicio metódico, llegan al máximum de su flexibilidad y de su fuerza; pero no por ello se crean músculos nuevos. Las personas obesas consiguen adelgazar, porque la grasa es un tejido sobrante y parásito; pero los individuos delgados no conseguirán engordar: bastará con que adquieran robustez y salud, y no es pequeño el resultado.

Para lograr este objeto, no son necesarias ninguna de las habilidades acrobáticas que hubimos de admirar en el Congreso de París; suficiente es una labor obstinada y metódica. Ambas condiciones de orden y perseverancia son indispensables, porque hay que convenir en que la cultura física carece de encantos propios.

El Congreso de París ha tenido un resultado satisfactorio.

Los alardes académicos de fuerza que hicieron los Suecos, los Belgas, los Dinamarqueses, los Italianos y los Alemanes; las evoluciones de los discípulos de Joinville, y de los soldados y grumetes del teniente Hébert; y los ejercicios rítmicos, llenos de encanto, llevados á cabo por las muchachas discípulas del profesor Démeny, han despertado sincero entusiasmo en favor de la educación física, y han propagado, seguramente, la afición á tan provechosas y trascendentales prácticas.

Pero no debemos recomendar estos métodos á quienes deseen un desarrollo real y natural.

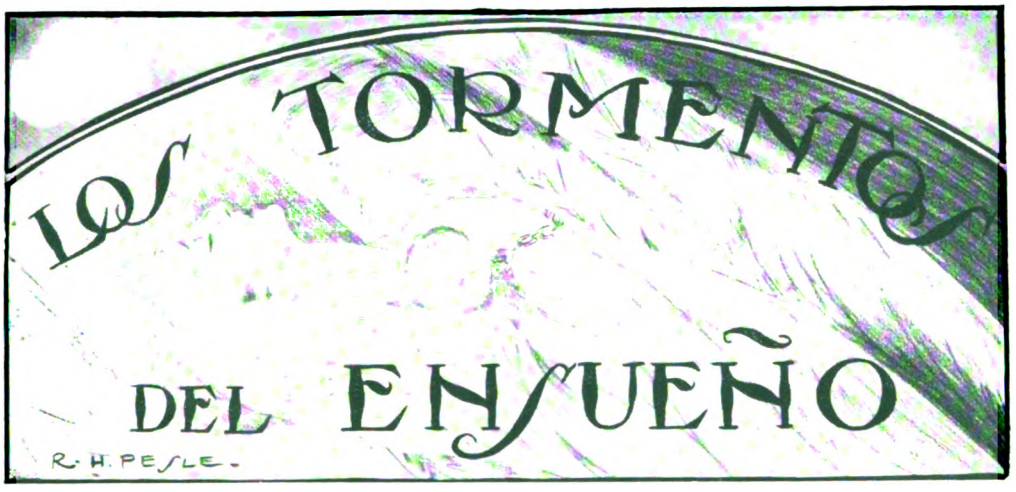
Sé que esta manera de pensar ha de hacerme considerar como un revolucionario en tales materias, ya que desdeño teorías aceptadas por individuos que pretenden tener una autoridad indiscutible en cuestiones de cultura física, y que, por otro lado, tienen todo interés en que esa autoridad, que para ellos es fuente de ingresos, no se desvanezca.

Quizás, también, estas ideas mías tarden algún tiempo en abrirse camino, pero seguro estoy de que han de triunfar, al fin, y al menos tendré la satisfacción de haber sustentado un criterio propio, sin dejarme arrastrar por la corriente de la opinión.

Creo representar á los verdaderos defensores de la cultura física. Si por ello me consideran como enemigo los charlatanes que comercian en músculos, tanto peor para ellos, y tanto mejor para mí.

La chronofotografía del salto. Esta fotografía muestra las posiciones sucesivas del saltador.

Digitized by Google

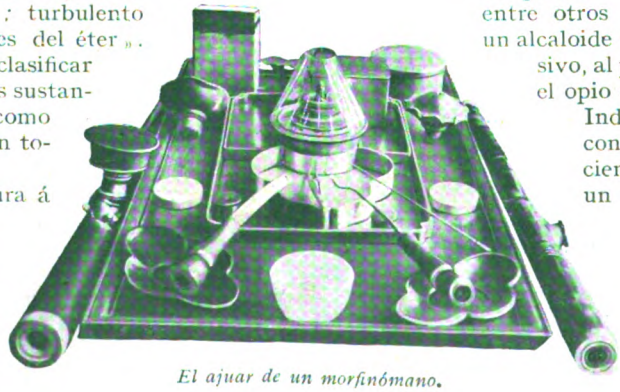


Como en el siglo XVIII, hay actualmente en Francia un «Escándalo de los venenos». Esta vez no se trata de una marquesa de Brinvilliers, secundada por una bruja, La Voisin, que envenen á las personas que pretenden heredar, y que, por amor al arte, inicien á las mujres de la corte, incluso á una Montespan, en los placeres de los asesinatos lentos y alevosos. El actual escándalo de los venenos tiene muy diferente aspecto. El envenenador se ha escogido á sí mismo por víctima.

En efecto: los que en los comienzos probaron, por capricho ó por fuerza, por orden del médico, alguna droga funesta, van continuamente en busca del «indefinible placer fugitivo y augustioso de la *cocaina*, adormecedor y acariciador del *opio*, esa lágrima de la adormidera, y de su derivado la *morfina*; enervante, trepidante y malicioso del *haschich*: turbulento y lleno de visiones del éter». Esta manera de clasificar los efectos de tales sustancias, es debida, como se adivinará, á un toxicómano.

¿Es por ventura á Tomas de Quincey, bebedor de *láudano*, que él llamaba *lodo negro*, y que escribió un libro curioso: las *Confesiones de un masticador de opio*, ó al poeta Carlos Baudelaire, traductor de Edgardo Allan Poe, haschischómano de ocasión, pero que cantó las delicias que encontrara en los Paraísos artificiales, que se debe que haya en Europa solamente más de dos millones de seres humanos intoxicados? No lo creo.

Desde muchos siglos ha, los chinos se abandonan á los placeres... y á los tormentos del opio. Ya algunos escritores de la antigüedad, Dioscorido y Plinio el Viejo entre ellos, escribieron sobre el opio y el meconio. Pero es Claudio Bernard, no obstante, quien primero ha hecho un profundo estudio sobre las propiedades hipnóticas del opio. Sabemos que ya Andiomaco calmaba las crisis epilépticas del emperador Nerón, con infusiones de hojas de adormidera; con ellas, Galeno curaba las enfermedades nerviosas de Julia Maesa, de Julia Domna y de sus cortesanos. En los primeros años del siglo XIX, el químico Sertüner aisló, de entre otros álcalis orgánicos, un alcaloide sedativo y convulsivo, al propio tiempo, que el opio de Esmirna, de la India ó del Egipto contiene en un 10 por ciento. A no tardar, un médico utilizó el descubrimiento del acetato de morfina, enviando al otro mundo á uno de sus colegas que el día anterior, por



El ajuar de un morfinómano.

Digitized by Google

azar, se había asegurado la vida. No obstante, sólo más tarde debía la ciencia utilizar el clorhidrato de morfina, denominado vulgamente *morfina*. ($C^{17} H^{19} AZO^{3}$).

Para entrar, en vida, en los Paraísos artificiales, no era sino necesario una pequeña jeringa, elegante, minúscula como una joya: Pravaz la inventó. Los médicos, de los que hay aún muchos que son ignorantes como en tiempos de Molière, quedaron maravillados de este descubrimiento fabuloso que calmaba los estertores y los dolores del paciente, anegándolo en un verdadero Leteo. Al principio usaron de él; ahora abusan. Y abusan tanto, que como muchos de ellos, en proporción exorbitante, son morfinómanos, ejercen un proselitismo desesperante (el morfinómano es por sí, tan forzosamente como inconscientemente, prosélito de su pasión), proselitismo que se extiende á todos los tóxicos. Desgraciadamente, la morfina, como también la cocaina, no solamente causan terribles estragos en el organismo, sino que también lo ponen tiránicamente en la obligación cuotidiana de intoxicarse, so pena de morir ó de sufrir atrozmente

Baudelaire, morfinómano empedernido.

Por eso, todos los intoxicados, al cabo de algún tiempo, no viven sino con el único deseo de procurarse el veneno, del cual aumentan la dosis hasta tal punto, que se da el caso de que un enfermo absorba por día, por la vía hipodérmica, de seis á diez gramos de morfina ó de cocaina — algunas veces, los dos venenos mezclados — es decir, cantidad suficiente para matar medio regimiento (la dosis, al pasar de 4 centígramos, es mortal).

No es eso todo, no. El intoxicado, que vive como si dijéramos ligado á la muerte, y principalmente el morfinómano, empieza por ser mentiroso, después ladrón, y acaba sumergido en todas las abyecciones. Eso no le importa, pues vive en otro mundo, mundo en el que está como prisionero. Miente al principio para engañar á sus parientes y procurarse el veneno favorito; después miente por mentir; también roba primero por necesidad, pues su pasión le cuesta plata; después roba por el placer de robar.

Una señora del gran mundo, morfinómana, que fué sorprendida en un gran almacén en el momento en que robaba un objeto, confesó que había vendido una gran parte de la biblioteca de su marido y el bastón de mariscal de su abuelo, para poder comprar morfina; otra señora tenía la manía de robar... esponjas. Como no había medio de que desistiera de ello, un criado la seguía y pagaba Cuando esta desgraciada murió, se encontraron en su casa esponjas en tal cantidad, que había para cargar dos carros enteros. Una condesa, detenida últimamente, robaba corbatas de caballero, y hubo una marquesita que sólo se sentía tentada ante las pieles de lujo. Inútil decir que á medida que la inteligencia de esos seres disminuye, el sentido moral desaparece. El enfermo ya no ama á los suyos; la vida de familia le es imposible y se encuenta abúlico, es decir, desprovisto de voluntad.

Tener morfina: he aquí su única preocupación, su obsesión de todos los instantes. Todo otro deseo ó sentimiento desaparece. La mujer, por coqueta que haya sido, ya no se peina ni se cuida, ni cura de sus vestidos ni de sus joyas.

Nos vemos en el caso de reconocer, por desgracia, que lejos de poner trabas á tan malhadadas pasiones, muchos farmacéuticos — drogueros que saben un poco de latín, y de los cuales hay muchos morfinómanos y

Digitized by Google

Los "Morfinómanos" — Ultima obra del escultor Zonza-Briano.

cocainómanos — contribuyen de buena voluntad á satisfacer á esos sus equívocos clientes. Por la mañana, á la puerta de las farmacias, desgraciadas mujeres esperan que el despacho se abra. Y algunas de ellas, tan pronto como reciben el veneno, lo vierten en el frasco de agua destilada y, sin esperar llegar á casa, hunden á través de las faldas la traidora jeringa, hasta haber agujereado la piel para proyectar al organismo la morfina, pues privarse de ella equivaldría á la muerte.

Actualmente, parece ser que París se haya convertido en el centro de la Europa intoxicada. Dos de sus barrios, los más alegres y trasnochadores, Montmartre y el de las Escuelas, sufren particularmente de este mal. De noche, es cosa corriente encontrar mujeres que aspiran éter; mujeres de ojos perdidos, insensibles, enloquecidas, cocainómanas; mujeres titubeantes, que viven aún como envueltas por una humareda de opio, ó bajo el dominio del haschich. En todas las tabernas de noche se expenden los venenos malditos. El mozo del establecimiento tiene un repuesto... de farmacia. En su defecto, es un gentleman elegante quien, á cambio de una moneda de plata ó de oro, proporciona el pequeño « pavé » blanco ó el polvo delirante: la cocaina. Por la noche, el éter alcanza precios fabulosos. Hase visto á dueños de cabarets de poca monta, negar alcohol á consumidores en estado de embriaguez, pero jamás se ha visto á farmacéuticos « marrons », negar la botella de éter á los borrachos que se embriagan con él. Estos farmacéuticos sorprenden nuestra buena fé. La mayor parte de ellos aceptan por verdaderas, recetas de médicos que ellos saben que son falsas... aunque haya algunos médicos que no ponen ninguna dificultad para expedir recetas.

Hay actualmente en Francia cerca de 400.000 intoxicados, de los cuales 200.000 son eterómanos alcohólicos; los otros 200.000 los son por la morfina, la cocaina, la heroína y el opio. Y no se crea que sólo se observe esta plaga entre la gente rica, no; el mal ha llegado al pueblo. Hay mujeres de obreros que se pinchan y toman éter; muchos trabajadores, después de salir del hospital, donde se abusa de la morfina, continúan aplicándose ese veneno.

Añadamos que la morfina y el opio han diezmado terriblemente á médicos, farmacéuticos, practicantes y enfermeros, y en general entre los profesionales que tienen contacto con la medicina. El médico intoxicado es un peligro social. El farmacéutico intoxicado es también un peligro social, pues médicos y farmacéuticos intoxicados son irresponsables. Incluso la ley es impotente para ese mal, puesto que ha asimilado el abuso de esos venenos á la embriaguez. Hace algún tiempo, existía un médico que tomaba dos grandes dosis de morfina al día, y que ejercía su carrera. Un farmacéutico de Burdeos preparaba las recetas de los médicos al azar, al tun-tún. Su esposa advirtió al prefecto, y éste le repuso que la ley no incluía á los intoxicados entre el número de los alienados: la autoridad era impotente para cesar aquel estado de cosas.

En el mundo político francés hubo y hay

Digitized by Google

aún, ciertamente, muchos morfinómanos y opiómanos. El doctor Louveau, en 1887, en el momento del « affaire » Schnœblé, certifica haber visto, en los jardines del Elíseo, al general Boulanger usando la jeringa de Pravaz. Por diversos documentos que se han descubierto recientemente se puede colegir, que fué sólo por temor de ir á la cárcel y de verse privado de morfina, que el general Boulanger no tentó el golpe de estado á que tantos franceses le empujaban.

Hay que notar, de paso, que la mayoría de las maletas diplomáticas procedentes de Oriente, y que no pasan por la aduana, contienen, mezcladas con documentos protocolares, grandes cantidades de opio.

El príncipe de Bismark, que sufría de una neuralgia facial — para lo que el profesor J. A. Sicard acaba de encontrar un eficaz remedio — no hablaba en el Reischtag sino después de haberse dado una inyección de morfina. Y tanto se acostumbró á ella, que murió en estado de morfinomanía, ya que usó de este veneno, en sus últimos tiempos, con un poco de largueza.

Los actores Marais y Damala eran grandes morfinómanos. Marais murió loco á consecuencia de ello, creyéndose Miguel Strogoff. En la literatura actual, en Francia, hay muchos morfinómanos... Pero nos ocuparemos sólo de los muertos, puesto que los que viven son un poco susceptibles. Guy de Maupassant, morfino-étero-cocainómano, combinaba las divagaciones de vesania general con las delicias tóxicas, en la casa de salud donde acabó miserablemente. Stanislas de Guaita, Dubus y tantos otros murieron intoxicados. El mismo Alfonso Daudet, sumido en el lecho por los dolores fulgurantes del tabés, se vió obligado á recurrir á la morfina. El profesor Babinski inyectaba todos los días algunos centígramos de morfina al profesor Charcot, que en los últimos meses de su vida sufrió un lumbago dolorosísimo.

Pero ni Daudet ni Charcot, heridos por cruel enfermedad, pueden considerarse como viciosos morfinómanos. « La morfina, dice muy justamente el profesor Sicard, es por ventura el último recurso de todos los cancerosos, atáxicos y tuberculosos agonizantes... y es también el remedio maravilloso de los campos de batalla ».

Existen en París unas doscientas « fumeries » de opio. Hay algunas conocidas, como clubs y círculos muy cerrados. Pero la mayor parte son nómadas, es decir, que nacen y desaparecen con asombrosa rapidez, para renacer en otra parte. Su instalación es poco cos-

¡ El opio está servido !...

Digitized by Google

Las víctimas.

tosa : unos manteles, unas almohadas y... los utensilios necesarios á los fumadores. Los « masticadores de opio », llamados *theriakis* ó *afiudji*, se encuentran, aunque algunos digan lo contrario, en Londres, en los Estados Unidos y, naturalmente, en los países mahometanos. Estos llaman al opio « Mash Allah », es decir, « regalo de Dios », y lo usan para estimular la actividad y adquirir fuerzas. En los estados otomanos, la costumbre de masticar opio es muy común, y no es raro ver que el árabe se reparta la porción de opio con su propio caballo. Los Persas, los habitantes de la isla de la Sonda, los malayos y los negros de Africa son masticadores de opio. La acción excitante del opio llega á producir la locura. Los javaneses, bajo la influencia del opio, enloquecen furiosamente. Adquieren fuerzas momentáneas y, cuando están dominados por el efecto de la droga, no solamente persiguen á quienes odian, sino que se lanzan por calles y plazas y matan á cuantos encuentran, hasta que les logran detener. El capitán Beckmann cuenta, que un javanés que corría así por las calles de Batavia, mató diferentes personas de momento; un soldado le encontró y le hirió con su lanza. Pero el loco estaba tan desesperado, que se avanzó él mismo hasta el fierro puntiagudo, con tanta fuerza, que consiguió alcanzar al soldado, hiriéndole con su puñal. Para impedir tales espectáculos, las autoridades cuidan de colocar á la puerta de cada establecimiento guardias armados de largas picas, terminadas por una especie de alfange susceptible de envolver el cuerpo entero de un hombre. Y cuando uno de esos furiosos se lanza á la calle, los guardias le acorralan contra la pared, sin correr ningún peligro, y así el loco puede fácilmente desarmarse, atarse y ser transportado á un sitio donde no cause daño.

Estos pobres seres, cuando la muerte no les sorprende después de una inyección ó de una intoxicación, pagan muy caro el corto viaje á los paraísos artificiales. La desintoxicación es quizás la tortura más cruel que se les puede infligir.

Acercáronse al reino del ensueño, llenos de fé en el paraíso, y he aquí que éste era sólo un miraje ; pues al despertar se han encontrado en el peor de los gehenas, en los gehenas del ensueño, donde incluso el ensueño es ilusorio.

¡ Y pensar que las víctimas de esos paraísos engañosos son por centenares de miles en Francia, por millones en Europa y por casi un millar en el mundo entero !

ANDRÉ IBELS.

Digitized by Google

La sardina emigró de las costas francesas del Atlántico. La escasez de pescado y en consecuencia su carestía, motivaron una crisis angustiosa que padecen los pueblos costaneros. Es oportuna, en tales circunstancias, una breve evocación de la dura é incierta vida de los pescadores.

EN la quietud de la alta noche, sobre la tierra, todo es silencio y es paz.

Las menguadas casuchas blancas del puerto, aferradas al suelo y unidas unas á otras en apretada hilera, semejan aterridos náufragos que escuchan, en pavor de pretérita contienda, la canción misteriosa y solemne del Océano : esa canción que al apagarse el rugir homicida de la tormenta, parece decir, con voz de eternidades, el infinito abandono de aquéllos que tienen por sepultura el mar.

Frente al malecón, plegado el velamen y recogidos los remos, aguardan las traineras á sus tripulantes, y en tanto, leves é inquietas, las frágiles embarcaciones se estremecen, tascando con sus proas el freno de las amarras que las sujetan al muelle, y que crujen y se retuercen al luchar contra el arrastre de la marea vaciante.

Pero el alba es próxima... La canturía melancólica del viejo pregonero repercute de calleja en calleja y de puerta en puerta :

— ¡ Muchachos, á la mar !...

Y es como un eco doliente de la dura sentencia de Jehová, del Jehová rencoroso y cruel :

— ¡ Ganarás el pan !...

Los pescadores despiertan, arrancados al sueño intenso de la fatiga. Cinco minutos para vestir las ropas de agua ; un instante para decir á la mujer un « hasta luego », que puede ser un definitivo « adiós » ; otro instante para dejar en las frentes de los hijos dormidos un beso, que puede ser el último, y ¡ al muelle !

Suspendidas entre dos infinitos, las traineras resbalan

Digitized by Google

Frente al malecón, plegado el velamen y recogidos los remos, aguardan las traineras á sus tripulantes...

Sobre las losas de la calle solitaria, los pasos de las duras botas marcan un ritmo lento de perezoso andar. Una tras de otra, las hercúleas siluetas de los marinos van poblando el malecón é invadiendo las traineras.

— ¡ Buen día nos dé Dios !...

— ¡ La Virgen del mar nos acompañe !

Los saludos, entre la brava gente, son votos, y son oraciones, que si todos los hombres van hacia lo desconocido en las jornadas de su vida, aquéllos cuya suerte está ligada á un antojo del viento ó á un capricho de la ola, al ir hacia su destino van con harta frecuencia hacia la muerte.

La flotilla parte.

A impulso de sus remos, las traineras se deslizan sobre las aguas ensombrecidas del puerto, y así llegan á la barra, tras de la cual brinda su inmensidad el mar. Las primeras claridades del día, allá por el Oriente, truecan en oro fundido los cielos, en plata líquida las aguas, y en sangrienta púrpura las tierras.

Alzase la brisa mañanera. Despréndense los remos de sus escálamos, y las velas dan al viento su turgente albura.

La flotilla vuela.

Atrás va dejando el puerto, la barra, el faro, los hogares, los amores, los recuerdos : la vida.

Pronto las líneas se desdibujan ; el paisaje lejano se esfuma ; la tierra va tornándose en sombra que, poco á poco, se deslíe en la luz de la mañana, y al fin quedan, tan sólo, arriba lo infinito del cielo, y abajo lo infinito del mar.

Suspendidas entre dos infinitos, las traineras resbalan, breves y leves, dóciles al impulso de sus grandes velas blancas, que en el azul parecen evocar un desfile de gigantes gaviotas.

Las grandes velas blancas evocan, en el azul, un vuelo de gaviotas...

Digitized by Google

Después de presenciar una tragedia del mar, se piensa siempre que el pescado nunca es bastante caro....

Sobre alta mar, sin tierra á la vista, sin carta marina, sin brújula ni punto alguno de referencia, un patrón, jefe de trainera, os dice :

— Esta es la mar de Quejo.

Y más allá :

— Esta es la de Mouro...

Y así sucesivamente.

Los patrones han dividido la región pesquera en zonas, verdaderos departamentos, y cada uno de ellos lleva un nombre y tiene, en la calidad de su producto, en sus riesgos, ó en sus venturas, un carácter propio y exclusivo.

¿ Cómo logran los viejos pescadores distinguir en la inmensa llanura monótona una región de otra idéntica ? ¿ Quién lo sabe ?

Pero la flotilla llega al término del viaje. Tendidos los aparejos, el azar decidirá del provecho del día. Fueron tiempos en los cuales, prendidas en las mallas de la red, como argénteos abalorios palpitantes, las sardinas entraban á bordo en avalancha, y abarrotaban las calas : era el milagro del Tiberíades, y era en los hogares la abundancia, y en las bocas satisfechas la sonrisa. Fueron, en cambio, otras jornadas ingratas, y durante ellas, los bancales de sardina emigraron, ya huyendo de los delfines, eternos enemigos, ya en busca de nuevos pastos sobre las inmensas praderas submarinas. Y entonces, ante el triste avatar, las redes emergieron sin más paramento que el de las gotas de agua temblorosas y amargas como llanto de miseria.

Tendidos los aparejos, el azar ha decidido del provecho del día. Con el contento de la labor aprovechada, ó con el desaliento del esfuerzo perdido, los pescadores vuelven, y dando al viento de la tarde la albura turgente de sus velas, las traineras hacen ruta en demanda del puerto... ¡ El puerto !... Puede ser, al regreso, juego de niños el ganarlo ; puede ser también empresa de gigantes... Con mar bella, todo se reduce á una sabia guiñada del timón, al embocar la barra, y hay patrón para quien es tema de amor propio el describir, con la estela, la más airosa, ceñida, y rápida de las curvas, al escurrirse la trainera entre el desfiladero de rocas firmes y de ocultos escollos, sorteando al par los bancos de arena.

Pero en los días en que al paso de las lanchas sale, airada y traicionera, la tormenta, en esos días la entrada del puerto, *la barra*, truécase en hervidero de rompientes que furibundas se estrellan sobre los peñascos, y que caen como arietes de titán sobre las arenas de la quebranta, triturando, sepultando,

Digitized by Google

aniquilando cuanto encuentran ó cuanto arrastran.

Y en semejantes horas, cruzar sobre tal infierno, no es cosa fácil... Díganlo si no mis recuerdos de antaño :

Fué en el Cantábrico, y bajo una galerna que corrí á bordo de la mejor trainera, mandada por el mejor patrón de Santander. Llegaron todas las lanchas hasta el abra del puerto, y allí, al amparo del Cabo Mayor, fueron, una tras de otra, intentando el paso de la barra con la ola propicia. Era cuestión de suerte y de acierto... Un error de un segundo en el cálculo del tiempo, una remada perdida, una vacilación en las manos de los patrones, y esas mismas olas sobre cuyas crestas rugidoras se habían de salvar las rompientes, harían trizas las embarcaciones sobre las arenas de la quebranta, y arrastrarían, mar afuera, á los hombres, que perecerían á la vista del puerto, escuchando sobre ellos los lamentos desesperados de sus mujeres, de sus madres, y de sus hijos.

Una tras de otra, las traineras fueron lanzándose á la tremenda aventura... El viento y los mares impedían oir y ver el drama, pero allá, sobre la costa, las mujeres sollozaban, y los hombres, inútilmente, arrojaban cabos salvavidas... Era indudable que nuestros compañeros sucumbían.

Al fin, los últimos, entramos en la barra... Fué un instante... Pasamos sobre la cólera del mar y bajo la ira del huracán, en lo alto de la ola gigantesca que parecía alzarnos hasta el cielo... Yo sólo vi, abajo, en la negrura del abismo, cadáveres y tablas que flotaban, y enfrente, á pocos metros de la proa, el hervidero de los mares al estrellarse sobre la quebranta... Cerré los ojos... Oí la voz del patrón que clamaba :

— ¡ Adentro, muchachos !...

Escuché, inmediatos, el estertor de veinte pechos en el supremo esfuerzo de cuarenta brazos...

Luego, el silencio... Abrí los párpados... Estábamos en el puerto, sobre la bahía en calma... Los remos colgaban de los escálamos, inmóviles... Los hombres, sudorosos y desencajados, reían y lloraban. El patrón, de hinojos sobre la cubierta, á popa, rezaba á la Virgen del Mar.

Tal fué la tragedia, allá sobre los mares airados del Cantábrico, y desde entonces, á buen seguro, en todas las contiendas en que se discute el precio que los pescadores exigen por su labor, yo pienso siempre, invariablemente, que el pescado nunca es bastante caro.

BLAY.

Aquéllos cuya suerte está ligada á un antojo del viento ó á un capricho de la ola, al ir hacia su destino, van con harta frecuencia hacia la muerte.

Digitized by Google

LAS FEMINISTAS CONTRA EL AMOR,
por Mabel Lucie Attwel.

Cupido, meditando : *¡Son tan feas, que ni siquiera puedo defenderme con mis flechas..!*
(The Tatler.)

Digitized by Google

TAL es el dilema planteado acerca de los célebres y extraños buscadores de manantiales.

¿ Tienen sus prácticas una base científica, ó por el contrario son hijas de una superstición casi tan antigua como el mundo ?...

Hace más de dos siglos, que la Academia de Ciencias de Londres se propuso dilucidar este tema que hoy es de actualidad para la Academia de Ciencias de París, y que preocupa intensamente á los modernos científicos de Alemania.

« Descubridores de fuentes », « bacilógiros », « rabdománticos », á quienes la fantasía popular concedió un poder sobrehumano y una ciencia oculta y misteriosa, son personajes de otros tiempos que viven en los nuestros, de sabiduría y de prosa, y que son únicos en continuar la tradición de un sortilegio.

Estos brujos van por montes, por llanos y por valles, atentos á la inspiración de su cetro mágico, que no es sino una vara de avellano bifurcada en forma de horquilla. Las inclinaciones leves, á modo de estremecimientos, que al decir de los bacilógiros experimenta esta varilla en la proximidad de un manantial á flor de tierra, ó de un depósito de agua subterránea, sirven de indicación á los buscadores, quienes aciertan á encontrarla guiados de esta manera por la vara prodigiosa.

Pero los rabdománticos llevaron sus proezas de adivinación á más alto punto, y, no satisfechos con descubrir manantiales, aplicaron las virtudes misteriosas de sus palos de avellano para inquirir los lugares en que, bajo tierra, se ocultaban tesoros escondidos por los hombres, ó riquezas brindadas por yacimientos naturales de mineral.

Aún se llegó más allá, en el arte cabalístico del manejo de la horquilla, y merced á él surgió, á mediados del siglo XVII, el primer tipo de policía sorprendente, padre de todos los modernos Scherlock-Holmes, que no tienen más valor que el de un plagio.

Los esbirros del rey buscaban la pista de dos temibles asesinos; pero aquella primitiva policía acostumbraba, como la nuestra contemporánea, á encaminar sus pesquisas en sentido exactamente opuesto á la dirección de los culpables fugitivos. En tales circunstancias, presentóse un aldeano que pretendió acertar con el paradero de los malhechores, dejándose guiar por las indicaciones de su varilla encantada. El aldeano cumplió su promesa, y el relato de la hazaña cundió por toda Europa, sirviendo de pedestal á las inquietantes figuras de los rabdománticos.

Pero al correr de los siglos, la incredulidad humana fué creciendo, y poco á poco, olvidada la leyenda, dieron las gentes en no prestar gran crédito al poder de estos magos campesinos, en lo que al descubrimiento de riquezas y de delincuentes se refiere, concediéndoles, á lo más, la rara habilidad de encontrar ignorados manatiales, ú ocultos depósitos de agua.

No es pequeña ni baladí, sin embargo, tal virtud, que en muchos casos puede ser clave de fertilidad para los campos, y fórmula de vi-

Digitized by Google

da para las gentes ; de aquí la excepcional curiosidad que las prácticas de los bacilógiros despiertan, y el deseo de comprobar definitivamente sus razones científicas aún desconocidas.

Como ya queda indicado, la Academia de Cien·ias de Londres inició tales investigaciones hace doscientos cuarenta y siete años.

La fecha no es de ayer, pero á pesar de su antigüedad y de los esfuerzos posteriores de la Academia Francesa, que en 1853 designó á una comisión, en la que figuraba Boussingault, nada menos, para el esclarecimiento de este misterio, el misterio subsiste en 1913.

Contra la posibilidad de que las prácticas de los buscadores de manantiales tengan fundamento científico, se alza el testimonio de un hombre, que dedicó su vida ntera á esa misma labor de descubrir fueees y pozos. Este hombre, que era un sabinty un experto, fué el abate Paramelle.

Entre este "rabdomántico" de hace varios siglos...

Los sacerdotes de aldea se preocuparon siempre de esta necesidad del agua, tan íntimamente ligada con la vida de los campos, necesidad que ignoran los ciudadanos dueños de grifo á domicilio, pero que fué la gran obsesión de las civilizaciones á través de las épocas, desde que el primer rabdomántico conocido, Moisés, hizo brotar un manantial de los peñascos inclementes del desierto.

Así, el abate Paramelle consagró todos sus esfuerzos á tal labor, pero poco inclinado á utilizar medios empíricos, en los que no tenía ninguna fé, sirvióse únicamente de sus estudios de ciencia y de sus observaciones personales, llegando al increíble resultado de descubrir 10.000 manantiales.

Este sabio llevó á cabo repetidas experiencias, en compañía de los bacilógiros de su tiempo, y de ellas no obtuvo resultado instructivo alguno como no fuera un absoluto escepticismo, en cuanto hace al secreto

...y este otro de nuestros días han pasado centenares de años, sin que se haya puesto en claro el secreto de la varilla mágica.

Digitized by Google

La "rabdomancia" no es exclusiva de los hombres, y el feminismo ha conquistado para las mujeres el arte empírico de los "bacilógiros".

poder de la famosa varilla de avellano.

No obstante, los científicos de hoy son menos incrédulos. Los alemanes conceden á tales descubridores de agua una importancia excepcional, y en Kiel acaba de constituirse una sociedad poderosa, encaminada al perfeccionamiento y á la utilización industrial de dichas prácticas.

Por su parte, los sabios franceses estudian concienzudamente el problema, y al cabo de repetidas pruebas han llegado, por ahora, á la conclusión de que los bacilógiros — cuya sensibilidad excepcional les convierte en verdaderos higroscopios vivientes — llevan en sí mismos, y no en sus mágicas varas de avellano, la facultad de orientarse hacia los lugares en que se oculta el agua.

Pero como hace dos siglos y medio que á los sabios desvela este asunto, todo hace suponer que aún no han dicho, acerca de él, su última palabra.

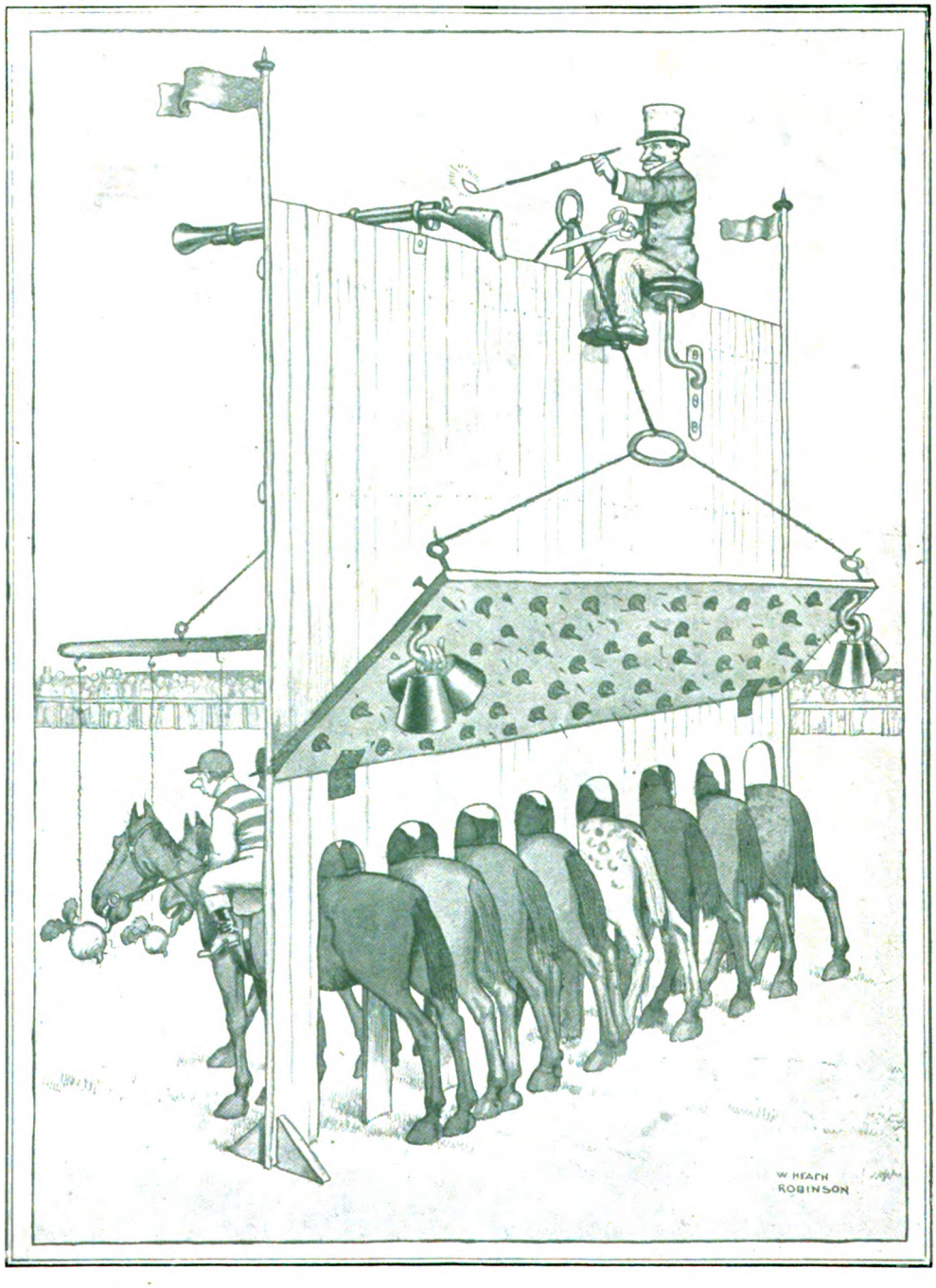
MAX.

Lo único lamentable es el que los "bacilógiros" contemporáneos no sigan vistiendo este traje pintoresco, muy en armonía con su misterioso poder...

Digitized by Google

CONTRA PEREZA...

por W. Heath Robinson.



La señal de salida inventada últimamente, que se practica en las carreras de caballos perezosos.

(The Sketch.)

Digitized by Google

Por E. GOMEZ CARRILLO

HELENE ARDOUIN DE ALFRED CAPUS. **LE SECRET** DE HENRY BERNSTEIN. **LA SEMAINE FOLLE** DE ABEL HERMANT.

LA BELLE CIGARIÈRE, DE QUINITO VALVERDE.

POR primera vez quizás, desde el día ya lejano del estreno triunfal de « La Veine », Alfred Capus acaba de tener, no diré un fracaso, ya que la palabra es demasiado fuerte, pero sí una desilusión. Su nueva comedia no ha gustado, ó por lo menos no ha gustado tanto como las anteriores. ¿ Quiere significar esto que la manera del afortunado dramaturgo haya cambiado ? No. ¿ Es siquiera *Hélène Ardouin* inferior á *Les Deux Ecoles*, y aún á la misma *Veine ?* Tampoco. Lo que pasa es que París, cansado de las eternas obras en las cuales no hay sino frivolidad, diálogos ligeros, trajes suntuosos y psicología superficial, comienza á mostrarse severo para con sus ídolos de ayer. La culpa la tienen los poetas fuertes y los fuertes creadores. Viendo los dramas de Bernstein, en los cuales palpita una vida desaforada de pasiones hondas y de hondos conflictos morales ; viendo las tragedias de Henry Bataille, que ocultan entre flores una intensa sensibilidad poética ; viendo las comedias de Porto Riche tan profundas en su perfección harmoniosa, tan bellas en su desesperada melancolía, la gente ha llegado á desdeñar á los que sólo saben sonreir.

Y Capus sonrie siempre.

Desde la primera hasta la última escena, todo, en sus comedias, es ligera sonrisa. El amor sonríe ; los celos sonríen ; el vicio sonríe ; el malhumor sonríe ; y hasta la misma gravedad, encarnada en grandes banqueros ó en majestuosos consejeros de estado, sonríe... La sonrisa es constante. Además, es bonachona y picaresca. Es la sonrisa del hombre feliz. En nuestra época no existe otra sonrisa como ésta. ¡ Hay tanta amargura en los corazones contemporáneos !... En el teatro, sobre todo, los que sonríen, parecen que quisieran llorar. Ved á los héroes de Paul Hervïeu, y decidme si sus sonrisas no son muecas dolorosas y profundas. Ved á los de Jules Lemaître, y en el acto notaréis el desencanto que amarga sus labios. Ved á los de Abel Hermant, y os espantaréis ante el rictus de sus rostros. Ved á los de Mirbeau, y no podréis explicaros que haya tanta tragedia en una simple contracción de músculos. Ved á los Maurice Donnay, en fin, tan enternecedores, tan poéticos, tan ardientes, y descubriréis que sus lágrimas resbalan hasta el borde de sus bocas. En cambio, ved á los de Capus, y os parecerá que es la sonrisa la que sube hasta las lágrimas, que es la sonrisa la que penetra hasta el dolor, que es la sonrisa la que llega hasta los celos. Es vez de crear primero seres y de hacerles luego sonreir, el autor de « La Veine » crea sonrisas, y después las obliga á encarnarse en seres que aman ó detestan, que sufren ó gozan, que gritan ó murmuran. Y cuando algunos de esos seres, olvidando su esencia, trata de escaparse de la suavidad sonriente para precipitarse en la desesperación, ó en la exaltación, su creador le contiene,

Digitized by Google

explicándole la gran filosofía de la vida moderna. Porque este literato es, á su modo, un filósofo, y posee un sistema que puede resumirse en una sola frase, á saber: « No hay que profundizar ». A todas horas, en todos los trances, en todos los casos, esas palabras son el « leit motiv » latente y palpitante del buen apóstol. Helo aquí ante una mujer que está á punto de ser desgraciada, porque su marido la engaña. « Cálmate — la dice — cálmate y reflexiona, pero no reflexiones mucho. Todo lo que se exagera es malo. Una esposa que quiere vivir sin llorar, no debe nunca tratar de saber lo que hace su marido. Los hombres no merecen que la mujeres lloren por ellos ». En seguida, si es un hombre el que se prepara á sufrir, con sólo cambiarle la última frase, el mismo consejo le sirve. « Las mujeres no merecen que los hombres lloren por ellas ». En realidad, nada de lo que pasa en el mundo vale la pena de ser tomado en trágico. El esfuerzo es vano.

M. Rosenberg y Mlle. Sergine, en "Hélène Hardouin."

Pero por lo mismo que Capus es, entre los autores parisinos, el que sonríe sin amargura y sin crispaciones, la gente parece fatigarse de su gracia optimista.

— La vida no es así, desgraciadamente — dicen todos.

En *Hélène Ardouin*, el autor, tal vez por limpiarse de esta censura, ha querido, haciendo al final morir á su heroína, mostrarse más trágico que de costumbre. Pero, la verdad sea dicha, cuando se llega á ese desenlace ha pasado uno por tantas risas y tantas sonrisas, por tantas escenas caricaturescas y tantas situaciones grotescas, que ni el mismo gesto de la muerte le conmueve.

Hélène Ardouin está casada con un hombre que la desprecia. Un día, ese hombre la abandona, y abandona á su hija, para ir á vivir al lado de una mujer indigna. En ese mismo momento, un ingeniero que fué novio de Hélène se presenta. « Te souvient-il de notre extase ancienne ? ». Y las manos se juntan. Y pasan los años. Y la abandonada, que se ha hecho una nueva existencia, vive feliz. Pero de pronto, el marido, lleno de arrepentimiento, vuelve á su hogar. ¿ Qué hacer ? Si ella se niega á recibirle, la ley está ahí. La ley es implacable. Un proceso bastaría para obtener que separaran á la hija de la madre. Entonces, Hélène, viendo su dicha rota, viendo su sueño destruido, cae enferma, y muere.

Con esta anécdota, Henry Bataille habría hecho un poema tierno y vibrante. Capus ha hecho una obra que comienza en farsa, con tipos grotescos como el empresario Cabaniés, y que termina en melodrama damadelascameliesco. Por eso el público, muy finamente, ha dicho :

— « Assez ».

Esta desilusión de un autor de gran mérito no debe, empero, apenarnos mucho. Con su talento y con su habilidad, Capus comprenderá al fin que es preciso cambiar de rumbo, y sus obras futuras serán, sin duda, menos risueñas, menos parisienses, pero más sobrias y más hondas que las anteriores. La ley que ordena « renovarse ó morir », está hecha para los hombres superiores.

Esa misma ley es la que ha dictado á Henry Bernstein su última obra, tan admirable y tan admirada. Porque Bernstein también estaba en peligro de desagradar al público. Su sequedad temblorosa, su brusca concepción de los conflictos, su perpetuo deseo de hacer aparecer el interés material en medio de sus idilios, comenzaba á irritar á algunos de sus más fervientes amigos. Era, pues, preciso renovarse. Y con una energía digna de los mayores elogios, el robusto dramaturgo puso en la aridez de su jardín algunas gotas de rocío. Sus nuevos personajes ya no sólo saben rugir. Saben también hablar á media voz. El amor ya no es para

Digitized by Google

él, como para los poetas de la antología, un dios devorador de corazones. Es asimismo un suave consejero de piedad.

Gabriela y Jeannelot están casados hace diez años, y se adoran. El es la bondad hecha hombre. Ella la gracia hecha mujer. El está separado de su hermana, que le ha intentado un proceso inicuo. Ella le consuela. En el primer acto, una amiga de la casa, Henriette, confía á la heroína de la obra que ama á un joven y que el joven la ama. « Pero — agrega — es un hombre celoso, y si conociera mi vida no se casaría conmigo. Por fortuna, sólo tú sabes lo que pasó entre Charlie y yo ». La dulce Gabriela la tranquiliza. « No temas nada — dícela — yo le hablaré á tu novio Denis, que ya me ha confiado su amor por ti, y os uniréis santamente ». El casamiento, en efecto, se realiza. En el acto siguiente encontramos á Jeannelot, á Gabriela, á Denis y á Henriette en un castillo, disfrutando de las delicias del otoño. Todo respira allí la dicha. Es el castillo encantado de la ventura durmiente. Y, sin embargo, algo se nota de inquietud, de zozobra, de congoja. Un personaje que aparece, nos hace comprender lo que sucede. Este personaje es Charlie, el que fué amante de Henriette. ¿ Cómo está en aquel lugar donde su presencia es inaudita ? Nadie lo explica. Una tía vieja, según parece, lo ha invitado. Naturalmente, Henriette que adora á su marido, y que querría borrar las huellas de su falta pasada, hace lo que puede por alejarle. Un día dice á su amiga : « Dile por Dios que se marche ». Gabriela le contesta : « Ya se lo he dicho, pero él no quiere irse si tú no le concedes una entrevista de media hora. Desea explicarte algo ». No sabiendo qué hacer, la incauta acepta la cita. « Aquí mismo — exclama — le espero ». Apenas hace unos minutos que Charlie se halla al lado de ella, cuando Denis, lívido, aparece. De sus labios brotan los reproches. « Infame — dice — infame, me has engañado ». Entonces, la pobre mujer confiesa su falta pasada. Ante esta catástrofe, Jeannelot trata de saber el misterio de lo que ha pasado. ¿ Quién invitó á Charlie ? Su mujer, llorando, le confiesa que fué ella. Fué ella, en efecto. Y esto no es todo. Ella fué también quien le enemistó con su hermana. Ella es un monstruo. Ella no puede ver la ventura ajena sin sufrir. Ella necesita destruir la dicha de los demás.

— Un monstruo — exclama Jeannelot, pensando alejarse para siempre de su hogar.

Pero descubre tanto sufrimiento en aquella mujer que, aunque malvada, lo ama, que acaba por abrirle sus brazos perdonándola.

El éxito de este drama ha sido inmenso. El público, que ha admirado siempre en Bernstein al fuerte, al recio, al rudo constructor de intrigas pasionales, ha admirado en *Le Secret* todas las cualidades que antes lo subyugaran en *La Griffe*, en el *Detour*, en el *Voleur*, con más una ternura nueva, y una nueva nota de melancólica piedad.

M. V. Boucher, Mlle. Lély, Mme. Simone y M. Garry, en " Le Secret ".

Digitized by Google

Abel Hermant, como Capus, es un dramaturgo esencialmente parisiense. En sus obras, los trajes tienen tanta importancia como los caracteres, y las alusiones á los escándalos del momento llaman tanto la atención como los diálogos. « Sacadlo de París y no le comprenderá nadie » — dice un crítico. Yo digo más. Fuera del Bulevar, ya su gracia pierde la mitad de su atractivo. ¿ Cómo hacer sentir, en efecto, á un público que no está en los secretos de la vida parisina refinada, los más delicados matices de esta ironía cruel y fría ? ¿ Cómo hacer comprender á gente que vive lejos de la Opera y de la Magdalena, las nimiedades encantadoras de estos conflictos galantes ? Aun en las obras que más universales parecen por su cosmopolitismo pintoresco, el fondo es de esta ciudad. Así, ved la *Semaine Folle*, estrenada últimamente en el Athené. La escena se desarrolla en Venecia. Entre sus personajes los hay rusos, italianos, ingleses y argentinos. No obstante, el conjunto es esencialmente parisiense.

Un joven ruso, millonario y soñador, seduce á la dama de compañía de su madre y, obedeciendo á la voluntad de su familia, se casa luego con ella. Apenas casado, comienza á sufrir. Aquella mujer — piensa — no se ha dejado seducir sino por cálculo. Lo que quería, era su nombre, su fortuna, su rango social. Y como su alma eslava es violenta, abandona la mitad de sus riquezas á madame, y se marcha á vivir solo. La pobre Fedosia, que ama apasionadamente á su marido, busca un medio de atraerle de nuevo. ¿ Cartas apasionadas ? No. Eso se queda para las costureras. ¿ Amenazas ? Tampoco, eso no sirve para nada. Al fin, adoptando las teorías de los cuentistas del siglo XVIII, se decide á inspirarle celos. Se marcha, pues, á Venecia, donde el ruso se ha refugiado, y comienza á frecuentar los salones elegantes. En todos ellos se encuentra con su esposo, y hace como que no le ve. En cambio, se complace en dejarse cortejar por un parisiense llamado Mauvieres. Al notar esto, el ruso cae en la red tendida. Su mujercita le encanta, ahora que parece tener otro amor. Un día, viendo entrar á Mauvieres en casa de Fedosia, no puede contenerse. Llama á la puerta. No le reciben ó le reciben mal. Poco después, encontrando al mismo hombre con su mujer, precipítase contra él lleno de ira. Pero en ese momento aparecen algunos amigos, y la riña no se lleva á cabo. Cuando los amigos se van, el ruso y Fedosia se quedan solos. Se explican. Vuelven juntos al hotel, jurándose amor. Al verles, Mauvieres que está locamente enamorado, dispara un tiro contra el ruso, sin herirle. Los esposos no hacen caso de aquel acto de desesperación. ¿ Para qué ? Amándose, lo comprenden todo y lo perdonan todo. Enlazados entran, y el matrimonio, antes mal unido, se convierte en una pareja modelo.

Mlle. Ventura y M. A. Brulé, en " La Semaine folle ".

Ya veis, pues, si hay cosas cosmopolitas

Digitized by Google

aquí. Pero con esto del cosmopolitismo, pasa como con el españolismo. Es un producto de París. Lo que los hacedores de pantomimas ven en las panderetas, los autores de comedias lo descubren en las novelas rusas. Y una vez el descubrimiento hecho lo transforman de tal modo, que nadie, no siendo bulevardero, lo comprende.

En todo caso, la obra de Abel Hermant tiene tal animación, y está tan llena de alegría, de voluptuosidad y de ingenio, que bien se le puede perdonar lo que en su psicología hay de convencional.

— ¿ Qué piensa V. de la nueva obra de Quinito Valverde ? — me preguntó alguien.

— Que es admirable — contestéle.

— ¡ Por Dios santo !... ¡ Cómo puede V. decir eso !... Entre todas las españolerías inventadas por París, no ha habido nunca una tan loca y tan falsa como ésta. Otros se han contentado con pintar cuadros sevillamos, granadinos ó gaditanos, exagerando los ciomos de las cajas de pasas y de las panderetas. La « Maison des Danses », de Reboux, es una comedia llena de falsedades. « La Femme et le Pantin », de Pierre Lonys, también es falsa. Pero en una y otra hay un encanto de amor frenético, de poesía cálida, de belleza exótica que seduce. Y si me dice V. que no hay que comparar una obra seria con una zarzuela, le citaré diez, doce, veinte *espagnolades* de café concierto, que tienen su sabor agradable y casi verosímil. Recuerde V. la « Rosa de Granada », del mismo Quinito. Y es que en Andalucía, el color violento no choca. Pero esta « Bella Cigarrera » de ahora no tiene como fondo un paisaje del sur, sino una vista de Barcelona. ¡ Qué enormidad ! ¡ Barcelona, la bella trabajadora, Barcelona, la hermana de Génova y de Marsella, vestida de andrajos ! Con sólo recordar algunas escenas, hay para morirse de risa ó de indignación. El director de la Fábrica de Tabacos aparece como un bandolero de folletín, y su hija como una gitana de romance de ciegos. Ese director, vestido de bohemio, hace contrabando llevando á su sobrino disfrazado de oso, á su mujer de bruja, y á su hija de mendiga. Luego, los alcaldes y los carabineros, y todo el mundo, en suma, aparecen cual si estuvieran en un baile de máscaras de Lavapiés. No, verdaderamente, V. no puede encontrar ese libreto admirable.

— Es cierto — contestéle — el libreto es una farsa algo grotesca. Pero esa no es obra de Quinito sino de Benjamin Rabier, el alegre caricaturista. Lo de Quinito es la música, y eso sí es admirable. Recuerde V. la gracia ligera y retozona de los aires que cantan y bailan los personajes. No hay nada más español y más regocijado. Es la harmonía de las guitarras y de las panderetas, es el ritmo del pueblo, es la animación de la raza. Los bailes, sobre todo, son deliciosos. Vamos, no lo niegue V., esto es innegable. Desde el principio hasta el fin, las notas se estremecen en un febril aleteo de castañuelas que hacen vibrar el alma y el cuerpo. Cada acto es un florilegio de aires populares. Quinito es un admirable nitzcheano, adorador del baile por el baile. En su ardor dionisiaco, á todo el mundo hace bailar. El alcalde como el carabinero, el gitano como el funcionario, todos ondulan, todos palpitan, todos se retuercen. Para contar y definir los pasos de la « Bella cigarrera », sería necesaria la ciencia de un maestro Otero y la paciencia de un René Maizeroy. Peteneras, sevillanas, manchegas, marianas, farrucas, tangos, panaderos, vitos, soleares, guajiras, jotas ; todo está ahí mezclado, confundido, enmarañado. Y como todo eso es la delicia de las delicias y la maravilla de las maravillas, al concluir el espectáculo, no le queda á uno sino el recuerdo vibrante de haber visto piruetas admirables, animadas por una admirable música.

— Es cierto... Pero la letra... la obra... el argumento... Yo, en nombre de la noble Barcelona, protesto.

— Proteste V... Quinito le contestará, que sólo es responsable de la música.

(Dibujos inéditos de Marevéry).

Digitized by Google

Un Caricaturista Argentino

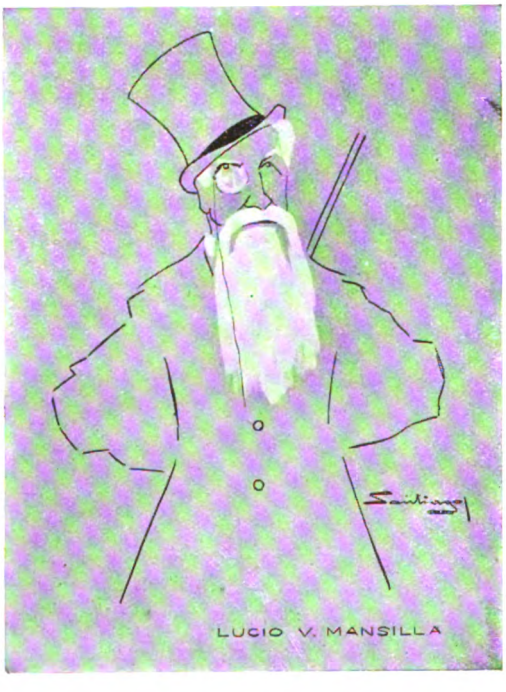
DESDE los tiempos de *Demócrito*, pseudónimo usual de aquel célebre humorista que ilustró, con sus intencionados dibujos, las páginas del *Don Quijote*, muchos han sido los caricaturistas que, en la República del Plata, llegaron hasta una fama merecida. Julio Santiago es, en la actualidad, uno de los más originales satíricos del lápiz y del pincel.

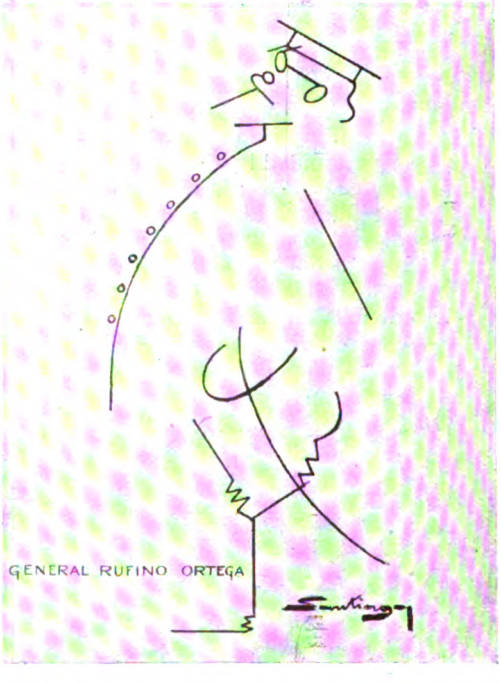
Este notable artista, que ha logrado la popularidad de que hoy goza merced á una larga y á veces ingrata lucha, se esfuerza en conseguir, para el arte de la caricatura, una verdadera renovación.

De los primeros en abandonar la rutina que consistía en reducir la caricatura á una exageración grotesca de los rasgos fisionómicos, y de los primeros también en orientar su arte por los derroteros de la caricatura de *expresión*, Santiago ha llegado á especializarse en la sobriedad del trazo, unida al máximun de intensidad expresiva.

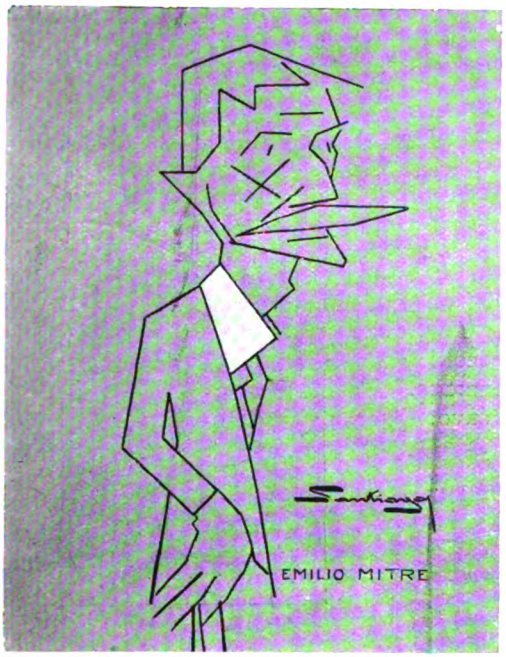
La sencillez de la factura y el atrevimiento del conjunto — nuevo y sorprendente por su verismo y su vida — he aquí los rasgos característicos de este artista, en cuya obra se encuentra un notorio parentesco espiritual con la de Gulbrasson, el ilustre dibujante alemán que dirige la revista *Simplicísimus*.

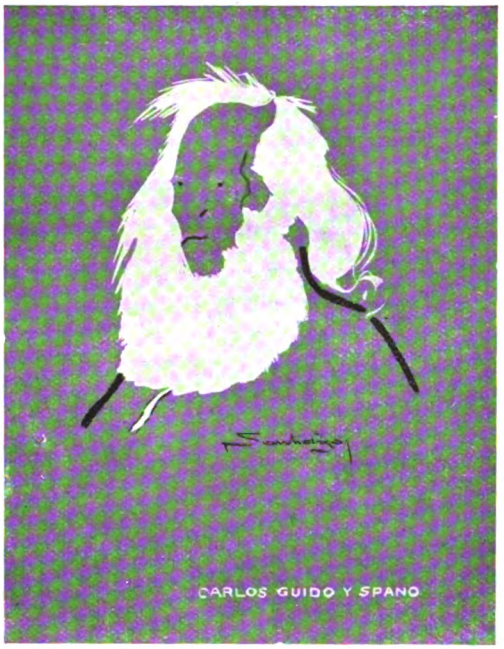
Pero Santiago no es solamente un original como caricaturista, sino que también lo es como hombre. Prefiere al trabajo artístico, preparado con la prisa y la intranquilidad á que someten las necesidades de la vida, el trabajo sereno é independiente; pero como es preciso por otro lado vivir, y Santiago no es rico, este artista de voluntad y de talento ha sabido disciplinarse y dividir su vida en dos ambientes, que corresponden á dos círculos casi opuestos: el comercial, por decirlo así, y el de alta labor de arte. Merced á su labor *comercial*, Santiago consigue una posición desahogada, y ella le permite conservar,





Digitized by Google





para las horas de labor propia, la libertad de trabajo, de elección de los asuntos, y de tiempo indefinido que pueda consagrar á cada una de tales obras.

Y así, en el taller de este artista encontramos, junto á los apuntes pictóricos, ensayos de escultura seria y de escultura grotesca que son otros tantos aciertos. Cortaplumas en mano, Santiago labra, en trozos de madera blanda, las mismas caricaturas especialísimas que bocetan sus pinceles; terminada la escultura, complétase el humor de los muñecos con el de algunas oportunas notas de color, que dan al leño esculpido mayor carácter y nueva vida.

El caso de Santiago debe ser imitado por buena parte de sus colegas. La mayoría de los artistas de nuestra metrópoli están sujetos á una labor periodística absorbente y anuladora de su talento, de tal modo que, al cabo de algunos años de semejante vida, se agostan las esperanzas más firmes y fundamentadas.

Santiago, entendiendo la vida de otra y más acertada manera, sabe atender á sus necesidades, recabando al mismo tiempo á su vida la libertad y la independencia que exige el desarrollo de sus proyectos de arte.

De la sencillez, más aparente que cierta, que se advierte como nota característica en los trabajos de Santiago, puede decirse justamente lo de la difícil facilidad con que hubo de definirse el estilo de Campoamor.

Santiago comienza su labor ahora, y todo hace por lo tanto esperar, que nuevas y brillantes jornadas suyas nos reserven gratas sorpresas.

E. M.

Digitized by Google

NUESTRO CONCURSO LITERARIO

Como lo anunciábamos ya en nuestro número anterior — correspondiente al mes de Marzo — el Jurado á cuya indiscutible autoridad hemos de someter los trabajos presentados al Concurso Literario de *Mundial* y *Elegancias*, queda constituido en la siguiente forma:

Presidente:

D. Ruben Dario.

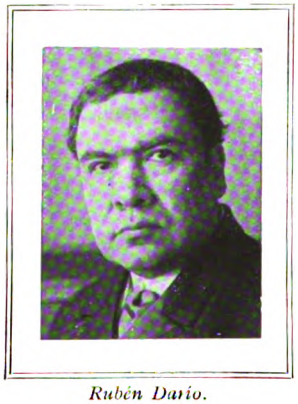
Vocales:

D. Enrique Gomez Carrillo.
D. Ricardo Leon.
Mr. E. Martinenche.
D. Amado Nervo.

Secretario:

D. Carlos Lesca.

E. Gómez-Carrillo.



Rubén Darío.

Ricardo León.

Siendo muy grande el número de originales recibidos, la labor de este Jurado, que ha de ser excepcionalmente concienzuda, será también, por ende, muy lenta. De ahí que no nos sea posible conceder nueva prórroga para la admisión de trabajos, y que el plazo se cierre definitivamente en fin del corriente mes de Abril, para las comedias, cuentos y poesías. Las novelas serán recibidas hasta el día 31 del próximo Julio.

Por última vez, recordamos á cuantos autores deseen aún tomar parte en nuestro Certamen, aquéllas de sus condiciones que son esenciales:

Los temas son libres, pero no será aceptado ningún trabajo en que, por el tema ó la expresión, se ofenda la moralidad de los hogares en que *Mundial* y *Elegancias* son leidas.

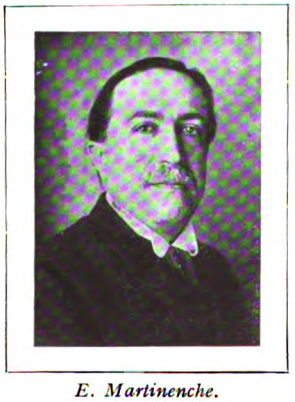
El autor de la mejor novela á juicio del Jurado, recibirá un premio de cuatro mil francos (frs. 4.000).

Los autores de las novelas que sigan en mérito, recibirán proposiciones de la administración, para publicarlas en *Mundial* ó *Elegancias*.

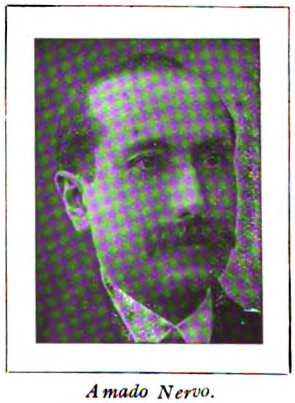
La mejor comedia recibirá un premio de mil francos (frs. 1.000).

El mejor cuento será premiado con mil francos (frs. 1.000). Los cuentos que sigan en mérito se publicarán en las condiciones más arriba expresadas.

La poesía, que ha de ser de regular extensión, tendrá un premio de 500 francos. Las otras poesías juzgadas dignas de publicación aparecerán en las revistas, para lo cual se entrará en arreglo con los autores.



E. Martinenche.



Amado Nervo.

Digitized by Google

En el número anterior de *Mundial* hablábamos de la « jaquette », y de su moderna evolución hacia la forma de origen ; reanudemos en esta página la conversación pasando al examen de otras prendas, y comencemos por la levita.

En tiempos pasados, la levita era de formas amplísimas y constituía un elemento del vestido, que reunía dos defectos capitales: la falta de elegancia y la incomodidad.

Hoy, la levita, luego de sufrir modificaciones radicales, se ha convertido en una prenda ligera y de fácil porte. Completada generalmente con un chaleco de fantasía, es la « tenue » indispensable en todas las solemnidades y ceremonias oficiales del día.

El abrigo, ó sobretodo, es una prenda cuyas formas son innumerables, ya que se ha llegado á fijar un modelo para cada hora del día, ó poco menos.

El abrigo de « sport », dispuesto especialmente para los paseos á caballo, se hace muy corto, de forma un poco imprecisa, y se procura que oculte lo menos posible el traje que se lleva debajo de él.

Para el « tennis » se usan dos clases de abrigos : uno corto, para la calle, ó sea para llegar hasta el campo de juego, y otro muy largo, generalmente de franela espesa, que se utiliza durante los intermedios del juego para evitar los enfriamientos. Otro tanto puede decirse de la moda para el « golf », para el « foot-ball », y para el « criquet ».

El abrigo para las carreras se confecciona también conforme á dos modelos generales : el de invierno y el de verano.

Para invierno, el abrigo ha de ser fuerte, y abrochado muy alto. Para verano, por el contrario, ha de ser ligero, de color claro, abrochado muy bajo, y guarnecido con vueltas de seda.

La cazadora ó americana constituye una prenda muy cómoda para la mañana, cuyas horas se dedican generalmente al trabajo y á los negocios. Pero en general, este vestido es el indicado para las personas de posición modesta. Por muy bien cortada que esté, una cazadora no puede considerarse nunca como prenda de vestir.

En cambio, la cazadora es la prenda indicada para los deportes, excepción hecha del de la caza, para el cual se lleva mucho la « jaquette » d'*Orsay*, de que hablábamos en el número precedente de *Mundial*, y que recuerda un poco los vistosos trajes de la caza con jaurías. Para tal empleo, la « jaquette » se confecciona preferentemente con tejido ***homespun***, á grandes cuadros, de colores muy variados. El chaleco se lleva de la misma tela, haciendo juego con la « jaquette ».

El pantalón corto, indispensable para los deportes, se lleva de formas muy varias, según la clase de « sport » á que se dedica. Otro tanto ocurre con las cazadoras, y de tal modo puede asegurarse, que cada clase de deporte exige de un verdadero elegante la confección de un traje especial.

Datos facilitados por la casa Kriegck, 23, rue Royale, Paris.

Ultimo modelo de la casa Kriegck, 23, rue Royale, Paris.

Digitized by Google

JOAQUIN LEMOINE

El señor Joaquín Lemoine, cónsul general de Bolivia en Bélgica, es una de las personalidades más salientes de la América del Sur, y uno de los representantes más distinguidos de la intelectualidad sudamericana en Europa.

De abolengo boliviano, Joaquín Lemoine pertenece á una familia patricia, cuyo árbol genealógico se remonta á épocas muy anteriores á aquélla en la cual se declaró independiente separándose de la madre Patria, y se constituyó en Estado, la antigua colonia española.

Con su sangre y con su hacienda, la familia de los Lemoine contribuyó al establecimiento del régimen democrático en Bolivia. Este descendiente de tan preclaros próceres no ha desmentido nunca su origen, y nunca como en él llegó á más la historia de los suyos. Testimonio de esta afirmación es la misma vida de Joaquín Lemoine, pródiga en labor y en fecundos esfuerzos.

Don Joaquín Lemoine

Dotado de una inteligencia prematura, Lemoine había conseguido ya su título de abogado en Chile, cuando aún no había salido casi de la adolescencia. En igual época, y en el mismo país, se inició en la carrera diplomática como agregado de Legación.

En tanto que esto ocurría, Lemoine, dotado de facultades sobresalientes para el cultivo de la Literatura, comenzó á colaborar en las revistas y en los diarios chilenos, publicando una serie de poesías que le valieron pronta y merecida reputación de escritor delicado y emotivo.

La guerra entre Chile y Bolivia vino á interrumpir esta serie de éxitos del Sr. Lemoine, quien durante la contienda se retiró á Montevideo, dirigiendo allí varios periódicos.

Más tarde, fué llamado por su gobierno para ocupar el puesto de Prefecto, y al hacerse cargo de su mandato fué grande la sorpresa que entre la sociedad boliviana causó la gran juventud de Lemoine; pero pronto esta sorpresa se trocó en admiración, ante los alardes de energía y de poderosísima inteligencia de que hizo gala el señor Lemoine, quien comenzó la vida política y literaria por el escalón altísimo por el cual otros la terminan.

Posteriormente, completó sus conocimientos y su práctica diplomática como primer agregado y como secretario de Legación, y luego como Encargado de Negocios. Recibió distinciones honoríficas de los gobiernos Argentino, Peruano, Ecuatoriano y Venezolano.

Desde hace diez años, el Sr. Lemoine desempeña brillantemente el puesto de Encargado de Negocios de Bolivia en Bélgica.

De esperar es que el pueblo Boliviano no dé al olvido los méritos extraordinarios de Lemoine, y que tenga en cuenta que, sólo á sus escritos y á su acendrada propaganda, se debe el que Europa se inclinara en favor de Bolivia durante el litigio reciente surgido entre Bolivia y el Perú, y promovido por la sentencia arbitral de la Argentina.

Una de las últimas obras del Sr. Lemoine, de carácter enciclopédico, titulada *Diamantes sudamericanos*, ha constituido un acontecimiento editorial de repercusión notoria y mundial; actualmente, está en vísperas de aparecer un libro nuevo de Lemoine: colección de poesías que su autor titula *Primores*, y que son frutos verdes de su adolescencia literaria y de la primavera de su vida.

En prensa tiene este publicista distinguido otro trabajo acerca del *Feminismo Mundial*; otro tomo de poesías que se titula *Auras Matinales*, de gran originalidad, como todas sus obras; y cuatro volúmenes más, entre los que hay uno cuyo, sugestivo título de *Perlas del Nuevo Mundo* ha de asegurarle un excepcional éxito de librería y de prensa.

El Senado Nacional de Bolivia acaba de conceder al Sr. Lemoine, por ley especial, la honorífica distinción de una medalla de oro.

Digitized by Google

no III. — N° 26 Precio : 1 fcs. — Extranjero : 1.50 fcs. Junio 1919

MUNDIAL MAGAZINE

PUBLICACIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis - Paris

Digitized by Google

En boga en París - los deliciosos perfumes de

MONNA VANNA

ROSA CARUSO
MADAME
BRISA ECUATORIAL
MAGNATICO

VIOLETA CARUSO
MADEMOISELLE
BOUQUET CAVALIERI
ADIVINADOR

REPRESENTANTE EN
BUENOS-AIRES
Alex. R. ZOCCOLA. Lima 486.

DEPOSITARIO EN
MONTEVIDEO. (Casa TOGORES.)
Francisco L. Cabrera, Suc. Sarandi 685/7.

Digitized by Google

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción :
CARLOS LESCA

TELEFONOS
Dirección y Administración : Louvre 0-36
Redacción y Publicidad : Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. .. .. 12 fr.

EXTRANJERO
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. .. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO
Francia. .. .. 1 fr. | Extranjero .. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA : Guiñazú & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.

ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.

ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

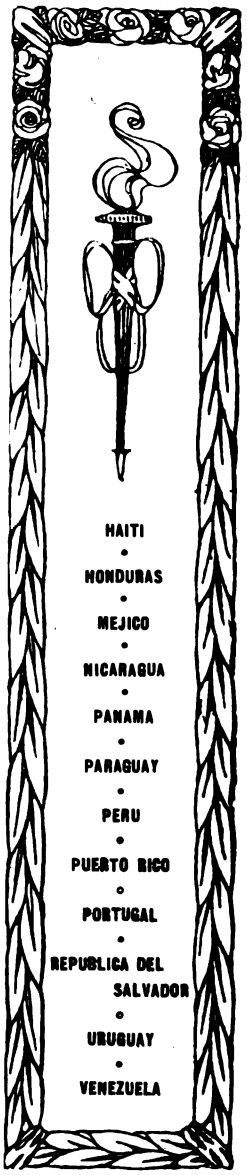
FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina é Islas Filipinas : Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, asi como en las principales librerias, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



Digitized by Google

AÑO III — VOLUMEN V — NUMERO 26 — JUNIO 1913

SUMARIO

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII EN PARIS 103

PERICO LIJA, cuento original de ANTONIO MACHADO, ilustraciones de BASTE 112

LAS EXPOSICIONES ARTISTICAS DE 1913 EN PARIS, por ULRICO BRENDEL 118

EL AFILADOR, poesía por ARMANDO VASSEUR 133

CABEZAS. "EL DOCTOR DON JOSÉ PEDRO RAMIREZ", por RUBEN DARIO 136

ESTRAZILLA, continuación de la novela de JOSE ORTEGA MUNILLA 138

LA EMBAJADA ESPECIAL ARGENTINA EN FRANCIA 149

LA IMAGINACION BRASILEÑA 153

LA MONTAÑA MARAVILLOSA, cuento por FRANCISCO CONTRERAS, ilustrado por VAZQUEZ DIAZ 156

EL CONCURSO LITERARIO DE "MUNDIAL" Y "ELEGANCIAS" 166

EL YERMO FECUNDO, por ANTONIO G. DE LINARES 167

TARDE, novela de JORGE HUNEEUS, con ilustraciones de BASTE 173

CRONICA DE PARIS, por VENTURA GARCIA CALDERON 184

EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO 188

EL ANTIGUO ARTE CHINO 192

ELEGANCIAS MASCULINAS 196

(No se devuelven los originales.)

En el próximo número :

EL SEXTO SENTIDO, cuento inédito de AMADO NERVO. — **LA NOVELA DE JUANILLO**, por MAX ENRIQUEZ UREÑA. — Un interesante artículo de información por ANTONIO G. DE LINARES, titulado **LOS HILOS DE LAS MARIONETAS**. — **EL PATRONO DE BUENOS AIRES**, por RUBEN DARIO.

Próximamente :

Versos y prosas de AMADO NERVO, RICARDO LEON, GOMEZ-CARRILLO, FRANCISCO VILLAESPESA, etc, y sorprendentes informaciones.

Digitized by Google

S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

Digitized by Google

S. M. EL REY ALFONSO XIII EN PARÍS

Con motivo de haberse sancionado el acuerdo franco-hispano en Marruecos, el rey de España ha visitado al nuevo Presidente de la República Francesa, Mr. Poincaré.

En tal ocasión, París ha dispensado al monarca español la más entusiasta y cordial acogida, y todo hace suponer, que este hecho contribuirá á estrechar poderosamente los lazos de raza, de política y de historia que unen á las dos naciones vecinas y hermanas.

El día 7 de mayo, Don Alfonso XIII llegó á París por la estación del Bosque de Bolonia, llamada « la estación de los soberanos », que, para recibir al heredero de Carlos Quinto, había sido cuidadosamente engalanada con doseles de terciopelo rojo, tapices de los Gobelinos, y jarrones de Sèvres llenos de claveles y rosas.

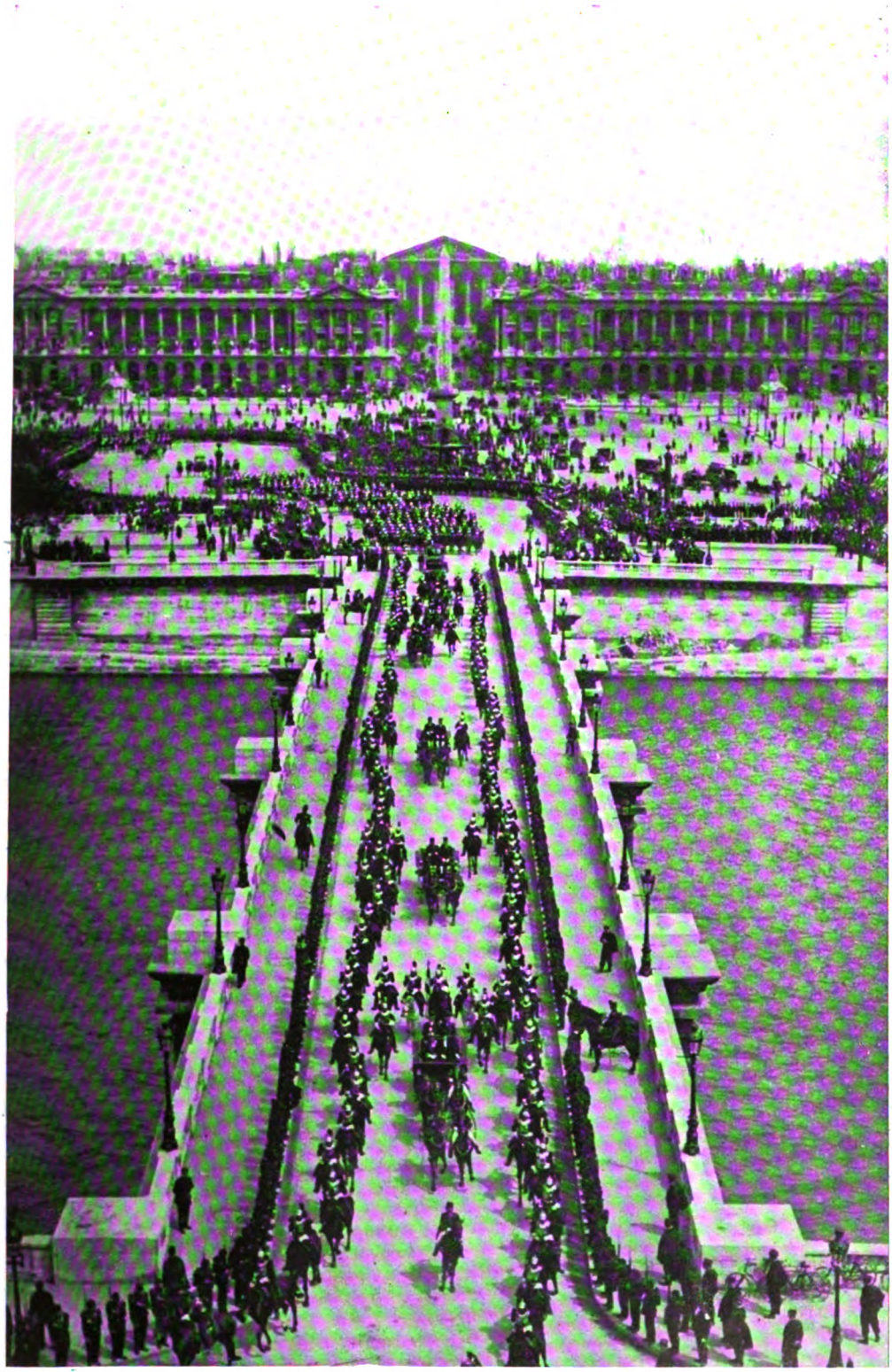
Desde primera hora de la mañana, toda la carrera que el monarca había de recorrer por las avenidas de los campos Elíseos y de Alejandro III, estaba cubierta por tropas de caballería y de infantería, entre las que formaban, por vez primera en semejante circunstancia, los discípulos de las escuelas de Saint-Cyr y de la Politécnica.

Las banderas y los estandartes de los regimientos, los uniformes de gala, los colosre

Foto Manuel.

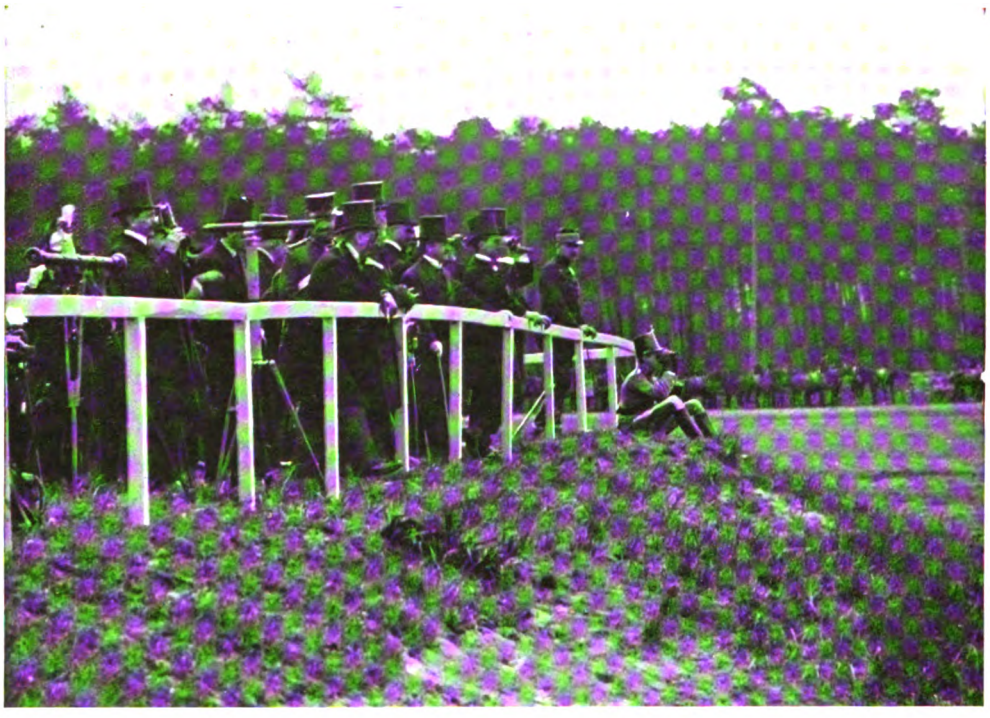
Llegada del rey de España á la Estación del Bosque de Bolonia.

Digitized by Google



Vista del conjunto de la comitiva regia, al pasar el puente de la Concordia. En primer término, el carruaje ocupado por Don Alfonso XIII y por M. Poincaré. Fotografía tomada desde el tejado del palacio del Congreso.

Digitized by Google



Don Alfonso XIII observando los ejercicios de tiro de artillería que tuvieron lugar en Fontainebleau.

franceses y españoles que ondeaban hermanados en todas las balconadas, y en fin, el sol que al cabo dió en lucir tras de una primavera de implacable lluvia, contribuyeron á que la capital de Francia se vistiera, para tal solemnidad, con todo el esplendor de su magnífica belleza.

El paso de la *daumont* presidencial, ocupada por el Rey de España y por el Presidente de la República Francesa, fué saludado con ininterrumpidas ovaciones, por el inmenso público que se hacinaba tras de los cordones de guardias y tras de las filas de soldados.

Habíase dispuesto la residencia real en el Ministerio de Negocios Extranjeros, y en sus habitaciones privadas descansó el rey durante breves momentos, saliendo luego del palacio á pie, y acompañado por Mr. Poincaré, para revistar en la explanada de los Inválidos las tropas que habían cubierto la carrera, desde el Bosque de Bolonia hasta el quay d'Orsay.

Foto Manuel.

El rey Don Alfonso montando el caballo "Caprice", con que le obsequió el Gobierno francés.

Durante esta revista, desfilaron ante el monarca español los discípulos de Saint-Cyr y de la Politécnica, la Guardia Republicana, los zapadores, los cazadores á pie, los zuavos, la infantería colonial,

Digitized by Google

Foto Manuel.

Don Alfonso XIII en las calles de París.

y fuerzas de artillería y caballería.

Almorzó el rey Don Alfonso XIII en el palacio del Elíseo, con Mr. y Mme. Poincaré, y en esta ocasión remitió el monarca al presidente las insignias del Toisón de Oro.

En la tarde visitó el rey la Escuela Militar, acompañado por el ministro de la Guerra, de Francia. Durante esta visita, fueron presentados al monarca cuatro oficiales de la escolta, que fueron heridos en ocasión del aten-

Foto Manuel.

El rey, acompañado por el Presidente de la República, pasando revista á los jefes de artillería en Fontainebleau.

Digitized by Google

La "daumont" presidencial que ocupó el rey de España, durante su excursión á Fontainebleau.

tado anarquista perpetrado en la calle de Rohan, años hace, contra don Alfonso XIII, y á quienes el monarca había condecorado.

Después de la recepción del cuerpo diplomático, pasó el rey de nuevo al Elíseo, en donde tuvo lugar un banquete de gala en honor del joven soberano. A este banquete concurrieron, además de las personalidades oficiales de rúbrica y de los embajadores de Inglaterra y Austria — cuyas familias reinantes están emparentadas con la de España — buen número de literatos y de artistas, entre los que figuraban Mr. y Mme. Rostand y M.M. Lavisse, Saint-Saens, Barrés, Bazin, Regnier, y otros.

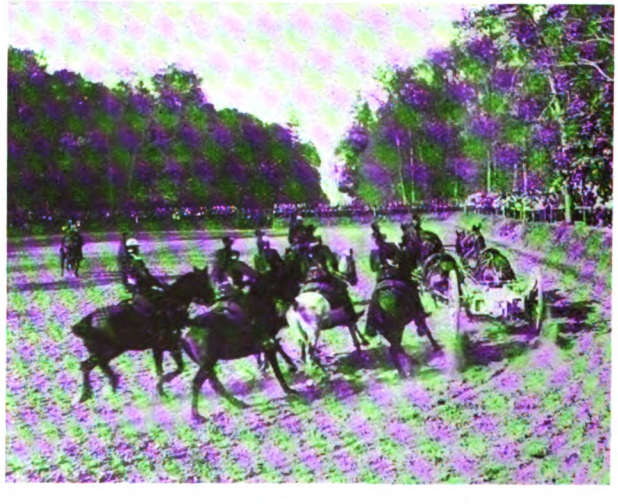
Terminada la cena, el rey conversó con los invitados. Alguien preguntó al monarca sus impresiones acerca del último atentado de que fué objeto en Madrid, y el rey contestó:

— Cuando vi acercarse al hombre, revólver en mano, comprendí enseguida lo que iba á pasar... Miré al agresor cara á cara... Nuestras miradas se encontraron, y la suya perdió la serenidad... Disparó, pero no tuvo valor para apuntar bien... Era protagonista de un atentado por primera vez, y le faltaba la experiencia que, en lo que hace á tales incidentes, yo he podido adquirir en pocos años...

La jornada del día 8 fué para el rey de aire libre y de espectáculos militares en Fontainebleau. Ante el monarca maniobraron los escuadrones de caballería, simulando un encuentro, y dando una magnífica carga que el rey contempló sentado en el suelo desde lo alto de una colina.

Pasó luego el cortejo real al Polígono, en donde se verificaron experiencias de tiro de artillería, contra un blanco constituido por una aldea edificada con tablas para tal objeto. Terminada esta primera parte del programa, el rey y el presidente fuéronse á almorzar al palacio de Fontainebleau, en el que se habían dispuesto para el monarca español las habitaciones de Napoleón I, y para Mr. Poincaré las de Mme. de Maintenon. Sirvióse una comida de 80 cubiertos en la galería de Enrique II, y, de sobremesa, el rey habló largamente con los jefes de artillería franceses, acerca de los estudios que durante la guerra balcánica han podido llevarse á cabo, en lo que hace á la táctica y á los armamentos de los ejércitos modernos.

El conservador del palacio de Fontainebleau, Mr. Georges D. Esparbés, había reconstituido cuidadosamente el aspecto de las habitaciones de Napoleón I, que durante breves momentos había de ocupar Alfonso XIII. Muchos objetos familiares del Emperador, que se conservan esmeradamente en vitrinas especiales, ocubaban, en esta circunstancia, su lugar acostumbrado de hace un siglo. Entre ellos, y sobre la mesa del vencedor de Austerlitz, figuraba un ejem-



Un episodio de las maniobras de artillería.

Digitized by Google

plar del « Quijote », que Napoleón leía con frecuencia.

En la tarde se celebró un espléndido *Carrousel*, y fué ofrecido al monarca un caballo « pure sangre », educado en la escuela de Saumur.

Don Alfonso regresó á París encantado de la jornada que tan acertadamente supo ofrecerle el gobierno francés, poniéndole á él — que antes que Rey es soldado — en contacto con el Ejército Francés, á plena luz y en pleno horizonte, en lugar de abrumarle, como ocurre generalmente con los egregios soberanos, con ceremonias protocolares, monótonas y enojosas.

En la mañana del día 9, el protocolo dejó al rey una tregua de libertad. Don Alfonso la aprovechó para visitar el asilo de San Vicente de Paul, en el que reciben socorro los indigentes españoles, y para recorrer, después, las salas de la Exposición de la Edad Media y del Renacimiento, instalada en el hotel de Sagan.

Foto Manuel.

Don Alfonso XIII dando el brazo á Mme. Poincaré, al salir de visitar la Exposición del "Petit Palais".

A primera hora de la tarde, el rey, acompañado por el Presidente de la República y por Mme. Poincaré, se dirigió al *Petit Palais*. Aguardaban á los jefes de estado de España y de Francia el presidente del Consejo Municipal y el Prefecto del Sena, quienes guiaron á Don Alfonso á través de las salas en las cuales, aparte de las obras de arte que de costumbre figuran en ellas, pudo admirar el rey la magnífica colección de tapices de los Gobelinos que constituyen la serie de *Don Quijote*, y que habían sido enviados al *Petit Palais* por el Guarda-Muebles nacional, con e exclusivo objeto de que el rey de España pudiera verlos.

Y para término de su visita, reservóse al rey un espectáculo único en su género y sin precedentes hasta la fecha, esto es, la fiesta de aviación en el aerodromo de Buc.

En esta fiesta tomaron parte los aviadores militares en primer lugar. Antes de emprender sus vuelos, los pilotos fueron presentados al rey por el general Hirschauer. En seguida, la escuadrilla militar se puso en movimiento, y pocos minutos más tarde los aeroplanos evolucionaban en lo alto, y partía cada cual en dirección á su destino correspondiente.

Después de los aviadores militares, entraron en liza los civiles. Fueron presentados igualmente al monarca, quien dedicó una frase afable á cada uno de ellos. Algunos entre estos pilotos eran conocidos ya por Don Alfonso, y en tal circunstancia se hallaba Vedrines, el célebre primer campeón de París-Madrid. El rey, estrechando cordialmente la mano del piloto, le dijo :

¡ Nosotros somos antiguos amigos !...

Vedrines, animado por tan afectuosa acogida, preguntó á Don Alfonso, con familiaridad de colega deportivo :

— ¿ Cuando compra vuestra majestad un aeroplano, y le vemos volar entre nosotros ?...

Digitized by Google

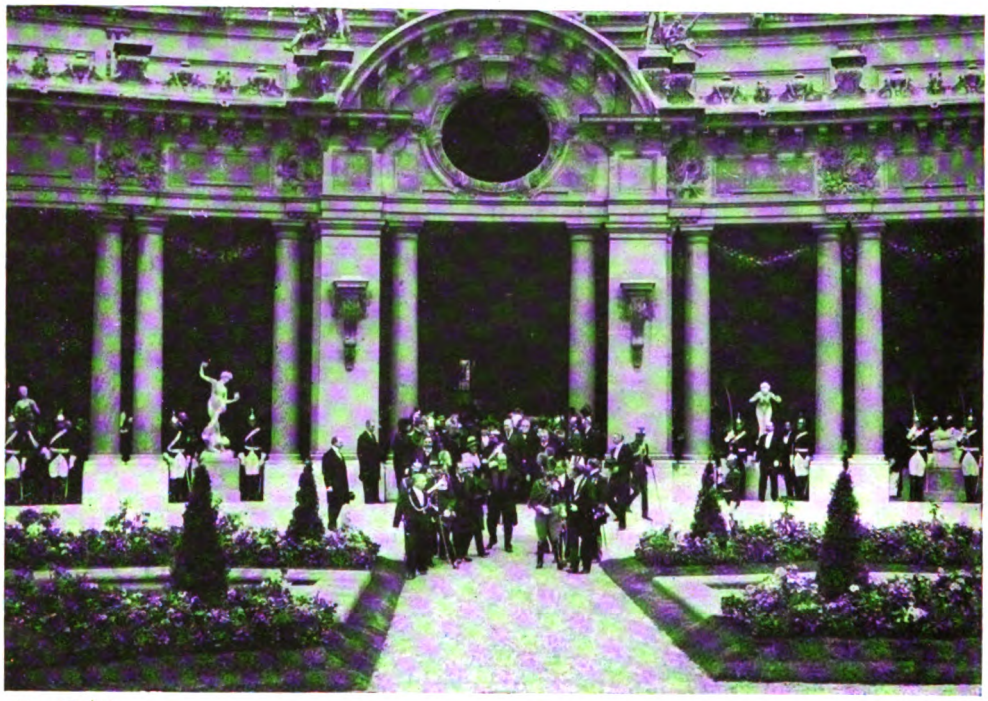


Foto Manuel.

El cortejo real saliendo del "Petit Palais".

Don Alfonso XIII y M. Poincaré llegando al campo de aviación de Buc.

Digitized by Google

El rey, sonriendo, replicó :

— No será difícil que así sea...

Cuando el monarca dió fin á la revista, comenzaron las pruebas. Tanto á los aviadores militares como á los civiles se les había prohibido cometer imprudencias, que pudieran dar lugar á un accidente, y poner una nota triste en la brillantez de las jornadas regias. Los pilotos militares, sujetos por la disciplina, hubieron de conformarse á las órdenes recibidas, á pesar de sus deseos de realizar proezas ante el rey, pero los aviadores civiles, libres de sujeción á los jefes, no tuvieron en cuenta para nada las indicaciones del general Hirschauer, y así que alzaron vuelo, y movidos por una noble emulación, comenzaron un verdadero torneo de temeridad.

Don Alfonso XIII estrecha la mano del aviador Vedrines, y le dice: — "¡ Nosotros somos antiguos amigos...!"

Chevillard y Garrós dieron el ejemplo, describiendo en el aire virajes fantásticos y vuelos combinados con saltos y cabriolas inverosímiles : una verdadera acrobacia aérea, tan estupenda como peligrosa.

El general Hirschauer, inquietísimo, y temiendo á cada instante una desgracia, aconsejó que se pusiera término al torneo anticipando la marcha del rey.

Así se hizo, y Don Alfonso y M. Poincaré, seguidos de su séquito, abandonaron el campo de Buc, dirigiéndose hacia la estación de Jouy-en-Josas, en donde aguardaba á Don Alfonso el tren regio, dispuesto para el regreso á España.

De este modo dió fin la espléndida fiesta, durante la cual, Don Alfonso XIII pudo ver volar un centenar de aeroplanos, que realizaron las más difíciles proezas aéreas, sin que se produjera el menor accidente, y sin que un solo aparato sufriera la menor interrupción en su funcionamiento.

A la caída de la tarde, tomó Don Alfonso el tren que había de conducirle de nuevo á España, y que aguardaba dispuesto en la próxima estación de Jouy-en-Josas. El rey se despidió afectuosamente de Mr. Poincaré, de los ministros, de los jefes militares y de las personas de su séquito, y ya en marcha el tren, el monarca saludó desde la portezuela del vagón, y se despidió por última vez con un significativo y amistoso — ¡*Au revoir*!...

MAX.

Digitized by Google

PERICO LIJA

Por ANTONIO MACHADO

Una tarde que me encontraba en París, tomando cerveza con un amigo en la terraza de un café del Quartier, se me acercó un hombre cuya traza no me era desconocida, y á quien, sin embargo, yo no acertaba á reconocer.

— ¿ No se recuerda de mí ?... — Y como yo no le contestara, añadió: — Casares.

Era un joven alto y delgado, de rostro imberbe, de ojos verdes, inquietos y sin cejas. Vestía un gabán bastante raído.

En efecto, yo había conocido á Casares en una pequeña capital de provincia, hacía ya diez ó doce años.

Casares era entonces un muchachuelo bastante presumido, que redactaba un periódico conservador, titulado el Avisador de X, sostenido por el cacique de la comarca. Casares se peleó con el cacique, ignoro por qué causa, y fundó por su cuenta y riesgo « El Desmoche », periódico radical, furibundo defensor de los intereses del pueblo.

Aquel papelucho fué el terror de la ciudad. En él arremetía Casares contra todo el mundo ; denunciaba el juego del casino, los chachullos de la Hacienda, las intrigas de la política local, las piraterías de los usureros. Durante los primeros meses respetó á los curas, temeroso de una excomunión del obispo que le hubiese privado de suscriptores ; pero los curas lanzaron á su vez un periodiquillo, titulado « El Sabueso de Cristo », y en él arremetieron á Casares. Casares, entonces, embistió fieramente á los curas. Entre ambos papeles trabóse una lucha enconada.

Casares combatía sin tregua á un canónigo de la catedral, fundador y director de « El Sabueso de Cristo ». No citaba su nombre, por miedo á querellas criminales; pero lanzaba toda suerte de dicterios á un supuesto Don Judas Chupalcuzas. El canónigo le pagaba en igual moneda, poniendo como un guiñapo á un imaginario Tiberio Lechuguino. Merced á este ardid, se machacaban y tundían á su sabor entrambos adalides, sin que nadie pudiera prever el fin de aquella lucha.

Decía « El Sabueso de Cristo » : « Cuando una repugnante larva, un sucio gusarapo, entre la baba inmunda y el infecto lodo... » Decía « El Desmoche » : « Si vierais aparecer en la sagrada cátedra una mula sarnosa, llena de esparavanes...

A Casares se le fué un día la pluma, y citó el nombre del canónigo, prendido de una ristra de improperios. El canónigo, entonces, le llevó á los tribunales, y Casares fué condenado por injuria y calumnia á dos años de destierro.

Los curas quedaron dueños del campo. Casares lanzó el último número de su « Desmoche », y desapareció de la capital.

Y este era el hombre que tenía delante de mí.

— Siéntese y tome algo, amigo Casares — le dije.

Casares se sentó á nuestra mesa y pidió café. No era ya el joven presumido y decidor que yo había conocido; su aspecto, ahora, era de hombre reservado y sombrío.

— Cuénteme de su vida.

— Muchas calamidades. Un hombre como yo no puede medrar. Para hacer fortuna es preciso doblarse y arrastrarse, y Casares ni se dobla ni se arrastra.

Casares hablaba á veces de sí mismo en tercera persona, y cuando decía : « Casares no hará esto », « no pensará Casares », era como si dijese : « nuestro digno director... »

Casares me contó las peripecias lamentables de su vida que precedieron á su expulsión definitiva del territorio español.

En la capital de un distrito minero fundó

Digitized by Google

— *¿ No se recuerda de mí ?...*

un periódico titulado « El Zurriago »; emprendióla con patronos y capitalistas, y le metieron en la cárcel. Cuando recobró la libertad, ofreció su pluma á un periódico que aparecía en una capital andaluza, y fué su redactor en jefe durante algunas semanas. Pronto se declaró independiente y fundo « El Vergajo », periódico francamente libertario, donde Casares aconsejaba á los trabajadores del campo que se comieran crudos á los propietarios rurales. Los propietarios rurales le propinaron una enorme paliza por mediación de los trabajadores del campo, y Casares salió de allí sin un hueso sano, para hacer en Valencia campañas antimilitaristas. De Valencia escapó como pudo, y en Barcelona, á raíz de la semana sangrienta, fué perseguido y tuvo que pasar la frontera.

Su vida en Francia no había sido más afortunada. Tuvo que pedir trabajo en fábricas y almacenes, y fué embalador de botellas, barrendero, cargador y hasta bestia de tiro, pues durante algún tiempo anduvo

Digitized by Google

por las calles de París arrastrando un cochecillo, con grave riesgo de ser aplastado por ómnibus y automóviles. Hoy vive de algunas lecciones de español que se ha procurado ; mas como asiste á reuniones y mitins anarquistas, la policía, que tiene malos informes suyos, le vigila de cerca, y pronto, según piensa él, le expulsarán de Francia.

No sé si admirar ó compadecer á estos hombres que, entre otras cosas, tienen para su vida un billete circular, que no les permite parar dos veces en la misma estación. Sí haré constar, que el caso de mi amigo Casares no constituye una rara excepción en nuestra tierra. En algunas capitales de tercer orden, y en algunos pueblos, he podido conocer á muchos hombres del temple y talla de Casares. Este hombre batallador y romántico, absurdo si queréis, y capaz de tomarse como Don Quijote con Satanás en persona, me inspira profunda simpatía.

Bajo una apariencia vulgar, humilde y trasnochada, el fiero individualismo de nuestra raza persiste en estos hombres, para quienes el medio no ha de ser necesariamente más fuerte que el individuo. Allí, donde la uniformidad mental ejerce presión más formidable, y donde un elemento de rebeldía se encuentra en el más absoluto desamparo, el hombre-Casares lucha solo y á cuerpo limpio contra el obispo y el cabildo catedral, el gobernador, el alcalde, los concejales, los jueces, los caciques y los usureros ; contra el pueblo entero, si es preciso. Yo he presenciado esta épica lucha, durante años enteros sostenida, y en alguna ocasión, hasta me pareció la victoria indecisa. Al cabo, un puntapié unánime, al que concurren aun aquéllos que parecían afectos, da con Casares en tierra. Cierto... Pero á los pocos meses de la desaparición de Casares y de la muerte definitiva de « El Desmoche », veréis á un joven con el pelo largo y el rostro sombrío, que se pasea por las calles con un enorme garrote en la mano. Es el director y fundador del « Luchador », « El Alacrán », que viene dispuesto á pelearse con su propia sombra.

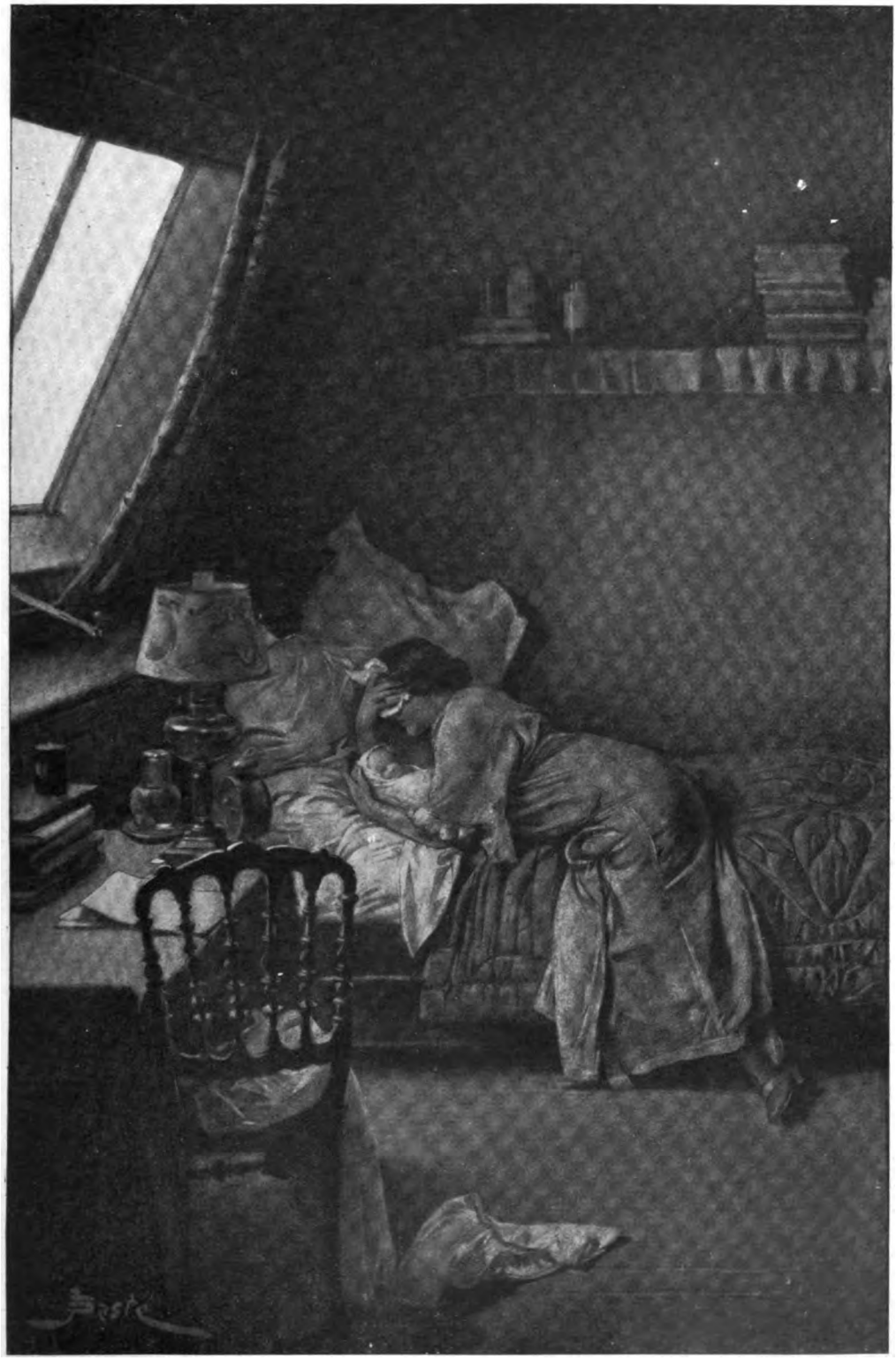
Pasados algunos meses volví á ver á Casares en otro café de París. Tenía el rostro más pálido, el sombrero más abollado y el gabán más raído. Estaba acompañado de un joven andaluz, de ojos saltones, de una movilidad inquietante, que accionaba con ademanes descompuestos, dando á su rostro una expresión de agresividad y de burla, alternativamente. Discutían acaloradamente, y Casares parecía acorralado por el andaluz.

— A la horca os mandaba yo.

— ¿ Por qué ?... — preguntaba

— A la horca os mandaba yo.

Digitized by Google



— En casa tengo al niño y á la madre.

Digitized by Google

Casares con expresión ingenua, mientras se enjugaba el sudor de la calva con el pañuelo.

— Porque sois fieras — tronaba el andaluz, mirando á Casares fieramente con sus ojos saltones. Después, cambiando bruscamente de tono, añadía: — Pero ven acá, pedazo de alcornoque... Vosotros ¿ no matáis ? ¿ no predicáis la violencia y el crimen contra una sociedad ?...

— Sí — contestaba Casares — contra una sociedad infame.

— Y vosotros, angelitos patudos ¿ qué esperáis de esa sociedad ? ¿ confites ?

Y el andaluz dió una palmada en la calva á Casares, que, algo corrido, sonreía bondadosamente. Yo conocía también al joven interlocutor de Casares. Perico Lija es hoy un golfo bohemio, si queréis, pero había sido un chico aprovechado. Estudiaba en Sevilla el último año del Bachillerato, y era el chico más distinguido de una clase en que Casares era un alumno menos que mediano. De aquí el aire de superioridad con que siempre le trataba. La vanidad escolar no se cura nunca. Después, Perico Lija pasó á estudiar en el Sacro-Monte de Granada, donde cursó leyes y obtuvo una beca ó pensión para Italia. He aquí cuanto yo sabía, de Perico Lija. Después he sabido otras cosas, y él me ha contado muchas un tanto fantásticas.

Perico Lija es embustero y trapalón, charlatán y polemista. Tiene lo que los andaluces llaman fantasía. La fantasía andaluza es única en el mundo ; no sirve ni para reproducir ni para crear; es algo que tiende á deslumbrar y á aturdir; es una alarma moruna, combinada con fuegos de artificio, que termina siempre dando un golpe al candil para llevarse algo. La inconsistencia mental de Perico Lija le lleva á discutirlo todo, tomando siempre el punto de vista contrario á su interlocutor. Frente á Casares, Lija es ardiente defensor del orden y de la tradición; entre gentes sensatas y tranquilas, Lija se muestra anárquico y subversivo partidario, sobre todo, del amor libre. Dispone de gran cantidad de lugares comunes que combina con chistes de almanaque, y es un formidable dialéctico de café. No obstante su afán de pelea, acaba siempre diciendo lo que le conviene, y jamás se indispone con nadie si antes no ha obtenido alguna utilidad.

El hombre-Lija es también frecuente en nuestra tierra. Es un emancipado, por egoísmo, de todos los deberes que á la mayoría de los mortales se nos imponen.

Perico Lija tenía á sus padres en España, y no se acordaba de ellos. Habían realizado toda clase de sacrificios para educarle, y para atender á sus necesidades y á sus caprichos. Habían sido ricos, y hoy eran pobres. Perico Lija no se preocupaba de la situación de sus padres.

Perico Lija era casado en España, y tenía un hijo ; y en París vivía amancebado con una joven, próxima á dar á luz, á quien también pensaba abandonar. Perico Lija vivía de traducciones, copias á máquina y, sobre todo, como parásito de sud-americanos ricos. Era uno de esos hombres dotados de un egoísmo bestial y de una sensualidad desenfrenada, á quienes algunas veces falta para comer y casi nunca para emborracharse ó divertirse; de esos que explotan la miseria accidental, á que sus vicios les llevan, para acudir á la benevolencia del prójimo, y piensan que la humanidad no tiene otra misión que ayudarles y sostenerles. Estos hombres sienten un profundo desdén por aquellos desventurados que, como mi amigo Casares, carecen de vicios, tienen pocas necesidades, y á quienes la vida trata mal porque, sobrados inocentes, luchan sin ventajas y sin embustes.

Lija dice que Casares es un burgués en el fondo, con lo cual cree haber dicho bastante en contra de su amigo. Casares dice de Lija, que es un chico muy instruido y de muy buena imaginación.

Casares, después de pagar otra consumación á su amigo, le propone fundar un periódico en París, para hacer la revolución en España. Lija trata de disuadirle de este propósito. Lo que conviene es fundar una revista para explotar la vanidad de los americanos, poniendo al frente de cada número el retrato de un general ó de un doctor. A Casares no le seduce esta idea. Lija le mira con desprecio, y pasa á otro tema.

— Como comprenderás — dice Perico Lija, — tenemos que asistir mañana al baile de « Quat-z-arts ».

En París se celebra todos los años un baile monstruo, á que asisten los pintores disfrazados y las modelos desnudas. Es una fiesta de pretensiones paganas que admira á los « snobs. »

Casares parecía no comprender la necesidad de asistir á aquel baile. Lija insistía.

— Es necesario afanar cuarenta francos por lo menos. Yo me encargo de conseguir los billetes gratis. Por los disfraces, no te apures : tu irás de « igorrote », y yo de « piel-roja », es cosa sencilla.

Ignoro si los dos amigos asistieron al baile.

Pasados algunos meses volví á ver á Casares, y le pregunté por Perico.

— Es un canalla — me contestó. — Hace

Digitized by Google

cuatro días que le ando buscando para romperle la crisma.

— ¿ Qué pasa ? — le pregunté.

— Que es un canalla.

Al fin, logré que me explicara la causa de su indignación. Perico Lija había abandonado á la muchacha con quien vivía, cuando ésta acababa de parir un niño.

— Me consta que Perico había cobrado una cantidad. En casa tengo al niño y á la madre. Le juro á usted que ese sinvergüenza se ha de acordar de mí.

No he vuelto á ver al amigo Casares. ¿ Lo echaron de Francia y marchó á América ? ¿ Habrá vuelto á España y fundado en Castuera ó en Segovia otro « Desmoche » ? ¿ Habrá terminado en el Hospital ó en la cárcel ? No lo sé.

Los hombres como Casares tienen una psicología de toro de lidia. La vida les torea, ellos embisten, y casi siempre se les mata á traición. Pasados dos años, creo haber visto otra vez á Perico Lija... Sí, aquel Jonás que, en la feria de Montmartre, salía del vientre de una ballena de cartón, tocando la guitarra, era Perico Lija.

(Ilustraciones de Basté.)

Digitized by Google

LAS EXPOSICIONES ARTÍSTICAS DE 1913 ...EN PARÍS...

SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES

El actual salón de la Sociedad Nacional prueba hasta la evidencia que son muchos los que hacen profesión de artistas sin ser artistas. La más grande, la más doliente penuria domina entre ellos, á tal punto que esa penuria se antoja una señal de los tiempos. Cuanto más va extendiéndose la influencia de la democracia, más raro se hace el buen gusto; cuanto más la riqueza tórnase asequible á las diversas clases sociales, más distante de nosotros se hace el arte. Pocos, poquísimos son los que le rinden el desinteresado culto que antes se le rendía; los más abandonan todo esfuerzo perseverante que les lleve á su conquista, atraídos por un ideal más positivo : el oro, cuya conquista resulta hoy más fácil de lograr que en otras épocas, lo que explica el incremento universal del contingente de advenedizos, para quienes, en general, en elevado sentido, el embellecimiento de la vida es letra muerta. Da grima ver cuan desdichadamente adornado está el interior de las casas de ciertos potentados, cuya cuantiosa fortuna no condice realmente con su ausencia de cultura. ¡Tremendo contraste ! Penetrad en un museo cualquiera de arte de otros tiempos, y os sentís transportados al punto por una impresión de belleza, de grandeza humana. Visitad, en cambio, la más flamante de las exposiciones contemporáneas, en París mismo, privilegiado centro de arte, y os quedáis anonadados bajo una sensación de vacuidad espantosa, de lamentable decadencia. ¿ Carecerán, pues, nuestros pintores, escultores y arquitectos, de ¡bríos, de sangre, de fuego, de empuje y de energía ?

Foto Manuel.

WILLETTE. — *El vals* chaloupé (S. N.).

Digitized by Google

Parecen sólo tener nervios de una debilidad que les permite, á lo sumo, con el logro de lo inacabado, una indicación de arte en pañales. Nada se sazona. La impaciencia en el producir no deja llegar el fruto á tiempo. Todo se vuelve en disquisiciones sobre la genialidad de una nota rara; pero, en punto á sentimiento de la belleza, aviados estamos si lo apetecemos para nuestro espíritu.

Urge llegar á esa fuente de toda obra de arte, que implica el sentimiento de la belleza. Quien no sienta, no comprenda y no vea lo bello, no será nunca capaz de producirlo ni de hacerlo sentir. Se da lo que se tiene, se tiene lo que se adquiere, se adquiere lo que se puede... La belleza del mundo es como una revelación que se hace en el alma del hombre. Sólo el genio nace con el don que le permite revelarla á los demás, crearla. El talento consigue darla á conocer si se consagra á su culto con toda devoción, anteponiendo la divinidad del arte á todo lo existente, como una suprema razón de vida y de ideal. Hay que poner todos los cinco sentidos en el esfuerzo que se encamina hacia el arte, para llegar hasta él. Hay que cumplir todo sacrificio por él. Hay que entregarse á él por completo, como el asceta se entrega á Dios, si se quiere alcanzar su visión, pues, de otro modo, no es posible dar sino con vanos simulacros, no es posible resistir á la crítica que se inspira en la razón de la belleza.

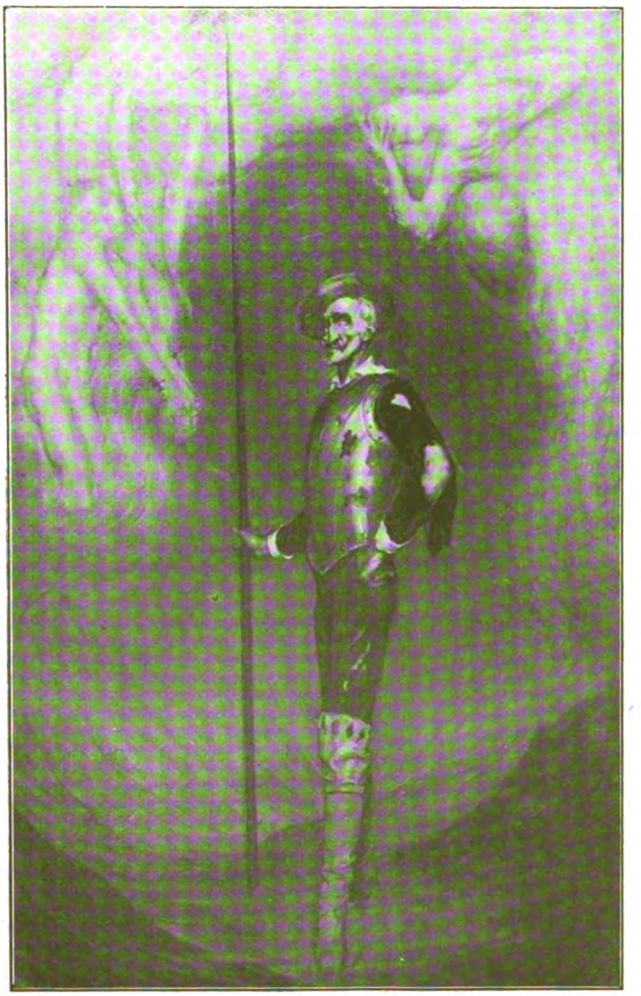


Foto Manuel.

LA GANDARA. — *Don Quijote* (S. N.).

En el salón de este año, en la Sociedad Nacional, no se recibe ninguna de esas impresiones que avasallan el ánimo del visitante sensible á lo bello. Los expositores dan muestras de un comedimiento que raya en palmaria poquedad. Nada desentona en ellos, pero tampoco apasionan sus obras. Estas parecen haber sido engendradas dentro de la más juiciosa limitación de las facultades artísticas. Obsérvase, sí, de manera casi unánime, cierta tendencia á la aplicación en la ejecución, en menoscabo de la inventiva; y cierta preocupación por el estilo, por la manera, no como reflejo de una personal representación de la belleza, sino pura y simplemente como una caracterización de factura; siendo de advertir que los comerciantes en obras de arte clasifican á los artistas según la modalidad de su factura, no admitiendo en sus tiendas sino á los que se diferencian unos de otros, en punto á factura, sin importarles un bledo la ausencia de belleza que imprima su estigma en sus obras. El impresionismo se ha ido tornando de una sensatez que le da entrada en las más estrechas academias. Se reglamentan los contrastes de tintas por medio de una sistematización docente de la luz. Las irisaciones floridas quedan reemplazadas por un compendio razonado de cromatismo. Nada de la inspiración ni de la emoción

Digitized by Google

VAZQUEZ DIAZ. — *Torero muerto* (S. N.).

que sólo responden al instante que fluye. El método de lo reflexivo viene á dar al traste con lo improvisado. Cesaron los tiempos del anarquismo artístico, del libre albedrío artístico, para dar el triunfo al orden por medio de la síntesis, á lo equilibrado, á lo asequible, conciliando lo objetivo con lo subjetivo, para mayor gloria de un renacimiento clásico al alcance de todos. Las disonancias y las deformaciones, si no han desaparecido del todo, se practican de una manera más cuerda, para solaz de las inteligencias cortas. Como la reflexión es tenida por más culta que el empirismo, se la deja libre, y aun contra natura, para variar las líneas y las masas á su antojo, premeditando el ritmo; y esas lecciones, no obstante su noble propósito, han llevado á la aberración del cubismo, entre ciertas cofradías de ladinos y de incautos. Felizmente, los cubistas brillan en el Salón por su ausencia ; las audacias de mal gusto quedan para el Salón de Otoño, después de pasar por el de los Independientes, donde, bajo el santo nombre de la independencia, se cobija la peor ralea de embadurnadores de lienzos y de malhechores del cincel que vejetan en París.

Hechas estas declaraciones, para nuestro descargo, detengámonos ante aquellas obras que solicitan más la mirada del espíritu, en la sección de pintura, que ésta es la más asequible entre las artes gráficas. Gabriel Roby, en « l'Improvisateur », obra que denota un notable esfuerzo de composición, indica cómo entiende la ordenación de las figuras, para que éstas produzcan el efecto de equilibrio que place á los ojos; y acusa, además, una fuerte influencia de la pintura española, no sólo de la clásica, sino de la que, bajo la bandera de ésta, busca nuevos derroteros para el arte, sin apartarse del tiempo ; tendencia que se precisa en las preocupaciones, no de realismo, no de naturalismo, sino del carácter étnico de la raza ; y de ahí que á Roby le sedujera el tema que representan sus personajes vascos. Por lo demás, yo veo en ese culto á la raza como una derivación del naturalismo hacia el simbolismo, lograda por el tamiz que lleva lo primitivo á lo clásico. Y aun lo más sorprendente de esta tendencia pictórica está en

Digitized by Google

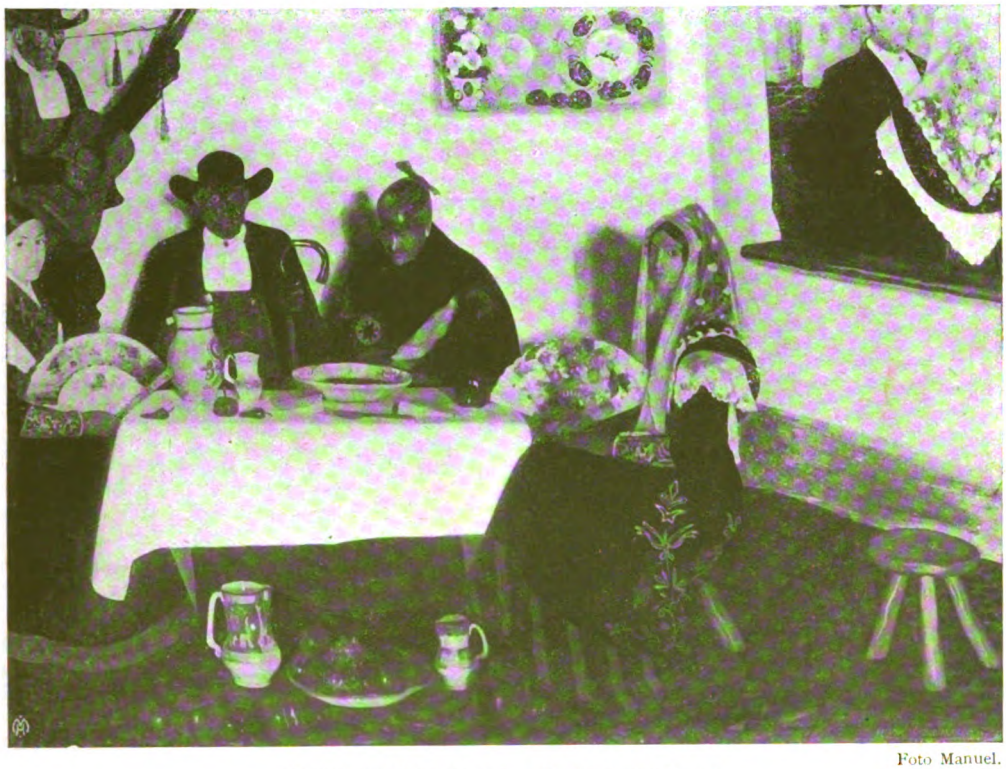


Foto Manuel.

RAMON DE ZUBIAURRE. — *Bodas de oro* (S. N.).

que, de origen español, influye en los nuevos y más conscientes artistas de Francia; tendencia que les liberará de los histerismos de paleta á que, por gusto de singularizarse, á falta de talento que exhibir, se dan muchos bellacos. Louis Charlot, en su cuadro « Paysans attablés », nos pone de manifiesto, en acertado contubernio, reminiscencias de Cézanne y lirismos italianos. Como Cézanne, se esfuerza en la técnica pacienzuda del toque separado, pinta á plena pasta, y á veces empasta, dando forma con sólo el pincel á sus personajes y á los objetos, y los trata realmente como volúmenes, en medio á una especial luz que tiene el color por sucedáneo. La visión pintoresca se acentúa en tonalidades calientes, como las que brotaban del pincel de los maestros italianos; y así resulta más rebosante de vida, y así canta, y así encanta el mirar de quien, comprendiendo, contempla su obra vibrante.

Los orientalismos de Sureda, á pesar de mi buena voluntad, no han logrado nunca mi modesto sufragio; queriendo realizar obras de empuje, Sureda busca y pergeña temas teatrales, de esos que serían á propósito para seducir á las masas que ignoran el a b c de la pintura; y no lo consigue, debido á lo pesado del color que emplea y á sus monomanías de técnica post-impresionista, lo que denuncia falta de sinceridad. En esta opinión me afirman, una vez más, sus lienzos « El dolor de las judías en el cementerio » y « Escena de fanatismo entre los Assauas », donde las tonalidades se amontonan y estrujan con tal violencia, que los ojos se sienten dañados. Plácemes merece, y justos, el grande esfuerzo de realismo que ha cumplido Vázquez-Díaz, noble realismo; porque su « Muerte del torero » no tiene nada de grandilocuente ni de cursi, de fotográfico ni de chillón; es de una verdad sencilla, naturalmente española, sin artificio, é impresiona, con todo y cierta sequedad, por el ambiente severo en que se ofrece; las figuras, muy bien encajadas, forman un grupo que se ve bien, que vive; y el camino de la vida, bajo la luz del arte, es el camino más abonado para llegar á gran pintor, por cuanto es de desear que el desaliento no le ataje á este artista.

Las « bañistas » de Lambert son de una gracia picaresca; están pintadas con soltura; muévense frescas, joviales; parecen vivir en un realismo lírico; y este artista belga tiene mucho del temperamento galo, por tal condición. Casi horripilantes aparecen, colgados en lo alto, en su lobreguez, los Zu-

Digitized by Google

biaurre, que laboran en pro del casticismo á remacha martillo, como Unamuno, el sabio saca-muelas que sustenta sus conceptos de verdulera filosofante sobre la fosilidad de su pensamiento sin alma, sin vida ; los Zubiaurre han prendido más en su tierra, pero también la estilizan demasiado, la tornan artificiosa con su sistemática nota sombría, con su propensión á lo tétrico, fondo que no puede servir de base absoluta á ninguna estética ni ser canon de arte, en modo alguno. Fuera lo mismo que imponer lo espeluznante á lo que es de esencia serena, á lo inmutable. Por lo que á Ramón concierne, ignoro si atribuirá un esotérico sentido de originalidad artística á eso de dar más relieve á los vestidos que á las figuras, por violento ó profundo que sea el color de aquéllos : aludo á las «Bodas de oro ». Valentín parece que, á su despecho, se reconcilia con el arte de Zuloaga, si bien acentúa la nota de pátina, como si tratase de producir la impresión de una pintura añeja, en la que el tiempo ha robado toda la luz que el pintor depositara en el lienzo ; cae, en todo caso, en un clasicismo español, cada vez más decadente.

Foto Manuel.

HAUTHORNE. — *El patrono* (S. N.).

Imagino que Gervex, al igual de la gente mundana, y porque es distinguido, se creerá superior al resto de los pintores mortales. ¡ Oh, narcisismo de la distinción ! ¡ Oh, acicalamiento de tocador ! ¡ Cuán deleitable, para cierto público, es tu elegante falsedad ! La « Source » es digna de un aventajado alumno de una Academia, por lo cursi. En el retrato de la Dama cubierta por un manto de pieles, rico manto, hay, sí, vivacidad linda, y esto es lo único de loar : pero el retrato de la señorita vestida de blanco ofrece un rostro de lo más cromolitográfico que pueda producirse. ¡ Qué triunfo para la mundanidad, ya que no para la humanidad ! De los costureros de la pintura y de los artistas de salón, está desgraciadamente atestada y apestada la ciudad de París ; y, en el extranjero, muchos son los que creen que esos mercaderes de alto precio son los representantes genuinos del arte parisién, del arte lindo, del arte fino, del arte empolvado, del arte almibarado : la más refinada esencia del arte conocido y por conocer. Muencier no aspira á tal cosa con un dulce ambiente, que es bello de celebrar, en « Le Reveil », donde el aire y la luz dan vida á la elegancia del tema, haciendo perdonar alguno que otro recuerdo de Lobre y de La Touche. Sinceramente esperábamos obra de mayor altura que la que De La Gándara nos brinda con su « Don Quichotte », cuya teatralidad parece convenir á un escenario de tres al cuarto, no á la sede del arte severo. Tratar una figura tan grande como la inmortalizada con tanta naturalidad y buen humor por el portentoso Cervantes, es obra que, á mi juicio, sólo puede pretender un genio de la pintura. Las cualidades pictóricas son de una pobreza que da lástima y á un tiempo hacen sonreir. El cuerpo del caballero de la Triste Figura está pintado con cierta sobriedad, es cierto ; pero carece de vigor técnico, y esa falta de vigor se hace más obvia por razón del caricaturesco fondo que el artista pone, imitando burdamente los artificiales fondos de Zuloaga.

Lavery nos da una visión placentera de delicadeza con su obra « La mort du cigne,

Digitized by Google

Anna Pavlova », en la que el sentimiento de feminidad se hace poesía, por virtud de un pincel que trata el color con matices de lirio. Sin perder ese sentido de las proporciones que presta majestad á las masas, Guignard vuelve bonitos sus paisajes con el arte con que los anubla, por modo que extiende, dijérase, un suave velo por ellos. Pocos igualan á Rusiñol, el pintor catalán, en la visión bella, señorial, que tiene y que sugiere de los jardines; éstos parecen gustarle más, por su poético aderezo, que los bosques, ríos, montes y cielos de los paisajes naturales. Es fresco, y su color atesora rocío. Tiene una melancolía que penetra fríamente en el alma, melancolía inspirada, al parecer, por el sentimiento de la belleza que muere, del instante que huye hacia el olvido. La factura se hace cada vez más clara, más literaria; por lo demás, hay mucha literatura descriptiva en esos jardines. Por algo Rusiñol es literato á la vez; y por ese algo se advierte que aplica el método pictórico á sus libros, ricos de color, mientras que su pintura habla como una página de novela en sus cuadros. Guirand de Scévola juega con el colorido, como un mago que quiere seducir por medio de su arte secreto. Su « Aida Boni, de la Opera, » es de una vivacidad y de una fantasía que difunden en derredor el grato encanto de vivir una dulce, alegre vida. Allí, realmente, la pintura vistosa se hace vida por virtud de la nobleza del arte. Citemos la « Noche de estío », de Guarro. Citemos el « Retrato de niño », de Santa-María.

Simón, con un modelado viviente, ha pintado un desnudo de encarnaciones amoratadas, por los reflejos del manto aterciopelado en que yace el cuerpo de su bella mujer. Bertram prodiga en sus paisajes, á manos llenas, la risa de la luz. Es de sentir que Bunny, en su « Baño de sol », otorgue excesiva importancia al biombo japonés, delante del cual exhibe tres delicados desnudos femeninos, cuyo brillo carnal y cuyo relieve quedan apagados así... Igual crítica puede hacerse de su « Silueta estival », por lo demás, graciosa. Hawthorne coloca á dos figuras: un viejo marino y un niño, palpitantes de vida íntima, sobre un fondo de una fealdad desagradable y de un color quebrado. En Boznanska hay que señalar á una artista de buena cepa. Sus retratos son de una finura que se empaña artísticamente, por el empleo de un color ahilado. Las vistas de Ponthieu, de Montcourt, proclaman una factura vigorosa. Aman-Jean despliega, con cierta serenidad, su grande estilo de sentimiento y de poesía en « La Captive », cualidades que posee con un apreciable don de elegancia; su color se apaga, distante, para mejor lograr el efecto de melancolía que persigue. La muchedumbre bulle y actúa en el vasto paisaje, de colorido amable y estru-

Foto Manuel.

QUIROS. — *Retrato* (S. N.).

Digitized by Google

Foto Vizzavonna.

GABRIEL GUERIN. — *El baile* (A. F.).

jado, que Lepère expone bajo el título « Eté de Saint-Martin (Vendée) : La noce ». Jacques consigue una nota bien observada y fina con « Le Pont-Marie ». Lindo, pero frío, es el panorama que reproduce Prinet con su obra « Assise ». Biessy, en « La Cité », obtiene una buena imitación de Monet, por lo florido de su colorido y por la lozanía. Los árabes de Dinet resplandecen por la fuerza de su relieve y por su equilibrio.

Tengo para mí que Willette es uno de los artistas más grandes de la Francia actual, quizá su más fuerte personalidad. Su obra decorativa, « La valse chaloupée », es una concepción digna de un espíritu altamente representativo del alma de París. La fantasía y la realidad se confunden allí con el mayor gracejo ; aquello es el París de la fantasía ; aquello es la realidad de la gracia parisién. La composición se cumple con una donosura que realza la vivacidad de la inventiva ; allí se presenta el baile en sus diversas evoluciones históricas ; las figuras lo representan con una gallardía que vive con la vida de bien ataviada imaginación ; el color se modera en los grises y los oros, para que resalte la seducción de los contornos líricos, por así decir. Las líneas ondulan y juegan, en el espacio libre, como serpentinas. Campea una verbosidad, en aquel ambiente de solaz social, que cobra relieve en la amable picardía del conjunto : eso es Willette. Lástima que no se precisen más algunas masas del segundo y tercer plan, pues su desdibujamiento, si bien favorece á las nubes de la imaginación, es en perjuicio de la total impresión de la obra.

Puesto que los encontramos al paso, señalemos los grabados de Bretón y de Schwartz, sin olvidar el agua - fuerte de Ismael Smith, « Lady », de una distinción muy sencilla. Volviendo á la pintura, estimo que es digna de mención la florida bruma de « Vache bretonne », de Jeanne-Denise ; también lo son las imitaciones holandesas de Hanicotte, un tanto á la Brueghel el Viejo, con todo y el abuso empedernido del azul de mar. El japonés Kojima parece hallarse enfeudado á Gauguin, en su « Après-midi ». Los Milcendeau, en sus lóbregas escenas pastoriles, ostentan figuras que parecen hallarse dibujadas clásicamente, y aun cuajadas. Delicioso desnudo se descubre á nuestros ojos, salpicado de espuma, con sus atisbos á la manera de Renoir, en « La femme, la vague et le soleil », de Bracquemond. La « Maggie », de Anquetin, es un buen ejemplar de pintura pulimentada, no exento de frescor. Mentemos, para no olvidarlos : « Etude », del chileno Alegría ; las sazonadas frutas, las delicadas flores de Lisbeth Delvolvé-Carrière; el buen Maniu, « Dans le maïs » ; la noble idealidad del San Sebastián, de un clasicismo cristiano-helénico, de este gran artista que lleva por nombre Armand Point ; las fantasías decorativas, siempre doradas y literarias, de La Touche ; el cromatismo de Lépine ; la suavidad de Robinson ; la atmósfera de los Meslé. Con un no sé qué de volubilidad felina, pero sin enferma ner-

Digitized by Google

G. Sigriste. — *Traición* — *Guerra de España* (A. F.).

viosidad. Boldini, siempre ágil, notablemente ágil, nos da un retrato muy bueno de joven de la sociedad mundana, con un chaqué tratado de manera virtuosa, por el brío y la sobriedad del color. Adorable, en el verdeante bosque, es el retrato de la dama vestida de seda, con el donaire que le hace mostrar el pie; y el pintor logra una idea de harmonía, en la concomitancia de la verde cintura con la verde vegetación del fondo.

La virtud decorativa de lo frutal constituye una obsesión para Dagnaux, en « La Maison des Arquebusiers ». Preciosos y brillantes, pero con vida, los retratos de damas que Béraud expone, en medios á su culto visible por la bisutería. Amplio, fuerte, profundo sentimiento de los campos échase de ver en el Lhermitte. Madeline le da por estilizar un paisaje literario ya de sí. Windmann ha conquistado Versalles, merced á las caricias de un aire lleno de amor por las columnas de mármol rosa, que prestan un sonriente aspecto á la arquitectura de allí. Hagamos alusión á las decoraciones simbólicas de Aubertin y al «quai de Lederer ». Quirós merece elogios por el amplio estilo con que desenvuelve el retrato de familia, en medio al magnífico escenario de un salón que conserva todo su ambiente de lujo y de bienestar. Barrau nos da, en la inocencia de una luz mediterránea, casi griega, una bañista que está por ser envuelta en una blanca sábana, tendida por una sirvienta ; y ese desnudo, en la luminosa transparencia, es de una castidad que muy de veras contrasta con el general sensualismo de los desnudos franceses, harto provocantes á veces. No hay que pasar por el salón sin echar un vistazo á los retratos de Alaux y al buen lienzo de Larroque-Echeverria, «Campesinas en el mercado », español é italiano á la vez, con arte. Styka muéstrase robusto, como un maestro, en la elegancia natural de su triple retrato : « Caruso, Titta Ruffo y Chaliapine ». Algo, y aun mucho, habría que decir de lo que exponen Michel de Cazin; Friant; Boutet de Monvel; Guignet; Charmaison; Bloos, que pinta por medio de la ordenación de manchas titilantes; Myron-Barlow; Degen; Daynes-Grassot; Dujardin-Beaumont, de una sensualidad muy encendida; Obentenfer; Duhem; Dumas, caricaturizante.

Los Raffaelli, con sus vistas de Italia, se ofrecen con más variedad y exuberancia de color que las precedentes obras de este grande artista, cuya obsesión por el blanco de yeso era proverbial. Ahora dominan el verde y el azul, en harmonizaciones que el pintor obtiene con finos toques de paleta, lo que adjudica cierta novedad á la acentuación negra de los contornos en que se amanera el estilo de este artista. Muy expresivos, los paisajes de Cadel. Penetrantes, como siempre, con sus amarillos grises, con sus tonos metálicos, con su especial tristeza de los hombres y de las cosas, los Cottet, cuyas huellas, aunque á cierta distancia estética, siguen los Zubiaurre, sin saberlo quizá. Le Sidaner ex-

Digitized by Google

pone diversos cielos, como principal motivo de sus cuadros, y los trata á manera de sinfonías de color; no convence. Laszlo, con sus retratos regios, sigue cultivando lindamente la nota digna y señorial. Howe se singulariza en la atenuación quintaesenciada del color. Dauphin gusta con la mayor predilección de las transparencias. Frieseke se afina y hace que sus sólidas cualidades progresen, florido, atrayente. Y, en lo que compete al arte pictórito, pongamos punto final, ya.

Menos abundante es la sección de escultura y menos vistosa, lo que explicaría el desapego con que la tratan los más de los críticos, sin darse cuenta de la superioridad de este arte plástico. De todas maneras, figura en ella un artista de alto vuelo: Josep Clará, que expone una obra, « Crepúsculo », digna de alcanzar el premio de honor, pues sin disputa es lo mejor de la exposición. Una mujer joven se halla medio tendida, y se sostiene con ambas manos, por detrás, irguiendo un poco el busto. Ostenta una hermosa testa de dulce modelado y traduce luminosamente una noble emoción, casi de diosa. La sombra crepuscular desciende de la testa sobre el pecho como por arte de encantamiento. El mármol se antoja de una blandura de cisne, y realmente, en él, con holgura de maestro, ha vencido el artista mil dificultades de ejecución. La forzada actitud del femenino cuerpo era trabajosa por demás, casi irrealizable. El artista, que la ha tratado con una serenidad minuciosa, ha conseguido finalmente infundirle hálito de idealidad artística, con toda belleza. La primera impresión que su examen produce es efectivamente de « obra de belleza ». Clará, á mi ver, es un artista que ha ido pugnando desde tiempo por helenizar el sentimiento moderno; lo logra, en realidad. Obsérvase, en su manera, como el resultado de una constante preocupación de luz y de harmonía. ¡ Luz y harmonía ! Su modelado, en medio á un vigor inquebrantable, acusa una delicadeza de contornos que dulcifica suavemente las masas, harmoniza los volúmenes, hasta llegar, á veces, á un sumo equilibrio en la proporción de las partes con el todo. El pensamiento se hace obra de arte por vía de una reflexiva inspiración. Penetra, adivina sin enloquecerse y llega á un estado de gracia artística, como el que alcanzaban los griegos casi siempre en la nobleza de su pensar, en lo divino de su sentir. En el « Crepúsculo », nótase cierto contraste entre la dulzura luminosa del rostro y la robustez del cuerpo, el cual se singulariza por sus recios muslos, sus gruesos tobillos y sus disformes manos; contraste que, por lo demás, échase algo de ver en la propia testa, cuyo perfil es griego y cuya cabellera es romántica. Pero la total delineación resulta de un helenismo del más alto gusto. La delicadeza de este arte asume su expresión más fina en las testas de niño y de doncella que el propio escultor exhibe. ¡ Gran escultor !

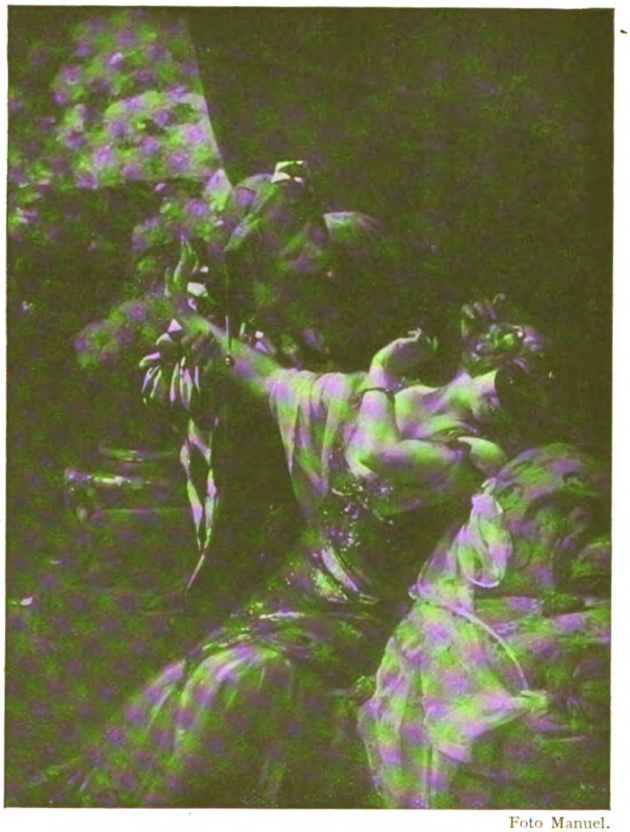


Foto Manuel.

ETCHEVERRY. — *Bajo antifaz* (A. F.).

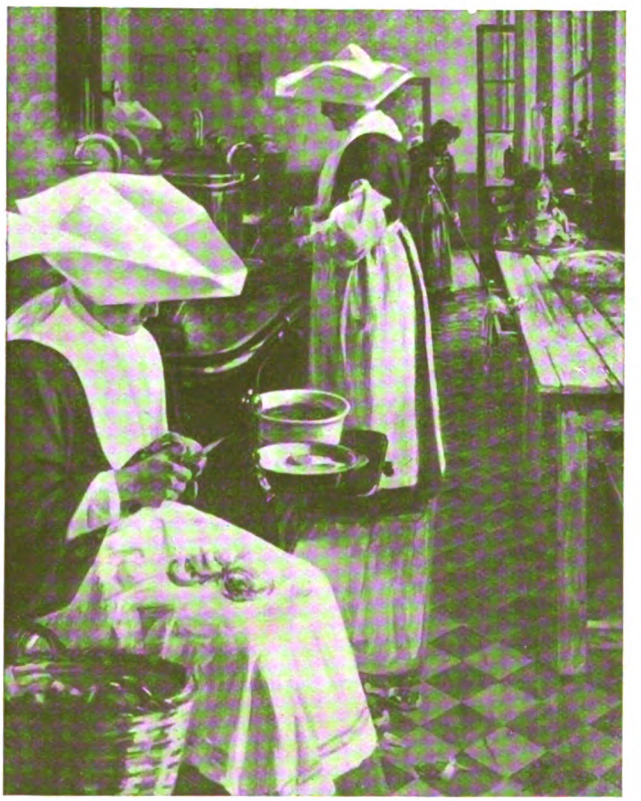
Rodin hace como espontáneamente surgir la vida de un bloque de duro mármol, con su busto, busto que parece cumplir la plastización de una figura de Carrière, el pintor.

Digitized by Google

SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES

La abundancia, en punto á obras expuestas, es reina y señora de este salón, á tal extremo que la excelencia artística de aquéllas queda postergada, sin remedio. La calidad y la cantidad parece que están en pugna desde tiempo lejano. Vivimos, por lo demás, en una época que establece el valor de las cosas por el número más que por la categoría. De doler es tal decadencia del gusto para el crítico de buena fé, máxime cuando tiene que echar un vistazo á más de cuatro mil producciones, como sucede en este certamen; por modo que quedan asaz bien llenados los días de que dispone para tal cometido, antes del « vernissage ».

En verdad que no faltan los talentos que parecen estar en el camino de la belleza, pero que se quedan en el camino, por no prestarles su ayuda el necesario aliento hasta llegar á la meta, esto es, á la belleza. Obras muy acabadas y atildadas por pintores, por escultores, por grabadores vense aquí en legión, todo es correcto; todo es seductor para los ojos que miran los simulacros del arte, sin poner el espíritu en la mirada. Los artistas afiliados á la Sociedad de los Artistas Franceses trabajan, al parecer, para este público de advenedizos, en obsequio á cuya limitada cultura no cumplen más grandes esfuerzos ni se elevan. Basta con un disfraz de hermosura por encima de la trivialidad acicalada. Los lugares comunes se reeditan según el canon impuesto por la tradicional ramplonería, pues, bajo el aspecto mercantil, sería cosa de suicidarse tratar de ir contra esa turbia corriente.



G. Dervaux. — *Cocina de inclusa* (A. F.).

Yo estaba en la persuasión de que los artistas franceses se sentían animados por el culto colectivo de la raza, que ella les congregaba en torno á su bandera. Vano ensueño. Entre esos artistas, como entre los demás, cunde ese género de gusto cosmopolita que se complace en manifestaciones de una distinción adamada. Las cualidades esenciales de la raza quedan desvirtuadas por la falta de carácter, de modo que el lienzo de un pintor francés podría ser firmado, las más de las veces, por un ruso, por un belga, ó por un yanki, sin que nada viniese á poner de relieve la falsificación. Así se ha elaborado la Internacional del buen gusto mal entendido. También es de sentir. Los franceses tienen, como nacionalidad, una tradición artística que ha ilustrado el arte con obras de una genuina hermosura. ¿Por qué no volver á la tradición por medio de un arte que pugne por acentuar, cada vez más, el espíritu francés? Así se haría más interesante este arte para el arte universal, y le aportaría mayores elementos de existencia, al fin.

Cuando doy por azar con un pintor que nos ofrece un retrato de mujer muy frances, muy parisién, esto es, cuyo semblante y actitud pongan de manifiesto la idiosincrasia de los naturales del país, lo celebro; y me digo, este pintor es artista; y es artista como los griegos que nos representaban á griegos, no á persas; y es artista como los romanos que nos representaban á romanos, no á sajones. Imitar el arte

Digitized by Google

Foto Manuel.

BALANDE. — *Un asilo de Toledo* (A. F.).

extranjero es señal evidente de decadencia.

Sala I. — Esta sala, que se halla consagrada principalmente á los lienzos de grandes dimensiones, pudiera ser la sala de honor, dada su amplitud, si en ella se expusieran obras de gran aliento y de gran arte. Hartshorne reune, en amoríos, á un grupo de bretones, con cierto arreglo fotográfico; así, pueril, fácil, pretende revelar preocupaciones de composición. Insisto en la disparidad existente entre composición artística y arreglo fotográfico. Teissier, con las dos juguetonas niñas, en paños de cristianar, con, además, las hortensias decorativas, nos regala una divertida sinfonía de verde, por modo que el título de su obra, «Fuego artificial», no puede ser más exacto. Como una fresca fruta — y por algo, en primer plan, colocó unas naranjas vivas — Callot nos hace el presente de un dulce y sensual desnudo de mujer, en su tocador. Igual pudiera decirse del cuadro « Antes de la representación », de Guillaume, con el decorativo aditamento de los monos, si la factura fuera menos áspera y trivial; pero es de reconocer que estuvo acertado en la tonalidad morena del cuerpo. Paul Villiers, mediante la trituración del color, con el que salpica el conjunto, pretende, en su « Bergère aux champs », reflejar la reverberación matutina; luz entre niebla. Buena pintura, buen dibujo. Fresco y pintoresco, el « Floreal », de Quignon, en medio á una factura fácil. ¿ Arte y facilidad de expresión no son por ventura cosa distinta ?

« El botín de la gran cacería », por Manuel Benedito Vives, es la mejor pintura de esta sala y aun de todo el salón. Demuestra poseer cualidades de la más alta distinción, como animalero : sus animales son artísticos, casi decorativos, de buena ley. El pintor se ha nutrido mucho en la contemplación amorosa y en el estudio de Velázquez, el grande entre los grandes. Pero no se dejó influir por ese empaque propio de la Corte de los Austrias, en que el genial artista desarrollara su genio; es más risueño que él, más amable, y tiene un sentido más lírico de la composición, en

Digitized by Google

Foto Manuel.

M. Benedito Vives. — *El botín de la gran caza* (A. F.).

virtud de lo cual resulta más poeta, por así decir, si bien, en punto á categoría de arte, es menester guardar las debidas proporciones entre ambos artistas, toda vez que la maestría de Velázquez, dígase lo que se quiera, es inimitable para los demás pintores. La principal virtud de Benedito, como artista, es, á mi ver, ese don con que consigue lo castizo por la senda del arte moderno, más fresco así, más palpitante así, más libre así. La disciplina clásica no deja de mantener á Benedito, con mano férrea, dentro de los límites del equilibrio y de la harmonía. En la obra que nos ocupa, y como principal motivo pictórico, domina una tonalidad rojiza de mucho calor, sobre la que prende el restante colorido y que, á no ser por el espíritu risueño del conjunto, resultaría rebuscada. En resolución, trátase de una pintura sana y de un pintor sano, cuya aparición ha de resultar beneficiosa para el arte, á no dudarlo.

Con un pincel que trata el color de manera natural, esto es, sin recurrir á los artificios de los pintores decadentes, Viscaí insinúa el donaire de la danza en la actitud de su viviente bailadora, en medio á un grupo harmonioso, sobre un fondo de jardín valenciano.

Sala II. — Derechamente penetramos en el templo de lo lindo, que no es sacrosanto, con « Le Désert ; — Meudon », de Pape. Con aplicación ha trabajado Bergès sus efectos de luz á través del follaje, en su retrato. Claridad entre tumbas, dulce claridad, que torna el alma diáfana, parece haber inspirado á Sabatté sus plácidos « Tombeaux ». Echemos un vistazo á los dos retratos de Winter. Veamos el rico y pulimentado retrato de M. Jean S..., por Sieffert, tan exento de nobleza. Fijémonos como Ridel, en « Confidences »; pinta cual si su pincel fuera un lápiz.

Sala III. — Roybet expone aquí un retrato de muy acabada labor. Muy mundano y con sedoso, con aderezos de jardín, es el retrato de Mme. B. de S., por el mismo. Son dignas de mención las obras de Patry, Pascau y Désiré-Lucas que se ven en esta sala.

Salas IV, V, VI y VII. — Zacharie presenta un sombrero y una amplia cinta azul, como motivos principales de su retrato de Mlle. M. L... Gusta Desch, en su retrato de Mme. P. M..., de los efectismos de color y

Digitized by Google

cree, al parecer, que ese gusto es del tiempo; el valor de su obra, empero, está en la acertada nota parisién que obtiene. En la sala sexta es de admirar uno de los más vigorosos lienzos del salón. Una mujer vieja, sobre un fondo azul, ante una ventana entreabierta, pasa con una cesta de naranjas en el brazo y un jarro en la mano izquierda; anda aún ágil, y el andar es de una vida expresada con la mayor animación por el fuerte color del cuadro, en el que cobra especial relieve el chal que cubre á dicha mujer. Ignoro el nombre del artista, por no habérmelo dejado ver bien la falta de luz. Señalemos el retrato de Mme. V., por Saint-Pierre; no obstante la factura de costurero Bouchard, en su « Parterre d'eau à Versailles », siente el lirismo de la luz y transcribe la frescura que emana del beso del aire.

F. Parera. — *Muchacha de pueblo* (A. F.).

Salas VIII, IX y X. — Que Zo pertenece á la escuela de la elegancia de *boudoir*, lo dice claramente el retrato que ha pintado de Mme. V. P. Es de encomiar el retrato de viejo sonriente de Baschet, por el acierto de la moderna factura.

Son interesantes las miniaturas de Gabrielle Guillot, de Bellet, de Brown-Boere, Helen Cruikshank y Jacquelme, entre otras.

Salas XI al XX. — El « asilo de ancianos, en Toledo », por Balande, resulta lleno de vigor é interesa en sí, pero la factura es un tanto somera y rudimentaria. Bonnat expone un magistral retrato, con un sillón azul verde que seduce la mirada. ¡ Cuán placentero al mirar se hace también el paisaje de Weiss, que lleva por título « Septiembre » ! Paul Chabas, con sus dos retratos, resplandece de finura vaporosa; y, á no ser el acendrado culto que siente por las joyas, sería lilial. Muy bello, muy bueno, el retrato debido al pincel de Charles-Lucien Leandre. Hainant logra, con su pincel, hacer sentir el perfume del desnudo que expone. Con deleite literario contémplanse los hermosos paisajes románticos de Rochaud. « La leçon d'amour dans un parc », de Domergue, debe ser citado por su bella fantasía y por la *escritura* pictórica. Léon-Pierre Félix ha tenido una idea colosal con el retrato que exhibe, por más que en algunos estultos llegue á producir hilaridad. Marcial, muy marcial el Príncipe Jaime de Borbón, por Jacquier. Alcanza Chigot una nota de buen gusto con su paisaje para tapiz, severo al par que suntuoso. Sobrio, como siempre, pero con vigor, Dawant nos ha pintado dos retratos muy vivos, para solaz de los ojos.

Salas XXI al XXX. — Saludemos el lienzo « Sous le masque », de Etcheverry, por cuanto atrae la mirada con su brillo, brillo de París, amén de sus cualidades de elegante factura. Buen animalero se nos muestra Mlle. M. D. Calvés, con « Atravers les ruelles », gracias á toques de amplio pincel. Mme. M. C. Gallien Berthon, con su linda « Simone », se singulariza por la acertada nota blanca á que llega su estilo pictórico. « Los gitanos », de J. F. R. Dey-

Digitized by Google

gas, gracias á la virtud del pincel de este artista, despiden el verdadero hálito de lo moreno. Son de señalar, con encarecimiento, á mi ver, los verdes grises que alcanza P. Montézin, en su lienzo « A la pointe de Bihit (Bretagne) ». Hutchison (R. G.), con su « Dors, bébé, dors », rebosa de ternura, que es toda una significación, para quienes hacen del sentimentalismo una como metafísica; está, sobre todo, bien pintado. Humbert (A. L. M.) sabe hallar lo vaporoso, sabio y valioso hallazgo, en su lienzo « Au théâtre », donde consigue expresar la feminidad parisién, con el sentido de la raza casi, con sólo la testa que ofrece rebosante de vida nerviosa, sin desequilibrio. En medio á la rubicundez chillona de los árboles, regios árboles, brillan las columnas de mármol rosa del Gran Trianón con brillo de nácar, merced á la pintura que E. C. Fournier expone al deleite de nuestra mirada. Buen desnudo, por cualidades pictóricas, el de L. F. Biloul, pues las tonalidades del cuerpo, algo materno, en su tendencia á lo lacio, se destacan, empero, con alto sentido de relieve, entre la suave irisación de la tez, irisación debida al contacto de la luz lo mismo que al contacto del aire. Por la visión, frisa F. Maillaud en lo clásico, así en « La soupe des laboureurs » como en las « Laveuses ». Señalemos la « Lune de miel dans la vallée d'Ansó », por Carlos Vázquez; señalemos « En Camargue », de T. H. Mayan; señalemos el « Pré fleuri », por E. A. Le Villain; señalemos, por fin, la bella perspectiva de « Le Goûter », por Mlle. A. B. Denvil.

Salas XXXI al XLIII. — Pocos artistas extranjeros han sabido asimilarse la finura francesa como Ernesto de la Cárcova, en su « Pomone », donde demuestra poseer un temperamento sumamente delicado, á juzgar por el desnudo, exento de burda sensualidad, felizmente, que constituye el principal motivo de su lienzo. Interesantes se antojan, por lo anecdóticos, « Les soupirantes » de P. A. Lawens, quien derrama, con gracia, los primores de su pincel, en el « Panneau

F. Viscai. — *Lección de baile* (A. F.).

Digitized by Google

décoratif destiné à l'Hôtel de Ville de Toulouse ». Cuando se llega á cierta manifestación de señorío, en el culto á la pintura elegante, puede perdonarse esta última estrechez de miras; y así, por suerte, ocurre con el « Retrato de Mlle. Geneviève Dehelly. Placentero, en medio al espolvoreo del color, resulta el « Retrato de Mme. M... », por E. E. Martens. Camus parece no ser insensible al método pictórico del malogrado Gauguin, en su obra, sonriente sí, « Dans un jardin provençal ». De retrato de estilo cumple Ch. A. Lenoir la realización, en su « Fantaisie pour musette ». Bajo una inundación de blanco, tono sobre el cual se fundara casi una estética, tiempo atrás, el desnudo de Brunot se antoja de almagra, sin herir la retina. Es de aplaudir lo parisién que se muestra A. Brouillet en el « Retrato de Mme. J. N. ». Martin-Gourdault, en « Sur les terrasses de Tunis », atesora buenas cualidades, sin disputa, de orientalista. Charreton nos dice, sin gritos, en « Cimes d'Auvergne », que es un buen pintor de nieve. Beckwith, en « Le réveil », nos revela el enamoramiento de que está poseido por los desnudos á la manera del siglo XIX, sensuales. Henri J. G. Martin consigue la reverberación de la luz, sobre una capa tenue, mediante la trituración del color á que llega sistemáticamente, con harta facilidad, cual si deseara prestar individualidad á los diversos matices que funde unos con otros. Consigue tornar íntima la escena de familia que presenta en « Sur la pergola en été », obra á que nos referimos en estas líneas, bajo la sombra iluminada de los árboles, sombra que hace borrosas las siluetas, sin que la luz, allá donde hiere, haga más acusados los contornos de las cosas, como sucede en naturaleza. Finalmente, por lo que hace al grupo hispano-americano, no echemos en olvido á cultivadores del pictórico arte como Alcalá Galiano, Nicolás Alpériz, J. Atalaya, Mario Barbosa, Celia Castro, J. Ferreira da Costa, Julio E. Fossa-Calderón, Luís Jiménez, Manoel Madruga, Felipe Masó, M. H. Nájera, M. Plazza-Ferrand, P. Ribera, M. L. de la Riva-Muñoz, J. M. Rodríguez Acosta, A. Valenzuela-Llanos, J. M. Vera León, Mario Villares, M. Virgilio.

LÉON LEYRITZ.
De nuestros días (A. F.).

Arquitectura. — En esta sección, que dispone de un magnífico emplazamiento, donde las estatuas forman blancas masas de ensueño, vistas desde lejos, faltan obras de esas que recorren la sensibilidad con el divino escalofrío del arte, inanimadas que son casi todas, pues ninguna mueve á éxtasis contemplativo, ni ninguna hace olvidar la danza de las horas, que se dirigen en cortejo funerario hacia el templo de la Muerte, para el humano corazón. Zak-Parama subraya muy bien el arcano sentido de la femenina sonrisa, en aquella mujer cuyos dulces músculos palpitan de vida, los que son carne sin ser carne, mientras, sonriente, contempla las máscaras de la ficción que tiene en las manos. La sensualidad se antoja allí como la flor de perdición que se ofrece al deseo. Bella actitud, si bien destruye el juego natural de la anatomía, la de la estatua de yeso, « La femme au papillon », de Cesar Battaille. La embriaguez está tratada por Detoy con ese acierto de la imaginación que consigue encarnar plásticamente lo que imagina como símbolo de vida. Carnes llenas de fuego vital y sacudidas por deliciosa racha de voluptuosidad son las de aquella mujer tendida sobre una peña, como una alegoría de la mitología; al pie de esa peña vese, vertida, una copa de champaña apurado y algunos recios racimos, éstos entre otros que la alegre ebria tiene en manos, entre otros que cuelgan de la simbólica peña. Linda y dulce, llena de sentimiento, es la testa de doncella que Weigele expone, con paterno amor de estatuario que crea lo que sueña. Muscat, que gusta de los sobrios volúmenes, en medio al equilibrio total, muéstrase sensato naturalista con las dos mujeres que dedica á labores del campo. Es de encomiar la expresión risueña de la mujer que lee, de Levasseur, si bien su trabajo escultórico, en punto á estilo, resulta asaz trivial. Viva, en su preocupación, ha logrado forma escultórica la mujer expuesta por de Paris. « L'étreinte », de M. L. Béguine, produce la sensación del efusivo abrazo de amor, como en naturaleza; y arte y naturaleza se abrazan también aquí, por capricho de una hora de acierto. ULRICO BRENDEL.

Digitized by Google

EL AFILADOR

Inicia con esta poesía su colaboración en Mundial, *uno de los más brillantes poetas uruguayos, Alvaro Armando Vasseur, cuya obra, ya considerable, se distingue por su singularidad, su técnica y su hondo sentir. Sus Cánticos del* Nuevo Mundo, *que han aparecido recientemente, colocan al autor, según el célebre Max Nordan, entre los verdaderos Elegidos.*

El afilador, señora,
Soy,
De aurora á aurora
Voy,
Humilde en mi decoro
Laborando do llego,
Con mi Rueda que llora
Oro
Y fuego.

Mi silbo crispa
Almas y aceros,
Y van mis chispas
De Marte á Eros...

Si sufro anemia
No soy burgués,
Santa Bohemia
Mi musa es;
Cual la Academia,
Doy lustre, y prez...

Digitized by Google

Mi alma seria,
Mi aspecto magro,
Dicen que á la miseria
Mi afán consagro.

Calles y plazas
Oyen las notas
De mi milagro,
Cuando entre ilotas
Como los Magos cabe sus Razas,
Doy nuevas trazas
A cosas viejas, sucias ó rotas.

Como una Lira;
Mi Rueda canta mientras que gira :
« Labor os libre
Siempre aguerrida
De aquella vida
Que al aire libre
No torne y vibre :
Labor os libre. »

Puro tesoro
De chispas de oro
Vierto de mí.
Patente
Muestra,
A toda mente,
A toda diestra :
¡Chispear así!

Digitized by Google

Caricias de hilo
Sobre la herrumbre,
Que sacan filo,
Que siembran lumbre...
Mágicas huellas
Del laborar;
Chispas ó estrellas,
Todo es sembrar...

El afilador, señora,
Soy,
Pobre entre los pobres
Voy,
Laborando do llego
Por unos cobres.

¡Mi Rueda es mi tesoro,
Mi Arte, un juego;
Si afilo, enfloro,
Si templo, riego
Fuego y oro,
Sangre y fuego!...

VASSEUR.

Digitized by Google

CABEZAS

JOSÉ PEDRO RAMIREZ

Es en la vida pública como en la privada, este gran repúblico uruguayo, como en su credo político y en el civismo que muestra en la historia contemporánea de su nación, algo suave que se desliza por senderos cercanos á vergeles revestidos de paz y de amor.

Obediente sólo á los deberes de su conciencia, alerta siempre á las naturales exigencias y necesidades de su Patria, toda su existencia la encamina al cumplimiento del deber; y con facilidad traspasa, alta la frente, tranquila la mirada, todos los escollos de todas las miserias sociales por las que pasó, como tantos otros prohombres, como son concusiones, ignominias y hasta crímenes, que pudieron atajar su paso por la vida política.

Pero esto pasó ya, y obtuvo gallardamente sus reivindicaciones. Así, en cierta ocasión, el Presidente Batlle, que por cierto estaba de él algo distanciado, dijo, para hacer callar á determinados murmuradores: « A fin de que la actitud del doctor Ramírez no se despoje de la majestad que le rodea, es necesario no se falte al más humilde de los habitantes de la República, y el que tal haga, ó será castigado ó derribará á dicho Ministro, porque su política no es de mañas ni astucias, sino política de actitudes francas y decididas ».

Cuando estalló la guerra civil, calamidad perniciosa que sufrieron la mayoría de las jóvenes repúblicas americanas, y después de varias tentativas para el restablecimiento de la normalidad, que, claro está, resultaron infecundas, se recurrió á él, como caso extremo. Enfermo como estaba, prometió su decidido concurso, y lo cumplió con sagacidad y fé. Salió, pues, á través de campos verdes, que bien podían simbolizar para él esperanzas; enarbolaba la bandera de paz, y á poco de comenzadas las negaciaciones, por doquiera que pasaba, surgían los vítores y saludos; y los labradores abandonaban las armas y tornaban á los aperos, y las mujeres y los niños agitaban sonrientes sus pañuelos en señal de albricias. Al encontrarse con un regimiento mandado por Mesa, los bravos soldados, estimulados por sus jefes, levantaban sus kepis y le saludaban, como debe saludarse á un varón bienhechor, porque ya todos, militares y revolucionarios, el pueblo entero parecía aspirar al consuelo de la paz.

Pero anotad esto también. Más tarde ¡ acaso seis años después ! la república hierve nuevamente en otra guerra civil; y de ahí á poco, el señor Ramírez es de nuevo requerido. Noble y lealmente, lleno de bondad y bríos humanos, se lanza á calmar el estallido que amenaza.

La labor es más costosa, su gestión más ardua; pero al fin logra vencer dificultades, y si hubo de luchar por conseguir el éxito, mayor es la gloria que, como nimbo, corona sus esfuerzos; y mayor es la ansiedad pública, por explotar de júbilo ante el hombre ya dos veces benemérito de su Patria.

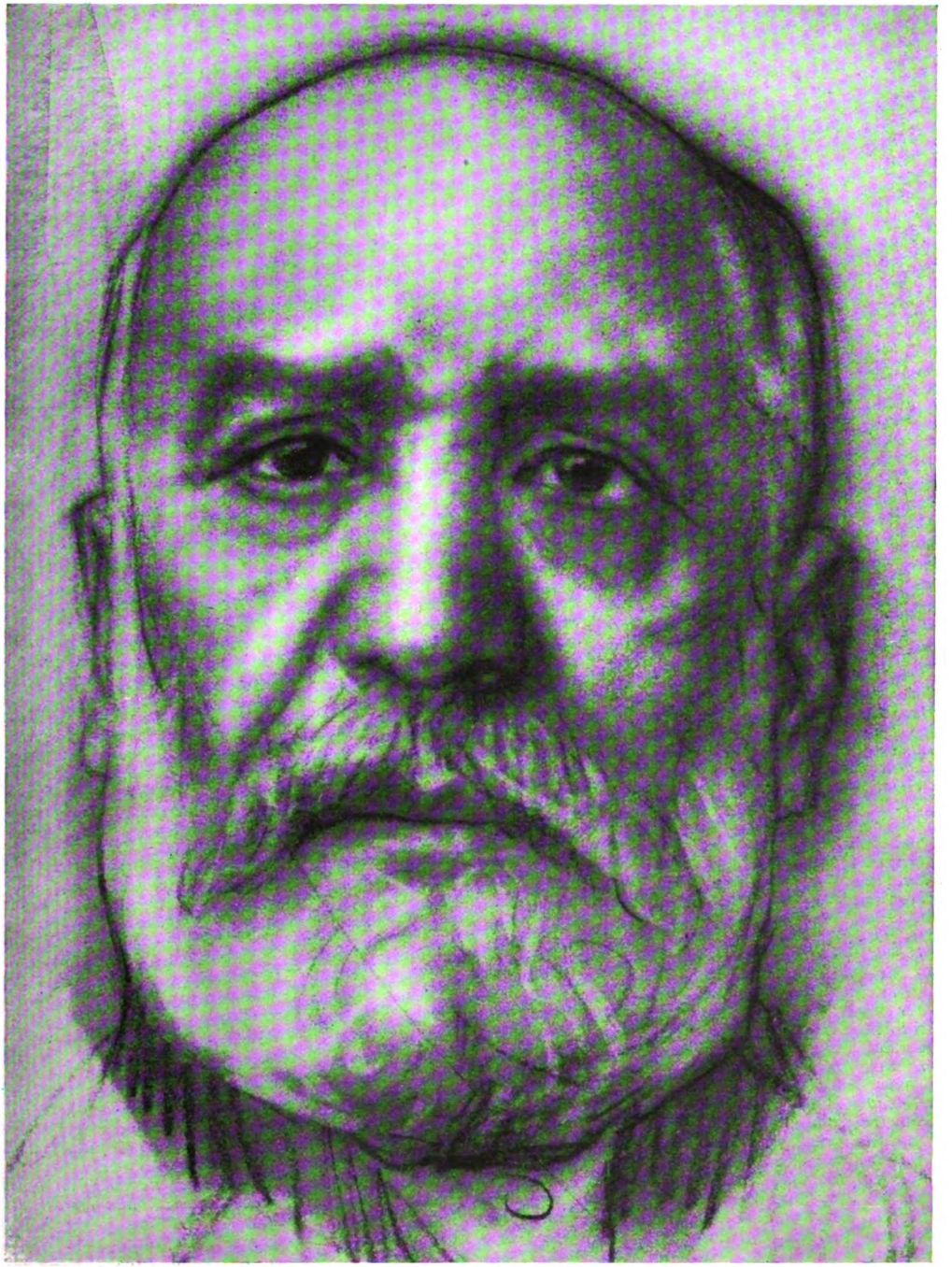
Y es de ver en esta ocasión, como en la pasada, al pueblo de todas las ciudades que recorre amontonarse á su encuentro, vitoreándole, abrazándole, atropellando á éstos los otros que les siguen; y cómo desde las terrazas y azoteas, en aceras y balcones, no se ven sino flores que caen á su paso y llenan su coche, ni se oyen más que palabras gratas, llenas de sonoridades, que celebran al mensajero de la concordia.

El doctor Ramírez presidió en 1886 el ministerio de la Conciliación. Nadie como él ofreció testimonio más alto de patriotismo é integridad. Desde entonces, su nombre es popular, su prestigio aumentó, y su moralidad fué saludable. Pues ¿ quién pudo añadir al ardoroso ímpetu que señalan sus grandes entusiasmos iniciales, la serenidad equilibrada y heterogénea que se sobrepone al espíritu, al contraste en la lucha ?

Fué periodista, y en el periodismo pasó la parte más agitada de su existencia; y las páginas más intensas de la vida nacional uruguaya nacieron de su pluma.

Por esto pláceme mucho, en ocasión en que acaba de ser glorificado por su Patria, ofrecer al prestigioso representante del alma de su país, á esa figura respetable y respetada,

Digitized by Google



Don José Pedro Ramirez.

ajena en la actualidad á las pasiones del momento, el homenaje de *Mundial*, la confirmación del reconocimiento de tan gran patricio, cuyos títulos cívicos y méritos intelectuales y morales testifican su personalidad política y bienhechora, en la República Oriental del Uruguay.

RUBEN DARIO.

Digitized by Google

RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas son tres niños abandonados. Estrazilla se llamaba en otro tiempo Cayetano, y por abreviatura « Tanito ».

Vivía feliz entre su padre, el honrado peón de albañil Sebastián Valdemoro, y su madre, Aurora. Un día entró la desgracia en la casa. Aurora no era fiel á Sebastián. Una vez la sorprendió éste con su amante. Los dos hombres lucharon. El padre de Estrazilla fué muerto, la madre huyó y no volvió más, y el niño quedó solo. La « señá » Salvadora, una buena mujer que era vecina de los Valdemoro, recogió al chico. Estrazilla iba con ella por las calles, vendiendo frutas, dulces y azucarillos. Así vivieron, la « señá » Salvadora y su protegido, hasta que, llegado el invierno, la buena anciana murió, cargada de años y de achaques. Estrazilla, al quedar en completo abandono, conoció la inclemencia de las jornadas sin pan y sin hogar. Una mañana en que estuvo á punto de sucumbir, exhausto, trabó conocimiento y amistad con el señor Pepe, apodado « Traga Mirlos », tipo clásico del pajarilero ó vendedor de pájaros. El señor Pepe utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los grillos, que constituyen la base del comercio del « Traga Mirlos », y éste bautiza á la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de « La Veterana ». De igual modo que el Traga Mirlos, recurre al auxilio de La Veterana don Ulpiano Covarrubias, fabricante de caretas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada. Hijo de un cabecilla carlista, quedó huérfano, y fué llevado á Roma por un Obispo amigo de su padre. En Roma, Covarrubias frecuentó los talleres de arte y los estudios de pintor, y agitándose en un medio de ideas avanzadas y radicales acabó por adoptar las contrarias de su padre. Aventuras de amor le obligaron á huir de Italia, y á buscar fortuna vanamente en Francia, hasta que recaló en Madrid. Aquí le encontramos, establecido, concurriendo asiduamente á todos los centros y cafés que son punto de reunión para los revolucionarios.

Don Ulpiano Covarrubias ha invitado á almorzar á su amigo don Anacleto de la Redonda. Es éste un maestrillo de escuela, tímido y encogido, que reune todos los defectos de la más completa fealdad. Terminada la comida, y durante la conversación de sobremesa, el buen don Anacleto da cuenta á don Ulpiano de un conflicto sentimental en que se encuentra : el de hallarse enamorado. Luego, los dos amigos hablan de la inminencia de la Revolución, cuyas alas trágicas se ciernen sobre el trono de los Borbones, y acaban por separarse al llegar al taller los afiliados de La Veterana, y comenzar para Covarrubias la jornada de labor.

Don Ulpiano, « Meñique », « Gil Blas » y « Estrazilla », trabajan durante toda la tarde en la confección de un armamento de corazas, espadas y cascos, que necesita para aquella noche una compañía de cómicos que actúa en el teatro de Price. Al acabar el trabajo, los chicos reciben su modesto salario y se van, pero don Ulpiano retiene á Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar á su servicio de un modo permanente.

Estrazilla acepta con entusiasmo tal proposición, y de esta suerte queda á las órdenes de don Ulpiano, quien le fija un salario, le viste, y le da albergue en su taller.

Poco después, encontramos á don Ulpiano en la famosa tertulia del Café del Iris, tertulia de revolucionarios. Conversan los reunidos acerca de los acontecimientos políticos, y en tanto, en la calle, se desarrollan las escenas diarias de motín y desorden, que habían de preceder á la caída del Trono.

En tanto que don Ulpiano, preocupado y distraído, frecuenta poco el taller, Estrazilla aprovecha el tiempo acudiendo á la escuela de don Anacleto, en donde aprende á leer. Don Anacleto vive horas felices, porque sus amores van por buen camino, gracias á la actitud conciliante de su futuro suegro.

Sabía muy bien Don Anacleto que su futuro suegro era capaz de estarse enjaretando simplezas un par de horas, y anhelaba dar otro rumbo al coloquio y enterarse de por qué le hablaba de aquella manera inesperada, facilitando el camino en que su apocamiento le tenía detenido, y que llegara el momento de hablar con Ernestina, aunque esta alegría que le palpitaba en el alma, se la amargaba la duda de si se atrevería á estar á la altu-

(1) Véanse los números de Febrero, Marzo, Abril y Mayo 1913.

Digitized by Google

ra de las circunstancias, porque él no era como Don Celedonio, él « se andaba por las ramas », cual pájaro torpe y sin alas, incapaz de un valiente vuelo. Y así, procuró detener el curso de las confidencias políticas, con que le favorecía el padre de la que ya consideraba como su consorte.

— Pero ¿ ha consultado V. á Ernestina ?

— ¡ Alma de Dios ! Ya había yo adivinado los dulces sentimientos que le inclinan á V., y no necesitaba que ella me los revelara. El amor y el dinero no pueden estar ocultos. Pero, además, la he consultado, y está conforme y muy contenta.

— Pero ¿ ella sabía ?...

— ¡ Ni que fuese imbécil ! Y eso no, de tonta no tiene un pelo.

Al pensar que Ernestina había perdido su cabellera con el maldito tifus, y que eso la privaba de los encantos más deseables á su gentil cabeza, hizo poca gracia al maestro la inoportuna frase de Verea.

— En suma — concluyó éste — invito á V. á que venga esta noche á participar de nuestra pobre colación.

— ¡ Con mil amores ! ¡ Nuevamente, gracias !... ¡ Cómo pagar á V. tantas bondades !

— Haciendo feliz á mi Ernestina, que es un ángel.

— ¡ Oh ! De eso no dude V. Es decir... yo procuraré... No sé... En fin... yo...

— Bueno, pues á las 9 de la noche se vuelca el puchero. No nos haga V. esperar. Yo soy amigo de la puntualidad. Si, como dicen, la puntualidad es la cortesía de los Reyes, es la obligación preferente también de los que no hemos nacido para escalar las gradas del trono... Conque, Celedonito, vamos... Despídete de tu maestro, que pronto va á ser también tu hermano... ¡ Ah ! Y téngalo V. por entendido. Nada de etiquetas... *Sans façon, sans cérémonie.* Ya me entiende V... Perdone mi costumbre de usar frases latinas, francesas y aun de otros idiomas. Don Pascual Madoz me tiene dicho muchas veces : « Vereita, V. abusa de los idiomas vivos y muertos »... Es verdad, pero cuando se tienen ciertos principios... Yo recibí una educación brillante... sí, brillante. Estaba destinado á la diplomacia... pero luego...

Ernestina habíase adornado con las mejores galas del pobre ajuar. Su corta cabellera, que empezaba á renacer después de la convalecencia de la enfermedad, desaparecía bajo denso velo, que se plegaba sobre la frente, formando marco al rostro pálido, no exento de belleza. Palpitaba en la joven el encanto de la inocencia. Sus ojos pardos, pequeñitos, cuanto vivos y luminosos, sonreían siempre. Unas cuantas pecas desparramadas por las mejillas deslucían un tanto la nitidez del cutis, pero, en cambio, la barbilla partida, la nariz fina y recta y la esbeltez del talle contribuían á componer un conjunto gracioso.

Anacleto, Verea, Ernestina y Celedonito fueron á misa á la Iglesia de San Ildefonso, que era su parroquia, y al salir convinieron en reunirse á las 5 de la tarde para ir de paseo al Retiro, que entonces se hallaba en todo su esplendor estival : los árboles cargados de hojas, las flores fragantes, el cielo alegre y luminoso. Hubiera sido aquel día dichosísimo para Don Anacleto de la Redonda, si no hubiera tenido que sufrir los vanos discursos de Don Celedonio Verea, el cual usó y abusó de la palabra, colocando reiteradamente todos los lugares comunes, todas la frases hechas, todas las citas de la vulgar erudición que hervían en su memoria, y que él diputaba como resplandor purísimo de su cultura y de su ingenio : — « Yo soy hombre práctico, yo no me ando por las ramas. — *Ipso facto.* — *Risum teneatis.* — *Non possumus.* — *Flatus vocis.* — *In diebus illis.* — Tenga V. por entendido. — Partamos de la base. — Sistemáticamente. — Hay que ir al grano. — Hay que poner los puntos sobre las íes. — Las gradas del trono. — La hidra revolucionaria. — *Sans façon, sans cérémonie.* — *Eppur si muove.* — *Non ragionam di lor...* — Todo el centón de los amaneramientos cursis, de un estilo aprendido en la lectura de los artículos periodísticos de baja estofa, formaban la Minerva del buen oficial de las oficinas municipales, y aquel día salió á plaza en su abrumador monólogo. El maestro de escuela, que había pensado frases tiernas y delicadas para decírselas á su novia, en cuanto hallara ocasión y se atreviera, hubo de contentarse con mirarla fijamente, y de cuando en cuando, en los breves intervalos del discurso de Verea, exclamaba en voz baja y trémula, poniendo en los ojos bovinos luces de ternura :

— ¡ Ernestina !

A lo que contestaba ella toda turbada :

— ¡ Anacleto !

Cuando regresaron á Madrid, y dejó á su novia, á su suegro y á su cuñadito en casa, Don Anacleto creyó que debía ir á visitar á Don Ulpiano Covarrubias, para participarle el feliz suceso, homenaje correspondiente á la amistad que tenía para el artista, y necesidad imperiosa de transmitir á alguien el júbilo inmenso que inundaba su alma.

Fué corriendo al sotabanco de la calle de la Parada, con tanta oportunidad, que al mismo tiempo subía la escalera el propio

Digitized by Google

-- *Yo vivo en el siglo de Pericles, y no sé nada de lo que ha acontecido después.*

Don Ulpiano. De lo que hablaron, se hará referencia en el capítulo siguiente.

XIII

Los relinchos de Rocinante.

Cuando hubieron entrado en la salita del sotabanco, Covarrubias preguntó á Don Anacleto cómo iban sus andanzas amorosas, y así que supo que habían llegado á la ventura, le felicitó cariñosamente.

— V. será dichoso, amigo de la Redonda — le dijo — porque además de ser bueno es humilde, y no aspira á otra cosa que al corto bien que le ha sido deparado. Conozco muy bien á Don Celedonio Verea, y sé que es hombre excelente, sin más defecto que el de vivir en perpetuo discurso; pero eso tambien me ocurre á mí, y no lo juzgo pecado grave.

— ¡ Ah, Don Ulpiano ! — se apresuró á interrumpir Don Anacleto. — Hay una diferencia. Todo cuanto V. dice es interesante, ameno é instructivo, mientras que Don Celedonio...

— Pues eso será la única falta que habrá V. de sufrirle. No es tan penosa que rinda el aguante de V... Pero ya que ha venido, quiero aprovechar la ocasión para referirle algo que ha de interesarle, porque atañe al mozuelo á quien V. generosamente enseña.

— ¿ De *Estrazilla* habla V. ?

— De él hablo. Y como sé que á V. le inspiran simpatía sus desdichas y su buena condición, me apresuro á revelarle que desde que me enteré de lo que le ocurre, decidí ocuparme en remediar, hasta donde fuera posible, su desamparo y su soledad. ¿ Conoce V. los antecedentes del muchacho ?

— Lo que V. me contó un día. Un drama terrible.

— ¿ Ha advertido V. que ese chico, á pesar de su vida miserable, tiene el más elevado sentimiento del honor, y que palpita en su tosca alma de hijo del arroyo una aspiración vivísima á la dignidad ? ¿ Ha observado V. que el recuerdo vago de su madre, de la madre que le abandonó, que le hizo dos veces huérfano, que le arrojó al muladar, late en su espíritu constantemente ?

— Algo de eso he comprendido, así como que ese recuerdo debe ser la causa de su tristeza, de una tristeza que no parece propia de sus años.

— Muy cierto. Esa es la realidad. Pues bien, yo he querido averiguar qué había sido

Digitized by Google

de la mala madre, para ver si era posible restituirla al hijo.

— ¡ Hermosa obra, digna de V. !

— ¡ Tal vez uno de mis habituales errores, inspirados en el culto al Gran Libro y á su peregrino y santo personaje ! Por meterme á deshacer entuertos, me han pasado mil sinsabores, pero ni me arrepiento ni me duelo de ello, porque la Regla Nona de la Andante Caballería establece: « *que ningún caballero se queje de alguna herida que le hicieran en los azares de su ejercicio* ». Así pues, cuando veo ocasión de remediar alguna injusticia, allá voy sin más dilación, y los desengaños que me suelen venir en premio de mis empresas buenas y desinteresadas, los guardo y deposito en las entrañas del eterno olvido, para que no me quiten ánimos en la próxima intentona...

— Por eso le admiró á V., y le venero — dijo Don Anacleto, sintiendo en su corazón una oleada de cariño á Covarrubias.

— No es para tanto. Ni eso tiene mérito alguno. Cada uno es como es. Así como éste nace rubio, aquél nace cruel. El milano tiene garras, no por su culpa, sino porque así le hizo la naturaleza... Yo propendo á la aventura, y una indominable tendencia me lleva al lado de la razón y de la justicia... de lo que yo creo que es justo y razonable... Porque, esa es otra : yo puedo equivocarme y creer que hago el bien, cuando estoy haciendo el mal... Lo que no puedo, es resignarme indiferente á la desgracia. Cuando el egoísmo me domina, y paso una temporada ocupándome sólo de lo que me interesa, entonces paréceme que interrumpen mi sueño, en la callada noche, lejanos y singulares rumores que no son sino los relinchos de Rocinante... ¡ Sí, de Rocinante ! ¡ no se asombre V., Don Anacleto ! El caballo de Don Quijote relincha trás la loma que separa nuestra vida material de nuestra vida espiritual, y ese relincho es el llamamiento al perezoso, al egoísta, al desilusionado, para que se levante, se ponga en pie, y cumpla sus obligaciones y acuda á su vocación, ó á su destino. Es la invitación á sacudir la modorra, á enderezarse del desmayo, á emprender el camino de las buenas obras.

— No á todos es dado oir ese relincho — exclamó el de la Redonda con humildad — ¡Pobre de mí que vivo en esfera tan baja, que sólo podré escuchar, acaso, los rebuznos del rucio de Sancho !

— No os tiréis al suelo, ni os abatáis con el propio menosprecio, que así es malo envanecerse como rebajarse... V., Don Anacleto, es bueno, es discreto, es generoso ¿ Qué más quiere ? Dé V. gracias á Dios, porque es V. de los elegidos... En fin, « vamos al grano », como dice su futuro suegro de V. Ello es que valiéndome de mis mañas y poniendo en movimiento á *Florismarte* y á *Galaor*... ya los conoce V... he averiguado el paradero de la desventurada mujer, de Aurora Donis, de la culpable de tanta desgracia.

— ¡ Qué tremenda historia ! ¡ Pobre criatura ! ¡ Pobre *Estrazilla !*... ¿ Y dónde ha aparecido esa mujer desalmada ?

— ¡ En el hospital ! En una cama del hospital provincial, idiotizada por las desventuras que sobre ella han caído... Era bella. Es un monstruo de fealdad. Era inteligente, habilidosa. Es un ser imbécil. Era una mujer honrada. Es un típico ejemplo del vicio y del pecado... Por eso dudo de si, el añadir á los sufrimientos del huérfano una inútil é injusta carga de horrores, poniéndole en contacto con su madre, es cosa á que tengo derecho, si puedo y debo hacerlo, si no será mejor dejar que las cosas pasen como venían pasando, sin intervenir para corregirlas... Pero, no, no dudo. Cumpla el hijo sus primeras obligaciones, que son las de recoger lo que le queda de madre, y restaurarla con el amor y el sacrificio. Tal vez dentro de ese cuerpo enfermo, y en el fondo de esa alma embrutecida, queda aún algo de vida sana y noble...

— Pero, permítame V. una observación — se atrevió á decir Don Anacleto — ¿ Con qué medios cuenta el muchacho para atender á esas obligaciones ?

— Yo le ayudaré. El trabajará. En el esfuerzo que realice, estará contenida la virtud de su regeneración. Para limpiarse del lodo del arroyo en que ha vivido, necesita la purificación del sacrificio... y no me pregunte V. más, porque no sé bien si acierto. Ya he dicho que dudaba ; pero la duda es entre si debo hacer lo que manda la ley de Dios, ó lo que manda el Demonio... Hay dos modos de vivir. Uno, que consiste en permanecer indiferente ante la depravación social que nos rodea, sin tomarse la molestia de intentar enmendarla. El otro consiste en arrojarse sobre el malvado cuando va á perpetrar la maldad, para impedirla, y sostener al bueno cuando va á caer vencido ó fatigado, para darle ánimos y fuerza. Los egoístas siguen el primer sistema, que es el más cómodo. Los abnegados siguen el segundo, que es duro y aún peligroso. Yo no sabría dejar de ser como soy, ni dejar de hacer lo que hago...

— ¡ Héroe de fijo !... ¡ Santo acaso !... ¡ Mártir tal vez !

— Pero hombre honrado siempre. Hay que hacer el bien, no porque tenga cuenta, como ha dicho un utilitarista, manchando con la

Digitized by Google

recompensa la virtud. Ya sé que el bien se entierra con el que lo realiza, y el mal surge de la tumba del protervo é invade el mundo con su vaho infeccioso. Ya sé que el bien es caso aislado y el mal epidemia. Ya sé que la túnica del justo se la reparten los criminales. Y sé, también, que habrá que esperar la venida de una generación de gigantes, gigantes de cuerpo y de alma, que así como Hércules limpió de monstruos la Grecia mítica, limpie la tierra de las legiones infernales. Entretanto, imitemos al valeroso Hidalgo...

— ¿ Y sabe ya algo de lo que ocurre y del propósito de V., el muchacho ? — interrogó el maestro.

— Aún lo ignora, y V. habrá de decírselo.

— ¿ Yo ? ¿ Cómo he de saber cumplir tan difícil comisión ? ¿ Y qué he de decirle ?

— Hablaremos y se enterará V. de mis planes, que no son tan absurdos como á primera vista pueden parecer... Quiero que sea V. el que avise á *Estrazilla* de lo que yo he hecho, porque pienso que ha de inspirarle V. más confianza que yo... A mí me respeta ó me teme demasiado, y V. es más joven, más bondadoso. Con V. se franqueará.

— Haré lo que V. me mande, pero eso sí, V. me explicará minuciosamente cual ha de ser mi cometido.

— Eso pienso hacer, contando con que V. no ha de negarme una cooperación eficaz y generosa. Por el pronto diré á V. que Aurora Donis, convaleciente de una infección variolosa, se halla en el Hospital, en la sala de San Francisco, atendida por el médico, que es amigo mío, y por las hermanas de la Caridad, á quienes he hablado, y que redoblarán sus atenciones para con la enferma.

— ¿ V. la ha visto ?

— Sí, la he visto, y al verla he sentido surgir en mi alma el recuerdo de mi madre. Mi madre era un ángel. Aurora Donis es una vil pecadora, pero es madre y eso basta... En el vivir tempestuoso mío se han ido modificando las ideas y los sentimientos primitivos, y sólo queda del antiguo hombre el amor reverencioso y tiernísimo á mis padres, y aún con más honda ternura el culto á la santa mujer bárbaramente sacrificada en Pina, por los soldados de la Reina Gobernadora. Para mí, ese amor á la víctima es una pasión cada día más vehemente, en que se mezclan y resumen todas las delicadezas del alma... A veces, pensando en el martirio de la desventurada, siento vibrar dentro de mi ser un odio terrible y vengador, y doy puñetazos fieros sobre esta mesa que preside, ya lo ve V., el retrato de mi madre, de la santa Pilar Biescas. Luego, á la ira sucede un dolor suave y tranquilo, que funde y como que derrite todas las fibras del corazón, como si la espantosa memoria se convirtiera en el sublime holocausto que las almas generosas dedican á sus más nobles devociones. Entonces, lo que hay en el sangriento recuerdo de humano, y por humano de vil y cruel, elévase á las excelsitudes angélicas de una adoración purísima, con lo que aspira mi ánima triste á convertir el martirio de mi madre en una glorificación, algo así como lo que intentan las religiones con sus elegidos, cuando les rodean de preces en el triunfo de los altares... ¡ Sí, mi madre está allá arriba, y llena el cielo de resplandores !... En mis horas de impiedad y desesperación he pensado, que si existe Dios, es porque sólo un ser omnipotente ha podido crear ese dechado de perfecciones y de virtudes. Y luego pensaba que no, que no debe existir la suprema Inteligencia, la suprema Bondad, cuando ha permitido que los bárbaros hombres destruyan y aniquilen, lo que era señal y prueba principalísima de su poderío creador... ¡ Loco de mí !... El dolor me ha perturbado muchas veces el cerebro, haciéndome olvidar que no es la tierra el centro de las almas... Otras veces pensaba que la religión cristiana es superior á las otras, porque se funda sobre el dolor de una madre. Para que los designios del Altísimo se cumplieran, ha sido necesario que el Hijo de Dios pasara por las entrañas de una mujer. Suprimid á la madre de Dios, y el cielo dejará de ser azul y se cubrirá de eternas nubes... Rezando la salve, mi oración única, he pensado que acaso sobra en el inspirado texto una palabra, la de « Reina ». Con decir: « ¡ Dios te salve, Madre ! » estaba dicho todo... ¡ Oh, madre mía, hermosísima señora de mi alma ! Los que te mataron habrían inventado con su crueldad el infierno, si desde los días del primer pecado no existiese por orden de Dios el abismo de los eternos dolores ; porque ¿ á dónde habrían ido á parar, si no, cuando la maldad hiciera estallar sus corazones negros ?... Perdóneme, amigo Don Anacleto, que desborde ante V. mis tenebrosas imaginaciones... Hay días en que no puedo dominarlas, y hoy es uno de ellos... Hoy que es V. tan dichoso, yo, su amigo del alma, sufro la recaída de mis dolores.

De esta suerte, y de un tirón, habló Ulpiano Covarrubias, y con sus tristes desvaríos afligía al pobre Don Anacleto, tan dado á sentir románticamente las penas de los demás.

— Las cosas que V. me dice — interrumpió el maestro — son tan hondas y tan graves, que me impresionan mucho y me llenan de tristeza... Yo también me acuerdo de mi madre, y rezo por ella todos los días. Com-

Digitized by Google

... exclamaba en voz baja y trémula, poniendo en los ojos bovinos luces de ternura : — Ernestina !

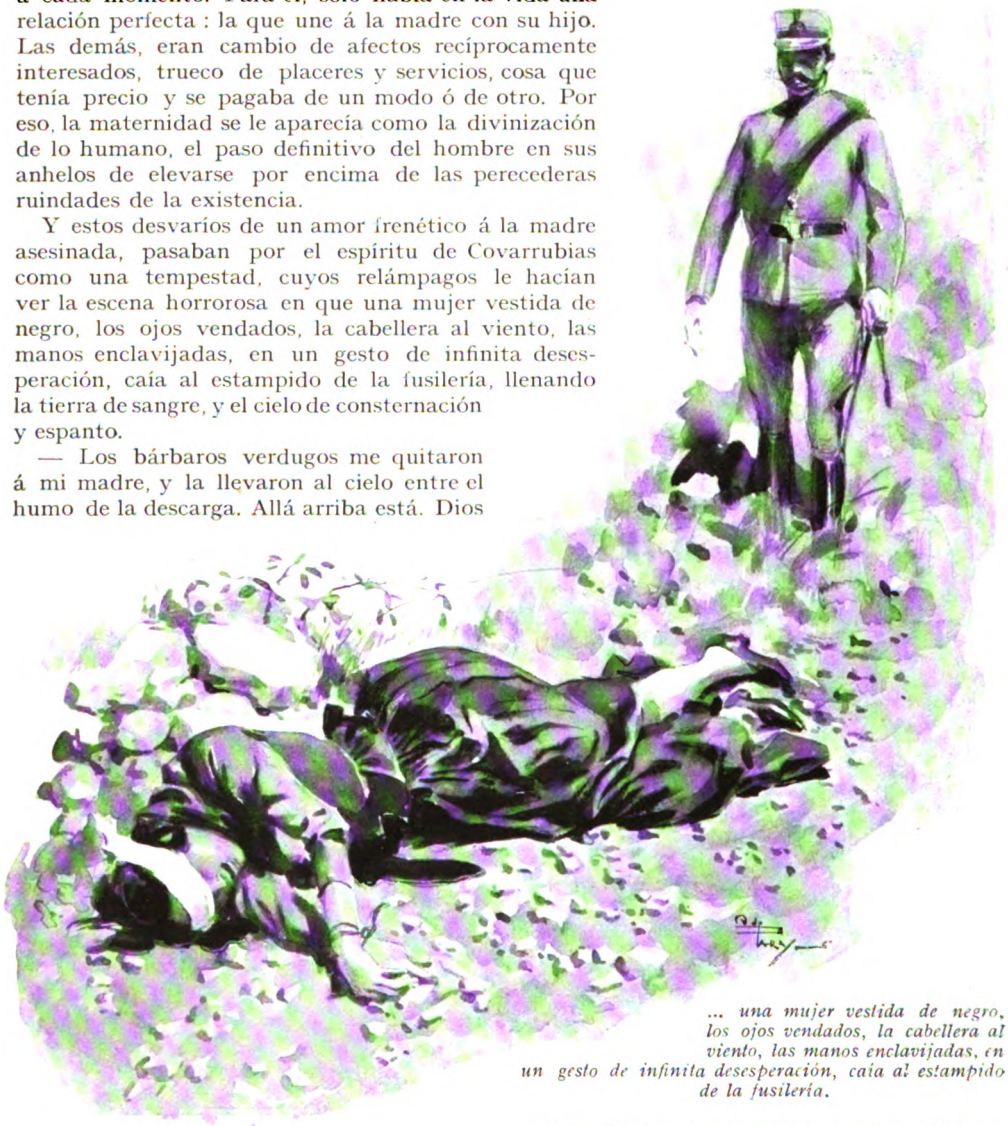
Digitized by Google

prendo lo que le pasa á V., que ha perdido á la suya de aquel modo terrible.

Siguió hablando Covarrubias con exaltación mayor á cada momento. Para él, sólo había en la vida una relación perfecta : la que une á la madre con su hijo. Las demás, eran cambio de afectos recíprocamente interesados, trueco de placeres y servicios, cosa que tenía precio y se pagaba de un modo ó de otro. Por eso, la maternidad se le aparecía como la divinización de lo humano, el paso definitivo del hombre en sus anhelos de elevarse por encima de las perecederas ruindades de la existencia.

Y estos desvaríos de un amor frenético á la madre asesinada, pasaban por el espíritu de Covarrubias como una tempestad, cuyos relámpagos le hacían ver la escena horrorosa en que una mujer vestida de negro, los ojos vendados, la cabellera al viento, las manos enclavijadas, en un gesto de infinita desesperación, caía al estampido de la fusilería, llenando la tierra de sangre, y el cielo de consternación y espanto.

— Los bárbaros verdugos me quitaron á mi madre, y la llevaron al cielo entre el humo de la descarga. Allá arriba está. Dios



... una mujer vestida de negro, los ojos vendados, la cabellera al viento, las manos enclavijadas, en un gesto de infinita desesperación, caía al estampido de la fusilería.

salió á recibirla, y le dió la mano para que entrara, porque ella, tímida y humilde, no se atrevía. « Entra — le dijo — en el alcázar eterno. Desde hoy existe una santa más : Santa Pilar Biescas ».

Y después de estas palabras, Don Ulpiano Covarrubias quedó un rato silencioso, al cabo del cual, cambiando de tono, dijo :

— Le he hecho perder á V. un rato inútilmente... Quédese V. á cenar conmigo, y le manifestaré cual es mi plan respecto á nuestro protegido.

Dadas las órdenes correspondientes á la Señora Basilisa, ésta dispuso con rapidez la mesa, y pronto humeó en la sopera el bien oliente caldo.

XIV

Al margen de la historia.

El compilador de los papeles de que nuesra narración se nutre, escribe al llegar á esta parte de ella :

Digitized by Google

« Los planes de Covarrubias, ya de acuerdo con Don Anacleto de la Redonda, para su ejecución, hubieron de demorarse por los graves sucesos que ensangrentaron la villa y Corte. Recuérdese que nos hallamos en el año de 1866. Entre los coloquios que quedan copiados y los que van á reproducirse fielmente, pasó el 22 de junio, en cuyo día y en los dos ó tres siguientes, Covarrubias no pareció ni por el taller ni por su casa ».

Añade el compilador: « Las efemérides de este año son inolvidables, y aun cuando, humildes narradores de las aventuras de gente de poco más ó menos, no aspiramos á disfrazarnos con la túnica venerable del historiador, sí apuntaremos algunos hechos, por ser necesario á la buena inteligencia de nuestra croniquilla... »

«... El general O'Donnell era Presidente del Consejo de Ministros. Acababan de reunirse las Cortes, que celebraron sus primeras sesiones en la semana inicial del año citado. La conspiración militar ardía en Madrid y en provincias. El 9 de Enero, el general Prim se sublevó en Villarejo de Salvanes, lugar cercano á Madrid, con dos regimientos de caballería. Faltaron al caudillo otras fuerzas comprometidas, y hubo de refugiarse en Portugal, cortando en su retirada el puente de Fuentidueña. El capitán Espinosa, uno de los oficiales sublevados, fué preso y conducido á Madrid, donde se le fusiló, así como á varios sargentos infieles. El 22 de Junio estalló la rebelión en Madrid, rebelión muy sangrienta, reprimida por el gobierno. Mil hombres perecieron en la refriega. Fueron suprimidos todos los periódicos progresistas y demócratas. Comenzó el destierro de los sospechosos. Cuerdas de presos salían diariamente para las Antillas y Fernando Poo. Sesenta y seis sargentos fueron fusilados en las afueras de la capital. Castelar, Sagasta, Martos, Becerra, Aguirre, Rubio y Montemar se refugiaron en París: habían sido condenados á muerte. El general O'Donnell fué desposeido del mando, y formó Gobierno el general Narvaez, jefe del partido moderado. La reacción de hecho fué sustituida por la reacción de doctrina el 10 de julio. O'Donnell publicó en la prensa terribles acusaciones contra la Reina Isabel II, diciendo que ésta quería que fusilase á todos los sublevados presos, que pasaban de 1500, y que él fuera el verdugo, para que inspirase horror á España...»

Y concluye el compilador diciendo:

« Este era el ambiente trágico que se respiraba en Madrid en aquellos días, cuando Covarrubias y Don Anacleto de la Redonda se ocupaban en la cristiana tarea de unir la madre enferma al hijo abandonado... Puede el transcriptor continuar su obra hojeando el legajo siguiente ».

En él se dice que había llegado el fin de Julio, y que el nuevo gobierno, que había comenzado sus gestiones prometiendo el olvido de lo pasado, y la amnistía á los militares y paisanos que cometieron el delito de sublevación, se rectificó rápidamente, é inició una política represiva de insuperada violencia.

Covarrubias, vestida su blusa de trabajo, preparaba en su taller los moldes de varios maniquíes y la pasta con que había de hacerlos, ayudado de Cayetano Valdemoro, ó sea Estrazilla, y de *Meñique*, el menudo haldraposo, que apareció en las primeras páginas de este relato. Tambien estaba allí Bernardo Puga, que vivía en las inmediaciones del taller, y al pasar hacia el centro de la villa solía detenerse un rato á comentar con Don Ulpiano las noticias del día.

— ¿Ha visto V? ¡Qué horror! — exclamó Puga. — El *Majo de Loja* (Narváez) ha sacado el espadón. Han sido suprimidos los pocos periódicos que quedaban, y á los que siguen publicándose, que son los ministeriales y los neos, se les ha ordenado que no inserten más noticias que las que hayan aparecido en la *Gaceta*. Sagasta y Aguirre, que habían vuelto de la emigración fiados en las promesas de Narváez, han tenido que escapar, porque iban á prenderles. Más de 200 progresistas han sido enchiquerados, y 100 de ellos saldrán maniatados para Fernando Poo uno de estos días. Se ha publicado un decreto, ordenando á los contribuyentes que paguen adelantados dos trimestres de impuesto. Pasado mañana fusilarán á 12 sargentos de los comprometidos en la rebelión del 22 de junio. ¿Qué le parece á V? No es mal puñado de noticias el que le traigo... Y ya puede V. prepararse, porque el mejor día le echan á V. el guante y le trasplantan con sus muñecos á Corisco.

— No me sorprenderá — contestó Covarrubias sin interrumpir su faena. — La reacción vuelve. Es el estado natural de la política española... Yo he visto en estos días el fantasma negro que, en circunstancias tales, ronda por la Plaza de Oriente...

— ¿Qué fantasma es ese?

— Pues ¿cuál ha de ser?... Es Fernando VII, el Rey *Neto*, el verdadero, el único Rey de España, el que más homenajes ha recibido del pueblo, sin duda porque es quien mejor le sirve y más le agrada. Dicen que se murió y le enterraron. No lo crea V., Puga. Enterrarían su carne corrompida, pero su espíritu sigue mandando, inspirando y guiando á los espa-

Digitized by Google

ñoles... ¡ Y ya tendrán que pasar años y sucesos, para que Fernando VII deje de ser el alma del Estado español !... En cuanto la agitación política aumenta, en cuanto los ciudadanos quieren hacer verdaderamente uso de sus derechos, se dice que la anarquía amenaza, que la demagogía se prepara á desquiciar la sociedad, y sin más reparo se establece la dictadura, unas veces con el modelo de 1823, otras con el de 1834... ¡ Oh, Rey Neto ! ¡ Rey único ! ¡ Rey inmortal ! ¡ Oh, Fernando el Deseado ! ¡ Tú sobrevivirás á tus víctimas y á los tataranietos de tus víctimas !

— Es una buena idea esa para un artículo de Carlos Rubio.

— No podría publicarlo, ni habría quien lo insertara... Fusilan por escribir, destierran por hablar, apalean y aprisionan por pensar. Ya sabe V. lo que dijo nuestro Rey D. Fernando VII : « La fatal manía de pensar tiene conturbada á la Nación española »... En el tesoro de los Reyes de Castilla y entre las alhajas de la Corona, había tres magníficas perlas de colosal tamaño y de luminoso oriente. Llamábanlas : *La Peregrina, La Huérfana y La Sola.* Cuando la invasión francesa desaparecieron las tres perlas, y en su lugar se encontraron en el estuche tres preciosas daguitas damasquinas, en cuyas hojas se leían estas inscripciones : La *Superstición, La Tiranía, La Horca,* y sobre el estuche, un papel en que se veían escritas en francés estas palabras : « Las tres mejores joyas de La Corona del Rey de España. »

— Apuntaré ese dato. Es curioso.

El 22 de junio estalló la rebelión en Madrid, rebelión muy sangrienta...

Digitized by Google

— Curioso y simbólico, amigo Puga. Pero al fin vendrá el estallido. Aún hay sol en las bardas.

— Los revolucionarios se preparan. El día menos pensado salta la mina, y vuela todo por los aires.

— Ya hubiera sucedido eso, si todos los que hablan y prometen cumplieran sus compromisos, pero el miedo es muy poderoso auxiliar del tirano. Revolucionarios hay muchos en el café, y pocos en la barricada. Ya sabe V. que Sancho decía: « Muchos son los andantes. » — Y que D. Quijote le contestaba: — « Pero pocos los que merecen el nombre de caballeros. »

— Sin embargo, el 22 de junio bien se batió el cobre.

— Si entonces hubieran ido á pelear todos los que lo habían prometido, hubiera triunfado la libertad.

— No todos se deciden como V. á jugarse la cabeza.

— Yo ese día hice poco, pero hice lo que pude.

— ¿ Y V. confía en que, cuando la Revolución triunfe, España será grande ?

— No lo creo. La Revolución es necesaria como un castigo á los tiranos, á los verdugos, pero no saldrá de ella el concepto de la vida nueva. La Revolución es como el viento: gran destructor, mal obrero.

— ¡ Qué pesimismo !

— No basta que la revolución sea la venganza de los oprimidos, para que sea santa. Es preciso que triunfe, además, para moralizar á las clases elevadas, para corregir las impudicias de la Corte, de esas damas linajudas que consideran el libertinaje como un privilegio de clase.

Despidióse Puga que, oyendo á Covarrubias, había hecho buen acopio de frases para distribuirlas en cafés, tabernas, en su diario y constante revoloteo sobre los grupos de murmuradores y comentaristas.

Entonces, Covarrubias llamó á *Estrazilla*, y le dijo:

— Oye, Cayetano, antes que se me olvide. Mañana por la tarde, á las 5, irás á ver á Don Anacleto. Quiere hablar contigo. No faltes...

XV

Canis familiaris.

En la infancia de todas las literaturas dialogan los animales, para dar á los hombres lecciones de virtud, prudencia y fortaleza, lo cual parece indicar que los irracionales tuvieron su filosofía antes que el ser dotado de raciocinio, y es prueba de que el instinto, anterior á la razón, ha ejercido y sigue ejerciendo su oficio de Mentor cerca de la inteligencia humana, con la autoridad que da la vejez. Por eso, sin duda, el memorialista que anotó la presente historia no considera deshonrada su pluma, cuando da entrada entre sus personajes á un perro, y refiere la vida y milagros del can, por lo menudo, sin pararse en barras.

Ello es que al decirnos que *Estrazilla*, ó si se quiere Cayetano Valdemoro, se dirigía á la siguiente mañana por la Tela, hacia los altos de Chamberí, para ir al taller de Don Ulpiano, de vuelta de un recado de éste, añade que el mocito vió que se le acercaba un perro negro con pausado andar, el hocico en el aire, el rabo á la rastra, y se le paraba delante, como hace un amigo con otro cuando le encuentra en la calle, y quiere echar con él un rato de parlorio. Amigos eran en efecto el chico y el perro, y se trataban con profundo cariño. Les había reunido el azar en la Plaza del Rastro, un día en que varios granujas tenían echado un lazo al pescuezo del perro, y le arrastraban para ahorcarle, odiosa brutalidad en que se divierten los chicuelos como si ya fueran hombres. *Estrazilla* la emprendió á puñetazos con los verdugos que, siendo tan crueles, habían de ser cobardes, y libertó al can. Este no olvidó jamás aquel servicio, lo cual no parecerá inverosímil, si se advierte que no hablamos de un ser de la especie humana, sino de un individuo de la raza canina.

Siguió el perro al chico, y se detuvo delante de la puerta del taller, y allí se tendió en el suelo, las manos á la larga y sobre ellas la cabeza, mirando á *Estrazilla*, que le decía:

— ¡ Espérate, *Tomillos*! á ver si hay por aquí algo para ti.

Meñique, que estaba partiendo una tabla para hacer astillas y encender la lumbre, exclamó:

— ¡ Ya está ahí *Tomillos*! Se conoce que tiene hambre

En efecto, el perro andariego no molestaba con visitas inútiles. Cuando encontraba en los basureros algo de que alimentarse, no acudía á la caridad, pero si sus pesquisas eran infructuosas, iba á donde estaba cierto de hallar amparo. Así que le daban lo preciso, partía sin más explicaciones. Jamás ladraba. Si otros perros le molestaban, les dirigía una mirada de desprecio y seguía su marcha, el hocico en tierra, el rabo caído, el paso lento. Solía ir á los lugares donde la gente se reunía, como si gustara de las grandes muchedumbres. Los lunes por la tarde rondaba por la Plaza de toros. En las mañanas iba á la Plaza de la Armería para asistir á la Parada,

Digitized by Google

ó sea al relevo de la guardia de Palacio. Haca sus entradas en el Matadero, por ver si hallaba ocasión de meter el diente en algún mondongo abandonado por los tripicalleros. Cuando llovía, cobijábase en los arcos de la Plaza Mayor. En los cuarteles era conocido, porque, á la hora en que se daba á los pobres la sobra de los ranchos, allí estaba él, esperando su parte, que pocas veces le negaba la caridad de los furrieles. Era un perro triste y resignado con su miseria, y tan amigo de la libertad que, habiendo Covarrubias un día dicho á *Estrazilla* que le recogiera y le diese albergue en el taller, si á él podía entretenerle en los muchos ratos en que se quedaba solo el muchacho, no hubo medio de encerrarle. Sin meter ruido, mansamente, mirando con su grandes ojos castaños á *Estrazilla*, como si le pidiera perdón por no aceptar el hospedaje, alejábase por los desmontes de Chamberí, y se tendía al sol en algún altozano solitario. Covarrubias, que de todo tomaba pretexto para sus disquisiciones, exclamó:

— Este perro es un sabio. Prefiere ser libre á vivir cómodo. Sin duda ha tenido amos crueles, y no se fía del género humano.

Aquel día, cuando vió el señor Ulpiano que *Tomillos* estaba á tendido ante la puerta del cocherón, dijo:

— Cuando traiga la señora Basilisa el almuerzo, darle lo que sobre al pobrecillo animal. Cuidadle, porque representa *Tomillos* en la sociedad española la jerarquía que sigue á la nuestra. Después de *Tomillos*, sigue *Meñique*.

Esperó el perro, que ya sabía á qué hora se tocaba á yantar en aquella casa. Cuando almorzó Don Ulpiano, arrojó á *Tomillos* los restos de una chuleta, y dijo dirigiéndose á los muchachos:

— Este que aquí veis tirado en el suelo, royendo el hueso que acabo de arrojarle, es la obra maestra de la naturaleza, que ha puesto en él un resumen de las prendas morales que quiso y no logró que tuviese el hombre... El hombre y el perro eran fieras en el origen de sus vidas. El perro se amansó, se civilizó, y no le quedó resabio alguno de su primitiva fiereza. El hombre aún se acuerda de que ha sido fiera... Se dice — lo dice Cervantes — que el hombre aprendió el vómito del perro. Este movimiento fisiológico surgió del estómago de la bestia, un día en que vió á su amo y señor rendirse al miedo, venderse al oro, entregarse á la embriaguez, azotar á su hembra, martirizar á su hijo. El perro, ante el espectáculo que daba el Rey de la Creación, sintió un asco indominable. Así nació el vómito... El perro no ha aprendido la mansedumbre y la lealtad en la escuela humana. Jamás se ocupó el hombre de tal enseñanza. Al contrario: se ha ocupado en despertar en su fiel servidor el antiguo instinto de la fiereza. Le ha enseñado á ser cruel, y le ha adiestrado para que fuese can de guerra. Le ha enseñado á engañar, y le ha convertido en can de contrabandista. Le ha enseñado á ser astuto y cruel, y le ha hecho perro de policía.

Amigos eran en efecto el chico y el perro, y se trataban con profundo cariño.

(Se continuará en el número próximo.)

Digitized by Google

La Embajada especial Argentina en Francia

El gobierno argentino ha enviado diferentes embajadas especiales á los gobiernos europeos, para agradecerles la parte que éstos habían tomado en la celebración del centenario de la Independencia argentina. El Sr. Manuel Láinez fué nombrado para cumplir esta misión en Roma y en París.

El Sr. Láinez fué en Roma grandemente festejado, tanto en los círculos oficiales como por la alta sociedad. La prensa, sin excepción, hizo el elogio del insigne fundador de *El Diario*, enumerando sus revelantes méritos. S. M. Vittorio Emanuele III ofreció una comida en su honor. Y tanto el embajador como la señora Láinez, han dejado en la capital italiana el recuerdo lisonjero de su cumplida caballerosidad y de su gran distinción.

Entre las diferentes solemnidades que el mundo diplomático y social de Roma no olvidará, podemos mencionar: La audiencia real; la comida en el Quirinal; la visita á la tumba de Humberto I; la función de gala en honor del embajador argentino en el teatro Constanzi; el banquete ofrecido por el embajador de Inglaterra; la recepción de despedida ofrecida por el propio embajador.

El rey de Italia ha conferido á éste el gran cordón de los Santos Mauricio y Lázaro.

Además de D. Manuel Láinez, la embajada estaba formada por el coronel D. Martín Rodríguez, y los agregados D. Mariano de Nuzué y D. Julián Martínez.

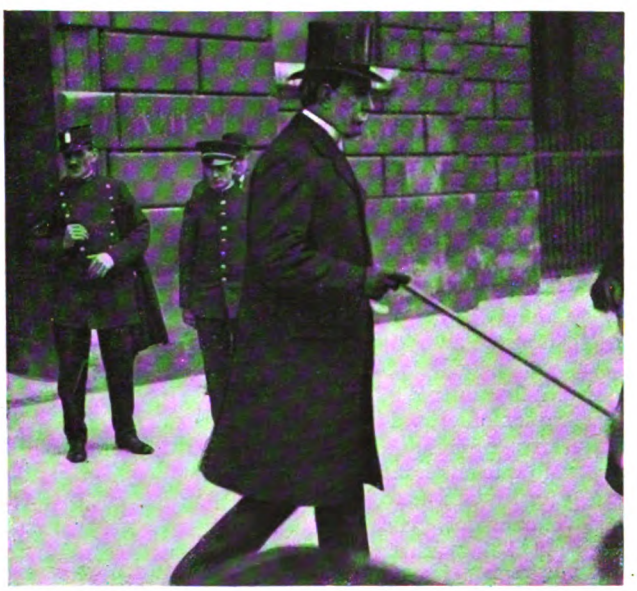
Procedente de Londres, donde fuera á pasar unos días, el Sr. Láinez, su distinguida señora y los miembros de la embajada llegaron á París el 3 de mayo, y se aposentaron en el Hotel de Crillon, donde el gobierno francés les había reservado hospedaje.

El día 5, el embajador visitó oficialmente, por la mañana, al ministro de relaciones exteriores, M. Stephen Pichon, á quien presentó sus credenciales. El mismo día, por la tarde, M. Mollard, introductor de embajadores, le fué á buscar al hotel, así como á todos los miembros de la misión, y en coches de la presidencia, escoltados por un escuadrón de coraceros, les condujo al Elíseo. Un batallón de infantería hizo los honores al embajador, y la música tocó el himno nacional argentino.

Una vez en presencia del presidente Poincaré, el embajador pronunció el siguiente discurso:

« Señor Presidente:

« El Presidente de la República Argentina, interpretando la opinión del país y « la simpatía de su pueblo, me confió la misión de presentar á S. E. el testimonio de « su gratitud, por la adhesión de Francia y « la presencia de su eminente embajador en « las fiestas de « nuestro primer centenario de libertad, y « ofrecer, al « mismo tiempo, á S. E., « sus felicitaciones por su « elevación á « la más alta « magistratura, recompensa de las « democracias « orgánicas á « los servicios, « al talento y « á la abnegación de sus « ciudadanos « preferidos. « Esta doble « misión, que



El Embajador señor Láinez saliendo del Hôtel Crillon para ir á presentar sus credenciales.

Digitized by Google

« me cabe la profunda satisfacción de cumplir, contribuirá á unir más aún, si es posible, los lazos de familia y de tradición que unen á los dos pueblos, de origen común y de idéntico ideal.

« La estadística es siempre, y más que nunca en nuestras relaciones económicas, una ciencia imprecisa y muy poco cercana de la verdad. Sus cifras no llegan á fijar el valor de las sutiles industrias francesas, de su elegancia, de su belleza, como tampoco pueden precisar un valor material á la adquisición del buen gusto, de la gracia y de la gran cultura estética que mis compatriotas adquieren en el ambiente de esta ciudad deslumbradora é incomparable. Sólo sabemos que, además de algunos productos de nuestras industrias primarias, la Argentina coloca, por medio de sus excursionistas, una considerable parte de sus rentas en vuestro país, y que recibe y hace prosperar los numerosos millones que el ahorro francés confía á sus manos honradas y laboriosas.

« Pero sabemos también que el comercio de ideas y de sentimientos, tan frecuente entre los dos países, es sin duda el más precioso para nosotros, no deja huellas materiales, y constituye, no obstante, el lazo más sólido para la realización de los destinos de ambos pueblos. Dígnese aceptar, señor presidente, con los votos que le presento en nombre de mi gobierno, los que le formulo para la mayor gloria inmortal de Francia y para la felicidad de S. E. »

El Presidente de la República respondió :

« Señor embajador :

« Agradezco mucho al Señor Presidente de la República Argentina la misión que ha tenido á bien confiar á S. E., y que me presenta un testimonio tan precioso de amistad.

« Francia será vivamente sensible á los sentimientos que S. E. le expresa, por modo elocuente, en nombre del pueblo argentino. Francia no puede ser indiferente á nada de lo que interesa á vuestra libre democracia. Por eso se congratuló en participar á las grandes fiestas que la Argentina celebró, en conmemoración de recuerdos que le son gratos.

« Francia ve con agrado que sus hombres políticos, sus escritores y sus artistas visiten, cada día más numerosos, vuestro bello país, y regresen con el alma admirada y el corazón seducido.

« Como dice V. E., este comercio intelectual no se refleja en las estadísticas oficiales ; pero no por eso deja de contribuir á estrechar los lazos que nos unen, y á facilitar nuestras relaciones económicas. Mantiene en nuestras dos naciones las tradiciones de familia, la comunidad de gustos, la identidad de cultura, y las acerca cada vez más, por el pensamiento, á través del océano.

« La República francesa hará cuanto de ella dependa para desenvolver, bajo todas las formas útiles, estas relaciones de amistad.

« Ruego á S. E., señor embajador, quiera transmitir al Señor Presidente de la República Argentina mis más ardientes votos para su felicidad personal, y para la prosperidad de su país. »

El embajador, después de algunos momentos de conversación con el Presidente, fué conducido á su hotel con el mismo ceremonial.

Por la noche del mismo día, el ministro de Relaciones Exteriores y Mme. Pichon ofrecieron, en el Palacio del Quai d'Orsay, una brillante cena en honor del embajador especial argentino y de la señora de Láinez. Entre las personalidades francesas y argentinas que asistieron á esta cena, recordamos :

El ministro de la República Argentina y señora de Larreta ; el ministro de Trabajos Públicos de la Argentina y señora de Ramos Mexía ; los miembros de la misión especial, M. y Mme. Fouquet-Duparc ; el ministro de la marina, ex-embajador especial de Francia en la República Argentina, y Mme. Pierre Baudin ; los ministros de Hacienda y de Agricultura, MM. Dumont y Clementel ; M. Hanotaux, de la academia francesa, y señora ; el profesor Pozzi, de la Academia de medecina ; los condes de Cahen d'Anvers ; los vizcondes de Breteuil, y muchos otros que sería prolijo enumerar.

El ministro de Relaciones Exteriores pronunció el siguiente brindis :

« Señor embajador :

« Ya que soy yo el primero que tiene el honor y la suerte de recibir á S. E. en Francia, permítame que le manifieste la satisfacción y el placer que nos causa su presencia entre nosotros.

« Mucho nos congratulamos que sea en S. E., en quien haya recaído la elección del señor Presidente de la República Argentina para traernos, en nombre de su país, la expresión de sentimientos que tan bien se corresponden con los nuestros.

« Nos congratulamos de expresarle toda

Digitized by Google

El Embajador especial Sr. Láinez y el Sr. E. Larreta en la puerta del Hôtel Crillon.

« nuestra simpatía para con su persona, y « nuestra amistad para con la grande República que tan dignamente representa « S. E.

« Así nos es grato aprovecharnos, de « cuantas ocasiones podemos para estrechar los lazos que nos unen á la República « Argentina. La presencia de S. E. aquí es « una nueva garantía de nuestra unión.

« Al beber, pues, á la salud de S. E., señor embajador, lo hago también á la del « Presidente de la República Argentina, « Señor Saenz Peña, cuyo viaje á Francia « no hemos olvidado, á la de su eminente « compatriota señor Ramos Mexía, y á la « de vuestro excelente ministro en París, « Señor Larreta, que es un amigo para todos « nosotros; bebo, pues, á la amistad cada « vez más grande, á las relaciones cada vez « más estrechas y prácticas, entre el pueblo « francés y el pueblo argentino. »

El embajador señor Láinez agradeció con frase feliz y brillante las palabras del ministro de Relaciones Exteriores, y brindó por la salud del Presidente de la República francesa y por la gloria del pueblo francés.

No es necesario decir que ambos discursos fueron unánimemente aplaudidos por los distinguidos comensales.

Al día siguiente, 6 de mayo, fueron el presidente de la República y Mme. Poincaré, quienes ofrecieron una comida en honor del embajador argentino y de los miembros de la misión que le acompañan.

A esta comida asistieron, además del ministro argentino Sr. Larreta y del personal de la Legación, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Relaciones Exteriores y M. Pierre Baudin, que como hemos dicho, fué embajador especial de Francia en el centenario argentino. Después de la comida, que fué cordial y afectuosa, el Presidente y los ministros conversaron larga y amigablemente con los enviados argentinos y con los miembros de la legación. El señor Láinez ha dejado en el Elíseo y en el seno del gobierno francés la más grata de las impresiones, que se ha traducido en las constantes y significativas muestras de simpatía de que ha sido objeto, por parte no sólo del mundo oficial, sino también de la sociedad parisiense, tan avara de halagos y de manifestaciones. El embajador argentino ha sabido corresponder á ellas con gran distinción y celo, probando una vez más su caballerosidad, su tacto y su talento.

El mismo día, por la noche, el ministro de la República Argentina en Francia y la señora de Rodríguez Larreta dieron en el mag-

Digitized by Google

nífico hotel de la Legación, bellamente decorado é iluminado, una gran y elegante cena en honor del embajador especial y de la señora de Láinez.

Entre los comensales de este banquete pudimos notar: el presidente de la Cámara de los Diputados y Mme. Deschanel; el presidente del Consejo y Mme. Barthou; el ministro de Relaciones Extranjeras y Mme. Pichon; el embajador de Italia y Mme. Bice Titoni; el ministro de Trabajos Públicos de la República Argentina y señora de Ramos Mexía; el presidente del comité « France-Amérique » y Mme. Hanotaux; el cónsul general de la República Argentina y señora de Reynolds; Don Julián Martínez, secretario de la embajada extraordinaria; don Marcelo T. de Alvear y señora; don Carlos González Moreno y señora; el coronel Martín Rodríguez, agregado militar á la embajada extraordinaria; el teniente coronel don Avelino Méndez y señora; y todo el personal de la Legación.

La recepción que siguió á esta cena fué, como todas las dadas por los señores de Larreta, brillantísima. Los numerosos amigos que cuenta en París el ministro argentino, y que lo son sinceramente también de la gran República del Plata, respondieron amablemente á la invitación que se les había hecho. La señora de Larreta hizo los honores de la casa, y todos los invitados no se cansaban de alabar su gracia y esquisitez, como así la de la señora de Láinez, que era objeto de todas las demostraciones de simpatía que, en su elevada dignidad y con su excelente trato, sabe conquistarse por todas partes.

Vimos en la recepción, sin contar el sinnúmero de notabilidades de las letras y de las artes, de la banca, de la industria y la colonia argentina en peso, á los embajadores de Alemania, de Estados-Unidos y de Austria-Hungría; á la condesa de Szécsen de Temerin; al embajador de Turquía y señora; á los ministros de Suecia, Costa-Rica, Suiza, Méjico, Rumania, Bulgaria, Persia y Mónaco; y á los encargados de negocios del Paraguay, del Ecuador y del Uruguay.

Las altas dotes de caballerosidad y de hombre de mundo que posee el Sr. Láinez, fueron una vez más, en esta ocasión, apreciadas por una sociedad distinguida y refinada, que no tardó en conceder al embajador argentino toda su respetuosa simpatía.

Estas han sido las fiestas oficiales dadas en honor del eminente embajador y de su comitiva. Rindiendo homenaje á sus revelantes méritos, el gobierno francés ha nombrado al Sr. Láinez gran oficial de la Legión de honor, y oficiales á los otros miembros de la misión.

Al mismo tiempo, como testimonio de la fraternidad franco-argentina y de la alta estima en que Francia tiene al Presidente de la Nación Argentina, el Dr. Saenz Peña ha sido nombrado gran cruz de la Legión de honor.

El coronel Martín Rodríguez, agregado militar á la embajada especial argentina en París.

Digitized by Google

LA IMAGINACION BRASILEÑA

Conferencia del Sr. GRAÇA ARANHA, en la Sorbona.

En los primeros días de Mayo, y bajo la presidencia de Mr. Ernest Charles, ha tenido lugar, en la Sorbona, una interesantísima manifestación de alta intelectualidad.

El Sr. Graça Aranha, ante un numerosísimo y selecto auditorio, pronunció una magistral conferencia acerca de *La Imaginación Brasileña*. Glosaron esta disertación el celebérrimo poeta Edmundo Rostand — que hizo la apología de las literaturas extranjeras y, sobre todo, el elogio del ingenio francés — y el Presidente del Consejo de ministros de Francia, Mr. Barthou.

El Brasil — dijo Graça Aranha — es el país de la imaginación. No se trata solamente de la facultad de idealizar, ni del poder creador; tampoco se refiere exclusivamente esta cualidad á la actividad del pensamiento y á la facultad de abstracción, trátase más bien de la ilusión originada por la representación del Universo; es un estado de sugestión mágica ante el cual, la realidad se borra y se transforma en imágenes que pueblan, obsesionan y exaltan el espíritu.

Los orígenes lejanos de la imaginación brasileña se encuentran en el espíritu de las distintas razas que se han encontrado y se han fundido entre los prodigios de la naturaleza tropical. Cada pueblo ha llevado al Brasil su melancolía especial; cada raza llegó al Brasil con el alma oprimida por el terror de dioses diversos, por la angustia de los recuerdos de un pasado, perdido para siempre, y cuya nostalgia se agrava con la inexplicable é intensa inquietud que se siente en toda tierra extraña.

Así nació esa sensibilidad implacable que agiganta y deforma todas las cosas; que enaltece y deprime el espíritu; que traduce todas las aspiraciones y todos los deseos; y que es el turbio manantial del que brotan, al par, la Poesía y la Religión, ensueños á través de los cuales vamos en afán de Infinito. Luego de ese vuelo imposible, las alas de nuestro albedrío se rinden, y caemos, tornando á las brumas de la inacción y del deseo.

Al Brasil llevaron los portugueses sus anhelos de espejismo y su melancolía ensoñada y profunda. Al Brasil llevaron los negros sus fábulas y sus leyendas, y los indios sus temores y la población espectral de sus fantasmas.

Roma transmitió al espíritu latino una tristeza que los griegos no habían conocido. Sea debido á su expansión por el mundo, séalo á su impulso de conquista, séalo á la fusión de tantas razas y de tantos dioses tenebrosos, ó por la conciencia de un destino formidable que nunca pudo ser igualado, lo cierto es, que los cimientos del inmenso y sólido edificio del egoísmo romano fueron socavados por las misteriosas lágrimas de las cosas, y la infinita soledad del alma se puebla del terror de las noches eternas.

A esta melancolía ancestral, los conquistadores portugueses del Brasil sumaron la tristeza que da el Océano. El mar fué para ellos una extraña tentación. Les llevó al apogeo de su energía nacional, y les llevó también á su decadencia. Se esparcieron por el mundo; adquirieron renombre y gloria; fueron soldados audaces y marinos expertos... Y así, un día abandonaron el puerto atraídos por un espejismo lejano, y desaparecieron para siempre en lo profundo de los mares infinitos.

En el místico amor de las grandezas de su país, radica para los brasileños la causa principal del patriotismo exaltado que se trasmite á través de las generaciones, y que constituye, desde la alborada de la niñez, la ilusión nacional, que hace que los niños se sientan orgullosos de la luz de su cielo, del brillo de sus estrellas, y de todos los esplendores de la naturaleza de su patria.

Las cosas más pequeñas se agigantan en las imaginaciones infantiles. Para el niño brasileño, todo lo que es *su tierra* es incomparable: el Brasil es el país de las grandezas insuperables, y cuando ese niño se da cuenta de su equivocación, llora con lágrimas amargas la decepción de su acendrado patriotismo. Pero aquella primera ilusión de la infancia no se borra jamás, pese á todos los desengaños, y cuando más tarde, el niño se convierte en hombre y gobierna á su país, todas las esperanzas de grandeza le parecen mezquinas.

Sin embargo, á pesar de esa veneración hacia la tierra, que se adueña del espíritu, sobre éste subsiste siempre el vago temor, que hace del brasileño un errante, en el extraño ambiente tropical. Faltábale al hombre, en el Brasil, el acuerdo, la íntima

Digitized by Google

conexión con la naturaleza, ese maridaje que en otros países une al hombre con el suelo, en perfecta armonía del espíritu con la materia. Del estudio del brasileño se desprende la impresión de que es un extranjero trasplantado y mal aclimatado, en perpetua nostalgia de una patria lejana.

Esta poesía es de una gran dulzura. Parece que se resume en un lamento ó en una oración. Dícese en ella la amargura de la vida rudimentaria, y en ella se expresa el culto hacia esa Naturaleza enemiga y dueña.

En el silencio de las selvas, en las orillas de los ríos, en la paz de los campos plácidos, en la pampa abrasada, el hombre se estremece de terror, se exalta, y se entrega al ensueño místico que le consuela de la espantosa realidad. En la hora de soledad, la poesía nace del terror, y es una oración dicha al eterno y augusto misterio. Así, de los duros corazones de los hombres de mar y de los campesinos brota un inmenso y plañidero canto de nostalgia, de recuerdo y de amor. En el ritmo de toda poesía se encuentra la angustia del alma que busca la eternidad, y la literatura, producto de esa extrema sensibilidad imaginativa, es necesariamente poética y metafísica. No es la imagen de la realidad, no es el divino espejo de la vida, sino que representa la sujetividad del espíritu humano, que se refleja en el prisma de la poesía.

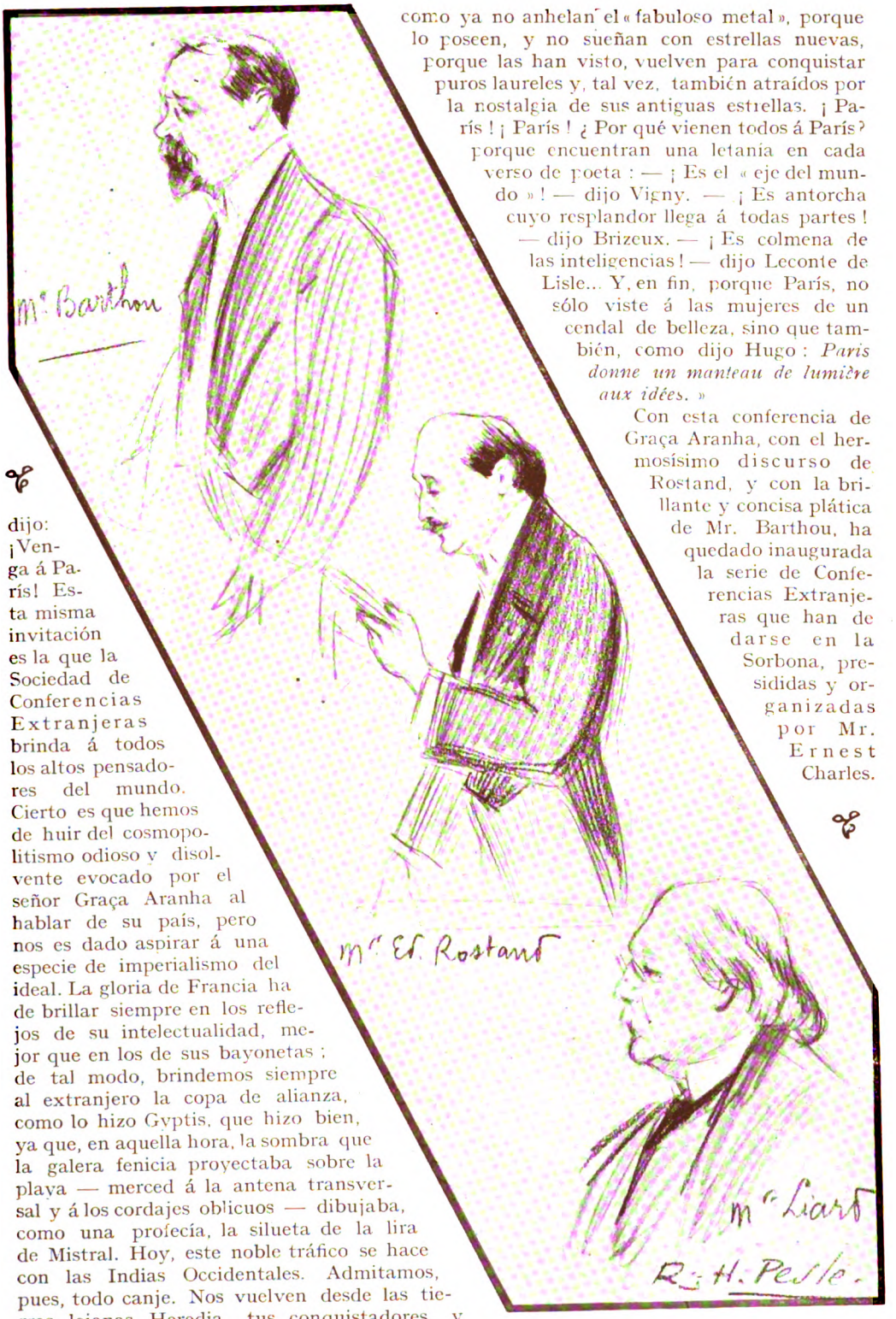
A este sentimiento de misterio y de temor, atribuye Graça Aranha el atraso en que se encuentran algunas artes plásticas en el Brasil, como ocurre con la escultura y la pintura.

Graça Aranha dice esperar mucho del contacto de la literatura francesa, que ha de fecundar y de fortificar á la literatura brasileña.

He aquí un extracto del brillante comentario que á dicha conferencia hizo Rostand.

« Cuando Napoleón I conoció á Gœthe, le

Digitized by Google



dijo: ¡Venga á París! Esta misma invitación es la que la Sociedad de Conferencias Extranjeras brinda á todos los altos pensadores del mundo. Cierto es que hemos de huir del cosmopolitismo odioso y disolvente evocado por el señor Graça Aranha al hablar de su país, pero nos es dado aspirar á una especie de imperialismo del ideal. La gloria de Francia ha de brillar siempre en los reflejos de su intelectualidad, mejor que en los de sus bayonetas; de tal modo, brindemos siempre al extranjero la copa de alianza, como lo hizo Gyptis, que hizo bien, ya que, en aquella hora, la sombra que la galera fenicia proyectaba sobre la playa — merced á la antena transversal y á los cordajes oblicuos — dibujaba, como una profecía, la silueta de la lira de Mistral. Hoy, este noble tráfico se hace con las Indias Occidentales. Admitamos, pues, todo canje. Nos vuelven desde las tierras lejanas, Heredia, tus conquistadores, y como ya no anhelan el «fabuloso metal», porque lo poseen, y no sueñan con estrellas nuevas, porque las han visto, vuelven para conquistar puros laureles y, tal vez, también atraídos por la nostalgia de sus antiguas estrellas. ¡París! ¡París! ¿Por qué vienen todos á París? porque encuentran una letanía en cada verso de poeta: — ¡Es el «eje del mundo»! — dijo Vigny. — ¡Es antorcha cuyo resplandor llega á todas partes! — dijo Brizeux. — ¡Es colmena de las inteligencias! — dijo Leconte de Lisle... Y, en fin, porque París, no sólo viste á las mujeres de un cendal de belleza, sino que también, como dijo Hugo: *Paris donne un manteau de lumière aux idées.*»

Con esta conferencia de Graça Aranha, con el hermosísimo discurso de Rostand, y con la brillante y concisa plática de Mr. Barthou, ha quedado inaugurada la serie de Conferencias Extranjeras que han de darse en la Sorbona, presididas y organizadas por Mr. Ernest Charles.

Digitized by Google

LA MONTAÑA MARAVILLOSA

Por FRANCISCO CONTRERAS

LA ZORRA BRUJA

¡, los domingos de campo en la época de la cosecha! ¡Época feliz, en que el labriego recibe en el oro del trigo el precio de un invierno de labor y privaciones!

Aquel domingo, al descender la tarde, por el camino real labrado sobre el cordón de lomas crespas de viñedos que cierra el valle, en que albean las casas de la Hacienda, venían tres mozos al galope de sus cabalgaduras, envueltos en rumorosas ondas de viento, á la espalda, flotantes, los ponchos de colores. Sobre sus anchos sombreros de paja rubia vibraba la cinta roja ó verde, colgante, mientras en sus botas hundidas en los recios estribos de madera esculpida, tintineaban las espuelas de rodajas enormes. De improviso, el que llevaba la delantera refrenó el caballo, y se aproximó á la cerca de varas musgosas que lindaba la viña. A su vista se ofrecía un paisaje encantador y característico, que los moradores del lugar veían con los ojos cerrados. En primer término, las faldas cubiertas de parras bajas, entre cuyo follaje espeso azuleaban los racimos maduros; luego, el valle verde de cultivos con la raya verde de su sendero; en medio, sobre montículo hirsuto de arboleda la gran casa vista por la espalda, con su corredor en terraza cerrado de rejas claras; después, el estero en su cama de arena, azogueante aquí y allá entre totorales y sauces blondos; por fin, el cordón de lomas frontero, con su cima en explanada, sobre la cual tenían lugar las trillas de la hacienda. Veíanse allí varias eras en fila; en la última estaban trillando; se divisaban las yeguas en ronda vertiginosa; llegaban, amortiguadas, las voces roncas de los arriadores: «¡Ah, yegua! ¡ah, yeguaaa!...» Más acá, en la falda del lomaje, se alzaba una casita cobijada por un sauce llorón desmesurado. El mancebo alargaba los ojos, mirando con insistencia; su cara morena pero agradable, en que persistían los rasgos redondeados y la rareza de vello del indio progenitor, se contraía con ansiedad visible; los dientes blanquísimos mordían el labio inferior cárdeno.

—Están en la última «botada»—dijo á sus compañeros, que se habían detenido á su lado. —Vamos á llegar tarde. Volvámonos, mejor...

—¡Vaya, Churna!—exclamó uno que, por sus cabellos color de maíz, llamaban el Rucio—¡Bueno que sos cobarde! Le tenís miedo al hombre... Di la verdad...

—Así no más es—gritó el otro trigueño y magro, apodado el Flaco, rompiendo en brillante risa.

—¿Es decir que le creís—continuó el Rucio—que no te quiere á vos para su hija? El, que no tiene adonde caerse muerto... Y vos acreditado, trabajador, con una yunta de bueyes y un bonito caballo... ¡No hay un viejo en la hacienda que te niegue su chicuela!... ¿Y don Fermín?...

—¡Si lo hace de paroliento! Por darle humo á la mocosa y por hacerse de rogar... ¿No saben lo que le pasó á mi padre con él? Don Fermín tenía un caballo (el overo ese...) que no le servía para nada. Mi padre le pidió que se lo vendiera. Don Fermín le contestó malhumorado que no necesitaba plata. Pasó el tiempo, y un día que mi padre andaba

Digitized by Google

cerca de su casa, volvió á hablarle del negocio. El hombre se enfadó, y por poco no lo echó á palos. Mi padre se fué sentido, y no pensó más en el overo. Cuando una nochecita llega don Fermín á vernos y ¿qué creen ustedes que pasó ? Le vendió el « manco » por lo que mi padre quiso darle. ¡ Ese es el hombre !

— ¡ Ese es ! — repitió el Rucio. — Y agora Chuma ¿ vamos á la trilla ?

— Yo no digo que no, si ustedes quieren...

— ¡ Claro, que querimos !..

Echaron á correr con toda la rapidez que les permitió el camino lleno de baches, lindado á la izquierda por barrancos profundos plantados de álamos, que bajaban hasta un valle estrecho ahogado por bosques tupidos. Descendieron hacia la vega toda azul de pobos en flor ; cruzaron el estero, que á la sazón no era sino un hilo líquido ; traspusieron las trancas, que abrieron de un empujón, sin echar pie á tierra ; siguieron un momento á lo largo del agua, por la arena, entre el totoral, y refrenando algo los caballos comenzaron á trepar la falda del lomaje. Alcanzaron la casita agazapada bajo el sauce : la morada de don Fermín. Pasaron por el patio mismo, entre el árbol magnífico y el corredor, ante el cual se alzaba una gran ramada recién hecha, cercada de varas cilíndricas y lisas. Tomás alargó los ojos buscando á alguien, mas no vió sino á algunos de los chiquillos que jugaban con un perrito lanudo, el cual, al notarlo, se puso á ladrar contra él, desesperadamente.

Llegaban ya á la era, cuando vieron que las yeguas se detenían, y oyeron que los arriadores gritaban con ronco canto : « Fuera yegua, fuera yegua, fueraaa... » La trilla terminaba. Tomás, desconcertado, clavó espuelas, y fué á colocarse junto á la puerta, donde comenzaban á alinearse algunos horgueteros ; quería hacer ver ó, más bien, demostrarse á sí mismo, que aún podía ayudar en algo. Frente á él se erguía el dueño de la trilla, un hombre de « buena edad », bastante alto, con unos ojos de buey, mansos é indecisos, y unas barbas azules, luengas y ensortijadas ; se asemejaba singularmente á San José, tal cual lo representan ciertas viejas imágenes de talla. Tomás le saludó de lejos, quitándose el sombrero. Contestóle él con sonrisa ambigua, indescifrable.

Salieron las últimas yeguas, y tras ellas partieron al trote los « campañistos ». No sabiendo qué hacer, Tomás echó á correr en pos de la piara, y se dió á ayudar á los hombres con un celo y una actividad inusitadas. Cuando regresó, la gente partía hacia la casa. En la era no quedaban sino unos cuantos labriegos sumidos en el oro pulverizado de la paja, terminando de hacer la parva. Adelante iba don Fermín rodeado de los horgueteros, la herramienta al hombro ; seguían los invitados y los arriadores, algunos viejos ostentando bizarros ponchos y grandes estribos de madera esculpidos, y mozos ; los más, luciendo sombreros enormes y fajas de seda verde ó púrpura. Tomás se unió á éstos y viendo á Juan, el hijo de don Eusebio, su amigo íntimo, se puso á charlar con él, haciendo ostentación de grande alegría y aturdimiento.

Llegados á la casa, don Fermín y los horgueteros penetraron en la ramada, donde había ya muchas mujeres : viejas envueltas en pañolones abigarrados, mozas azuladas de solimán, con pañoletas vistosas y grandes aretes dorados. Los jinetes se agolparon á las varas, algunos descendieron, otros improvisaron una « topeadura », así de broma, « por travesear » ; unos cuantos de un lado, otros tantos del opuesto, apoyando el caballo contra la vara, hacían esfuerzos inauditos por pasarse. Tomás se mostraba de los más entusiastas. De pronto se oyó la voz del dueño de casa, una voz aguda y temblorosa que, no acordándose con su estatura pero sí con sus ojos bovinos, invitaba á los jinetes á desmontarse y á entrar. Casi todos obedecieron. Tomás y Juan siguieron montados.

— ¡ Pan de la trilla, caballeros !

Una vieja gruesa, pequeña, frescota de su antigua belleza, les ofrecía de un cesto repleto pan moreno calientito. Era doña Marcela, la esposa del viejo cochero de la Hacienda, mujer de buena pasta, que tenía siempre para cada cual una frase amable, amiga de fiestas y gollerías, ayudante infaltable de toda trilla del lugar ; malas lenguas decían que lo hacía por casar á sus « pollitas » ; verdad que había casado á la mayores, y sólo le quedaba la menorcita : Vitalia. Sirviéronse los mozos, agradeciendo el obsequio con el consabido « Dios se lo pague... »

Doña Marcela, echándose algo hacia atrás, les contempló, sonriendo maliciosamente.

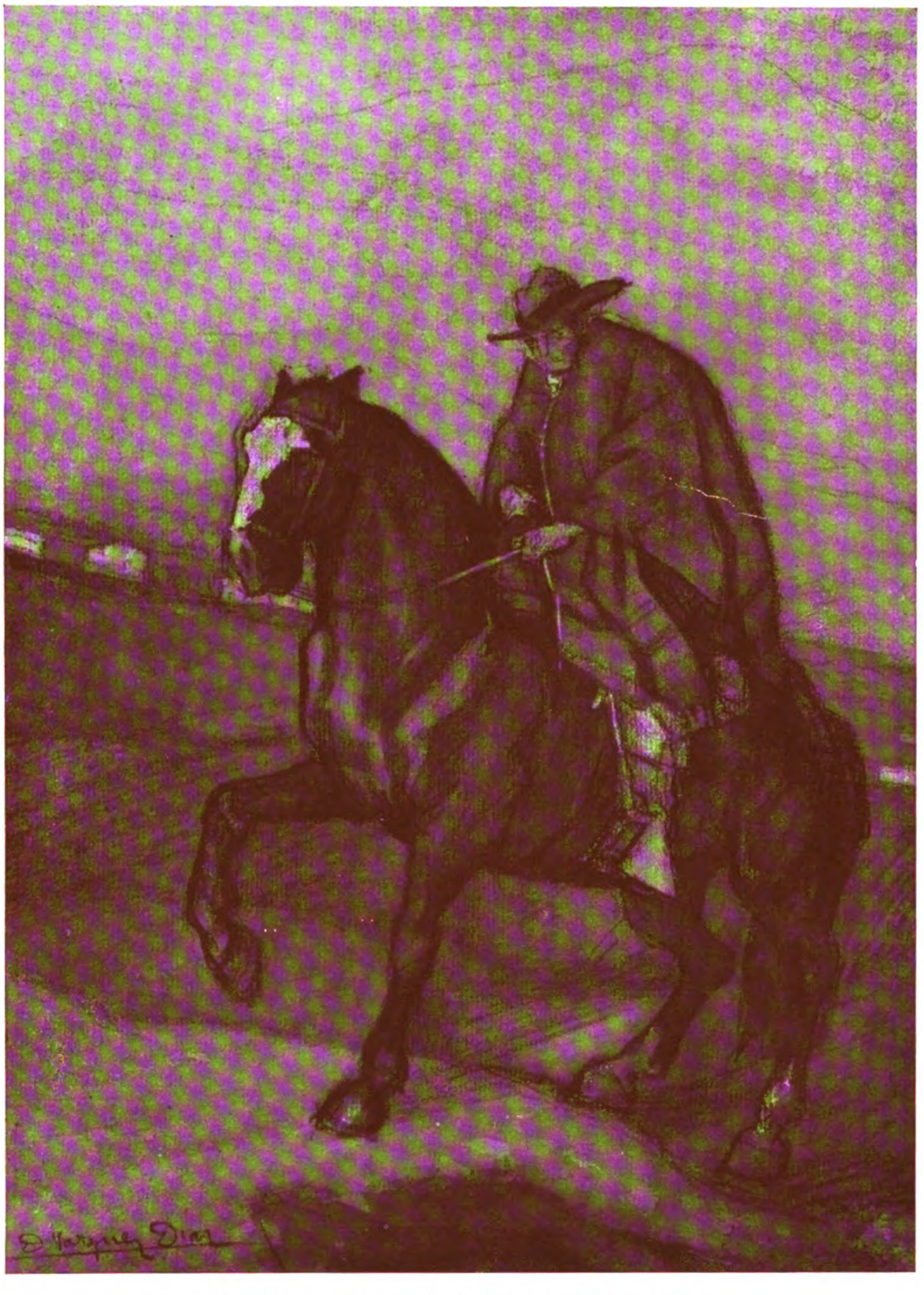
— ¿ Y ustedes por qué no se apean ? — dijo.

Tomás inclinó la cabeza con gesto tímido, tal un muchacho que no osa tocar la golosina demasiado buena que le ofrecen.

— Apéense no más — continuó la vieja en tono cómplice — yo se los digo y yo mando aquí... ¡ ja ! ja ! ja !...

Juan echó pie á tierra. Tomás le imitó. Fueron á sentarse en un rincón, y se pusieron á hacer comentarios sobre la asistencia. Súbito oyeron la voz de don Fermín que reclamaba á Juan, cariñosamente : « ¿ por qué se pierde ? Venga por aquí... » Este,

Digitized by Google



De improviso, el que llevaba la delantera refrenó el caballo...

comprometido, dejó á su amigo. Al sentirse solo, Tomás paseó una mirada buscando á sus compañeros. Divisó al Rucio allá, al otro extremo, entre un grupo de muchachas. Para alcanzarlo tenía que atravesar la ramada; no se arriesgó.

Las cantoras, que desde hacía rato afinaban las guitarras, rompieron en aquel mo-

Digitized by Google

mento con el preludio de una tonada en boga, y en seguida subieron sus acentos agudos y guturales. Tomás, atento el oído, daba muestras de escuchar con gran atención, pero sus ojos no se despegaban de la puerta de la estancia, como en espera ansiosa. De pronto, se estremeció. Acababa de aparecer en la puerta sombría una muchacha nerviosa, pálida, de anchos ojos negros en forma de almendra. Vestía una falda clara, azulina, y sobre su pecho se cruzaba una pañoleta color flor de durazno, prendida con un broche de coral. Miró á todos lados, cautelosa, curiosa, y al encontrar los ojos de Tomás encendiéronse sus labios en ardiente sonrisa ; se aproximó al mozo y se sentó á su lado.

— Buenas tardes...

— Buenas tardes. Rosita...

Se dieron á hablar en voz baja, trémula de emoción, pero en actitud impasible, sin el menor gesto que denunciara el tumulto de sus corazones...

De pie, irguiéndose cuanto podía, doña Marcela batía palmas, pidiendo atención :

— ¡Cueca! — gritó — ¡ una cueca para abrir el apetito !...

Las cantoras atacaron el aire de la danza nacional, famosa.

Un silencio casi solemne envolvió la asistencia. Al instante, en medio del recinto, surgió una pareja, como brotada de la tierra : ella y él muy serios, el pañelo en la mano, el uno frente al otro, esperando quietos el momento en que empezara el canto. Eran el Rucio y una muchacha pequeña, coloradila : Vitalia.

« No hay florcita en el llano,
Todo está triste,
En la espiga no hay grano,
Desde que huiste... »

Batiendo el pañuelo, los danzantes se lanzaron en una especie de ronda ; diríase que el galán solicitaba en vano á la dama, que huía desdeñosa.

« Desde que huiste
¡ Ay, sí !
¡ Oh, luz del día !
Está triste, muy triste
El alma mía...

Al repetir el final de la cuarteta giraron sobre un pie, airosamente ; luego, aproximándose, como si ya se entendieran, siguieron el juego de « ataques » y fugas en un paso cadencioso, batiendo los pies con asombrosa destreza y rapidez; sobre sus frentes, los pañuelos vibraban como blancas alas...

Algunos mozos se habían sentado ante las cantoras y, golpeando con los nudillos sobre la capa sonora de los instrumentos, acompañaban el canto marcando el ritmo ; otros se habían agrupado en torno á los danzantes y, el poncho al hombro, batían las manos acompasadamente : « ¡Ahora, ahora, niños! ¡ ahora !... »

Doña Marcela, con un enorme vaso en la diestra, se aproximó á la pareja : « ¡ Haro !... »

Al instante, como por encanto, los danzantes se detuvieron, las guitarras callaron, las cantoras enmudecieron. Bebieron todos.

Rosa y Tomás habían seguido la danza en silencio, los ojos perdidos más allá de lo que veían... Doña Marcela, que pasaba con el vaso vacío en alto, al notarlos, se detuvo sonriente :

— ¿ Qué hay, Chuma ? ¿ No saca á bailar á la niña ?

El mozo la miró vacilante, y sonrió ; su cara obscura se iluminó del relámpago blanco de sus dientes.

— Sáquela no más ; ya sabe que yo mando aquí...

El mozo se incorporó y, aunque indeciso aún, ofreció el brazo á la muchacha. Esta, temerosa, se excusó : « No le gustaba bailar, no... No le gustaba... » El, desconcertado, insistió : « Una vueltecita, solamente una vueltecita... »

— Pero, hágase amable — aconsejóle doña Marcela, irónica. — Ofrézcale... ofrézcale este mundo y el otro...

Asediada, Rosa levantó los ojos á fin de consultar á su padre con la mirada. Este desvió los suyos con ostensible mal humor. No sabía qué hacer la chica, cuando oyó la voz de su madre, que comenzaba á servir la cena, dirigirse á Tomás, indirectamente :

— La chicuela no baila... No le gusta bailar...

Pero el mozo, enardecido, no se resolvía á quedar desairado : « No más que una vueltecita... »

— ¿ No le dicen que no, amigo ? — gritó entonces el dueño de casa, en tono aflautado pero sostenido.

Tomás se volvió como si le hubieran dado un pinchazo. Miró al hombre con ojos terribles, mas al encontrar los de éste, fríos, impasibles, inclinó la cabeza vencido, como un niño á quien acaban de zurrar.

— Está bien, me iré entonces...

Don Fermín se encogió de hombros, despectivamente. Tomás deslizó un « adiosito » al oído de la muchacha, desató el caballo de la vara, y montó. Echó una última mirada : Rosa entraba en la estancia, la cara en las manos, sacudida por sollozos nerviosos...

Digitized by Google

Cuando se vió en el camino real, en lo alto del lomaje, refrenó el caballo, algo calmado con el sacudón de la carrera. Suspiró profundamente; miró al vacío. Era ya la noche. Sobre el cielo diáfano de un azul casi verde, subía la luna en creciente, clara é irregular, como una perla enorme y deforme. En el valle de la hacienda, las casas iluminadas parecían mirar la noche por los ojos bermejos de sus ventanas. Sobre el lomaje frontero se divisaban las eras, con los bultos de sus cuidadores echados sobre la paja; de la casa del sauce, ardiente de luces, llegaban entrecortadas las voces chillonas de las cantoras. Al lado opuesto del camino, en la hondonada, el bosque acribillado de rayos de luna se esfumaba en uno como estremecimiento de tules azules...

Percibió galopar de caballos que se acercaban. Escuchó un instante. Se volvió á mirar, y al darse cuenta que eran el Rucio y el Flaco echó de nuevo á caminar. Pronto éstos le alcanzaron, y sin decir palabra siguieron á su lado. Leales amigos, respetaban su cuita...

Una sombra blanca se destacó del corredor, y entró en la luna.

Galopaban, galopaban, galopaban; el ruido de los cascos, duro y como hueco, subía á compás en el aire azul. Al llegar á una encrucijada, de que partía un sendero que, orillando un barranco enorme, descendía á un vallecito afelpado de « chacras », en que se alzaba una casuca de techo pajizo, el Rucio sujetó su caballo de un golpe; los otros le imitaron, instintivamente.

— ¿Nos vamos? — preguntó. — Yo corto por aquí...

Tomás le contempló con piedad:

— ¡ Buena cosa, que sos gallina ! — exclamó -- ¿ Entonces, no vamos á divertirnos un rato ? ¿ No vamos á echar un trago y á bailar una cueca ?

Se vengaba.

— Como quieran, por mí...

Digitized by Google

Galoparon nuevamente, acordando el paso de los caballos. Torcieron un recodo en que la ruta empezaba á subir; á la derecha, la cima de la loma recostaba sobre el cielo claro sus arbolillos sombríos. Alcanzaron una especie de meseta estrecha entre valles poco profundos y otros lomajes más elevados, azules de boscajes lejanos. Cerca del camino, se alzaban quí y allá algunas casitas semiocultas entre frutales, en que latía el fuego; de unas cuantas llegaban vagos sones de guitarras... Era un lugar de alegría, de fiesta continua, en que el labriego hallaba siempre vino y charla, y los domingos baile y empanadas.

Al divisar un rancho á la vera de la ruta, los mozos acortaron el paso de las cabalgaduras; poco después se detenían ante la ramada del patio. Una mujer extraña, gruesa de cuerpo, flaca de cara, con una nariz de garfio y grandes ojos verdes, se adelantó á recibirles. Era la dueña de casa, madre de las famosas niñas Retamal. Desde que sus hijos habían emigrado á la Frontera, ella y sus chicas trabajaban como podían; y como éstas eran « buenas mocitas » y amables, pasaban la vida...

— Apearse, caballeros...

— Gracias, ña Gertrudis...

Amarraron las « bestias » á la vara y entraron á la ramada, arrastrando las rodajas de las espuelas. Bajo el corredor, unos cuantos hombres ebrios se agrupaban en torno de las niñas que, con grandes risas, se defendían de sus asaltos galantes.

— ¿ Tiene empanadas ?

— Empanadas ricas y mosto generoso...

— Y chiquillas superiores — completó en tono risueño una voz vinosa á sus espaldas.

Volviéronse los mozos temblorosos de risa. Era don Quijada, el viejo « campañisto » de la Hacienda, que les miraba sonriendo en su luenga barba negriblanca; sus ojos encendidos por el alcohol se agitaban maliciosos.

— ¡ Diantre, don Quijada ! — Y los mozos le palmearon el hombro familiarmente. Se sentaron allí cerca, en corro, bromeando y riendo de la ocurrencia del viejo. Una de las muchachas, la falda muy almidonada, muy coloraditas las mejillas, se aproximó con una fuente de barro en las palmas: traía las empanadas. Saludáronla los mozos con ruidosa galantería: « ¿ Cómo está, pues, Juanita ? ¡ Siempre buena moza !... » Luego volvió, portando un cántaro repleto de vino y tres vasos de asta.

— ¿ Quiere servirse, don Quijada ? — dijo Tomás, señalando al viejo la fuente.

— No. Ya comí...

— Un traguito entonces.

— ¡ Ah ! eso es otra cosa...

Y recibiendo el vaso que el mozo le alargaba, lo apuró de un sorbo.

— Es del bueno — murmuró para su poncho, chupándose los bigotes.

Los mozos comían y bebían lentamente, mascando bien, paladeando con fruición. En el corredor, los hombres, vaso en mano, se apretaban en torno de las muchachas, que afinaban las vihuelas. De vez en vez, llegaban jinetes al galope; la patrona salía á recibirles con su amabilidad habitual, propia del oficio.

Tomás había hecho sentarse á su lado á Juanita. Disimuladamente le estrechaba el talle con el brazo tembloroso. Muy contentos ambos, chocaban los vasos, rientes. Las cantoras preludiaban una cueca. Doña Gertrudis se acercó, presurosa:

— Don Chumita, « esa » es para usted...

El mancebo no se hizo repetir la indicación. Se descalzó las espuelas é, incorporándose, ofreció el brazo á la chica. En cuanto empezó el canto, se lanzaron en los preliminares de regla; luego, poco á poco, fueron animándose; despues, Tomás empezó á agitar los pies vertiginosamente, en un saltar loco é incansable. Juanita, entusiasmada, le imitó; no se les veían los pies, ó más bien, se les veían multiplicados al infinito...

— ¡ Eso es, zapateadito ! — gritaban los mozos que hacían corro, batiendo palmas. — ¡ Ofrécele « guaina ! » ¡ Hurraaa !...

De improviso, antes que las cantoras gritaran el último verso, Tomás se detuvo de golpe, ensombrecido, como avergonzado de lo que hacía; dió las gracias á la niña sin ofrecerle el brazo, y fué á sentarse junto al campañisto; sus amigos no estaban ya allí. Apoyó los codos en las rodillas, dejó caer el mentón en las palmas, y se quedó inmóvil, la boca apretada, la mirada ausente. La herida que aquella tarde recibiera, se reabría dolorosísima. Representábasele la afrenta con precisión inexorable. Oía la voz del hombre que gritaba: « ¿ Pero no le dicen que no ?... » Y veía á la niña que entraba, la cara en las manos, sacudida por los sollozos. « ¡ Mal haya !... » Se estremeció. Una mano de plomo acababa de caer sobre su hombro; era el Rucio que, cruzando los brazos sobre el pecho, le miraba mal humorado:

— ¡ Pero Chuma ! ¡ Yo creía que habíamos venido á divertirnos !...

Algo más atrás, el Flaco movía la cabeza, sonriendo:

— ¡ Vaya un hombre !

Digitized by Google

Doña Gertrudis se acercó, curiosa :

— ¿ Qué hay ? ¿ qué pasa ?

— Nada, que el hombre está enfadado porque, en la trilla, don Fermín no le dejó bailar con la Rosa...

— ¡ Sea por Dios ! ¿ Y qué más quería ? un « guaina » acreditado, trabajador, y que tiene como...

— ¡ Si lo hace de veleidoso ! — dijo el Flaco.

— Así mesmo es. Cuando viene aquí, se hace el mal agestado, pero en cuanto las chiquillas se ríen con él... ¡ Ya, ya, ya ! Yo que usted, don Chuma, le daba una lección : no me aparecía más por su casa ni me acordaba más de la chicuela...

— Lo que hizo mi padre — saltó el Flaco — y el hombre vino á ofrecerle el caballo...

— Yo hacía otra cosa — chilló don Quijada, esforzándose en alzarse sobre sus piernas trémulas por la embriaguez. Yo hacía otra cosa...

— ¿ Qué ?

— ¡ Me robaba á la chicuela !

Tomás se irguió como iluminado :

— ¡ Eso es de hombre ! — exclamó cerrando los puños... — ¡ Ña Gertrudis ! ¡ Otro cántaro de vino !...

La mujer se apresuró á cumplir la orden. Tomás llenó los cuernos con gesto de triunfador. Pasóle uno al viejo.

— A su salud, don Quijada.

— A la suya, don Chumita.

Hizo aproximarse á sus amigos, y empezó á hablarles confidencialmente :

— Por esta luz que me alumbra (besó la cruz que hacía con el pulgar y el índice) les juro á ustedes que esta noche, esta mesma noche me la robo, y me voy con ella... — E inclinándose algo para ver la luna que la ramada interceptaba : — Ya han de haber cantado los gallos. Me voy, pues, y que pase lo que pase...

Don Quijada que, inmóvil, los ojos entornados, parecía dormido, movió la cabeza.

— ¿ Y no tiene miedo, amigo ? — murmuró.

— ¿ Miedo? ¡ Yo no le tengo miedo á nadie !

— No, yo no hablo de los cristianos, hablo de las cosas del otro mundo... ¿ Y si le sale una zorra bruja, y le marea y le pierde con prenda y todo ?...

Los mozos sonrieron con gesto burlón.

— ¡ Ah ! ¿ Ustedes no creen en las zorras brujas ? Yo tampoco creía... hasta que me pasó chasco...

Los mancebos alargaron la oreja, curiosos; sabían que aquel hombre era un tesoro viviente de cuentos y consejas, algo así como el alma encarnada de la Montaña Maravillosa.

— ... Una noche de lunita clara como el mesmo día ensillé el alazán y salí... Iba por cosas de maldad, no lo niego, á ver á una moza que tenía por ahí... Cuando, al atravesar un montecito, veo que de entre unas matas de boldo sale una zorra meneando la cola, meneando la cola como un perro... Un poco más allá, la mesma cosa ; volvió á asomar entre los matorrales y atravesó el camino... « ¡ Diantre ! — pensé — ¡ no sea una zorra bruja ! » Pero como soy valiente, agarré firme el ramal y aguardé... No había andado cinco trancos, cuando asomó otra vez ; me agaché lo más que pude y así, de cerquita, le tiré un ramalazo. ¡ Nada, pues, señor ! ¡ Qué le iba á dar ! Azoté al viento... Es bruja, pensé entonces, y me entró un susto... En esto, el animal comienza á dar vueltas, á dar vueltas alrededor del caballo... y á mí se me empieza á aturdir la cabeza... cuando de repente, el alazán da un saltazo : la maldita se le había encaramado en las ancas... Entonces, no supe más, perdí el sentido. Me pareció que soñaba y que andaba, andaba, andaba, vadeaba ríos, subía cerros, atravesaba « quilantrales », cosas que no había visto en la vida... Al otro día me hallaron en el camino, contra el suelo, echando espumarajos por la boca... ¿ Y saben ustedes dónde estaba ? Allí mesmo, á dos cuadras de la casa...

Los mozos, que habían ido poniéndose graves, quedaron pensativos ; por sus pupilas maravilladas cruzaban fosforescencias insólitas. Tomás se alzó, sin embargo; no quería pasar por cobarde.

— Me voy — murmuró.

— Bueno, pero tenga cuidado ; si le sale el animalito, no vaya á decir : « ¡ diantre ! » porque está perdido ; diga : « con Dios y Santa María. » No se lo olvide...

Tomás galopaba, galopaba ; la noche estaba tan azul que no había temor de dar un mal paso. Cuando llegó á las trancas refrenó el caballo. Atravesó la vega, lentamente, el oído atento ; el silencio era absoluto ; la fiesta había terminado ; sólo se oía el croquear de las ranas en los charcos, en los que se ahogaba algún trozo de luna. Desmontóse, amarró el caballo entre los sauces y comenzó á ascender, andando en la punta de las botas para no hacer sonar las espuelas. El patio de la casita aparecía como espolvoreado de una harina azul é impalpable ; la sombra de la ramada se recortaba neta, profunda. Al sentirlo, el perro empezó á gruñir, mas él lo llamó por su nombre, bajito, y el animal vol-

Digitized by Google

Atravesaron la pradera al trote ; los cascos del caballo se embotaban en el suelo felpudo y azul de poleo en flor.

vió á acurrucarse. Se acercó al cuarto del corredor en que Rosa dormía. Escuchó un instante ; el corazón le latía con tal fuerza, que las vibraciones le llegaban á la garganta. Ya se disponía á silbar de la manera convenida para llamarla en casos semejantes, cuando percibió que desapretaban la tranca de la puerta. Corrió hacia el costado de la casa, y se agazapó tras unos ciruelos añejos. Una sombra blanca se destacó del corredor, y entró en la luna : ¡ Rosa ! Se arrebujaba en un pañolón granate que la luz azul tornaba púrpura. Dobló el ángulo de la casa. Miró buscando algo, aproximóse al muro, é inclinóse hacia un vaso íntimo de arcilla allí olvidado...

Tomás miraba con ojos encendidos. Un deseo súbito, irresistible, le convulsionaba con violencia ; sus dientes castañeteaban como si tuviera fiebre. Silbó de la manera convenida para no asustar á la niña, y salió del escondite.

— ¡ Tomás !

— ¡ Rosita !

Se miraron, se abrazaron, se besaron perdidamente.

— Ya ve — murmuró luego el mozo — no podemos seguir así... Don Fermín me agravia á cada rato... Yo no puedo aguantar más...

— ¿ Y qué he de hacer yo ?

— Venirse conmigo, y ahora mesmo...

— ¡ Jesús, María !

— Es lo único que nos queda que hacer... Vamos, pues ; el caballo nos aguarda entre los sauces... ¡ Vamos !

Y sin esperar la respuesta de la niña, muda de emoción, le pasó el diestro brazo por la espalda, el izquierdo por bajo de los muslos, la alzó como á un niño, y echó á andar raudamente, casi á la carrera. Cohibida por la firme presión, ella se debatía débilmente :

— ¿ Se ha vuelto loco ? ¡ Suélteme ! ¡ Me hace daño ! ¡ Suélteme ! — Luego, sintiéndose vencida, se sosegó, se abandonó, comenzó á gimotear dulcemente.

Al llegar junto á los sauces, Tomás se detuvo rendido ; soltó á la niña. Viéndose libre, ésta tuvo un gesto de rebelión :

— Pero Tomás — exclamó — ¿ no ve que vamos á hacer una maldad ? Mi padre no nos perdonará nunca.

Digitized by Google

— ¡Las cosas suyas! — replicó el mozo mostrando los dientes. — ¡Si lo hago por eso, por acorralar al hombre! Ya verá como mañana mesmo...

La muchacha bajó la frente, resignada; dió las manos al amante, ya montado, y de un salto trepó sobre el anca del caballo.

Partieron lentamente. Cruzaron el estero. La luna encendía en el agua como una hoguera de diamantes. Dejando de lado el camino real, el mozo tomó por la vega que llevaba á la quebrada del bosque; tenía miedo de topar en la ruta con algún importuno. Atravesaron la pradera al trote; los cascos del caballo se embotaban en el suelo felpudo y azul de poleo en flor. Se internaron en el bosque por estrecho sendero, para gentes de á pie invadido por las ramas locas, á la margen del hilo de agua que tajaba la espesura, entre piedras grisáceas, enormes. La fronda lujuriosa arrojaba sobre la tierra azulada sombras hirsutas, como de bestias montaraces; los viejos troncos ganchudos alzaban á la luna siluetas de fantasmas, que abrían los brazos. Tomás se estremeció. Un terror súbito, inmotivado, empezó á alzarse en su ánimo, como una sombra: « ¡Si nos saliera una zorra bruja! » pensó. Y la sombra le envolvió por completo... Al pasar bajo unos litres que tapaban el cielo, un mochuelo espantado voló sobre su cabeza, graznando fatídicamente. Algo más allá creyó ver un animalucho, que asomaba el hocico entre unas matas de colliguay. ¡Ilusión! Era una rama que se inclinaba... Mas he aquí que, al atravesar un claro en que la luna caía de través como una polvareda de perlas, vió distintamente una zorra que salió de entre las malezas y cruzó el camino, moviendo la cola, moviendo la cola... « ¡Diantre! » exclamó pensando. ¿Pero qué decía? El campañisto le había aconsejado no nombrar al diablo. Su turbación se redobló. Reaccionó, sin embargo. Asió el ramal, y lo aseguró bien á la muñeca. No había avanzado veinte pasos, cuando la zorra asomó por el lado opuesto y volvió á atravesar el sendero, la cola al aire. Tomás se inclinó, el ramal en alto. No era tiempo ya: el animalejo había desaparecido... El mozo sintió que un hielo no natural le recorría las vértebras. Pensó en la frase para conjurar el maleficio. ¡Imposible recordarla!

Nuevamente la zorra atravesó el sendero, y el mozo, nuevamente, erró el golpe. El terror le ahogaba; no pudo resistir más en silencio, su pecho iba á estallar.

— ¡Rosita! — exclamó. — ¿No ha visto?

— ¿Qué?

— La zorra que se nos viene atravesando.

— ¡Ay! — gimió la muchacha en un largo grito, y cerrando los ojos se aferró al poncho del mancebo con dedos nerviosos. Era sumamente supersticiosa: su madre, gran contadora de consejas, le había nutrido el alma desde la cuna con cuantas maravillas y terrores medraban en la montaña, como flores fantásticas.

Tomás entornó los párpados, y abandonó la brida sobre el cuello del caballo. Consciente de su impotencia, no quería ver nada... Empero, *sentía* perfectamente que la zorra seguía asomando y atravesando el camino de vez en vez. Un sudor frígido perlaba su frente, el pelo se le herizaba bajo el sombrerazo. Comenzó á marearse. No conocía los árboles del bosque, el arroyo le sonaba á catarata. Creía haber caminado mucho, mucho; pensaba encontrarse en los cerros azules del horizonte, desde donde se ve el mar... El caballo dió un traspié. Aseguró la rienda; alzó los ojos. ¡Horror! La zorra daba vueltas vertiginosas en torno del caballo, cerrando los círculos más y más...

— ¡Rosa! — gritó. — ¡Cuidado! La zorra va á saltarle encima.

La muchacha exhaló un grito extraño, desgarrador, como de un animal que hieren, y cayó pesadamente. Tomás detuvo el caballo y echó pie á tierra, presuroso. La niña yacía contra el suelo, sobre el tapiz de hojas muertas, sin conocimiento. Revolvía los ojos, mostrando la córnea, espantablemente; hacía sonar los dientes de modo siniestro; en sus labios burbujeaba una saliva espesa; agitaba las manos en convulsión horrorosa.

— ¡Rosita, Rosita! — gimió el mozo, cayendo de hinojos. — ¿Qué tiene? ¿No me oye? ¿No me conoce? Soy yo, Tomás, su Tomás...

Le alzó algo la cabeza, le hizo aire con el pañuelo, le enjugó los labios.

— No tenga miedo. ¡Si no ha sido nada! Yo tengo la culpa ¡perdóneme, perdóneme!...

La niña parecía no oir; seguía revolviendo los ojos, rechinando los dientes. Tomás descendió hacia el arroyo, orientándose por el murmurio; la fronda era tan tupida que no filtraba un rayo de luna. Trajo un poco de agua en la mano ahuecada, y humedeció la frente de la niña. Al instante, ésta se serenó, entornó los párpados, cesó de chocar los dientes. Poco después, su pecho se movía rítmicamente, su respiración se hacía acompasada; parecía haberse dormido. Recostado á su lado, apoyado en un codo, Tomás la contemplaba, conteniendo el resuello. Una laxitud inmensa le ablandaba los miembros; la fatiga, las emociones, la vigilia le

Digitized by Google

rendían. Pensaba, pensaba en cosas incoherentes, que luego no habría podido recordar. Acabó por dormirse profundamente.

De improviso, irguió la cabeza, sobresaltado; creía haber oído voces violentas, cercanas. Miró aquí y allá. Había amanecido La luz matutina envolvía los árboles, como en una gasa de cristal. En el primer momento, no se dió cuenta de nada, mas luego, al ver á la niña dormida allí, á su lado, lo recordó todo con precisión terrible, inexorable. Se incorporó de un salto, sacudiéndose el poncho, al que se habían adherido algunas hojas secas. Consideró el lugar en que se hallaba. Sonrió, tembló. Era el final del bosque, á pocas cuadras de la casa de don Fermín, cabe la gran barranca que desciende al vallecito en que moraban los padres del Rucio. La niña estaba tan cerca del precipicio que, de haber dado un paso más, habría rodado al fondo. A su espalda vibró la voz de don Fermín, chillona pero sólida, tonante:

— ¡ Ah, malvados ! ¡ Al fin les había de encontrar !...

Apareció entre las ramas, alto, muy alto, el busto erguido, la faz lívida; como siempre, los ojos parecían sin vida, pero las alas de la nariz latían con furor; blandía en la diestra un garrote enorme, furiosamente. Al fragor de las voces, la muchacha se despertó, se alzó de medio cuerpo; mas al ver á su padre lanzó un alarido de horror, y volvió á abatirse. Colérico, el hombre corrió hacia ella:

— ¡ Picaronaza ! ¡ Yo te enseñaré á arrancarte á escondidas !...

Y comenzó á descargar golpe tras golpe sobre la mujer indefensa, que, la cara en el polvo, sin rebelarse, sin defenderse, lloraba, lloraba, lloraba. Cuando se cansó de golpearla, la alzó por un brazo, la dió un puntapié en las nalgas, y la empujó hacia el camino.

— ¡ Anda, vete agora, picaronaza !

Tomás había asistido á aquel acto salvaje, inmóvil, impasible, tal un idiota; diríase que había perdido el sentimiento de la realidad. Mas he aquí que don Fermín avanza hacia él, el garrote en alto. El instinto animal de la conservación le hizo volver en sí.

— ¡ Cuidado, don Fermín ! — gruñó, cerrando los puños. — ¡ No le pese después

El hombre amainó; bajó el garrote. Mas el furor de su brazo brotó centuplicado por sus labios.

— ¡ Hijo de una gran perra ! Acostumbrado estás á estas jugadas... Pero conmigo te encontraste... Yo te voy á dar una lección... ¿ Creías que con robarme el crédito me ibas á acorralar ? ¡ Te engañaste ! No te quedarás con la chicuela ¡jamás por jamás !...

Tomás sonrió, calculando que eran la ira y el despecho los que hablaban.

— Réteme no más — murmuró con voz calmada — cuando se haya desfogado, hablaremos.

— ¡ Yo hablar con vos, con un facineroso, con un ladrón ! — gritó el hombre blandiendo el palo.

El mozo se acaloró:

— En fin, acabemos, el paso está dado, toda la Hacienda lo va á saber... ¿ Qué va á hacer usted ?

— ¿ Qué voy á hacer ? ¡ Agora mesmo voy á ir á demandarte !

Tomás quedó como petrificado. No creía á sus oídos. ¿ Era posible que aquel hombre fuera sincero ? ¿ Era verdad, entonces, que no le quería á él para novio de su hija ? La duda primero, luego la certidumbre de su desventura, le oprimieron el corazón. Una piedad inmensa por Rosa, por él mismo, le saturó de ternura; dos gruesas lágrimas resbalaron por sus pómulos.

— ¡Don Fermín — exclamó llorando — tenga compasión de nosotros ! La Rositá me quiere, se va á morir de pena... ¡ Déjenos casarnos !...

Había caído de rodillas, y extendía las manos suplicantes hacia el hombre implacable.

— ¡ Jamás por jamás !

El mozo se alzó. Miró la barranca, que abría allí, á un paso, sus fauces rojizas, siniestras. Una nube de sombra y de locura pasó por sus ojos; tentóle una idea súbita y fatal. Un último desfallecimiento perló sus párpados de lágrimas.

— ¡ Ay, ay, ay ! — exclamó. — ¡ Más bien no hubiera nacido nunquita !...

Y cerrando los ojos, se precipitó en el abismo.

Allá, abajo, en el vallecito, el perro de la casa se puso á aullar extrañamente: ladraba á muerto.

(Ilustraciones de Vázquez-Díaz.)

Digitized by Google

NUESTRO CONCURSO LITERARIO

Como se anunció ya oportunamente, el Jurado á cuya indiscutible autoridad hemos de someter los trabajos presentados al Concurso Literario de *Mundial* y *Elegancias*, queda constituido en la siguiente forma:

Presidente:
D. RUBEN DARIO.
Vocales:
D. ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.
D. RICARDO LEON.
MR. E. MARTINENCHE.
D. AMADO NERVO.
Secretario:
D. CARLOS LESCA.

E. Gómez-Carrillo.

Rubén Darío.

Ricardo León.

Siendo extraordinario el número de originales recibidos en nuestra Redacción para este Concurso, la labor del Jurado ha de hacerse necesariamente lenta, ya que ha de ser también excepcionalmente concienzuda. Sin embargo, ya han sido clasificados todos los trabajos, y se ha remitido buen número de ellos al Jurado, para su lectura.

No siéndonos posible conceder nuevas prórrogas, quedó definitivamente cerrado el plazo de admisión de originales el día 30 de Abril próximo pasado, en lo que se refiere á las poesías, cuentos y comedias. Los originales de las novelas se recibirán hasta el 31 de Julio próximo, día en que se clausurará completa y definitivamente el Concurso.

E. Martinenche.

El autor de la mejor novela, á juicio del Jurado, recibirá un premio de cuatro mil francos (frs. 4.000).

Los autores de las novelas que sigan en mérito, recibirán proposiciones de la administración, para publicarlas en *Mundial* ó *Elegancias*.

La mejor comedia recibirá un premio de mil francos (frs. 1.000).

El mejor cuento será premiado con mil francos (frs. 1.000). Los cuentos que sigan en mérito se publicarán en las condiciones más arriba expresadas.

La mejor poesía tendrá un premio de 500 francos, y las poesías que se juzguen dignas de ser publicadas aparecerán en las revistas, para lo cual se harán las proposiciones consiguientes á sus autores.

Amado Nervo.

Digitized by Google

Las salitreras de Chile. — El tesoro del desierto. — Millones y más millones. — La zona del salitre y su explotación. — Lo que el desierto da, y lo que guarda. — Los trabajos de Mourgues en París. — La llave de diamante.

HACE pocos meses, durante una de mis jornadas de viaje sobre el Pacífico, desembarqué en Antofagasta, para desde allí emprender la ascensión de los Andes, camino de Bolivia.

Fondeaba el buque en la desabrida y áspera rada, y era la hora del alba, cuando el « steward » llamó á la puerta del camarote para anunciar la llegada. Fuíme desde mi litera hasta la ventanilla de la cabina, en insaciable curiosidad del siempre nuevo paisaje.

Subsistían en mi imaginación las recientes visiones de los pintorescos campos chilenos cruzados desde Coronel hasta Santiago, y que, en contraste con la travesía estival de la Pampa Argentina, entre polvo y asfixia, y con el paso invernal de los estrechos de Magallanes, entre hielos y cierzos, habíanme dejado la imborrable memoria de un paraíso, despertando en mi alma, por su semejanza con las vegas españolas, la intensa *saudade* de la patria lejana.

De tal modo, ante el anuncio de arribo á esta costa, límite de Chile, y á esta ciudad asentada sobre las estribaciones de la Cordillera, fueron mis ojos en demanda de la suave melancolía maternal y rumorosa de los bosques...

Me fué dada la réplica contraria, surgiendo, ante mí, la silueta polvorienta y astrosa de un pueblo mísero, aferrado al suelo calcinado y desnudo, en tristeza y en desamparo semejantes al de un harapiento peregrino que perdiera su ruta en el desierto.

Pero al ir por las calles sucias y estrechas al deteneros ante las puertas de las casas de comercio, ó al ocupar una mesa tras del ventanal de un « bar », quedáis en sorpresa, primero, y en asombro, después, viendo brotar de bolsillos maltrechos y circular sobre manos callosas, como un torrente de riqueza, las sonoras y brillantes libras esterlinas, que se manejan en la costa triste, con igual desenfado y prodigalidad que puede usarse en Europa con las pesetas, los francos, ó los marcos.

La solución de este problema os la da cualquier trajinante á quien, en plena calle, se os ocurra interrogar...

— ¡Decidme! — inquiriréis. — Si aquí no hay árboles, ni huertas, ni praderas; si la tierra es estéril, y sobre ella no alzan sus airones de humo las chimeneas de las fábricas, ni se escucha el poderoso alentar de las maquinarias; si todo es desconsuelo y soledad y silencio ¿de dónde sale ese oro que poseéis todos, y que prodigáis con indiferencia de potentados que hubiéranse disfrazado de mendigos en hora de chanza?...

Escuchándoos, el trajinante sonríe, y extiende el brazo en dirección de la altura próxima, desnuda de vegetación, pero vestida de albo cendal, semejante al de una nieve invulnerable á todos los rigores del sol... Aquella nieve abrasada, aquella enigmática blancura deslumbrante es el salitre, maná providencial llegado no se sabe si de los cielos, de las tierras, ó del mar, y que, al trasponer la cumbre hostil, se tiende como un sudario sobre la macabra y pavorosa inmensidad de la Pampa del Tamarugal.

Este páramo, sobre el cual no halláis ni una sombra, ni un manantial, ni un asilo,

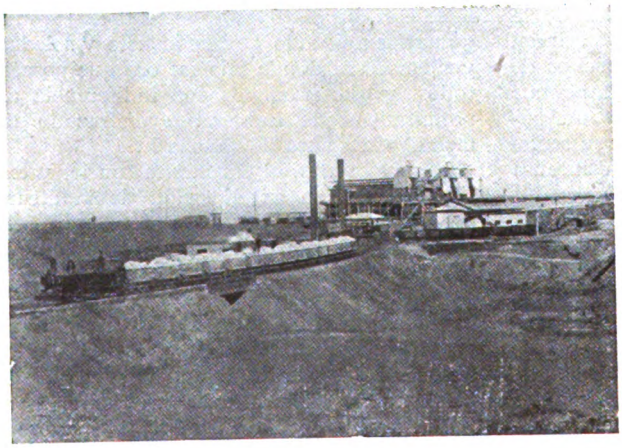
Digitized by Google

VISTA GENERAL PANORAMICA DE UN

En primer término, "bateas" ó tanques en los cuales cristaliza el salitre disuelto en el agua. En último lugar, los "cachuchos" ó calderas en que se hace la disolución, y maquinaria empleada para triturar el mineral.

hubo de ser antaño, para los hombres que lo cruzaron, lugar de tormento y campo de muerte... Ved, en cambio, como por antojo del destino tornóse, desde hace poco menos de un siglo á esta parte, en fuente inagotable de riqueza y de vida, y como la tierra de la vieja Europa, agotada en fuerza de milenaria fecundidad, recibe del fúnebre desierto chileno el alimento necesario para sostener su cansancio, y para conservar una forzada lozanía.

Sobre la llanura estéril y desnuda, se abren las zanjas que han de ser venas de explotación y cauce de riqueza.



El mineral arrancado al suelo se transporta á la fábrica, comenzando por ser triturado, para ser disuelto después, y recogido, al cabo, en sedimentos de cristalización.

La región salitrera, que se extiende de Norte á Sur, á lo largo del valle comprendido entre la Cordillera de la costa y las murallas de los Andes, perteneció, antes de 1881, en parte al Perú y en parte á Bolivia.

La guerra que en 1879 estalló entre esta última república y la de Chile, y el apoyo que el Perú ofreció al ejército boliviano, fueron circunstancias que determinaron el conflicto entre los tres pueblos, conflicto desastroso para los aliados, ya que los chilenos ocuparon Lima y El Callao, en 1881, y que, en consecuencia de estas victorias decisivas, se firmó el tratado de Ancón, en 1884, pacto en virtud del cual Bolivia y Perú perdieron las provincias de Antofagasta y de Tarapaca, así como los departamentos de Arica y de Tacna, que pasaron á poder de Chile.

Los terrenos recabados por los vencedores abarcaban en absoluto la zona salitrera, y ésta, por su incalculable riqueza ya sospechada, fué para el pueblo chileno la ambición y el objetivo que hubieron de llevarle á la contienda.

El salitre cubre el suelo desde la misma costa, entre Antofa-

Digitized by Google

CENTRO DE EXPLOTACION SALITRERA.

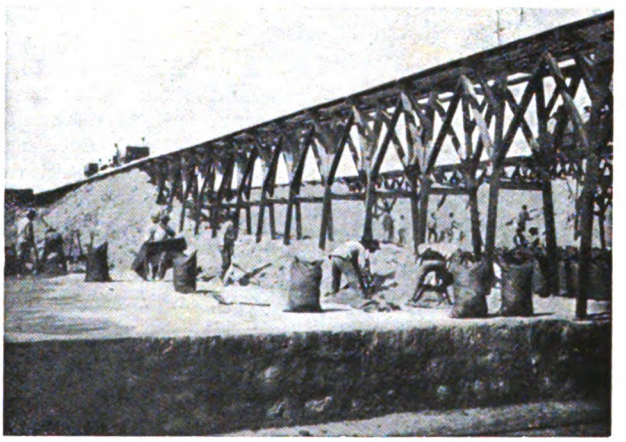
Montaña de "ripios" ó mineral lavado, en el que aún queda gran cantidad de nitrato, que no se extrae por deficiencias de los medios de explotación. En la masa de estos ripios duermen muchos millones de "pesos".

gasta é Iquique, pero la región industrial y explotable se extiende tan sólo entre los paralelos 19º y 26º, formando una estrecha lengua de terreno situada á unos 70 kilómetros del mar, y á una altura media de 900 á 1000 metros sobre el nivel del Océano.

La vertiente americana del Pacífico está constituida, en esta zona, por elementos distintos y sucesivos, que son, á partir de la orilla del mar, los siguientes: en primer término la Cordillera de la Costa, tan próxima á las playas, que en algunos lugares como Caleta-Buena y Junín, constituye una verdadera muralla tallada á pico, que alcanza alturas de más de 700 metros. Este es el primer obstáculo que se franquea durante el viaje al interior. Trasponiendo la Cordillera de la Costa, se da cara, en lontananza, á la formidable mole de los Andes, tras de los cuales se extiende, en misterio y en silencio, el altiplano. Entre las dos cadenas de la costa y de la cordillera andina, y formando un valle que se pierde á lo lejos en los horizontes del norte y del sur, la Pampa del Tamarugal atesora las fantásticas riquezas de su depósitos salitreros.

Dije fantásticas riquezas, y no exagero en nada. Hablen si no las cifras que, por su enormidad, se alzan por encima de la bruma de tedio que envuelve todo cálculo matemático.

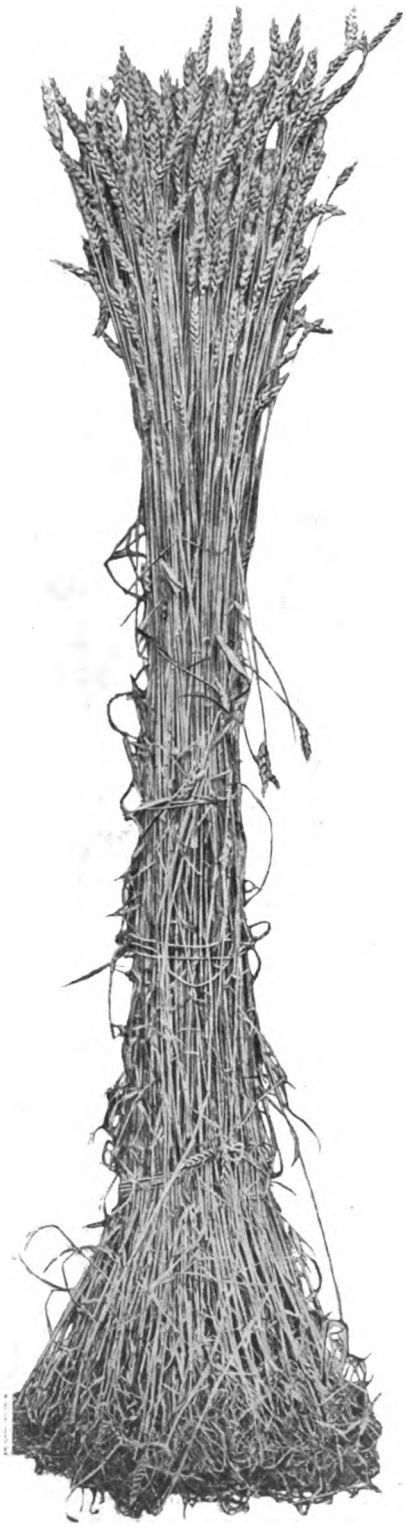
El término medio de la explotación de salitre, en bruto, es de *dos millones y medio* de toneladas. A esta cantidad de salitre corresponde la de 350.000 toneladas de ázoe, y su valor comercial es de 600 *millones de francos*, de los que el Estado chileno cobra, á título de impuesto



Envasado en sacos, el salitre llega al cargadero para emprender, en ferrocarril, la travesía del desierto, camino de la costa.

En la ensenada del pequeño puerto, el salitre se embarca. Ha de cruzar el Pacífico y el Atlántico antes de volver á la tierra, fertilizando los campos de Europa.

Digitized by Google



sobre la exportación, la suma de 160 millones. Aparte del ázoe, la industria salitrera rinde otros beneficios de menor cuantía, obtenidos por la exportación de elementos secundarios extraídos del salitre, tal como lo es el yodo, cuya explotación media es de 500.000 kilógramos, que valen 10 millones de francos.

El desarrollo de esta industria, nacida del esfuerzo obstinado del hombre en lucha inexorable con el desierto, ha hecho surgir de la tierra yerma las poblaciones, los caseríos, los grandes centros de explotación. Antofagasta, Tocopilla, é Iquique, son las poblaciones nacidas de esta labor, llevada hoy á cabo en más de 150 establecimientos esparcidos sobre la Pampa, y que ocupan 40.000 obreros, consumen 600.000 toneladas de carbón, y significan la vida de 170.000 habitantes que cuenta la región del salitre.

Se han expuesto varias teorías para explicar la formación de los depósitos de salitre. Todas estas hipótesis, formuladas á medida que se descubrían nuevos yacimientos en distintas ocasiones, tienen el inconveniente de carecer de generalidad. Puede decirse que la historia de la formación del salitre es todavía un enigma, y que sólo podrá llegarse á su solución, merced á un estudio geográfico y geológico completo de las zonas en que existen yacimientos de nitratos.

Noellner y Darwin supusieron que eran origen del salitre las algas marinas. Müntz y Plagemann pensaron en la nitrificación microbiana. Ochsenius atribuye la presencia del ázoe al guano que existe en gran cantidad sobre la costa sudamericana del Pacífico. Wiliams, Pissis, y Sundt, aseguran que el salitre nace de una reacción atmosférica, en virtud de la cual se combinan el oxígeno y el nitrógeno del aire, merced á la acción de las descargas eléctricas

El nitrato aparece de tres maneras distintas: en forma de capas, que son verdaderos yacimientos, ricos en nitrato; en forma de bolsas ó pequeños depósitos, y por último, bajo el aspecto de exudaciones superficiales,

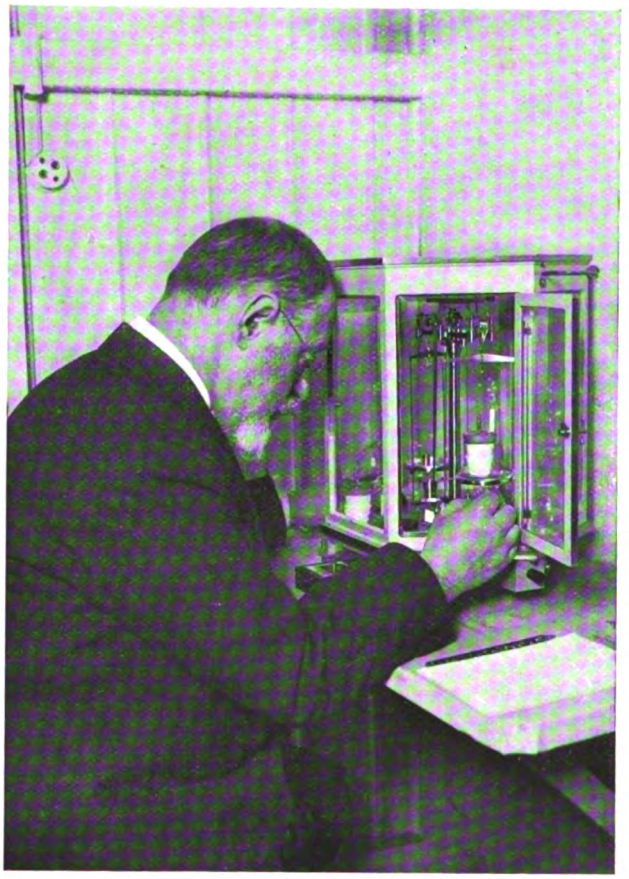
Para llegar á la capa de yacimiento salitrero, ha de comenzarse

Dos plantas de trigo nacidas de igual semilla, y sin más diferencia, en su cultivo, que la debida al efecto del nitrato, que ha duplicado casi el tamaño de los tallos y de las espigas.

Digitized by Google

por desescombrar los fragmentos de cuarzo que cubren el suelo y constituyen la *chuca*, y levantar luego la capa inmediata de tierras, pobres en salitre, llamadas *costra*, cuya escasa proporción de nitrato las hace impropias para la explotación. El yacimiento de mineral utilizable se denomina *caliche*, presenta una proporción media de 25 por ciento de nitrato, y tanto su composición como su espesor varían mucho, según las regiones en que se hallan.

Para averiguar si un terreno es susceptible de explotación, se comienza por explorarlo mediante calicatas practicadas de cien en cien metros, que permiten determinar con relativa exactitud la extensión y la profundidad de la capa de caliche. Los obreros chilenos saben apreciar la calidad del mineral sin más que verlo, paladearlo, y en último recurso, acercar un fragmento á la llama y observar su deflagración.



El sabio chileno Sr. Mourgues, en su laboratorio, trabajando en a investigación de nuevos medios de extracción del nitrato.

Hallada la zona explotable, se practican zanjas que van surcando el terreno, y que se abren con barrenos de dinamita. A lo largo de ellas va extrayéndose el caliche, que se traslada hasta el plano inclinado de la fábrica. Por este plano, los bloques de mineral caen directamente en las trituradoras que los reducen á fragmentos uniformes, para, en este estado, pasar á los tanques de agua caliente llamados *Cachuchos*, en donde se verifica la disolución de las sales. El líquido concentrado, y mantenido á elevada temperatura, se deja decantar durante un cuarto de hora en depósitos especiales, ó *chulladores*, y se envía luego, por las cañerías de circulación, á las *bateas* ó cristalizadores expuestos al aire libre, en los cuales, por enfriamiento y por evaporización, se verifica la cristalización del nitrato, que se recoge, s deseca, y se acomoda en sacos para su exportación.

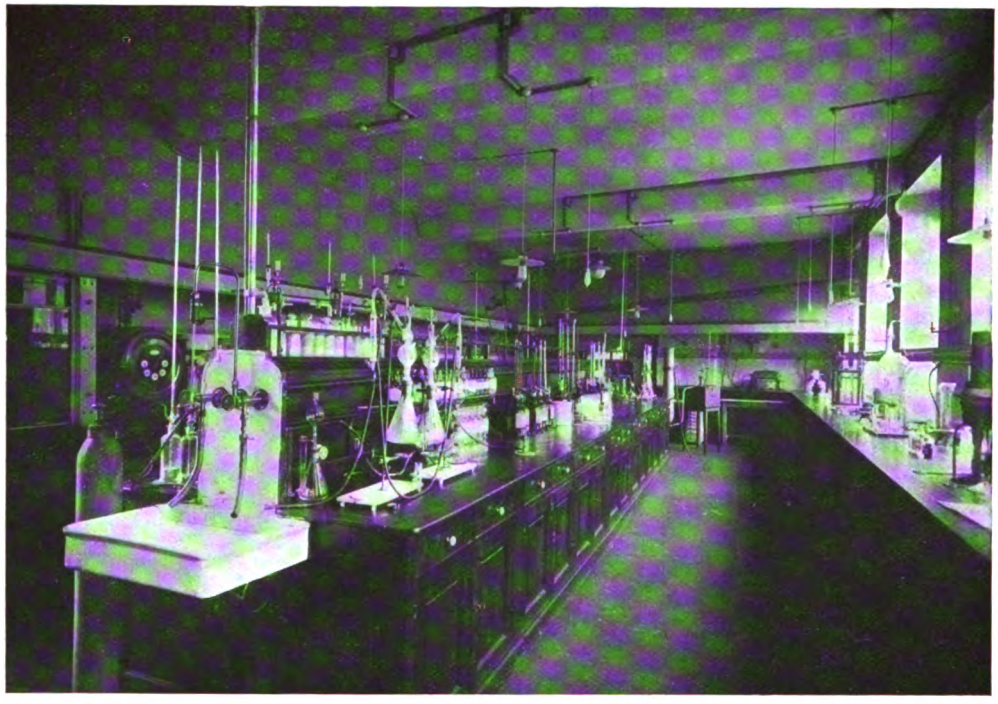
Pero no todo el nitrato que existe en el caliche se extrae utilizando los medios conocidos hasta la fecha. Sólo consigue separarse el 50 por 100, y en los *ripios* ó minerales de desecho queda el otro 50 por ciento que, hasta ahora, no se ha podido extraer.

En estas condiciones, todo el caliche pobre, que es aquél cuyo tanto por ciento de nitrato es inferior á 18, no sirve para la explotación, y sin embargo este caliche representa un valor de muchos centenares de millones de francos, á cuya suma se añade, en proporción directa de la explotación del caliche rico, la enorme cantidad de ripio, ó caliche lavado, que en torno de las fábricas va alzando verdaderas montañas, bajo las cuales se entierran anualmente millones de francos, valor del ázoe que queda entre el desecho, por ignorancia de medios más perfectos de explotación.

Encontrar otros que permitan la completa ó casi completa extracción del total de nitrato contenido en el caliche: ¡ hé aquí el problema !

El hombre que logre dar con la clave, y que permita en consecuencia la explotación del caliche pobre, y la reexplotación de los

Digitized by Google



Vista general del laboratorio instalado por el Sr. Mourgues en el Anexo del Colegio de Francia, para el desarrollo de las experiencias del nuevo método de explotación del salitre.

ripios, hará surgir de la maravillosa Pampa del Tamarugal mucho miles de millones, y, abaratando el precio del nitrato, producirá una revolución asombrosa en la industria y en la agricultura mundiales.

Tan magna empresa es la que acomete un distinguidísimo hombre de ciencia chileno, el Dr. Luís E. Mourgues, que en su laboratorio particular, instalado en el Anexo del Colegio de Francia, prosigue una serie de laboriosas experiencias cuyos resultados, al decir del sabio sudamericano, permiten abrigar las más halagüeñas esperanzas.

El doctor Mourgues es un antiguo luchador en los centros de alta ciencia de Francia. Hizo en París sus estudios de medicina, y especialmente de química, y fué, durante muchos años, preparador del curso magistral del profesor Armand Gautier, célebre químico francés.

Mourgues trabajó asiduamente en colaboración con este ilustre científico, y en esta época publicó numerosas memorias, dando cuenta de sus investigaciones. Posteriormente, fué llamado á su país en calidad de profesor de la Universidad de Chile, encargándose después de la dirección del Laboratorio Municipal de Valparaíso. Esta fundación, aniquilada por el terremoto de 1906, renació merced á la iniciativa y al esfuerzo privado del Dr. Mourgues, quien, en compañía de su hermano, llevó á cabo en él las primeras investigaciones que le indujeron á proponer el procedimiento nuevo de explotación salitrera, en cuya definitiva creación se esfuerza, desde hace más de un año, en el silencio y en el apartamiento de su laboratorio de París.

De ese laboratorio saldrá, probablemente en breve, la fórmula que ha de abrir, con llave de diamante, el secreto tras del cual se esconde, inalcanzable hasta ahora, la mitad del tesoro de cuento de hadas que avara rinde, tan sólo en parte, la inclemente, la yerma, y la prodigiosamente fecunda Pampa del Tamarugal.

ANTONIO G. DE LINARES.

Digitized by Google

La felicidad no es siempre de quien la merece. ¡Hay tantas alma buenas que parece no han venido al mundo sino para embellecer la desventura!...

SALVADOR FARINA.

CAPITULO PRIMERO

Il semble qu'une passion vive et tendre est morne et silencieuse.

LA BRUYÈRE.

MIGUELITO era joven, y sin embargo no era abogado: notable fenómeno que no le impedía vestir siempre conforme al último figurín, y tener á mucha honra el que le considerasen todos como verdadera autoridad en cuestión de modas. Dicho queda, con esto, que mucho menos podía ser médico, ni ingeniero, ni nada, en suma...

— No tengo profesión fija — decía siempre, dando así á comprender que era entendido en todas, aunque no necesitaba ninguna.

Era buen mozo, eso sí, y aun á primera vista favorecíale su alta estatura y su robusta complexión, que le prestaban un grato aspecto varonil. Pero allá, en las soledades de su tocador, sin más testigos que sus espejos, Miguelito se comparaba modestamente á Adonis, á Narciso, ó al mismísimo Apolo, sin que esto significara que Miguelito supiera quienes fueron estos personajes mitológicos, sino precisamente todo lo contrario, ya que nuestro joven ignoraba cuanto en este bajo mundo es preciso ó conveniente saber.

En resolución, era Miguelito mozo de éstos que ahora se estilan; es decir, tenía todos los talentos que para ser elegante se requieren: encontrábase irresistiblemente simpático para las mujeres; era instruido, hasta saber firmar con elegancia y con signos al parecer masónicos en la rúbrica; vivía de *sus rentas* que eran, naturalmente, las de su papá, y merced á una privilegiada intuición de las cosas y á una grande experiencia de la mundanal vida — ya que no á previos estudios científicos — llamábase á sí mismo *hombre de ideas*.

En efecto, era su principal teoría la de profesar acendrada enemistad al matrimonio, por lo que decía siempre á las muchachas, con sonrisa profundamente picaresca y maliciosa:

— Créanme ustedes, señoritas, yo sé lo que digo. No hay vida como la de soltero: vida libre, independiente, tranquila...

En cuanto á ideas, las ningunas que albergaba, condensábalas siempre en estas ó parecidas disquisiciones:

— Yo soy hijo de mi siglo, y me conformo estrictamente á su espíritu: he aquí por qué he sido y seré liberal toda mi vida. Ni más ni menos. No voy más allá ni más acá. Ahí me quedo: ¡en mi siglo!

Tal era su fraseología favorita, y ya se sabe que cada cual tiene aquélla que le caracteriza y retrata.

Nada diremos de las gracias de Miguelito: ellas se dirán solas en el curso de este verídico relato; si algunos ligeros pergeños hemos trazado de él, antes de presentarle á los lectores, es por desapego hacia los conocimientos imprevistos que tanto se usan en las novelas, y que no existen en la vida real.

Bueno será que digamos, en cambio, por qué es Miguelito la primera figura que presentamos á los lectores, bien que no sea, ni mucho menos, protagonista de esta obra, sino personaje secundario que por su naturaleza vulgar y adocenada no puede inspirar gran interés. Pero como en estos momentos cru-

Digitized by Google

zamos el umbral de una residencia particular, y como lo primero que en dicha casa encontramos es la figura de Miguelito, justo es consagrarle dos palabras ya que, además de ser dueño de casa, representa tan importante papel en los elegantes salones de su madre.

Estos salones están casi vacíos, en los instantes en que trasponemos sus dinteles, porque los concurrentes acaban de invadir el comedor, amplio y espaciosísimo, lleno de luz, de gentes y de colores.

Un centenar de personas, jóvenes casi todas, hablan á la vez, animadas unas por el natural regocijo que se respira en el ambiente del baile, otras por el mero bienestar físico experimentado ante una mesa bien servida y lujosamente adornada, contagiadas todas por la alegría ajena y, en fin, animadas las menos por la presencia del amado ó de la amada, con quien se entienden por la telegrafía muda de esas sonrisas, de esas miradas, ó de esas palabras sueltas y enigmáticas que vagan siempre como perdidas en los salones, y que son, á veces, las mejor aprovechadas.

No falta algún concurrente que, envuelto entre las espiras azules del humo de su cigarro, observe filosóficamente desde una saleja vecina la algarabía general de todos, producida con harta frecuencia por la desazón particular de cada uno; y este contertulio silencioso é inquiridor parece esforzarse en distraer una indisimulada tristeza que le asalta, ya criticando con los ojos la vulgaridad de tal ó cual danzante, ya buscando en vano con el oído alguna frase interesante entre la vocinglería de tanta insípida conversación, entre el run-run de tanta palabra suelta y entre el confuso eco de tanta risa diferente.

Transcurre así buen rato; poco á poco, el salón va poblándose. Pronto se hace un súbito silencio, y una voz de cristal modula el canto de una melancólica copla popular. El filósofo observador abandona su retiro y se acerca al piano, junto al cual, en pie, canta una damisela. Escuchándola, el filósofo contemplativo olvida toda filosofía y toda observación, y bien claro se ve, que su alma entera vibra al unísono de la dulce voz...

Acaba la copla. Se extingue la nota postrera. Un apretado corro de admiradores aplaude:

— ¡ Admirable, Elianita !... ¡ Bravo, Eliana !... ¡ Muy bien, Eliana !...

Y el filósofo, desconcertado, murmura en queda voz, y sólo para su corazón:

— ¡ Eliana !...

Entre tanto, Miguelito dialogaba con su vecina, poniendo en su conversación todo el aplomo, toda la gracia, y toda la picardía que le caracterizaba de hombre de mundo y de partidario acérrimo de la soltería, permitiéndose asegurar, bajo su palabra, que ha vivido demasiado para serle dado conservar ilusiones, y para ignorar que todas las mujeres, sin excepción, son iguales, igualitas, y que á él no le seducen — ó que, según su propia expresión, no le importan un rábano—todas las sonrisas de las damas, y menos aún las abrasadoras miradas con que, á menudo, le distinguen las niñas más hermosas de Santiago de Chile.

Pero, decididamente, Miguelito es hombre raro, porque á pesar de sus teorías de desdén hacia las mujeres, le vemos en esta noche almibarado y zalamero hasta no más, y diciendo á su interlocutora, con entonación profundamente sentida:

— Elianita ¿ así me desprecia usted ?...

— No diga tonterías — replica ella, sólo por contestar algo.

— Hágame el favor — insiste él (mozo desengañado de las mujeres) — hágame el favor de aceptar estas galletitas, aunque sea una no más, y por no despreciarme. Le aseguro que no le pesará. Son muy buenas, como hechas por mi mamá. ¡ Excelentes !

— ¡ En fin, Miguel, porque no diga que soy mal educada !...

— ¡ Triunfé !... — dice Miguelito para su chaleco, mirándose como al desgaire en el espejo del frente, y retorciéndose con fatuidad el ya retorcido bigote, con lo que luce la blanca finura de su mano, y publica la pureza del ópalo que destella la luz de sus cambiantes, desde la sortija del arqueadísimo dedo meñique.

Hay un momento de pausa durante el cual, Eliana da una dentelladita á la galleta, y la deja enseguida sobre la mesa.

— Es buena ¿ verdad ?... — exclama Miguelito, engulléndose una entera.

— Sí, no le faltaba á usted razón...

— Pues me alegro, Elianita, de que se vaya usted convenciendo de que soy algo razonable.

Como no deseara Eliana responder á semejantes observaciones, tomó el partido de sonreir débilmente, mientras rehuía el hablar, llevándose á los labios por segunda vez la galletita.

El menos perspicaz, el menos zahorí, hubiera notado que en aquellos hermosísimos labios jugueteaba más la impaciencia que el enojo, y que sin duda por eso, su habitual mansedumbre intentaba vanos esfuerzos por huir.

Digitized by Google

En esto, la voz aflautada de una señora que tenía casi tantas arrugas en el rostro como piedras y joyas en el traje, dijo melifluamente :

— Pasemos al salón... Aquí hace ya mucho calor... ¿ No te parece, Miguelito ?...

— Tiene razón mamá...

— Tiene razón la señora — repitieron en coro varios jóvenes, que ya de pie, rodeaban á la madre de Miguelito.

Sonrió amablemente la señora. y los concurrentes pasaron al salón, atropelladamente, como suele ocurrir en semejantes casos.

En el comedor quedó sólo un grupo de jóvenes que, envueltos en la nube de humo de sus cigarros y en el calor regocijado de la charla, aguardaban sin impaciencia el preludio de algún vals.

— ¿ Has visto tipo como el tal Miguelito ?..

El interpelado, que es el joven filósofo á quien hemos visto abstraído y silencioso primero, y desconcertado y nostálgico después, miró en torno suyo, y notando que muchos podían oirle, renunció á la frase, sin duda epigramática, que á sus labios afloraba en una sonrisa, como diciendo :

— ¡ Me es indiferente !

Impacientado con este silencio, el que había hecho la pregunta replicó con viveza :

— No es eso sólo, es que además está cortejando á Eliana. ¡ Pues ahí es nada !... ¿ Hase visto mentecatez igual ?... ¿ Quién es él para pretender á esa perla de las mujeres ?... Podrá ser muy buen mozo, y muy rico ; pero todo ello, multiplicado hasta lo infinito, no le impide ser un imbécil de nacimiento, un fatuo incapaz de enamorarse más que de sí propio, é indigno de que una mujer como Eliana le hable siquiera por cortesía...

— Cálmate Alberto, no hables así, y piensa que al fin estás en su casa... Además, creo que no te haya hecho nada...

— Hombre, es cierto, él no me ha hecho nada, pero yo no sé lo que me digo ahora... Sin embargo, te hallo razón : á bien que tú tendrás toda la vida más juicio y discurso que yo. Esto lo he dicho cien veces, y tú lo has demostrado otras mil... Por una friolera me acaloro, y ya ves que el tal Miguelito no vale la pena; y aunque la valiera, le conoces tan bien y mejor tal vez que yo, y no obstante le tratas de muy distinta manera... ¿ Te acuerdas, Daniel, de aquellas disputas memorables del colegio, cuando luchábamos con él, yo á coscorrones y tú á razonamientos ?...

— ¡ No me he de acordar... y mucho! ¡ Pobre Miguel !

— ¡ Siempre con tus compasiones ! ¿ Quieres decirme, Daniel, cuando aprenderás á sentir como yo ?... ¿ A dejarte de melindres y dulzuras, esto es, á amar con franqueza y á odiar sinceramente?...

— Escucha, Alberto : en lo que se refiere á amar, tengo la pretensión de saber hacerlo... Respecto al odio, te confieso francamente que si alguien llega á inspirármelo, en verdad, se lo profesaré sin disimulación de ningun género... Entre tanto, tengo por sistema el hacer lo posible por no odiar á nadie. Sería demasiada molestia el tener que odiar á todos mis enemigos. Y esto, pienso que antes que virtud es egoísmo, porque el odio, mal que mal, es un sentimiento, y no vale la pena de gastar sentimiento en balde... No ; ya que sea imposible no tener enemigos, más sencillo que odiarlos es despreciarlos... El desprecio es la mejor de las armas...

— ¡ Alberto, eres un grande hombre! Bien se ve que no desaprovechaste las lecciones de filosofía que aprendiste en el colegio.

— En efecto, las recuerdo bien...

— Sin embargo, á pesar de todos tus razonamientos, no puedo reprimir el coraje que me causa ver que Miguel pretende ahora á Eliana. Si á ti no te sucede lo mismo, es porque desconoces el mérito de la muchacha...

— Quizás la conozca un poco, y sospecho

Miguelito era joven, y sin embargo no era abogado; notable fenómeno que no le impedía vestir conforme al último figurín...

Digitized by Google

que no ha de divertirse mucho con Miguel...

— ¿Sabes, Daniel, que se me ocurre hacer una obra de caridad?... ¡Voy á librar á Eliana de ese sujeto!...

— ¿Vas á hablar con Eliana?...

— Sí, aunque ella no me agradezca la intención, y aún menos me la agradezca Miguel...

— ¡Diviértete, Alberto!...

— ¡Gracias, Daniel!...

Mucho rato después, bailaban todavía Eliana y Alberto, sin que este último se cuidase para nada de la reconcentrada ira con que Miguelito le observaba.

Mientras tanto, Daniel seguía desde lejos, con disimulado afán, todos los movimientos de la pareja.

Cada vez que sentía el peso de alguna mirada sobre sí, distraía los ojos y observaba con aparente atención las flores bordadas del abanico.

— ¡Qué aburrido debe de estar aquel joven!... — pensaban los que le veían en tan retirado apartamiento.

Y sin embargo, aquel joven no se retiró hasta lo último del baile.

Al cabo de un rato, acercóse á Eliana un hombre alto, delgado, elegantísimo, y que á todas luces era un solterón de esos que andan por los salones de todas las buenas sociedades, y que, parapetados tras de las trincheras de los cosméticos, luchan denodadamente hasta el último instante contra la vejez que les alcanza. Que era inglés, estaba á la vista: bien claro lo pregonaban sus patillas rubias y los espejuelos que ostentaba sobre su afilada nariz, y amén de otros detalles, lo insolente del tamaño de sus pies y manos.

Don César, que así le llamaban, era y había sido siempre un enigma para todos, un verdadero jeroglífico viviente que nadie acertaba á descifrar. Mirado á distancia, parecía no llegar á los treinta y cinco años; contemplado de cerca, podían dársele cincuenta y ocho, y no faltaba quien le colgara los doce lustros cumplidos.

Los que con él hablaban le juzgaban hombre de mucho mundo, por lo versado que era en achaques y aventuras sociales; hombre de alguna hacienda, y de no poca fortuna, por el ostentoso, brillante y refinado sibaritismo que sellaba todos sus actos y su persona toda; hombre ilustrado, porque á pesar de ser inglés, poseía y hablaba el castellano con toda corrección, y adelantaba siempre impresiones y fallos definitivos sobre cualquier materia discutida.

En suma, era hombre admitido en la mejor sociedad, y juzgando por las apariencias y por lo que él aseguraba, su familia era de las principales de Cantorbery; y sólo sucesos particulares que don César callaba discretamente, dando á entender que entre ellos mediaba algún interesante drama del corazón, le habían obligado á expatriarse y á vivir eternamente solo, entre la más aristocrática sociedad de Santiago.

Poco, muy poco hablaba don César de estas cosas; pero cuando por incidente se refería á ellas, hacíalo con tal misterio, que interesaba á cuantos le escuchaban, y más si el auditorio se componía de mujeres.

Llegóse, pues, nuestro hombre á Eliana, y saludándola con ceremoniosa gravedad solicitó de ella un baile, trabando con tal motivo conversación:

— Y ¿cómo le va á usted esta noche, Elianita?...

— Bien, gracias — respondió ella con amable seriedad.

— Verdad es — agregó don César — que á usted no puede irle sino muy bien. A su edad de usted la vida es hermosa, y se recuerda siempre, después, esa época de juventud que es lo mejor de la existencia.

— Creo que tiene usted una idea un poco frívola de nuestra vida, si considera que éstos son sus mejores instantes... Yo espero otros mejores...

— Oh, señorita, no tengo tan mala idea como amarga experiencia, y presumo que usted ha de conservar de estos instantes primeros de vida mundana un recuerdo muy agradable. Ahora ha conocido usted amigos...

— ¿Amigos?... No creo tenerlos todavía...

— Es usted muy reservada... Ya me lo habían dicho... Pero recuerde que hay ocasiones en que es inútil la reserva, y ésta es una de ellas, porque existen muchos ojos que la observan á usted, y creen haber notado que ya tiene usted amigos... Hay uno, sobre todo, que creo inútil citar, porque sospecho que sabe usted bien á quien me refiero...

Eliana miró con cierta tímida extrañeza á su interlocutor, y en seguida, sin abandonar la expresión dulce y seria que caracterizaba su rostro, replicó con suavidad, pero llena de firmeza:

— No sé á quien se refiere usted...

Calló un momento don César y, merced á su gran experiencia social, comprendió que no era Eliana niña como todas, y que era imposible tomarse con ella las confianzas que acostumbraba á tomarse con las demás. Varió, pues, discretamente de conversación, llevándola hacia temas triviales, hasta que,

Digitized by Google

Hágame el favor de aceptar estas galletitas, aunque sea una no más...!

agotados los motivos, ambos personajes se sentaron en silencio sobre un diván, junto al piano.

Al ver detenerse á Eliana, hizo Daniel un movimiento imperceptible, revelador del deseo de acercarse á ella y de hacerse presentar sin dilación. Por fin, se alzó animoso, como si acabara de tomar una resolución grave en asunto de gran importancia.

Empero, antes de dar un paso, se detuvo, buscó á Alberto con los ojos, y pronto le halló del brazo de Lucrecia. Lucrecia era la simpatía y la viveza mismas personificadas, y la perpetua intranquilidad de un alma inocente y voluble asomaba á sus pupilas verdes y transparentes.

Lucrecia y Alberto conversaban animadísimamente, y reían. De pronto, Alberto encontró, fija en él, la mirada de Daniel, que parecía buscarle. El excelente amigo encontró un pretexto para abandonar momentáneamente á su pareja, y acercarse á Daniel.

— ¿ Qué haces aquí ?... — le preguntó animoso.

— Ven, quiero que conozcas á Eliana, me interesa que la trates, porque estoy perdidamente enamorado de ella ; así podrás aconsejarme...

— ¡ Ah ! ¿ de veras ?... — respondió Daniel — ¿ y desde cuándo ?

— No lo sé, aunque es muy posible que sea desde esta misma noche...

— No te creía capaz de pasiones tan repentinas.

— No te burles, Daniel, todas las grandes pasiones nacen así...

— Puede ser, pero en todo caso, creo que mueren de igual modo...

— ¡ Oh, no ! Si conocieras á Eliana no dirías eso...

A los labios severos de Daniel asomó una frase que no salió de ellos, y que era ésta : — ¡ Pobre Alberto, tal vez la conozca mejor que tú

Alberto continuó acaloradamente :

— Esa mujer es un ángel, un verdadero ángel indigno de la tierra.

Daniel continuó pausadamente :

— No te creía tan excelentes disposi-

Digitized by Google

ciones de poeta lírico ¡ mi enhorabuena !

— Insisto en que no te burles ; esto es completamente serio.

— No te enojes, Alberto ; nadie respetará como yo la seriedad de tus sentimientos, pero lo repentino de esa pasión me hace poner en duda su veracidad, y por consiguiente su duración. Recuerda que no hace mucho, quizás ayer mismo, encontrabas también que Lucrecia era otro ángel, otro arcángel, y ¡ qué sé yo que cosas más !... ¡ Quién puede asegurar que con la misma facilidad que has cambiado antes, no cambies después !

— Pero Daniel, yo sigo en la misma opinión respecto á Lucrecia ; é insisto en que es un ángel también. Además, siento hacia ella una gratitud muy grande por las amabilidades con que me ha distinguido siempre... Pero eso no tiene nada que ver, ya que Eliana reune mayores perfecciones.

— No hago comparaciones — prosiguió Daniel — sé la distancia que media entre ellas, y sin embargo insisto en que esa distancia puede desaparecer mañana para ti, sólo para ti, con la misma facilidad con que ahora se establece.

— ¡ No me conoces, Daniel !... Siento, ahora, que soy otro hombre, y que esta conversión la debo á Eliana. Y la he de amar como la amarías tú, que de tan gran amador presumes ; es decir, como has de amar á tu mujer, cuando la tengas..,

— ¡ Como yo la amaría !... ¡ Ah !...—Tal fué el pensamiento que durante todo el resto de la noche vibró en el espíritu de Daniel...

Tan satisfecho se encontraba Alberto del interés que su amigo le prestaba, que, víctima de ese egoísmo ciego que es consecuencia de la dicha, no recordó que la entrevista con su amigo había sido solicitada por éste, con una muda súplica de atención...

Daniel, por su parte, se separó de Alberto sin hacer la menor alusión á su deseo. Muy asiduo estuvo Alberto con Eliana durante todo el resto de la velada, y mientras Daniel vagaba distraído de puerta en puerta y de silla en silla, don César repartía equitativamente su conversación de hombre de mundo, al par que Miguelito, sin perder de vista á Alberto, conversaba con doña Elisa.

Era esta interesante dama la madre de Eliana, y bien claro lo pregonaba su parecido con la encantadora niña. Esta dama era una de esas mujeres cuya hermosura burla el transcurso de los años, que pasaban sin dejar sobre su rostro huella, como no fuera el albor de la cabellera, cuyas canas contribuían á embellecerla por el contraste con la juventud inmutable del rostro.

La bondad de doña Elisa llegaba hasta el punto de tolerar la conversación de Miguelito, y los constantes obsequios con que el joven la importunaba, ofreciéndole á cada instante nuevas galletas fabricadas *por su mamá.*

Mientras tanto, entre un grupo de jóvenes que en el salón de fumar comentaban á su sabor las ocurrencias de la velada, se escuchaban frases de éste ó parecido jaez.

— Dicen que Miguelito ha pedido á Eliana...

— ¡ No digáis tonterías !

— Sin embargo, ya veis la conversación asidua que sostiene con doña Elisa...

— ¡ Pobre señora !

— ¡ Sí, por cierto !... ¡ Pobre señora !

— ¡ Qué paciencia tiene !...

— Como ella, no hay dos...

— ¡ Es la suegra ideal !

— ¡ Cómo se conoce que no eres casado !... La suegra ideal no existe.

— Yo, á tener ella algunos años menos, mejor la tomaría como esposa ¡ palabra de honor !

— Sinceramente, yo prefiero á la hija...

— No cabe duda de que Eliana es la única mujer, por quien podríamos renunciar á nuestras teorías en contra del matrimonio.

Y la conversación se termina con el asentimiento general de la sala.

CAPITULO II

¡ Feliz aquél que posee un amigo !
X. DE MAISTRE.
Viaje al rededor de mi cuarto; c. XX.

La campana del colegio llama al recreo, y una muchedumbre de niños se desparrama por el patio, bajo las acacias frondosas.

Unos niños corren, otros gritan, otros permanecen sosegados como pequeños hombrecitos viejos, los más juegan... De pronto, uno de estos últimos lanza su pelota que va á perderse entre el ramaje de los árboles, y que al caer arrastra un nido que viene á tierra. Los niños se precipitan, y encuentran en el albergue descuajado un polluelo implume, que aún no abre los ojos á la luz.

El muchacho en cuyo poder ha caído el pájaro, es un chico apuesto y moreno, y exclama, mirando al polluelillo :

— ¡ Echémosle á volar ! ¡ Qué aprenda, que para eso tiene alas !

— No lo eches, Miguel — replicó un muchacho rubio.

Pero el interpelado, lejos de atender á la indicación de su compañero, disponíase á

Digitized by Google

arrojar al suelo la indefensa avecilla, y lo hubiera hecho así sin la intervención del niño rubio, quien, sujetando á su contrincante por las muñecas, le amenazó así :

— ¡ Vuelve á poner el pájaro en el nido, ó te hago llorar delante de todos !

El mal intencionado chiquillo soltó el pájaro, pero era demasiado tarde ya, y todos los cuidados del niño compasivo no consiguieron volver la vida á la avecilla.

Al ver muerto al polluelo, el muchacho rubio colocó solícitamente el pequeño cadáver en el nido, y dijo á su amigo :

— ¡ Toma, para que en otra ocasión no seas tan bruto !

Y uniendo la acción á la palabra, acompañó su dicho con un par de coscorrones.

Huyó gritando Miguel, y cuando iba á ser alcanzado por su perseguidor, que tras de él corría velozmente, se arrojó al suelo, consiguiendo con este ardid que el defensor de los pájaros cayera de bruces, á corta distancia de él.

Mofáronse los demás chicos de la aventura, pero el muchacho rubio se alzó pronto, y alcanzando de nuevo á Miguel se aplicó á zurrarle concienzudamente.

El golpeado imploró el auxilio de sus compañeros, quienes, fuera por irreflexión ó por envidia, tomaron partido en favor del que había matado el pájaro, y guareciéndole con sus cuerpos impidieron que el niño justiciero prosiguiera su castigo. El chico rubio contempló el grupo hostil con desdén, y dijo volviéndoles las espaldas :

— ¡ Todos contra uno ! ¡ Bella hazaña !

— En verdad que es cobardía — gritó entonces un muchacho brioso y alegre, y prosigió amenazador :

— ¡ Ahora, ya somos dos !

Diciendo esto, se colocó al lado del que estaba solo. La amenaza tuvo por efecto inmediato, que el grupo se disolviera en silencio. Cuando los dos muchachos quedaron solos, el protegido tendió la mano á su protector y murmuró :

— ¡ Gracias !

Así nació una duradera amistad entre estos dos niños, que en adelante habían de quedar unidos por lazos fraternales. Estos dos niños eran : Alberto, el espontáneo defensor, y Daniel, el paladín del pajarillo malparado por sus compañeros.

Desde aquel día, Alberto fué el único amigo de Daniel, y esté fué uno más de los muchos amigos que contaba Alberto. Poco á poco, estos niños fueron trocándose en hombres, sin que jamás se interrumpiera la cordialidad que les unía. A Miguel le echaron del colegio por su completa incapacidad, pero al alejarse de sus compañeros, el ruín muchacho no olvidó el rencor que profesaba á los dos buenos amigos Alberto y Daniel, y especialmente á este último.

Alberto era el colegial más querido de todos, entre los que descollaba por su carácter generoso y decidido. Hablaba de todos y con todos ; socorría

¡Cálmate Alberto !... No hables así, y piensa que al fin estás en su casa...

Digitized by Google

á cuantos pobres encontraba, siempre que dispusiera de un centavo; cuando se trataba de alguna bolsa colectiva, destinada á obsequiar á cualquier compañero ó maestro, la cuota de Alberto era la primera entregada. Al comenzar á ser joven demostró una irresistible afición á las niñas, y tuvo la suerte de no provocar jamás en ninguna muchacha un solo gesto de desdén. Cambiaba frecuentemente de amores, ó mejor dicho, de amoríos, que no eran para él sino pasajeras distracciones, sin que por eso, en tanto que duraban, no pusiera en ellos todo su entusiasmo. Al decir á Daniel sus confidencias amorosas, añadía siempre, á modo de comentario:

— ¡Enamórate hombre! ¡No sabes lo que es bueno!

Daniel, gravemente, le replicaba:

— Alberto, eres muy niño para andar en amores.

Protestaba vehemente el enamoradizo. Daniel acababa por sonreir y callar. A lo más, aseveraba este último:

— ¡Decididamente, no se puede hablar contigo en serio!

Daniel era un excelente estudiante, al decir de todos sus profesores, excepción hecha de los de matemáticas, según los cuales, el muchacho tenía demasiada afición á las letras. En efecto, Daniel amaba con pasión la literatura, y realizaba en ella tales progresos, que sus mismos profesores se enorgullecían de tan aventajado discípulo. Aun en las horas de recreo, se le veía con algún libro debajo del brazo. Cervantes, Hurtado de Mendoza y Quevedo eran sus autores preferidos. Así se formó y adquirió ese buen gusto y ese refinamiento artístico, indispensables en toda verdadera educación literaria.

Así llegó aquel muchacho á ser hombre, y hombre de letras, sin haber casi sido niño. En el afán con que perseguía sus ideales; en la abstracción de su vida laboriosa; en lo poco ó nada que le preocupaba el crearse antipatías ó simpatías entre los demás hombres; en lo estrecho del círculo de sus amistades, y en el verdadero afecto con que sus contadísimos amigos le distinguían; en todas las circunstancias de su vida y de su carácter, en suma, veíase claramente que todos los pasos de Daniel eran inspirados por un anhelo tan firme como constante, y por un ensueño profundo perseguido con sin igual tenacidad.

Al fin llegó un día en que los dos amigos, terminados sus estudios primeros, conquistaron sus títulos de bachilleres, y salieron para siempre del colegio en que pasaron tantos años juntos.

Alberto se sintió completamente feliz en aquel día, pensando:

— ¡Ya se acabó el colegio para siempre!

Daniel, serio como de costumbre, parecía pensar:

— ¡Ya estoy más cerca del término!

Para celebrar tan magno acontecimiento, los dos compañeros decidieron comer juntos, por vez primera en su vida, en un gran restaurant de Santiago. Obtuvieron el permiso de sus padres, y entraron en el café como Pedro por su casa, es decir, como si durante toda su vida hubieran hecho lo mismo. Alberto se retorcía el bozo del bigote, y mirando á todo el mundo parecía decir á todos:

— ¡Conste que soy todo un Bachiller!

Daniel, con sus manos cruzadas hacia atrás, y su aspecto de hombre serio, expresaba, en cambio, con el idioma mudo de la actitud:

— Yo también soy todo un Bachiller, pero me importa un ardite el que ustedes lo crean ó no.

Al fin de la comida, los dos amigos abandonaron el comedor y salieron, calles adelante, á gozar de aquella serena noche de Enero.

Llegaron á la Alameda que estaba desierta. Sentáronse en un banco de piedra, y al contemplar la hermosísima avenida desierta, bañada por la luz de la luna, Daniel inquirió:

— ¿Por qué estará tan solitario este paseo?

No halló su amigo respuesta á semejante pregunta, porque, en efecto, no era fácil su explicación, pero el secreto de ello era, sencillamente, que aquella noche *no había música;* las gentes, en Santiago, no comprenden la belleza de las noches templadas y consteladas, si no es escuchando el infernal desconcierto de una charanga.

— ¡Qué noche tan linda, Daniel! — dijo Alberto, y añadió:

— ¿Ni aun en esta noche de ensueño sientes deseos de amar?

Daniel respondió:

— ¡Quién sabe!

— Eso quiere decir que te has enamorado ya, y que guardas el secreto... ¡Más confianza esperaba yo de ti!...

— No exageres, Alberto... Yo no he dicho que estuviera enamorado... Eso...

— ¿Eso qué?...

— ¡Eso es cosa seria!

— No lo creas, Daniel, el amor es lo más noble y lo más bello que existe, pero nada tiene que ver con la seriedad. Te lo aseguro yo, y tengo ya una mediana experiencia...

Digitized by Google

Daniel no pudo impedirse de reir, y exclamó en burla :

— ¡ Oh, tu experiencia !

— Sí, mi experiencia, y no te rías, porque la tengo aunque tú no lo creas ; y para demostrártelo, voy á contarte cosas que hasta ahora juzgué oportuno callar...

— ¡ Cuéntalas, pues ; nada puede interesarme tanto !

— Comenzaré, pues, con la historia número uno de mis amores, y la designo así para no confundirla con las catorce restantes...

— ¡ Es posible ! — exclamó Daniel.

—No te asustes... No sólo es posible, sino que es perfectamente natural. Verás : tuve mi primera novia á los trece años, y al elegirla sólo me preocupé de que fuera bonita, y de que tuviera un lindo nombre. Lo demás me importaba poco... Para mí, el mayor encanto del amor estriba en poder decir á los amigos, sin faltar á la verdad, que se tiene amores con una gentil muchacha...

— No pienso así — interrumpió Daniel — creo que el mayor encanto del amor consiste precisamente en guardar el secreto.

— Eso es una tontería, Daniel. De igual modo, el que mi novia me amara mucho ó poco me tenía sin cuidado, pues yo me contentaba con figurarme que me favorecía con una loca pasión, coligiendo que si me equivocaba, engaño por engaño, era preferible el de mi imaginación al de la realidad...

Daniel preguntó, sonriendo :

— ¿ Eras pesimista ya ? .

— ¿ Y cómo no ?... Había leido al gran « Fígaro », y nunca olvidé aquella magistral frase suya que dice : « Bienaventurado aquél á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese, al menos, oye la verdad ».

— Entonces ¿ por qué buscabas y sigues buscando á las mujeres ?

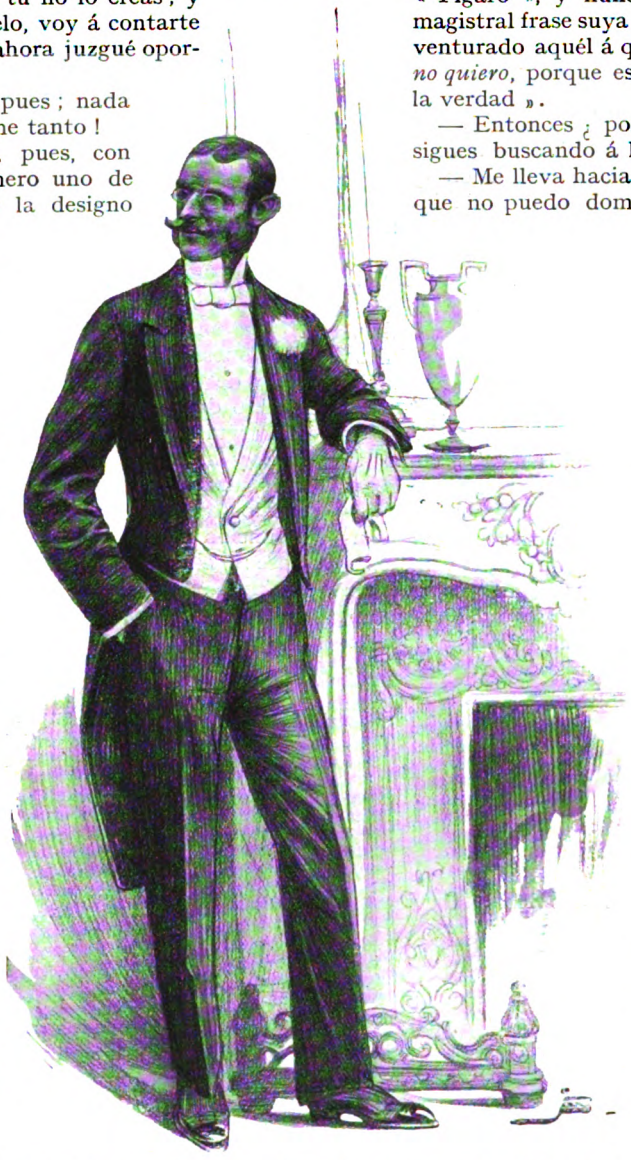
— Me lleva hacia ellas un impulso que no puedo dominar. Siendo casi niño, forjaba ya en mi imaginación proyectos de raptos; entonces me gustaban las muchachas mucho mayores que yo ; ahora, en cambio, las prefiero más jóvenes...

— Efecto de los años...

— Tal vez, aunque tú lo digas en broma. Pero volviendo al tema de nuestra conversación, mi primer amor, si mal no recuerdo, fué inspirado por una rubia á quien vi en un balcón de la calle de la Catedral. Como no la conocía, y como me eran gratos los nombres de las mujeres de la Biblia, la llamé de seguida Agar. Aquella noche me fué difícil dormir, pensando constantemente en la niña rubia de la calle de la Catedral. Y en días sucesivos, mi pasión no hizo sino crecer, y como mi amada tenía los ojos azules, pensaba en ella contemplando el cielo y el mar, y cuanto hay de azul en el mundo...

— ¿ Sin embargo, no le fuiste fiel ?

— Te diré la razón de mi desvío : primero,



Don César era y había sido siempre un enigma para todos, un verdadero jeroglífico viviente que nadie acertaba á descifrar.

Digitized by Google

en los comienzos de nuestro idilio, juzgaba yo que los ojos de mi enamorada simbolizaban la poesía entera del universo, ya que azules son como te dije los cielos y los mares, nuestros dos grandes horizontes de ensueño...

— ¿ Y bien ?...

— Luego caí en la cuenta de que, á la manera de los científicos que han probado que el azul del cielo es una mera ilusión, ya que el aire no tiene color alguno, nosotros, los amadores, hemos de convenir en que los ojos azules de las mujeres, en lugar de ser arcanos de poesía, lo son de engaño nada más...

—¡ Linda concecuencia !... Y en vista de ello ¿ qué decidiste ?...

— Pensé, que si los ojos azules son embusteros, los negros habían de ser verídicos por contraste, y así fuí en busca de nuevas experiencias.

— ¿ Cuál fué tu segundo amor ?

— Una morena de ojos negros, como te digo, y la relación de mis escarceos amorosos con ella no ha de dejar de interesarte, porque tiene mucha gracia. Escucha y te convencerás. La conocí en un paseo y me enamoré de ella, en primer lugar, porque tenía los ojos negros, y en segundo término, porque oí que una de sus amigas la llamaba Rebeca.. Ya te dije mi afición á las mujeres de la Biblia... Enamorado, pues, de la morena, como antes de la rubia, la seguí hasta dar con su casa, y luego, diariamente, paseaba su calle. Rebeca se asomaba al balcón así que me veía, y cruzábamos miradas apasionadas. Esto duró mucho tiempo, hasta que al fin resolví lanzarme á la gran aventura de la declaración. Siguiendo el procedimiento de todos los galanes poco versados en literatura, hube de recurrir al « Secretario de los amantes », en cuyas páginas encontré un modelo de carta declaratoria, todo lo tierna y ridícula que puedes figurarte, á pesar de lo cual hubo de parecerme de perlas. Dueño ya del mensaje incendiario, fuíme hacia la casa de Rebeca, y entablé negociaciones con el portero, personaje cuya colaboración érame indispensable para llevar á bien tan magna empresa. Tropecé con dificultades opuestas por el concienzudo criado, pero una gratificación y la promesa de otras muchas ulteriores, bastaron para reducir los escrúpulos del cancerbero de mi segundo gran amor.

Desde aquel día multipliqué las cartas y las gratificaciones, sin jamás obtener una respuesta de Rebeca. Achaqué tal ocurrencia á su desvío, pero, por otro lado, las miradas insistentes con que mi adorada me favorecía, me hacían esperar siempre una solución favorable para mis cuitas. En vano aguardé día tras día. Al fin, decidido á jugarme el todo por el todo, escribí una carta señalando un plazo improrrogable para la respuesta, y amenazando con suicidarme si ésta no era conforme á mis deseos y á mis esperanzas. Expiró el plazo, y el mismo día y á la misma hora en que yo había anunciado mi muerte, sin grandes ganas de trocar la promesa en realidad, pasé ante la casa de Rebeca. ¡ Cual no sería mi asombro al verla cerrada y silenciosa ! Súbito, mi imaginación forjó la más espantosa de las novelas : Rebeca no me respondía, á pesar de su acendrado é irresistible amor, porque sus padres se oponían á nuestras relaciones. La muchacha, aterrada ante la idea de mi muerte inevitable, habría muerto de pena, y sólo por culpa mía, que aún seguía vivo... ¡ Era horrible !... Huí á mi casa, y me arrojé sobre el lecho. Poco después, un criado me ofreció un diario ; busqué con los ojos la fatal noticia, y un parte de defunción me apareció, encabezado con esta frase : *¡ Un ángel menos !...* No pude seguir adelante... Era ella, y había muerto. No quiero decirte la noche de angustia que pasé, y los mil proyectos de suicidio que adopté, sin llevar á la práctica ninguno. Al día siguiente pedí el diario para cerciorarme de mi desgracia, y puedes suponer mi estupor al encontrarme con una noticia de sociedad, en que se anunciaba que Rebeca había embarcado la víspera para Europa, en unión de sus padres, y que el objeto del viaje era el de celebrar sus bodas con su prometido, que la aguardaba en Londres...

— ¿ Entonces los ojos negros ?...

— Embusteros también, amigo mío ; embusteros como los azules...

— ¿ Sufriste mucho de tal decepción ?

— ¡ Oh ! ¡ No gran cosa ! Proseguí con suerte varia la serie de mis experiencias.

Daniel reía. Alberto inquirió :

— ¿ Te convences ahora de que tengo experiencia en cuestiones de amor ?

— Lo creo menos que nunca, porque estoy convencido de que no has amado en realidad.

— ¡ Tiene gracia ! ¿ Y tú, has amado alguna vez ?

Un poco desconcertado por la brusca pregunta de su amigo, Daniel se rehizo pronto, y afirmó :

— ¡ Nunca !

— ¿ Y amarás ?...

— Ahora no lo sé ; más tarde puede que te responda. Pero en todo caso, lo que puedo

Digitized by Google

asegurarte, es que nunca pensaré acerca del amor como tú piensas.

— Pues ten cuidado; esas ideas pueden costarte muchos y muy serios disgustos.

— ¡Qué remedio! Tal vez esté en nuestro destino el ser tú feliz y yo desgraciado, y, en tal caso, ha de ser vano empeño el de esforzarnos en trocar nuestra suerte.

CAPITULO III

« Y yo conozco al punto
Los que de veras aman
Por cierta señalita
Que tienen en el alma »

ANACREONTE.

Terminaba ya el baile cuya descripción da principio á este verídico relato. Daniel fué de los primeros en salir, y una vez en la calle aguardó.

Desfilaba la nutridísima concurrencia que animaba la fiesta, y en los rostros y en las actitudes había las más variadas muestras de expresión, cansancio, vanidad, satisfación, desengaño, indiferencia.

Daniel aguardaba siempre. Al fin, salió Eliana.

En el desfile de opuestas y diversas expresiones que la rodeaban, era la suya única, y era de perfecta, de inefable serenidad... Daniel la vió subir al carruaje, que la aguardaba, y cuando éste desapareció entre las sombras de la calle, fuese el mozo lentamente, en abstracción y en silencio, camino de su hogar.

Entró Daniel en su habitación, y en el recogimiento de la estancia, entre sus libros, entre sus cuadros, entre sus legajos de inacabada labor, el joven permaneció durante largo tiempo buscando, para su espíritu, un reflejo de aquella serenidad que, momentos antes, viera brillar como luz de alborada sobre el rostro de Eliana.

Era una hora de remembranzas. Daniel buscó en un bargueño próximo un cuaderno de memorias, y despacio, en lento y nuevo caminar sobre todo lo pasado, fué recorriendo su vida... su vida que no era, hasta la fecha, sino una proyección sentimental y nostálgica de la vida de Eliana. Y así, la confesión de sus memorias decía:

« Desde niño sentía un gran afán de cariño y de abnegación, y para colmar este anhelo no bastaban los afectos familiares.

« Buscaba en torno mío ese amor que había de ser complemento y resumen de todos mis amores, y al hacerlo, en los postreros límites de la niñez, obedecía, más que á un impulso consciente, á un mandato imperioso é instintivo de mi corazón.

« Más tarde hallé á Eliana en mi camino, y en ella cifré todas mis lusiones, y en ella puse todas mis esperanzas. ¿Qué será de este amor inconfesado y, en mi alma, viejo ya?

« No lo sé. Pero en tanto que los días y los años se pasan, sin mermar en un ápice la distancia que de Eliana me separa, y sin por otro lado borrar este cariño que se adueña de mí, una voz maternal, íntima y previsora, murmura en lo profundo de mi sentimiento esta juiciosa advertencia de la razón:

« — Quizás mañana sea tarde.

« Y entiendo, ó por lo menos sospecho, que esta melancólica palabra *tarde* puede trocarse en símbolo de toda la desdicha humana, y de mi propia desventura al par. »

Llegando á esta frase, al correr de sus ideas y de su pluma, Daniel suspendió su labor para analizar, en alarma, si no en desconsuelo, toda la transcendencia de lo pensado y de lo escrito.

¡Mañana será tarde! Era el grito de su alma, en rebeldía contra su timidez y contra su excesiva prudencia, que detenían sus pasos, que acallaban sus palabras, que, en fin, anublaban sus ojos en presencia de la amada.

Y era, también, en la hora visionaria del recogimiento, vueltos los ojos hacia el alma y hacia el enigma del futuro, era también á modo de presentimiento y de sentencia cruel, definitiva é inexorable, de un inclemente destino.

Pero el espíritu de Daniel se aferraba á la esperanza del amor como un náufrago que, asido á un tablón, en medio de la hostil inmensidad del mar, aguarda el milagro de su salvación. En horas de angustia moral, el alma cuitada dice: *¡quiero amar!* como en horas de agonía, el cuerpo enfermo clama: *¡quiero vivir!...*

Y así, escuchando en su espíritu el eco perpetuo de la triste advertencia ó del mortal presagio *¡Mañana será tarde!...* Daniel imaginaba oir el tañido solemne de una campana que diera al aire un fúnebre pregón, y alzado en voluntad y en apego á la vida, murmuraba:

— ¡Mañana será tarde, sí; por ello, es preciso no aguardar á mañana!

Abandonó la pluma. Guardó las cuartillas. Apagó la lámpara cuyo reflejo suave, amparado por la pantalla, fué extinguiéndose hasta morir, y en rápido desnudarse buscó la quietud y el descanso del lecho.

(Se continuará en el número próximo.)

Digitized by Google

Opesadas ó no darlas: ha sido siempre la alternativa en las bromas. Pero han de ser también feroces. Alguien debe llorar para que todos riamos. Y estos jóvenes literatos de Francia nos han mostrado, con este ejemplo risueño, con este ejemplo triste, la acidulada eficacia que debe contener una ironía para que sea buena.

La víctima es un pobre diablo, pero un pobre diablo viejo, y esto hace trágica la risa. Le han elegido príncipe del pensamiento francés. El ha venido expresamente de su provincia al llamamiento de sus joviales admiradores, que constituyeron un « comité Pierre Brisset » y le esperaban en la estación llenos de flores y de sonrisas. El pobre hombre, zapatero y filósofo, sonreía también con gula voraz de gloria en su rostro famélico de paisano, que bruscamente halla de nuevo, en las cenizas de su alma gris, la mal apagada ambición de Rastignac. He aquí que va á conquistar París. Un poco tarde ¡ no importa ! Bendice á Dios, como el navegante que viera antes de fallecer la « tierra incógnita » de sus insomnes noches, y dentro de poco, en el banquete, con sorda voz, ocultando lágrimas, murmurará al vecino :

— Puedo morir ahora.

Puede morir, pero antes es necesario que divierta. Le conducen á la plaza del Panteón, enfrente del *Pensador* de Rodin, para que el hombre de bronce y el pobre hombre se saluden en el umbral de gloria. Chisporrotean inmensos vítores. El irrisorio príncipe se eleva en las gradas y murmura, ya convencido, ya atontado, que se considera digno de tanta honra. Pero la emoción ha fatigado á todo el mundo, y entonces van á cenar. En el menú, dos ranas — simbolizando su doctrina como enseguida explicaré — le coronan de un laurel que esconde espinas.

¿ Puede acaso ver la burla ? Con seriedad grandilocuente, la copa rubia en la mano, se elevan para alabarlo en veinte lenguas los literatos jóvenes. Otros comienzan á leer telegramas fantásticos y emotivos que llegan de las grandes capitales, en donde las juventudes pensantes se asocian también al homenaje. Y en la vecina sala rimbomban súbitamente los himnos nacionales, como el lejano del mundo que viene á morir á los pies de este pobre Sócrates irrisorio.

Algunos muchachos melenudos, con ojos cándidos de provincia, no comprenden. Ellos quisieran elegir á Bergson. Pero las protestas mueren entre el rumor de los taponazos, y una espuma irisada se derrama en las copas y en las almas. Entonces, el maestro se levanta. Su voz es magistral, su teoría es tan simple, que ilumina de gozo los semblantes, como una aurora. En verdad, en verdad, es una aurora. Todos lo gritan, y él lo cree. Comienza una *vita nova* del pensamiento. A la rancia teoría de Darwin le substituye un origen más singular : la rana, la humilde rana que originó la especie del *homo sapiens*. El descubrió ese origen al pisarla, con sólo ver la expresión humana de este batracio en el dolor. Después ha acumulado argumentos y deducciones. De la rana provinieron nuestros antepasados, los semidioses que poseían un extenso cordón umbilical, un cordón utilizado para espantar las moscas...

Los jóvenes escuchan con anhelosa gravedad, como en la Sorbona. Al terminar la plática, se eleva de la confusa algazara un bravo ronco. Y ante esta prueba evidente, ante el concurso de tanta juventud que hace futuros y auroras, ante la súbita multiplicación de sus discípulos en el mundo ayer cerrado para su gloria, ante esta apoteosis de Segismundo que se despierta rey, el pobre Príncipe cano, bambolea el laurel, casi llorando :

Digitized by Google

Le conducen á la plaza del Panteón, enfrente del "Pensador" de Rodin.

— ¡ Puedo morir ahora !

Pero nadie le dejará morir. Debe prolongar la diversión algunos días. Después le expedirán á su provincia como al otro, al dramaturgo peluquero que hace un año vino también á semejante carnaval de gloria, mientras Paul Reboux, presidente de la asociación de la crítica parisiense, le descubría genio, y le mareaba con banquetes perfumados por las más lindas comediantas.

Triste humorada que todas las juventudes, repetirán. Ahora tienen mandíbulas de lobo; son crueles porque son niños. Sólo más tarde se aprende á compadecer aquel mareo de gloria, exquisito y amargo como un brebaje, tan vertiginoso, tan fuerte, que un hombre viejo puede asistir á la irrisión sin comprenderla. Porque si alguno quisiera advertirle que todo fué chanza, no lo creería. Entre mis recuerdos de juventud universitaria, está también el de un provinciano devorado de poesía, enteramente carcomido de lirismo, á quien un día, á pesar de sus versos valetudinarios, mis compañeros le coronaron poeta. Después, con rosas robadas al rosal de los serenos claustros, le ofrecieron el título de « benemérito á la patria en grado heroico y eminente ». Y cuando alguno de nosotros, compadecido ó asqueroso, quiso revelarle la realidad de la farsa, aquel demente se enfureció, rebelde á todo despertar, abrazado para siempre á su cruel Quimera...

En el menú, dos ranas, símbolos de su doctrina, le coronan de laurel.

Este, tampoco despertará. ¡ Tanto mejor! Siquiera, la víctima no habrá sabido que fué un accesorio de cotillón, y continuará viviendo de estos días vertiginosos como sus predecesores de opereta : el tabernero poeta y el dramaturgo barbero.

Como Don Alonso Quijano el Bueno... Porque esto parece un capítulo del Quijote. También los malditos libros tienen la culpa. En el rincón provincial del pobre príncipe habría que erigir otra vez una pira con ellos.

Pero no hay cura ni dueña para quemarlos.

¡ Qué mucho si todo el mundo los lee, y lo que es peor, todo el mundo quiere escribirlos ! El mismo señor de la triste figura redactaría manuales del perfecto caballero, y Dulcinea respondería á las *enquêtes* de los perió-

Digitized by Google

dicos. Porque hasta las muchachas incurren en el pecado de redactar cuartillas no destinadas al amado. La Paquita de Marcel Prevost, que sólo escribía cartas al novio ó un « diario íntimo », quiere ser leida en alta voz ; el animalito de Shopenhauer, « de cabellos largos é ideas cortas », quiere explicar estas ideas. Y he aquí que la *Revue Hebdomadaire* abre una *enquête* entre las muchachas, para investigar cuales son sus pensares y vocaciones. Ha principiado por « el mundo » de señoritas *a particule* que tienen sitio en el Gotha. ¿ Son sinceras estas muchachas? ¿ No corrigió las pruebas algun tío sentimental como Prevost ? Parece que no, por la fresca ingenuidad de algunas confesiones. Todas han leido á Bazin, á Henry Bordeaux ; y de Marcel Prevost, las obras marcadas con asterisco... Todas quieren « vivir su vida » con una sana premura de optimistas. Pero, entendámonos, sin embarazarse con filosofías la cabeza, atentas á arrullar y consolar como sus antiguas hermanas ignorantes, porque en el fondo de toda mujer — dice una de ellas encantadoramente — dormita siempre una hermana de caridad. Como un filósofo ha dicho que la primera profesión es la de hombre, así confiesan ellas que la primera ocupación es la de madre. He aquí como lo explica una de estas colegas ocasionales :

« Conversaba el año pasado — dice Cecile de Gueydon — con una amiguita de cuatro años y, maquinalmente, no sabiendo que decirle, le pregunté: — ¿Qué harás cuando seas grande ? — Me miró chocada, escandalizada, como si le hiciera una pregunta extraordinaria ; después me dijo con tono que no admitía réplica : — ¡ Qué tontería ! Seré mamá. — Me ha conmovido profundamente tal respuesta. En un chiquillo habría hallado el germen de muchas vocaciones : soldado, marino, ingeniero, pintor... Pero una chiquilla sólo podía concebir la ambición de ser mamá ».

Es casi la respuesta chusca y admirable de Napoleón á una literata : — ¿ La mejor mujer ? La que tiene más hijos. — Si estas colegas no están unánimes en aceptar ideas tan patriarcales, todas concuerdan en un patriotismo eficaz y romancesco, dispuestas á vendar heridas por amor á la « dulce Francia ».

Pero ¿ y las que juegan al flirt y frecuentan los cotillones ? Estas amables colegas las censuran con aspereza. ¿ Será entonces que todas las muchachas parisienses se preparan á ingresar en la Cruz Roja ? De ningún modo. Sólo que las consultadas son casi todas provincianas, y esta *enquête* nos demuestra la vieja verdad de que Francia no es París. « En la campiña — dice Jacqueline de Baulat — todo eleva y purifica en nosotros ese ser moral tan deprimido por las frivolidades de los medios mundanos ».

Es el tango argentino, que participa del minué.

Porque en París, los cronistas bien informados os dirán, que á la cinco de la tarde, en una de las avenidas próximas á la Estrella, bajan muchachas apresuradas y se extravían por una puerta oscura. Desde el umbral todo parece aligerarse. Sólo el *risrás* de los zapatos llega ; y después, amortiguada, la insinuación ligera, petulante y envolvente de un ronco letargo de violines. Es la Universidad del tango — el tango argentino — que hace furor en París. ¡ Qué muchacha elegante no lo conoce ! Se van meciendo las parejas, á cada instante más lentas, como anhelantes, como dormidas, hasta formar la escultura inmóvil del abrazo. Bruscamente, con acideces de chicharra, se estrega el arco alígero, y de la caja sonora salpican notas á pellizcos, y las parejas se quiebran y contonean girando...

Es el tango argentino, que participa del minué, como asegura un árbitro de elegancias; del minué, por su graciosa y arcaica beatitud ; pero también de la española danza, por sus *repentes* cimbrantes; y, sobre todo, de la vida salvaje de las pampas, solemne y serio como la vidalita...

Naturalmente, en París no se baila el tango como en el rancho. El de París tiene genuflexiones y contoneos, que alteran su origi-

Digitized by Google

naria gracia chusca. Es un tango naturalizado en el bulevar, como las jotas de las manolas de exportación; es un tango con galicismos; un tango que evoluciona al boston y al minué. « Señoritas — acaba de decirles un académico en una conferencia — bailadlo, puesto que no podéis pasaros sin él, pero por lo menos afrancesadlo ». Y Monseñor Boló, el más parisiense de los prelados, casi no encuentra censurable sino algunas de sus figuras...

Así prosigue Francia su misión antiquísima de adoptar todos los exotismos, con nueva sal y ceniza en esta gran pila bautismal de París. Ora se trate de un drama eslavo, de una filosofía germana ó de un baile gaucho, se los apropia y los « lanza ». Esta vez, la adopción tiene gran éxito. Patrocinado por un monseñor y un académico, el tango argentino ha de durar, en la ciudad loca y voluble, lo que duran los amores de sus mujeres, la eternidad de un semestre...

Ventura García Calderón

¡Acuérdate de mí!

De mí te acuerdes cuando la aurora
Tornando el manto de su arrebol,
Rosado alcázar donde ella mora
Tierna y risueña le entreabre al sol.
De mí te acuerdes si noche oscura
Nubla rozando con negras alas
Tu casto sueño, tu frente pura.
Desde la selva umbría
Si una voz de agonía
Temblando llega á ti
¡Acuérdate de mí!

De mí te acuerdes si el cruel Destino
Quiere agobiarnos con su inclemencia,
De la esperanza sobre el camino,
Con los rigores de eterna ausencia;
Recuerda niña que si imposible,
Es más que eterno mi tierno amor.
¡Yo te idolatro con todo el alma
Como en el templo se adora á Dios!
Si vences al olvido,
Te dirá siempre así
Aun mi último latido:
¡Acuérdate de mí!

De mí te acuerdes cuando la losa
Del mausoleo me cubra ya,
Cuando al abrirse flor cariñosa
Sobre esa tumba su sombra hará;
Y aunque no pueda volver á verte
Mi alma, hermana de tu alma amada,
Como una triste sombra de muerte
A visitarte vendrá callada...
Te dirá siempre así,
Gimiendo pavorosa:
¡Acuérdate de mí!

JOAQUIN DE LEMOINE.

Digitized by Google

Por E. GOMEZ CARRILLO

LA BREBIS ÉGARÉE,
DE FRANCIS JAMMES.

LE CHEVALIER AU MASQUE,
DE ARMONT Y MANOUSSI.

LES DEUX VERSANTS,
DE W.-V. MOODY.

LES HONNEURS DE LA GUERRE,
DE HENNEQUIN.

En la atmósfera febril de teatro contemporáneo, esta *Brebis Egarée*, del dulce cantor de idilios místicos, aparece como una inesperada flor de leyenda. Nada en ella es parisiense. Entre los muebles de un boudoir, sus colores y su perfume chocan como anacronismo. Es una rosa de tiempos muy remotos, una pobre rosa nacida en el jardín de un cura de aldea. Pero este cura es un poeta. Y esta rosa deja un recuerdo imperecedero. Respirándola, las almas enfermizas del bulevar encuentran algo de la candidez de la infancia. Todos vimos, en la penumbra de los palcos, ojos pecadores que se humedecían.

— Rapportez aux bergeries
La brebis qui est meurtrie.
— Ramenez à son mari
Celle qui tremble et périt.

— Il y avait des bouchers
Qui disaient : Faut la tuer.
— Mais il y avait des pharisiennes
Qui disaient : c'est une chienne.

— C'est alors que le Seigneur
Entra au cœur du pasteur.
— C'est alors que Jésus-Christ
Entra au cœur du mari.

— Et il dit à ces bouchers :
Je suis venu la chercher.
— Et il dit à ces mauvais :
Je suis venu la sauver.

— Et il dit à ces bouchers :
Qui de vous n'a pas péché ?
— Et il dit à ces mauvais :
Qui de vous n'a pas péché ?

La obra entera está en estos versos, en este acento, en esta ingenuidad ,en esta mansedumbre. « Es una simple parábola » — dicen los críticos. Es una parábola, en efecto, y es simple. Sólo que en esa sencillez evangélica hay más fuerza, más emoción y más arte que en todo el repertorio de los Flers, Caillavet, Wolff, Hermant y compañía. Recordad el versículo de San Marcos relativo al buen pastor. « ¿ Quién de vosotros — dice Jesús — quién de vosotros, si tiene cien ovejas, y si una de ellas se le extravía, no abandona, no deja á las noventa y nueve en el campo, para ir á buscar á la perdida hasta que la encuentra ? Y cuando la encuentra, la carga alegremente en los hombros y vuelve al redil ». La historia es la misma siempre. En el teatro contemporáneo, nunca falta una oveja descarriada. Pero los pastores de moda no van en su busca. El perdón no se usa en los grandes escenarios, entre gente de cafés nocturnos y de salones millonarios. Lo que se va, se va. Lo vida sigue girando, sin ella. Otras acuden á ocupar su puesto. Y la canción voluptuosa y desgarradora apenas pone un poco de temblor en sus notas. Es necesario ser un Francis Jammes, un pobre poeta genial de la montaña, para querer predicar el Evangelio ante las pecheras blancas y los blancos corpiños. La gente chic sonríe con desdén. No importa. De las parábolas algo queda, aunque no sea sino la dulzura de la imagen. La oveja extraviada, la loca Francisca que huye hacia España, y que vuelve luego arrepentida, en brazos del señor, no habrá aparecido en balde ante sus hermanas de París. Las lágrimas que vimos

Digitized by Google

temblar en los párpados pintados, nos lo prueban. En un rinconcillo, un recuerdo de ella les quedará á todas. Y si un día, un día de vértigo, alguna de las bellas damas que se extravían encuentra el buen recuerdo en el momento de trasponer los montes simbólicos, tal vez esto sólo le hará volver al redil. Entonces, el poeta campesino habrá hecho algo más profundo que una obra maestra. Habrá hecho una obra buena.

W. V. Moody, el autor de *Les Deux Versants*, también viene de lejos, de más lejos que Francis Jammes, de las montañas del Colorado. Y su obra también es primitiva, también es ingenua. Pero ¡ qué diferencia entre la ingenuidad de uno y otro dramaturgo ! El francés, es poeta y es evangélico. El yanqui no es ni evangélico ni poeta. Es « autor ». En su salvajismo voluntario se nota una profunda habilidad de retórico. Cada una de sus escenas está calculada, cada uno de sus movimientos encarna una acción psicológica, cada uno de sus tipos es un « personaje ».

Ruth, la heroína de la pieza, vive en una aldea del Arizona, en un rancho de « pioners ». Su familia es humilde. Su belleza es celebre. Una noche, al volver del campo, tres bandidos la raptan y la llevan á su campamento.

— Juguémosla — dice uno — y el que la gane se casa con ella.

Espantada, la pobre muchacha llama aparte á Ghent, y le promete que se casará con él si la salva del riesgo de ser ganada por los otros. Ghent mata á uno de sus rivales, y le entrega su bolsa al tercero. Ghent está enamorado de su víctima.

— Ahora que tú eres mi solo dueño — implora ella — devuélveme á mi familia.

— No — contesta el pirata.

Al día siguiente, en efecto, la lleva á un pueblo cercano, y el matrimonio se verifica solemne y sencillamente en el templo, ante un pastor impasible. Ya el acto ha sido santificado. Ya el hombre de presa puede fundar un hogar. Ya la familia de la víctima no tiene derecho á hablar de venganza. Todo el mundo, en aquellas soledades donde se reproduce la tragedia de las sociedades remotas, se inclina ante los derechos usurpados. Todos menos Ruth. Apenas en su casa, en efecto, la desposada se apodera de un revólver. Va á matar á su marido. Pero algo la detiene. Y ese algo, de que ella no se da aún cuenta, es el amor.

— Mátame si quieres — dice él, abriendo su camisa roja.

Ella le devuelve el arma. Luego le pide su libertad de nuevo :

— No — repite él.

La vida conyugal comienza entonces. Ella se resigna. Aquel hombre rudo tiene ternuras y bondades que le hacen amable. Su energía y su actividad son terribles. A fuerza de buscar, encuentra una mina. Va á ser rico. Pero antes se enferma. Y Ruth, que no ha querido nunca mostrarse

Mr. Escoffier, en " Le Chevalier au Masque ".

Digitized by Google

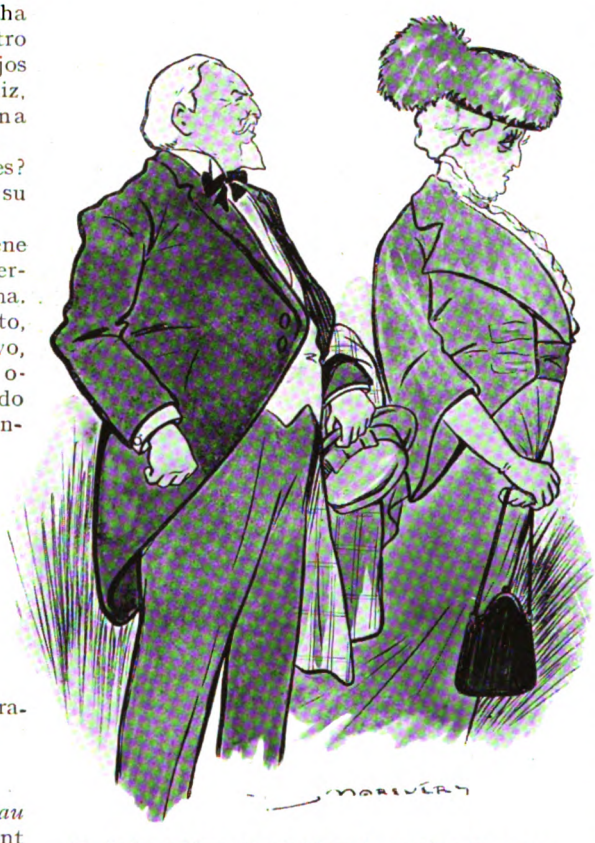
suave, le cuida con solicitudes deliciosas. Ya él la cree conquistada. No obstante, apenas desaparece el mal, las dulzuras se evaporan. La fortuna misma la hace inflexible. No quiere nada de su marido. Lo que él le da, ella lo rechaza. Para vivir, trabaja con sus manos.

Al fin, una noche logra escaparse en compañía de su hermano, y vuelve á la choza familiar, esperando recobrar la dicha ingenua de otro tiempo. Mas lejos de sentirse feliz, experimenta una tristeza infinita.

— ¿Qué tienes? — preguntábale su madre.

— Lo que tiene — exclama su hermano — es que ama.

Ama, en efecto, ama á pesar suyo, ama queriendo odiar. Y así, cuando Ghent aparece, rendido, suplicante, y cuando pone á sus pies las riquezas que ha adquirido, ya no le rechaza, sino que le abre amorosamente los brazos.



Mr. Joffre y Mme. Marie Magneir, en "Les Honneurs de la Guerre".

El *Chevalier au Masque*, de Armont y Manoussi, no ha tenido éxito. ¿Por qué no lo ha tenido? En mi alma y conciencia confieso que no me lo explico. Todo lo que una pieza necesita para conquistar á las multitudes, ahí se encuentra. Ahí hay amor y heroísmo, misterio y ruido, intriga y acción, historia y fantasía. Ahí aparece Bonaparte rodeado de granaderos. Ahí se mueve Fouché, entre juegos inocentes de familia y combinaciones diabólicas de política. Ahí hay una mujer que se viste de hombre, y cabalga á la cabeza de los más rudos conspiradores. Ahí, en fin, hay lo más importante, lo único importante en los melodramas: un héroe verdadero, un héroe admirable é invencible.

El drama principia en los momentos en que los vandeanos han decidido sorprender al primer cónsul, y secuestrarlo. Muerto Bonaparte, muerta la República. Pero el inconveniente estriba, en que el único que puede realizar tamaña empresa es el caballero de la máscara, y en que Fouché le tiene tal miedo á este caballero, que ha puesto en movimiento á todos sus policías para descubrirle. De lo que se trata, pues, es de encontrar á un pobre fanático que consienta en hacerse pasar por el caballero, y en dejarse prender como tal. Una vez la captura lograda, la vigilancia disminuirá. Y un joven se presenta.

— Yo estoy dispuesto á todo — dice.

Los conspiradores le ponen la máscara y el manto del caballero terrible.

— Ahora — le ordenan — es preciso sorprender al nuevo prefecto, y traerle aquí.

— Lo haré.

Al mismo tiempo, los conspiradores escriben á Fouché, indicándole lo que el caballero se propone hacer. «Ahora — piensan — este caerá en las garras del ogro. Mañana le veremos ajusticiar. En seguida, cuando ya no exista el temor de nuestro héroe, será un juego de niños capturar al primer cónsul.» Pero al día siguiente ven con espanto, que el joven vuelve llevando al prefecto, á quien ha capturado. Hay que darle otra misión, y avisar de nuevo á Fouché.

El joven averigua el engaño de que es víctima, y se deja prender por un granadero.

— ¡Pobrecito! — exclama la gente — ya ha sucumbido.

Sólo que no hay tal. Una vez detenido, mata al granadero, se pone su traje, y corre á casa de Fouché, en donde se encuentra Bonaparte.

Digitized by Google

Mr. Rosenberg, Mlle. Dorgère y Mr. Lérand, en " Les Honneurs de la Guerre ".

— El caballero está preso — dice.

Entonces, el primer cónsul quiere volver á su palacio para dar las órdenes necesarias. Su escolta, sin embargo, no ha llegado. No importa.

— Este granadero — ordena — me servirá de escolta.

En una esquina están apostados los conspiradores que deben apoderarse del primer cónsul. Al verle solo con un granadero, le atacan. El granadero le defiende tan heroicamente, que los conspiradores huyen.

Poco después, cuando todo se descubre, el falso granadero dice :

— Yo vine para haceros pasar por ese sitio, y dejaros prender por mis amigos. Pero al ver que eran muchos contra uno solo, no pude dejar de ponerme de vuestra parte.

Bonaparte, naturalmente, le perdona y le dice :

— Eres admirable.

Pero cruel, la crítica se ha negado á la admiración.

¿Qué censura la crítica en el « Caballero de la Máscara » ? La complicación, según parece. Pero ¿ es acaso menos complicada la comedia de Hennequin : *Les Honneurs de la Guerre?* No, por mi fé. Lo que sucede es que á la gente del bulevar no le gusta, en esta época, parecer novelesca. Las conspiraciones y los heroísmos están « hors d'usage ». En cambio, las historias galantes con muchos personajes que no tienen nada de heroicos, que consideran la pasión como una cosa ridícula, que se ríen del honor y que viven entre intrigas galantes, eso sí es admirable. Y como eso es lo que hay en « Les Honneurs de la Guerre », todo el mundo va á aplaudirlo. Yo, por mi parte, aun á riesgo de no estar « dans le mouvement », prefiero el « Chevalier au Masque ».

(Dibujos inéditos de Marevéry.)

Digitized by Google

En el mundo del arte se producen á veces fenómenos imprevistos.

De tal modo, cuando imaginamos que, por lo menos, la historia del pasado no tiene ya para nosotros secretos, aparece ante nuestros ojos un capítulo que hasta entonces no habíamos sospechado siquiera.

Hace veinticinco ó treinta años, los historiadores y los aficionados del arte estaban convencidos plenamente, de que todas las escuelas habían sido estudiadas, clasificadas y desentrañadas.

En demostración de lo contrario surgió del Extremo-Oriente el arte japonés, que había de producir en el mundo artístico una revolución de trascendencia tan grande y tan definitiva, que, sin exagerar nada, cabe decir que su importancia no ha tenido precedente.

Modificóse radicalmente el concepto de la estética, desaparecieron los viejos estilos afectados y contrahechos, para ser reemplazados por un estudio fiel y constante de la naturaleza, gran inspiradora del artista oriental.

Hoy, el estudio del arte japonés, ignorado hasta hace un cuarto de siglo, tiene para nuestras escuelas tanta importancia como el de la estética griega, italiana ó septentrional. En el Luvre podemos encontrar testimonio claro de su triunfo.

La pintura, la escultura, las artes decorativas todas, y la moda femenina inclusive, sin olvidar la joyería que tan profunda evolución acaba de realizar, son otros tantos aspectos del arte y del gusto, que han sufrido una transformación radical bajo la influencia del espíritu nipón.

¡ Qué lejos estábamos de imaginar, hace medio siglo, que un pueblo tan lejano de nosotros por la distancia, por la civilización y por la historia, había de trocarse, por obra de su inteligencia y de su vitalidad, en nuestro verdadero maestro y reformador !...

Pero la revelación artística que nos procuró el Japón, no había de ser la única que nos llegara de Oriente, y tras de ella aparece la del arte chino.

En efecto, si bien los chinos no llegaron nunca á la perfecta interpretación de la naturaleza que alcanzaron los japoneses, fueron, en cambio, maestros del color y de la decoración, sin que nos haya sido dado, hasta hace muy poco tiempo, el apreciar realmente la importancia verdadera de sus mejores obras, que nos eran desconocidas.

Es cierto que los artistas del Celeste Imperio fueron medianos escultores, y jamás llegaron á la reproducción de la forma humana, ni á la de los animales, sino muy imperfectamente ; pero, en cambio, realizaron verdaderos prodigios en el arte decorativo.

Los escultores chinos encontraron medio de sacar partido de las piedras preciosas que abundan en su país, esculpiendo sobre ellas bajos relieves cuyas tallas, armonizándose con los matices de la piedra, se combinaban de tal modo con las gradaciones del color, que no parece sino que la piedra es artificial, y que ha sido compuesta expresamente para ser labrada así.

La piedra preferida por los chinos para tal labor, era el jaspe. Con arte insuperable y con paciencia inaudita tallaron esta sustancia, que es durísima, y con ella labraron estatuas, brazaletes, vasos, broches, sortijas, pipas, y cien objetos más de arte ó de fantasía.

Digitized by Google

No son menos notables los muebles construidos con maderas finas y adornados con marfil, con laca, y con incrustaciones de esmaltes y de piedras preciosas, que atestiguan, clara y evidentemente, el genio y el espíritu innovador de los artistas chinos.

Lo dicho respecto á la escultura, puede aplicarse igualmente á la pintura. Pintores fueron los chinos desde la más remota antigüedad, pero sólo llegaron á las grandes perfecciones del arte en la reproducción de adornos, de flores, de frutos y de pájaros. Ignorantes de la perspectiva y de la gradación de las sombras, fueron en cambio coloristas únicos y detallistas asombrosos.

El viajero árabe *Ibn-Vahab*, uno de los primeros exploradores que hace más de diez siglos visitó el Imperio Chino, nos cuenta la siguiente anécdota:

« En China — dice — cuando un artista ha terminado una obra, la lleva al gobernador, y pide que se le recompense por su trabajo, y por el progreso que este trabajo significa para el arte. El gobernador hace colocar la obra en la portada de su palacio, y allí queda expuesta durante un año. Si durante es plazo nadie critica la citada labor, el gobernador recompensa al artista, y le admite á su servicio. Pero si en el transcurso del año de exposición alguien señala un defecto grave en el trabajo, y demuestra indudablemente su existencia, el gobernador despide al artista, sin concederle premio alguno. Un día, presentóse al gobernador de una ciudad un hombre que había pintado en relieve, sobre un trozo de seda, una espiga sobre la cual se posaba un pájaro. La pintura era labor tan acabada y de tal perfección que, viéndola, producía á todo el mundo la ilusión de ser espiga verdadera y un pájaro vivo. El cuadro quedó expuesto en el portal del palacio de gobierno, y permaneció allí un año menos un día, sin que nadie hallara en él sino motivo de extrema alabanza. Al correr de la última jornada, y cuando ya el artista se creía seguro de alcanzar la suspirada recompensa, pasó un jiboso ante la puerta del gobernador, y viendo la pintura, hubo de criticarla. Al escucharle, un funcionario le hizo llamar, y le llevó á la presencia del mandarín. Fué convocado el autor del cuadro, y el gobernador ordenó al jiboso que, ante el artista, expusiera los motivos que en su sentir le inducían á suponer, que la obra del pintor era imperfecta. El jiboso dijo: — Desde que el mundo existe, nadie ha visto que una delicada espiga soporte, sin doblarse al menos, el peso de un pájaro... Y en esa pintura, el pájaro descansa sobre una espiga, que permanece, sin embargo, completamente dere-

"Panneau" de seda pintada. (Siglo XV).

Digitized by Google

Biombo de laca, del siglo XV, perteneciente á la colección particular de Mme. Langweil.

cha. — La observación pareció justísima, y á pesar de la maravillosa labor que en su obra había puesto el pintor, éste fué despedido por el mandarín, sin obtener la menor recompensa por su trabajo. »

Los cronistas chinos hablan igualmente de unos gavilanes pintados sobre el muro de un jardín imperial, por el célebre Kao-Hiao, y que hacían huir á los demás pajarillos, tal era su parecido con la realidad. En un templo, el pintor Fan-Hien pintó una puerta, hacia la cual se dirigía todo el que no era conocedor del secreto, creyendo poder salir por ella.

Pero el arte por excelencia fué, en China, el de la cerámica, cuyos primeros trabajos se remontan en el Celeste Imperio á veintitrés siglos antes de Jesucristo. Este arte adquiere verdadera importancia dos mil años más tarde, bajo la dinastía de los Han, con la elaboración y el decorado de la porcelana.

Tao-Yu fué el gran artista, cuyo trabajo dió lugar á que se abrieran numerosos talleres de fabricación de porcelanas en Nang-Tchang-Tchin, talleres que pronto fueron los más acreditados del Imperio.

En 1004, el emperador Tchin-Tsong ordenó que las porcelanas que salían de los citados talleres, con destino al servicio de la corte, llevaran el sello de King-Te, que significaba la epoca del reinado. Esta costumbre dió lugar á que estas porcelanas se llamaran de *King-Te-Tchin*, por ser porcelanas imperiales que se fabricaban en el Tchin, ó arrabal de Nang-Tchang-Tchin.

Hoy, ese arrabal que lleva el nombre de sus producciones, constituye la ciudad inmensa y riquísima de King-Te-Tchin.

Las grandes obras de arte chinas pasaban inmediatamente á ser propiedad del Emperador, ó de sus altos dignatarios, que llegaron á poseer verdaderos museos, y que de este modo alentaron á los artistas, que tenían la seguridad de que sus trabajos habrían de ser bien recompensados, por la esplendidez de los magnates.

Pero lo tiempos cambiaron del todo para el arte chino con el advenimiento de la dinastía Tártara, que usurpó el trono de los Sung. El arte decayó entonces en China, tanto por el espíritu utilitario de los nuevos soberanos, desdeñosos de toda intelectualidad, como por las revueltas continuas que afligieron al país. Así ocurrió, que las obras de los artistas chinos, y especialmente las de los pintores, más que labores de arte verdadero parecen producciones de industria, y aparte las obras de Lam-Qua, ninguna de la producciones contemporáneas alcanza la altura de cualquiera de las antiguas.

Esta última fase, la industrial y decadente, era la única que conocíamos bien del arte chino. En cambio, las obras maestras no habían llegado á nuestros ojos, guardadas en el hermético encierro de los inaccesibles palacios, y estas obras primitivas, anteriores á la dinastía mongólica, á más de ser prodigios de trabajo y de inspiración, constituían los más preciosos documentos de la historia artística de este pueblo.

Las guerras sucesivas y desastrosas, luego de las cuales el Imperio Chino hubo de someterse á la fuerza de los cañones ingleses, franceses y rusos, abriendo sus puertas al comercio europeo, no lograron por otro lado quebrantar el secreto del arte chino, y fué menester, para ello, la revolución de 1912.

La caída de la dinastía tártara de los Tsin, que arrastró la ruina de la familia imperial, y de gran número de favoritos y dignatarios,

Digitized by Google

dió lugar á que, bajo el apremio de la necesidad más imperiosa, estos magnates chinos se resignaran á vender ó enagenar tesoros artísticos que, de otra manera, jamás hubieran salido de sus residencias.

« Potiche » de bizcocho de porcelana gris, del siglo XV, y estatua de la Diosa de la Tradición.

De tal modo, adquiridas por comerciantes y por artistas europeos, las grandes obras maestras del arte chino fueron llegando á Europa, y así como se organizaron, años atrás, las primeras exposiciones de arte japonés, bajo la dirección de los Gonse, de los Burty, y de los Bing, se organizó también la primera gran exposición de arte chino, siendo debida á la iniciativa, al esfuerzo y á la perseverancia de una mujer: Mme. Langweil.

Mme. Langweil, que desde hace muchos años se dedica á la importación de objetos de arte del Extremo-Oriente, ha reunido cuantos elementos de antiguo arte chino ha podido adquirir, aprovechando la circunstancia favorable de la revolución china, y estas obras maravillosas, reunidas en el hotel que esta señora posee en el nº 26 de la calle de St-Georges, de París, constituyen la más interesante colección del legítimo y alto arte chino, que haya podido reunirse hasta aquí.

Fácil es darse cuenta de la importancia de estas obras, juzgando por las fotografías que reproducimos de algunas de ellas.

El estudio detenido de esta colección ha hecho deducir, que el arte japonés ha tenido por origen el antiguo arte chino, y sobre todo ha revelado una fase primitiva, desconocida y pasmosa del arte chino, que en adelante ha de ocupar en los museos oficiales y en las vitrinas particulares un puesto de honor.

B...

Gran pecera del siglo XV, esmaltada en color turquí.

Digitized by Google

Elegancia Masculina

Decíamos en el artículo anterior, que las distintas clases de deporte exigían de todo verdadero elegante la confección de un traje especial para cada una de ellas : otro tanto puede asegurarse en lo que se refiere á los sombreros, á las gorras y al calzado.

Como puede deducirse de todo lo dicho, la moda masculina se complica cada día más, y vuelve decididamente hacia su antiguo esplendor, gracias á los plausibles esfuerzos de innovadores como Kriegck.

Una novedad es la tendencia resuelta hacia la supresión del sombrero de copa. Pero ¿ con qué hemos de sustituirlo ?

Se dice que es antiético, y lo es, en efecto; sin embargo, no es tan fácil como parece el encontrar cosa mejor, y que se armonice al mismo tiempo con nuestra indumentaria moderna

En efecto, hablóse, entre innovadores, del sombrero de fieltro á la *Dartañán*, y del *Enrique II*, y del *Francisco I*, pero ninguno de ellos puede acompañar, sin parecer ridículo, á nuestras modas actuales ; para no desdecir de semejantes modelos de sombreros, serían necesarios trajes mucho más estrechos ó mucho más amplios.

Este mes es el de las grandes reuniones deportivas, es el mes de gran premio de Auteuil, el de mayor concurrencia de extranjeros en París. La levita es la prenda de actualidad obligada para todas estas fiestas de día, celebradas al aire libre. Kriegck nos informa acerca de sus últimos detalles, en lo que á la recientísima moda se refiere.

La levita se hace de *humespum* marengo, marrón, gris, gris-hierro y azulado.

Aún no han aparecido los primeros pantalones claros, pero sí vemos ya los de medio tono y los escoceses negro y blanco, así como los escoceses « Carlos X ».

Ultimo modelo de la casa Kriegck, 23, rue Royale, París.

Pocas combinaciones resultan tan felices como la de una levita de *homespun* gris-hierro ó marengo, con un pantalón escocés « Carlos X » negro y blanco.

La historia de este género llamado « Carlos X » se refiere á la siguiente anécdota : El fabricante de Elbeuf que fué el primero que consiguió elaborar este tejido sin mácula, regaló la primera pieza confeccionada al rey Carlos X, que fué quien inauguró la moda de los pantalones escoceses, moda que hizo furor hasta el final del Imperio, época en que esta prenda se consideraba como un símbolo de opiniones monárquicas.

La levita se llevará bordeada con un galón estrecho, combinada con un chaleco cruzado hecho de tela cruda en los días de sol, y con un chaleco del mismo género en los días de mal tiempo.

Por último, se preparan levitas de colores muy claros para los días de calor.

Digitized by Google

Precio : 1 fcs. — Extranjero : 1.50 fcos. Julio 1913.

MUNDIAL MAGAZINE

PUBLICACIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis - Paris

Digitized by Google

"MASS & C°"

9, Place de la Madeleine

PARIS

Los últimos

CAMPEONATOS

han sido ganados con la raqueta

"MASS & C°"

Adoptada por los mejores jugadores de Francia y del ... extranjero ...

CELEBRE RAQUETA

Campeonato de Francia
Campeonato de Suecia
Campeonato de Hungría
Campeonato de Inglaterra

Campeonato del Mundo
(Wimbledon)

Campeonato del Mundo
(sobre tierra blanda-Paris)

"MASS & C°"

Digitized by Google

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción :
CARLOS LESCA

TELEFONOS
Dirección y Administración : Louvre 0-36
Redacción y Publicidad : Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. .. .. 12 fr.

EXTRANJERO
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. .. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO
Francia. .. .. 1 fr. | Extranjero .. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA : Guiñazú & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.

ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.

ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

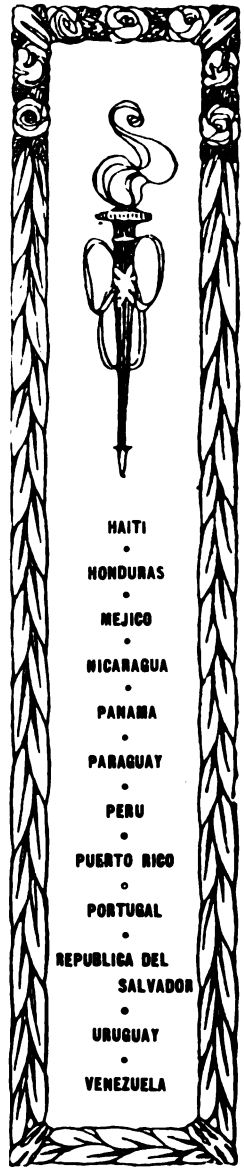
INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

ITALIA : Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.

SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina é Islas Filipinas : Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerias, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



Digitized by Google

AÑO III — VOLUMEN V — NUMERO 27 — JULIO 1913

SUMARIO

CUBIERTA. — Retrato de Mlle. B..., por C. J. WATELET.
Cuadro expuesto en la exposición de los Artistas Franceses del año actual.

LA NOVELA DE JUANILLO, por MAX HENRIQUEZ UREÑA, ilustraciones de FALGAS.. 199

EN LAS ERAS, poesía, por LA HIJA DEL CARIBE 205

EL CONCURSO LITERARIO DE " MUNDIAL ". 206

EL CENTENARIO DE WAGNER, por MAX 207

LOS HILOS DE LAS MARIONETAS, por ANTONIO G. DE LINARES.. 213

EL SEXTO SENTIDO, por AMADO NERVO, ilustrado por FALGAS.. 226

CABEZAS. " GRAÇA ARANHA ", por RUBEN DARIO.. 240

VELADA DE VENUS, poesía, por OSVALDO MAGNASCO.. 242

ESTRAZILLA, continuación de la novela de JOSÉ ORTEGA MUNILLA, ilustrada por PARYS 246

ASTORGA Y LEON, por JOSÉ SANCHEZ ROJAS.. 258

EL CONJURO, por AMICHATIS, con ilustraciones de BASTÉ.. 263

LA PRIMERA VERBENA QUE DIOS ENVIA, por GREGORIO CAMPOS.. 267

ENTRE DOS PATRIAS, por ENZO ALOISI BARONTI, cuento ilustrado por SYROVY 273

INFORMACIONES AMERICANAS, por EDUARDO HERRERA. 279

CURIOSIDADES LITERARIAS, por RUBEN DARIO 284

EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO.. 287

EL ENCANTO DE LOS MUEBLES ANTIGUOS. 291

(No se devuelven los originales.)

En el próximo número :

HOMBRES Y PAJAROS, por RUBEN DARIO. — **EL ENCANTO DE MASR-EL-KAIRA,** por ENRIQUE GOMEZ-CARRILLO. — **TRES SONETOS INEDITOS,** de JULIO HERRERA Y REISSIG. — **COMO RECORRI LAS CAPITALES EN AEROPLANO,** por BRINDEJONC DES MOULINAIS.

NOTA. — La abundancia de originales nos obligó á suspender por este mes la publicación de nuestra novela " Tarde ". En el número de Agosto encontrarán nuestros lectores la continuación de la obra de JORGE HUNEEUS.

Digitized by Google

I

JUANILLO era el Benjamín de aquel grupo de muchachos que, ebrios de juventud y de poesía, nos reuníamos en la redacción del « Siglo Nuevo » á charlar de literatura y de amor.

Comenzábamos á vivir. Nos atrevíamos á todo. Aquél presumía de tallar el soneto con refinamientos de orfebre ; el otro gustaba de peinar las largas trenzas de la oda ; el de más allá tenía ya trazado el plan de una tragedia ó de un drama... A quien, por voto unánime, habíamos consagrado novelista, era á Juanillo, el cual había escrito dos cuentos que mirábamos como pequeñas obras maestras.

— Sí, es verdad — decía Paco Téllez, retorciéndose con esmero su esperanza de bigote — cada cual tiene su vocación. Yo nací dramaturgo. Juanillo nació novelista, y nada más que novelista.

Y Juanillo, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos expresivos, murmuraba :

— ¿ De qué sirve tener esas dotes en un medio como éste, donde no hay *asuntos ?*

— ¡ Protesto ! — gritaba Romero, incipiente autor de comedias de costumbres — en Cuba sobran asuntos, pero se necesita saber observarlos bien. La novela genuinamente cubana todavía no se ha escrito. Debe ser una novela de corte nuevo, que copie con enérgicos relieves el carácter nacional.

— ¡ Bien hablado ! — dijo Paco Téllez. — No tendríamos por eso perdón de la posteridad si, habiendo entre nosotros un novelista de condiciones superiores, no lo impulsáramos á ser el creador de esa novela nueva, de la novela nacional.

— A Juanillo, lo que le hace falta es ponerse en contacto con la vida cubana —

Digitized by Google

ratificó Romero. — Pasa el tiempo enfrascado en lecturas de autores franceses ó rusos, los cuales describen un medio que él no conoce, y en cambio no ve pasar la vida real, no se da cuenta de lo que tiene ante su vista...

Y cuando, á la caída del sol, íbamos en busca de aire fresco al paseo del Malecón, para mitigar un tanto el calor mortificante del trópico, recreando al mismo tiempo nuestra vista con la contemplación de los automóviles y coches que hacían desfilar ante nosotros el mundo de la Habana, esto es, sus personajes, sus figuras conocidas, sus diversos elementos representativos, insistíamos con Juanillo para que observase la realidad, para que prestara atención á los tipos diferentes que pasaban confundidos en la muchedumbre, y tomara de allí los elementos indispensables con que forjar la novela genuinamente nacional.

Juanillo, instigado de esta suerte á diario, tomó en serio su papel de observador. Mientras los demás discutíamos y gesticulábamos, él solía quedarse callado, atento al transitar de los vehículos, ó al tardo cruzar de los paseantes de á pie. Muchas veces, con toda gravedad, sacaba su cartera de apuntes y escribía algo. Romero, con cara de triunfo, decía :

— ¡ Ya verán si hay asuntos en la vida cubana ! Apuesto á que Juanillo, en quince días, ha anotado más de cien...

— No — contestó Juanillo secamente — son notas al vuelo sobre gestos, expresiones, movimientos... que me servirán para la construcción sintética de los personajes...

Y se quedó mudo nuevamente, abstraído en graves reflexiones, mirando tenazmente al suelo. Una mulata, que pasaba luciendo ricos atavíos, le lanzó una mirada codiciosa, y le dijo bruscamente :

— ¡ Jesús, cara simpática ! ¿ Qué te pasa ? ¿ Se te ha *perdío* algo ?

Juanillo, sin proferir palabra, sacó su cartera y escribió. La mulata se alejó sonriendo...

— ¡ Bruto ! — exclamó Romero. — Debiste seguirla. Era una conquista fácil, que te hubiera enseñado á conocer el alma del pueblo...

— No — dijo Juanillo — el escenario de mi novela es la clase acomodada... Ya tengo el asunto.

— Bueno — contestó Romero — pero luego escribirás otras obras...

— Por ahora, debo concentrar todas mis energías en la primera que preparo. Tengo dividido así el tiempo que debo dedicar á esta novela : un año para observar y perfeccionar el plan, un año para escribirla, y un año para retocarla.

Nuestro entusiasmo fué indescriptible. ¡ Por fin ! ¡ Ya estaba en marcha la novela de Juanillo ! La posteridad nos agradecería, á más de la obra propia de cada uno, la novela de Juanillo, que sentíamos tan nuestra, por haber colaborado á ella con nuestro empeño y nuestro estímulo.

— ¿ Y cómo se llamará la novela ? — exclamó Paco Téllez.

— *Vidas inútiles.*

Un domingo, á la hora en que el sol, incrustado como gigantesca medalla áurea sobre el plafón impecablemente azul de un cielo sin nubes, se aproximaba á su ocaso, nos hallábamos, según nuestra costumbre inveterada, sentados junto á la glorieta del Malecón. El paseo estaba ese día extraordinariamente animado.

— ¿ Quién es aquella hermosa muchacha que va en automóvil, vestida de rosa ? — inquirió, acercándosenos, el poeta Arnaldo Narváez.

Paco Téllez, que siempre andaba á caza de chismes sociales, replicó :

— No he podido averiguarlo, pero hace poco tiempo que llegó á la Habana. Quizás sea una provinciana que viene á la capital en busca de marido. La otra noche, en una tanda de cinematógrafo del Nacional, me fijé en ella... ¿ Sabes quién estaba á su lado ? Zúñiga, el cronista de « El Diario »... Y verás lo que pasó...

— ¡ Adióooos ! — gritó en esto Romero, saludando á una parvada de jovenzuelos alegres que iban en automóvil. Y luego, riéndose : — Valiente grupo de *desprestigiados*... Dios los cría...

— No seas escandaloso — interrumpió Juanillo, quitándose ceremoniosamente el sombrero. — Mira que detrás va el Secretario de Obras Públicas, que es amigo mío...

— Vamos, hombre, ahora quieres darte importancia...

— No, es que iba con sus hijas...

— ¡Ah! ¿ Esas flacuchas que van allí ?... Pues de nada les ha servido lo que ha robado el padre : no engordan...

— ¡ Hazme el favor !...

Bruscamente, Juanillo cortó la conversación, para ir al encuentro de dos elegantes damas que bordeaban la avenida, á pasos lentos.

— ¿ Quiénes son ? — me preguntó Paco Téllez.

— ¿ Cómo ? ¿ No las conoces ? La señora y la hija del magistrado Pacheco. Si

Digitized by Google

Créame, Ureña, Uds. hacen mucha poesía, y de poesía no se vive.

Digitized by Google

Juanillo tarda, iré á hacerles compañía. Es gente muy amable y culta.

— ¡ Calle ! ¡ Es verdad ! ¿ Aquélla señorita es Julieta ? ¡ Diantre ! Si hace tres años era una chicuela...

— Desengáñate, Paco, nos vamos poniendo viejos. Lo menos diez años llevamos á esa joven... ¡ Y no hemos hecho nada todavía ! Siquiera Juanillo, cuando alcance nuestra edad, habrá escrito una novela, quizás dos...

— ¿ Qué habrá ido á hacer Juanillo ? ¿ Le interesarán las de Pacheco ?

— ¡ Psché ! Habrá ido á hablar del compromiso del viejo Domínguez, el catedrático, con Juanita Vázquez ; á decir pestes de la opéra que trabaja en Payret ; ó á comentar veladamente la fuga de la señora de Menéndez con el petardista Arriatúa...

— Puede... — dijo Romero — aunque á la gente de Pacheco no le gusta hablar de vulgaridades... Pero yo me atrevo á apostar, á que Juanillo se ha acercado á esa gente con el propósito de acumular materiales de observación para su novela. Recuerden que el asunto se desarrollará en la clase acomodada... Juanillo observa y estudia. Está decidido á trabajar de veras, sobre el molde macizo de la realidad...

Y Romero, contento de su frase, la cortó con un gesto elegante de despedida, y se alejó encendiendo un cigarrillo...

♤ ♤ ♤

No pasaron muchos días, sin que la cara soñadora y pálida de Julieta Pacheco asomase de nuevo junto al rostro complaciente y satisfecho de su elegante mamá, por la orilla del Malecón. Juanillo y yo acudimos presurosos á saludarlas. La conversación de la señora Pacheco me agradaba, y no traté de disputarle á Juanillo la compañía de Julieta. La señora Pacheco tenía el arte de saber conversar, y ponía en ello verdadero *esprit*. Julieta, en cambio, era una niña romántica, de charla insustancial, que vivía suspirando por un mundo mejor.

Creo que el único que conocía, en nuestro grupo, á Juanillo, era yo. Juanillo era un sentimental. Juanillo era un romántico. Por eso, no me extrañó ver que su rostro redondo é imberbe adquiría una intensa expresión de arrobamiento, mientras Julieta le contaba sus ensueños de niña bien educada...

La señora de Pacheco, entretanto, me hablaba de cosas prácticas :

— Créame, Ureña, Uds. hacen mucha poesía, y de poesía no se vive. Es lo que le decía yo á Juanillo el otro día, cuando vino á saludarnos. Por cierto que Ud., ni siquiera por cortesía se acercó un momento...

— He reparado esa omisión...

— Bueno. Indultado queda. Pues, como le iba diciendo, es lástima que jóvenes de talento como Uds. no se decidan á labrarse una posición seria, que les permita más tarde trabajar con sosiego y conquistarse un nombre... Vienen los años, se acaban las fuerzas, y ya es muy tarde para empezar á abrirse un puesto brillante en la sociedad. Además, que tarde ó temprano encuentra cada cual la media naranja que le falta, y es muy triste renunciar á la dicha por no tener siquiera lo necesario para el sustento, aun á trueque de un nombre literario bien adquirido.

Y levantó alegremente la sombrilla, para saludar á dos señoras que pasaban en elegante carruaje...

— ¡ Adiós ! ¡ Adiós ! Allá van las de Hiráldez. Sigamos. Aconséjele á Juanillo, que es buen muchacho y le queremos mucho, para que se haga abogado. Es lo que anoche me decía mi esposo : « Podría ser una gloria del foro, y eso no le impediría serlo de las letras... »

Y como yo hiciera ademán de despedirme, la señora de Pacheco exclamó :

— ¡ Ah ! ¿ Pero ya se van Uds. ? Hasta la vista, entonces, soñadores. Vayan por casa, que nos tienen olvidadas... Ahora recibimos los viernes.

Juanillo y yo nos alejamos Paseo de Martí arriba. Eché mi diestra sobre el hombro de mi amigo, y le pregunté :

— ¿ La quieres ?

Me miró sorprendido de que hubiera adivinado su secreto, y dijo, haciendo un gesto teatral :

— Es encantadora... ¿ verdad ?

♤ ♤ ♤

Un mes después, se publicó en las crónicas de sociedad de todos los periódicos de la Habana el compromiso de Juanillo con la hija del magistrado Pacheco. En la forma pomposa en que se anunció el compromiso, hablando de Juanillo como de una « esperanza del foro », me pareció ver la habilidosa ingerencia de la señora Pacheco...

Efectivamente, Juanillo nos había dado á conocer ya su propósito de seguir la carrera de abogado, pues el magistrado Pacheco quería que su yerno fuese un hombre de provecho...

— Una vez que concluya mi carrera y se realice mi boda — agregó Juanillo — escribiré mi novela *Vidas inútiles*. Iré acumulando observaciones y datos, y después tra-

Digitized by Google

Me quedé mirándole sin decir palabra.

bajaré en ella con entera calma. No es posible escribir buenas obras sin gozar de cierta tranquilidad y de ciertas comodidades materiales...

Miré absorto á Juanillo ¡ me parecía estar oyendo á la señora de Pacheco !

II

Vino entonces para Juanillo una época de consagración absoluta á los estudios universitarios. Había contraído un compromiso solemne, y tenía que cumplirlo. Sólo esperaba obtener el diploma de Doctor en Derecho Civil para casarse con Julieta. El magistrado Pacheco, con sus influencias, su prestigio y sus vastas relaciones, le daría impulso eficiente al bufete del joven abogado. Los cronistas de sociedad, guiados hábilmente por la señora Pacheco, hablaban ya de Juanillo como de una « inteligencia privilegiada, que había abandonado la literatura para consagrarse al estudio de la ciencia jurídica ». Antes de que Juanillo concluyese su carrera, la cual iba realizando brillantemente, ya la gente de Pacheco había logrado difundir el concepto de que Juanillo era, « á sus pocos años », una autoridad indiscutible en materia civil.

Dejó de ir Juanillo por el « Siglo Nuevo ». Romero, por su parte, fué nombrado Inspector de Escuelas en Pinar del Río. Narváez, no sé hacia donde fué, pero desapareció. La revista languidecía. La vida, con sus imperativos categóricos, nos fué disgregando.

Digitized by Google

Yo me decidí á completar rápidamente mis estudios, mucho antes comenzados, para alcanzar el doctorado en Derecho Público. Y logré, merced á un padrino político influyente, ser nombrado segundo secretario de Legación en Europa.

En la Universidad, por donde pasé como una exhalación, logrando aprobar en un solo año las asignaturas que me faltaban, vi á menudo á Juanillo, que desde hacía tiempo no visitaba el « Siglo Nuevo ». Estaba un poco enflaquecido por las vigilias, pero en el brillo de sus ojos se adivinaba una voluntad firme. Estudiaba de veras : no se hubiera atrevido á presentarse, como yo, á examen, con un vistazo sintético de las asignaturas.

— ¡ Chico ! — me decía — ¡ tú sí eres atrevido ! Yo no puedo hacer eso. Además, yo necesito conocer á fondo el derecho, porque tengo un gran compromiso que cumplir. Creo que la vida material me será relativamente fácil. Mis esfuerzos serán compensados con creces...

— ¿ Y tu novela ?

— ¡ Ah, sí ! *Vidas inútiles*. Deja que me gradúe y disponga de un poco de tiempo. Todo el aprendizaje que hago ahora de la vida, me será útil para esa empresa...

Partí, poco después, á ocupar mi cargo. Al principio, Juanillo y yo nos escribíamos con suma frecuencia. Después, las cartas escasearon. Comprendí que Juanillo no tenía más preocupación inmediata que los estudios, y que el escribir le representaba desgaste de tiempo y energías.

Yo, en tanto, laboraba. Hojeando los incunables de una biblioteca de Alemania, sentí acrecentarse la afición que de niño profesé á los estudios históricos, y me dediqué á ellos con ahinco, publicando varios libros que me consolidaron en mi carrera. Fuí ascendido á Primer Secretario de Legación, y después á Encargado de Negocios.

Años después, cuando resolví regresar á Cuba, por consejo de amigos influyentes que, á merced de los últimos cambios políticos querían lograr mi exaltación á Ministro Plenipotenciario, el « Siglo Nuevo » había muerto ; los muchachos se habían dispersado á los cuatro vientos ; Juanillo me había enviado hacía tiempo su esquela de matrimonio con Julieta.

Una de mis primeras visitas, al llegar á la Habana, fué para él. No me sorprendió que el coche que me conducía, se detuviese ante una espléndida residencia del Paseo de Martí. Ya me habían dicho que Juanillo era hombre de posición holgada. Un criado ceremonioso me hizo pasar al salón.

— Entregue esta tarjeta al doctor...

El salón era confortable. Los muebles, armoniosamente escogidos en un solo estilo, le daban relieve aristocrático. Las lujosas alfombras ponían en el recinto un rojo color triunfal.

No pasaron dos minutos sin que una voz, de antiguo conocida, pero más viril y recia, me llamase familiarmente :

— Pero chico ¿ qué es eso ? Supe que pensabas venir, pero nadie me pudo decir cuándo. ¡ Venga esa mano !

Me hallaba enfrente de un señor grueso que, cubierto con un elegante payama, con gorro y pantuflas, me recordaba algo al Juadillo de años atrás.

Me quedé mirándole sin decir palabra. El interpretó mal mi actitud, y dijo en tono de excusa :

— Chico, no te quise hacer esperar, y he salido como estaba. Figúrate que hoy no pensaba recibir á nadie, porque estoy estudiando un expediente muy interesante... Vamos á la biblioteca, que estaremos allí mejor.

Pasamos á una habitación contigua, llena de sol y de vida. En los anaqueles, los libros, mostrando sus colores diferentes, daban al salón una tonalidad alegre, como para festejar la gloria de la mañana.

—Siéntate — dijo Juanillo, señalándome un cómodo butacón. Ya he sabido de tus triunfos. Me dicen que ahora te van á hacer Ministro...

— Es probable. ¿ Y tú ?

— Yo no me puedo quejar. Terminé mi carrera en tres años. Me casé enseguida. Tengo dos dijos y otro que se anuncia ya.... He tenido que luchar, ciertamente. Mi suegro no es rico, y sólo ha podido ayudarme con su prestigio y con su influencia. Ha sido preciso abrirse paso. ¿ Sabes lo que es sostener un hogar, con un nuevo hijo cada año ? Y esto, manteniéndose en una posición decente y holgada que aumente el crédito social. Tengo que vivir con cierta ostentación, y aun á veces con lujo superfluo. Afortunadamente, nunca me ha faltado trabajo. Me caen muchos asuntos, casi no doy abasto para despacharlos. No me queda un minuto libre. ¿ Quieres fumar ?...

Juanillo, mientras encendía un puro, se repantigaba en su sillón de cuero, poniendo las piernas en cruz. Todo cuanto era viveza juvenil en el Juanillo de otro tiempo, había desaparecido. Los grandes ojos, fatigados por el excesivo trabajo, tenían cierta va-

Digitized by Google

guedad trivial; parecía como si Juanillo no atendiese lo que le decían. Del labio superior brotaba un mustio bigote achinado. El abdomen había adquirido extraordinario desarrollo. Pero Juanillo parecía estar muy á gusto en su sillón de cuero.

— ¿Y... tu novela? — me aventuré á preguntar.

— ¿Qué novela? — dijo él, como si cayese de las nubes.

— ¡Chico! ¿No recuerdas? El proyecto del « Siglo Nuevo ». Creo que pensabas ponerle: *Vidas inútiles...*

— ¡Ah! ¡Sí! — dijo Juanillo con un ligero fruncimiento de cejas. — ¿Quién habla ya de eso? ¿Acaso tengo tiempo? Ya ni siquiera leo literatura. ¿Qué quieres? No he podido escribir mi novela: *la he vivido.*

Comprendí. Era la confesión de su renunciamiento. Una voz un tanto agria — voz de ama de casa atareada — dijo en la estancia vecina:

— ¡Juanillo, el chocolate!

Y Juanillo contestó alegremente:

— ¡Ven acá, Julieta, que te guardo una sorpresa!

La puerta se abrió. Una señora gruesa, que en nada recordaba á la niña romántica y pálida del Malecón, apareció en el umbral, con un robusto niño entre sus brazos. De sus labios descoloridos, marchitos para la pasión, brotó un grito:

— ¡Cómo! ¿Cuándo llegó Ud.?

Y mientras yo corría á estrechar ceremoniosamente la diestra del ama de la casa, Juanillo se acercó á nosotros, arrastrando ligeramente sus pantuflas, y empujándome con suavidad hacia el comedor, exclamó:

— ¡Vamos allá, vamos á tomar el chocolate!

MAX HENRIQUEZ UREÑA.

(Ilustraciones de Falgás.)

EN LAS ERAS

Es en tierras de Castilla y en un campo de trigales:
los arados, hondos surcos han trazado en el terreno,
y regada la simiente por los rústicos bancales
han crecido las espigas bajo un cielo azul sereno.
Encorvados á la tierra, sin parar, los segadores,
con las hoces, que parecen medias lunas en sus manos,
van segando, cual la muerte que destruye los amores,
las espigas, que en el suelo desparraman rubios granos.
Un zagal, sobre la estiva de la miés, recién cortada,
canta dejos melancólicos de añoranzas pastoriles,
suena el eco del cencerro que conduce la manada
que retorna lentamente á dormir en los rediles.
Las mujeres, con los brazos enarcados como asas,
sosteniendo en la cabeza los botijos rezumantes,
y la pierna dura y firme, y los ojos como brasas.
Hebes rústicas parecen con sus ánforas goteantes.
Ya los bueyes de los carros se desuncen fatigosos,
se les ve jadear disnéicos con los ojos entornados,
y las jóvenes parejas, entre duos amorosos,
van camino de sus casas, juguetones y enlazados.
En el campo queda sólo una calma enervadora,
la avecilla vuelve al nido que dejara presurosa,
y la luna, en su creciente, aparece triunfadora
tras la curva de la sierra como el hombro de una diosa.

LA HIJA DEL CARIBE.

Digitized by Google

Nuestro Concurso Literario

El día 30 del pasado mes de Abril quedó definitivamente cerrado nuestro Concurso, en lo que se refiere á los temas de *poesías*, *cuentos* y *comedias*.

Los originales, escrupulosamente ordenados, se remitieron inmediatamente al jurado, que, según se anunció repetidas veces en estas columnas, está constituido del siguiente modo :

Presidente : D. Rubén Darío.

Vocales :

D. Enrique Gómez Carrillo, D. Ricardo León, M. Martinenche, D. Amado Nervo.

Secretario : D. Carlos Lesca.

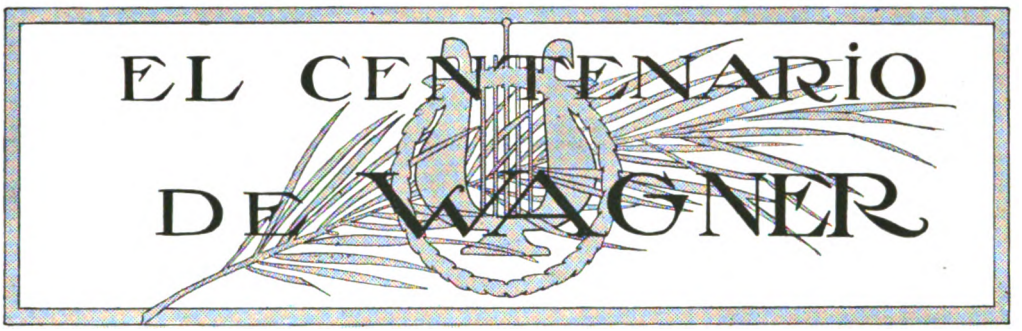
Este jurado trabaja desde hace un mes en su labor de clasificación, y á pesar del enorme número de originales que ha de examinar, y de lo excepcionalmente concienzudo que ha de ser el fallo, creemos de seguro poder anunciar el resultado definitivo de los Concursos de Poesía, Cuento y Comedia, en nuestro número de Agosto próximo, en cuyas páginas aparecerán los nombres de los autores premiados, y de aquéllos cuyas composiciones merezcan especial mención.

Respecto al concurso de novelas, recordamos que el plazo de admisión de originales quedará definitivamente cerrado el 31 de Julio próximo, y como es lógico, el fallo del jurado tardará bastante tiempo en ser conocido, tanto á causa de la mayor prórroga, como en razón del mayor trabajo que exige el examen de los manuscritos.

Nuestros premios son :

Para la mejor poesía..	500 francos.
Para la mejor comedia	1.000 francos.
Para el mejor cuento.	1.000 francos.
Para la mejor novela.	4.000 francos.

Digitized by Google



« *Admiro las obras de Wagner, pero no profeso ni profesaré jamás la religión Wagneriana.*

CAMILLE SAINT-SAËNS.

EL 22 del pasado mes de Mayo hizo un siglo que nació Wagner. Tal fecha da lugar á evocaciones sin cuento. En los escenarios alemanes, junto á la obra inmortal del maestro, renace su obra olvidada: aquella que tal vez hubo de costarle mayor esfuerzo, por haber puesto en ella mayor y mejor parte de su alma. En todos los centros literarios y artísticos, en estos días, se habla de Wagner, de su labor gigantesca y de su influencia trascendental... Hablemos pues aquí también de Wagner; pero como acerca del músico y del dramaturgo se ha dicho cuanto hay que decir, y algo más también, platiquemos acerca del hombre, y recordemos de su existencia lo que fué trivial, lo que fué penoso, lo que, en suma, fué humano...

La vida íntima de Wagner no se envuelve, como la de tantos otros hombres superiores, en nieblas de misterio. Las *memorias*, escritas casi al día por el autor de *Parsifal*, son prolijas, y con frecuencia fatigosas; pero al menos no dejan lugar á la más pequeña duda, que, de existir, se desvanecería ante la numerosa y extensísima correspondencia privada que del maestro se conserva, y en la que salen á la luz del día sus penas más hondas, sus dudas más calladas, y sus amores más secretos... Parece como si aquel hombre inmenso hubiera tenido de su grandeza propia tan alta idea, que cifrara todo empeño en que los detalles más nimios de sus jornadas quedaran escritos para devoción de los humanos, de los míseros humanos que, para llegar á comprenderle á medias, según él, necesitaron de tanto tiempo y de tan obstinados esfuerzos...

« Me llamo — escribe en sus memorias el coloso — Guillermo Ricardo Wagner, y nací en Leipzig el 22 de Mayo de 1813. Mi padre, que era escribano, murió á poco de yo nacer, y mi madre casó en segundas nupcias con Luís Greyer. Era éste un excelente hombre que escribía comedias, las representaba, y pintaba él mismo las decoraciones. Quiso hacerme pintor, pero hubo de convencerse pronto de que yo no tenía ninguna vocación para el dibujo. Cuando Greyer murió, cumplía yo siete años. Había aprendido á interpretar en el piano algunas composiciones, muy populares entonces, y la víspera de su muerte, mi padrasto me rogó que tocara, para distraerle. Deseando complacerle, me senté ante el clave. Luego de escucharme, el moribundo dijo á mi madre: — ¡ Puede ser que este muchacho tenga facilidad para la música!...

« A los nueve años entré en la Kreuzschule de Dresde, y entregado por completo á mis estudios no volví á pensar en aquella profecía. Por entonces, dos hermanas mías estudiaban el piano; yo prestaba siempre gran atención á sus ejercicios, pero no tomaba parte en las lecciones. Nada me producía, sin embargo, una emoción tan grande, como el escuchar la partitura del *Freischutz*. Diariamente, Weber cruzaba por delante de nuestra casa, al volver de los ensayos, y yo le aguardaba siempre para verle pasar, con el respeto que producen las cosas sagradas.

« Esta afición me hizo solicitar de uno de mis maestros el que me diera algunas lecciones de piano. Un día me esforzaba yo en improvisar el canto del *Freischutz*, cuya música no había podido conseguir; llegó en tanto mi profesor quien, luego de escucharme durante un rato, me dijo que nunca podría hacer cosa de provecho. Esto me obligó á de-

Digitized by Google

Wagner en 1882. — Su último retrato. *La madre de Wagner en 1842.*

sistir de mi empeño, y renuncié á nuevos ensayos. »

En efecto, en lo sucesivo, Wagner consagró todos sus afanes al estudio del latín, del griego y de la mitología. Pero un incidente de la vida de colegio había de señalarle una nueva y definitiva orientación. Murió uno de sus condiscípulos, y el director de la Kreuzschule impuso á sus alumnos, como ensayo literario, la composición de una poesía dedicada al amigo que todos acababan de perder. Entre los trabajos presentados, el de Wagner mereció ser designado como primero, y ganó el premio que consistía en ser impreso y publicado. Esta victoria inclinó hacia la poesía los afanes del espíritu inquieto é innovador que animaba al entonces futuro gran artista, quien aprendió en poco tiempo el inglés, sólo para poder leer y traducir á Shakespeare.

« En esta época — sigue diciendo Wagner — hice el boceto de una tragedia á imitación de « Hamlet » y del « Rey Lear ». En el transcurso del drama morían *cuarenta y dos personajes*, y al llegar al último acto, para que no quedara la escena desierta, tuve que hacer resucitar á varios muertos que volvieron á aparecer bajo la forma de espíritus. »

En la preparación de esta terrorífica obra, cuyo destino ignoramos, trabajó Wagner durante dos años. Luego, la familia del incipiente dramaturgo abandonó su residencia para trasladarse á Leipzig, y al cambiar de colegio Wagner sufrió una gran decepción, ya que sus nuevos profesores le asignaron una clase más atrasada de la que acababa de cursar en Dresde. Merced á esta circunstancia, el estudiante desatendió sus trabajos de griego y de latín, por fortuna, y en cambio concentró todas sus energías en la labor dramática, única que seguía interesándole grandemente.

Huyendo siempre del enojo que le producían las aulas, asistió Wagner á los famosos conciertos del Gewandhaus, en donde se interpretaba la obra de Beethoven. Las audiciones del Maestro de maestros produjeron en Wagner un verdadero deslumbramiento, y decidieron de su vocación musical, como la lectura de Schakespeare había decidido de su vocación poética.

« Alquilé — escribe — un método de armonía, y me puse á estudiar con ahinco. No fué el aprendizaje tan rápido como yo lo esperaba, pero las dificultades me servían de estímulo, y estaba seguro de llegar á ser compositor. »

Tenía entonces Wagner quince años, y en

Digitized by Google

este punto dió principio su verdadera carrera artística, fundiéndose en una sola las dos grandes llamas de inspiración musical y poética, que encendieron, en su espíritu poderoso y amplio, los genios propicios é imperecederos de Beethoven y de Schakespeare.

Era lógico que la nueva concepción del drama musical ideado por Wagner, se estrellara contra la rutina del antiguo género de Opera italiana, y que la crítica, que en todo tiempo hizo labor negativa, declarara una guerra sin cuartel al innovador.

De lo que fué aquella contienda, y de la voluntad de acero que necesitó Wagner para imponerse y triunfar, dan ligera idea estos pintorescos retazos de su vida, conservados en sus propias *memorias*, ó evocados por el recuerdo de sus contemporáneos.

He aquí como describe el propio Wagner su llegada á París, y sus primeros pasos en la capital francesa.

« Con impaciente curiosidad aguardaba yo la llegada al París de mis sueños. La primera impresión que me produjo fué altamente desfavorable, y contrastó con el recuerdo de grandiosidad que Londres acababa de dejarme. Todo me pareció pequeño y estrecho, en París, y los famosos bulevares me causaron una gran decepción. La habitación que me había sido reservada en la rue de la Tonnellerie me hubiera parecido intolerable, á no ver en la fachada, y junto á mi ventana, una lápida con la siguiente inscripción : « — *Aquí nació Molière* ». Esto me pareció de buen agüero, pero al contemplar desde el balcón el inmenso hormiguero humano que me rodeaba, no pude menos de pensar en lo incierto y aventurado de la suerte que había de aguardarme. »

La casa natal de Wagner, en Leipzig.

Mas allá, al dar cuenta del mal éxito de sus primeros pasos, Wagner añade :

« Recibí una carta de recomendación que me enviaba Meyerbeer para M. Duponchel, director del Teatro de la Opera. Con esta carta, en la que puse toda mi esperanza, fuí á visitar al referido personaje que me recibió bastante mal, y que leyó la misiva con absoluta indiferencia. Sin duda alguna, Meyerbeer escribía cartas análogas con demasiada frecuencia. »

Sigue el relato detenido y extenso de todas las contrariedades sufridas. Al fin, Meyerbeer anuncia su paso por París. Wagner cree ver en él la tabla de salvación, corre á visitarle, y le refiere todas sus penalidades. Impávido, Meyerbeer le escucha y le declara que todo eso era de esperar, que la conquista de París no es tan fácil como parece, y que lo mejor que puede hacer es renunciar á sus disparatados proyectos, y buscarse un modesto empleo que al menos le permita vivir.

« Dicho esto — comenta Wagner — partió á Alemania, abandonándome á mi suerte. »

La suerte se obstinó en serle contraria, y Maurice Lefèbre nos refiere del modo siguiente algunos de los terribles reveses sufridos por el gran compositor :

« Wagner, al cabo de muchas gestiones, consiguió el puesto de director de orquesta en un teatrillo de los bulevares. Ganaba lo estrictamente necesario para vivir; pero ocurrió que, en vísperas del estreno de una de

Digitized by Google

las mil insanias que tales teatros ponen en escena, la primera actriz, juzgando que su papel era demasiado honesto, pidió al autor que le agregara algunos *couplets* subidos de tono. El autor escribió la letra durante un ensayo, y dijo al « regisseur » : « — Como no tengo tiempo de hacerles poner música, que se encargue de ello el director de orquesta... »

« Wagner recibió pues el encargo, y durante toda la noche trabajó en la composición. Al día siguiente, comenzó el ensayo con el de los nuevos cantables. Wagner se sentó al piano, pero tan pronto como la citada actriz escuchó los primeros compases, exclamó indignada :

—« ¿Qué porquería es ésta?

« Wagner era hombre de poca calma. Respondió con harta impertinencia á la comedianta, y como ésta era la protegida de un hombre influyente, el director de orquesta hubo de abandonar su puesto, llevándose bajo el brazo la música rechazada... Años después, volvió á trabajar en la misma composición, ampliándola y desarrollándola, y aquella *porquería* se convirtió en uno de los más bellos temas de *La Walquiria* : en el *Lied* de la primavera.

« Pero en tretanto, Wagner quedó en la calle, y sin medio alguno de vida. Al cabo de algunos días, y ya en situación desesperada, acudió á Cherubini, que era entonces director del Conservatorio, y solicitó de él algún dinero. Cherubini negó el auxilio, pero ofreció una carta de recomendación para el director del Gran Teatro de Burdeos. No tenía Wagner gran confianza en la eficacia de las recomendaciones, desde el completo fracaso de la de Meyerbeer, pero ante la insistencia con que Cherubini le aseguró que — *escrita como lo estaba* — su carta equivalía á una credencial segura, aceptó agradecido el pliego que su protector encerró cuidadosamente en un sobre lacrado con cinco sellos, y salió del Conservatorio, resuelto á ir á Burdeos, no sin que antes Cherubini le despidiese con un expresivo « ¡ Adios, y buena suerte !... » que parecía prometerlo todo.

« ¡ Ir á Burdeos !... La cosa no estaba tan al alcance de la mano, porque Wagner no tenía en el bolsillo un solo franco, ni contaba con nadie que pudiera prestárselo ; pero como era necesario é indispensable ir, Wagner fué *á pie*... Hizo el viaje por jornadas, comiendo lo que podía y en donde podía, y tardando muchos y largos días en llegar. Cuando se entró por las calles de Burdeos, estaba demacrado, macilento, y cubierto tan sólo por algunos harapos sucios, que eran los míseros restos de sus vestidos. En semejante traza se fué directamente al teatro. Como era lógico, los porteros se negaban á dejarle entrar, pero Wagner insistió tanto, que acabaron por avisar al director, y éste consintió recibirle en su despacho, quedando no poco sorprendido al ver que semejante harapiento traía una carta de presentación cuyo sobre ostentaba el membrete y los sellos del Conservatorio Nacional.

« Wagner aguardaba con ansiedad el efecto de la preciosa carta, que durante los aciagos días de caminar, carretera adelante, había sido su único sostén y toda su esperanza. Ya el director había roto los historiados sellos, y había despojado el pliego del sobre que lo envolvía, disponiéndose á leer... En esto llegó un avisador á todo escape, y gritó desde la puerta del despacho :

Wagner, compositor del porvenir, hace interpretar sus obras por músicos del porvenir.

(Antigua caricatura de Cham).

Digitized by Google

— « ¡ Señor director, venga en seguida: el tenor y el bajo están riñendo á puñetazos, en medio del escenario !...

— « ¡ Con permiso de usted !... — dijo á Wagner el interpelado, y salió precipitadamente.

« Entonces, al quedar solo, Wagner no pudo resistir á la tentación de leer aquella carta, suma y cifra de todas sus ilusiones... Se acercó á la mesa, desdobló el pliego, y leyó la siguiente *recomendación* firmada por Cherubini:

« *Querido amigo: en la imposibilidad de deshacerme de este solicitante inaguantable, y deseando que desaparezca para siempre de París, se lo envío á usted. Vea modo de librarse de él de semejante manera, enviándole aún más lejos...* »

. . . . . .

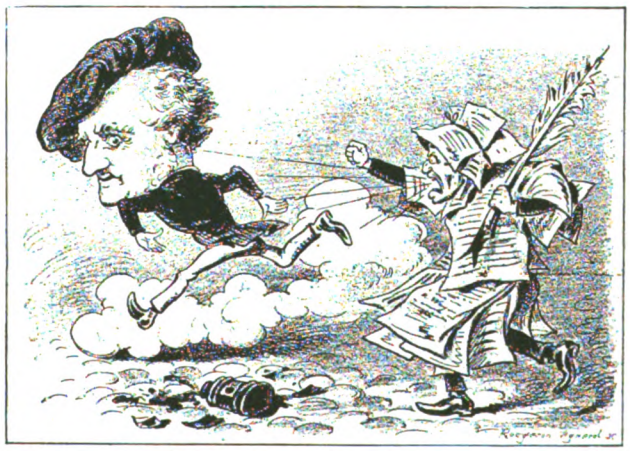
Era Wagner hombre de demasiada voluntad, para someterse sin lucha á los deseos de Cherubini. Volvió á París, y al cabo de incontables esfuerzos llegó á hacer representar « Tannhauser », que había sido estrenado ya en Alemania con éxito muy mediano. Durante la representación, la impaciencia del público fué subiendo de punto... Mme. Metternich, no pudiendo dominar su nerviosidad, rompió su abanico... Los siseos y las protestas impedían oir la música. Al fin, se hizo el silencio, y Wagner creyó que, por lo menos, la obra iba á ser escuchada. En tal instante, un abonado que ocupaba una butaca entonó, silbando, la copla popular: « *J'ai du bon tabac dans ma tabatière...* », é inmediatamente la sala entera coreó el estribillo. Hubo que bajar el telón, y durante buen rato el público siguió cantando la copla estúpida, en tanto que detrás de la cortina, Wagner soliozaba...

El nuevo sitio de París, en 1891.
(De una caricatura de la época.)

Luego llegaron, un poco tardías, las jornadas de gloria, y el mismo público que había escarnecido al autor de « Tannhauser » dió en adorar como á un dios al creador de la epopeya de los Nibelungos.

Pese á ello, Wagner escribía lo siguiente á Liszt, en los últimos años de su vida:

« Lo que las gentes admiran en mi labor, es lo que



Wagner perseguido por la crítica.
(De una caricatura de 1883)

Digitized by Google

en ella hay de afeminado y de insincero. En cambio, la energía, la vitalidad, *la salud*, en suma, de mis composiciones, todo lo que en ellas hay de grande y de fuerte, no ha logrado hacerse comprender... »

Y añade, en postrera confesión de suprema amargura :

« ¡ Mis supuestos triunfos se han alzado sobre la base de un equívoco, y mi fama y mi gloria no valen un bledo !... »

Wagner fué en amor un gran sentimental, de paradójico sentimentalismo presuntuoso y rudo. Su ingenuidad germana, de prosapia bárbara todavía próxima, hizo que en cuestiones pasionales la psicología de este hombre, sometida á un análisis frío, no deje de prestarse á la ironía y á la sonrisa.

Wagner tuvo como primera esposa á la actriz Minna Planer, que compartió con él los años de lucha y de miseria, pero que á los ojos del gran músico apareció como una criatura vulgar, porque nunca llegó á comprender y á admirar todo lo necesario al grande hombre, á quien la desgracia había ligado su vida. ¡ Prefería « Rienzi » al « Tannhauser » ! Este fué su primer delito ; pero había de cometer otra falta mucho más grave aún, merecedora de inexorable y definitiva condenación.

Ocurrió que, desterrado Wagner en Zurich, conoció á Otto Wesendonk, hombre generoso y rico, quien se apresuró á ofrecer á Wagner hospitalidad. Compró una casita inmediata á la suya, y luego de bautizarla con el propicio nombre de « *El Asilo* », instaló en ella al gran músico que, por lo demás, pasaba diariamente varias horas en casa de su protector.

Wesendonk tenía una mujer llamada Matilde, joven y bella, y muy aficionada á la música y á la poesía. Como era de esperar, Wagner y Matilde no tardaron en convertir en amor, lo que al principio comenzara por ser admiración ferviente en la mujer y vanidad satisfecha en el hombre. La pasión de ella, grande y abnegada, nacía de la sugestión artística; la pasión de él, mezquina y egoísta, no tenía origen que no fuera el del halago, producido en su fatuidad por la espiritual adoración de una mujer inteligente que le admiraba, y que, por lo tanto, *le comprendía*.

Una exacta silueta de Wagner en 1877.

Este amor, hasta entonces secreto, se hizo patente cuando Wagner, que acababa de escribir « *Tristan* », dedicó su obra á Matilde. Entonces se habló públicamente de este afecto, y los comentarios llegaron á oídos de Minna Planer, quien, naturalmente, no recibió la noticia con agrado.

Dejemos la palabra al propio Wagner que, en los siguientes párrafos de una carta dirigida á su hermana, pone al desnudo con sinceridad absoluta la increible soberbia de su alma.

« Lo único — dice — que me dió fuerzas para soportar la vulgaridad de mi mujer, fué el amor de Matilde, que es el mayor consuelo de mi vida de sufrimiento. Creí que Minna tendría la suficiente comprensividad, para hacerse cargo de que ningún peligro puede haber para ella en mis amores con Matilde, ya que ni ella ni yo podemos casarnos, y que, por tanto, la indulgencia y el respeto eran los únicos sentimientos que tales relaciones debieron suscitarle... Pero una vez más me equivoqué por completo... La vulgaridad de Minna es irremediable... Figúrate que ha llegado hasta el extremo de abrir y de leer una carta para Matilde que yo escribí, y que dejé sobre mi mesa de trabajo... Hice cuanto pude para que Minna entrara en razón, pero todo ha sido inútil. Se obstina en seguir la conducta más trivial posible; pretende tener motivo de ofensa; y ha concluido por amenazar con un escándalo. En vista de ello, me he visto precisado á renunciar á la hospitalidad del « *Asilo* », y á alejarme de este amor que era la dicha de mi vida. *Pero como Minna ha tenido ahora una ocasión única de aparecer como más digna de ser mi esposa*, respetando este afecto para mí sagrado, y lejos de proceder de este modo ha hecho todo lo contrario, me es del todo imposible seguir viviendo con ella, y he de separarla de mí para siempre, *si quiero encontrar alientos para cumplir la misión de mi vida.* »

¿ Cabe más absurda ingenuidad ?...

Para llegar un espíritu á ese grado de inconsciente vanidad, fué menester que naciera y que amara Ricardo Wagner.

MAX.

Digitized by Google

A Mercedes Pérez de Vargas, y á Tirso Escudero, en recuerdo de una noche de San Silvestre y de una copa de champaña.

I

« He aquí el tinglado de la antigua farsa... »
J. BENAVENTE.

Un teatro desierto y cerrado es un relicario de emoción.

En noches que pasaron, llena la sala, á plena luz y en plena vida, este teatro fué un gran niño á quien las humanas marionetas distrajeron, contándole desde la escena el cuento mágico del amor, de la ironía y del dolor. Dijo Crispín que, en la mayor miseria de nuestra vida, siempre hay algo en nosotros que quiere sentirse superior á nosotros mismos... ¡ nos despreciaríamos demasiado, si no creyéramos valer más que nuestra vida !... Preguntó Doña Sirena de qué sirven las riquezas sin amor... Respondió Colombina que de lo mismo que el amor sin riquezas... Y, en fin, nos mostró Silvia, entre los cordelillos groseros que nos mueven en las farsas de nuestra existencia, un hilo sutil que, á veces, desciende del cielo al corazón, y trae á nuestra frente resplandores de aurora, y nos dice que no todo es farsa en la farsa, y que hay en nuestra vida algo divino, el amor, que es verdad y que es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba.

Así, el cuento siguió en las noches y en las comedias. Las noches se sucedieron, las comedias cambiaron, el cuento fué siempre el mismo : un viejo cuento de amor, de ironía y de dolor, que hubo de trocar el tinglado en solio, en astro la batería, y en país de ensueño el artificio de la decoración.

Luego, ante la sala ensombrecida y desierta, la escena volvió á ser tinglado, y el tinglado dejó de ser solio.

El país de ensueño se esfumó, perdiéndose en lejanías de misterio. Del bello jardín de Doña Sirena quedaron un tablado desnudo, un telón arrollado en alto, y unos bastidores apartados á un lado... Ya no canta Arlequín... Ya Silvia no nos dice una canción al silencio de la noche... Ya no estamos « ante el reino de las almas... »

Pero en la sala, donde todo es silencio y es sombra, duerme un quieto remanso de añoranzas. Jornada tras jornada, las emociones alzaron su vuelo, desde la escena, y fuéronse á tejer un nido en cada corazón. Aves de paso, llegaron al partir las golondrinas, y al volver éstas partieron... Mas quedó algo de ellas en la gran sala desierta y ensombrecida que poblaron con sus ingrávidos vuelos, buscando en cada corazón un nidal... dejando en cada nidal un recuerdo.

Por tanto, cuando la farándula llega y el teatro cerrado abre sus puertas, al alzarse la cortina en la primera noche, no se hace sino reanudar una conversación interrumpida, y la comedia da principio con esta frase de evocación, si bien callada no menos expresa :

— Decíamos ayer...

Ayer, las marionetas vivían, como hoy viven, la vida usurpada á los héroes y á las heroínas de sus cuentos; pero al hacerlo, ni pudieron ni pueden desprenderse de su existencia propia, y nada hay tan pintoresco co-

Digitized by Google

mo el contraste, en más de una ocasión paradójico, que nos muestra los dos aspectos de un comediante; esto es, su anverso y su reverso,

El anverso del artista es lo que el público ve de él bajo el disfraz, la peluca y el afeite, y sobre la luz invertida y engañosa de la batería...

El reverso del artista es el hombre ó es la mujer: el muñeco humano en que se trueca el semidiós al poner los pies fuera de la escena, y al quebrarse en su espíritu el hilo celestial de inspiración, quedando la triste marioneta á merced de los cordelillos groseros ó triviales que la mueven, en las farsas reales de su existencia.

II

— ¡ Mengánez forma !...

En la jerga del teatro, esta frase abreviada y sacramental quiere decir: « El actor Mengánez, harto de ser cola de león, decide ser cabeza... de león, si es posible, y de ratón en último lugar. »

Cuando esta noticia cae como una bomba en un cenáculo de actores, los habituados del mentidero se dividen inmediatamente en tres bandos: el despectivo, el expectante, y el francamente interesado.

Enrique Borrás es la más grande figura de la escena española contemporánea, y uno de los más ilustres actores del mundo. Manelich, *en "Tierra Baja"*; Pedro Crespo, *en "El Alcalde de Zalamea"*; El León de Albrit, *en "El Abuelo"*; Sebastián, *en "María Rosa"*; Neri, *en "La Cena de la Burlas"*; Don Diego Acuña, *de "En Flandes se ha puesto el sol"*; Fred, *en "La Fuerza Bruta..."*, *y cien prodigiosas interpretaciones más, son los gloriosos cuarteles de su blasón de Arte.*

El grupo despectivo es el de aquéllos que aferrados á un buen contrato *casi* definitivo en tal ó cual teatro, tienen por delante — siempre que el diablo no haga alguna de las suyas — varias temporadas de vida tranquila, holgada y grata, cuyos elementos son, en primer término, una labor de escaso esfuerzo y de sobrado lucimiento; en segundo lugar, un sueldo crecido y puntual, que deja margen á muy saneadas economías; y por último, y sobre todo, abundancia de ese bien indispensable para la vida del comediante, porque es alimento de su vanidad, y que consiste en la gloria, en la gloriola, ó en la gloriocilla, según que las voces de la fama hayan esparcido su nombre, dándole al gran viento trasatlántico que va de Continente á Continente, á la modesta brisa que va de la capital á la provincia, y acobardada ante horizontes más lejanos vuelve de la provincia á la capital, ó en fin, al airecillo que juguetea por las plazas, calles y callejuelas de un barrio de gran ciudad, sin osar nunca la aventura de colarse por las encrucijadas del barrio inmediato.

La facción expectante es la de los faranduleros que si bien cuentan con el pan del día, ganado en tal ó cual formación, ya sea por la inseguridad de ésta, ya por estimar que las condiciones de sus contratos son inferiores al mérito propio — cosa que en opinión de los interesados ocurre noventa y nueve veces sobre ciento — andan á la husma de plaza de más lustre y de mayor provecho.

Y por fin, los francamente interesados en que Mengánez forme compañía y necesite comediantes, son los que, desde meses, semanas ó días atrás, comprueban, mediante amarga y propia experiencia, la escasa amenidad que ofrecen las jornadas sin gloria, sin trabajo y sin pan.

— ¡ Vaya, vaya !... ¡ Conque Mengánez forma !

Con este paréntesis, ábrese lugar al comentario.

Si el nombre del actor en cuestión no va unido al recuerdo de indiscutibles victorias,

Digitized by Google

los « despectivos » sonríen, entre amargos y piadosos, y convienen en que este gesto de alzar bandera es por el momento, y al cabo de otras muchas tonterías anteriores, la última y definitiva necedad del buen Mengánez.

Si por el contrario, el nuevo jefe de compañía es hombre indiscutible, los « despectivos » se contentan con profetizar, y sus augurios no pueden ser más sombríos : — Mengánez tiene talento, es cierto, pero no es menos cierto que las extravagancias de su carácter le hacen insoportable, y que en punto á negocios y compromisos su informalidad ha llegado á ser proverbial... En tales condiciones, sólo desventuras pueden esperar los infelices que formen en su hueste...

Los « espectantes », al oir las opiniones anteriores, replican diciendo que por muy mal director que Mengánez sea, no lo será peor que el que ellos padecen, y que por mucho que desatienda sus compromisos, no los desatenderá más que éste, y que aquél, y que el de más allá... (aquí una lista de proscripción, de la que apenas se salva un director ó un empresario) con lo cual, y por seguir el hilo de la charla, los « despectivos », á pesar de su bienandanza, concluyen por convenir en que el director y el empresario ideales no han nacido aún, y quizás no hayan de nacer jamás.

Mientras tanto, los parias del grupo — que son los « sin trabajo » — escuchan silenciosos y anhelantes las réplicas y contraréplicas del diálogo, atisbando en él cuantos datos puedan documentarles acerca de la nueva formación, su estado actual y su porvenir probable. Conocer las plazas de la nueva compañía ; desentrañar la verdad, siempre dudosa, de los sueldos que á esas plazas corresponden ; y, por último, averiguar quienes son los concurrentes que las solicitan, y buscar medio de apartarlos, desacreditándolos, he aquí los puntos estratégicos de la campaña que ha de emprenderse á campo descubierto. Pero hay otros trabajos de zapa que constituyen las operaciones encaminadas á la conquista de esa fortaleza, que es Mengánez-Todopoderoso, y esos trabajos se orientan hacia puntos débiles y vulnerables, que son : la vanidad más característica entre las muchas vanidades de Mengánez, y aquélla que es, por lo tanto, más asequible al embrujamiento de la adulación ; los amigos cuyas recomendaciones no puede Mengánez desatender ; el café á cuyas tertulias concurre Mengánez, y el camarero que le sirve ; el domicilio que con mayor frecuencia habita Mengánez, entre los tres ó cuatro domicilios que se le conocen ; la esquina de la calle en que Mengánez suele detenerse, para otorgar á la plebe el honor de verle y admirarle de cerca ; y, por último, los nombres del sastre, del camisero y del zapatero á quienes Mengánez debe cuentas más altas, y por ende más incobrables.

Rosario Pino es la comedianta de más claro y humano talento en la escena castellana. Sobre las tablas, esta genial artista nos muestra la vida misma, y su ternura conmovida nos llega al alma, mejor que todas las terroríficas argucias y todos los fieros desplantes de las trágicas anticuadas y vieu-jeu.

Y todo este imbricado plan estratégico se traza disimuladamente bajo la esquina de mármol de un velador, con un trozo de lápiz carcomido, sobre el reverso de una tarjeta sucia, ocultándose del « sin trabajo » más próximo, del que ayer fué compañero de penas y fatigas, y que hoy, por aspirar también á un puesto en la compañía de Mengánez, se ha trocado en mortal enemigo, en enemigo que hay que destruir, para lo cual se escudriña su pasado en malévolo afán de la memoria, tratando de encontrar *la mala nota* que acerca de él se puede hacer llegar á los oídos de Mengánez, para que éste, si alguna vez ha pensado en contratarle, renuncie prudentemente á tan desatentada idea.

Digitized by Google

Por lo tanto, el dar con las segundas partes de la compañía, es para Mengánez labor fácil: cuestión de elegir con mediano acierto.

No ocurre igual con las primeras figuras, que para bien estar han de serlo de mérito, y que en consecuencia han de arrancarse de cuadros ya formados, eligiéndolas entre elementos descontentos y deseosos de un cambio de situación.

El gran problema consiste en el hallazgo de la primera actriz. Las consagradas no estan dispuestas á romper sus actuales contratos, si no es á cambio de otros en fabulosas condiciones; y los tiempos difíciles por los que atraviesa el teatro no permiten hacer milagros.

Pero Mengánez se ingenia. Mengánez sabe que tal dama joven acaba de obtener éxitos muy halagüeños, y que los hubiera obtenido aún más brillantes, si los directores de la compañía en que trabaja hubieran sabido, ó hubieran querido aprovechar, sus excepcionales facultades... Mengánez entabla negociaciones con la damita en cuestión, se celebran entrevistas misteriosas, y se va camino de un acuerdo. Sin embargo, la futura « eminente » no se ignora, y afirma por otro lado que, diariamente y por docenas, recibe solicitudes de empresarios que le ofrecen puestos, pese á lo cual, hasta ahora, no pudo resolverse á aceptar ninguno de ellos, porque *en aquella casa* (el teatro donde trabaja) ¡ la quieren tanto... ! Precisamente, acaban de prometerle un aumento de sueldo.

En llegando á este punto económico, tercia la mamá de la niña, quien ratifica lo dicho por su hija, exagerando el capítulo del autoelogio en un ciento por ciento, y de tal modo no parece sino que Mengánez va á necesitar todo el oro del mundo para quebrantar la fidelidad que, con lazo poderosísimo, liga á la damita ilustre con « *aquella casa en que la quieren tanto* ».

Mas como siempre ocurre, va mucho de lo vivo á lo pintado, y la damita no está todo lo satisfecha que lo parece de su actual situación. En *aquella casa*, fuera del cariño que el público le demuestra en las raras ocasiones en que su trabajo lo permite, todo son para ella sinsabores y amarguras... Su gentileza, su talento, y su juventud, le han granjeado la irreconciliable y envidiosa enemistad de la primera actriz, que ya está cansada, que comienza á ser vieja, y que en el afecto del público va perdiendo terreno. Por imposición de esta primera actriz, dueña moral ó materialmente del teatro, se le niegan á la damita los papeles de lucimiento que legítimamente le corresponden; se dan órdenes á la *claque* para que le regatee cuanto sea posible el aplauso; se trabaja en contaduría para que los críticos *subvencionados* (lo son todos los que hablan bien de aquel teatro) rodeen á la damita sobresaliente de un despectivo silencio de prensa; y, en fin, se atiza entre bastidores el rescoldo siempre encendido de la murmuración, para que, en torno de la damita, se haga llama de calumnia y no queden ni pavesas de su honra, ni de la honra de ninguno de sus antepasados...

Y así, en resumen, la damita está más que harta de *aquella casa donde la quieren tanto* y la tratan tan mal, y hace mucho tiempo que hubiera salido de ella si hubiera encontrado proporción de un mediano contrato. Basta pues el ínfimo peso de un par de duros aumentados á su sueldo, para que Mengánez tenga en ella á su anhelada primera actriz, á quien, á falta de mayores bienes actuales, promete en el futuro gloria y provecho sin tasa...

Por otro lado, la niña, volviendo hacia el teatro con el otro contrato en el bolsillo, se dispone á tomarse el justo desquite de tanta pasada humillación. Para ello se dirige hacia el cuarto de la primera actriz ruinosa, y entre la joven damita, un poco emocionada, y la vieja comedianta, un mucho soberbia, se cruza el siguiente diálogo:

LA DAMITA JOVEN: (*temblando como Santa Marta ante el dragón.*) – ¿Sabe usted que estoy contratada con Mengánez?

LA TARASCA EMINENTE: (*llamemos así á la despótica primera actriz que todos conocemos.*) — Pero ¿qué dices, hijita? ¿Estás loca?

LA DAMITA JOVEN: (*precipitando el desenlace.*) — ¡Qué le hemos de hacer; ya no tiene remedio!...

LA TARASCA EMINENTE: (*en un paroxismo de soberbia.*) — ¡No ha de tenerle!... ¡Ahora mismo rompes ese contrato!...

LA DAMITA JOVEN. — ¡No puedo! Y además, no me conviene...

LA TARASCA EMINENTE. — Pero vamos á ver ¿qué ganas?

LA DAMITA JOVEN: (*que aún no ha podido olvidar su sinceridad de ingenua.*) — Dos duros más que aquí...

LA TARASCA EMINENTE: (*que sistemáticamente, desde hace dos años, viene negando á la damita el aumento de sueldo.*) — Desde hoy, te damos nosotros cuatro más. ¡Lo teníamos ya pensado!

LA DAMITA JOVEN: (*consciente de lo poco que vale esta esplendidez tardía.*) — ¡Si me lo hubieran dicho ayer! ¡Pero hoy, ya es tarde!

LA TARASCA EMINENTE: (*hipócritamente maternal.*) — ¡Bueno, hijita, bueno! ¡Allá tú! ¡Por supuesto... todas sois iguales! Se os

Digitized by Google

enseña; se os hace artistas; se os da público á fuerza de mimaros con los papeles de más lucimiento... Y luego, en cuanto os aplaude la *claque* más de cuatro veces, ya os figuráis que el mundo es pequeño para vosotras. Pero ¡ ya verás, hijita, ya verás ! ¡ Tú no conoces á Mengánez ! Promete mucho y no cumple nada. Además, no te hagas ilusiones: no te dará papeles...

LA DAMITA JOVEN: (*maliciosa.*) — Me los tendrá que dar á la fuerza! (*Pronunciando muy claro.*) ¡ Voy de Primera !...

LA TARASCA EMINENTE: (*sofocada.*) — ¡ De Primera ! ¿ De Primera, has dicho ?

LA DAMITA JOVEN. — ¡ Sí, señora, sí ! ¡ De Primera !...

LA TARASCA EMINENTE: (*hipócritamente compasiva.*) — ¡ Jesús, qué locura ! Hijita, tú no sabes á lo que te expones...

LA DAMITA JOVEN. — Me jugaré el todo por el todo... (*con reticencia...*) y al menos trabajaré...

LA TARASCA EMINENTE. — ¡ Qué lástima! Y ahora que tenías un papel de fuerza, de éxito seguro, en la obra que repartimos pasado mañana; un papel *que á nuestro lado y en nuestra casa* te hubiera valido un paso enorme en tu carrera... (dice estas frases de « á nuestro lado » y « en nuestra casa », como quien habla de la derecha de Dios Padre, y del cielo de los Elegidos.) ¡ Pero, en fin, hijita ! ¡ Lo dicho !... ¡ Que tengas mucha suerte, y que no lleves tu ingratitud hasta el extremo de olvidar todo lo que nos debes, como hacen otras !...

Matilde Moreno es la actriz de las elegancias. En su camerino del "Teatro Español", la inspirada artista, cuya gentileza sólo es comparable con su cultura y con su aristocracia, resucita entre sus contertulios los bellos tiempos de las floridas y galanas cortes de Provenza.

En llegando á este punto, la damita joven podría responder muchas cosas. Podría recordar que desde hace años, desde que vestía falda corta y peinaba trenzas, está en la casa, haciendo personajes mudos y acompañamientos, y que para llegar á decir la primera palabra en escena, le fué preciso que un autor prestigioso y compasivo le repartiera un papel, disgustando al hacerlo á toda la compañía, y especialmente á la primera actriz de las bravías soberbias... Podría añadir que, después de aquello, cada triunfo conseguido lo fué á fuerza de labor ímproba y de ingenio sutil, sacando partido de las situaciones más nulas, y haciéndose adivinar mejor que comprender; que, además, desde que el público le consagró los primeros aplausos, sólo encontró en torno suyo, en la farándula, rencores y malquerencias; y que, en suma, para seguir adelante sobre el camino de abrojos, para llegar hasta hacerse artista, pese á todos y á todo, para encerrarse en la torre de marfil de su entusiasmo, sin dejarse rendir por la hostilidad del medio que deprime y que envilece... para todo esto le fueron menester — ¡ pobrecilla !— mucho valor y, sobre todo, muchas lágrimas...

Tales y tan amargas verdades podría decir, en llegando á este punto, la damita joven. Pero dominando la ingenua sinceridad y la franca emoción del momento, recuerda á buen tiempo que todo es farsa en la farsa, y prosiguiéndola responde:

— ¡ Cómo he de olvidar á ustedes ! ¡ Harta pena me cuesta el marchar ! ¡ ¡ Les quiero tanto! !

Y así que la damita joven vuelve la espalda, la soberbia y rencorosa primera actriz llama á todas las malas lenguas de la compañía, y les dice de un tirón:

Digitized by Google

"Mundial Magazine" *ha logrado sorprender una íntima é interesante escena de vida teatral. Los ilustres comediógrafos Serafín y Joaquín Alvarez Quintero hacen las postreras recomendaciones á los intérpretes de su obra* "Nena Teruel", *momentos antes de alzarse el telón, en la noche del estreno. Agrupados en el saloncillo del* "Teatro Español", *vemos á los artores vestidos y caracterizados ya para salir á escena. Los primeros á derecha é izquierda, respectivamente, Tallaví y Sepúlveda.*

— ¿ No saben la noticia ? Fulana se nos va. Se va contratada con Mengánez, y de Primera ¡ nada menos ! ¡ Pobrecilla ! ¡ Cómo es tan bonita y Mengánez es tan enamorado ! ¡ Lástima de muchacha !

¿ Para qué quiere más la pobre damita ? Un cuarto de hora después anda su buen nombre por los suelos, y las más escandalizadas é implacables entre sus compañeras son aquéllas en cuya vida privada hubo siempre, y sigue habiendo, más cínica indignidad.

III

La farándula está dispuesta. En torno del primer actor se ha ido formando la hueste que por mote lleva el nombre de su jefe, si es errante, y el de su teatro si en él permanece sedentaria durante parte del año.

Los de Mengánez son bohemios por ahora, á reserva de que, más allá, cuando se realicen los sueños de fortuna que todos abrigan, cada cual disponga en propiedad de un escenario, siendo en él empresa, dirección, y primera figura, con lo cual existirá por vez primera un teatro perfecto en el mundo.

Entre tanto, y suponiendo que Mengánez sea un actor de gran renombre, su compañía emprende la clásica, indispensable y definitiva expedición á América.

— *¡ Hacer la América !...*

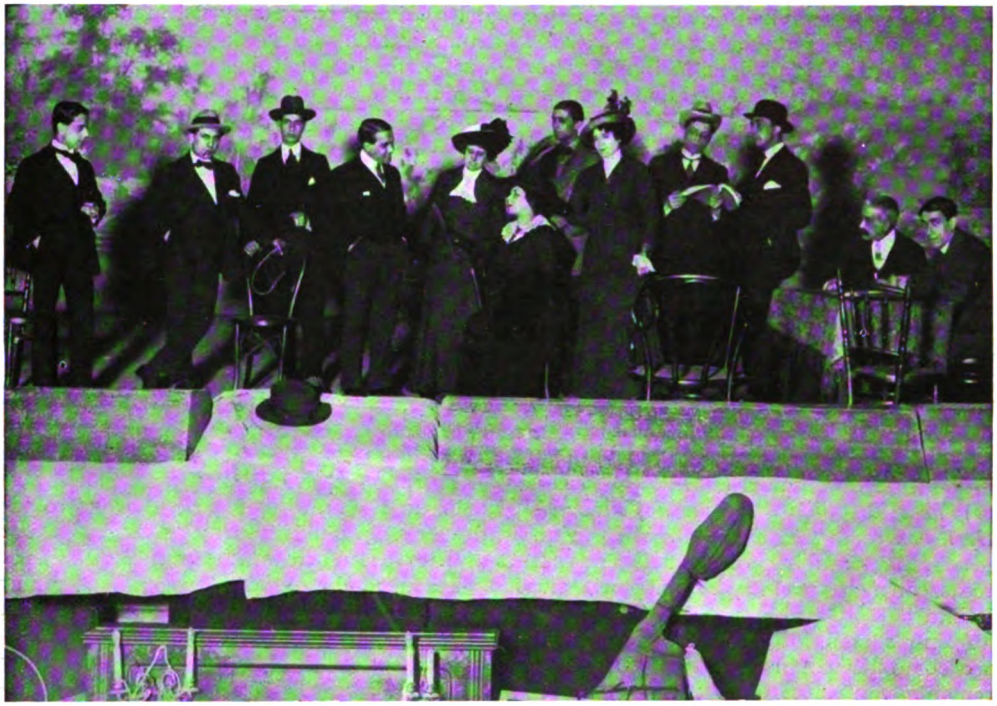
Esta frase bárbara se trueca en letanía de las conversaciones y en obsesión de los pensamientos para los principiantes, ó para los ignorados que nunca pisaron las tierras trasatlánticas.

« Hacer la América », para las imaginaciones prodigiosamente ingenuas y simplistas de los comediantes, es cruzar en triunfo una serie de países riquísimos y primitivos, en los que aguardan, al actor, gloria sin tasa y ganancias sin cuento...

No hay actriz joven que no sueñe con sus noches de beneficio en las repúblicas del « peso »; noches en las cuales, mientras la sala enloquece de entusiasmo, llegan al *camerino* montones de regalos dignos de un cuento de « Las mil y una noches »: diamantes como avellanas, rubíes como nueces, perlas como manzanas y, sobre todo, esmeraldas. ¡ Las esmeraldas, en América, se manejan á espuertas !...

Y tampoco hay actorcito en boga, cuya

Digitized by Google



La hora del ensayo... En la tarde, los actores van llegando al teatro... Las fundas que cubren las butacas, las baterías y los violones, hablan de descanso y de tregua; pero para el actor en víspera de estreno no hay tregua... Se charla un poco, se murmura mucho, se comenta la noticia del día y, por fin, se trabaja...

fantasía no acaricie los bellos espectáculos de apoteosis que le aguardan allá. Los grandes diarios le consagrarán páginas enteras; el Presidente de la República vendrá á buscarle todos los días á su alojamiento, y del brazo le llevará hasta el café de moda, en donde el gran estadista y el gran comediante tomarán el vermouth mano á mano; las damas de más clara alcurnia le escribirán mensajes amorosos, y se rendirán á la fascinación de su talento y de su figura; el pueblo le aclamará frenético todas las noches, al salir del teatro, y desenganchará los caballos del coche para arrastrarlo, llevando á su ídolo en triunfo hasta el hotel; por último, al llegar el día aciago de la partida, todos los ciudadanos, sin excepción de los gobernantes y del ejército, acudirán á la estación y, sollozando, tributarán al actor victorioso y á «los suyos» una despedida sin precedente.

Estas y otras majaderías imaginan los novatos, porque oyeron referir, como verídicos, homenajes parecidos tributados á tal eminente ó cual estrella en aquel fantástico país de promisión. Lo que olvidaron decir las eminencias del cuento, fué el dinero que les costó el reclutar á los comparsas pagados que les prodigaron tales simulacros de manifestaciones entusiastas, y el adquirir, en subastas y remates, la docena de vistosas joyas que al retorno se muestran, como supuestos regalos del Presidente H., del Banquero Z., y del Aristócrata X...

— ¡Espejismo de América: para cuanta vanidad sirves de mentida aureola, desde que un jefe de Estado americano, que lo fué en tiempos pasados, se atrevió en un momento de lirismo, y á la hora turbia del champaña, á profanar el sitial de un gran conquistador, sentando en él á una intrigante comedianta!...

Tras de ese espejismo van «los de Mengánez».

Pronto el ensueño se desvanece ante la realidad.

Para comienzo de desdichas, surge entre los comediantes la discordia, y eso, á la media hora de encontrarse reunidos á bordo del trasatlántico que ha de llevarles hacia la fortuna y hacia la gloria.

En esos treinta primeros minutos del viaje se han formado las primeras camarillas, se han esgrimido las primeras adulaciones, se han susurrado las primeras maledicencias...

Digitized by Google

¡Y eso, pese al gran viento de los mares, que no logra orear la estrechez de los espíritus!...

Aquí, cinco ó seis actrices, malparadas por el tiempo y el uso, hablan mal de las compañeras jóvenes que flirtean — ¡ dichosas ellas, porque aún encuentran con quién!... — Allá, siete ú ocho actores de undécima categoría parecen conspirar : cuchichean y arremeten, naturalmente, contra el primer actor que cometió la imperdonable falta de contratarles... La calle de Sevilla, los días sin pan, las intrigas prodigiosas á que recurrieron para lograr el puesto ; todo eso va quedando tan lejos, á medida que las hélices giran, que ya no es el caso de recordarlo. Y ahora, dando cara al porvenir risueño, se exclama :

— ¡ Yo firmé el contrato por compromiso, porque á un hombre así (trátase de Mengánez) *no se le puede decir que no, cuando se empeña en contratarle á uno !...* ¡Pero lo que me sobraban eran proposiciones de otras empresas, con mejor sueldo y con categoría muy distinta !

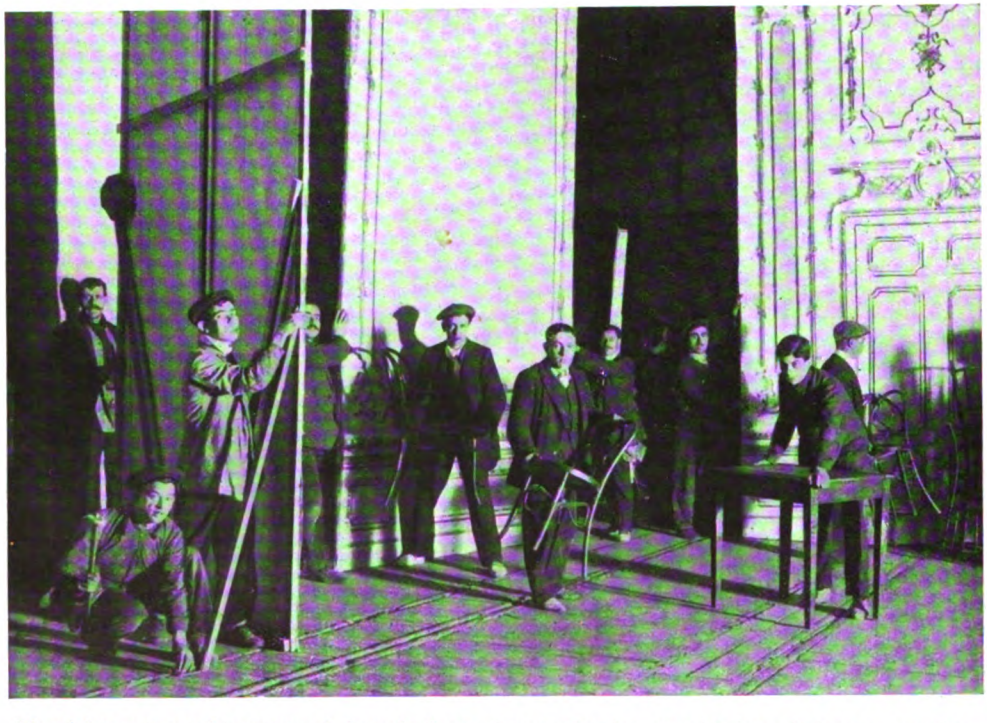
Y, en resumen, los que embarcaron en Europa como hermanados compañeros que alegremente van hacia un destino suspirado, desembarcan en América, luego de sufrir los efectos perniciosos y combinados del marco, del sol de los trópicos, y del innato afán de murmuración, como enemistados galeotes que, odiándose, han de arrastrar una cadena común...

Arrastrando esa cadena, la que á su antojo se han forjado, van al través de las ciudades y de los países ¡ cuán distintos, ay, de lo que habían imaginado !...

Montevideo, Buenos Aires, Río, Santiago, no son los grandes pueblos ignorantes y atrasados á quienes se deslumbra en la calle con la última moda y con el último capricho del « chic », ya que éste llegó hasta ellos directamente, desde París y desde Londres, con un año de anticipación sobre el resto de Europa, en gracia á la inversión de las estaciones...

Tampoco el público de aquellos teatros es el ingenuo público á quien se domina y se enloquece con un par de *latiguillos* y otro par de efectismos fáciles... ¡ Pasaron ya por aquellos escenarios tantos grandes artistas !..

De tal modo, el galán que imaginó rendir las voluntades con el impecable corte de su « frac », ó con el nuevo estilo de su « jaquette », comprueba que allí pululan los « fracs » y las « jaquettes » de igual modelo que los suyos ; y el *eminente* que se dispuso á poner en pie la sala con un oportuno y falso efecto



Maquinistas y tramoyistas arman el decorado. Cuatro lienzos pintados y un sabio juego de luces se combinan, y el hada de la fantasía os hará ver, sobre las tablas de la escena, un mágico país de ensueño y de quimera.

Digitized by Google

En el vestíbulo del teatro, los "parásitos"... Adoradores de actrices, amigas de actores, aspirantes á un puesto en la compañía, algún usurero á la husma de cómicos apurados, solicitantes de una butaca gratuita : he aquí la población acostumbrada del vestíbulo.

declamatorio, sorpréndese ante el silencio hostil que le acoge, y ante los vapuleos que al día siguiente le dispensa la crítica...

¡ Vanidad de vanidades ! ¡ América ya no es América !...

Y para colmo de desdichas ¡ la vida es tan cara ! Aquella cifra fantástica de pesetas á que se traducía el sueldo de X pesos, se funde entre las manos como nieve, á poco que se quiera hacer buena figura. Sólo los expertos, los veteranos en tales campañas — que las llevan á cabo viviendo con sordidez y avaricia de judíos — son quienes regresan con apreciables economías...

¿ Quién desconoce en América la figura popular del ya acaudalado *barba* catalán, actor de útima fila y de sueldo corto, que hizo una fortuna en diez ó doce expediciones ? ¿Cómo lo consiguió ? De un modo sencillo. Cuando embarcaba en Barcelona, se llevaba consigo las provisiones de boca para toda la temporada. Comía durante medio año pan fósil, garbanzos enmohecidos, y tocino rancio ; pero no consumió en América más que agua, y eso porque no le costaba un centavo...

Y así, nueve veces sobre diez, los eminentes que marcharon como conquistadores vuelven como vencidos... Pero entre esos diez maltrechos forzadores de fortuna, hubo uno que logró el favor de la gran Inconstante...

¿ Por qué triunfaron los elegidos ? ¿ Por su talento ? Hay muchas nulidades que se enriquecieron. ¿ Por su repertorio ? Hay obras intolerables que han producido millones... ¿ Por su presentación ? El más ilustre actor moderno de España, Enrique Borrás, ganó en Buenos Aires una fortuna con un puñado de medianísimos actores, y sin más decorado que una docena de bastidores y un par de telones de desecho ; en cambio, hizo un malísimo negocio, un año más tarde, volviendo al mismo punto con una compañía más que aceptable y con un decorado soberbio... ¿ Está el éxito en el itinerario ? Sobre un mismo camino, y en los mismos escenarios, Fulano se hizo de oro y Zutano perdió cuanto tenía, incluso el equipaje, que en el último hotel quedó en prenda de una cuenta no saldada...

La fortuna ¿ es el mérito ? ¿ es la ostentación ? ¿ es el instante propicio ? ¿ es el capricho de las multitudes ? ¿ es el arte del reclamo y del sabio manejo del bombo y del platillo ? ¿ es el saber congraciarse con los críticos de los grandes periódicos, trabando amistad con los íntegros, y abandonando sin

Digitized by Google

esfuerzo algún centenar de pesos en manos de los veniales ?...

Es cada una de estas cosas separadamente, y todas juntas á la vez... Y sobre ellas, el antojo de esta gran tirana de la vida : ¡ la suerte !...

Por eso, cuando un actor, cuando una actriz, al cabo de cien peregrinaciones, reveses y esfuerzos, consiguen llegar á la cumbre de la fama, sin encontrarse del otro lado de esa cumbre la sima de la miseria, ellos y Dios solamente pueden saber á costa de qué perseverante voluntad, de qué obstinada economía, ó de qué maquiavelismos inconfesables lo han podido lograr...

IV

¿ Quién puede augurar ? ¿ Quién analizar ? ¿ Quién precisar nada en cuestión de teatros y en cuanto hace á la historia y á la psicología de los actores ?

Cuando en 1854, don Antonio Vico dió comienzo á su carrera teatral en Málaga, en la compañía que dirigía su padre, lo hizo durante cierto tiempo con tan mala fortuna que se le reconoció unánimemente como perfecta nulidad. Representando un papel en el sainete titulado *La casa de los abates locos*, el público le dispensó una silba tan estrepitosa, que el joven actor dió por terminada allí su carrera... Años más tarde, era ya el inmenso artista que no había de encontrar rival ni sustituto en la escena española.

Rossell era en Barcelona un aficionado y un desconocido, cuando le contrató don Francisco Arderíus. He aquí como el erudito Flores-García nos cuenta el secreto del primer triunfo de este gran actor :

— « Al comienzo de la temporada de 1869-70 de los *Bufos Madrileños*, en el teatro del Circo de la Plaza del Rey, debutó el aficionado barcelonés con el importante papel del duque en *Genoveva de Brabante*, obteniendo, desde el momento de su presentación en escena, un éxito brillante y excepcional, éxito debido principalmente á una circunstancia ajena al arte, y hasta puede decirse negativa, hecho que muy pocos saben y que él mismo me refirió muchos años después. Fue el caso que, estando entre bastidores esperando su primera salida, poseido de miedo cerval, arrepentido de haber abandonado los libros de caja, y creyendo firmemente que le iban á dar una silba formidable, se le acercó el traspunte y le dijo esta palabra sacramental : — ¡ Prevenido ! — El no conocía esa fórmula para echar los actores á la escena, y se asustó aún más de lo que estaba. Momentos después le dijo el traspunte : ¡ Fuera ! — Y viendo que no se movía, de un empujón le lanzó á la escena, presentándose el atribulado cómico á la vista del público, temblando, con sus ojos saltones fuera de las órbitas, las piernas dobladas, y casi á punto de dar con su cuerpo sobre las tablas... El concurso creyó que aquello era un meditado estudio para la composición del tipo, y le hizo muchísima gracia, y antes de que hablase, le obsequió con un aplauso atronador, con una ovación delirante. Aquello era la verdad misma, según el sentir del público. ¡ Y tan verdad como era ! Aquel inesperado recibimiento le alentó ; se rehizo, se tranquilizó, se percató enseguida del engaño del público, y empezó y continuó la representación en la misma lamentable actitud en que había salido. Resultaba gracioso de veras. Obtuvo un éxito magnífico, y desde aquella noche, para él memorable, fué el alma de la compañía y el ídolo de las multitudes ».

Del más gracioso de los actores ingleses, David Garrick, se cuenta la siguiente anécdota :

Afligido de una hipocondría que le hacía la vida intolerable, fué á visitar á un médico que no le conocía, y al que no dió su nombre.

Al encontrarse ante aquel cliente tan triste y tan fúnebre, el médico le recetó distracciones...

— ¡ Nada me divierte ! — explicó Garrick.

Como recurso supremo, el doctor indicó :

— ¡ Vaya usted al teatro, vea trabajar á Garrick, y le aseguro que se distraerá !

Desconsolado, el actor hubo de responder :

¡ Garrick, soy yo !

Cuando Enrique Borrás comenzó su carrera, trabajaba en Barcelona, pero vivía en un pueblo cercano, á varios kilómetros de la ciudad... Llevado del afán de crear una compañía propia, el entonces principiante ahorraba cuanto podía y se privaba de todo. Al terminar su abrumador trabajo, recorría á pie, por no gastar unos cuartos en coche, el camino que separaba el teatro de su casa... Así llegó á reunir una onza de oro, y con objeto de hacerse fama de rico, y de adquirirse crédito entre actores y dueños de teatros para llegar á la realización de sus planes, enseñaba su moneda en cuantas ocasiones podía, dando á suponer que poseía no una sola, sino buena provisión de ellas. En una de estas ocasiones, un compañero necesitado le pidió, ante los demás, un préstamo de algunos duros. Magnánimo, Borrás le entregó la célebre moneda que era toda su fortuna, y que como es de suponer, no le fué devuelta jamás. Así comenzó la leyenda de sus ahorros ; así pudo contratar actores y

Digitized by Google

teatros sin disponer de un céntimo, y así llegó á ser como es, el actor más rico, al par que el más ilustre de España...

Hay en Madrid un actor mediano que, asociado primero y casado después con una famosa actriz, formó compañía permanente, adquirió un teatro, y en él se obstina en deslumbrar á sus contemporáneos á fuerza de prodigalidades y grandezas...

Uno de sus gestos favoritos consiste en esto: pocos días antes de un estreno sensacional convoca á todos los críticos y amigos, para que asistan á un ensayo general de trajes y decorado.

Los trajes de las primeras figuras han sido previamente encargados á París, y están ya en el teatro; pero para el ensayo, las citadas figuras visten trajes provisionales, confeccionados por la sastrería de la casa.

El decorado definitivo está ya ultimado y guardado en el almacén; pero para el ensayo se monta un decorado provisional, de mucho efecto y de poco coste.

Comienza el ensayo. El actor y su esposa dirigen... comentan... censuran. Ensayan juegos de luces. Mueven las figuras. Cambian los telones. Y, al fin, comunican á sus admiradores y amigos que ni el decorado ni el vestuario les satisfacen... El actor de las afectaciones se adelanta hacia los bastidores, y con su bastón los desgarra, en tanto que la actriz de las terribles soberbias da orden de que los trajes se arrinconen, por inútiles, en el almacén...

— ¡ Bah ! — exclaman los protagonistas de esta pequeña farsa — ¡ unos cuantos miles de pesetas tirados á la calle !...

Y llamando á su administrador, le dicen de modo á que todos lo oigan :

— ¡ Hay que encargar esos trajes á París, y hay que hacer pintar de nuevo el decorado !...

Como los trajes se han hecho ya para que sirvan en el repertorio general del vestuario, y como el decorado roto se remienda y sirve para montar obras en provincias, no se ha perdido ni un céntimo, y en cambio los críticos, al día siguiente, y refiriéndose al gesto, repiten á diestro y siniestro la frase buscada :

— ¡ Eso es hacer las cosas en grande, y lo demás es un cuento !...

Don Benito Pérez Galdós dirige actualmente el Teatro Español. ¿ Cómo se las arregla un hombre tan sencillo y tan ingenuo como lo es el célebre escritor, para gobernar un cotarro de actores ? ¡ Sería curioso saberlo !

V

En lo que al *secreto* del buen éxito se refiere, aparte de la indispensable existencia de un talento verdadero, que en ocasiones no basta para hacer triunfar ¿ cuál es, sobre la escena, la clave del aplauso?...

¿ Estudio ? ¿ Inspiración ? ¿ Práctica? ¿ Marrullería?

Digamos, como más arriba, cada uno de estos recursos y todos á la vez...

No olvidaré, á este propósito, un diálogo con Borrás sobre la cubierta del « Cádiz », á cuyo bordo viajábamos los dos con rumbo á la Argentina.

Era bajo el constelado cielo de una clara noche tropical. En el salón se bailaba, la segunda cubierta había quedado desierta, y sobre ella paseaba yo en abstracción y en silencio.

Sobre la borda, allá lejos, una sombra se inclinaba y susurraba una voz. Aislado y absorto, Borrás vivía un papel... ¿ Neri ? ¿ Abu-Ysac ? ¿ Don Diego Acuña ? ¿ Quién sabe ?

Fuí lentamente, en devoción y en silencio... La sombra seguía diciendo su cuita al espacio y al mar : su cuita, que era la inmensa tris-

Digitized by Google

teza de *Fred* en la inmensa *Fuerza Bruta*.

Terminó el parlamento. El gran actor se volvió hacia mí, y su voz insegura, en la que aún temblaba un sollozo, me confesó :

— Este *Fred* me asusta un poco ; me domina á mí en lugar de dominarle yo á él... ¡ Me emociona hasta hacerme llorar !...

— ¡ Tanto mejor ! — le dije — ¡ El arte y el público saldrán ganando !

— ¡ No lo crea ! — replicó. — Jamás la emoción real adquiere la intensidad escénica de la emoción fingida, y un actor no debe sentir su papel hasta el punto de emocionarse realmente. Vea lo que me ocurre en el « Místico ». El público imagina que acabo el drama extenuado, y sin embargo, es la obra que hago con más facilidad y menos fatiga... Estudiado el tipo y establecida la gradación del gesto y de la voz, llego al final, luego de hablar durante el drama entero, sin el menor cansancio y sin la más pequeña emoción real. ¿ No recuerda, en Madrid ?

— ¡ No lo he de recordar, don Enrique ! Aquella famosa noche en la cual *muriéndose*, y en tanto que en el público todas las mujeres y algunos hombres lloraban, usted bromeaba con la característica, que se veía y se deseaba para simular el llanto de una madre desesperada, dominando las ganas locas de reir...

— ¡ Y como aquélla, cuántas noches ! Yo hago comedias con todo el rostro cuando doy frente á la sala ; cuando sólo estoy de perfil, pongo triste al público con media cara, y hago reir á los compañeros con la otra media.

— ¡ No lo comprendo ! — confesé yo.

— La clave es sencilla — explicó el gran artista. Hay que dominar la técnica del papel, y no dejarse dominar por su emoción. Un hombre que sufre de verdad, en escena no parece que sufre. El teatro, de embocadura adentro, necesita ser visto con lente de aumento. Hay que pintar doble para que parezca sencillo, y hay que tocar en lo inverosímil para dar á los caracteres aspecto de realidad... Por ello, si la emoción del papel se adueña de su intérprete, este olvida su misión y vive como un hombre, no como un actor... Paradoja será, pero si hemos de dar la ilusión del dolor, es menester no sufrir...

— ¿ Entonces — pregunté — la mejor disposición para el trabajo escénico sería una completa ausencia de emoción ?

— De emoción directa... En cambio, la emoción refleja es del todo favorable. La primera cohibe y anula el dominio de las facultades ; la segunda predispone á toda labor artística, prestándole un colorido y una intensidad extraordinarios. Escuche lo que me ocurrió en Canarias, y el ejemplo hará más inteligible la teoría : — Regresaba yo de una excursión al valle de Orotava, y la contemplación de aquel paisaje de maravilla me había causado una impresión enorme. Bajo ella aún, llegué á la escena, é hice la comedia. El público insistió en el aplauso más que de costumbre, y críticos y amigos desfilaron por mi cuarto prodigándome los elogios de las grandes solemnidades. Me dijeron que indudablemente había *sentido mi papel como nunca ;* que había prescindido de mi personalidad, para encarnar la del protagonista del drama, con sorprendente exactitud ; y glosando este tema, se entregaron á una serie de apreciaciones psicológicas, acerca de la tremenda sugestión bajo la cual me habían visto trabajar... No hubo tal sugestión del papel sobre mí, é hice la obra sin sentirla, ni más ni menos que en otras ocasiones.

Lo ocurrido fué, que la emoción causada por el paisaje me había predispuesto con acción refleja á la interpretación de la obra, y la representé mucho mejor que de ordinario, sin esforzarme en ello y sin que me sugestionara durante un solo instante.

VI

Al dar principio á esta plática conocimos á Mengánez, nuevo actor sobresaliente, y á su damita joven, ya notable. Ambos se hallaban en la alborada de su historia y en el principio de sus aventuras. Digamos ahora como en las novelas : ¡ Han pasado muchos años !... Los dos artistas rodaron medio mundo, cambiaron cien veces de compañía, y pisaron todos los escenarios del habla castellana... Y al fin, llegaron á la cumbre : á la cumbre amarga de la gloria, tras de la cual, si no en todo caso está la miseria, siempre, en cambio, está el olvido.

Antonio Vico, el coloso de la escena española y el ídolo de los públicos, murió mísero, viejo y solo, en el buque que, de regreso de América y al cabo de una campaña desgraciada, traíale á la patria.

Ricardo Calvo, cuyo talento determinó el éxito de obras que dieron muchos miles de duros á sus autores, y que fué maestro de buen número de actores — entre los que hubo de contarse una actriz que ya entonces, al morir Calvo, cosechaba aplausos y derrochaba dinero — Ricardo Calvo murió en España, pero no menos abandonado y solo que muriera Antonio Vico. Murió desatendido por quienes más gratitud le debían, y cuando el coche fúnebre llegó al cementerio y alguien exclamó : « ¡ Vengan seis amigos para bajar en hombros á Ricardo ! » — los seis amigos no se hallaban allí reunidos.

Digitized by Google

¡ Nada hay tan amargo como la decrepitud de un actor ! ¡ Nada tan triste como la vejez de una actriz !

¡ Pobres marionetas !... Vivieron la vida usurpada á los héroes de sus cuentos, y esa vida ficticia fué lo mejor de su existencia, ya que durante ella descendieron hasta sus frentes y hasta sus corazones los hilos celestiales del arte y del amor... Vivieron también su vida propia, pero en ella quedaron á merced de los cordelillos groseros ó triviales que nos mueven en las farsas verdaderas de nuestros días...

¡ Pobres marionetas !... Hicieron, á su paso por el mundo, mucho bien y mucho mal. Por el bien, recibieron como recompensa la satisfacción de su vanidad ; por el mal, que nació de esa vanidad misma, recibieron como atroz castigo el abandono y el olvido... Y, de tal modo, el actor que en su juventud pudo conmover al público con lágrimas fingidas, sólo encuentra en ese mismo público, y llegada la vejez, una absoluta indiferencia ante sus lágrimas verdaderas.

ANTONIO G. DE LINARÈS.

El genial actor Tallaví, en la comedia Nena Teruel.

Digitized by Google

Por AMADO NERVO

I

La humanidad, amigo mío, dijo el sabio, ha rondado hace siglos alrededor de ese muro invisible que le esconde el futuro, sin acertar jamás á salvarlo, para ver lo que acontece del otro lado, á pesar de su infinita curiosidad. Quizá debe ser así, quizá no debemos quejarnos de esto ¡ Quién sabe si el hombre no está preparado aún, para ver las cosas que se encuentran más allá del hoy! ¡ Imagínese usted el terror, el desconcierto, el desaliento que se apoderarían de nosotros si vislumbrásemos nuestro destino! ¡Quién tendría ánimos para seguir viviendo! El fantasma de la muerte se erguiría implacable cerrándonos el paso... Caeríamos en la desesperación. Cuando el hombre sea más sabio, más sereno, más fuerte, sus sentidos se afinarán de tal manera, que les será dado ver, por fin, lo que está detrás del muro enigmático... Este muro, continuó el doctor, no es, por lo demás, tan cerrado é impenetrable como se supone. Hay grietas, hendiduras por donde puede uno asomarse y atisbar algo, por donde de hecho se han asomado los profetas, los visionarios, las pitonisas, las sibilas... Lo inconsciente y lo consciente están ligados por un tenue pasadizo... Ciertos seres privilegiados se aventuran en él, y vislumbran con más ó menos certeza las arquitecturas vastas del porvenir, como desde un balcón se presiente el dédalo de calles y palacios de la ciudad en tinieblas...

— ¿De suerte, que Ud. insinúa la posibilidad de que todos veamos el futuro ?

— Ya lo creo, y antes de dos siglos, buena parte de la humanidad, los más afinados, lo verán sin duda... Ahora mismo, dados los adelantos admirables de la histología, un Ramón y Cajal... yo mismo, vamos, podría acaso dar á un cerebro, mediante operación relativamente sencilla, esa facultad de percatarse del mañana, de conocerlo, de verlo con la misma visión clara y precisa que se ve el ayer... Esto nada tiene en suma de extraordinario, siguió el doctor, sonriendo de la expresión de asombro que advertía en mi semblante : ¡ Quién sabe si desplazando ligeramente un lóbulo cerebral, si orientando de diferente modo la circunvolución de Broca, ó desviando un haz de nervios, como asienta un perspicaz pensador, se lograría el milagro!... ¿ Pero habría hombre que se atreviese á ponerse en nuestras manos para esa operación ?

— Sí que lo habría, doctor — exclamé yo con vehemencia — sí que lo habría, y aquí lo tiene Ud. á sus órdenes... es decir, aquí me tiene usted.

— ¡ Cómo ! ¿ sería Ud. capaz ?...

— Ya lo creo... ¿ Pero Ud. no sabe que hace muchos años, una curiosidad inmensa, la curiosidad del misterio, me abrasa las entrañas ? Yo no vivo sino para interrogar á la esfinge, rabiosamente... Sólo que la esfinge no me responde...

— Y si sustituye Ud. su felicidad... su relativa felicidad actual por un infierno, tal como no lo soñó Dante... si va Ud. á padecer el suplicio inefable de ver acercarse el mal, la desgracia, la catástrofe, con toda claridad y evidencia, sin poder evitarlos... ¿ se imagina Ud. la si-

Digitized by Google

tuación de un pobre hombre que estuviese ligado fuertemente á los rieles de un ferrocarril, y que viese avanzar, implacable, la locomotora, que vendría á triturarlo, á desmenuzarlo, á untarlo sobre la via sin poder siquiera moverse un ápice, desviarse ni el espesor de un cabello ? Pues poco más ó menos sería esa la situación del hombre que viese el porvenir, más espantosa aún por más lenta... Esto, en cuanto á las catástrofes. Las alegrías futuras que con su espectación podrían compensarle de tales horrores, también le atormentarían á su manera ; es decir, que nuestro mártir viviría devorado por la impaciencia de la dicha ventura, cuya llegada no le sería dable anticipar... Sería su alma, como la novia que espera una cita con ansiedad inmensa, y que no puede adelantar la hora en el reloj tardo é implacable. Otro motivo y muy grande de cuita consistiría en prever la desaparición de los que amamos. Imagínese Ud. por un momento que, joven como es Ud. (28 años apenas ¿ no es cierto ?) se ha unido por amor, un amor infinito, á la mujer de sus ensoñaciones ; que su vida, al lado de ella, es el paraíso por excelencia ; y que gracias á la maldita facultad de ver el futuro, adquirida merced á la operación que yo le haría, empieza á ver á la amada palidecer levemente dentro de un año, dentro de dos ó tres, ir languideciendo todos los días sin remedio, y por fin morir en sus brazos... En vano, espantado, se volverá Ud. hacia el presente, se refugiará temblando en el hoy delicioso, en vano se echará en los brazos de la esposa dilecta ; la visión persistirá, porque no es cosa del ensueño ni de la pesadilla, sino la definición precisa del hecho futuro, del hecho existente ya ; porque, en realidad, todo : el pasado, el presente y el futuro, existen de una manera simultánea en el mismo plano, en la misma dimensión, sólo que nuestra visión actual está limitada á una zona, como está limitado nuestro oído que no percibe más que cierta amplitud de vibraciones, y nuestro ojo que no ve más que ciertos colores... ¡ Eh ! ¿ qué piensa Ud. de ese tormento que le he descrito ?

— ¡ Que sería inquisitorial, amigo mío; de un horror psicológico superior á todos los cuentos de Poe... pero que no me arredra ! El prestigio de la situación es tal, á pesar de la angustia inenarrable que trae aparejada, y tal la novedad del caso, que en mí puede más la curiosidad que el miedo...

— ¿ Pero habla Ud. en serio ? — exclamó el sabio con un tono de voz que yo no le conocía. — Mire Ud. que, para la ciencia, sería este experimento de que hablamos de un valor incalculable; mire Ud. que cambiaría el eje moral é intelectual del mundo; mire Ud. que el sabio que realizase con éxito este experimento, se volvería casi un Dios...

— Pues inténtelo Ud. Doctor — le repliqué, estremeciéndome sin embargo, á pesar mío — aquí tiene Ud. un sujeto decidido, un paciente dócil... Si se logra en mí la mutación, ambos compartiremos la gloria : Ud. realizando el milagro, y yo, gracias á mi temeridad inmensa, pudiendo decir al mundo sus destinos... Seré un vidente mayor que todos los profetas, un oráculo superior á todos los oráculos; nunca en Delfos se agolparían las multitudes ansiosas como se agolparán á mi puerta, invadidas por el estremecimiento del enigma...

— La ciencia, amigo mío — dijo el doctor, con la misma voz de matiz grave y austero — le deberá á Ud. más que ha debido á hombre alguno... Pero, francamente, dudo que, llegado el momento, Ud. tenga el valor...

— Hace Ud. mal en dudarlo, doctor. Yo soy así, temerario, quizá por el deseo inmenso de sensaciones nuevas que maten el espantoso tedio de mi vida, quizá por orgullo, por la vanidad de las situaciones excepcionales... ¡ qué sé yo !... Pero jure Ud. que si por ejemplo se inventase un vehículo para ir á una estrella, y se buscase un hombre capaz de ensayarlo, sería yo ese hombre, aun á sabiendas de que jamás volvería á la tierra, de que por cualquier error en los cálculos podría quedarme en el espacio, rondando alrededor de un astro, é incapaz de abordarlo...

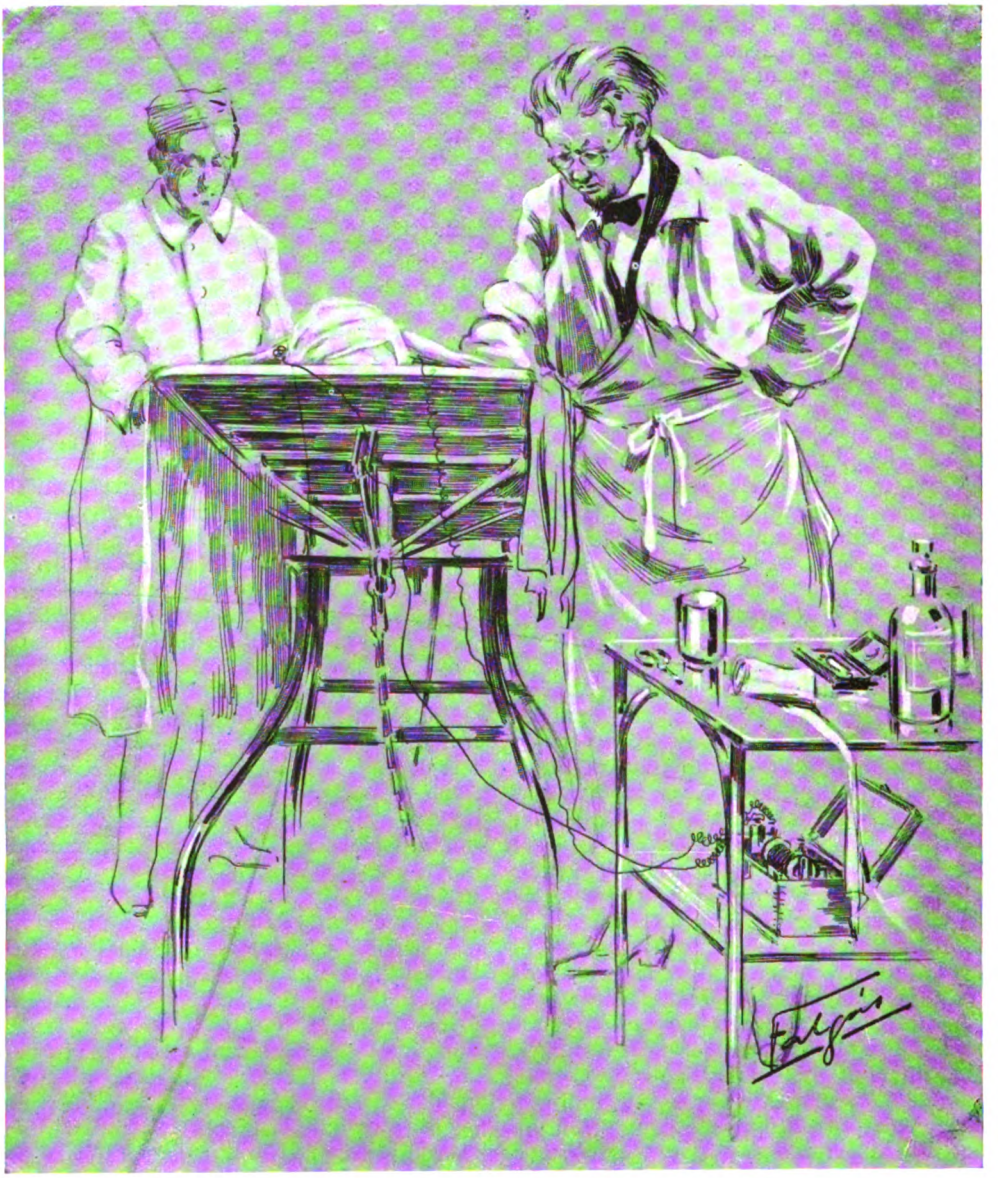
— Comprendo su estado de ánimo, y veo con inmenso placer que es Ud. mi hombre. Haremos, pues, un pacto, un gran pacto, único en la historia del mundo, y Ud. se sujetará á la prueba. Pero antes he de ensayar, no una sino cien veces, esta operación en animales diversos, especialmente en monos y en perros ; claro que no van ellos á poder decirme si ven el futuro, pero habrá indicios seguros, aun procediendo de sus cerebros embrionarios, y además lograré saber con certidumbre dos cosas : primera, que la operación es practicable sin peligro alguno de la vida, y segunda, que no trae como consecuencia la locura.

— Ensaye Ud., Doctor, cuanto guste, y así que esté seguro de la pericia y firmeza de su mano, dígamelo, para ir á extenderme sobre la mesa de su clínica, de donde he de levantarme sabiendo tanto como los dioses...

— De acuerdo — exclamó sencillamente el doctor.

Y nos estrechamos la diestra, con la deci-

Digitized by Google



Yo mismo, vamos,p oıdıaacaso dar á un cerebro, mediante operación relativamente sencilla, esa facultad de percatarse del mañana, de conocerlo, de verlo con la misma visión clara y precisa que se ve el ayer...

sión grave y casi teatral de quien sella un compromiso inmenso.

II

No voy á describir la operación de que fuí objeto, los preliminares requeridos, las precauciones sin cuento que la precedieron, el malestar indefinible que la siguió, los días de fiebre y de semi-consciencia que pasé extendido en el lecho, las solicitudes más que piadosas llenas de curiosidad de los que me rodeaban, y el pasmo del doctor y su expresión á la vez de miedo y de triunfo cuando empezó á palpar los resultados de su obra. Algo he de dejar á la imaginación de quien me lea, y dejo este periódico de crepúsculo, de alba mejor dicho, seguro de que la fantasía ajena completará mi historia con más colorido que la descripción propia.

Digitized by Google

Empezaré por tanto á relatar lo que sentí y ví, en cuanto la primera hebra de lucidez se coló á mi espíritu.

Es claro, que este «vi» se refiere á una visión interior, pero material, ya que estaba por imágenes constituida.

Mi situación era análoga á la de un hombre que se encontrase en la cima de una montaña, y viese desde ella, de una parte el camino recorrido, de la otra el camino por recorrer. Sólo que aquí, esos dos caminos estaban llenos de cosas y figuras, no en movimiento, sino inmóviles, á lo largo de los mismos. Es decir, que mi vida, ante la clara contemplación interior, se hallaba partida en dos porciones por el presente, en dos panoramas, mejor dicho, cada uno de los cuales, sin confusión, sin enredo ninguno, se desarrollaba dentro de una variedad que era unidad y una unidad que era variedad. Imposible expresar esto (y de ello me duelo y me desespero) sino con imágenes inexactas tomadas del diario vivir nuestro, y de la vieja normalidad de las cosas que nos rodean; pero ¡qué remedio, pues que no tenemos ni vocabulario ni imágenes para descripciones de tal manera extraordinarias! Contentémonos, por tanto, con la mísera deficiencia de los recursos familiares.

Los sucesos futuros, las personas en juego en ellos, las cosas á ellos relativas, el escenario en que debían realizarse, todo estaba delante de mí en perspectiva admirable, y la sucesión de los hechos diversos se me revelaba por la reproducción del mismo hecho, con las variantes y las progresiones necesarias. Por ejemplo (esta palabra «por ejemplo», odiosa traducción de nuestra impotencia para expresar lo inefable, me choca y molesta sobremanera, pero hay que emplearla) veía yo el futuro como se ven las tiras de papel del kinetoscopio. Supongamos que se tratase de la caída de un hombre desde un balcón. Primero veía al hombre en el momento de desprenderse, luego desprendido, después agitándose en el aire, en seguida estrellándose en la acera. Imaginemos que se tratase de un derrumbamiento; pues veía, primero la casa en pie, luego agrietándose, después estremeciéndose, al fin desplomándose, como si fuesen, no una, sino varias casas extendidas en estas diversas circunstancias á lo largo de un plano inmenso...

En cuanto á mí, me contemplaba en todos los actos futuros y sucesivos de mi vida; era aquélla una muchedumbre inmensa de yos, pero que por razones que escapan á toda explicación, ni se atropellaban ni confundían, cabiendo todos en el plano ideal de que he hablado. Yo ahora, yo mañana, yo comiendo, yo durmiendo, yo enfermo, yo en plena labor... y á los lejos, como envuelto en tenuísima bruma, yo siempre, pero más maduro... más viejo, en unión de hombres y mujeres conocidos y desconocidos, de perspectivas de ciudades, de campos, de habitaciones...

Por último, en una lontananza que no estaba constituida precisamente por la distancia, sino por la muchedumbre de estados, de actos, de situaciones diversas, mi camino expiraba en vaguedades indecibles, y el panorama, sin aquélla como teoría inmóvil de seres y de cosas conmigo relacionados, continuaba imborrable, lleno de figuras, de formas varias, de acciones por ejecutarse...

Cosa más peregrina aún: desde el momento en que, extendido en mi lecho, había comenzado á vislumbrar estas perspectivas, estos panoramas, los primeros términos del paisaje interior iban acercándose, como una gran cinta móvil... como un camino poblado de infinidad de fantasmas que viniese hacia mí... Sólo que, observando un poco, bien pronto caí en la cuenta de que aquello era inmóvil, y de que sufría yo ilusión idéntica á la del viajero del tren, que cree que andan los árboles y las casas y que desfilan frente á él. En realidad, me fué fácil darme cuenta en breve de que yo, animado por un movimiento incomprensible, que no se efectuaba á través del espacio sino de una dimensión desconocida, iba hacia toda aquella ordenada muchedumbre de actos, de seres y de cosas disímbolos. Pasaba yo, no al lado, sino como al través de cada uno de ellos; me iba como metiendo flúidicamente dentro de los yos que estaban escalonados en el camino y ejecutando los actos previstos, los cuales no desaparecían porque yo los ejecutase, sino que sencillamente tomaban diversa posición con respecto á mí mismo, de suerte que ya no me era dable tocarlos, poseerlos, identificármelos, pero sí verlos en perspectiva distinta, que iba en sentido opuesto, hasta llegar en brumosos panoramas á mi infancia y á mi nacimiento...

Lo que más me sorprendía de aquella interior visión, era que no me inquietase en lo más mínimo, que me pareciese, por el contrario, no sólo natural, sino consubstancial á mí, en sumo grado. Al principio, me contenté con divagar á través de las diversas perspectivas, perezosamente, sin interesarme en ninguna sucesión especial de hechos, pero después fuí como aclarando mi visión, como desmadejándola y definiéndola, y entonces pude seguir los hilos, no sólo de mi propia vida, sino de muchas ajenas, pues á medida que más insistía en ver, se ampliaban más los planos...

Digitized by Google

— ¿ Pero habla Ud. en serio ? — exclamó el sabio con un tono de voz que yo no le conocía.

Mi asiduidad hizo que mirase en relativamente cercano *devenir* una vida, que suavemente empezaba en no sé qué recodo del futuro á unirse con la vida mía. Era una mujer, era un rostro... era un fantasma, pero lleno de precisión y de prestigio.

Primero, el camino que parecía seguir era paralelo al mío; luego, iba orientándose hacia mi camino; y, por fin, los dos se confundían en uno que ondulaba entre flores... Pero — ¡oh angustia presentida ya por el sabio, antes de practicar la operación maravillosa de que había yo sido objeto! — las dos vidas se desunían en determinado punto del sendero, y aquella mujer desaparecía para siempre, dejándome continuar solo el camino...

Digitized by Google

Cuando comencé á verla en esa zona luminosa de futuro que se extendía ante mi visión interior, estaba todavía lejos. Su infancia transcurría en un sitio delicioso. Era una *villa*, un castillo mejor dicho, rodeado de inmenso parque y enclavado sobre una eminencia que descendía en ondulaciones verdes y suaves, hasta muy cerca de una playa amplísima donde morían cantando las ondas azules y sonoras del mar... ¿de qué mar?

Aquel paisaje, lo mismo podía ser de Biarritz que de Trouville, de Niza que del Mar del Plata... Lo indudable era que yo lo conocía, que había estado alguna vez allí.

Los primeros días de mi convalecencia los pasé con el alma vuelta toda hacia la visión futura, hacia la rapaza adorable, más adorable á medida que más la contemplaba, en aquella como lontananza gris perla, levemente dorada, en que su silueta rítmica parecía moverse.

Y contemplándola pasábame las horas muertas, sin querer ver ya más que á ella y en ella pensar continuamente, esquivando responder á las preguntas curiosas de las enfermeras y del médico que, ansioso de palpar los resultados de su audaz operación, venía muy á menudo á verme.

Todo me era tedioso en el desabrimiento de mi convalecer, menos aquella silueta armónica que, sin presentir siquiera mi existencia, triscaba por los prados y entre los árboles... ó presintiéndola quizá... Sí, presintiéndola quizá, porque una tarde dejó el juego y, apartándose de una amiguita suya, fué á sentarse en un poyo sombreado por copudo árbol. Allí quedóse pensativa, con la mirada vaga... y de pronto, sus ojos se clavaron en mí. ¿Cómo? no acertaré á decirlo: aquella mirada era un absurdo, un imposible... pero sus ojos se habían clavado en los míos, segura, indudable, indefectiblemente. Yo sentía derramarse por mi espíritu su mirada, y mis ojos sabían que sus ojos estaban fijos en ellos, y sabían, además, por una sensación como de rechazo flúidico, que los de ella, profundamente azules, recibían á su vez su choque místico... Sí, por algunos instantes, aquella mujer que me estaba destinada, aquella niña que iba á amarme más tarde y yo, nos vimos á través del tiempo, con la misma precisión que si nos separase sólo el alféizar de una ventana florida...

... Después, la jovencita volvió á sus juegos, y ya no tornó á ponerse pensativa, y *ya no me vió más en aquel día*...

III

Al siguiente día, el médico, impaciente y nervioso ante mi silencio, se resolvió por fin á interrogarme de una manera directa, aprovechando la ausencia de los enfermos.

— ¿Cómo se siente Ud.? —me preguntó.

— ¡Perfectamente! —le respondí con sequedad.

— ¿No sufre Ud.?

— No sufro.

— ¿«Ve» usted...?

— Veo.

— ¿Todo?

— Absolutamente todo...

— ¿Y experimenta Ud. alguna sensación desagradable?

— Al contrario...

— Se diría, sin embargo, que me guarda Ud. rencor...

— De ninguna manera...

— Entonces ¿por qué esquiva Ud. toda explicación?

— Porque en estos momentos soy feliz, infinitamente feliz con lo que veo, y no quiero apartar de esta visión mi retina interior.

— ¿Cuándo me lo dirá usted todo?...

— Más tarde, piense usted que aún vacilo en este dédalo de sensaciones contradictorias, que aún no me oriento. El mundo que se me revela es inmenso, indescriptible... Déjeme Ud. coordinar mis ideas. Por ahora, bástele saber que ha triunfado Ud., que logró cuanto se proponía, que su operación ha tenido un éxito maravilloso, que veo el porvenir, el mío y el de los demás, pero el mío especialmente por la claridad con que contemplo mi pasado... Mas necesito adaptarme á este nuevo plano, á este nuevo universo... y, sobre todo, quiero estar solo con mi fantasma...

— Con su fantasma...

— Sí, Doctor, con mi fantasma, con mi adorado fantasma... Estoy enamorado de una ¿cómo llamarle?... de una posibilidad; no, digo mal, estoy enamorado de una imagen, pero de la imagen de una criatura viviente... Estoy... pero no me pregunte usted nada, porque toda explicación profanaría la divina realidad de mi ensueño... Déjeme Ud. tranquilo, aquí, como me hallo, frente á esta gran ventana que da al jardín de la clínica, y por donde se cuelan hálitos capitosos de primavera. Ordene Ud. á los enfermeros que no me hablen; dígales que necesito para reponerme mucho silencio y mucha paz... y usted no me interrogue... en nombre de nuestra amistad.

Vi en la perplejidad del Doctor, que no comprendía (ni cómo había de comprender) mis palabras; pero, á fuer de hombre discreto, accedió sonriendo á lo que le pedía, y me dejó tranquilo. Los enfermeros, por su parte, no me molestaron más. Acercábanse única-

Digitized by Google

...hasta muy cerca de una playa amplísima, donde morían cantando las ondas azules y sonoras del mar...

mente para alimentarme, y lo hacían en silencio, alejándose en cuanto su presencia dejaba de ser indispensable para éste ú otros menesteres.

Empezó, pues, para mí, desde entonces, una vida única, paradisíaca. Absorto ante mi futuro, con la misma devoción con que los viejos se engolfan en su pasado, ya no más abría los ojos. El presente me era tedioso, y su desabrimiento parecíame mayor cada día. Mi solo consuelo consistía en sentir que un movimiento inexplicable y misterioso me acercaba á mi amada. Y á medida que me iba acercando abarcaba, por decirlo así, más porción del camino futuro, y la veía mejor. Podía deliberadamente (y ésta era una de las condiciones más apetecibles de mi actual estado) detener mi mirada interior donde me placía, ya en una, ya en la otra etapa del futuro, de suerte que un día, por ejemplo, complacíame en contemplarla en sus juegos infantiles, en ese límite de oro en que va á aca-

Digitized by Google

bar el ángel y á empezar la mujer; otras veces iba más hacia adelante, allí donde su vida estaba ya muy cerca de la mía, y quedábame en éxtasis ante sus nacientes encantos de moza, ante las insinuaciones suaves y prometedoras de la curva, que después era deleite de los ojos y el sentido. Llegaba hasta la intersección de nuestras vidas, y allí deteníame para no anticiparme y empequeñecer así el máximo goce futuro, no de otra suerte que como cuando leemos un libro interesante, esquivamos hablar con quien lo ha recorrido ya, y aun le suplicamos que no nos revele el desenlace. Sólo, sí, me saturaba el alma del encanto y del perfume de aquella existencia, que aún no aparecía en mi camino, pero que podía ver yo, único entre todos los hombres, gracias á la metamórfosis sorprendente operada en mi sensorio.

Ella, en tanto, seguía marchando inconsciente, risueña y juguetona, hacia la inevitable cita que le había dado el destino para arrojarla á mis brazos. Ajena á todo, sólo de vez en cuando, esa enigmática sensación interior que se llama el presentimiento le agitaba el corazón, y acaso le dibujaba mi imagen allá en el fondo del alma... Entonces, la ideal criatura suspendía sus juegos como en aquella tarde, y se sentaba pensativa en el banco de piedra, con los ojos clavados en un punto hipotético. Era en ese instante cuando nuestras miradas se encontraban á través del tiempo, produciéndose una turbación arcana, indecible, profunda...

Decir que este *oso* á la Quimera de hoy, pero realidad de mañana, que este *flirt* con un futuro de mujer es inexpresable, no es decir nada; afirmar que no hay palabras con qué describirlo, es ensuciar, opacar con clisés estúpidos la intangible verdad del ensueño. Yo no creo que ningún dios haya gozado lo que yo gozaba, amando aquello que debía venir; no creo que en vida humana haya habido jamás el delicioso refinamiento de la mía; no imagino que las aventuras raras de la historia hayan tenido nunca la rareza de mi sin par aventura.

Era yo como un Tántalo al revés. Complacíame en ansiar el bien que forzosamente debía pertenecerme; en tener sed del agua mística y milagrosa, que sólo para mí se despeñaba ya de las montañas del Ideal, y corría sonante y cristalina hacia mi boca... Pero un día, á la beatitud empezó á suceder cierta leve impaciencia... A fuerza de ver y amar á aquella criatura, un vivo anhelo de poseerla, el viejo deseo, padre de la especie, empezó á morder cruelmente mis entrañas. Medía el camino que nos separaba aún, y lo encontraba más largo de lo que ansiaba mi anhelo. La certidumbre absoluta de que todo esfuerzo sería vano para anticipar los acontecimientos, acrecía mi deseo de posesión, y, al fin, éste se convirtió en una fiebre, lenta primero, furiosa después... Una para mí visible cadena de sucesos, de hechos, de actos, me separaba de mi amada. Nadie en el mundo, ningún arbitrio, ningún conjuro era bastante á hacer más corta esta cadena. Lo que había de suceder sucedería, con la implacable lentitud de su concatenación rigurosa. Yo podía, único hombre sobre el haz de la tierra, ver mi futuro, pero no acercarlo, ni en el espesor de un cabello...

¡Que ella habría de venir hacia mí, era un hecho absoluto; pero que no llegaría sino « á su tiempo » y sazón, era absoluto también!

Tales consideraciones no hicieron más que enardecer mis deseos, que llegaron hasta el paroxismo. Horas enteras pasé llamando á mi intangible niña, que jugaba, se reposaba, soñaba, delante de mí, en una misteriosa aunque distinta lejanía, haciéndole signos que no podía ver... diciéndole ternezas que no podía oir...

— Ven — exclamaba — ven ya, amor mío, salva esas vanas lindes de la infancia, burla como yo la engañifa del tiempo, rompe los muros invisibles que nos separan, y échate en mis brazos, en mis brazos que te aguardan, que corren, mejor dicho, hacia los tuyos, como dos alas abiertas, y que desesperan de llegar...

Pero la silueta lejana continuaba insensible... ¡Qué medio hostil nos separaba! ¡qué muro de diamante era aquél, conductor de la luz, cómplice de la visión, pero refractario á toda voz y á todo eco!...

Sin embargo, una noche ¡oh, lo recuerdo! la niña dormía en actitud angélica, á tiempo que yo decíale las cosas más cálidas y acariciadoras que el amor humano ha podido encontrar en los tesoros del idioma, y de pronto, á un grito mío de ternura, más intenso y delirante que los otros, abrió los ojos, se incorporó inquieta apoyando su cabecita adorable en la diestra, permaneció algunos minutos mirando hacia el futuro, de donde le venían mis voces lejanas, tan insinuantes y poderosas, que habían logrado traspasar el muro aquél, burlar la lógica del tiempo y llegar á su oído de virgen, confusas quizá, pero con fuerzas suficientes para despertarla de su sueño.

IV

Al cabo de cierto tiempo, llegó empero mi angustia á ser de tal manera insoportable, que resolví no ver más, hacia aquella zona luminosa en que florecía antes de pertenecerme,

Digitized by Google

Pero la silueta ejana continuaba insensible.

la vida que me estaba destinada, y procuré entretenerme viendo venir los hechos inmediatos, examinando los *mañanas de cada hoy;* pero entonces caí en un desaliento grande, porque todo empezó á perder su interés para mí. Muchas ideas que me parecían importantes, muchas acciones ejecutadas en otro tiempo hasta con énfasis, se perdían con sus consecuencias en un futuro cercano, sin haber servido de nada, sin dejar la menor estela, sin reforzar posibilidad ninguna... ¡Qué pocas cosas, de las que hacemos con tanto afán los hombres, me parecían dignas de haberse ejecutado! ¡Literatos y artistas que

Digitized by Google

habían sacrificado todo al bombo, desaparecidos en absoluto unos cuantos días después de muertos en la memoria de los hombres! ¡Capitalistas que ahora pasaban la pena negra para aumentar en algunas ruedas de oro ó en algunas *acciones* su acervo, arruinados mañana y despreciados por aquéllos á quienes habían negado todo servicio! ¡Viudas archiconsoladas en breve; señoritos elegantes estafando algunos años después fuertes sumas; toda la miseria y la necedad del hoy, comprobada por el mañana implacable!

¡Cuánto desperdicio de hechos, de sucesos, de actos humanos, para obtenerse una mínima consecuencia en el porvenir! ¡Y por lo que respecta á los hombres, cuántos, pero cuántos, absolutamente inútiles! El genio de la especie no aprovechaba en el futuro, de cada millón, más que uno ó dos, pero era claro que sin ese millón, el uno ó los individuos útiles no podían existir. Se advertían, pues, claros, los designios inmediatos de la naturaleza: Producir mucha gente, una densísima masa humana, para durar, á pesar de todo lo aleatorio de la vida, y obtener de esta enorme masa unos cuantos individuos tipos, de los que sólo se logran merced á innumerables coincidencias y circunstancias felices, y que colaboran con el Genio de la especie al mejoramiento y á la grandeza de la misma...

¡Y qué ridícula me parecía la petulante solemnidad de tantos y tantos hombres que conocía yo, siempre pagados de sí mismos, siempre engreidos de su importancia, acumulando empleos y honores vanos, mientras en los confines de la miseria se debatían con todos los horrores y todas las angustias, pulimentando así su espíritu para más tarde, seres que eran la verdadera flor y nata de la humanidad, porque estaban destinados á cepa de semidioses!...

¡Cuántos infelices vi despreciados por la pomposa suficiencia de nulidades, dando origen, á través de sólo tres ó cuatro generaciones, á inventores sorprendentes, á reformadores admirables, á pastores de pueblos... mientras que los otros, los orgullosos, solían acabar, á través de las mismas generaciones, en un hospital ó un manicomio, en las personas de nietos y biznietos epilépticos, paralíticos, imbéciles!...

¡Cuán noble y alta me pareció entonces la justicia, esa justicia distributiva de que antes había yo llegado á dudar! El espíritu humano necesitaba en absoluto el pulimento del dolor. Los cristianos hacían bien en considerar al dolor como la predestinación más alta. No sufrían mucho en la vida sino las almas de diamante destinadas á altos fines, las capaces de soportar el fuego; las almas de lodo, en cambio, eran tan felices en su epicureismo como el cerdo *épicurae grege porcum*... y si los desheredados ó los tristes de la vida hubiesen podido ver como yo la grandeza futura de su estirpe, la glorificación de su esfuerzo, la divinización de su dolor actual, la importancia de este dolor para mejorar el mundo, de seguro que todos hubieran caído en éxtasis.

En cuanto á los poderosos de la tierra, de fijo que al vislumbrar lo que yo vislumbraba, no de la eternidad, sino del simple futuro, de su bienestar, del plato de lentejas por el que trocaban su primogenitura, se habrían apresurado á desprenderse de todo, absolutamente de todo, y á adoptar amorosísimamente la penuria, el abandono, el frío, y la soledad de los genios y de los santos.

La humanidad vivía atada á la tierra con una cadena de oro y engañada por el oro mismo, presumiendo que sólo dentro de ese torbellino de metal era posible la vida. En un siglo de progreso desigual, en un período de mercadería, el hombre iba animalizándose lentamente, sin una brizna ya de energías íntimas para las cosas esenciales, para la contemplación del universo. Y como procuraba pulir y afinar su espíritu para volverlo indestructible, inmortal, sólo su oro le sobrevivía, y eso en manos de otros (¡cuán otros, sí!) de aquéllos por quienes había trabajado, penado y sufrido desvelos. Y á poco andar, el oro ya no era nada, ya no valía nada, ni significaba nada. El mundo, llegado á una etapa muy avanzada de su desenvolvimiento, ni memoria tenía de que hubiese existido la moneda. Y todo el trabajo, toda la fatiga de los siglos, todo el odiar y llorar y anhelar por el oro y para el oro, aparecían entonces inútiles y ridículos, y lo único serio era el pensamiento de los hombres, hecho todo de inmaterial luz y de excelso ensueño...

Resueltas las necesidades primordiales de la especie, ésta se angelizaba á diario: ¡sus carnes mismas, cómo se azulaban y diafanizaban! ¡y á los sabios del porvenir que, por estudio, retrotraían su pensamiento á las épocas actuales, parecíales absurdo que hubiese podido vivirse de otro modo! El negocio, que según la feliz expresión de Alfonso Karr, es el dinero de los demás, en muy próximo futuro moría. La equidad se enseñoreaba del mundo mucho más pronto de lo que habían imaginado los pesimistas, porque hay revoluciones que se preparan en los escondrijos del ir y venir cotidiano, y que de pronto estallan en llamarada divina ante la muda estupefacción de las razas.

Digitized by Google

La inexorable muerte hacia la cual corríamos ella y yo desalados, acezando, con un vértigo de velocidad...

V

En cuanto pude levantarme, el Operador no me perdonó ya mi silencio ni mi apartamiento. Puesto que podía yo lozanear como planta que vuelve á la vida, puesto que á mi rostro los colores tornaban y mi pulso latía con firmeza, ya no era justo que él esperase más su gran parte de triunfo, de gloria, á que le hacía acreedor la nunca vista operación en mí practicada con tanto éxito, gracias á su pericia.

No hubo, pues, remedio. Fué preciso ir de aquí para allí: Primero á la Escuela de medicina, después á otros innumerables centros científicos, donde fuí objeto de la más irri-

Digitized by Google

tante curiosidad, pues aquellos sabios escudriñaban mis impresiones y sensaciones con desplante verdaderamente vejatorio, é iban anotando las respuestas que daba yo á su metódico é indigesto cuestionario, con una minuciosidad insoportable.

Fueron esos días de dura prueba para mí. No me daba punto de reposo, y en la noche volvía tan fatigado á mi rincón, que mi único anhelo era la inconsciencia bienhechora del sueño; inconsciencia relativa, á decir verdad, pues, en mi nuevo estado, los ensueños tenían extraordinaria y angustiosa lucidez.

Naturalmente, mi retrato, mi biografía, mis impresiones, abultadas por reporters, el relato nimio de la operación famosa (con proyecciones cinematográficas) y otras lindezas por el estilo, llenaron páginas de revistas y diarios, especialistas ó no. El Operador crecía en gloria y fama á cada instante. Era el hombre del día en el mundo. Varios yanquis excéntricos le habían telegrafiado pidiéndole que les operase, y él empezaba á tarifar, sin andarse con remilgos, las intervenciones quirúrgicas de nuevo cuño, la « Martinización », como llamaba ya á su procedimiento, pues acaso olvidé deciros por creerlo dato baladí, que el sabio eminentísimo no se apellidaba más que Martínez (¡apenas Martínez! como decía un colega y amigo íntimo suyo, que le odiaba con toda cordialidad desde su descubrimiento).

Pasó empero — ¡qué no pasa! — aquel aluvión de publicidad, para mí cuando menos. El anuncio de nuevas operaciones hizo olvidar mi nombre, y yo entonces, sediento de reposo, ansiando con toda el alma encontrarme con mi fantasma, corrí hacia la costa cantábrica, y en una playita ignorada é íntima, donde mi *tête à tête* con el mar tenía que ser casi absoluto, alquilé una *villa* y me entregué á mí mismo.

« Ella » volvió á aparecérseme con todo el diáfano y sereno encanto de su adolescencia, perfumada y resplandeciente. Y cada día veíala yo más cerca, tal una proyección que va agrandándose y aclarándose en la pantalla, á medida que mejor se la enfoca. Podía ya discernir perfectamente las circunstancias en que debía efectuarse el primer encuentro. Dentro de un período de tiempo, difícil de medir, dado que justamente mi visión lo anulaba; en una playa, que no era aquélla en que me hallaba á la sazón, pero que acaso no estaba muy lejana, ese servidor del Misterio que se llama el Azar, debía apersonarnos y hacer surgir en nuestros espíritus la eterna Ilusión, madre de las razas... (en su espíritu, debiera yo más bien decir, porque yo me había anticipado al destino, merced á una treta milagrosa, y amaba ya á la que iba á venir, como si la tuviese por primera vez entre mis brazos).

Se acercaba, pues, se acercaba... Todos los instantes, como invisibles manos, la empujaban hacia mí...

¡Amar así, qué delicia!... ¡sin miedo al mañana, que indefectiblemente nos ha de traer el bien; al mañana, que á otros les quita y á mí iba á darme; al mañana, que por lo desconocido es para todos amenaza y para mí solo era esperanza!...

¡Amar así!... Pero ¡oh, miseria nuestra! ¿por ventura el amor no es planta de tal índole, que sólo puede germinar, crecer, vivir entre el miedo, la angustia, lo imprevisto?...

¿No es tal nuestra idiosincrasia, que dejamos el bien cierto y grande por el bien mediocre é hipotético?

¿Y lo imprevisto, sobre todo, no es el señuelo por excelencia del amor?

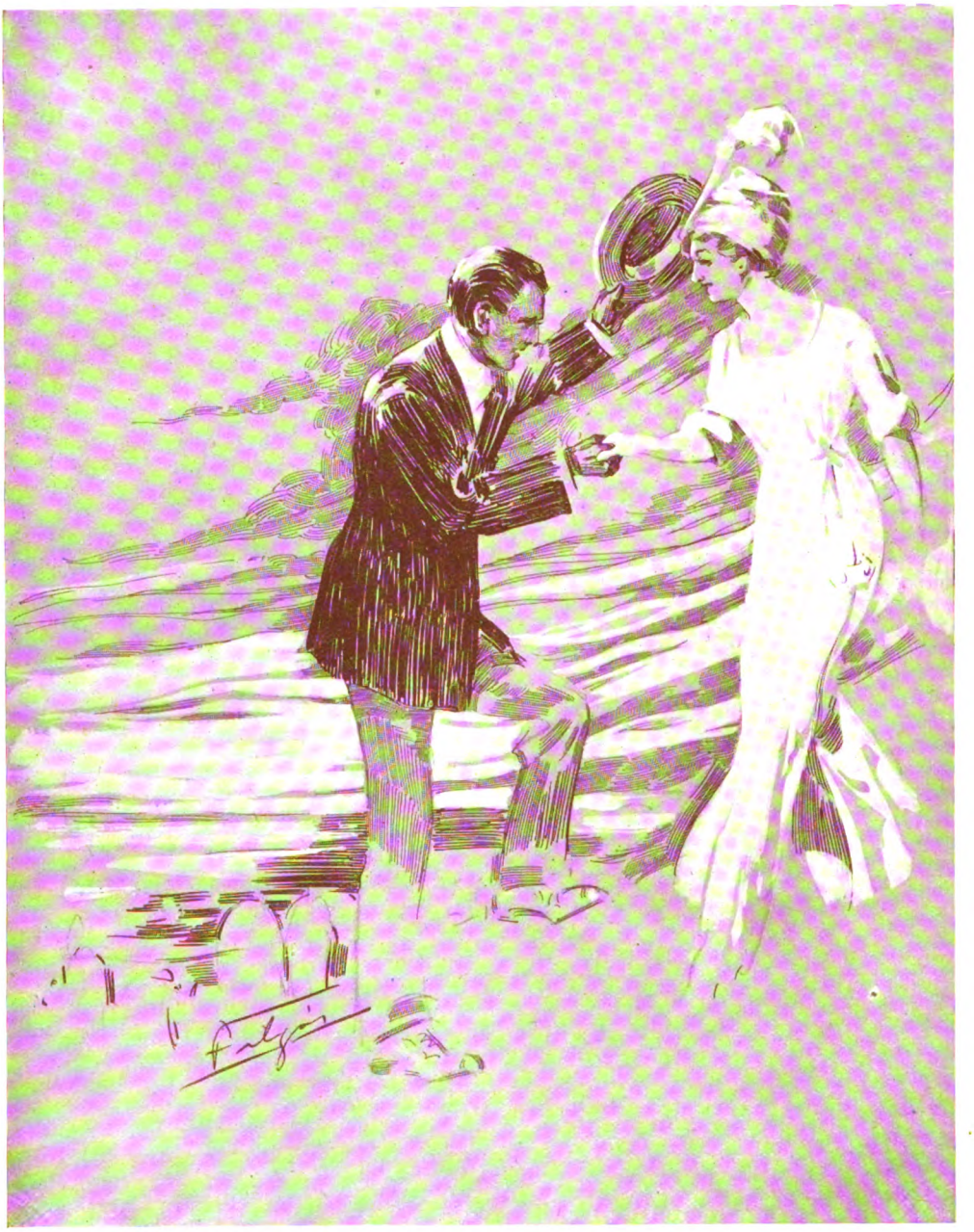
Así, pues, aquella dicha cierta, acariciada, detalle á detalle, noche y día, por la facultad nueva, por el sexto sentido nato gracias á la operación famosa, por cierta iba siendo menos dicha... En cambio, tales y cuales males futuros, enfermedades, disgustos, fracasos, y sobre todo la visión de la muerte! que, á pesar de mi voluntad, solía surgir precisa en la lontananza, seguida de una zona obscura... muy obscura, empezaban á mortificarme más de la cuenta.

Yo era un dios (¡qué duda cabe, si poseía lo que mortal ninguno poseyó nunca!) pero por lo mismo comenzaba á padecer el espantoso tormento de los dioses: ¡la Previsión, en el verdadero, en el estricto sentido de la palabra, la *previsión* que quita toda la vaguedad, todo el encanto, el enigma todo á las cosas de la vida, y en cambio nos muestra con sus menores detalles el mañana, tal cual es, acabando en la negrura del aniquilamiento; la *previsión*, el más implacable de los males, el más espantoso privilegio de la vida consciente!

Sí, aquella mujer sería mía, é íbamos á amarnos mucho, é íbamos á marchar de la mano por el camino, rodeados de nuestros hijos; *pero* más allá, un poco más allá estaba la muerte... la inexorable muerte hacia la cual corríamos ella y yo desalados, acezando, con un vértigo de velocidad...

La sociedad de mí mismo, gracias á esta nueva visión de las cosas, á esta nueva aprensión de mi futuro, fuéseme haciendo insoportable á su vez. El mal cierto me atormentaba de antemano; el bien cierto, gracias á la previsión, se me volvía insípido y poco deseable. Y yo que había ido á la playa solitaria á recrearme con mi fantasma, eché á correr una

Digitized by Google



Y yo temblando y ella encendida como el alba, nos tendimos resueltamente la mano.

noche de allí, á todo el vapor del expreso, hacia Biarritz. en busca de gente, de trivialidad, de ruido, de aturdimiento, que me despegasen de mi yo, de mi visión, de mi lucidez, de mi insoportable sentido nuevo...

Risas, músicas y charlas de casinos, cafés invadidos por multitudes triviales, elegantes y cosmopolitas, bocinear de automóviles, ecos de deportes, eso, eso quería yo, é iba á buscarlo...

He dicho ya —y si no lo dije, bien está que ahora lo exprese — que mi visión del futuro era voluntaria. La operación de mi cerebro, al obtenerla, era análoga al esfuerzo más ó menos

Digitized by Google

leve que hacemos para recordar. Al futuro me asomaba yo, como se asoma uno á la ventana para ver el paisaje. Libre quedaba, pues, de no asomarme, pero así como á pesar de nuestra voluntad y del dominio que tenemos sobre nuestra imaginación, ésta nos impone á veces imágenes obsesoras de las que difícilmente nos desembarazamos, así también, con mucho esfuerzo, podía yo esquivar mis visiones del mañana. Sin embargo, desde que llegué á Biarritz, de tal suerte me lancé á la vida mundana, supe meterme en un torbellino tal, que ya ni de día ni de noche torné á la dolorosa ó plácida contemplación de lo venidero, y ni siquiera fijé una sola vez los ojos interiores en mi fantasma.

Todos los días jugaba al golf (deporte que fué siempre de mi predilección) acompañado de insulsos pollos, de lo más granado del cosmopolitismo veraniego de la Costa de Plata. Meter una bola en un agujero, me resultaba tan calmante como ver correr el agua. Y cierta tarde gloriosa de esas en que el sol, estriado de bandas de nubes, cae con una pompa incomparable, manchando de rojo la arisca *Côte de Basques*, el ideal *Rocher de la Vierge*, el fantástico y gracioso semicírculo de palacios que dominan la *grande plage*, mientras distraído contemplaba á una miss recorrer kilómetros con la consabida pelota, vi de pronto venir en mi dirección á una jovencita vestida de blanco, ligera, ágil, sonriente... incomparablemente graciosa.

Bella creatura di bianco vestita...

« ¡ Ella ! »

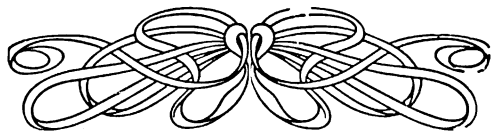
Sí, « Ella », voceó mi corazón ; « Ella », clamoreó mi alma toda; « Ella », dijo el ritmo de mi sangre; y mis entrañas gritaron : « ¡ Ella ! »

¡ Al verme se detuvo, pareció vacilar un momento, como si me reconociese, y sonrió... con divina, sí, con divina sonrisa, y yo temblando y ella encendida como el alba, nos tendimos resueltamente la mano, ya para siempre, ante la tarde que moría, ante el mar palpitante que se embozaba en brumas, ante las silenciosas primeras estrellas !

VI

Sí, bien lo sé, vosotras, almas ingenuas, que no dormís tranquilas hasta que no sabéis el desenlace de una novela, que no la juzgáis completa si queda flotando un hilo, almas que cada día sois menos, vosotras querríais que yo os dijese lo que pasó después : nuestras dichas, nuestros éxtasis, nuestras lágrimas, los horrores y las delicias del privilegio tremendo que me había sido otorgado... ¡ Pero para qué, amigos míos, para qué! Esta historia no debe tener fin, creédmelo...

Amado Nervo



(Ilustraciones de Falgás).

Digitized by Google

CABEZAS

GRAÇA ARANHA

Uno de los críticos que han estudiado la personalidad intelectual de Graça Aranha — el Sr. Elysio de Carvalho — hace notar que antes de que la gloria iluminase el nombre del autor de *Chanaan*, era éste un escritor de cenáculo, « apenas conocido de sus íntimos, que lo sabían un talento peregrino, un espíritu culto, un artista de raza capaz de realizar el gran sueño de arte que le acariciaba el alma ». Hoy, Graça Aranha ha conquistado los más justos laureles, y es conocido y celebrado en todo el mundo literario. Mas su universal renombre no ha hecho más que hacer brillar mejor el puro diamante de su nacionalismo. El es brasileño ante todo, con satisfacción y con orgullo. Me decía hace poco días : « Me place más ser comprendido por el último de los estudiantes de mi tierra, que por el primero de los escritores europeos ». Y en el Brasil se le devuelve su afecto con creces. Es de los que encarnan el alma de la raza, es de los representativos. El ha expresado en una prosa impecable y admirable el ideal patriótico, y ha pintado magistralmente el escenario fabuloso de ese vasto y vigoroso país, animado como ninguno de las savias de la tierra y de los fuegos fecundantes del sol. Muchos ilustres varones de pensamiento tuvo el pasado imperio, y tiene la joven república ; pero ninguno había expresado el espíritu nacional, ni tenido tan hermosamente, en simbólicas figuras, la visión del porvenir, como el joven pensador que llegaba señalando el rumbo de la vida nueva, y cuyo libro resonante era — escribía el noble y grande José Veríssimo — « nuevo por el tema, nuevo por la inspiración y concepción, nuevo por el estilo ».

Chanaan, que tuvo tan estupenda acogida en la patria brasileña, fué recibida con aplauso en toda la América del Sur ; y cuando presentada á los públicos de Europa por el introductor de Ibsen, el diplomático y escritor ruso Conde Prozor — un gran señor de letras — que fué quien la tradujo al francés, *Chanaan* fué conocida mayormente, y el talento del autor adquirió fama y autoridad internacionales. Así, al representarse en París, por el teatro de l'Œuvre, *Malazarte*, que interpretaran actores como Lugue-Poe, De Max, y esa sutil y encantadora Gréta Prozor, flor teatral cultivada por la maga Suzanne Després, ya se sabía quien era el autor, que ofrecía á los exigentes lutecianos un ramo de sus rosas radientes y de sus orquídeas tropicales.

Yo he visto al glorioso novelista brasileño en París, en reuniones en donde ha estado representado el pensamiento francés por sus personalidades más eminentes ; y le he conocido en sus propio medio, frente á aquel espectáculo de ensueño y de fantasía, que es la bahía de la capital fluminense. El vapor en que íbamos los miembros de las delegaciones de varios países á la Conferencia Panamericana, había anclado. Iba con nosotros el ilustre embajador y poderoso intelectual que era Joaquim Nabuco. Llegaban á rodear nuestro barco ferry-boats llenos de estudiantes y de músicas, que lanzaban al aire himnos y vivas. Y un balandro apareció, en donde venían varios caballeros de distinción. Entre ellos me fué señalado por Nabuco uno : — « ¡ Vea usted, aquél es Graça Aranha ! » — me decía alegre y conmovido el magnífico anciano, quien admiraba y quería al triunfante joven. Luego nos presentó, y desde entonces he cultivado con el creador de *Chanaan* la más cordial de las amistades intelectuales.

El Brasil es un país de tradiciones aristocráticas, y la cultura social se impone desde luego. Se ha aprovechado de todo lo que ha producido la civilización europea, y se ha plasmado una característica nacional inconfundible, que podría servir de modelo en otras naciones del continente. Al núcleo principal pertenecen hombres como Graça Aranha, en quien las distintas situaciones oficiales y sus condiciones de intelecto y de civilidad, han hecho uno de esos representantes que tanto brillo han dado á la historia diplomática de su tierra. Individualmente, junta el gentleman al caballero ; es esto decir que su trato no se resiente de sequedad, antes bien, hace transparentarse la buena fé, la cordialidad y la generosa nobleza. Cuando uno ha tenido la feliz oportunidad de conocer á cancilleres como el Barón de Río Branco y el Dr. Lauro Muller, á embajadores como Nabuco, y en la joven diplomacia á representantes como Fontoura Xavier, como Barros Moreira, como Velloso Rebello, como Graça Aranha, comprende cómo los estadistas brasileños han querido que los que llevan el nombre y la autoridad

Digitized by Google

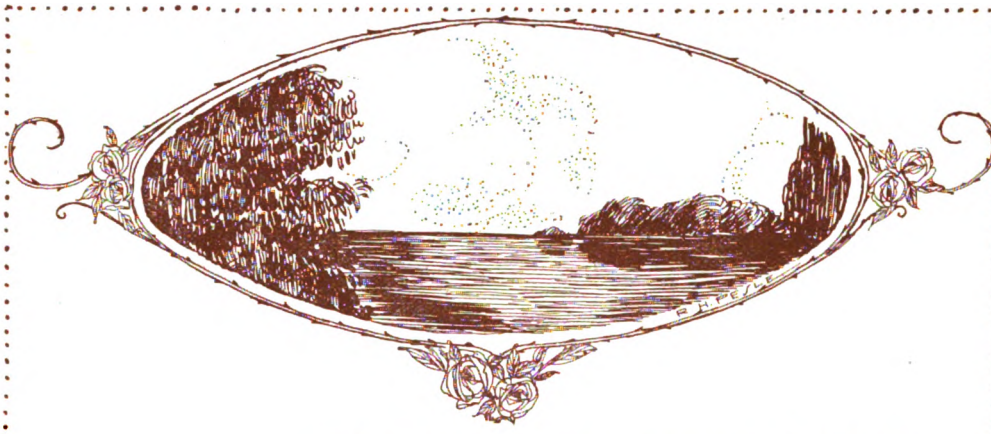
(Dibujo inédito de Vàzquez-Diaz.)

Graça Aranha.

del Brasil al exterior, veteranos y nuevos, formen un cuerpo de excelentes, una *élite*, que pueda, en todos y en cada uno, ser á la patria motivos de complacencia. Y Graça Aranha honra no solamente á su patria natal, sino á su lengua, que es una más grande patria.

RUBEN DARIO.

Digitized by Google



El Dr. Osvaldo Magnasco no es solamente en su patria, la República Argentina, el hombre de Parlamento y el abogado egregio, sino que, favorecido por las Piérides, ha consagrado desde su juventud sus vagares al cultivo de las letras clásicas, y ha vertido en bellos versos castellanos más de una producción de Horacio y otros poetas antiguos. Es, por su apasionada cultura, un verdadero y noble tipo de scholar. *Sobre la versión que hoy publica* MUNDIAL, *del* Pervigilium Veneris, *dice el Dr. Magnasco: « Se ignora de quien sea esta hermosa composición. Unos la atribuyen á Catulo; hoy es más corriente la opinión de que pertenen á Galo. Se ha dicho también que es de Floro, y no falta quien sostenga haber sido escrita en la Edad Media. La he traducido con alguna necesaria libertad. Las delicias del original son inasequibles, aun con una versión en prosa ». Con todo, y sea de quien fuese el poema, nuestros lectores gustarán de esta hermosa página lírica, llena de harmonía y elegancia, en que se ve la maestría del eminente latinista poeta, que ha de seguir honrándonos con su colaboración.*

VELADA DE VENUS

¡ Mañana amor abrase
A quien no hubiere amado!
¡ Amor mañana abrase
A quien otrora amó!...
Ya esplende Primavera
La del cantar alado,
Aquélla á cuyo aliento
Natura renació.

Concierta los amores
La tibia Primavera :
En Primavera el ave
También está nupcial
Y el murmurante bosque
La virgen cabellera
Desata de la lluvia
Al beso conyugal.

¡ Mañana la que amores
Enlaza á su albedrío,
Con grácil tallo mírteo
Cien nidos tejerá!
Mañana Dione hermosa,
Rayana en el vacío,
En fulgurante trono
Sus leyes impondrá.

¡ Amor mañana abrase
A quien no hubiere amado!
¡ Abrase amor mañana
A quien ya dél gustó!
Que en la estación florida
Del cefirillo alado
Con sangre de los dioses
El mar se fecundó.

Y entre bridones bípedos
Y fúlgidas aureolas,
Sonriendo las espumas,
La excelsa Dión brotó,
Y en el azul regazo
De las paternas olas,
Entre cerúleos coros,
La undosa Dión se alzó.

La Primavera presta
Su vivo tono, lleno
De luminoso púrpura,
A la temprana flor,
Y al soplo de Favonio,
Turgente el puro seno
Destila en las tibiezas
Del tálamo su ardor.

Digitized by Google

La Primavera mana,
Sus gotas de rocío
Que el céfiro noctívago
No logra disipar,
Y penden de las flores
En el vergel umbrío,
Temblantes, como lágrimas
De diáfano brillar.

Rocío que los astros
En la callada noche,
Parece que vertieran
Con cándida pasión
Para rasgar, á la hora
Del alba, el virgen broche
Que el casto seno vela
Del húmedo botón.

Quiere ella que mañana
La rosa, humedecida
La virginal corola,
Se libre á dulce amor;
La rosa, que de sangre
De Chipre está teñida,
Y al ósculo de Adonis
Revela su rubor.

¡ La rosa, que destella
El encarnado rayo
De intensa llamarada
O del rubí el color;
La rosa, que refleja
Del sol en el desmayo
La purpurina lumbre,
Emblema del amor!...

¡ Mañana el himeneo,
Rasgando el encendido
Cendal de los capullos
Que oculta su rubor,
Dará á las blandas brisas
El pétalo escondido
De la flamante rosa
Y todo su pudor!

Que Venus á las Ninfas
Ha dicho con empeño
Que acorran á los mirtos
Que el niño alado irá,
E irá sin armas, plácido,
No con adusto ceño.
¡ Corred, que amor mañana
De fiesta se hallará!

Cored que, soberana,
La Diosa ha establecido
Que antorcha, flechas y arco
Deponga en grata paz.
Pero, gallardas Ninfas,
¡ Cuidado ! que Cupido,
Cuando se muestra inerme,
¡ Subyuga mucho más!

Délfica virgen, Venus
Te mandará doncellas
Cual tú tan pudorosas;
Mas, háznos un favor :
Que en el mirtal sagrado
Las repugnantes huellas
De destrozadas fieras
No manchen su esplendor.

Deseara la de Delos
Decirte que vinieras
Si al fin, triunfal, pudiese
Vencer tu castidad;
Deseara la de Delos
Decirte que acudieras
Si así lo consintiese
Tu augusta austeridad.

Digitized by Google

Verás las más garbosas
Doncellas, coronadas
Con las gloriosas flores
Del pródigo rosal,
Tres noches sucesivas
En rondas animadas,
Danzando alegremente
En el feliz mirtal.

Acudirá allí Baco
Y Ceres, la galana;
El dios de los poetas
Tampoco ha de faltar.
Tú regirás las selvas,
Daráte el cetro Diana...
¿ Te callas?. . ¡ oh, la noche
Te elevará un altar!...

Con flores hibleas quiere
Su solio alzar la Diosa;
Rodeada por las Gracias
Sus leyes dictará.
¡ Tus flores danos, Hibla,
Oh, Hibla esplendorosa,
Y cuanto en sus ternuras
La Primavera da!

¡ Que las praderas sículas
Depongan sus ofrendas
Y de Hibla los capullos
Su cáliz rasguen ya!
Que acudirá la moza
Del llano con sus prendas
Y la que habita el alto
Collado allí estará.

Vendrá la de los bosques,
Vendrá la de la fuente;
Que Venus les ha dicho
Que acudan sin temor,
Mas desconfiad, les dijo
También, del niño ardiente
Pues cuando inerme se halla
Cupido es más traidor.

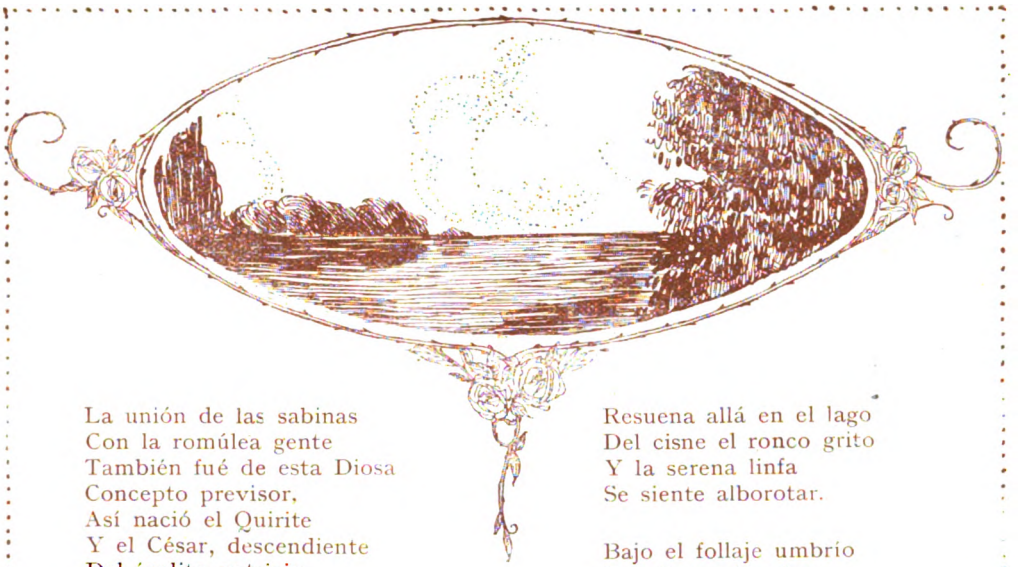
Sonriendo compasiva,
Mañana la Hermosura
Verá como se agosta
La flor primaveral...
Que en maridaje eterno,
El cielo y la natura
Renuevan con la nube
El fruto terrenal.

Y en el preciado seno
De tan fecunda esposa
Virtió la amante lluvia
Su misterioso ser;
La cópula preside
La soberana Diosa
Prestando á las ocultas
Simientes su poder.

Y cielos llena y tierra
Y el piélago profundo
Filtrando generosa
Rocío germinal
Del suelo en la honda entraña,
Y de la vida al mundo
Descubre el misterioso,
Eterno manantial

Fué Venus quien trocara
En dioses del latino
De Troya los penates,
Y en vínculo nupcial
La de Laurento atara
Al vástago divino,
y á Marte, la sagrada,
La púdica Vestal.

Digitized by Google



La unión de las sabinas
Con la romúlea gente
También fué de esta Diosa
Concepto previsor,
Así nació el Quirite
Y el César, descendiente
Del inclito patricio
Y el viejo senador.

Fecunda Amor los campos:
Palpita allí su influencia:
¡ También, en un agreste
Collado Amor nació!
El césped acogióle,
Le dió la flor su esencia,
Y con sabrosos besos
Su espíritu nutrió.

¿ Y á quién Amor no obliga?...
Ya el toro, enardecido,
Sus palpitantes flancos
Al fresco césped da:
Y al vagaroso céfiro
Lanzando su balido,
Mirad cual la majada
Con sus carneros va.

A las canoras aves
La Diosa ya ha prescrito
Que al aire den su alegre,
Dulcísimo gorjear..

Resuena allá en el lago
Del cisne el ronco grito
Y la serena linfa
Se siente alborotar.

Bajo el follaje umbrío
Del álamo frondoso
La hija de Tereo
Ensaya una canción;
No las crudezas llora
De un implacable esposo;
Amores canta, amores
Que inspira la estación.

Y ahora que ella entona
Su endecha peregrina
¿ Por qué, si Primavera
Ya esplende, he de callar?
¿ Por qué, si ya revuela
La obscura golondrina
Y me sonríe Febo
Con plácido mirar?

¡ Oh, no! ¡ Que desamparan
Las Musas al callado!
¡ Oh, no! ¡ La triste Amycles
Callando se perdió!...
¡Mañana Amor abrase
A quien no hubiere amado!
¡ Amor mañana abrase
A quien otrora amó!

OSVALDO MAGNASCO.

Digitized by Google

RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas, son tres niños abandonados.

El señor Pepe, apodado «Traga-Mirlos» *utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los grillos, que constituyen la base del comercio del* «Traga Mirlos», *y éste bautiza á la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de* «La Veterana». *De igual modo que el* Traga Mirlos, *recurre al auxilio de* La Veterana *don Ulpiano Covarrubias, fabricante de caretas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada.*

Don Ulpiano Covarrubias ha invitado á almorzar á su amigo don Anacleto de la Redonda. Es éste un maestrillo de escuela, tímido y encogido, que reune todos los defectos de la más completa fealdad. Terminada la comida, y durante la conversación de sobremesa, el buen don Anacleto da cuenta á don Ulpiano de un conflicto sentimental en que se encuentra: el de hallarse enamorado. Luego, los dos amigos hablan de la inminencia de la Revolución, cuyas alas trágicas se ciernen sobre el trono de los Borbones, y acaban por separarse al llegar al taller los afiliados de La Veterana, *y comenzar para Covarrubias la jornada de labor.*

Don Ulpiano, retiene á Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar á su servicio de un modo permanente.

Estrazilla acepta con entusiasmo tal proposición, y de esta suerte queda á las órdenes de don Ulpiano, quien le fija un salario, le viste, y le da albergue en su taller.

Poco después, encontramos á don Ulpiano en la famosa tertulia del Café del Iris, tertulia de revolucionarios. Conversan los reunidos acerca de los acontecimientos políticos, y en tanto, en la calle, se desarrollan las escenas diarias de motín y desorden que habían de preceder á la caída del Trono.

En tanto que don Ulpiano, preocupado y distraído, frecuenta poco el taller, Estrazilla aprovecha el tiempo acudiendo á la escuela de don Anacleto, en donde aprende á leer. Don Anacleto vive horas felices, porque sus amores van por buen camino, gracias á la actitud conciliante de su futuro suegro, quien no ceja en sus esfuerzos, hasta que logra del tímido maestro una declaración precisa, que da comienzo oficialmente al idilio.

Don Anacleto corre á participar esta feliz nueva á su gran amigo don Ulpiano, á quien encuentra muy preocupado porque acaba de descubrir el refugio de la madre de «Estrazilla», que está recogida en un hospital. Don Ulpiano encarga al maestro que dé cuenta á Estrazilla del hallazgo, con objeto de tratar de reunir de nuevo al hijo y á la madre. Los sangrientos acontecimientos á que dió lugar en Madrid el alzamiento del 22 de junio de 1866, demoraron la realización del plan dispuesto por don Anacleto y don Ulpiano. Este último combatió en las barricadas, y por milagro no fué preso. Pasada la tormenta, llegó el día en que Estrazilla había de saber el paradero de su madre.

Pero el perro, en cuanto se separa del bárbaro preceptor, vuelve á su condición noble, y lame con amor las heridas que ha causado... El ciego, no fiándose del lazarillo que le robaba y le hacía mil infames bellacadas, llamó al perro para que le guiara en la noche eterna de sus pupilas rotas... La imaginería devota representa á San Roque acompañado de un perro, cuya lengua suave acariciaba las llagas del infeliz. Para canonizar al santo, fué preciso el ritual expediente de la Curia romana, con las probanzas y testimonios de costumbre. Para que el gozquecillo fuese al altar con su amo, no fué preciso sino saber que aquel bicho era un perro; esto es, lealtad y amor... Cuando el ladrón quiere asaltar sobre seguro la casa de campo, al guarda lo compra, y así logra su complicidad. Al perro tiene que matarlo... Es, en fin, el perro.

(1) Véanse los números de Febrero, Marzo, Abril, Mayo y Junio 1913.

Digitized by Google

de tan generosa condición, que puede vivir en la servidumbre sin oprobio. Ha ennoblecido el collar. Es el único ser de la naturaleza que no se envilece cuando se arrastra... Ya lo sabéis, granujas, respetad á la bestia santa...

Tomillos, que ya había comido, estuvo como esperando á que Don Ulpiano concluyera su discurso; luego se levantó, se sacudió el polvo con un enérgico y rápido movimiento de lomos, y se marchó poquito á poco.

XVI

La madre que vuelve.

Bien preparado estaba Don Anacleto por Covarrubias para su conversación con Cayetano, pero aun así no las tenía todas consigo cuando el chico se presentó en la escuela, ateniéndose á la orden que le había dado su protector. Acababan entonces las horas de la enseñanza, y salían los discípulos de la Redonda del estrecho recinto como un torbellino, que es condición de la muchachería entrar en las aulas como delincuente á quien se recluye, y salir como preso que se escapa.

— Aquí estoy, Don Anacleto — dijo *Estrazilla* — para lo que V. guste mandarme.

— Entra en la escuela, que quiero que hablemos. ¿ Y Don Ulpiano ?

— Salió del taller á las tres, y no ha vuelto.

— ¿ Tú le quieres mucho ?

— Mucho. Es un santo. Ya ve V. lo que ha hecho conmigo. Me ha recogido del muladar, y me ha llevado á su casa.

— ¿Y por qué crees tú que ha hecho eso?

— Yo no sé. Me figuro que por lástima que le daba la miseria mía.

— No sólo por eso, Cayetano, porque otros muchos chicos hay en tu situación, y sólo á ti ha favorecido y honrado con su amparo. Es que, además de tu miseria, ha visto en ti buenas cualidades: decencia, pundonor, deseo de salir de la vida ruín que traías. Y no es eso sólo, es que también ha adivinado que hay en tu alma un deseo muy fuerte de conocer de donde vienes, donde has vivido cuando eras pequeñín, quienes fueron tus padres...

— ¡ Ah ! ¡ Don Anacleto ! ¡ Por Dios ! No me hable V. de eso. Me da vergüenza... Me causa miedo. No, no. ¡ Por lo que más quiera V. en el mundo no me hable de eso, no me hable !...

— Ya comprenderás, Cayetano, que no lo hago por molestarte, ni por pasar el rato. No. Es que Don Ulpiano me ha encargado de enterarte de cuales son sus propósitos respecto á ti. Ha creido que yo podría obtener la confianza de tus pensamientos... El lo sabe todo, él se ha enterado de todo, él, con una generosidad que nunca le agradecerás bastante, ha averiguado cuanto era conveniente saber. Lo que tú ignoras, él lo conoce. Y todo eso lo ha hecho por tu bien, sólo por tu bien... Serénate, hombre, y no te aflijas... Siéntate, y óyeme con toda calma.

Estrazilla sentía que su corazón temblaba, y que la sangre latía con violencia en sus oídos. Su rostro se coloreó, sus párpados se agitaron. Derramáronse sobre sus mejillas gruesas y ardientes lágrimas. Sentóse, ó mejor, se dejó caer sobre la silla que le ofrecía el maestro. Este continuó diciendo :

— Una sola vez te hablaré de lo que puede sonrojarte, aunque no debe el hombre sonrojarse sino de sus propias culpas. Y esa mención que voy á hacer del pasado, quedará para siempre en el silencio, y de ella partiremos para llegar á la actual situación... Cuando naciste, en Febrero de 1852, tus padres eran felices: tu madre, Aurora Donis, hermosa y honesta; tu padre, Sebastián, modelo del pobre obrero resignado con su suerte. Era albañil. Trabajaba cuanto podía para que en tu casa no faltase el pan... Un día... tú tenías entonces siete años... sobrevino la desgracia. Tu madre cometió el... error de dar entrada en su alma á un amor ilícito... Tu padre lo supo. Riñó con el hombre que le afrentaba, y murió en la refriega... Tu madre huyó, dejándote abandonado. Sin duda, más que por seguir al seductor, se alejó avergonzada y aterrada de su obra. Llena de remordimientos, asustada, no tuvo valor para volver á verte. Un vértigo de horrores la arrastró... Tú hubieras muerto de hambre sin el amparo de la *Señá* Salvadora, á quien debes el recuerdo perpetuo y la gratitud filial...

Lloraba en silencio Cayetano, las manos cruzadas, todo el cuerpo estremecido por violento espasmo.

— Murió la buena anciana. Empezó entonces tu calvario. ¡ Para qué recordarlo ! Milagro ha sido que no te llevase el hambre á donde á otros de los que te rodeaban. Los designios de Dios te han salvado. Consérvate siempre digno de ellos.

Difícilmente contenía Don Anacleto la ternura que le iba invadiendo el espíritu. Al fin, pudo más la naturaleza del maestro que su voluntad, y también se escaparon de sus enormes ojos unas lágrimas que le corrieron por el raído chaleco. Abrazó á *Estrazilla*, y el llanto de ambos se confundió en la común emoción.

Digitized by Google

— ¿Ves? — dijo Don Anacleto. — Ya me has contagiado de tus lágrimas... No, no... hay que serenarse, hay que ser fuerte. Yo voy á serlo, ya verás.

Continuó repitiendo la lección que Don Ulpiano le había enseñado, y dijo á Cayetano que su madre estaba enferma y sola, que las dolencias y las amarguras le habían privado de la razón, y añadió que Don Ulpiano deseaba recogerla, llevarla al taller para que allí viviera con Cayetano, que á éste le enseñaría un oficio, el que más le gustara, y que mientras no podía ganar un jornal le daría 6 reales diarios, y pagaría además á una mujer que cuidara de la convaleciente. Dijo también que semejante sacrificio le parecía á él, á Don Anacleto, superior á los medios económicos del artífice, y que así se había permitido advertírselo, pero que Covarrubias había contestado: « Yo sé bien si puedo ó no puedo hacerlo, y en eso no debe V. meterse. Sacrificio supone, pero si no lo hubiera, no habría mérito en ello ni valdría la pena de tanto cavilar. » En suma, que Covarrubias deseaba saber si aquello le parecía bien á Cayetano, porque aun cuando éste se hallaba aún en edad impropia del consejo, y apenas había llegado á la del claro discernimiento, como á él se refería el proyecto y con su esfuerzo se contaba para realizarlo, su decisión sería definitiva. Concluyó el maestro, diciendo:

— Esto es, si no se me ha olvidado algo, lo que Don Ulpiano me ha encargado que te comunique, para que con toda libertad me hables. No me ocultes ni el más mínimo rincón de tu pensamiento. Tranquiliza tu espíritu, reflexiona antes de hablar, y ten presente que el caso sería arduo para un hombre hecho y derecho, cuanto más para un mozuelo como tú.

Respiró á sus an-

Sentóse, ó mejor, se dejó caer sobre la silla que le ofrecía el maestro

Digitized by Google

chas el bueno de la Redonda, como quien acaba de descargar de sus hombros un peso que le abrumaba, y esperó á que el chico hablase.

Entonces ocurrió algo extraño é inesperado; inesperado y extraño, á lo menos para el maestro. *Estrazilla* se puso en pie con un gesto de violenta energía, se adelantó hacia su interlocutor, y con voz sonora y vibrante, de la cual habían desaparecido los estremecimientos y balbuceos de la congoja, exclamó :

— ¿ Dónde está mi madre ? ¡ Quiero verla ! ¡ Quiero verla en seguida !

— La verás, Cayetano, la verás. ¿ Cómo no has de verla ? — contestó de la Redonda sorprendido de la acticud del chico, y de la serena intrepidez que en su rostro se revelaba.

— Sí. Quiero verla. Quiero abrazarla. Quiero socorrer sus tristezas.

— ¿ Perdonas, pues ?...

— ¿ A quién he de perdonar ?

— ¡ A quién ha de ser !... ¡ A ella !

— ¿ A mi madre ?... ¿ Yo ?... ¿ Perdón, yo ?... Pero ¿ no es mi madre ?

Y había en el rostro de Cayetano *irradiaciones* de magnánimo amor, y en sus ojos resplandores de un fuego de filial ternura que acababa de encenderse en su alma. Las palabras de Don Anacleto habían descubierto á *Estrazilla* el horizonte del deber y de los sacrificios. La idea de que Don Ulpiano le juzgara capaz de cumplir aquél y de aceptar éstos, le elevaba á una región de dignidad que ni había sospechado antes. ¡ A él, al arrapiezo andariego, al granujilla descarriado, al hambriento, al desnudo, al hijo del desprecio, le suponían apto para realizar una obra llena de dificultades, y de afrontar las amarguras de una existencia de duras obligaciones ! ¡ A él, al muchachillo ignorante y rudo, le iban á confiar una empresa superior á los esfuerzos de un varón más fuerte y ducho en las experiencias de la vida !... La cruz que se le ofrecía estimábala como un galardón, y en las negruras del porvenir triste veía él brillar la luz excelsa del martirio que fortifica, exalta y ennoblece... En un segundo se había operado la interior trasmutación de aquella alma. El niño había muerto... ¡ Un hombre había nacido !

XVII

Nueva vida.

No hacía diez minutos que Cayetano había salido de la escuela, cuando Don Anacleto estaba en el sotabanco de la calle de la Parada, dando cuenta á Covarrubias de cómo había puesto feliz término á su embajada. Refirió con todo detalle lo sucedido, ocultando sólo el desfallecimiento de ternura en que había caído, y cuando llegó al final, á la aparición del alma vigorosa y esforzada de Cayetano, tras la crisis de llanto y de angustia, Don Ulpiano exclamó con voz resonante.

— No me había equivocado. No había echado margaritas á puercos. Adivino y zahorí soy de las vetas de hierro, y sé bien donde se esconden... Cuénteme, cuénteme con todo detalle lo que en ese precioso momento de su relato hizo y dijo *Estrazilla*, y qué cara puso y sus gestos, porque de todo deduciré yo consecuencias.

Varias veces hubo de narrar el maestro la escena, porque siempre le parecía á Don Ulpiano pálido é incompleto el relato, de tanto como le agradaba.

— He aquí — dijo — como la maternidad triunfa hasta después de muerta. Esa pobre mujer renunció á su hijo abandonándole ; la enfermedad la ha convertido en un monstruo imbécil é insensible. Nada quedaba en ella de madre. Y, sin embargo, no más que por haberlo sido, conserva la virtud creadora, y la sola evocación de su existencia levanta el ánimo de Cayetano, y convierte al chiquillo en hombre vigoroso capaz de todas las proezas... Ahora hay que poner por obra mi pensamiento, arreglar el taller para que allí puedan vivir tres personas : Aurora, Cayetano y la mujer que ha de cuidar de la enferma.

— Cayetano — dijo Don Anacleto — desea ver á V. pronto, y ha pedido permiso para venir aquí mañana, si por acaso V. no fuera al taller.

— Iré, iré, y bien temprano. Yo también deseo ver á *Estrazilla*.

Dió Covarrubias á la señora Basilisa las órdenes convenientes para el arreglo del taller, á los fines indicados. Había allí, detrás de un patinejo, tres pequeñas estancias y una cocina. Pronto quedaron instalados unos catres, una mesa y lo demás necesario al pobre menaje. Lo que no pudo lograr Covarrubias de su vieja criada, es que buscara otra mujer que cuidase de la enferma ; ella misma se encargó de este cometido, asegurando que, al asociarse así á la obra de caridad de su amo, cumplía una obligación y lo hacía gustosa. Así como dijo también, que no por aumentar de esta suerte su trabajo dejaría de estar limpio, corriente y en buen servicio el sotabanco de la calle de la Parada, humilde domicilio del artífice.

La entrevista primera de Covarrubias y

Digitized by Google

Estrazilla, después de lo anteriormente relatado, no ofreció al narrador ningún relieve interesante. Quiso Don Ulpiano evitar escenas dramáticas, actos de gratitud y discursos.

— « Hechos y no palabras » — dijo al mozuelo. — Tú tienes mucho que hacer ahora, para que debas perder tu tiempo pensando el modo de darme gracias. » — Cayetano vió, en esta actitud de su protector, nueva prueba de respeto á la agitación profundísima de su alma en aquellas horas de renovación moral, y aumentó con ello la gratitud que le inspiraba generosidad tan elevada.

En cuanto á elegir oficio que aprendiera, Cayetano tuvo un rasgo de sentido práctico, que aprobó desde luego Covarrubias. — « Todo aprendizaje es largo. Yo debo trabajar en cualquier cosa que, desde el primer momento, me proporcione algún jornal. Mi padre fué peón de albañil. Yo lo seré también. Importa, pues, buscar alguna obra donde me admitan como ayudante de peón. Pero, eso sí, yo quiero seguir ayudando á V. en lo que pueda, dentro del taller, en las horas que tenga libres. » — Si no en estas palabras, esto es lo que Cayetano propuso á su amigo.

— No pienses en el trabajo del taller — contestó Don Ulpiano. — Como éste no es verdaderamente un oficio, ni tú podrías asegurarte aquí un modo de vivir, por eso no he pensado en que sigas prestándome tus servicios. Quiero que ganes jornal por ti mismo, y que te asegures dentro de lo posible el pan de tu madre y el tuyo, para cuando yo no pueda ayudarte. Me parece bien lo que dices de ser lo que fué tu padre, y hoy mismo hablaré al señor Canuto, el Prendero, para que te admita en la obra de la casa que está haciendo en el paseo del Cisne.

Así lo hizo Covarrubias, y *Estrazilla* quedó admitido en la obra, desde la semana siguiente, con dos reales diarios de jornal. El señor Canuto era el propietario del cocherón donde Covarrubias tenía su taller, y de otras casas de aquella zona. Poseía una prendería en la calle Ancha de San Bernardo, mercanceaba en muebles usados, y prestaba dinero al módico premio de peseta por duro á la semana. Así crecía su peculio, y así aumentaba su influencia sobre el pequeño comercio del barrio. Era Canuto, el Prendero, de la madera de que se hacen los Senadores y los grandes accionistas de los Bancos.

Cuando se enteró del interés que inspiraba Estrazilla á Covarrubias, y del propósito de éste respecto á la madre del muchacho, dijo el señor Canuto :

— Va V. á hacer una gran locura. ¿ Quién le mete á V. en eso ? ¿ Qué rentas goza V. para echárselas de protector de nadie ? V. es un iluso que acabará en el Asilo de San Bernardino.

Para el señor Canuto, todo el que no se ocupaba exclusivamente de ganar dinero y ahorrarlo, era « un iluso ».

Pero Covarrubias no dejó de darle su respuesta.

— V. es el que está equivocado. Para V., el dinero es una cosa que se guarda y nada más. Para mí, es un medio de gozar cuanto de bueno hay en la vida. Vea V. si puede hacerse con un duro algo mejor que convertirlo en la salud de un enfermo, en la saciedad de un hambriento, y en la alegría de un triste.

Hubo aún que esperar ocho días á que Aurora Donis se hallase en condiciones de levantarse de la cama, y no permitió Covarrubias que Cayetano la viese hasta el momento de salir del Hospital. Por fin, llegó ese día, que el chico esperaba con emoción infinita.

XVIII

Ignominia y ruina.

La recordaba esbelta y ágil, la luz del cielo en los hermosísimos ojos, el color de las rosas en las mejillas, la frente pálida coronada por la abundosa cabellera, y en la boca fresca y cándida una dulce sonrisa... Y la veía ahora con el rostro devorado por la viruela, la piel sembrada de amoratados hoyuelos, el pelo escaso y blanco, las pupilas turbias, sin vida, temblorosas, reveladoras de la vacilalación del pensamiento perturbado; de ellas saltaba de cuando en cuando la humedad de una lágrima, que contrastaba con el gesto de los labios contraídos por una sonrisa imbécil. Movía la cabeza á un lado y á otro, y con frecuencia fijaba los ojos, durante un buen espacio de tiempo, en un objeto cualquiera, como si le inspirase curiosidad. Su cuerpo había perdido las líneas juveniles, ensanchándose y encorvándose. Al andar, temblaba como una decrépita... Así apareció la desventurada Aurora ante su hijo, cuando éste y Covarrubias fueron á recogerla al hospital. Los guiñapos que la cubrían, y que habían estado en depósito durante la larga enfermedad, demostraban llevar largo tiempo de uso. Eran una falda de merino gris, un jubón negro con restos de adornos de azabache, un mantón negro raído y lleno de lamparones, y un pañuelo de la cabeza, negro también. Las hermanas de la Caridad de la sala de San Francisco, que conocían por Covarrubias los antecedentes del drama y los propósitos de Cayetano, saludaron á éste con afectuosas palabras, y al despedir á la enferma que pa-

Digitized by Google

recía no darse cuenta de lo que ocurría, le colocaron sobre el pecho una medallita de la Virgen del Carmen.

— Aurora — dijo una de las hermanas — aquí tiene V. á su hijo que viene á buscarla.

La enferma, con su eterna, terrible, trágica, imbécil sonrisa en los labios, balbuceó:

— ¡ Mi hijo !... ¡ No sé !... Sí... un hijo... Yo tenía un hijo.

— Pues ahí le tiene V. Mire que guapo es.

Cayetano permanecía silencioso, queriendo contener la oleada de emoción que bullía en su corazón.

Aurora contempló al muchacho largamente, luego miró á las hermanas y á Covarrubias, y después dejó vagar sus ojos por el espacio. Toda memoria del pasado había muerto en ella.

Se la trasladó al taller de Don Ulpiano en un coche de punto. El viaje fué silencioso. Cuando llegaron, descendió del carruaje Covarrubias, ayudando á bajar á Aurora. El y Cayetano la condujeron á la estancia que le estaba destinada. Aguardaba allí la señora Basilisa, que abrazó á la mujer, diciéndole:

— Ya está V. en su casa, con su hijo, conmigo. Aquí la cuidaremos para que acabe de ponerse buena.

Por primera vez dirigió entonces Cayetano la palabra á su madre, y con voz estremecida le dijo:

— ¡ Madre mía ! aquí estará V. muy bien... ¿ No se acuerda V. de mí ? Soy *Tanito*...

Dejóse caer Aurora en una silla que le habían aproximado, y mirando á Cayetano movió los labios, como si quisiera y no pudiese hablar. El le cogió una mano y se la besó. Ella lanzó una carcajada que heló la sangre en las venas del muchacho.

Desde el día siguiente, comenzó *Estrazilla* á trabajar en la obra del Señor Canuto. Volvía al taller cuando anochecía, y entonces reemplazaba cerca de su madre á la señora Basilisa. Aurora pasaba largas horas durmiendo, y todo el día estaba sentada. Cuando le ofrecían la comida la aceptaba, pero comía muy poco. No hablaba. Sólo decía algunas veces palabras sueltas, en voz tan baja, que no era posible entenderlas. Lo único vivo en ella era la sonrisa, aquella sonrisa brutal, inexpresiva, que espantaba á Cayetano... Así trascurrieron muchos días.

Habíase preparado enérgicamente Cayetano para el momento en que viera á su madre, para aquel instante terrible en que, acompañado de Covarrubias, había de ir á recogerla al hospital; y había imaginado todas las suposiciones de cómo la hallaría. Estaba enterado de la perturbación de su mente, de la pérdida de la memoria, de la inconsciencia infantil de la desgraciada; para todas las situaciones y estados, tenía adoptada una resolución que le defendiera del desplome de la voluntad, del abandono á la desesperación y al dolor. Pero la realidad, según suele acontecer, vino de modo diverso de como él la esperaba, y mucho más desconcertadora y terrible. Aquella mujer, que parecía privada de sensibilidad y de entendimiento, y en la que apenas latían confusamente los instintos primarios del ser orgánico, causaba miedo al niño como un enigma lleno de horrores. Y pensaba el sin ventura en los padecimientos cruelísimos que debían haber labrado aquella naturaleza, hasta destruirla y aniquilarla... Seducida por el matador de su marido, abandonada presto, queriendo buscar en el trabajo medios honrados de existencia, impulsada al pecado por su temperamento y al desorden por su imaginación, fué descendiendo en rápida caída hasta las últimas abyecciones. ¡ Siete años de vergüenzas y martirios, la corrosiva compañía de gentes viles, el contacto con las inmundas heces del vicio plebeyo, un día los festines canallescos de la baja crápula, otro día el hambre, las caricias y las violencias de la embriaguez, todo ello en el ambiente del desprecio, y llevando en el alma la tortura del hijo abandonado, del esposo muerto !... Cierta vez, unos hombres que con ella y otras tales se divertían bebiendo vino en un ventorrillo del Manzanares, la apalearon bárbaramente. En otra ocasión, la desnudez y el frío la llevaron al hospital, de donde salió extenuada, envejecida, sin ánimos para seguir viviendo. Quiso morir. Se arrojó por los despeñaderos de Abroñigal, y sólo consiguió destrozarse el cuerpo con lesiones dolorosísimas que agravaron su padecer, conservándole la vida. Al fin, la enfermedad se apoderó de ella. Fiebres terribles quemaron su sangre y destruyeron su cerebro. La infección variolosa, contraída en el mismo establecimiento benéfico en que yacía, completó la obra. Y he aquí lo que quedaba en el mundo de aquella mujer gentil y adorable.

XIX

El encuentro en la amargura.

Todo lo que restaba del estío de 1866 se deslizó sin grandes novedades, en el estado de cosas que creó la llegada de Aurora al taller de Covarrubias. Cayetano trabajaba diariamente, y cada semana entregaba íntegro su minúsculo jornal á la señora Basilisa, para

Digitized by Google

ayuda del presupuesto de gastos. La enferma continuaba en la misma situación moral. Físicamente, algo había mejorado, y con el vigor que renacía en ella empezaron á mostrarse indicios leves, señales apenas perceptibles de vida mental. Hallóla un día Basilisa con la escoba en las manos, barriendo su cuarto.

— ¿ Hay ganas de trabajar ? — dijo el ama de llaves de Covarrubias sorprendida.

Aurora miró á Basilisa.

— ¡ La escoba ! — exclamó. — ¡ Barrer ! Yo sé barrer también.

Pero como si la hubiera dado vergüenza de que la sorprendieran en su intento, tiró al suelo la escoba y se arrojó sobre el catre, tapándose con las manos la cara.

Un domingo, que era por cierto apacible y dulce, del mes de Octubre, Cayetano se quedó solo con su madre.

— ¿ No quiere V. salir conmigo á la puerta del taller ? — le dijo *Estrazilla*. — Allí nos sentaremos á tomar el sol.

Aurora se dejó conducir, y sobre unas piedras que había junto al muro sentáronse madre é hijo. Este pasó su brazo derecho por el cuello de la enferma, y apoyó sus labios en la frente de ella.

— ¡ Madre ! — exclamó. — ¿ No se acuerda V. de mí ?

Aurora lanzó un hondo suspiro. La sonrisa bestial que constantemente la marcaba con el sello de la idiotez, desapareció; por su rostro sereno y triste pasó como un relámpago de inteligencia. Balbuceó vagas palabras. Cayetano creyó oir :

— ¡ Madre !... ¡ Yo tu madre !... No... Lejos... Una noche él dormía... Sí.

— Recuerde V. madre de mi alma. Yo soy su hijo de V., yo quiero que V. piense en ello, piense siempre, á ver si se acuerda de cuando me tenía en sus brazos y me acariciaba... ¡ Sería yo tan feliz si V. recordara eso !...

La odiosa sonrisa surgió de nuevo en el rostro de la enferma... Volvió á sonar la terrible carcajada, hiriendo los oídos de Cayetano como una blasfemia. Separóse de su madre, cubrióse los ojos con las manos, y sollozó.

— ¡ Qué amargura ! ¿ No volverá nunca mi madre á mí ?

Pocas noches después, al regresar Cayetano del trabajo, como le viese Aurora quitándose la blusa blanca, goteada de yeso, para ponerse la remendada chaquetilla, se levantó, se acercó á él, le echó los brazos al cuello, y le dijo.

— Sí, tú mi hijo. ¿Verdad? Tú eres mi hijo.

— Sí, madre mía, sí. Yo soy su hijo de V.

— ¿ Te acuerdas ?... Una noche dormías. Yo te miraba... Despertaste... Me abrazaste riendo.

— ¡ Dios mío ! ¡ Madre de mi alma !

— Espera... Quiero acordarme de aquello... No puedo...

Separóse violentamente de Cayetano y, con el rostro ceñudo, los ojos encendidos en ira, gritó :

— ¡ No, no quiero acordarme de nada !... ¡ Es mejor no acordarse !...

La recordaba esbelta y ágil, la luz del cielo en los hermosísimos ojos, el color de las rosas en las mejillas...

Y volvió la sonrisa á sus labios, y la carcajada sonó de nuevo.

Estrazilla cayó de rodillas anonadado. Alzó sus brazos, y la oración surgió de su alma.

— ¡ Dios te salve, Reina y Madre de misericordia !...

Sus pupilas vieron, en el fondo de la oscura estancia, la tierna efigie de la Virgen de la Paloma ... Aurora tornó los ojos hacia Cayetano.

— ¿ Rezas ? — dijo. — Yo sabía rezar...

Digitized by Google

Andando de rodillas se le acercó Cayetano, y le estrechó las manos.

— ¿ Quiere V. rezar conmigo ?... Verá V. como se acuerda...

Ella se dejó caer de rodillas también, juntó su cara á la del chico, y así unidos en un abrazo, permanecieron silenciosos. Creyó advertir Cayetano que de los párpados de su madre goteaba el llanto.

— ¿ Vamos á rezar ? — dijo él. — Yo empiezo, V. sigue, y así se acordará de cómo me enseñaba la salve, cuando yo era chiquitín.

— ¿ Yo la sabía ?... ¿ Yo te enseñaba ?... ¡ No lo recuerdo !...

— Repita V. lo que yo diga... ¿ quiere V. ?

— Sí, sí quiero.

— « ¡ Dios te salve !... »

— « ¡ Dios te salve !... »

— « ¡ Reina y madre de misericordia !... »

— « ... ¡ Misericordia ! »

— « ¡ Vida y dulzura... esperanza nuestra ! »

— « ¡ ... Esperanza nuestra ! »

Y Aurora continuó adelantándose á su hijo, como si una voz misteriosa le dictara :

— « ¡ A ti suspiramos, gimiendo y llorando !... »

Un largo y profundo sollozo saltó como ola de lágrimas del fondo de su ser, y estrechando en apretado abrazo á su hijo, le dijo, los labios trémulos, junto al oído de éste, con voz que parecía un suspiro :

— ¡ Hijo ! ¡ Hijo... ! ¡ Vengo de muy lejos !... ¡ Acabo de llegar á ti !... ¡ Qué fatigada estoy del viaje !... Déjame que descanse sobre tu pecho...

Ambos permanecieron silenciosos. Sus almas se unían en aquel silencio.

XX

Agape y boda.

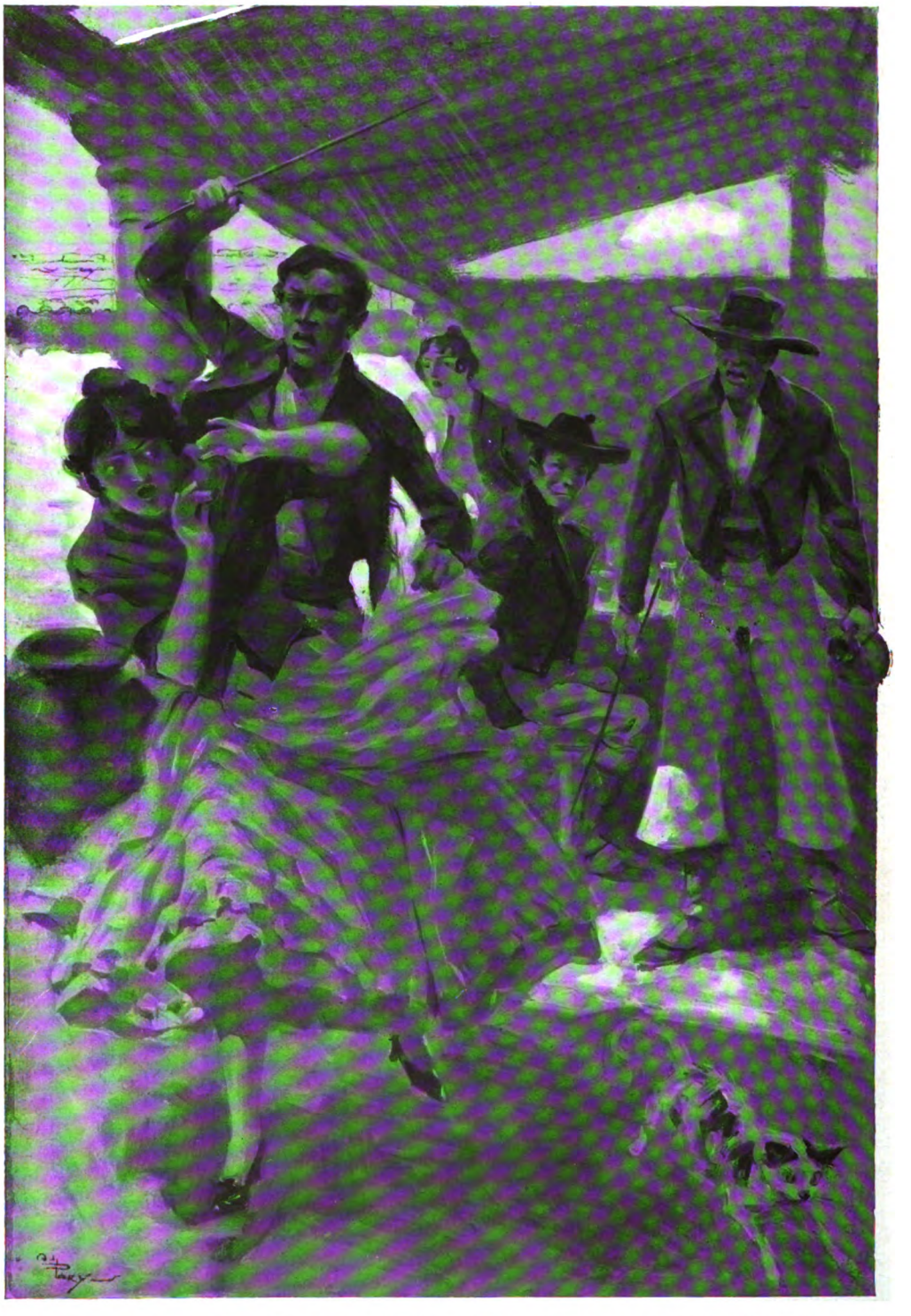
Habían pasado las semanas y los meses. Concluyó el año de 1866, de fatídica memoria, y trascurrida era ya casi la mitad del de 1867, de lúgubre recuerdo. Don Celedonio Verea, que « no se andaba por las ramas », estimando que ya habían durado bastante las relaciones de amor de su hija y el maestro de escuela, dispuso la boda para el 1º de Agosto, en que él celebraba la fiesta de su natalicio.

Había Don Anacleto escrito á un su tío, boticario de la Puebla de la Majachafá, lugar que radica en los confines de las provincias de Teruel y de Soria, participándole su próximo enlace, y rogándole que, si podía, fuese á Madrid á realizar el inevitable trámite de petición de mano, que correspondía al farmacéutico, por ser único pariente del novio. Pero la invitación fué rechazada con urbanas disculpas, y el maestrillo se vió en el apuro de no saber quien desempeñaría aquella comisión, considerada por Verea como precisa. Vínole á sacar de la congoja una idea inesperada. En el humildoso caletre de Don Anacleto, las ideas eran como raros viajeros que de tarde en tarde atravesasen el desierto.

— ¿ Por qué no he de pedirle ese favor á Don Ulpiano ? — se dijo. — El es bueno, él me estima. No se negará.

¿ Qué había de negarse ? El gran « muñequero » estaba precisamente, cuando fué á verle de la Redonda, en un momento de dichoso humor. Lo que él veía y más aún, lo que adivinaba respecto á Cayetano y su madre, le alegraba el espíritu. Apenas escuchado el requerimiento, salió Don Anacleto de casa de Don Ulpiano, para preguntar á Don Celedonio á que hora podría recibir la visita del embajador. Y fué al otro día, en punto de las 5 de la tarde, cuando Covarrubias, vestidas sus mejores galas, entraba por las puertas de la casa de los Verea. A la petición de mano debía seguir una comida, á la que, naturalmente, no podía faltar Don Ulpiano, y mientras de la ceremonia prenupcial nada dicen los apuntes del cronista, sin duda por juzgarla sin interés, en cambio narra minuciosamente la fiesta gastronómica, en la que Don Celedonio había puesto sus cinco sentidos. No había cocinera ni aun criada de ningún orden en el hogar del pobre empleado de la Villa y Corte, y así la gentil Ernestina había de manejar las sartenes y el plumero, que lo hacía con no poca destreza; pero en aquella ocasión memorable se apeló á los oficios de cierta hábil asistenta, mujer de un macero del Excelentísimo Ayuntamiento, quien convirtió los hornillos de la paupérrima cocina en excelsa oficina culinaria. Así fueron pasando por la mesa, que estaba cubierta de vistoso mantel adamascado y adornada de flores, la sopa de arroz con menudillos, el suculento cocido con jamón, cecina y desperdicios de ave, la merluza en salsa verde, las empanadillas rellenas del sabrosísimo picadillo y el capón asado, sin que faltaran la fuente de natillas, los pasteles de crema, y variada colección de frutas. Escancióse el vino de Valdepeñas añejo, se saboreó á los postres el dulce Pardillo, y concluyó el banquete el aromático café, con las copitas de rosoli y marrasquino. Fué en verdad, aquélla, una comida inolvidable para los que la gozaron. Don Anacleto devoró, como solía, porque comiendo se reía él de los pedagogos más tragones que hayan pisado aulas.

Digitized by Google



Unos hombres que con ella y otras tales se divertian bebiendo vino en un ventorrillo del Manzanares, la apalearon bárbaramente.

Digitized by Google

— Ahora que estamos cabales — dijo á media comida Verea — voy á permitirme dar á V., amigo Covarrubias, un modestísimo consejo, si V. me lo consiente. Ya sabe V. que soy hombre práctico.

— ¡ Con mil amores ! — contestó Don Ulpiano — si su consejo es como su comida, lo aceptaré seguramente.

— V. se compromete. V. pone en peligro su libertad y acaso su vida. V. exhibe sus ideas revolucionarias. V., y eso me consta, se ha batido como un león (ya es sabido que, para Verea, todos los que se baten lo hacen « como leones ») el 22 de junio. Se le vió á V. morder el cartucho y escapó de milagro. ¡ Sea V. prudente, como lo soy yo !

— Sí, por Dios — interrumpió Don Anacleto — sea V. prudente.

— ¿ Quieren Vds. decir que sea cobarde? Porque si creo que hay que derribar este trono carcomido, y acabar con estos hombres que nos desgobiernan y nos avergüenzan, y tengo el convencimiento de que en ello va el honor de mi patria ¿ por qué no he de procurar que mi idea se realice ?

— Sí, amigo, mío sí, pero *¡ festina lenta !* No hay que precipitarse. Yo también en mis mocedades *¡ in diebus illis !...* sentía arderme la sangre, y me lanzaba á toda empresa peligrosa. Pero á tiempo me detuve. Y eso que soy liberal de verdad, liberal de cepa, sí señor, de la cáscara amarga. ¡ Mi padre se batió... como un león... el 7 de Julio! ¿ Seré yo liberal ?... ¿ Qué va V. á ganar con que la policía le detenga y le encierre ? ¿ Va V. por eso á conseguir que Don Juan (así llamaba familiarmente á Prim) lleve el gato al agua ? Además, aquí para nosotros, si vencen los progresistas, seguiremos como ahora. Serán los mismos perros con distintos collares. Muchos de los que ahora mandan, para seguir chupando, cambiarán la casaca. ¡ Hay muchos pancistas !... Hay que ver las cosas claras y poner los puntos sobre las íes. ¿ Cree V. que por triunfar la revolución, *ipso facto* vamos á ser dichosos ? ¡ *Risum teneatis !...* ¡ Qué hemos de serlos !... Cuando triunfen los demócratas y se les pida que cumplan su programa, contestarán: « *¡ Non possumus !* ». Tenga V. por entendido que yo, que soy sistemáticamente un hombre práctico, dudo de todos esos discursos... Todo eso es *flatus vocis*, y nada más que *flatus*...

— Entonces, será lo mejor resignarse al oprobio de ser esclavo de esos miserables — repuso Covarrubias queriendo contestar en serio, aunque al oir al anfitrión le retozaba la risa en el cuerpo.

— No, eso no. Pero... *procedamus in pace*. Vamos poco á poco.

— *¡ Non possumus !...* Es decir, yo no puedo aguantar el espectáculo de ignominia, en que se pretende que los españoles seamos figurantes mudos.

— Es cuestión de método.

— Dejémoslo, amigo Verea. Dejémoslo. Yo soy, en efecto, un niño viejo. Cometo cada día un desatino. Pero no me arrepiento ni me enmiendo. Soy como aquel Valeroso Hidalgo que, cuando se enteró de que no había ya Caballeros Andantes y era preciso aceptar el triunfo del pecado y la injusticia, se murió de pena.

— ¡ Oh, amigo, amigo! También yo soy lector de ese libro , y aunque mis ocupaciones en el Negociado de Animales Muertos no me dejan tiempo para ello, de cuando en cuando hojeo el *Quijote*.

Mientras dialogaban donosamente Covarrubias y Verea, Don Anacleto dirigía á su novia miradas incendiarias, y Celedonito no daba paz á las quijadas, sepultando en su estómago cuanto se le ponía por delante.

— ¿ Quiere V. más merluza ? — dijo Don Celedonio á Covarrubias. — Está exquisita.

— No, gracias, he comido mucho.

— Gran cocinera es la Restituta, que hoy nos favorece guisando. Pero V. que ha viajado tanto y ha visto tanto mundo, tendrá una gran experiencia en eso de los banquetes.

— Más delicado y suculento que el que V. nos dedica, pocos he saboreado. Ni hay yantar más apetitoso que el que condimentan la amistad y la confianza. Sancho lo decía : « Mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas... » Cuanto más que ahora vienen juntos la amistad, la confianza y los gallipavos.

Y era verdad, porque en aquel momento aparecía sobre los manteles un capón rosado y oloroso, que al mirarlo el grandísimo tragón de Celodonito se quedó un rato bizco.

— Brindemos — exclamó Covarrubias, alzando la copa llena de vino. — Brindemos por los novios. V., Ernestina, va á llevarse un marido que es un santo, y V., amigo Don Anacleto, ha tenido la fortuna de conquistar á la más primorosa y simpática de las doncellas que yo he conocido. Tal para cual. Que sean dichosos, y que Don Celedonio sea pronto abuelo.

Roja como una amapola se puso Ernestina, y su novio se turbó de tal manera, que volcó una copa de vino sobre el limpio mantel.

— Yo también brindo — dijo Verea — brindo por los novios y brindo por Don Ulpiano, el hombre bueno y generoso, el *vir*

Digitized by Google

bonus de los romanos. Brindo por su salud y por su dicha.

— Muchas gracias. Pero no merezco el elogio. Ese *vir bonus* ha cometido cada fechoría que tiembla el misterio. He sido siempre un holgazán, y eso es un gran defecto. Pude ser un artista. Me he quedado en moldeador de caretas. No tuve constancia para vencer las dificultades y amarguras de los comienzos Soñé con grandezas, y me faltaron arres-

Ambos permanecieron silenciosos. Sus almas se unían en aquel silencio.

tos para realizarlas, ó á lo menos acometerlas. A muchos mejor dotados que yo les ocurre lo propio. La obra concebida... ¡qué encanto! la obra ejecutada... ¡qué desilusión!... se ha adornado la casa para recibir á un príncipe ¡ y quien viene es un lacayo!...

— Yo también, en mis mocedades, tuve mis ribetes de poeta — interrumpió Verea. Una vez compuse un soneto con estrambote, y se lo llevé á Don Pascual Madoz para que me diera su parecer. Don Pascual me dijo: « El estrambote es magnífico ¡ Lástima que el soneto sea endeble! Y como han dado los vates en no publicar estrambotes solos, lo mejor será que guarde V. en la cartera su su obra. » ¡ Fué una lástima!

— Es el soneto delicada joya de la más difícil y preciada orfebrería. Pocos los han hecho perfectos. Y así Cervantes, que trazó alguno inmortal, se burla de la abundancia de ellos en los bufonescos y graciosísimos con que encabeza su libro.

Con estos y otros coloquios se pasaron las horas rápidamente, y á las once, bien corridas, concluyó la agradable fiesta.

— He aquí gentes dichosas — pensaba Covarrubias yendo camino de su sotabanco. — Se contentan con tan poco, que ha de serles la fortuna muy adversa para que ese poco les falte... La felicidad... la felicidad posible en este ameno valle de horrores, se compone de unos cuantos pocos. Poco dinero, poca vanidad, poca ambición... y poco talento.

Tal vez recordó la frase de Kempis: « El soberbio, el avariento, nunca están quietos. El pobre, el humilde, viven en mucha paz. »

Con la modestia correspondiente se verificó la boda, y Don Anacleto fué á vivir con su mujer á la casa del suegro.

Este exclamaba al otro día:

— Un hijo más que me ha nacido. Un plato más en la mesa, y un nieto que me van á encargar á París.

XXI

La niña-madre.

Lentamente iba renaciendo el espíritu de aquella mujer. Violentos é inesperados retrocesos llevaban á veces la desesperación al alma de Cayetano, atento siempre á observar los menores indicios del proceso moral de su madre, y á confrontarlos con sus esperanzas y sus temores. Con tales alternativas deslizábase la vida de la triste pareja. *Estrazilla* se levantaba con el alba para irse á la obra, y no volvía hasta la noche. Trabajaba con verdadero frenesí, y el esfuerzo continuo y el ejercicio muscular desarrollaban y engrandecían su persona, hermoseándola. Una firme serenidad, una resolución vigorosa, un propósito decidido, manteníanle contra cualquiera especie de dificultades ó peligros que se alzaran ante su camino. Seguro de sí mismo, esperaba el porvenir.

Covarrubias conversaba con su protegido siempre que se le ofrecía ocasión propicia, y se recreaba viendo como, en el adolescente, se anticipaban las energías y las experiencias

Digitized by Google

de la edad madura, efecto natural de la dura pedagogía del dolor que enseña pronto, y en una semana de martirio trueca al intonso párvulo en doctor sapientísimo de toda desdicha, esto es, de toda vida.

— No hay mejor maestro — pensaba Don Ulpiano — que la desgracia. Por eso, la mayor parte de los grandes hombres que han guiado á la humanidad y han mudado el curso de sus destinos, han nacido en la casa lamentable del pobre, donde no hay pan. ¡Mal año para las aristocracias que en el principio de la herencia llevan el germen de muerte!

Ni por acaso atravesaban el alma del mancebo las alegrías propias de su edad; pero, en cambio, permanecía ella en un equilibrio estático. Como los músculos del atleta contraídos ante la inminencia de la lucha, sólo aguardando la orden de la voluntad para disparar en el máximum de la energía, así la conciencia de Cayetano, en el anhelo de lo desconocido, esperando más que temiendo en todo momento la embestida de la desgracia, hallábase dispuesto á repeler el ataque, y cada día de calma parecíale inverosímil tregua. Sentíase predestinado á vivir en perdurable batalla, y comprendía que le era impuesta la obligación de dormir con el arma al lado, mílite de la avanzada, sin relevo posible, centinela de sí mismo, de cuya previsión, valentía y fortuna dependía la vida. Esta desconfianza engendraba en él un sentimiento de hostilidad para con los demás, sin otras excepciones que Don Ulpiano y el corto grupo de sus humildes y generosos amigos, auxiliares de la obra de protección.

Esa hostilidad no era odio; era el instinto de conservación sobreexcitado por las pasadas torturas, y temeroso de que se reanudasen... Por tal manera, iba templándose y endureciéndose el alma del muchacho.

Aurora parecía haber recobrado parte de su vida espiritual. Pero de lo pasado solo tenía débiles é incompletos recuerdos. Era su memoria, como planeta condenado en la ordenación del sistema astronómico, á tener un hemisferio constantemente en la sombra, y ese espacio oscuro contenía el luctuoso período de sus culpas y de sus martirios. Recordaba que Cayetano era su hijo, que le había amamantado, que le había tenido en sus brazos, que le había enseñado á hablar, pero la memoria de su marido se había borrado por completo. En la ilógica y absurda deformación de sus facultades mentales y por obra de singular amnesia, resultaba que aquel niño había venido á ella de modo milagroso y extrahumano, por espirituales ansias de amar, no por caricias de varón.

Esta incompleta iluminación intelectual de su ser la convertía en una niña vieja, como si la Providencia, al juzgarla purificada de sus graves pecados por el horrendo martirio, la hubiera restituido á la primitiva inocencia infantil, otorgándola, con el perdón, el más dulce de los beneficios: el de borrar de su memoria las huellas de la delincuencia.

Ese retorno á la infancia adquiría á veces las formas tiernas y joviales de la edad primera, que quiere andar y tropieza, quiere hablar y balbucea; y en esos períodos se divertía recosiendo un trapo, y si, en la torpeza de su dedos ya olvidados de las destrezas de la costura, se clavaba la aguja, lloraba gritando:

— ¡Aguja mala!... ¡Aguja pícara!... me ha mordido la aguja.

Cuando tal ocurría, hallándose Cayetano cerca de Aurora, aquél fingía una sonrisa, y decía:

— ¡Ya la castigaremos, á esa aguja!

Y besaba el dedo herido, llevándose en los labios la gota de sangre escapada del pinchazo.

Aurora se dejaba acariciar por el mozuelo, y le devolvía las caricias.

— Mi hijo es bueno. Mi hijo me quiere mucho, y si alguien viniera á pegarme, él le mataría... ¿Verdad que le matarías?...

Permaneció largo rato silenciosa y como reconcentrada en algún hondo pensamiento, y de repente levantó el rostro y dijo á Cayetano:

— Estaba cavilando una cosa muy rara, que no puedo comprender. A ver si tú me lo explicas. ¿Cómo es que siendo tú mi hijo, no sea yo tu madre?

— ¡Que idea! — contestó Cayetano — yo soy su hijo de V. y V. es mi madre. Así es, y no puede ser otra cosa. Ya ve V. si nos parecemos. Yo soy el retrato de V. ¿Ve V. este lunar que tengo yo en la sien izquierda? Pues es igual al que tiene V. también en el mismo sitio.

— Entonces ¿desde cuando soy tu madre?

— ¡Toma! ¡Desde que nací!

— No, eso no, porque yo no me acuerdo de cuando naciste, ni donde, ni de qué modo. ¿Te acuerdas tú?

— Eso sí que no. Ningún hombre puede acordarse del momento en que ha venido al mundo.

— ¡Es lástima, porque no me puedes sacar de dudas!

— Sí, que puedo. No hay ni puede haber duda ninguna. ¿No me quiere V. á mi mucho más que á nadie?

(Se continuará en el número próximo.)

Digitized by Google

CIUDADES ESPAÑOLAS

Por JOSÉ SANCHEZ ROJAS

ASTORGA Y LEON

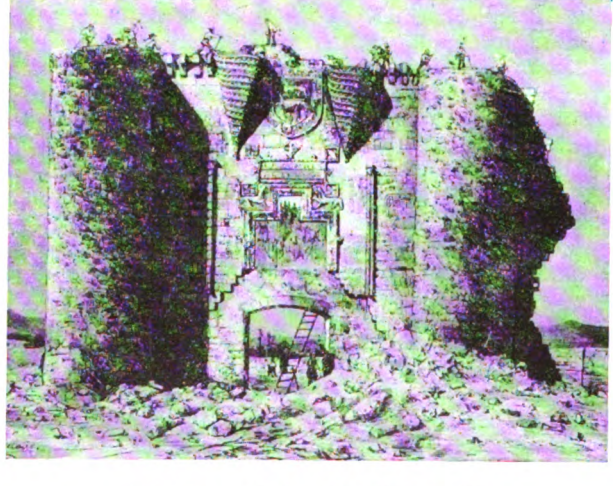
HORA Y MEDIA EN ASTORGA.

Tarde lluviosa y fría. Soldados que marchan á Melilla. La llanura que comienza á iniciarse con timidez, entre álamos, fresnos y tísicos arbolucos. Astorga, la vieja ciudad leonesa, se extiende en un alto, diseminada y pintoresca, luciendo sus torres airosamente, á la derecha, la catedral. Por una cuesta, entre filas de maragatos que acaban de dejar el tren, con la torre de la catedral por meta, visito el pueblo. En una plaza ancha y castellana — la de Santocildes — un piano casero preludia el Ave María de Gounod; una vocecita dulce susurra la plegaria temblorosamente. El reloj del Consistorio deja caer lentamente siete campanadas.

Oyense voces de chiquillos que corretean y juegan. En la plaza, portales castellanos, casucas enjalbegadas de un solo piso, muchachotas espléndidas y sanas.

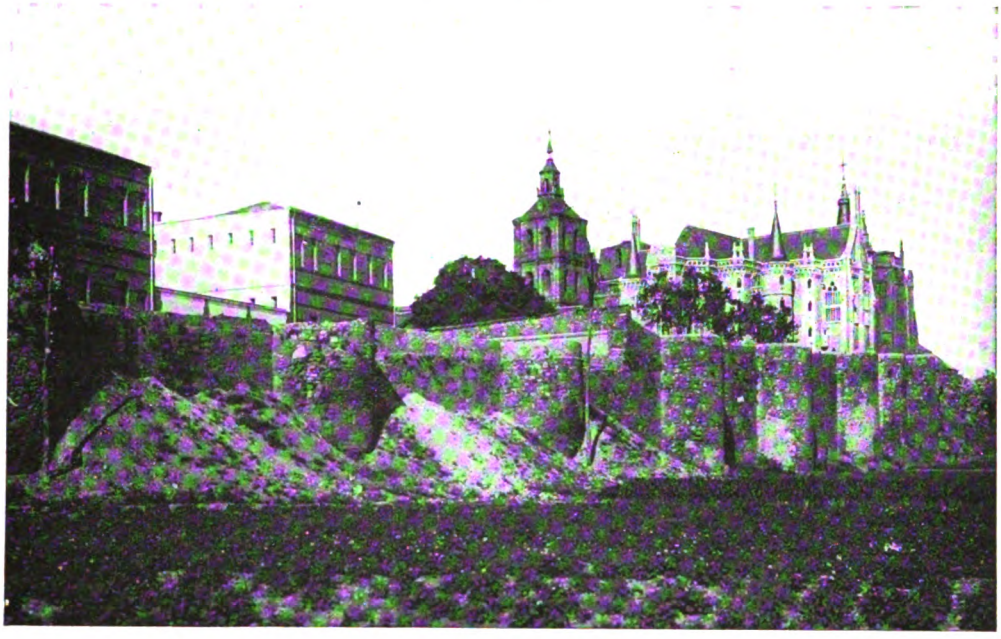
Anochece. Peregrino por la ciudad á la ventura, atisbando rostros desconocidos, callejas estrechas donde suenan mis pasos en el silencio, iglesias pobres, alguna casona destartalada de rancio solar. En una plaza, un monumento: adivino un león que sujeta entre sus garras un pajarraco, que debe ser un águila. Y un edificio gótico, de agudas flechas que negrean al perfilarse, esconde la perspectiva de la catedral. ¿Estoy en Nuremberg, en Maguncia, en Colonia, en Munich? No; es un edificio novato, pretensioso, descentrado, que profana la sequedad, la severa sencillez de estos pueblos castellanos.

No puedo ver la catedral. Me conformo con pasear por aquellos aledaños, descubriendo la mansión episcopal y una ermita que se levanta á la vera de la Basílica. Luego, en un café, al pedir un chocolate, el camarero me mira asustado. Tarda una hora, y torno á la estación. Una hermosa muchacha despide á su novio, un mozalvón que va para Melilla. Llora la dama;



ASTORGA. -- *Ruinas del antiguo castillo.*

Digitized by Google



ASTORGA. — *Catedral, Palacio y murallas.*

el galán promete traerse todas las cabezas del Riff, y un collar de orejas de moras para su morena. La luna se oculta entre las nubes. Y yo pienso que debiera refrenar mis ansias, viviendo toda la vida en estos pueblos tan quietos, tan melancólicos, tan tristes, paseando por estas carreteras polvorientas y rectas, con el espíritu adormilado, compartiendo la existencia con una pobre mujer que tuviera la virtud del ahorro. Se forma el tren, tiembla el herraje sobre los raíles, y yo siento tristeza y frío y sueño.

LEON. — LA CATEDRAL.

Atravieso la calle de Fernando Merino — ¿ cómo ha de llamarse la calle mayor de León ? — para visitar la catedral.

Son las ocho de la mañana. Unas lindas devotas de mantilla me indican el sendero ; unos golfillos me persiguen con billetes de la lotería ; el inevitable organillo, con el chulo inevitable, preludia el vals de los besos de *El Conde de Luxemburgo*.

Sigo toda la calle. A la izquierda asoma una plazoleta de rancio sabor castellano. Y descubro la catedral empotrada entre zaquizamís miserables. Una exclamación de gozo sale de mi pecho ; adivino de pronto, abarcando una perspectiva casi total, que me hallo en presencia de una maravilla. Aquel poema del arte ojival cristiano va entrando lentamente en mi espíritu, llenándolo de dulzura, de alegría, de anhelos que no quiebran, antes bien, aumentan y se intensifican con el tañido de una campana, que hiende los aires con gravedad.

¿ A qué definiros artísticamente el monumento, amigos míos ? ¿ A qué hablaros de flancos, de arbotantes, de nervios, de cruceros, de naves, de columnas, de capiteles, de ventanales, de estos estupendos ventanales de la catedral de León ?

Es gracia y elegancia todo el edificio. Severidad y donaire. Belleza y esbeltez. Lo construyeron poetas con espíritu de ángeles, que vivían en el cielo desligados de los afanes de la tierra.

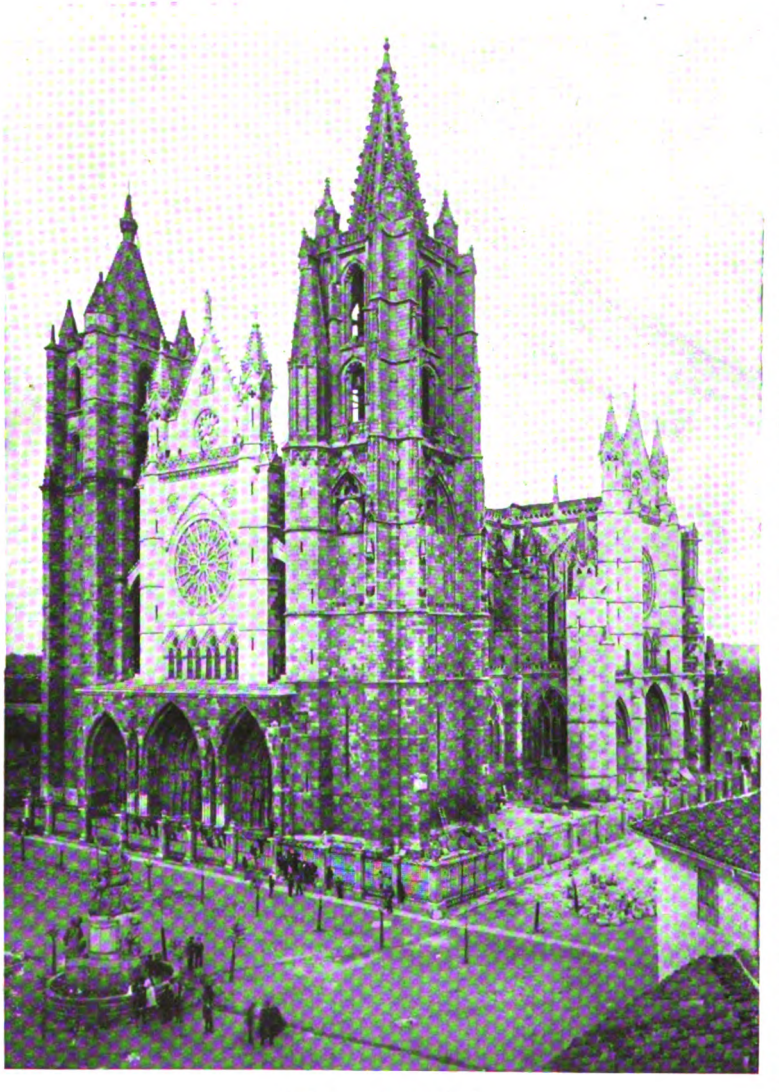
Es la catedral una plegaria que se eleva á las alturas, graciosamente soberana, henchida de paz, de abandono y de candor. No anida la austeridad bajo sus bóvedas ; no hay pesadez en sus columnas que parecen nervios ; no dan sus muros sensación de solidez. A mí me parece, dentro de la catedral hermosa, que me elevo con ella al cielo ; que la policromía de sus cristales son la irradiación de lo infinito ; que sus paredes se abren, esfumándose, ansiosas de abrazar las nubes y de confundirse con ellas.

Y en la catedral crece el hechizo. Aquello está fabricado para cantar las excelencias de David, para entonar el cantar de los cantares del Rey sabio y enamorado, para estallar

Digitized by Google

en cantos de amor de mozo intemperante y generoso.

Yo no sé, pero tengo para mí que son polifonas aquellas piedras, que aquel recinto es una caja de música, que viejas estatuas de reyes olvidados, ingenuos rostros de vírgenes graciosas, adustas fisonomías de barbas apostólicas, lindas tallas del coro, policromas maravillas de los cristales, todo el mundo viviente del templo, toman parte en el coro sagrado de aquel poema digno de Dios.



León. — *La Catedral.*

Me recojo un momento dentro de mí mismo. Contemplo el sepulcro del Rey Ordoño. Atravieso el coro. En un altar oficia un sacerdote. Los devotos rezan arrodillados. El monago repica una esquila; el sacerdote murmura: *Sanctus, sanctus, sanctus!* Y yo siento un escalofrío; las palabras del ritual vivifican su contenido en este alcázar divino; las alabanzas al Dios, tres veces santo, no hallan su eco sino aquí. Porque en esta catedral, dulce como la niebla del valle, ensoñadora como mocica que rumia su primer amor, bella, mil veces bella, amigos míos, aprendemos cuán falaz es el aserto de que el cristianismo está reñido con la vida; soñamos con santos alegres, henchidos de contento íntimo, y sentimos que toman, con sentido nuevo, del corazón á los labios, los primeros balbuceos de la oración sincera, de la plegaria santa, manantial de consuelo.

Hay catedrales que parecen fortalezas. Son duras, austeras, secas, como el corazón de los guerreros adustos que las levantaron. Otras son petulantes. Esotras pobres. Peroésta, no. Esta es digna del cielo que la cubre, del Dios al que adora, de la idea que la inspira. Es tan graciosa, sutil y delicada, como el sueño de una moza cándida. Es todo un sueño la catedral de León. Sus piedras, como si fueran seres vivos, rezan, cantan, brincan, saltan por ascender al cielo.

Y yo os digo, en verdad, que son el cielo mismo.

Hoy he recordado mis grandes emociones: los Alpes, Florencia, las Catacumbas, el Vesu-

Digitized by Google

bio, Toledo, Mantua... Y hubiera dado la mitad de mi vida para bendecir al Dios que me ha dejado contemplar este asombro, si lo hubiera contemplado en compañía de una mujer amada, cuyo espíritu hubiera vibrado al unísono del mío.

MACHAQUITO.
SAN MARCOS.

Quiero ver San Marcos, destierro, como todos saben, del señor de la Torre de Juan Abad, de Don Francisco de Quevedo, residencia de la orden de Santiago en el reino de León. Forma un gran cuadro la fachada de San Marcos. Hay en el extremo derecho de la fachada un estupendo arco, de medio punto, que introduce al patio. Hay nichos plateresco en la fachada. Hilos de conchas matizan las enjutas del arco exterior. En el fondo del pórtico asoma la portada del templo, muy rica y peregrina. Llamo; nadie me atiende. Insisto; quiero ver el museo. Un cabo andaluz aparece al fin:

— *¡ Por aquí, zeñó !*

Sigo al cabo:

— *Uté quié ver el cuarté ¿verdá? tenemo lo mejore zementale. Hay un cabayo, Machaquito, que vale un imperio.*

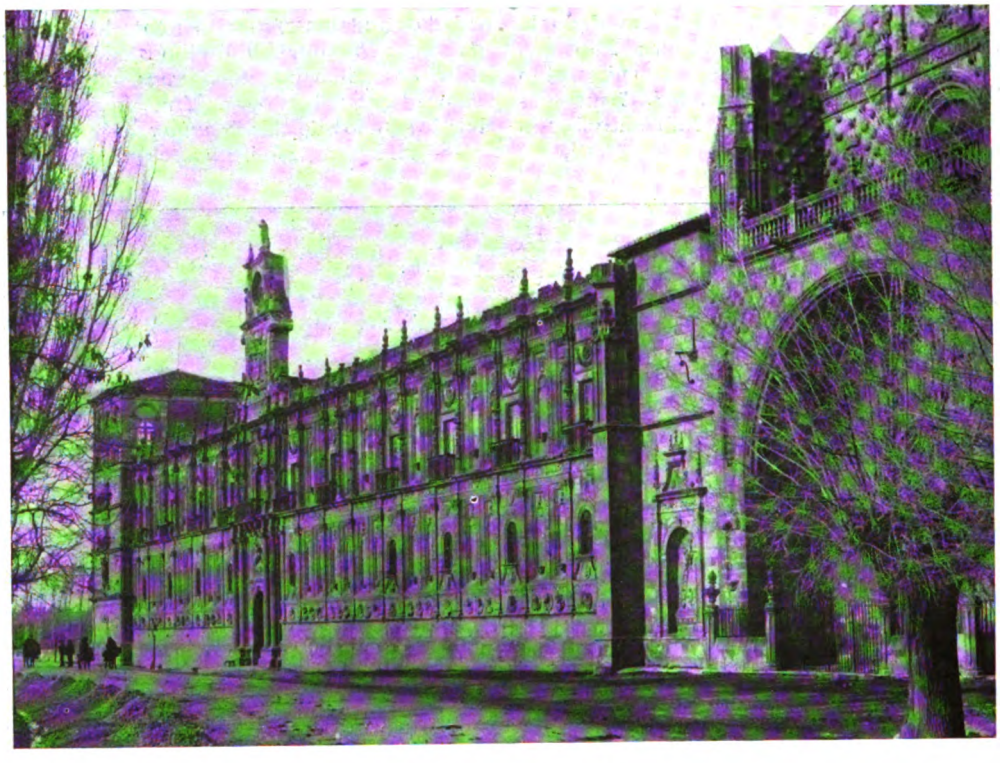
Me dejo llevar, me dejo querer. El palacio de la orden de Santiago es un cuartel de caballería. En el patio plateresco está el cuarto de banderas. Hay estatuas rotas, descabezadas, en el patio. Rotos aparecen también los cristales de la iglesia. El cabo me lleva á las cuadras, magníficas, de la remonta. Caballos normandos, cuadrados, pesadotes; caballos andaluces, esbeltos; corceles árabes, de testuz como martillo, alborotados, ágiles, nerviosos. El cabo, mi *cicerone*, me dice el valor de aquellas joyas. Y me invita á sobar los lomos de *Machaquito*:

— *Una perla, zeñó, una perla.*

LEON. — *San Isidoro, Panteón de los Reyes.*

No veo el museo arqueológico; está cerrado. En la iglesia contemplo un instante un magnífico retablo de piedra, representando la Natividad del Niño Jesús. Las salas del edificio están muy abandonadas. Apenas se mantiene el artesonado de la sala prioral. Saco una impresión de abatimiento y de tristeza.

Digitized by Google



LEON. — *Convento de San Marcos.*

El cabo me cuenta de la vida del cuartel. En el cuartel se goza, se vive :

— *¡E la mejor vida, créame uté.*

SAN ISIDORO. EL PANTEON.

San Isidoro es otra perla de León, su perla bizantina, aunque hay en la iglesia vestigios de otras fábricas y huellas de otros estilos. Las ventanas de las naves baja y principal llevan, en sus jambas, columnas de distintos capiteles ; cornisas análogas ciñen, en casi toda su extensión, el exterior de la iglesia. Todavía puede verse, después de distintas reformas, un ábside lateral, bizantino, de no muy grandes dimensiones, pero el principal fué sustituido por una capilla cuadrada, gótica, reforzada de contrafuertes y coronada de un antepecho calado de crestería.

Son tres las naves del templo, sobrias, severas, desnudas. Parecen árabes, por sus curvas, los arcos de la iglesia. Cada cuatro columnas forman un pilar, asentado sobre zócalos, redondos unos, cortados otros.

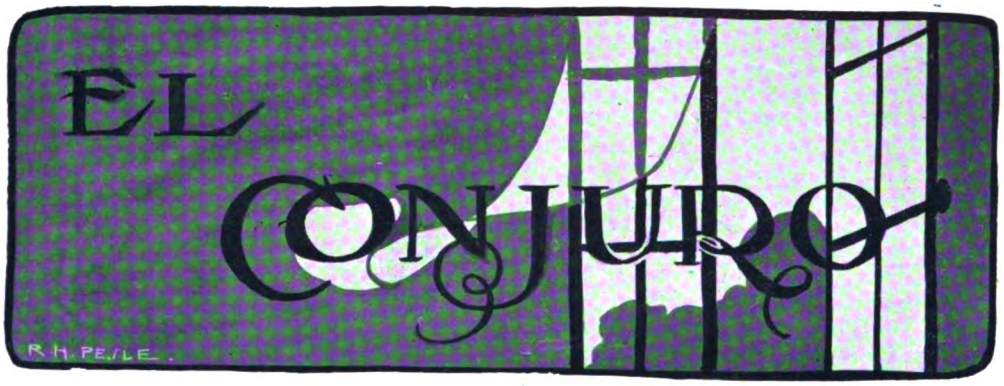
Debajo de la iglesia, el Panteón de los Reyes. Nada más sugestivo y evocador. Está formado de seis bóvedas bajas, obscuras, sombrías, que descansan sobre dos columnas aisladas.

La invasión francesa profanó aquel panteón de los monarcas del viejo Reino. Pocos túmulos reales, de treinta que había, dejaron los franceses. Rompióse la urna de mármal blanco de la infanta Doña Urraca de Zamora, los panteones de Bermudo II y de Doña Elvira, el nicho de la mora Zaida.

Desmantelado, roto, profanado por la barbarie, está hoy el panteón de San Isidoro. En él parece dormir el silencio de la historia. Adivínase la majestad, la adustez, la fé sombría y brava de aquellos monarcas guerreros, de aquellas infantas varoniles, de aquellas princesas pretéritas, venidas de Franconia, para evitar en cortesanos entronques sangre de batallas.

Y el silencio, la poesía, el hechizo misterioso, inefable, evocador, de las gestas leonesas, duerme para siempre en aquel Panteón. La leyenda del Conde Don García, asesinado por los Velas, resbala por el espíritu mansamente, y nos parece percibir, cerca del nicho vacío de Doña Urraca, la voz traidora de Bellido Dolfos, el gesto del Cid defendiendo á su Rey, los campos zamoranos de valorio teñidos de sangre generosa...

Digitized by Google



Narración novelesca por AMICHATI

AL terminar la cena, me levanté presuroso y me retiré á mi cuarto de fonda. El viejo camarero Paco, que compadecía mi orfandad, preguntóme paternal y solícito:

— ¿No sale hoy el señorito?

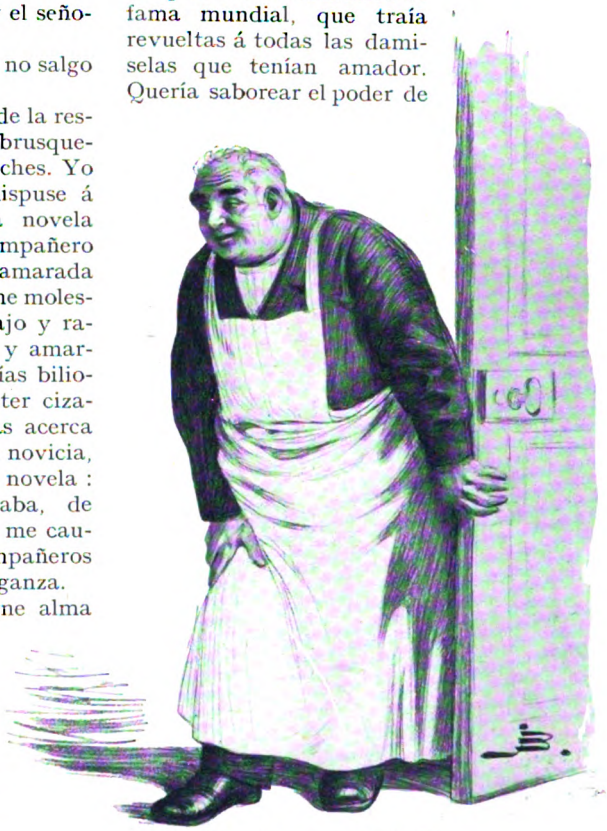
—No... no... hoy no salgo — contesté.

Ante la sequedad de la respuesta, poco acostumbrado á tales brusquedades, calló, dándome las buenas noches. Yo me encerré en mi cuarto y me dispuse á trabajar. Estaba terminando una novela que era como una venganza; un compañero en el arte de las letras, antiguo camarada de francachelas de la adolescencia, me molestaba sobremanera; era un tipo bajo y raquítico que envidiaba mis triunfos, y amargaba mis horas felices con sus ironías biliosas. Hasta en mis amores quiso meter cizaña, haciendo suposiciones malévolas acerca de mi amada, amada cándida como novicia, y pura como vestal. Titulaba mi novela: « El amigo malo ». En ella pintaba, de cuerpo entero, el ente ridículo que me causaba tantos dolores. Otro de mis compañeros me aconsejaba desistiese de la venganza.

— Ese Gustavo — decía — tiene alma de jorobado y se vengará...

Reía yo de los consejos, y me apresuraba á terminar la novela de Gustavo el bilioso y de las torpes ironías.

Al sentarme ante mi mesa, me encontré inquieto, molesto. Yo soy muy supersticioso. Llevo en el alma el peso de todas las aberraciones creidas por mi difunto padre, como buen italiano. Creo en supercherías y conjuros, y tengo por herejes á los que se ríen de agüeros y no temen el « mal de ojo ». Aquella tarde, en compañía de mi amada, la niña cándida, había ido al Circo. Ella deseaba contemplar á una danzarina de fama mundial, que traía revueltas á todas las damiselas que tenían amador. Quería saborear el poder de



¿No sale hoy el señorito?...

Digitized by Google

los ojos fementidos que hicieron enloquecer á tantos jóvenes y llorar á tantas adolescentes, ante el abandono de los tornadizos galanes. Yo me opuse á tal capricho temiendo, inconscientemente, una desgracia. Pero ella, con sus ruegos, venció mis recelos, y fuí.

Apenas apareció en el escenario la danzarina, sentí un escalofrío de terror. Iba luciendo su desnudez impúdica y desenvuelta, como una cortesana de Alejandría. Cubría su cintura un anillo de amuletos con colgantes de púrpura, y en su cuello y brazos llevaba tres culebras movedizas y vibrantes, de mirar fijo. Yo quedé atontado. Es para mí la culebra un reptil de agüero malísimo, inevitable. Tuve que salir del salón abandonando á mi novia. Al cruzar la antesala, hirió mis oídos una risa sarcástica y punzante como un insulto. Era Gustavo...

El resto de la tarde lo pasé inquieto, azorado, asustándome sin saber por qué; evitaba hablar con las gentes, y daba grandes caminatas para calmar mis nervios en tensión. Al caer de la tarde, entré en un templo y recé precipitadamente. Cubrí mi cuerpo y mi rostro de cruces trazadas con agua bendita, y logré con ello dar un sedante á mi agitación. Pero durante la cena volvió á apoderarse de mí el terror supersticioso: vertí un salero, rompí un vaso y, del portazo que di al salir del cuarto tocador, saltó hecha pedazos la luna del espejo. Indudablemente, me esperaba algo siniestro, fatídico; mis pasos habían sido marcados por un conjuro.

Era un tipo bajo y raquítico...

No podía coordinar ideas. Las impresiones de la tarde danzaban aturdidoras en mi cabeza. A punto estuve de romper las ya escritas cuartillas, y olvidar mi anunciada venganza. Aquel barullo de risas de Gustavo y miradas de culebra con la presencia de mi novia, me enloquecía... Para distraer mi ánimo, pensé leer. Busqué libros

Aquella tarde, en compañía de mi amada, había ido al circo.

en la biblioteca, pero nada lograba distraerme. Maquinalmente, arranqué la hoja del calendario. Al leer la fecha, un nuevo atontamiento perturbó mi espíritu. Era la del primero de diciembre... Tiene esta fecha un recuerdo doloroso y trágico. ¡ Al lucir el alba de tal día murió mi madre ! Fué allá en mi pueblo, un pueblo del Alto Aragón, tranquilo y silencioso como una abadía. Vivía mi madre recluida en una quinta de familia. Desde que faltó mi padre empezó á perder la razón, y no podía sufrir el trato de gentes. Sólo permitía mi presencia. Aun así, apoderábanse de ella raras exaltaciones, en las que gritaba señalándome.

— ¡ No eres él ! ¡ No eres él !... Tenía razón, tenía razón...

Y, tras tales gritos, huía hasta ocultarse en su cámara.

Aquella noche del 1º de diciembre — hacía tres años — estaba tranquila. Después de besar su frente fuí á seguir mis estudios de abogado, que entonces terminaba. Dispuesto estaba á pasar la noche ante los libros, cuando sentí un estremecimiento singular. Ante mí, por la pared, á la que estaba adosada la mesa escritorio, comenzó á as-

Digitized by Google

Mi madre, sentada en el lecho, miraba extraviadamente la ventana...

cender una araña enorme, ventruda y repugnante. Yo seguía, como en fascinación, su marcha lenta. Torció su camino, y fué hacia el ventanal de mi cuarto. Al acercarse, crujieron los vidrios, y ladró lastimeramente un perro en la lejanía. Oyóse otro ladrido más cercano y, como respondiendo á su eco, el reloj del comedor, un antiguo reloj de caja sonora, comenzó á sonar campanadas. Era media noche; al dar la cuarta hora, oí que mi madre rugía su grito trágico.

— ¡ No eres él !... ¡ No eres él !...

Temeroso y azorado, fuí corriendo á su retiro. Al llegar, un viento helado me cruzó la cara. Mi madre, sentada en el lecho, miraba extraviadamente la ventana, diciendo :

— Se fué... se fué...

La ventana estaba abierta ; una ráfaga de aire había roto la falleba.

Quise calmarla, y llamé al doctor del vecino pueblo... ¡ Todo fué inútil ! Al desaparecer del cielo la última estrella de la noche, murió. Llevado de mi temperamento excitable y raro, no he vuelto al pueblo, pero cada vez que siento las doce campanadas en la soledad de la noche, recibo en la frente un beso frío, como del aire que viene de una montaña nevada...

Tras de las impresiones del día, sólo faltaba este recuerdo para aumentar mis temores. Tal evocación llegó á darme la seguridad, de que el fantasma de una tragedia se había interpuesto en mi camino. Paseando como un enajenado buscaba cansancio para rendir mi cuerpo. En las vueltas por la habitación encontré un montón de cartas y retratos. Eran de amigos. Revolviendo entre ellos, saltó á mi vista uno que me hizo estremecer. Era una cara cínica, de ojos saltones y cabeza huesosa como un cráneo sin piel. Tenía el aspecto siniestro de los signos cabalísticos : Era Gustavo...

— ¡ El !... ¡ El !... ¡ Siempre él ! — dije.

Volví á pasear, y los temores fueron desapareciendo para ser dominados por un santo recuerdo. La sombra de mi madre, cubriéndome con sano sentimentalismo, hizo correr lágrimas de mis ojos. Caí de bruces sobre la cama, y oré. No sé cuanto tiempo permanecí rezando, pero, de pronto, sentí un extraño sobresalto. En los vidrios del balcón se oyó, claramente, un crujido seco y estridente. Acerquéme, resuelto á terminar mis temores, y no vi nada.

— El choque de alguna hoja muerta — pensé.

Volví otra vez al lecho. En mi cuarto, el reloj señalaba media noche. Lejos, empezaron á sonar campanadas, mas, al llegar á la cuarta, cesaron, y se oyó un chasquido como de cordaje que se rompe...

Ya no pude resistir más. Miré en mi torno, y todo eran sombras. En el quinqué de mi mesa empezaba á oscilar la llama, al apagarse. Se apoderó de mí un rapto de locura. Cogí el abrigo, el sombrero, y salí precipitadamente.

Paco, el viejo camarero, dijo asustado :

Ante mi mesa, me encontré inquieto y molesto.

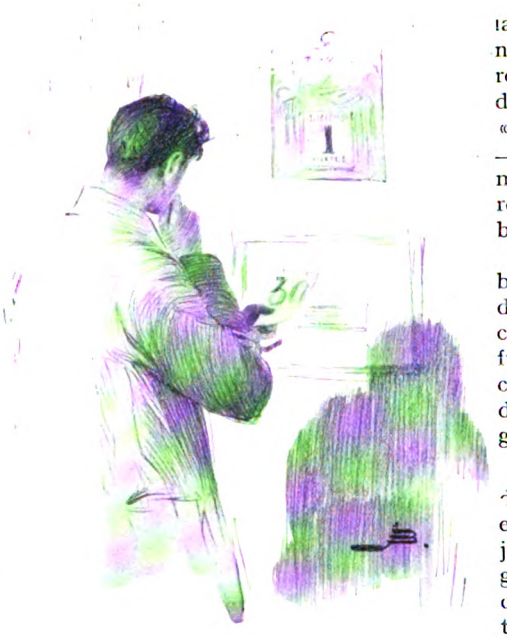
Digitized by Google

— ¡ Salir á tales horas !... ¡ Hace frío, señorito !... ¡ Hace frío !...

Sin contestar, me alejé. El recuerdo de mi novia me atolondraba. ¿ Qué era aquello, señor ? ¿ Qué era aquello ? Y corría, corría buscando tranquilidad en el frío de la noche. La luna, burlona, fingía sombras en los troncos y en las encrucijadas, y el susurro de la brisa entre los árboles me recordaba el eco de la burlona carcajada. Andaba sin rumbo, huyendo de la temida risa y del fantasma...

Inconscientemente, llegué á las afueras de la ciudad. Allí, en antigua casa que fué convento, vivía mi amada. Era un casón, con derruido campanario, sobre el que revoloteaban las agoreras sombras de aves nocturnas. Paréme frente á las ventanas, ahogado por las dudas. Todos los presagios hacíanme adivinar un final en mis amores...

La cristalería de los balconajes, reflejando la luz de plata de la luna, era una silenciosa respuesta á mis dudas de enamorado... — « Ella debe dormir » — pensaba. Pero en mis oídos seguía el repiqueteo de la risa burlona...



Maquinalmente, arranqué la hoja del calendario.

Tras de la casa había un jardín, rodeado de verja propicia á los coloquios de amor. Allá fuí, pretendiendo recordar pasadas noches de idilio... Mi pasos guiábalos el conjuro...

...Allá, bajo el dosel de una madreselva, estaba la amada; y junto á la verja, en gallarda actitud de doncel de poema, estaba Gustavo recitando la eterna canción del amor...

No he vuelto á ver á la amada engañosa. Gustavo me dió el final de la novela. Tuve que cambiar el título. Ahora será : « El amigo bueno »... Tuvo la delicadeza de no esperar á que me hubiera casado... ¡ Oh, la amada cándida como novicia, y pura como vestal !

(Ilustraciones de Basté).

Digitized by Google

A tarde ha cedido su paso á la noche: noche clara, radiante, con luz de luna en toda su plenitud: encalmada, llena de sosiego, con un oreo campestre, seco y ardoroso, mezclado al vaho polvoriento que baja de la urbe.

Por el lecho arenoso y sin angosturas del mísero riachuelo, las aguas discurren lentas, enturbiadas, rimando con su visveo monótono una canturria perezosa, que remeda la oración vespertina de oriental mohecín.

Al claro lunar, la corriente adormecida del Manzanares riela sobre las aguas la caricia de su luz argentada. El cauce árido, donde hay dibujados infinidad de surcos brillantes, en líneas desiguales que se cruzan y entrelazan sobre la superficie de su arenal, contrasta con la nota uniforme, verde intensa, que ofrece la grata frescura de un vergel en las opuestas riberas.

De un lado la vasta posesión de « La Casa de Campo », dominio patrimonial agnado á la Corona. Del otro la visión panorámica del Madrid clásico, con sus Vistillas, San Francisco, y la majestuosa mole del Real Palacio elevada sobre las frondas del « Campo de' Moro »; pese al transcurso de los años, subsiste la impresión estética que dejó en el lienzo la huella de supremo arte del muy gran señor D. Francisco de Goya y Lucientes.

Esta noche, Madrid gusta su alegría castiza.

Los tranvías de la *Bombilla* bajan atestados; no hay ni una *manuela* disponible, y hasta el escuálido jamelgo, con cintajos y flores de trapo en las orejeras, añora los días mejores de su juventud. Arrastra el democrático carruaje con arrogancia ya olvidada, ufano de conducir á un par de chulas de trapío, con rico pañolón de Manila envuelto graciosamente á su talle.

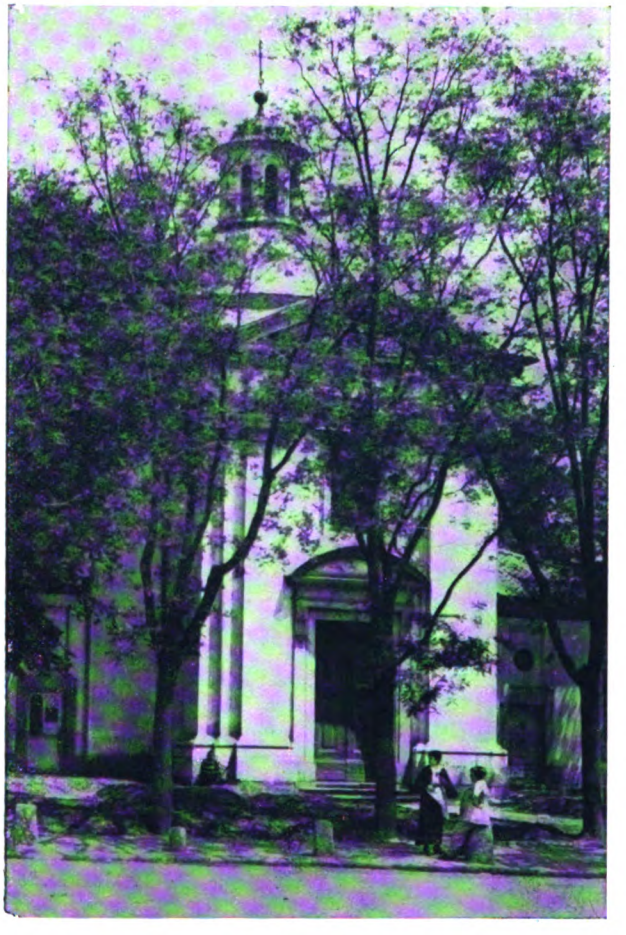
Por los andenes de la Cuesta de San Vicente y del Paseo de la Florida, la gente camina casi estrujándose, apretada en compacta masa humana, que canta y ríe, mostrando alegría retozona, bulliciosa y estridente.

De vez en vez, dos sectores de luz cegadora caen sobre la carretera, iluminando con su haz

Digitized by Google

blanquecino el barullo y trajín de coches, tranvías, carros y peatones; próximos suenan acordes de música conocida, ó la ronca voz de una sirena; y, regateando entre los obstáculos, pasa ligero algún automóvil.

Junto á los hundosos merenderos que bajan hasta la orilla del río, nota pintoresca del cuadro, pincelada feliz que pone de relieve la condición pobre, astrosa y sucia de los suburbios madrileños, se agrupan *ellos* y *ellas*, gentes de la más baja clase social, en torno de un organillo, que con sus notas aceradas desquicia la candente harmonía de alguna producción popular. Es el espacio reducido; lo delimita destartalada valla de maderos mal embadurnados con chillones colores, y peor hincados en el suelo. Unos cuantos farolillos japoneses que perdieron sus galas, mostrando la traza de contar en el haber de servicios muchos años, pendientes de cordajes que unen el muro con los primeros árboles del paseo, completan el adorno de semejantes lugares acotados para el baile.



Templo Ermita de San Antonio de la Florida.

Las parejas son muchas. En unos cuantos centímetros de suelo disponible, tejen los pies los movimientos acompasados y menuditos de un *chotisse*, ó las vueltas rápidas de una *polka*. Claro es que hay molestias y tropiezos, que la majeza madrileña procura entrelazar con chulaperías y donaires; mas sin este condimento necesario, sería nulo el *espiritual* disfrute del *agarrao*.... Concluyen los minutos de descanso, en los que al ruido del organillo sustituyó el del copeo, y cuando el virtuoso de *rizadas persianas* que asoman bajo la calada gorrilla, de ceñida chaqueta, pantalón de odalisca y sedeño pañuelo, se dispone nuevamente á empuñar el manubrio del musical artefacto, y hacer con él primores de ejecución, las parejas de baile, que aumentaron todavía, vuelven á iniciar los lánguidos movimientos de una *habanera*.

El cruzar lento de la muchedumbre, sigue por el angosto cauce que marcan las aceras del paseo; la luz exigua de unos faroles muy distanciados de trecho en trecho, trata de romper la sombra de la obscura mancha que avanza, hasta perderse al fondo de la carretera.

Hay allí una calle de aromosas plantas. Las hortensias, grandes, exuberantes de vida, sostenidas en ventrudas macetas, muestran la delicada palidez de su flor al lado de unos tiestos, donde los claveles reventones, estallantes de color y de fragancia, casi doblan los tallos que apoyan en erguidas cañas; junto á ellos, geranios de infinitas clases y colores, con sus hojas amplias, aterciopeladas, repletas de festones, estampadas de adornos laberínticos y caprichosos.

— ¡ Albahaca, albahaca, es la mejor del año ! — gritan los vendedores en sus puestos, tras una barrera de verdura, mientras la llama oscilante del carburo de calcio entinta siniestramente de amarillo, con veladuras terrosas, el zafio aspecto de sus rostros vulgares.

Digitized by Google

Un puesto de Mata-Suegras.

Una hembra arrogante, tan negros sus ojos de reina mora como el azabache del pelo, garbosamente ceñido el pañolón de chinescos bordados, compra también su macetilla de albahaca.

El aroma delicado de la planta se encuentra con la fragancia de sus labios de madrileña neta, bella y castiza; unos cuantos piropos llenos de ingenio, con la gracia chulapa de los *barrios bajos*, se quiebran á su paso por entre la muchedumbre apretada.

En la pesante atmósfera, mezcla de humo y polvo, canta una voz estragada por el copeo:

« *La primera verbena que Dios envía*
« *es la de San Antonio de la Florida* ».

San Antonio de la Florida, que ha pasado por muchas vicisitudes, conociendo épocas de vida espléndida, y en ocasiones de penuria extremada, es algo íntimamente unido á la existencia, en ciertos momentos azarosa, de la Capital de España.

Por delante de su puerta, donde Fontana mostró la severidad de su estilo arquitectural, todos los años, al mediar Junio, parejos á los calores que inician el estío, desfilaron los amantes de la tradición popular en clásica romería. Unidos alegría é ingenio, divisa eterna del carácter español, bajo frondas tupidas de álamos y negrillos, se renuevan promesas de amor y juramentos de felicidad.

El hechizo de la noche queda roto por mil ruidos; algarabía de voces; el chirriar del aceite dispuesto en grandes calderas para la cocción de los *churros*, en las ambulantes buñolerías; las notas melosas aflautadas; cadencia dormilona que al aire lanzan los múltiples tubos de un orquestal, colocado en el centro de magnífico y deslumbrante *tio-vivo*, música que siempre resulta el mejor incentivo para el mareo; los silbidos penetrantes de las ruinosas locomóviles que sirven para poner en marcha los numerosos tinglados de balancines, mareoramas y ruedas monumentales, de donde penden mal sujetas unas toscas barquillas; hasta los fogonazos del magnesio para las *fotografías rápidas*, y el estribillo musical de unos cuantos organillos, todo unido á la zalagarda y bullicioso trajín de quienes ocupan el ferial de la verbena, cam-

Digitized by Google

bian la quietud de las horas nocturnas por el rumor loco de alegría desbordada, que seca la garganta y deja los nervios en una laxitud extrema.

Abierta la ermita, el sagrado recinto esplende deslumbrante. Entre empellones, casi en volandas, estrujándose materialmente, penetra la gente más que nada por afan de curiosidad, que hasta las gradas del altar la conduce, sin que pueda decirse que una devota costumbre guía sus pasos.

Y es de notar la cuerda de personas que, formando número de la muchedumbre abigarrada, desfila durante la noche por delante del santo. Las madrileñitas, nerviosas, finas, que tienen siempre á flor de labios una ocurrente contestación, constituyen el contingente mayor entre los adoradores espontáneos. En la visita ermiteña las aguarda tal vez algun tenorio advenedizo, á quien preocupa poco la santidad del lugar. A hurtadillas, haciendo portavoz con el pajizo sombrero, los ojos chispeantes, casi seca la garganta por el continuado palique, el incansable acompañante suele, en más de una ocasión, distraer la fingida seriedad de las traviesas muchachas; es una ingeniosidad chistosa, quizá el *timo* de moda. Sonríe entonces la juventud; y las lindas mozas, apretados los labios en gracioso mohín, para no dar rienda suelta á su alegría, empujan con ahinco, para salir cuanto antes del templo. Mas fueron con demasiada rapidez, y los diminutos piececillos se posaron fácilmente sobre los de respetable cuarentona. Son entonces las protestas, las injurias saladísimas y los graciosos decires. Quienes propinaron la ofensa y quien la recibió, se tirotean en diálogo chispeante, repleto de ingenio, hijo legítimo del Madrid castizo.

— Mi alma ¿ se siente usted lastimada ? — dice una voz aguardentosa, en tono guasón, lleno de punzante ironía.

— Y á usted que se le importa, rey D. Sebastián. Pus ni que fuera su señoría la sota de bastos por lo hinchado — contesta la recia madrileña, mientras recoge de su cabeza el pequeño pañuelo que le sirvió para entrar en la ermita.

— Oye tú, señor Ulogio. No te parece que á la *madame* la podían haber colocao arriba, junto á las chulas de Goya. Y pué que aún no hubiera tenido comodidaz. Pa otro año se viene usted con cascabeles y un palanquín, que yo le rendiré pleitesía... — Y así siguen las bromas, que duran tanto como el desfile de los romeros delante del santo.

Una Churrería.

Digitized by Google

Gitanas buscando á quien decir la buenaventura.

Si oculto tras de una puerta, el espíritu de Goya pudiera presenciar el cuadro, por bien empleado daría todo su trabajo. Sus majas y chisperos, hermanos son de quienes hoy visitan la ermita de San Antonio de la Florida. Sólo el tiempo borró las galas de aquel vestir hidalgo, sustituyéndolo por los exotismos de las modas actuales ; mas fuera, en el ferial de la verbena, idéntico es el espíritu de alegría, y hasta la música del inmortal Barbieri, que ahora desgrana un organillo, nos vuelve á los días felices que pasaron, en que :

« *Manolos y manolas de cuatro en fila*
« *se van á San Antonio de la Florida* ».

— ¡ París— Madrid ! — ¡ La vuelta al mundo en un cerdo! — ¡ Torraos y avellanas! — ¡ Viaje á América sin marearse ! — Cacahués al vapor ! — ¡ Fotografías al momento ! — ¡ Churros calentitos ! — ¡ Mantecado helado, qué rico está ! — ¡ Barquillos rellenos ! — ¡ Albahaca, albahaca !

Y sobre todos estos pregones de mercancías ó de distracción, se cierne el humo acre, aceitoso y pegadizo de las buñolerías, que carraspea en la garganta.

Ya no son los puestos de melindres, de bañadas y de bolaos, los que detienen al transeunte. Ello fué antaño, y los años, al discurrir de su paso, cambiaron gustos quitando finura al paladar. Entonces, las manos artesanas más delicadas, menos encallecidas en el trabajo, desmenuzaban con suavidad las sabrosas bañadas en el opaco líquido emperlado por el anís. Hoy, un quince de Rute ó de Chinchón colma los deseos de quien, á la verbena, llega en son de bulla y algazara. Y es que si el fondo espiritual de la raza es el mismo, la corteza carnal que lo recubre se muestra más endurecida, como aclimatada en un ambiente de penalidades y sufrimientos.

Las verbenas de Madrid son válvula por donde salta el buen humor del pueblo, siempre propicio á distracciones que hagan poco peso en su haber exiguo. En la psicología de las grandes multitudes hay una característica de acomodamiento fácil, á cuanto representa disfrute sencillo y esparcimiento espiritual, por otra parte nada costoso. Y esta

Digitized by Google

¡Torraos y avellanas!

muchedumbre ignara, que constituye el bajo pueblo de la capital española, bien poco exige para contentar el vagar de las horas, que caen como agradecido ocio después de los sufrimientos del duro trabajo.

Podrá faltar en ocasiones el sustento; lo que nunca se separa de la humilde vivienda madrileña, es la nota de franca y riente alegría. Grandeza de la raza ó defecto de ella, la risa popular es como brillante manto que palia dolores y tristezas de la vida.

Algunas veces, al recorrer el Madrid noctámbulo, por entre un dédalo de callejas que constituyen el corazón de la ciudad, allá, por las del « Ave María » y « Humilladero », he oído rasgarse la calma sedante de la noche con el estribillo de alegre canción que, sin embargo, caía en la quietud de las horas como nota sentimental, llena de profunda melancolía, sin que dejase de rezongar en mi pensamiento, en momentos tales, una sola idea, que al corazón advertía el ser aquellos cantos no más que un medio de distraer el hambre.

Media ya la noche. La luna brillante, amplia, luna llena de Junio, inicia su majestuoso descenso por el cielo. Cesó el bullicio de la verbena, y del feriado recinto se retiran los últimos rezagados. Es ya la atmósfera más pura; los ruidos estridentes parecen por completo acallados; el humo acre y pegajoso se disipó en la frescura del ambiente. De la otra ribera del Manzanares viene aura campesina, hundosa y fragante; arropado en su soplo se percibe el canto acompasado de la chicharra y el silbo tristón de la abubilla. Por la carretera pasa vertiginoso, envuelto en una nube de polvo, un automóvil; del río, cuyas aguas discurren lentas y parlanchinas, sube ahora flotante niebla de grata humedad...

En la cuesta de San Vicente alcanzamos una pareja de la Guardia Civil; esposado llevan á un chulo de aspecto repugnante. El vino y el matonismo hicieron en él su presa; allá, en uno de los merenderos de la Bombilla cayó la víctima, hembra morena y arrogante; la sangre de la herida entintó siniestramente el blanco pañolón de Manila, y quiso enrojecer aún más los claveles reventones que adornaban su pecho.

Sobre una de las aceras, tumbado al peso del alcohol, runrrunea un beodo entre ronquidos.

« La primera verbena que Dios envía,
« es la de San Antonio de la Florida ».

GREGORIO CAMPOS.

(Fotos E. Garrido.)

Digitized by Google

Por ENZO ALOISI BARONTI.

Cuando Salvatore Mottura salió á la calle, creyó que, ante sus ojos, la tarde apacible de sol deslumbrante quemaba á infierno, como quemaban sus sienes febricitantes.

Se alejó cuanto pudo, cuanto se lo permitía la laxitud que el temblor convulsivo del espanto iba poniendo en todo su cuerpo. La callejuela estrecha y sórdida, en suave pendiente, le llevó hasta la orilla del río. Se detuvo jadeante, pálido, con un indecible gesto de terror y de angustia. La caricia sedante de la brisa, más fresca allí, pareció calmarle. En la ausencia absoluta de toda idea precisa, en el orgasmo profundo, en el caos de sus emociones entrechocantes, germinó entonces, y fué tomando cuerpo, la rebelión de su buen corazón indignado.

Transcurrieron unos instantes eternos en que sus ojos, que no veían, vieron con complacencia la actividad febril é informe del tráfago que agitaba la orilla del gran estuario. Ese sordo himno del trabajo, con la amistosa insinuación de las cosas familiares, había puesto un poco más de calma en su violenta turbación. Y muy luego, apoyado á la columna de un farol que proyectaba su sombra enclenque y alargada, bajo la avalancha de luz de ese anacrónico sol de invierno, puestos ya un poco en orden sus nervios en orgasmo, reflexionó.

Había querido gritar, y no por cierto el miedo se lo había impedido, que ahora, aquí, rodeado de brazos robustos, terribles, si él los hubiese hecho alzar en justicia, se sabía al seguro. Pero la íntima cautela que irreflexivamente le había llevado hasta allí, que le había hecho permanecer impasible é inobservado frente á la repugnante escena, y que era la única suma apreciable del breve pero profundo análisis de los hechos, le llevaba más bien hacia la serena ponderación de las cosas que tan terrible conflicto acababa de suscitar en su espíritu, con lívidas proyecciones para el curso de su tranquila vida de buen burgués pacífico.

Media hora antes, Salvatore Mottura, fatigado por la insólita pesantez de la tarde

Digitized by Google

bochornosa, había abandonado por un instante sus quehaceres, para ir á tomar un refrigerio en la vecina taberna, á la que solía entrar de vez en cuando para memorar con el viejo Battista, como él genovés, y como él, desde largo tiempo, expatriado.

Había saludado al entrar al Señor Torres, el comisario de la próxima sección de policía, que jugaba en una mesa con algunos desconocidos, y se había ido á sentar poco más allá. En la penumbra fresca del salón vacío, la escasa luz que entraba por los postigos entornados desparramaba manchones irregulares de claridad amarillenta. En la sombra más densa que proyectaba un mueble, Mottura vió — con no sabía qué grata emoción de hallazgo — sentado casi enfrente, un recio mocetón que vestía el pintoresco é inconfundible uniforme de la Marina Real Italiana.

Con fuerza de evocación, ese encuentro le obligaba al dulce placer de las remembranzas lejanas, de las que brotaba una visión de días vividos hace mucho, de cosas que fueron como pedazos del alma, de rostros, de paisajes, de gozos, artificiados ahora de la belleza que guarda lo que huyó en la fuga del tiempo.

También él había sido marino, en aquellas legendarias y milagrosas auroras de la potencialidad militar de su patria; y los recuerdos que ese recuerdo apuraba al usado conjuro del pensamiento veloz, llenábanle el alma de una dulzura, que sólo amargaba la subconsciente preocupación del abismo que las circunstancias abrían ante él, para impedirle volver, en un poco de realidad, hacia esa fantasmagoría del ayer.

Mottura no podía decir fijamente cómo había comenzado aquello. Acaso la guaranguería pungente de una risotada irónica y expresiva, acaso palabras que él no oyera, habían salido de la mesa donde jugaba Torres. Sólo había llamado su atención, bruscamente, la altiva y chocante actitud de desafío que en una sola mirada había lanzado sobre el grupo, el hasta entonces taciturno marinero.

La respuesta había sido directa.

— ¿ Qué, estás de cólera, italiano ?

Acaso, más que á su oído cosmopolita de marino, la oculta ironía adivinada en la frase había tocado á su alma orgullosa de soldado. Se había puesto de pie, con un insulto en los labios, agudo como un cuchillo, que en su poliglotismo oscuro encerraba muy claro el concepto de una ofensa inferida á la raza, á la patria de los otros. Movidos por un solo impulso, los cuatro se habían puesto de pie, resueltos, terribles... pero la serena arrogancia del atleta que blandía con inquietante firmeza un banquillo, pesado como una masa, les contuvo.

Más palabras se agregaron á las primeras: ruines, canallescas, ciegas por ambas partes, por ambas partes precisas.

Por sobre todo eso flotaba el espíritu de antagonismos recientes, hechos, rugidoras pasiones en los ánimos exaltados. No era de hombre á hombre, era de estirpe á estirpe, de pueblo á pueblo, con ese ciego impulso que en los necios dicta el servilismo á las circunstancias políticas del momento, circunstancias que por nimias ó antojadizas, por ajenas que sean á la intrínseca armonía de las colectividades, hacen hablar muy hondo, en las almas vulgares, el instinto bestial de los Caínes.

Cuando Mottura tuvo la certidumbre del desenlace, tan inminente era, tan fatal, que por sobre su horror habló toda su prudencia, y se empequeñeció más aún en el escondite que un recodo de pared le prestaba.

Torres, cubierto por los otros tres, que en coro, á gritos, respondían con insultos á los denuestos del marino — siempre á la defensiva en que ya su audacia comenzaba á tomar un tinte de incalificable pasividad — había extraído su revólver, y avanzando de pronto, fulmíneo, inevitable, había apuntado fríamente, y fríamente había hecho fuego.

Un doble estampido, repercutido fragorosamente en la estrechez de la estancia, un grito sordo, una caída pesante, y sobre el silencio lúgubre del asombro, el rugido rabioso de un estertor.

Salvatore Mottura reflexionaba todavía dolorosamente. En el suplicio de su cerebro, las ideas coordinadas iban tomando una mortificante precisión.

Su amor á la patria — que exageraba el temor de una vergonzosa disminución por el largo destierro — le marcaba con un gesto imperioso el camino del deber. La idea de esa pobre vida joven y sana, bella y robusta, truncada así, torpemente; la visión de ese hogar lejano en que una madre, ajena á la espantosa desventura, acaso pensaría, para alivio de su abandono triste, al regreso del hijo; la suma de sus sentimientos de hombre, de padre, de patriota, hondamente heridos, brutalmente ultrajados, le imponían su misión justiciera y reparadora.

Y tan grande y noble, tan preciso y claro era el mandato, que no temía la ofuscación del odio sentido hacia el victimario infame, ni cedía á la imposición de su parcialidad posible de parte ofendida.

Despachó algunos quehaceres, y dos horas

Digitized by Google

Había extraído su revólver, y avanzando de pronto, fulmíneo, inevitable, había apuntado friamente, y friamente había hecho fuego.

Digitized by Google

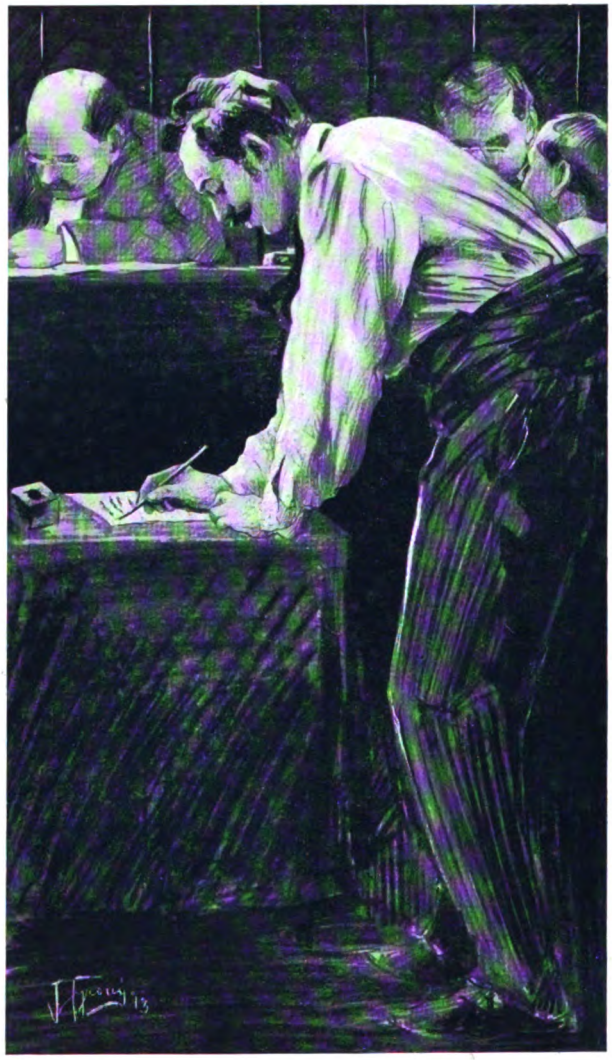
más tarde llegaba al centro, con la decisión madurada de alzar bien alta su voz de justicia.

En la metrópoli, la noticia del hecho ocurrido en el lejano suburbio había cundido turbinosa. Los diarios de la tarde le dedicaban las secciones de última hora; el comentario lo desfiguraba; se le bordaban en torno caprichosas narraciones, y el alma cosmopolita y curiosa de la ciudad entera tomaba un gesto informe, al asomarse ávidamente al borde del enigma.

En muchos hombres, un bien meditado espíritu de cautela, hacía quitar al suceso su terrible carácter de internacionalismo; pero otros, muchísimos, los más, lo explotaban en pro ó en contra, dándole esa magnitud aterradora que había hecho temblar un instante, cavilosos, el alma apacible y el buen corazón indignado de Salvatore Mottura.

Ahora que oía crecer con rumor de marejada tempestuosa, en su derredor, los ecos del aquel hecho, cuyo recuerdo lo llevaba en la conciencia con el peso de una tremenda responsabilidad, su cavilación se hacía nuevamente agitada.

En la exacerbación de los ánimos, antagónica, tornadiza, multiforme; en la obsedante insistencia con que por todas partes le rodeaba la repercusión del suceso; en la expectativa ansiosa; en los pronósticos exaltados; en todas las diversas expresiones de la emoción provocada, se abría ante sus ojos la perspectiva de las consecuencias, dilatándose á lo infinito de los detalles nimios, trágicos y fatales.



Cuando le vió poner con mano trémula su firma honrada al pie del acta...

Por la centésima vez, en esas dos horas, la idea de ser el árbitro de capitales destinos, tuvo el irónico privilegio de ponerle, con una terrible interrogación insoluble en el alma, frente á su propia indecisión. Y por la centésima vez, habló en él ese amor delirante que guarda el alma del proscrito hacia la tierra natal, lejana como una ilusión en la poesía de los tiempos idos.

Así, con su enérgica decisión en la voluntad, y en el alma el hondo desgarrón que le costaba el sacrificio, entró en su casa á esperar, que la hora oportuna le permitiese llevar donde caería inexorable su terrible confesión.

Cenado apenas, malhumorado é intranquilo, se dispuso á salir. Pero á la puerta de su casa se encontró con su primogénito que con la esposa y el nietecito querido venían á pasar junto á él la velada.

Tuvo la visión de su última y decisiva cobardía, porque quiso escurrirse; pero lo insólito de su actitud contribuyó á detenerle más de lo que no quería. El pequeño le cerraba el paso, abrazándose á sus rodillas, y pidiendo:

Digitized by Google

— Un beso, abuelito, un beso.

Con brusquedad que cedía, le tomó en los brazos, y vió á la luz vacilante del farol los maternos ojazos negros de Argentino, que le miraban con su estupor interrogante, y poniendo violentamente sus labios secos sobre los blondos rizos del pequeñuelo, disimuló malamente las lágrimas que ya le nublaban los ojos. Después, sin hablar, precipitadamente, con un gesto, se despidió y se fué casi corriendo, calle abajo, con un infierno en la cabeza.

Todo su pasado se le había venido encima, en esa fresca viviente visión de su porvenir.

Revivió en un instante los años remotos de miseria y de labor; comprendió ineludible su deber de gratitud hacia la generosa cooperación de la tierra fecunda; palpó el acero de los vínculos que le encadenaban á esta segunda patria; y esa suma de pequeños egoísmos, de sublimes y gigantescos afectos y deberes, hizo torcer bruscamente su decisión.

Cuando Salvatore Mottura fué introducido á la presencia del Juez de Instrucción, y sometido á un previo reconocimiento por parte de los imputados, Pedro Torres había palidecido tan visiblemente que, sobre la frente del magistrado, como un reflejo de esa turbación, se plegó una arruga de desagrado, y se llenó su rostro hermético de un gran desaliento.

A solas ya con el juez, el único testigo, tras un instante de titubeo que fué para ambos de angustiosa expectativa, comenzó su declaración.

Mottura hablaba lentamente, escogiendo las palabras, poniendo en ellas cuanta veracidad le era posible; pero evocada por su propia voz la monstruosidad del delito, iba alzándose ante sus ojos y le atenazaba la garganta, cual si una última rebelión desesperada de su atribulada conciencia quisiese hacerle torcer el destino de sus palabras.

Con un supremo esfuerzo, con los ojos cerrados como para no ver más que lo que ahora quería ver, para cobrar nuevos alientos — los últimos alientos que necesitaba para continuar — puso frente á frente la magnitud del delito y el horror de las consecuencias.

La exaltación de su fantasía le llevaba muy lejos. Tuvo la espantosa visión de fratricidas contiendas. Pensó á forzados abandonos de esta segunda patria, dolorosos como otros nuevos destierros, que decretarían la monstruosa desmembración de los hogares, en que los padres y los hijos serían enemigos...

Luego, como supiérale á egoísmo la objeción, con más serenidad, con más cordura, se dijo á sí mismo que no tenía derecho de turbar, aunque fuera un instante, muy poco, apenas, apenas, la serena marcha triunfal de un progreso de que había sido factor, para castigar una salvajada que, aunque infame, era anónima, y sin más patria que la patria única del crimen.

Durante su narración, los ojos del juez habían ido tomando un brillo extraño de incredulidad, ante aquel hombre que le hablaba con voz entrecortada, poniendo en cada palabra el esfuerzo de una intensa reconcentración. Y cuando hubo terminado, cuando le vió poner con mano trémula su firma honrada, al pie del acta en que constaba que Pedro Torres había dado muerte á Tito Malvassi, en uso de legítima defensa y por desacato á su autoridad, cuando vió que iba á salir para ocultar un sollozo que le hinchaba el pecho, mudo, elocuente, reconocido, le tendió la mano, en la que se crispó nerviosa la gruesa y callosa de Salvatore Mottura.

(Ilustraciones de Syrovy.)

Digitized by Google

LA ANTORCHA DE LA CIVILIZACION

Dibujo del reputado caricaturista chileno, Carlos C. Wiedner.

Digitized by Google

INFORMACIONES AMERICANAS

Ferrocarril Central del Perú

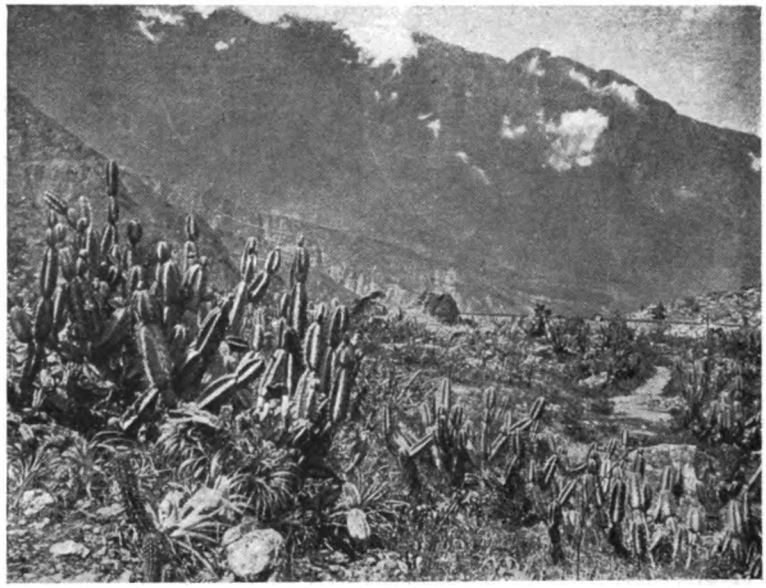
Entre las diversas vías férreas que unen el litoral del Pacífico con el interior del Perú, la más importante y la que ofrece mayor inetrés es sin duda el Ferrocarril Central transandino, llamado así porque atraviesa, dominándola, la formidable cadena de los Andes.

Este ferrocarril une el Callao, puerto principal de la República, que con la apertura del Canal de Panamá llegará á ser uno de los más importantes de América, une el Callao — decimos — y Lima, la Capital, con el centro del país. Su importancia política es considerable, pues establece lazos de unión y facilita la acción del Gobierno. Su importancia económica es enorme. El ha permitido el rápido desarrollo de las diversas poblaciones mineras situadas en el trayecto, y permite traer á la costa no sólo los minerales, sino

Zig-zag entre San Mateo y Matucana.

Digitized by Google

también los productos de la industria agrícola de la Sierra. Prolongado hasta el Cerro de Pasco, ha contribuido poderosamente al progreso de ese importantísimo asiento mineral, donde un sindicato americano ha establecido la estación metalúrgica más poderosa de Sud-América. Los ricos productos de la región del Chanchamayo: café, cacao, etc., tienen con él fácil salida, y prolongado como será hasta un punto navegable del río Ucayali, habrá asegurado las comunicaciones rápidas con la montaña rica, en toda clase de producciones.



Un aspecto de la quebrada cerca del puente de Challape

Además, desde el punto de vista técnico, el ferrocarril del Callao á la Oroya es una de las más admirables y atrevidas obras de ingeniería que existen en el mundo. Es difícil imaginarse las enormes dificultades, los obstáculos de todo género que han tenido que vencerse para llevar á cabo esta obra. Es necesario haber visto esa masa imponente de montañas que atraviesa, rodea y domina, para llegar, desde el nivel del mar, hasta la mayor altura que jamás ferrocarril alguno ha alcanzado hasta ahora.

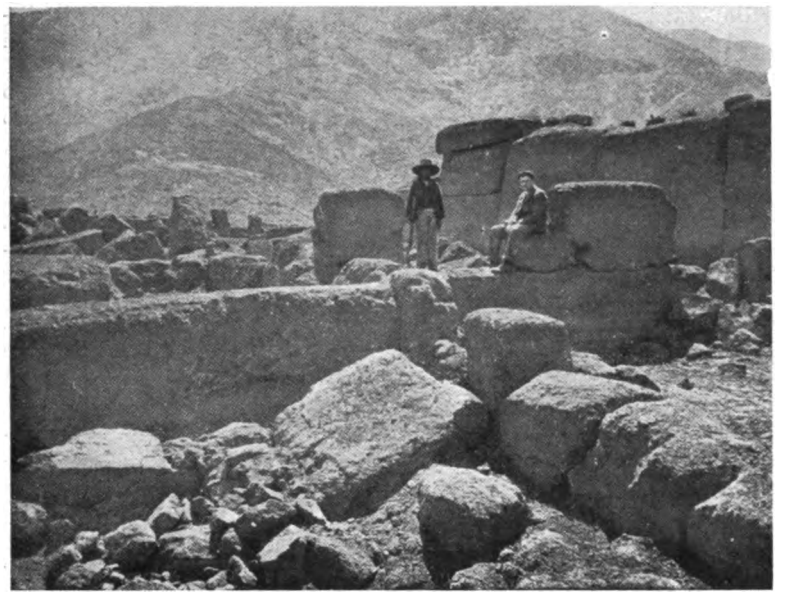
Principió su construcción en 1870. Entre las diversas propuestas, el Gobierno aceptó la del ingeniero americano Meiggs.

Después de detenidos estudios previos, se eligió la quebrada del río Rimac para el trazo del ferrocarril y el pueblo de la Oroya, como remate del tronco principal.

Se trataba de unir el Callao y la Capital con los importantes centros del Cerro de Pasco, Chanchamayo y Jauja. Para ello era necesario atravesar la cordillera, y las únicas vías eran las diversas quebradas que bajan de la Sierra, como sucede siem-

La región de las nieves eternas, cerca de Ticlio, la estación mas alta del mundo.

Digitized by Google



Ruinas de Cajamarquilla, en las inmediaciones de Lima.

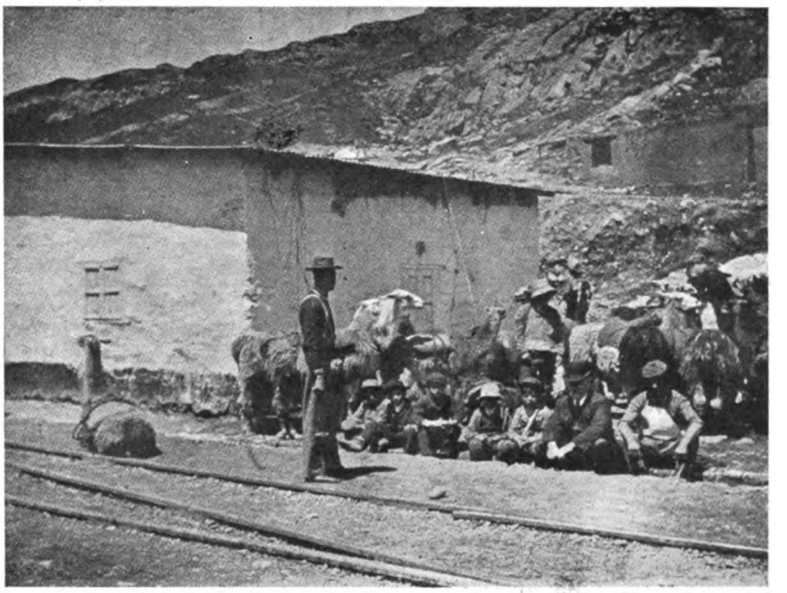
pre que se quiere llegar á la cumbre de cerros importantes para salvarlos. La quebrada del Rimac era la que más facilidades prestaba, y el pueblo de la Oroya el punto más indicado para *términus*, por poder partir de él tres ramales en las direcciones de los centros antes indicados.

En la parte baja, la quebrada tiene una inclinación moderada. Hasta San Pedro, la gradiente no llega á 2 por ciento. Hasta ese punto, no hay ninguna obra de arte digna de mención. En San Pedro y más allá, la pendiente aumenta considerablemente, y es necesario emplear otras locomotoras.

De Cocachacra á la cima de la cordillera se encuentran las mayores dificultades. En una extensión de 88 kilómetros, la quebrada tiene una inclinación siempre mayor del 4 por ciento. El trazo se desarrolla entonces. El ferrocarril tiene que ladear los cerros que forman los costados de la quebrada, y para salvar los puntos salientes imposibles de ladear, tiene que atravesar túneles y pasar puentes ó viadutos.

De Cocachacra á San Bartolomé, el ferrocarril sube por terrenos poco inclinados; y dando una vuelta completa por medio de dos puentes y dos túneles, que juntos miden 925 metros, llega á Surco.

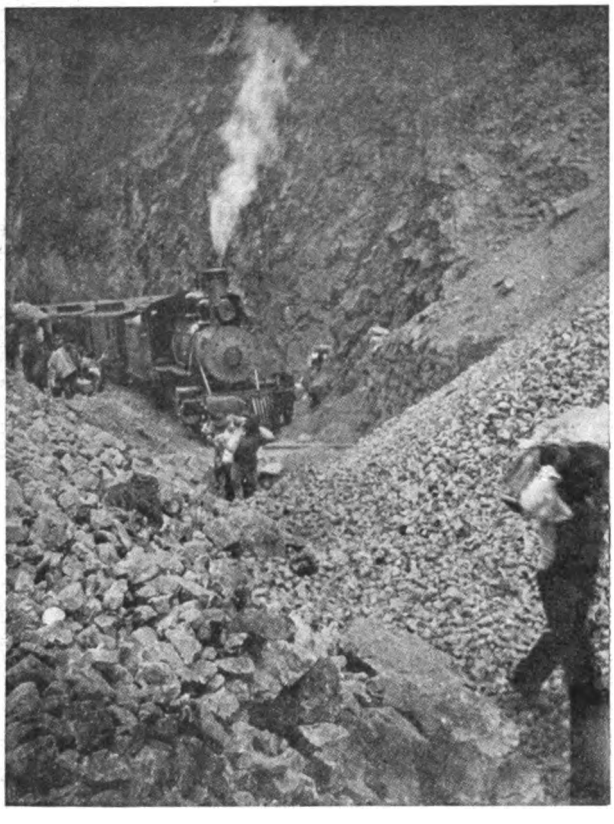
De Surco á Matucana, el tren sigue la orilla izquierda. Más allá de Matucana llega á la altura del río, y, atravesándolo, faldea los cerros de la orilla derecha. Entre este último sitio y San Mateo, la quebrada es sumamente áspera, y fuera de varios túneles hay que atravesarla por medio de dos viaductos, de 50 metros de altura sobre el río.



Un grupo de llamas, animales de utilidad inapreciable para el transporte en las abruptas regiones de la cordillera.

Digitized by Google

Así se llega á la quebrada del Parac, que ha permitido salvar el mal paso situado entre San Mateo y Anche. La quebrada del Rimac tiene allí una caída de 425 metros, en un largo de 6.800, comprendiendo en este espacio una cascada de 50 metros de alto, al pie de la cual corren las aguas entre dos murallas de cerros casi verticales, en el sitio que llaman *El Infiernillo*. Grandes han sido las dificultades que han tenido que vencerse por medio de varios túneles, de los que el más largo tiene 1.800 metros. Entre dos de esos y en el sitio llamado *El Infiernillo* hay un puente.



Derrumbe ocurrido el 7 de Octubre de 1907, que interrumpió el tráfico de la línea más arriba de Matucana.

Salvada esta parte, el ferrocarril entra en la quebrada de Río Blanco, donde existe una importante explotación metalúrgica. De Río Blanco á Bellavista, el ferrocarril recorre la orilla izquierda del río. De Bellavista á Casapalca, aunque las dificultades impresionan menos que las que se presentan entre Matucana y San Mateo, la pendiente de la quebrada tiene siempre más del 4 por ciento. Para reducirla á este límite, el trazo tiene que volver atrás y, aprovechando de la meseta de Chicla, atraviesa la quebrada por un viaducto, y gana Casapalca.

Ya estamos cerca de la cumbre (4.800 metros). El ferrocarril la atraviesa por medio del túnel de Galera, el más largo de la línea, que mide poco más ó menos 2.000 metros de largo. Este túnel está construido de modo, que el punto más alto de la línea queda en su centro, facilitándose así la evacuación de las aguas.

Una vez atravesada la cordillera, el ferrocarril deja de encontrar dificultades mayores. Hasta la Oroya, las faldas de los cerros son de una suavidad extraordinaria. El fondo de la quebrada es casi llano.

Antes de llegar á la Oroya pasamos por Yauli, importante población minera, á la que el ferrocarril ha prestado poderoso impulso. La Oroya es el término de este importante ferrocarril. De ella parte el ferrocarril al Cerro de Paseo y Gollarisquisga, así como el ferrocarril que pasando que el valle de Jauja llega á Hivancayo, y se está prolongando hasta Ayacucho. Dada ya la ley, han comenzado los trabajos del ferrocarril al Ucayali.

Más de veinte puentes atraviesan el río y los barrancos en el curso del tren. Los más notables son el ya indicado de « El Infiernillo » y el de *Verrugas*, que es el más largo y alto de toda la línea. Tiene 192 metros de largo y 71 de alto, sobre el río. De los sesenta túneles que hay en la línea, el más importante es el de Galera, que como hemos dicho atraviesa la cima de la cordillera, y tiene cerca de 2.000 metros de largo.

La gran obra entregada al público hasta la Oroya, en 1893, había costado la suma de 5.520.000 libras esterlinas.

	Distancia en km.	Altura en m.	Tiempo que tarda el tren Ordinario	Extraord
Callao..... ..	0 000	2 65	—	—
Lima (Desamparados)	13 500	137 15	» 30	» 25
Chosica.....	54 »	853 60	2 h. 10	1 h. 35
S. Bartolomé..	76 »	1511 60	3 h. 10	2 h. 45
Surco.....	91 »	2030 20	4 h. 05	3 h. 40
Matucana.....	103 »	2374 »	4 h. 45	4 h. 15
S. Mateo.....	126 500	3210 73	6 h. 50	5 h. 40

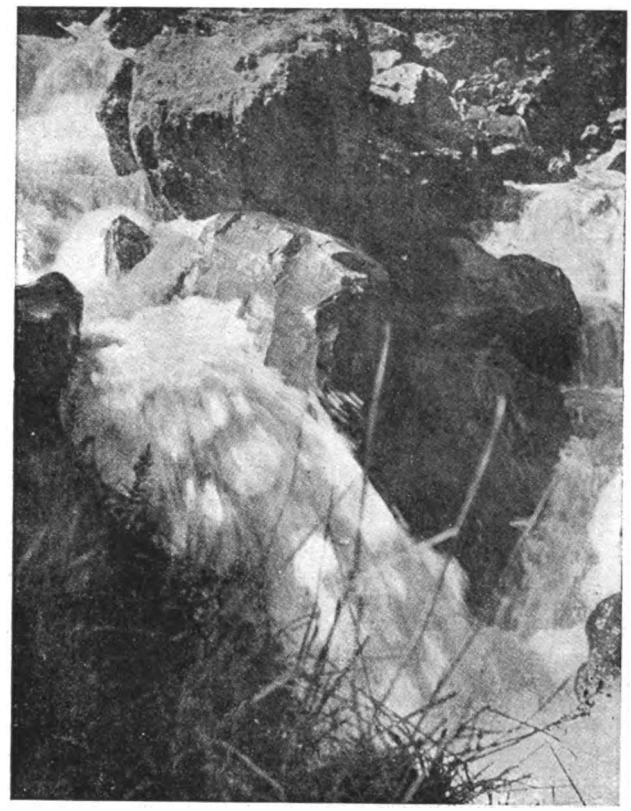
Digitized by Google

	Distancia en km.	Altura en m.	Tiempo que tarda el tren Ordinario	Extraord.
Chicla.....	142 »	3723 21	7 h. 45	6 h. 30
Casapalca.....	154 »	4147 31	8 h. 25	7 h. 55
Ticlio.....	171 »		9 h. 35	8 h. 55
Yauli.....	194 »	4090 60	10 h. 50	10 h. 05
Oroya.....	222 »	3712 50	11 h. 45	10 h. 45

El tiempo que un tren ordinario emplea, es de más de 11 horas. En este espacio de tiempo, el espectáculo que se presenta ante el viajero es verdaderamente inolvidable. De las secas llanuras de la costa, donde la temperatura es bastante elevada y donde se cultiva el algodón, la caña de azúcar, etc., donde se ven aún las ruinas de misteriosas ciudades incaicas, pasando por regiones cálidas de vegetación abundante y productoras de toda clase de frutos, sube el tren, poco á poco, atravesando puentes y túneles, bordeando precipicios, escalando en zig-zag las laderas de las montañas hasta la región de las nieves eternas, para descender después hasta su término, en un recorrido total de 222 kilómetros.

Pintorescos pueblos se alinean en el trayecto: Chosica, Matucana, lugares de excelente temperamento; Chicla, Casapalca, Yauli, poblaciones mineras de creciente importancia.

Los panoramas y las emociones se suceden rápidos y cambiantes, desde los agrestes y áridos paisajes de la costa hasta la región de las nieves eternas, que brillan con inmaculada blancura en la cima de los montes gigantescos. Cuando, al atravesar el puente de « El Infiernillo », se ve al tren salir del seno de la montaña para desaparecer misteriosamente en el túnel opuesto, el efecto es singularmente fantástico. Las profundas hondonadas en cuyo fondo crecen, rudas y bravías, las hierbas de la montaña, se presentan numerosas á lo largo del camino. Al atravesarlas, se diría que se viaja por los aires. El río parece entonces delgada cinta de plata. Unas veces es tranquilo y se desliza suavemente. Otras cae en tumultuosas cascadas arrastrando infinidad de piedras con ruido ensordecedor. A lo lejos, muy abajo, se distingue la línea que momentos antes ha recorrido el tren, mientras que muy alta, muy alta, una abertura se muestra, casi imperceptible : es la entrada del túnel que pocos momentos después ha de franquear la locomotora, en su marcha siempre ascendente.



Caída de agua de Río Blanco, donde existe una importante estación metalúrgica.

Al caer la tarde, llega el tren á la Oroya. El sol baña con sus últimos rayos las cimas de los montes. Viendo los enormes picos lejanos cubiertos de nieve, viendo la masa inmensa de rocas que nos rodea, se pregunta uno si, en verdad, no es una fantasía ese viaje por el seno de las montañas y sobre abismos insondables.

E. HERRERA.

Digitized by Google

CURIOSIDADES LITERARIAS

Por RUBEN DARIO

HABLABAMOS varios hombres de letras de las cosas curiosas que, desde griegos y latinos, han hecho ingenios risueños, pacientes ó desocupados, con el lenguaje. Versos que se pueden leer al revés tanto como al derecho, guardando siempre el mismo sentido, acrósticos arrevesados, en losange; y luego, prosas en que se suprimiera una de las vocales, en largos cuentos castellanos.

Entonces, yo les hablé de una curiosidad, en verdad de las más peregrinas, que hice insertar, siendo muy joven, en una revista que dirigía, allá en la lejana Nicaragua, un mi íntimo amigo. Es un cuento corto, en el cual no se suprime una vocal, sino cuatro. Váis á leerlo. No encontraréis otra vocal más que la *a*. Y os mantendrá con la boca abierta. ¿ Su autor ? Sudamericano, seguramente, quizás antillano, posiblemente de Colombia. Ignoro é ignoré siempre su nombre. He aquí la lucubración á que me refiero :

AMAR HASTA FRACASAR.

Trazada para la A.

La Habana aclamaba á Ana la dama más agarbada, más afamada. — Amaba á Ana Blas, galán asaz cabal, tal amaba Chactas á Atala.

Ya pasaban largas albas para Ana, para Blas ; mas nada alcanzaban. Casar trataban ; mas hallaban avaras á las hadas, para dar grata andanza á tal plan.

La plaza llamada Armas, daba casa á la dama ; Blas la hablaba cada mañana ; mas la mamá, llamada Marta Albar, nada alcanzaba. La tal mamá trataba jamás casar á Ana hasta hallar gran galán, casa alta, ancha arca para apañar larga plata, para agarrar adahalas (1). ¡ Bravas agallas ! — ¿ Mas bastaba tal cábala ? — Nada ¡ ca ! ¡ nada basta á atajar la llama aflamada !

Ana alzaba la cama al aclarar ; Blas la hallaba ya parada á la bajada. Las gradas callaban las alharacas adaptadas á almas tan abrasadas. Allá, halagadas faz á faz, pactaban hasta la parca amar Blas á Ana, Ana á Blas. ¡ Ah ¡ ráfagas claras bajadas á las almas arrastradas á amar ! gratas pasan para apalambrarlas (1) más, para clavar la azagaya (2) al alma. ¡ Ya nada habrá capaz á arrancarla !

Pasaban las añadas (3). Acabada la marcada para dar Blas á Ana las sagradas arras, trataban hablar á Marta para *afrancar* (4) á Ana, hablar al abad, abastar saya, manta, sábanas, cama, alhajar casa ¡ ca ! ¡ nada faltaba para andar al altar !

Mas la mañana marcada, trata Marta ¡ mala andanza ! pasar á Santa Clara al alba, para clamar á la santa adaptada al galán para Ana. Agarrada bajaba ya las gradas ; mas ¡ caramba ! halla á Ana abrazada á Blas, cara á cara. ¡ Ah ! la *a* nada basta para trazar la zambra armada. Marta araña á Ana, tal arañan las gatas á las ratas ; Blas la ampara ; para parar las brazadas á Marta, agárrala la saya. Marta lanza las palabras más malas á más alta garganta. Al azar pasan atalayas, alarmadas á tal algazara, atalantadas á las palabras : — ¡ acá ! ¡ acá ! ¡ atrapad al canalla mata-damas ! ¡ amarrad al rapaz ! — Van á la casa : Blas arranca tablas á las gradas para lanzar á la armada ; mas nada hará para tantas armas blancas. Clama, apalabra, aclara ¡ vanas palabras ! nada alcanza. Amarran á Blas. Marta manda á Ana para Santa Clara ; Blas va á la cabaña. ¡ Ah ! ¡ Mañana fatal !

¡ Bárbara Marta ! avara bajasa (5) al atrancar á Ana tras las barbacanas sagradas (algar (6) fatal para damas blandas). ¿ Trataba alcanzar paz á Ana ? ¡ Ca ! ¡ Asparla (7) alafagarla, matarla ! tal trataba la malvada Marta. Ana, cada alba, amaba más á Blas ; cada alba más aflatada, aflacaba más. Blas, á la banda allá la mar, tras Casa Blanca, asayaba (8) á la par gran mal ; á la par balaba (9) allanar las barras para atacar la

(1) Adahalas, lo mismo que adehalas.

(1) Apalambrar, incendiar.
(2) Azagaya, dardo.
(3) Añadas, el tiempo de un año.
(4) Afrancar, dar libertad, licencia.
(5) Bajasa, mujer mala.
(6) Algar, caverna ó cueva.
(7) Aspar, atormentar.
(8) Asayar, experimentar.
(9) Balar, desear ardientemente.

Digitized by Google

alfana, (1) sacar la amada, hablarla, abrazarla...

Ha ya largas mañanas trama Blas la alcaldada : para tal, habla. Al rayar la alba al atalaya, da plata, saltan las barras, avanza á la playa. La lancha, ya aparada (2) pasa al galán á la Habana. ¡ Ya la has amanada (3) gran Blas; ya vas á agarrar la aldaba para llamar á Ana ! ¡ Ah ! ¡ Avanza, galán, avanza ! Clama alas al alcatraz, patas al alazán ¡ avanza, galán, avanza !

Mas para nada alcanzará la llamada : atafagarán (4) más la tapada, taparánla más. Aplaza la hazaña..

Blas la aplaza ; para apartar malandanza, trata hablar á Ana para Ana nada más. Para tal alcanzar, canta á garganta baja :

La barca lanzada
allá al ancha mar
arrastra á la Habana
canalla rapaz.

Al tal, *mata damas*
llamaban asaz,
mas jamás las mata,
las ha para amar.

Fallas las marras
hará tal galán,
ca, brava alabarda
llaman á la mar.

Las alas, la al aba,
la azagaya... ¡ Bah !
nada, nada basta
á tal batallar.

Ah, marcha, alma Atala
á dar grata paz,
á dar grata andanza
á Chactas acá.

Acabada la cantata Blas anda para acá, para allá, para nada alarmar al adra (5). Ana agradada á las palabras cantadas salta la cama. La alma la da al galán. Afanada llama á ña Blasa, aya (6) parda. Ña Blasa, zampada á la larga, nada alcanza la tal llamada ; para alzarla, Ana la *jala* las pasas. La aya habla, Ana la acalla; habla más ; la da alhajas para ablandarla. Blasa las agarra. Blanda ya, para acabar, la parda da franca bajada á Ana para la sala magna. Ya allá, Ana zafa aldaba tras aldaba hasta dar á la plaza. Allá anda Blas. ¡ Para, para, Blas !

Atrás va Ana. ¡ Ya llama! ¡ Avanza, galán, avanza ! Clama alas al alcatraz, patas al alazán. ¡ Avanza, galán, avanza !

— ¡ Amada Ana !...
— ¡ Blas !...
— ¡ Ya jamás apartarán á Blas para Ana!
— ¡ Ah ! ¡ jamás ! !
— ¡ Alma amada !...
— ¡ Abraza á Ana hasta matarla !
— ¡ ¡ Abraza á Blas hasta lanzar la alma ! !...

A la mañana tras la pasada, alzaba ancla para Málaga la fragata Atlas. La cámara daba lar para Blas, para Ana...

Faltaba ya nada para anclar ; mas la mar brava, brava, lanza á la playa la fragata : la vara.

La mar trabaja las bandas : mas brava, arranca tablas al tajamar ; nada basta á salvar la fragata ¡ Ah, tantas almas lanzadas al mar, ya agarradas á tablas claman, ya nadan para ganar la playa ! Blas nada para acá, para allá, para hallar á Ana, para salvarla. ¡ Ah ! tantas brazadas, tan gran afán para nada, hállala, mas la halla ya matada. ¡ ¡ ¡ Matada ! ! !... Al palpar tan gran mal nada *bala* ya, nada trata alcanzar. Abraza á la amada : « ¡ Amar hasta fracasar ! » clama... Ambas almas abrazadas bajan á la nada (1). La mar traga á Ana, traga á Blas, traga más ...¡ ca! ya Ana hablaba á Blas para pañal, para fajas, para zarandajas. ¡ « Mamá, ya, » acababa Ana. « Papá, ya, » acababa Blas !...

Nada habla la Habana para sacar á plaza á Marta, tras las pasadas ; mas la palma canta hartas hazañas para cardarla la lana.

Et voilà. ¿ Quién me dirá el nombre del autor ?

(1) Alfana, iglesia. Voz de la germanía.
(2) Aparar, preparar.
(3) Amanar, poner á la mano. Ya la tienes á mano.
(4) Atafagar, fatigar, sofocar.
(5) Adra, porción de un barrio, barriada.
(6) Aba, se dice vulgarmente de las criadas de razón.

(1) Almas por cuerpos, Dios me libre de la impiedad

Digitized by Google

LEOPOLDO THEVENIN

(Monsieur Perrichon)

Ejerció simultáneamente y con igual autoridad de médico y de crítico.

Estas líneas aludirán presentemente al periodista de vigoroso y conciso estilo, cuyos escritos, durante estos últimos años, han constituido uno de los indiscutidos factores de elevada amenidad en la prensa montevideana. El 9 del pasado Junio cumplió el primer aniversario de su muerte, acaecida en Montevideo á la edad de 32 años.

Con pluma inusitadamente amena y vigorosa en las prácticas periodísticas corrientes, censuró primordialmente y sin desfallecimientos apetencias estéticas colectivas, y fórmulas de arte hasta entonces indiscutidas y gratas á la mayoría. En esta ardua tarea, la labor del amable escritor fué, por lo general, más universalmente justipreciada que la intención del crítico. Y en su envoltura exóticamente parisina, con relación al medio al expresarse en críticas levemente irónicas ó aceradas y exigentes, « Monsieur Perrichon » pagó el más filial tributo de amor al rincón del Mundo que le viera nacer. Fué, más que nada, un ciudadano de su ciudad, por cuyo embellecimiento bregó constantemente en todos los sentidos. Su prédica tendió invariablemente á fustigar una indefinible falta de espíritu debidamente científico y artístico, el diletantismo y el empirismo edilicio que erigen la expansión de muchas ciudades sudamericanas. « Ensanchemos » es el epígrafe de uno de sus más sonados artículos, que pudiera también sintetizar el génesis de toda su propaganda.

Se le acusó de parisino. El amó, incontestablemente, lo que del genio francés constituye sus características: la claridad y sus afinidades helénicas. Eludió de sus escritos y de sus gustos la prosopopeya y la ampulosidad, mostrándose más ático que conceptuoso. Se le acusó de galófilo unilateral, porque bregara contra determinadas artes justapuestas al criterio francés corriente. No combatió nacionalidades. Combatió fórmulas para él censurables.

Fué, sobre todo, un ecléctico admirador del Arte abstracto y universal. Se le comparó á Larra, y había quizá tanto de Ruskin en la intención de su prédica.

Los principales artículos de « Monsieur Perrichon » han sido editados en dos volúmenes: « Colección de artículos » y « Nueva colección de artículos », esta última publicación póstuma (1). Los límites de este artículo no autorizan mayores transcripciones. En todo el correr de la obra transluce la galanura y el instinto de la amenidad, cualidades primordiales en un periodista cuando van relevadas por un hondo criterio artístico. Por eso, más que periodista, « Monsieur Perrichon » era quizá un escritor...

Y fué, sobre todo, un cultor de la Verdad.

A. B.

(1) Barreiro y Ramos. — Montevideo.

Digitized by Google

Por E. GOMEZ CARRILLO

LA MARIA MAGDALENA,
DE MAETERLINCK.

VOULOIR,
DE GUSTAVE GUICHES.

RÉUSSIR,
DE PAUL ZAHORI.

ESTA *María Magdalena*, del gran Maeterlinck, se había representado en Rusia, en los Estados Unidos y en Inglaterra.

— ¿ Por qué no en París ? — preguntábase la gente.

Y como el autor no parecía dispuesto á explicar este raro fenómeno, cada uno se hacía las reflexiones que se le antojaban.

Ahora que hemos, al fin, asistido al estreno de tan deseado y tan esperado drama, casi todos están de acuerdo en reconocer, que quizás habría sido mejor que la pecadora legendaria hubiese continuado su camino por el mundo, sin decidirse á penetrar en esta Jerusalén del arte que se llama París. Porque en verdad, para nada tenía necesidad el poeta de « Monna Vanna » del éxito relativo del Châtelet, después de sus triunfos francos de otros días. El mismo « Figaro », que es el más Maeterlinckiano de los periódicos, reconoce lo poco digno que es de sus hermanas mayores la última creación del autor del *Temple Enseveli*. « Sin duda — dice Robert de Flers — no encontramos en ella ni el aleteo del *Pájaro Azul*, ni la primavera embalsamada y dolorosa de *Peleas y Melisanda*, ni el estremecimiento misterioso de la *Intrusa* ó de *Tintagiles* » Sin duda... Y es en vano que los incondicionales y los snobs se empeñen en hacernos creer, que la nueva obra es más admirable, más profunda, más bella, más emocionadora que las anteriores. Por mucho que quisiéramos creerles, en efecto, la simple evocación de nuestras sensaciones nos lo impediría. ¿ Dónde están en *María Magdalena* las deliciosas angustias y los fogosos entusiasmos de *Monna Vanna* ? Ni la « manera » parece la misma. En una obra que debiera ser todo ingenuidad, ó todo perversidad, el poeta adopta una actitud terriblemente literaria. Cada uno de sus personajes parece salir, no del fondo vago de la leyenda, sino de las páginas sabias de un libro. Ese filósofo epicuriano, que sonríe como en un festín cuando la más grande tragedia se desarrolla á su puerta, y que considera al Hijo del Hombre cual un fino maestro de parábolas, es un ser escapado de las obras de Anatole France, un hermano del Procurador de Judea, un renanista de toga ; esa pecadora que se corona de bellas rosas, y que desgrana crueles risas entre el esplendor de su prestigio y la apoteosis de su vida, es una imagen salida de una comedia de Oscar Wilde; ese tribuno soberbio, cuyas frases lucen con más lujo que el acero de su coraza, nos parece haberle encontrado antes entre las imágenes de Flaubert ; ese Cristo, en fin, ese Cristo invisible de quien todos hablan y de quien nosotros no oímos sino la voz, ese Cristo algo desteñido, algo pálido, es el que dejamos hace veinte años en los tomitos célebres de Theodor de Wizewa. En cuanto á la acción, que algunos nos habían anunciado como digna de rivalizar con las invenciones paradójicas y sublimes de « Salomé » y de la « Tentación de San Antonio », no resulta, realmente, ni muy profunda, ni muy nueva. María de Magdalá se halla en el apogeo de

Digitized by Google

Mr. Denis d'Inès, Mr. Karl y Mad. G. Leblanc-Maeterlinck, en Marie-Magdeleine.

su existencia libertina. Con orgullo, proclama su venalidad y su indiferencia. Al soldado que le ofrece su alma, hácele comprender que una esmeralda sería un regalo de más precio. Y todos la aceptan tal cual es. El viejo epicúreo la invita á sus fiestas; los filósofos analizan sus ideas con regocijo; los efebos suspiran ante sus ojos azules. En el momento en que principia la obra, los amigos de Silvano rodean de adulaciones á la bella cortesana en el jardín de Betania. De pronto, un rumor de voces llega hasta ellos.

— Es un místico judío que quiere transformar el mundo — dice Silvano. — Yo le he visto. Tiene un gran encanto de palabra, y ofrece á los miserables una existencia futura llena de bienaventuranzas. La plebe le sigue por los caminos, y asiste á sus milagros con una fé enternecedora. Yo he presenciado uno de esos milagros: la resurrección de un tal Lázaro que vivía aquí cerca. Estas cosas son frecuentes en Judea.

La asistencia sonríe. Magdalena quiere hablar de sus placeres. Pero en ese momento, una voz harmoniosa llega hasta el jardín. Y lo que esa voz dice, nunca ningún hombre lo ha oído hasta entonces. « Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de mi padre... bienaventurados los que han sed de justicia, porque podrán saciarla... bienaventurados los que sufren persecuciones, porque serán consolados... » Obedeciendo á un ímpetu sagrado, Magdalena corre hacia donde está el profeta. La multitud, que odia á las pecadoras, quiere lapidarla. Entonces, la voz divina vuelve á alzarse en el tumulto, y dice: « Que aquél que está sin culpa le tire la primera piedra ». Desde este instante, la mujer antes venal, se convierte en un ser de sacrificio. Abandona su palacio, sus joyas, sus placeres, y sigue al Señor con los pies descalzos. Le sigue hasta el calvario, y cuando los apóstoles no están allí, ella está. Pero antes de este supremo adiós, un terrible problema le atormenta. El tribuno enamorado de su belleza es el que se halla encargado de custodiar al Cristo.

— Sé mía — le dice — y lo haré evadirse.

¡ Salvar á Jesús con el sacrificio de un beso ! Su primer movimiento se lo aconseja. Sin embargo, algo hay en el fondo del alma que le ordena que no lo haga. No, no puede ser. El justo no puede ser salvado con un vil mercado.

— Vade retro — exclama.

Como el patricio del soneto de Verlaine, el protagonista de la nueva comedia de Gustave Guiches parece murmurar:

— Ah ! ne pouvoir vouloir un peu !

Digitized by Google

Mlle. Sorel, Mr. Grand y Mr. de Ferandez, en " Vouloir ".

Porque esta obra triste, obscura, desigual, es la tragedia íntima de la voluntad que agoniza en un alma. Un dramaturgo que no temiera lo pintoresco, la habría titulado : *Los tormentos de un neurasténico.* Pero en la Comedia Francesa, los títulos, como los asuntos, deben ser graves, y aun algo secos si es posible. *Vouloir* está bien. Sólo que *Vouloir* no indica de qué se trata. *Vouloir* parece que fuera « querer » ó « desear », cuando, en realidad, es la voluntad débil frente á la voluntad fuerte.

Felipe Richard, viudo, vive en su castillo, sólo y triste. Desde que desapareció su mujer, nada le anima, nada le gusta Vivir, para él, es esperar la muerte. Nada le parece valer la pena de un esfuerzo. Nada le atrae y nada le despierta. Un día, sin embargo, una linda dama va á visitarle en compañía de su médico, el célebre Lemas. Por primera vez, algo palpita en su corazón. El buen doctor comprende, que aquella mujer providencial podría más que toda su ciencia en el ánimo de su pobre amigo neurasténico. « ¿ Por qué no casarlos ? » piensa. El egoísmo le contesta : « Porque tú también la amas ». Y en efecto, la ama. Pero su voluntad es superior á sus sentimientos. Se trata de salvar á un ser que merece todo su cariño. Un sacrificio no es nada, y en cambio una obra piadosa es todo. Heroicamente, pues, realiza la unión. He ahí á Felipe que vuelve á la vida. Sólo que sus nervios no funcionan ya de un modo normal. Lo que debiera ser su ventura, se convierte en su tormento. Los celos le enloquecen. La familiaridad de su mujer con el sabio médico le vuelven injusto, violento, grosero. Un día, después de una disputa, exclama :

— Márchate... márchate... Ya no puedo soportarte...

Ella se va, decidida á no volver. Al casarse, más que amor, había sentido lástima. Era el enfermo el que la interesaba, era el deseo de salvar á un ser triste el que la decidió. Comprendiendo la inutilidad de su esfuerzo, se decide á renunciar á la lucha. El divorcio le devolverá su libertad. Des-

Digitized by Google

pués de confesar todo esto á Lemas, le dice :

— Lo curioso es que estaba celoso de Ud., que nunca ha tenido por mí el menor cariño.

Entonces, sin poderse contener, el doctor confiesa su amor.

— ¡ Si me lo hubiera Ud. dicho! —exclama ella.

Y luego, con la decisión que las mujeres ponen en sus combinaciones sentimentales, agrega :

— Aún es tiempo. Una vez mi divorcio obtenido, seré libre.

Lemas duda de nuevo. Su alma le da consejos de tierno egoísmo. Pero su voluntad triunfa. En vez de tomar para sí la mano blanca que le tienden, la coloca entre las de su pobre amigo. Reconciliar á la mujer que ama con el amigo á quien desea hacer feliz, le parece más bello que asegurar su propia ventura.

Mientras la Comedia estrenaba *Vouloir*, el Odeón ensayaba por última vez *Réussir*. En francés, este título es clarísimo. « Réussir » es réussir... En español, después de mucho buscar, no hemos logrado, ni aun con la ayuda de Mariano de Cavia, hallar un término correspondiente. ¿ Se trata acaso de algo muy especial de Francia ? De ninguna manera. En España también hay quien « réussit », quien no « réussit » y quien se muere por « réussir ». Un hombre que logra lo que se propone, « réussit ». El análisis de la obra de Paul Zahori va á indicarnos, mejor que una disquisición gramatical, dos matices de la palabra.

Marco Andrés Vives, hombre político y naturalmente ambicioso, se encuentra entre dos mujeres, una que es su esposa y otra que no es sino su amiga. Estas dos heroínas burguesas forman un contraste pintoresco. La primera, Florina, es la ternura y la sencillez en persona. La segunda, madame de Saint-Charmeil, es coqueta, es brillante, es suntuosa, es seductora. Y Marco Andrés, que se encuentra en situación de ser ministro, piensa con amargura : « Mi mujercita es muy buena para ama de casa. Para ministra, no. En los magníficos salones del palacio oficial, parecerá un fantasma casi invisible. Servirme, no me servirá de nada. ¡ Qué digo ! Me hará daño. En cambio, la otra, tan insidiosa y tan imperiosa, tan insinuante y tan elegante, sería una señora ministra capaz de sostener á su marido en los casos difíciles, y de hacerlo admirar siempre. Además, ésta es sobrina de Tardivel, y Tardivel será Presidente del Consejo dentro de pocos días ». Apenas se ha dirigido á sí mismo este discurso, en efecto, los periódicos le anuncian que el ministerio ha caído, y que Tardivel está llamado á formar un nuevo gabinete. ¡ Ah ! ¡ si en vez de tener como esposa á Florina, estuviese casado con la otra ! Y lo más cruel es que ¡ Chapart, el ambicioso Chapart que también quiere ser ministro, hace la corte á Madame de Saint-Charmeil. ¡ Cómo hacer, Dios Santo, cómo hacer ! La dama coqueta é imperiosa se lo dice :

Mr. Vargas, en " Réussir ".

— Ante todo, tiene Ud. que renunciar á su proyecto de ley contra el divorcio. ¡ Ah ! yo sé que todo el programa político de V. está basado en ese proyecto. Pero á mí no me conviene. Así, pues...

— Renuncio al proyecto — contesta Marco Andrés.

— Será Ud. ministro.

En su egoísta entusiasmo, el ambicioso le confiesa á su pobre mujer sus ideas secretas. El gran escollo de su vida es ella. Entonces ella, con el corazón desgarrado, le dice :

— Me marcho... Te abandono... No quiero ser el escollo... Adiós...

En su alma amorosa, el hombre político siente el impulso de detenerla, de hablar. Pero la imagen de Madame de Saint-Charmeil surge, y calla. La cartera está ahí. La infeliz esposa se va. El nombramiento de ministro aparece. Marco Andrés ha « réussi ».

¿ Me decís que en este sentido la palabra tiene un sabor amargo ? Es cierto. « Réussir », como triunfar, como « arribar », significa casi siempre hacer algún sacrificio doloroso, y dejar entre las espinas de las rosas un poco de nuestra vida interior.

(Dibujos inéditos de Yves Marevéry).

Digitized by Google

Los muebles de antiguo estilo francés son indudablemente los más buscados por las personas de buen gusto. Pero los ejemplares auténticos, á más de escascar mucho, alcanzan precios fabulosos, que se cuentan por centenares de miles de francos. En estas condiciones, estos muebles son muy difíciles de encontrar, y aún más difíciles de adquirir. Tales circunstancias han dado origen á una industria hoy floreciente, que es la de la reproducción exacta y artística de los más bellos modelos de mobiliario antiguo que se conservan en nuestros museos nacionales.

Así pues, de las manos de nuestros constructores modernos, maestros en el arte de ebanistería, surgen de nuevo aquellas obras admirables que fueron gala de los artífices de los siglos XVII y XVIII. Los modelos que ilustran estas páginas han sido construidos por una de las casas que más justamente sobresalen en este arte, y que pone especial empeño en copiar, exclusivamente, los más bellos modelos de los mus os y de las colecciones particulares (1).

Esta casa publica actualmente, con el concurso de distinguidísimos escritores, y de los conservadores de los principales museos franceses, una obra acerca de la historia del mueble, obra interesantísima cuyo prólogo, firmado por Jules Lemaitre, insertamos á continuación.

Esmerándose en continuar empleando los antiguos sistemas de construcción, con objeto de prestar más fidelidad á sus reproducciones, esta casa utiliza al mismo tiempo un procedimiento moderno, del que tiene la exclusiva, y merced al cual las piezas de marquetería no se agrietan ni se despegan, como ocurre en esta clase de muebles, al someterse á la acción de los climas extremos. Hemos tenido ocasión de ver una de las obras de marquetería construida con este nuevo procedimiento, y que luego de permanecer en agua hirviendo durante varias horas continuaba intacta, sin que ni uno de sus trozos se separase ó se resquebrajara.

Este invento subsana el gran inconveniente de las construcciones de marquetería, inconveniente del cual se quejaba en su célebre libro el gran ebanista Roubo, y que hasta la fecha habia subsistido en pie.

Juzgamos estos datos del mayor interés, especialmente para nuestros lectores de la zona tropical de América, quienes, en más de una ocasión, habrán lamentado los deterioros sufridos por muebles caros traidos de Europa, y no dispuestos para afrontar tales extremos climatológicos.

Los muebles antiguos son símbolos de la historia familiar. Sus transformaciones obedecieron á la evolución de las costumbres, y por lo tanto compendian la vida del sentimiento.

Fueron primero góticos y monumentales; parecían muebles de iglesia. Usábanlos recios hidalgos vestidos de hierro, y serenas damas piadosas. No eran, por tanto, muebles hechos en afán de comodidad.

Con el Renacimiento llegan la marquetería y el mosaico, y aparecen los muebles cincelados como joyas, y construidos por encargo de suntuosos magnates.

El estilo Luís XIV se armoniza con las pelucas; los sillones de alto respaldo parecen apropiados para conversaciones ordenadas y trascendentales.

La charla frívola del siglo XVIII exigió sitiales más elegantes, y de siluetas más airosas.

(1) Establecimientos B. PEYRAT & Fils, & Cie, 107, boulevard Richard-Lenoir, Paris.

Digitized by Google

ESCRITORIO DE CORTINA, EPOCA LUIS XVI
(Museo del Louvre.)

El estilo Luís XV reune — al fin — la gracia y la comodidad.

El estilo Luís XVI completa y depura esta elegancia refinada.

El falso estilo antiguo, del tiempo de la Revolución y del Imperio, nos regocija como una lectura de Plutarco. La rigidez de estos muebles y el carácter bélico de sus adornos de cobre : espadas, laureles, haces de lictores, responden al ambiente en que triunfan los soldados del Emperador.

Y después, nada más... ¿ Puede decirse que exista realmente un estilo Luís-Felipe ó un estilo Segundo Imperio ?... En cuanto al « Modern-Style », reacción del gusto contra el abuso del almohadillado y de las felpas, lo único agradable que en él encontramos, algunas veces, es su concisión frágil y la pulcritud de su brillo.

Pero los muebles no sólo nos hablan de la historia, sino también de la geografía y de los climas. Un armario normando, un bargueño flamenco ú holandés evocan ciertos paisajes, determinados aspectos de la vida y, si se quiere, las huellas de ciertas virtudes.

De tal modo, al ser expresión de una índole de vida, los muebles nos inclinan á vivir conforme á ella. Rodeados de muebles Luís XVI, antójasenos tener un alma del siglo XVIII, y los vetustos muebles familiares de roble y de nogal, amplios, resistentes y hospitalarios, nos aconsejan una vida sencilla, serena y sana, apegada á la tierra y fiel á la tradición.

Sumemos á todo esto el estímulo que nos lleva á buscar esos muebles viejos, y el placer que produce el dar con ellos, recordando que no hay mueble bello que no sea francés, ó por lo menos, que los muebles franceses sirvieron durante mucho tiempo de modelo á todos los países de Europa.

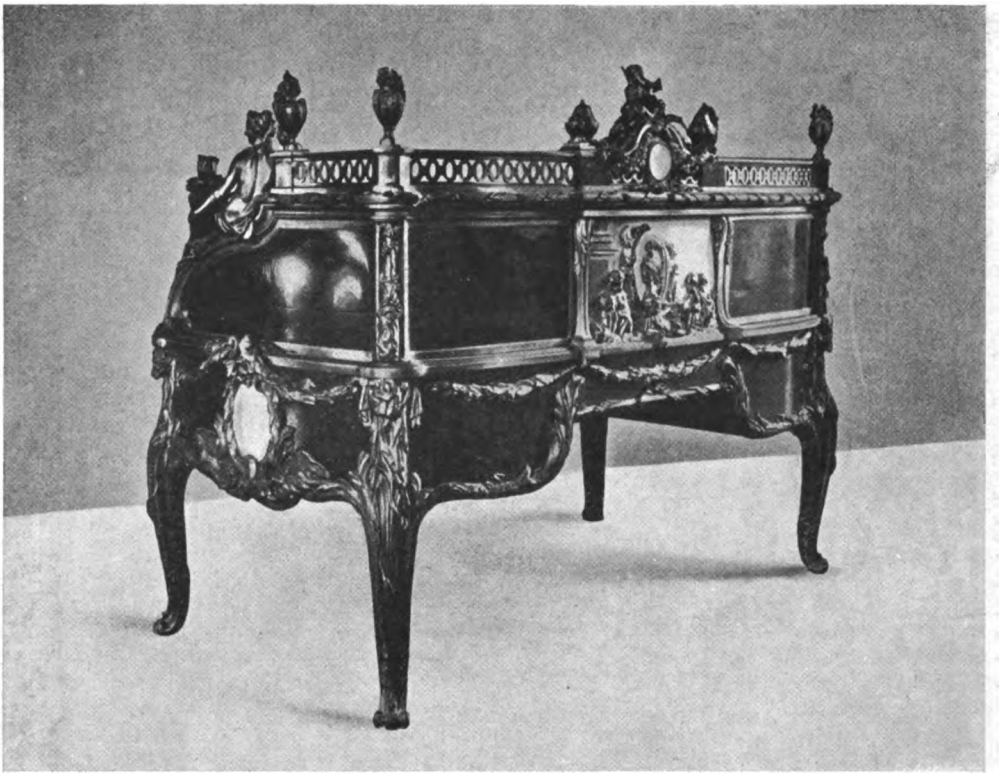
Por eso, en nuestros días, tantas gentes se dedican á la difícil y atractiva persecución de los muebles antiguos, que se hacen cada vez más escasos, hasta el punto de que es casi imposible dar con ellos, distinguiéndolos de la legión de imitaciones viles que se construyen, para engaño de los aficionados ingenuos.

Libros enteros se han escrito dedicados á

Digitized by Google

COMODA DE ESTILO REGENCIA
(Colección Richard Wallace.)

Digitized by Google



ESCRITORIO DE LUIS XV
(Museo del Louvre.)

prevenir á los incautos contra tales asechanzas, dispuestas por comerciantes sin escrúpulos. En efecto, pululan los muebles de construcción grosera y descuidada, en los cuales se ha pretendido imitar la artística rudeza de los constructores primitivos, completando la falsificación merced al auxilio de ácidos, cuya corrosión produce una huella semejante á la de la pátina del tiempo y del uso. Y así, estos muebles maculados distan mucho de tener el noble aspecto venerable de aquellos otros pulidos por las manos de las mujeres hacendosas, al través de los años y de las generaciones.

En cambio, nos es dado encontrar copias leales y seguras, que son perfectas reproducciones hechas por manos habilidosas y honradas. Para hermanarse con sus originales, estas copias no necesitan sino del tiempo, y, en tanto, nos procuran la sensación y el ambiente del pasado que resucita.

El encanto de los muebles antiguos, considerados en su aspecto familiar, es el encanto de lo que fué, y de lo que fué, sobre todo, en nuestro hogar...

JULES LEMAÎTRE,
de la Academia Francesa.

Modelos reproducidos por los Establecimientos B. PEYRAT & Fils, & Cie.

Digitized by Google

MUNDIAL MAGAZINE

PUBLICACIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis - Paris

Digitized by Google

Pedidos al por mayor á **E. GAL**, fábrica de perfumería

MADRID

Digitized by Google

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción :
CARLOS LESCA

TELEFONOS
Dirección y Administración : Louvre 0-36
Redacción y Publicidad : Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. .. .. 12 fr.

EXTRANJERO
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. .. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO
Francia. .. .. 1 fr. | Extranjero.. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA : Guiñazú & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.

ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.

ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

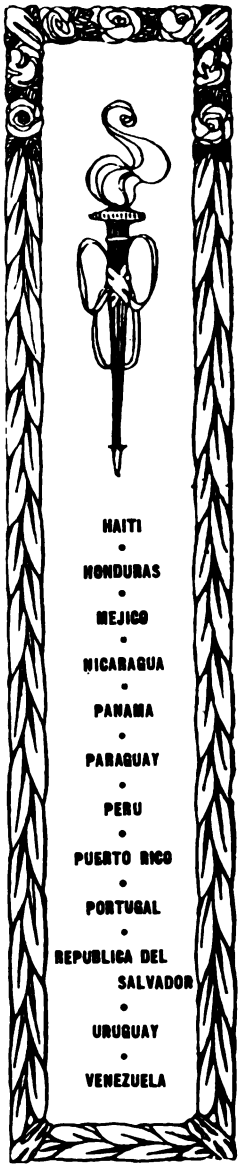
INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

ITALIA : Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.

SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina é Islas Filipinas : Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



Digitized by Google

AÑO III — VOLUMEN V — NUMERO 28 — AGOSTO 1913

SUMARIO

CUBIERTA por H. ANGLADA CAMARASA.
Retrato de la Sta. SONIA DE KLAMERY.

COMO ATRAVESÉ EUROPA EN AEROPLANO, por BRINDEJONC DES MOULINAIS.. 297
HOMBRES Y PAJAROS, por RUBEN DARIO.. 305
DE CARA AL MAR, cuento de ALFONS MASERAS, ilustrado por FALGAS.. 310
LA SORTIJA ENCANTADA, poesías de JULIO HERRERA y REISSIG, con ilustraciones de LARRAYA.. 315
EL CONCURSO DE MUNDIAL Y ELEGANCIAS 318
EL ENCANTO DE MASR-EL-KAIRA, por E. GOMEZ-CARRILLO. 319
CABEZAS. — ALBERTO DEL SOLAR, por RUBEN DARIO 328
LA EVOLUCION DEL TANGO. — Dos dibujos de FEDERICO RIBAS. 330
FLIRT, cuento de PEDRO FERRER GIBERT, ilustrado por HEMMINGS. 332
¿QUE HORA ES?, por ANTONIO G. DE LINARES. 336
ESTRAZILLA, continuación de la novela de JOSÉ ORTEGA MUNILLA, ilustrada por PARYS 346
LA MUJER EN EL ARTE DE H. ANGLADA CAMARASA, por Atl.. .. 357
EL CASTILLO, cuento de V. LILLO, ilustrado por HEMMINGS. 363
CRONICA DE PARIS, por V. GARCIA CALDERON. 367
TARDE, continuación de la novela de JORGE HUNEEUS, ilustrada por BASTÉ. 372
EL TEATRO EN PARIS, por GOMEZ-CARRILLO.. 384
EN HONOR DE EUGENIO GARZON.. 389
EL GENERAL FRANCISCO MIRANDA. 390
UN RENOVADOR DEL ARTE DECORATIVO, por ARNALDO DE VILLANUEVA. 391
ELEGANCIAS MASCULINAS.. 392

(No se devuelven los originales.)

En el próximo número :

HACER POR HACER, por ZORRILLA DE SAN MARTIN. — **MUSA NUEVA**, poesía de FRANCISCO VILLAESPESA. — Interesantes artículos de información sobre **RUMANIA**, — **EL PARIS QUE TRABAJA**, etc., etc.

Digitized by Google

Por BRINDEJONC DES MOULINAIS

Tenemos la alegría de poder dar á nuestros lectores, el primor del relato del vuelo prodigioso que hizo á través de Europa el joven y valiente aviador Brindejonc des Moulinais. Es una gloria para un periódico contar con colaboradores que sean héroes. Esa suerte, que fué rehusada á otros muchos colegas nuestros, la obtuvimos, porque Brindejonc comprendió de qué interés sería para los pueblos de América, para esos latinos de allende los mares, el relato de las proezas de un latino de Europa.

Había que ver la seguridad y la serenidad del aviador cuando partió de París. Como las exigencias del tiraje no nos debían permitir aguardar su regreso á París, insistimos para que nos enviase el artículo por correo. Calculando las fechas, nos dijo :

— Está bien. Les escribiré desde Estokolmo.

Y así fué. Es esa carta sencilla y heroica que publicamos.

No sin cierta emoción doy comienzo á estas líneas, en las cuales he de hablar de aquellos hechos, llevados á cabo por mí, que han merecido por parte del público la denominación excesivamente halagüeña de *proezas*.

En Francia, en España, en Alemania, en Rusia, en Suecia, en Inglaterra y en Bélgica, he sido objeto de tales atenciones y de tantos agasajos, que temo, fundadamente, caer en el pecado tan frecuente como trivial de una vana pretensión.

Y sin embargo, nada de lo que he hecho puede considerarse como un acto de heroísmo. He realizado mis vuelos sencillamente, modestamente, porque me es un placer el volar, y porque nada me es tan grato como el cruzar los espacios á bordo de mi aeroplano.

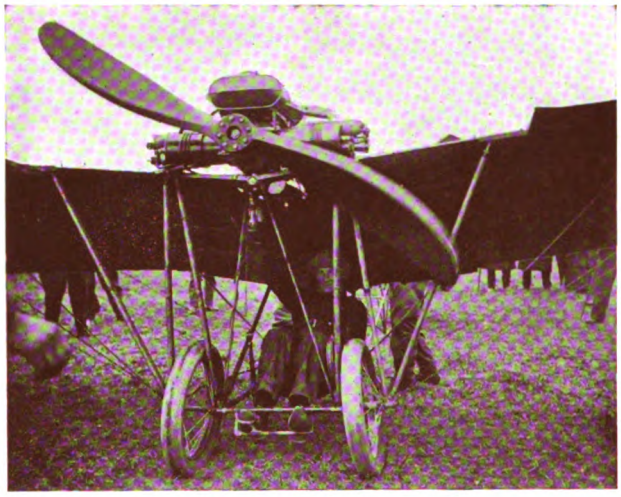
Por tales causas he puesto mis energías al servicio de la aviación, y hago cuanto me es dado en pro de sus adelantos y de su difusión.

¿ Cómo llegué á ser aviador?... A ello me indujo la admiración que me inspiraba Garrós. Hace tres años pasaba yo mis vacaciones en Dinard, y me preparaba á reanudar en breve mis estudios, cuando bruscamente tomé la resolución de abandonar los libros y las aulas para dedicarme al manejo y pilotaje de aeroplanos. Fué en una tarde de verano, y contemplando las evoluciones magistrales del « recordman » de Túnez-Roma, cuando se me ocurrió tal idea, que pronto se convirtió en una decisión inquebrantable : la de ser aviador.

Digitized by Google

Pero si el adoptar esta resolución fué para mí cosa fácil y rápida, me fué en cambio dificilísimo el convencer á mis padres de que prestaran su autorización á tal proyecto. Al fin, y tras de no poca insistencia mía, consintieron en facilitarme un crédito para la adquisición de un aparato, pero como imaginaban que mi deseo no pasaría de ser un capricho fugaz, no quisieron comprarme un aparato serio — como es necesario para un verdadero aviador — y sólo me facilitaron el pequeño modelo de la « Demoiselle » Santos-Dumont.

De tal modo, debuté á semejanza de Garrós y de Audemars, mis ilustres mayores. He de confesar que este aparato caprichoso, que funcionaba tan sólo cuando quería, y que me ponía en apuros tremendos, me sirvió para aprender á luchar contra el viento y á conservar la estabilidad. Cierto es que caí muchas veces, pero en tanto que mi pequeño aeroplano no se hizo trizas por completo, procedí á las reparaciones más urgentes, y en seguida volví á emprender la conquista de los cielos. Así fué como, siguiendo el ejemplo de Garrós y de Audemars, conseguí hacerme aviador, sin necesidad para ello de gastos extraordinarios.



Los debuts de Brindejonc, con un aparato " Demoiselle Santos-Dumont ", único modelo reducido que los padres del aviador consintieron en adquirir, juzgando que la vocación de su hijo sería tan sólo un capricho pasajero.

Después de la « Demoiselle », compré un monoplano, pero este aparato no me dejó más que malos recuerdos, y á bordo de él estuve á punto de matarme, cayendo sobre una grua, en los bordes del Sena, y escapando con vida de tal accidente por verdadero milagro.

Renuncié, pues, á este aparato por apego á la vida, y entonces comencé mis experiencias con otro modelo.

No he de hacer aquí la reseña de todos mis vuelos sobre el campo. La narración resultaría enojosa por lo prolija, y faltarían de ella muchos episodios que he olvidado por completo.

Desde que conseguí el dominio del aparato y de los elementos, me dediqué á totalizar kilómetros de recorrido sobre diversos países. Recordaba la máxima de que nada instruye á la juventud tanto como los viajes, y he viajado cuanto he podido, lo suficiente, si se tiene en cuenta que acabo de cumplir veinte años.

Hablaré, pues, de mi campaña de 1913, que es, á mi juicio, la más interesante que he realizado.

Durante el año pasado, me persiguió la mala suerte, hasta el punto de que fracasaron todos mis « raids », á causa de otros tantos incidentes desgraciados. Pese á ello, fuí el primer aviador que, saliendo de París, tomó tierra en Alemania. Como es lógico, la gloria de este viaje, antiguo ya (data de tres meses) no me duró mucho tiempo, y fué eclipsada pocos días después por Audemars, quien voló hasta Berlín, é hizo hablar de él lo bastante para que dejara de hablarse de mí.

En el « *Grand Prix* » de Anjou, Garrós se portó como un héroe luchando contra la tormenta y contra la lluvia, y consiguiendo una victoria histórica por ser el único que se atrevió á luchar contra los elementos, dejando atrás á 31 pilotos expertos, que no se atrevieron á seguirle.

Durante aquella prueba, yo volé también, pero en lugar de salir á las 9 de la mañana, como lo hizo Garrós, sólo emprendí la marcha pasado el medio día. Disponiendo de un aparato más rápido que el de mi amigo, esperaba adelantarle, ó por lo menos, llegar el segundo. Recorrí el itinerario sin inconveniente, pero llegué á la meta cuatro minutos después de retirarse los cronometradores. Estos cuatro minutos de retraso me privaron de

Digitized by Google

obtener el segundo lugar en el « raid », é inutilizaron todos mis precedentes esfuerzos. En cambio, mi admiración hacia Garrós se centuplicó en aquella inolvidable y ruda jornada.

Esto ocurría en la última parte de 1912. Por fortuna, el año siguiente había de compensarme de las desventuras sufridas, sin que esto quiera decir que tal año haya sido para mí una ininterrumpida serie de éxitos, ni mucho menos.

Especialmente, la copa Pommery ha sido para mí causa de no pocas desilusiones. En la última prueba he realizado el viaje París-Berlín-Varsovia, merced al cual soy detentor provisional de dicho premio. Pero no me sorprendería nada que, de aquí al 31 de octubre próximo, cualquiera de mis compañeros me aventajara, cubriendo una distancia mayor á la de los 1.500 kilómetros de mi recorrido. Y sin embargo, he de confesar que en mi vuelo París-Varsovia, agoté todos mis recursos de energía.

Caída de Brindejonc sobre una grúa, á orillas del Sena. Brindejonc, que ensayaba su primer monoplano de gran modelo, estuvo á punto de matarse en tal caída. Esta experiencia le decidió á comprar el aparato con el cual acaba de llevar á feliz término su estupenda proeza.

Este viaje responde á un plan madurado desde hace bastante tiempo, y según el cual me propuse recorrer en aeroplano las principales capitales de Europa. En consecuencia, me tracé un plan metódico pasando de lo sencillo á lo complejo, y comencé por visitar á nuestros amigos de Bruselas, y á los de Londres después. No constituían estos viajes ninguna proeza extraordinaria, pero los llevé á cabo con fortuna, y aquel « *raid* » de 1.000 kilómetros me valió entusiastas elogios de la prensa. En vista de este feliz éxito, decidí continuar en mi propósito, y adopté como itinerario el de París-Madrid, ida y vuelta, por Burdeos y Burgos al ir, y por Barcelona y Lyon al volver.

Con lo que no contaba, al trazar este itinerario, era con mi tradicional mala suerte, que apareció en forma de inagotables aguaceros, inundando mi magneto é imposibilitándome para seguir viaje, cuando tocaba casi á la meta. Salí de París con tiempo soberbio, pero llegué á Burdeos bajo una lluvia tenaz, mezclada con granizo, que me hería en la cara haciéndome sangrar. Al día

Digitized by Google

siguiente partí para Biarritz, en donde almorcé, siguiendo luego camino de España. Al llegar á Tolosa, la tormenta arreció de tal manera, que me ví en la necesidad de tomar tierra en un campo rodeado de postes telegráficos. Para tomar vuelo de nuevo, me fué preciso hacer cortar uno de los postes. Llegué á Vitoria como pude, y allí hube de hacer escala. Salí al día siguiente, pero á media jornada mi motor dió en pararse, sin que fuera posible ponerlo de nuevo en marcha. Me ví obligado á tomar tierra, y lo hice con tan mala fortuna, que el aparato se empotró en un barrizal, y fueron menester tres horas de trabajo y el auxilio de los campesinos para libertarlo. Al fin, pude hacerlo llevar á lo alto de una colina, pero el motor continuaba negándose á funcionar. Abandoné pues el aparato, y acepté el ofrecimiento de un automovilista que pasaba, el que me brindó su coche para ir á Burgos. En Burgos tomé el tren para ir á buscar socorro á Vitoria, volviendo en el mismo día con un mecánico. Pero todos los esfuerzos hechos para poner al motor en marcha fueron vanos, y hubimos de desmontar el aeroplano para poderlo guardar en una granja, á dos kilómetros del lugar del aterrizaje.

Brindejonc, disputando á Garrós el premio de Anjou, pierde el puesto de segundo por un retraso de algunos minutos.

Me vi en la imprescindible necesidad de avisar por telégrafo á mi mecánico, que vino desde París, quien necesitó varios días para desmontar por completo el motor, y ponerlo en condiciones de servir. Así estuve inmovilizado desde el 26 de Marzo hasta el 1º de Abril. Este día marché al fin. Salí de Burgos á los 9 de la mañana, luchando siempre con la mala marcha de mi motor, y obligado á volar muy bajo á causa de las nubes. Hice escala en Aranda, y seguí hasta encontrar la barrera del Guadarrama. Para franquearla, hube de elevarme á más de 2.00 metros. La bruma me rodeaba siempre, impidiéndome ver mi camino, y esta situación, que me hacía imposible el orientarme, me causaba una desesperación indecible. Al fin, cruzado el puerto, las nubes se fraccionaron, pero, en cambio, la violencia del viento aumentó de tal modo, que el aeroplano crujía, y yo necesitaba de verdaderos recursos acrobáticos para mantenerme en equilibrio.

Así ocurrió que, al volar sobre el llano que rodea á Madrid, y al encontrarme á poco sobre la capital, mi alegría era tan grande que cantaba y reía involuntariamente.

No permanecí en Madrid mucho tiempo. La necesidad de concurrir á la copa Pommery me hizo volver á París, y el 5 de Abril salí de Madrid para Zaragoza y Barcelona, volando en la jornada 600 kilómetros.

Este viaje fué para mí el más duro. Pasada Guadalajara, encontré una inmensa planicie cubierta de nieves, sobre la cual tuve que orientarme con auxilio de la brújula. Llegué al valle del Ebro, y bajo una lluvia incesante aterricé en Zaragoza. Luego de almorzar, proseguí el viaje combatido por terribles corrientes de aire, hasta llegar á Barcelona. En este punto me aguardaba mi mecánico, quien comprobó una avería en el motor, resultando que había seguido funcionando por verdadero milagro : de haberse parado al salir de Zaragoza, me hubiese matado irremisiblemente.

Volví á París haciendo « novillos », como dicen los colegiales que van á la escuela, por el camino más largo. De igual modo, yo me tracé el itinerario por Perpignan, Montpellier, Montélimar, Lyon, Châlons-sur-Saône, y Auxerre.

Digitized by Google

En seguida, volví á marchar para ver de ganar la Copa Pommery, pero fracasé en esta tentativa, detenido por otra avería del motor. Tuve que aterrizar en un campo, y cerca del lugar en que mi aparato tomó tierra había una vaca preñada. La vaca se asustó y parió antes de tiempo, por lo que el propietario, que lo era de la bestia y del prado, me exigió por vía de justicia 200 marcos de indemnización.

Antes de volver á París, fuí á dar una vuelta por Bélgica y por Inglaterra. En la Gran Bretaña me vi citado ante los tribunales por haber volado, sin previo permiso, sobre algunas obras de fortificación. Sin embargo, esta citación judicial revistió caracteres de perfecta cordialidad, y he de convenir en que si en Berlín hay buenos jueces, en Londres hay perfectos *gentlemen*. De todos modos, este viaje lo fué para mí de conflictos con las autoridades extranjeras.

Hice arreglar y reparar perfectamente mi aparato, y me decidí á intentar la segunda prueba semestral de la Copa Pommery. Y llego en esta narración á los hechos presentes, á mi último gran « *raid* », el que ha dado más que hablar, el que me ha procurado mayor renombre, y que, sin embargo, por haberse realizado hasta la fecha sin dificultades grandes, es el que he llevado á cabo con mayor facilidad... ¡ Juego de niños, si se le compara con el viaje sobre España !...

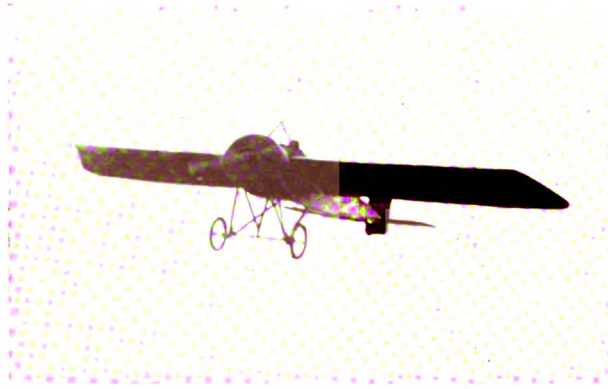
La mayor alegría que me ha producido mi vuelo de París á Varsovia, en 8 horas, ha sido el comprobar que las más difíciles proezas están al alcance de la aviación, siempre que se trate de establecer una comunicación rápida entre dos puntos muy distantes, y completamente aislados.

Si mi viaje ha señalado una fecha en la historia de la aviación, dado que por fortuna esta historia se escribe muy rápidamente, esta fecha se trocará pronto en punto de partida de otras, aún más notables y gloriosas. Para conseguir este progreso hay que remediar algunos inconvenientes y vencer algunos obstáculos, pero mi « *raid* » me ha permitido observarlos y discernirlos claramente; para exponerlos, no bastan las páginas de una revista, serían necesarias las de un libro.

Los últimos preparativos para el raid París-Londres-Bruselas-París. Antes de emprender el vuelo, Brindejonc se pregunta : ¿ Seguirá la desventura persiguiéndome?

Digitized by Google

Aparte de tales observaciones, mi « *raid* » no pudo ser más sencillo y feliz de lo que ha sido. Después de aquel vértigo, á 215 kilómetros por hora, sobre Alemania, muy sorprendido de que se pudiera volar con semejante tiempo, llegué á Varsovia con el convencimiento de que apenas había recorrido de 100 á 200 kilómetros.



Brindejonc, en vertiginoso vuelo hacia Berlín, ha logrado dejar atrás su clásica mala suerte.

Dada la violencia de la tormenta que me arrastró, quizás hubiera renunciado á volar si me hubiera encontrado en Francia ; pero cuando se está en el extranjero, cuando se sabe que la menor vacilación ha de ser juzgada como cobardía, y que del esfuerzo personal depende, por decirlo así, el amor propio de toda la nación, las mayores dificultades y los más graves riesgos no parecen dignos de ser tenidos en consideración.

En Berlín, cuando hablé de continuar el viaje, más de un técnico sonrió escépticamente. Aquellas sonrisas me decidieron á marchar á toda costa, fuera sólo para demostrar á los alemanes que nosotros, franceses, somos capaces de todo.

Mi patriotismo, en esta ocasión, encontró su debida recompensa, puesto que me fué dado llegar á Varsovia sano y salvo.

Del entusiasmo con que fuí recibido en esta ciudad, no he de hablar. Baste decir, que dejó en mi espíritu un recuerdo que nada podrá borrar.

En Varsovia me encontraba tan cerca de San Petersburgo, que no pude resistir á la tentación de visitar esta capital europea, sumándola á la lista de mis viajes. Tenía intención de recorrer los 1.100 kilómetros del trayecto en un solo día, pero el viento contrario me obligó á hacer escala en Dwinsk, donde dormí.

Hasta Vilna, que me dispensó una acogida triunfal, el frío y el viento me hicieron pasar muy malos ratos, siéndome imposible marchar á más de 85 kilómetros por hora, ya que la marcha normal de mi aparato es de 130 kilómetros.

Al llegar á Dwinsk, volé sobre la ciudad durante algún tiempo, sin conseguir encontrar un sitio propicio para aterrizar. Al fin, me decidí á tomar tierra en una pradera cortada por numerosas zanjas, y llena de caballos. Resultado de ello fué que rompí una rueda del aeroplano, y que, no llevando á bordo piezas de recambio, me vi obligado á aguardar durante todo un día la llegada de mi mecánico.

La salida de Berlín. La tormenta arrecia de tal modo que, al anunciar Brindejonc su partida, los Alemanes sonríen incrédulos. Esa sonrisa — dice el aviador — fué lo que me decidió á marchar á todo trance, porque no sólo estaba en juego mi amor propio, sino también el prestigio de Francia.

A la noche siguiente, amaneció hacia las dos y media de la mañana. A las tres me encontraba ya á mil metros de altura, contemplando melan-

Digitized by Google

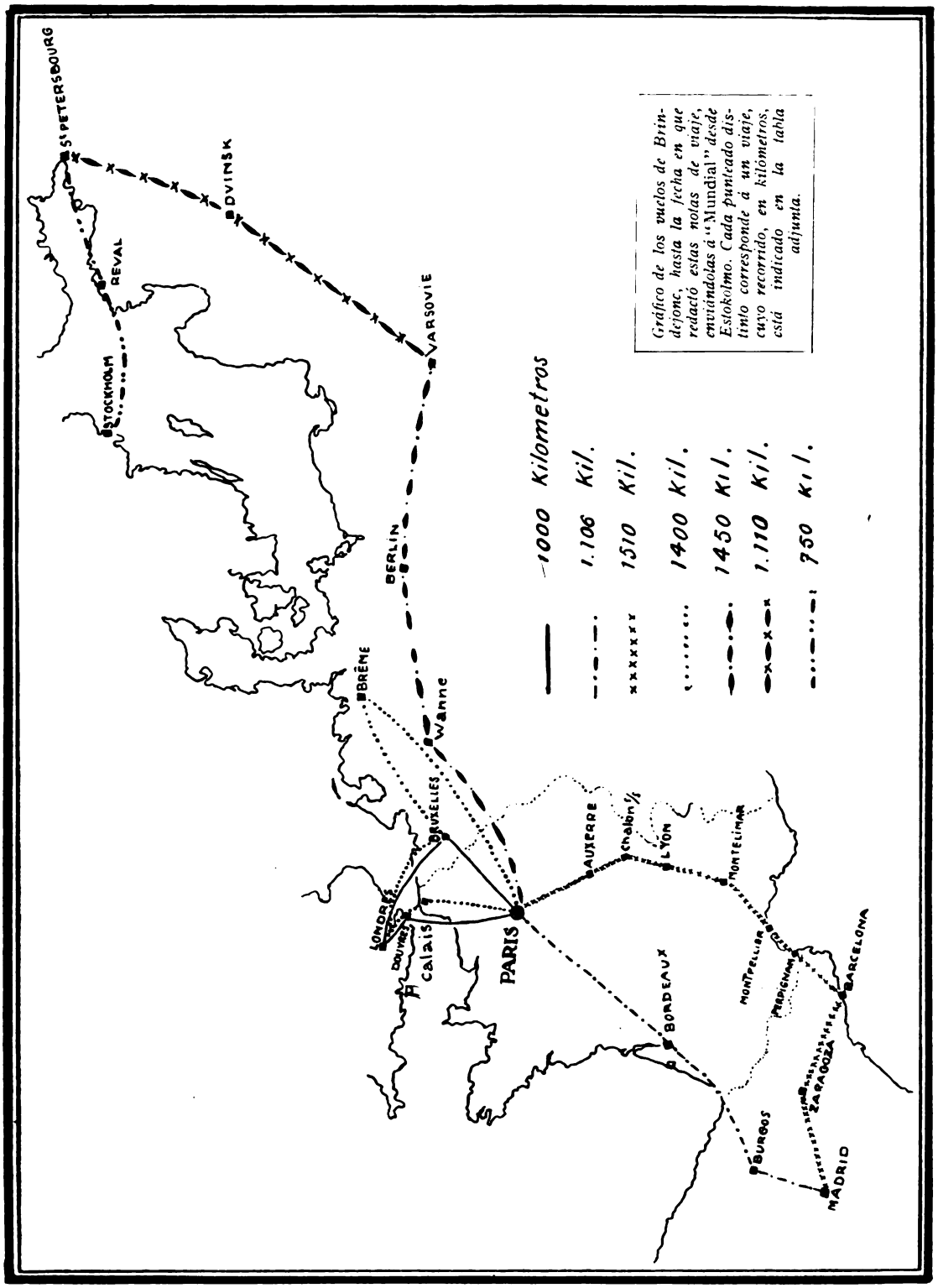


Gráfico de los vuelos de Brindéjonc, hasta la fecha en que redactó estas notas de viaje, enviándolas á "Mundial" desde Estokolmo. Cada puntcado distinto corresponde á un viaje, cuyo recorrido, en kilómetros, está indicado en la tabla adjunta.

Digitized by Google

cólicamente el monótono paisaje de pinares y de tierras de labor. Al llegar á Pskow, vi á lo lejos el Báltico, y aterricé sobre un montículo rodeado de alambrados, en donde me aguardaban desde hacía dos días unos cuantos entusiastas de buena voluntad, medio helados de frío.

Rodeado de marismas, aquel lugar de desolación era poco grato. Lo abandoné, pues, cuanto antes, no sin estrechar cordialmente las manos de mis fieles admiradores, y volé en línea recta hacia Petersburgo, cubriendo un trayecto difícil y trabajoso, por el viento que me sacudía incesantemente sobre los eternos bosques de pinos y las eternas y amenazadoras marismas.

Brindejonc en Dwinsk, camino de San Petersburgo. El vuelo París-Varsovia es ya un hecho: Brindejonc trocado en vencedor, sonríe satisfecho y se permite ciertas coquetterías en su "toilette".

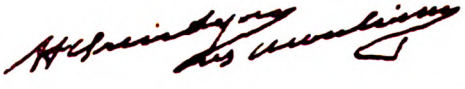
En la capital de Rusia, todo fueron para mí agasajos y atenciones. Indudablemente, estas clases de viajes tienen por efecto el despertar simpatías entre los pueblos, y el aviador, al aterrizar en tierra extraña, portador de un mensaje de cordialidad y de paz, constituye un verdadero lazo de unión entre dos países. He de confesar que este aspecto de mi personalidad es el que me es más grato.

Desde San Petersburgo marché á Estokolmo. La travesía de 250 kilómetros sobre el mar Báltico me interesó grandemente, pero he de confesar que el vuelo sobre aquel abismo, que parecía acecharme, me causaba cierta aprehensión, y que respiré con más tranquilidad al ver de nuevo la tierra. Por lo demás, me satisface muy de veras el haber sumado este recorrido marítimo á las demás etapas de mi « *raid* », con tanto mayor motivo, ya que este vuelo hubo de serme pródigo en enseñanzas.

Escribo estas líneas desde Estokolmo, atendiendo con gusto á la solicitud de *Mundial, magazine*. No he sido nunca escritor, y lo que más me desconcierta al redactar esta narración, es el tener que hablar tanto de mí.

Todo lo que deseo, por el momento, es llegar á París sin novedad, luego de pasar por Cristianía, Copenhague y La Haya. Con esto, ya serán diez las capitales visitadas por mí, y así comenzaré á justificar el mote con que se me designa entre la gente del oficio, que me llama: « *El aviador de las capitales* ».

Claro está que hago votos porque ningún concurrente aventaje mi « *raid* » París-Varsovia, con lo que perdería yo la Copa Pommery; pero si esto ocurriera, volvería á la lid con las mismas enegías y los mismos entusiasmos... ¡ falta saber si con la misma suerte !



Compuesto el anterior artículo, recibimos la noticia de que nuestro valiente colaborador ha llegado á París, *en el día y á la hora que él mismo había fijado de antemano*. Se han convertido por lo tanto en gloriosa realidad los proyectos apuntados, al correr de estas líneas, por el intrépido piloto. Brindejonc des Moulinais, que sólo cuenta 20 años de vida, acaba de ser decorado con la cruz de la Legión de Honor.

N. D. L. R.

Digitized by Google

HOMBRES Y PÁJAROS

Por RUBEN DARIO

Al amor de la mañana, ó cuando comienza la tarde, he aquí lo que suele verse en los jardines de París, especialmente en las Tullerías y en el Luxemburgo. Mientras al amparo de las alamedas saltan los niños ó juegan con sus aros, y las nodrizas cuidan sus bebés, y en los bancos hay lectores de diarios, y más allá jugadores de « foot ball », y paseantes que flirtean, ó estudiantes que éstudian, ó pintores que cazan paisajes, y en las anchas filas de las fuentes, al ruido del chorro de agua, minúsculos marinos echan sus barquitos de velas blancas y rojas, unas cuantas personas cumplen con una obligación sentimental y graciosa que se han impuesto: dar de comer á los pajaritos. Generalmente, los únicos que aprovechan son los gorriones, los ágiles y libres gorriones de París. Hay también las palomas, pero las palomas no son las que más gozan de la prebenda. Parecen estar fuera de su centro, de lugares en donde reinan solas, sin competencia ni reparto: la plaza de San Marcos de Venecia, ó las cercanías del palacio Pitti, en Florencia. Aquí, pues, son los gorriones, pequeños é interesantes vagabundos, opuestos á la vida normal, de las abejas, por ejemplo, y que esperan por estudioso biógrafo un Maeterlinck alegre.

Este personaje, cuyo nombre odos ignoran, tiene verdadero amor por los pájaros...

No lejos del arco del Carrousel, en que la Guerra y la Ley están representadas, un grupo de gente de diversas condiciones y edades forma valla, mira en silencio. Un hombre de aspecto tranquilo y serio, cerca del césped, sobre el que salta y

Digitized by Google

Saca de su bolsillo pan, y lo desmenuza Luego, comienza á llamar : ¡ Juliette !...

vuela una inmensa bandada de gorriones, saca de su bolsillo un pan y lo desmenuza. Luego, comienza á llamar : ¡ Juliette !... Y una fina gorrioncita se desprende de la bandada chilladora y saltante, y se va á colocar en la cabeza, en los hombros, en la mano del hombre. « Louise, Jean, Friederic, Mimí, Toto, Mussette ».

Los pájaros libres del jardín, que entienden por sus nombres respectivos, van todos á la voz que les llama. Y es un revoloteo incesante alrededor del amigo que regala, y una fiesta á que, por otra parte, están completamente acostumbrados. Unos cazan la miga al vuelo, otros la toman en la mano, otros la recogen del suelo.

El hombre les habla, les acaricia, les regaña. « *Prends garde, gourmand* ». « Ten cuidado, gloton ». « No seas atrevido, Robert ». « Señorita, así no se come... ». « Insolentes, ahora vais á ver ». Les trata con naturalidad, con amistad, con confianza, con familiaridad. Todos ellos le conocen, y él conoce á todos ellos, á pesar de tener todos igual uniforme, y de no haber nada más semejante á un gorrión que otro gorrión, como una gota de agua á otra gota de agua. Y se ve que ese personaje, cuyo nombre todos ignoran, tiene verdadero amor por sus pajaritos, y que no falta un solo día, desde hace muchos años, á cumplir con su amable tarea, de manera que, si faltase una sola vez, habría verdadera alarma entre el mundo alado que puebla los ramajes de las Tullerías, y que si llegase á faltar para siempre, los pobres animales estarían de duelo, á menos que su alma en libertad fuese visible para ellos en la transparencia de los aires.

Mas, en verdad, una vez se ausentó, enfermo de la vista, y hubo duelo entre los pájaros, y gozo á su retorno.

En el jardín del Luxemburgo, cerca del palacio, al lado de las galerías del Odeón, muchas veces he encontrado á diferentes personas que dan de comer á los pajaritos ; pero, sobre todo, no dejo nunca de ver á un viejecito, de aspecto venerable, de ropas modestas, que lleva en su solapa la cinta de la Legión de Honor. ¿ Qué sabio, qué poeta será ? ¿ O qué filósofo anciano que venga con un espíritu semejante al de su antepasado Descartes á admirar la mano de Dios, y á « conocer y glorificar al obrero por la inspección de sus obras » ? Otras veces, es un caballero enorme que se sienta en los bancos para llenar su obligación, varón de gordura extraordinaria, que tiene una cabeza de niño gigantesco. Los pájaros se le posan sobre el extensísimo pecho, sobre los hombros de elefante, le revuelan por el magnífico vientre, y en ramilletes temblorosos se le prenden de las manos regordetas, llenas de bizcochos. No puedo dejar de pensar : bueno como todos los gordos. Cerca de él, una viejecita de luto, con un niño, reparte también su ración. A veces conversa con los pájaros, á veces con el niño ; á ambos les habla con el mismo tono. Los animales conocen á todos, pero con el anciano de la Legión de Honor hay mayores relaciones. Le siguen, cuando les deja, á saltitos ; se diría que le hablan en su idioma ; se le sientan en el veterano sombrero de copa ; le llaman de lejos. El se vuelve ; les sonríe ; parece que se despide hasta el día siguiente.

Y nada es más suavemente impresionante, en la frescura de la mañana ó en la melancolía de la tarde. Acaba uno de leer los diarios, de ver la obra del mal, del odio, la lucha de las pasiones, el hervor de los vicios. Larga lista de crímenes, de escándalos, de injusticias. Los asesinatos, las infamias, las

Digitized by Google

Los pájaros libres del jardin entienden por sus nombres respectivos, y van todos á la voz que les llama.

intrigas, todo el endemoniado producto de una inmensa ciudad de tres millones de habitantes. Va uno por los bulevares, y ve pintada en la mayor parte de los rostros con que se encuentra, la codicia, la ferocidad, la vanidad y la lujuria ; habla uno con prójimos, con conocidos, llenos de hieles, de ponzoñas, de vitriolos; encuentra uno más allá astucias, intrigas, rebajamientos, prostituciones ; la caza al *sou*, la caza al franco, la caza al luís, al billete, al cheque ; los aires de neurosis que soplan sobre las terrazas ; los asesinos elegantes ; los espadachines cobardes ; los ambiciosos; los *ratés* ; la vergüenza de abajo; los crímenes de arriba ; Sodoma por una parte y Lesbos por otra ; lo artificial entronizado; las podredumbres cotidianas; la farsa continua; la negación de Dios. Y hay aquí estas gentes que vienen á dar de comer á los pajaritos...

Sí, porque París tiene un vasto cuerpo; es un vasto cuerpo como el cielo de Swedenborg, ó el universo de Campanella. Tiene un organismo propio, semejante á los astros de Bruno, *animali intellettuali :* tiene una cabeza, unos brazos, un corazón, un vientre y un sexo; tiene sus grandes pensamientos, sus grandes sentimientos, y sus buenas y malas acciones, y sus bellos gestos, y la banda gris del Sena que refleja los diamantes celestes.

Por el barrio en que habité está el cerebro, está la cabeza. Por algo, en el *argot* parisiense, *sorbonne* quiere decir cabeza. Allí está el órgano pensante, la juventud de las escuelas, las grises piedras que vieron pasar á Abelardo, el hogar de la enseñanza. Unos cuantos meditativos viejos, en sus encierros silenciosos, compulsan los conocimientos del pasado, trabajan en la ciencia del presente, piensan en el porvenir ; un ejército de jóvenes se prepara á la obra de los maestros. Es el Colegio de Francia, es el Instituto, la Escuela de medicina, todas las escuelas y laboratorios y talleres en donde se forman y se desarrollan los sabios, y aprenden á concretar sus sueños los artistas. Es el Panteón, son los museos.

Las cátedras de ese centro están en actividad. Profesores y alumnos siguen por el camino comenzado desde hace siglos. Aquí se escucha el ruido de la humanidad, se busca como penetrar el misterio de las cosas, como mejorar la existencia ; la filosofía investiga, induce, deduce ; la ciencia experimenta, analiza ; se labora por el mejoramiento so-

Digitized by Google

cial, por el perfeccionamiento individual. De las cátedras se extiende un continuo río de ideas, de que benefician la industria, el comercio, la salud. Y los ojos de París están también allí, en el Observatorio, escudriñando la altura, fijos en los astros.

A un lado y otro se extienden los brazos. Es el París que trabaja, las extremidades llenas de fábricas, cuajadas de usinas, de telares, de chimeneas. Por allí, constantemente, bullen las muchedumbres de obreros que forman la vitalidad productora : los obreros que saben leer y luchar, los trabajadores que salen de sus labores, y van á las universidades populares á comunicar con sus hermanos intelectuales, ya en el faubourg Saint-Antoine, ya en Montreuil-sous-Bois, en Grenelle, ó en Boulogne-Billancourt, de un punto á otro, de Asnières á Charenton, de Vincennes á Puteaux, á Levallois, á Courbevoie. Pues los brazos de París manejan alternativamente herramientas y libros, antorchas é ideas. Son brazos robustos é inteligentes, y también terribles.

El inmenso vientre y el sexo están en el centro, en ese trecho en que los grandes bulevares juntan todos los apetitos, deseos y vicios nacionales y extranjeros, desde la Magdalena hasta la plaza de la República y los alrededores de la Opera. Allí se come bien y se peca mejor. La riqueza y el lujo hacen su exhibición ; la gula encuentra cien dorados refugios en que saciar sus más exquisitos caprichos, y el amor fácil halla el suntuoso y babilónico prostíbulo ambulante que ha dado á esta capital, digna de superior renombre, el de ser el lugar de cita y el casino de las naciones.

Y el corazón de París late por todas partes, y riega su sangre por todo el resto del magnífico cuerpo. Ese corazón anima á las individualidades silenciosas y discretas que hacen el bien callado á los hospicios y lugares de asilo, á los conventos en que sin engaño se reza y se sostiene, como dice Huysmans el de la Oblación, el pararrayo. Cuando ese corazón quiere hablar se llama *Severine*, como se llamaba Luisa Michel. El hace ir sin pompa á las viejas caritativas á llevar pan ó carbón á sus pobres, él sostiene á las infinitas muchachas honestas que, viviendo con el lupanar á la vista, prefieren ir á la fábrica, para dar de comer á la madre inválida ó al hermanito enfermo ; él se revela, por fin, en los que se ahogan por salvar suicidas, en el médico que va á ver al infeliz y le deja con la receta el dinero para pagarla, en las nobles cooperativas, y hasta en el cochero viejo que se mata porque se le murió el caballo, que era su antiguo compañero. ¡ El buen París ! ¿ Quién dice que tan solamente hay aquí muñequitas de carne, y hombres con profesión de pez ? Que vengan á ver los talleres llenos, las iglesias, las universidades populares, y... á los hombres que dan de comer á los pajaritos.

No hay que reir mucho de Margot si llora por el melodrama, y si vieja solterona se enamora de sus gatos. No hay que buscar el lado cómico de las sociedades protectoras de animales. No debe ser ridiculizado ningún sentimiento de origen noble. Y el cariño hacia la naturaleza — paisajes, animales, flores ó aguas — y las simpatías por las manifestaciones amables de ella, proclamarán siempre su origen generoso. Sin anonadar nuestra personalidad humana en la ataraxia de Zenón ó la apatía epicúrea, tengamos la pasión del universo, la tendencia á nuestra unidad. Así como nada conforta tanto como la presencia de los bosques ó la

Y hay aquí estas gentes que vienen á dar de comer á los pajaritos...

Digitized by Google

Quizás la luminosa alegría de esta Galia feliz, viene de su simbólica alondra.

contemplación del océano, nada suaviza más las asperezas del espíritu que la visión de una rosa en su tallo, ó un pájaro sin trabas ni jaula, que salta y vuela por donde quiera, y canta sin inquietudes bajo el cielo. Quizás la luminosa alegría que nada podrá destruir en el alma de esta Galia feliz, viene de su simbólica alondra, maestra de libertad, amante de claridad, ebria de frescor y de canto matutino. Tengamos el amor de las rosas y de los pájaros, de las mariposas, de las abejas. Es un medio de comunicación con lo Universal, con la divinidad. Maeterlinck, en el libro admirable que conocéis, ha oído la iniciada voz de Virgilio :

Ese apibus partem divinæ mentis et hansitus.
Athereos dixere : Deum manque ire per omnes
Terrasque tractusque maris, extumque profundum.

Nada más conmovedor que la petición que, hace algún tiempo, dirigieron al Congreso belga los miembros de un instituto de ciegos.

Sabido es que en muchas partes á los pajaros cantores, para que canten mejor, les sacan los ojos, sin duda acordándose del divino Melesígenes, que tan bien supo ser armonioso sin los suyos.

En Bélgica hacen lo mismo; y esos ciegos del instituto han intercedido por los ojos de los pajaritos.

Yo sé que hay gentes que sonríen de todas esas cosas, que hallan todo sentimentalismo fuera de moda, y que juzgan nefelibatas á los que no se levantan todos los días con el único próposito de aumentar sus rentas, por la buena ó por la mala. Yo sé que hay muchas gentes que retorcerían con gusto el pescuezo á todos los cisnes del Caistro, y enviarían una buena perdigonada á los ruiseñores de las melodiosas florestas. Yo sé que en filosofía priva mucho actualmente la ferocidad, el egoísmo, la crueldad. Pero esos son nietzschistas furiosos y danzantes, ante los cuales iría yo á dar un abrazo al hombre que da de comer á los pajaritos...

Rubén Darío

Digitized by Google

DE CARA AL MAR

Por

ALFONS MASERAS

Aquella noche habíamos decidido no ir al kursaal. Presumíamos que sólo habría gente en el salón de lectura y en la ruleta. En ambos sitios no era cómodo hablar. Para estarse fumando cigarrillos en un rincón del casino, tanto valía no moverse del hotel. Pero era forzoso salir acabada la cena.

En aquella hora, las calles de Ostende estaban desiertas. Era raro si un coche tambaleaba en la obscuridad por la calzada desigual. Sólo brillaban, aquí y allá, las luces de los cafés y de los grandes restaurantes donde se reunía una multitud cosmopolita. Por inclinación natural, nos alejábamos de este mundo inconsistente, en el que cada cual acostumbra á representar sólo los defectos y las vergüenzas de su raza, y en el que el prurito de ostentación llega hasta la insolencia. No era, pues, cuestión de penetrar en un café. Mis dos amigas no hubieron de decirme hacia donde nos habíamos de encaminar. No bien hubimos atravesado dos calles, ya estábamos paseando por el malecón.

Gemía el mar. La farola del puerto daba una luz amarillenta. Fosforecían las olas en la rompiente, y en la negrura de la noche semejaban serpientes de fuego. Cuando el viento cesaba, un denso vaho se elevaba de las aguas y cegaba por un momento el faro de Dower, pequeño y fulgurante como una estrella. Nos sentamos ante la inmensidad, y la más joven de mis amigas habló :

— El mar me atrae como un imán. Su incesante murmullo me produce vértigo, pero ¡ cuánto me place sentirme dominada por su extraña fascinación ! ¡ Cuántas veces en nuestro país evocamos el océano y las puestas de sol sobre las aguas ! Pero nos hemos de contentar con la visión del Danubio, que ya no es el río de los vagabundos y de los poetas, sino un canal vulgar, cruzado por puentes y aprisionado entre muelles.

La otra añadió :

— No venga usted á Buda-Pest, si no quiere tener una decepción.

Callé, dejando que el silencio trabajara en nuestras cabezas. Pero no sé por qué, ví-

Digitized by Google

Ya la mujer, medio ciega, sólo sabía estarse en el hogar, junto á la lumbre.

nome á la memoria la historia de aquel rey de Thule, que antes de morir lanzó al mar la copa de oro que le había dado su amada. Y recité los versos con que Gœthe la relata, y los repetía con verdadera obsesión.

Entonces, la menos joven de mis amigas dijo :

— Hace ya muchos años, había en un pueblo de nuestro país un rico propietario que cuidaba de sus haciendas y vivía feliz, se-

Digitized by Google

gún puede colegirse, puesto que su mujer, á quien amaba, le había dado siete hijos, y siempre le había sido fiel y obediente. Su casa era una vieja mansión señorial, en la que habían muerto sus antepasados, desde hacía seis generaciones. Entre sus abuelos contábase un general famoso, gloria del pueblo magyar. Otro de sus parientes había sido navegante. Su hermano menor era misionero en Oriente. Pero él contentóse con seguir el ejemplo de su padre, arraigándose en la tierra de sus mayores. Así fué que, por sus virtudes morales y cívicas, por su saber y por su riqueza, sus vecinos le eligieron varias veces maestre del lugar. Y presidía consejos de justicia, asistía á oficios religiosos y á procesiones, daba ordenanzas y prerrogativas, administraba los bienes comunes, y correspondía con la curia y con el gobierno para todo aquello que podía aprovechar á sus vecinos. Su esposa era lo que se llama una santa. Había sido muy bella en su juventud, y aún en su vejez conservaba trazas de su hermosura. Todos le amaban por su bondad y su liberalidad; todos le respetaban por sus años y su alcurnia. Esta mujer no conoció otros goces que los de la familia, ni otro mundo que el de su lugar. Vivió para su marido, á quien no solamente amaba, sino que también veneraba, y para sus siete hijos, que eran, en verdad, las siete espinas de su corazón. En paz y holgura crecieron los vástagos. Y sólo vieron el buen ejemplo, sólo oyeron las buenas máximas, sólo les fueron dados buenos consejos. Durante años y años, aquella casa era una bendición de Dios. Pero los esposos envejecieron tanto, que ya el marido no servía para presidir consejos, ni para administrar los bienes comunes, ni menos para cuidar del mayorazgo, como lo hiciera durante toda su vida. Ya la mujer, medio ciega, sólo sabía estarse en el hogar, junto á la lumbre, ó en la azotea tomando el sol. Allí le iba á encontrar su esposo y se sentaba á su lado, y ambos pasaban los días en largo y amoroso silencio, como si se extasiaran en un ensueño de la otra vida. Y como todos los hijos quisieran gobernar la hacienda, cerníase sobre la casa viento de devastación. Los dos viejos parecían sordos á la tormenta. Y si interrumpían el silencio en que su éxtasis les postraba, era para recordar sus mejores horas de amor, y repetirse aún cuán dulcemente se amaban. La muerte espiaba sus juegos, y no tardó en desvelar la faz. La inválida esposa cerró los ojos para siempre, muriendo en olor de santidad. El hidalgo creyó que él también iba á morir. Pero no fué así: sus piernas le sostenían aún, sus fuerzas no le abandonaban del todo. Sólo los negocios le abrumaban y le atolondraban, las cuentas se le iban de la memoria, el oído le flaqueaba en demasía, y la vista también, entonces sobre todo, que no cesaba de llorar.

La farola del puerto cambiaba la color. El viento agitaba las olas y barría el malecón. El gemido de la rompiente parecía crecer. Mi amiga prosiguió:

— Ante el dolor del padre, los hijos acrecentaron sus rapiñas. Eran como lobos hambrientos en un rebaño, como gerifaltes en una tumba abierta. Y el viejo les abandonó el botín de su hacienda, sin voluntad para indicarles lo que á cada cual correspondía, ni autoridad para exhortales á que cada uno respetara la parte del otro. Y sin decirles nada, sin siquiera darles el beso de bendición — no habían pasado muchos días del sepelio de su mujer — partió del lugar con su más humilde vestido, con sólo un bastón en la mano para resistir la fatiga. Partió para no volver. Y caminó todo el día, hacia la orilla del río, en busca del país de ensueño donde pudiera encontrar alivio para la tristeza de su corazón. Al caer de la noche descubrió el Danubio, y se sentó á la orilla para oir su interminable canción. Y allí lloró de nuevo la muerte de su mujer, y bañó de lágrimas el anillo que ella le diera, cuando juró por Dios amarle toda la vida. El rico señor de antaño no era ya sino un viejo y miserable vagabundo. Como los zíngaros que erraban por el país, y á los cuales diera tantas veces hospitalidad siendo maestre de su lugar, caminaba á la ventura, sin saber qué comer ni donde dormir, sufriendo el sol, la lluvia y el relente de la noche, polvoriento, sudoroso, sediento y angustiado, á la buena de Dios. Y no pensaba en los hijos, en cuyas manos infames abandonara el mayorazgo que él recibió de su padre; no pensaba en sus vecinos, que le amaban y veneraban como al más sabio y al más honrado de los hombres; no pensaba sino en su dulce compañera, yerta y sepultada ya bajo la tierra amorosa, y cuya alma pura debía estar en el seno del Creador. Y llevaba á menudo la temblorosa mano á los labios, para besar el anillo que tan fuertemente les había unido, y que aún por encima de la tumba les sujetaba uno á otro. Con los zíngaros se juntaba, y en sus tiendas dormía y se alimentaba de su pan, fruto del hurto y del crimen. Pero cuando ellos se detenían en un poblado, ó en una vega, ó en una gruta para sentar sus reales, él proseguía su camino. Ora unos campesinos le subían en su carreta, ora un soldado le preguntaba su nombre y su condición, ora los chiquillos le seguían y le echaban piedras y es-

Digitized by Google

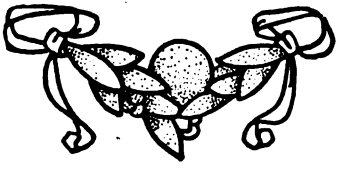
Partió del lugar con su más humilde vestido, con sólo un bastón en la mano para resistir la fatiga.

Digitized by Google

combros. Y así dejó el país magyar, atravesó Belgrado, cruzó Valaquia de parte á parte, siguiendo siempre el curso del río, y llegó á las costas de Rumanía, donde el Danubio se precipita al mar. Es otro mar, aquél : azul, manso, transparente. Diríase que es de cristal, y que en sus profundidades misteriosas serpentean regueros de luz. Es el mar interior, prisionero, cautivo, amordazado. Las altas y abruptas rocas de las costas que lo circundan, parecen mirarle con orgullo y con desdén, y los pequeños y míseros pueblos que en ellas anidan, viven demasiado confiados en su mansedumbre. Nuestro hidalgo vagabundo llegó ante la inmensidad aquélla, siempre con el suspiro en el alma y la angustia en el corazón, siempre apretando contra sus labios exangües la reliquia de amor que le dejara su esposa. Para llegar á esta playa desconocida ¡ cuántas noches de angustia, cuántos días de dolor, cuántas privaciones, humillaciones y miserias ! Sus ojos casi cerrados ya, no habían jamás recibido tanta luz ; su alma no había imaginado un horizonte semejante. Y lloró de nuevo. De nuevo creyó que iba á morir. La fatiga le había extenuado, pero la muerte no aparecía. Su memoria reverdeció por un momento. Y recordó la paz y la tranquilidad de su casa, la bonanza de su vida, la riqueza de sus haciendas, ya, como era mandado por Dios y por el rey, en las manos de su progenie. Y se dijo que buenas máximas había dado á sus hijos y buen ejemplo, para no tener intranquila la conciencia. Y con un gesto igual al del legendario rey de Thule, dicen que echó el anillo de su mujer al mar. Entonces, se desencadenó una tempestad formidable. La fiera cautiva, mansa al parecer, rompió su yugo : el mar se encolerizó. Y era más negro, más tumultuoso, más ensordecedor que esas aguas atlánticas que tanto nos placen y nos atemorizan ; más imponente, más atractivo que este océano siempre en agitación que tenemos ante los ojos, y que ha guardado durante miles de años el secreto de todo un mundo. También el viejo sufrió la fascinación del mar. También se sintió atraído hacia él como por un imán. Y, lo que no hizo el rey de Thule, no esperó á morir de senectud ó de dolor, sino que se precipitó en las aguas turbias, para buscar en su seno la felicidad y el reposo que había perdido.

Calló mi amiga. Su joven compatriota escuchó el relato, como quien sigue con ensimismamiento una melodía un poco olvidada.

Y como en la transparencia nocturna les mirara á las dos en el rostro, ví que ambas tenían los ojos fijos en la rompiente, donde las olas fosforescían y semejaban serpientes de fuego.



Ilustraciones de Falgás.)

Digitized by Google

La sortija encantada

" Blasón "

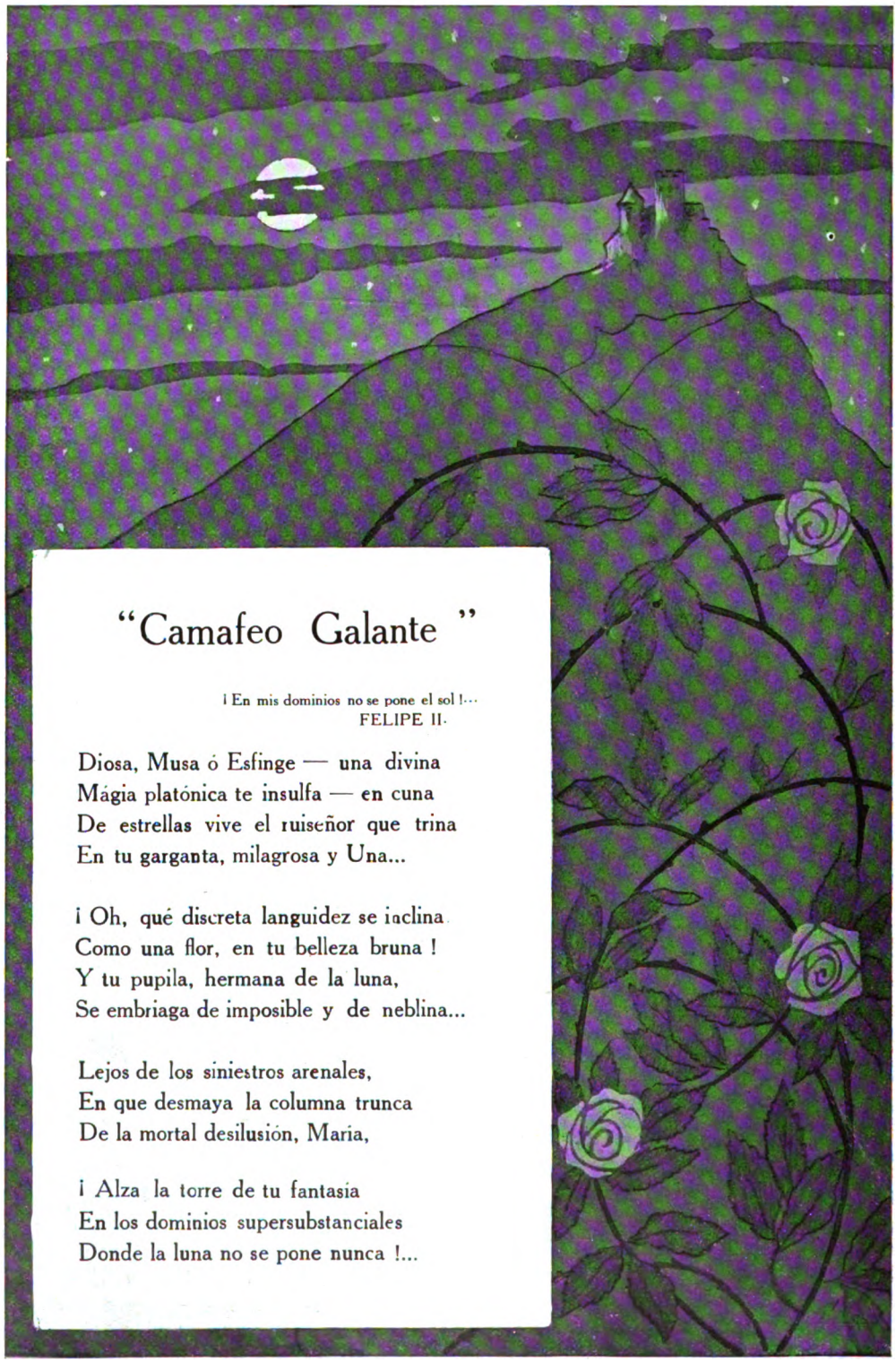
— ¡ Canta Zulema, canta la exquisita
Música de oro de tu primavera ! —
Y Zulema exhaló todo lo que era :
Noche de luna, *nonchalance* de cita...

— ¡ Zulema, exhala tu ebriedad, recita
Tus versos sabios en azul quimera ! —
Y Zulema lloraba la primera
Desilusión, y se inclinó marchita.

— Deja esa ilusa obscuridad, Zulema :
Tu frente alumbra, tu mirada quema...
— Primavera ! — te hosanan en su tiple

Las aves, tus hermanas, flor de encanto,
Porque á más de ser bella, eres el canto
Y eres el verso : ¡ primavera triple !...

Digitized by Google



"Camafeo Galante"

¡En mis dominios no se pone el sol!...
FELIPE II.

Diosa, Musa ó Esfinge — una divina
Mágia platónica te insulfa — en cuna
De estrellas vive el ruiseñor que trina
En tu garganta, milagrosa y Una...

¡Oh, qué discreta languidez se inclina
Como una flor, en tu belleza bruna!
Y tu pupila, hermana de la luna,
Se embriaga de imposible y de neblina...

Lejos de los siniestros arenales,
En que desmaya la columna trunca
De la mortal desilusión, María,

¡Alza la torre de tu fantasía
En los dominios supersubstanciales
Donde la luna no se pone nunca!...

Digitized by Google

" Esfinge "

¡ Ojos de noche, de imposibles mundos
De terciopelo ultra-violeta !... Nada
Como esa tenebrosa llamarada
En éxtasis, de cráteres profundos.

¡ Tus cejas son los arcos iracundos
Del Destino : elemento, mujer, Hada !...
El dardo de Cupido es tu mirada :
Deja á los corazones moribundos.

Son lámparas eternas, con estios
Eternos y con vértigos sombríos...
No alumbran, extravían corazones,

Transforman en cobardes á los fuertes :
¡ Ojos que dan las luminosas muertes
De las centellas y las erupciones ! .

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Digitized by Google

Nuestro Concurso Literario

El Jurado, á quien hemos encomendado el concienzudo examen de los trabajos presentados á nuestros certámenes de *Poesías, Cuentos* y *Comedias*, ha necesitado, para llevar á cabo su labor, mayor tiempo del que habíamos previsto.

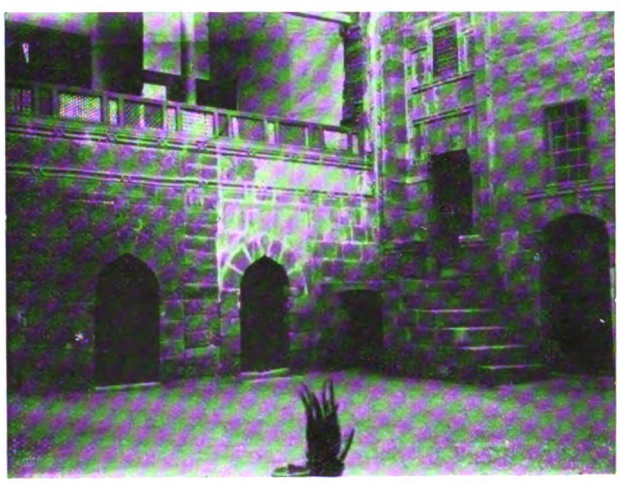
Por esta razón, no nos es posible cumplir nuestra promesa de publicar en el presente número los resultados definitivos de los certámenes indicados. Estos fallos se publicarán indefectiblemente en el número próximo de MUNDIAL, correspondiente al mes de Septiembre.

Recordamos, por último, que en lo que hace al certamen de *Novelas*, el plazo para la admisión de originales ha terminado el día 31 de Julio próximo pasado, quedando este concurso clausurado. Los originales de las novelas recibidas serán remitidos al Jurado, así que los Sres. DARIO, GOMEZ-CARRILLO, LEON, MARTINENCHE y NERVO, Presidente y Vocales, respectivamente, de ese Jurado, hayan dado fin á su labor, en lo referente á los concursos de Poesías, Comedias y Cuentos.

Digitized by Google

Por E. GOMEZ-CARRILLO

Los viejos poetas árabes pretenden, que un verdadero cairota no necesitaría abrir los ojos para reconocer su ciudad. Con oir los ruidos de la calle bastaríale. Y es que, realmente, si hay un pueblo cuya voz posee un carácter especial, es éste. Para cada hora del día existen, en los barrios verdaderamente populares, al rededor de las grandes mezquitas y de los grandes mercados, harmonías peculiares. Cada función de la vida se anuncia con una melopea. Desde el almuédano que llama á orar, hasta el arriero que guía su caravana de camellos, todos los que tienen algo que decir, algo que pedir, algo que ofrecer, lo hacen cantando. — « Zahr, zahr, zhar » — claman los derviches que llevan su ánfora de agua bendita en la espalda; — « erk-sus, sebib, erk-sus, erk-sus, sebib », — salmodian los marchantes de refrescos, agitando sus tazones de cobre; — « chauender, lift, khiyar » — gritan los verduleros haciendo ver sus cargas de zanahorias, de remolachas y de pepinos; — « riglak, riglak, chemalak, ya khanagé » — repiten, sin descanso, los conductores de borricos; — « talib min Allah hakk lukmet ech » — imploran los mendigos cubiertos de andrajos. Y todas estas voces, y otras muchas análogas, con sus ritmos especiales, se mezclan y se completan, sin confundirse, formando la eterna música de la calle. La ciudad entera vibra y canta. De los rincones más humildes sube una voz halagadora ó pedigüeña. La necesidades familiares conservan, á través de los siglos, su estribillo antiguo. Pero es en los « suk », bajo las arcadas interminables del gran laberinto comercial, donde la sinfonía alegre de la plebe oriental alcanza sus más características orquestaciones. Como jaulas de vidrio, las galerías gorjean sin cesar entre el regateo de los que compran, las reflexiones de los que admiran, y los discursos de los que venden. Cada tiendecilla es un palacio de modulaciones y de tentaciones.



Los palacios antiguos y desiertos.

* *

Las guías aseguran que los bazares del Cairo son menos suntuosos que los de Damasco y Stambul. ¿ Es esto exacto? No lo

Digitized by Google

Los barrios más pintorescos y más poéticos.

sé. Pero lo que sí sé es que, aunque más modestos que otros, tienen un encanto insuperable. Puede, en efecto, que los *suk* de las sederías damascenses y los *suk* de las joyas turcas, encierren mayores riquezas, mayor esplendor. Más poesía, más gracia, más intimidad, eso no. En ninguna parte como aquí palpita la vida oriental con su elegancia y su refinamiento, con su campechanería fraternal, con su sonrisa halagadora, con su languidez enigmática. « Esos negociantes que en el fondo son muy rapaces — dice Pelletan — tienen, verdaderamente, aires de poetas perdidos en soñaciones celestiales ». En efecto, es cosa que nos extraña, á los que estamos hastiados de la obsequiosidad de los tenderos de Smirna y de Túnez que salen á nuestro encuentro con sonrisas melosas, ver la indiferencia tranquila de estos mercaderes del Cairo. Si no les dirigimos la palabra para pedirles que nos enseñen algo, casi siempre nos dejan ir sin parecer siquiera mirarnos. Y como sus mostradores son diminutos, no pueden, aunque quieran, alucinarnos, exponiendo los amontonamientos de sedas, de tules, de bordados y de franjas que convierten á veces las tiendas de Damasco en palacios encantados de ricas tentaciones. Además, se nota que lo que aquí se vende, no está destinado á los extranjeros. ¿ Qué vamos á hacer nosotros con esos jarros de cobre, con esos velos negros, con esas pantuflas rojas, con esos trapos humildes ? Para encontrar los chales de muselina clara recamados de plata que las europeas consideran como lo más corriente en Egipto, hay que ir á los almacenes semi occidentales de Charia Bulak. Los *suk* con sus antros misteriosos llenos de frascos, de cajas blancas y de paquetes disformes, están reservados á los indígenas. Los únicos que han adoptado el sistema de otras partes, y que invitan, no sin cierta insolencia, á entrar en sus « salones » á los forasteros, son los vendedores de alfombras. — « Entra á ver una cosa muy barata » — dicen. Y uno entra. Y la cosa barata resulta carísima. Pero no hay que asustarse. Por lo que piden cien duros se puede ofrecer cien pesetas. — « ¡ Santos cielos ! — exclama el alfombrero — ¡ cien pesetas !... A mí me cuesta más de trescientas... Vaya, por ser tú, te la daré en cuatrocientas ». — « Cien » — vuelve uno á decir. — « No... trescientas... nada menos... Me cuesta más ». — « Cien » — repite uno. Al cabo de media hora de un regateo que sería irritante y humillante en Europa, el árabe acepta las cien pesetas. Probablemente, también habría aceptado la mitad. Los artículos de bazar oriental no tienen precio. El mismo alquimista del *suk* de los afeites da un día un tarro enorme de alheña por una piastra, y al día siguiente pide dos francos por un tarro diez veces menor. En esto del vender y del comprar, hay, en el Cairo como en Damasco, y en Damasco como en Smirna, y en Smirna como en Constantinopla, algo de lucha y algo de diplomacia, con más mucho de fantasía. Se

Digitized by Google

Los barrios más pintorescos son los más antiguos.

compra por vencer, se vende por engañar, se regatea por regatear. A precio fijo, la mayor parte de las curiosidades con que uno sale cargado de cualquier tienda, no tendrían encanto ninguno. « Esta inmovilidad, esta lenta persistencia en el espíritu musulmán de las ideas de sus antepasados — dice Saladin — se encuentra en lo que producen y en el modo de producirlo. No sólo las industrias locales son las mismas de antaño, sino que están explotadas cual en tiempo de los califas fatimitas ». Los artesanos, en efecto, trabajan á la vista del público en sus tiendecillas minúsculas, con herramientas cuyos nombres ya hemos olvidado en el resto del mundo. Trabajan lentamente, entretejiendo, en sus arabescos de seda ó de cobre, las largas soñaciones de sus vidas inmóviles. En cada cairel, en cada alicatado, en cada polígono, ponen un poco de su vida interior. En su sumisión á la rutina secular, hay un sentimiento religioso de respeto ancestral. Haciendo lo que hicieron sus abuelos, se dan cuenta de que continúa la obra de la raza, y que defienden la tradición del pueblo. Los herreros tienen martillos iguales á los que sirvieron para forjar las cadenas del rey San Luís; los orfebres cincelan el cobre con útiles usados por diez generaciones ; los torneadores cogen el escoplo con los dedos de los pies ; los pasteleros siguen poniendo en la miel las hojas de rosa que atraían á los golosos de las mil y una noches ; los escribanos públicos ponen la misma cara que tanto respeto inspiraba á las favoritas de los visires, cuando alguna felahina les pide que le lean la carta que acaba de recibir. Y si en los obradores y en las tiendas nada ha cambiado, en las galerías reservadas á la circulación, la existencia es hoy como ayer, hoy como siempre. Por pasajes en los cuales apenas caben dos personas de frente, circulan las caravanas de camellos y los desfiles de asnos, sin que nadie proteste contra el peligro de dejarse aplastar. — « ¡ Ruah !... ¡ ruah !... ¡ balek !... ¡ y emenek !... » — gritan los arrieros. Cada uno, entonces, se perfila ó se acurruca, para dejar el espacio libre. En seguida, el lento discurrir sin prisa recomienza. Cualquier espectáculo atrae á los desocupados. Aquí, hay un vendedor de agua que cuenta una historia escabrosa. La gente le rodea, y escucha, y ríe. Más allá, un derviche loco hace gestos enigmáticos. Con respeto, los curiosos le observan en silencio. En un ángulo, un encantador de serpientes abre su caja siniestra, y saca sus horribles reptiles para ponerlos en el suelo. Todos hacen coro á su derredor y se estremecen, viendo como se mueven las cabezas chatas al son de la flauta mágica, y como los cuerpos anillosos se enroscan y se estiran al

Digitized by Google

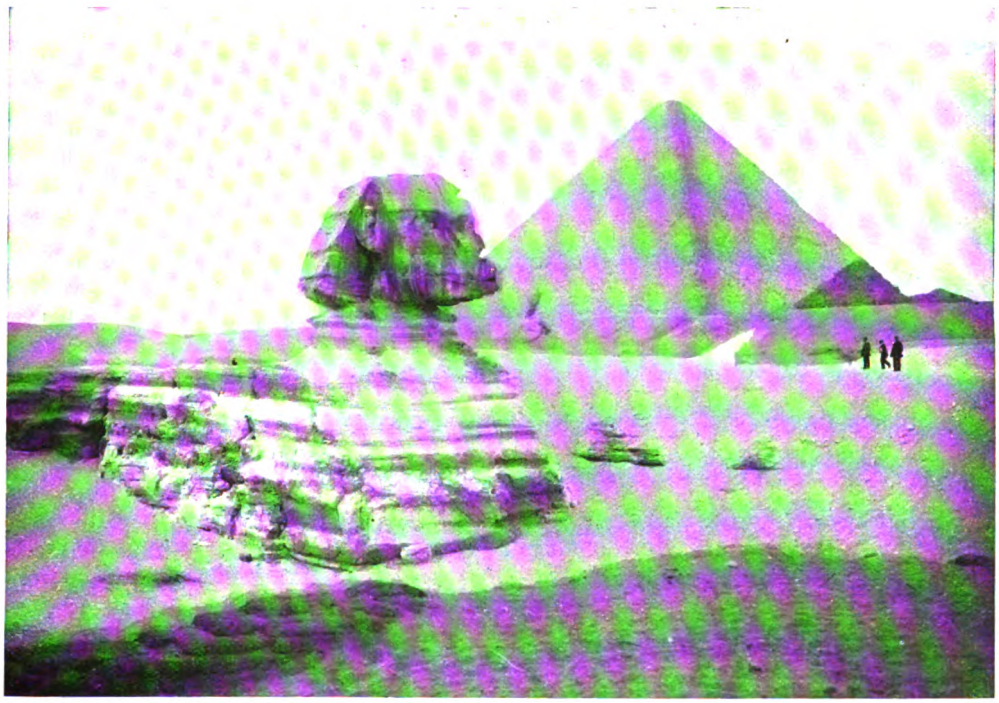
contacto de la mano que los acaricia. Nada ha cambiado desde el principio de la égira. Lo que divertía á los primeros discípulos del Profeta en las encrucijadas de Medina, entretiene á los fieles de hoy en los zocos de Damasco, de Túnez, de Stambul, del Cairo, de todas las ciudades orientales. Fuera de los bazares, los árabes pueden, poco á poco, darse cuenta de que hay en el mundo una civilización diferente de la suya, un comercio más activo, una vida más febril. Ciertas casas ricas de Siria y de Egipto han adoptado, para decorar sus salones de azulejos, los muebles de Europa. Pero aquí, bajo las frescas bóvedas, la existencia es la continuación de un ensueño remoto. Los mismos rumís, al penetrar en una tiendecilla para regatear un chal, un pañuelo, un mosaico, unas pantuflas, una alfombra, llegamos á sentirnos penetrados por los efluvios extraños que nos rodean. Comprar, he ahí el mayor placer del bazar. Y no es porque los objetos que adquirimos tengan siquiera el valor de lo raro. En todas las ciudades de Occidente hay turquerías. Pero sólo en Oriente nos los venden así. Sólo en Oriente tenemos que luchar contra la rapacidad y contra el engaño para conquistarlos. Además, comprar es un pretexto para dejar de ser espectadores. Los momentos en que mercamos, son los únicos en que tomamos parte en la existencia activa del pueblo. Fuera de los *suk*, sólo somos seres contemplativos, curiosos escudriñadores de secretos inviolables, forjadores de novelas exóticas. —« ¿ A dónde vamos ahora ? » — nos preguntamos al salir de los *suk*. Y como la víspera, como siempre, recomenzamos, ya sin tomar parte en la vida del pueblo, las peregrinaciones por las calles.

En el Cairo, los barrios más pintorescos y más poéticos son los más antiguos, los más poblados de ruinas. Claro es que esto los cicerones no lo saben. « Por aquí — murmuran al penetrar en ciertos lugares donde los miradores se pudren — no hay nada que ver. » Ahí, sin embargo, es donde se encuentran los santuarios de las más melancólicas evocaciones. Ahí es donde se descubren esos palacios que antaño pertenecieron á los bajás altivos ó á los mercaderos millonarios, y que ahora no abrigan sino familias de mendigos. En el interior, todo cae en pedazos. El patio, con sus surtidores mudos y sus jardines abandonados, parece un cementerio de aldea. Los meshrebiyas de las ventanas han desaparecido. Por los agujeros del techo se

La animación de las viejas plazas árabes.

Digitized by Google

ve el cielo. De los mármoles del pavimento no quedan sino fragmentos rotos. Pero el aspecto exterior es tan majestuoso, que todos nos figuramos, al contemplarlo, que dentro debe vivir, rodeado de bellas esclavas circasianas, algún descendiente de los visires de antaño. Y si las ricas mansiones decrépitas son así dejadas para que sirvan de antros á la andante pordiosería, figuraos lo que pasa con las casas modestas que comienzan á caerse en pedazos. A cada instante, en las callejuelas de las inmediaciones de Bab-el-nasr y de Bab-el-Futhú, descúbrense rincones de ruinas cuyos dueños se han ido Dios sabe donde, y que no sirven sino para que los beduinos de paso se acurruquen, durante la noche, al relativo abrigo de sus muros. Pero esto, que los viajeros aprovechan para demostrar el decaimiento actual del Cairo, no demuestra, en realidad, nada. En todas las épocas, las poblaciones árabes han ofrecido el contraste pintoresco de la gran miseria junto al gran esplendor. Una casa se hunde ó se incendia, y el dueño, muy á menudo, abandona sus escombros para ir á encerrar su harem en otra casa, á la sombra de otras torres. Con las mismas mezquitas, cuando no son muy milagrosas ó muy venerables, pasa algo parecido. Los fieles que las ven agrietarse, prefieren construir otra, más ó menos cerca, á reparar la que amenaza derrumbarse. En cuanto el estandarte del Profeta desaparece del santo recinto, las puertas quedan abiertas, para que todo aquél que quiera busque allí asilo. La fuente de las abluciones se convierte, entonces, en abrevadero para asnos y camellos. En el patio ritual, los arrieros nómadas plantan sus tiendas negras. En vez de las preces del almuédano, se oyen, por la noche, desde la vecindad, las melopeas nostálgicas de los que no dejan nunca de suspirar por el desierto. Uno de los más bellos templos del Egipto musulmán, el Gamia Ibn Kalaun, cuyo domo se hundió hace mucho tiempo, ha servido de prisión, de depósito de armas y de cantera de mármoles preciosos, pero nunca ha sido reparado. Los dueños de la ciudadela prefirieron demoler el palacio de El-Nasir para construir la nueva y desagradable mezquita llamada de Mohamed Alí, cuya fabricación costó muchos millones, á gastar unos cuantos miles de libras en reconstruir la admirable bóveda caída. Todo esto, empero, no indica ni mal gusto ni indiferencia. Cada ciudad organiza su vida como mejor le conviene. Y el desdén resignado con el cual los árabes abandonan sus ruinas, no es quizás el peor sistema de dar á las calles de sus poblaciones un aspecto de poética antigüedad.



Lo único eterno, la sonrisa de la Esfinge.

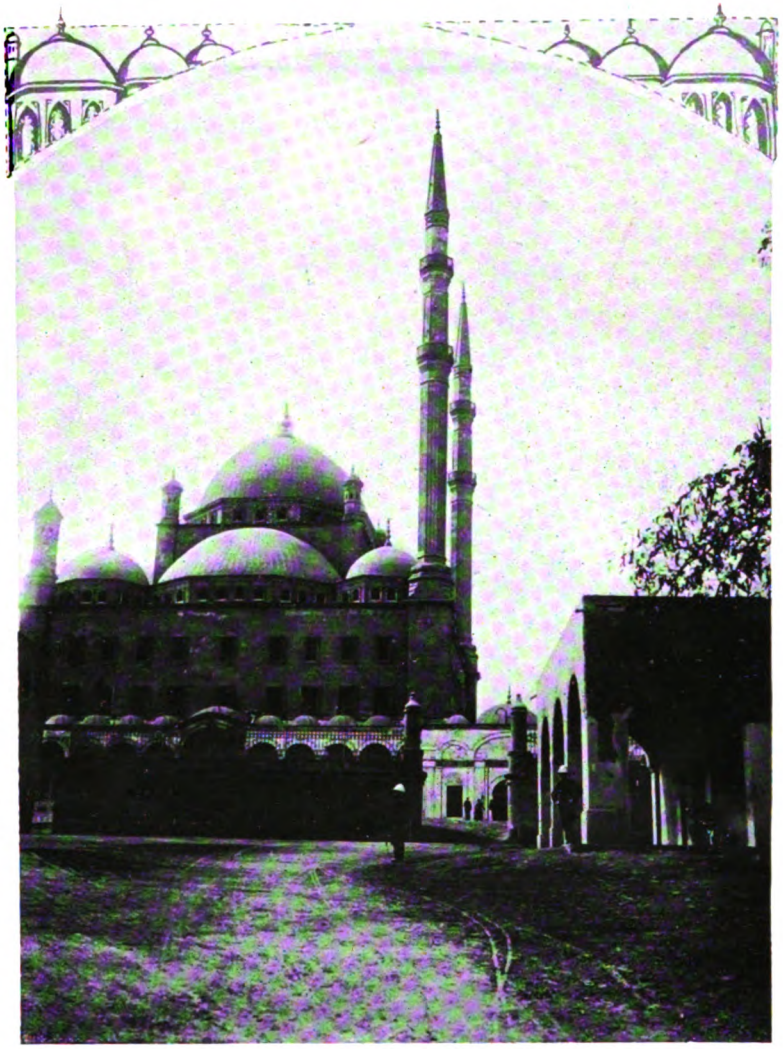
Digitized by Google

Las tumbas de santones y califas.

El abandono de que hablan algunos no es, por lo demás, fácil de comprobarse. ¿ Quién distingue, en efecto, una mansión vacía de una mansión habitada en los pueblos musulmanes ? Muy á menudo, en las callejuelas más sórdidas, entre dos casas humildes, un palacio señorial nos sorprende con sus altos portales esculpidos, con sus balcones de maderas caladas, con sus cornisas de mármol rosa. Si nos detenemos para admirarlo, notamos que todas sus ventanas están tapiadas. Si nos acercamos á la puerta, ningún rumor de vida llega hasta nuestros oídos. Muda como una tumba, la vivienda señorial no parece abrigar sino fantasmas. El color mismo de las paredes exteriores, con sus manchas lívidas, indica un descuido secular. Pero si, por casualidad, alguien nos permite mover el aldabón de bronce que cuelga de su anillo incrustado de plata, nuestro llamamiento encontrará en el acto un eco sonoro en el misterioso recinto. Un negro saldrá á un postigo. Y ante nuestros ojos encantados aparecerá el jardín tradicional, con su alegría de fuentes arrulladoras, de limoneros floridos, de divanes policromos. Hay, en el Cairo, en el barrio de Tabbanah, entre millares de casitas ruinosas, algunas mansiones señoriales que aún conservan la animación y el esplendor de antaño, y que abren sus puertas á los forasteros sin grandes dificultades. Una de ellas, en la cual los pintores extranjeros encuentran un fondo hospitalario para sus cuadros evocadores, el de Gamal-ed-Din, ha sido bautizado por las guías con el nombre de « la maison des artistes ». Todo el lujo y todo el encanto de la arquitectura árabe de la época de los sultanes mamelucos, aparece allí milagrosamente conservado. En el interior no se ve un solo azulejo roto, ni un solo marco de puerta deteriorado. Todo se halla cual si sus primeros dueños acabaran de instalarse en sus vastos aposentos. Los muebles mismos conservan la sencillez de otros tiempos. Nada de lo que más tarde ha ido introduciéndose en los palacios de Damasco y de Bagdad ; nada de armarios de luna incrustados de nácar ; nada de consolas con adornos de bronce. No; nada más que las mesitas bajas de madera labrada, los divanes cubiertos de tapices, los bancos de mármol, los nichos misteriosos, y las vastas alhacenas con mamparas de mucharabiyé. El palacio de Muftaferchane, popularizado por las tarjetas postales, es también uno de los relicarios más accesibles á la curiosidad de los extranjeros. Sus mosaicos y sus artesonados son célebres en el mundo. Pero no es en estas viviendas, que

Digitized by Google

casi pueden llamarse museos, en donde mejor se siente la intimidad de la casta privilegiada, sino en las simples casas ricas de los sabios, de los mercaderes y de los funcionarios importantes. Ahí, en efecto, en una atmósfera de ensueño, toda la elegancia y todo el refinamiento mahometano aparecen, no como una flor conservada á fuerza de cuidados, sino con la espontaneidad natural de una planta vivaz. Lo malo es que fuera del Salemlik abierto á la amistad, el resto es impenetrable. Una vez el café tomado en el salón del dueño, hay que retirarnos. La vida familiar del árabe distinguido es un perpetuo misterio. Mientras el pueblo canta en las terrazas de los cafés, en las puertas de las tiendas, en los bancos de los *suk*, los bajás y los beys esconden sus harems en el fondo de palacios herméticos. Y no vayáis á atribuir á vano orgullo de casta este aislamiento. El mismo personaje que en su casa, entre sus esclavas de amor, se hace invisible, irá á sentarse luego, solo, en una esquina, para fumar su narghilé. Lo que se esconde, es el gineceo, el hogar antiguo, el nido caliente. « Las principales causas de desigualdad social de Europa, es decir, el nacimiento y la cultura — escribe el duque d'Harcourt — no tienen ninguna influencia en Egipto. Los egipcios se encuentran muy cerca del ideal que nuestros revolucionarios sueñan ». De un modo individual, en efecto, todos los árabes son iguales. En la realidad, como en los cuentos de antaño, el hijo del zapatero puede llegar á ser favorito de un bey, lo mismo que el hijo del visir puede acabar pidiendo limosna, sin que ni el uno gane ni el otro pierda en prestigio de casta. La familiaridad con que los más ilustres personajes hablan á la gente del pueblo, es extraordinaria. Lo mismo que en « las mil noches y una noches », diríase que todos temen que bajo los harapos de un mendigo se esconda un califa. Y es que las lecciones que da la vida de Oriente, son de las que no se olvidan. Un azar arruina al rico, otro azar enriquece al pobre. El gran brujo de la existencia árabe es siempre el Destino. No hay obrero que no pueda, con la ayuda del destino loco, llegar á ser bajá. Esto, que todos



Los altos alminares blancos.

Digitized by Google

saben, es quizás lo que mejor contribuye á dar su resignación tranquila á la raza. Llevando en el alma un billete de lotería fantástica, los hijos del profeta esperan siempre y no desesperan nunca. En tal sentido, no hay obra que haga comprender mejor el carácter oriental que *Kismet*. «¡Oh! mortales — dice el contador de la célebre historia — oíd bien la lección que os da el Destino, y prestad atención á las vicisitudes con que sabe hacer variar nuestra vida, ora elevándola y ora bajándola, como una cuba en un pozo». Pero esta especie de indiferencia ante lo que puede pasar y este desdén de las jerarquías, desaparecen en el umbral del harem. Una vez en su casa, el árabe es un ser que no reconoce hermandades. ¿Quién puede jactarse de haber penetrado jamás en el gineceo de un oriental? La amistad, la campechanería, terminan en el selamlik. Un paso más allá, es el misterio insondable. Así, los que venimos á uno de estos pueblos con el ánimo de verlo todo, tenemos que contentarnos con lo que está al alcance de nuestra mirada. Detrás de los muros, Alá sólo sabe lo que pasa.

Las calles pintorescas.

* * *

Lo que pasa en la calle, después de todo, es bastante para distraernos y para interesarnos. En ninguna población de Oriente la variedad de tipos es tan grande cual en ésta. Constantinopla es la encrucijada de las razas asiáticas. En el Cairo, además del Asia, vemos el Africa. « En la plebe de la capital del Egipto — dice Steindorff — hay gente de todos los colores, desde el cobrizo obscuro hasta el blanco puro; y rostros de todas las formas, desde el aguileño de los adoradores de Osiris, hasta el perfil enérgico de los beduinos; y cuerpos que varían desde la esbeltez del felah, hasta la pesadez del turco. » Estos diversos elementos de toda población oriental, que en Turquía viven en perpetua guerra, aquí, en Egipto, donde las pasiones políticas casi no existen, fraternizan lealmente. No hay más que verlos reunidos en los barrios populares, comerciando ó intrigando, para darse cuenta de la paz que entre ellos reina. Las miradas llenas de odio que los turcos lanzan á los armenios, los armenios á los judíos, los judíos á los sirios, los sirios á los kurdas, los kurdas á los beduinos, se han quedado en Stambul. En el Masr-el-Kaira, cada uno lleva su traje y su alma y su fé, sin exponerse á chocar al vecino. En cualquiera terraza de café, veo ahora muestrarios completos de las poblaciones levantinas. Junto á un persa soberbio, constelado de puñales de plata, que apura á sorbos menudos su taza de té, un negro de Nubia, vestido de blanco, fuma su pipa indolente. Al lado de un arriero de desierto, envuelto en un manto de pelo de camello, un sedentario guardián de harem luce su cinturón cubierto de pedrerías falsas. Entre dos egipcios de túnicas azules yérguese, cual una estatua de bronce, un abisinio escueto de ojos de fuego y de perfil de víbora. Detrás de un turbante claro de árabe, aparece la corona de lana de un beduino. Los burnús rayados de gris de los argelinos, contrastan con los albornoces flotantes de los jinetes de Siria. Los kawas turcomanos, armados como capitanes de opereta, contemplan sin desdén á los mercaderes judíos de chechias obscuras y de levitones sórdidos. Y á la variedad infinita de los trajes y de los tipos, corresponde la misma variedad de gestos, de acentos, de actitudes. Aun hablando casi todos árabe, diríase que cada uno tiene una lengua diferente. Los sonidos que en labios de un nómada son roncos y rudos, en la boca de un fino mercader del *suk* de los perfumes hácense halagadores y gorjeantes. La voz de los cairotas, y sobre todo, de las cairotas, es famosa en todo el Oriente por su suavidad y por su harmonía. « Ese timbre admirable — escribe Fazil Bey — es un

Digitized by Google

don particular de las gentes de Egipto. Que una dama diga una sola vez « ¡ ah, Leilá ! », y los pájaros que vuelan bajarán á posarse en su pecho ». Lo malo es que nosotros, los infieles que nos paseamos como intrusos entre la multitud, no oímos nunca decir « ¡ah, Leilá ! » Los únicos instantes en que la voz de las mujeres veladas llega á nuestros oídos, es cuando, en las tiendecillas de los bazares, regatean las bellas sederías que el mercader extiende ante sus ojos admirados con habilidades felinas y diabólicas.

* * *

Las más seductoras no son, empero, esas damas que compran telas de lujo, esas aristocráticas tapadas de manos muy blancas, esas hurañas huríes de charchaf de seda. Son otras mujeres más modestas. Son las felahinas de pies descalzos que pasan, rítmicas, en túnicas ligeras y ceñidas, que permiten admirar los cuerpos esbeltos, las piernas esculturales, los senos menudos. A cada instante, en efecto, una de estas representantes de la antigua raza egipcia, nos sorprende con su gracia de estatua de bronce. Sus ojos pintados de azul obscuro no tienen la melancólica altivez de las miradas turcas, ni la salvaje voluptuosidad de las pupilas. Los conquistadores musulmanes han impuesto á las antiguas adoradoras de Isis la religión del Profeta. Pero sus rostros no se han resignado nunca al velo, y sus cuerpos continúan siendo tan inocentemente impúdicos cual en la época faraónica, en que el vestido era un lujo reservado á las altas clases. Con cualquier pretexto se recogen la túnica, dejando al descubierto las pantorrillas nerviosas, y aun sin pretexto tienden el pecho cual una ofrenda de amor. Hijas de esclavos, esclavas sumisas, no tienen derecho á ningún lujo, á ningún capricho. La ley suntuaria de sus miserias milenarias, no les permite más coquetería que la alheña que pone ojeras en sus párpados, y las ajorcas que hacen brillar sus tobillos. Así, cuando se detienen ante cualquier tiendecilla, no es sino para admirar aros de plata ó telas de algodón. Y hay que ver, si se deciden á comprar algo, sus humildes insistencias en el largo regateo, sus obstinaciones en no irse sin lo que desean, sus actitudes implorantes á los pies del mercader, que pide siempre más de lo que ellas tienen. Y luego, cuando logran adquirir la joya, hay que ver también cómo se la llevan, radiantes de alegría. En sus párpados obscuros, palpitan aleteos de emoción. Su pasos son más rápidos. Con su tesoro en las manos, huyen del *suk*, temerosas de que alguien se los arrebate, y siguen, harmoniosas y ondulantes, las líneas intrincadas de las callejuelas, camino del barrio de arena y de lodo en el cual tienen sus chozas primitivas, á orillas del rojo Nilo, padre de la tierra y padre de la raza.

Digitized by Google

ALBERTO DEL SOLAR

Por RUBEN DARIO

La Real Academia Española, que acaba de abrir sus puertas al escritor chileno Alberto del Solar en calidad de miembro correspondiente, ha realizado un acto de completa justicia. Ha tiempo que el autor de tantos libros plausibles — que acaban de aparecer compilados en una bella edición de Obras Completas — era merecedor de tal homenaje. Fuera de sus méritos de novelista, de narrador, de poeta, de autor dramático, ha sido siempre cultivador de la tradición castiza de nuestra lengua, y no ha transigido ni aun con la singular costumbre — que creo que se debe á Don Andrés Bello, — de usar la *i* latina, como conjunción, en los casos en que todos usamos la *y* griega, ó *ye*. Va bien, pues, Del Solar, entre los que tienen por especial misión limpiar, fijar y dar esplendor al idioma castellano.

Una de las particularidades que distinguen á Alberto del Solar es su americanismo, demostrado desde antaño. Desde sus recuerdos sobre la guerra del Pacífico, en la cual siendo muy joven tomó parte por mar y por tierra, hasta sus últimos trabajos, casi todos, todos puede decirse, se refieren á nuestra América, y principalmente á Chile, su patria, ó á la República Argentina, patria de sus hijos.

En esos recuerdos á que me he referido, brilla un vibrante amor de la tierra natal y de sus glorias, y se habla con palabras de verdad y de entusiasmo — « yo vi, yo estaba allí » — del heroísmo del soldado chileno, de su terribleza y de su resistencia. Y no hay, desde luego, ninguna manifestación de odio ó rencor al enemigo. En la novela *Huincahual*, que pasa en tiempos del antiguo Arauco, y que habría regocijado á Marmontel y logrado la aprobación de Chateaubriand, se trata de luchas y amores entre personajes de las razas contrarias: la conquistadora y la autóctona. La narración es clara, sencilla, con justa y precisa erudición, como que se apoyaba el autor en documentos del eminente americanista Medina, y de un interés sostenido y atrayente. « Me ha gustado é interesado tanto, que pienso hablar de ella cuando hable de otras novelas hispanoamericanas », escribía don Juan Valera.

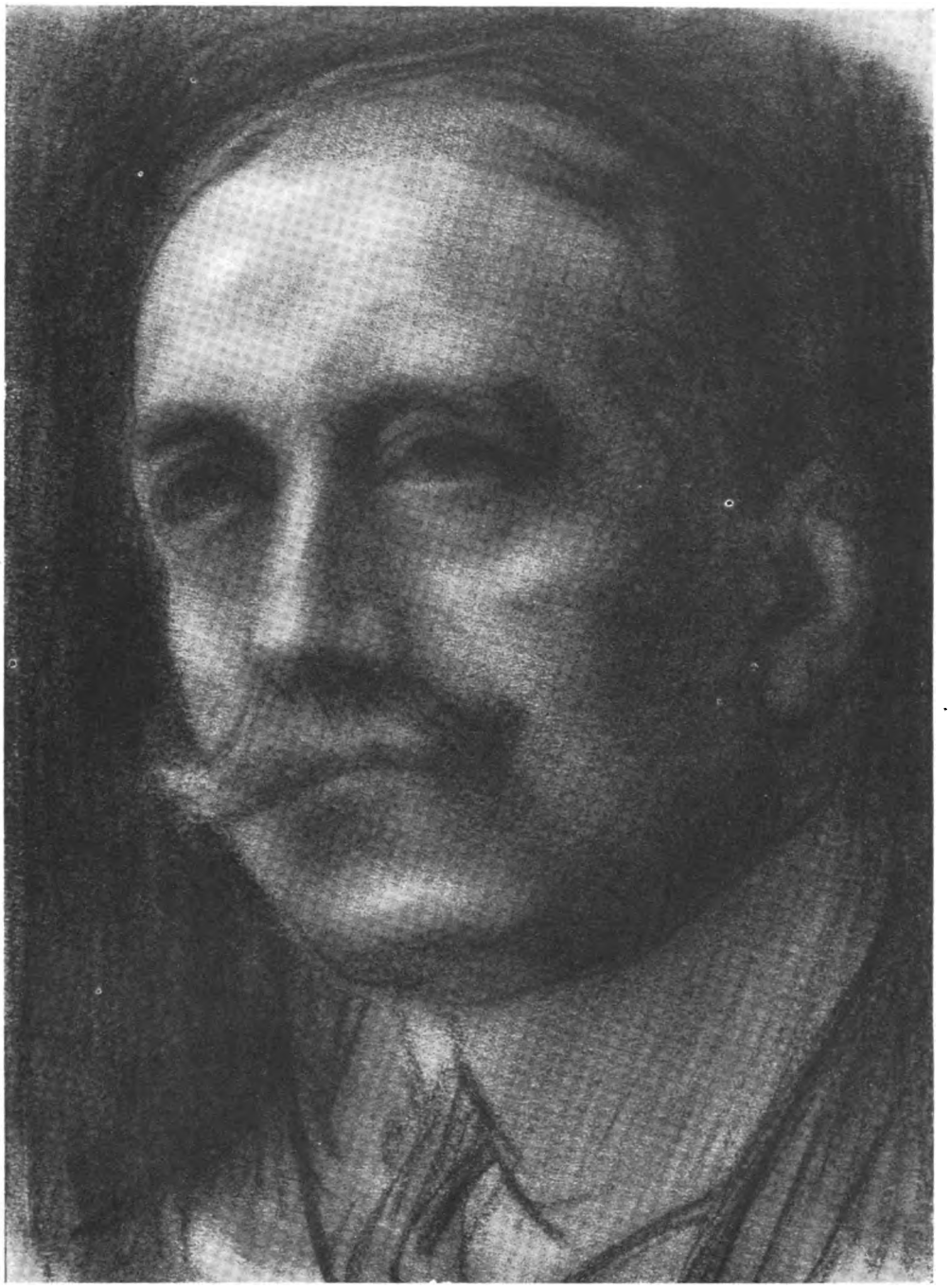
En *Rastaquouère*, otra novela, trabaja Del Solar en materia contemporánea y graciosísima; está muy galanamente escrita, y contiene muchas y muy saludables enseñanzas.

La novela *Contra la marea* entusiasmó á poetas como Rafael Obligado, cuando fué leida en reuniones literarias en casa de ese noble é ilustre amigo; yo asistí á algunas durante mi permanencia en Buenos-Aires. Es también labor americana, de ambiente argentino, y en ella como en *El faro*, otra novela — escrita sin que conociese el autor *La Tour d'Amour*, de Rachilde — aparece uno de los elementos que ejercen mayor atracción en la facultad imaginativa y creadora de Alberto del Solar : el mar.

En las concentradas líneas de esta « cabeza », no podría ni someramente juzgar ni presentar toda la obra ya numerosa de mi eminente amigo. Alguna vez — hace ya años — expresé mis elogiosos pensares en el prólogo de uno de sus libros. Hoy podría agregar que ha contribuido á la formación del teatro nacional argentino, con la presentación de más de una obra celebrada, á pesar de lo dificultoso de la empresa. De su comedia *El Dr. Morris* — que creo se ha representado también en inglés — decía el poeta Diez Romero : « Es una de las obras de teatro más seductoras que se hayan representado en este país ». Y de *El faro*, *Chacabuco*, y otros trabajos, se han hecho los juicios más satisfactorios.

Mucho habría que decir del crítico, del conferencista, de algún excelente ensayo de historia ; mas ello no cabría sino en líneas mayores. Debo, sin embargo, hablar del poeta. Y aquí volveré á recordar cómo aviva su fantasía, y le mueve á expresarse métrica y sonoramente la vasta influencia oceánica, advertida desde su infancia en la pintoresca y encantadora Valparaíso. Cuando aparecieron en *La Nación*, de Buenos-Aires, versos de Del Solar, el hecho causó asombro. Sus colegas de la prosa se asombraron ; ante los mundanos y los de los millones perdió méritos ; los poetas, celosos de su ciudad sagrada, le exigieron el *schiboleth*. Con todos ellos supo entenderse ; y al publicar recientemente su poema *El Diamante azul* — en que siempre aparece la prodigiosa Thalassa — se ha visto que se trata de un verdadero lírico, conocedor de nuestro parnaso y de los grandes poetas ingleses, y cuya factura de corte clásico no le impide vuelos muy modernos, pegaso y aeroplano. Páginas entusiásticas se han escrito sobre ese hermoso poema — entre ellas una notable de Luís Berisso — y en ellas se alaba el dominio de la expresión y la fuerza imaginativa. Yo he leido con de-

Digitized by Google



Alberto del Solar.

tención esos resonantes y ágiles versos que expresan un significativo « mito », y que juntan la gracia de las ficciones y metamórfosis antiguas á un tema que no puede ser más real, en las férreas y mecánicas tragedias de nuestros días: el naufragio del *Titanic*. Una leyenda comentada por los diarios, á raíz de la pérdida de aquel colosal barco, dió motivo á que Del Solar escribiese su conmovedora y musical obra, y el poema surgió, digno del poeta y de la poesía.

Digitized by Google

LA EVOLUCION DEL TANGO...

DEL TANGO ORILLERO ARGENTINO...

Digitized by Google

... Por FEDERICO RIBAS.

... AL ARISTOCRATICO TANGO PARISIENSE.

Digitized by Google

I

¡ Filadelfia, Pittsburg, Chicago y el Oeste! — gritó repetidamente el conductor, mientras recorría el andén á todo lo largo del convoy.

Hallábame en Jersey City. El tren iba á partir.

Al penetrar en el coche me encontré con un viejo y una encantadora muchacha, á quienes, mientras saludaba, dirigí escrutadora mirada, pareciéndome él demasiado viejo para ser el padre, y ella excesivamente joven para ser la esposa.

El tren, una vez fuera de agujas, trocó su acompasada marcha en veloz carrera, comparable á la que en aquel punto seguía mi imaginación, excitada por la singular, extraordinaria belleza de mi compañera de viaje.

Nadie osaba interrumpir el silencio. Una instintiva hostilidad parecía repeler todo conato de intimidades, y ello, por mi parte, no me pesaba, en cierta manera, abstraído como me hallaba en la contemplación de aquel portento de mujer.

Ella, á su vez, tampoco cesaba de mirarme, haciéndolo con el disimulo con que suele mirar toda mujer, que se sabe observada por un hombre.

El viejo, aunque aparentaba leer una *Guía de ferro-carriles* que tenía abierta, miraba á uno y otro lado con ojillos inquisidores.

Deseoso de observar más á mis anchas aquella prodigiosa belleza, decidí entornar los párpados simulando estar dormido, y una vez cerrados los ojos, cruzaron por mi mente quiméricos ensueños cual los de Goethe, cuando imaginaba que era un verdadero héroe como el príncipe Pipí, quien sentado en opíparo banquete con hermosa dama, recogía en sus besos tanto placer que quería morir.

Mi excitación nerviosa me obligó á sacudir bien pronto el fingido sueño, y á trabar conversación con aquella interesante pareja; busqué pretexto preguntando :

— Caballero ¿ podría usted decirme á qué hora se llega á Altoona ?

— A eso de las tres — contestó el viejo, secamente.

— Y ¿ conoce usted el sitio donde se libró la batalla de Gettisburg ? — insistí, deseoso de continuar el diálogo.

— Lo conozco — dijo el vejete irguiéndose sobre su asiento — yo estuve en esa batalla ; el 63 era yo coronel, é hice toda la guerra civil de los Estados Unidos. Está junto al valle de Cumberland. Se lo enseñaré.

— ¿ Van ustedes á Chicago ?

— Sí ; allá vamos mi hija y yo.

— ¡ Esta señorita es hija de usted ?

— Es mi hija política. Casó con mi hijo único, quien la conoció en un viaje que hizo á la isla de Cuba.

— Y ¿ van ustedes á reunirse con su hijo ?

— No. Desgraciadamente no vamos á eso...

— ¿ Desgraciadamente ?

— Sí, señor, sí. Mi hijo murió estando en la plenitud de la vida y poseyendo una fortuna de seis millones de dollars, que ahora, sumada á la mía, pasará á manos de Toña... si ella...

La muchacha tosió fuertemente, no dejándome oir las últimas palabras que pronunció el viejo, quien tornó á sumirse en el hostil mutismo de antes.

Durante nuestra anterior conversación, pude observar que Toña se hacía la distraída, no asomando á su rostro, al traer á cuento á

Digitized by Google

En el coche me encontré con un viejo y una encantadora muchacha.

su difunto marido, ni un gesto sentimental, ni un ademán de tristeza. Y sin pecar de malicioso confesaré que al ver el poco caso que hacía la muchacha al evocarle un pasado luctuoso, pensé que habría hecho un casamiento de interés; que entre ella y su esposo no debió de existir esa íntima dualidad que convierte á dos personas en una voluntad única.

II

Atravesábamos las calles de Newark, apenas distinguidas por la gran velocidad del tren. El viejo pasó al corredor, y al quedarnos solos Toña y yo, juro que experimenté una turbación sin precedente.

Al fin, el atrevimiento pudo más que mi cortedad, y le hablé de esta manera:

— ¿Ha estado ya alguna vez en Chicago?

— No, señor. Antes de casarme no había salido de Cuba.

— Su marido sería muy joven ¿verdad?

— A poca diferencia, debía contar la misma edad que usted.

— ¡Qué casualidad!

— ¡Casualidad y coincidencia extrañas! Pues le aseguro que sería difícil encontrar otro parecido tan exacto á mi difunto, como el de usted. Si yo creyera en espiritismos, al verle entrar, se me hubiera figurado era usted el espíritu de mi marido. Las contadas veces que encuentro tan idénticos parecidos, se me ocurre pensar si Dios se entretiene en crear seres duplicados.

— ¡Peregrina ocurrencia!...

Hubo una pausa, durante la que Toña no cesó de mirarme con aquellos sus ojos, más abrasadores que el mismo sol de *su tierra*.

Al poco rato, insistí curioso:

— ¿Hace mucho tiempo que murió su marido?

— Próximamente un año.

— La felicidad es un mito en este bajo mundo.

— ¿Acaso es usted también viudo?

— No, señora. Jamás me enamoré. Así como Diógenes buscaba con su linterna un hombre, busco yo una mujer.. y hasta aquí...

— ¡Curioso! ¡Verdaderamente original!

Digitized by Google

En el coche-restaurant comimos incómodamente.

— No le extrañe á usted. Soy un ente extravagante, que respeta y cree á pie juntillas lo que dijo aquel filósofo á quien, preguntándole qué edad era buena para casarse, contestó: «Cuando uno es mozo, es temprano, y cuando viejo, tarde.» Presté, además, ente-

Digitized by Google

ro crédito á estas frases del griego Hiponax : « Sólo dos días hay en que tu mujer te regocijará: el día de la boda y aquél en que la entierren ».

— ¡ Gracioso, graciosísimo ! Y diga usted acá ¿ si no fuera por nosotras, pobrecitas mujeres, como andaría el mundo ?

—El mundo hubiera sido un Edén á no existir la *pobrecita mujer* que se llamó Eva, de cuyo origen debiéramos maldecir todos los hombres.

— Quienes debiéramos maldecir de Adán somos nosotras, pues Dios lo creó fuerte para salvaguardia de su esposa, y ya sabe usted la poca resistencia que opuso á que la manzana fuese cogida.

— Señora, no estuvo en mi ánimo, ni por asomo, el contender con usted. Tampoco vaya usted á figurarse, por lo que dije, que soy un enemigo acérrimo del matrimonio. Si hasta aquí no me casé, ha sido porque tengo formado un concepto muy elevado sobre la mujer, y no logré encontrar, no había logrado encontrar...

— ¿ Y la encontró ya ?

— ¡ Quizás !

— Entonces ¿ qué espera usted para casarse ?

— Porque hay cosas que no se deciden... así... al momento. Falta también saber *si ella aceptaría...*

— ¡ ¡ Quién sabe ! !

No pudo decir más ; el viejo penetraba en nuestro departamento.

Siguió un silencio forzado que me resultaba altamente molesto.

De pronto, ella lo rompió expresando deseos de pasar al corredor, para así admirar el paisaje.

Me ofrecí á acompañarla y ella aceptó, á pesar del gesto de contrariedad que el viejo dejó traslucir.

Arrimados ambos al mismo cristal, contemplábamos las vivas llamas que surgían á través de las puertas de los hornos que íbamos dejando atrás, á lo largo del camino recorrido.

Ella fué quien reanudó nuestra anterior conversación, diciendo :

— ¿ Podría saberse quién es esa mujer excepcional, por la que abdica usted de arraigadas convicciones... ?

— ¿ Y es usted quién me lo pregunta ?

— ¿ Me supone acaso una adivina ?

— No pretendo que sea usted adivina. Me conformo con sólo saber que es usted *divina*, y que si fuese usted esa mujer elegida entre todas...

Una fuerte sacudida me hizo desprender de su brazo, del que me había apoderado, acompañando á esa acción brusca una mirada llena de promesas y una significativa vuelta de cabeza, por la que me daba á entender que el viejo nos estaba observando. Fué la única respuesta que obtuve.

III

Abandonamos los tres el coche-restaurant, cuyo tembleteo nos hizo comer algo incómodos, y pasamos á nuestro departamento ; en él dejamos instalado al vejete, quien pronto cabeceó, vencido tal vez por laboriosa digestión.

Toña y yo salimos al corredor, en el punto en que pasábamos por Cresson. Media hora después llegábamos á Johmstom, y cruzaron ante nuestra vista paisajes encantadores del río Commagh.

El tren corría á toda marcha.

Un « ¡ oh ! » de Toña me hizo fijar en unas grandes columnas de fuego, que parecían escalar el firmamento. Estábamos, sin duda, en las regiones del gas natural.

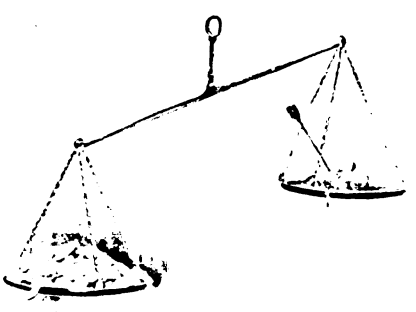
De pronto, movido por uno de esos arrebatos de pasión que nos hacen olvidar cuanto nos rodea, me acerqué á la muchacha hasta confundir casi su respiración con la mía, diciéndole en comunicativa efusión :

— ¿ Qué me contestaría usted, si la dijera que la adoro ?

Ella, sorprendida ante lo inesperado de mi pregunta, quedóse perpleja ; sus mejillas tiñéronse de tonos carmíneos y, bajando los ojos, musitó con voz temblorosa :

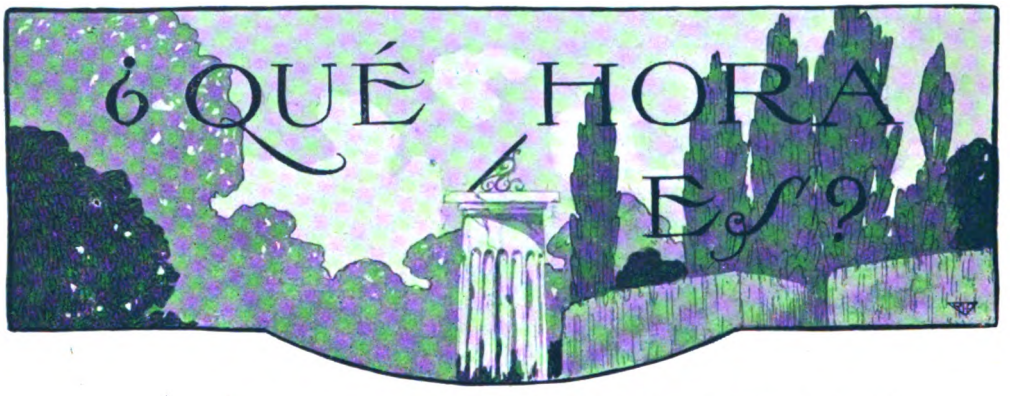
— Que yo también le adoro... pero que si me casara... Ya se lo dijo papá... ; perdería su fortuna y la de su hijo ·Más de seis millones de dollars !...

PEDRO FERRER GIBERT.



(Ilustraciones de Hemmings.)

Digitized by Google



« Le disque de l'horloge est champ du combat
Où la mort, de sa faux, par millions nous abat. . »

TH. GAUTIER.

¿ Qué hora es ?

¡ Cuántos años y cuántos siglos pasaron sobre el mundo, antes de que los labios humanos formularan esta pregunta que hoy es para nosotros una obsesión y un tormento !

Si nuestra vida inquieta y febril es tan corta que, á no someterla á una ley cronométrica inexorable, moriríamos sin haber cumplido la misión de la existencia, muy otra, en cambio, fué la de nuestros antepasados de la prehistoria, quienes vegetaban lentamente, al través de jornadas siempre iguales.

Noche y día : tal era la única división del tiempo que estaba al alcance de aquellos bienaventurados que ignoraban las horas de Caja en los Bancos, las de oficina en los Ministerios, las de agiotaje en las Bolsas, las de conferencia en los Ateneos, las de juego en el Club, las de audiencia en los Tribunales, las de meditación en las Cárceles, las de embuste ó de hipocresía en Sociedad...

Y así, en aquella edad feliz, al anunciarse la mañana con el alba, la caza y la pesca procuraban el sustento que no había de comerse á la hora de costumbre, sino en el momento en que el estómago lo reclamaba. Vivir y multiplicarse eran las leyes de la existencia, y un hombre bien nutrido, en semejantes tiempos de robustez ingénita, era un hombre que vivía, pese á las inclemencias del clima y á la hostilidad de las fieras. Cumplida esta primera parte de su misión social, la segunda, la de atender á la conservación de la especie, era aún más sencilla, si cabe.

El amor, libre de sentimentalismos y de complicaciones, exigía en las selvas y en las cavernas menos « flirts » previos y menos previas habilidades poéticas y oratorias que en nuestros amargos días de progreso, y, además, acogíase mejor á las praderas blandas y soleadas que á la oscuridad de las alcobas nupciales, en donde, según triste máxima filosófica, los modernos esposos se ocultan para perpetrar el crimen de transmitir el dolor con la vida.

Por ello, cuando las primeras estrellas vespertinas anunciaban la proximidad de la noche, pensábase tan sólo en buscar acomodo, el menos malo posible, para un tranquilo descanso.

Mas ¡ ay ! esta felicidad primitiva de nuestros abuelos duró poco, en relación con la vida del mundo.

Nacieron de las familias las tribus; de las tribus los pueblos ; de los pueblos los Estados ; y acumulando á placer quehaceres y preocupaciones sobre sus días, el hombre acabó por encontrarlos breves, y le fué menester medirlos para saber la cantidad de esfuerzo, de sobrado dolor y de escasa dicha, que en cada instante habían de corresponderle para el mejor y más exacto funcionamiento de su máquina psíquico-fisiológica.

Probablemente, aún no habían formulado los ingleses la máxima trascendental de *Time is money*, pero en cambio se había inventado ya el régimen autocrático, merced á la inteligencia de algunos pocos hombres y á la estupidez de la enorme mayoría restante. Así llegaron los primeros, los avisados, á convencerse de que fácilmente podían rodearse de comodidades y de placeres gratuitos, haciendo que les sirvieran aquéllos de sus semejantes capaces de la tontería de obedecerles. Como estos últimos eran muchos, la costumbre hizo ley, y si no se dedujo que *el tiempo propio era oro*, dedújose al me-

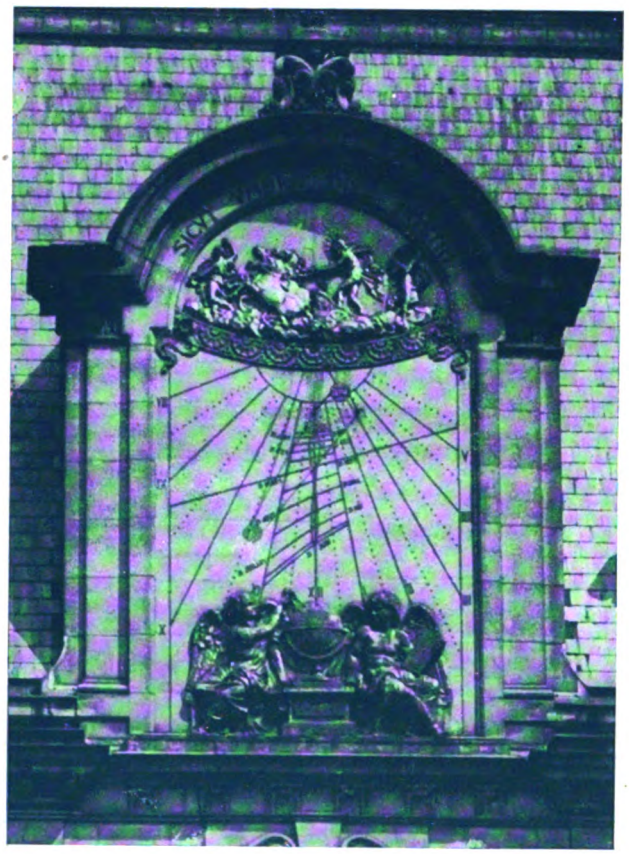
Digitized by Google

nos que podía ser oro el tiempo de los demás. Imponíase, pues, con urgencia, la necesidad de una medida para ese tiempo trocado en fuente de riqueza.

El cielo constituyó el primer horario conocido, y todavía recurrimos á la inmutable exactitud de sus leyes para enmendar las deficiencias de nuestros pobres mecanismos cronométricos. La altura del sol sobre el horizonte, durante el día, y el mismo dato con relación á la luna y á las estrellas durante la noche, fueron los primeros puntos de referencia merced á los cuales nuestros antepasados pudieron deducir la hora.

En el día, observaron las gentes que la longitud de las sombras de los objetos, proyectadas por el sol, disminuía desde el comienzo de la mañana hasta el centro de la jornada, y volvía á crecer desde mediodía hasta la hora del crepúsculo. De esta observación nació el *gnomon*, ó reloj solar primitivo, cuyo invento se atribuye á los caldeos.

El *gnomon* estaba constituido, sencillamente, por una estaca recta, hincada en tierra, sobre un lugar plano, despejado, y bien expuesto al sol. Esta fué su forma elemental y primitiva. Ulteriormente, se reemplazó la estaca por una piedra tallada en forma de cono prolongado. Los obeliscos egipcios sirvieron también para tal objeto, y en los raros días en que luce el sol sobre París, hay practicones que en la sombra del obelisco de Luksor — trasplantado desde cielos más clementes al ingrato de la plaza de la Concordia — leen la hora con más exactitud y facilidad que en los paradójicos relojes pneumáticos del Boulevard.



El viejo cuadrante solar de la Sorbona marca la hora con la perpetua, serena y sencilla oscilación de su pequeña sombra, ínfima y apenas perceptible, pero ligada por un rayo luminoso con lo eterno y lo inmutable...

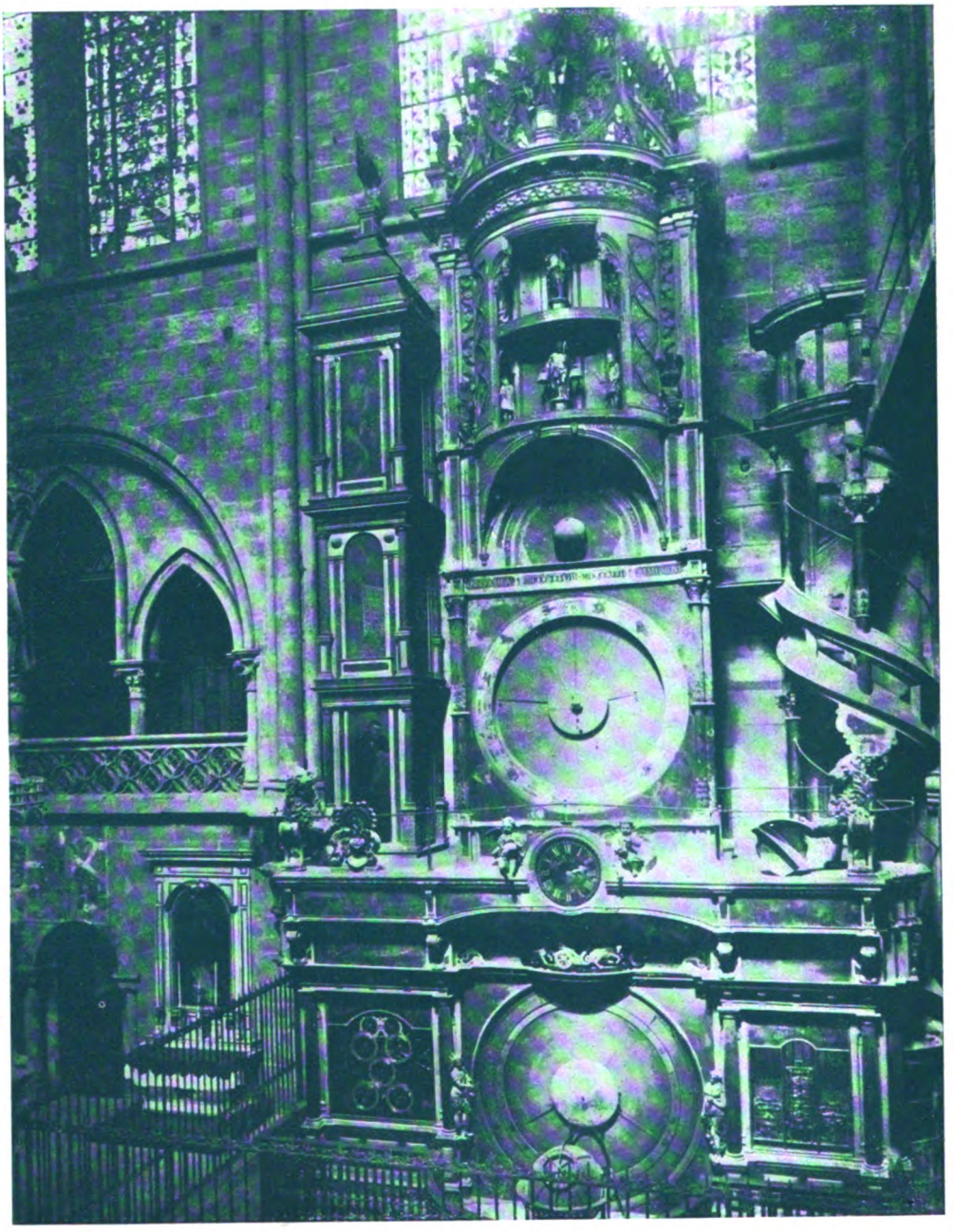
Pero la sombra del *gnomon*, fácil de interpretar por un experto, ofrecía graves inconvenientes para el uso general entre los profanos ignorantes de la antiquísima ciencia de astronomía, y daba lugar á errores continuos y desagradables, y á enojosas faltas de puntualidad en las citas de amor y de negocios.

En efecto, la longitud y la dirección de la sombra del *gnomon* varía, no sólo en relación á las distintas horas del día, sino también con respecto á las distintas estaciones y épocas del año.

En una de las comedias de Aristófanes, dos personajes se ponen de acuerdo para encontrarse en determinado momento. Aún no se hablaba de las horas en el sentido en que nosotros interpretamos esta palabra, ó sea como la 24ª parte del tiempo que la Tierra emplea en dar una vuelta completa sobre su eje. Las *Horas* Griegas eran divinidades, hijas de Júpiter, que representaban espacios de tiempo muy varios é indefinidos, y que fueron al principio tres, y presidieron á las humanas tristezas ó alegrías. Más tarde, las « Horas » fueron doce, y cada una de ellas significaba una duodécima parte del día.

Por tanto, los personajes de la comedia aristofánica convienen su cita en esta forma :

Digitized by Google



El famosísimo reloj de la catedral de Estrasburgo es uno de los más antiguos, y el más complejo del mundo. Fué construido en 1352, y restaurado en 1842 por Schwilgue, que en este trabajo empleó cinco años. Sus mecanismos, á más de indicar todos los datos relacionados con la hora y con los fenómenos astronómicos, mueven una legión de figuras cristianas y paganas, que aparecen y desaparecen al sonar las horas.

— ¡ Nos encontraremos en el instante en que la sombra del *gnomon* mida 10 pies!...

Este extraño *rendez-vous* estaba de acuerdo con la época del año en que la acción de la comedia tenía lugar. De ocurrir en otra estación, el número de pies selañado á la sombra del *gnomon* hubiera sido muy distinto.

Cierto es que tal circunstancia daba lugar

Digitized by Google

á un equívoco al representarse la comedia, en tiempo en que el citado largo de la sombra había de indicar una hora diferente de la que conviniere al desarrollo de la fábula. Pero cosa parecida ocurre en nuestras comedias contemporáneas, cuando en pleno rigor invernal, y ante un público que llega aterido y envuelto en pieles, nuestros comediantes hablan en el escenario *del calor asfixiante* que se siente en la calle.

Para evitar, dentro de lo posible, las malas interpretaciones dadas á la longitud de la sombra del *gnomon*, los gobernantes griegos y romanos cuidaron de hacer redactar por los sabios unas concienzudas tablas astronómicas, en las cuales se indicaban las longitudes que en cada mes correspondían á la sombra, en relación con cada una de las horas en que entonces se dividía la jornada, de sol á sol.

Otro inconveniente de este sistema consistía, en que tales tablas habían de calcularse en cada localidad con relación á la distinta altura de cada *gnomon*. Más previsores que los griegos, los chinos habían remediado á tal defecto estableciendo por medio de la ley, y desde tiempo inmemorial, que todo *gnomon* mediría 8 pies de alto.

Pero, como queda dicho, estas circunstancias no dejaban de ser enojosas, y andando el tiempo, que de la mano trae al progreso, se llegó á la invención del cuadrante, ó reloj solar.

De este cuadrante nos dice Herodoto que fué ideado por los Babilonios. Anaximandro, 550 años antes de Jesucristo, construyó el primer cuadrante solar que poseyó Esparta, y merced á Pericles se instaló otro en Atenas.

Roma no se permitió el lujo de un cuadrante solar hasta pasada la primera guerra Púnica, doscientos años antes de J. C.

Los cuadrantes solares construíanse de muy diversas formas y tamaños. Algunos eran muy grandes, como los de la *Torre de los Vientos*, de Atenas, que ostenta un reloj solar en cada una de sus ocho fachadas.

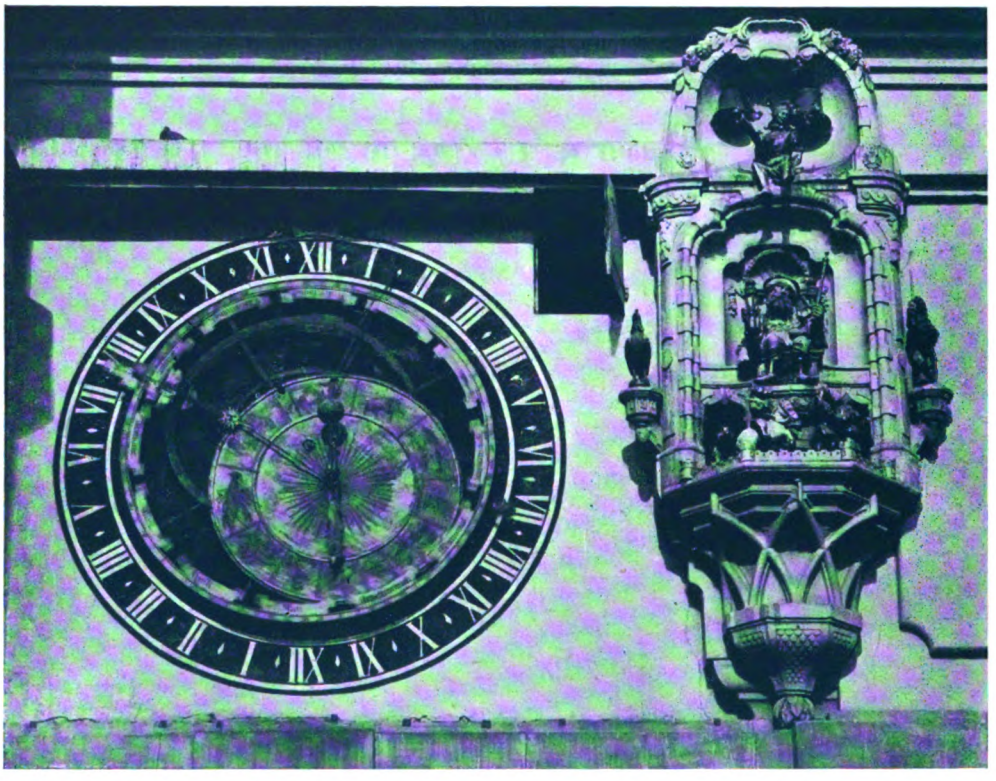
En la Edad Media, los cuadrantes se multiplicaron de tal modo que casi todas las iglesias, edificios públicos y residencias señoriales, poseían el suyo. Hoy mismo, en algunas aldeas montaraces, el cuadrante del templo, el de la casa Ayuntamiento, ó el del palacio de algún señor rural, constituyen el único medio de información cronométrica de que disponen los rústicos que, viviendo en la paz de las alturas, han tenido la suerte de no ser accesibles, todavía, á la invasión del progreso.

La antiquísima "Torre del Reloj", de Berna, cuyo cronómetro es también famoso por su complicado y viejo mecanismo.

De tal modo, y en tanto que no se inventaron otros medios más prácticos ó más exactos para llegar á la determinación de la hora, estos relojes solares constituyeron la última palabra de la ciencia, y algunos de ellos, bastante grandes y bien dispuestos, no acusaban errores mayores de un minuto. Todavía, en 1666, la Academia de Ciencias de París utilizaba el cuadrante al mismo tiempo que los imperfectos relojes, que en muchas ocasiones sometían su imbricada maquinaria, inconsciente y loca, al contraste de la perpetua, serena, y sencilla oscilación de una pequeña sombra, ínfima y apenas perceptible, pero ligada por un rayo luminoso con lo eterno y lo inmutable, en lazo intangible y sutil tendido, como puente de misterio, desde la Tierra hasta el enigma del Universo.

Tanto el *gnomon* como el cuadrante eran instrumentos exclusivamente diurnos, y á medida que los hombres fueron civilizándose, la noche fué también dejando de servir en absoluto para el descanso, como ocurriera en las edades de la protohistoria. Así

Digitized by Google



Detalle del célebre reloj de Berna. La esfera, de 24 horas, comprende también un cuadrante solar y un sistema astronómico. Al lado de esta esfera se ve el retablo, sobre el cual desfilan las figuras, al dar las horas.

pues, hubo necesidad de sujetar la existencia nocturna á un programa estricto, á semejanza de lo hecho con la vida durante el día.

Jenofonte nos dice que en tiempo de Sócrates el arte de conocer la hora, en la noche, era muy popular, y que las gentes lo aprendían de los pastores y de los marinos.

En los cielos orientales, constelados y transparentes, los astros brillan con fulgores mágicos. Forzosamente había de suspenderse de ellos la atención del hombre, que en la tenue llama lejana, fría y palpitante, podía cifrar á su antojo la leyenda eterna, misteriosa y sobrehumana del *más allá*. De tal modo, en observación constante hecha de poesía, de superstición, de nostalgia, de ensueño, de inquietud : de la vida toda, en suma, llegaron los astrólogos al estudio de cada estrella visible, estableciendo una relación casi exacta entre su altura en los cielos y la hora de la noche que á tal altura correspondiere.

Hiparco determinaba este dato con aproximación de tres minutos, y ya en el siglo XVI los pilotos eran maestros en este arte, para cuyas observaciones utilizaban la rudimentaria « ballestilla », que fué origen del sextante usado actualmente á bordo de los buques.

Nuestros modernos telescopios, colosales anteojos meridianos, determinan la hora con error de una décima de segundo, y en breve los astrónomos reducirán tal diferencia á la de una centésima de la misma fracción. Y entonces...

Entonces, cuando sepamos la hora en que vivimos, sin más distancia entre la hipótesis y la verdad que la del imperceptible instante que pueda tardar en cruzar por nuestra mente una idea ¿ seremos acaso más felices, cien veces más felices que cuando ese error lo era de un segundo entero ?... ¿ Poseeremos, en consecuencia, una dicha 6.000 veces más perfecta que la que pudieron conocer nuestros antepasados de la Edad Media, cuyos cuadrantes solares daban la hora con tremendos desvíos de un minuto ?... Y, en fin, nuestra ventura ¿ habrá crecido en proporción á las 18.000 fracciones de centésima de segundo que constituían el lejano error con que Hiparco leía la hora en las estrellas ?

Si así fuera, nos sería dado alzar un monumento de gratitud, en nuestro espíritu, á

Digitized by Google

El reloj de la Plaza de San Marcos, en Venecia, posee, como los anteriores, su sistema astronómico y su galería de muñecos, que representan el homenaje de los Reyes Magos al Señor.

los sabios que supieron amenizar nuestra existencia, pero, desgraciadamente, todo hace suponer lo contrario. Cuando somos felices, cuando las penas y las tribulaciones se alejan de nosotros, cuando amor, paz y riqueza, estas tres bienaventuranzas de la vida, nos brindan su dicha gris, única posible en este mundo, en tales jornadas sonreimos felices, al comprobar que no sólo hemos olvidado la hora en que vivimos, sino también el día, y el mes, y el año...

Cuantos sistemas de averiguar la hora quedan expuestos, al correr de este recuerdo mi-

Digitized by Google

lenario, trocábanse en vanidad de vanidades así que un antojo de las nubes diera en ocultar el sol ó las estrellas, privando de sombra al estilete del cuadrante, y de campo de observación á la mirada experta del astrólogo.

De igual modo que se encontraron procedimientos y aparatos capaces de fijar, en un momento dado, la medida del tiempo, encontráronse también medios capaces de conservar esa medida.

Los primeros relojes mecánicos conocidos fueron las *clepsidras* ó relojes de agua, inventados, según la tradición, por el fabuloso Hermes Trimegisto de los egipcios.

Difícil es desprender la verdad de la fábula, y averiguar quien fué el verdadero constructor de la primera *clepsidra*. Lo que hay de cierto es que estos mecanismos se utilizaban ya en Egipto en tiempos de la duodécima dinastía, quince siglos antes de Jesucristo.

Las *clepsidras* eran generalmente de grandes dimensiones, sin cuya condición el agua no tenía en ellas la presión necesaria para su funcionamiento, pero lejanas memorias nos hablan de un famoso artífice griego, tan hábil en la contrucción de estos aparatos, que dispuso uno, para uso de César, lo suficientemente reducido para que el augusto cliente pudiera llevarlo siempre consigo.

La teoría de construcción de las *clepsidras* no podía ser más sencilla. Estribaba en la caída de sucesivas gotas de agua, de idéntico tamaño é igualmente espaciadas, que iban llenando, poco á poco, un depósito, sobre cuyas paredes habíanse marcado las horas. El nivel del líquido, indicado por un flotador, señalaba la hora del día correspondiente á la altura del agua.

Pero con base tan escasamente compleja, llegáronse á construir mecanismos prodigiosos. Los Arabes fueron, con los griegos, maestros en tal y tan primitiva relojería, y así la Historia nos conserva el recuerdo de la celebérrima *clepsidra* que el Califa Harum-Al-Raschid regaló á Carlomagno.

El reloj del Palacio de Justicia fué el primer reloj público que existió en Paris, y aún campea sobre la fachada del bastión llamado, por tal motivo, " Tour de l'Horloge ".

Era este aparato de bronce, y marcaba las divisiones del día por medio de figuras de guerreros que se presentaban unas tras de otras, y que abrían las puertas que las ocultaban, correspondiendo la aparición de cada muñeco á una hora determinada. Para precisar exactamente la que le correspondía señalar, cada figura arrojaba, dentro de un timbre de oro, una serie de bolitas del mismo metal que al caer producían, marcando el ritmo, los campanillazos necesarios.

En semejante época, que lo era de barbarie para los modernos pueblos, el reloj del Califa produjo el asombro de una increible y fantástica maravilla.

Por aquel entonces, existía en los monasterios el cargo de *significator horarum*, en cuyo desempeño turnaban los monjes, y cuya finalidad era la de medir el tiempo con el empleado en recitar un número de oraciones equivalentes, por su duración, á una hora.

Digitized by Google

No habia de ser el *significator horarum* puesto muy cómodo, por cuanto los monjes fueron quienes con más afán se aplicaron á realizar la idea de un reloj movido por pesas, idea muy vieja, de la que habló Aristóteles, pero que aún no se había llevado á la práctica.

Hacia fines del siglo X, un fraile de Aurillac, Gerberto — que había de ser más tarde Silvestre II — fué quien primero construyó un reloj de pesas; pero nada sabemos de su mecanismo ni de su precisión, aunque todo hace suponer que fuera muy imperfecto. En realidad, sólo al cabo de varios siglos encontramos datos concretos, y aparecen los monumentales y complejísimos relojes que, como la *clepsidra* de Harum-Al-Raschid, han alcanzado mundial y perpetua celebridad.

De estos últimos, uno de los más notables, si no el más notable, es el reloj astronómico que, muy restaurado, puede admirarse aún en la Catedral de Estrasburgo. El primer mecanismo de este reloj databa de 1352, y posteriormente, en 1842, fué reconstruido casi completamente por el artífice Schwilgue, que en este trabajo empleó cinco años.

La parte astronómica de tan imbricado mecanismo comprende los siguientes elementos:

El cómputo eclesiástico.

Un calendario perpetuo, con sus correspondientes fiestas movibles.

Un sistema planetario, construido conforme á la teoria de Copérnico, y que abarca las órbitas de todos los planetas visibles á simple vista, así como las fases de la luna, y los eclipses.

Y, por último, una esfera celeste que marca la precesión de los equinoccios.

En cuanto á la medición del tiempo, este diabólico aparato ofrece una sección mucho más complicada aún, y que marca la hora con todas sus divisiones, los días de la semana con los signos de los planetas que les corresponden, la letra dominical, y en fin, el santo ó los santos del día.

El funcionamiento de esta máquina no puede ser más pintoresco. Cuatro figuras representan las cuatro épocas de la vida, y cada una de ellas golpea sobre un timbre para marcar los cuartos de hora. La Niñez marca el primer cuarto; la Adolescencia, el segundo; la Virilidad, el tercero; y la Vejez, el cuarto. Al lado de la Vejez aparece la figura de la Muerte, que da las horas, y al comenzar cada hora un ángel invierte un reloj de arena, cuyo último grano cae al correr del último segundo.

Reloj solar construido en tiempos de Luis XIII, en el castillo de la Groirie. Este ejemplar único, formado por varios cuadrantes combinados, indica la hora en todas sus fases y aspectos.

Pero el *gran espectáculo* del reloj de Estrasburgo corresponde á la hora de mediodía. Sonando las doce campanadas, comienza el desfile de una procesión de los doce Apóstoles. Los muñecos que la forman se van acercando sucesivamente á una imagen del Cristo, ante la cual se inclinan. La imagen, colocada sobre un pedestal, extiende los brazos en ademán de bendecir á los congregados, y en tanto, un gallo colocado en lo alto de una torre canta tres veces seguidas moviendo las alas.

Lo más sorprendente es que, al mismo tiempo que se desarrolla esta escena cristiana, aparecen en último término, y sobre un fondo de nubes, siete carros sobre los cuales pasan siete deidades paganas que simbolizan los siete días.

Hay que convenir en que, para mover á su debido tiempo todas estas figuras, y hacer girar sobre sus órbitas á todos los planetas, sin que por ello los cuadrantes dejen de marcar con toda exactitud la hora y todos los demás datos del calendario, es menester que, á la construcción del mecanismo que es alma del célebre reloj de Estrasburgo, haya presidido una mentalidad poco sujeta á distracción ni á confusiones. Y se comprende que el artífice Schwilgue empleara cinco años de su vida en poner de nuevo en marcha el monumental laberinto de rodajas, cuerdas y pesas, detenido por el uso, que es el cansancio de las cosas al cabo de los siglos.

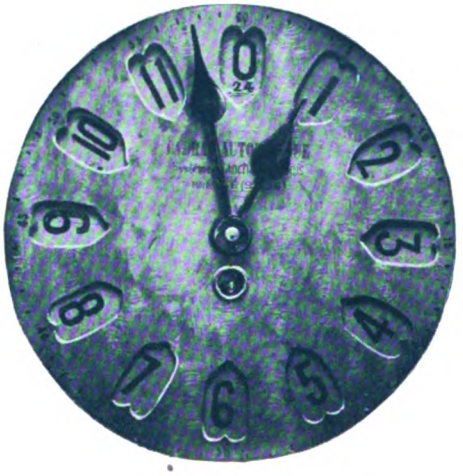
Digitized by Google

Otro reloj, tan antiguo como célebre, es el del Palacio de Justicia de París, primer reloj público que existió en la capital francesa, y que aún campea sobre la fachada del bastión llamado, por tal motivo, « Tour de l'Horloge ».

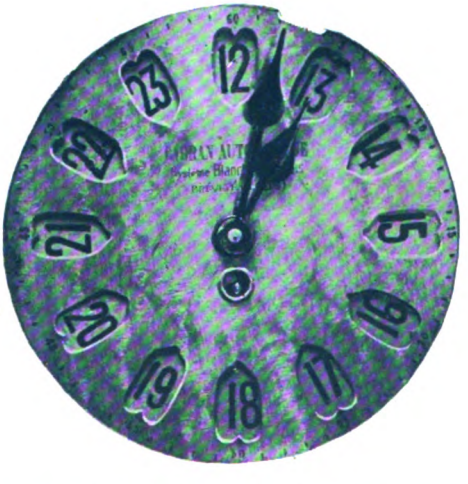
Construyóse este mecanismo en 1370, y á costa del peculio del rey Carlos V. Este monarca hizo venir á París, para tal objeto, al relojero alemán Enrique de Vic, artífice reputado, á quien Carlos V recibió con toda clase de honores y agasajos, hospedándole en el real castillo del Louvre durante los ocho años que tardó en llevar á cabo su trabajo. El sueldo que cobraba Vic, en este tiempo, era inferior al valor de un franco, pero era también considerable, como remuneración, para los usos de la época. Posteriormente, Carlos IX y Enrique III restauraron el viejo reloj, adornándolo con frescos el primero, y con tallas de Germain Pilon el segundo.

Estos relojes de pesas fueron la última palabra del progreso hasta el siglo XVI. En esta época, Galileo descubrió los principios de la ley del péndulo, y pensó de seguida en aplicarlos á la medición del tiempo. Tal vez este proyecto fué llevado á la práctica, pues en una de las cartas del inmortal pisano, publicadas por Venturi en 1818, se habla de un tal Dominico Balcetri que trabajó en la construcción de un reloj de péndulo, bajo la dirección de Galileo y de su hijo.

El problema de la aplicación del péndulo á la cronometría fué resuelto definitivamente por Huyghens, en 1656, y más tarde, en 1673, la solución fué entregada por este inventor al dominio público, al aparecer su célebre tratado *De horologio oscillatorio*.



En este nuevo cuadrante, dispuesto conforme á la moderna numeración de las horas, éstas cambian automáticamente, viniendo á ocupar los lugares que les corresponden.



Artífices como el griego Cetesibio, capaces de construir una *clepsidra* de bolsillo, no abundaban, y los relojes de pesas y los de péndulo seguían presentando el inconveniente que ofrecieran antes los de agua, es decir, el de ser difícilmente transportables... y el de constituir un lujo que solamente podía estar al alcance de los príncipes y de los potentados. Burgueses y plebeyos seguían rigiendo sus vidas conforme á las indicaciones del viejo cuadrante de la plaza, ó del sorprendente reloj de la torre de la iglesia, última invención del diablo, aceptada sin embargo por los fieles del Señor... Pero en los barrios lejanos de las ciudades, ó en la soledad de los campos, seguían haciéndose hipótesis acerca de la hora probable, juzgando de ella por la inclinación de las sombras cuando el sol lucía, y según el criterio individual cuando, por el contrario, amanecía nublado.

El Angel Caído, el demoniaco Rebelde, siguió empero alentando al orgullo humano, y dictó á los hombres sus extrañas inspiraciones. De tal suerte, y no se sabe por quien, dióse en la invención de los reducidos cronómetros de resorte, que andando el tiempo habían de multiplicarse hasta lo increible y ser para nosotros cosa tan trivial y fácil de conseguir, que hasta los míseros labriegos y los zarrapastrosos trajinantes los poseyeran.

Digitized by Google

Nuremberg fué la cuna de los relojes de bolsillo, y los relojeros de esta población adquirieron tal fama en esta labor que los primeros cronómetros, que eran de forma esférica ú ovoidal, se llamaban *Huevos de Nuremberg*.

Desde entonces, esforzáronse los constructores en reducir cada vez más la dimensión del reloj portátil, y paso á paso, hemos ido llegando á los relojes de ojal que se ocultan tras de la solapa, á los que adornan una pulsera, á los que se engastan en una sortija, á los que rematan los puños de los paraguas y bastones, á los que asoman, discretos, por un rincón del portamonedas, y en fin, con los días actuales, á la última y excéntrica novedad de los relojes que adornan los zapatos de nuestras elegantes, y que, con su encantadora indiscreción, prestan á la silueta femenina un extraordinario interés, cuando una gentil mujer comprueba, en pleno boulevard ó en pleno salón, la exactitud de la hora que marca su *cronómetro de pie*.

— ¿ Qué hora es ?...

En esta pregunta, que hoy es para nosotros una obsesión y un tormento, decimos el despertar de un breve sueño de dicha, volviendo hacia la realidad que es sufrimiento ; decimos, si ganamos con esfuerzo el pan de cada día, la angustia del tiempo que huye sin dejar tras de sí el provecho necesario; decimos, si la fortuna quiso brindarnos sus dones, el tedio del tiempo largo, inútil, eterno, cuyos minutos caen como gotas de plomo... Y así, empujados por la vida, vamos como cuerda de galeotes hacia la galera desde cuyos bancos hemos de bogar, arrastrando sobre el mar de la existencia el peso de nuestro destino...

— ¿ Qué hora es ?...

En torno nuestro: sea en la calle, sea en la casa, sea entre la multitud, cien agujas de cien cronómetros nos responden al par, surgiendo de todos lados como espíritus del mal ; y un instante más tarde, en fiebre de inquietud, volvemos á preguntar :

— ¿ Qué hora es ?...

¡ Lamento de fatiga, estertor de agonía, esta frase es, en la canción de nuestra vida, el eterno retornelo del dolor !...

ANTONIO G. DE LINARES.

Digitized by Google

RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas, son tres niños abandonados.

El señor Pepe, apodado «Traga-Mirlos» *utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los grillos, que constituyen la base del comercio del* «Traga Mirlos», *y éste bautiza á la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de* «La Veterana». *De igual modo que el* Traga Mirlos, *recurre al auxilio de* La Veterana *don Ulpiano Covarrubias, fabricante de caretas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada.*

Don Ulpiano Covarrubias ha invitado á almorzar á su amigo don Anacleto de la Redonda. Es éste un maestrillo de escuela, tímido y encogido, que reune todos los defectos de la más completa fealdad. Terminada la comida, y durante la conversación de sobremesa, el buen don Anacleto da cuenta á don Ulpiano de un conflicto sentimental en que se encuentra: el de hallarse enamorado. Luego, los dos amigos hablan de la inminencia de la Revolución, cuyas alas trágicas se ciernen sobre el trono de los Borbones, y acaban por separarse al llegar al taller los afiliados de La Veterana, *y comenzar para Covarrubias la jornada de labor.*

Don Ulpiano retiene á Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar á su servicio de un modo permanente

Estrazilla acepta con entusiasmo tal proposición, y de esta suerte queda á las órdenes de don Ulpiano, quien le fija un salario, le viste, y le da albergue en su taller.

Poco después, encontramos á don Ulpiano en la famosa tertulia del Café del Iris, tertulia de revolucionarios. Conversan los reunidos acerca de los acontecimientos políticos, y en tanto, en la calle, se desarrollan las escenas diarias de motín y desorden que habían de preceder á la caída del Trono.

En tanto que don Ulpiano, preocupado y distraído, frecuenta poco el taller, Estrazilla aprovecha el tiempo acudiendo á la escuela de don Anacleto, en donde aprende á leer. Don Anacleto vive horas felices, porque sus amores van por buen camino, gracias á la actitud conciliante de su futuro suegro, quien no ceja en sus esfuerzos hasta que logra del tímido maestro una declaración precisa, que da comienzo oficialmente al idilio.

Don Anacleto corre á participar esta feliz nueva á su gran amigo don Ulpiano, á quien encuentra muy preocupado porque acaba de descubrir el refugio de la madre de «Estrazilla», que está recogida en un hospital. Don Ulpiano encarga al maestro que dé cuenta á Estrazilla del hallazgo, con objeto de tratar de reunir de nuevo al hijo y á la madre. Los sangrientos acontecimientos á que dió lugar en Madrid el alzamiento del 22 de junio de 1866, demoraron la realización del plan dispuesto por don Anacleto y don Ulpiano. Este último combatió en las barricadas, y por milagro no fué preso. Pasada la tormenta, llegó el día en que Estrazilla había de saber el paradero de su madre.

Don Anacleto llamó al muchacho, y le refirió cuantos datos había podido averiguar don Ulpiano acerca de la trágica historia de la madre de Estrazilla. El maestro expuso al protegido del escultor cuales eran los planes de éste, y su deseo de reunir á la pobre demente con su hijo, sacrificando para ello sus propios y escasos intereses. Por su lado, Estrazilla prometió contribuir al sustento de su madre, y así fué como todos estos proyectos se convirtieron en realidades, alojándose Estrazilla y su madre en el taller de Covarrubias. En las horas de descanso, Estrazilla se esforzaba en restablecer entre él y su madre la comunión de espíritu rota por la ausencia, primero, y por la locura de la pobre mujer, más tarde.

— Sí, mucho, muchísimo... ¿sabes lo que es querer todo... *todo... todo?...* ¡pues, así te quiero yo!

— Pues, de esa manera sólo pueden querer las madres. ¿Ve V. como no hay duda de que V. es mi madre.

— Sí, lo soy... ¡Y qué hermoso eres! ¡Qué cabeza tan preciosa la tuya, con esos ojos que cuando me miran me calientan el corazón... ¿Por qué te vas tantas, tantas horas,

(1) Véanse los números de Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio y Julio 1913.

Digitized by Google

y me dejas aquí solita ? ¡ Me pongo muy triste y deseo que vuelvas ! Algunas veces creo que no vas á volver nunca...

— Me voy porque tengo que ir á trabajar.

— ¿ Dónde trabajas ?

— En una casa que están haciendo.

— Y esa casa ¿ es para ti ?

— No, madre.

— Pues si no es para ti ¿ por qué la haces ?

— Porque me pagan mi jornal por ayudar á hacerla, como á los demás que colocan los ladrillos y amasan el yeso y suben á los andamios.

— Pues las casas debían ser de los que las hacen.

— Eso sucederá en un país que dicen que hay más allá del mar, y que se llama Jauja.

— ¡ Vámonos á Jauja ! Allí se debe vivir muy bien.

No sabiendo que contestar á los despropósitos de la pobre perturbada, Cayetano se echó á reir.

— Oye, niño, niño mío — añadió ella — ¿ quieres decirme un romance de los que tú sabes, como hiciste la otra noche ?...

— Sí que quiero, y le diré uno muy bonito: el de « los tres hijuelos del Rey »... Voy á sentarme al lado de V... ó si no, mejor que me siente yo en esta sillita baja y V. se siente encima de mí.

— Sí, sí, así me gustará más.

Como la madre suele coger en los brazos á su hijo para adormecerle, al ritmo de las bizarras historias, así tomó en los suyos *Estrazilla* á la desventurada, y comenzó diciendo.

« Tres hijuelos había el Rey,
Tres hijuelos, que no más,
Por enojo que hubo de ellos
Todos malditos los ha.
El uno se tornó ciervo,
El otro se tornó can,
El otro se tornó moro,
Pasó las aguas del mar... »

Y así continuó con todo el romance de Lanzarote.

XXII

Un sublevado.

En las últimas horas de la noche, si no eran ya las primeras de la madrugada, el sereno de la calle de la Parada llamó á la puerta del sotabanco en que vivía Covarrubias, y cuando éste, que no se había acostado mucho antes, salió á abrir, el celoso guardián del sosiego nocturno, poniéndole en los ojos el reluciente farolillo, le dijo :

— Señor Don Ulpiano. Perdone su merced si le molesto. Un caballero que está abajo, me ha dicho que suba y llame á V., porque necesita verle con urgencia. Yo no le he dejado subir, como él quería, hasta que V. lo autorice, y lo que he hecho es venir á comunicárselo á V.

Sorprendido Don Ulpiano de la inoportuna visita, y alarmado también, preguntó :

— ¿ Quién es ese caballero ?

— Negóse á decírmelo. Buena facha tiene. Caballero, sí que parece. Dice que es amigo de V., y que cuando V. le vea se alegrará... Mal humor y prisa parece que trae.

— Dile, pues, que suba.

Mientras Covarrubias encendía el quinqué de la salita, y se ponía los pantalones y la chaqueta, subió el misterioso visitante. Apenas le vió, dijo aquél :

— ¡ V. por aquí, amigo Pérez ! ¡ Vaya unas horas ! ¿ Qué le ocurre ?

Era el capitán Don César Pérez, de quien en otro lugar se ha hablado. Vestía de paisano y cubría su cabeza con ancho sombrero blando, que le proyectaba amplia sombra sobre el rostro.

— Ahora lo verá V. — contestó. — Perdone la molestia, pero las cosas se ponen de modo que no dan lugar á la espera.

— Entre V. y hablemos.

Una vez en la sala y sentados, dijo Pérez :

— ¿ Sabe V. lo que ocurre ? ¡ Que una nueva sublevación se prepara ! ¡ En varias provincias se organiza el movimiento ! Pero la guarnición de Madrid que iba á levantarse permanecerá quieta : nuevamente han olvidado sus jefes lo que acababan de prometer al representante de Prim... Eso es lo que hay... Que yo no quiero aceptar esta vergüenza, y me voy á buscar al general que llegará á Valencia el día 7... ¡ Que mi resolución me costará acaso la vida, y desde luego me cuesta la carrera ! ¡ Que mi familia queda sin amparo, y que vengo á rogar á V., porque sé que es hombre de corazón, que haga lo que pueda por ella !... Mi mujer está en cinta Tengo cinco chicuelos. Pan no sé si lo comerán mañana, como algún cuervo milagrero no se lo lleve en el pico. Dinero no lo hay allí... Yo, al marcharme, llevo por todo capital los reales necesarios para tomar el billete que ha de conducirme á Valencia... La desesperación me arrastra. Estoy en la lista de sospechosos. No me queda más recurso que el que he adoptado. Se me parte el corazón al separarme de aquella infeliz mujer y de aquellos niños... pero ¿ cabe otra salida ?...

Digitized by Google

Un caballero, que está abajo, me ha dicho que suba y llame á Vd.

Digitized by Google

Eso vengo á decirle, y concluyo preguntándole : « ¿ puedo confiar en V. ? »

— Mis recursos son bien escasos, querido capitán, pero mi voluntad es grande — dijo Covarrubias. —Haré cuanto pueda y un poco más... Me sorprende de tal modo cuanto V. me refiere, que no sé qué juzgar de ello. Ando entre los descontentos, trato á los que siempre han llevado la voz y la guía de la campaña. Nada les he oído de planes inmediatos. Quebrantados se hallan los ánimos después de las pasadas tormentas. Ignoraba que se pensase por ahora en nada serio. Creía yo que, después del 22 de junio, los escarmentados se impondrían á los atrevidos. Y con ello parece contar el gobierno, que harto demuestra con su conducta que nos desprecia á todos, y que está seguro de vencer siempre.

— Tal vez V. lo ignore, porque se ha llevado con gran secreto, y sólo se había avisado á los que debían tomar la iniciativa... La revolución debía estallar pasado mañana. Ya venía siendo intolerable la amenaza continua que pesaba sobre los que aparecemos como sospechosos. Y también era insoportable la duda de la lealtad que tenían unos de otros los conjurados, en este terrible juego en que se pone sobre el tapete la vida... La reacción no es solamente un hecho afirmado con las persecuciones. Es, además, un propósito consignado en el decreto de convocatoria de Cortes... Aquello de que el nuevo Congreso había de venir á enmendar la constitución, « de manera que los españoles fuesen gobernados con el espíritu de su historia y la índole de sus sentimientos », y todo lo demás que V. recuerda que decía el decreto famoso, exhalaba un olor fernandino asfixiante... Por todo ello, el general Prim ha resuelto ir adelante... Las Cortes han aprobado lo que el gobierno ha querido. ¡ Qué Cortes ! El mismo González Bravo que las ha hecho, las puso, con el bautismo, el estigma, calificando á los nuevos diputados de « viajeros de un tren de tercera ». Indigna y avergüenza tanto rebajamiento... Los Duques de Montpensier, desterrados por la Reina, han dicho en Lisboa que se gastaron el último franco por derrocar el trono de su amable parienta, y han excitado á unos y á otros para que se lancen al campo.

— Pero querido Don César, no se trata de pelear, sino de vencer. El general Prim lo dijo en Londres hace poco : « No quiero actuar más de cadete ».

— Muy escarmentado está Prim con las anteriores intentonas. Generales comprometidos, coroneles que han entregado su palabra de honor, guarniciones enteras que le han llamado para que se ponga á su frente, le habían hecho creer muchas veces que la victoria se avecinaba, ó que á lo menos el choque sería digno y sangriento... Pero cuando llegaba la ocasión, y él acudía del extranjero poniendo en riesgo el honor y la pelleja, los compromisos se olvidaban y las palabras de honor se convertían en ofertas de gitano en feria. Por eso ha resistido el general, hasta que ha creido ver que ahora iban las cosas de veras.

— Pero ¿ irán de veras esta vez ? ¿ No se repetirá el fracaso ?

— No sé lo que pasará por ahí fuera. Lo que sé es que las fuerzas de la guarnición de Madrid, que estaban comprometidas, no concurrirán al esfuerzo y que, por lo que á esta guarnición se refiere, un nuevo desengaño espera al general. Por eso yo me voy. Mis compañeros de armas estiman en poco el juramento que han prestado ante Milans de Bosch. Yo no quiero pasar por perjuro. Abandono á mi familia dejándola sin una peseta, dejo á mis hijos hambrientos; y sin otro haber que mi revólver y mi espada, corro á buscar al general y á decirle : « Si hay que pelear, aquí está mi vida; si hay que huir, aquí estoy para correr detrás del caballo de V. »

— Lenguaje es ese de caballeros; así que lo oigo con gusto, aunque con sorpresa, por la falta de costumbre .

— Hace un año que se reunió la junta de revolucionarios en Ostende. Allí estaban Sagasta, Becerra, Aguirre, Carlos Rubio, García Ruiz, Pierrad, Contreras y tantos otros. Allí se acordó el programa : destruir el trono de Isabel II; elegir una asamblea constituyente por sufragio universal, que decidiera de la suerte del país. Todo iba como una seda. Se nombró un comité directivo compuesto de Prim, como presidente; de Aguirre, por los progresistas; y de Becerra, por los demócratas. Constituyóse el comité en Bruselas, y comenzó sus trabajos. Pero los entusiasmos decayeron pronto, y no bastó el nuevo empeño de Prim para unir las voluntades discordes.

— Sí, ya lo sé. Vino el desencanto. Lo he advertido hasta en los más entusiastas y ardorosos .

— Si el gobierno hubiera observado una conducta prudente y conciliadora, si hubiera sido capaz de perdonar, es probable, es seguro que este último intento no hubiera llegado á realizarse ; y le llamo « último », porque todos están fatigados de tanto esfuerzo inútil ... ¿ Por qué ocultarlo ? El general Prim ha perdido la confianza en sus compañeros, que tantas veces le han faltado en el trance del riesgo. Creo más : creo que

Digitized by Google

si los azares de lo porvenir le dieran la victoria y le colocasen á la cabeza de la Nación, habría de advertirse el escaso entusiasmo que le inspira el ejército.

— Pues será eso bien triste, aunque no sé si merecido. Porque el día del triunfo que se acerca... que será hoy ó mañana ó dentro de un año... pero ¡que será! Prim, creyendo en los españoles, haría de España una gran nación. De todos modos, me parece que ahora no se logrará nada. Conozco el paño que se vende, y más me parece de ropa de ajusticiado que de casaca de caudillo triunfador.

— Pero el gobierno enlaza una provocación con otra, y la violencia con la injusticia y la crueldad. ¡ Cómo hemos de olvidar el caso horrendo y bárbaro del infeliz teniente Copeiro, fusilado en Palencia por sospechas leves, que no fueron probadas, de intervenir en la conspiración!... ¡ No ! ¡ no ! ¡ hay que decidirse, y si es necesario hay que morir !

— Escucho á V. con simpatía y con tristeza. Con simpatía, porque arde en su alma el fuego del pundonor. Con tristeza, porque habla V. el lenguaje de los desesperados, y no es ese el estado de conciencia que conduce á la victoria. Para vencer hay que calcular serenamente. El hombre ataca. El toro embiste. Lo que Vs. van á hacer es embestir. V. mismo teme que no se logre buen resultado.

— Ya he dicho á V. que en Madrid no ocurrirá nada. ¿ Qué pasará en otras partes ? No tengo gran confianza de que se cumpla la convenido, pero el plan, que entrego á la absoluta reserva de V., es el siguiente : En Cataluña, varios regimientos y legiones de voluntarios se levantarán á las órdenes de Contreras, Lagunero, Baldrich y Pierrad. En Aragón, Moriones; en Andalucía, Merelo; y en otros puntos diversos, jefes de menor importancia.

— Con la mitad de esos elementos bastaría para conseguir el triunfo, pero dudo, dudo... ó hablando en castellano claro, no creo que eso prospere... Me espanta el riesgo, probablemente inútil, que va V. á correr. Me espanta el que va á correr el general Prim.

— Mi vida poco vale. La del general es la libertad, la patria, el honor de la raza, la esperanza de los oprimidos. ¡ Dios querrá salvarla !

Púsose en pie el capitán Pérez.

— Adiós, Covarrubias, adiós. Gracias por su acogida, gracias por el pan que lleve á mis hijos. ¡ Hasta la vista... ó hasta nunca !

Estrecháronse los manos. El capitán salió con la sonrisa en los labios y el frío en el corazón.

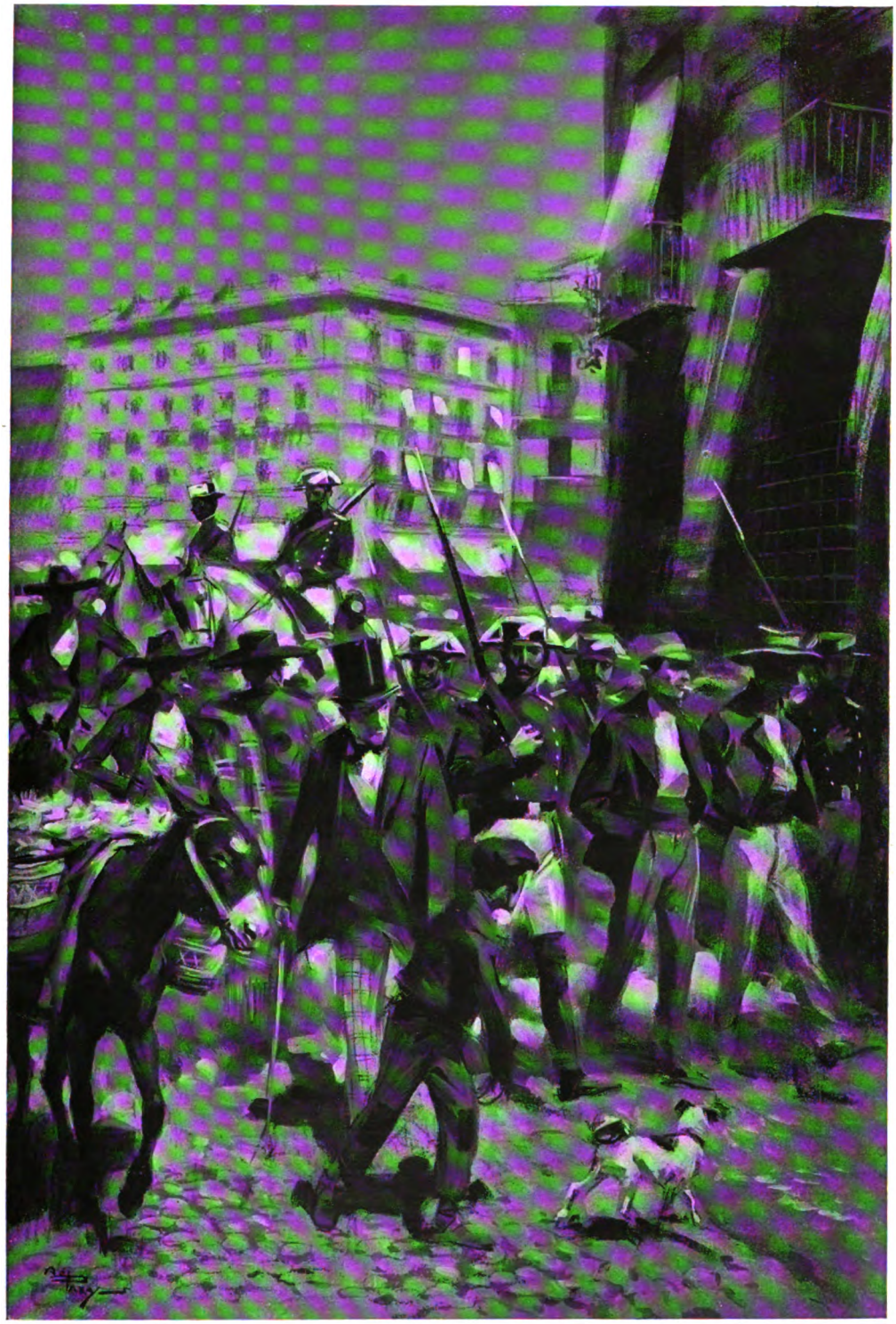
Gracias por su acogida, gracias por el pan que lleve á mis hijos ¡ Hasta la vista... ó hasta nunca !

XXIII

Un vencido.

Covarrubias acabó de vestirse, y luego abrió un cajón de la vieja y destar-

Digitized by Google



Y allí vió que un piquete de civiles llevaba al Principal un pelotón de presos.

Digitized by Google

talada cómoda donde guardaba los papeles y el dinero. Hizo arqueo para saber á cuanto ascendía su tesoro. No fué complicada la operación. Poco más de 400 reales poseía. Calculó lo que había de cobrar de varias obras ya entregadas á los parroquianos, y exclamó para su capote.

— ¡ Pues tengo más de lo que pensaba !... ¡ Vamos á ver á esa infeliz familia del loco de Don César, y á llevarle algunos reales.

Cuando salió á la calle eran más de las ocho. Una mañana ardorosa, de sol vivísimo, anunciaba el día canicular. Como el capitán moraba al final de la calle del Olivo, tuvo Don Ulpiano que atravesar Madrid de punta á punta, y en su más larga trayectoria. En la Red de San Luís encontró numerosos grupos de transeuntes y vendedores ambulantes, que conversaban con animación. Las parejas de la Guardia Veterana, con las carabinas á la espalda, iban de una parte á otra normalizando la circulación. A lo lejos, en la hondonada de la Puerta del Sol, resonaba el redoble de marciales tambores. Las gentes corrían. Vió venir á Puga, el errabundo gacetero, quien, sin detenerse y revelando en el peludo rostro preocupación ó miedo, le dijo:

— ¡ Covarrubias! ¡ Pasan cosas graves ! ¡ Se ha declarado el estado de sitio! ¿ Oye V. los tambores ? ¡ Anuncian el bando del capitán general !... Yo me voy á mi rincón, no sea el diablo que me tomen por mingo.

Y desapareció con gentil compás de pie por la esquina de la calle de San Onofre.

Llegó Covarrubias á la Puerta del Sol. La guardia civil de caballería acababa de despejar aquella plaza, que estaba solitaria, habiéndose refugiado los curiosos en los cafés y en los portales. Subió Don Ulpiano por la calle de Carretas, y allí vió que un piquete de civiles llevaba al Principal un pelotón de presos. Reconoció á algunos de éstos. Allí iban Juan Sorni, el periodista demócrata que había publicado poco antes varios folletos contra el Gobierno; Felipe el Romanero, el popular pesador del mercado de la Cebada, que había sido asistente del Duque de la Victoria en la guerra del Norte, gran perorador, honrado y generoso, progresista hasta las cachas; Isidro el de las Peñuelas, Perico de los Gallos, Mariano el matarife, gente del bronce toda ella que se había batido en las barricadas el 22 de Junio, y después de unos meses de prisión habían recobrado la libertad, cuando las autoridades necesitaron hacer hueco en la cárcel para detenidos de mayor cuenta. Ahora tornaban al encierro.

Al pasar Covarrubias por el café de Pombo le llamaron desde una de las ventanas. Era Don Dionisio Peñasco, el rico comerciante de la calle de Postas, dueño de un importante almacén y de varias tiendas de tejidos de Madrid, jefe de una dilatada familia de activos mercaderes, nacidos todos como él en Torrecilla de Cameros. Iba por las mañanas invariablemente, á Pombo, á tomar un helado de arroz, y se le veía siempre en la misma mesa, con su gigantesco sombrero de copa y su bastón de puño de marfil. Era progresista, creyente, pero anti-clerical, amigo de la libertad y de la tolerancia, hombre de orden, al mismo tiempo. Casi todo el comercio madrileño de aquella edad estaba, como Don Dionisio, afiliado al partido progresista.

Preguntó á Covarrubias qué sucedía.

— No sé más que lo que veo en las calles. El estado de guerra proclamado, las cuerdas de presos que pasan entre guardias...

— Dicen que Prim ha dado el grito de la libertad en los Alfaques.

— ¡ Días negros, mi respetable amigo. Días negros !

— El comercio perece, Don Ulpiano. Más de doscientas casas de comisión han quebrado en lo que va de estío. No se puede vivir así. ¡ Desgraciada España !

Detúvose Covarrubias con Peñasco más de media hora. Ya habían dado las diez, cuando llegó al tabuco en que vivía la familia del capitán Pérez. Sorprendióle hallar la puerta abierta, y que varias mujeres se hallasen en el pasillo dando voces...

— ¿ Qué ocurre ? — preguntó.

La mujer de Pérez, tendida en un lecho, sollozaba. Rodeábanla los niños llorando, y las mujeres, que no eran sino vecinas de los mechinales inmediatos, prestaban auxilio á la doliente. Una de ellas contestó á la pregunta de Covarrubias:

— ¡ Santísima Virgen del Amparo, qué desgracia ! Esa pobre señora está traspasada... ¿ No sabe V. ? El capitán Pérez se fué esta mañana, decía que iba á un viaje... Pues bien, en la estación de Atocha, en el momento en que iba á subir al tren de Valencia, los policías han preso al capitán... Se lo han llevado á las Prisiones Militares, á San Francisco, y allí está en un calabozo... Le acusan de estar metido en eso de la revolución. Le han registrado, y han venido á llevarse todos los papeles que tenía aquí en un armario. Han andado fisgoneando en los baules... Hasta debajo de los colchones han mirado... ¡ Figúrese V. que horror !... El pobre capitán preso !... ¡ Y ahora que fusilan por cualquier cosa !... La pobre Doña Engracia está inconsolable. Le han dado ya dos ataques de nervios.

Digitized by Google

Quedóse aterrado Covarrubias al entetarse del suceso. Comprendió la gravedad de la situación de Don César Pérez, y los más pesimistas augurios surgieron en su mente.

— Yo — dijo á la vecina que le hablaba — tengo que dar un recado á la señora del capitán, y quisiera que me dejaran solo con ella. Soy amigo de Don César.

— Yo se lo diré á Doña Engracia, aunque, como V. ve, no está ahora para conversaciones.

Enterada la triste mujer de que se hallaba allí Covarrubias, se levantó del lecho, saludó al visitante y le llevó á la cocina, única estancia de la casa libre de la invasión de las curiosas y caritativas vecinas. Así que estuvieron solos, le dijo con profunda congoja:

— V. es sin duda, Don Ulpiano Covarrubias. Al despedirse esta mañana, mi pobre César me dijo que V. vendría..

— Señora. Deploro lo que ocurre, y espero que la inocencia de Don César será probada y recobrará la libertad.

— ¡ Ay de mí! ¡ No lo creo ! Han debido encontrarle encima papeles peligrosos, que le habían dado los amigos de aquí. A V. le hablo con toda franqueza, porque sé quien es V. ¡ César de mi alma ! ... ¡ Me lo matarán ! ¡ Me lo matarán ! ¡ Correrá la suerte de Espinosa y de Copeiro !

Procuró consolar Don Ulpiano á Doña Engracia, y le dijo, cuando la hubo tranquilizado un tanto con pretendidas seguridades:

— Traigo á V. una pequeña cantidad para sus gastos. Sé que no tiene V. dinero.

— Tres pesetas me dejó el infeliz al irse, y se llevó treinta. El billete le costaba veinticinco.

— Pues ahí le entrego doscientos reales. Es poco, pero no puedo más, por ahora.

Despidióse Covarrubias de Doña Engracia, prometiendo volver á visitarla, y se alejó, llena el alma de amargos presentimientos.

Don César Pérez, al ser detenido en la estación de Atocha por un teniente de la guardia civil, se entregó sin dificultad alguna.

— Señor teniente — dijo — estoy á las órdenes de V.

— Un coche nos espera — repuso el teniente. — Vamos á las Prisiones Militares. Debo advertir á V. que yo procedo en virtud de orden del Capitán General. ¿ Tendrá V. inconveniente en entregarme las armas y papeles que lleve ?

— Ninguno. Así me evitaré el sonrojo de que me registren. Tenga V. mi revólver: está cargado; y ahí va mi cartera.

— ¿ No lleva V. papeles ocultos ?

— Si los llevara se los entregaría. Sé muy bien lo que me espera, y no tendría objeto el disimulo. Además, yo no sé engañar.

Poco después, Don César había ingresado en el lóbrego caserón de San Francisco, viejo convento convertido en cárcel marcial. En España, casi todos los edificios públicos, oficinas ó establecimientos de reclusión, enseñanza ó almacenes de víveres del ejército, han sido, en otro tiempo, mansiones religiosas. Diríase que los conventos españoles sirven para todo, menos para la adoración de Dios.

El coronel gobernador de las Prisiones había sido jefe de Don César. Fué á saludarle con aquella cordialidad que, en la esforzada y austera familia de los soldados, no excluye el cumplimiento de los más terribles deberes.

— ¡ Pero Don César ! — le dijo. — ¡ Qué ha hecho V. ! ¿ Ha perdido V. el juicio ? ¡ Comprometerse de esa manera !

El capitán no contestó. Cuadrado ante el coronel permanecía en silencio, la mirada serena, la sonrisa en los labios.

XXIV

Un muerto.

El consejo de guerra había de reunirse el veintiuno de Agosto. Hasta el día veinte permaneció el capitán Pérez incomunicado. En ese día, era ya conocido en Madrid el terrible fracaso de la intentona revolucionaria. Prim había sido engañado otra vez más. Cuando llegó á Valencia, encontró allí las puertas cerradas, las tropas de la guarnición sobre las armas, las autoridades prevenidas. Milagro que el general no fuera preso... Volvió al extranjero. Dirigióse á Lyon, camino de Ginebra, y allí dijo á Sagasta, que le esperaba, la frase célebre: — « Para que triunfe la revolución, es preciso que la hagan los que no son revolucionarios » ¡ atisbo genial del porvenir! Un año más tarde, el trono de Isabel caía estruendosamente á los culatazos de los fusiles de la Unión liberal.

El capitán Don César Pérez aparecía como la víctima necesaria, como el holocausto preciso al restablecimiento de la ley, hollada por los rebelados.

La justicia militar actuó rápidamente, y el defensor del acusado hubo de limitarse á impetrar la benevolencia. Eran terminantes y documentales las pruebas de la rebeldía, y, además, el capitán se mostró ante sus jefes con arrogancia heroica, declarando la propia culpabilidad.

— Iba á sublevarme. Iba á ponerme á las órdenes del general Prim. Iba á procurar por

Digitized by Google

todos los medios acabar con las vergüenzas que manchan la patria. ¿ Hace falta alguna prueba más para que se me condene ? Que se me diga y la daré. Quiero morir. No quiero pertenecer á una sociedad envilecida que transige con el oprobio, y se rinde y adula á sus innobles tiranos. — Así dijo.

La sentencia de muerte le fué comunicada dos días después del Consejo.

La esposa del capitán pidió perdón para éste, y desde las antesalas de Palacio á las Secretarías de los Ministros no dejó de recorrer ninguna de las estaciones del horroroso Via-Crucis. En todas partes halló piedad y lástima ¡en ninguna lo que buscaba, la vida de su esposo! Covarrubias no descansó un segundo. Acompañando á la desventurada, confortándola en sus desfallecimientos, aconsejándole las gestiones que más eficaces le parecían, agotó todos los recursos de su magín, todas las energías de su alma. ¡ Comprendió que era inútil la insistencia, y que la ejecución era inevitable ! A su habitual decisión, resistente á todo quebranto, sucedió un negro y desesperado pesimismo. Cayó enfermo. Una fiebre altísima se apoderó de aquella naturaleza vigorosa, y en el delirio pronunciaba discursos incoherentes, terribles palabras de venganza. Cuando recobró el sentido, preguntó si había sido fusilado el capitán. *Estrazilla* y la señora Basilisa, que acompañaban á Covarrubias desde el principio de su enfermedad, le contestaron que aún vivía el infeliz.

Señor teniente — dijo — estoy á las órdenes de Vd.

— ¡ La verdad, la verdad ! — gritó. — Decidme la verdad.

Bien sabían Cayetano y la criada que era inútil é imposible ocultársela.

— La verdad es lo que le decimos... Aún no han fusilado al capitán.

— ¿ Por qué esa dilación, que es una crueldad ?

— ¡ Los trámites ! Faltaba no sé qué detalle.

— ¿ Y ya han concluido ?

— ¡ Parece que sí !

— De modo que... ¿ cuándo ?

— ¡ Mañana !

No necesitó oir más Don Ulpiano. Pidió la ropa, quiso vestirse y salir á la calle. De nada sirvieron las cariñosas advertencias, de nada los consejos. ¿ Qué le importaba á él la salud, ni como iba á dedicarse á cuidar tranquilamente de su persona, cuando el amigo, el hombre que le había confiado la protección del propio hogar iba á morir ?... Debía ir á verle, á abrazarle, á recoger sus últimos deseos. ¡ Tal vez tuviera algunos encargos que darle ! ¡ Tal vez le estuviera entonces echando de menos, y acaso atribuiría su ausencia á egoísmo ó á miedo !

— No quiero — dijo mientras acababa de vestirse — que el capitán Pérez lleve al otro mundo la sospecha de mi cobardía.

Llegó Covarrubias á las Prisiones Militares, en el momento en que el capitán era conducido á la capilla. Empezaba á cumplirse en-

Digitized by Google

tonces aquel ritual siniestro, que más parece ideado para acabar con el reo por el terror, que para elevar su alma á las regiones serenas de la atrición y el arrepentimiento. Ardían los cirios ante el altar, y allí aparecía la terrible imagen pendiente de los clavos, la corona de espinas sobre las sienes, la herida sangrando en el costado. Los que fueron crueles con su Padre, el Hijo de Dios ¿ cómo no habían de serlo con sus hermanos, los hijos de los hombres ?

Un sacerdote estaba sentado cerca de Pérez. Era el capellán de la parroquia de San Ginés. Don Vicente Astorga. Se le acusaba de ser más mundano que místico, pero universalmente se le admiraba por su caridad heroica, por su abnegación generosísima. Era amigo de Pérez, y quiso acompañarle en el trance.

— Esperaba á V. — dijo Don César viendo á Covarrubias. — Estaba seguro de que V. vendría. Sé lo que ha hecho V. por mí.

— He estado enfermo — contestó Don Ulpiano — por eso no he venido antes.

— Lo sé... Cuando muera, vaya V. á ver á la que casi ya es mi viuda, y á los que empiezan ahora á ser huérfanos. Procure V. consolarles. Engracia es animosa. Ella trabajará, ella sacará adelante á los pobrecitos niños. Dígales que moriré pensando en ellos. Dígales que no conserven sentimiento alguno de odio por mi martirio. Quiero que perdonen á todos. Los que me matan, cumplen con su obligación matándome, y no está en su mano hacer otra cosa. Yo muero tranquilo.

— Con tales ánimos y con tales pensamientos — exclamó Covarrubias — V. va á consolarnos á nosotros, y á darnos fuerzas para resistir al dolor que sufrimos.

— ¡ Cuán preferible la muerte á la vida ! Se muere una vez. Se vive todos los días, todos los minutos de todos los días, y cada uno de esos minutos es una aguja ardiente que hiere y quema... He cumplido mi obligación. Amaba una idea, me he sacrificado por ella. ¡ Seré acaso un ejemplo !

— Sí, lo será V. — contestó Don Ulpiano — ¡ La muerte del bravo capitán Don César Pérez apresurará el triunfo de la libertad y de la justicia !

— No me hable V. de los negocios de los hombres, ni de sus luchas y pasiones. En ellas he consumido mi existencia. ¡ Si viera V. como se divisan las cosas terrenas, cuando la vida pende ya sobre el abismo de la eternidad !

— Perdone V., alma grande, perdone á sus verdugos. Yo, que me quedo aún entre ellos, no puedo, no quiero perdonarlos. Cien vidas de centenario quisiera tener, para emplearlas y consumirlas enteras en la venganza — dijo Don Ulpiano con vehemencia, llena la voz de sollozos y los ojos de lágrimas.

— Serénese V., amigo mío — dijo con suave acento el reo. — Algo quiero decirle antes de que nos separemos... Dos visitas inesperadas he tenido esta tarde... Solicitó verme un caballero desconocido que, una vez en mi presencia, rogó á los que me acompañaban que me dejasen solo con él. « Vengo — me dijo — de parte del general Prim. Ha sabido al llegar á Francia lo que V. ha hecho y la desgracia que le espera, y me ha comisionado para que le trasmita estas palabras, que debe V. oir como si el propio Don Juan las pronunciara aquí mismo : ¡ Capitán Pérez, es V. un valiente ! ¡ Capitán Pérez, muera V. tranquilo ! Yo velaré por sus hijos y, si triunfo, en ellos gozará V. desde arriba la recompensa que V. merece... » Más tarde quise quedarme solo, para pensar en mi pasado y arrepentirme de mis muchas culpas. Entonces vi que estaba delante de mí un hombre, cuya figura y cuyo traje se desvanecían en la penumbra de esta oscura capilla. Me sorprendió que no me lo hubieran anunciado, y me impresionó su singular y misterioso aspecto. Yo estaba de rodillas, quise levantarme. El hombre aquél apoyó su mano en mi espalda, y me dijo : « No te levantes, estás bien así en la actitud de la humildad. Vengo á traerte lo que más te importa : el perdón de tus pecados. Vengo á traerte aquello que deseabas, lo que te ha impelido al sacrificio. Vengo á traerte la libertad, la libertad del alma que mañana escapará de tu prisión de carne y pasiones... » Quise hablar, no pude. Quise cerciorarme de si aquello era una alucinación de mis sentidos perturbados por tantos dolores, ó una realidad material... Sólo sé que una infinita alegría llenó mi espíritu, y que al levantarme, me pareció ver sobre estas losas resplandores que se desvanecían... huellas, sin duda, de los pasos del hombre misterioso... Desde entonces, la paz es conmigo... No, amigo mío, no me pregunte V. nada, no me pida explicaciones ni pormenores del suceso. Llévese V. con mis palabras algo de la tranquilidad que á mí me rodea, y sepa que al partir de la vida voy contento ¡ porque sé que en lo alto alguien me espera !

Cuando el capitán Pérez acabó de decir estas palabras, clavó sus ojos en el suelo, cruzó sus manos, y pareció abstraerse de cuanto le circundaba.

El capellán Astorga hizo señas á Don Ulpiano para que saliera, y le dijo :

— Dejémosle solo... ¡ Aunque yo creo que, ahora, no está tan solo como parece !

Alejóse Covarrubias de las Prisiones Mili-

Digitized by Google

tares. Su corazón iba estremecido por extrañas emociones, su mente iba agitada por la sorpresa de lo que había oído. Tal vez pensaba, al recordar las singulares confidencias del condenado á muerte, que el capitán, antes de perder la vida, había perdido la razón.

XXV

Intervienen los galeotes.

Al llegar á su casa, se encontró sobre la mesa una carta. Abrióla, y vió que el papel decía :

« Un amigo leal le avisa, que se ha dado ayer la orden de detener á V. Se le acusa de guardar documentos importantes que le ha confiado el capitán Pérez, y de ser uno de los confidentes de la Junta revolucionaria de Ostende. Viva V. prevenido. »

Aun cuando Covarrubias pensara muchas veces que al fin y á la postre daría con sus huesos en el Saladero — en la horrenda prisión, ya desaparecida, del viejo Madrid — como los días iban pasando, él no recataba sus opiniones, tomaba parte en no pocos actos de la propaganda progresista, asistía á los lugares donde se reunían los más calificados revolucionarios, y empezaba á creer que una inversosímil impunidad le amparaba; acaso, algún escondido protector, desde lejos y en la sombra, velaba por él. Esta suposición, verdaderamente absurda é inadmisible, robustecióse después del veintidós de Junio, porque en ese día, Covarrubias permaneció más de seis horas en las barricadas de la calle Ancha de San Bernardo, y desde ellas hizo fuego. Habíase escondido al concluir el combate, y después empezó á tomar confianza y á ir saliendo á ratos de su escondite, primeramente disfrazado y de noche, al fin en pleno día y sin disimulo. Acabó por tornar á su vida ordinaria en su taller y en su casa. Nadie le molestó en lo más mínimo.

« Es natural — pensó. — Sé que figuro en todos los registros de la policía. ¿ Cómo había de ser excepción, ni cómo había de escapar de la redada ? Lo extraño es, que aún no hayan pensado en mí los buenos señores de la Comisaría. Por fin, se han decidido. Discurramos lo que conviene hacer... Ante todo ¿ quién será el autor de esta carta ? La letra ha sido desfigurada adrede. De eso no hay duda. Quien escribió, no quiere que se sepa que ha escrito... Yo recuerdo algunos rasgos de esta letra... alguna vez he visto yo estas *s s* que parecen palitos y estas *g g* que parecen *q q*... Es evidente. ¿ Cómo no lo he comprendido desde el primer instante ?... Esto lo ha escrito el bueno de *Galaor*, el esbirro tragón y pedigüeño... ¡ Menos mal !... Tal rasgo de amistad me sorprende en su ruín condición... Será tal vez que él teme que la Revolución triunfe, y aspira á que yo, agradecido, le ampare entonces y le proteja.

Era el capellán de la parroquia de San Ginés.

(Continuación y fin en el número próximo.)

Digitized by Google

La Mujer en el arte de H. Anglada Camarasa

Yo he llegado al taller de la rue Ganneron donde Anglada trabaja desde hace mucho tiempo, sin haber visto jamás un solo cuadro suyo.

Buscando la belleza del arte contemporáneo en talleres, exposiciones y museos, pasé largo tiempo ignorando la labor de este catalán, que lleva en su ardimiento todo el equilibrio de un geómetra: tal pasa un aventurero recogiendo sobre un campo diamantífero los pequeños brillantes, sin encontrarla rara y maravillosa cristalización.

Su obra conquistó de un golpe mi escepticismo. Ella constituye la más grande lección de estética de nuestros tiempos, lección tanto más importante, si se considera el estado de indecisión y de inferioridad en que se encuentra la pintura contemporánea.

Entre las tímidas tentativas que se suceden incesantemente y con igual clamor en centenares de exposiciones y la esterilidad de la gran pintura burguesa, el arte de Anglada es una formidable afirmación de vida, la exteriorización de una conciencia que ha sabido amalgamar las enseñanzas ancestrales y los conocimientos modernos, para fundir sabiamente una nueva y radiante forma de la Belleza.

Del Oriente suntuoso viene su tendencia representativa; de la España sensual su amor por la riqueza palpitante de la maestría; y su obra es el lento desenvolvimiento de un programa. Su pintura obedece á principios perfectamente determinados, que dan al conjunto de su labor una grande unidad.

Desnudo (dibujo)

Debido á la solidez de estos principios, su obra se desenvuelve sin vacilaciones, intensificándose en razón directa de su extensión.

En el arte de Anglada, las cualidades plásticas son un atavío de la Mujer. La forma, el color, la riqueza de la materia, son simples elementos para enaltecer la belleza, la fuerza, la importancia de la Mujer.

Ella es todo en sus obras, como ella es todo en nuestra vida.

Digitized by Google

Elegante, heroica, trágica ó misteriosa, ella aparece siempre en posa solemne ó en marcha triunfal, rompiendo la obscuridad y el silencio de la noche con la aurora de una sonrisa, ó con el vago rumor de un abanico que se despliega.

"La Chula de los ojos verdes".

Son mujeres suntuosamente vestidas, tocadas con grandes peinetas y soberbias mantillas — ostentación de *toilettes* exóticas á la claridad violenta de la luz eléctrica, sensualismo ondulante en curvas veladas — tipos que, en su realismo desesperante, llevan ocultos los misterios de una promesa, ó la brutalidad de una burla.

Cobijada en un mantón de China bordado de los más vivos colores, la «Chula de los ojos verdes» se cuadra solemnemente sobre un fondo sombrío. Su brazo desnudo y nervioso reposa entre los bordados multicolores, y su cabeza fina y pálida, animada por unos ojos glaucos, profundos y transparentes como la sombra de una nube sobre el mar, asoma detrás del arco policromo de un abanico.

«La Chula negra», á su lado, parece una novicia ingenua. Vestida completamente de obscuro, desde la cabeza hasta los pies, hace ostentación de pudor, pero su brazo admirable y la sonrisa que ilumina su carita infantil, denuncian la conciencia de su sensualidad.

«Consuelo», fina, elegante, frívola y bella. Vela la esbeltez de su cuerpo una colgante falda negra, y entre los encajes obscuros del tocado se dibuja vigorosamente su cuello torneado y su faz sonriente.

Una *hembra* soberbia, flexible como una serpiente, con las manos sobre las ancas, muestra en su movimiento contenido la fuerza de sus miembros. Un oculto deseo contrae la boca sedienta, y entre las sombras de sus ojos flamea un relámpago de lujuria.

La figura está dibujada con soberana energía, y la distribución de las manchas de

Digitized by Google

color forman sobre la tela un arabesco extraordinariamente decorativo.

« Joven desposada de Alciras ». En actitud solemne, con solemnidad de diosa india, una moza valenciana, radiante de vida, corona de flores su morena cabeza. Los brazos soberbios salen de entre blondas recamadas de oro y se levantan, formando sobre el traje esplendente un signo sagrado.

El arabesco de la figura es grandioso; el dibujo, sólido, preciso. La calidad y la abundancia de la materia, que bordan la tela de finos y variadísimos tonos lila y oro, convierten esta figura en una gran joya oriental.

« Dolores ». Una arrogancia imperial.

Una serenidad de criminal.

Una actitud de emperatriz que contempla el cumplimiento de sus órdenes...

Me parece que sobre el fondo de incendio del cuadro, atraviesa lentamente la trirreme de Antonio.

« Gabby ». Una esbelta mujer envuelta en un *peignoir* de seda negra bordado de oro, de cabeza rubia y aristocrática.

La sutileza de la elegante envoltura modela discretamente las finas piernas, la solidez de los pechos, y oculta extrañamente las manos nerviosas.

Con recursos técnicos omnipotentes, puestos al servicio de una visión admirablemente clara de la verdad, el artista ha hecho, á fuerza de analizar los componentes plásticos del modelo, una obra profundamente psicológica. Esta observación es aplicable á todas sus creaciones femeninas. Ningún preconcepto literario las ha engendrado; ellas han surgido espontáneamente de la observa-

" *La Chula Negra* ".

ción profunda de una actitud, de un gesto. Las radiaciones de la luz eléctrica ponen de manifiesto este gesto y esta actitud, y el artista los describe con verba prodigiosa sobre las superficies de las telas.

« Pilar » es trágica, terrible, amenazante como una catástrofe cercana. Su gesto de

Digitized by Google

" *Joven valenciana entre dos luces* ".

grande ave de rapiña y su formidable tocado, son insultantes.

Ciñe su talle vigoroso un manto negro, y corre por la cintura señalando sus curvas una decoración policroma de palacios imperiales, de mandarines y de plantas exóticas.

Una fiereza salvaje emana de esta hembra esencialmente española, carnal, heroica, bárbara.

Entre el sumo refinamiento de « Gabby » y la ferocidad de « Pilar », está la psicología de todas las mujeres.

♧ ♧

La técnica de todas estas telas está siempre en relación con el carácter del sujeto. Masas simples y lisas en « Pilar »; toques divididos modelan la sutileza de « Gabby » ; pero siempre la materia es abundante, y por agregación se llega invariablemente á obtener en todas las pinturas una calidad transparente y sólida como una laca coreana.

Cada obra de Anglada lleva en sí las cualidades anteriores multiplicadas. Se reconoce su orden cronológico por su mayor intensidad.

¡ La demostración, irrefutable ! ¡ Hela aquí : el retrato de Mlle. Sonia de Klamery (reproducido en la cubierta de este número).

H. Anglada Camarasa, superando su producción, ha superado en este retrato, por la pujanza del dibujo y por la intensidad emotiva, las clásicas representaciones de la Mujer.

Esta pintura es la síntesis del largo esfuer-

Digitized by Google

zo del artista por alcanzar, sin retóricas y dentro del más puro realismo, la máxima *expresión representativa*

Las cualidades plásticas peculiares del arte de Anglada están aquí manifiestas, sirviendo de atavío á su más bella concepción femenina.

"La mujer del mantón". (Propiedad del Sr. Gonzales Garaño.)

En el silencio y en la obscuridad de la noche, una mujer rubia y nerviosa atraviesa un bosque florido. Una ráfaga de luz la revela. Ella se vuelve con gesto sagradamente imperioso, mostrando de un golpe, en su maravillosa actitud, la irresistible potencia de toda la Especie

Su cuerpo sensual, pero impecable, ocultándose entre las sedas del mantón y los encajes de la mantilla, que semejan el paramento litúrgico de una divinidad india, oscila con ritmo imperceptible entre las campanulas azules, como la llama de una lámpara en la quietud de un templo.

¡ Con cuánta sabiduría y con cuánto amor están acentuadas las curvas de las piernas, la nerviosidad del anca, la redondez de los senos, y con qué extraña potencia está marcado en los ojos profundos y vivientes, y en la boca muda de toda esperanza, el misterio que ha iniciado, elevado y abatido la energía de todos los hombres.

Extraña mujer, amalgama de mito y de realismo, de refinamiento y de barbarie, diosa sin atributos encerrada en el ritmo geométrico de un manto, esfinge sin Edipo, emperatriz que tiene por reino el corazón

Digitized by Google

del Hombre, y que lleva escrita en la mano, que levanta como un cetro, la antigua historia y el futuro destino de los hombres. [ ]

Todo análisis es imposible; la intensidad de esta pintura subyuga y arrastra. Sólo la admiración palpita ante la realidad de esta criatura esencialmente moderna, trasmitida á la tela con profundo conocimiento y con el alma vibrante, y ante cuya belleza inmutable pasan, como una oleada de perfumes, las vibraciones del deseo.

Angladaha podido llegar á tan alto grado de expresión psicológica, sin hacer concesiones literarias ó religiosas, y sin recurrir á simplificaciones esquemáticas, por el camino del más puro realismo, y gracias á su dominio absoluto de la técnica.

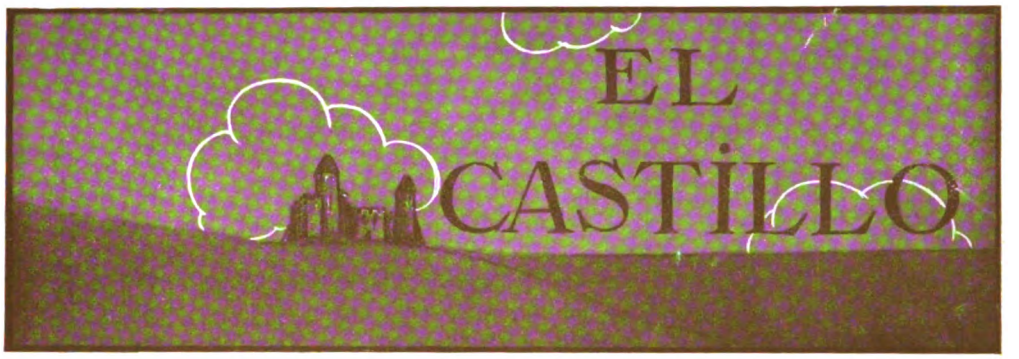
Su arte, sin debilidades, reposa sobre la Verdad, y sobre este pedestal indestructible esplende la belleza eterna de la Mujer.

ATL.

"Joven desposada de Alcira"

(Fotos Romanais.)

Digitized by Google



Por V. LILLO

Es tan necia como tonta la vida *sujeto*, y es tan feliz como santa la vida de un loco; porque la felicidad la encuentra aquél que no tiene concepto alguno de la vida *real*.

NORIATOVIC.

« Apreciable Antonio :

« Te escribo en el más completo silencio que jamás oídos humanos oyeron. Los silencios también sufren, como sabes, una inmensa serie de graduaciones, desde el más grande eco universal hasta el invisible dislocamiento de los menores átomos en el infinito. El más fuerte estampido es, dentro de la universalidad de las cosas, imperceptible vibración de un anillo en la cadena de los silencios eternos. Pero en este momento de añoranza, reposa sobre todo ese silencio que ya no se puede oir, tal es la delicadeza de las fluctuaciones del ruido.

« Sólo tú sabes comprender y sentir lo que no está al alcance de las organizaciones inferiores. Mientras que en los otros, el agente de la comprensibilidad permanece localizado en el fondo de toda la masa craneana, y recibe las noticias y comunicaciones del mundo exterior después de prolongado y fatigado curso, por largos caminos y con el amparo de guías imbéciles, nosotros ponemos el alma atenta y esclarecida á la superficie del cuerpo, y penetramos todos los órganos, de tal forma, que las vibraciones del mundo coinciden inmediatamente con el pensamiento.

« Por eso, paréceme ver la construcción de tu *Castillo* surgiendo alta, esbelta y silenciosa, en aquel desierto que tú escogiste á millones de leguas de esta indecente capital.

« Dime como salen las ideas formadas en las alturas, lejos, bien lejos de todos los animales de la tierra, sin exceptuar al animal Cupido. Cuéntame si las aves de ignotas regiones se posan alguna vez sobre tu *Castillo* conversando entre sí en ese lenguaje siempre repetido y pobre de vocablos, pero que no molesta ni da lugar á interpretaciones equívocas, como el lenguaje del animal-hombre, tan lleno de torcidas interpretaciones y mentiras. ¿ Sientes ahora la plenitud auténtica de tu propio *Yo* ? ¿ En esas silenciosas alturas, se nota bien el regreso á la patria perdida, lo que somos en verdad ?

« Abre tu alma como en otros tiempos, y responde á tu

Rafael.

Santa Ana Nº..... *Madrid* »

Y Rafael, metiendo la carta en un sobre, echóla al correo.

Era un ser nervioso y de extraordinaria gesticulación desde niño. Su madre le tuvo siempre extremado cariño. A la edad de 4 años fué atacado de perturbaciones visuales, que tomaron caracteres alarmantes, por las cabezadas que daba Rafael en los muebles de la casa, al querer pasar por debajo de muebles y sillas.

Su padre, preocupado por lo excepcional del caso, llevóle á uno y otro doctor, y después de un calvario inmenso dió al fin con un célebre especialista, que, alabando los enormes ojos de Rafael, aconsejóle el uso de los lentes.

Desde entonces, Rafael no dió más cabezadas. En fin, todavía eran necesarios los lentes, porque sin ellos continuaba poseyendo las dos visiones.

Digitized by Google

Por las cabezadas que daba Rafael en los muebles de la casa, al querer pasar por debajo...

Digitized by Google

Cuando en los estudios Rafael conoció á Antonio, hijo de un tal Hernández, hombre de gran inteligencia, inventor de máquinas imposibles por la novedad anticomercial, sintió por él una de esas afecciones profundas y tiernas que aisla dos entes de la convivencia social.

En el primer encuentro, Rafael, á una pregunta de su amigo, explicó por qué usaba lentes, y le contó el secreto de la duplicidad de las visiones.

— Yo no sé cual de los dos mundos es el verdadero, si aquél que veo sin lentes, ó éste que distingo á través de los vidrios.

Antonio, con los ojos exaltados, demostró donde estaba el engaño.

— Es nuestro cuerpo, caro amigo, que no posee las condiciones de una escultura perfecta. Vemos todas las cosas como ellas son en la realidad, pero los movimientos del andar, el equilibrio del cuerpo, la estatura más ó menos alta, es lo que no corresponde á esa realidad, y de ahí todos nuestros conflictos con el mundo exterior. Tú debieras tener la estatura de un palmo, pero la naturaleza erró é hizo crecer tu cuerpo más de lo necesario. Si se guardase la proporción exacta de tu mirada extraordinaria con las líneas de anchura y altura de tu cuerpo, todo estaría en perfecto orden. ¿Crees que todos nosotros no sufrimos más ó menos de la misma causa? Mira esos hombres tan altos que, al entrar en una casa, dan con la cabeza en la puerta calándose el sombrero hasta los ojos; ve esos otros curvando la frente cuando pasan por debajo de las ramas de un árbol, que está bastante más alto de lo que ellos creen.

— Oye: yo sé un medio cierto para que todos nosotros, defectuosos ó no, conozcamos la plena rectitud de las cosas. Un medio simple, elocuente, inequívoco, perfecto, integral, divino. ¿Quieres saber más? ¡Pues es mi *Castillo!*

Y los dos amigos pasaron á esclarecer los secretos de aquella idea: un *Castillo* bien alto, de donde la vista pudiera distinguir los contornos distantes del horizonte, y en las cimas infinitas el cielo azul, como inmensa cúpula espiritual.

— Entonces, nuestros ojos penetrarían la única verdad, porque todas las asperezas de las líneas de los cuerpos estarían apagadas, aniquilados todos los errores de la forma, y niveladas todas las tortuosidades de la materia sensible. Y así, aislada del cuerpo la visión, todas las miradas serían iguales delante del universo.

Y durante algunos años, esos pensamientos fueron siempre para ellos objeto de constante atención.

Una noche, entre copas de cerveza, acordaron ejecutar el plano del *Castillo.*

Sobre el mármol de la mesa trazaron líneas formando pirámides, cubos y otras figuras, pero cuando llegaba el momento de considerar la naturaleza y resistencia de los materiales, la profundidad de los cimientos, elevación de las paredes, altura máxima de la construcción, detalles internos y presupuesto, perdiéronse en consideraciones sobre el bienestar de las almas en las cercanías del cielo, en ese aislamiento de quien aspira en la tierra al máximo de paz, para no sentir más el repugnante hedor de los ayuntamientos humanos.

— Mi *Castillo*, decía Antonio, conforta y da reposo al corazón para siempre. Mientras que aquí abajo, el laberinto de las ambiciones y el rumor absurdo de los carruajes y de las voces fuerzan nuestra vista á ver lo que no desea, y á nuestros oídos á oir lo que les desagrada, y á nuestros sentidos á sujetarse servilmente á los sentidos ajenos, impidiendo la formación rectilínea de los pensamientos y la serenidad de los trabajos intelectuales, allá en la suprema altura readquirimos nuestra vida perdida, y no sentimos el contacto con la tierra.

Y Rafael exclamaba que nunca encontraría en la existencia quien, como Antonio, fuese el espejo perfecto de su yo.

Así, ambos caminaron y progresaron en lo abstracto, con la devoción de un *Fakir* en sus estados de inercia.

Entretanto, circunstancias de la vida separaron á los dos amigos.

Antonio marchó á una pequeña ciudad, donde quedó en casa de unos parientes.

Viniéronle las dificultades, y con ellas la pobreza.

Desde la mañana hasta la noche exclamaba sin cesar y entre torturas: *¡Mi Castillo! ¡Mi Castillo!*

Esto puso en sobresalto á su familia, y llamaron á un médico que recetó bromuro, después á otro que administró yoduro de potasio, más tarde á otro facultativo que pretendió experimentar el Salvarsán, y, al final, un galeno maniático indicó el manicomio, donde fué recluido el enfermo.

Sin resistencia alguna, Antonio dejóse conducir.

Al aproximarse al edificio sonreía con los ojos fijos en los altos torreones, y exclamaba sonriente y satisfecho: *¡Mi Castillo!*

El director del establecimiento, teniendo en cuenta su procedencia humilde y lo delicado de su organismo, dejábale permanecer libremente en uno de los torreones más elevados, donde el loco, aislado de toda comu-

Digitized by Google

Una noche, entre copas de cerveza, acordaron ejecutar el plano del Castillo.

nicación humana, sin más horizontes que las cimas lejanas del cielo, escribía paginas filosóficas de doliente belleza, de suprema sensibilidad.

* * *

Una mañana, entregaron al Director la carta de Rafael dirigida á Antonio.

El psiquiatra leyóla atentamente, examinó los caracteres gráficos, tomó nota de la residencia del remitente, y entregó la carta al loco permitiéndole que respondiese.

A la hora del almuerzo, pasado un mes de angustiosa espera, Rafael recibió la siguiente carta :

« Clarividente amigo :

« Aquí estoy definitivamente instalado en mi *Castillo*. Dicen que esta bella vivienda es un hospicio, pero en estas alturas profundas nadie tiene noticias de los locos que nacen y viven en las regiones bajas é inmundas de la tierra.

« Ven, amigo, á hacerme compañía, y ver la verdad cara á cara. Aquí todo es perfecto y puro, el estómago no tiene hambre, y el corazón no padece de ambiciones.

« No hay dinero, ni ropas, ni zapatos, ni ricos, ni pobres. Te espero ansioso en la torre del Norte... en el *Castillo*, que construí con tantos trabajos y tantas fatigas...

En mi *Castillo*

Antonio. »

Rafael leyó y releyó la carta. Un sudor abundantísimo inundó su frente, y los gruesos cristales de los lentes brillaron con más intensidad que nunca.

Por la ventana de la casa entraba Febo abrasador, y un gran silencio dominaba...

Decidióse, tomó la maleta, y salió de su casa.

Durante el día vagó, agitado, por las calles, siempre con la maleta en la mano, y al atardecer, después de haber afirmado los lentes sobre la nariz, dirigióse á la estación donde tomó el tren, huyendo, con destino á H... en busca de su amigo, del complemento de su alma, y en pos de su *Castillo* encantado que les libraría de las inmundicias terrenas, de los hombres locos, de las bestias bípedas, de la vida absurda...

(Ilustraciones de Hemmings)

Digitized by Google

Su vida, como la de una reina Balkiss, está llena de bruma. En su corte, d'Annunzio es el poeta, y Bakst el pintor áulico.

Cuando viene á París — todos los años — ocupa en el hotel cuarto de reyes. Después, Ida Rubinstein se va á cazar. Dicen que ha matado leones. Dicen que ha exprimido corazones. En matorrales de Africa ó en pantanos de Asia, buscando fieras para aplacar su tedio elegante de Artemisa, parece una reina de Saba sin Salomón, una Cleopatra sin Antonio, una nostalgia errante, una melancolía encarnada, como la de Alberto Durero, en cuerpo alígero...

Para contar á los lectores de *Mundial* su gracia leve, he estado á verla.

Foto Otto.

Mlle. Ida Rubinstein.

La tarjeta que me escribe, señala para la una de la tarde la entrevista. En el más fastuoso hotel de la Place Vendôme me introduce el *chasseur* á un salón amplio, en cuyos muros veo fotografías de estatuas griegas: todas las actitudes de la gracia, del abandono, de la cordura, de la voluptuosidad, Venus indolente, Minerva grave, Mercurio elevando su tirso grácil...

La espero allí, pero el criado entreabre la puerta de otra sala. Primero, no la veo, ó mejor dicho, por su armonioso escorzo inmóvil me parece una ficción de artista ó de poeta. ¿Es una estatua bizantina y constelada, ó el fino jinete que está de pie junto á Pegaso en la alegoría de Mantegna, ó algún oscuro ícono de su tierra natal, ó la

Digitized by Google

Madonna del Angélico, ó la Virgen Ursula que, en las procesiones pálidas del Carpaccio, avanza una divina faz de angustia? Es todo eso: una estatua, una pintura, una mujer. Tiene el dorado matiz romano, el perfil griego y los ojos persas. Pero la estatua ha sonreido. Y al verla caminar en cadencia recuerdo la frase de Baudelaire: *On dirait un serpent qui danse.*

« ¡ Una serpiente que danza !... » Puedo examinarla mejor ahora que está cerca de mí, casi tendida en el canapé, con los ojos atentos y una sonrisa errante. Es flaca como un lebrel; en su cuello, que el *peignoir* deja desnudo, las venas destacan su esmalte azul; los rasgos me parecen ahora irregulares.

¿Pero de qué proviene su hechizo raro? Tal vez de los ojos que son largos —los tradicionales ojos de almendra — martirizados por la ojera morada. Tal vez de los labios, móviles y cambiantes á las inflexiones del entusiasmo ó de la melancolía. Tal vez del cuerpo, flexible como una espada y como una bandera.

A mis preguntas responde en excelente francés, con voz un tanto desmayada.

—Quiero saber un poco de verdad, señora. ¡Tantas leyendas la rodean! Y yo estoy seguro de que la verdad es más hermosa todavía que la leyenda.

Sonríe:

— Es cierto, tantas cosas falsas... Mire por ejemplo: dijeron que representaría seguramente la *Fedra* de Racine el año próximo. Y yo no lo he pensado.

— ¿ Por qué no ? — murmuro yo. — *Fedra*, sin la *mise en scene* á que nos han acostumbrado, *Fedra* con decorados violentos y *calientes* del admirable Bakst... ¿ Tiene Ud temor de que el público parisiense no juzgue bien su tentativa?

Sonríe de nuevo:

— Sí... no... El público francés cuando se entusiasma es delirante. Pero hay que acostumbrarlo á la novedad, imponerse. Ya llegaremos. Un poco de paciencia.

Foto Otto.

Mlle. Ida Rubinstein, en la obra "La Pisanelle"

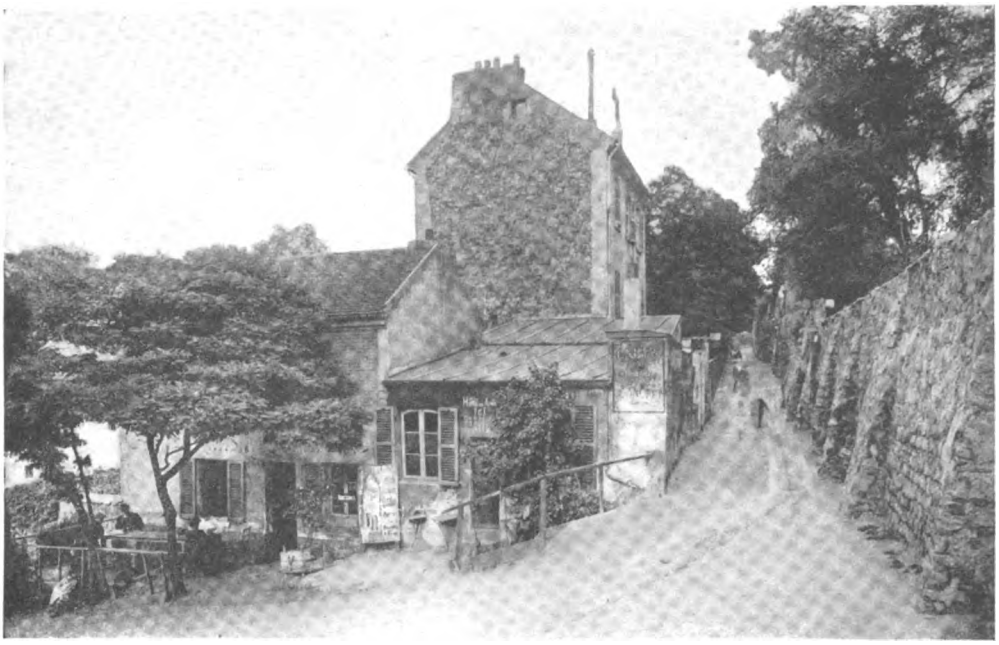
(Fotografía dedicada á los lectores de *Mundial*.)

Veo pasar, como un calofrío de voluntad, el deseo de vencer en esta fragilísima; y todo el semblante se ilumina como esas lámparas morenas que, de la enérgica luz interior, sólo dejan pasar un reflejo dulce.

Ella habla ahora. Yo sólo atizo con preguntas esta flama bella.

— En San Petersburgo comencé. ¡Cuántos entusiasmos ya pasados! Di primero la Antigona de Sófocles, en ruso, naturalmente, después de haber seguido los cursos imperiales. Estudié la dicción con el gran maestro Lenskyg. Después, vine á París. Hablaba francés... pero con acento. Bailé en los *ballets* rusos. Luego, con tenacidad, con paciencia infatigable, cuatro horas diarias, he estudiado las inflexiones y las sutiles tonalidades de esta lengua, hasta poder representar en francés el *San Sebastián* de d'Annunzio. Algunos

Digitized by Google



Calle de Saint-Vincent y el Cabaret du "Lapin Agile".

críticos fueron severísimos. Otros, bondadosamente, me alentaron. Yo continúo. Acabo de dar *la Pisanelle* de d'Annunzio. *Et c'est tout!*

C'est tout! Lo dice con una modestia encantadora. Entonces yo, entusiasta todavía por esta obra que vi anoche, le refiero el calofrío de la sala cuando ella es la haraposa gentil del primer acto, y está supina y pálida como una imagen de la Victoria del amor entre la humana voracidad, y ondula con tan atrevida gracia entre la turbia gente, que algunos hombres enronquecidos, á mi lado, vitoreaban...

Ahora deja escapar — seguramente halagada — una risa conventual como el eco de una cascadita.

— ¿ De veras?... pues crea Ud que siento el imposible deseo de estar en las tablas y en la sala, al mismo tiempo. Las opiniones contrarias, el entusiasmo y el dicterio ¡ qué embriaguez sentiría al escucharlos !

Pero mi cuaderno, que pretendí llenar, está vacío. Me apresuro á inquirir proyectos :

— ¿ Y el año próximo?

— Está tan lejos todavía ¿ no le parece? De todos modos, pondré en escena una obra de D'Annunzio y otra de un joven literato francés.

— ¿ Su nombre?

— Todavía no se puede decir.

— ¿ Es tan grave la cosa?

— No, pero...

Yo le juro que seré el más discreto de los hombres y el más reservado de los periodistas. Además, en mi calidad de americano, no hay peligro de que el secreto vaya á este público de París. Me inclino como en un confesonario, y melodiza mi voz la unción del sacerdote. Mas tengo, en fin, que rendirme, á quien se niega con tanta gracia.

Entonces, hablamos de sus viajes.

— Iré este año á Persia, á Arabia. Son mi locura los viajes, pero los viajes peligrosos á las tierras donde hay panteras y leones. Recuerdo en Rodesia, una tarde, bajo un sol terrible. Nos hundimos hasta la cintura en un pantano. Quedamos cinco mortales horas allí, y yo no tenía miedo, pero sí como una embriaguez extraña, como un regocijo delirante ante el peligro, mientras rondaban sobre nosotros aves fúnebres. Sólo los nuevos públicos me han dado alguna vez ese temblor instantáneo, ese temblor que nos sacude cuando estamos con la carabina apuntada frente á la fiera ronca... ¿ Acompañada? No, señor. ¡ Qué europeo querría acompañarme!... En mis cacerías, sólo me siguen gentes del país... Parezco frágil ¿ no es cierto? pero he resistido á fatigas que ninguna mujer de sport resistiría.

Ha dicho esto con orgullo, con voz neta,

Digitized by Google

enérgica. Y otra vez veo pasar el calofrío de voluntad en este fantasma lindo.

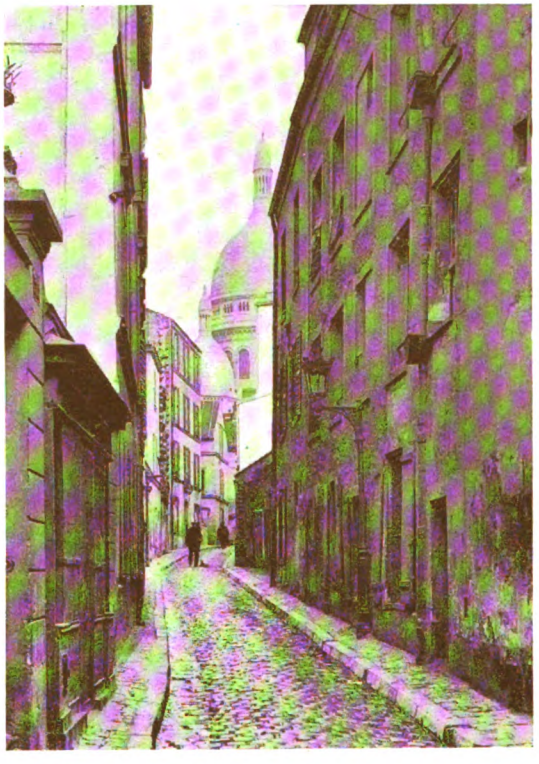
Pero no quiero abusar de una hospitalidad tan amable. Le he pedido una fotografía dedicada. Mientras escribe, entreabro indiscretamente los libros amontonados en la mesa Todos tienen dedicatorias rendidas. Leo en uno: *A la danseuse des sept voiles, son danseur dévoilé;* y abajo la firma del suntuoso poeta Robert de Montesquiou.

Pero ella vuelve ya, con el retrato en la mano, sonriente y danzante en esta bata que imita escamas de sirena.

— ¿Hasta el año próximo?

—Por supuesto.

Dejo en la mano tendida un respetuoso beso. Todavía en la puerta, me vuelvo á ver la marcha felinamente danzante que alumbra suaves chispazos en el *peignoir* metálico. Y me repito las palabras d'annunzianas, las palabras dedicadas más á la mujer viviente que á la ficción poética: «Tiene la cabeza estrecha semejante á la de no sé qué dulce serpiente. Cuando camina, balancea sus breves flancos, sus leves muslos... A cada paso, recoge y arrastra la dulzura del mundo como con una red.



Calle de Saint-Rustique.

Montmartre esta muriéndose. En sus centenarias calles empinadas se instalan inmuebles de cinco pisos; los viejos talleres desmantelados ceden el sitio á hoteles «con todo el confort moderno», y hasta sus calles venecianas en vericueto, sus calles retorcidas como espirales para subir al cielo, se aplanan, se morigeran en avenidas blancas.

Es el último episodio de la *Vie de Bohême*, entre el casero y sus inquilinos. El casero se ha fatigado de no cobrar. Y la Alegría está perdiendo su feudo loco. ¿Será que la raza de los bohemios va extinguiéndose? Si sólo vemos el Montmartre de lujo, lo creeremos. Porque el Montmartre del extranjero y del *rasta*, el que se extiende á lo largo del bulevar de Clichy, es un país nocturno de hombres de frac con fajos de billetes en la cartera, una *Five Avenue* de cosmopolitas millonarios. En las tabernas afiebradas donde asoma el Vicio su rostro exangüe, se codean todas las razas y los mundos bajo la neurastenia de los violines. Mientras exhalan los zíngaros su pena, que insiste y que marea, la inevitable española danza. Sus pies, como golondrinas, se persiguen. Sacude la cabellera fosca, como un incensario de voluptuosidad. Y un ululante grito expresa la alegría de un público que ha bebido.

Pero hay otro Montmartre muy diferente. Su alegría no tiene el ebrio frenesí del aburrido. Es simple, y coincide frecuentemente con la pobreza bohemia. Los bohemios se llaman hoy humoristas. Entendámonos: no es el taimado humor inglés que siempre deja ver mangas de clérigo, sino esa burla crónica, esa sonrisa del rasgo y esa carcajada del color, que en la moderna caricatura perpetúa el hervor de esta raza frívola y chancera. Ninguno es rico allí, porque los periódicos sólo pagan cincuenta francos la página. ¿Pero de qué serviría todo el oro del mundo en la taberna del «Conejo Agil», si la cerveza no cuesta un franco y la alegría no se paga? Dejad los «Moët y Chandon» y los «Pommery», para quienes tienen que buscar en el champaña la efervescencia que no está en sus corazones. Aquéllos sienten «la embriaguez sin el vino», de que habló Goethe. No digo que no beban, pero es seguramente

Digitized by Google

para estimularse á trabajar ó mentirse gloria...

Y los burlones han querido, puesto que los industriales van á matar Montmartre, darle un adiós de festival.

Hicieron bien en no escoger el aburguesado Molino Rojo para la ceremonia. Fué el otro, el único, el Molino de la Galette, que acogió á la banda turbulenta. Todos los cancioneros de Montmartre vinieron á cantar los antiguos refranes, que un viejo amable acentuaba con el bastón á mi lado, un poco triste porque con ellos pasó la edad de amor. E Ivette Guilbert, que es ahora una madama de lujo, recordó alguno de sus estribillos populares, sin atreverse naturalmente á silabear como antaño — *cahin caha hop-la* — con voz de apache, las contoneadas canciones del arrabal.

El excelente Poulbot, dibujante genial de párvulos, está disfrazado de mozo de café. Y un jurado elige lindas parisienses para molineras del molino. Mientras se vota, me voy á la terraza. De allí, mejor que de su buharda, podrían soñar los Rastignac en la conquista de París. París extiende abajo su mapa negro salpicado de luz. En el cielo rasgado, algunas estrellas vierten su magnificencia triste. Una cálida exhalación de afanes como un incienso rojo asciende de la ciudad á la colina, y vienen ganas de eternizar aquí el minuto.

Esta es la torre verde, ésta es la isla de Robinson, el asilo fresco de donde se quiere otear la vida...

Pero abajo resuenan vítores y risas. Vuelvo á la sala á oír las quejas de un cliente, á quien el caricaturista disfrazado no quiere servir café. Una chiquilla de cabellos cortos, un poco loca, se ha erguido á zapatear en una mesita llena de garrafas.

— ¡ Maestro, música ! — gritamos todos al director de orquesta, que tiene sombrero verde. Algunos fracs extraviados en el país de las blusas, de las americanas y de los sombreros blandos, bailan el tango, « el paso del cangrejo ». La ronda se hace universal. Y, contagiado por tanto brío, girando también en la zarabanda, no me atrevo á repetir que Montmartre está muriendo... ¡Caramba, es una muerte agitada y muy alegre !

El "Moulin de la Galette", el único que queda en la cima de Montmartre, el cual ha sido clasificado como monumento histórico.

Digitized by Google

RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

En un salón elegante de Santiago de Chile, y durante una velada mundana, el autor nos presenta sucesivamente á los tipos que han de intervenir en el desarrollo de esta novela. La heroina de ella es una niña que reune todas las humanas perfecciones. El protagonista de la narración es un mozo que también sería perfecto, á no afligirle dos contrariedades: una eminente fealdad física, y un extraño apocamiento de genio. Daniel, que es el nombre del galán tímido y feo, ama á Eliana, la heroina del cuento, con todo el super-afecto propio de los espíritus privilegiados y de las almas blancas. El amor de Daniel es secreto y oculto. Daniel tiene un amigo, Alberto, y un enemigo, Miguel. Ambos fueron compañeros de colegio de Daniel, y desde la infancia fueron siempre lo que siguen siendo: amigo el uno, y enemigo el otro, respectivamente. Alberto es ligero y frívolo, pero bondadoso y leal. Miguel, como es de suponer, es malo, artero, tonto, ignorante, etc., etc.

Por una cruel fantasía del destino — "hado" le llamaban antaño los lejanos protagonistas de esta narración — el talentudo Daniel, el frívolo Alberto y el necio Miguelito coinciden, pese á sus divergencias de carácter, en enamorarse á la vez de la misma damisela, la perfecta Eliana. Como lugarteniente de Miguelito, tercia en la acción un ser enigmático don César, que tiene mucho de aventurero y de pícaro de frac. Daniel, cada vez más enamorado de Eliana, escucha de labios de su fraternal amigo Alberto, la revelación del amor que éste siente hacia la amada de Daniel. Alberto ignora la pasión de su amigo, ya que Daniel la tuvo siempre oculta. Daniel sigue rodeando su cariño del mayor misterio, pero piensa en que si no vence su natural apocamiento y entra inmediatamente en lid, cuando quiera hacerlo será quizá tarde, porque Eliana amará á otro.

Dormir, para un delincuente ó para un enamorado, no es cosa fácil. Daniel luchó contra el insomnio durante largas horas. En el transcurso de ellas, fué examinando, uno tras otro, los medios de hacer llegar discretamente á Eliana su declaración de amor. Hacerla en una frase breve y expresiva, en el apartamiento de un vals, ó entre las pláticas de un salón, era el procedimiento más rápido, y el más eficaz también, pero para ello era menester una audacia de la cual, Daniel, no era capaz. Horas antes, había podido comprobarlo. Escribir una carta — la eterna y siempre nueva primera carta — parecíale trivialidad y excesivo atrevimiento. Sólo halló aceptable esta solución singular: escribir en un cuento, ó en una novela, la historia de su pasión, y hacer que el libro, ó el capítulo de revista, llegara á la manos de Eliana, quien, con su intuición femenina, adivinaría que la protagonista de la sentida narración no era sino ella; la firma de Daniel, al pie del escrito, rezaría el nombre del enamorado, y el texto del relato sería la defensa de su pleito de amor.

Y de tal modo, creyó encontrar Daniel remedio para su cuita; no pensaba, dándolo por bueno, en que eso no era sino una abdicación de su voluntad, y una anticipada derrota. En guerra y en amor, la victoria es de los audaces, y Daniel procedía como un tímido; por eso buscó, en el duelo entablado entre su pasión y su cortedad, un pacto, y pactar en guerra y en amor es declararse vencido.

Así había de huir, entre tanto, el tiempo; y así, en perpetua espera del placentero *mañana*, había de correr Daniel el grave riesgo de que *mañana fuera tarde*.

CAPITULO IV

« Alma divina, en velo
De femeniles miembros encerrada,
Cuando viniste al suelo
Robaste de pasada
La celestial riquísima morada. »

FRAY LUIS DE LEON.

Junto á la chimenea de su gabinete, arrellenado en muelle sillón, don Bernardo recorre con los ojos las páginas de las últimas revistas publicadas.

Don Bernardo soporta airosamente el peso, grave ya, de sus sesenta años pasados,

(1) Véase el número de *Mundial* correspondiente al pasado mes de Junio.

Digitized by Google

y la firmeza de su mirar, tanto como la precisa rapidez de todos sus gestos, revelan en él á un hombre de incansable actividad y de irreductible energía, cualidades que se leían en su rostro afable, unidas á la más clara expresión de bondad.

El prócer, cuyo retrato esbozan tales rasgos, tiene en su vida dos grandes amores que la iluminan: el de su esposa y el de su hija. Con ambas damas trabamos conocimiento al correr de esta verídica historia, y ambas acompañan á don Bernardo en esta hora en que reanudamos el relato suspendido, al dar fin al capítulo anterior.

Y así, en tanto que su padre hojea periódicos, Eliana distrae el ocio de la velada en gentiles juegos con su gato de Angora, perezoso y dócil, que bajo las caricias de su dueña, en placentero afán, arquea el lomo y murmura el enigmático madrigal que dice un monótono y blando ronroneo.

Doña Elisa, menos desocupada que su esposo y que su hija, revisa las cuentas de sus libros, dicta órdenes á sus criados y piensa — grave asunto — en el « menu » del día siguiente...

De tal suerte, en la intimidad del hogar de Eliana, todo es felicidad y afecto.

Don Bernardo ha detenido su atención sobre un capítulo interesante; á juzgar por el título del trabajo, trátase de sinceras y sentidas memorias que de su vida confiesa el escritor. Pero cuando alguna lectura cautiva á don Bernardo, para gustarla mejor, el prócer la encomienda á su hija. La dulce voz de Eliana y su maestría en el difícil arte de leer, prestan mayor encanto al relato, y don Bernardo confiesa ingenuamente que, leídos por su hija, los cuentos ó las novelas le parecen mucho mejor escritos que cuando él mismo los lee.

Así es como en esta ocasión, el bondadoso señor hubo de ofrecer á su hija el texto designado, y apoyada su solicitud por la de doña Elisa, no pudo Eliana rehusarla.

Fueron las pupilas de la niña, en rápido pasar, desde el título amable hasta dar, al cabo de la postrera línea, con el nombre del autor. Percibiéndole, el rostro de la joven revistióse de aquella impenetrable gravedad que hubimos de contemplar en él, durante el transcurso de una fiesta mundana, al sentirse observada por Daniel.

Hízose el silencio en la corta asamblea, y don Bernardo concluyó:

— Te escuchamos, hijita...

Comenzó Eliana la lectura; era, en verdad, una linda historia; la de un amador que no era osado de hacer llegar hasta la amada su pasión.

Sin vacilaciones, sin que su voz serena dejara traslucir la más pequeña turbación, fué la niña al través de las disquisiciones y de los discreteos del relato.

Daba éste fin, y alababan los oyentes la galanura y la claridad de su sentir, cuando, inoportuno, un criado anunció una visita, y ofreció á Eliana, sobre una bandejilla repujada, la breve presentación de dos tarjetas.

— ¿ Quién es ? — preguntó don Bernardo.

Indiferente, Eliana contestó:

— Don César que, como ofreció el día pasado, nos trae á Miguel Fuentes.

Reprimió apenas el prócer un ademán de enojo y, disponiéndose á salir, dijo á su mujer y á su hija:

— Yo voy á dar un paseo mientras atendéis á esos señores; no tengo interés ninguno en verles.

Y en tanto que don Bernardo íbase escaleras abajo, doña Elisa y su hija entraban en el salón donde aguardaban, impacientes, los visitantes.

Así que las damas traspasaron el umbral de la estancia, tanto don César como Miguelito se precipitaron á su encuentro.

Anonadadas bajo un aluvión de cortesías y de finezas, Doña Elisa y su hija no hallaban frases ni lugar para responder cumplidamente á tanto y tan inoportuno halago.

Don César, como hombre de más mundo, puso término á sus obsequios pronto, y trabó conversación con doña Elisa, buscando un aparte intencionado que permitiera á Miguelito dar libre curso á su plática con Eliana.

Era clara y manifiesta la voluntad que el mozo ponía en conquistar la simpatía de la niña, y si sus esfuerzos no llegaban al resultado apetecido, y sí, tal vez, precisamente al contrario, no era por falta de asiduidad ni de constancia en ellos.

Lamentaba don César el que, tanto á doña Elisa como á su hija, se las viera contadísimas veces en tertulias y paseos. La madre de Eliana excusábase diciendo la escasa afición que, tanto la joven como ella, sentían hacia la vida de la calle, y lo mucho que, en cambio, atraíales el hogar.

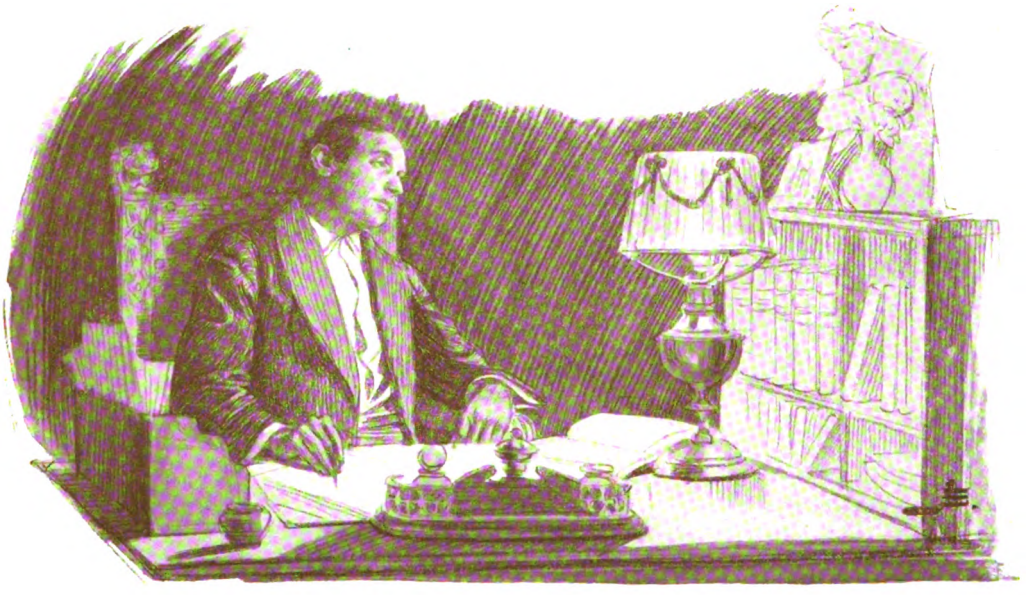
Miguelito, al acecho de toda ocasión de parecer grato, no desperdició la que se le ofrecía, y adoptando un tono entre indignado y dolido, exclamó:

— ¡ Por Dios, señoras, eso es crueldad y es egoísmo !

Y como las aludidas no se dieran pronta cuenta del sentido galante de la frase, el empalagoso muchacho hubo de explicar:

— Cierto que es un egoísmo. No sabe usted,

Digitized by Google



¡Quizás mañana sea tarde !...

Eliana, cuanto le agradeceríamos que se sacrificara por nosotros, dejándose ver un poco más.

Apoyó don César, con entusiasmo, la declaración de Miguelito, y Eliana, sonriendo, halló respuesta pronta y hábil réplica.

— Si de mí sola dependiera — dijo — aún podría complacer á ustedes, y en ello tendría mucho gusto ; pero ya saben que si yo soy poco dada á la vida de calle y de sociedad, mi madre le tiene menos afición que yo... Por esta razón, aunque á mí me fuera grato acceder al deseo de ustedes, no podría hacerlo, ya que no sería bien imponer á mi madre un sacrificio por evitar otro á mis amigos.

Celebróse la agudeza de la respuesta. Miguelito, aprovechando el curso dado á la conversación, se lanzó por lejanos y sentimentales derroteros, hablando de la tristeza inexplicable que le embargaba desde algún tiempo á aquella parte. Comentó don César los dichos de su amigo con toda diplomacia, de modo á esclarecer aún más la intención de las palabras ; no comprendiéndolas, ó no queriendo parecer comprenderlas, doña Elisa y su hija callaron, y del tal suerte se llegó á una forzada pausa de silencio, durante la cual Miguel clavó sus ojos en Eliana, y ésta fijó los suyos en el gato, que obstinadamente no se apartaba de los pies de su dueña.

Don César rompió el hielo con el peso de una trivialidad :

— Quizás — murmuró — hayamos interrumpido la grata intimidad de una familia.

— ¡ Oh, no ! — respondió doña Elisa — aguardábamos su visita... Y en tanto, para pasar el rato, Eliana nos leía una cosa muy interesante.

— ¿ Sí ? ¿Cuál ella ? — interrogó Miguel, poniendo en su pregunta un interés afectado hacia intelectuales andanzas, que le fueran del todo ajenas.

Elena dió completa cuenta del título y del tema de su lectura, y para mayor abundamiento, ofreció á los visitantes el ejemplar de la revista que la publicaba. Miguelito, sin detenerse en el examen del texto, pasó al de la firma, y al leer el nombre de su antiguo compañero de colegio, no pudo reprimir un gesto de sorpresa y de enojo. Luego exclamó, escudriñando los párrafos impresos :

— ¿ Desde cuándo es literato Daniel ? Hace mucho tiempo que le conozco, desde que éramos niños, y jamás vi en él tales aficiones. Pero no sé por qué imagino que esto no es original, sino, sencillamente, una traducción. Es el recurso de cuantos pretenden escribir, sin tener la vocación y la práctica que para ello se requieren.

Dando fin á esta sentencia, Miguel contempló insistentemente la expresión de Eliana, por ver de descubrir en ella alguna manifestación de regocijo ó de contrariedad ; pero ni uno ni otro de estos sentimientos dejaba

Digitized by Google

traslucir la serenidad imperturbable de la niña.

Don César, cumpliendo como buen amigo, salió en auxilio de Miguel, y examinando á su vez el escrito, concluyó :

— ¡ Indudable !... Esto es una traducción literal de una novelita francesa que yo he leido, y que recuerdo bien... Aguarden que haga memoria... ¿ De quién es esto, señor ?... ¡ Ah, sí ! ¡ Ya estoy !... De Prosper Merimée. ¡ Exacto ! ¿ No es eso, Miguel ?

Miguel, con el mayor aplomo, afirmó :

— Justamente... Con tanta lectura, acaba uno por confundirlas todas. Pero ahora recuerdo bien. ¡ Merimée ! ¡ Claro está !

Tornó la pausa de silencio. Miguel, mirando hacia el piano, se apresuró á decir :

— ¡ Oh, Eliana ! dispénsenos la gracia de interpretar algún trozo de música clásica. ¡ Lo hace usted con tanta maestría !

Eliana, sonriendo siempre, replicó :

— ¡ Me sorprende que diga usted eso, no habiéndome oído tocar nunca !...

Quedó un poco corrido y desconcertado Miguel. Don César le tendió el áncora salvadora de su experiencia mundana, declarando :

— Pero, en cambio, la he oído yo, Elianita, y he referido á Miguel la profunda admiración que hacia usted siento ; la prodigiosa ejecución de usted me recuerda la de mi pobre amigo Paderewsky, cuando daba conciertos en Londres. ¡ Ah, qué tiempos aquéllos en que éramos jóvenes !...

Miguel, remozado por el prudente amparo de su protector, volvió á insistir en su pretensión de hacer tocar á Eliana, y como ésta, deseando excusarse á todo trance, buscara pretextos para librarse de la inoportunidad del joven, acabó la muchacha por repetir esta frase, como último y definitivo argumento :

— ¡ No, por Dios ; si jamás toco, delante de gente !...

Miguelito se apresuró á la galante y donosa réplica que sigue :

— ¡ Pero nosotros, señorita, no somos gente !...

No pudo por menos don César de lanzar á su imprudente amigo una mirada de reproche, en tanto que Eliana y su madre reían de buen grado.

Vencida, más por la desgracia de Miguelito que por su insistencia, Eliana se acercó al piano y ejecutó una composición conocida. Con el apagarse de la última nota, prorrumpieron los visitantes en abrumadoras alabanzas, interrumpidas oportunamente por la llegada de un criado, que anunció solemnemente el té.

Púsose en pie doña Elisa ; ceremonioso, don César ofreció á la dama su brazo, y Miguelito, exagerando la afectación de sus cortesías, brindó á Eliana el suyo.

Ya en el comedor, y servidas las tazas de té, Miguelito hizo aspavientos ante la sobriedad de Eliana, que ponía dos terrones de azúcar, nada más, en su taza.

— Yo, en cambio — añadió el galanteador — tomo el té convertido en almíbar ; así endulzo mi existencia, y mitigo mis penas.

— No tendrá usted muchas, siéndole tan fácil el remedio — respondió Eliana.

Un si es no es amostazado, Miguel, se lamentó :

— Al contrario, señorita, mi vida está llena de pesadumbres, mucho más graves de lo que á primera vista parecen.

— Será porque usted lo quiera — insistió, burlona, la niña — ponga más azúcar en sus amarguras.

La charla prosiguió de esta suerte, entre discreteos de las damas, tonterías de Miguel y habilidades parlamentarias de don César. Al fin, en el reloj, sonaron las once, y don César juzgó prudente iniciar la retirada. Nuevas zalamerías, nuevos cumplimientos del viejo verde y del joven gris, y, al fin, los dos importunos partieron.

Tiempo hacía ya que don Bernardo estaba de regreso, y que se había acostado, y aun dormido, no sintiendo el menor antojo de conversación con don César ni con Miguel.

Así, pues, luego que ambos salieron de casa, doña Elisa abrazó á su hija, dándole el beso de « buenas noches », y en tanto que la dama se retiraba á su aposento, la niña, después de recoger la revista cuya lectura quedara interrumpida por la visita, se acogió al apartamiento del suyo.

Ya en el lecho, Eliana dió fin á la novelita que le interesaba, y terminándola pensó :

— Lástima que sea un plagio, porque está bellamente escrita. Tanto que, á pesar de ser este muchacho tan raro, me había llegado á parecer simpático y atractivo con sólo leer sus confesiones. Pero en verdad que, esto de plagiar descaradamente á un escritor de talento, no favorece en nada á quien lo hace.

Y siguiendo el hilo de tales razones, Eliana concluyó en estas otras, un tanto nostálgicas y entristecidas :

— ¡ Qué bello debe ser el amor de un hombre capaz de sentirlo y expresarlo así !...

Y sin causa ni razón, al evocar tal deseo tácito de un afecto superior, la imagen de Alberto revoloteó un momento cerca de la imaginación de Eliana.

Digitized by Google

CAPITULO V

«¡Amor, amor, no sabes todavía lo que es justo!»

MICHELET.

Pocos días después de aquéllos en que ocurrieron los acontecimientos relatados, Alberto se entraba inesperadamente por las puertas de la casa de Daniel.

— ¿Qué te trae por aquí? — interrogó sorprendido este último — ¡al cabo de tanto tiempo sin vernos!

Y añadió Daniel, afectuosamente:

— ¡Es seguro que te ocurre algo!...

Alberto confirmó:

— ¡No te equivocas, Daniel!

— ¿Quién es ella? — preguntó éste, riendo; á lo que Alberto asintió, confesando un nombre en reverente y franca devoción:

— ¡Eliana!

— ¡Ah! ¿Eliana aún?...

— ¡Eliana siempre! — insistió Alberto, y añadió: — Desde la noche del baile, aquélla en que hablamos, mi espíritu y mi corazón están pendientes de Eliana.

— ¡Pues ten cuidado!...

Ante esta advertencia de Daniel, Alberto quedó un punto sorprendido y vacilante; luego inquirió:

— ¿Acaso no tienes tú de ella tan buena opinión como yo?

La expresión de Daniel, al responder, se tornó grave, como en íntimo examen de su propio sentir:

— Mi opinión acerca de ella — dijo lentamente — es tal vez muy superior á la que tú hayas podido formarte, Alberto... Considero á Eliana acaso como la mujer ideal.. Pero cuanto yo pienso acerca de ella no ha de tener ulterior transcendencia, ya que ni siquiera la conozco, y ya que esta admiración mía en nada podrá influir sobre el curso de nuestra vida... Tu caso es muy diferente. Tú conoces á Eliana, la tratas, y ¿por qué no decirlo? la cortejas. Esa admiración tuya difiere de la mía, que es pasiva, en que es activa, y en que puede llegar á encauzar tu existencia y la de Eliana por derroteros nuevos... Razones son éstas, en virtud de las cuales debes contrastar con piedra de realidad la ley del oro de tu amor... Y así, convencerte de que tu entusiasmo es motivado y justo, y no exponerte, por inconsciente aturdimiento, á un desengaño posible, irremediable y tardío.

Había escuchado Alberto el discurso de su amigo con atención creciente, y al dar término Daniel á tan juiciosa plática, el joven hubo de asentir:

— ¡Sóbrate razón!...

Pero luego, en afan de volver en pro de sus ilusiones, fué exponiendo cuantos datos le inducían á diputar por seguridades, lo que en un principio formulara como hipótesis:

— Eliana — arguyó Alberto — no me es conocida personalmente, sino en el trato superficial y reciente de tertulias y de reuniones; pero mi hermana, que fué su compañera de colegio, no encuentra alabanzas bastantes para elogiarla, y nada se presta á conocer á una persona, de verdad, como la convivencia de todos los días y de todas las horas á que obliga la vida de colegio... ¡Eso, bien lo sabemos nosotros! ¿no es cierto, Daniel?

— ¡Ciertísimo, Alberto!

— Además — prosiguió el enamorado — bien sabemos también que las gentes tienden más á exagerar los defectos que á poner de relieve las cualidades, y en muchos casos hablan mal del prójimo sin razón ni motivo, pero nunca hablan bien, sin que á ello les obligue una evidencia indiscutible...

— ¡Verdad es también! — confirmó Daniel.

— Yes así — continuó Alberto — que nadie, en absoluto, ha reprochado jamás á Eliana el menor defecto, y que cuantas personas hablan de ella es para elogiarla...

— ¡Exactamente!...

— Por tanto — aquí Alberto dió á su frase la entonación definitiva de una sentencia — hemos de convenir en que Eliana es como tú y yo la imaginamos: una mujer ideal...

— Convengamos en ello, Alberto, pero ahora, permíteme que te haga pensar en los graves inconvenientes que supone esa misma perfección.

— ¡No comprendo lo que quieres decir!

— Yo te lo explicaré.

Acercó Alberto su butaca á la que ocupaba su amigo, y dispúsose á escucharle religiosamente. De nuevo, ante su ciego é irreflexivo entusiasmo, surgía, implacable y rígido, el muro de razón escueta que á modo de invencible obstáculo alzaba sistemáticamente Daniel. Prosiguió éste:

— Generalizando, y prescindiendo por un momento de la feminidad de Eliana, te diré que las personas que durante su infancia y su juventud han tenido la suerte de rodearse de cariños y de afectos, ganados por sus excepcionales cualidades, entre su familia y fuera de ella, al llegar á la edad en que se inicia la propia vida, la vida personal, no saben apreciar en lo que valen esos mismos cariños que inspiran.

— ¡Sigo comprendiéndote cada vez menos!

— Ahora me comprenderás del todo; Eliana, como te digo, pertenece á ese conta-

Digitized by Google

¡ Oh, Eliana, dispénsenos la gracia de interpretar algún trozo de música clásica ! ¡ Lo hace usted con tanta maestría !

Digitized by Google

dísimo número de personas perfectas, ó casi perfectas, á quienes todos quieren y agasajan ¿ no es así ?

— ¡ Perfectamente !

— Pues bien, habituada á ese universal y perpetuo homenaje de afectos, verdaderos unos, aparentes otros, y sin poder estimar cada uno de ellos en su verdadero valor propio, por carecer de contraste y de punto de referencia, Eliana prestará tal vez la misma atención á un cariño trivial que á un afecto grande y noble, y como este último, en tales circunstancias y por su misma grandeza, se encuentra en condiciones desfavorables, lleva todas las probabilidades de perder en la partida entablada. ¿ Comprendes ahora ?

— ¡ Voy comprendiendo, sí !

— Me explicaré mejor : cuando nuestros defectos ó los ajenos nos crean enemistades ó dificultades en la vida social, por comparación entre la mala voluntad de unos y el buen querer de otros, llegamos á darnos real y justa cuenta de lo que hoy vale un cariño sincero y desinteresado. Tal conocimiento no está al alcance de quien siempre se vió rodeado de atenciones, ya porque su perfección no dió lugar á malquerencias, ya porque el mismo prestigio de esa perfección cohibió á los demás en la ostentación de los propios defectos. El amor y el desamor, la dicha y el sufrimiento, la estimación y la desestimación, son valores puramente relativos, Alberto. Quien fué siempre feliz, al ignorar el dolor ignora su dicha ; quien fué siempre desventurado, no conociendo la felicidad no conoce tampoco la verdadera crueldad de su desgracia. Por eso, Eliana, muy probablemente, no sabrá establecer la debida diferencia entre un amor ni más grande ni más pequeño que los demás amores, banal en suma, y una pasión de esas que cruzan por el mundo rara vez, dejando una estela de sentimiento y una huella de fuego, como esos cometas que en sus tardías visitas, á distancia centenaria ó milenaria, encienden nuestro cielo y suspenden nuestra débil atención de mortales... ¿ Comprendes ya del todo ?

Alberto, durante algunos instantes, guardó silencio. Jamás había pensado, ni aun por asomo, en tales complejidades y en tan sutiles disquisiciones del sentimiento y de la razón, y nunca, tampoco, había sospechado en Daniel una experiencia de la vida y un conocimiento del espíritu tan profundos y tan completos. Y en sorpresa, y en recogimiento de reflexión, callaba. Daniel, contemplando á su compañero, volvió á preguntar :

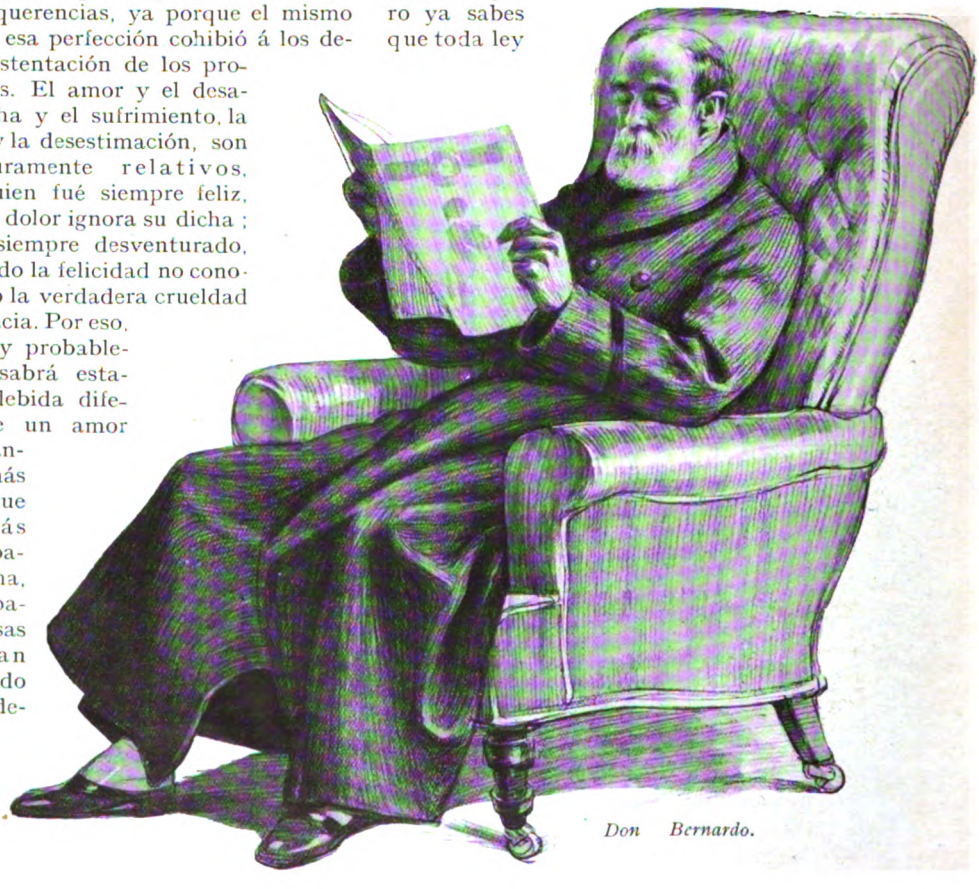
— ¿ Comprendes ?...

Alberto asintió :

— Sí, comprendo, y en verdad, amigo Daniel, que eres amargo profeta.

Daniel temió haber apenado á su amigo, y trató de aliviar el peso y el frío de su razonar, que había sido como losa de hielo...

— ¡ Oh ! esto no quiere decir que tu amor no llegue á ser comprendido... Yo te hablé de lo que es ley general de vida, querido Alberto ; pero ya sabes que toda ley



Don Bernardo.

Digitized by Google

tiene excepción, y Eliana bien puede ser una de ellas; por eso te indico la posibilidad del peligro, pero no su indudable existencia.

El rostro de Alberto cambió de expresión: parecía renacer á la fé y á la dicha con las últimas palabras de Daniel, que eran reflejos de optimismo. Y se apresuró á responder:

— Es indudable que cuanto has razonado es del todo cierto, pero como dices muy bien, hay excepciones, y yo estoy seguro de que Eliana es una de ellas... Una mujer de inteligencia limitada podría, encontrándose en las circunstancias de Eliana, engañarse acerca de la sinceridad de los afectos que despertara, pero á juzgar por cuantas referencias me llegan de ella, Eliana tiene el alma demasiado grande para no comprender una pasión de esas que, por lo excepcionales, merecen solas tal nombre.

Daniel, á su vez, callaba. En lo íntimo de su ser, las palabras de Alberto resonaban como el eco lejano, lejanísimo, de una quimérica esperanza propia. De tal modo, cuando su amigo le preguntó:

— ¿ No lo ves así, tú también ?

Daniel se limitó á responder:

— ¡ Así sea !...

Alberto concluyó:

— ¡ Gracias por tu buen deseo !...

Y añadió, tras de corta vacilación:

— Y ya que ha llegado la hora de las reflexiones y de las confidencias, voy á decirte y á consultarte el punto más grave de mi caso.

Daniel asintió, con un gesto que significaba: *te escucho, habla*; y Alberto, no sin cierta emoción en la voz, continuó:

— Como ya tengo edad para ello, he resuelto encaminar todos mis esfuerzos á la realización de mi matrimonio con Eliana... ¿ Qué te parece ?

Daniel alzó los hombros en mudo asentimiento, y murmuró:

— ¿ Qué me ha de parecer ? ¡ Muy bien !...

— ¿ Entonces, me aconsejas ?...

— ¡ No te aconsejo!... Creo que, puesta la cuestión en terreno del todo serio y definitivo, ni puedo ni debo aconsejarte. Además, ya sabes que, en asuntos de amor, los consejos huelgan, ya que sólo se atienden aquéllos que están conformes con nuestro deseo...

Habíase puesto Alberto en pie, al escuchar en la campana del reloj frontero el aviso de la hora tardía. Tendió la mano á su amigo, y díjole sonriendo:

— Eres el eterno reflexivo. Eres un viejo anticipado.

Daniel, al despedir cariñosamente á su compañero, limitóse á un resignado y doloroso asentimiento:

— ¡ Qué hemos de hacerle !... ¡ Cuestión de genio y de figura !

Quedó solo Daniel. Durante largo rato meditó, hundiendo la cabeza entre las manos, y fijos los ojos en remota visión de allende la realidad... Aquella noche no durmió. Pero su almohada amaneció mojada en lágrimas.

CAPITULO VI

« Amar es algo: saber amar es todo. »
G. Droz.

Siendo otro el carácter de Daniel, y siendo otra, también, la historia de su amistad con Alberto, el conflicto planteado entre ellos, por su común amor hacia Eliana, hubiérase reducido á un caso harto frecuente y sencillo: el fin de un compañerismo de muchachos, sustituido por una amorosa rivalidad, antojo del destino.

Pero dado en Daniel un espíritu reconcentrado y meditabundo, si era cierto que el amor habíase trocado en verdadero culto para su alma, no lo era menos que la amistad antigua, verdadero afecto fraternal que desde los días de su infancia le había ligado á Alberto, no podía desvanecerse súbitamente, como humo de pajas, ante la inesperada contraposición que surgía entre su vida y la del amigo predilecto.

Por ello, la solución del problema pasional creado involuntariamente por Eliana entre los dos mozos, no aparecía ni clara ni posible á los ojos de Daniel, sin recurrir, para alcanzarla, al sacrificio propio.

Alberto, en tanto, superficial y tornadizo en sus pensamientos como en sus afecciones, no había sospechado ni por un instante el íntimo y callado drama que angustiaba á Daniel. Tan ajeno estaba á los tormentos que sufría el corazón de su amigo, que, al encontrarle en la calle, poco después de la entrevista ya narrada, díjole en el apremio de un breve apretón de manos:

— ¡ Ah ! ¿ sabes una cosa ? He arreglado todo para poderte presentar á Eliana... Quiero que la trates, y que me des tu impresión sincera, la que directamente te produzca...

Quedó Daniel sobrecogido en asombros, y, sin responder, vió alejarse á su camarada. Iba éste, vereda arriba, por entre la corriente de elegancias que á la hora meridiana circula por las grandes arterias de Santiago, bajo el cielo azul y transparente, y en la luz intensa derramada por el sol y reflejada sobre la ciudad chilena por el mágico espejo de los hielos andinos. Cruzaban por

Digitized by Google

las aceras bellas mujeres, prodigiosamente tocadas con sus grandes mantos negros, y Alberto, viéndolas llegar, detenía sus pasos para contemplarlas, y luego que habían pasado, volvíase aún para no perder de vista las airosas siluetas llenas de encanto; en una de estas maniobras, el enamoradizo joven pudo ver, á lo lejos, que en el mismo sitio en que le había dejado, inmóvil, Daniel le contemplaba desde lejos; sonrió, y despidiéndose del amigo con un gesto de la cabeza y de los brazos que quería decir: — *¡ Bonitas, eh !* — fuese camino adelante, y desapareció al doblar el recodo de la inmediata plaza de Armas.

Con harta frecuencia volvió esta escena al recuerdo de Daniel, en sucesivos días. Momentos hubo en los cuales razonó así:

— « El amor de Alberto, más que amor, es un capricho; un capricho más duradero y más fuerte que los demás, tal vez, pero capricho, al fin. Dice querer á Eliana locamente. ¿ Sabrá siquiera lo que es amar de veras, sinceramente, hondamente, exclusivamente ?... El gran amor definitivo, el que se convierte en norma y en ley de nuestra vida, ese amor, que por mi desgracia yo conozco bien, no admite veleidades ni distracciones, ni puede compartirse siquiera por la entusiasta admiración de un momento hacia otra mujer que no sea la amada ». Cuando se quiere así *como yo quiero, y como él no quiere*, la mujer más hermosa del mundo no cautiva nuestra atención, prisionera eterna de otro recuerdo. Se ve á la elegida entre la confusión de las multitudes; se la ve entre la bruma de los paisajes; se la ve al cerrar los ojos, en el remanso en que duerme el cariño, allá en el fondo del alma; y cuando ante nosotros sonríe en belleza otra mujer, su gracia no nos es seducción directa sino refleja, porque en ella vemos, solamente, la gracia y la seducción de la mujer amada... Pero de esta fidelidad de todos los instantes del día y de todas las facultades del alma, de esta fidelidad que es muestra del querer definitivo é invariable, Alberto está muy lejos... Imagina amar de semejante modo, porque, entre sus antojos fugaces, éste, que tarda más en pasar, le sorprende y le impresiona por su excepcional duración. Sin embargo, pasará, como los demás, seguramente, y tal vez antes de lo que yo me figuro... Pasará, sí, pero es posible que al pasar destruya brutalmente mi esperanza, y ¡ quien sabe ! si la dicha de Eliana también. »

En llegando á esta conclusión y á este temor, alzábase en el espíritu de Daniel una indomable rebeldía contra la suerte y contra el destino. ¿ Por qué había él de sucumbir en aras de una amistad, grande, ciertamente, pero no menor que su cariño hacia Eliana? Y, sobre todo, fuera aceptable su sacrificio, si el amor de Alberto pudiera equipararse con el suyo, pero nunca teniendo la evidencia de lo contrario, y aun siendo esa evidencia un riesgo verdadero para Eliana.

En efecto, Alberto reunía cualidades de figura y de trato que le ganaban rápidamente la simpatía de las muchachas. Decidido á cortejar á Eliana, y á encaminar todos sus esfuerzos hacia el matrimonio con ella, no sería difícil que la niña, poco á poco, fuera rindiéndose á este amor de vistosas apariencias, y que, en tal camino, ambos llegaran hasta el matrimonio, expuestos á un futuro y tardío desengaño.

— Y si tal ocurriese — preguntábase Daniel — ¿ sería perdonable mi pasividad, merced á la cual habría cooperado, en cierto modo, á la desgracia de la mujer amada y á la del amigo de la infancia ?

Aparecíale clara, después de este razonamiento, la necesidad de una acción pronta y decisiva por su parte. Tener con Alberto un explicación sincera; hacerle comprender los riesgos á que exponía y podía exponer á Eliana su inconstancia; dejarle comprender también el sufrimiento que á él, Daniel, causábale su momentáneo capricho, opuesto como obstáculo á un amor de toda la vida: tal era lo indicado y lo sensato...

Pero en el fondo de esta resolución escudada tras de apariencias de altruismo ¿ no podría haber, latente y disimulado, un imperioso sentimiento egoísta ? Si por acaso él, Daniel, se equivocaba; si Alberto, lejos de sufrir el espejismo de un capricho pasajero, habíase transformado por milagro frecuente del amor en enamorado constante y fiel; entonces, para la intervención que tendiera á separarle de Eliana, no habría disculpa ni otro motivo, en Daniel, que el propio interés... Y esto, ni sería correcto ni perdonable.

Además, y aquí entraba en juego el pesimismo reflexivo del sentimental, era tan difícil que Eliana llegara nunca á interesarse por él, por Daniel, que á su poca aventajada apariencia física reunía, por su desventura, una timidez que cohibía sus medios poderosos de expresión, hasta casi anularlos precisamente en los grandes momentos.

Tornaban de esta suerte sus pensamientos á la triste resignación que constituía el fondo de su carácter, y que se apoyaba en inconsciente fatalismo... « ¡ Lo que ha de ser será, haga yo lo que haga. » Y comentaba esta sentencia desolada con estas últimas deducciones, en las que, según costumbre, abdicaba, en un pacto aparente, su voluntad:

Digitized by Google

— Si Eliana ha de ser mía, todos los esfuerzos de Alberto, por muchos que sean, no lograrán enmendar la ruta de nuestro destino; y, en cambio, si mi amor no es sino utopia, y si está escrito el que jamás pueda trocarse en realidad, entonces ¿ á qué esforzarme en conseguir lo imposible ?

Y así fué como Daniel se dispuso á presenciar, más como espectador que como protagonista, el desarrollo de la comedia real en cuya trama, sin embargo, andaba en pleito su felicidad, y por ende, tal vez, su vida misma.

CAPITULO VII

« ¿ A cual de los tres escoges ?
¿ A cual de los tres eliges ? »
M. BRETON DE LOS H.

« Todos de mujer nacemos,
Volvamos todos por ellas. »
ANONIMO (romancero caballeresco.)

El círculo de la alta sociedad es siempre limitado y estrecho, por grande que sea el pueblo á que pertenece. Así, en las hidalgas casas de Santiago, encuéntranse en días de recepciones y de saraos las mismas figuras, sin más diversidad, en ellas, que la de las « toilettes » nuevas en las damas, y un nuevo corte de smoking, de frac, ó de chaleco, en los caballeros.

Algún europeo, alguna extranjera que pasan y que se hacen presentar deseando crearse amistades, constituyen, en general, las únicas variaciones que en las listas de invitados han de introducir las dueñas de casa, para cumplir debidamente con sus relaciones.

Por tanto, en esta noche, que lo es de fiesta en el salón de doña Elisa por celebrarse el cumpleaños de Eliana, hemos de codear á cuantas personas conocimos no ha mucho, durante el baile ofrecido por doña Amalia, la madre de Miguel. Pero si esto es cierto, no lo es menos que estas mismas gentes parecen moverse, hablar y reir, con mayor desenfado que en la primera ocasión en que nos encontramos junto á ellas.

Esto es efecto del ambiente. Hay casas, por lo demás respetabilísimas, en las cuales nadie entra sin provocar una disimulada crítica, iniciada siempre por la misma dueña de casa, quien de tal modo encuentra medio de reanimar las conversaciones que comienzan á languidecer. Y si el cuchicheo de ironías se inicia al par que los invitados van llegando, aún crece y adquiere mayor importancia á medida que van despidiéndose y saliendo. De tal modo, las visitas cuidan de sus palabras, de sus gestos y de sus actitudes, en perpetua guardia contra aquel descuido que puede servir de tema para encubiertas burlas.

Pero nada de esto ocurre en la casa de Eliana. Ni Doña Elisa ni su hija son dadas á murmuraciones, por muy leves, mundanas y benevolentes que puedan ser. Y si alguien, por hacer alarde de grata y donosa conversación, apunta alguna ligera malicia que pudiera zaherir á cualquiera de los concurrentes, cuídanse mucho las damas de no celebrarla, y aún menos de repetirla. De este modo, la ironía muere sin encontrar eco, y los visitantes pueden llegar y partir tranquilos, sin que les inquiete el eterno *¿ qué dirán ?*

De los últimos en llegar, don César se preparó, siguiendo su costumbre, una entrada teatral.

Dirigió ceremoniosas reverencias á derecha é izquierda, y fuese á besar, en profunda inclinación, la mano de doña Elisa.

Sobradamente constábale al apuesto y pretensioso viejo, que el besamanos no era cortesía aceptada en Chile, pero por afán de hacer notar resabios de educación europea, procuraba hacer ostentación del antiguo gesto caballeresco de allende el océano, en cuantas ocasiones la numerosa concurrencia le constituía *un público*.

Las primeras y bien meditadas palabras del gran aventurero fueron éstas :

— Señora, mucho siento que mi deseo de felicidades para su hija de usted sea de los últimos, si no el último, en llegar. ¡ No por ello ha de ser el menos ferviente ! ¡ Haga Dios que para Eliana pasen los años, dejando tras de sí las mismas huellas de dicha y de belleza que para su madre dejan !

Junto á don César sonreía Miguel, y el imprudente joven creyó oportuno subrayar la galantería de su maestro con esta otra suya :

— ¡ Y haga Dios también que el paso de esos años deje en el rostro de Eliana tan escasa ó tan ninguna huella, como en el siempre joven de doña Elisa !

Dió en reir la dama, y comentó así, alegremente, la agudeza del discípulo de don César :

— Mis años se notan poco, porque todavía no son muchos... ¡ Ya verán ustedes dentro de algunos más, como parezco tan vieja ó tal vez más de lo que soy !...

Don César abandonó á su protegido, en torno del que se dibujó alguna que otra burlona sonrisa, y el anciano galanteador fué recorriendo grupo tras grupo en pródiga distribución de sus alabanzas sabias, y de sus no menos sabias memorias. De esta

Digitized by Google

¡ Bonitas, eh !

suerte llegó hasta Eliana, quien, entre otras jóvenes, paseaba del brazo de Alberto.

— Elianita — dijo don César deteniéndola — no quiero que pase la última hora de este día sin haber deseado á usted, para el nuevo año de su vida, toda clase de venturas. Esperemos — añadió el anciano sonriendo — que, al correr de esta nueva jornada, encuentre usted la felicidad que parece faltarle, y que no depende de los cariños familiares : esa ilusión de amor que ha de iluminar su bello rostro, borrando con perpetua sonrisa su austera gravedad actual.

— ¡ Gracias por sus buenos deseos, don César ! — replicó Eliana con sencillez.

— ¿ Están en vísperas de cumplirse quizás ? — añadió el malicioso vejete, mirando á Alberto de soslayo...

Ligeramente turbada, sonreía Eliana al responder :

— ¡ Oh, no !... — Y añadió luego, indicando el cercano reloj, cuyas agujas estaban próximas á reunirse sorbre el punto enigmatico de la media noche : ¡ Todavía no ha comenzado mi nuevo año !...

Poco después, don César, en el apartamiento del rincón mas solitario de la sala, conferenciaba con Miguelito, y en tono doctoral le advertía :

— ¡ Miguel, amigo mío, la hora crítica ha llegado !... Si no te declaras á Eliana, ese Alberto que la acompaña bailando te tomará la delantera... ¡ Es muy probable que, á pesar de todo, te la haya tomado ya !

Alberto, entre tanto, conversaba animadamente con Eliana.

— ¿ Me permite usted apuntar mi nombre en su « carnet » de baile ?

— ¡ Por qué no ! Lo hará usted con tanta mayor facilidad cuanto, como ha de ver, tengo casi todos los turnos vacantes...

— ¡ Habla usted en broma ! Seguro estoy de que los tendrá usted todos comprometidos.

— ¡ Nada de eso ! — respondió Eliana sonriendo — ¡ Véalo por sí mismo !

Sorprendióse Alberto al contemplar que, en efecto, el « carnet » de la joven estaba casi en blanco.

— ¿ Cómo puede ser — dijo — si constantemente he visto acercarse á usted muchachos, en demanda de este mismo privilegio que yo imploro ?

— Verdad es — contestó la avisada niña — pero yo me cuido mucho de no aceptar, porque si monopolizo á todas las parejas, mis amigas, que hoy son mis invitadas, se divertirían escasamente...

— ¿ Entonces, esta concesión excepcional que usted me hace ?...

— ¡ Es un privilegio, sí !...

— ¡ Le agradezco en cuanto vale ! y créame usted, Eliana, que para mí tiene un mérito excepcionalísimo el de serme concedido por usted... Cuando ciframos toda nuestra admiración, todas nuestras ilusiones en una persona, y esta misma persona nos distingue con una atención especial, nos atre-

Digitized by Google

vemos á lo que antes no osáramos : á esperar...

Una frase de Eliana vino á detener el torrente de elocuencia de Alberto :

— ¡ Si lo interpreta usted así, borraré su nombre de mi *carnet !*

— ¡ Oh, Eliana ! ¡ yo no interpreto sino aquello á que usted me autorice !

— ¡ Pues sólo le autorizo á suponer que, entre mis amigos, es usted uno hacia el cual siento una simpatía un poco mayor que hacia los otros, pero nada más...

Hízose un silencio embarazoso para Alberto, quien no hallaba medio de salir del atolladero en que se había metido. Eliana, discretamente, rompió el hielo, cambiando de todo punto el giro de la conversación.

— Aquel muchacho que habla con mi madre — dijo indicando á Daniel — es amigo de usted ¿ no es cierto ?

— Amigo, y más que amigo — respondió Alberto. — Es mi mejor camarada, y desde que éramos niños nos une un afecto fraternal, que jamás la menor diferencia pudo enturbiar.

— ¿ Cómo se llama ?

Al pronunciar Alberto el nombre y apellido de Daniel, Eliana murmuró :

— ¡ Ah, sí ! ¡ Ya recuerdo ! Escribe, y no lo hace mal... Pero es lástima que se dedique á traducir cosas extranjeras...

— Sé que escribe, pero no tengo noticias de que traduzca — añadió Alberto — y, además, le sobran talento y originalidad para no tener que recurrir á tales procedimientos...

— ¿ Tiene talento ?...

— Muy grande, Eliana, y seguro estoy de que, á no ser por una inexplicable pasión que le atormenta y que le abstrae, sus trabajos serían más frecuentes y le procurarían una rápida y envidiable popularidad.

— ¿ Una pasión, ha dicho usted?... ¿ Está, pues, enamorado ?

— ¡ Ciegamente !...

— ¿ De quién ?...

— No lo sé, Eliana, y he llegado á suponer que él mismo tampoco lo sabe...

— ¡ Jesús, qué extravagancia ! ¿ Y entonces ?...

— Quizás se haya forjado un ideal de mujer, y viva en perpetua y mística adoración de esa quimera... ¡ No sería el primer caso de tal originalidad !...

— ¡ Puede ser, pero no lo comprendo !...

— ¡ Yo tampoco !

— ¿ Y dice que su amigo y usted están unidos por una grande y antigua amistad ?

— Fraternales.

— Entonces ¿ cómo es que él no le confiesa á usted su cuita ?

— Es muy reservado. Yo, en cambio, necesito absolutamente contar mis penas ó mis alegrías. Si las callo, me parecen más grandes las unas y más pequeñas las otras. Así es como refiero á Daniel, en quien tengo absoluta confianza, cuantas cosas me ocurren, mientras que él no me pone nunca al tanto de las que le suceden.

— ¡ Es extraño !...

— ¡ Mucho ! Yo he supuesto, á veces, que Daniel amó mucho á una mujer, y que esa mujer ha muerto.

— ¡ Eso sería explicable, y muy distinto del amor hacia un ideal inexistente !

— ¡ Cierto !... Pero tampoco lo comprendo bien... Eso de guardar fidelidad á un cariño pasional, hasta el punto de seguir siendo su esclavo cuando ya la persona querida dejó de ser... ¡ francamente, es demasiado complejo, tal vez demasiado sublime para mi comprensión !...

— ¡ Sublime, lo es !... ¡ Complejo, no !... Yo lo comprendo perfectamente.

Había murmurado Eliana estas palabras en abstracción, y luego de un instante hubo de añadir :

— Un hombre así no puede inspirar amor á una mujer, pero en cambio se hace acreedor á nuestra admiración...

Alberto preguntó :

— ¿ Me permite usted que se lo presente ?

— ¡ Con mucho gusto !... — respondió Eliana.

Daniel se acercaba al grupo ; Alberto le llamó con un gesto, y cuando estuvo á su lado hizo la presentación...

En aquel instante la orquesta preludiaba, y Miguel, siguiendo el consejo de don César, apresurábase á invitar á Eliana para espetarle, durante el baile, su bien preparada declaración. Pero le fué imposible realizar su propósito, ya que en aquel momento preciso Eliana y Daniel, enlazados, se mezclaban al torbellino de un vals.

Difíciles fueron para Daniel los comienzos de esta mera conversación suya con Eliana, durante el paseo que siguió al baile.

Comenzóla el mozo, como era de rigor en tal día, formulando sinceros votos de felicidad para la niña, y de aquí, al correr de las palabras, hablóse del pasado y del presente. No poco sorprendida ante la exactitud de los recuerdos evocados por Daniel, y que se referían á su propia infancia, Eliana exclamó :

— Entonces ¿ hace mucho tiempo que usted me conoce ?...

(Se continuará en el número próximo.)

Digitized by Google

Por E. GOMEZ CARRILLO

EL TARTARIN, DE LEO MARCHÉS. **LA PISANELA,** DE D'ANNUNZIO. **LA NAMOUNA,** DE NOZIÈRE.

En estos últimos días hemos tenido un estreno del glorioso d'Annunzio, uno del famoso Nozière, y otro del ignorado Leo Marchés.

Si os preguntaran :

— ¿ Cuál de los tres ha sido el que más éxito ha tenido?

De seguro contestaríais :

— El de d'Annunzio.

Y si os dijeran :

— No... no es ese...

Tendríais que exclamar :

— Pues será el de Nozière.

Pero lo cierto es que el único que verdaderamente ha sido, si no triunfal, por lo menos halagüeño, es el del Señor Marchés. Verdad que su comedia no es sino adaptación escénica de una novela de Daudet. ¿ Y de cuál creéis? De la única que nadie había aún encontrado teatral, de la alegre y quijotesca tartarinada alpestre. ¡ Tartarin en los Alpes, en la escena ! Si alguien le hubiera dicho esto al buen novelista, de seguro se habría reido de semejante idea. Porque no hay nada que tan poco se preste á la intriga cortada por actos, y compendiada en diálogos, como esta brava farsa tarrasconesa que huele á ajo y á vino fresco. Si se tratara de una zarzuela, ya la cosa sería diferente. Con mucha música y muchos trajes, con muchos gestos meridionales, con muchos coros burlescos, las aventuras del cazador de leones muertos todavía tendría su razón de ser. ¡ Pero puestas en drama serio, santos cielos ! Y sin embargo los parisienses, ó mejor dicho la población cosmopolita y veraniega de París, ha reido de buena gana viendo la obra de Marchés. Los paisajes de Suiza y las escenas truculentas del primer acto, son sin duda agradables. El mismo autor explica en su exposición el movimiento endiablado de la escena, diciendo :

« Voilà notre homme courant, ouvrant les portes grandes, interpellant les musiciens qu'il abreuve de champagne, se grisant, sans boire, avec cette musique. Il imite le piston, il imite la harpe, claque des doigts au-dessus de sa tête, esquisse des pas... Brusquement, à l'attaque d'une valse de Strauss par les musiciens allumés, l'alpiniste apercevant à l'entrée du salon la femme du professeur Schwenthaler, petite boulotte viennoise aux regards espiègles, restés jeunes sous ses cheveux poudrés, s'élance, lui prend la taille, l'entraîne en criant aux autres : *Eh ! allez donc ! Valsez donc !* L'élan donné, l'hôtel dégèle et tourbillonne. On danse dans le vestibule, dans le salon, autour de la longue table verte de la salle de lecture. Et c'est ce diable de Tartarin qui leur a mis à tous le feu au ventre. »

Estas danzas, estos gestos, estas carreras, estas libaciones, han tenido más exito que las amaneradas y solemnes reconstituciones históricas de d'Annunzio, y que las elegantes, finas y voluptuosas moralidades del sutil Nozière. El publico, en el fondo, quiere divertirse, y no hay duda de que « Tartarin » es más divertido que la « Pisanela ».

En su orgullo desmedido, Gabriel d'Annunzio no podía además contentarse, como Maeterlinck, con un éxito que casi fuera una derrota. Necesitaba un gran triunfo ó un gran fracaso. Y, como Antonio, en vísperas de la batalla suprema, quería compartir su suerte con su Cleopatra. En vano los raros amigos

Digitized by Google

Vilbert, en " Tartarin en los Alpes ".

que se permiten hablarle francamente, decíanle :

— Esta Ida Rubinstein es tu hada mala. Por culpa de ella, el « San Sebastián » que debió haber hecho llorar, hizo reir. Sin duda, sus ojos son bellos, y su cuerpo flaco es interesante. Pero no sabe hablar, y pronuncia los versos franceses como una judía alemana. Abandónala un instante, y la victoria será tuya.

Inflexible, el poeta respondía :

— Con ella hasta el fin. Y con ella, en galeras de velas de púrpura, ha tenido ahora que refugiarse en el asilo silencioso de los que han visto á la Fortuna plegar sus alas infieles. Porque, por muchas flores que los críticos clementes quieran amontonar sobre el campo de batalla, no hay duda de que el desastre ha sido completo.

Escrita directamente en francés, la obra habría podido ser gramaticalmente imperfecta, como lo fué la « Salomó », de Wilde, en su primer texto, y no obstante gustar por sus cualidades superiores de poesía. Pero justamente, lo único que se salva del fracaso es la pureza de la lengua. Aun los más descontentadizos aplauden la labor del gramático, que ha sabido, mejor que un Gastón Paris y que un Litré, reconstituir la vieja habla francesa de fines de la Edad Media. No hay un defecto.

Digitized by Google

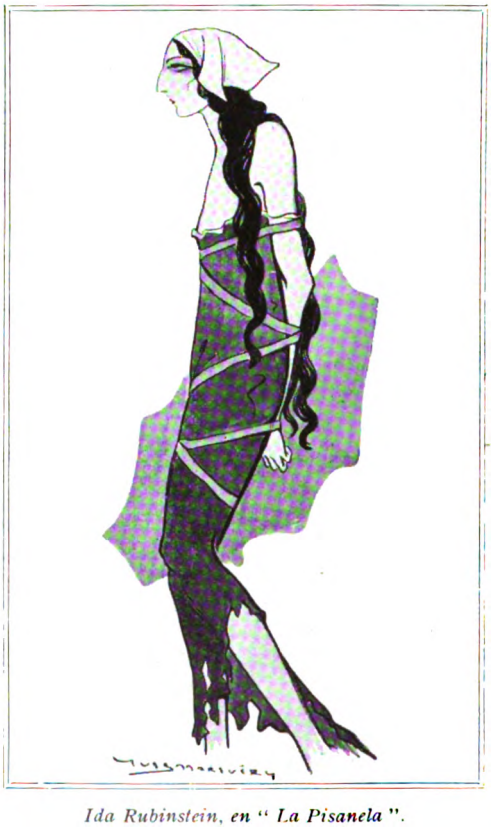
De Max, en " La Pisanela ".

según parece, en el largo diálogo. Todo está en su lugar. Todo parece salir de un venerable infolio de convento benedictino. Todo tiene el sabor ingenuo y seco de los misterios seculares. Pero entre tanta sabiduría filológica, los esplendores del poeta se han perdido. La armonía misma, que era como un don inherente á todas las frases del gran toscano afrancesado, ha desaparecido. ¿ Es verso lo que oímos? Menos ritmo hay en ello que en una página de cualquiera de sus novelas. ¿ Es prosa? No, porque en el texto impreso está dividido en líneas desiguales y hasta separado por estrofas. ¿ Qué es, entonces? Es esto :

Mais vous êtes avares.
Valar, ne eu du Mégaduc, tu aimes
l'or. Tu viens de lécher
le pied plat de ce sale
hérétique, en 'honneur du César bleu.
Et je t'en donnerai,
je vous en donnerai, petits marchands.
Prenez ma part de prise.
Prenez ma cargaison de blé, qui entre
au port. Prenez mon bois
d'aloès dans ma fonde, et tout mon baume.
Je peux vous la donner
Je suis un Embriac
aux trois Lions de sable.
J'ai pris Arsouf et Césarée en Acre.
Je vous donne un quartier
à Japhe, un autre à Triples,
et toutes mes maisons et mes églises
et mes étuves
et mes fontaines
et mes darses, de Tyr à Gibelet
et de Loadicée à Antioche,
de la Tane et de Caffe à Trébisonde !
Tout un troupeau d'esclaves
tatars, trois cents ducats par tête, doux
et soumis comme braques,
pour cette femme.
Les vergers de Tauris aux murs d'émail
et aux portes d'argent,
pour cette femme.

Esta mujer, por la cual un corsario generoso ofrece tantos tesoros, acaba de ser llevada como cautiva á Chipe, en donde reinan los Lusignan.

¿ De qué país viene?... ¿ Quién es?... ¿Dónde ha nacido?... Nadie lo sabe. Silenciosa y altiva, la esclava calla. Y cada uno la embellece según su ideal. Para el rey Hugo, es una noble doncella cristiana arrebatada á poderosa familia. Para el prín-



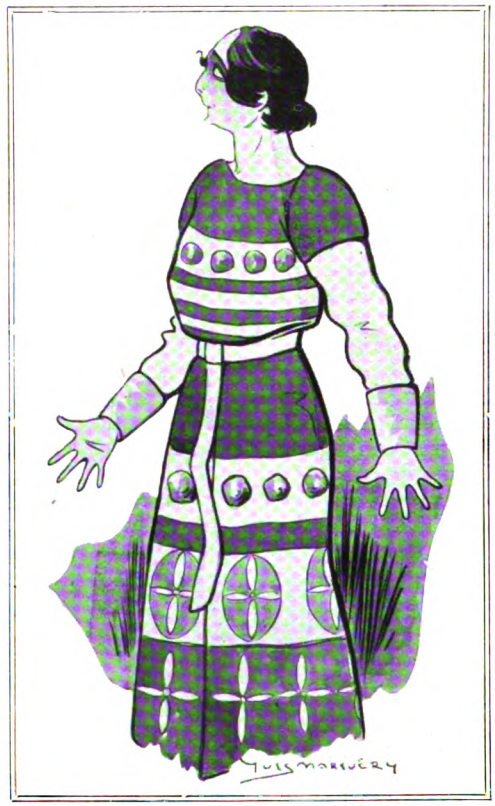
Ida Rubinstein, en " La Pisanela ".

Digitized by Google

cipe de Tiro, tío de su majestad, es una encarnación de Venus. Para otros, es una egipcia algo maga. Para las cortesanas de la isla que han vivido en Italia, en fin, no es sino una cortesana. En todo caso, es bella, de una belleza fatal y extraña.

Je les ai dits. Ses cils
semblable à celle
de je ne sais quel doux serpent. Ses yeux.
Je les ai dits. Ses cils
retiennent la douceur
du monde comme une
[feuille nouvelle
garde la larme
de la première pluie.
Souvent elle respire
par ses cheveux. Sa
[bouche
semble souvent rede-
[mander son souffle
à l'âme qui l'a close.
Et il n'y a rien d'au-
[tre.
C'est la cause de tout.

A su manera, cada uno se enamora de ella. El corsario que la captó en plena mar, quiere llevársela á su casa para hacerla su favorita. Herido y moribundo la reclama á voces, ofreciendo abandonar todo el resto de lo que trae en su barco, para que nadie se la dispute. Los demás piratas se inclinan ante tal deseo. Pero en ese momento llega el príncipe de Tiro, y dice : « Es mía ». ¿ Quién va á oponerse á la voluntad del hermano de la reina? Sólo el rey, el dulce adolescente soñador, podría atreverse á tanto. Y, en efecto, montado en su caballo blanco, el rey aparece, corta los lazos que hieren el cuerpo de la esclava, y se la lleva.



Hervé, en " La Pisanela ".

En el acto siguiente, nos encontramos en un claustro de clarisas. Es un acto muy largo, muy largo. La cautiva, vestida de novicia, está allí rodeada de religiosas que le ofrecen pan y frutas. Todas hablan. Y todas hablan como San Francisco, con florecillas de retórica, en las cuales las piedras, las hojas y los insectos son glorificados. Obscuramente se adivina que la Pisanela (cuyo acento ruso ó alemán hace reir á los parisienses) ha sido llevada allí por el rey. Pero nada en el fastidioso episodio se relaciona con la acción. Es una salmodia, un coloquio beato, un alarde de erudición mística que hace bostezar al público. De pronto, el príncipe de Tiro, rodeado de cortesanas, aparece. Cada cortesana recuerda á la novicia algo de su pasado.

— En Pisa — dícela una — sacabas la pierna desnuda por entre los hierros de tu balcón, para que los hombres supieran la mercadería que vendías.

— Yo te oía cantar en las orgías — le dice otra.

— ¿ Te acuerdas, te acuerdas? — gritan todas.

Altiva y pálida, la monja calla.

El rey llega, al fin.

— Es una Santa — exclama.

— Es una ramera — contéstale su tío.

— ¡ Miserable príncipe de Tiro !

Y para castigarle de tal blasfemia, le clava un puñal en el pecho.

En el último acto, vamos á ver lo único que en la obra es agradable : el baile de las rosas y de la muerte. La reina está en su estancia esperando á la Pisanela. Durante media hora entran y salen los más extraordinarios personajes, sin que nadie sepa lo que hacen ni lo que dicen. Una obscuridad inverosímil envuelve la acción y vela las palabras. He ahí á un verdugo que entrega los culpables á la ferocidad de sus leopardos ; he ahí á un juglar que lleva jaulas de cabras y de gallos ; he ahí á tres ó cuatro mujeres que se inclinan, recitanto melopeas nebulosas... Al fin, la Pisanela aparece.

— « Baila » — le dice la reina.

Y baila. Y al rededor de ella, veinte negros cargados de rosas bailan también. El aroma de las flores embriaga á la mujer fatal, que cae desmayada. Los negros la se-

Digitized by Google

pultan entre pétalos rojos. Es la Muerte Perfumada.

Y cuando el telón cae, los espectadores, desconcertados, se preguntan qué es lo que han visto, qué es lo que han oído. De todo el drama, lo único que deja un recuerdo son las decoraciones luminosas de Bakst, las piruetas de los negros, los desfiles de los comparsas. Pero esto no tiene nada que ver con la labor del poeta. El poeta, como su heroína, parece sepultado entre las flores de su retórica, que no son rosas, no, sino pálidos asfódelos de un jardín arcaico.

Después de las obscuridades de la « Pisanela », las gracias floridas y también arcaicas de Nozière, en su « Namouna », resultan de una luminosa y cristalina transparencia. ¿ Qué es « Namouna »? Una « moralité », dicen los críticos. Por mi parte, prefiero no ver en ella sino una comedia poética, escrita sin deseo de darnos lecciones de ninguna clase. La intriga es tan gentil como frívola. El mercader Nabuc, jefe del harem del príncipe Hassan, lleva á su amo tres esclavas : una veneciana de pelo bermejo, otra escandinava muy rubia, y una tercera española y morena. Nabuc, que desea hacer repudiar á la sultana, tiene empeño en que una de estas extranjeras conquiste el alma del príncipe. Y da consejos á cada una de ellas. A la veneciana, le dice :

— Muéstrate romántica y fatal, como tu leyenda ; habla de venenos, de puñales, de conspiraciones ; sé misteriosa y fantástica.

Y á la rubia :

— Tus ojos claros y la suavidad de tu voz te obligan á ser ingenuamente infantil. Muéstrate cual una dama de tapicería antigua, y canta, entre suspiros, las más suaves baladas de tu tierra lejana.

Y á la morena española :

— Tú eres la flor de la granada, tú eres el clavel púrpura, tú eres la rosa cárdena. Es preciso que te muestres serpentina y altiva, esquiva y diabólica, enigmática y violenta. En tus ojos hay llamas. Es preciso que esas llamas incendien el alma.

Todo esto, la sultana Namouna lo oye detrás de una cortina. En seguida llama á sus esclavas, y se hace vestir de veneciana. Cuando el príncipe llama á la primera de las mujeres que acaban de llegar de sus lejanos países, su favorita, disfrazada, entra, y haciendo lo que Nabuc ha dicho, seduce á su dueño. Luego, con un disfraz de escandinava, hace lo mismo. Al fin, vestida de española, completa la farsa. Y cuando el sultán dice :

— Las tres me encantan.

Namouna, riendo, le confiesa su superchería.

En vez de repudiarla, el gran señor hace que las recién llegadas sean devueltas á sus familias, sin querer siquiera verlas.

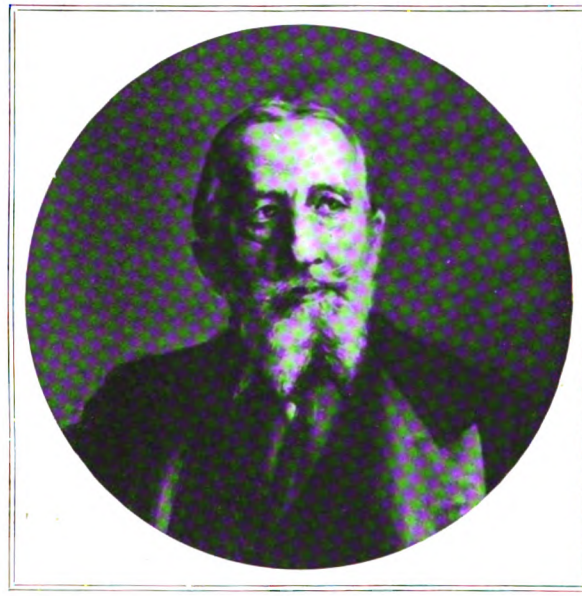
Esto no es nada. Pero esto consuela de la vulgaridad de « Tartarin » y de la pedantería de la « Pisanela ».

(Dibujos inéditos de Ives Marevery).

Digitized by Google

EN HONOR DE EUGENIO GARZON

« Caballeros, he aquí un caballero », decía nuestro director, hace un año, al trazar la silueta del conspicuo escritor y propagandista uruguayo Eugenio Garzón. Caballero lo ha sido siempre, desde la cuna, como lo ha repetido el ministro del Uruguay en Francia, Sr. Rafael de Miero; pero es sólo ahora, muy tardíamente por cierto, que lo ha reconocido el Gobierno francés, y le ha nombrado caballero de la Legión de Honor, para así consagrar los servicios que Garzón ha prestado al acercamiento de Francia y de las naciones ibero-americanas, con su labor periodística en el *Figaro* de París, labor llena de tacto, de inteligencia y de voluntad.



EUGENIO GARZON

Para celebrar este nombramiento, un grupo de amigos del autor de *Jean Orth* tomó la iniciativa de ofrecerle un gran banquete, que tuvo lugar en un delicioso restaurante de los Campos Elíseos, el 7 del pasado Julio. A él asistieron diferentes miembros del cuerpo diplomático sud-americano, como los Sres. Enrique R. Larreta, ministro de la Argentina; de Miero, ministro del Uruguay; Holguín y Caro, ministro de Colombia; Salvador Castrillo, ministro de Nicaragua; Guerrero, ministro del Salvador; el encargado de negocios de Guatemala y el primer secretario de la Legación de Venezuela, en representación del ministro. Asistieron también personalidades eminentes de las letras como Carlos Reyles, Alberto del Solar, André Beaunier, Francis Chevassu, Gómez-Carrillo; juristas como D. Alejandro Alvarez, D. Cristóbal Botella, D. Emiliano Figueroa; diplomáticos como D. Carlos Concha, Darío Galvao, Pacheco y Silva, Salas Oroño; gran número de personas distinguidas de la colonia sud-americana de París, como los señores Lage, González Moreno, Villate Cano, Arraga Vidal, Guimaraes, Patri, Frederking, López Lomba, Pacheco, Nebel, Pietracaprina, Alvear, Unzué, Barbagelata, Carcova, Viniegra, Blanes Viale, Lasala Alvarez, Sienra y Carranza, Anumategui, Vela, que citamos al azar, olvidando muchos.

Don Marcelo T. de Alvear ofreció el banquete con términos elocuentes, que fueron muy aplaudidos.

A ellos respondió Garzón con un sentidísimo discurso, maravilloso por su sencillez y donosura, en el que después de expresar su emoción por el homenaje que le rendían sus amigos, entra en atinadas y profundas consideraciones sobre el problema del acercamiento de Europa y América, y sobre la emigración europea á los países ibero-americanos. De él reproducimos este párrafo evocador, que el ilustre redactor del *Figaro* dijo con la voz conmovida:

« Cuando, inexpertos, buscábamos á tientas la mejor manera de aumentar nuestra población, experimentábamos cierto desencanto al distinguir entre los grupos de inmigrantes el rostro melancólico de un viejo que nos pedía hospitalidad. Este hecho, que no respondía á nuestro ideal de entonces, realiza hoy, por el contrario, toda nuestra aspiración.

Un viejo que desembarca en América, es un hogar europeo que viene entero hacia la tierra prometida; es el abuelo con toda su prole, con sus hijos y sus nietos que vivirán con nosotros al amparo de las mismas leyes, que dan al extranjero ventajas que niegan á los naturales. A cambio de las facilidades de la vida y del bienestar que encuentra en nuestros países, ese hogar nos trae nuevos métodos de trabajo, sus buenas costumbres, su espíritu de ahorro y su religión, que es la religión de América. Y son las cartas de esos hombres los mejores propagandistas que hayamos tenido. La

Digitized by Google

carta del colono cruza el mar, y al llegar á su destino, los amigos agrupados la descifran lentamente en la soledad del villorrio. Estas cartas traen la nueva de la prosperidad personal de quienes las han escrito, y contienen descripciones tan ingenuas como entusiastas de la nueva patria que han encontrado. Los que las leen, sienten el ahinco de vivir bajo nuestro cielo, y no tardan en echarse á las aventuras del mar. »

Nuestro director Rubén Darío había escrito, para esta fiesta, una *Balada en honor de Eugenio Garzón*, que fué dicha por el Sr. Maseras. He aquí la primera estrofa :

Estos versos amables van
Por quien la América se tasa
Noblemente en la noble casa
De Calmette y de Villemenant.
Bella tarea y bello afán
Por quien ha sido un gran señor
Conservando nuestro esplendor
Y haciendonos la ausencia grata :
Para el Mosquetero del Plata,
Bien viene la Legión de Honor,

Este estribillo, que se repite en cada estrofa, fué saludado con vivos aplausos.

Tomó después la palabra el Sr. C. Botella, en nombre de la prensa española.

Hizo notar que lo que el pueblo español narra como leyenda sobre Ponce de León, que pretendió haber descubierto en América la fuente de juventud eterna, no es tal leyenda, pues es verdad; España ha encontrado en América una nueva juventud, á la que ha legado sus tradiciones y glorias. La palabra del Sr. Botella fué calurosamente aplaudida.

Hablaron después brillantemente el señor Machado, y el ministro Sr. Miero.

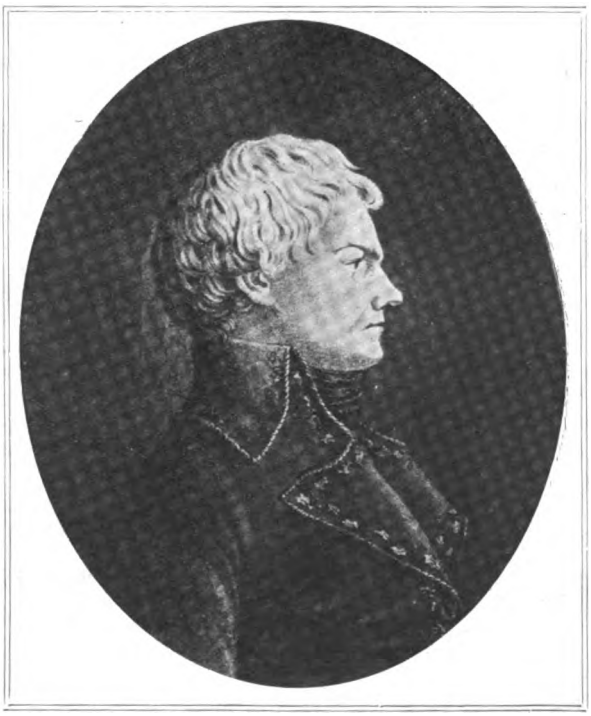
Estas manifestaciones son el digno coronamiento de la obra realizada en París por Eugenio Garzón, la única que ahí se festejaba, pues la obra antecedente de Garzón en el Plata será necesario más tarde reconocer, que no son dos obras distintas, sino la misma continuada. El general Garzón fué uno de los héroes preclaros de la independencia uruguaya ; Eugenio Garzón, su hijo, luchó brillantemente con la espada y con la pluma para la consolidación política y social de su país ; después, en Europa, se ha hecho el apóstol de América entera. Estos tres aspectos son como las facetas de un prisma, de las que irradia un esplendor de gloria. *Mundial* se hace un deber de adherirse al homenaje que se ha tributado á Eugenio Garzón.

EL GENERAL FRANCISCO MIRANDA

El 5 de Julio, aniversario de la Independencia para la República de Venezuela, ha sido colocado en el Museo del Ejército, en París, el medallón del general venezolano Francisco Miranda.

El general Miranda sirvió en los Ejércitos de la República, en los días de la Revolución francesa, y dirigió el sitio de Amberes en 1792.

Miranda había combatido también en las filas del Ejército de la Independencia, en los Estados Unidos, y allí trabó amistad con el general francés Lafayette, que también había ofrecido su espada á la causa defendida par Washington.



EL GENERAL MIRANDA.

Esta ceremonia franco - venezolana fué presidida por el Sr. Planas, ministro de Venezuela en París, y honrada por la presencia de muchas notabilidades francesas y sud - americanas.

Durante el acto, la música del 10º de Infantería interpretó el himno venezolano, y una melodía dedicada á Miranda por uno de los jefes músicos del ejército francés.

Digitized by Google

Un Renovador del Arte decorativo.

Un raro, vigoroso artista, nos anuncia la renovación del arte de la tapicería y de la alfombra. Trátase de Manzana-Pissarro. He dicho el nombre de un artista que gusta apasionadamente de la decoración variada, en la que, de especial manera, el mueble ofrece ancho campo á deleitables combinaciones.

En el arte de la tapicería, con objeto de retornar á las más sanas tradiciones de la sencillez, Manzana-Pissarro se aparta resueltamente de los métodos corruptos de la fabricación moderna, en la que la viciosidad del esteticismo predomina. Para bordar la rica y cálida materia de la lana con el empleo de hilos de seda, plata y oro, nuestro artista renuncia, con muy buen acuerdo, á la ligera labor de la gradación de frágiles matices, como las que, en las manufacturas oficiales, obtienen la generalidad de las bordadas colgaduras. ¿Cuáles son las tapicerías modernas cuya simple contemplación transporte el ánimo con embeleso? Manzana-Pissarro reduce lo más posible las asociaciones que pequen de cromatismo; emplea tonalidades vivas y fuertes, sanas y libres, de manera que pueda su obra resistir, sin desdoro, la avalancha gloriosa de la luz. De ahí que sus tapicerías tengan un acento de robustez artística, de noble exuberancia, de honrada franqueza, en medio á su nota dominante de suntuosidad y en medio á su espontánea poesía. Sólo son grandes los artistas que reciben el don sumo de la poesía. Manzana-Pissarro, para la preparación artística de sus admirables tapices, tiene á una colaboradora de gran mérito en su esposa, conocida en el mundo del arte con el pseudónimo Roboa.

MANZANA-PISSARRO.

El tapiz que representa la « Natividad » puede estimarse sin exageración como una obra maestra, lo que es debido á que el tema no está tratado según los cánones de la rutina. La alegría del nacer resplandece allí con naturalidad, y tiene vislumbres de poético idealismo. Nuestro artista resulta ingenuo á la manera de los pintores primitivos, si bien su sentido de las cosas vitales es menos seráfico. Orientalismo de lo más vivo y pintoresco, en suma. La santa madre va cubierta de un manto de inmaculada blancura, en que florecen rayos argénteos. El caserío de la ciudad del fondo se perfila en áurea silueta sobre el cielo. El semblante y el cuerpo de las otras dos mujeres están delineados con esmero. El aire primaveral, entre el lujuriante follaje, por encima de la tierra verde, en la propia atmósfera encantadora, palpita. Maravilla de los ojos, que se hace á un tiempo maravilla del alma.

En la exposición de Manzana-Pissarro había otro tapiz, que representaba á una mujer sentada bajo un árbol, á la vera de un rosal cuyas rosas eran de un fuego llamativo; y tiene, por delante, á un dorado gallo rojo que picotea y áun pavo que, lacio, descansa. En otro tapiz, nos presenta Manzana-Pissarro un gallo señorial, vigoroso y valiente, de estilizada forma, á la vera de un estanque fuertemente azul, mientras, en su derredor, picotean unas gallinas gozosas de sentirse amparadas por la realeza de su cresta.

En sus alfombras, unas de coloración tornasolada, otras de sorda tonalidad, Manzana-Pissarro prodiga los conejos, los jabalíes y los peces, entre plantas acuáticas y flores silvestres, encima de praderas y de lagos; y lo hace con un arte rebosante de gozo y de pintoresca verbosidad.

Otro aspecto digno de ser celebrado entre las diversas producciones de este artista nótase en la pintura á la aguada, que ha ejecutado con deliciosa delicadeza. En ella, sobre fondos de floresta verdeante y á orillas de un río, río que es, sin duda, el Sena de nuestros amores, nos ofrece desnudos de mujer con serena harmonía de dibujo. La carnación sonrosada vibra al beso del aire y del sol, por manera que la contemplación de aquellos desnudos halaga la mirada como las más bellas flores, que allí, en verdad, el cuerpo florece con la fluidez de un poema de música exquisita.

ARNALDO DE VILLANUEVA.

Digitized by Google

Elegancias Masculinas

DIALOGO "BOULEVARDIER"

— Como te decía, Kriegck me ha preparado un equipaje completísimo, en el cual nada falta. Por consejo de este sastre renuncié á los baules altos, de gran tamaño, que para los viajes resultan enojosos, y adopté los baules-maletas llamados « de camarote », cuya forma aplastada permite extender las prendas, evitando que se arruguen, gracias á la holgura con que se disponen y al escaso peso que soportan.

— Yo tengo ya todo dispuesto. Sólo me falta la ropa de caza con jauría. Kriegck me está haciendo para tal objeto unas casacas, cuyos faldones recuerdan un poco los del traje « Sporting », y que tienen la ventaja de cubrir las rodillas protegiéndolas contra la lluvia y contra el frío. Este detalle tiene solamente relativa importancia para nosotros, los jóvenes, pero es del mayor interés para los cazadores que, habiendo llegado á cierta edad, y conservando empero sus aficiones, han de precaverse contra los ataques del reuma y de otros alifafes por el estilo.

— En realidad, hay que reconocer que Kriegck es un hombre excepcional. Piensa en todo, y conoce los detalles de todos los deportes á fondo, como podamos conocerlos nosotros.

— Gracias á eso puede vestirnos tan bien...

— A mí, que no pensaba ir á la montaña, me ha decidido á ello, sólo con enseñarme los modelos que ha creado para la indumentaria montaraz de este año.

— Lo más notable que yo encuentro en su ropa de « sport », es la manera que tiene de impermeabilizarla, de modo que el agua no cala ni moja, sino que resbala como sobre la pluma de un pájaro.

— Otra novedad creada por Kriegck, es la supresión de las tiras de franela que antes se arrollaban al rededor de la pierna, y que siempre molestaban. En los nuevos trajes, estas tiras se sustituyen con una polaina, prolongación del pantalón, que se sujeta con hebillas y que permite á la rodilla mayor libertad de movimientos.

— Yo le dije el otro día al bueno de Kriegck que pensaba jugar al polo, y hoy me encontré en casa con un envío completo de indumentaria especial para este juego: pantalones de « valencias » blanca y crema; blusas y casacas; blusas de seda cruda y de « valencias »; y en fin, cuantos elementos pueden ser útiles ó necesarios, sin olvidar la capa de « sport » para envolverse al final de cada partida, y evitar los enfriamientos.

Traje de Smoking, modelo de la Casa Kriegck, 23, Rue Royale Paris.

— Es el sastre previsor por excelencia. Parece que nos prepara verdaderas sorpresas para este invierno, y he oído decir que en sus talleres se trabaja de verdad, con objeto de *lanzar* las primeras modas de otoño, que han de producir sensación...

— Eso he oído. Hace ya tiempo que Kriegck piensa renovar la moda.

— De eso no cabe la menor duda.

— Cierto, porque la sencillez y la utilidad, que son las características de nuestras modas contemporáneas, no son incompatibles con cierta preocupación de estética, capaz de romper con la monotonía insoportable de nuestra indumentaria, que nos hace aparecer á todos como individuos vestidos con el mismo uniforme.

Digitized by Google

MUNDIAL
MAGAZINE

PUBLICACIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis - Paris

Digitized by Google

"MASS & C°,,

9, Place de la Madeleine

PARIS

Los últimos

CAMPEONATOS

han sido ganados con la raqueta

"MASS & C° '

Adoptada por los mejores jugadores de Francia y del ... extranjero ...

CELEBRE RAQUETA

Campeonato de Francia
Campeonato de Suecia
Campeonato de Hungría
Campeonato de Inglaterra

Campeonato del Mundo
(Wimbledon)

Campeonato del Mundo
(sobre tierra blanda-Paris)

"MASS & C°,,

Digitized by Google

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción :
CARLOS LESCA

TELEFONOS
Dirección y Administración : Louvre 0-36
Redacción y Publicidad : Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA

6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. .. .. 12 fr.

EXTRANJERO

6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. .. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO

Francia. .. .. 1 fr. | Extranjero.. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

Venta exclusiva y expediciones á todos los países :
SOCIEDAD DE EDICIONES LOUIS MICHAUD
168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA : Guiñazú & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.

ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.

ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

ITALIA : Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.

SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.

Digitized by Google

AÑO III — VOLUMEN V — NUMERO 29 — SEPTIEMBRE 1913

SUMARIO

CUBIERTA. — MRS. URQUAHART, por H. RAEBURN (Colección de Braun & Cie.)

Mr. COCHON. — HOMBRE DEL DIA, por ANTONIO G. DE LINARES.. .. 395

CICLAMENES ROJOS, cuento, de M. DILLET, ilustrado por PARYS.. 405

HACER POR HACER, por JUAN ZORRILLA DE SAN-MARTIN. 410

EN LA SELVA, poesía, de ALFREDO TABAR.. 412

PAGINAS DE HISTORIA, por BLAY.. 413

UNA ENTREVISTA CON MANUEL UGARTE, por EDMUNDO MONTAGNE. 429

MUSA NUEVA, poesía, de FRANCISCO VILLAESPESA.. 432

ESTRAZILLA, fin de la novela de JOSÉ ORTEGA MUNILLA.. 434

CABEZAS. FEDERICO GAMBOA, por RUBEN DARIO.. 442

RESULTADO DEL CONCURSO DE MUNDIAL Y ELEGANCIAS 444

EN SILENCIO, cuento, de EDUARDO HERRERA, ilustrado por VAZQUEZ-DIAZ. 446

FUENTERRABIA, por P. DE PEDROSO.. 453

ANTIGUAS DANZAS DE FRANCIA, por ERNEST GAUBERT.. 461

PAGINAS ARGENTINAS, por JULIO LLANOS y MIGUEL A. TOBAL.. 469

POESIA CENTRO-AMERICANA, por LUIS H. DEBAYLE. 473

EL TEATRO EN PARIS, por GOMEZ-CARRILLO.. 474

GRANADA, poesía, por MIGUEL ANGEL CORRAL.. 477

TARDE, continuación de la novela de JORGE HUNEEUS, ilustrada por BASTÉ. 478

ELEGANCIAS MASCULINAS.. 487

EN EL TALLER DE RODIN.. 488

DE SPORT 490

(No se devuelven los originales.)

En el próximo número :

"LA EPOPEYA DEL CONDOR", poema original de Don. AURELIO MARTINEZ MUTIS, premiado en nuestro *Concurso Literario*. — **"FUEGO ENTRE CENIZA"**, comedia en un acto y en prosa, original de Don ANTONIO G. DE LINARES, premiada en nuestro *Concurso*. — **"CORDOBA TRISTE"**, cuento original de Don LUIS RODRIGUEZ EMBIL, premiado con accessit en nuestro *Concurso*.

En este número también dará comienzo la publicación de una reseña del **TEATRO ESPAÑOL**, encomendada al ilustre crítico madrileño RICARDO J. CATARINEU, cuya colaboración asidua vendrá á completar la sección de **Teatro en Paris** firmada por nuestro colaborador ENRIQUE GOMEZ-CARRILLO. — De este modo podremos ofrecer á nuestros lectores una excepcional información teatral, que abarcará, al par, los grandes éxitos escénicos de las temporadas de París y de Madrid, así como también la evolución del teatro europeo, en general, y del teatro sud-americano muy especialmente.

Digitized by Google

Mr COCHON

HOMBRE del DIA

Aux lecteurs du "Mundial" Magazine

S. Cochon

Digitized by Google

« En las casas de Paris no se admiten niños... »

Esta triste advertencia, clamada cien veces por los oradores democráticos en las reuniones populares, y escrita en grandes letreros sobre las fachadas de las casas — tema del litigio — no es una vana fantasía ni una absurda exageración de los tribunos ; por desgracia, es la dura y escueta verdad.

En París, los propietarios se niegan á que en sus casas se alberguen los niños, en general, y especialmente los niños pobres...

¿ Será — preguntaréis ingenuamente — porque los padres de estos niños no pagan con regularidad el importe del alquiler de sus viviendas?...

¡ Nada de eso !... En París, todos los inquilinos, pobres ó ricos, pagan puntualmente, y ello es de grado ó por fuerza.

La guerra declarada por los caseros á los niños no responde sólo á una cuestión de interés, sino que reviste caracteres mucho más graves, por ser reflejo de un estado de opinión general en París. Tal estado de opinión se podría traducir por esta frase dolorosa : — « Los niños molestan, y por eso las mujeres parisienses no quieren tener chiquillos ; por eso los caseros rechazan á las familias en las que los hay, ya que estos niños constituirían un enojo para los demás matrimonios que viven en la casa, y que, lógicamente, no han de sufrir gustosos las impertinencias de los hijos ajenos, luego de haber pasado la vida recurriendo á toda clase de medios inconfesables para evitar el nacimiento y las impertinencias de los hijos propios ».

La vida de Mr. Cochon no es precisamente una senda de rosas. Expulsado de todos sus domicilios, se encuentra á todas horas con sus muebles, su mujer y sus hijos en la calle. Si entra en un café, á tomar un refrigerio, aguárdale á la puerta una escolta de policía que para sí quisiera el zar de Rusia. Y en fin, sus visitas frecuentes y forzosas á las comisarías tienen de gratas lo menos posible.

Francia muere por extinción... En Francia, la natalidad disminuye de modo tan aterrador, que amenaza con desaparecer, y sin embargo, cuando los policías expulsan de su habitación á una familia, y se ve en la calle el lamentable espectáculo de los pequeños sin hogar, la gente dice : — ¡ Bien hecho !... ¡ No se puede soportar la vecindad de toda esta caterva de chiquillos !...

Más tarde, cuando los celosos policías apalean brutalmente al infeliz que, al paso de una retreta militar, usa de su legítimo derecho de protesta contra la ley de los tres años, esta misma gente, la que odia á los niños porque estorban, grita entusiasmada, aplaudiendo á los agentes iracundos :

— ¡ Así !... ¡ Dadle fuerte !... ¡ Matadle !... ¡ La Patria necesita soldados, y los hombres que piensan como este hombre piensa, ponen en peligro á la Patria !...

Digitized by Google

He aquí las tres fases sucesivas y obligadas de todas las hazañas de Cochon : la lucha, en primer término ; la popularidad — de la que da idea este séquito de reporters — en segundo lugar ; y por último, la detención como epílogo habitual.

« La elocuencia de los hechos. »

Aparece en estas dos notas, elegidas entre las que constantemente publican los diarios parisienses :

En la calle Mouraud, nº 15, vivía la familia Poussin : padre, madre y seis hijos... El propietario decidió expulsarles, en vista de que el ya crecido número de chicos iba á aumentarse con la próxima llegada de otro. En el día fijado para la expulsión, una de las criaturas estaba en cama, enferma de sarampión. La Policía, requerida por el casero, arrojó á la calle á todos, incluso al niño enfermo, que pasó varias horas sin abrigo, bajo la lluvia. Al cabo, una vecina compasiva recogió al enfermito, pero ya era tarde : murió á consecuencia del enfriamiento y de la mojadura.

Mr. Désirat, cajero de la casa Cholet, desempeña honradamente su cargo desde hace diez años, y por tanto ofrece toda garantía de exactitud y de seguridad en el pago. A pesar de ello, se vió despedido de su casa, rue Didot, 91, por el delito que los propietarios de París no perdonan : el de tener ocho hijos. (El último acababa de nacer, y esto colmó la exasperación del casero.)

Mr. Désirat pasó seis meses buscando alojamiento, y viviendo entre tanto en un hotel. Visitó cuantos pisos ostentaban cartel de alquiler, y estaban al alcance de sus medios ; en todas partes, los porteros le hicieron la misma pregunta :

— ¿ Tiene usted hijos ?...

Y al responder :

— ¡ Ocho !...

La réplica fué siempre la misma :

— ¡ Entonces, busque usted por otra parte !... ¡ Aquí, el propietario no admite niños, ó todo lo más uno por cada familia !...

« En rebeldía, Cochon aparece... »

Pero si hasta ahora la opinión pública y el Estado permanecieron impasibles ante tales muestras de decadencia y de inhumanidad, contra éstas se alzó en rebeldía un hombre, cuya figura extraordinaria, por su altruismo y por su fiera voluntad, ha adquirido en París enorme relieve.

Este hombre es Mr. Cochon.

A pesar de su nombre, que parece el de uno de los personajes novelescos de Paul de Kock ; á pesar de su eterna sonrisa irónica ; á pesar de sus ardides dignos del Scapin de Molière ó del Crispín de Benavente, Mr. Cochon ha conseguido dos cosas que no están al alcance de todo el mundo : hacerse odiar por unos cuantos centenares de propietarios mal avenidos con el corazón y la conciencia, y hacerse querer y admirar, en cambio, por todos los desgraciados, por todos los humildes, y por todos los que conservan en el alma un vestigio de bondad.

Y Cochon triunfa, pese á todo el formidable poder de la riqueza, porque si bien es cierto que los propietarios rapaces se apoyan en la Ley — una ley con una L muy grande —

Digitized by Google

en cambio, Cochon y sus partidarios tienen en su abono hechos, como el de haber recogido, á principios de Abril último, á 200 familias numerosas y pobres, entre las que había una legión de niños, y que habían sido arrojadas á la calle por los propietarios, todo lo legalmente, pero también todo lo inhumanamente posible.

Los hombres de gobierno se hubieran cruzado de brazos ante tal miseria, no obstante disponer del Erario y del Poder.

El asalto del bastión 67 fué una de las páginas más arriesgadas de la epopeya de Cochon, ya que las autoridades militares gustan poco de bromas...

Cochon, sin un ochavo, y sin más ayuda que la de sus puños y la de los puños de algunos amigos de buena voluntad, alzó del arroyo á los desdichados, y los instaló bajo el primer techo que encuentra, sea el de una casa disponible, sea, en defecto de ella, el de un edificio público cualquiera...

¡ Procedimiento revolucionario !... — clamarán los pobres de espíritu... — ¡ Nada de eso, señores, nada de eso !... Para hacer cumplir y respetar los artículos del Código, se emplea legítimamente, y cuando es preciso, la violencia... Y el Código es letra dictada por los hombres... Con mayor derecho, por lo tanto, se ha de emplear también la violencia, siempre que sea necesaria, para hacer respetar y cumplir los mandamientos de Dios... Uno de ellos, el de socorrer al desvalido, nos fué impuesto por Cristo, y hasta la fecha nadie ha podido enseñarnos cosa mejor...

« COCHON LUCHA, Y VENCE... »

Durante las jornadas de su campaña humanitaria, Mr. Cochon ha llevado á cabo las más imprevistas y originales proezas.

Una familia, en la que hay cinco pequeñuelos, se encuentra en la calle, expulsada de su domicilio, y sin medio de encontrar otro. Los desgraciados acuden á Cochon. Cochon recuerda que en el boulevard Serurier, sobre las fortificaciones, hay un bastión, el bastión 67, que en tal momento está libre de guarnición. Secundado por sus fieles lugartenientes, Cochon organiza la comitiva, cargando los muebles de los expulsados en pequeños carritos de mano, y emprende de tal suerte la travesía de París. Al llegar frente al bastión 67, los peregrinos encuentran, en obstáculo, una reja cuya puerta está cerrada. Sin preocuparse gran cosa, Cochon hace pasar por encima del recinto los muebles y á las personas, é instala á sus clientes en los pisos del bastión. Una hora después, se hablaba de procesar á nuestro héroe por violación de

Al frente del convoy, y llevando del ramal al borriquillo del primer carro, Mr. Cochon dispónese á entrar en lid.

Digitized by Google

Las jornadas del fuerte Montrouge, del Ministerio de Hacienda, y de la iglesia de la Magdalena, quedarán escritas con letras de oro en los anales de la "Cloche de Bois".

domicilio, nada menos, pero las autoridades militares á quienes correspondió el asunto, no quisieron extremar el rigor con el único hombre que en verdad hace algo de provecho en favor de las familias numerosas, que son las que en el futuro han de dar soldados á Francia.

En otra jornada, la comitiva Cochon, compuesta del invariable cortejo de menesterosos, penetró por sorpresa en el patio del Ministerio de Hacienda, y se acogió al amparo del local destinado á *garage* de los automóviles... Acudieron desalados los centinelas, los porteros y los policías. Impasible, Cochon les aseguró que para proceder como lo hacía, contaba con la autorización del ministro. Se consultó al ministro por teléfono; el ministro negó haber dado jamás semejante permiso, pero, en cambio, socorrió á las familias necesitadas, y les procuró albergue por cuenta del Ministerio. Esto era todo lo que Cochon se proponía.

Parecida fué la escena en la iglesia de la Magdalena. Ocurrió un día en el cual se celebraba dentro del templo la ceremonia de la confirmación. Las voces infantiles daban término al canto del *Laudate pueri Dominum*, y por las gradas del paradójico edificio cristiano, de cariz pagano, comenzaba á descender la procesión de niñas vestidas de blanco. De pronto, el estupor se adueña de la multitud. Gradas arriba, la cohorte de Cochon y de sus protegidos invadió la casa del Señor, y bien pronto los míseros muebles de un hogar desecho se amontonaron en el peristilo. Acudieron el Comisario de policía y el cura de la Magdalena. El Comisario no pudo consentir que los clientes de Mr. Cochon durmieran en semejante lugar, pero el sacerdote, en cambio, se encargó de alojarles y de socorrerles..

No menos original fué este otro rasgo. A las doce de la noche — de una noche de cierzo — una familia compuesta de diez personas, entre las que había seis niños, llamó á la puerta de Cochon en demanda de un auxilio, y de un techo bajo el cual abrigarse. Cochon no poseía un céntimo, y como era tarde, no era fácil tomar por asalto las casas, cuyas puertas estaban herméticamente cerradas.

Digitized by Google

Cochon se encontró en un gran apuro. Pero nuestro hombre, que lo es de recursos, organizó su pequeña caravaña y se puso en marcha hacia el « Moulin Rouge ». En el « Moulin Rouge », alcanzaba el baile su hora de gran esplendor, y en medio de la multitud de vividores y de demi-mondaines, Cochon y los suyos hicieron una sensacional aparición. Calló, en asombro, la orquesta, y se detuvieron los danzantes... Cochon pronunció un breve discurso, y apeló á la buena voluntad de todos. Los ingleses y los americanos, á quienes el baile famoso comenzaba ya á aburrir, concedieron el mayor interés al espectáculo que ofrecía Cochon en funciones... Y los francos, y aun los *luises*, cayeron á puñados en el amplio sombrero del orador, quien al cabo de unos minutos pudo ofrecer á sus protegidos una cantidad que éstos nunca soñaran poseer, y que hubo de asegurarles abrigo y alimento durante muchos días.

El « Hotel de Ville », la Cámara de los Diputados, el Fuerte de Montrouge, la alcantarilla de la iglesia de Notre-Dame de Lorette, el Hotel Biron, el Parque de Magic-City y el Palacio Borbón, han sido otros tantos lugares elegidos por Cochon para sus instalaciones sorprendentes é inesperadas.

Y al cabo de tanto luchar, los poderosos de este mundo han comenzado á interesarse por el luchador. Recientes y harto conocidos son los hechos á que dió lugar la cesión hecha por la condesa de La Rochefoucault á Mr. Cochon, del hotel que dicha dama acaba de abandonar. Este edificio, cuyo alquiler había sido pagado por los condes de La Ro-

La vieja nobleza francesa hace ya causa común con Mr. Cochon. Prueba de ello fué el ruidoso "affaire" Cochon-La Rochefoucauld, que dió lugar á la defensa y á la rendición del "fuerte" La Rochefoucauld, en batalla reñida en pro del abrigo y del alimento de una legión de pequeñuelos.

Digitized by Google

chefoucault por el espacio de dos años, y que al trasladarse los aristócratas á otra habitación quedó libre, fué consagrado por la condesa á los protegidos de Mr. Cochon. Instaláronse éstos en su nueva casa con gran alegría, pero el propietario del inmueble, no conforme con esta solución, les hizo expulsar por la policía. Mr. Cochon se propuso resistir todo lo posible á la autoridad; el hotel de La Rochefoucault se trocó en fortaleza, y sólo á viva fuerza pudo sacarse de él á sus nuevos inquilinos. No queriendo que éstos quedaran en la calle, la condesa les instaló en su «villa» de Bougival, y les asignó una pensión de socorros, en tanto que se lleva á cabo en los cercanías de París la construcción de un barrio de pequeñas habitaciones, que la caritativa señora hace edificar para sus pensionados de la «villa» Bougival.

Logrado el apoyo efectivo de la rancia y acaudalada nobleza francesa, Mr. Cochon puede tener ya por segura la victoria.

«COCHON MARTIR».

La labor que Mr. Cochon se ha impuesto implica un verdadero calvario.

Mr. Cochon, que tiene mujer é hijos, es un proscrito para los caseros de París. Ha recorrido á estas fechas un número incontable de domicilios, y de todos ellos ha sido expulsado sucesivamente. Para poder alojarse, Cochon alquila sus habitaciones á nombre de uno de sus amigos, y luego se instala en ellas por sorpresa. Como es lógico, el propietario no tarda en enterarse de quien es su nuevo inquilino, y al saberlo pone el grito en el cielo, y se apresura á comunicar á Mr. Cochon su «congé», ó sea á despedirle. Sin embargo, como esto no lo lleva á efecto hasta que haya transcurrido el trimestre pagado, Mr. Cochon puede al menos descansar durante ese plazo, y en tanto preparar la inmediata mudanza.

Añádase á esto las innumerables arrestaciones, las quincenas pasadas en la cárcel, las brutalidades sufridas por los agentes de policía de París, dignos de serlos de Bulgaria, y se podrá imaginar, aproximadamente, cual es la vida de este filántropo futurista, fiel discípulo de Marinetti, en lo que toca al culto y á la estética del movimiento y de la energía.

De derecha á izquierda, y de arriba á abajo: el público, presenciando la toma del "fort La Rochefoucauld"; la condesa de La Rochefoucauld rodeada de sus protegidos, en su casa de campo; la "villa" que la condesa posee en Bougival, y en donde han sido alojados los clientes de Mr. Cochon; el grande hombre escalando las ventanas del citado "fuerte" Rochefoucaud, para visitar sus amigos, pocas horas antes del sitio de la plaza.

Digitized by Google

Mr. Cochon dispondrá de un periódico propio, á partir de Octubre próximo. El cartel anunciador de este nuevo diario ha sido dibujado por Steinlen, y es una verdadera obra de arte.

« COCHON HUMORISTA ».

Pero todos estos malos ratos, y otros peores, no han podido dar al traste con la jovialidad de Mr. Cochon, y Mr. Cochon es uno de los más sutiles humoristas contemporáneos.

Obra de este humorismo es la creación de la «*Ordre des Déménageurs à la cloche*

Digitized by Google

de bois », que es como si dijéramos: « *La Orden de los caballeros de la mundanza á cencerros tapados* ». La insignia de estos cruzados es una pequeña campana de madera, prendida en la solapa con un lazo rojo. Este emblema silencioso no es obstáculo, para que la Orden disponga de la más formidable y espantosa máquina de hacer ruido desagradable que puedan haber conocido los siglos.

Tal y tan infernal cacofonía es la famosa « *Orquesta de San Policarpo* », creada por Cochon, y constituida por una legión de bravos y alegres músicos, que poseen el más variado repertorio de atronadoras y disonantes tocatas.

Cartelh umorístico impreso por la « Campana de madera ». Ved en qué triste postura aparecen, á la izquierda, el propietario y el portero, que son los dos « enemigos ».

Tiene este grupo inarmónico como misión general, la de intervenir en todas las solemnidades de la Orden de la Campana de Madera, y como objeto especial, el de brindar con frecuencia á los porteros impertinentes y á los caseros inhumanos un despertar poco grato. Así que un inquilino de París tiene serios motivos de queja contra su propietario ó contra su portero. Mr. Cochon, prevenido, moviliza la Orquesta de San Policarpo, y las alboradas que á las más altas horas de la noche toca esta orquesta frente al domicilio del culpable, ó le enloquecen, ó suenan á sus oídos como anticipo del pavoroso vibrar de las trompetas del Apocalipsis.

Con otro rasgo de humorismo, aniquiló Cochon la carrera y el prestigio de un Inspector de policía. Al frente de un verdadero ejército de agentes, el citado Inspector había puesto cerco al domicilio de Cochon, durante el curso de uno de los mil incidentes de la tormentosa vida del reformador. Aislado del mundo, Cochon hizo aparecer en sus balcones un inmenso letrero, que decía: « *Para todo lo que se refiere á mi servicio, dirigirse á mi nuevo portero, que lo es el Inspector Meyer* ».

Desde entonces, y entre sus mismos subordinados, Mr. Meyer tiene como apodo el de « *El portero de Cochon* », y esta circunstancia le priva de toda autoridad. — « C'est un homme fini! » — dice de él Mr. Cochon.

Vista general de la « Orquesta de San Policarpo », que es el más formidable instrumento de hacer ruido que conocieron los siglos.
Esta orquesta es una de las armas de lucha que utiliza preferentemente Mr. Cochon.

Digitized by Google

Mr. Cochon acepta una copa de champañ brindada por Mundial *Magazine.*

« La visita de Cochon
a Mundial-Magazine. »

Deseábamos conocer personalmente á este hombre original, y recoger de él impresiones directas. *Mundial* invitó, pues, á Mr. Cochon á un « champagne » de honor. Deferente, Mr. Cochon aceptó nuestra invitación, y con más gusto aún aceptó el donativo con que los editores de *Mundial* contribuyen á su obra humanitaria.

A nuestra redacción se llega sin hacer antesala ; nos conformamos á una antigua pero hidalga usanza, y por tanto no imponemos á nuestros visitantes el pontazgo y el barbarismo de un « bureau » y de un « carnet », más ó menos ceremoniosos... Por lo tanto, la visita de Cochon á *Mundial* fué una visita grata para él y para nosotros, y al alzarse las copas se hicieron votos, tan sencillos como sinceros, por la prosperidad de la obra de nuestro amigo, obra que ya es un poco nuestra también.

— ¡ Hay que perseverar en la labor emprendida !... — decimos á Mr. Cochon.

— ¡ Lo hecho hasta ahora no es más que el comienzo de ella !... — nos responde.

Cochon no ha descubierto el Polo, pero, en cambio, halló el medio de evitar que los niños pobres se mueran de hambre y de frío en el arroyo... y en verdad que, para el bien de la humanidad, entre las dos proezas, esta última es la mejor.

Antonio G. de Linares.

Digitized by Google

CICLÁMENES ROJOS

Debajo de los añosos árboles de la plaza, ábrense las tiendas floridas. De las olorosas cajas llegadas del Mediodía, las vendedoras sacan y agrupan nacaradas rosas, purpúreos claveles, sombrías escabiosas, grandes lirios blancos de dorado cáliz. Bajo sombrillas de cambiantes reflejos, van y vienen graciosas mujeres con trajes claros, cabellos rubios. Filtrando á través de las ramas, suave luz esparce un rayo de alegría sobre seres y cosas, avivando á un tiempo el brillo de los ojos y el de las flores. A medida que adelanta la hora, se acentúa el vaivén en el pequeño mercado; en él se agolpan las bellas compradoras, y los montañeses traen su cosecha de ciclámenes: aquellas flores tenues y salvajes, de tan delicado perfume, que buscaron allá en las altas cimas.

Uno de ellos, muy joven, casi un niño, se acerca, su ancho canasto del brazo. Dirige un saludo amistoso á las vendedoras, que le gritan: « Buenos días, el Simple ». Luego, silencioso, se sienta á su lado, en un banco, su cosecha á los pies. Unos transeuntes le miran, y le hallan aire extraño, con sus grandes ojos negros perdidos en espacios imaginarios, sus luengos cabellos trigueños, y en los labios la triste sonrisa de los resignados. Algunos, más curiosos, quieren interrogarle: « ¿ Quién eres? ¿ De dónde vienes ? » El se sonríe siempre, mas no contesta. Entonces, una de las vendedoras dice: « No le interroguéis. El Simple jamás habló ¡ pobre inocente ! Por cierto, que ni él ni nadie podría contestaros. Es un niño sin nombre. Quince ó dieciseis años ha, un pastor de la montaña le halló una noche en el umbral de su puerta; el hombre era bueno, recogió aquel pequeño ser que lloraba, mas nunca pudo saber quien lo dejara allí. No es de los nuestros, creedlo; mirad sus manos de mujer y su cutis blanco. Sin duda, Dios quiere que continúe el miste-

Digitized by Google

no: el niño es mudo, todo es silencio á su alrededor... Impulsado por simpática compasión el transeunte se inclina hacia la cosecha del Simple, le echa un óbolo, y se aleja pensativo.

El, siempre impasible, queda allí horas enteras; su mirada expresiva sólo se anima á ratos, al fijarse en algún rostro fresco, en alguna bonita silueta ó en algún ramo de tonos cálidos preparado por las manos hábiles de sus vecinas. Pues el pobre mudo, el ser sin nombre, es rico de entusiasmo: el Simple, el Inocente; ¡es un enamorado de la Belleza!

Al llegar la noche, más de una vez, su anciano amigo, no viéndole volver, se lo encuentra tendido en la pradera, fija la vista hacia las estrellas, embelesado, en éxtasis; otras veces, antes del alba, se va hacia las cimas rosadas para acechar la salida del sol, y vuelve con la mirada resplandeciente. En su alma novel, vibra un estremecimiento de alegría á la vista de todo lo bello creado; de lejos ó de cerca, aquel goce flota en el ambiente puro de las montañas, bajo los grandes astros de oro, en los claros rayos que ama.

¡Ah! transeuntes desdeñosos, hastiados, indiferentes, no le tengáis lástima al Simple: él siente, él cree, él admira; ¡más rico es que vosotros!

Un día, entre las paseantes, apareció una joven vestida de blanco, deslumbrante de frescura, bajo los bucles ligeros de sus cabellos rubios; sus ojos aterciopelados brillan risueños. La acompaña una Señora enlutada, que se apoya en su brazo con ademán de sufrimiento, de lasitud. Ambas atraviesan el mercado y dirígense hacia el establecimiento termal, donde entran; vuelve á salir la joven y viene de nuevo á admirar las flores, andando á paso lento para respirar mejor su exquisito olor. Al llegar cerca del Simple, divisa sus ciclámenes aún húmedos del rocío de la montaña, y ante sus delicadas corolas purpúreas no puede contener un grito de admiración: «¡Oh, cuán deliciosas florecitas! jamás las ví ¿cómo se llaman?» Llenos de juvenil entusiasmo, sus ojos interrogan al Simple. ¡Ay! por vez primera siente el pobre niño lo amargo de su dolencia. Hace un esfuerzo convulsivo, mas en vano; agítanse sus labios, sin que palabra alguna llegue á los oídos de la joven asombrada. «¿Es que no es francés? ¿No me entiende?», pregunta á la vendedora cercana. Y ésta vuelve á contar la melancólica historia. Infinita compasión píntase en la radiante faz, mientras el Simple vuelvese á otro lado, ruborizado y oculta una lagrima.

Ya cada día vuelve la joven á la misma hora, acompañando á la enferma, y luego viene de nuevo á esperarla debajo de los árboles del mercado. Desde la aurora, el Simple piensa en aquella hora al bajar de la montaña con sus canastos rellenos de flores. Ahora sus estrellas son los ojos risueños, sus rayos luminosos, los reflejos de los cabellos rubios.

Al pasar á su lado, la joven le toma flores, le habla con su dulce voz, do tiembla la compasión. Con frecuencia, acerca á su cara los ramos de ciclámenes, exclamando: «¡Qué bien huelen vuestras flores cuánto me gustan!» Mas, una mañana añade: «¡Oh, cuánto las he de echar de menos el día que me vaya!» ¡Irse!... el Simple la mira fijamente, dilatados los ojos por el espanto; luego, de repente, en su pecho siente que su corazón se parte, y un intenso dolor...

La víspera de la marcha, le dice ella: Traedme flores mañana, muchas flores; será la última vez, y quisiera llevarme muchas — y sigue su camino. El se sienta, triste y fatigado, en el sitio de costumbre, sin escuchar ya nada, sin ver á nadie; solos, á sus pies, los ciclámenes rojos aseméjanse á mil pequeños corazones compasivos vueltos hacia el suyo. El mercado queda silencioso. Suena un reloj; el Simple se estremece. ¿Es ya esa hora? El viejo debe aguardarle allá arriba. Levántase presuroso, recoge los ramos sobrantes, y vuelve á emprender el camino de la montaña.

El ambiente es pesado, el sol le quema la nuca, pues anda cabizbajo. No importa, se apresura, harto destrozado por su pena interior para sentir cualquier otro sufrimiento. Al llegar á la aldea va cubierto de sudor; el anciano le acoge con una sonrisa: «¡Qué calor, chico! no está lejos la tormenta. ¡Ah, buen jaleo tendremos esta noche!»

Al oscurecer, cárgase aún más la atmósfera; los pájaros vuelan cerca de tierra; los grandes bueyes, indolentes, tienden sus fauces resecas. Del cielo bajan nubarrones amenazadores, aumentando rápidamente la oscuridad.

— Chico — dice el anciano — cierra bien el postigo, y sobre todo mañana no salgas antes del alba, el tiempo será terrible; tanto peor para tus bellas damas; se quedarán sin flores.

En la sombra de la choza se acuesta el Simple, desvelado. Cuenta las horas; suena aquélla en que parte todas las mañanas. Afuera, un huracán tuerce las ramas, desgrana los racimos de los serbales, la lluvia azota el postigo cerrado. De vez en cuando, bajo la vetusta puerta descoyuntada, pasa un resplandor seguido de sordo fragor.

Sin embargo, el anciano duerme; el mu-

Digitized by Google

chacho oye su aliento acompasado. Despacito, suavemente, se viste á tientas, agarra su canasto, acércase á la puerta, tira del pestillo, y furtivamente huye. Por un instante le embarga el remordimiento, resuenan en su memoria las palabras del anciano : « Sobre todo, no salgas mañana ». Mas, entonces, en su corazón álzase otra voz : « Mañana traedme flores, será la última vez ».

Cosa extraña, esta voz es más dulce, y sin embargo domina á la otra : ella manda, á ella quiere obedecer

Bajo la ráfaga que le ciega, marcha valiente, resuelto. A veces, el viento le para de pronto cual una barrera ; á medida que adelanta, oye en la floresta los crujidos que dan, al caer, los altos pinos sacados de raíz. Apenas si ve lo bastante para hallar su camino ; sólo la costumbre le guía por senderos conocidos.

Sigue rugiendo la tormenta, no tiene miedo. Lágrimas contenidas le queman los párpados al pensar : « ¡ Es la última vez, nunca jamás cogeré flores para ella, nunca jamás »!... Su única zozobra es no poder hacer una cosecha bastante lucida. Anda, apretando al rededor de su talle una antigua capa de pastor, que el anciano le diera

Al pasar á su lado, la joven le toma flores...

Digitized by Google

Cuando se abre su mano crispada, se llena la capa de aire cual vela de un barco.

Digitized by Google

antaño. Cuando se abre su mano crispada, se llena la capa de aire cual vela de un barco. Chorrea la lluvia por su frente, por sus cabellos trigueños, por su cara. Poco á poco, aparece el alba gris; ya el Simple divisa la floresta. Un esfuerzo más, y llega á ella. Agotadas las fuerzas, se sienta un rato antes de penetrar, luego se lanza en los tallares, aparta las ramas, las altas hierbas, y se inclina ansioso. ¡ Alabado sea Dios ! Protegidas por lo enredado de las zarzas y del follaje, sus flores queridas quedaron intactas, derechas sobre su tallo firme. Se tamizó la lluvia antes de llegar á ellas, prestándoles mayor frescura. El Simple principia su cosecha ; sin preocuparse de las espinas, hunde sus manos en las malezas, que recorre una tras otra. Como preso de fiebre, anda insensible al ruido de la tormenta, al agua que le inunda, á su cansancio, á todo, salvo al deseo del Idolo, de aquella que le dijo : « Traedme flores », y le mece su sueño, la ve sonrosada y rubia, sonriéndole gentil al decirle : « ¡ Gracias ! »

Para concluir sus últimos ramos, se arrodilla en la hierba húmeda, á la orilla del bosque. Momentos ha, la tormenta parecía calmarse, retroceder ante el alba. Mas, de repente, cual supremo desafío, terrible fragor hace estremecerse la floresta ; al mismo tiempo, un reguero resplandeciente la ilumina. A pocos pasos del Simple, el rayo hiere un joven pino ya alto. Bruscamente despertado de su sueño, el niño se endereza, ve el árbol que oscila, oye su crujido sordo. El árbol se inclina hacia él, hacia su cosecha. ¡ Aplastadas todas sus flores, eso no ! Quiere preservarlas, se baja para asirlas, y sólo consigue coger parte de ellas. Pero aquel movimiento le pierde : arrastrado por su peso, el tronco se derrumba con espantosa rapidez sobre el infeliz Simple. Y ambos caen juntos, segados en plena savia, el árbol y el niño, ambos llenos de juventud.

♣ ♣ ♣

Ella viene á buscar sus flores, pero halla el sitio vacío. Por un momento, quédase entristecida al marcharse sin decirle adiós. Mas como es radiante y bella, como el sol brilla alegre y para ella es bueno el vivir, se sonríe sin pensar más en el ausente. Ya, en el rápido que se la lleva, huye indiferente hacia nuevas tierras donde otros la amarán.

Ignora que allá arriba acaban de hallar al Simple, tendido cerca del pino, apretando contra su pecho los ramos que quería salvar. El choque ha trazado en su sien derecha tenue herida, de la que mana la sangre hasta los ciclámenes rojos, haciéndolos aún más rojos.

¡ Esta vez, enmudecieron para siempre sus labios ! ¡ Quedaron mudos como su vida, mudos como su amor !

M. Dillet.

(Ilustraciones de Parys.)

Digitized by Google

Por JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Es preciso hacer las cosas aunque se hagan mal, pero hacerlas. Aforismo que se atribuye á Sarmiento. Yo no sé si le pertenece efectivamente; pero sea de quien fuere, que corra. Y mientras anda por el mundo combatiendo ociosidades, indecisiones ó indolencias, hablemos de él, entre nosotros, con un poco de reserva.

Convengamos, ante todo, en que eso es aplicable á los genios; ellos no tienen evidencias deductivas que exijan espera, sino intuitivas; no raciocinan, ven; no buscan la visión, la distinguen los ojos lucientes en la sombra, y son arrastrados por ella. « Desde el instante en que la obra va á ser perfecta, dice Novalis, se hace más grande que su creador; éste es el órgano inconsciente. El artista pertenece á la obra; no la obra al artista. Cervantes, efectivamente, no llevó á Don Quijote; era éste quien le llevaba, de ceca en meca, de aventura en aventura, como era Mefistófoles quien arrastraba á Gœthe á la región de las madres, y Virgilio quien conducía á Dante al través de los cercos infernales ó purificantes. Esos hombres, conducidos por el dios interior lumínico, deben, pues, hacer las cosas; no haya cuidado de que las hagan mal. »

Bien es verdad que esos tales no necesitan de consejos; genio es fuerza, y libertad todas las potencias: en la inteligencia, en la memoria ó fantasía, en la vida afectiva, y sobre todo en la voluntad. El genio no forma parte de nuestra humana compañía, ni se rige por sus reglamentos. « El hombre infinitamente caracterizado, dice el mismo Novalis, forma parte de un infinito ».

Pero el aforismo que comentamos, á quien menos se refiere es á los genios, según barrunto: tiene en vista al común de los hombres, á los que forman la humana colmena. Y así examinado, el asunto no se presenta tan claro.

Hacer las cosas de cualquier manera, pero hacerlas, es el criterio que sigue mi criado, pongo por caso, cuando da en el empeño de acomodarme la biblioteca ó la mesa de trabajo, que yo dejo revuelta. El « *hace* », indudablemente; todo queda espolvoreado y limpio y simétrico: los libros según el color de sus lomos; los papeles según su forma y tamaño; todo queda en orden. ¡ Las horas preciosas que he tenido que perder para volver á desordenar la obra realizada por ese hombre de acción, cuyos servicios he tenido que pagar sin embargo!

Pero entre la acción de ese mi criado y la de Cervantes, ó Gœthe, ó Newton, ó Pasteur, hay infinitos matices intermedios, y son ellos los que deben hacernos estar en razón. Esos matices intermedios son precisamente los que constituyen la humanidad real.

Pues bien: si hubiéramos de contar las cosas que han quedado sin hacer en este mundo, por sólo haber sido hechas, sería el cuento de nunca acabar.

Eso de hacer aunque se haga mal, pero hacer, combate, fuerza nos es convenir en ello, no sólo la flaqueza de voluntad, ó la indecisión que nos conserva menores de edad toda la vida, sino también el anhelo de perfección inaccesible, que, muy á menudo, no es otra cosa que flaqueza, ineptitud ó cultivo del detalle, sin provecho de lo esen-

Digitized by Google

cial; pero es preciso convenir también en que ese buen consejo, á pretexto de combatir la pereza de obrar, estimula la de pensar, y hasta la de ser. *Penser est agir*, se ha dicho. Y lo tengo por inconcuso: pensar es obrar.

En el fondo del aforismo que nos entretiene, está escondido, si no la negación, el menosprecio, cuando menos, de la labor que distingue al hombre que perfecciona el arado, del buey que tira de él; en él está el estimulante de la inconsciencia, de la mediocridad rutinaria, sobrepuestas á toda actividad creadora, que es actividad perfecta. Presentada esa labor de trompo, cuya sola vida es el movimiento que le viene de afuera, como el tipo de la humana laboriosidad, ella tiende á avergonzar y á acobardar las lentas y angustiosas de los hombres de vida inmanente; justifica la recompensa material y el predominio social, que es su consecuencia, de los ociosos del espíritu, de los verdaderos holgazanes, que se apresuran á sacarse de encima la obra para sacársela de encima, para no trabajar precisamente.

El hombre que se suicida; el soldado que hace disparos y más disparos sin apuntar; el obrero que remacha el clavo sin ver si está en su sitio; el arquitecto que levanta cúpulas sin objeto; el médico que expide recetas, y el abogado que escribe alegatos sin necesidad; el maestro que, como quien echa agua y más agua en un recipiente lleno, da lecciones al niño que ya no puede prestar atención; el periodista que derrama las palabras de su artículo de diario en el papel; el predicador que llena de las suyas, no escuchadas, el aire que bosteza; todos esos, y tantos más, practican el aforismo: hacen.

Hasta los que ni quieren pensar en el alma ni en la eternidad, porque eso no es *hacer*, son fieles de ese evangelio del trabajo por antonomasia: hacen por hacer, viven por vivir, aunque vivan mal, y después se los lleve el diablo.

Pero, es preciso que el mar tenga su flujo y su reflujo. Que hagan, en buena hora, las cosas los artesanos intelectuales y manuales, los calafates y carpinteros, presidentes, comerciantes, senadores, escritores de libros en prosa y verso y de diarios de gran circulación, médicos y cirujanos patentados, ministros, predicadores, catedráticos, arquitectos de edificios con cúpula puntiaguda ó de forma oval, y autores de proyectos de ley y de comedias sociológicas, de compañías por acciones, y todo lo demás. Que se saquen de delante la obra, realizándola, y les llamaremos hombres de trabajo, les daremos los puestos políticos, con sus atributos y honorarios correspondientes. Y allá se las hayan, y con su pan se lo coman.

Pero el hombre que tiene algo que esperar, que espere; que no haga; que tenga desalquilado, algún tiempo siquiera, el espíritu, para el enviado que ha de llegar por su intermedio á los demás hombres; que no se apresure demasiado á exigirle el precio del alojamiento, ni siquiera en gloria, mucho menos en dinero. No será ministro quizá, pero será una persona real.

Es claro que no por eso hemos de consumir la vida preparándonos á vivir; es preciso determinarse y obrar; el principio es la mitad de la obra, dice la máxima griega; quien quiera ver perfectamente claro antes de determinarse, ha dicho alguien, no se determinará jamás; y quien no acepta el arrepentimiento no acepta la vida. Pero entre la visión perfecta ó intuitiva y la ceguera, está la visión deductiva ó racional, el acto humano trascendental. No hay que confundir la espera con la indecisión, y mucho menos con la pereza; espera, es actividad interior. El rebuscador de papeles no concibe la actividad, al parecer inerte, del historiador que escribe una página bella y condensada; el maestro de obras cree que el arquitecto pierde su tiempo, cuando espera que su lápiz dé con el camino de una línea entrevista; los brutos no conciben la atonía de los árboles en invierno. Pero el trabajo, el verdadero trabajo de germinación y vida es lento, y queda siempre inconcluso en la obra humana.

Querer estar solo y en silencio es, muchas veces, dar una cita á alguien ó á algo; aplazar la ejecución de un pensamiento es respetarlo; no hacer en ciertos casos, es la sola forma de hacer.

Nadie ha expresado eso con más belleza que Joubert en la esfera de la producción literaria, aplicable á todas las de la inspiración estética:

« Lo que yo pulo — dice — no es mi frase, es mi idea; y no me detengo, hasta que la gota de luz de que tengo necesidad está formada, y cae de mi pluma ».

¿Y quién podrá superar al tenuísimo Amiel, menos enfermo de la voluntad de lo que se dice, en la expresión de esos anhelos de las almas elegidas que no tienen prisa?

« Ten en tu alma — dice — un lugar para el huésped que no esperas, y un altar para el dios desconocido. Y si un pájaro canta en tu follaje, no te apresures ni te precipites en domesticarlo. Y si sientes algo nuevo, pensamiento ó sentimiento, despertarse en el fondo de tu ser, no te apresures á llevar la luz ni la mirada, protege con el olvido el germen naciente, rodéale de paz, no acor-

Digitized by Google

tes su noche, permítele crecer y formarse, y no divulgues tu dicha. Obra sagrada de la naturaleza, toda concepción debe envolverse en el triple velo del pudor, del silencio y de la sombra ».

Cuando, oyendo esas palabras, que suenan como las de un rito sagrado, se nos presenta el « es preciso hacer las cosas aunque se hagan mal, pero hacerlas », esto nos parece una brutalidad, el relincho que interrumpe el canto de una alondra, ó el tiro de escopeta de un patán que la mata, para comérsela ó venderla en el mercado.

Bien es cierto que la gruesa humanidad vive, y tiene que vivir, de carne de alondra muchas veces.

El « es preciso hacer las cosas aunque se hagan mal, pero hacerlas », suena á mi oído como el ¡ arre ! del carretero que azuza las bestias ; no es un pensamiento; es un latigazo. Y el latigazo no aumenta la fuerza del caballo; le obliga sólo á recoger la que tiene, hasta agotarse.

Esa fórmula es la de los tiranos, genios infernales, pero genios muchas veces, que se reservan el pensamiento y dejan á los demás, al gran rebaño, la obra : el hacer de cualquier manera, pero hacer.

Ese chasquido de palabras azuza los mulos; pero mata á las alondras, al sabio sumergido en una hipótesis, al poeta enamorado de una estrella, al místico extasiado en un arcángel, al santo enamorado de Dios.

Juan Torrilla de Zarate

EN LA SELVA

I

Acribilla la selva un sol de fuego
Que todo lo adormece. De una encina
A la sombra, mi cuerpo se reclina,
Mientras el alma al divagar entrego.
En consciente sopor, mi vista anego
En el cielo infinito que domina
Con su bóveda inmensa y diamantina
Del bosque oculto el estival sosiego.
Panzudas yeguas por mi lado pasan,
De hirsutas crines y pelajes rojos;
Y bueyes pardos, que la yerba arrasan
Con pacer melancólico y seguido,
Se detienen al verme, y con los ojos
Inquieren qué hago allí y á qué he venido.

II

Una racha de viento se levanta
Y despierta á la selva adormecida.
En la fronda, por ella estremecida,
Un invisible pajarillo canta.
Vago murmullo que el oído encanta
Como voz misteriosa de la vida,
Brota de no sé donde, y á medida
Que se aproxima crece y se agiganta.
Susurros, aleteos y zumbidos,
El alma ignota de la selva entera,
En la ráfaga pasan confundidos;
Mas calmada la racha volandera,
Se extinguen movimientos y sonidos
Y todo vuelve á su quietud primera.

III

Del crepúsculo rojo en el combate,
Muere el día : la noche vencedora,
Los monstruos de la sombra arrolladora
Sobre la selva secular abate.
Heridos por incógnito acicate,
Buscan las espesuras, donde mora
La oscuridad, de monstruos creadora,
Unida del espanto al frío embate.
Allí, entre sombras á reptar sujetos,
Prontos á dar descomunal asalto,
Acechan tremebundos é inconcretos;
Y calmando el nocturno sobresalto,
Porque los monstruos se mantengan quietos,
Vigilan las estrellas en lo alto.

ALFREDO TABAR.

Digitized by Google

¡ La eterna cuestión de Oriente !... ¡ Cuánto se ha escrito y hablado acerca de ella, y á cuántos ajetreos diplomáticos, á cuántos pánicos financieros, á cuántos aprestos militares ha dado lugar !...

Es fama que el problema balkánico ha constituido — y seguirá constituyendo en tanto dure — una imbricada madeja de tendencias diversas y opuestas, y que á enredar esa madeja vienen los hechos contradictorios é inesperados de cada día, tornando imposible, ó poco menos, el acierto de dar en tal laberinto con el hilo salvador. Nada hay, sin embargo, tan claro y transparente, como lo son las feroces ambiciones de las grandes potencias á cuya inspiración obedecen, inconscientes y suicidas, los nuevos estados balkánicos.

Desde octubre de 1912 hasta el presente se ha escrito con sangre y con lágrimas una nueva página de historia — de espantosa historia — en ese extremo oriente europeo, condenado por el destino á todas las tragedias. Pero sobre ellas; sobre las victorias de un día convertidas en derrotas del siguiente; sobre las paces que, aun después de firmadas, no ponen coto á las matanzas; sobre las luchas traicioneras y desleales; sobre los degüellos de indefensos y de inocentes; sobre todo esto, que es iniquidad y es desolación y es dolor, hay algo aún más odioso y más triste, y ese algo es la hipocresía y el cinismo de Europa... ¡ De Europa, la bastarda maldita por Dios, y por los hombres de buena voluntad !...

La complejidad aparente de la historia de hoy desaparece, así que en rápido examen volvemos los ojos hacia la historia de ayer.

Avanza la península balkánica hacia el continente asiático, y á esta condición debió la de ser en toda época tierra de contienda para los pueblos occidentales deseosos de extender sus dominios por Oriente, y para los pueblos orientales cuyo sueño fuera la conquista de Occidente.

Como puente colgado entre dos riberas enemigas, y ganado hoy por los pobladores de la una para serlo mañana por los de la otra — conforme á los antojos de la fortuna y á los azares de la guerra — el país de los tristes destinos sufrió todas las vejaciones y todas las barbaries de cuantas razas hollaron su suelo, sin que jamás, sobre él, pudiera hacerse duradero señorío alguno que no fuera el de la muerte.

Y así, hubieron de ser azote de tales lugares los conquistadores persas y las falanges espartanas, las huestes atenienses y las legiones

Digitized by Google

romanas, las hordas rusas y las partidas búlgaras, los ejércitos de los Cruzados y los guerreros del Islam...

Contra el débil imperio bizantino hicieron armas cuantos pueblos le rodeaban por el norte, por el sur y por el este. Serbios y Búlgaros, luego de ocupar las tierras cedidas por el emperador Heraclio, se reunieron bajo el mando del Zar Simeón, y tomaron á Andrinópolis en 917, llegando luego hasta los mismos muros de Constantinopla. A esta ambición eslava se adelantó entonces el ímpetu avasallador de los Osmanlis de Mahomed II, y al imponer la soberanía musulmana al viejo solar de los Paleólogos, los Turcos sujetaron con mano de hierro á la jauría balkánica, reducida por ellos al más vil y oneroso de los vasallajes.

Pero si ante la invasión mahometana, y siendo impotente para contenerla, se vió Rusia obligada al aplazamiento indefinido de su anhelo, no por ello abdicó de él, y en obstinación secular aguardó para realizarlo á que el tiempo, gran transformador, invirtiera los términos del problema, merced al decaimiento progresivo de los Otomanos, y al creciente y paralelo engrandecimiento del imperio de los Zares.

Ya en 1770, la flota rusa apareció ante las costas de Morea, en tanto que los Griegos, alzados en rebeldía contra el Turco, intentaban recabar su independencia. Desde entonces, y con breves intervalos de paz, sucediéronse las luchas que habían de constituir la gestación dolorosa de los estados balkánicos. En los comienzos del siglo XIX renació en parte el antiguo imperio de los Búlgaros; por otro lado, Kara-Jeorge se apoderó de Belgrado, y asentó los cimientos del futuro imperio serbio, que más tarde, acaudillado por Miloch Obrenovitch, llegó á constituirse en estado autónomo bajo el protectorado turco y la soberanía nominal del Sultán. El tratado de Andrinópolis libertó completamente á Grecia, en 1829; los Montenegrinos entraron también en lid; y se formó la nación rumana... Y así, frente al moribundo coloso musulmán se irguieron estos pequeños pueblos nacidos sin condiciones de viabilidad, merced al amparo y á la emulación de los intereses de Europa, siendo incapaces, por lo tanto, de llegar á ser jamás cosa mejor de lo que ahora son: partidas de bandoleros puestas al servicio de las grandes potencias europeas, y que éstas utilizan como carne de cañón para el exterminio de los Turcos, en primer término, seguras como por otra parte esas potencias lo están, y como la historia lo ha probado, de que tal caterva de salvajes ha de abrirse á sí propia las venas, cuando el degüello del último musulmán le prive de ajena y gratuita sangre... ¡Y entonces, los ejércitos rusos ó austriacos, mensajeros de civilización, irán en paseo militar sobre el inmenso osario, y harán tremolar orgullosamente sus banderas sobre las tierras que, á tan buen precio, les fueron conquistadas por la deslealtad y por la muerte!...

A esto se ha reducido en la historia moderna todo el problema oriental: primero, á un antagonismo secular entre Austria y Rusia, cuando ambas, codiciosas del mismo botín, obraban aisladas y por exclusiva cuenta propia. Semejante competencia se complicó al generalizarse á las demás naciones, que hubieron de ligarse á la una ó á la otra de dichas potencias por alianzas, por pactos, ó por mera comunidad de aspiraciones y de conveniencias.

Desde muy antiguo organizaron las hordas eslavas de la estepa expediciones contra Tsargrad — la ciudad de los zares, como llamaban los rusos á Bizancio — y persiguiendo este mismo empeño, Ivan III casó con Sofía Paleólogo, dando así una apariencia de legitimidad á su aspiración á la herencia de los emperadores de Oriente.

No menores eran en tanto los esfuerzos austriacos. Por el tratado de Sitvatorok, en 1706, los Hapsburgo se libraron del tributo que anualmente pagaban al Sultán. Enardecidos luego con algunas victorias parciales, los ejércitos austriacos se propusieron dar al traste con el prestigio hasta entonces mantenido de la invencibilidad turca, y favorecidos por la suerte de la guerra tomaron á Buda, llegaron hasta Belgrado, y consiguieron extender sus dominios sobre Hungría y sobre Transilvania.

En llegando los hechos á este punto, temió Pedro el Grande de Rusia que la presa balkánica, codiciada durante tanto tiempo, se le fuera de entre las manos. Para evitarlo, marchó hacia el Mar Negro. Adelantándose por su lado á los posibles acontecimientos, el príncipe Eugenio salió también de Viena, y luego de brillante campaña obtuvo de la Puerta la cesión de la Serbia Septentrional y de la Valaquia, en tanto que, menos afortunados, los ejércitos del Zar fracasaban ante Azow.

Posteriormente, Rusos y Austriacos, unidos en pasajero acuerdo, intentaron un golpe de mano definitivo contra el Imperio Turco; pero éste, agonizante ya, conservaba sin em-

Digitized by Google

Los primeros actores de la tragedia balkánica.

Son los vencedores de ayer, vencidos hoy... Son los vencedores de hoy, vencidos tal vez mañana... y ello ha de ser así, en tanto que Europa encuentre provecho en la continuación de esta cruenta farsa.

Digitized by Google

He aquí una partida de voluntarios Macedonios dispuestos á la lucha... La liberación de estos oprimidos fué el pretexto invocado por los balkánicos para comenzar la guerra... ¡Más tarde, y rota la Confederación, los "Libertadores" serbios degollaron á los Macedonios búlgaros, en tanto que los "Libertadores" búlgaros degollaban á los Macedonios serbios!...

bargo fuerzas suficientes para rechazar á los aliados de un día. Separáronse éstos, y, aleccionados por el revés común, volvieron á su antigua situación de competentes y de rivales.

En este segundo período cambió la suerte, tornándose propicia á los moscovitas. El general Diebitch llegó, al cabo de una marcha forzada, hasta las cercanías de Constantinopla, hizo ratificar el antiguo tratado de Andrinópolis, se apoderó de varias plazas de la Transcaucasia, y convirtió en tutela efectiva la antigua influencia nominal ejercida por el Imperio Ruso sobre Belgrado.

Pero este camino de las francas audacias era peligroso, y por él se llegó á la guerra de Crimea, al tratar el Príncipe Menchikof de conseguir del Divan, á favor de los Zares, la protección oficial de los doce millones de ortodoxos que habitaban en la Turquía Europea.

Vencidos los rusos en Sebastopol por el ejército anglo-francés, este revés detuvo la expansión eslava por Oriente, hasta que, en 1871, la Conferencia de Londres anuló el Tratado de París, dió fin á la neutralidad del Mar Negro, y permitió al Imperio Ruso el continuar en la Península Balkánica su antigua política de captación.

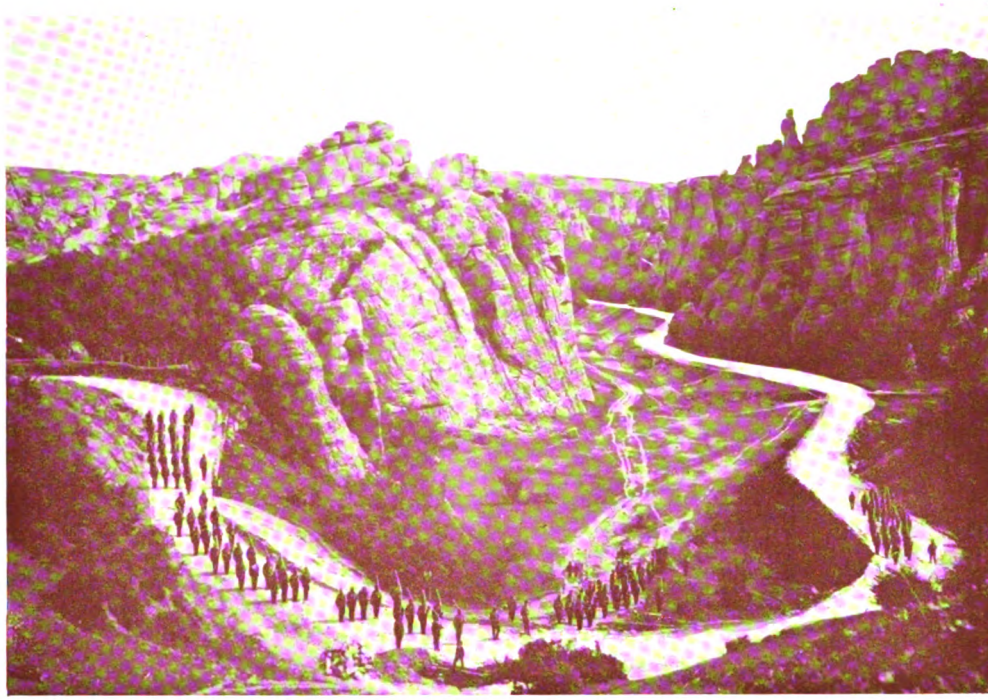
La guerra ruso-turca de 1877 fué un nuevo desastre otomano, á pesar del heroísmo de Osmán Pachá; y el pacto de San Stéfano agravó con nuevas y obligadas concesiones el ya oneroso tratado de Andrinópolis.

De este modo, en la lucha de competencias, Austria quedó en condiciones de inferioridad, tanto más cuanto el conde Andrassy, apoyado secretamente por Bismarck, obtuvo de Europa la confirmación del último triunfo ruso.

Sólo en 1878 se llegó al acuerdo entre los gabinetes de Berlín y de Viena, con objeto de influir en idéntico sentido en la política oriental. De esta suerte, el partido dirigido por Stranski libró á Sofía del protectorado clandestino de San Petersburgo, y colocó sobre el trono de Bulgaria á Fernando de Sajonia Coburgo, recabando para el nuevo Estado una aparente independencia, y colocándolo en realidad bajo la égida germana.

Tales eran los precedentes de este duelo de contrarias ambiciones, y tal el estado de las cosas al comenzar el último trimestre de 1912, al iniciarse un nuevo episodio de esta lucha, que si es cierto que es antigua y que po-

Digitized by Google



En la frontera turco-búlgara. — Esta fotografía es anterior á la primera guerra balkánica, y nos muestra un pacífico relevo de ambas guardias, turca y búlgara, en el desfiladero fronterizo de Belogratchik. En pocos meses, esta frontera cambió cien veces de lugar, pero los riscos milenarios, perennes é inmutables, parecen contemplar con irónica tristeza á las hormigas humanas que se agitan, y que van y vienen.

drá interrumpirse por sucesivas treguas, no es menos evidente que aún está muy lejos de concluir.

El conflicto actual fué provocado indirectamente por la proposición en virtud de la cual, el conde Berchtold reclamó la autonomía para algunas provincias turcas. Temió Rusia que dichas provincias, al desligarse de Turquía, no hicieran sino trocar una servidumbre por otra. Mr. Sazonow marchó á conferenciar secretamente en Balmoral. Entonces, las órdenes de la Wilhelmstrasse, trasmitidas por Viena, dictaron la actitud agresiva de Bulgaria, que inopinadamente exigió la liberación de las regiones otomanas en las cuales dominara el elemento cristiano. San Petersburgo, anticipando la réplica, sugirió la declaración de guerra montenegrina. Por su lado, Serbia, fiel á las inspiraciones moscovitas, movilizó á toda prisa, y pidió sin razón ni motivo la cesión de Kossoro y de Novi-Bazar, de un trozo de la costa del Adriático, de parte de la provincia de Scutari, y del territorio situado al norte de Monastir. De este modo, y valiéndose del pretexto falacioso de colaborar de modo activo en la misión de la ilusoria Confederación Balkánica, el ejército del rey Pedro habría de ocupar las regiones en las cuales Berlín y Viena cifraran previamente su ambición.

Así, Grecia por su cuenta, para obedecer á una razón vital, y Bulgaria, Serbia y Montenegro para servir á los intereses de la Triple Alianza ó de la Triple « Entente », cayeron los aliados sobre el Imperio Turco, pobre, desorganizado, y vencido por tanto de antemano en una lucha, en la cual sus verdaderos enemigos no eran los demás beligerantes, sino las grandes potencias europeas que sin gran recato les amparaban y les sostenían.

Comenzó la guerra el 9 de octubre de 1912, rompiendo el fuego los Montenegrinos contra los Turcos en Podgoritza. Derrotados los Otomanos, perdieron el fuerte de Detchitch ; se rehicieron luego, lucharon con suerte en torno de Scutari, y lograron mantener indeciso el resultado de la contienda.

Pero el 12 de Octubre entraron en combate los Serbios, y poco después los Búlgaros.

Digitized by Google

Generalizada la lucha, se llegó á su primer gran episodio con la toma de Kirk-Kilissé, lograda por los Búlgaros el 19 de Octubre.

Era Kirk-Kilissé un campamento atrincherado, y constituía uno de los ángulos del cuadrilátero defensivo formado al norte por Andrinópolis y esta posición, y al sur por Demotika y Lule-Burgas, y dispuesto conforme á las indicaciones estratégicas del instructor alemán Von-Der-Goltz, en previsión de un conflicto posible con Bulgaria.

Al par que el ejército del Zar Fernando marchaba contra Kirk-Kilissé, cometieron los Turcos el error de debilitar las guarniciones de sus plazas para cubrir el camino de Constantinopla. Quedaron así en Kirk-Kilissé tan sólo 25.000 hombres mal armados, sin más apoyo que el de sus trincheras y el de tres fuertes ruinosos, y provistos de la deficiente artillería suministrada por los talleres de Krupp. Contra este pequeño núcleo avanzaron 125.000 Búlgaros perfectamente armados, y provistos de artillería francesa, cuya superioridad quedó inmediatamente demostrada. Dió principio el asalto el día 16, y fueron rechazados los Búlgaros en esta jornada, como lo fueron también en la del 17. En la noche del 18 emprendieron los Turcos la retirada, cubiertos por su retaguardia, que se batió en campo abierto y en las calles de la ciudad, permitiendo de tal modo al grueso del ejército el ponerse en salvo.

Con la toma de Kirk-Kilissé fué roto el cuadrilátero estratégico, y comenzó el ejército búlgaro la marcha envolvente contra Andrinópolis.

A tal desastre vino á sumarse el día 24 de octubre el de la batalla de Kumanovo, ganada por 90.000 Serbios contra 40.000 Turcos, que resistieron cincuenta horas. Al fin, y aniquilados por la artillería serbia, retrocedieron los soldados del Sultán, dejando cinco mil muertos sobre el campo de batalla, y á merced de los vencedores la plaza de Uskub.

Luego de la toma de Kirk-Kilissé, los Búlgaros, por su parte, estrecharon el cerco en torno de Andrinópolis, rápidamente, siendo inútiles cuantos esfuerzos desesperados hizo la guarnición de la plaza sitiada, para mantenerse luchando fuera del recinto de la ciudadela.

Mientras tanto, los cuerpos de ejército otomanos habíanse dispuesto á trabar un combate decisivo y general. Tuvo lugar éste en

La infantería búlgara, que venció siempre que hubo de luchar con enemigos desarmados, se dejó en cambio vencer, sin tregua ni desquite, por Serbios y por Griegos. Ningún ejército ni pueblo alguno en la Historia dieron jamás las pruebas de abyección y de salvajismo inauditos que han prodigado el ejército y el pueblo búlgaros.

Digitized by Google

las líneas de Lule-Burgas, acabando por un nuevo y terrible desastre turco, en consecuencia del cual se replegaron los vencidos hacia las postreras defensas de Tchataldja, último baluarte que defendía á Constantinopla, en tanto que, mediante un golpe de audacia, llegaba la caballería búlgara hasta las mismas riberas del mar de Mármara.

Cercada Scutari por los Montenegrinos; cercada Andrinópolis por los Búlgaros; cercada Salónica por los Griegos; y en fin, batidos en campo abierto los ejércitos turcos, cuya retirada alejaba toda esperanza de auxilio para los sitiados, descontóse la inmediata caída de estas plazas y la próxima entrada de los aliados en Constantinopla, luego de forzadas las líneas de Tchataldja.

Salónica se rindió el 8 de Noviembre. La guarnición turca no disponía de municiones ni de víveres, y el entonces príncipe Constantino pudo, en consecuencia, tomar la plaza sin apenas combatir.

Semejante y no interrumpida serie de desastres creó en Turquía un estado de efervescencia y de agitación que preocupó al gobierno otomano, hasta el punto de solicitar de las grandes potencias europeas el envío de buques de guerra, para que protegieran la vida de los extranjeros residentes en Constantinopla.

Los partidarios de la guerra, hasta el último extremo, se esforzaron en levantar el decaído ánimo del pueblo turco, tratando de provocar un verdadero movimiento nacional contra los invasores. En tales días fué cuando el periódico *Renin*, de Constantinopla, publicó un largo artículo recordando á los Turcos el ejemplo de España durante la guerra contra Napoleón, y asegurando que los Búlgaros se estrellarían ante las líneas de Tchataldja, de igual modo que se estrellaron los franceses ante las de Torres-Vedras.

Si bien todas estas excitaciones no lograron producir una reacción patriótica, produjeron, en cambio, el descrédito del Gobierno, y contribuyeron á preparar las futuras y no lejanas jornadas de la revolución.

A la caída de Salónica siguió en breve la de Monastir, y con ella dió fin la dominación otomana sobre Macedonia conquistada por Serbios y Griegos, en tanto que los Búlgaros invadían la Tracia en donde, aislada y heroica, Andrinópolis resistía, como resistiera también Scutari en Albania.

Hacia mediados de noviembre comenzaron

El ejército serbio, triunfador hoy, y que acusa al ejército búlgaro de crímenes muy ciertos, cometió anteriormente otros crímenes análogos, y no menos ciertos, con las desdichadas poblaciones musulmanas...

Digitized by Google

las negociaciones de armisticio, y no influyó poco en favor de ellas la aparición del cólera entre los soldados turcos de Tchataldja, circunstancia que, si por un lado dificultaba para éstos la defensa, por otro, en las filas búlgaras, enfriaba notablemente el ardor bélico del ataque.

El 3 de Diciembre se firmó el armisticio, y el balance de la guerra en tal instante era el siguiente :

En Tracia, ocupada por los Búlgaros, resistía Andrinópolis, y resistían, inconmovibles, las líneas de Tchataldja.

En Albania, resistía Scutari á Serbios y Montenegrinos, y resistía Janina á los Griegos.

En Macedonia, luego de la toma de Monastir, sólo quedaban pequeños núcleos turcos dispersos y fugitivos.

¿ A qué recordar las gestiones laboriosas y difíciles de los plenipotenciarios reunidos en Londres ? El continuar en posesión de Andrinópolis, aún no rendida, y de las islas del mar Egeo correspondientes al litoral de Anatolia, eran para los Turcos condiciones indispensables para llegar á la conclusión de la paz ; y por otra parte, sin la cesión de la plaza invicta y de las islas, no consentían los aliados deponer las armas.

Al fin, el gobierno turco cedió. El 22 de Enero, la Asamblea de Dolma-Baghtché se inclinó ante la fatalidad, y ante la presión ejercida por Rusia para que la paz se firmara á todo trance, y en consecuencia iba la paz á ser firmada. El 23 de Febrero, la prensa de Europa, haciendo gala de un cinismo ó de una inconsciencia digna de la época lamentable en que vivimos, exclamaba :

— *È finita la commedia !...*

Y mientras tanto, y á la misma hora, estallaban las iras populares en Constantinopla, era muerto á tiros el generalísimo Nazim Pacha, y quebaba disuelto el gabinete Kiamil. Con tales acontecimientos, se instauró la dictadura de los Jóvenes Turcos, dirigidos por Mahmoud Chevket y por Enver Bey, y dueño del poder el partido de la guerra, dejaron de discutir los diplomáticos para de nuevo ceder la palabra al cañón.

La *commedia* no había concluido, y se alzaba el telón sobre el segundo acto.

En este nuevo duelo, como durante el primero, la suerte se obstinó en volver la espalda á los Turcos. Cayó Janina en poder de los Griegos, y cayó al fin Andrinópolis en manos de los Búlgaros y de los Serbios ; con esto llegó la inestable Confederación Balkánica al máximum de su fuerza aparente, y el ejército búlgaro, que en esta gran farsa del heroísmo había desempeñado el papel más importante, apareció ante la ingenuidad y ante la estupidez mundial de los hombres, como una hueste formidable y punto menos que invencible.

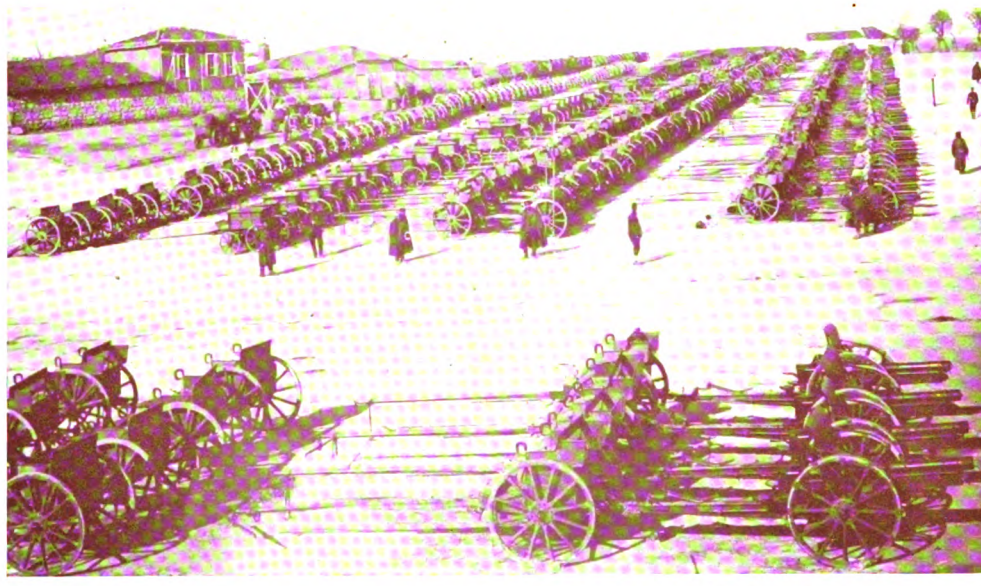
Las fábricas alemanas que suministraban municiones al ejército turco, sustituían las balas de acero de los cartuchos por balas de madera... He aquí la fotografía de una de ellas, machacada, y de la caja de cartuchos de fraudulenta fabricación germana. Gracias á este escandaloso robo, de que fueron víctimas los soldados otomanos, pudieron los Búlgaros asombrar al mundo con épicas hazañas, que no eran sino farsas que nos contaban los corresponsales de guerra, ó tontos, ó venales.

Un corresponsal francés de uno de los grandes periódicos parisienses, que había seguido las etapas de la campaña agregado al ejército búlgaro, escribió entonces á su periódico la necedad siguiente :

« Estamos al pie de la mezquita del Sultán Selim... Mañana, tal vez, estaremos en torno de la Basílica de Santa Sofía. Todos estos rudos Búlgaros sueñan con alzar de nuevo la cruz sobre el templo ensangrentado, hace 460 años, por Mahomed II. La hora es solemne. Si los Jóvenes Turcos se obstinan en resistir, el ejército búlgaro arrollará las líneas de Tchataldja, y arrojará de Europa á los musulmanes... ¡ Que se sometan, ó que desaparezcan !... »

A este reportaje folletinesco, falso y parcial, hecho por los corresponsales de guerra, se debió el error general en que pudo vivir la opinión pública, ignorando en absoluto las causas de las derrotas turcas, y el mérito real y menguado de las victorias obtenidas por los aliados. Lucharon éstos, bien armados y disciplinados, contra un ejército heterogéneo,

Digitized by Google



El botín de la fácil victoria. Los cañones que los Búlgaros arrebataron á los Turcos durante la guerra.

hambriento, mal dirigido, y por colmo mal armado, ó mejor dicho, completamente desarmado. La artillería turca, salida de los talleres de Krupp, era detestable, y sus defectos de fabricación impedían en absoluto toda precisión y toda eficacia en el tiro. Por otro lado, las municiones alemanas, suministradas por fabricantes criminales al ejército turco, y aceptadas por éste merced á la complicidad, aun más criminal, de los altos funcionarios de Constantinopla con los industriales germánicos, estaban en su inmensa mayoría cargadas con *balas de madera*...

¡Con esto sólo quedaban explicadas las asombrosas victorias búlgaras! Pero nada de esto se cuidaron de hacer saber los corresponsales, como tampoco se cuidaron de observar que, aun así, habían llegado los Búlgaros al límite del esfuerzo posible, y que, de prolongarse un poco la guerra, hubieran fracasado ante Tchataldja, como han fracasado después, vergonzosamente, ante los Griegos y ante los Serbios, trocados de aliados de ayer en adversarios de hoy.

Así pudo llegarse hasta la insania de comparar con episodios de la epopeya napoleónica, el de la entrada del Zar Fernando en Andrinópolis. Ese Zar Fernando — que jamás dió cara á las balas enemigas, y que aguardó en su palacio de Sofía á que sus soldados rindieran la plaza, y á que se apagara el eco de la última descarga para acercarse al baluarte desmantelado — adoptó al entrar en éste la actitud teatral de un Conquistador, imaginando sin duda que comenzaba á realizarse el demente ensueño que le incitó á retratarse un día, ostentando las galas y los atributos de los Emperadores de Oriente. ¡Olvidó, en cambio, este Napoleón de guardarropía, que el verdadero Napoleón, antes de serlo, había comenzado por ser Bonaparte, y que, para llegar hasta el trono, había pasado por el puente de Lodi!...

La toma de Scutari, sin lucha, llevada á cabo por el rey Nicolás mediante pacto con la guarnición turca; el bloqueo de los puertos de Montenegro por la escuadra internacional; la forzosa evacuación de las tropas montenegrinas de Scutari; y la ocupación de la plaza por las tropas europeas: tales fueron los últimos episodios inquietantes de este segundo acto de la guerra, cuyo epílogo fué el tratado de Londres... Se creyó entonces poder decir que reinaba la paz en los Balkanes, como en otro tiempo se dijo que reinaba la paz en Varsovia; pero no se contó con el espíritu ni con el carácter de los pueblos balkánicos,

Digitized by Google

Protegidos bajo sus trincheras, los Búlgaros disparaban sus cañones contra Andrinópolis sin gran riesgo.

que, como legítimos bandoleros, habían de disputarse á cuchilladas los despojos del abatido tronco otomano.

Inicióse la contienda con el ataque desleal y traicionero de los Búlgaros contra Serbios y Griegos. Pero ante las auténticas y certeras balas de estos últimos, el heroísmo búlgaro, que tanto se creciera ante las balas de madera de las descargas turcas, se desplomó como por ensalmo, y los ejércitos del Zar Fernando, derrotados en cuantas acciones se trabaron, no hicieron sino huir y buscar la revancha en el degüello de indefensos campesinos, de mujeres, de ancianos y de niños.

Así fué como los Serbios y los Griegos pudieron invadir Bulgaria; así fué como los Rumanos pudieron llegar hasta los arrabales de Sofia sin combate; así fué como los Turcos, considerando en justicia como caduco el tratado de Londres, pudieron volver á ocupar Andrinópolis y todas sus antiguas posiciones de Tracia.

Se ha desplomado el poder búlgaro ante Europa, aparentemente sorprendida, y hoy se concede á los Serbios y á los Griegos vencedores — tanto como á los Rumanos cuya intervención se limitó á un paseo militar — el prestigio gratuito del que pocos días antes gozaba Bulgaria. Esto quiere decir, tan sólo, que la farsa continúa, como continuará, hasta el día en que las banderas austriacas ó los estandartes rusos tremolen sobre los muros de Constantinopla.

Y entre tanto, esta « commedia » de los maquiavelismos y de las hipocresías europeas se trueca, en los países afligidos por la guerra, en la más espantosa y en la más inicua de las tragedias.

Los números, con su elocuencia aterradora, nos hablan de cientos de miles de hombres muertos en los campos de batalla, y nos hablan también de otras tantas víctimas que no lo fueron de la guerra, sino del salvajismo de los aliados balkánicos, y especialmente del ejército búlgaro.

« *Exterminar metódicamente á las mujeres y á los niños en las tierras conquistadas, para evitar en lo futuro todo litigio de propiedad sobre ellas* », tal era la consigna dada por el Gobierno de Sofía á sus ejércitos; consigna que los jefes hacían cumplir estrictamente. Y esta otra :

Exterminar á todos los Musulmanes, sin distinción de edad ni de sexo, para hacerles desaparecer cuanto antes de la Tierra », era la norma de conducta predicada é impuesta á sus fieles por el clero ortodoxo, que al decir

Digitized by Google

Después de la toma de la fortaleza, los artilleros turcos fueron hallados muertos junto á sus baterías, reducidas al silencio.

tal ¡ aseguraba hablar en nombre de Jesucristo !

De lo que fueron tales matanzas, atribuidas gratuitamente á los Turcos y perpetradas en realidad por los aliados, según testimonios indiscutibles é irrefutables, dan idea los párrafos siguientes :

De Pierre Loti : « La verdad comienza á surgir por todas partes. Se conoce ya el horror de las mutilaciones ejecutadas sobre prisioneros turcos; de las matanzas en masa de viejos, mujeres y niños ; de las mezquitas donde ardieron fieles rociados de petróleo; y de jovencitas con los pechos cortados. Se sabe al presente que, allí por donde pasaron « los libertadores », sólo quedaron cadáveres y ruinas calcinadas... »

De Claude Farrère : « Que los Búlgaros arrancaron los ojos y cortaron narices y orejas á sus prisioneros, es una verdad que no admite discusión para los hombres de buena fé. Todos los periódicos de Europa están llenos de estos relatos, y sólo la prensa francesa guarda silencio.

La prensa francesa no podía perdonar á los Jóvenes Turcos su amistad con Alemania. Además, reflejó en sus columnas una crisis de histerismo colectivo, y adoró á los que vencieron sólo por haberlo hecho con los cañones del Creusot.

Pero la verdad apareció por encima de esas miserias. Los publicistas honrados protestaron contra las infamias, sin fijarse en la categoría ó en la nacionalidad de quien las cometió. Eso hicieron hombres como el doctor Jaeckh; el general Baumann; el coronel Veit; el capitán Reiss; el profesor Duhring; Vord Preise, redactor del « Daily Mail »; el barón Ticka, del « Lokal Anzeiger »; el mayor Zwonger, del « Berliner Tageblatt »; Renza Larco, del « Corriere di Milano », y otros muchos, que contaron indignados lo que habían visto, y enviaron á sus países fotografías espantosas.

Los Búlgaros... El 27 de octubre, los soldados de Kordatcheff fusilaron á 5.120 musulmanes pacíficos, de ambos sexos, y hubieran exterminado también á los ortodoxos, á no ser por las súplicas del metropolitano.

En Kulkund, del distrito de Avret-Hissar, un martes, quince días después de la ocupación, se citó á los aldeanos turcos para inscribirles en un registro. Acudieron sin desconfianza. Encerróseles en una djamc (mezquita), luego se les separó en grupos de á ocho, les ataron telas de paja empapadas de petróleo,

Digitized by Google

Los que sirvieron de carne de cañón para que las grandes potencias de Europa jugaran, sin arriesgar nada, una partida de maquiavelismos y de intrigas incalificables. Del lodo sangriento de este campo de batalla, guardan máculas imborrables los flamantes fracs de los maestros de la Diplomacia europea.

y les prendieron fuego. Así perecieron, convertidos en antorchas vivas, 180 desgraciados.

Más tarde, sufrieron igual suerte 258 jóvenes musulmanes de la citada población y de Montoul.

Hechos análogos se registraron en Poroy-Zir, Poroy-Bala, Orgamli, Reychi, Durlan, Zchirnal, Dedeagatch, Strumnitza, Garnach-Zir, Zioran, etc.

En los pueblos y ciudades de Petritch, Meulek, Demir-Hissar, Angista, Viilasta, Kutta y Chililan, murieron á manos de los invasores todos los vecinos.

Calculábanse en 70.000 los Musulmanes exterminados por los Búlgaros en las regiones del Serres, Kavalla y Demir-Hissar.

En Dedeagatch entró una división búlgara al mando del general Gueneff. Bien pronto se supo que el obispo griego había dado asilo á las mujeres turcas.

La casa del buen anciano fué asaltada por los soldados búlgaros en una horrible noche, y todas aquellas infelices fueron atropelladas y asesinadas.

El conocido publicista romano, Dr. Hams Barth, escribió esto que sigue, al protestar contra las inauditas salvajadas cometidas por los cristianos en los Balkanes :

« Mi corazón se oprime cuando pienso en esta noche de noviembre pasada en Salónica. El muelle estaba lleno de soldados y « comitachis » griegos y búlgaros, entre los cuales abundaban los aldeanos en traje de fiesta, prestos á disparar su revólver á cada instante como signo de placer... De pronto, la muchedumbre abre paso. Un sacerdote griego, llevando una enorme bandera azul y blanca, avanza lentamente, solemnemente, congestionado el rostro y blandiendo su bandera ; detras de él siguen, en Vía Crucis, dos pobres diablos encadenados, vestidos con el uniforme gris de los telegrafistas turcos ; se les golpea y se les escupe, en tanto se les lleva á la plaza en donde los dos infelices han de ser juzgados.

« ¡ Jamás el abismo espantoso que separa la doctrina cristiana de su práctica me ha impresionado tanto como en esta guerra !

« En todas sus vidas juntas, César Borgia, Torquemada y Tilly no cometieron tantas brutalidades, como el clero balkánico — verdadero instigador de esos horrores — ha llevado á cabo en algunos meses... Aun el más fanático y cruel parecería bueno, al lado de esos sacerdotes que en la guerra turca estrangulan á los « infieles » en nombre de Cristo...

Digitized by Google

Macedonia, los numerosos sacerdotes que acompañan al « ejército cristiano » han hecho nada para salvar á los desgraciados.

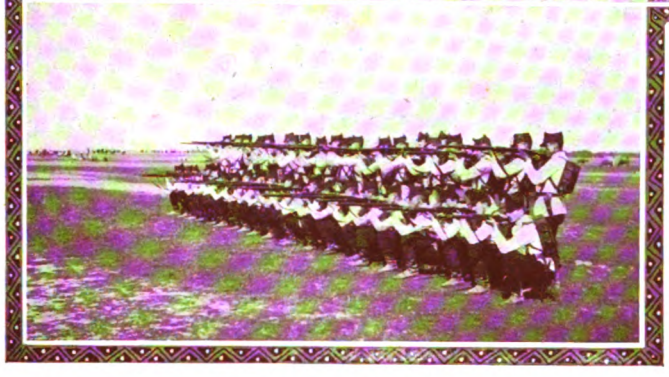
No son sólo los elementos « no militares » los que han cometido grandes horrores. Las tropas regulares han hecho otro tanto. Se sabe lo que han hecho los Serbios; la luz se hará también acerca de los actos de los Búlgaros. No han cometido menos asesinatos que sus aliados Serbios. ¿ Y los Griegos ? Id á Salónica y preguntad á los cónsules, á las colonias alemana, austriaca, francesa, italiana... Todos os contarán horrores que os harán erizar el pelo. »

« Se han cometido — concluye el Dr. Hams — verdaderas abominaciones, las más terribles que la historia universal ha registrado jamás. ¡ Y precisamente han sido los autores de ellas, quienes fueron educados en una religión de amor y de paz! ¡ ejércitos cristianos á los que acompañan millares de sacerdotes, que asisten impasibles á todas las batallas y á todas las carnicerías ! »

Por si esto no bastara, en apoyo de las mismas aseveraciones, aboga el « Christliche Welt » (Mundo Cristiano), al reproducir íntegros los relatos de los horrores balkánicos, entre otros datos, que : « las tropas búlgaras hicieron volar con dinamita, en

« ¡ Miradles con sus semblantes sarcásticos y satisfechos de « Kalchas » (sacerdotes) ! Sobre el pecho ostentan un inmenso crucifijo de oro ó plata; en la cintura ciñen dos pistolas, y si es posible un yatagán... « ¡ Ad majorem Dei gloriam ! »...

« En Salónica y sus cercanías, las atrocidades continúan sin parar. Los cadáveres se ven por montones, y su hedor nos persigue al hotel. Un cónsul me escribe que, en Macedonia, no menos de 240.000 Turcos han sido estrangulados por los cristianos. Durante un almuerzo en una embajada de Constantinopla me informaron, con absoluta certeza, que 34.000 mujeres y niños turcos habían sido asesinados solamente por los Búlgaros. ¡ Treinta y cuatro mil mujeres y niños, cuyo único « crimen » consistía en no ser cristianos ! Y ni para ellos, ni para los 240.000 en



El ejército rumano, que ha intervenido en la guerra como pacificador, y que al mismo tiempo se ha apoderado, sin disparar un tiro, de un buen trozo de Bulgaria.

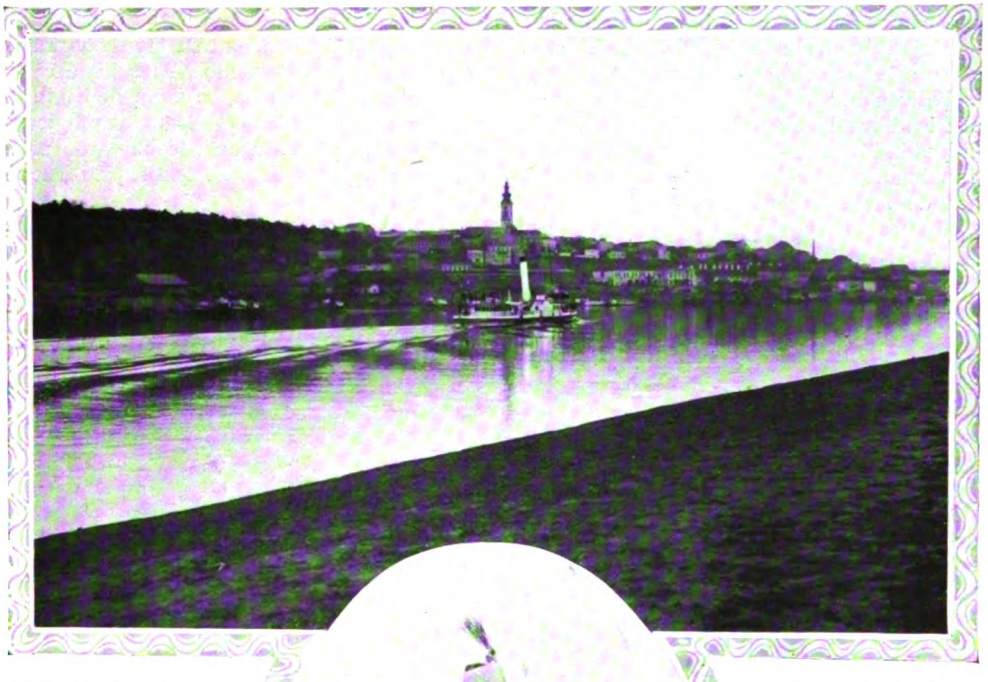
Digitized by Google

El rey Fernando de Bulgaria, que jamás dió frente á las balas turcas, aun sabiendo que éstas eran de madera, entraba en las ciudades conquistadas por sus tropas cuando se apagaba el eco del último disparo. Llegaba en coche-cama, muellemente, y luego adoptaba actitudes de Napoleón. En su demencia de grandeza, este monarca llegó hasta el punto de hacerse retratar con el vestido y los atributos de los Emperadores de Oriente... La postura es, actualmente, de un gran ridículo intensivo.

Dedeagatch, una mezquita en la cual habían encerrado á doscientas mujeres y niños; y en la villa de Tchinar, maniataron á cuatrocientos hombres turcos, y los encerraron en una casa á la cual prendieron fuego.

Estas y otras parecidas fueron las salvajadas búlgaras, serbias, griegas y montenegrinas durante la primera etapa de la guerra. Durante la segunda, los Búlgaros siguieron cometiendo con sus aliados de la víspera, las mismas crueldades que en unión de dichos aliados cometieran antes con los Turcos... Los reyes de Grecia y de Serbia han tenido la audacia de protestar de ellas ante Europa, calificando el proceder de los Búlgaros de *salvajismo que les hace indignos de figurar entre los pueblos de Europa...* En el mismo caso estarían entonces ellos mismos, los Griegos y los Serbios protestantes, que han hecho con los Turcos otro tanto de lo que ahora hacen con ellos los Búlgaros. ¡ Pero no por eso han de dejar de ser pueblos europeos, sino todo lo contrario !... Esos mismos crímenes cometidos hoy en los Balkanes por Bulgaria, Serbia y Grecia, tuvieron precedentes en España, en el Senegal, y en el

Digitized by Google



Mientras tanto, el rey Jorge de Serbia, aquel rey que fué proclamado por los asesinos de la reina Draga, combinaba, desde su retiro, en el trágico "Konack" de Belgrado, el medio de despojar rápidamente á su vanidoso y poco temible vecino, aliado... y rival...

Congo, cometidos por Francia; en Francia y en Africa, perpetrados por Alemania; en Cuba y en Filipinas, llevados á cabo por España y por los Estados Unidos; en Siberia, realizados por Rusia; en la India y en el Cabo, por Inglaterra; y en Tripolitania, por Italia... ¡Es vieja costumbre de los pueblos europeos, ésta de dejar el crimen y el dolor como huella de sus pasos sobre la tierra. Por ello, ante las iniquidades cometidas por los ejércitos aliados en los Balkanes, Europa sonríe, sin inquietarse, como una buena madre á quien divierten las travesuras de sus hijos jóvenes, y que por eso no acierta á reprenderles de verdad.

A la hora de escribir estas líneas se discuten de nuevo las condiciones de paz, y se habla de si procede ó no procede el consentir que los Turcos sigan en posesión de Andrinópolis...

¿Cuál será el resultado *provisionalmente definitivo* de estas conferencias?... ¡Qué importa!...

Un alto personaje turco ha dicho, y ha dicho bien, que la mayor ventura que puede esperar Turquía es la de perder no sólo Andrinópolis sino también Constantinopla, para que así los Otomanos se vean en la irremediable necesidad de volver al continente asiático, del que jamás debieron salir...

Este hombre de claro talento resume en tan extraña opinión la sentencia cierta, inexorable y justiciera que podría formu-

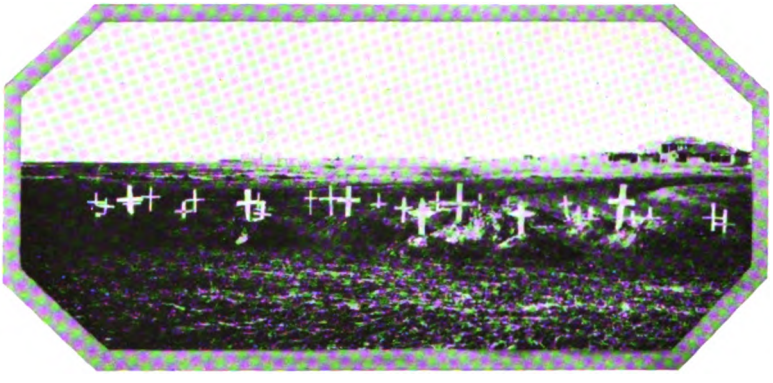
Digitized by Google

larse contra nosotros, de este modo:

«¡Existirán en el mundo pueblos bárbaros, pero su salvajismo es más humano que vuestra civilización!

En la dilatada historia de la bajeza y de la iniquidad humanas, no hay nada tan bajo y tan inicuo como lo es esa actitud celestinesca de las cancillerías, al cubrir con los «fracs» de sus diplomáticos el lodo sangriento en el cual se pudren las incontables víctimas de esos degüellos, llevados á cabo en nombre del progreso, en favor de los intereses, y en pro de las convicciones religiosas de Europa... ¡De Europa, la bastarda maldita por Dios, y por los hombres de buena voluntad!...

ANTONIO G. DE LINARES.



Escrito y compuesto el anterior artículo, se han llevado á buen término, por fortuna, las negociaciones entabladas en Bucarest. Por tanto, la paz reina en los Balkanes.

¿Será esta paz definitiva?

Todo hace suponer lo contrario. Los delegados búlgaros, durante la conferencia, se resignaron muy difícilmente á hablar en el idioma que les correspondía, y que era el de los vencidos. Y así, tanto de las reticencias de estos delegados como de las manifestaciones, más claras y osadas, que contiene la proclama dirigida recientemente por el Zar Fernando á sus tropas, se deduce que el pensamiento de Bulgaria en este momento histórico es el siguiente:

«¡Firmo la paz, porque estoy materialmente entre la espada y la pared. Pero así que tenga libres las manos, y que haya tomado alientos, iré á buscar la revancha, y entonces, estos Serbios y estos Griegos que ahora me dictan la ley, han de pasar muy mal rato!»

Si vencidos y aniquilados, los ejércitos búlgaros han avantajado en barbarie á la tradicional de los antiguos vándalos ¿cuáles serán ¡Dios santo! los procedimientos que empleen al tomar ese desquite, con el cual empiezan ya á soñar?...

En los campos de Macedonia y de Tracia, en lugar de espigas se ven cruces, y esta cosecha sembrada por la muerte es la única y triste hacienda de los infelices supervivientes, quienes tal vez estén destinados á ser las víctimas de mañana, en el nuevo conflicto que todo parece augurar.

Digitized by Google

Una Entrevista con Manuel Ugarte

Se halla de vuelta en su país un animoso argentino de alto pensar y hondo sentir: Manuel Ugarte. Su ausencia de muchos años ha sido fructuosa en labor, que le ha significado, cada vez más definidamente, como publicista de alta tendencia social.

Con motivo de su llegada, las clases obreras y el elemento estudiantil bonaerenses se han agitado, con vivos deseos de demostrar al peregrino conferencista las simpatías que inspira. La renuncia que, con anterioridad á su arribo, hiciera Ugarte de la candidatura á senador socialista, acrecentó el afecto popular hacia el hombre, desde que esa actitud, al par que su propia confesión, mostráronle como escrupuloso cumplidor de sus deberes para con las empresas ideales en que se ha empeñado. Sus conferencias, al través del continente, sobre americanismo latino, teníanle obligado y era menester darles cabal término.

Próximo ya el término de este apostolado, y hallándose el orador de vuelta en Buenos Aires, recibe constantes pruebas de consideración y de afecto. Delegaciones diversas, telegramas procedentes de La Plata, Rosario y Montevideo, solicitan su presencia y su palabra para actos de fundación de centros, para veladas en favor de bibliotecas nacientes y de múltiples iniciativas.

Manuel Ugarte, en plena conferencia.

Y en medio de esta irrupción de colegas partidarios y amigos que invaden el estudio recientemente instalado por el escritor, *Mundial*, con los merecimientos consecuentes de una vieja amistad, demanda á Ugarte la primicia de confesiones personales, y de impresiones y pareceres interesantísimos.

Pero hay que dejar pasar la racha de compromisos que acaparan la actividad de Ugarte en estos días. Con éxito clamoroso diserta el ilustre conferenciante, escuchado por miles de artesanos y multitud de intelectuales. Habla el orador acerca de *El problema continental*. Lejos de la llamarada fugaz y del ruido á hojarasca, la palabra mesurada y conceptuosa de Ugarte tiene el mérito de lo verdadero. Así lo aprecia este público que se va intelectualizando más cada día, y que aspira á no dar fallo sobre lo que no entiende.

La conferencia de Ugarte reviste el tono de una inspirada advertencia. El conferencista no se muestra sistemáticamente hostil á la potencia nacional norteamericana. Juzga serenamente un hecho: el de la lenta y continua invasión sufrida por los países latinoamericanos, bajo la forma de un desborde industrial, y con innegables miras de predominio económico. La energía que la palabra del conferenciante adquiere, se justifica ante el derecho de defensa. Soli-

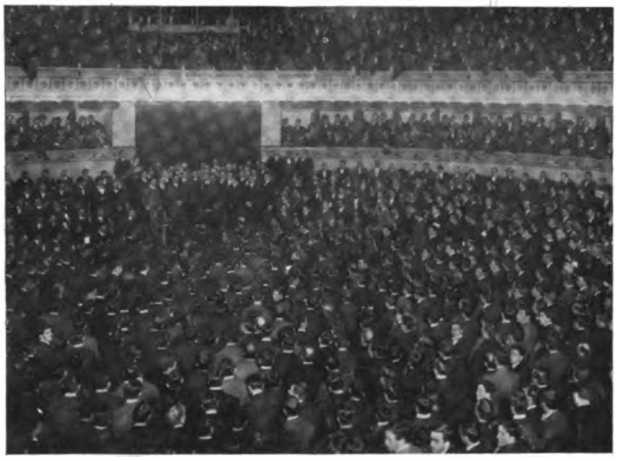
Digitized by Google

dario del sentimiento de raza, Ugarte quisiera una persistente actitud vigilante, pronta á todo evento, y dispuesta á trocarse en defensiva en cuanto los acontecimientos lo requieran.

Esta primera conferencia de Ugarte en Buenos Aires, ha devuelto por fin la calma á algunas instituciones del alto poder público, las cuales, mientras durara la gira del compatriota, se dejaron impresionar por recelos que felizmente se han desvanecido hoy.

Y henos aquí interrogando al infatigable paladín, que si lo fué, en los países de América, de una elevada causa de concordia internacional y de amor á la raza, lo es, ó lo será en adelante en su patria, del partido político que ha llevado últimamente á ambas cámaras argentinas la representación de las clases laboriosas, cimentadoras aquí, más que en ninguna otra parte, de la prosperidad material.

Comenzamos nuestra interviú con Ugarte, interrogándole acerca de si cree que la labor humanista realizada por él, sin compromisos partidarios, podría algún día, tal vez no muy lejano, llevarle á la cosa pública de su país.



El público, escuchando al conferencista.

— « Yo no he tenido nunca ambiciones políticas — nos responde — he querido mantenerme siempre alejado de los puestos públicos ; no he aceptado jamás delegaciones ni del pueblo ni del gobierno. Pero entiendo que el escritor debe ser siempre un ciudadano de convicciones arraigadas, y si alguna vez juzgo que puedo ser útil al país en que he nacido, lejos de rehuir las responsabilidades las buscaré. Toda mi obra literaria dice mi convicción, de que los que manejan una pluma se deben á la verdad y á la justicia. Yo he tenido,además, como todos saben, una gran inclinación á la democracia, al pueblo, á los que sufren. Pero esto no me lleva al internacionalismo; esto confirma, por el contrario, mi patriotismo argentino y mi nacionalismo latino-americano. No aspiro á los honores, pero reclamo, en los momentos de la lucha, mi puesto en la batalla. »

Es, en efecto, un luchador, este hombre cuyo ardor se atempera, hasta en sus gestos, al despierto deseo de ser justo.

Después de recordarle sus páginas líricas primeras, nos interesamos por el proceso íntimo que fué haciendo surgir de aquéllas la tendencia político-social advertible en algunas de sus prosas más meritorias. Nos dice entonces bellos conceptos que quisiéramos poder apuntar con toda exactitud :

— « Siempre ha habido en el fondo de mi espíritu un sentimiento de equidad, que rectifica ó colora todas las impresiones. Creo que debemos hacer entrar en la vida, teniendo en cuenta las realidades, un empuje cada vez más vigoroso hacia la posible verdad final que entrevemos en los sueños. Pero esto no indica que yo sea partidario de fomentar las discordias sociales. De lo que soy partidario, es de la reconciliación de los hombres al rededor de la justicia. Más que fruto de un estudio, todo esto ha sido, en mí, instintivo. Las inclinaciones hacia el arte y la poesía me llevan á ser un apasionado de la belleza, que es armonía, y como la justicia es armonía también, deduzco que hay una cúspide superior, al rededor de la cual se reunen todas las actividades, y hacia la cual debemos tender universalmente para alcanzar los estados supremos del perfeccionamiento humano. »

Infiérese de las palabras de Ugarte que, si bien demócrata, no lo es de tan sobrias miras que reduzca toda fuente de inspiración á la proporcionada por el factor económico. Y es esto en verdad plausible, ya que la inclinación á no quererse ver en los movimientos sociales más que impulsos económicos, iba empequeñeciendo y falseando el concepto humano de los pueblos.

A continuación quisimos saber si es apreciable en las naciones por él recorridas, el des-

Digitized by Google

arrollo de la cordialidad unitiva de la raza.

— « En todas partes — nos dice — hay un instinto confuso que hace ver á los pueblos, por encima de los flacos intereses locales, las necesidades comunes y las exigencias supremas del gran conjunto latino-americano. Las discordias entre república y república han sido siempre obra de las susceptibilidades infantiles de los gobiernos, ó de los intereses complicados de ciertos núcleos superiores. Pero la masa de nuestras nacionalidades, depositaria á causa de su ignorancia misma de las tradiciones de hace un siglo, sigue aspirando á una coordinación que prevé confusamente. Al lado de ese elemento, que forma la mayoría iletrada, pero poderosa y activa, hay que colocar á la juventud estudiosa, que desde el punto de vista mental es la antítesis del primer grupo, puesto que representa en cada nación la más alta cima, pero que ha llegado por diferente camino á las mismas conclusiones del pueblo. Como reacción contra la política pequeña que ha prevalecido hasta ahora, la juventud aspira en todas partes á una política continental. Así se explica que un hombre solo haya podido ganar la batalla contra todos los gobiernos. »

Ugarte alude á las prevenciones, y aun á las intencionadas molestias, que en más de un caso se vió en la precisión de afrontar y de vencer. Y agrega :

— « Lo que yo decía estaba en el alma de todos. Era la aspiración general. La juventud y el pueblo, fuerzas incontaminadas, tienen en todas nuestras repúblicas la noción de los verdaderos destinos, y acabarán por imponer al porvenir su arrollador entusiasmo. »

El verbo de Ugarte, nutrido y ardoroso siempre, es infatigable. Discurrimos acerca de la correspondencia anónima y privada de los escritores sostenida de uno á otro país, á la que es dable atribuir innegable importancia en estas consolidaciones. Extendímonos á la influencia más ostensible de libros y revistas, cuyos intercambios se han debido también á esfuerzos exclusivamente personales. Le citamos *La Revista Literaria*, inolvidable entre los intelectuales americanos, desde Méjico hasta Chile, obra de los primeros bríos de Ugarte hace tres lustros, y á este propósito nos dice :

— « Los escritores son los únicos que, en épocas de dispersión y de olvido, han mantenido en la América Latina la comunicación fraternal entre las diferentes repúblicas. *La Revista Literaria* que yo fundé hace tantos años, fué una de las primeras tentativas para crear una casa común á las energías mentales del continente. Mi antología *La Joven Literatura Hispano Americana* fué después, con todos sus defectos, un nuevo ensayo en el mismo sentido. *Mundial* ha hecho una labor grandemente ponderable. Todas las revistas de nuestra América navegan en las mismas aguas. No tenemos una literatura argentina, peruana, colombiana, etc., tenemos una literatura general de hispano-américa, una literatura de conjunto, perfectamente armónica y solidaria. Cuando mañana se estudie el enorme movimiento que hoy nos arrebata, habrá que buscar el origen en la literatura. Y nada puede ser más lógico. Primero tenían que ponerse en contacto los cerebros, y después las nacionalidades, porque las ideas son el telégrafo y los hombres son el ferrocarril.

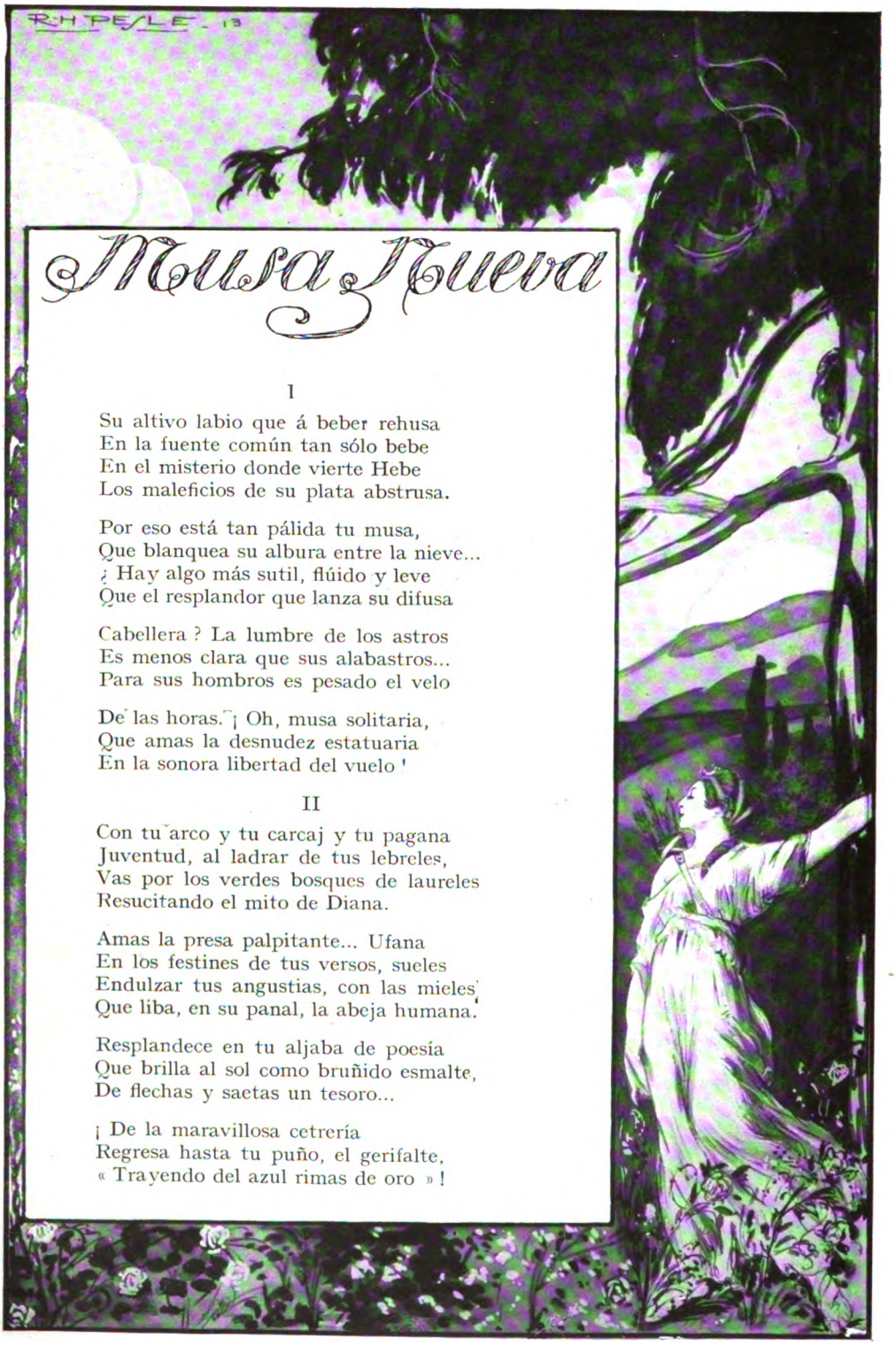
Y para dar cabo al valioso reportaje, requerimos del viajero y tribuno algo principal entre lo visto y aprendido, y le rogamos que nos formulara su mayor esperanza, su más arraigada y levantada fé en la campaña de unión latino-americana. Lo hace así :

— « Lo primero que salta á los ojos al recorrer la América Latina, es el parecido fundamental entre las más apartadas regiones. A pesar de las comunicaciones rápidas de la unidad política, ninguna nación de Europa puede ostentar entre sus provincias una analogía tan honda como la que advertimos entre nuestras repúblicas, separadas desde hace un siglo por el silencio y por la distancia. Hemos tratado de crear artificialmente las nacionalidades, pero no hemos podido forzar la naturaleza, y la unidad superior, derivada de componentes y fenómenos iguales, persiste á pesar de los hombres pequeños, que no han sabido comprender el sentido y las prolongaciones ineludibles de nuestra historia. Las nuevas generaciones se encargarán de derribar los últimos obstáculos, y si el siglo pasado saludó con admiración la unidad de Italia, y la de Alemania, el nuestro saludará con asombro la unidad de la América Latina. »

Tal dijo, y tal os repito, trasmitiendo el eco de la bella profecía.

EDMUNDO MONTAGNE.

Digitized by Google



Musa Nueva

I

Su altivo labio que á beber rehusa
En la fuente común tan sólo bebe
En el misterio donde vierte Hebe
Los maleficios de su plata abstrusa.

Por eso está tan pálida tu musa,
Que blanquea su albura entre la nieve...
¿ Hay algo más sutil, flúido y leve
Que el resplandor que lanza su difusa

Cabellera ? La lumbre de los astros
Es menos clara que sus alabastros...
Para sus hombros es pesado el velo

De las horas. ¡ Oh, musa solitaria,
Que amas la desnudez estatuaria
En la sonora libertad del vuelo !

II

Con tu arco y tu carcaj y tu pagana
Juventud, al ladrar de tus lebreles,
Vas por los verdes bosques de laureles
Resucitando el mito de Diana.

Amas la presa palpitante... Ufana
En los festines de tus versos, sueles
Endulzar tus angustias, con las mieles
Que liba, en su panal, la abeja humana.

Resplandece en tu aljaba de poesía
Que brilla al sol como bruñido esmalte,
De flechas y saetas un tesoro...

¡ De la maravillosa cetrería
Regresa hasta tu puño, el gerifalte,
« Trayendo del azul rimas de oro » !

Digitized by Google

III

Entre las rosas y los mirtos veo
Tu blanca aparición, que altiva llega,
Con su blanca y sutil túnica griega
Que ciñe al hombro un áureo camafeo.

Suspendes, como clásico trofeo,
Tu guirnalda en el ara, y á ella entrega,
Como ofrenda votiva, tu fé ciega,
Las más blancas palomas del Deseo.

Para cantar tu desnudez, no hay cuerdas
En las liras de hoy ; resulta exiguo
El tono del pincel, porque recuerdas

La belleza inmortal, que lapidario
Eternizó el cincel del arte antiguo
En la blanca quietud del mármol pario.

Envío.

¿ Quieres luchar, vencer, ceñir tus sienes
De coronas espléndidas? ¿ Quisieras
Tener vírgenes rubias prisioneras
En el ocio oriental de tus harenes?

¿ El misterio te induce? ¿ Acaso tienes
Sed de infinitos, y escuchar esperas
En la música astral de las esferas
El germinar de todos los Edenes?

¿Quieres oros sin fin? ¿Domar la rima,
Como á un potro salvaje? ¿Con tu Fama
Un reino conquistar? ¿Vivir encima

Del bien divino y del humano lodo?
¿Lo quieres todo, di?... ¡ La vida ama...
Pues teniendo su amor, lo tendrás todo !

FRANCISCO VILLAESPESA.

Digitized by Google

RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas, son tres niños abandonados.

El señor Pepe, apodado «Traga-Mirlos» *utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los grillos, que constituyen la base del comercio del* «Traga Mirlos», *y éste bautiza á la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de* «La Veterana». *De igual modo que el* Traga Mirlos, *recurre al auxilio de* La Veterana *don Ulpiano Covarrubias, fabricante de caretas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre* ***bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada.***

Don Ulpiano retiene á Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar á su servicio de un modo permanente.

Estrazilla acepta con entusiasmo tal proposición, y de esta suerte queda á las órdenes de don Ulpiano, quien le fija un salario, le viste, y le da albergue en su taller.

Poco después, encontramos á don Ulpiano en la famosa tertulia del Café del Iris, tertulia de revolucionarios. Conversan los reunidos acerca de los acontecimientos políticos, y en tanto, en la calle, se desarrollan las escenas diarias de motín y desorden que habían de preceder á la caída del Trono.

En tanto que don Ulpiano, preocupado y distraído, frecuenta poco el taller, Estrazilla aprovecha el tiempo acudiendo á la escuela en donde aprende á leer.

Don Ulpiano encarga al maestro que dé cuenta á Estrazilla del hallazgo de su madre, con objeto de tratar de reunirla de nuevo con su hijo. Los sangrientos acontecimientos á que dió lugar en Madrid el alzamiento del 22 de junio de 1866, demoraron la realización del plan dispuesto por don Anacleto y don Ulpiano. Este último combatió en las barricadas, y por milagro no fué preso. Pasada la tormenta, llegó el día en que Estrazilla había de saber el paradero de su madre

Don Anacleto llamó al muchacho, y le refirió cuantos datos había podido averiguar don Ulpiano acerca de la trágica historia de la madre de Estrazilla. El maestro expuso al protegido del escultor cuales eran los planes de éste, y su deseo de reunir á la pobre demente con su hijo, sacrificando para ello sus propios y escasos intereses. Por su lado, Estrazilla prometió contribuir al sustento de su madre, y así fué como todos estos proyectos se convirtieron en realidades, alojándose Estrazilla y su madre en el taller de Covarrubias. En las horas de descanso, Estrazilla se esforzaba en restablecer entre él y su madre la comunión de espíritu rota por la ausencia, primero, y por la locura de la pobre mujer, más tarde.

Mientras tenía lugar este drama íntimo en el hogar del buen Covarrubias, continuaban en Madrid las algaradas revolucionarias. Una intentona llevada á cabo por el general Prim, y fracasada, cuesta la vida á un íntimo amigo de Covarrubias, al capitán Pérez, fusilado por los gubernamentales. El mismo Covarrubias recibe poco después un anónimo, en el cual se le previene de que va á ser detenido por sospechoso.

«Sea como fuera, *Galaor* ó el diablo, que vendría á ser lo mismo, me avisa de que van á prenderme, y me aconseja que viva prevenido. ¿Qué previsión cabe?... ¿Fugarme?... Me agarrarían en la estación del ferrocarril ó en la carretera que tomase. ¿Con qué dinero, además, emprendería la fuga? — Porque unas y otras cosas han consumido buena parte de mis caudales... No hay más remedio que resignarse y esperar los acontecimientos.»

Así lo decidió, por fin, Covarrubias. No le espantó la idea de ser preso, ni era su ánimo propenso al miedo. Amigo de dar la cara y de ir contra la corriente, halló siempre en los riesgos una atracción que le sugestionaba.

(1) Véanse los números de *Mundial* correspondientes á los meses de Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio y Agosto de 1913.

Digitized by Google

El preso y sus conductores habían desaparecido á lo lejos.

Prefería lo difícil á lo fácil, lo dudoso á lo cierto, y soltaba el pájaro que tenía asido, para ver si cogía al que pasaba volando sobre su cabeza. La aventura le llamaba de continuo.

— En último término — concluyó — al ver que los policíacos no me decían « por ahí te pudras », puede que alguien sospechara que yo era de los suyos, y fingía el papel de amigo de los revolucionarios para vivir en la intimidad de sus secretos y explotarlos.

Y con este último raciocinio, hasta se alegró de que le fueran á honrar con la prisión ó el destierro. El generoso optimismo que en aquel espíritu palpitaba, inspirábale siempre dictámenes, más ó menos arbitrarios, con que alabar sus venturas y justificar sus desgracias.

Ello fué en el momento en que aquella misma noche llegaba al taller. Iba allí entonces con el propósito de entregar á *Estrazilla* unas facturas de maniquíes, hechos por encargo de un sastre de la calle de la Cruz, para que las cobrara, aumentando así el mermado peculio. Dos hombres de peludos bigotes, anchos sombreros y bastones recios, hallábanse á la puerta del taller. Ya habían preguntado á *Estrazilla* á que hora aportaba Don Ulpiano, y como la respuesta no fuera del todo clara, resolvieron esperar. Eran dos honorables esbirros, á quienes el Gobierno Civil había comisionado para la busca y captura del sopechoso. Al verle venir, pues ya le conocían, se fueron á él urbanos y melosos, diciéndole :

— Don Ulpiano, V. nos dispensará. Tenemos orden del señor Gobernador, de rogarle que nos acompañe al principal.

— ¿ Orden escrita, sin duda ? — preguntó Covarrubias.

— No, señor. Verbal. Es la costumbre. Pero podemos enseñarle nuestros bastones, que nos acreditan como agentes de policía.

Y uno y otro, con isócrono automatismo, como muñecos movidos por el mismo resorte, sacaron de los bolsillos interiores de las chaquetas sendos bastoncitos de puño de cobre, con sus cintas y borlas, que parecían juguetes de niños, pero que no eran en

Digitized by Google

verdad cosa de broma, sino emblemas de la más odiosa de las funciones tutelares y represivas del Estado.

Acercóse *Estrazilla* al ver aquello, y encarándose con el más alto de los esbirros, que era el que hablaba, le dijo, con muy mal talante:

— ¿ Es que Don Ulpiano es algún criminal para que Vs. lo prendan ?

— A ti, criaturita — replicó el policíaco — te debe tener eso sin cuidado. Los niños no se meten en las cosas serias.

— Tiene razón este señor — interrumpió Covarrubias. — Ellos cumplen una orden y lo hacen con la mayor compostura ... Esperen Vs. un momento, voy á dar órdenes á este joven y á recoger algunas cosas, y les sigo á Vs.

Miráronse los agentes el uno al otro, como si se consultaran sobre si debían acceder al deseo de Covarrubias. El que llevaba la voz, dijo :

— Perdone el señor. Eso no podemos hacerlo. La orden es de llevarle á V. sin tardanza, y de no permitir que hable con nadie, ni tome ni deje papeles ni objetos en su casa, ni en ningún otro lugar. Una vez que esté V. en el Principal, el señor Comisario es quien podrá autorizarle para lo que desea.

— Está bien — dijo Don Ulpiano.— Adiós, *Estrazilla*. No pases cuidado. Avisa á la señora Basilisa de lo que ocurre. Sin duda, mi detención no será larga, y desde luego me permitirán daros instrucciones de lo que hayáis de hacer.

Entre el asombro, la estupefacción y el terror que aquello le producía, Cayetano no acertó ni á hacer ni á decir cosa alguna. Quedóse mudo y como embobado, viendo alejarse á su amo y á sus aprehensores. Una pena muy grande le acongojaba... Luego, la ira se apoderó de él. Quiso echar á correr, agarrarse con los policías, abofetearles, arrancarles de las manos los garrotes y rompérselos en las costillas... Ya era tarde. El preso y sus conductores habían desaparecido á lo lejos.

XXVI

La noche.

Los lamentos de la señora Basilisa Turejano, cuando se enteró de la prisión de su amo, duraron toda la noche, que ella y *Estrazilla* la pasaron en vela, esperando verle entrar libre ó recibir las noticias é instrucciones prometidas.

— ¡ Bien te lo decía yo — exclamaba la buena mujer — bien te decía que Don Ulpiano corría peligro ! ¡ Estas revoluciones y trapisondas le habían vuelto el juicio! ¡Cuánto mejor le hubiera ido no ocupándose sino de su taller y de su trabajo, en vez de reunirse con gente peleona !... ¡ Segura estaba de que acabarían mal estas cosas...! ¡ Lo que yo sufrí el maldito veintidós de junio, no es para dicho!... ¡ Ya sabía yo que estaba tiroteándose con los civiles ! ¡ No sé como no le mataron ó le prendieron !... ¿ Para qué meterse con los gobiernos ni con nadie ?

— Eso no — dijo *Estrazilla*. — Lo que él ha hecho, bien hecho está. El no puede hacer nada malo. Cuanto piensa es bueno. Los santos no pueden equivocarse, porque hasta cuando parece que se equivocan, aciertan. Los que nos equivocamos somos nosotros, que á veces no sabemos entenderlos.

— ¡ Sí, sí !... ¡ Me vas tú á ganar á mí en saber lo bueno que es mi señor, y el talento que Dios le ha dado ! Eso lo sé yo mejor que nadie. Por algo vivo cerca de él tantos años... Es un decir, ya comprendes. Es que me da mucha lástima y mucha tristeza que nos lo hayan llevado. ¡ Dios sabe lo que harán con él !

En estas y otras semejantes lamentaciones pasaron la dolorosa velada. Cerca del alba, el cansancio rindió á Basilisa, que se quedó traspuesta, con la cabeza sobre el hombro.

Estrazilla no podía dormir. A los impulsos de ira y de venganza, que primeramente le habían dominado, siguieron otras impresiones de orden distinto. Atento al murmullo de la urbe que se dilataba en el nocturno silencio, anhelando descubrir en las caóticas y borrosas sonoridades el paso enérgico de Covarrubias, libre ya, de retorno á su casa, los sentidos del muchacho adquirieron la irritabilidad de las equivocadas percepciones. Era como si desde lejos alguien llamara ; una mano que se destaca de entre el hormigueo de la muchedumbre, y con gestos enigmáticos hace señas ; un golpecito que suena en el vidrio, y atrae la atención hacia la ventana ; una voz que deletrea vocablos de idiomas ignorados, y surge sobre el rumor polifono de la noche dormida ; el sobresalto que de improviso conmueve alma y cuerpo sin causa explicable ; un rostro siniestro y burlón que aparece entre los pliegues de la cortina, ó en la sombra de un mueble sobre el muro; la palpitación de lo misterioso; el latido del pulso de seres que sólo existen en el mundo de la imaginación, con lo cual tienen la medrosa realidad del absurdo; el chasquido de un germen vegetal que estalla en lo oscuro, como si quisiera elevar bruscamente en los aires, tallos, hojas y flores ; luces que no

Digitized by Google

Una semana había pasado sin que, durante sus largos días, se supiera cosa alguna del paradero y suerte de Covarrubias.

Digitized by Google

llegan á encenderse y cuyo resplandor, sin embargo, ofende la retina... ruidos, visiones, atisbos, sospechas de algo que se mueve, vibra, salta, bulle, cruje, chispea, reluce, se apaga, se acerca, huye, se desvanece... Todo eso que intranquiliza el sueño y excita la vigilia... El vago, informe, blando oleaje de lo que no es, estrellándose en los linderos de lo perceptible... La razón que desfallece en las horas de duda, dejándose caer en los brazos de la fantasía... El presentimiento que sin ojos ve, sin voz grita, defiende sin armas... « ¡ Ya está ahí ! — pensaba *Estrazilla*. — ¡ Siempre esperándola, siempre temiéndola ! ¡ Por fin ha venido ! ¡ Negra, fría, cruel ! ¡ Bien la conozco!... Es la misma que me perseguía aquella tarde cuando, al salir del Botánico, yo llevaba en vilo á la *señá* Salvadora, que se me iba muriendo en los brazos... Es la que heló su cuerpo y cerró sus ojos... Es la que hacía huir de mí las almas buenas y las manos caritativas en las noches de hambre... Es la que me empujó sobre la canasta del panadero para que yo robara aquella libreta... Es la que llenaba mi alma de odio y engarabitaba mis manos, yertas por la helada, queriendo convertírmelas en garras de bicho de presa... Sí, sí, sé que vas á llegar... Has esperado á que mi defensor se alejara. Has esperado á verme solo, solo con la madreniña, con la niña-vieja, que es todo inocencia, ignorancia, debilidad y miedo... ¡ Ah ! ¡ Pues nos veremos frente á frente !... ¡ Ya no es como antes !... Ahora he aprendido á defenderme. No, no podrás conmigo. ¡ Ven, ven... suerte negra ! ¡ suerte maldita ! »

Sonaron á lo lejos voces de borrachos, que al compás de desacordada guitarra canturreaban una copla de la musa popular servil :

« ¡ Viva la Reina !
¡ Viva Narváez !
¡ Y que mueran,
Que mueran,
Que mueran,
Los liberales ! »

Los perros que guardaban un tejar vecino ladraron, contestando á los ebrios cantores.

XXVII

Días sin sol.

Una semana había pasado sin que, durante sus largos días, se supiera cosa alguna del paradero y suerte de Covarrubias. Cayetano y Basilisa emplearon cuantos recursos les fueron dables para enterarse. Todo fué inútil. La incertidumbre se convirtió en angustia, la augustia en mortal desesperación. ¿ Habría muerto el hombre bueno, el hombre generoso y simpático ? Si aún vivía ¿ cómo no daba noticias de su existencia ?

Don Anacleto de la Redonda tampoco sabía nada de su grande amigo, si no es que el Inspector de Escuelas Municipales le llamó un día á su despacho, y con acres admoniciones le advirtió que debía guardarse de toda relación oral ó escrita con aquel peligroso revolucionario, á quien las dignas y celosas autoridades habían desterrado, en castigo de sus protervas maquinaciones contra el Trono.

¿ A dónde le habían desterrado ? Por fin, se supo. Galo Ortiz tuvo la caridad de ir una tarde al taller, á decir al ama de llaves de Covarrubias que éste había sido conducido en el tren á Alicante, que allí le habían embarcado con otros agitadores contumaces en la goleta *Buena Ventura*, y que este barco había zarpado para Fernando Poo, á donde tardaría en llegar sus tres meses y medio. No le había sido otorgado á Covarrubias permiso para comunicar con nadie, ni para escribir á sus criados, que de esta suerte se entendían entonces los derechos de la autoridad para con los ciudadanos. Galo Ortiz añadió que, al embarcar Don Ulpiano, iba con buena salud y excelente ánimo.

— Y demos todos gracias á Dios —concluyó el policíaco — porque algo más malo aún podía haberle ocurrido. En el Gobierno Civil hay un protocolo de informes contra Don Ulpiano que bastarían para perderle. Sus relaciones con el capitán Pérez y la conversación que tuvo con él en la capilla de San Francisco, han sido la causa de que se tomen en cuenta las anteriores denuncias, y se le envíe á Fernando Poo.

Las noticias de Galo anonadaron á *Estrazilla* y á la señora Basilisa. — « ¡ Ya no veremos más á nuestro amo ! » — pensaron ambos. Contábanse en tiendas y plazuelas espeluznantes referencias de Fernando Poo. Era aquélla una isla que estaba habitada por salvajes antropófagos. El clima era insalubre ; el calor tan grande que no se podía respirar. Se padecían unas calenturas perniciosas, que en pocas horas acababan con el hombre más recio. Y al que le respetaba la malignidad del clima le degollaban los indígenas, que eran gente feroz y bravía, enemiga de los extranjeros. Con estas referencias de la geografía popular, no es extraño que la deportación á aquella isla se estimara como una hipócrita sentencia de muerte.

Procuró tranquilizar al chico y al ama de llaves Galo Ortiz, diciéndoles que no era aquello tan malo, tan malo, y que Covarrubias,

Digitized by Google

que era hombre de poderosa salud, se aclimataría en la isla.

— En fin — añadió — en secreto, muy en secreto, les diré que todos creen que el destierro durará poco, porque... ¡ esto se va !... ¡ La Revolución no tardará mucho en vencer ! Pero eso guárdenselo Vds. muy adentro, y sobre todo, no digan á nadie que yo se lo he anunciado.

A pesar de estas esperanzas y seguridades, no se consolaron los tristes ni se tranquilizaron los afligidos. La inquietud de su desgracia les dejó durante largo espacio en la desolación y el anonadamiento.

Dos terribles interrogaciones surgían ante ellos, entre las tinieblas que ensombrecían su espíritu: — ¿ Qué iba á ser de Don Ulpiano? — ¿ Qué iba á ser de ellos?— En cuanto á la primera pregunta, mil fatídicas imaginaciones acudían con dolorosas respuestas. En cuanto á la segunda... ¡ bien pronto supieron á qué atenerse !

Habían consumido ya el escaso dinero que dejara Covarrubias. El dueño de la casa donde éste vivía, en la calle dela Parada, y el señor Canuto el Prendero, dueño á su vez según ya se ha dicho del viejo cocherón donde estaba el taller, como si se hubieran puesto de acuerdo y en el mismo día, notificaron á la señora Basilisa que era necesario que dejaran libres los locales. Desterrado Don Ulpiano, desaparecido acaso para siempre ¿ quién iba á pagar los alquileres ? El señor Canuto añadió algo más : dijo que no le convenía albergar gente sospechosa, cuya vida y milagros daba qué hacer á la policía. El era un hombre amante de la ley, no le gustaban las revoluciones ni las tracamundanas. Lo que el pueblo español necesitaba era paz y trabajo, y dejarse de lilailas de progreso, derechos y demás monsergas. Así es que la orden de expulsión fué acompañada de crueles agravios.

No le había sido otorgado á Covarrubias permiso para comunicar con nadie...

Pero aún añadió el señor Canuto otras amarguras á las que padecían los protegidos de Covarrubias. La obra de su casa iba á acabar; los albañiles daban la última mano, dejando el campo libre á carpinteros y vidrieros. *Estrazilla* fué despedido y se encontró sin trabajo, y por consiguiente sinlos dos realitos que cada día ganaba. ¿ Qué iba á hacer?... Fué á otras obras, solicitando ocupación. Pocas había entonces en la Villa y Corte. La tremenda crisis económica del país reflejábase en la paralización de las labores de todo género. La agitación nacional, la espectativa é inminencia de nuevos cataclismos y revueltas, habían puesto en fuga al dinero, siervo de la dicha, ruin como el ladrón que le roba, tímido como el avaro que le guarda. La miseria pública había llegado á extremos pocas veces vistos en España.

— ¿ Tú, quién eres ? — le preguntaban los maestros de obras y contratistas de construcciones á quienes pedía trabajo.

Daba *Estrazilla* las debidas explicaciones con honrada y leal sinceridad; y al oirlas, una rotunda y seca negativa ponía término á la conversación. Sobraban jornaleros. Los mejores, los más acreditados, se morían de hambre por falta de ocupación. ¿ Cómo iba á serles preferido un muchacho vagabundo, con antecedentes poco reco-

Digitized by Google

mendables, que apenas había comenzado á aprender el oficio? Se le exigían referencias que acreditasen su buena conducta. El no podía darlas. Quien unicamente le conocía, le estimaba y le hubiera prestado la garantía de su recomendación, iba dando tumbos camino de las islas mortíferas... El horizonte se cerraba delante de *Estrazilla*, como el lúgubre muro de una cárcel.

Consultó la Señora Basilisa con Don Anacleto, lo que podría hacerse de los trastos, herramientas y muñequería de la casa y el taller de Covarrubias. No había donde guardar aquello, ni fondos con qué alquilar otro local en que fueran depositados. Después de largas conferencias se convino en venderlo, y en que el maestro guardara el producto de la venta, hasta que Don Ulpiano pudiera recogerlo ó disponer de ello. Prestóse el señor Canuto á la operación, y mediante unos cuantos reales se hizo señor y dueño, de los miserables trebejos. La señora Basilisa buscó casa en qué servir, y se acomodó en medio de su tristeza mejor de lo que pensaba, hallando colocación conveniente, porque era limpia, honrada, diestra cocinera y una fiera trabajando.

¿ Y *Estrazilla* ? ¿ Y Aurora Donis ?

Don Anacleto y el suegro de éste les socorrieron cuanto les fué dable, pero eran tan pobres, que no podían permitirse el lujo de la caridad. Con lo poco que Cayetano reunió de estas dádivas, y con un napoleón que le había regalado Basilisa, refugióse en un cuartucho que, por tres pesetas al mes, alquiló en los corrales de Mahudes, y allí se instaló con su madre, entre montones de estiércol que hozaban cerdos y picoteaban gallinas. Volvía *Estrazilla* al mercado de la Cebada y á la estación de Atocha, con la soga al hombro, buscando canastas ó equipajes que portear. Allí encontró á sus antiguos compañeros de las aulas del hambre y de la picardía: el *Renco*, *Gil Blas*, el *Vieja*, el *Gibao*, el *Calzitas* y el *Reventón*.

— ¿ Dónde te habías metido ? — le preguntó el *Gibao*. — Nos dijeron que habías resultado hijo de una señorona, y que te habías metido á señorito.

— Ya lo ves — dijo *Gil Blas*. — ¡ Señorito de la soga al hombro !

XXVIII

Exodo.

Un sábado en que la Reina volvía de la tradicional salve de la Iglesia de Atocha, se había reunido, por azar, frente al Botánico, una multitud de mendigos. La pobretería ambulante y pedigüeña infestaba Madrid, llenaba las calles, se agolpaba á las puertas de templos, cafés y mercados, formaba legión astrosa y repugnante, importunaba con las demandas de limosnas y con la canturia lastimosa. La retirada de capitales, la paralización de las obras, la clausura de talleres, el largo síncope que sufría la vida industrial por consecuencia de los sucesos políticos, los pronunciamientos, las persecuciones, los fusilamientos y los destierros, habían aumentado prodigiosamente el siempre copioso batallón de los famélicos.

Pero aquel día, como si se hubieran dado cita los hampones, andrajosos, galloferos y picaños, en la infinita variedad de las jerarquías de la mendicidad y la briva, se habían juntado frente á la Platería de Martínez para ver pasar á la augusta Soberana. Sorprendió aquella reunión, no justificada en tales lugares por reparto de ranchos, pan ó socorro de ninguna especie, y averiguando la policía la causa de ello, supo que ciertos agentes revolucionarios habían hecho correr la voz entre los mendicantes, de que iban á distribuirse en el paseo de Trajineros espléndidos donativos, de orden de Isabel II. Proponíanse de este modo ofrecer á la Reina el lamentable y vergonzoso espectáculo de las mesnadas de la miseria, en contraste con las brillantes carrozas de la Corte, los uniformes áureos de la comitiva, y el lujo oriental de caballos y palafreneros.

Cuando la pobretería congregada se enteró de que se habían burlado de su miseria, prorrumpió en gritos y denuestos. Todo el rico vocabulario de la baja plebe irritada y vengativa se volcó estrepitosamente, y fué como si las letrinas reventaran sobre la vía y la inundaran ; y eso coincidió con el paso de la Reina y su comitiva.

Bastó semejante acontecimiento, para que el gobierno dispusiera expulsar de Madrid á cuantos careciesen allí de domicilio, y no tuvieran asegurada la subsistencia con jornales ó trabajos fijos. Regía entonces una ley llamada « ley de vagos », que se aplicaba con intenciones políticas cuando convenía, y en sus artículos se hallaba fundamento de derecho para la orden á que el puntual cronista se refiere.

¡ Bien trabajaron entonces la Guardia civil, la Guardia rural, recién creada, y la policía ! Dieron batidas por todas partes, cernieron rudamente al vecindario, separando á los ricos, acomodados y pudientes de los menesterosos que carecían de hogar y modo conocido de vivir; y á éstos les obligaron á marchar por las carreteras, unos con des-

Digitized by Google

tino á los lugares de su nacimiento, aunque en ellos no tuvieran ya ni familia ni amigos, otros al acaso, en busca de pan ó de la muerte.

Este éxodo de los guiñapos evocó remembranzas medioevales, hiriendo la generosa y delicadisíma caridad del pueblo madrileño, y marcando con sello afrentoso á la administración de aquella Monarquía que se desplomaba.

Los ojeadores de los barrios altos de la Corte dieron con Cayetano en su pocilga de Mahudes.

— Marcha — le dijeron.

— ¿ Adónde ? — preguntó el muchacho.

— Adonde quieras. Aquí no puedes seguir.

— ¡ Tengo madre y está enferma!

— El viaje le sentará bien.

— ¡ No tengo dinero !

— Tal vez lo encuentres andando por los caminos. En Madrid se ha acabado... Si mañana á estas horas no has salido de la Villa, tú irás al Saladero y tu madre al Modelo.

Los policíacos se alejaron. *Estrazilla* entró en su cuartucho, donde Aurora permanecía siempre. Aquella orden de emigrar, cruel é inesperada, no le causó tristeza sino ira, y lejos de acobardarle se animó con ímpetu de energía. Venía á ser como el resumen y el complemento de las torturas impuestas á Cayetano desde el nacer. Un pasado negro iba á enlazarse en doloroso nudo con un porvenir de martirio... Sintió derramarse la amargura en lo más hondo de su ser. Era como si allá dentro se hubiera roto una vena, y destilara gota á gota un licor acerbo... ¡Por vez primera supo el niño á lo que sabía el odio !... Miró á la ciudad, que á lo lejos erguía las chimeneas de sus fábricas y las cúpulas de sus palacios, y en aquella mirada puso fulgores de rabia.

—¡Esto es así hoy! — pensó ó dijo. — ¡ Veremos mañana !

XXIX

¡En marcha!

— Madre — dijo Cayetano apenas nació el nuevo día. — Nos vamos. Coma V. este pedazo de pan y esta manzana. Vamos á andar mucho.

La vieja-niña exclamó :

— ¡ Sí, vámonos, vámonos ! Esto es muy triste. — Y una risa de infantil júbilo iluminó su rostro.

Había recogido Cayetano en un costal la ropa, los zapatos, todo el ajuar de su pobreza, y cargándolo sobre la espalda salió á la puerta. El sol aparecía radiante tras los altozanos de Chamartín.

—¿ Y adónde vamos ?— preguntó la mujer.

— Ahora, hacia San Agustín. Puede que allí encuentre yo trabajo en las obras del canal... Luego, no sé.

— ¿ Siempre conmigo ? — añadió Aurora cogiendo á su hijo por un brazo.

— ¡ Siempre ! ¡ Siempre !... ¡ Siempre juntos !... ¡ V. es mi vida, por V. sólo quiero vivir !... Su compañía me dará ánimo... ¿ Lo tendrá V. ? ¿ No se cansará V. de andar, andar días y días ?

—¡ No, no me cansaré!...¡aún tengo fuerzas !

— Pues en marcha... Vamos... apóyese V. en mí.

El hijo y la madre comenzaron el viaje por los tristes caminos.

FIN

Digitized by Google

CABEZAS

FEDERICO GAMBOA

Por RUBEN DARIO

Paso á paso, ganado á puro cerebro y á puro carácter, Federico Gamboa ha llegado á uno de los más altos puestos del Gobierno de su país : á la Cancillería mejicana. Hablando de su desaparecido hermano José María, y de él mismo, escribía hace años en su *Diario*... « Secreta satisfacción de vernos él y yo ascendiendo por nosotros mismos, sin ayudas que nos enrojezcan, ni apoyos que nos avergüencen ó humillen ».

No habrá uno solo de sus compatriotas que no aplauda su reciente nombramiento, pues sus principios siempre han estado basados, ante todo, en un profundo amor á su patria. Oid sus palabras : « La idea de Patria — la patria en forma de carta geográfica á veces, y á veces de abstracción luminosa — acariciándome de lejos... Desligamiento con gobernantes y partidos políticos... » Esto demuestra la razón de las generales simpatías. Ni al César mismo — ese César anciano y fuera del poder á quien habrá que aplaudir por las enormes etapas de progreso que hizo adelantar á Méjico — se acercó nunca Federico Gamboa con bajas adulaciones, ó súplicas de granjería. El verdadero valor del nuevo Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos Mejicanos es completamente individual : lo constituyen el talento, su nobleza de espíritu, su voluntad, una limpia, larga y honrosa carrera diplomática, y un alto nombre literario que contribuye á la gloria de su país.

¿ Quién que conozca al Sr. Gamboa no está seguro de que sus prestigios morales é intelectuales no contribuirán á pacificar y á hacer brillar en una nueva era, la nación cuyos intereses internacionales hoy le toca dirigir? Mas hablaré de su obra literaria, que es lo que con mi competencia mejor se aviene.

Es, ante todo, Gamboa, independiente y personal : « Mis escritos y mis actos siempre obedecieron á mis propias inspiraciones ». Pocas páginas autobiográficas más decisivas y más conmovedoras que la dedicatoria de MI DIARIO : « PARA MI HIJO. PARA CUANDO SEPA LEER » ; páginas de gran literatura y de gran corazón ; un gran corazón ordenado. *Le cœur a son ordre*, dice Pascal.

Sabe del mundo, sabe de la vida, lo cual es decir que sabe de amor y de dolor. Y una vasta piedad impregna toda su obra.

Yo le conocí en Buenos Aires, en la tertulia literaria de Rafael Obligado. Ya había publicado sus « Esbozos contemporáneos », DEL NATURAL, y APARIENCIAS. Se encontraba al frente de la legación mejicana como Encargado de Negocios, por ausencia del Ministro Sánchez Azcona. El ingenio y el *charme* personal de Gamboa le hacían grato á todos. Allí dió á la imprenta su volumen de *Impresiones y Recuerdos*. Después vendrán, ya alejado de la República Argentina, *Suprema ley*, *Metamórfosis*, *Santa*, *Reconquista*, y dos volúmenes del *Diario*. En estos días debe aparecer *La llaga*, por la casa « Renacimiento », de Madrid. Todo esto — recuerdos y novelas — fuera de su labor para el teatro. En todo terreno ha recogido aplausos y laureles. Su estilo es castizo en dicción, y libre en ideas. Su filosofía es sana y alta ; y si alguna vez hubiese vacilado en sus creencias, la experiencia vital y el misterioso influjo de lo divino le han apuntalado el alma. Por ello, en el fondo de sus novelas, de sus obras dramáticas, hay mucho de reconfortante. « Las novelas de Vd. me hacen meditar — le escribía en una ocasión aquel brillante espíritu que se llamó Gustavo Baz — y guarde Vd. este elogio que, sobre ser sincero, viene de un lector asiduo de Balzac, y de un comentador escuchado de Stendhal ». Y el sutil Domingo Estrada, entre otros entusiásticos juicios : « *Metamórfosis*, al menos bajo ciertos puntos de vista, puede compararse con las mejores novelas de Pereda, de Valera y de Pérez Galdós ». Y más adelante : « El secreto del encanto que su libro produce, y que hace que no se pueda dejarlo de la mano una vez comenzada su lectura (yo me he pasado cuatro noches sin poner un pie en la calle¡ en París !...), finca principalmente en el estilo. No conozco otro que sea más sencillo sin vulgaridad, más imaginado sin pedantería, más elegante sin esfuerzo ».

No es Federico Gamboa de aquellos pensadores meritorios de quienes se pueda temer que, por los cuidados y pasiones de la política, abandonen la labor mental, que constituye lo más característico de su personalidad. El hombre de estado cumplirá como bueno en sus tareas, y su discreción y su conocimiento de los graves asuntos en que habrá de ejercitar su pericia, no han de quitarle ni la vivacidad y frescura del ingenio, ni el pensamiento creador, ni el *intelletto d'amore* para su pasión artística.

Otras obras vendrán, llenas de amor humano y de fé en la suprema Idea, que enriquecerán mayormente el acerbo intelectual

Digitized by Google

Federico Gamboa.

de su patria me,icana, ó mejor dicho, de nuestra América ; otras novelas, otras obras para el teatro, y otros posteriores volúmenes de ese *Diario*, tan lleno de ideas, tan interesantemente anecdótico, y que fué dedicado desde su primer tomo á un mi joven amigo que ya sabe más que *leer*... el hijo amado, Miguel Félix Gamboa y Sagaceta.

Digitized by Google

Resultado de Nuestro Concurso Literario

Acta que nos comunica el Jurado, y que publicamos integralmente :

Los abajo firmantes, Rubén Darío, Enrique Gómez-Carrillo, Ricardo León, Ernesto Martinenche y Amado Nervo : presidente el primero y vocales los últimos del Jurado constituido para examinar y calificar las poesías, comedias en un acto, y cuentos inéditos presentados á los respectivos concursos literarios abiertos, en los países hispano-americanos, por las revistas *Mundial* y *Elegancias :* vistos detenidamente los citados originales, y comparado su mérito respectivo, deciden :

1º Conceder el premio de MIL FRANCOS (1.000 francos), ofrecido á la mejor comedia en un acto, á la titulada *Fuego entre Cenizas*, de la que es autor Don Antonio G. DE LINARES, español, domiciliado en París.

Conceder también una mención especial al poema representable titulado *El Beso del Mar*, del que es autor Don Ladislao LOPEZ NEGRETE, mejicano, domiciliado en Méjico.

Estos artículos han sido votados por completa unanimidad.

2º Conceder el premio de QUINIENTOS FRANCOS ofrecido á la mejor poesía, á la titulada *La Epopeya del Cóndor*, cuyo autor es Don Gabriel MUTIS, colombiano, domiciliado en Bogotá (Colombia).

Conceder menciones especiales á los poemas siguientes : *Sancho Panza Contemporáneo* y *Los Atormentados*, originales ambos de Don M. R. AREVALO MARTINEZ, de Guatemala; *Los Versos son Príncipes*, de Don M. A. GOMEZ JAIME, de Bogotá; *Alma Adentro*, de Don Gastón DEL ROBLE, de Manatí (Puerto Rico); *El Alma del Arte*, de Don Andrés BOLARIN, de Murcia (España); y *La Canción de las Antillas*, de Don Luís LLORENS TORRES, de San Juan de Puerto Rico.

Estos artículos han sido votados por completa unanimidad.

3º Declarar desierto el premio de MIL FRANCOS ofrecido al mejor cuento, por no haberse presentado original alguno que merezca tal recompensa. Este artículo ha sido votado por mayoría del Jurado.

Sin embargo, consultado por la Administración de las Revistas *Mundial*

Digitized by Google

y *Elegancias*, acerca de la oportunidad de dividir el premio ofrecido para el Concurso de cuentos en tres partes, y consagrar éstas á premiar el mérito relativo de los tres mejores cuentos presentados, el Jurado ha designado como dignos de estos premios parciales á los originales siguientes :

Ante todo, y por unanimidad, ha sido designado como primero entre ellos el titulado *Córdoba Triste*, del que es autor Don Luís RODRIGUEZ EMBIL, cónsul de Cuba en Viena.

En segundo término, han sido votados por mayoría los originales titulados *Senda de Milagro* y *El Ciego*, cuyos autores son respectivamente Don Fernando PONTES y Don J. F. FERNANDEZ VIÑAS, domiciliados ambos en Madrid.

En último lugar, han sido designados como dignos de mención los trabajos siguientes : *Cuento de Aldea*, de Don José GARCIA VELA, de Gijón (España); *Iras de Dios*, de Don Eduardo L. DEL PALACIO, de Orense (España) ; y *Los Gafos*, de Don J. SERRANO DORADO, de San Sebastián (España).

Teniendo en cuenta los anteriores datos, la Administración de *Mundial* y *Elegancias* decide conceder un premio de quinientos francos á Don Luís RODRIGUEZ EMBIL, por su cuento *Córdoba Triste*. De igual modo, la citada Administración de *Mundial* y *Elegancias* premia con DOSCIENTOS CINCUENTA FRANCOS á Don Fernando PONTES, por su cuento *Senda de Milagro*, y con DOSCIENTOS CINCUENTA FRANCOS á Don J. F. FERNANDEZ VIÑAS, por su cuento *El Ciego*.

Firmado en París, el 29 de Julio de 1913.

El presidente del Jurado :
Rubén DARIO.

El secretario del Jurado :
Charles LESCA.

Los Vocales del Jurado :

E. MARTINENCHE,
Gómez-CARRILLO,
Ricardo LEON,
Amado NERVO.

Los Administradores de Mundial y Elegancias :

Alfred et Armand GUIDO.

Digitized by Google

EN SILENCIO

Por EDUARDO HERRERA

¿ No habéis leído aún el libro que os presté? — preguntó Pablo á Beatriz, rompiendo el largo silencio que pesaba sobre ellos. — Quisiera que me hablarais de él.

Apoyada en la blanca balaustrada, Beatriz miraba el mar. Era la hora del crepúsculo. Un rojo rayo de sol moría sobre su frente de virgen prerrafaélica, que surgía admirable entre las anchas bandas de su cabellera lisa y brillante como el oro. Sus vestidos ágiles y flotantes caían de sus hombros en pliegues de una sencilla gracia; y el cuerpo, algo inclinado, dibujaba una suave curva en el aire resplandeciente.

— Pensaba en él mientras callábamos — contestó ella — pensaba en él, porque ha descorrido en mi alma el velo de un oculto misterio. Pero no creáis que lo he leído todo. Me he detenido en el primer capítulo. Es necesario que lo lea muchas veces, es necesario.

— ¡ Y qué digna sois de leerlo, Beatriz ! ¡ Cómo vuestra bella alma pensativa ha debido comprender las páginas de « El Silencio » ! ¡ Cuántas verdades, ya presentidas, han debido brotar ante vuestros ojos lucidísimos, por la virtud poderosa de la forma en que Maeterlinck ha sabido hablarnos de cosas innombrables, de algo que se halla en otras esferas, y que un trío pensamiento no podría jamás alcanzar ! Vos sois digna de leerlo, Beatriz, por vuestra fé.

La alabanza del amigo era para ella una herida dolorosa. Comprendía que él la admiraba por su rara inteligencia, por su extrema sensibilidad, por aquel prodigioso poder de comprensión que ella manifestaba para las cosas bellas. Pero esta admiración intelectual, por ardiente que fuera, no podía satisfacerla, porque ella amaba á Pablo con un profundo amor jamás expresado, que guardaba, como una llama divina, en el inviolado santuario de su alma.

Ella había aparecido á Pablo como una rara criatura inteligente, capaz de comprender las más profundas verdades, capaz de sentir hasta la exaltación, las harmonías de los dioses expresadas por los maestros en las obras magníficas. Había aparecido como una reveladora, como una extraña criatura sibilina, prodigiosa intérprete de todos los signos, y en la admiración del artista hacia ella había un obscuro temor y una religiosa veneración. Pero desde el primer momento apareció lejanísima, intangible, envuelta en el blanco manto de su pureza.

Después, él encontró en ella la amiga única, la mujer fuerte depositaria de sus sueños, la consolatriz admirable en cuya inmensa ternura podía reposar y calmarse su alma colmada de ilusiones. Ella le inspiró la confianza en la vida cuando él reía aún. Fué ella la confidente de sus primeras tristezas, y sus manos — manos bellísimas impregnadas de amor — sostuvieron su frente y recibieron sus primeras lágrimas.

El la amaba también. Pero su amor era un amor casi filial. La quería como se quiere á una madre joven y hermosa que ha coronado nuestra frente con las más bellas esperanzas, y nos ha señalado en el firmamento el resplador de nuestra estrella.

A veces la sentía superior á él, más cerca que él del misterio. Y aparecía siempre, como en el primer momento, lejanísima, intangible, envuelta en el blanco manto de su pureza.

La puerta del amor se había cerrado para ellos desde el primer silencio. Ella había esperado en vano en el dintel, y él había pasado, como un ciego, sin hacer caso del mudo llamamiento de un alma. Beatriz sintió que su destino había sido fijado, comprendió la inutilidad de su amor, y lo encerró para siempre en el más oculto santuario de su alma. Dispuesta al sacrificio, no interrogó, pero sintió obscuramente lo inevitable.

Y ahora comprendía ella algo del misterio. Las páginas de Mauricio Maeterlinck habían descorrido muchos velos. Su alma se

Digitized by Google

— ¿ No habéis leído aún el libro que os presté ?

había detenido, absorta, sobre el primero de esos trece admirables capítulos.

— ¡ Qué digna sois de leerlo, Beatriz !

Las palabras del amigo resonaban dolorosamente. Inclinóse, tomó el libro, y leyó :

« Si todas las palabras se asemejan, todos los silencios son distintos, y casi siempre depende todo un destino de la *calidad* de ese primer silencio que dos almas van á ocasionar. Hay mezclas, no se sabe donde, porque los receptáculos del silencio se hallan situados muy por encima de los receptáculos del pensamiento, y el brevaje se torna siniestramente amargo ó profundamente dulce. Dos almas admirables y de igual poder son capaces de dar nacimiento á un silencio hostil y se harán en las tinieblas una guerra sin cuartel, mientras que el alma de un presidiario *se callará divinamente* con el alma de una virgen. No se sabe nada de antemano, y todo esto ocurre en un cielo nunca previsto, y he aquí por qué los amantes más tiernos aplazan con demasiada frecuencia, hasta las últimas horas, la solemne entrada del gran revelador de las profundidades del ser. »

« Es que saben también — porque el amor verdadero vuelve á los mas frívolos al centro de la vida — es que saben también que todo lo demás era un juego de niños, y que entonces es cuando caen las murallas y se abre la existencia. Su silencio valdrá lo que valen los dioses que encierran, y si en aquel silencio no se entienden sus almas, no podrán amarse porque no se transforma el silencio. Puede elevarse ó descender entre dos almas, pero su naturaleza no cambiará nunca, y hasta la muerte de los amantes tendrá la actitud, la forma y el poder que tuvo, cuando por primera vez entró en el aposento. »

— He aquí — dijo Beatriz, cerrando el libro — explicado el misterio infinitamente doloroso de una vida, y el doloroso destino de aquéllos que no supieron callar juntos. Nada hay tan terrible como esa obscura y formidable separación de dos seres que parecen entenderse en la luz.

Había tal tristeza en su voz, que Pablo, sorprendido, la miró.

— Parece que lo hubierais sentido — di-

Digitized by Google

jo. — ¿Qué secreto guardáis, Beatriz? Decídmelo, decídmelo.

Ella no contestó. Sus pálidas mejillas enrojecieron un poco. Su frente de virgen prerrafaélica, sobre la que moría un último rayo de sol, inclinóse aún más. Y quedó así un instante, temiendo que él leyese en sus ojos el cruel secreto.

— Decídmelo, Beatriz, decídmelo.

Ella sentía desgarrársele el corazón, como si una mano furiosa lo estrujara violentamente; sentía subir á su garganta, á borbotones, las palabras de amor. Hubiera querido arrojarse á sus pies y gritarle, gritarle que le amaba, infundirle en un beso el soplo ardiente de su amor, incendiarle en su propia llama para siempre, inextinguiblemente. Pero sentía la presencia formidable del enemigo invisible, que les había separado desde el primer momento. Veía el alma de él cerrada para ella por la eternidad...

« Casi siempre depende todo un destino de la *calidad* de ese primer silencio que dos almas van á ocasionar... Puede elevarse ó descender entre dos almas, pero su naturaleza no cambiará nunca, y hasta la muerte de los amantes tendrá la actitud, la forma y el poder que tuvo, cuando por primera vez entró en el aposento. »

Ella había sentido enormemente estas palabras, y su alma, llena de fé, creía en ellas como en un dogma.

— Decídmelo, Beatriz, decídmelo.

Ella le miró un instante. Su alma, elevándose por encima de la tristeza presente, vislumbró un vasto horizonte de felicidad. Creyó una vez más en la virtud de su amor. Comprendió que una sola palabra suya podía romper el encanto, y alejar para siempre al enemigo. Y la palabra ascendió á los labios, y murió allí en un estremecimiento. Fué la última esperanza. La pregunta dolorosa resonaba aún. Ella contestó al fin:

— Yo nada podría deciros. Son cosas que apenas pueden tocarse. Y sin embargo, en las páginas de ese libro, en los párrafos que os he leido, he creido vislumbrar la clave del más doliente misterio de mi vida.

El calló, porque en su alma se generaba una obscura sospecha, porque tuvo el presentimento de no ser extraño á ese dolor.

Así permanecieron algún tiempo.

— Este silencio es horrible — dijo de ponto ella, temblorosa de terror. — Leed, Pablo, leed.

El cogió el libro, y comenzó á leer.

Apoyada en la blanca balaustrada, Beatirz miraba el mar. Su frente de virgen prerrafaélica pareció inclinarse bajo el peso enorme de la sombra. Su cuello grácil y ágil, doblegado en la tristeza, era como el símbolo de un sacrificio. Sus vestidos flotantes, cayendo de sus hombros, parecían llevar entre sus pliegues la trágica tristeza de la renunciación.

El mar estaba inmóvil bajo aquel maravilloso crepúsculo de setiembre. El cielo, de un azul profundo, algo violáceo, parecía sostener en lo sumo ligeros cortinajes de nubes, que iluminaban los últimos rayos del sol. En el horizonte, anchas bandas de púrpura y oro, brillantísimas, semejaban masas enormes é informes de regios despojos. En un brusco recodo de la costa, todo lleno de sombra, el agua adquiría una extraña tonalidad verdosa. En el extremo límite del agua aparecía una isla, como una prodigiosa visión en la maravilla del color. Y la infinita transparencia del aire la hacía aparecer casi tangible.

Beatriz, sumida en honda meditación, oía como en un sueño la voz del amigo que leía bajo aquella luz espléndida, bajo aquel cielo admirable, coloreado con la magnificencia que hay en las telas de los artistas venecianos.

En su inconsciencia, Pablo era á veces cruel. Sin sospechar el silencioso martirio del alma de la pobre amiga, le hablaba de sus sueños de amor, de sus pasiones locas y fugaces, de su fatigosa peregrinación en busca de la Elegida.

Y las luces y las sombras que él sabía poner en su voz, el ardor con que hablaba de una mujer inmensamente amada, la tristeza profunda de una ilusión deshecha, se reflejaban en el alma de ella y repercutían, estremeciéndola, ahondando más aún la herida no cerrada.

Ella le había visto vagar incesantemente por la vida, con los ojos cansados, sin encontrar nunca la mujer digna. Y hubiera querido decirle: « No busques más, no busques más. A tu lado se halla la que puede conducirte seguramente por el camino de la luz, la que puede llevarte á las más altas cumbres. ¿Por qué, si sabes que puedo comprenderte, no vienes á mí? ¿Por qué no me abres las puertas de tu alma? Mi alma ha llamado á ellas, y tú no la has oído. Yo soy la fuente de todo consuelo. Yo, que he ensalzado tus primeras esperanzas, podría ofrecerte mi seno para que en él reposaras tu cabeza cansada. Allí adquirirías nueva fuerza y nueva vida, y los sueños que allí germinarían, serían sueños magníficos. »

Y él era como un ciego que constantemente buscase algún objeto muy precioso, sin saber

Digitized by Google

El cogió el libro, y comenzó á leer.

que puede dárselo el lazarillo que le conduce de la mano por los caminos.

La presencia de él era para Beatriz un martirio y una alegría inmensa. Temía sus palabras, y temía aún más su silencio. La voz de él era para ella como una música deliciosa, y sin embargo ¡cuántas veces había sentido la tortura de las palabras crueles! Pero, el silencio ponía entre ellos una infinita distancia. Ella veía el alma de Pablo

Digitized by Google

cerrada para siempre; sentía que le era hostil. El silencio era un fardo insoportable, una atmósfera pesadísima que no la dejaba respirar.

Una sola cosa había sido hasta entonces el consuelo de la pobre alma dolorida. Pablo no había amado aún, con amor profundo, á mujer alguna. Sus amores habían sido ardientes, pero rápidos y fugaces, como centellas. Una vez creyó haber encontrado, y Beatriz, temblando, esperó. Pero el palacio de aquel amor se derrumbó de improviso con estrépito. Y si Pablo no era de ella, otra tampoco le había poseído enteramente. Aún podía conservarle para ella sola.

Pero un día, una pequeña duda surgió en su espíritu, se extendió, creció, y pareció envolverlo todo en su inmenso manto obscuro. Fué una duda terrible, lacerante. Y más que una duda, fué un doloroso vislumbramiento de lo que ya pasaba

El nada había dicho aún, pero Beatriz lo comprendió todo. Vió aparecer entre ellos, en el silencio, la sombra de la mujer amada.

Todo estaba perdido, todo estaba perdido sin remedio. La sombra de la enemiga apareció trágica y devastadora, y era su gesto un gesto de dominación pidiendo el completo vasallaje. Y ella vió el alma del amigo alejarse, alejarse cada vez más. Y temió más aún su silencio, y más aún temió sus palabras. Las palabras que habían de hacer tangible la certeza presentida. Un día, las sintió llegar. Las vió dibujarse, imprecisas, en los labios de él, pero no brotaron porque no era aún llegado el tiempo. Ella vivió desde entonces en continuo sobresalto, esperando el martirio. Hubiera querido provocarlo, apresurarlo, decirle que todo lo sabía, que era ya inútil ocultar más.

— Beatriz, tengo que hablaros.

La hora de la terrible confidencia. No dijo una sola palabra, ni pretendió huir. Humildísima, inclinó su cuello grácil y ágil, que era como el símbolo de un sacrificio.

— Tengo que hablaros largamente. La luz del alba ha resplandecido al fin.

Largo también sería el martirio, enorme el sufrimiento. ¡ Qué importaba ! Era necesario sufrir, sufrir mucho, hacer inmensa la llama del dolor, para que su alma toda entera pudiera llegar á las regiones divinas. Todo en ella tendía al sacrificio. Era una pálida hostia dispuesta á ser consumida.

— ¿ Iréis, Beatriz ?

— Iré.

Pronunció la palabra débilmente, porque un obscuro instinto de rebelión había surgido en el fondo de su ser, pero tan imperceptible que ella no pudo sentirlo.

* * *

Ella le esperaba en la terraza, en aquella blanca terraza que daba al mar, en donde habían leído — no hacía aún mucho tiempo — las páginas admirables del libro de los humildes, en las que ella había creído vislumbrar la clave del doliente misterio de su vida. Lugar rodeado de prestigio y de ensueño que traía al alma de la mártir, en la espera silenciosa, el recuerdo de un pasado envuelto en una dulce melancolía. Y del amor que allí había brotado sugerido por las palabras bellas, por aquel religioso respeto, por aquella mística unción con que él hablaba de las cosas del arte, por aquella potente llama que ella sentía arder en él.

Todas las esperanzas, todas las ilusiones habían huído al presente. Arrebatándoselo para siempre, la otra le llevaría lejos, muy lejos, á ciudades maravillosas, donde le embriagaría de amor. Y ella quedaría sola, infinitamente sola, con su tristeza y con el recuerdo de sus sueños.

Oyó el ruido de sus pasos. Y él apareció sonriente, como rodeado de una aureola de felicidad.

« La luz del alba ha resplandecido al fin », habían sido sus palabras.

Estrechó la mano de la amiga, y se sentó á su lado.

— ¡ Qué feliz parecéis, Pablo ! — dijo ella.

— Todo en mí debe decirlo — contestó él. — Mi alma se ha llenado hasta los bordes.

Beatriz pensó que todo en ella también debía delatar su infinita tristeza, pero que la felicidad y la alegría habían cerrado los ojos del amigo.

— ¡ Ah, Beatriz ! sólo vos podéis comprender mi júbilo, vos que me habéis inspirado la confianza en la vida, que habéis sostenido siempre en mí la esperanza del feliz encuentro. Erais vos la anunciadora.

Ella se estremeció, oyendo resonar como un himno triunfal estas palabras. Palidísima, sintiendo su alma ensombrecerse, aclararse, hacerse múltiple y diversa, le oyó hablar de los primeros encuentros, de la visión clarísima del porvenir sugerida por la imagen de la mujer bella, en la que parecían vivir todos los sueños de aquel sentimiento de obscuro temor, que le había alejado de ella en el primer momento.

— Mis amores han vivido mucho tiempo en el silencio, como los vuestros, Beatriz, como aquellos amores de los que no habéis

Digitized by Google

Estrechó la mano de la amiga...

querido hablarme. Pero los silencios que yo he vivido con ella, eran silencios admirables. A vos, que creéis en las relaciones de las almas más allá de nuestros cuerpos, puedo yo hablar de estas cosas. Yo he sentido, en el silencio, el encuentro de nuestras almas, y he sentido llegar hasta las raíces de mi ser el estremecimento de su amor.

Evocada por estas palabras, surgió en el alma de Beatriz la visión fantástica de esos amores. Vió las dos almas, estrechamente unidas, vagar lentamente por raros parques silenciosos, envueltos en claridades de misterio. Las vió buscarse anhelantes y fundirse en el prodigio de un beso, entre músicas incognocidas, en la maravilla de luces imprevistas.

— ¡Oh, no sabéis — continuó él — no sabéis con qué inmenso júbilo escuché yo sus primeras palabras, no sabéis qué infinidad de mudas certezas llegaron á mi alma al contacto de sus manos divinas! Y, sin embargo, yo comprendí entonces, y ella también debió comprender, que todo estaba ya resuelto, y que ni las palabras ni los actos podían cambiar nuestro destino. Por eso ella vino á mí como si ya me conociese, con la alegre confianza de una antigua amiga que volviera á verme después de una larga separación. Aquel acto fué sólo la manifestación externa y aparente de un acto ya realizado. Y si yo sentí una gran alegría oyendo de su boca las palabras bellas, comprendí después que tanto habría valido que ella me hubiera hablado de las verdades más enormes como de las más frívolas cosas. Ella sería siempre « la mujer descendida del astro invariable ».

Beatriz no dijo una sola palabra, porque esa palabra habría resonado como una tristísima lamentación. Y escuchaba silenciosa, apretando los labios, sintiendo subir desde el fondo de su substancia, en estremecimientos mortales, el grito inmenso de su dolor, próximo á convertirse en sollozos. Permanecía así, con la frente inclinada, no atreviéndose á mirarle, porque sus ojos estaban colmados de lágrimas, y ella las sentía vacilar en sus pestañas.

« Como vuestros amores, Beatriz, como aquellos amores de los que no habéis querido hablarme ». El había dicho estas palabras, que eran una ironía cruelísima en el esplendor de

Digitized by Google

su felicidad; él las había dicho, y no había sentido el horrible temblor que había sacudido el alma de la pobre mártir. Y la tenía allí, á su lado, sentada junto á él, y no la sentía retorcerse, estremecerse toda, palpitar de dolor y de amor hasta el espasmo, arder y disolverse como en un holocausto; no la sentía suplicar, gemir, implorar en el trágico silencio, penetrada hasta las raíces de su ser, hasta el fondo de sus entrañas por el dolor de las palabras crueles. ¡Y quién sabe si lo sabía todo, y su alma se embriagaba en el sufrimiento de ella! Quién sabe si en él había ya la ciega furia, la monstruosa fiebre que enciende la sangre en el alma del asesino!

Como si se complaciese en torturarla, como impulsado por un ímpetu de destrucción, se animaba cada vez más, se hacía cada vez más ardiente, y las palabras de amor y de alabanza resonaban metálicas y duras como un toque de exterminio.

— Vos la conoceréis muy pronto, Beatriz, y entonces podréis admirar su belleza soberbia. Ella no posee vuestro talento, pero su sensibilidad es exquisita, como la vuestra, Beatriz. Y aunque fuera completamente ignara y sus palabras nada me dijesen, yo vería siempre en ella la criatura prodigiosa, capaz de llevar en sí todos los sueños, como una inmensa montaña marmífera lleva en su seno la materia insigne, en la que pueden esculpirse mil estatuas divinas. Comprenderéis ahora mi amor inmenso, mi amor indestructible por esa mujer que ha podido prometerme, con sólo su cariño, el más espléndido de los triunfos. Comprenderéis mi culto por esa mujer, cuya belleza magnífica sólo sería comparable á la de aquélla que describe maravillosamente Lucio Settala en «La Gioconda». Comprenderéis mi admiración por la criatura una y diversa, cuyas líneas y cuyos gestos expresan enormemente lo que jamás será expresado por las palabras.

Beatriz había llegado al sumo vértice del sufrimiento. Su alma parecía disolverse como un perfume. Sentíase como embriagada, como adormecida por el dolor. Parecíale que la habían transportado á un mundo muy lejano. Todo en torno suyo resplandecía con una claridad suavísima, como un alba primaveral. En el ensueño sentía llegar hasta ella las palabras de amor y de alabanza, como una dulce melodía para ella ejecutada, como una dulce melodía que se apagase lentamente, lentamente.

(Ilustraciones de Vázquez-Díaz.)

Digitized by Google

CIUDADES ESPAÑOLAS

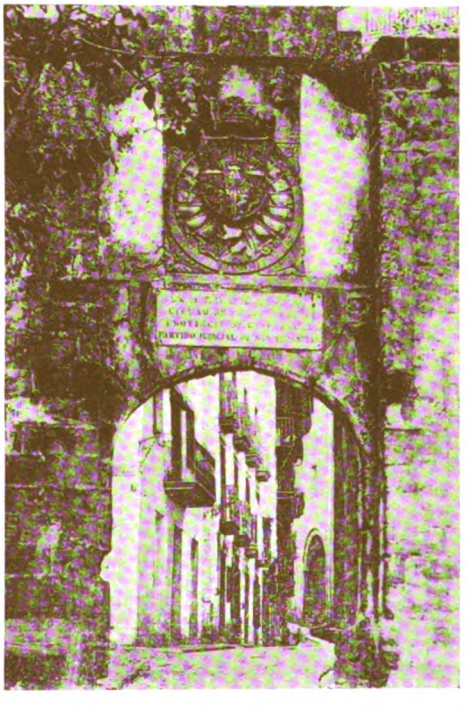
FUENTERRABIA

« La muy noble, muy leal, muy valerosa y siempre fiel ciudad de Fuenterrabía. »

BOGANDO por el Bidasoa, hundióse mi barco en la playa, allí donde las olas ríen y charlan con la arena. Fuenterrabía estaba ya sumida en el silencio. La invadía el crepúsculo; un palacio, inmensa mole de piedras ennegrecidas, envolvíase en los oscuros velos de la noche, una campana tañía lentamente la oración, y melancólica parecía repetir las palabras de Víctor Hugo:

« ¡Ay de ti! Fuenterrabía... quedabas en mi ánimo cual silueta de áurea aldea en el fondo de un golfo azul de lontananza inmensa... y no te he encontrado tal como te había visto. Hoy te destacas para mí sobre un cielo encendido por los rayos de un sol poniente, negra y sombría como un sueño que muere ».

Aquella vaga melancolía que domina en el crepúsculo, desaparece con la aurora: el sol ha salido radiante, dorando el horizonte. La mar de leva que vi ayer, es hoy toda azul hasta mar adentro, con barras de plata que flotan sobre las olas cual cintas agitadas por el viento. Se ha aproximado durante la noche, y se arrolla sobre la playa. En frente, Francia está tan cerca, que la imagen de Hendaya, reflejada en las aguas, alcanza casi la orilla española. Aún están envueltas en la bruma matinal las últimas ondulaciones de los Pirineos; la brisa es fuerte y fresca; sobre el mar agítanse blancas alas; los marineros han desplegado sus velas, y sus barcas surcan las aguas.



La Puerta Mayor de Fuenterrabía.

Sí, Fuenterrabía la antigua es toda alegría en las primeras horas del día; recostada sobre una ligera ondulación de terreno, domina el mar y centellea con mil colores de Oriente. Entonces, en aquel resplandor del alba, volví á encontrar llena de luz la áurea aldea, bebiendo los rayos ardientes del sol saliente, en el fondo de un golfo azul de lon-

Digitized by Google

Vista panorámica de Fuenterrabía y Hendaya.

tananza inmensa... El tiempo ha conservado el sello antiguo de la pequeña plaza fuerte, y aún encierran las anchas murallas en su recinto el mismo pueblo vasco, enérgico y altivo, que hemos conocido en los siglos gloriosos de España.

En lo alto del cerro sobre el cual descansa la población, está la Iglesia ; construida en una época de transición, no ofrece estilo especial : el arte de los siglos XV y XVI se mezcla al del Renacimiento. Empero, tiene un aspecto imponente, á pesar de sus decoraciones extrañas y pesadas. El campanario, algo recargado, es de color de ocre, que le presta un aspecto luminoso al lado de las piedras parduscas del edificio. Domina la población el mar, é infinidad de callejuelas que le rodean : callejuelas cercadas de casas ricamente construidas, con anchos aleros sostenidos por vigas estriadas con finas acanaladuras. Escudos con numerosos emblemas álzanse altivos sobre las puertas labradas. Las calles bajan en pendientes más ó menos suaves, hasta las fortificaciones que rodean la población. Y por doquier, cantan y juegan un sinnúmero de chiquillos, que, gorjeando, cual nubes de gorriones, invaden las calles, las murallas en ruinas, y hasta el pórtico de la Iglesia.

En medio de las antiguas murallas ábrese la Puerta Mayor ; ella sola queda aún intacta, y recuerda toda la historia de Fuenterrabía. Rodeado de hojas de acanto, el escudo sostiene la Virgen de Guadalupe, patrona de la ciudad ; cañones, banderas, tridentes esculpidos en la piedra hablan de su gloria guerrera ; un navío recuerda su situación marítima, un castillo almenado su victoria sobre Condé. Encima están grabados sus títulos : « La muy noble, muy leal, muy valerosa y siempre fiel ciudad de Fuenterrabía. »

Desde allí se extiende la línea de fortificaciones medio derrumbadas, cubiertas de hierbas y de musgo. Acá y acullá quedan aún rastros de torres, de baluartes. A veces, una pintoresca brecha deja ver el espesor de los muros. Desde los senderos que serpentean las murallas se puede juzgar del plano de la población, y extender la vista sobre las campiñas circundantes. En lo alto de un montecillo se divisa á lo lejos la Ermita de Nuestra Señora de Guadalupe. Al rededor de la Iglesia, las antiguas calles enredadas van subiendo hasta alcanzarla ; parece que se está en el fondo de España, en alguna de aquellas poblaciones ignoradas, aún impregnadas del sello peculiar y artístico de la edad media. Los anchos aleros de las casas se tocan casi por encima de las calles estrechas, donde sólo los balcones llenos de flores prestan una nota de alegría. A veces, cerca de un escudo adornado con un casco de caballero, extiende una vieja su ropa, mirando al viajero con ese aire de dignidad que, en Fuenterrabía, parece del todo natural. En la calle Pampinot, apenas si entra el sol durante una hora del día : carros la obstruyen, trapos colgados en las ventanas parecen gesticular desesperados al soplo de la brisa marítima, y más aún que en las otras, la calle Pampinot es una pajarera de chiquillos.

En el centro de la ciudad se alza el Palacio de Carlos Quinto : es aquella masa sombría que se destacaba ayer al anochecer tan lúgubre. No es muy conocido el origen de aquel castillo ; la primera construcción parece remontar al siglo onceno ; sin embargo, se han encontrado rastros de fundaciones romanas, lo cual haría retroceder de varios siglos los asientos de la fortaleza. Hoy, sólo quedan grandes murallas pardas, apenas horadadas por algunas ventanas. Un lado está cubierto

Digitized by Google

Fuenterrabía — Vista parcial.

por la yedra, cuyas guirnaldas se entrelazan y forman coronas á la piedra arruinada. Ya no existe el interior; sólo han podido sostener el peso de los siglos las murallas de tres metros de espesor, restos desplomados, marcados por el dedo de la ruina y sumidos en eterno silencio. Cerca de un pozo, do centellea un agua siempre cristalina, unos cañones medio sepultados duermen debajo de la piedra. Dicen que Juana la Loca estuvo encerrada en aquel palacio. Desde la terraza se descubre el mar y la desembocadura del Bidasoa, donde se mecen infinidad de lanchas, frágiles embarcaciones que van á lo largo de los escollos, y sorprenden los inmensos bancos de sardinas que la primavera trae á las costas de Europa. El marinero de aquellas playas es fuerte y nervioso, ha conservado la valentía de sus antepasados, y se enorgullece de su raza. Su pasado heroico le ha dado una arrogancia celosa; un idioma aparte la ha tenido alejada del contacto de los países colindantes, y hasta lejos de las insinuaciones pérfidas del diablo que, según se dice, jamás ha llegado á hablar este idioma extraño y difícil.

En recompensa de las gloriosas luchas sostenidas por los habitantes de la provincia, el título de nobleza pertenece á todo vasco, por derecho de nacimiento en la provincia. ¿No ha defendido su patria cual caballero cada labrador, cada pescador? Por esto, la mayor parte de las casas de Fuenterrabía llevan en su portal un escudo esculpido en piedra, con orgullosas divisas como ésta, lacónica y significativa: « Soy de Arsu ». Algunos de aquellos blasones tienen un origen interesante, recuerdos de amor ó de hidalguía. La familia de Gustis Edera obtuvo sus bienes de un rey godo de Navarra, Sancho Abarca, que vivió hace setecientos años. Dice la historia, que hallándose el Rey Sancho cazando en las montañas de Vizcaya, dejóse arrastrar, persiguiendo un jabalí, hasta las alturas que avecinan á Fuenterrabía. Allí, cerca de la fuente del Lobo, renombrada por su agua de exquisito frescor, encontró una joven maravillosamente bella: « Ibase ligera, en la cadera el puño, en la cabeza un cántaro ». « Dame de beber », díjole el Rey. La joven inclinó el cántaro hacia los labios del Rey. Y Sancho se volvió tan enamorado como era desenfrenado cazador. La joven vascuence le tomó apego y, no atreviéndose á volver al lado de los suyos, anduvo errante por la montaña donde el Rey venía con frecuencia á visitarla. Más tarde, Sancho, lejos de abandonarla, le reveló su verdadero nombre, y le señaló en dotación una gran extensión de tierras, en los mismos montes del Jaizquibel que fueron testigos de sus amores. Le dió el nombre de « Gustis Edera », que significa « toda bella ». De aquel Rey de Navarra desciende el vasco « Gustis Edera »,

Digitized by Google

que aún labra los campos donados por aquél. Sobre el frontis de su casa están inscritos sus títulos de nobleza, pues sabe que es de sangre real.

Sea lo que fuere, Fuenterrabía me encantó por la calma y la serenidad de sus habitantes; hay en su fisonomía una paz que emana de la satisfacción de su vida presente, que aún no turba la sed del oro.

De todo su pasado heroico, lo que más orgullo da á los habitantes de la pequeña ciudad es la victoria alcanzada sobre Condé, en 1638. La población, sitiada por las tropas de Luís XIII, fué libertada el día de la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, que sus habitantes invocaron durante el sitio con toda la fé española del siglo XVII. Desde entonces, cada año, el día 8 de septiembre, se celebra durante tres días la fiesta de la Virgen y el rescate de la población. La señal de los regocijos se da en la Iglesia la víspera al anochecer, cuando el coro entona el Salve Regina. Una banda de músicos recorre entonces la población al son del «Titi-Biliti», aire que se tocó durante las pasadas luchas; el cañón hace temblar los muros ennegrecidos del antiguo castillo.

Casa histórica de Fuenterrabía.

Encantadora sencillez reune las fiestas profanas con las religiosas... Procesión á la Ermita de N. S. de Guadalupe... ¡ Corridas de toros en honor de la Virgen!... Misa de difuntos para las víctimas del sitio... Juego de pelotas... Fiesta á un tiempo política y religiosa, donde se ven reunidas las autoridades civiles y militares, el pueblo y el clero en un mismo arranque de entusiasmo. Cada uno tiene su parte en los regocijos, y todos se reunen de común acuerdo para dar gracias, glorificar, solazarse, y hasta para soñar en los que duermen en el polvo de casi tres siglos. Y todos conocen también algún detalle del famoso sitio, cuya historia fué escrita por el Padre Moret, testigo ocular de la gran lucha.

En las alturas del Jaizquibel acampaba el brillante ejercito de Condé, lleno de valor y de esperanza. Seguro de someter á tan pequeña plaza, defendida por sólo 700 hombres, el ejército francés confió en su fuerza. Pero el puñado de héroes encerrado en el interior de la población estaba resuelto á vencer. En vano le dicen que Pasajes está tomado, que la armada española ha sido destruida en Guetary; ni el valor ni la esperanza les abandonan.

Sale una procesión de la ciudad, sube á las alturas del Jaizquibel, y se trae á Fuenterrabía la Virgen de Guadalupe, mientras el ejército de Condé les contempla sin pensar siquiera en combatirles. Al estar ya N. S. de Guadalupe en el interior de la población, no dudaron los habitantes de su victoria final, y ofrecieron á la Virgen una fiesta anual en honor de su rescate.

Los defensores de Fuenterrabía fueron heroicos; las mismas mujeres organizadas en batallón, armadas de lanzas y de arcabuces, vinieron á ofrecerse al Bayardo español, al Conde Ubilla. Cuéntase que viendo Ubilla que sus soldados disminuían, salió solo fuera de las murallas, y reunió trescientos hombres. Para volver á la población sitiada sin ser visto, se deslizó con su pequeña tropa á lo largo de la orilla del Océano y de las arenas movedizas del Bidasoa. Pronto les detiene la marea: entonces, alzando los brazos, sosteniendo sus arcabuces, se resignan á esperar en el agua que la marea baja les permita avanzar. Descubiertos de pronto, todos huyen nadando; un centenar de hombres llegó á Fuenterrabía, y los demás alcanzaron Hernani, sin que ni uno sólo pereciera.

Difícil es dejar de citar el nombre de Pedro de Egea, gobernador de Fuenterrabía. De pie en las fortificaciones, Egea animaba á un batallón español salido para clavar los cañones franceses. Desde lo alto de las murallas habla á sus soldados, les llama por su nombre, dirige el ataque y, agitando su

Digitized by Google

Fuenterrabía. — Interior del Castillo de Carlos V.

ancho sombrero, aclama la bravura de sus hijos electrizados por su voz. Pero pronto, la banda de Montesa que cubre su pecho está acribillada : Egea cae muerto desde lo alto de las murallas. Osorio, guerrero no menos valiente, toma el mando. Cinco asaltos son rechazados; en uno de ellos se aniquila casi por completo el famoso regimiento francés de La Valette. Fundiéronse balas con cuantos metales preciosos contenía la población. Uno por uno callaron los cañones, salvo los del palacio de Carlos Quinto, que continuaron lanzando sus últimas balas, mientras que las murallas, dice el Padre Moret, recibieron más de doce mil. La confianza de los españoles no flaqueaba. Por fin, el día 7 de septiembre, víspera de la Natividad, Don Juan de Cabrera, Almirante de Castilla, y el Marqués de los Velez, caían de improviso sobre el campamento francés, obligando á Condé á retirarse. Empero, si Fuenterrabía rechazó á Condé cual enemigo, más tarde le acogió con entusiasmo cuando vino á firmar el tratado de paz, como dice el Padre Moret en su crónica : « En medio de aquel foco de matanza, en mitad de la destrucción y de la muerte, permanecía siempre inmaculada aquella grandeza de alma, que nunca en circunstancia alguna fué llevada más alto. De parte y de otra rivalizaban en atenciones : los soldados franceses enterraban á los muertos españoles, y los españoles, desde lo alto de las murallas, les saludaban dándoles las gracias ».

Ya que está demostrado que todo se mezcla en esta vida, es curioso referir un hecho auténtico donde, á la más indómita bravura, se unen lo cómico y lo extraordinario. Un soldado, llamado Bardón, estaba de guardia cerca de una mina que hizo explosión ; el centinela fué proyectado en el aire por la violencia de la descarga, y lanzado á lo lejos hasta una trinchera francesa, donde el infeliz quedó ensartado en la lanza de un teniente. Bardón cae al suelo, abierto el vientre, en medio de un grupo de soldados sorprendidos por aquella bomba inesperada y de nueva índole. Pero el centinela, menos sorprendido que los soldados franceses, recoge sus intestinos y huye con tal rapidez, que alcanza el Bidasoa, lo atraviesa á nado, y llega al campamento español antes de que el teniente ni sus soldados pensaran siquiera en perseguirle.

Desde el 7 de septiembre, víspera de la Natividad, la población entera está en un estado de agitación indescriptible. Desusada alegría reina en todos los semblantes, y señala el frescor de sentimientos lo joven de las almas de aquel valiente pueblo vasco. Al pasearse, al través de la población, nota uno ya el movimiento ocasionado por preparativos de la fiesta. Las mujeres sacuden en la calle trajes de colores abigarados ; salen tambores del nido de polvo acumulado durante

Digitized by Google

trescientos sesenta y cuatro días de inacción; charreteras de oro, fajas encarnadas centellean acá y allá. Despiértanse las flautas y resuena el « Titi-Biliti »; durante tres días no dejará de oirse ese aire atrayente ó monótono, sonoro ó áspero, según que su persistencia guste ó canse.

Al anochecer, se manifiestan los regocijos con áureos y múltiples estandartes que flotan por todos lados, con descargas fantásticas de cohetes que iluminan toda la población, y retumban en las montañas cercanas. Desde la aurora del 8 de septiembre, el pueblo vasco no cesa de recorrer las calles, ataviado con los trajes del siglo XVII; vuelven á formarse los batallones de antaño; se reunen los regimientos en la Calle Mayor, y por grupos de cuarenta hombres se adelantan con blusa blanca ó azul, boina encarnada y pañuelo de seda atado al cuello. Al llegar ante el pórtico de la Iglesia se detienen, y al dar el Comandante la señal, los cuarenta soldados descargan sus mosquetes con sorprendente conjunto. Repican las campanas á todo vuelo. La música toca marchas animadas, y los dos cañones de bronce dejan oir de vez en cuando un formidable fragor. El humo de la pólvora esparcido en la calle embriaga, y pronto acude uno á la fiesta y á la alegría general, olvidando que no pertenece al pueblo vasco y que no desciende de los que defendieron á Fuenterrabía. La Calle Mayor está adornada desde la Iglesia hasta la célebre puerta en que se ostentan los blasones de la población, los títulos gloriosos de la ciudad. Colgaduras encarnadas y amarillas, sangre y oro, flotan en todos los balcones; bordados antiguos, telas de gran valía cuelgan por doquier: flores rivalizan de brillo con el pendón de Castilla. Y toda aquella mescolanza de colores, ahogados por el humo que despiden los arcabuces al son del « Titi-Biliti » y de las campanas transportan en un mundo diferente del nuestro, un mundo lleno de gloria, de valor, de grandeza y de sencillez.

Un detalle de las fiestas del 8 de Septiembre.

Apenas ha cesado el desfile de los batallones, terminan las ceremonias de la Iglesia. Organízase entonces la procesión que ha de salir de la ciudad y subir á la cima del Jaizquibel, para ensalzar y dar gracias á la Virgen de Guadalupe.

Al frente marcha el ejército; de la Iglesia salen ahora los estandartes, los sacerdotes con sus capas de oro que centellean al sol, los monaguillos con rojas sotanas, el alcalde y su cabildo. Luego sigue el gentío, el tropel de mujeres, hombres, niños, curiosos, extranjeros. Todos los ojos brillan de entusiasmo y de alegría.

Durante la penosa subida, el viento trae de vez en cuando algunos compases de la música militar que marcha al frente, ó unas cuantas notas del canto severo de los curas. A veces, lejano eco sube de la población ó del campo, repitiendo el aire del « Titi-Biliti ». Es algún vasco detenido en su casa, que envía á la fiesta la antigua melodía que an-

Digitized by Google

Fuenterrabía. — Calle de las Tiendas.

Digitized by Google

La procesión del 8 de Septiembre saliendo de Fuenterrabía.

taño arrastraba á la guerra, cual el pífano de los cadetes de Gascuña.

Al llegar á la Ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, se llena en un abrir y cerrar de ojos la capilla de la Virgen. Entonces, todo al rededor, en medio de los árboles y de las praderas, sobre las pendientes abruptas, se esparcen los batallones y el gentío, se mezclan todos con alegre reserva : soldados, mujeres, muchachas, niños que hablan, ríen y rezan á un tiempo. La joven vascuense le pide á la Virgen un marido, desplegando la gracia de su talle tan renombrado, y llevando con arrogancia en los cabellos el pañuelo de seda ; ó bien compra en los numerosos kioscos que rodean la Ermita, medallas, escapularios, dijes de Nuestra Señora de Guadalupe para su novio. En la puerta de la Ermita hay unos peregrinos verdaderos, es decir, que han hecho voto de ir rezando durante cierto número de años ó durante su vida entera, en los diferentes santuarios de España. Vestidos á la usanza de la Edad media, de saval oscuro, llevan una capucha cubierta de anchas conchas, de medallas de todas clases ; el borde de su sombrero está adornado con pequeñas estatuas, que hacen pensar en aquel Rey francés que también las invocaba ; en la mano llevan un cayado, y sobre su pecho brilla una cruz de cobre de gran valor. Uno de ellos viene de Santiago de Compostela, y sigue para Lourdes. Ha hecho voto de andar así errante toda su vida, de santuario en santuario, mendigando el pan y durmiendo á campo raso, sin jamás descansar bajo un techo. Es como un pecio medioeval, incomprensible para quien no tiene el alma española y su fé profunda.

Pero ya terminó la misa, y vuelve el clero á Fuenterrabía. Los soldados se han desbandado, la gente se esparce sobre toda la montaña del Jaizquibel ; por grupos van perdiéndose entre la arboleda, ó sentados á la redonda con sus banderas y sus fusiles, hablan, ríen, bailan en alegre holgorio, dichosos como si fuera reciente su libertad, como si la victoria fuese de ayer. Toda la tarde, las boinas encarnadas y azules de los soldados vascos adornan el Jaizquibel, desde la cúspide donde rodean la pequeña capilla de la Virgen hasta las murallas de Fuenterrabía.

Mas, he aquí que de repente queda despoblada la montaña, vacía la ciudad ; se extiende el silencio por todo Fuenterrabía, llena poco ha de indescriptible barullo. Es el toque de las cuatro que ha barrido la población hacia la plaza de toros... Todo cesa, salvo los ecos lejanos del aire nacional. Sin duda, algunos de los antiguos pífanos dormidos despertáronse en la ciudad abandonada, y siguen cantando el « Titi-Biliti », aire que ahora suena triste, tan triste, que parece llorar los héroes desaparecidos.

P. DE PEDROSO.

Digitized by Google

En la carta-prólogo que Lamartine escribió para el famoso tratado del *baile de salón*, compuesto por el profesor Cellarius, el poeta de las « Meditaciones » declaraba :

« La danza es la poesía de los movimientos y la melodía del cuerpo. Entre los antiguos, constituía un verdadero himno representado, y sólo merced á este carácter formó parte del culto. Hoy, en cambio, hemos relegado la danza al teatro y al salón... »

En la sociedad moderna, el teatro y el salón cuentan por mucho. Para las personas jóvenes y desocupadas lo es casi todo. Y ha ocurrido lo que era de esperar que ocurriera : las danzas de teatro, los bailes de carácter, se han mezclado poco á poco con los bailes de salón. Durante toda la primera mitad del siglo pasado, subsistió en Francia, de un modo preciso y categórico, la separación entre las danzas de teatro y los bailes de salón; pero desde hace unos veinte años á esta parte, estos dos géneros han evolucionado combinándose el uno con el otro.

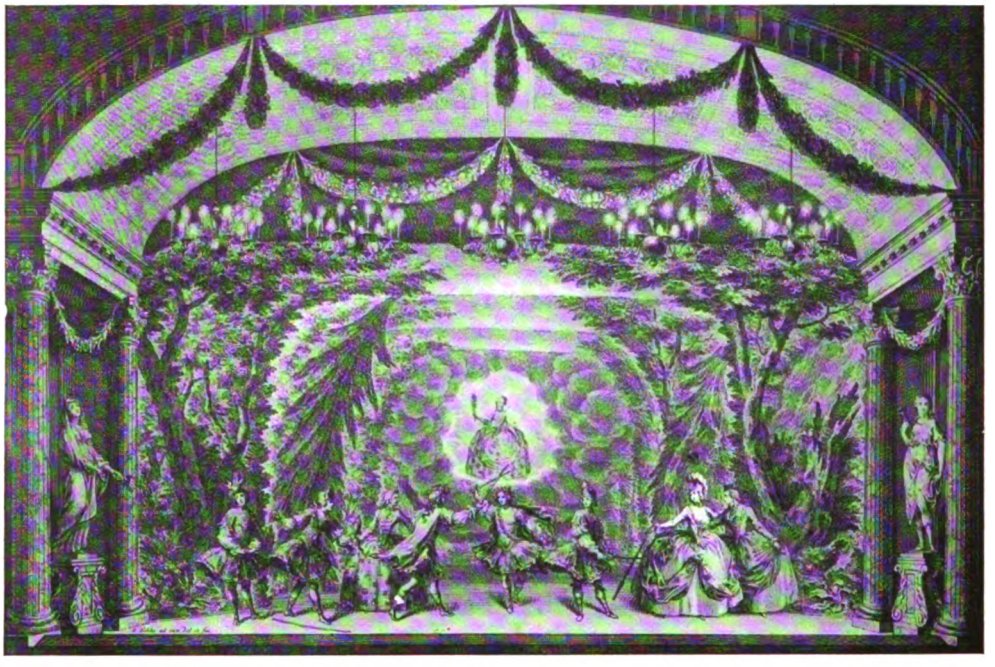
En realidad, esta evolución no es más que una reacción, ya que, allá por el siglo XVIII, no existía diferencia notable entre las danzas de salón y las de teatro, excepción hecha naturalmente de las danzas de ópera que exigen veinte años de estudio asiduo, y que tienen de danza tanto como de gimnasia y de acrobacia.

Figura infernal de un bailable del siglo XVIII.

En los tiempos de la monarquía francesa, la danza era un elemento importante y necesario en la educación de un hombre y de una mujer de rango. El ejemplo de Luís XIV influyó grandemente sobre las costumbres, en lo que al baile se refiere. Aquel gran monarca bailó en escena, y tomó parte activa en todas las fiestas coreográficas celebradas por su Corte, y no fué pequeño el esfuerzo que necesitaron sus ministros para convencerle, de que el oficio de comediante no era compatible con la majestad de un rey. Tal inclinación cundió entre los cortesanos, y el amor á la danza fué la característica de la aristocracia francesa de aquel tiempo, perdurando hasta el instante trágico en que se alzó la guillotina, en 1793.

Así, y durante mucho

Digitized by Google



« *Mise en scène* » *en el siglo XVII.*

tiempo, el pueblo francés fué el pueblo bailarín por excelencia. Tanto en las comedias de Regnard como en las de Molière, se hace patente la importancia que la sociedad concedía á la danza. Lo primero que han de saber un mozo gentilhombre y una noble damisela es bailar bien. El más grave reproche que se hace al burgués presuntuoso ó al advenedizo desaprensivo, es ¡que no saben danzar, ó que danzan muy mal! Semejante acusación bastaba para ser despreciado por una dama de aquel tiempo.

El baile de ópera es de origen relativamente moderno. Las primeras bailarinas aparecieron sobre las tablas en 1681, con motivo de la presentación del « *Triunfo del amor* ». Este bailable de ópera fué representado primeramente ante el rey, en Saint-Germain en Laye, el 21 de Enero de 1681. Tomaron parte activa en esa fiesta, y danzaron, los hijos del rey, el príncipe y la princesa de Conti, el duque de Vermandois, Mademoiselle de Nantes, y otros muchos señores y damas de la Corte, por lo que la jornada lo fué sin precedente en los fastos cortesanos.

Así ocurrió que, al ponerse en escena esta misma ópera en el « Palais Royal », el 16 de Mayo siguiente, se imaginó sustituir con bailarinas á las damas de la Corte, y como esta mezcla de bailarines y de bailarinas gustó mucho al público, este ensayo se convirtió en costumbre para la sucesivo.

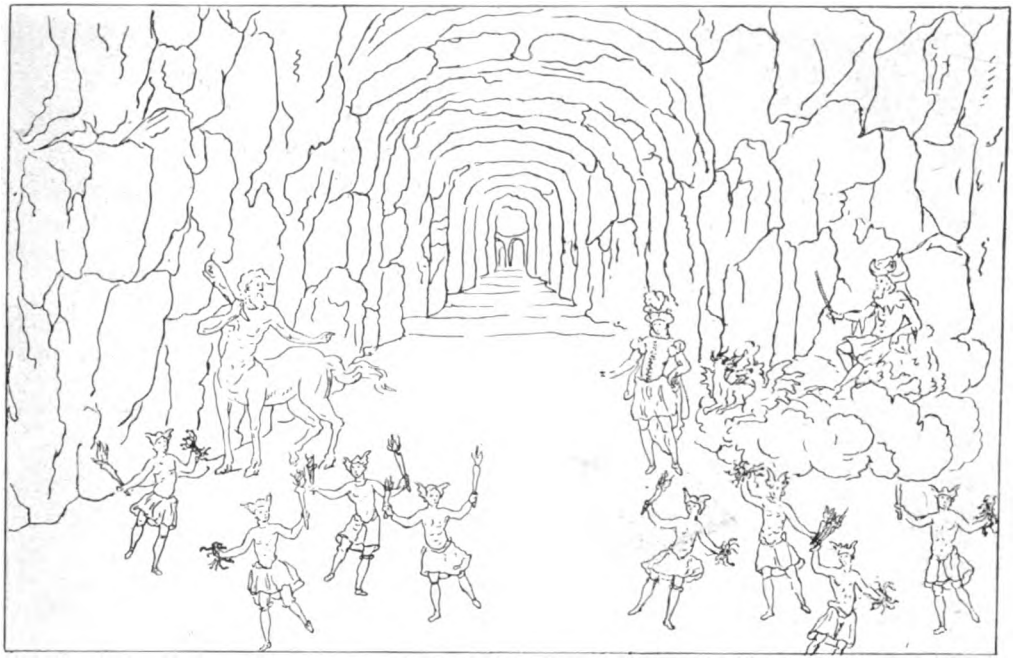
En adelante, las bailarinas de ópera habían de ser, según curiosa frase de un cronista de la época, « una de las porciones más brillantes de la Academia de Música ».

Por las crónicas de aquel tiempo, y sobre todo por las « *memorias secretas* » de Bachaumont — que constituyen un fidelísimo cuadro de las costumbres de la época — podemos darnos cuenta de la importancia que por entonces adquirieron los bailarines en la vida parisiense. Las señoras de la mejor sociedad recurrían á las lecciones de las danzarinas en boga, y algunas de éstas, muy apreciadas por la decencia de sus costumbres, eran recibidas en las mejores casas y citadas como ejemplo. A esta minoría perteneció la famosa Mlle. Sallé, que á más de la estimación pública mereció que se le dedicara este cuarteto :

« De tous les cœurs et du sien la maîtresse,
Elle allume des feux qui lui sont inconnus;
De Diane c'est la prêtresse,
Dansant sous les traits de Vénus ». (1)

(1) De todos los corazones, y del suyo, es la dueña,
Enciende fuegos que le son desconocidos,
Y es sacerdotisa de Diana
Que baila ostentando los encantos de Venus.

Digitized by Google



Ensayo de los pasos de un bailable de ópera, dirigido por el maestro de bailes.

Las principales danzas francesas de los siglos XVII y XVIII fueron las siguientes :

El *Posa-pie*, de origen bretón, que era la danza rápida y movida por excelencia, única en su clase, en aquella época.

El *Minué*, danza solemne y elegante que se baila por dos personas y en tres tiempos. Fué el baile preferido durante el siglo XVIII, y lo bailaron la Pompadour y la Dubarry.

La *Pavana*, de abolengo español, es grave y lenta, como danza de etiqueta.

La *Corriente*, á pesar de su título, constituía también un baile lento.

La *Gavota* era más rápida, y se bailaba en dos tiempos.

La *Sarabanda* era, como el *minué*, una danza noble, en tres tiempos, y con movimiento más pausado que el *minué*.

La *Bourrée*, originaria de Auvernia, había conseguido el ser aceptada en algunos salones.

Esta es la serie de las principales danzas de salón que se bailaban en los tiempos del antiguo régimen. Acerca de ellas se han escrito muchas obras, y además, por ser muy conocidas y por constituir en la actualidad un importante elemento de las obras de repertorio, y bailarse por lo tanto con frecuencia en los teatros, es inútil insistir más en su descripción. Tales danzas fueron la alegría de la antigua Francia : las bailaron, á la sombra de los álamos, los humildes labriegos de Jean Jacques Rousseau ; las bailaron aquellas parejas que tomaron parte en las locas fiestas del tiempo de la Regencia, en las noches cantadas por Alberto Samain :

« *¡ Gestos de minué, y corazones de porcelana frágil !...* »

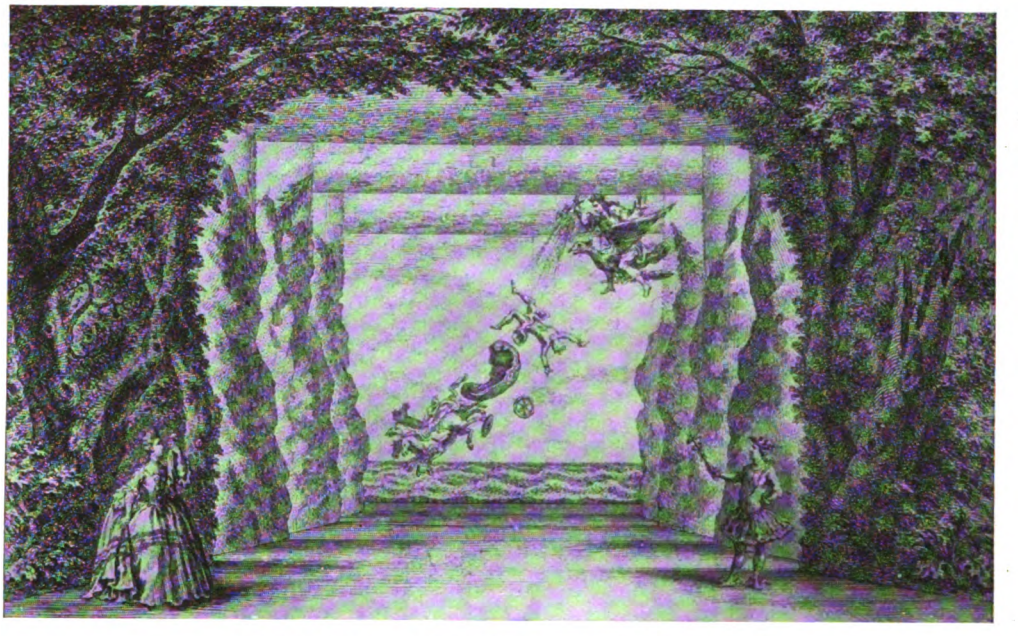
Pero la hora trágica llegó, y la Revolución creó también sus danzas populares, que se bailaron en torno de la guillotina : fueron los bailes de encrucijada, las furibundas *carmañolas*, danzadas en tanto que el verdugo abatía las cabezas, que hasta entonces lo habían sido de amos y de dominadores altivos, y que se habían trocado en lamentables cabezas de vencidos. Pero la nobleza francesa supo morir, y danzó ante las gradas del cadalso :

« Ils se levèrent sans effort,
Le calme au front, l'orgueil dans l'âme,
Doux et polis devant la mort
Comme auprès d'une grande dame. » (1)

(LOUIS BOUILHET.)

(1) Se alzaron sin esfuerzo
Serenas las frentes y orgullosas las almas,
Reverentes y corteses ante la muerte
Como lo hubieran sido ante una dama.

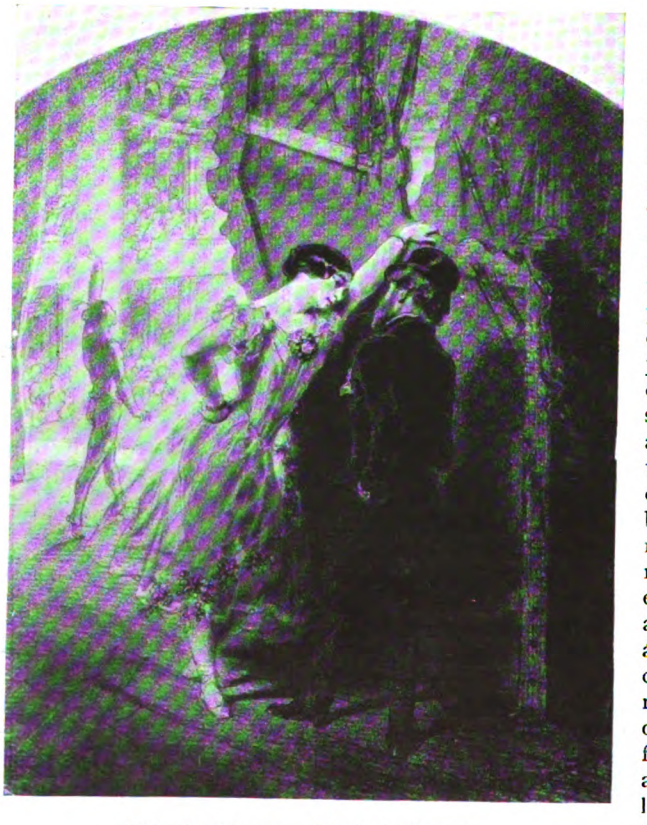
Digitized by Google



La caída de Icaro. — Escena de un bailable del siglo XVII.

Bajo el Directorio, en los salones de Barras, se bailó de nuevo. Más tarde se organizaron los famosos *bailes de las víctimas*, en cuyo reglamento se consignaba que para tomar parte en ellos, era indispensable probar el haber tenido un pariente inmediato, que hubiere sido fusilado ó guillotinado durante las jornadas del Terror.

Se bailó, durante el Imperio, aprovechando las cortas treguas que dejaban las campañas. En los bailes de su Corte, Napoléon se esforzó enque los advenedizos que la formaban, adoptaran los ademanes y las costumbres del antiguo régimen. En vano fué que el emperador acudiera á los viejos maestros que habían enseñado á bailar á María Antonieta y á Madame de Lamballe...Los guerreros de Bonaparte no eran hombres acostumbrados á las inclinaciones y á las reverencias; no obstante, les fué preciso aprender á bailar. En cada nueva capital,



Entre bastidores. — Dibujo de Gavarni.

Digitized by Google

el Emperador creaba un rey, y como la nueva Corte era francesa, las danzas habían de ser francesas también. Los alemanes trataban de aprender los pasos menudos y lentos de nuestros ritmos cortesanos, y no pocos emigrados franceses ganaban la vida enseñando á bailar.

Con las danzas ocurre lo mismo que con las demás costumbres. Cada pueblo exporta las suyas, pero, en cambio, importa las extranjeras. Los soldados del emperador introdujeron en Francia las danzas alemanas, húngaras y rusas, que modificadas y adaptadas se sumaron al repertorio nacional.

Por otro lado, la Revolución, que había transformado las costumbres y los usos franceses, alteró también el espíritu de la danza: dejaron de existir danzas nobles y danzas populares, y medidas por igual rasero, todas las danzas fueron burguesas. Más que nunca, se apoderó de París la fiebre del baile. Recordemos, en prueba de ello, los versos que Víctor Hugo escribió en Abril de 1828:

« Elle aimait trop le bal, c'est ce qui l'a tuée.
Le bal éblouissant! le bal délicieux!
Sa cendre encor frémit doucement remuée,
Quand dans la nuit sereine, une blanche nuée
Danse autour du croissant des cieux!
. . . . . .
Mais elle, par la valse ou la ronde emportée,
Volait, et revenait, et ne respirait pas,
Et s'enivrait des sons de la flûte vantée,
Des fleurs, des lustres d'or, de la fête enchantée,
Du bruit des voix, du bruit des pas!...

Quel bonheur de bondir, éperdue, en la foule,
De sentir par le bal ses sens multipliés
Et de ne pas savoir si dans la roue on roule,
Si l'on chasse en fuyant la terre, ou si l'on foule
Un flot tournoyant sous ses pieds! » (1)

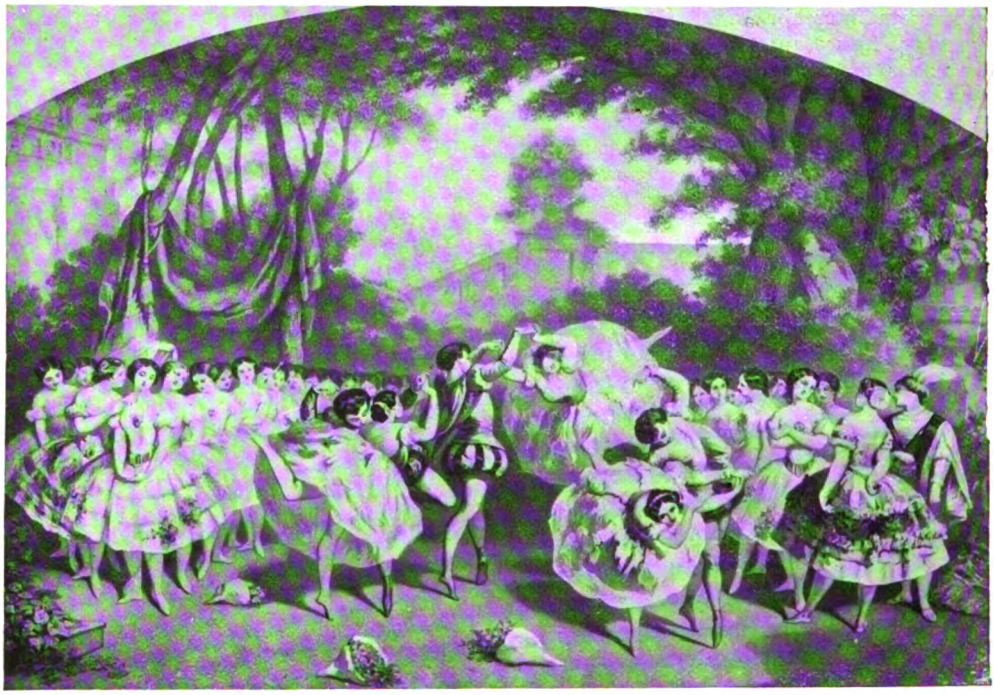
En el teatro, las Tagliari, las Fanny Essler y las Grisi renovaban el arte de la danza, en tanto que para los bailes de salón llegaban los días de gran esplendor.

En adelante, los bailes mundanos no habían de tener ya ninguna semejanza con las danzas del teatro, como ocurría en el siglo XVIII. Los bailarines renunciaron á los trenzados y destaques, figuras difíciles que te-

(1) Amaba demasiado el baile, y esto la mató.
¡El baile deslumbrador! ¡El baile delicioso!
Todavía sus cenizas se estremecen suavemente
Cuando en la noche serena, una blanca nube
Baila en torno del disco de la luna.
. . . . . .
Pero ella, arrastrada por el vals ó por el corro
Volaba, y volvía, y no respiraba.
Embriagándose con la música de la flauta,
Con las flores, con las luces, con el encanto de la fiesta,
Con el murmullo de las voces y el rumor de los pasos...
¡Qué dicha la de saltar sin tregua entre las gentes,
La de confundirse entre las figuras y las notas del baile,
La de ignorar!.. etc...

Un baile de disfraces en la Opera. — Epoca romántica.

Digitized by Google



Un bailable en la Opera, durante el segundo imperio.

nían el grave inconveniente de ser interpretadas en el salón, por las personas de gran mundo, mucho peor que las interpretaran los profesionales sobre los escenarios de los teatros, y el contraste era desagradable para los mundanos danzantes. De tal modo, los bailes de salón se transformaron, buscando la naturalidad y la sencillez. El carácter distintivo de estos bailes fué la libertad en los movimientos, y el buscarse más la gracia del gesto que su dificultad ó que su complicación.

El « minué » había sido la danza del siglo XVIII. El *vals* fué por excelencia el baile del siglo XIX. Tardó mucho esta última danza en aclimatarse. Se bailó en dos y en tres tiempos, y es tan conocida hoy que huelgan todas las descripciones. El célebre profesor Perrot imaginó, en el año 1841, el *Vals de cinco tiempos*. Pero el « vals » luchó con danzas rivales poderosas antes de llegar á ser baile preferido : entre estas danzas se contaban la *Redowa*, la *Quadrille* francesa, la *Mazurka*, y la *Cellarius* (vals-mazurka).

En 1840, la *redowa* disfrutaba del auge que actualmente tiene el tango en los salones parisienses. Un especialista de entonces escribía lo que sigue : « No se deben aventurar juicios gratuitos acerca de este baile nuevo, y conviene aguardar para ver la acogida que le dispensan los grandes salones. »

Tal danza, de origen bohemio, se bailaba por parejas y constaba de tres partes distintas unas de otras :

1º La persecución.
2º El vals propiamente dicho.
3º El vals en dos tiempos.

La medida de la *redowa* es de tres tiempos, y su ritmo es mucho más lento que el del vals ordinario. El caballero comienza el baile con el pie izquierdo, y la dama con el derecho. La *redowa* — escribía Cellarius — exige una gran flexibilidad de cuerpo y una gran intuición de la medida, cuyos compases han de ser marcados exactamente por los pies del bailarín.

Al escribir las reglas de la *redowa*, Cellarius se cuidaba de advertir que había aprendido esas reglas en Praga y en Berlín, merced á la condescendencia de personas de alta sociedad que se las habían enseñado.

La *quadrille* francesa seguía siendo, pese á todo, el baile favorito en los salones de Luís-Felipe. Se componía de cinco figuras: 1º « El pantalón »; 2º « El estío »; 3º « La gallina »; 4º « La pastorcilla »; 5º « La trenis ».

En la época de la Restauración, adquirieron

Digitized by Google

gran fama los cotillones. En su célebre manual, el profesor Cellarius indica ochenta y tres figuras de cotillón. Las citaremos á modo de curiosidad :

1. « La carrera » ; 2. « El rondó de tres » ; 3. « Las sillas » ; 4. « Las flores » ; 5. « La carrera sentada » ; 6. « Las columnas » ; 7. « El cojín » ; 8. « Los naipes » ; 9. « La engañadora » ; 10. « La serpiente » ; 11. « La pirámide » ; 12. « El círculo roto » ; 13. « El pañuelo » ; 14. « El cambio de damas » ; 15. « El sombrero » ; 16. « La *écharpe* » ; 17. « Las damas solas » ; 18. « La copa de champagne » ; 19. « Las parejas rechazadas » ; 20. « El banquete » ; 21. « La presentación de las damas » ; 22. « El cojín móvil » ; 23. « Las damas engañadas » ; 24. « El sombrero mágico » ; 25. « La falange » ; 26. « El lienzo misterioso » ; 27. « El caballero engañado » ; 28. « La doble cruz » ; 29. « El gran círculo » ; 30. « Los círculos gemelos » ; 31. « El círculo engañador » ; 32. « El portero del convento » ; 33. « Las manos misteriosas » ; 34. « La caza de pañuelos » ; 35. « El mar agitado » ; 36. « Las cuatro esquinas » ; 37. « La cuna » ; 38. « La persecución » ; 39. « El corro final » ; 40. « Los corros infinitos » ; 41. « El molinete » ; 42. « El molinete cambiante » ; 43. « Las cuatro sillas » ; 44. « La contradanza » ; 45. « El pañuelo » ; 46. « Los velos volantes » ; 47. « El abanico » ; 48. « La gallina ciega » ; 49. « Los caballeros juntos » ; 50. « Los zig-zas » ; 51. « Las ondulaciones » ; 52. « Las dos alianzas » ; 53. « La avenida giratoria » ; 54. « El sombrero fugitivo » ; 55. « El ocho » ; 56. « Los brazos enlazados » ; 57. « El molino de las damas » ; 58. « Los pequeños círculos » ; 59. « El molinete doble » ; 60. « La X de los caballeros » ; 61. « La X del galán y de la dama » ; 62. « La gran cadena inglesa » ; 63. « Las gracias » ; 64. « Los corros contrarios » ; 65. « Las genuflexiones » ; 66. « Las cadenas de cuatro » ; 67. « Las sillas cruzadas » ; 68. « La doble pastoral » ; 69. « La cadena doble » ; 70. « Las cadenas continuas » ; 71. « Cambio de galanes » ; 72. « El baile de espaldas » ; 73. « Los corros de cuatro » ; 74. « Genuflexiones de cuatro » ; 75. « Molinete cambiado » ; 76. « El triángulo cambiante » ; 77. « Las cadenas en línea » ; 78. « El laberinto » ; 79. « La polka de las cadenas » ; 80. « La canastilla » ; 81. « La figura triple » ; 82. « La dama de la izquierda » ; 83. « La reunión de parejas ». Fin del cotillón.

Personaje de un bailable de ópera.

La « quadrille » murió por falta de lugar en que bailarse, al ir desapareciendo las antiguas casas — aquéllas que brindaban enormes salones — para ser sustituidas por las modernas y reducidas viviendas que parecen casas de muñecas.

Al mismo tiempo que se bailaban en los salones de la época romántica estos bailes ya citados, bailábanse también otros menos decorosos en el Casino de Rue Cadet, en casa de Mabille, y en el Casino de Asnières.

Por aquel tiempo adquirieron celebridad Celeste Mogador, Clodoche, y otras notabilidades coreográficas, y los *cancanes* y los *galops* se hicieron célebres, acudiendo á París, sólo por verlos, los aficionados del mundo entero. Se llegó á decir que la condesa de Metternich había presenciado las habilidades de Rigolboche, y que había aprendido á bailar el cancán.

Una escritora notable de aquel tiempo, Madame Clémence Robert — injustamente olvidada — ha escrito en una de sus novelas una curiosa « *Fisiología del baile* » ; he aquí algunos de sus párrafos :

« La orquesta preludia, las cuadrillas se forman, y comienza la hora de la coquetería ; de la coquetería que pudiera llamarse vanidad del corazón. La belleza reconocida y acatada se yergue en el orgullo de su gloria ; y realmente, esta vanidad tiene justificación, cuando se piensa en que la mujer hermosa ha sido elegida por Dios, para revestirla y favorecerla con todas las humanas perfecciones. La más bella, entre las mu-

Digitized by Google

jeres, parece la hija predilecta del Creador.

« Después de ella, vemos á la belleza menos indiscutida, que sin embargo, y á pesar de su menor derecho á la soberanía, llega á conseguirla merced á su habilidad en el arte de seducir.

« Y así, todas las bellas y todas las embrujadoras se esfuerzan en agradar y en imperar. En este momento, el hombre preferido — si alguno lo es — no goza de mayores privilegios que los demás. Las reputaciones se forman. Los títulos se conceden. Hay que agradar á todos, porque de todos se necesita, y porque todos los votos tienen el mismo valor en la urna. Por ello se prodigan amabilidades en favor del estudiante, del guitarrista y del coplero; se acoge, sonriendo, el elogio esbozado y trivial murmurado por el pasante de abogado, que hace, en sociedad, sus primeras armas. Hay que aceptar todos los homenajes, y hay que hacer como la alondra, que tiende el vuelo rastrero para perfumar sus alas con los aromas de la tierra.

Bailarina de un bailable de ópera.

« Hay que ser bella á todo trance, y á la belleza hay que sumar la gracia. Se imprimen al cuerpo los movimientos más armoniosos; se entornan los párpados del modo más seductor; se habla con el más armonioso timbre de voz... ¡ *Hermosa ! hermosa !* .. se escucha al paso la palabra mágica que asoma á los labios de los hombres, y esta palabra nos produce un encanto que ha de parecerse al de los bienaventurados, cuando escuchan, en éxtasis, la armonía de los coros celestiales.

« Menester es dar término á una seducción y comienzo á otra, y siempre que sea posible, imponer una humillación á una rival. Hay que acrecentar incesatemente la serie de adoradores que, en bailes sucesivos, nos constituirán una brillante escolta. Más allá, llegados los días de las vejez, cada una de estas jornadas será para nosotras una estrella, en el cielo del recuerdo. En este afán de adoraciones, los hombres á quienes inspiramos pasión tienen para nosotras una importancia muy secundaria, porque sabemos que al día siguiente de la fiesta, al encontrarles en nuestro camino, volveremos la cabeza del lado contrario para no verles. Pero lo que nos queda de ellos es la memoria de la pasión inspirada, y la suma de esas pasiones hace como un grande y lejano resplandor en nuestra vida.

« *Agradar* es la única razón de la vida, en esa hora ».

Esta página da perfecta idea de cómo se comprendía el baile, hace sesenta años, en Francia, y de la poesía especial que se concedía á la danza; conservaba ésta algo del carácter pasional y misterioso que tuviera entre los iniciados de la sacra pradera de Eleusis, y distaba mucho, todavía, de la brutalidad que hoy es su característica en los círculos mundanos.

En aquel buen tiempo, la danza respondía aún á la definición que se le ha dado al principio de este artículo : era *la poesía de los movimientos*.

Los filósofos griegos habían clasificado la danza entre las bellas artes, y á este grupo debiera volver á sumarse. La danza, que inspiró á tantos poetas, pintores y escultores ; la danza, expresión de la dicha y testimonio de la humana alegría, debe conservar su encanto.

A las mujeres refinadas corresponde la misión de apreciar lo que la danza fué en el pasado.

Esas mismas mujeres lamentarán lo que la danza es en el presente, y harán que sea, en el porvenir, lo que debe ser.

ERNEST GAUBERT.

Digitized by Google

Páginas Argentinas

EL GAUCHO

por JULIO LIANOS.

Los bosques, los ríos, la soledad, encierran peligros y dan al hombre el hábito de vencer el miedo. Esto sólo hace un carácter.

La costumbre del silencio, que no es la de la reflexión, atrofia las ideas y desarrolla los sentidos. Esto funda una naturaleza, que se vigoriza con la seguridad de su propia suficiencia.

La altivez, que nace de la sensación de dominio sobre todo lo que rodea, aleja la idea de la justicia abstracta y se somete al imperio de la fuerza, único que no concibe arbitrario y efímero.

Así nació el gaucho porteño, que no fué el indio domeñado por la civilización y colocado como un ser intermediario, ni el mestizo propiamente, que constituye un tipo indefinido que salta entre las dos razas que lo forman, sino el hijo de españoles, apto para reincidir en las cualidades de hombre del desierto, abandonadas en la raza por la extensa dominación arábiga.

Tan discutida como su origen es la palabra que lo designa. Los Uruguayos usaron la voz *gauderio* para significar el hombre suelto, de costumbres y moral propias, ducho en las tareas rurales. Más probable que esa dura contracción sería la metátesis que hubiese invertido las sílabas, y que la palabra guacho, con su significación de huérfano, desvalido, sin ascendientes notorios, haya originado el vocablo, que entonces encerraba un concepto desdeñoso.

Un sentimiento se hace, casi siempre, recíproco ; y el desdén del hombre de ciudad fué devuelto por el de la campaña con otro más vivo y punzante. Además, el hombre del desierto, endurecido en las fatigas con que llena sus necesidades, siente menosprecio por aquél que no sabe bastarse á sí mismo en la vida ruda, peligrosa y viril. De todas las cualidades, el valor, que es una suma de energías, es la más despreciativa y orgullosa.

Sólo fué más tarde, después de las luchas de la independencia, en que las milicias salvadoras de Güemes recibieron oficialmente el nombre de gauchos, de las contiendas de la anarquía y la guerra con el salvaje, cuando la palabra ennoblecida por los sacrificios de sus representantes tomó la acepción casi afectuosa que mantiene.

Para conseguir autoridad y tener prestigio entre esos seres batalladores, inteligentes y rudos, era menester poseer sus cualidades, manifestar apego á sus hábitos, á sus tendencias, é igual dominio sobre el potro salvaje, y resistencia semejante para las fatigas.

Con esos títulos surgieron los caudillos, intermediarios entre las ideas y la acción, que para serlo, debían forzosamente halagar al núcleo de gentes de donde emergíay radicaba su fuerza.

Hombres cultos la mayor parte, preparados por herencia y conducidos por la ambición hacia los hábitos del gaucho, se identificaron con él, é hicieron, á base de instinto, las luchas, las soberanías regionales, y, en definitiva, nuestra democracia y nuestro sistema de gobierno.

La montonera tenía atractivos especiales para nuestro hombre del campo. En esas marchas extensas al rumbo, en esos combates á caballo y casi sin pólvora, en esas peripecias cotidianas, se ejercitaban el valor y la

Digitized by Google

A'hijuna...

destreza, y se huía del trabajo que es siempre sumisión. Sus aptitudes estaban ahí, sus mismas aptitudes de la paz, desenvueltas y vibrantes en su apego á la existencia errante, á la amplia vida de las emociones fuertes, dentro del marco tranquilo de la naturaleza salvaje.

En ese áspero ambiente, en esa familiaridad con el dolor y la muerte, en ese contacto con la sangre de las bestias y con las heridas de los hombres, debe observarse al gaucho y estudiar á su representante civilizado, al caudillo, que influía en las ciudades y en los campos con el prestigio que arrancaba de una y otra parte.

En todos los pueblos, el conductor de hombres lo es porque las cualidades le acercan más á la masa que á los hombres de estado, y solamente los escasos seres que unen el talento y el valor á la acción enérgica y brillante, se hacen totalmente representativos. Así, un jefe popular puede ser tanto más ilustrado, cuanto mayor sea la cultura de las muchedumbres.

Y en la época de formación, las multitudes argentinas eran ignorantes, y los hombres ilustrados no tenían, de la vida política y pública, sino teorías ajenas á nuestro medio y vaguedades filosóficas perturbadoras.

En los tiempos de cambios y de revolución, las ideas penetran por las heridas que hacen las armas que las substentan. Y son las del bien, la verdad, la justicia y la libertad, las que han multiplicado ese medio de convicción en la humanidad. Los vicios y las iniquidades se difunden más blandamente.

Muchas heridas se han abierto, para que nuestra nacionalidad se haya hecho con el más amplio y hermoso sistema de libertad y de gobierno.

No digamos mal de los que confusa pero briosamente, como en el tumulto de sus entreveros, inoculaban con sus lanzas los gérmenes de la grandeza futura.

Deseemos, más bien, que no se abata para siempre en las delicias del progreso, de la paz y de la riqueza ese espíritu inquieto, audaz y bravío, ese amor á la independencia que vivía en nuestro pueblo, cuando tendía en el suelo su poncho y le cubrían las estrellas.

EL ACASO DE LOS DOMADORES

por Miguel Angel Tobal.

Escribir en París, á los diez días de estadía, sobre cuestiones camperas es, en verdad, empresa difícil. Se traslada el pensamiento á las pampas y sus modalidades : se

Digitized by Google

¡ Fuerza, compadre... !

siente y se palpita en el esfuerzo de la voluntad las costumbres de los conciudadanos, pero es menester sobreponerse al rudo batallar imaginativo que la grande y fabulosa urbe provoca en el cerebro. Y así veo, en el luchar de mi esfuerzo por triunfar en tan escabrosa emergencia, salir á mi encuentro tras del palenque pampeano una elegantísima « habituée » del *Marigny* ó del *Olympia*. Y al pretender comenzar por la enlazada del potro, el lazo se me torna en serpentina felizmente arrojada en el *Tabarin*, y que ha ido á tocar el penacho de un « chapeau mignon », obligando á su gentil portadora á dibujar una sonrisa « agréable » en su cara soñadora, en la que agradece y sabe bien retribuir la invitación...

¡ Ya es nuestro el potro, enderece !

¡ Oh, perdóname patria amada, si por un momento te olvidé en mis juventudes, al sentirme por vez primera en el gran París, alma del mundo !

Que la civilización de nuestros días recrimine al tradicional domador de las pampas su sistema de hacerlo todo útil, no quiere decir, en principio, que ello tenga fundamento.

El gaucho nativo doma primitivamente, pero sabe domar. Jamás castigará al redomón si no lo merece, ni cifra el buen resultado en su talero. El buen domador, vástago de la generación de Moreira y Santos Vega, acostumbrado á domar « en pelo », ha tenido siempre en cuenta que el abuso del talero trae consigo funestas consecuencias,

Digitized by Google

El Angelus en la pampa.

tal como las de mañeros y bellacos, y por tal motivo procede con verdadero tino.

Pero, á decir verdad, el acaso de los domadores, en la pampa argentina, es lo que hay de cierto con motivo del « stock » de caballos criollos. Aquél y éstos van, desgraciadamente, desapareciendo. Lamentamos por qué el domador real de las pampas ha llevado siempre consigo el alma gaucha, madre de todas las lealtades, franquezas y virtudes. Un « criollo » ha sido « macho » y á la vez inocente, sin pretensiones, útil, fiel, buen patriota, mejor brazo de la industria, óptimo cumplidor de las leyes.

El sistema primitivo de domar potros en la Argentina jamás fracasó. Era necesario hacer pasar el potrillo á la vida activa, y se le enlazaba, ensillaba y montaba celosamente, y hasta con mimos. Los dos primeros días, el domador es « apadrinado » por dos « paisanos » que, á cada lado del potro, van conduciéndolo al campo abierto. Y como no obedece á la rienda, se va » pechando » para guiarlo, siempre con cariño, con aquel cariño

No me apure, si me quiere sacar bueno...

Digitized by Google

con que se llevan á cabo los mejores deseos.

El gaucho está en su elemento, y sabe « sentar fama en el pago ».

Algunos han cobrado cuarenta centavos por doma, y otros, á sueldo de 20 y 30 pesos al mes, eran domadores de una estancia. Que digamos en tiempo pasado, no quiere esto decir que el domador ya no existe. No. Hay aún « gauchos », y buenos, en la provincia de Buenos Aires sobre todo, como hay ejemplares de caballos criollos de la talla de « Pincen ».

La Sociedad Sportiva de Buenos-Aires, en su último torneo del año próximo pasado, organizó una doma con buen resultado y con el mismo triunfo de las anteriores. A su llamada acude buena paisanada, hasta de las regiones andinas y de Corrientes; paisanos de aquellos pagos en que la mula es el « pingo » obligadamente favorito, y á la que se doma á « fuerza » de espuelas, sosteniendo el equilibrio con los dientes de estas últimas.

Con la civilización, diré, se van perdiendo estas costumbres abolengas, y así, el gaucho ha sido suplantado por el « pajuerano ». Sin embargo, el germen de la simiente siempre arraiga, siendo común entre los « puebleros », en sus asuetos de la estancia, dejar el zapato de charol y la galera para acomodarse la bota y el chambergo, y unas cuantas sentadas en los lomos redomones.

Es en vano. Los abuelos han dejado en sus costumbres virtudes altruistas, que amenguan el atraso de aquéllos y las hacen admisibles.

El potro será domado así hasta desaparecer, que es bien difícil, en su totalidad, los sementales criollos.

El alma de la raza supo palpitar magnas emociones al pie del ombú gallardo de las pampas, oyendo el relinchar del « mancarrón » airoso, y el trinar del hornero en el alero del rancho. Y todo saturado con el perfume sano de la campiña inmensa, donde se refleja el arte misterioso de la naturaleza, hace que se sienta emoción, pero emoción grandiosa, por todo lo de aquel suelo fecundo.

Dispénsame, lector ; fué mi compromiso acompañar con algún texto las fotografías que ilustran estas líneas. Pongo punto final. París me llama.

¡Oh, perdóname, patria amada, si por un momento llego á olvidarte otra vez en mis juventudes, al sentirme por vez primera en el gran París, alma del mundo !

POESIA CENTRO-AMERICANA

LA MUJER HONDUREÑA

Paloma de albas plumas de este nido de Honduras
Que ha incubado heroísmos y ha incubado ternuras.

A LA SEÑORA DOÑA CAMILA DE SOTO.

Tener todo el encanto de la criolla belleza,
Labios que son fulgor, ojos que son dulzura,
Faz donde se refleja la espiritual blancura
Y la humilde bondad y la altiva nobleza.

Tener modestia y gracia, candor y gentileza,
Y la luz del talento que en la frente fulgara;
Llevar dentro del pecho un mundo de ternura
Y en el alma el divino diamante de pureza.

Encenderse en la lumbre de la olímpica Eros
Y jamás conculcar los sacrosantos fueros :
Ser leales amigas, nobles hijas y hermanas.

Tener el fuego hispano y la gracia limeña,
Ser ángeles de hogar y madres espartanas...
Son las prendas que adornan á la dama hondureña.

Luis H. Debayle.

Digitized by Google

Por E. GOMEZ-CARRILLO

LAS BAILARINAS INGLESAS. — UNA HIJA DE ISADORA DUNKAN. — EL ALMA DE LA DANZA ESPAÑOLA. — UNA BAILADORA SAGRADA.

ESTE mes, como los teatros están cerrados, es en los music-hall donde se encuentran los espectáculos que más gustan al público. Por todas partes se anuncian revistas y pantomimas. Pero ahora no tratan los empresarios de servirse de esos géneros, para exhibir á las pecadoras que más diamantes poseen. El reino del lujo parece abolido. Estamos en la era del baile. Cada escenario, en efecto, es una academia de bailes exóticos. Junto á la bella bayadera oriental, vemos á la graciosa *girl* londinense; al lado de la parisiense vivaracha, aparece la lánguida moresca; después de la andaluza, ondulante y vibrante, sale la vienesa que ve la vida cual un valse sin fin.

Una « troupe » de inglesitas tiene en estos días un éxito fantástico. Yo no veo en ellas nada nuevo, nada extraordinario. Ni muy bonitas siquiera me parecen las rubitas éstas. Pero la gente, que hace las famas, se ha enamorado de ellas. Y todas las noches, las flores y los aplausos coronan sus fáciles esfuerzos.

— ¿Qué les encontráis? — he preguntado á uno de sus más fanáticos admiradores.

— Una gracia de friso antiguo — me ha contestado.

Y es cierto. Pero todas las *girls* de todos los pueblos son las mismas. En cualquier music-hall del mundo, cuando los clowns han terminado sus ejercicios de gracia eléctrica, y cuando los cantores tiroleses se han internado en las montañas de cartón lanzando al aire sus últimos aullidos desgarradores, una música, que es á la vez ligera y pausada, funambulesca y armoniosa, invita á las *miss* bailarinas á que aparezcan una tras otra. Y una tras otra llegan, marchando rítmicamente, haciendo gestos uniformes, sonriendo con una sonrisa igual. Todas ellas son artificial ó naturalmente rubias. Todas llevan el mismo traje. Todas son de la misma estatura. Una sola vida parece animarlas á todas. « Es un friso que palpita », piensa uno. Eso son, en efecto: un friso compuesto como los escultores griegos componían los suyos, con una sola figura repetida indefinidamente. Son un friso que danza y que nos seduce, con la escrupulosa disciplina de sus gestos. Cuando un pie se levanta, los otros pies lo acompañan. El mismo temblor que agita aquí, en un extremo, la falda corta y frufrutante de esta muñeca, se repite allá, en el otro extremo, pasando por las demás faldas.

Los empresarios saben perfectamente, que en este movimiento de friso humano reside toda la gracia de sus *girls*, y por eso no permiten con gusto que una de ellas aparezca sola ante el público.

¿Os acordáis de las famosas Gibson's?

Eran, como las hijas de un rey de Oriente, once, y las once rivalizaban entre sí en gracia y en belleza. La primera, Camila Clifford, á la cual las malas lenguas le atribuían una delgadez excesiva, sorprendió una noche á Londres presentándose vestida apenas con un velo blanco. Un murmullo de admiración subió hasta el cielo de las bambalinas, y una nueva secta religiosa se creó en el acto: el cliffordismo. Hubo trajes á la Clifford, que eran estrechas fundas de terciopelo negro; hubo peinados á la Clifford, que eran copias de las pelucas rizosas de la Regencia; hubo abanicos á la Clifford. Pero el auge y

Digitized by Google

la simpatía duraron poco, pues una buena mañana, los londinenses leyeron en el «Times» la noticia estupenda del matrimonio de *miss* Camila con *lord* Aberdare. Durante un mes, no se habló en los salones y en los clubs sino de aquel odioso escándalo. Porque era un escándalo, un verdadero escándalo semejante himeneo, que unía el nombre glorioso de uno de los más nobles señores británicos con el seudónimo de una «girl» de historia sospechosa, ó por lo menos obscura.

Cuando una de las once se hubo así casado, la tropa quedó incompleta. Las otras diez se casaron también con millonarios. El lindo friso desapareció.

« Es un friso que palpita ».

Otro espectáculo que ha hecho mucho ruido, es el de Adorée Villany. Esta mujer, nacida nadie sabe donde, trae á París un arte nunca visto. « Es una Isadora Dunkan joven y linda » — se ha dicho. Cierto. Pero es algo más, algo más fresco, algo menos pedante, algo más espontáneo, algo menos divino si se quiere, y por lo mismo más impresionante.

Un español que la veía anoche, decíame :

— Pero esa mujer no baila.

Y realmente, Adorée Villany, como Isadora Dunkan, no es bailarina, no es el ser de pies alados, no es la que con piruetas rítmicas, sin sentido neto, realiza la belleza. Sus actitudes significan siempre algo de preciso. Son actitudes esculturales. Son, desde el principio hasta el fin, actitudes en que se nota un esfuerzo intelectual. Pero ¿dónde está el poema de puro amor, de puro capricho, de pura voluptuosidad que cantan con sus redondeces serpentinas las inconscientes bailadoras de Sevilla, de Nápoles, de Atenas? Su cuerpo, sin caderas, tiene algo de seco, algo de antipagano. Es una belleza protestante, rígida y púdica, no con una « pudicie » evangélica. Ya otras muchas artistas, con menos pedantería, habían realizado esta misma danza. La admirable Odette Valery nos había hecho ver, en lentos poemas plásticos, las metamórfosis de las estatuas antiguas, y diez, cien anónimas muchachas de Montmartre la habían imitado. Pero ninguna había llegado á la fuerza expresiva de esta misteriosa Adorée Villany.

Las españolas son siempre legión en París. Hay españolas en todas partes, en los ca-

Otro friso humano, dirigido por Mad. Pavlova.

Digitized by Google

fés nocturnos como en los teatros de ópera, en las cuevas como en los palacios. Las españolas que bailan, son siempre las reinas de París. París tiene instinto de gran pueblo artista, una admiración casi religiosa por la danza española. Bailar, en España, es celebrar un rito. Desde la Jota ingenua, en la cual la pareja se busca y se persigue, hasta el patético tango en que el espasmo hace palpitar al ser rendido por las caricias, todo es exótico, todo es pasión, todo es voluptuosidad. Por eso todo es santo. La vida anima, con su fuego inextinguible, á las que siempre son, por la sola virtud de su belleza, sacerdotisas del culto de sí mismas. Y nada choca á nadie en ninguno de los pasos nacionales. El niño como el anciano, el sabio como el rústico, comulgan ante los lindos cuerpos ondulantes en la eterna fé de la naturaleza. « Cuando la Puga bailaba en un tinglado de Málaga — dice Maurice Barrés — los marineros borrachos que la veían, llegaban á experimentar sublimes sensaciones ». Estas sensaciones, ante las danzas de otros países, no son igualmente sublimes. En cuanto las complicaciones ideológicas ó místicas distraen de su instintiva liturgia á los catecúmenos, el baile se convierte en un rito de iniciados. El pueblo no puede ya comulgar en él. Y lo que hace de la coreografía española un sacramento de arte único en el mundo, es su sencillez enteramente humana, absolutamente amorosa.

Mad. Schmolz, en "Scheherazade".

Anoche, después de haber aplaudido á Adorée Villany, ocurrióseme entrar en otro salón que mi querido Quinito Valverde me había indicado, y donde se anunciaba una danzarina para mí desconocida. Al principio, nada en ella me sorprendió. Era la perpetua niña ágil, muy linda, con ojos inmensos, y labios infantiles y glotones. Su nombre mismo nada tenía de particular: La Preciosilla. ¡Hay tantas Preciosillas en el mundo! Pero, poco á poco, notando la influencia magnética de su baile en el público, llegué á comprender la diferencia esencial que existe para un pueblo que ha heredado el sentimiento del ritmo amoroso á través de cien generaciones, entre una « mima» complicada, con ideas en los brazos, con teorías en el busto, con principios en los pies, y una sencilla y devina muchacha que brota de la tierra cual una flor púrpura, y que con sus ondulaciones inconscientes, con su belleza sensual, con su perfume insidioso, embriaga á la noble pleble que encarna el alma del país ¡Ah! Sí, esta Preciosilla era la hija de la Puga, fina y desnuda, de Barrés. En esta Preciosilla palpitaba todo el instinto libre de la raza. Esta Preciosilla ponía, como una hostia, en los labios de sus adoradores de una noche, la sublime sensación de lo que no cambia nunca: del amor, de la harmonía, de la gracia.

Tórtola Valencia, en una de sus danzas.

Otra que seduce é inquieta, es esa singular Napierkowska, cuyo orgullo es tan grande como el talento.

— Yo he nacido — dice — para bailar en un templo de Oriente, ante reyes y pontífices.

¿Sonreís?... Yo también. Y, sin embargo, no cabe duda de que en el baile de Stacia Napierkowska hay algo del delirio santo de los derviches danzantes. Es el mismo desorden en los gestos. Es el mismo vértigo giratorio. Es el mismo temblor de todo el ser vibrante. Es la

Digitized by Google

misma tenacidad infatigable del cuerpo, que parece extenuado y que no se rinde. Es la misma inconsciencia dentro de la misma ciencia. Hasta la demacración exangüe del rostro en que brillan, como brasas, los ojos negros, es la misma.

En estos meses, no obstante, gracias á los consejos de su maestro, Linder, la misteriosa bailadora, ha puesto algunas gotas de agua clara en su copa sagrada. Cuando yo la vi, hace años, su embriaguez lírica daba miedo. Con cualquier pretexto, y al son de cualquiera música, danzaba cual una bacante desenfrenada.

(Foto Manuel.)

Napierkowska.

En un teatro, una noche, el público, lleno de angustia, llegó á gritarle:

— ¡Ya no más, ya no más!

Pero ella no oía sino las voces furiosas que subían del fondo de su ser, en delirio. No veía tampoco. Sus grandes ojos negros eran, cual los de las estatuas de Ménades dionisíacas, completamente ciegos. Y como no veía ni oía, no pensaba. El ritmo de la música dirigía apenas sus gestos. El instinto terrible del sexo era lo único que influía en su danza. Por eso, la sensación de la locura sagrada dominábanos á todos de tal manera, que un temor vago, como el que se siente en las obscuras pagodas asiáticas en presencia de los dioses que gesticulan, llegó á invadir las almas de los que la admirábamos, y todos, medrosos, murmuramos:

— ¡Ya no más!

Pero no era por piedad. No era, como lo creyeron algunos después, por miedo de ver desplomarse aquel divino cuerpo tembloroso. Era por algo más egoísta y más profundo: por la angustia que se desprende de los ritos extraños, y que llena de espanto el ánimo. Era por miedo religioso, en una palabra.

Todos, en efecto, habíamos ido allí para divertirnos con espectáculos voluptuosos y humanos. Y todos, al hallarnos ante aquel ser singular y exótico, sentimos el santo escalofrío de los misterios índicos, en que el amor y la muerte se mezclan en un torbellino alucinante.

GRANADA

Aun despojada de tu trono, vales
Lo que un sueño de magias infinitas,
Que del Oriente, en tu recinto escritas,
Se grabaron las huellas inmortales.

Ceñida de laureles y rosales,
Salpicada de torres y mezquitas,
Para tantas bellezas necesitas
El fuego de las mentes orientales.

Sultana de Occidente, los rabíes
Enviaron un cántico sumiso
Al modo celestial como sonríes;

Y hacerte el genio tan hermosa quiso,
Que obligas á soñar con las huríes
Y el amor de un dorado paraíso.

Miguel Angel Corral.

Digitized by Google

— Mucho no, señorita, ya que aún es usted muy joven, y que todavía no soy yo viejo; pero casi puedo asegurar que desde que éramos usted niña y yo muchacho.

— ¡ Es curioso !...

— ¡ Puede ser, pero así es !...

Lo que no acierto á comprender — añadió Eliana con perfecta ingenuidad — es la causa de ese interés que parece haber puesto usted en todos mis actos y en toda mi vida.

Guardó Daniel silencio durante algunos minutos, que hubieron de parecerle eternidades. Tenía la suerte de su vida pendiente de aquel instante y de aquella respuesta. Una palabra sola: *amor*, hubiera bastado para decir toda su pasión y todo su dolor, en momento cuya oportunidad había de ser única, y que tal vez no había de volver á presentarse jamás. Tardó Daniel en pronunciarlas más de la cuenta, y cuando, convencido de que su suerte lo quería, preparábase á decirla, una voz melosa, la de don César, rompió el encanto de la hora mágica con esta inoportuna solicitud:

— Elianita, quisiéramos escuchar un poco de música, y aplaudir su maestría de usted. Hablo en nombre de todos. ¿ No es cierto, señores ?...

A coro, respondieron con entusiasmo los concurrentes:

— ¡ Ciertísimo !... ¡ Ciertísimo !...

Y poco después, ante el piano, Eliana se disponía á interpretar la *Patética* de Beethoven, mientras que Daniel, alejado y solitario, escuchaba en su espíritu el eco de la voz, íntima, previsora y levemente irónica, que repetía la inexorable sentencia del destino: *¡ Tarde !*

CAPITULO VIII

« .... Aunque pusieron silencio á las lenguas, no lo pudieron poner á las plumas las cuales, con mas libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado: que muchas veces, la presencia del ser amado turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida »

CERVANTES (*Quijote.*) Parte I, cap. XXIV).

« La vi, Dios mío, si mi torpe acento,
Decir pudiera lo que vi. . ¡Era Ella!...
—¿Una moza, una Diosa?... ¡no! más bella,
Más todavía .. ¿Quién? Era un portento
De belleza sin par.. ¿Quién era?... ¡Ella! »

VICTOR TORRES ARCE (Poesías líricas).

Decisiva y trascendental fué para Daniel la jornada cuyos incidentes acabamos de referir.

Lo que hasta entonces hubo de ser, en el alma del mozo, amor sentimental y soñado, más contemplativo que real, trocóse, al tomar contacto verdadero con la vida, en pasión objetiva y atormentadora.

Eliana fué para él, en los años de su infancia y de su primera juventud, un fantasma de ideal mejor que una niña amada. Habíala visto, en breves y contadas ocasiones, rápidas todas ellas como lo son los casuales encuentros, y al través de una intensísima emoción que casi suspendía en Daniel, durante tales instantes, las facultades de la vida, y con ellas las de la percepción y las del análisis.

Eranle al joven tales apariciones de Eliana á modo de relámpagos y de fulgores que, al percibirlos, deslumbran y ciegan momentáneamente nuestras pupilas. Después de uno de esos encuentros cuyas fechas quedaban grabadas con letras de fuego en su imaginación, si alguien hubiera preguntado á Daniel cual era el color del vestido que en aquel día llevaba Eliana, y cual la forma de su sombrero ó de su toca, el enamorado no hubiera podido responder sino esto: era color de luz. Y de tal modo, en ausencia completa de detalle en sus percepciones y de realidad vivida en su cariño, había amado Daniel con afecto intenso, altísimo, pero del todo irreal, semejante á la mística veneración que inspira una imagen religiosa.

Digitized by Google

Por lo tanto, al cruzar con su amada las breves palabras que hemos escuchado; al sentir sobre su brazo el suave peso del de la joven, al serle dado detener su mirada en tranquila contemplación de las pupilas de Eliana, Daniel quedó en la gran sorpresa que á un devoto, adorador de tal ó cual Virgen milagrosa, causara el ver á la estatua descender hacia él, sonriente, en familiar clemencia de vida ó de realidad.

Y extrañábale comprobar, en tal instante, que amando á Eliana desde hacía muchos años, nunca se había dado cuenta, hasta entonces, de que la niña peinaba sus

Y fuese á besar, en profunda inclinación, la mano de Doña Elisa. (Cap. VII.)

Digitized by Google

cabellos de tal ó cual manera, andaba de tal ó cual otra, sonreía ó imprimía á sus frases esta entonación, acompañaba su plática con aquel gesto favorito de sus manos... vivía, en suma... en tal ó cual forma...

De tal modo, el amor de Daniel sufrió una gran crisis al asomarse al mundo por vez primera desde los umbrales del ensueño; y esa crisis encarnó en el cuerpo del amador la pasión que, si antes fué puramente psíquica, tornábase ahora en vehemente anhelo, en el cual reunían sus tormentos el alma y el cuerpo.

De reflejo sereno y frío, que antes fuera luz estelar de un remoto cielo, habíase convertido el amor de Daniel en llama de hogar terrestre, en fuego capaz de abrasar, en fuego que á igual que la vida puede dar la muerte.

¡La muerte!... ¿Por qué tal visión cruzó por la mente de Daniel en esta quieta hora de añoranzas? Tal vez porque en esta hora comenzaba á conocer la vida.

Un telegrama de su padre, recibido en la misma noche en que ocurrieran los acontecimientos descritos en el capítulo anterior, obligó á Daniel á salir precipitadamente de Santiago, y á emprender viaje á Valparaíso, para allí embarcar con dirección á Coquimbo, en donde le aguardaba el buen anciano.

No vaciló Daniel en ir allá donde el deber le llamaba, pero al partir, al siguiente día de su primera entrevista con Eliana, parecióle que el destino cortaba, con hoja de fatalidad, el hilo de esperanza que desde pocas horas ligábale á su antiguo amor de ensueño, trocado ya por la vida en pasión de realidad.

Reaccionó el mozo contra la amargura de sus presentimientos, y si en la prisa de la marcha no halló lugar de despedirse de Alberto, juzgó cuando el tren se puso en marcha que, siendo su ausencia breve, como había de ser, á la vuelta se entrevistaría inmediatamente con su amigo y le expondría, con sinceridad, el conflicto psicológico que entre ellos surgía, y para el cual era menester buscar una solución que armonizara sus vidas, dejando éstas de ser involuntariamente rivales y opuestas para volver á su antigua condición de hermanas.

CAPITULO IX

« Es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella. »

CAMPOAMOR.

Entre Miguel y Don César se cruzaba, poco tiempo después, el siguiente diálogo:

— ¡Al fin te encuentro, Miguelito; no sabes lo que te he buscado!

— ¿Sí? pues llegas á tiempo, porque yo también deseaba verte...

— ¿Seguiste mi consejo?

— ¡Al pie de la letra!

— ¡Ah! ¿sí? Cuéntame el resultado. ¡Cuéntame pronto!

Miguel, del brazo de su amigo, se dispuso á comenzar la narración de la donosa aventura, pero como ambos hombres paseaban por el centro de la Alameda, y era la hora de gran concurrencia en el paseo, Miguelito bajó el tono de la voz, con lo que dió á entender que la jornada no había sido para él ni de provecho ni de gloria.

El diálogo continuó, pues, en voz más queda, y al tenor siguiente:

— Seguí tus consejos escrupulosamente, amigo César, y me resolví á pedir al padre de Eliana la mano de su hija.

— ¡Ah! ¿la pediste ya? ¡Eso es lo que deseaba saber! ¿Y?...

— Pero tú sabes, también como yo, que contra el corazón de las niñas se opone á menudo una voluntad superior y para ellas invencible, ante la cual tienen que inclinar la cabeza...

— ¡Entiendo, Miguel, entiendo!... ¡Doña Elisa!... Te diré, francamente, que siempre he creido que doña Elisa te profesaba odio...

— No sólo ella, César, sino también ese viejo de don Bernardo, que ha sido contagiado por su mujer.

— ¡No me extraña!... Siempre tuve á doña Elisa por el verdadero tipo del despotismo femenil. Todo lo absorbe, desde el corazón de su hija hasta la voluntad de su marido... Pero, vamos, cuéntame eso... ¡Quién sabe si tendrá remedio!

— No hay mucho que contar; pero, en fin, te diré que ayer, después de haber madurado — como hombre prudente — durante cerca de un mes, el consejo que me diste el día del santo de Eliana al salir de su casa, me dirigí ya resuelto, según anteayer te lo anuncié, á casa de don Bernardo. Envíele mi tarjeta, y me recibió sólo en su estudio; me ofreció asiento con mucha seriedad y, sin manifestar extrañeza alguna, preguntóme enseguida en que podía servirme. Yo, que no llevaba más frase preparada que la que tú me aconsejaste anteayer, creí que era lo mejor cortar por lo sano y pronto; de suerte que, apartando ambages y rodeos, repliqué, lleno de serenidad y de mundo, con esa frase á que he aludido: — «¡Don Bernardo, yo quiero ser su hijo!» — Don Bernardo oyó la cosa como quien oye llover, y sin la inmutación más leve díjome, llevándose la mano á su blanca barba: — ¿Ha hablado ya Vd. á mi hija?» — No he hablado con ella de ma-

Digitized by Google

timonio — respondí — pero tengo motivo para creer que nosotros nos entenderemos sin dificultad, si da Vd. antes su consentimiento, que, en cuanto al de mi padre, sabido es que él no se opone nunca á lo que yo determino. — En tal caso, dijo aquel viejo, espero que podré contestarle al punto, si antes me permite Vd. un momento para consultar yo mismo á mi mujer y á mi hija. — ¡ Ah, por supuesto ! — le contesté, y salió por un instante. Te aseguro que no tardó ni un segundo en volver, y naturalmente, aquella exagerada prontitud fué para mí la clave de toda la intriga ; en tan breve tiempo es imposible que se haya verificado ninguna consulta seria. El tal don Bernardo no tiene, pues, esa gran habilidad que dicen ; al menos, en la ocasión presente no lo supo manifestar, y se le fueron los pies... Volvió, como te he dicho, un minuto más tarde, y ¿ sabes lo que me dijo ? ¿ sabes la única contestación que obtuvo mi cortés propuesta ? Sólo esta frase : — ¡ Mi hija Eliana no quiere que sea Vd. mi hijo ! — Ante la mala acogida dispensada á tal amabilidad mía, volví bruscamente la espalda, y sin saludar á nadie salí para siempre de aquella casa... ¿ Qué te parece, César, la historia ?...

— Que te felicito por librarte de entrar en una familia, en la que un hombre bien educado como tú no hubiera podido vivir dos días. Debes reputarte ahora más feliz que nunca, y obras cuerdísimamente, al dejar que el clavo enorme de aquel matrimonio se lo metan al loco de Alberto, ó al fatuo de Daniel...

— Tienes razon, pero debo advertirte otra cosa, que es para lo que sobre todo te buscaba.

— ¡ Te escucho !

— Paréceme... mejor dicho, estoy seguro de que esa respuesta que se me dió, fué combinada de antemano por doña Elisa, á quien se la sugirió Daniel antes de partir. ¡ Sí ! Porque es cosa que nadie me quita de la cabeza, que lo que desea aquella dama es casar á Eliana con Daniel, ya que con Alberto...

— ¿ Qué ? ¿ Ha concluido lo de Alberto ? ¿ No la pretende ya ?

— No lo sé, á punto fijo, pero tal he oído, y tal me lo parece, toda vez que en las últimas tertulias he visto que Alberto se acerca ya muy poco á Eliana, y por el contrario se allega, aún más que antes, á su antigua amiga Lucrecita, esa monísima chica de ojos verdes con quien el mismo Alberto tuvo amoríos, no ha mucho tiempo, y con la cual se disgustó por no sé qué insignificante historia.

— No me extrañaría el que eso fuera cierto, ni he pensado nunca que á Alberto le pudiera enamorar, por más de unos días, mujer que como Eliana no se avendría, por su natural seriedad y por la circunspección exagerada de su carácter, con otro tan ligero y superficial como el de Alberto. Eliana es más bien para naturalezas serias, para talentos de fondo,

— Aquel muchacho que habla con mi madre — dijo indicando á Daniel — es amigo de Vd. ¿ no es cierto ? (Cap. VII).

Digitized by Google

para hombres reservados, discretos... Por eso he creido siempre que era buena pareja para ti.

— ¡ Quién sabe si su seriedad no es sino convencionalismo y pura hipocresía ! Es preciso tener mucho mundo, y no dejarse engañar de esas palomas tan blancas por fuera... Pero, en fin, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, en todo esto, no veo sino un capricho ridículo de doña Elisa, obstinada en casar á su hija con Daniel. Se habrá figurado la buena señora que, porque escribe cuatro sandeces en diarios y revistas, tiene gran talento y gran renombre, y que porque defiende dos pleitecillos que — quien sabe si se los pone él mismo — es dueño de un porvenir espléndido y brillante. Y ya sabes, esos caprichos de vieja...

— ¡ Es claro ! No ceden ni ante el corazón de su hija ; lo sé y lo he visto comprobado.

— Pues bien, César, yo temo que se lleve á realidad ese capricho, y para probarle á esa maniática dama que soy más hombre de lo que por ahí se piensan, me he prometido desbaratarle su capricho con un plan maravilloso, sugerido por la más singular casualidad... Hablando francamente, á mí se me importa un rábano de que me hayan rechazado en esa casa, porque, al fin y al cabo, niñas como Eliana — ó aún mejores — puedo hallar cuantas quiera ; esto es hablar en puridad y sin las cegueras ridículas de la pasión ; pero lo que deseo, es probar á la tal doña Elisa que no se juega con hombres de mi temple y posición, y que si me la hacen me la pagan.

— En efecto, doña Elisa te ha querido jugar una mala pasada. Me parece, pues, muy justo que la pongas en su lugar, antes de que prosiga en su pérfido sistema.

— ¡ Sí que lo haré ! Y te confieso que no sólo por ella, sino también por el tal Daniel, á quien declaro sin rebozo que anhelo vivamente contrariar, fuere sólo por su orgullo necio. En resumen, quiero vengarme, y he encontrado casualmente el mejor medio de hacerlo.

— ¡ Explícate, Miguel !

— Pues bien, hace dos noches, al salir de la tertulia de casa de Lucrecia (en la cual estaba, por supuesto, nuestro amigo Alberto) púseme equivocadamente el abrigo de éste que, como tú recordarás, es igual al mío...

— ¡ En efecto !...

— Pero no vine á notar la equivocación sino al día siguiente, ya en casa, y encontré dentro del bolsillo una cartera que contenía tarjetas de Alberto, y que encerraba, además, esta carta, abierta y ya leida, que te he querido mostrar antes de devolverla.

— ¿ A ver ? Trae acá. ¿ De quién es la carta ?

— Toma y lee ; es carta de Daniel á su amigo, escrita desde Bolivia, nada menos. Como ves, está lejos el tal Danielito, y por lo que dice su carta, perdidamente enamorado de alguien. No dice de quien, pero seguramente es de Eliana. Lécla toda, César, y examina que partido podemos sacar de ella en beneficio nuestro, desbaratando los planes de doña Elisa, por medio, v. gr., de un anónimo dirigido á Daniel, en el cual anónimo le anunciemos la próxima boda de Eliana.

— ¿ Sabes Miguelito que posees un gran talento ?

— ¡ Bah !...

— Y doña Elisa se quedará como tú lo deseas : en blanco, á la luna de Valencia, como dicen Vds... sin pan ni pedazo; esto es, sin Alberto, sin Daniel y sin ti...

— ¡ Sublime, César ! Pero ¿ y si él escribe acá para averiguar y cerciorarse...

— Aguarda, aguarda, que allá voy, todo lo combina bien una dirección habilidosa. Es verdad que él dudará en el primer momento, estoy seguro de ello. ¡ Conozco tanto el corazón humano ! Y al dudar, querrá, es claro, escribir aquí, á Santiago. Pero, chico, es el caso que, como en esta capital no tiene — á causa de su orgullo — más amigo de confianza que Alberto, y como el asunto es de mucha confianza, de muchísima confianza, dada sobre todo la exagerada reserva de Daniel, querrá escribir á Alberto ; mas Alberto — y aquí está lo magistral del golpe y lo agudo de la estrategia — mas Alberto no le contestará porque, con el entusiasmo de su nuevo enamoramiento, ni pensará siquiera en las tribulaciones de su amigo.

— Entonces, ya lo sabes... cuando quieras me tienes á tus órdenes.

— Bien. En tal caso, ensaya tú algunas redacciones del anónimo que enviaremos á Daniel, mientras yo leo esta larga carta que me dará nueva luz sobre nuestro tipo... Afortunadamente, la letra es clara.

Los dos amigos se pusieron á trabajar, pero Miguelito no atinaba, por más que lo deseaba, á escribir un solo renglón ; se conocía que si había plumas en aquel escritorio, estaban allí por puro lujo. Al fin, algo amostazado de su propia impotencia, tiró la pluma y dijo á don César :

— Hombre, no es tan fácil esto de escribir, de escribir anónimos, digo, porque en lo demás le sobra á uno la facilidad. A ver si lo redactas tú...

— En el acto, hombre — repuso don César, sacándose los espejuelos con que leía la carta — redactaré el anónimo en un se-

Digitized by Google

gundo.. Yo entiendo de estas cosas de mundo... Y además, esta carta me aburre ya soberanamente. ¡ Qué sentimentalismo tan ridículo, qué afectación, qué cháchara, qué palabrería tan hueca !... Este pobre no sabe aún que los idealismos son sandeces y puras vaciedades de espiritu, é ignora que todas las mujeres son iguales.

— ¡Pobre tonto! — dijo Miguelito. — Se ha metido á escribir novelas, y no sabe que todas las mujeres son iguales, y que todo ese sentimentalismo es pura farsa pasada de moda.

— No importa; si no lo sabe, tendremos la caridad de enseñárselo; así escribirá mejor su futura gran novela.

Rieron los dos amigos á carcajadas la gracia, y don César se puso á escribir mientras se arreglaba Miguelito la corbata, gastando en ello un notable esmero, impropio tal vez de hombre de tanto mundo y que consideraba á las mujeres... iguales.

* * *

Entre tanto, y ya que la carta de Daniel ha sido violada una vez, aprovechémonos nosotros de estos

— Elianita, quisiéramos escuchar un poco de música, y aplaudir su maestría de usted. (Cap. VII.)

Digitized by Google

momentos, en que yace abierta sobre la mesa de Miguelito, para leerla de prisa.

Dice así :

« Mi querido Alberto :

« La urgencia con que me llamó mi padre hace ya muchos días desde Coquimbo, donde tú sabes descansa de las antiguas labores de gran juriconsulto y de hombre público que tanta fama le dieron en su tiempo, y que tanto me han servido para el buen éxito de mi profesión, me impidió despedirme de ti y explicarte los motivos de mi precipitado viaje ; y los innumerables afanes y preocupaciones en que hasta ahora me he llevado, no me habían permitido escribirte aún. Empero, como vale más tarde que nunca, hoy, que tengo algunos momentos de tranquila desocupación, me apresuro á hacer lo que antes no pude.

« Al día siguiente de aquella noche en que me llevaste á casa de doña Elisa, recibí un telegrama en que me llamaba mi padre desde Coquimbo. Conozco á mi bondadoso padre, á quien no puedo nunca nombrar sin decir, « en voz muy alta y orgullosa », que es el hombre más perfecto de la tierra, y del cual hablo pocas veces porque temo que se crea que hiperbolizo al alabarle, ó que se piense que el amor de hijo alucina mis ojos al mirarle... Y ya que hablo de mi padre ¿ recuerdas aquella descripción que de Esmeralda hace Víctor Hugo en « Notre Dame de Paris », en donde dice en una exaltación de creyente, que el mismo Dios se habría enorgullecido de haber escogido á semejante mujer para madre de su hijo ? Pues bien, Alberto, yo he pensado muchas veces, tomando por momentos el símil y la fé religiosa del poeta, que, si así como el Hijo de Dios fué engendrado en mujer, hubiera sido engendrado por hombre, mi padre ¡ sí, mi padre ! habría sido, de todos los hombres, el menos indigno de tan sublime elección... ¿ Te ríes ? ¿ Lo ves ? ¡ Por eso no me gusta hablar de mi padre !... Pero, me alejo demasiado de mi punto de partida. Conozco al viejito; te decía que á sus años es grave la enfermedad más leve, y entreví hasta en el laconismo cruel con que se me llamaba, que debía de estar malo. Esto me malhumoró á tal extremo, que partí sin dilación, en el tren de la mañana siguiente, á Valparaíso. Iba con la idea de que, por lo mismo que en Santiago comenzaban á andar bien mis asuntos (aludo á los de mi profesión) la porfiada mala estrella, que tú me conoces, interrumpiría antes de mucho tiempo tan suspirada bienandanza Así, llegué dos días después á Coquimbo. Habíase ya repuesto mi padre de su repentino y grave ataque al pecho, órgano en que — como otras veces te he dicho — padece una lesión crónica desde los últimos cinco años ; esto es, desde que por orden de los médicos hubo de cerrar su bufete de abogado, y trasladarse con su familia á respirar en cualquier clima del norte, más sano para él que el de Santiago. Los médicos declararon entonces, que el exceso de un trabajo incesante había determinado en mi padre el desarrollo de un germen fatal, tal vez heredado, pero que no habría sido peligroso en las condiciones normales de una existencia tranquila, y que, á pesar de todo, podía aún reducirse á su primitivo estado de latencia. A este propósito he pensado muchas veces, que no deja de ofrecer ciertas ventajas aquello de poseer un germen latente, que — llegado el caso, por ejemplo, de una desesperación profunda — puede servirle á uno de arma legítima, con la cual romper el hilo de sus días, según que se resuelva provocar ó no el desarrollo del oculto y maligno germen. Mi padre se encontraba ya bien, como te dije, pero mi madre, después que la hube abrazado, me llamó aparte y me dijo, llorando, que los médicos acababan de ordenar al enfermo un viaje largo á Bolivia, á la Cordillera, á clima más alto, en donde el aire puro y vigoroso, aunque frío y enrarecido, rejuvenece y limpia los pulmones. Este viaje temporal, agregaban los doctores, es indispensable, á menos que Vds. prefieran el viaje eterno. Era, pues, necesario partir al punto, y como sólo yo podía acompañar á un enfermo tan querido — puesto que á mi madre no le era permitido dirigirse á la cordillera abandonando el cuidado de mis numerosos hermanos, menores todos que yo, y que no debían todavía separarse de las maternales faldas — acordóse inmediatamente, por inclinación propia, que de allí á pocos días partiríamos mi padre y yo á Bolivia, *á la gran meseta*, en donde reside un reputadísimo doctor, especialista famoso en dolencias pulmonares, y desde donde escribiríamos á mi madre por todos los correos.

« Y aquí me tienes, querido Alberto, cuando menos me lo figuraba, enterrado, á pesar de lo elevada que es la altura sobre el nivel del mar á que te escribo, enterrado en la meseta boliviana y dando compañía á mi padre. ¿ Quién me hubiera dicho hace dos meses, cuando bullía contento por los salones de Santiago, que vendría tan pronto á sumirme en esta indefinida soledad ?

« Comprenderás ahora si, en medio de tan continuo viajar, me había de quedar espacio para escribir á nadie, fuera de mi madre.

« Nada te diré de la vida que aquí llevo, sino que me hace soñar como nunca, que como

Digitized by Google

nunca me inspira la ambición del calor suave de la dicha, por lo mismo que me rodean las frías sábanas de nieve de las montañas, sábanas de nieve cuya contemplación me apena y melancoliza, porque se me figura á veces que van á ser el blanco sudario que me servirá un día de mortaja... Pero no quiero entristecerte con estas oscuras ideas que á menudo asaltan mi mente, ennegreciendo la escasa luz de mis esperanzas para el porvenir.

« Mi padre se siente algo mejor en estas alturas, respira ya si dificultad, y su aliento es, como en otros tiempos, silencioso, acompasado y tranquilo. Sin embargo, su ánimo, tan jovial siempre, comienza á sumirse ahora en invencible melancolía. En vano es que yo trate de alegrarle, de leerle, de reir en su presencia; él no cree en mi alegría, y constantemente me pide perdón con los ojos, por el alejamiento del mundo en que dice ha encerrado sin querer mi juventud. ¡ Pobre padre querido ! ¡ Si supieras, Alberto, qué corazón tan grande y tan tierno el suyo!... El me imagina desgraciado, y se cree causa de mi desdicha; pero sé que, aunque llegara ya á los más rudos extremos de infelicidad humana, no sería mi padre sino nuevo brazo de que mi mala estrella se valiera, para asestarme el golpe de gracia. Acuérdate de esto, amigo: « Casi siempre es la mano más inocente la que más hiere ». No sé de donde es esta máxima; no tengo memoria de haberla visto en los profundos libros de la Biblia, ni en los inmortales místicos de España, ni tampoco en el muy insigne La Bruyère, que es donde más sabias máximas he leido. Como quiera que sea, ello es que el aforismo me gusta, acato su verdad, y te lo recomiendo aunque sea original mío.

« Y á propósito de libros y de lectura, ayer vi un diario de Santiago por casualidad, y digo por casualidad, porque desde el día en que partí de allá determiné saber las menos noticias posibles de Santiago, vi pues la noticia del recién efectuado matrimonio de nuestro antiguo y excelente compañero Rafael. ¡ Quién como Rafael ! Y no me digas envidioso, amigo Alberto, porque se dan casos, cual el presente, en que el deseo de llegar á donde otros llegan, lejos de ser ruindad ni sentimiento vil, es anhelo nobilísimo, puro y legítimo, que al fin y al cabo — y rían cuanto quieran la impureza de costumbres y la juventud corrompida — nada hay tan alto de pensamiento y tan ennoblecedor del alma, como el deseo casto de ser novio.

Y poco después, ante el piano, Eliana se disponía á interpretar la Patética *de Beethoven.* (Cap. VII.)

« ¡ Ser novio ! ¡ Adolescencia pura de los ensueños, principio y fin de nuestras ilusiones, pensamiento favorito de la cándida niñez, y objeto, más tarde, de todos nuestros actos y deseos !

« ¡ Ser novio ! ¿ Quién no lo ha soñado mil veces, cuando divisa en las soledades del espacio una pareja de enamorados tórtolos, que al son cariñoso de su arrullo se esconden, cansados de volar y de acariciarse en los aires, en las sombras del alero de nuestro tejado ? Fenómeno siempre visto y nunca explicable, es que el amor busca invariablemente

Digitized by Google

las sombras, por más prístina que sea la próxima luz de su pureza.

«¡Ser novio! ¿Quién no lo ha soñado mil veces al recordar las escenas de amor de Fausto y Margarita, entre las tupidas enramadas de *la dimora casta e pura?* ¿Quién no lo ha deseado ocultamente, mientras sus ojos nublados por la emoción recorrían ávidamente las páginas inmortales de los idilios de Saint-Pierre y Chateaubriand, de Gœthe y Lamartine? ¿Quién, por fin, no lo ha querido, cuando en las riberas de algún lago, entre las ramas umbrosas de un soto, sobre la cubierta de un buque en alta mar, aun desde la acera solitaria de una calle, ó perdido entre las montañas del paisaje inmenso de la cordillera, contempla la faz argentada de la luna que parece decir: — Yo no alumbro bien, sino á aisladas parejas de enamorados. ¿A qué miráis, sin compañía, cuando un hombre solo es ciego para apreciar los encantos de mi luz misteriosa, y no le es dado gozar de mi verdadera belleza porque imagina, necio, que mi argentada claridad es sólo reflejo prestado de la luz del sol, é ignora que estos mismos rayos que ahora ve tan pálidos, son más claros y más hermosos que los rayos mismos del astro rey, en los momentos en que iluminan á la solitaria pareja de enamorados en la suprema embriaguez de su felicidad?...

«Pero ¿á dónde voy con estas locas reflexiones, á que involuntariamente me arrastran siempre mi pluma y mi fantasía, ó mejor dicho mi fantasía y mi pluma? Perdónalas, Alberto, y tolera con paciencia estos inevitables desbordamientos de mi concentrado carácter, el cual, hoy que se mira en forzosa soledad, necesita como nunca hablar, desahogarse y soñar, siquiera en los instantes en que me dirijo á un buen amigo. Perdona, pues, te repito, las majaderías con que abuso de tu amistad al escribirte estas páginas, que de todo parecen y de todo tienen menos de cartas. Si te aburren no las leas, y tan amigos como antes. Entre tanto, confío en que no estará lejano para ti el día en que comprendas, y aun quizás escribas estas mismas cosas, inspirado por bellos ideales de sentimiento.

«Te abraza de corazón tu mejor amigo.,

DANIEL.»

Después de este nombre venía la dirección del firmante, acabada de copiar por don César en el sobre de un anónimo, que no podemos leer ahora, porque se lo llevó ya para el correo un acicalado lacayo de Miguelito.

— ¿Vamos un rato al club? — dijo don César, mientras se acercaba al lavabo de su amigo á limpiarse la tinta de los dedos, en lo que se veía claramente su poca costumbre de escribir.

— Vamos, pues — replicó Miguelito, retorciéndose el bigote delante de su espejo... — ¡Ah! Antes de que se me olvide... voy á enviar su sobretodo á Alberto, con su cartera y su carta.

Los dos amigos salieron en seguida con dirección al club.

Entre tanto, el anónimo corría á su destino.

Al ojo derecho del rey Felipe: dijo el célebre arquero griego; y estos dos arqueros modernos, que no llegarán por cierto á la celebridad, habían pensado: «¡A la tetilla izquierda de nuestro enemigo!» esto es, al corazón mismo de Daniel.

CAPITULO X

» ¡La esperanza del hombre es arpa santa
Pulsa la fé sus cuerdas, y sublime
En medio del dolor preludia y canta!»
NUNEZ DE ARCE.

Prosiguiendo la redacción de sus memorias, Daniel, en tanto, escribía:

«¿Quién creerá que no obstante las contrariedades con que la suerte adversa me hiere á cada paso, conservo todavía íntegras mis esperanzas?

«¿Quién pensará que ahora que tan lejos me encuentro de Eliana, ahora sueño, con más fuerza que antes, en que ha de ser mía alguna vez en que Alberto deba de renunciar á una mujer *tan seria*? ¿Quién diría que hoy es el día aciago en que mayor daño causaría el más leve dardo clavado á mis esperanzas?

«La tristeza que me invade desde que recibí el telegrama de mi padre, los negros presentimientos que de continuo me asaltan, no son bastantes aún á desesperanzarme: que nada hay tan duro ni tan firme como la última esperanza de los que lo han perdido ya todo...

«Desde que llegué á estos lugares he pensado las mismas cosas: ¿Volveré á Santiago? ¡No lo sé! Pero lo aguardo, y á no esperarlo, no hubiera hecho este viaje con la resignación que en él puse. ¡Resignación! ¡Bella es la palabra, santa la idea, pero muy triste, muy triste su práctica!

«Desde que salí de Santiago, ninguna noche ha pasado sin que los ángeles del soñar desplieguen sus alas sobre mi lecho. Por eso espero las noches, como se aguarda el rayo de luz en medio de la bravía lobreguez de la noche invernal.

(Se continuará en el número próximo.)

Digitized by Google

Elegancias Masculinas

EL "GOLF".

Además de ser un deporte agradable, el "golf" es altamente higiénico, porque da fuerza y elasticidad á los músculos.

El único inconveniente que tiene es el de constituir un ejercicio violentísimo: hay que correr, saltar, y moverse en suma con gran rapidez.

Si para jugar al "golf", un "sportsman" se vistiera con una chaqueta ceñida al cuerpo, así entallado se fatigaría mucho, y además sufriría del calor que forzosamente da la ropa ajustada.

Traje de "Golf", modelo de Kriegck, 23, rue Royale, Paris.

Pelerina para el "Golf", creada por Kriegck.

Para el "golf", Kriegck aconseja una blusa corta y amplia, de flanela muy ligera. Esta blusa se lleva sobre una camisa flexible, de cuello bajo y flexible también.

Con objeto de evitar todo enfriamiento al acabar las partidas, se hace un abrigo especial para el "golf" que tiene la forma de un pequeño *mac-farlane*, y que protegerá igualmente de la humedad en el caso en que un chubasco inesperado venga á interrumpir el juego.

Esta blusa de "golf" puede combinarse con cuellos postizos de diferente color, y éstos, además de prestar al vestido una nota de alegría, sirven para distinguir á los campeones de un partido, ya que todos adopten el mismo color de cuello.

Kriegck recomienda mucho este modelo de vestido, que es el más practico, á los "sportsmen" y á los aficionados al "golf", en la seguridad de que, cuando lo hayan ensayado, no usarán jamás otro.

Digitized by Google

EN EL TALLER DE RODIN

Un Homenaje de los Artistas mejicanos al Maestro.

Los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Méjico, respondiendo unánimemente á la iniciativa que desde París les indicó el joven y brillante artista mejicano Sr. Montenegro, acaban de ofrecer al maestro Rodin un valioso testimonio de admiración y de afecto.

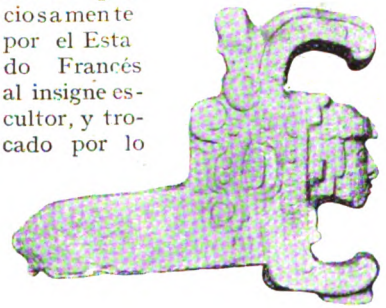
Atentamente invitados por Rodin concurrimos al hotel Biron, cedido graciosamente por el Estado Francés al insigne escultor, y trocado por lo tanto en su taller parisiense.

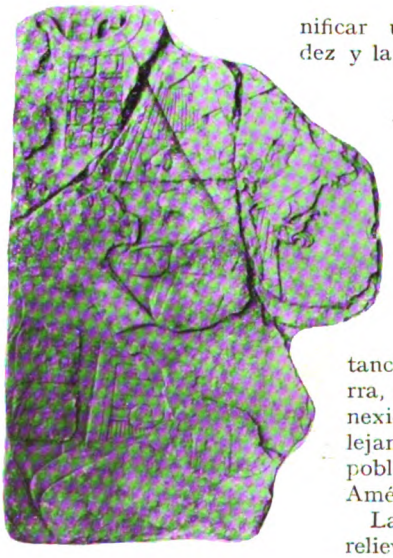
De tal modo, nos fué dado el placer de asistir á la pequeña fiesta de arte y de cordialidad, brindada por el maestro á los artistas mejicanos residentes en París, en muestra de gratitud por el obsequio recibido de ellos.

Consiste tal obsequio en varias y excelentes reproducciones, hechas en yeso patinado, de los más bellos ejemplares de escultura hallados en las ruinas de Palenque, y en las del Templo Mayor, cuyo emplazamiento era en otro tiempo el que ahora ocupa la Catedral de Méjico.

Está constituida la primera por tres grandes losas cubiertas de bajo-relieves, que adornaban el altar del Templo del Sol de Palenque (Estado de Chapas). Estos bajo-relieves representan la escena siguiente :

De pie, sobre las espaldas de los esclavos postrados, el Rey, á la derecha, y el Gran Sacerdote, á la izquierda, hacen al Sol la ofrenda de un mono. En torno de estos personajes aparecen los atributos de los elementos : el agua y el fuego, y dos grupos de « katunes » que deben significar una oración. Por la rigidez y la pureza de sus líneas, recuerdan estas figuras los bajo-relieves egipcios y asirios, pero sobre todo — y esto nos lo hizo notar Rodin — revelan una asombrosa semejanza con el primitivo arte chino : lejana pero efectiva hermandad étnica de los más distanciados pueblos de la Tierra, y de la indudable conexión que en una época lejanísima existió entre los pobladores de Asia y los de América.



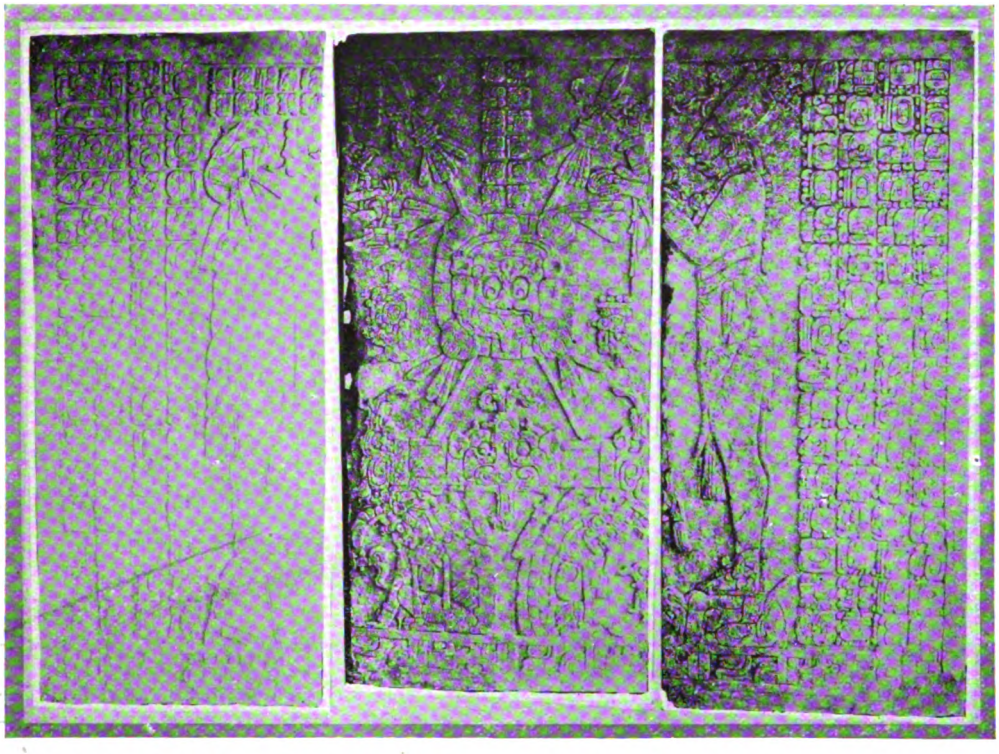


Moldes en yeso patinado que son reproducción de antiquísimas esculturas y bajo-relieves mejicanos, y que han sido ofrecidos al ilustre escultor francés Rodin por los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Méjico.

La antigüedad de este bajo-relieve hallado en Palenque remonta, según aproximados cálculos, á 2,500 años antes del descubrimiento de América por Colón.

De la misma época, y hallado en el mismo lugar, es el

Digitized by Google



Vaciado de las tres losas que componen el altar del Templo del Sol, en Palenque, y cuya antigüedad remonta á 2.500 años antes del descubrimiento de América por Colón.

segundo bajo-relieve, que representa á un indio en actitud de ofrecer un ramo de flores á una divinidad. El tipo de este indio recuerda el de los faunos griegos, y su ofrenda y sus atributos hacen suponer, que esta civilización Maya rindió al amor un culto semejante al que le tributaron los Romanos y los Griegos.

Si se piensa en lo remoto de la época en que se labró este bajo-relieve, y se tiene en cuenta la perfección casi inverosímil del dibujo, se podrá imaginar el grado de refinamiento á que debió llegar, hace veinticinco siglos, aquella brillante civilización Maya.

De las ruinas de Palenque es también la original escultura que se conserva con el nombre de «La Cabeza de la Reina», y que era clave de uno de los arcos del templo de Palenque.

Muy posterior en antigüedad es la cabeza del «Caballero del Aguila», hallada entre las ruinas del Templo Mayor de Méjico, y que pertenece al arte azteca de la época de la conquista.

El escultor Rodin, rodeado por los comisionados de la Escuela de Bellas Artes de Méjico.

Tales son los nuevos elementos que, merced á la bella iniciativa del Sr. Montenegro y de sus compañeros mejicanos, han venido á enriquecer la ya prodigiosa colección arqueológica y artística, que el maestro Rodin posee en el hotel Biron.

Estrechamos, al partir, la mano del insigne Rodin, y felicitamos á los jóvenes artistas mejicanos por su rasgo digno de todo aplauso.

MAX.

Digitized by Google

EL 12 del pasado mes de Julio se ha disputado el Gran Premio anual del Automóvil Club de Francia.

Las condiciones de este concurso fueron las siguientes: — « Carrera de 900 kilómetros, con un gasto máximo de 180 litros de esencia ».

El objeto de tales condiciones era el de evidenciar cual es el esfuerzo total que puede producir cada uno de los modelos de automóviles concurrentes.

El circuito sobre el cual se verificó la carrera es uno de los más peligrosos de Francia, porque la carretera es estrecha y pródiga en cuestas y en revueltas, y porque en tales condiciones, á una velocidad de 160 kil metros por hora, no es fácil abandonar el centro del camino para adelantarse á un concurrente á quien se alcanza.

Desde su comienzo, fué por lo tanto la prueba sensacional en extremo, ya que en ella sostuvieron una lucha desesperada los corredores de las distintas casas constructoras.

Correspondió la victoria, de lleno, á la casa Peugeot, cuyos dos automóviles, guiados por los famosos corredores Boillot y Goux, llegaron primero y segundo respectivamente.

Ganó pues la carrera Boillot, quien hizo el recorrido en 7 horas, 53 minutos y 6 segundos.

Luego de él, quedó clasificado como segundo Goux, quien hizo el recorrido en 7 horas, 56 minutos y 22 segundos.

La casa Peugeot y sus corredores victoriosos, Boillot y Goux, han alcanzado un triunfo tanto más importante para el automovilismo francés, cuanto que éste luchaba ya difícilmente contra la competencia de las marcas extranjeras, que con harta frecuencia alcanzaron los primeros puestos en las grandes pruebas deportivas.

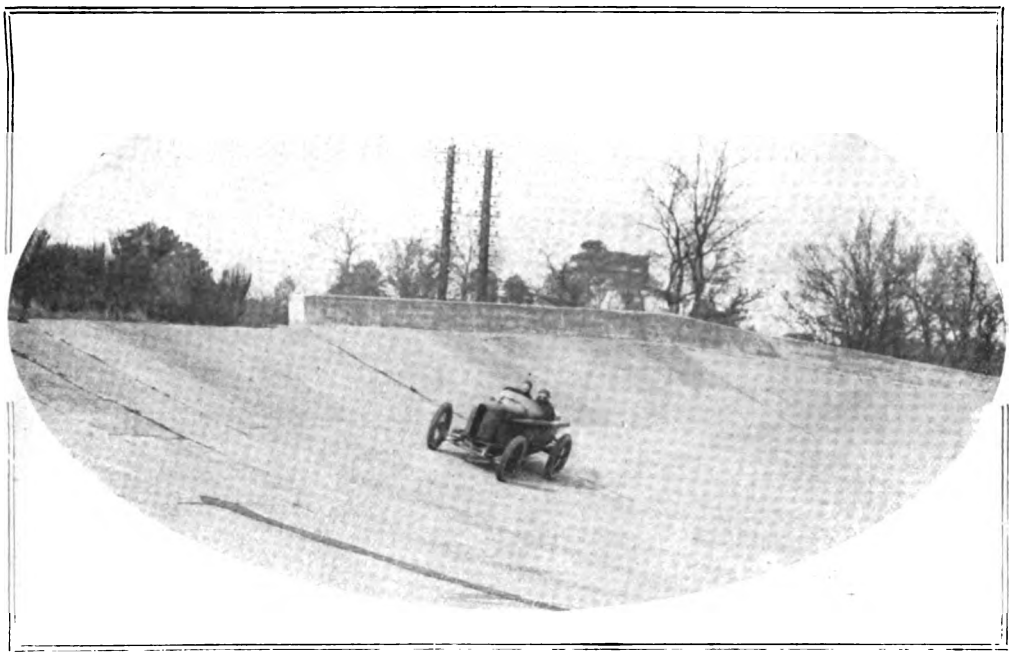
El buen éxito de Peugeot lo es también de la industria francesa, y atendiendo á esta razón se ha decidido conceder á Boillot la Legión de Honor.

Por otro lado, esta victoria coloca á la máxima altura posible el crédito de la casa Peugeot, cuya merecida fama era ya, sin embargo, tan grande.

Hemos podido celebrar una pequeña interviú con Boillot, y el afortunado corredor nos hizo las declaraciones siguientes:

Boillot, vencedor del "Gran Premio del A. C. F.", con un automó il Peugeot.

Digitized by Google



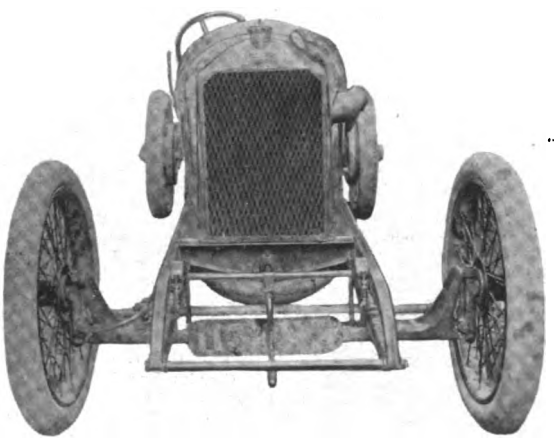
Goux, vencedor del "Gran Premio de Indianápolis 1913", con un automóvil Peugeot.

— « Estoy satisfechísimo de mi suerte... El malogrado Zucarelli, Goux y yo habíamos trabajado con ahinco, consagrando á los coches de la casa Peugeot todas nuestras energías y toda nuestra práctica.

« ¡ Cuántas noches de labor y de minucioso estudio nos ha costado este resultado, que hoy nos recompensa espléndidamente de todos nuestros desvelos !...

« La carrera fué muy dura, sin duda alguna, pero mi automóvil se portó admirablemente, y llegó á la meta con un sobrante de 20 litros de esencia.

« Mi única tristeza — terminó diciendo Boillot — es la de que la muerte de mi compañero Zucarelli, nos haya privado de verle tomar parte en nuestra victoria y en nuestra alegría »



Digitized by Google

SERVICIO INMOBILIARIO de "MUNDIAL" MAGAZINE

Directores : MM. SÉE & GENTIL - 63, rue La Boëtie, Paris.

Se dispone de numerosos **Hoteles** particulares (amueblados ó no) situados en los barrios más ricos de París. -- **Villas, Castillos** y **Fincas de caza,** en los alrededores de París y en Provincias. -- En venta, á partir de 100.000 francos hasta la cifra de varios millones.

ALQUILER DE HABITACIONES, DEPARTAMENTOS, HOTELES Y RESIDENCIAS DE CAMPO (con muebles ó sin ellos)

A continuación ofrecemos á nuestros lectores una información de los asuntos más interesantes y ventajosos que nos es dado recomendarles :

HOTELES PARTICULARES

CAMPO DE MARTE **Varios hoteles modernos** provistos de toda clase de confort. Cuadra, garage, jardín delante de la fachada, rodeada de parque. Precio de 500.000 frcs á 2.000.000 de frcs.

LA MUETTE Uno de los mejores hoteles de este barrio, recién construido. Amplia galería, 3 salones, comedor, 7 habitaciones de dueños, boudoir, baños, lencería. Todo confort. Decoración Luís XV y artesonados de la época. Garage para automóviles. Precio 600.000 francos.

FAUBOURG SAINT-GERMAIN **Varios antiguos hoteles** situados entre patio y jardín. Magnífico recibimiento. Techos muy altos. Habitaciones espaciosas. Jardín rodeado por otras dependencias. Precios, desde 800.000 á 6.000.000 de francos.

ESTRELLA **Sobre magnífica avenida, espléndido hotel construido con piedra de sillería.** 2 grandes salones. Salón de fumar. Comedor. 10 habitaciones para dueños, 2 boudoirs, 7 cuartos de baño. Lencería, etc. *Todo el confort moderno.* Jardín delicioso. Precio : 825.000 frcs. De fácil adquisición, terreno colindante de 425 m. que da una ó dos fachadas sobre calle elegante. Precio : 800 frcs. el metro.

CERCA DE LA AVENIDA DEL BOSQUE Magnífico hotel moderno que se vende completamente amueblado. Hall. 2 salones. Salón de fumar. 5 habitaciones para dueños. Baños. Boudoir. Despacho. Varias lencerías, etc. Bonito jardín sobre 2 fachadas. Precio : 850.000 frcs.

AVENIDA HENRI-MARTIN (A pleno mediodía.) Casa de esquina, situación de 1er orden. 3 salones. Comedor. 7 habitaciones para dueños. Baños, etc. Cuadra y garage. Jardín. Precio: 1.200.000 frcs.

TERRENOS

BOULEVARD HAUSSMANN PROLONGADO Buen terreno de 630 m. con 2 excelentes fachadas. Precio : 2.300.000 frcs.

AVENIDA HOCHE (*Cerca de los Campos Elíseos y del Parque Monçeau*). Soberbio terreno de 3.000 metros con 2 fachadas de 43 m. cada una. Precio : 2.000.000 de frcs.

ALQUILERES

XVº ARRONDISSEMENT Sobre magnífica vía. Casa de esquina, de piedra de sillería, construida en 1908. Confort moderno. Rendimiento bruto de 14.735 frcs. Alquileres 2.000 á 2.600. 2 buenas Hip. 75.000 frcs. en el C. F. Precio: 225.000 frcs. Contrato en mano.

RUE MÉNILMONTANT Excelente inmueble de esquina, construido con piedra de sillería. Construcción que data de ocho años. 31 metros de fachada. Rendimiento bruto 21.000 frcs. Alquileres de 700 á 1.700 susceptibles de aumento. Precio : 325.000 frcs. Contrato en mano. Hip. 120.000, á 4 o/o á conservar.

FINCAS DE CAMPO

VALLE DEL MORIN 50 kil. de París. Magnífica finca de recreo, que comprende : castillo de construcción reciente, de piedra y de ladrillo, edificado sobre cueva. Salón, billar, boudoir, 6 habitaciones para

dueños, con tocadores y cuartos de baño. Lencería, 4 habitaciones para sirvientes. Electricidad y agua corriente en todas partes. Calorífero. Hermoso parque de 5 hectáreas, con árboles seculares. Gran huerta. 3 estufas. Dependencias muy desahogadas y completas. 120.000 frcs.

VALLE DEL LOIRA Al borde del río, y con pesca. En linda situación. Vasto castillo en buen estado. 4 salones, billar, 12 habitaciones para dueños. Baños. Agua. Teléfono. Jardín inglés. Vista espléndida. Parque de 5 hectáreas con buena sombra y con césped para juego de tennis. Precio : 155.000 frcs.

LES ANDELYS En situación única. Isla de 3 hectáreas aproximadamente, con castillo antiguo anglo-normando. 2 halls. Inmenso salón. Biblioteca. Boudoir. 14 habitaciones. 2 cuartos de baños. Agua caliente, electricidad, calefacción central en todas partes. Dependencias. Preciosas umbrías. Pesca. Obras de protección contra las inundaciones. Precio : 175.000 frcs. Se vendería amueblado.

OISE En las cercanías de estación ferroviaria, y en la linde de un bosque. Magnífica finca de explotación y de recreo. Comprende gran castillo en perfecto estado, con hermoso

parque de 30 hectáreas aproximadamente. Estanque. Tierra de caza. Praderas. Dependencias importantes. Granja de 100 hectáreas. Buen rendimiento. Se venderían separadamente el castillo y el parque solos.

TOURAINE Castillo de antiguo estilo Luís XIV, rodeado de fosos al mediodía. Sala de fiestas. Capilla. Grandes dependencias. Torre magnífica. Parque de 100 hectáreas, cercado con muro. Finca cruzada por un río. Cascada. Vistas soberbias. Precio : 300.000 frcs.

Para informes de todas clases dirigirse á los Sres. SÉE y GENTIL, que reciben visitas y correspondencias en sus oficinas (abiertas todos los días de 9 á 12 de la mañana, y de 2 á 6 de la tarde) en la rue de la Boetie, 63 (Planta baja), Paris. Teléfono : Wagram 80-64.

Digitized by Google

MUNDIAL
MAGAZINE

PUBLICACIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6, Cité Paradis - Paris

Digitized by Google

Continental

Sus neumaticos Auto

con las telas fuertes

146, Avenue Malakoff - Paris

Digitized by Google

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción :
CARLOS LESCA

TELEFONOS
Dirección y Administración : Louvre 0-36
Redacción y Publicidad : Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA

6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. .. .. 12 fr.

EXTRANJERO

6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. .. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO

Francia. .. .. 1 fr. | Extranjero .. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

Venta exclusiva y expediciones á todos los países :
SOCIEDAD DE EDICIONES LOUIS MICHAUD
168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA : Guiñazú & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.

ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

BRASIL : Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.

ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

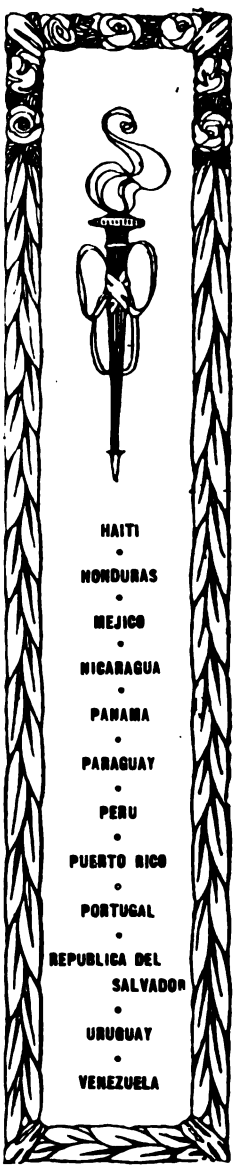
FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias : "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

ITALIA : Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.

SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



Digitized by Google

AÑO III — VOLUMEN V — NUMERO 30 — OCTUBRE 1913

SUMARIO

CUBIERTA. — " ENTRANDO ", por LESSEPS. (Colección de Braun & Cie.)

LA EPOPEYA DEL CONDOR, *premio de nuestro Concurso de Poesía,* por AURELIO MARTÍNEZ MUTIS, ilustrada por FALGÁS 495

FUEGO ENTRE CENIZA, *premio de nuestro Concurso de Comedia,* por ANTONIO G. DE LINARES, ilustraciones de RIBAS. 502

CORDOBA TRISTE, *accésit de nuestro Concurso de Cuentos,* por LUÍS RODRÍGUEZ EMBIL, ilustraciones de VÁZQUEZ-DÍAZ.. 528

LOS JUEGOS, por HERMISSAINS 545

JUNTO A LOS FUEGOS DEL VIVAC, por el CONDE JOSEPH BRETTES, con ilustraciones de LECOULTRE.. 553

CABEZAS. — SANTIAGO RUSIÑOL, por RUBÉN DARÍO 556

EL TEATRO, por E. GÓMEZ-CARRILLO y RICARDO J. CATARINEU. 558

CRONICA DE PARIS, por VENTURA GARCÍA CALDERÓN 564

LOS METALES PRECIOSOS, por JOSÉ LÓPEZ DE FLORES. 568

TARDE, continuación de la novela de JORGE HUNEEUS, ilustrada por BASTÉ. 572

A TRAVÉS DE MÉXICO, por ATL 587

ELEGANCIAS MASCULINAS. 590

(No se devuelven los originales.)

A nuestros lectores. — En el número anterior de *Mundial,* correspondiente al mes de Septiembre, y al dar cuenta del resultado de nuestro *Concurso Literario,* un error de cajas hizo que en la reproducción del Acta del referido Concurso se imprimiera, como nombre del autor de la poesía premiada, el de Don Gabriel Mutis, siendo así que el verdadero nombre de este distinguidísimo poeta es el de Aurelio Martínez Mutis, como por lo demás consta en el índice titulado "*En el próximo número*", que habitualmente sirve de epílogo al sumario de nuestro número en publicación. Enmendamos pues gustosos este involuntario error, y hacemos constar que el autor de la magistral poesía titulada "**La Epopeya del Cóndor**", premio de nuestro *Concurso Literario,* es Don Aurelio MARTÍNEZ MUTIS, colombiano, domiciliado en Bogotá.

En el próximo número. — Aparte de las secciones de costumbre, un cuento de Joaquín DICENTA; un trabajo literario de AMADO NERVO; un interesantísimo trabajo de índole policial, firmado por el Doctor BERTILLON, Jefe de la Sección Antropométrica de la Policía de París, trabajo en el cual se estudia la personalidad, real ó ficticia, del ladrón elegante que es protagonista de las novelas y dramas policiales tan en moda actualmente; y en fin, una información titulada : "**Los Castillos de Francia**", acompañada por una magnífica série de documentos gráficos.

Digitized by Google

LA EPOPEYA DEL CONDOR

Por AURELIO MARTINEZ MUTIS

Premio de nuestro Concurso de Poesía.

¡Oh Tiro, orgullosa con tanta gloria y riquezas! Tus navegantes han tocado en todas las costas, y ahora las olas del mar van á alzarse contra ti, y un viento impetuoso te precipitará en medio del abismo.

En el día de tu ruina, tus riquezas, tu comercio, tus negociantes, tus marineros, tus pilotos, tus hombres de guerra y ese pueblo que llena tus asambleas, caerán contigo.

EZEQUIEL, XXVII, 1-8.

Sobre el flanco del monte
meridional, cuya cimera umbría
parece que interroga al horizonte,
ensayaba un polluelo
el plumón de sus alas, para el vuelo
débiles é inexpertas todavía.

Digitized by Google

Brisas recién despiertas
llegaban hasta él ; por la rosada
inmensidad que tiembla en lejanía,
como enorme y sangrienta llamarada
la aurora en el Oriente aparecía.

Ansiosa de pillaje,
un águila llegó ; batió en la roca
el ébano ruidoso del plumaje,
é hincó la garra en la inviolada y fina
carne de aquella juventud. Inerte
la víctima cayó. La niebla andina
cubrió el horror de la tragedia.
Mudo
pasó el tiempo después, pero la muerte
vencer la sangre juvenil no pudo.

Fué propicia la espera. Aquel polluelo
era un cóndor ; en su pupila ardía
como un gran cofre millonario, el cielo ;
blanca gorguera en derredor bordaba
su cuello, cual blasón en que se vía
la estirpe regia, prestigiosa y brava,
y aptos eran sus músculos de bronce
para cortar, en la serena altura,
á golpes de ala el huracán.
Entonces
surgió el recuerdo rojo de su oscura
niñez, y del altísimo peñasco
voló. Al pasar, doblaron la cabeza
cien volcanes, cubiertos con su casco
de fuego : era un tributo á la grandeza
de aquel emperador.
En la penumbra
indecisa y lejana del otero,
súbitamente al águila columbra,
absorta en devorar tierno cordero
que robara á un pastor ; el ala tiende,
cruza, como un meteoro, el infinito,
y á su enemiga en el festín sorprende
con un radiante y victorioso grito.

Y fué la lid salvaje : el ansia sorda
que estalla hecha tumulto ; la filuda
garra contra la garra, el pico fuerte,
el aletazo, la agresión sañuda,
el encono ancestral que se desborda
y condena á la fuga ó á la muerte.
Rendida al fin, entre la niebla muda
huyó el águila olímpica...

Un poeta,
pequeño como el átomo infelice,
pero grande y vidente porque canta
de pie sobre la América, predice
la epopeya del Pueblo
que crece y se agiganta.
Como el viejo Profeta
que el desastre anunció de la orgullosa
Tiro ¡ oh, Titán soberbio ! yo te auguro
la ruina ; es tu grandeza un opulento
roble de ramas fuertes y rotundas,
pero un gusano ha puesto en sus raíces
la justicia de Dios.

Hacia las zonas
donde duerme la América Latina
en molicie sensual, sobre coronas
de laureles antiguos, se encamina
una falange de colosos. Traen
nervios de amianto y músculos de acero ;
en cada rostro, de expresión felina,
de donde gotas sudorosas caen,
hay un rojizo resplandor de forja,
y el gesto de un altivo aventurero
que es un Conquistador. Entre su alforja,
henchida tras titánica porfía,
desbórdase un torrente de doblones
tumultuoso y soberbio, que podría
comprar á cien Naciones
cual si fuesen menguada mercancía.
Ellos sacaron de la férrea mina
la fuente de agua negra y luminosa:
en dos partieron la extensión marina:
encerraron en lámina divina
la palabra, con mano portentosa ;
dieron al labrador armas mejores ;
haciendo al flúido eléctrico fecundo;
multiplicaron discos y motores;
al aire dieron trenes voladores;
y hablaron con los términos del mundo ;
y bajo la ambición que los empuja,
cual si retar quisiesen á la brava
nube que en hoscos ímpetus revienta,
á los cielos alzaron una aguja
diamantina é inmoble, donde clava
sus flamígeros dardos la tormenta !

Un sueño de grandeza y poderío
en sus cabezas flota. Es la avalancha
que se desborda desde el Norte frío
hasta el confín de Magallanes. Mancha
de aceite multiforme,
que avanza y crece. Y cual si mengua fuera
ya del hombre triunfar, quiere el Coloso
que no temió de Camoëns los vestiglos,
despedazar con su martillo enorme

Digitized by Google

la gigante barrera
que formaron los siglos:
y rompiendo las moles seculares
habrá de hacer, ingentes y profundos,
un idilio de amor entre los mares
y una cita de hierro entre los mundos!

Pero pocos han sido
herederos de Washington, el noble,
el patriarcal y austero ciudadano
que alzara ayer, con majestad de roble,
el pendón del Derecho americano.
Huyó la santidad de esa bandera,
y junto al haz de olivos de su escudo,
el dragón que hoy impera
las fauces abre, amenazante y mudo.
Hijos de los famosos bucaneros
son los imperialistas, herederos
de William Walker, el audaz bandido,
maestro insigne de estupendos robos,
que en Nicaragua penetró, seguido
por sus marinos lobos,
y entonces aprendió que cuando vela
por su techo y sus hijos, la gacela
puede hacerse león. Son los traidores
tentáculos del pulpo que hoy flagela
y oprime y chupa en lentos torcedores
á ese inerme país. Son los hermanos
de Vernón, que al sitiar la Heroica Villa
con su corsaria flota,
huyó ante los rugidos soberanos
del léon de Castilla,
y supo en su vergüenza y su derrota
que un soldado de España no se humilla
porque sabe morir. Son los histriones
del Tío Sam, que á la Antilla codiciada
le negaron los dones
que le ofreciera la latina espada,
y soñaron con burdas ambiciones
trocar su magna Libertad por una
muelle y dorada servidumbre un día,
¡ creyendo que el cubano vendería
el Ideal que le arrulló en su cuna!

Ellos, los nuevos bárbaros, fijaron
en el hogar vecino sus anhelos,
ávidos como Atila, penetraron
en la patria de Hidalgo y de Morelos,

Digitized by Google

y tras lid sin igual, lid sin decoro,
de niños aplastados por gigantes,
ellos, los hijos rústicos del toro,
hicieron un festín de sangre y oro
con las rotas entrañas palpitantes.

Y oro y sangre también, sangre que canta
la vida, y oro espléndido de soles,
bebieron en la herida sacrosanta
abierta en los dominios españoles ;
fué entonces nuevo heraldo
de la raza vencida, la figura
primitiva y fastuosa de Aguinaldo :
como un último gesto de locura,
cuando, con la actitud del que despoja,
á las Islas llegó la gente extraña,
al cinto puso la luciente hoja,
clavó en las cumbres su bandera roja
y cayó... como el roble en la montaña !

Llegó luego á su colmo la medida :
ahogando en el alud de la materia
á la víctima incauta y sorprendida,
el jayán de la feria
compra al traidor en la almoneda oscura,
falta á la fé con imperial cinismo
y hunde á un pueblo indefenso en el abismo
de la más espantosa desventura.

Ante ese gran dolor crucificado,
mudo, impotente, inextinguible y solo,
al crimen se han alzado
himnos de admiración de polo á polo.

Al villano que roba en el camino
— hambriento acaso— cuélgase el grillete
brutal del salteador y el asesino ;
y al ladrón de Naciones
que oculto en la emboscada del bufete
y amparado por barcos y cañones
llena á un pueblo de lágrimas y luto,
á ése le da las palmas del tributo
la Civilización... ¡ Clama y protesta
el idioma español, que no se presta
para hacer del honor pasto y vitualla,
y pregona que es ésta
la Civilización de la canalla !

Digitized by Google

¡ Concierto de abyección ; verdugo listo
que al reo aclama, y vilipendia á Cristo !
El código social fustiga y mata
á quien roba á un hogar casta doncella ;
¡ y hoy que todo lo noble se atropella,
cúbrese de laureles al pirata
que hurtó á Colombia su mejor estrella !

Ella, al infame castigar no pudo ;
sobre las playas que el Caribe azota
recogió los pedazos del escudo,
y sin doblar un punto la rodilla,
mostró su veste, ensangrentada y rota,
pero limpia de fango y de mancilla.

Ante ese cuadro lívido
que apenas el pincel á rasgos traza,
pálido centinela clamorea
y habla á los horizontes de la Raza,
de pie sobre la torre de la Idea.
Es la voz de la unión. Entre el sosiego
de la noche pretérita y distante,
tal como un bronce que tocara á fuego
habla el Libertador. Ya en el cuadrante
que la impasible eternidad espía,
sonó la sollozante
hora de su tremenda profecía.

Y es forzosa esa unión, dique y cimiento
para un haz de Repúblicas. En vano
irá á buscar exótico elemento
el hijo de la Loba y del hispano :
la raza buscará cada fragmento
como busca la gota el Oceano.

Mas... ¿ qué son los ardientes
gritos ante la ola despeñada ?
Espíritus videntes
predican paz, y anuncian la llegada
del Titán, que, cortando las ortigas
de nuestros viejos odios carniceros,
desatará las prósperas espigas
como un río de oro en los graneros.

¡ Honor y gloria para Sancho : brote
de la prudencia suma :
guía, escudo, y sostén de Don Quijote !
Olvidemos la pluma,

Digitized by Google

la espada y los orígenes próceros ;
durmamos en molicie musulmana
el sueño de los brutos... Y mañana
cuando atrapen los cármenes ópimos
de la heredad los burdos mercaderes,
¡ tendremos que llorar como mujeres
lo que guardar como hombres no supimos!

Arde el fuego sagrado
del honor en el templo del Pasado :
¡ Jamás podrán vestir con la librea
con que viste el lacayo y el eunuco
los que fueron leones de la idea
en Puebla, y en Junín, y en Chacabuco!

Es preciso vencer. No es ilusoria
la voz que da la juventud florida.
La pampa inmensa á laborar convida.
¡ Quien ganó las batallas de la gloria,
puede ganar también las de la vida !
Despertando vigores
y arrojando en el surco la simiente,
se acercan los latinos sembradores
¡ y van bizarramente,
al Coloso lanzando un desafío
bajo el suntuoso pabellón del Arte,
de Chocano el apóstrofe bravío,
el arpa inmensa de Rubén Darío,
y el verbo rudo y redentor de Ugarte !

Es hora de las grandes odiseas.
¡ Una bandada lírica de ideas
despierta al Continente adormecido
y hace poner de pie sus avanzadas,
como el brusco graznido
de las aves sagradas
que poniendo las lanzas y rodelas
en manos de la itálica cohorte,
avisó á los dormidos centinelas
que llegaban los bárbaros del Norte !

Es forzoso luchar ; romper la infanda
noche, y hacer fecunda la prócera
y alta lección que la altivez nos diera
en la patria de Sucre y de Miranda
y en la cuna de O'Higgins y Carrera.
Trabajar es vencer. Nuestro destino
es oro en el filón : para el latino
el secreto del triunfo está fincado
en ser obrero y á la vez soldado ;
en romper, á lo largo del sendero,
la valla con el filo del acero
y el surco con la reja del arado.

Pueblo que fué en la fragua modelado
no es el híbrido pueblo que en su aurora
compra trozos de patria en el mercado ;
quizá el ceñudo traficante ignora
la sangre ilustre en Lexington vertida :
al atar la Luisiana y la Florida
á su carroza de brillantes ruedas,
en lugar de un puñado de su vida
dió tan sólo... ¡ un puñado de monedas !

Fué el astro del Derecho en su epinicio
sol de invierno, tardío é incoloro,
que apenas dió su resplandor propicio
cuando humeó el sangriento sacrificio
ante las aras del Becerro de oro ;
como aborto imposible, surgió una
república imperial ; tras el prodigio
de lid recia y gigante cual ninguna,
el hombre negro, redimido al cabo,
á par del gorro frigio
siguió llevando el hierro del esclavo.

Y en tanto que esa hondísima gangrena
camina en las entrañas del Coloso
y para breve plazo le condena
á caer con estrépito espantoso,
la savia nueva, generosa y rica
que nos dieran ayer nuestros mayores,
abajo el tronco nutre y fortifica
y arriba salta en eclosión de flores.
¡ La Libertad las almas señorea
y es todo libre en monte y en llanura :
desde el boa monstruoso que en oscura
landa la presa espía, y se recrea
en su banquete de siniestras galas,
al colibrí pequeño, miniatura
del arco-iris, flor que juguetea,
rayo de sol sobre columpio de alas !

De nuestra casa bajo el amplio techo
hallan el pan y el vino
junto al pendón sagrado del Derecho
el Indio, el Ruso, el Sirio, el Africano ·
y es porque encierra el Ideal latino
todas las ansias del linaje humano,
como contiene el caracol marino
la voz, la inmensa voz del Oceano.

Monroe lanzó su fórmula colérica
y ambigua, como un reto, hacia la Europa ;
Saenz creó nuestra divisa : « América
para la humanidad ». Bulle en su copa
la vida. La esperanza es una estrella
que conduce á la Tierra Prometida

Digitized by Google

MUNDIAL

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA

Director: RUBEN DARIO

Número suelto $ 0.35 — Suscripción anual $ 3.60

ELEGANCIA

REVISTA QUINCENAL

LITERATURA, MODAS Y ACTUALIDADES

Número suelto $ — Suscripción anual $ 3.50

AGENTE EN MONTEVIDEO:

MAXIMINO GARCÍA — Librería "LA FACULTAD"

Calle Ituzaingó, 132

Digitized by Google

Digitized by Google

las caravanas de emigrantes ; ella
renueva la resaca empobrecida,
palpita en un compás grave y profundo,
y hasta la extremidad más apartada
¡ lanza toda esa vida desbordada
como si fuese el corazón del mundo !

La Raza está de pie.
Como un vigía
que vela en los graníticos bastiones.
el Momotombo enciende sus fanales ;
y como los tupidos escuadrones
de un ejército en marcha, que triunfales
pendones lleva y al combate guía,
se enfilan en la turbia lejanía
los Andes con sus cumbres inmortales.

Viene de la llanura
la fragancia otoñal que da la siembra
en sazón ya. La tierra es un hembra
que ha dado á luz. Como la hostia santa,
incendiando los cielos se levanta
el sol del porvenir. El azul pleno
canta : es el mismo luminar sereno
que alboreaba en el pálido infinito
cuando desde las velas españolas
se alzó, jocundo y poderoso, el grito
de Rodrigo de Triana
¡ y anunció la epopeya americana
entre el salvaje estruendo de las olas !

(Ilustraciones de Falgás.)

Digitized by Google

FVEGO·ENTRE·CENIZA

·COMEDIA·EN·VN·ACTO·
·Y·EN·PROSA·ORIGINAL·
·DE:

·ANTONIO·G· de·LINARES·

·ILVSTRACIONES·DE:
·FEDERICO·RIBAS·

PREMIO DE NVESTRO CONCVRSO
·· DE COMEDIA

La acción se desarrolla en los salones de Elena, y á la hora del té.

Representa la escena los citados salones que son dos, contiguos y sucesivos. El primero, partiendo del proscenio, es un saloncillo íntimo. El segundo es el salón general, amplio y despejado, como dispuesto para el baile. Ambos salones comunican por ancho hueco desprovisto de puertas, y guarnecido solamente por un extenso tapiz que cuelga del dintel y que aparece recogido, permitiendo á los espectadores ver parte del salón segundo.

El acto tiene realmente lugar en el saloncillo primero, siendo el cuadro del salón segundo complemento mímico del diálogo.

El saloncillo primero tiene, á la derecha, una puerta lateral y practicable que da paso á las habitaciones interiores. A la izquierda, ventanal que da á la calle.

El salón segundo tiene puerta principal al foro, puerta lateral derecha (ambas practicables) y ventanal igualmente orientado que el del saloncillo.

Es otoño, y el acto comienza á media tarde.

PERSONAJES

MARGARA, 18 á 20 años.
ELENA, 25 años.
FANNY, 20 á 23 años.
GRACIA, BLANCA, LILI } 18 á 20 años.
La marquesa de RUYS, 35 años.
LUIS ALTUNA, 25 años.
RODRIGUEZ, Vizconde de ALAR, PEPE IBROS } 20 á 30 años.
Capitán FLOREZ, 35 años.
DON ESTEBAN DE ARCOS, 60 años.
Amigos y amigas de Elena, concurrentes á los días de ésta. Criados de la casa de Elena.

ACTO UNICO

ESCENA PRIMERA

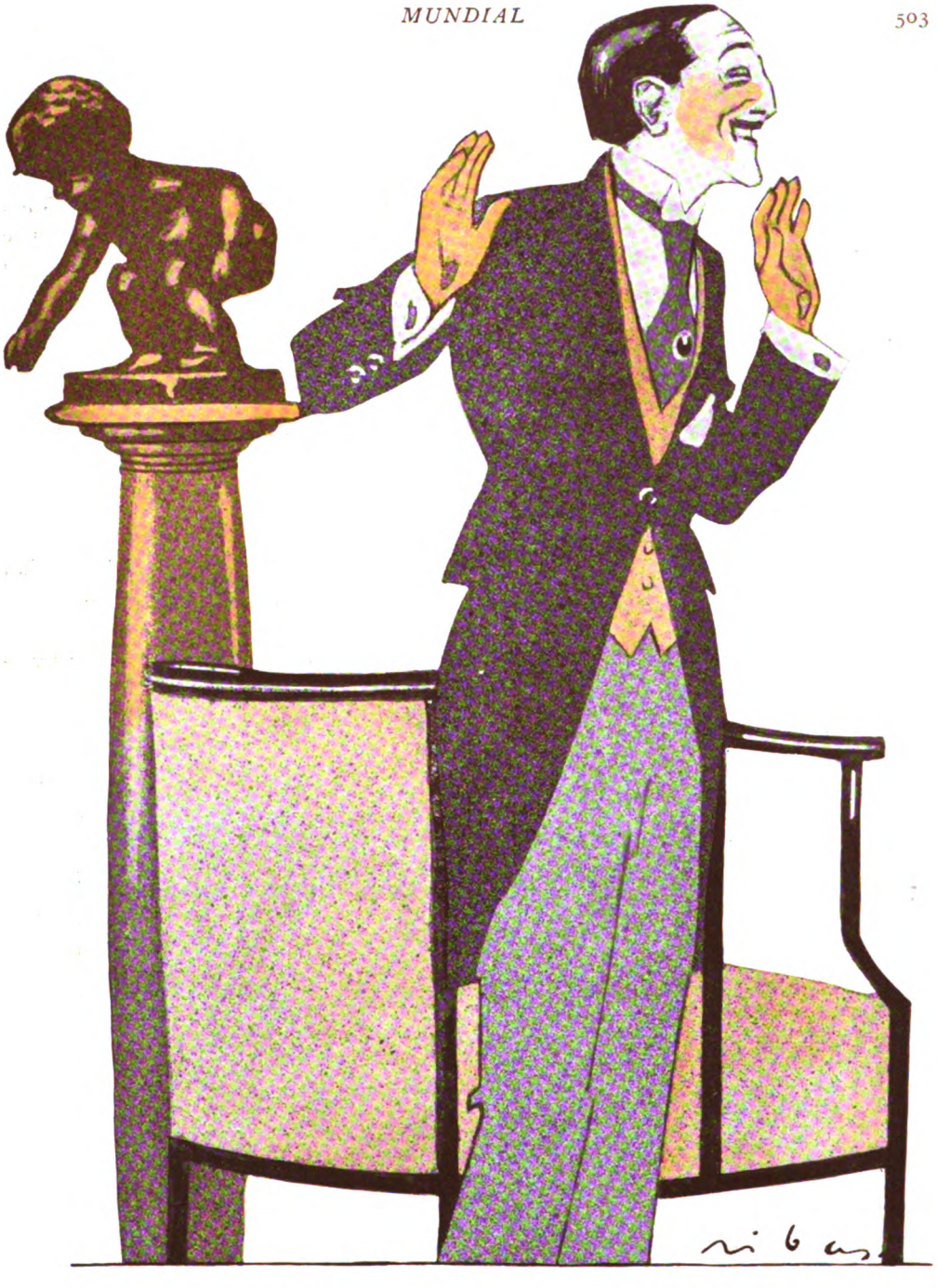
En el saloncillo 1º: MARGARA, FANNY, GRACIA, BLANCA, LILI, RODRIGUEZ, Vizconde de ALAR, PEPE IBROS.
En el salón 2º: ELENA, Marquesa de RUYS, Capitán FLOREZ, Grupos de invitados.

Al alzarse el telón, los personajes del saloncillo aparecen agrupados en torno del vizconde de Alar, quien da fin á una sabrosa historia mundana. Todos ríen, excepto Fanny. En el salón, Elena va de grupo en grupo, haciendo los honores de su casa. La marquesa de Ruys discretea con el capitán Flórez junto á la portada del saloncillo.

VIZCONDE DE ALAR.

¡ Fué un escándalo de los que hacen época !... Todo París se enteró ,y en verdad no sé como pude salir con bien de semejante trance...

Digitized by Google



VIZCONDE DE ALAR. — *¡ Fué un escándalo de los que hacen época !...*

BLANCA, *entre risueña y enojada.*

¡ Y lo cuenta como gracia !...

MARGARA.

No te enfades, Blanca... El vizconde nos dijo la ocurrencia por distraernos, pero aquello pasó hace muchos años, cuando tú eras una chicuela y no pensabas sino en tus muñecas...

Digitized by Google

Hoy, para el vizconde, París está muy lejos, y tú, en cambio, muy cerca... (*Dirigiéndose al vizconde de Alar.*) ¿ No es cierto ?...

VIZCONDE DE ALAR.

Cierto... Ciertísimo...

GRACIA.

Y además, los celos de lo pasado son incomprensibles. Yo, francamente, prefiero casarme con un hombre que guste á todas las mujeres, á casarme con uno que sólo me guste á mí... Con los maridos ocurre lo que con los sombreros ; para que sean tolerables, han de estar de moda, y un galán sin historia galante es como un vestido hecho en casa : le faltan la etiqueta y la firma acreditada.

RODRIGUEZ, *á Gracia.*

Buscando estoy yo una letra inicial para esa firma...

GRACIA.

Pues hijo, en el abecedario hay unas cuantas.

PEPE IBROS.

¡ A otra puerta, hermano !...

LILI.

¡ Pobre Rodríguez !... No se preocupe... Ya encontrará usted pareja... Aún quedan mujeres que no piensan como Gracia, y el papel del donjuanismo está en baja...

VIZCONDE DE ALAR.

Mejor aún, Lilí, digamos en franca bancarrota... Don Juan fué un hombre muy vulgar, pero al menos tuvo el mérito de ser un aventurero y un audaz. Sus herederos de hoy venden cintas y telas detrás de un mostrador... Don Juan esgrimió la espada. Los tenorios modernos esgrimen el metro... Don Juan llevó cuenta de sus desafíos y de sus amores. Sus descendientes llevan cuenta de ingresos y de gastos... A Don Juan le mató, en plena juventud, una estocada certera. Sus hijos mueren de vejez, en la cama, entre cien potingues y otras tantas cataplasmas...

MARGARA.

Confieso que, en lo que hace al amor, soy muy burguesa, muy anticuada si se quiere. La mayor cualidad que encuentro á Luís...

BLANCA, *riendo.*

¡ Ya está aquí Luís !...

GRACIA, *en igual tono.*

Aparece en la conversación de Márgara, con toda puntualidad, á cada docena de palabras...

PEPE IBROS.

Es como el reloj de la Catedral de Estrasburgo... A cada docena de campanadas se presenta la figura del Angel...

LILI, *á Márgara.*

Sigue tu cuento, Márgara, y no hagas caso de esta mala gente...

MARGARA, *sin inmutarse, y sonriendo.*

Como decía á ustedes, la mayor cualidad que entre sus infinitas cualidades tiene Luís (*á Ibros.*) — ¡ y van dos ángeles ! — es la de no ser hombre de mundo... Hará, por lo tanto, un marido muy prosaico, muy de tiempos medioevales, pero muy seriecito y muy fiel... ¡ El marido ideal, el de la dicha gris !...

FANNY, *que ha escuchado el diálogo impaciente, hojeando revistas.*

¡ Dios mío, cuanto os preocupan los hombres !...

VIZCONDE DE ALAR.

¿ A usted no, Fanny ?

Digitized by Google

FANNY. — *¡ Dios mío, cuanto os preocupan los hombres !. .*

FANNY.

¡ Tonta fuera !...

GRACIA, *á media voz, y dirigiéndose á los muchachos.*

¡ Den las gracias !

RODRIGUEZ, *á Fanny.*

¿ No nos juzga usted dignos de su interés ?

FANNY.

¡ En modo alguno !... Y conste que hablo en general... Como no particularizo, ninguno de ustedes puede ofenderse...

PEPE IBROS.

Manos blancas no ofenden, Fanny... Pero, dígame ¿ tuvo usted muchos pretendientes?

FANNY, *áspera.*

Muchos, aunque sea inmodestia decirlo...

LILI, *aparte.*

Aún aguarda al primero...

GRACIA, *en igual tono.*

Que según parece, no se da gran prisa...

BLANCA, *á media voz.*

¡ Pobrecilla !

MARGARA, *á Fanny.*

¿Te enamoraste alguna vez?

FANNY, *con forzada risa*

¿ Yo ?... ¡ Nunca, por fortuna !...

Digitized by Google

VIZCONDE DE ALAR, *irónico.*

¡ Es una suerte !...

FANNY.

¡ Bien grande !...

MARGARA, *viendo llegar del salón á la marquesa de Ruys y al capitán Flórez.*

¡ Ya viene acá ese imbécil !...

VIZCONDE DE ALAR, *sin volver la cara.*

¿ A que sin verle sé de quien habla Márgara ?... El imbécil es el capitán Flórez...

LILI, *á Márgara.*

¿ Te sigue haciendo el amor ?

MARGARA.

¡ Sí, hija, sí !... Resiste á todos los desaires... ¡ Menos mal que hasta ahora no se ha enterado Luís !...

PEPE IBROS, *en chanza.*

¡ Las doce !... Mecanismo de gran espectáculo, y aparición del Angel...

GRACIA, *que se ha acercado al ventanal.*

¡ Y ahora es de veras !... ¡ Ahí viene !

MARGARA, *corriendo hacia la ventana.*

¿ Luís?...

GRACIA.

¡ El mismo !... ¡ Mírale !... Cruza la calle con don Esteban de Arcos...

MARGARA.

Es verdad... ¡ Y no mira !... ¡ Qué tonto !...

VIZCONDE DE ALAR, *que tras de Márgara se acercó también á la ventana.*

¡ Pero hombre, Luís, que está aquí Márgara !...

MARGARA, *alegremente.*

¡ Ah, ya me ha visto !... (*A media voz, y traduciendo las frases con expresivos ademanes.*)
¡ Gracias á Dios !... ¡ Anda de prisa !...

FANNY, *contemplando á Márgara desde su apartamiento.*

¡ Qué poco amor propio !...

VIZCONDE DE ALAR, *á Fanny.*

¡ Y cuánto ajeno ! ¿ verdad ?

(*Llegan del salón el capitán Flórez y la marquesa de Ruys.*)

ESCENA II

LOS MISMOS, Capitán FLOREZ, Marquesa de RUYS.

CAPITAN FLOREZ, *colocando la frase oportunamente, al llegar cerca de Márgara.*

Mi ideal es ése, marquesa : ser amado por mis propios merecimientos...

MARQUESA DE RUYS, *mordaz.*

Su fortuna de usted se lo permite...

CAPITAN FLOREZ.

¡ Cruel !...

MARQUESA DE RUYS.

¿ No hablaba usted de sus éxitos, hace un instante ?...

Digitized by Google

CAPITAN FLOREZ.

¡ Nonadas !..

MARQUESA DE RUYS, *al grupo de muchachos y muchachas.*

¿ No saben ustedes que Flórez tiene amores contrariados ?

VIZCONDE DE ALAR.

¿ Es verdad, Flórez?... ¡ Parece mentira !... Hace un momento, hablábamos aquí de usted, y estas señoritas prodigaban el elogio...

CAPITAN FLOREZ, *melancólico y vanidoso.*

¡ Ah !...

MARQUESA DE RUYS, *á Márgara, y con intención.*

Márgara ¡ qué sola la vemos hoy !... ¿ Luís se ha distraído ?... ¿ Olvidó la hora ?...

CAPITAN FLOREZ.

¿ Detenido en camino por algún « flirt », quizás ?...

MARGARA, *á Flórez, hablándole cara á cara.*

No le creo capaz de esa insigne sandez que consiste en querer enamorar, en plena calle, mujeres desconocidas.

CAPITAN FLOREZ.

De esa insigne sandez son capaces todos los hombres, señorita : es una sandez endémica...

MARGARA.

Hace usted mal en aplicar á los demás su propio diagnóstico : aún queda gente sana.

CAPITAN FLOREZ, *insinuando.*

No hay que fiar mucho de las apariencias...

PEPE IBROS, *interviniendo como pacificador.*

Las hay buenas, las hay malas...

MARGARA, *atajándole, implacable.*

¡ Y las hay que no admiten duda !...

CAPITAN FLOREZ, *resignado.*

Márgara me desprecia casi tanto como yo la admiro...

MARGARA, *apartándose de la ventana, y dirigiéndose hacia el umbral del salón, en el cual Luís Altuna y don Esteban de Arcos saludan á Elena y á sus invitados.*

¡ Gracias, señor Flórez !...

MARQUESA DE RUYS, *á las demás muchachas.*

¿ No creen ustedes oportuno un bailecito, luego del té ?...

BLANCA.

¡ Oportunísimo !...

GRACIA.

¡ Muy bien !...

BLANCA.

¡ Excelente idea !...

FANNY.

¡ Dichosos bailes !...

RODRIGUEZ.

¿ Tampoco le agrada el baile, Fanny?

FANNY, *con hastío.*

¡ Ah !... (*Entra en el saloncillo Luís Altuna, é inmediatamente después Elena, acompañada por don Esteban de Arcos.*)

Digitized by Google

ESCENA III

LOS MISMOS, LUIS ALTUNA, ELENA, DON ESTEBAN DE ARCOS.

MARGARA, *adelantándose hacia Luís Altuna. Aparte, y rápidamente.*

¡ Ya es hora !...

LUIS, *aparte, á Márgara, saludándola cariñosamente.*

¡ Imposible antes, hijita !... (*Saluda luego á todos, no pudiendo reprimir un gesto de disgusto al hallarse frente á la marquesa de Ruys.*)

MARQUESA DE RUYS, *afectadamente.*

¡ Señor Altuna !... (*Tendiendo á Luís la mano.*) ¡ Cuánto honor !... Márgara le aguardaba, impaciente ya... (*Aparte.*) No contabas conmigo ¿ verdad ?

LUIS, *inclinándose ante la marquesa.*

¡ Marquesa !... (*Aparte, y en tono de súplica.*) ¡ Por Dios, Rosario !...

DON ESTEBAN DE ARCOS, *entrando en el saloncillo, y dirigiéndose á Elena, que le acompaña.*

Este rinconcito de tu casa es una verdadera antesala de la vicaría...

ELENA, *riendo.*

Algo hay de eso, don Esteban...

DON ESTEBAN, *á Márgara, afectuoso.*

¡ Hola, chiquilla !... (*Indicando á Luís Altuna*). Te traigo á ese mozo... Almorzamos juntos, y contándole historias de mi tiempo le entretuve más de lo debido... No achaques á otra causa su tardanza... En cambio, puedo asegurarte que, desde mi casa á la tuya, no prestó atención á una sola de las muchas y muy guapas mujeres que pusieron Dios ó el Diablo en nuestro camino... ¡ Te quiere, te quiere !... Por supuesto ¡ bien lo mereces !... (*Don Esteban estrecha la mano á todos, y se inclina respetuosamente ante la marquesa de Ruys.*)

ELENA, *adelantándose y presentando.*

La marquesa de Ruys... Don Esteban de Arcos : un antiguo amigo y compañero de mi padre...

DON ESTEBAN, *á la marquesa.*

Conocí á su esposo de usted, el marqués, hace muchos años : él era muy joven, y yo era menos viejo... Háblele de mí, quizás recuerde, aunque desde entonces no nos hayamos vuelto á ver...

LA MARQUESA, *violenta.*

Mi marido y yo vivimos separados, hace tiempo...

DON ESTEBAN.

¡ Perdón, señora !... (*Volviéndose hacia Elena, y trocando el giro de la conversación.*) Y Pedro ¿ en viaje ?

ELENA.

No señor, aquí ; pero muy atareado con sus negocios. Espero que llegue á tiempo de saludar á ustedes...

DON ESTEBAN.

Me alegraré... (*Sacando de uno de sus bolsillos un paquete de dulces, y entregándolos á Elena.*) Di á tu señor hijo, que estamos aquí estos bombones y yo...

ELENA.

¡ Gracias, don Esteban !... Siento que Bebé no le pague el obsequio con un abrazo, pero está en casa de mi madre ; como invité á Márgara, no quisieron los abuelos pasar la tarde solos...

Digitized by Google

DON ESTEBAN.

Y secuestraron al chiquillo... Cuando venga, dale, además de eso, muchos besos de mi parte...

(*Llega un criado que se detiene á la entrada del saloncillo.*)

ESCENA IV

LOS MISMOS, UN CRIADO

UN CRIADO, *á Elena.*

Señora ¿ se sirve el té ?

ELENA.

Sí, en el salón...

(*Retírase el criado.*)

GRACIA, *á Elena, protestando.*

Elenita, nosotros queremos bailar...

GRACIA, *en igual tono.*

Podría servirse el té en el comedor ; y así, en tanto que la gente seria habla mal del prójimo, nosotros bailamos..

LILI, *insistiendo también.*

¡ Sí, Elena !

MARGARA, *interrumpiendo la conversación que en voz baja sostiene con Luís Altuna en un extremo del saloncillo.*

Tienen razón, hermanita...

CAPITAN FLOREZ. — *Mi ideal es ése, marquesa : ser amado por mis propios merecimientos...*

LUIS.

Sumo mi voto al de la linda mayoría...

VIZCONDE DE ALAR.

Mi voz se une al general clamoreo...

PEPE IBROS, *palmoteando.*

¡ Baile, baile, y baile !...

CAPITAN FLOREZ, *á Fanny, que distraídamente hojea una revista.*

Fanny ¿ usted no dice nada ?

FANNY.

No soy parte interesada.

ELENA, *condescendiendo.*

Ya que así lo quieren, haré servir en el comedor... (*Dirigiéndose hacia la lateral derecha.*) Diré que es capricho de las niñas...

MARQUESA DE RUYS, *á Elena.*

Y de quien lo fué hace tiempo... El proyecto es mío, Elena...

ELENA, *deteniéndose un momento junto á la puerta antes indicada.*

Está usted incluida en el grupo joven, marquesa...

Digitized by Google

DON ESTEBAN.

Di también que desean bailar los niños, é inclúyeme entre ellos.

(*Sale Elena por la lateral derecha.*)

ESCENA V

En el saloncillo 1º: MARGARA, Marquesa de RUYS, FANNY, GRACIA, BLANCA, LILI, LUIS ALTUNA, DON ESTEBAN DE ARCOS, RODRIGUEZ, Vizconde de ALAR, PEPE IBROS, El Capitán FLOREZ.

En el salón 2º: GRUPOS DE INVITADOS.

DON ESTEBAN.

Pues señor, tenemos aquí, en perspectiva (*indicando sucesivamente las parejas que formadas por Luís y Márgara, Rodriguez y Gracia, el vizconde y Blanca, y Pepe Ibros y Lili, sostienen, aparte del diálogo general, animada conversación, en voz queda*) una... dos... tres... cuatro bodas... (*Designando á Fanny.*) Y esa desparejada ¿ á cuándo espera?

FANNY.

No tengo prisa, don Esteban ; me encuentro muy bien así...

VIZCONDE DE ALAR.

Hace un momento, se hablaba aquí de amores y amoríos, don Esteban ; tercie usted en la polémica, y díganos qué piensa acerca de ello. La opinión de un soltero empedernido como usted ha de ser muy interesante, y servirá de complemento á las teorías antimatrimoniales de Fanny...

DON ESTEBAN

Siendo joven, cruzó por mi vida un gran amor ; le dejé pasar, y se alejó para no volver. De aquello hace ya cuarenta años. ¡ Todavía me hace sufrir el recuerdo de aquella dicha, que no supe aprovechar !...

VIZCONDE DE ALAR, *después de una pausa, y respetuosamente.*

Y ¿ por qué esa tristeza, don Esteban?

DON ESTEBAN.

Hijo mío, porque toco al fin de mi vida, y voy solo por un camino desierto... Cuando atrás se dejan hijos, al morir se muere tan sólo á medias... ¿ no queda en ellos lo mejor de nuestra vida?... Yo, en cambio, al volver los ojos hacia el pasado, no encuentro cosa que no sea un recuerdo ingrato, un renunciamiento, ó un desengaño... (*Tras de breve pausa, y con entonación persuasiva.*) No sigan este mal ejemplo... Cásense pronto ; tengan chicos; edúquenlos en el amor del hogar, y que ellos, fundando á su vez nuevos hogares, extiendan las ramas del añoso tronco familiar en brotes vigorosos, llenos de savia y floridos de esperanza... Dejen á su paso por el mundo una huella de vida y de alegría, una senda de fecundos sacrificios y de bellas abnegaciones : santos amores que puedan ahuyentar con su calor ese despiadado frío de la vejez, que es un anticipo de la muerte... (*Pasando al salón segundo, habla desde el umbral del mismo, y dirigiéndose preferentemente á Fanny.*) ¡ No sean egoístas !... El egoísmo es un crimen, y ese crimen lleva en sí mismo el castigo que le conviene, y que es tanto más duro cuanto ni merece ni obtiene compasión. (*Pasa don Esteban al salón inmediato.*)

(*Al finalizar este parlamento, llega por el citado salón un criado, quien, deteniéndose, aguarda respetuosamente á que don Esteban termine. Al pasar este último al salón, el criado se acerca á Márgara, y haciendo un aparte le anuncia que el té está servido.*)

Digitized by Google

ESCENA VI

En el saloncillo 1º : Los mismos, menos DON ESTEBAN DE ARCOS. *En el salón* 2º : *Los grupos de invitados van saliendo lentamente por el foro, en tanto que en el saloncillo se desarrolla la siguiente escena. Entre los referidos grupos,* DON ESTEBAN dando el brazo á ELENA.

VIZCONDE DE AIAR, *á Fanny.*

Oyendo una predicación tan sentida como ésta de don Esteban, difícil es no convertirse, Fanny... ¿ Supongo que la contamos ya entre nuestro grupo de matrimoniables?

FANNY, *con disimulada emoción.*

Aún no, vizconde... Tal vez más allá...

MARQUESA DE RUYS, *á Fanny, y tristemente.*

¡ Cuidado !... No deje usted correr el tiempo... Luego, puede ser tarde...

BLANCA, *al capitán Flórez.*

Capitán, aplíquese ambos consejos : el de don Esteban, y éste que á Márgara da la marquesa...

PEPE IBROS.

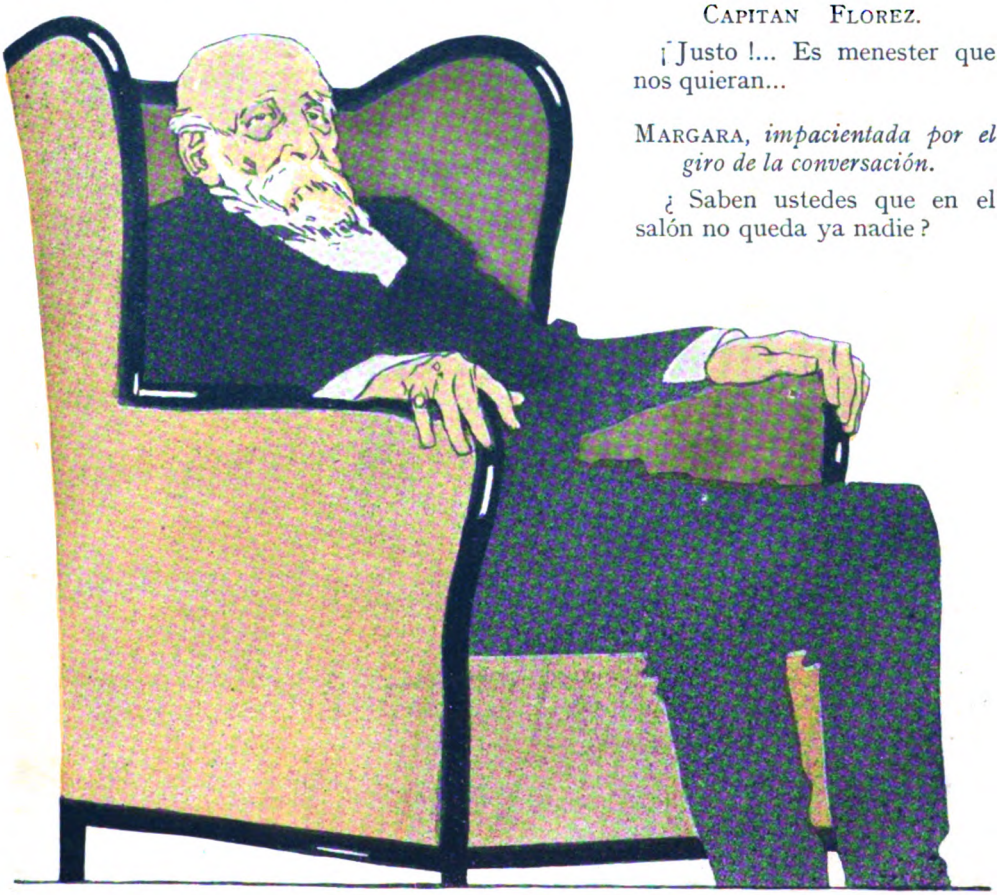
No todo consiste en querer ¿ verdad, capitán ?...

CAPITAN FLOREZ.

¡ Justo !... Es menester que nos quieran...

MARGARA, *impacientada por el giro de la conversación.*

¿ Saben ustedes que en el salón no queda ya nadie ?



DON ESTEBAN. — *Hijo mio, porque toco al fin de mi vida, y voy solo por un camino desierto...*

Digitized by Google

LUIS ALTUNA, *disponiéndose á salir, acompañando á Márgara.*

El té nos espera...

VIZCONDE DE ALAR.

Vamos allá... (*Ofrece el brazo á Blanca*).

(*Todos, en pie, se disponen á salir.*)

MARQUESA DE RUYS, *á Luís Altuna.*

Señor Altuna... (*Suplicando.*) ¡ Un momento !... (*A Márgara, sonriendo.*) Si usted me permite, Márgara... (*A Luís, que visiblemente contrariado se adelanta hacia ella.*) Usted, que es hombre de leyes, puede aconsejarme acerca de un litigio que tengo pendiente...

(*Luís se acerca : hablan en voz baja. Entre tanto, se han formado parejas que, pasando al salón 2º y cruzando éste, salen por el foro : Gracia con Rodríguez ; Blanca con el vizconde de Alar ; Lilí con Pepe Ibros. Viendo á Márgara desatendida, el capitán Flórez se apresura á ofrecerle el brazo, alejándose con ella. Fanny pasa al salón la última, y sola, pero en lugar de cruzarlo se detiene tras del tapiz en parte recogido que separa dicho salón del saloncillo, y de modo á no ser vista por ellos escucha el diálogo que sostienen la marquesa y Luís.*)

FANNY, *pasando al salón ; aparte, y mirando curiosamente hacia el grupo que forman la marquesa y Luís Altuna.*

¡ No será mal litigio, el que tengan pendiente !... (*Queda escuchando, desde el salón.*)

ESCENA VII

En el saloncillo : Marquesa de RUYS, LUIS ALTUNA.
En el salón : FANNY.

MARQUESA DE RUYS, *vehemente.*

¿ Te desagrado buscándote aquí ? Pudiste evitarlo acudiendo á las citas que te indiqué... ¡ Fuere sólo por cortesía !...

LUIS ALTUNA, *con hastío.*

¡ Créeme, Rosario, concluyamos de una vez !...

MARQUESA DE RUYS, *suplicando.*

¿ Eres tú quien habla así, Luís ? ¿ Olvidas que hice por ti la más grande locura ?...

LUIS.

¡ No olvido, Rosario, no olvido lo inolvidable ; pero temo que esa historia de nuestros amores sea conocida, tarde ó temprano, y entonces !...

MARQUESA DE RUYS, *atajándole impaciente.*

Entonces, tu muñequita, esa hechicera que supo embrujarte con sus mimos de inocencia, te despedirá, y quedará roto el encanto... ¡ Eso es lo que temes !...

FANNY, *aparte, desde el lugar en que escucha.*

¡ Admirable !... Diré á Márgara que venga y que contemple este cuadro... (*Regocijada.*) ¡ Adiós boda !... (*Cruza rápidamente el salón, y sale por el foro.*)

ESCENA VIII

Marquesa de RUYS, LUIS ALTUNA.

LUIS.

¡ No es eso sólo !... Temo también por ti, Rosario, por tu buen nombre... No puedo imponerte un riesgo...

Digitized by Google

MARQUESA DE RUYS. — *Señor Altuna... ¡ Un momento !...*

MARQUESA DE RUYS, *impaciente.*

Suprime necias hipocresías... No te hace dudar la consideración que yo pueda merecerte, que por lo que se ve, es bien escasa... Lo que te preocupa es tu interés...

LUIS, *resueltamente.*

Te sobra razón, y ya que hemos llegado á este punto, prefiero la verdad brutal á una mentira que no es digna de mí, ni de ti... (*Con esfuerzo.*) No te quiero...

MARQUESA DE RUYS.

¿ Y amas á esa colegiala ?

LUIS

¡ Con toda mi alma !...

Digitized by Google

MARQUESA DE RUYS, *enjugando sus ojos.*

Vale más decirlo así: claro y neto... ¡ Es duro, pero se acaba pronto !... (*Solloza.*)

LUIS, *conmovido, acoge á la Marquesa entre sus brazos.*

¡ Rosario !... ¡ Vamos !... Guardemos una buena amistad, un cariño de hermanos... ¿ Quieres?

MARQUESA DE RUYS.

¡ No !... Eso es imposible... (*Amorosa, y de nuevo esperanzada.*) Escucha Luís: comprendo tu deseo de crearte una familia, de casarte con una mujer que no necesite, como yo, ocultarse para amarte, y que pueda, sin mengua, ser madre de tus hijos... Todo eso, lo comprendo... (*Tristemente.*) Además, comienzo á envejecer ¡ y á mi edad se transige con tantas cosas !... (*Pausa.*) Cásate pues, y sé feliz, pero no me olvides del todo... Al cabo de las semanas, de los meses, de los años si es menester, piensa que en un rincón de su refugio, esta pobre mujer que te amó tanto te aguarda siempre, y que sus últimos días felices han de ser aquéllos en que tú le hagas olvidar sus años y su abandono... Ya ves que me conformo á un papel bien triste, pero tu prometida es joven, y en amor la juventud es todo poder... Yo perdí esa fuerza sin haberla aprovechado; por eso no me rebelo, no lucho ¡ tan sólo imploro !...

(*Luís y la marquesa quedan enlazados durante un momento, y en tal actitud les ve Márgara, que ha cruzado sigilosamente el salón, acercándose al umbral del saloncillo sin ser vista.*)

ESCENA IX

En el saloncillo 1º: Marquesa de RUYS, LUIS ALTUNA.
En el salón: MARGARA.

MARGARA, *aparte, y con profunda indignación.*

¡ Es cierto !... ¡ Qué infamia !...

LUIS, *á la marquesa, tras de breve vacilación, y con nuevo esfuerzo de voluntad.*

¡ Sé razonable, Rosario !...

MARQUESA DE RUYS.

¿ Aún más?...

LUIS

¡ Aún más !... ¡ Completamente !...

MARQUESA DE RUYS.

¿ Eso quiere decir que en adelante?...

LUIS.

¡ Amigos !... ¡ Hermanos !... ¡ Nada más !

Deseando poner punto á la entrevista, Luís toma del brazo á la marquesa, llevándola hacia el salón. Viéndoles venir, Márgara atraviesa rápidamente la estancia, y sale de ella por la lateral derecha.

La marquesa y Luís cruzan muy lentamente el salón 2º. Al mismo tiempo que ellos desaparecen, al foro, Márgara penetra en el saloncillo por la lateral derecha de éste, y se deja caer sobre un diván, sollozando.

ESCENA X

MARGARA, *llorosa y acongojada.*

¡ Qué infamia !... ¡ Qué infamia !...

Entra Elena en el saloncillo por la misma lateral derecha de éste.

Digitized by Google

ESCENA XI

MARGARA, ELENA.

ELENA, *llegando en busca de Márgara.*

Márgara, ven á tomar el té... (*Viendo llorar á su hermana, corre hacia ella, abrazándola maternalmente.*) ¿Qué es eso?... ¿Di? ¿Qué te ocurre?...

MARGARA.

¡Nada!... No me hagas caso... Tonterías...

ELENA.

Dime que te pasa... (*Besándola.*) ¡Dímelo pronto!...

MARGARA.

Pues que estoy llorando, como ves, y lloro porque soy tonta, sencillamente...

ELENA.

Y ¿puede saberse por qué eres tonta?

MARGARA.

Porque me preocupo de Luís... Figúrate tú la importancia que puede tener Luís... ¡Ese majadero...! ¡Ese cursi!... ¡Ese sinvergüenza!...

ELENA.

¡No seas niña!... No hables así, y dime qué ocurre...

MARGARA, *de un tirón.*

Ocurre que Luís me engaña... Me engañaba, mejor dicho: hablemos en pretérito imperfecto, muy imperfecto...

ELENA, *entre risueña y afligida.*

¡Qué bobada!... Algún cuento de una mala amiga... No lo creas...

MARGARA, *vehemente.*

¡No he de creerlo, si lo he visto yo!... ¡Yo misma!... Con estos ojos que son demasiado bonitos para que se mire en ellos un necio como Luís: un hombre que por no ser nada, ni siquiera es de mundo... Un hombre que no tiene distinción, ni « chic », ni gracia... ¡Vaya un marido de lucimiento!...

ELENA.

Hace una hora, te parecía el ideal de los novios...

MARGARA.

Pues ya no me lo parece...

ELENA.

Conforme... Y no te lo parece, porque tus lindos ojos han visto... ¿Qué es lo que han visto tus lindos ojos?

MARGARA.

A la marquesa y á Luís...

ELENA, *sorprendida.*

¿A la marquesa?...

MARGARA.

Sí, á los dos... Se quedaron aquí, mientras íbamos á tomar el té... La marquesa dijo á Luís que tenía que consultarle acerca de un pleito... ¡No era mal pleito!... Luís se quedó con ella, y como yo no tenía pareja, me ofreció el brazo Flórez... ya sabes, el capitán ése tan simpático... y tan distinguido...

Digitized by Google

ELENA.

Sí, ese necio...

MARGARA.

No, hija... No lo es tanto... Me hace el amor, y además me es fiel...

ELENA.

¡ Qué chiquilla eres !... Anda, acaba de contar el drama..

MARGARA.

¿ Te interesa?... Pues te lo contaré en dos palabras... Me sorprendía ya la tardanza de Luís, cuando en esto llegó Fanny, que tiene la buena costumbre de quedarse detrás de las puertas escuchando, y que atisbó la entrevista de Luís y de la marquesa escondiéndose detrás de la cortina del salón...

ELENA.

¡ Qué encanto de niña !...

MARGARA.

¡ Ya lo creo!... ¡ Como que si no fuera por ella, estaría yo haciendo el ridículo á estas horas !... Como te decía, llegó Fanny al comedor y me avisó en voz baja : — Acércate al saloncillo sin que te oigan — dijo — y verás qué sorpresa te aguarda...

ELENA.

¿ Y fuiste?...

MARGARA.

¡ Naturalmente !

ELENA.

¡ Muy mal hecho !...

MARGARA.

Pensé que sería alguna tontería de Fanny, alguna broma de ella y de Luís...

ELENA.

¿ Y entonces?...

MARGARA.

Corrí hacia acá, me acerqué sin ruido, y desde el salón pude ver á la marquesa en los brazos de Luís...

ELENA.

¿ Te encontraron, al salir ?...

MARGARA.

No, porque viendo que salían, di la vuelta por tus habitaciones, y entré por ahí...

ELENA, *preocupada ya.*

¿ Oíste qué hablaron ?...

MARGARA.

Algo, solamente... Luís dijo á la marquesa : — ¡ Sé razonable, Rosario!... — La marquesa, que parecía muy emocionada, contestó : ¿ Aún más?... Entonces, Luís insistió : — ¡ Aún más!... ¡ Completamente !... — La marquesa preguntó, cada vez más afligida : — ¿ Eso quiere decir que en adelante?... — ¡ Amigos!... ¡ Hermanos !... ¡ Nada más!... — respondió Luís.

ELENA, *con un velo de emoción en la voz.*

¿ Y la marquesa?...

MARGARA.

La marquesa calló...

ELENA, *tras de una breve pausa.*

¡ Pobre mujer !...

MARGARA, *vehemente.*

¡ Ah, la compadeces ? ¡ Es lo único que me faltaba !... Todavía pretenderás convencerme de que Luís es un santo...

Digitized by Google

ELENA, *sonriendo tristemente.*

No digo que sea un santo, pero tampoco es un demonio, y la mejor prueba de que te quiere es su misma conducta...

MARGARA, *en indignación creciente.*

¿ De veras? ¡ Linda deducción !... Habla con la marquesa de amores... acaba abrazándola... y todo ello porque me quiere mucho á mí... ¡ Vaya una carambola complicada !...

ELENA.

No tanto como lo parece... Abrazó á la marquesa, diciéndole adiós... Habló de amores pasados con piedad, como se reza por los muertos...

MARGARA.

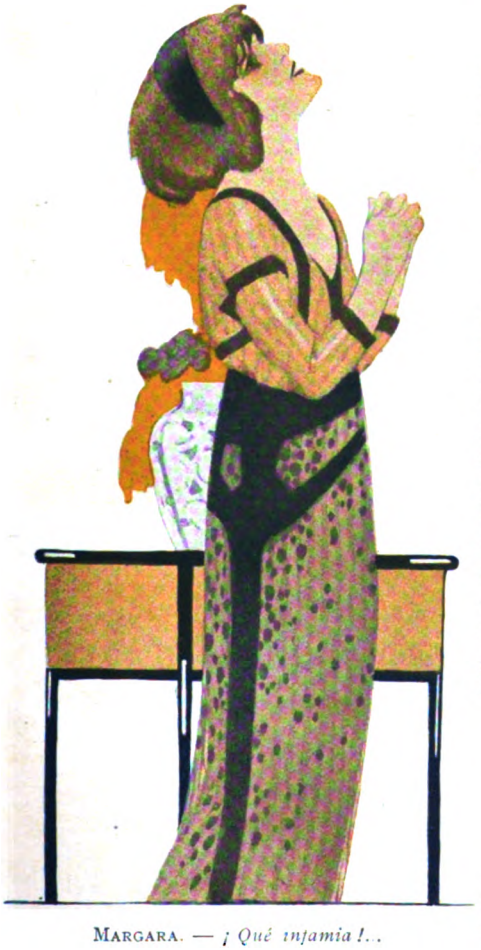
¿ Entonces?...

ELENA.

Entonces, la consecuencia de toda esa historia es que puedes estar segura del cariño de Luís... ¿ Te parece poco ?...

MARGARA.

¿ Y te parece poco á ti eso de que el mozo se haya permitido semejantes gracias, de soltero ?... ¡ Pues, sí que promete !...



MARGARA. — *¡ Qué infamia !...*

ELENA, *sonriendo al comenzar, y entristeciéndose á medida que habla.*

Conténtate con que en adelante te guarde siempre esa relativa lealtad ; y digo « relativa », porque sólo te deseo que para él nunca dejes de ser la insustituible, la sagrada, en tanto que las demás sean aves de paso...

MARGARA, *asombrada.*

¡ Elena !...

ELENA, *con resignado ademán.*

¡ La vida es así, pobre mía, y no hemos de cambiarla !... Luís no mintió diciendo que te quiere ; ya lo has visto. Te quiere como quiere la gran mayoría de los hombres, con un afecto que por ser más ó menos grande, no fué sin embargo, ni en el futuro será probablemente, como hoy lo es : del todo exclusivo... En general, aman los hombres profundamente á una mujer : aquélla que acertó mejor á dominarles, ó aquélla que más en absoluto se resignó á obedecerles ; pero ese amor definitivo no les priva de sentir hacia las demás mujeres dignas... ó indignas de admiración, una cariñosa simpatía, una amistad amorosa, que inconscientemente les conduce al galanteo, y en ocasiones propicias más allá, hacia las pasiones de aventura...

MARGARA.

¡ Pero Elena, por Dios !...

ELENA.

Encontrar un cariño firme, único y duradero, es tan difícil como dar con un premio mayor de lotería... Así es que, cuando no se tiene la suerte de ser el ganancioso entre millares de desengañados, me-

Digitized by Google

nester es conformarse, y procurar que el destino sea lo menos malo posible...

MARGARA.

¡ Pero hablas así, tú, casada y tan feliz !...

ELENA, *bajando el tono de la voz.*

Feliz, casi lo soy ahora, pero no siempre lo fuí... Alcancé mi serenidad actual á costa de muy hondas y de muy largas penas... Si quieres escuchar alguna de ellas, te contaré cosas que no estaba en mi ánimo confesar á nadie, pero que al menos te serán lección de experiencia... Yo me casé todo lo enamorada que una muchacha puede estarlo... Fueron los primeros meses de mi nueva vida, todo lo venturosos que mi ilusión y mi esperanza hubieron de imaginar... Fueron como una alborada, ante la cual mis ojos deslumbrados no miraron hacia el pasado, y aún menos hacia el porvenir... Ni pude sospechar que Pedro hubiere amado á otras mujeres, ni temí que mujer alguna pudiera en lo sucesivo disputarme su cariño... Un día, me habló de asuntos urgentes que exigían un inmediato viaje... El nene acababa de nacer... Era imposible que yo acompañara á mi marido en semejante circunstancia ; así me lo hizo comprender él, y marchó solo... Fué su ausencia más larga que lo previsto... Pasaron días y semanas...

— Los negocios se complican — me decía en sus cartas — y yo le creía ; tanto fué así, que el niño enfermó, y que por no apartar á Pedro de ocupaciones que yo supuse inaplazables, nada le dije, y á poco se me muere el chiquitín entre los brazos... ¡ Lo que yo sufrí no es para dicho !... Al fin, Pedro me dijo que estaría de vuelta pasadas dos semanas. Y ¿ sabes lo que hice yo en esos quince días?... Te lo diré para que te rías de mí... En el calendario, marcaba en cada noche, y con lápiz azul, el día que acababa... En la fecha de la llegada de Pedro, había puesto una cruz grande, señalada con la otra punta del lápiz, con la encarnada, para distinguirla bien... De ese modo me parecía más llevadera mi tristeza, viendo como el ejército de manchitas azules — mis amigas — iba avanzando poco á poco hacia la cruz encarnada, hasta alcanzarla, devolviéndome al ausente...

El ausente volvió al fin, pero muy otro que marchara... Sus frases de cariño sonaban como notas falsas... Desentonaban de esa concisión armónica que tienen las palabras cuando responden fielmente al pensamiento... Algo inexplicable, eso que llaman instinto, me hizo sospechar un peligro no sólo para mí, sino también para mi hijo... Bajo la obsesión de esa idea, hice algo que me pareció un delito, casi un robo... Busqué en el equipaje de Pedro, en su cartera, en sus bolsillos...

MARGARA, *impaciente.*

¿ Y hallaste?...

ELENA.

¡ Lo que temía !... Cartas de mujer... Flores secas... Retratos... Toda una luna de miel extraordinaria, que mi marido acababa de permitirse al amparo de supuestos negocios apremiantes...

MARGARA.

¿ Es cierto?...

ELENA.

¡ Ciertísimo, por desgracia !... Y en tanto que mi señor y dueño se divertía por esos mundos, yo cuidaba de mi hijo enfermo, y pasaba los días y las noches de soledad escribiendo rayitas azules sobre el calendario de mi ingenua esperanza...

MARGARA.

¡ Qué horror !... Y al conocer tu desgracia ¿ qué hiciste ?

ELENA, *sonriendo.*

¡ Una sandez !...Arrojé al fuego mis cartas de novia, que Pedro guardaba, y las que él me había escrito : nuestras mutuas prendas de cariño... Hecho esto, pensé en el divorcio, en el escándalo, en volver á casa de mis padres ; pero en tal momento llegó en bra-

Digitized by Google

ELENA. — *¡ No seas niña !... No hables así, y dime qué ocurre...*

zos de su aya mi chiquillo : tendió hacia mí sus bracitos, me hizo una fiesta, y acabó mi angustia, y fueron por tierra mis resoluciones extremas... Lloré mucho, y eso fué todo... (*Luego de una pausa, y dominando un sollozo involuntario*). Y es que ¿ comprendes ? al quemar recuerdos, tratando de borrar cuanto en el pasado me ligaba á Pedro, olvidé que un lazo vivo, el hijo, unía en el presente nuestras dos existencias con sus manecitas inseguras, pero más firmes que todas las promesas, todas las leyes, y todas las religiones del

Digitized by Google

mundo... Por él perdoné aquella traición ; por él perdoné otras muchas y di al olvido las cien aventuras de Pedro : vida borrascosa de soltero, que con escasos paréntesis de sensatez continuó luego de casado...

MARGARA.

¡ Pobre Elena, como habrás sufrido !...

ELENA.

Mucho al principio ;-después, no tanto...

MARGARA.

Para vivir así, para recorrer en silencio semejante calvario, es menester una virtud y una resignación de las cuales no sería yo capaz

ELENA.

¡ No habías de serlo !... Harías lo que yo hice...

MARGARA.

¡ Jamás !

ELENA.

¡ Sí, créeme !... (*Ante la nueva protesta que trasluce el ademán de Márgara.*) Claro es que yo no quiero á Pedro con ese amor ciego que se va con el primer desengaño, y que no vuelve : le quiero porque él me hizo mujer y me hizo madre; y jamás en ocasión alguna me dejé arrastrar por un mal deseo de venganza... Hallé mil ocasiones de un indigno desquite... ¿ Qué mujer joven y medianamente bella no las encuentra !... Pero no lo hice; y para seguir el recto y honrado camino nunca necesité de un esfuerzo, ni para alejar una tentación me fué menester un alarde de voluntad ; me bastó pensar que en mis manos estaba la honra de mi padre y el buen nombre de mi hijo... ¡ No olvides esto, Márgara, si algun día por tu mal necesitas recordarlo para seguir siendo buena !...

MARGARA.

Oyéndote, pierdo toda gana de casarme... ¡ Y la tenía, bien grande !...

ELENA.

Y la sigues teniendo, porque quieres á Luís... Si te conté los desvíos de Pedro y mis tristezas, fué para que tu buen sentido redujera á sus debidas proporciones, la pena que te acaba de causar el enterarte de las pasadas relaciones entre Luís y la marquesa, y para que aprecies en lo que vale la actitud de tu novio, al sacrificarte esas relaciones...

MARGARA, *contemporizando.*

Puede que tengas razón... Pero de un susto no se libra...

ELENA.

¡ Si de susto no pasa !...

MARGARA, *de nuevo preocupada.*

¡ Sólo pensar que pueda Luís hacer lo que hizo Pedro !...

ELENA.

Esperemos que no, pero si así fuera, perdona ¡ perdona siempre ! Haz cuenta de que los hombres todos son enfermos de la voluntad : son niños grandes... Ellos, que creen dirigirnos con su experiencia, á nosotras las muñecas inconscientes, ellos son los que realmente necesitan de nuestra tutela y de nuestra indulgencia... Cuando después de una mala ventura nos vuelven humillados y un poco envilecidos, hemos de olvidar que somos esposas, para recordar tan sólo que somos hermanas y que somos madres; y esa gran serenidad que presta el sacrificio es, al fin y al cabo, una dicha ¡ quizás la única verdadera que en el mundo exista !...

Digitized by Google

MARGARA, *cobijándose en los brazos de su hermana.*

¡ Qué grande, pero qué dulce es tu tristeza !...

ELENA, *abrazando á la niña.*

¿ Estás ya tranquila ?...

MARGARA.

Sí, hermanita, y prométeme que siempre que tenga una pena me has de hacer olvidarla así, en tus brazos, encontrando en ellos lo que jamás había sospechado, el placer de sufrir...

ELENA.

¡ Chiquilla !... (*Besa á su hermana, y pónese luego en pie, apresuradamente.*) Con todo esto, olvido á mis invitados, que toman el té solos. (*Al disponerse á cruzar el salón, ve llegar por él á Luís Altuna. Precipitadamente, sale por la lateral derecha del saloncillo.*) ¡ Ahí viene Luís, entiéndete con él !...

(*Llega Luís por la portada del salón, al mismo tiempo que Elena sale por la citada lateral derecha del saloncillo.*)

ESCENA XII

MARGARA, LUIS ALTUNA.

LUIS.

¿ Qué haces aquí sola?...

MARGARA.

¡ Meditar, hijito !... Tomar una resolución extrema...

LUIS.

¿ Se puede saber cuál?...

MARGARA.

¡ Ya lo creo !... La de casarme, nada menos... ¡ Ya ves si la cosa es grave... y si tendré que estar desesperada !...

LUIS.

¡ Gracias, por lo que á mí se refiere !...

MARGARA.

No se refiere á ti para nada ; por lo tanto, huelga tu agradecimiento...

LUIS, *sorprendido.*

¿ No se refiere á mí ?...

MARGARA.

¡ *No se refiere á ti, no !...* ¿ Te sorprende?...

LUIS.

¡ Claro está !...

MARGARA.

¡ Ah !... ¿ Es que crees que yo no puedo casarme con nadie no siendo contigo ?...

LUIS.

Todo esto es una broma, pero ya va resultando pesada, nenita...

MARGARA.

¡ No hay nenita que valga, señor mío, y hablo completamente en serio!... ¡ Qué quieres !... Mientras tú resolvías el litigio de la marquesa de Ruys, mejor dicho, *vuestro litigio, el de ella y tuyo,* yo por mi lado zanjaba el que tenía pendiente con el capitán

Digitized by Google

Flórez, que aspiraba á mi mano, y á quien acabo de resolver concederla... Por eso te digo que me caso, y no contigo, aunque te parezca mentira, sino con él, con el capitán... ¿ Entiendes ?...

LUIS.

¿ Flórez te hace el amor?...

MARGARA.

Tarde te enteras...

LUIS.

¿ Y lo callabas?...

MARGARA.

Para confesártelo, aguardaba á que tú me hablaras de tus amores con la marquesa: de tal modo podríamos quedar, como quedamos, satisfechos y burlados los dos...

LUIS, *comprendiendo.*

¡ Eres injusta, Márgara !... Si por desgracia escuchaste nuestra conversación, pudiste apreciar lo mucho que te quiero, y aun así no lo imaginas del todo, porque no puedes comprender el esfuerzo que se necesita para hacer sufrir, como yo lo hice, á una mujer que es buena y que ha sido inmensamente desgraciada... Pude evitar su dolor de antes y el mío de ahora, prosiguiendo nuestras relaciones con discreción. Tú nada sabrías, y todos quedaríamos contentos... Pero creí deber guardar más altos respetos al cariño que nos une á ti y á mí, y por él lo sacrifiqué todo... Por lo visto me equivoqué, y he conseguido lo contrario de lo que me propuse, exactamente...

MARGARA.

No digo que hayas hecho mal en romper con la marquesa... al contrario... Creo que has hecho tu deber : nada más que tu deber...

LUIS.

Muy pocos en mi lugar lo hubieran cumplido...

MARGARA.

Puede ser, pero ello sólo prueba que hay muy pocos hombres que tengan noción de su dignidad...

LUIS.

Por lo menos, eso ya es reconocerme la mía...

MARGARA.

¿ Por qué no ?...

LUIS.

Y en gracia de ello ¿ perdonas las faltas pasadas ?...

MARGARA.

Puede ser... Pero habré perdido una ilusión, la más bella de todas las que me hacía : la de ser tu primer amor... Así me parecía nuestro cariño muy hermoso, porque no le oscurecía la sombra de ninguna pasión muerta... (*Reprimiendo una involuntaria congoja.*) ¡ Ahora, ya ves, esa pobre marquesa !...

LUIS, *acercándose á Márgara, y sentándose á su lado.*

¡ Márgara !... ¡ Niña querida !...

MARGARA.

¡ Qué pronto arreglas tú las cosas ! ¡ como si fueran juego de niños !...

LUIS, *sintiéndola ceder, y atrayéndola á sus brazos.*

¡ Ven !...

MARGARA, *con afectación.*

¡ Sí, sí, buenos sois los hombres !... Pretendéis dirigirnos con vuestra autoridad y go-

Digitized by Google

LUIS. — *¿Qué haces aquí sola?...*

bernarnos con vuestra experiencia, á nosotras, las muñecas inconscientes, y sois vosotros quienes necesitáis de nuestra tutela y de nuestra indulgencia... ¡Tontas somos al guardaros íntegras nuestra virtud y nuestra fé!... Es decir, no: hacemos bien... Así somos dignas, no de vosotros, que no nos merecéis, sino de nuestros padres y de nuestros hijos...

LUIS, *asombrado, sonríe á pesar suyo.*

¿Qué dices?... Tú que no sabes de la vida nada, hablas como una viejecita desengañada...

MARGARA.

¡Tuya es la culpa!...

Digitized by Google

LUIS.

¿ En un instante pudiste cambiar así ?...

MARGARA.

Hay momentos que cuentan por años...

LUIS, *tristemente.*

Te lamentabas de haber perdido una ilusión... Yo pierdo otra, no menos grande : la de aquella ciega confianza que en mí tenías, encantadora inexperiencia del mundo... Eras como un libro en blanco, y en ese libro había yo de escribir desde el título hasta el punto final... Luego de oirte, el libro en blanco resulta un compendio de psicología matrimonial...

MARGARA.

Tuya es la culpa... Me hiciste pensar, y como no soy tonta, en pocos minutos emborroné todas las páginas á cuya redacción pensabas consagrar tu talento...

LUIS.

Entablemos negociaciones de paz, y firmémosla con un beso, abandonándonos mutuamente el terreno perdido en el conflicto... (*Va hacia ella con los brazos abiertos.*)

MARGARA, *retrocediendo hacia la entrada del salón.*

¡ No, no quiero !... (*Percibiendo á Elena que llega por el salón.*) ¡ Chst !... ¡ Elena !. .

ESCENA XIII

MARGARA, ELENA, LUIS ALTUNA.

ELENA, *entrando en el saloncillo.*

Vienen todos hacia acá... Quieren bailar... (*Se dispone á volver hacia el salón.*)

LUIS, *deteniéndola con un ademán suplicante.*

Elena, quisiera implorar tu benevolencia en mi favor...

ELENA, *interrumpiéndole sonriente.*

¡ Ya lo sé !... Todo se arreglará Luís, pero no olvides que estas penas como la que acaba de sufrir Márgara, son las cenizas del amor... Al principio, lo consolidan y lo protegen, porque hacen rescoldo de experiencia ; luego, al aumentar, van ahogando la llama, y al fin la apagan... Y ¿ sabes para qué sirven después esas cenizas ?... Para cobijar otro fuego, otra pasión que llega más tarde... Procura no dar á tu amor tan triste destino... (*Oyense risas y conversaciones de las visitas que van regresando al salón.*) ¡ Vuelven !... ¡ Cuidado !... Que no se den cuenta de vuestro disgusto... Alguien podría felicitarse.

(*Pasa Elena al salón, quedando solos Márgara y Luís durante un momento.*)

ESCENA XIV

MARGARA, LUIS ALTUNA.

LUIS, *á Márgara, suplicando á media voz.*

Ya has oído lo que dijo Elena...

MARGARA, *próxima á ceder.*

Ahora, falta saber mi opinión... (*Con leve coquetería.*) Y no es tan conciliadora como la de mi hermana...

Digitized by Google

LUIS, *tomando entre las suyas las manos de la joven.*

¡ Sí !... ¡ Dime que sí !... Lo están ya diciendo tus ojos...

MARGARA.

¿ De veras ?...

(*En tal instante, llegan del salón varios invitados.*)

LUIS, *aparte, separándose de Márgara.*

¡ Qué importunos !...

MARGARA, *aparte, alejándose de Luís.*

¡ Cuando menos falta hacían !...

(*Entran en el saloncillo, llegando del salón, Gracia, Blanca, Lilí, vizconde de Alar, Rodríguez, Pepe Ibros, y don Esteban de Arcos. Los demás personajes, y Elena, permanecen en el salón.*)

ESCENA XV

En el saloncillo : MARGARA, GRACIA, BLANCA, LILI, LUIS ALTUNA, Vizconde de ALAR, RODRIGUEZ, PEPE IBROS, DON ESTEBAN DE ARCOS.

En el salón 2º : ELENA, Marquesa de RUYS, Capitán FLOREZ, FANNY, GRUPOS DE INVITADOS.

Por la portada del salón se ve á Elena conversando atentamente con la marquesa de Ruys, y á Fanny discreteando con el capitán Flórez.

VIZCONDE DE ALAR, *entrando en el saloncillo, á la cabeza del grupo.*

¡ Aquí están ! ¡ Aquí están estos enamorados !... Olvidan el té, olvidan á los amigos, lo olvidan todo...

DON ESTEBAN, *sentándose cómodamente en un extremo casi oculto del saloncillo.*

¡ Y qué pueden importarles el té y los amigos?... Hacen muy bien. (*Se instala en un sillón donde, lejos de todos, no tarda en adormecerse.*)

GRACIA, *á los jóvenes.*

Señores ¡ á bailar !...

BLANCA, *impaciente y alegre.*

¡ Eso !... ¡ A bailar !...

RODRIGUEZ, *ofreciendo el brazo á Gracia.*

¡ A bailar pues !...

LILI.

Mi señora de compañía está ya al piano... (*Acercándose á Pepe Ibros.*) ¿ Vamos ?...

Digitized by Google

PEPE IBROS, *llevando á Lilí hacia el salón.*

¡ Vamos !...

VIZCONDE DE ALAR, *pasando al salón y llevando del brazo á Blanca, vuélvese un instante hacia Márgara y Luís.*

Y ustedes ¿ no bailan ?...

(*Quedan solos en el saloncillo Márgara, Luís y don Esteban, de cuya presencia no se dan cuenta los muchachos. En el salón contiguo preludia el baile y se enlazan las parejas.*

MARGARA, *á Luís, que la estrecha entre sus brazos.*

¡ Luís mío !...

LUIS, *apasionadamente.*

¡ Tuyo, y con toda el alma !...

(*Unen sus labios en un largo beso.*)

DON ESTEBAN, *despertando de su somnolencia, y regocijado por el cuadro.*

¡ Muchachos, que estoy yo aquí !...

MARGARA, *apartándose de Luís con sobresalto.*

¡ Ah !... (*A don Esteban.*) ¿ Estaba usted ahí ?...

LUIS, *confuso, á don Esteban.*

No sabíamos... Perdón...

DON ESTEBAN.

En penitencia, volved á besaros...

MARGARA.

¡ Pero don Esteban !...

DON ESTEBAN.

¡ La penitencia, ó se lo cuento á todo el mundo, ahora mismo !...

(*Márgara y Luís se besan de nuevo, riendo.*)

DON ESTEBAN, *pasando al salón.*

Bien, hijos míos, seguid así toda la vida.

MARGARA, *á Luís.*

¿ Bailamos ?...

LUIS, *llevándola hacia el salón.*

¡ Bailemos !...

(*Llegan al umbral del salón, se enlazan, y se confunden entre el torbellino del baile. Poco después entra Fanny, que acongojada se arroja sobre un diván. Inmediatamente después, vuelve al saloncillo don Esteban de Arcos.*)

DON ESTEBAN, *acercándose á la muchacha y acariciándola paternalmente.*

¡ Ese condenado novio que no acaba de presentarse !... Pero no se aflija, niña : es usted bonita y joven, y con sólo cambiar de estrategia tendrá usted pretendientes á docenas... En lugar de enojarse, sonría... ¡ Todo el secreto consiste en eso !...

FANNY.

¿ Usted lo cree así, don Esteban?...

DON ESTEBAN.

Seguro estoy de ello... Precisamente ahí viene ese militarcito en son de guerra : ensaye mi receta, y veremos lo que pasa...

(*Llega del salón el capitán Flórez, que se dirige hacia Fanny, y le ofrece el brazo.*)

FLOREZ.

¿ No me desairará usted, Fanny ?...

Digitized by Google

FANNY, *sonriendo.*

Al contrario, capitán. Con mucho gusto.

(*Fanny y el capitán pasan al salón de baile.*)

DON ESTEBAN, *volviendo hacia el proscenio.*

Hace cuarenta años me faltó á mí un consejero así...

(*Entran en el saloncillo Elena y la marquesa de Ruys.*)

ELENA, *afectuosamente.*

Aquí estaremos más tranquilas... ¿ Se siente usted mejor, marquesa?...

MARQUESA DE RUYS.

¡ Un poquito, Elena, gracias !...

DON ESTEBAN.

¿ Está usted indispuesta, marquesa?...

MARQUESA DE RUYS.

¡ Oh !... ¡ Un poco de neurastenia !... ¡ Nada más !... (*Sin poderse dominar, la marquesa solloza.*)

DON ESTEBAN, *aparte, á Elena.*

¿ Qué es eso?...

ELENA, *tristemente.*

¡ La vida !...

Telón, muy lento.

Antonio G. de Linares

(*Ilustraciones de Ribas.*)

Digitized by Google

Por LUIS RODRIGUEZ EMBIL

Accésit de nuestro Concurso de Cuentos.

I

Como el tren se acercaba ya á Córdoba, y las últimas estribaciones de la Sierra se perdían, con ondulaciones graciosas y suaves, en la línea del horizonte, los recuerdos que durante todo el viaje agitaran el ánimo de Gabriel Moncada cobraron una fuerza tal de evocación, que barrieron de la mente de éste todo huésped importuno y extraño. La proximidad de la población, donde transcurrieran, cinco meses antes, algunos de sus días más intensos, llenaba á Moncada de una inquietud indefinible y de un anheloso deseo de llegar ; y al propio tiempo sentía el joven el hechizo fecundo de pasión y añoranza que en todo espíritu de arte ejerce la ciudad, y que parecía proyectarse al través del espacio, sobre la campiña, en cuya verdura rozagante ponía el otoño vagas calvicies pardas.

Noviembre reinaba en los campos, y en la alta serranía cerníase con sus nubes sucias, tristes, sobre Córdoba, cada vez más cercana. Y en la mente del viajero, acariciada por el fresco aire de aquella mañana, surgían por contraste los alegres días vernales de zambra y risa loca, que fueran para él sus pasados días cordobeses, de sus propias correrías en unión de su amigo Pablo Herrera, raro y potente artista, el pintor aún no bien comprendido de la amarga y fuerte fatalidad del amor. El recuerdo de unos cortos y alegres amores con la *Pelaílla*, una muchacha *cantaora* del barrio de Santa Marina, se destacó de súbito en la mente de Moncada, entre las nieblas de las evocaciones pretéritas, caliente y luminoso como la sangre de un clavel encendido entre el heno de unos cabellos castaños.

Digitized by Google

La Pelaílla, *una muchacha* cantaora *del barrio de Santa Marina...*

La *Pelaílla* fuera para él, en aquella inolvidable temporada cordobesa, como la encarnación de la propia Andalucía, risueña, llena de inconsciente gracia alada, y con un profundo poso, en su alma casi mora, de tristeza también casi inconsciente. Poseía la muchacha la misma atracción que poseen las ciudades andaluzas para el que haya vivido por algún tiempo en ellas, atracción hecha de luz y de sombra, de alegría que concluye en suspiro, de pasión concentrada y de risa argentina. A los diez y nueve años escasos, la

Digitized by Google

Pelaílla, que vivía de su canto como una cigarra humana, tenía aún toda la viva expresión de una niña, y ya la experiencia de vida y amor de una mujer madura. Sus amantes — sus novios, como ella decía con lindo y gentil eufemismo andaluz — habían sido pocos, sin embargo, hasta entonces, y la duración de sus amores más ó menos corta, según el capricho de la novia. El que más le duró fué Moncada, todo el tiempo durante el cual permaneció él en Córdoba. Una gran cualidad tenía la *Pelaílla* : la fidelidad á toda prueba, fidelidad de mujer árabe, afirmada por una libre voluntad de mujer que no necesitaba fingir amores, pues no vivía de fingirlos. Y otro encanto natural ornaba — como el pañolón de espumas su cuerpo — el alma de la *cantaora* : la extraña y desconcertante mezcla de pesimismo y optimismo que forma el substrato del espíritu del Mediodía, ese curioso *optimismo pesimista* que exclama, convencido de la vanidad y fugacidad de las cosas :

— ¡ *Pa* lo que hemos de vivir... ! ¡ *Eso* es lo que vamos á sacar de esta vida !...

Y que, de la premisa de que hemos de morir no sabemos cuándo, y de que hay un abismo siempre abierto en el que al cabo, fatalmente, hemos de hundirnos, deduce la consecuencia, imprevista para un cerebro occidental ó nórdico, de que debemos cubrir de flores la boca negra del abismo, y reir pisando las flores húmedas de rocío y borrachas de sol, sin pensar en que debajo de ellas la boca del abismo nos aguarda, hasta que nos llegue la hora de desaparecer en su sima.

De este concepto del vivir, tan hondamente arraigado en el verdadero pueblo andaluz, nacían la alegría y la tristeza de la *Pelaílla*, su *superficialidad profunda*, digámoslo así, y también su gran fuerza de olvido y de goce, y una capacidad asombrosa para convertir en materia de broma, risa y diversión casi todos los asuntos divinos y humanos...

— ¿ Qué será de ella ? — se preguntó Moncada distraídamente, sintiendo florecer de nuevo en sus labios el rico sabor de los labios de su amante de unos meses, al propio tiempo que una sonrisa, mezcla de ironía y de ternura. — ¿ Tendré tiempo de verla en los pocos días que esta vez me quedan libres para detenerme en Córdoba?

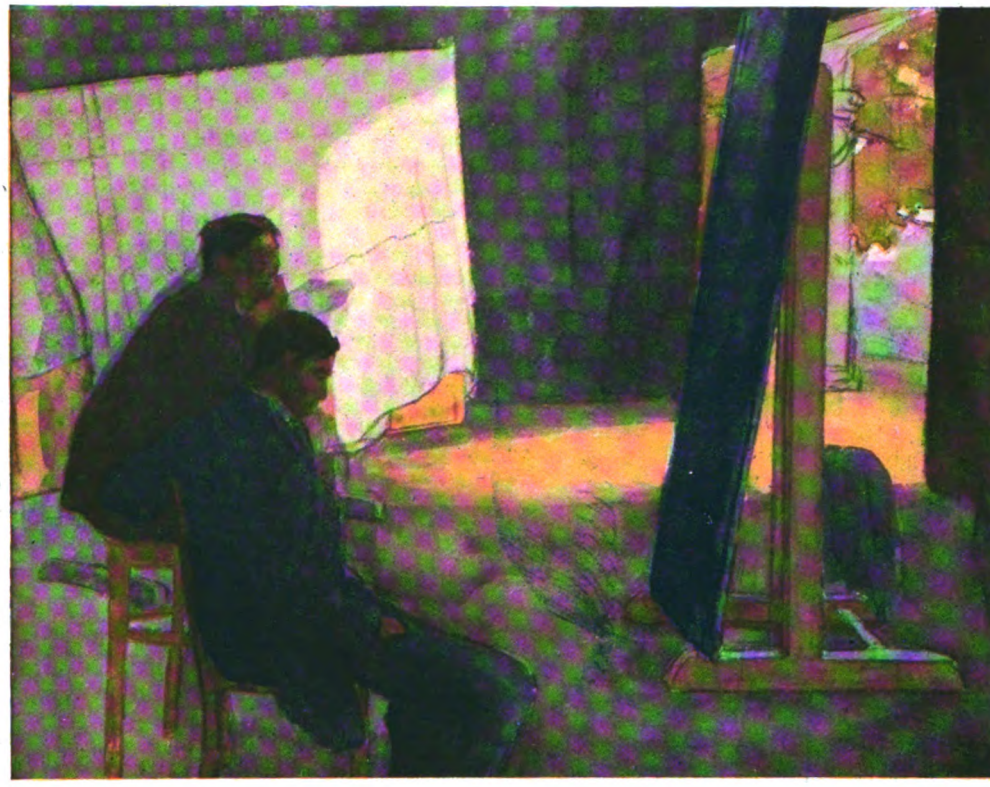
Había sido para él la *Pelaílla*, como un valle lejano de ensueño y de rosas en que se olvida el mundo. Por un complejo é involuntario proceso mental, enlazábala Moncada estrechamente al recuerdo de la ciudad misma. Como el alma de ésta, era el alma de la muchacha : apasionada, inquieta, y en el fondo, de una gran tristeza, como lo son las almas en que se abrazan la gracia y la pasión. La *cantaora*, risueña casi siempre, de imaginación maliciosa y penetrante, ponía en su voz, al cantar, toda la melancolía sorda, avasalladora, de que teñía el pasado muerto el ambiente, las paredes, el suelo mismo de la ciudad un tiempo reina ; y en sus amores, rápidos é inconstantes, pero intensos, todo el celo bravío de las razas que solo viven de amor. Durante algunos meses, fué Moncada su pasión única ; acaso fuera, sin saberlo ella misma, su primer amor real... Y Moncada la quiso á su vez, dejándose querer, halagado de aquella adoración ciega, temiendo vagamente, por conocer á la *Pelaílla*, enamorarse á su vez demasiado para después perderla... Y, terminadas aquellas vacaciones veraniegas que pasó el muchacho en Córdoba, aprovechando una riña pasajera, se marchó, con la seguridad de olvidar pronto su aventura, y de ser, á su vez, olvidado.

... Y he aquí que ahora, al volver á pasar tres ó cuatro días cerca de su amigo, que le llamara con cariñosa insistencia, y á admirar un nuevo cuadro de éste, y á prolongar por breves días un paréntesis de descanso hecho en su labor literaria, antes de volver á Madrid, el fantasma, que él creía desvanecido, de sus amores de fuego y de capricho con la *cantaora*, tomaba de nuevo forma, se hacía compacto, se hacía *vivo* ; y la impaciencia de Moncada, curiosa, despertada con ímpetu insólito y violento, se precipitaba hacia Córdoba, corría delante del tren en marcha, se entraba desalada por la ciudad en busca de la *Pelaílla*...

— ¿ Se acordará de mí ? Quizá ni de mi nombre se acuerde ya. Quizá tenga otro amante...

Ahora se arrepentía el soñador, con una angustia que á él mismo se le antojó pueril, de no haber preguntado nada últimamente, en sus cartas á Herrera, acerca de su ex-

Digitized by Google



El cuadro lucía en un ángulo del estudio.

amante. ¡ Había estado tan ocupado y preocupado en los últimos tiempos con sus proyectos, sus trabajos, sus viajes ! Ansiaba saber, con la misma intensidad con que lo hubiera ansiado si se tratara del ser más querido.

Y, volviendo en sí de pronto, no pudo menos de sonreir :

— Me voy á conmover, si me dejo llevar de mi fantasía, como si fuera un colegial que va á ver á su primera novia. ¡ Vaya una cosa ! No me lo explico... Debe de influir en mí el ambiente de Córdoba que estoy ya respirando...

El tren, en efecto, entraba ya en agujas. Moncada, reaccionando, se levantó para ponerse su gorra de viaje — que dejara sobre el asiento de enfrente, pues iba sólo en el compartimento — y prepararse para el arribo. Una ingenua alegría y una ligera excitación le invadieron : la alegría y excitación que suelen sentir los viajeros al fin de todo viaje. Y, por el momento, olvidó todas sus fantasías retrospectivas, ganado por el placer de estrechar en sus brazos de nuevo al artista Pablo Herrera, que, advertido de su llegada, le aguardaba, risueño, en el andén.

II

— Aquí se reposa, y se vive una vida que no es la de las ciudades de comercio é industria, ni la de las ciudades de placer, ni tampoco la de las de producción y consumo de Arte. Aquí, el espíritu del artista no se inquieta ni se conturba, no asimila tempestuosamente ni crea espasmódicamente, sino que se enriquece con placer tranquilo, y produce con placer hondo, tranquilo y fecundo. Yo creo que los artistas debemos hacer

Digitized by Google

viajes á las capitales, para renovarnos y aspirar de paso el olor sano y fuerte del combate, y para ejercitar y comprobar en él nuestras fuerzas; pero debiéramos retornar siempre, ya que no al campo, á una ciudad como ésta, á soñar en ella, á purificarnos y producir...

— ... *En la sede del arte grave y del silencio...* — concluyó Moncada, recordando vagamente al *rubio Arcángel de los Abruzzos*, y contemplando con ojos de admiración un cuadro al través del humo azul de su cigarrillo. El cuadro lucía en un ángulo del estudio, donde la luz lo bañaba con suavidades de caricia.

Estaban en el taller de Herrera los dos solos, éste y Moncada. Iba cayendo el día. De un cercano jardín, enviaban los claveles mensajes de aromas. Callaba la tarde, como recogida en un ensueño de amorosa paz. Sólo llegaba á romper el silencio, envuelta en las gasas invisibles de los perfumes del jardín, la voz sonora, palpitante y lejana de un ruiseñor en celo.

Dentro del estudio, amplio y claro, los cuadros se esparcían á lo largo de las paredes, en el suelo, en pintoresco desorden. Sobre un caballete pequeño, casi concluido ya, estaba un gran cuadro de Herrera, que éste ejecutaba á la sazón. Moncada, medio absorto aún, y sin acabar de volver de la impresión que la primera vista del cuadro le produjera, á pesar de no ser la pintura su arte preferido, no podía apartar los ojos del cuadro aquél. Era un estudio de mujer, maravillosamente armonioso, viviente, exacto, é *idealizado* á un tiempo. Largo rato hacía que lo miraba el joven; había abrazado á su amigo con entusiasmo, dándole la enhorabuena; habían recorrido juntos el estudio, despacio, y ahora, sentados los dos, en la dulce agonía de la tarde, aún no podía Moncada apartar la vista del cuadro, dejar de bañarlo en la euritmia de las formas, en la intensa expresión del rostro que coronaba aquéllas.

— ... *En la sede del arte y del silencio...* — hizo eco el pintor. — Es la única manera de hacer arte puro, de no contaminarse, de trabajar para el propio ideal y según el propio ideal, bueno ó malo, no para el público y según el gusto del público. Yo prefiero mil veces á una *gloriola* efímera, comprada á costa de concesiones que siempre nos rebajan un poco, la labor callada, la creación solitaria con todos sus dolores y sus divinas alegrías. Hay que estudiar, que *buscarse* bien, que trabajar, hasta equivocarse tal vez, antes de hacer algo definitivo...

— Tienes razón. ¿Qué prisa hay en mostrarnos, si no ha de ser para tratar de decir algo nuevo (es decir, algo *nuestro*, muy sincera y hondamente *nuestro*) como hace ese ruiseñor que se impone á nuestra atención por la sola magia de su voz, vieja tal vez como el mundo, pero nueva, y *de él*, porque la saca del dolor y la voluptuosidad de sus entrañas? Pero todo arte requiere esfuerzo: de nosotros y de los que nos precedieron; y ese ruiseñor mismo es el producto de cien generaciones de ruiseñores, emulándose para deslumbrar con su canto á sus hembras en las noches de verano, en las luchas de amor. Todo arte grande requiere esfuerzo; pero requiere también paciencia, y esa ¡nos falta tanto!

— A mí, no. ¿Qué más me da esperar? ¿Ves este cuadro, relativamente pequeño, este desnudo pálido de mujer? Tú eres el primero que lo ve, después de mí. Lo tengo concluido hace más de dos años; no lo he expuesto en ninguna Exposición; es muy probable que no guste. Y, para mí, ése es mi mejor cuadro.

Y, levantándose, alzó una tela que cubría el lienzo, oculto hasta entonces por ella como una virginidad.

Moncada se volvió ligeramente.

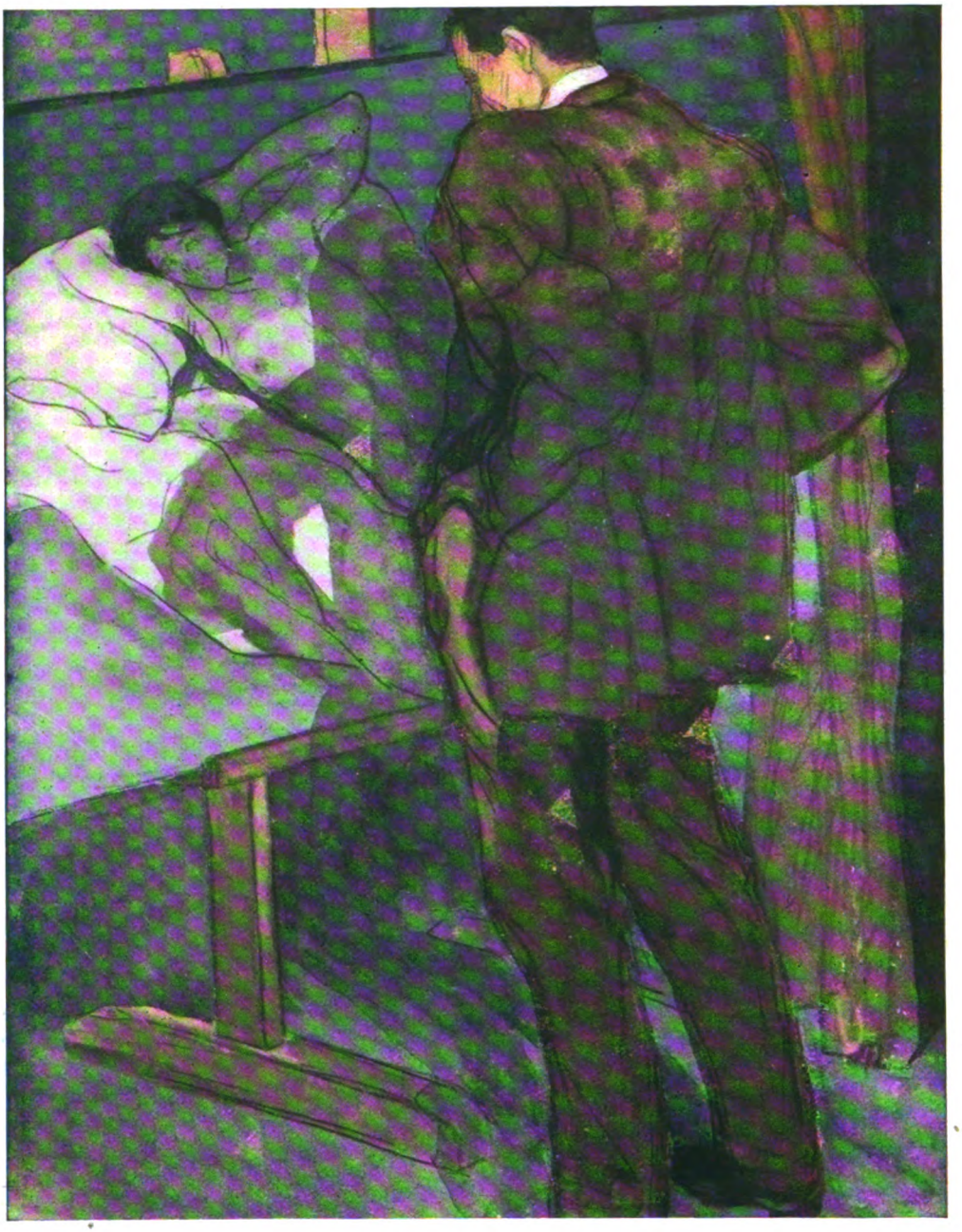
— ¡Admirable! Es el único que no me habías enseñado. ¡Bien oculto lo tienes á ojos profanos!

Se levantó mientras hablaba, para ver mejor las facciones de la mujer pintada.

— ¡Ah, si es la *Pelaílla*!

— No te lo quería decir — dijo Herrera riéndose. — Te guardaba esa sorpresa; por eso no te había querido decir nada hasta ahora.

Digitized by Google



Se levantó mientras hablaba, para ver mejor las facciones de la mujer pintada.

— ¡Admirable de veras! — repitió Moncada.— Chico, eres un gran pintor, sin la menor partícula de hipérbole.

Calló, sumido en la contemplación de la obra de arte. De pronto, volviendo de aquélla.

— Pero, oye, ahora que observo bien, está mucho más delgada la *Pelaílla*. Eso no me lo habías dicho cuando hablamos de ella un momento, al llegar yo. ¡ Pero extraordina-

Digitized by Google

riamente delgada, la pobrecita! ¿O es que tú has querido *idealizar* su figura, enflaqueciéndola?

A horcajadas sobre una silla, en medio del taller, el pintor dejó de sonreir. Una rápida nube de tristeza pasó por sus facciones expresivas.

— No, no la he idealizado. Tal como la pinté está ahora, ó quizá algo más delgada. Yo creo, aquí entre nosotros, que está tísica ya, aunque ni ella ni su madre lo sepan. Eso tenía que suceder; tiene demasiado temperamento; apenas come desde que era una niña; apenas duerme la mayor parte de las noches; tiene la sangre pobre por herencia... Cuando tú la conociste era otra, pero ahora... ¡ Pobre *Pelaílla* !

— ¡ Pobre *Pelaílla* ! — repitió con profunda pena Moncada. — Yo la quise mucho en aquellos meses.

— Y ella también á ti — dijo Herrera -- Y sigue queriéndote. No te sonrías, hombre, es verdad. Ya sabes que yo no te engaño ¿ y para qué habría de engañarte? ¿ Ves? Me ha servido de modelo ¿ verdad? Pues de ahí no ha pasado nunca; nunca me ha dado un beso siquiera ; y todo por ser amigo tuyo. Siempre me habla de ti. Te recuerda siempre con una ternura que no le he conocido para con nadie, ni aun quizá para con su propia familia. Creo que eres tú la única persona á quien haya querido de veras...

— ¡ Pobre *Pelaílla* ! — repitió aún, sin ironía. — Me alegro de haber visto su imagen. Así no me sorprenderá el ver esta noche su delgadez, y podré ocultar mejor mi mala impresión.

La había citado Herrera, de acuerdo con su amigo, para una taberna de lujo, la misma en que se conocieran, cinco meses antes, en una *juerga*, la *cantaora* y Moncada. Nada le había dicho Herrera á aquélla de la llegada de éste ; sólo le había advertido que debía traer á su amiga la *Niña* y á un *tocaor* de guitarra, conocido de ambos, pues debía venir también un forastero que deseaba oirlas.

— Pues aguárdame un momento nada más, que voy á arreglarme un poco, y vuelvo en seguida para que salgamos á comer -- dijo el pintor.

Moncada quedó solo. Aún alumbraba el estudio callado la luz del sol que se iba. Desfallecía ahora en el jardín con dulce languidez la voz del ruiseñor, como diluida en el suave alentar de los claveles. Solo, frente al retrato de la *Pelaílla* enflaquecida y enferma, en el estudio abandonado, Gabriel Moncada trató de reaccionar contra la tristeza y el terror que le invadían, en la noche, como un presentimiento.

III

Tomaron los dos amigos calle adelante, después de haber cenado juntos, atravesando lentamente la población para hacer hora, y para empaparse una vez más en el intenso y raro sentimiento que infunde, como ningún otro acaso, el ambiente de la Córdoba vieja.

El valor permanente é interesante de Córdoba, como el valor de todo cuanto existe, claro es que no reside principalmente en lo externo y material, por muy hermoso que esto sea, sino en el íntimo espíritu que la anima, y de que lo exterior, el prodigio estupendo de la Mezquita con su *Mirahb* de ensueño, la evocadora paz del *Patio de los Naranjos*, la solemnidad evocadora y compleja de la *Puerta del Perdón*, el hechizo bruno de la Sierra tendida bajo el sol, son tan sólo las manifestaciones sensibles y más ó menos bellas. Por eso, la parte nueva de Córdoba, el amplio *Paseo del Gran Capitán*, la linda calle de Gondomar colmada de establecimientos, resplandeciente de suntuosos Cafés y Cervecerías, con su *Club Guerrita* al comienzo, nada ó muy poco dijeron al alma de los dos amigos. No tiene aquello voz aún ; *no sabe hablar*, diría Carlyle. Y por eso también los barrios antiguos — todo el resto de Córdoba — oscuros, retorcidos, sin luz casi, les hablaban, al paso, con voz tan elocuente, que ella acallaba por el instante — tantas cosas decía su silencio, y tan recónditas — la vibración y el recuerdo de toda otra voz.

Digitized by Google

De bruces sobre el pretil del puente, evocaron ambos amigos el alma nostálgica y ardiente de la ciudad, en la ardiente nostalgia de la noche. Melancolía y afán de amor: he ahí las dos notas que hacen vibrar más intensamente, en el clavicordio del espíritu, el ambiente cordobés. Amor y melancolía, los dos hermanos, padres incestuosos y divinos de tanta obra de arte. Sin ellos, casi puede afirmarse que no existiría éste. Alma de artista donde no muerdan, más ó menos devoradoramente, estos dos afectos devoradores, corre el riesgo de quedar infecunda. Podría repetirse de ellas lo que de los ricos dice Jesús, con palabra profunda y sugestiva: « *¡ Ay de vosotros, porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo !* »

Del Guadalquivir plácido y somnolente, del *Campo de la Verdad*, recostado en la campiña también adormecida, de las callejas, de los molinos de piedra abandonados á lo largo del río, venía un soplo potente de pasión y de hondo desconsuelo, que envolvía á los hombres y envolvía las cosas y sobrecogía el corazón, palpitante y deseoso, como en espera de un prodigio. Pero no era un desconsuelo de renuncia ni una voluptuosidad de aniquilamiento, como los que suelen sugerir, sutil y sabiamente, las ciudades ascéticas de Castilla: Avila, Toledo, Burgos; sino, en el fondo, un anhelo de vida, y una cuasi religiosa *saudade* de amor. Todo el pasado romancesco de la ciudad parecía pesar sobre la memoria casi humana de ésta, en aquella mágica noche; y hubiérase dicho que la calle que separa la Mezquita del antiguo Alcázar desapareciera, y que sobre el puente orgulloso iba á pasar, seguido de su Corte suntuosa y grave, de su *ajib* Almanzor, de sus *walíes*, el grande Abderramán.

La presencia, por decirlo así, continua, de este pasado, es lo que da su fuerza misteriosa de evocación á Córdoba, tal vez más que á ninguna otra de las ciudades históricas de España. Cada nombre de cada callejuela, cada callejuela misma, angosta como un pasadizo, todo lozas con su diminuto arroyuelo de piedras en el centro, cada piedra de los campos donde se alzó el Palacio de encajes de *Medina Azzara*, cada fachada añeja y húmeda, poseen un encanto único y propio que se introduce por los ojos, por la piel, y embalsama el espíritu transeunte, suavemente, poderosamente... En aquella hora, el poder de evocación era tan grande, que hubiérase dicho que se sentía el Pasado cruzar por el aire en reposo, reviviendo todo con su aliento secular. Y la gran raza soñadora y drámática revivía con las cosas. Y esperábase ver surgir, sobre uno de los minaretes de la Mezquita, al *muezzin* hierático y solemne, convocando á los fieles á la Oración; y sobre las locetas de las calles y entre los azulejos de las casas, los fieles caer prosternados, vueltos á la Meca, bendiciendo, en un éxtasis de amor, ardiente como el *simoun* del desierto, la grandeza y el poder de Alah.

Así, en la noche misma de su vuelta, Gabriel Moncada sintió el alma de Córdoba apoderarse nuevamente de su alma personal, infundirle su aliento poderoso, subyugarla... Sevilla, de donde venía Gabriel, tenía ahora, en el recuerdo de éste, un alma toda gracia femenil, ligera, sensual, un poco nostálgica, á ratos, pero encantadoramente femenil en el fondo, siempre. Córdoba era, en cambio, masculina, intensa, triste, casi trágicamente triste y masculina...

Y por eso, en el alma del viajero, aquella grande alma de ciudad pequeña, apenas vuelta á *sentir*, ponía, con prontitud é intensidad insólitas, su sello de blasonado orgullo y de fecunda y sensual melancolía.

IV

— Adivina á quién traigo conmigo — dijo Herrera, entrando en el interior de la taberna, en cuyas paredes alternaban las imágenes católicas con retratos de toreros famosos.

Sentados en un grupo, en la salita, estaban la *Pelaílla*, otra mujer ya conocida de

Digitized by Google

Herrera y Moncada, y un hombre conocido también, Juan el *Zurdo*, que acariciaba como soñoliento las cuerdas de una guitarra, cigarro en boca, gravemente.

— Adivina...

— ¿ A quién ? — preguntó la *Pelaílla*, incorporándose y clavando en Herrera sus ojos de fuego, hechos aún más luminosos por una fiebre ligera, solapada y constante que la consumía. Parecían pesarle los cabellos sobre la nuca, de frondosos que eran. Había en su voz, en su boca, en su aspecto, como una seducción de voluptuosidad ingenua, casi inconsciente.

— A un amigo tuyo y mío. De los dos.

— ¿ A un amigo ?

— Sí, que tu querías mucho...

— ¡ Gabrié ! — gritó la muchacha, poniéndose en pie de un salto, con las mejillas súbitamente coloreadas. ¡ Es Gabrié ! ¿ Dónde está ?

Gabriel Moncada, que aguardaba en la calleja bajo el rótulo ingenuo : « Aguardiente de Rute », adelantóse sonriendo. Ya ella corría en su busca. Se abrazaron y se besaron, casi en plena calle, con hermoso impudor, como dos griegos.

— ¡ Gabrié ! ¡ Niño mío ! ¿ Cómo no me habías dicho náa ?

— ¡ Para darte la sorpresa, chiquiya !

Volvieron á abrazarse. Después se miraron, risueños, un poco pálidos, olvidados un instante de los demás.

— Estás más hombre — dijo ella. — Me encuentras mu mal ¿ verdá, Gabrié ?

El, casi tomado por sorpresa, á pesar de hallarse prevenido, observaba con piedad la delgadez insólita de ella. Se repuso.

— ¿ Tú ? Algo delgadiya, pero eso no es nada. Estás caliente, *Pelaílla*.

Le ardía, en efecto, la mano.

— No es náa. Vente pa cá, anda.

Gabriel saludó á todos, y se sentaron uno al lado del otro. Los demás lo hicieron á su vez, sin orden.

— Vaya, ya están esos como dos tórtolos. Pues vente tu pa cá — ordené á Herrera Lola, llamándole á su lado.

El *tocaor*, siempre imperturbable, grave, había vuelto á empuñar la guitarra, y á su vago ensueño, preludiando con el cigarro entre los dientes.

— Venga otra botella de manzanilla — gritó Herrera. — Y tócate algo, *Zurdo*.

Llenaron de nuevo las copas que estaban sobre la mesa.

Sin contestar, el *Zurdo* comenzó las primeras notas de un *tango* después de haber brindado con todos por los novios recién unidos.

— Eso es, un tango, que la *Pelaílla* tiene que cantá esta noche, antes que nadie.

— Anda, sí, *Peláa*.

— ¿ Er qué ? — dijo ella que no había oído, charlando con Gabriel.

— ¿ Vas á cantarte algo? Mira, ya está afiná la guitarra. No he querido traer á nadie, porque ésta no es noche de juerga, sino de intimidad. Cántate algo.

Con el instinto árabe, y acaso universal, de sumisión femenina, que goza en la obediencia al hombre preferido, la *Pelaílla* se volvió á su ex-amante :

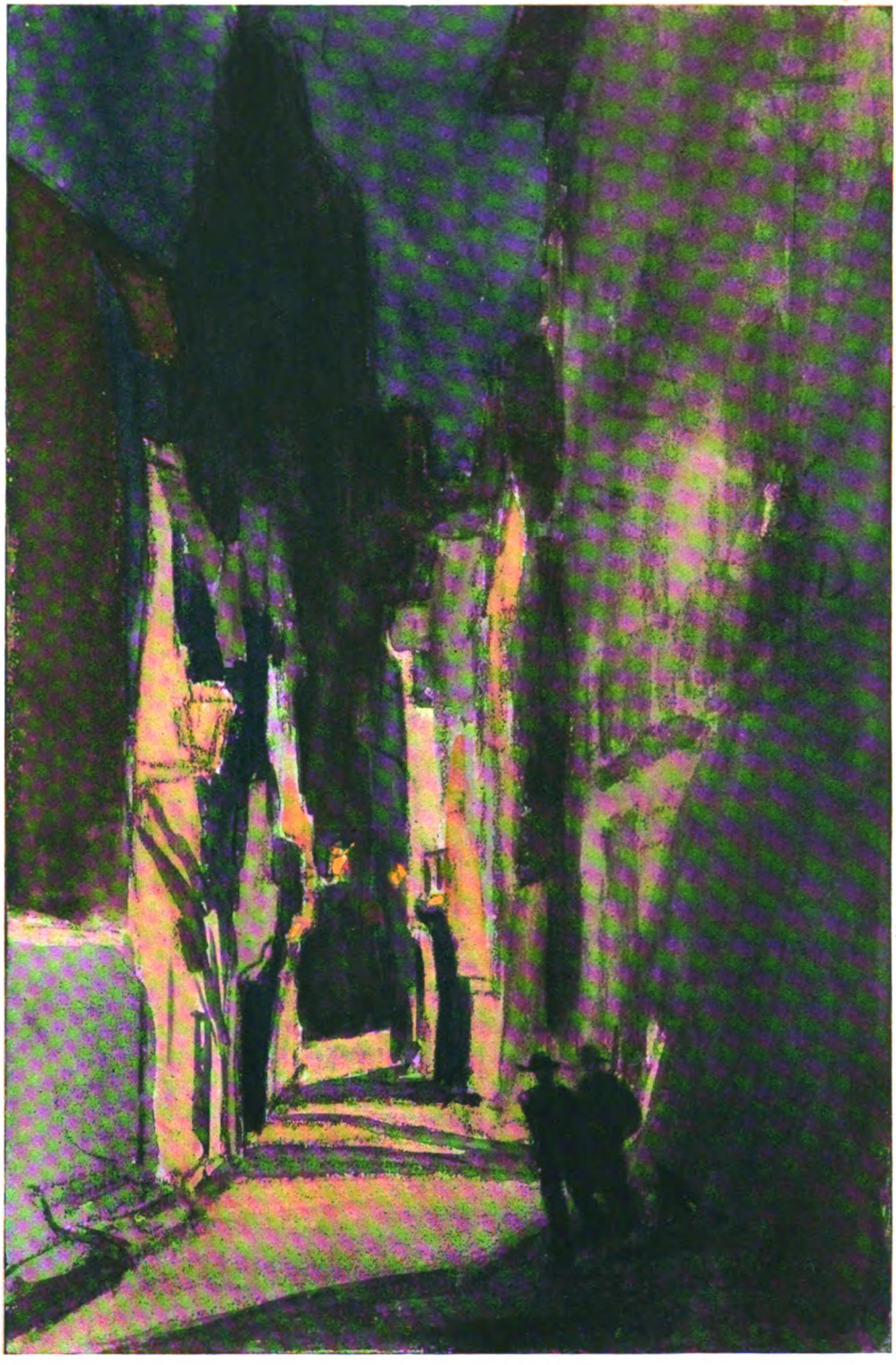
— ¿ Quieres que cante, Gabrié ?

— Sí, canta, *Pelaílla*, si no te hace mal.

— ¡ Qué va á hacerme, tonto ! ¡ Vaya !

Acompañada por el tocador, á quien antes ofreció Moncada una copa más, la *Pelaílla* cantó. Cantó como nunca había cantado. Sus manecitas morenas acompañaban la voz, antes intensificada y purificada que debilitada por el mal, como en un breve prodigio de arte. La pasión prestó por unos minutos su fuerza trágica al bello cuerpo enfermo, y lo hizo vibrar todo con una doble fiebre de vida milagrosa, y lo adornó como para unas bodas últimas, con las aladas gracias de la convalecencia. Miraban á la *cantaora* sus oyentes, acompañando su canto ; mirábanla con íntima admiración y vaga angustia. Nunca, tal vez, más claramente sintieron, aun sin pensarlo, la enorme impla-

Digitized by Google



Tomaron los dos amigos calle adelante...

Digitized by Google

cabilidad del Destino cerniéndose sobre las frentes humanas, erguidas, retadoras en su patética ignorancia.

— ¡Olé!

— ¡Viva tu cuerpo, chiquiya!

Terminaron por olvidarse ellos también de que, por esta vez, el Destino no les ocultaba ya uno de sus secretos. Y, arrebatados por el poderío de la música ingenua, mientras duró el *cante*, hubiérase dicho que se realizaba la ilusión gloriosa y vana del hombre de sobreponerse á su suerte.

Y, no obstante, era muy triste el canto: triste y profundo, á semejanza del alma del desierto que henchía de taciturna exaltación el alma vasta de Mahoma. Y de súbito, la que cantaba perdió el color sonrosado que momentáneamente puso sobre sus mejillas la animación del canto, cesó de cantar, llevóse una mano al seno, y comenzó á toser acongojadamente.

— No cantes más, no cantes más, *Pelaílla*.

Ella quiso reirse, al través de las lágrimas que le acarreaba la tos. E, inesperadamente, un ligero hilo de sangre surgió de entre sus labios pálidos, y le cayó sobre el corpiño.

Entonces, todos acudieron, y con solicitud tierna y optimista trataron de reanimarla.

— ¿No te lo decíamos?

— Eso no es náa. De la garganta — dijo ella misma. — ¿Gabrié?

Se acercó él más. Con su pañuelo le enjugó el hilo de púrpura que encendía en una inesperada primavera la rosa, un momento antes moribunda, de los labios de la *Pelaílla*.

Ella le miró, con ternura sonriente.

— Vámonos, *Pelaílla* — dijo él. — Te acompañaremos á tu casa. Esta noche necesitas descansar.

— Si no es náa, tonto — repetía ella.

Pero todos los demás insistían.

— Sí, vámonos á acostá. Es tarde ya.

El tocador, ya de pie, enfundaba la guitarra.

— Como tú quieras — dijo la *Pelaílla*, ya risueña.

Pero, al ponerse en pie, hubo de apoyarse en el brazo de Gabriel. Bromeó.

— Estoy argo debiliya, mi niño. De tanto quererte...

— En cuanto descansés estarás bien, *Pelaílla*. Anda, apóyate en mí.

Salieron todos, ya habladores otra vez, ocultando la impresión causada por la vista de la sangre. Quedó desierta, muda, la taberna. Muda y desierta estaba también la calle, retorcida como una serpiente, llena como nunca del misterioso encanto de los siglos, del espíritu de la raza ida que la dejó marcada con su sello. El reloj de una iglesia dejó caer sobre las azoteas, é hizo como rebotar en las agudas guijas del pavimento, el lamento del toque de una hora.

La *Pelaílla*, ya del todo reanimada, fingía paladear el regusto de la sangre, burlonamente.

— ¿Sabes que es salá? — dijo á Gabriel.

— Como tú, chiquiya.

— ¿Crees que no? Ya ves, de tanta sal que tengo, hasta por la boca se me sale...

V

Hubo de guardar cama la *Pelaílla* al siguiente día, vencida, desde la noche antes, por un acceso de fiebre más alta. Habitaba la *cantaora* con su madre, que á su modo la amaba, y que sintió su ternura maternal recrudecida de pronto, por la presencia inesperada de la enfermedad para ella, hasta entonces, ignota. Moncada había prometido, la noche anterior, venir á ver á su amiga; vino acompañado de un médico joven, amigo

Digitized by Google

suyo, el cual, á despecho de las protestas de la muchacha, le auscultó, cuidadoso y risueño, los pulmones, afirmando á su vez que « aquello no era nada », pero recomendándole reposo, reposo y unas medicinas que él le recetaría, y que la pondrían buena del todo... La *Pelaílla* aceptó, y se comprometió á tomar los medicamentos, ante la exigencia formal y cariñosa de Gabriel.

— Tú sabes ya que yo tengo que marcharme, pero vuelvo pronto, te lo prometo, y entonces ¡ verás cómo vamos á querernos !

Se habían quedado los dos solos, mientras el médico pasaba á otra habitación, con la madre de la *Pelaílla*, para escribir la receta.

— ¿ Mucho, Gabrié ? — preguntó la muchacha, mimosa, acercándose más á él, con los ojos brillantes por la fiebre.

— ¡ La mar, chiquiya !

— Entonces tomo tóo lo que me den, pero tienes que venir pronto...

— ¿ Por qué ? — preguntó sobresaltado Moncada, sin saber bien cual era la causa de su sobresalto.

— Por náa, pa no esperarte tanto. Ahora voy á yevá una vida mu buena, hasta que tú vengas. Me vas á encontrá gorda y coloráa.

— ¡ Ojalá, *Pelaílla* ! eso quiero yo, que te pongas muy bien...

Ella se había sentado en el brazo de la butaca de él, la única butaca, vieja y algo gastada, pero fuerte aún, que había en el cuarto. Teníanse cogidas las manos. La *Pelaílla* inclinó su busto, lleno y rozagante todavía:

— Bésame, mi Gabrié.

Se besaron largamente, golosamente, con afán.

Ella dijo :

La Pelaílla *cantó. Cantó como nunca había cantado.*

Digitized by Google

— ¿ Sabes que te quiero de veras ?

— ¿ De veras ? Y yo también, niña mía.

Se hablaban, rozándose suavemente el rostro, con caricia sutil.

— No lo digas de guasa, Gabrié. A ti sí que te he querío yo de verdá, verdá. No sé por qué.

— Ni yo tampoco. Pero no lo digo de guasa. Es que yo también te quiero, *Pelaílla*.

— ¿ Mucho ?

— Sí, mucho. Ahora, al volverte á ver, es cuando lo he comprendido...

— ¿ Te vas á acordá de mí un poquito er tiempo que estés fuera ?

— *¡ Digo !* (1) ¿ Y tú de mí ?

— Náa más que de ti. Y cuando me veas otra ve, voy á está más guapita que er Patrón San Rafaé.

— Eso es, pa que no vuelvas á mojarte con tu sal los labios

— ¡ Claro ! La guardaré toa pa mi niño...

Pausa brevísima.

— Cuantas veces quieras, chiquiya mía. Oyeme.

— Di.

— ¿ Te acuerdas de la primera vez que nos quisimos ?

— ¡ Vamos ! (1) ¿ Crees que me olvido de eso ?

— ¡ No va á ser abrazo el que nos vamos á dar !

— No va á serlo, mi niño.

Sintieron pasos. Ella se incorporó lentamente. Entraron la señora Pepa y el médico, éste receta en mano.

Moncada se levantó.

— ¿ Ya está?

— Sí — dijo el doctor, poniéndose el sombrero.

— Pues dámela.

Y, tomándola :

— Bueno, pues voy contigo á encargarla.

— ¿ Te vas, Gabrié? — preguntó la *Pelaílla*, fijos en él sus ojos de fiebre.

— Sí, pero estoy aquí de seguida, niña.

— ¿ Vuelves pronto de veras?

— De seguida.

— Bueno, te espero ¿ eh?

— Sí, mujer. ¿ No te lo he dicho ? Hasta ahora.

Se habían despedido ya de la madre. El médico lo hizo de la hija, á quien daba sus últimas recomendaciones.

— Conque ya sabes, á cuidarte, á no trasnochar, y ojo, que no hay que echar más sangre...

— Ya verá V. que no.

Salieron los dos hombres.

— ¿ Qué tal la encuentras? — preguntó brevemente, con ansiedad contenida, Moncada.

— La verdad, mejor de lo que creía. Un pulmón está ya muy dañado, pero el otro está relativamente sano. Tiene la fiebre constante y, según me he enterado por la madre, los sudores nocturnos, la desgana... Pero hay juventud, y todavía resistencia... La cuestión, por ahora, toda la cuestión es evitar una nueva hemoptisis. Yo espero poder evitarla, y, en ese caso, no habría peligro inminente. Haremos todo lo posible...

— Y lo imposible, Enrique. A ti te la dejo recomendada cuando me marche, á ti y á Pablo, ya que me tengo que marchar mañana ó pasado, forzosamente, por algunos días. Pero volveré muy pronto. ¡ Si yo hubiera sabido esto !... No sé por qué, pero no te imaginas el afecto que ha podido inspirarme esta chiquilla...

---

(1) Las exclamaciones *¡digo!* y *¡vamos!* se emplean en Andalucía en el sentido aproximativo de " Es claro " ó " ya lo creo ".

Digitized by Google

La Pelaílla *dormía con sueño continuo, aunque un poco agitado.*

— Creo que, como pase bien esta noche, podrás marcharte sin temor por ahora. La cuestión es que pase bien la noche y, como te he dicho, que no sobrevenga una hemoptisis. Si logramos eso, como yo espero, te prometo que pondré de mi parte cuanto esté en mi mano de hombre y de médico para que se mejore. Le haré hasta cuidarse, cosa más difícil que ninguna, á pesar de lo que ella diga ahora. Lo haré hablándole en tu nombre, infundiéndole miedo, en fin, en la forma que sea más eficaz.

Se estrecharon las manos, con cordialidad llena de cariño, antes de separarse.

VI

Había pasado el día, con sus agitaciones, sus dudas y su afán. La noche transcurría lenta, tácita y lenta, llena, en su silencio, de mensajes extraños, de mensajes que siempre trae ella á los oídos de quienes, despertados su atención y sus nervios por la inminencia de algún suceso grave, ó la expectación de alguna angustia, ó el recuerdo vivo y quemante de un reciente dolor, saben oirlos. Las noches de las ciudades que son todo pasado, como Córdoba, poseen intensidades de mudez, que sólo puede percibir el alma en los raros momentos en que un silencio augusto, preñado como de predicciones oscuras, la envuelve á ella también. En uno de esos momentos se hallaban aquella noche las al-

Digitized by Google

mas soñadoras de Moncada y de Herrera. No era tan sólo la circunstancia, relativamente vulgar por su relativa y trágica frecuencia, de ver en peligro de deshacerse un organismo joven. Era también la influencia poderosa del ambiente. El *tic-tac* del reloj en el silencio nocturno — ese *tic-tac* tan á menudo citado, y cuya turbadora sugestión no conocen en toda su realidad sino los que han pasado una noche de insomnio y desesperación, en la soledad de su alcoba ó junto al lecho de muerte de un ser amado más allá de la muerte y la vida — se dejó oir una vez más, durante las horas larguísimas de la vela, siempre igual, siempre igual, siempre igual... La *Pelaílla* dormía con sueño continuo, aunque un poco agitado. A cosa de las tres, en vista de esta relativa calma y cediendo á los ruegos de su amigo, Pablo Herrera se retiró á descansar. El médico se había retirado también, prometiendo volver de mañana. No experimentaba Moncada deseos de dormir, y mientras la madre de la enferma dormitaba en un rincón, rendida, pudo saborear al fin la paz reveladora del ambiente.

Tic-tac, tic-tac, decía el reloj en la habitación limpia y humilde. En la imaginación del joven, exaltada con honda y contenida exaltación por las circunstancias y la hora, cada golpe sonaba como el caer de un grano de arena de la gran clepsidra del mundo ; cada grano, que marcaba el eterno fluir y desaparecer de las cosas y los seres en el infinito Espacio, señalaba un paso de avance de la humanidad en el tiempo, también infinito ; y cada paso era un dolor, un dolor misteriosamente necesario y fecundo, indispensable para un avance desde un origen ignoto hacia un fin ignoto también. Desde el comienzo de los tiempos, mucho antes de que se inventasen los relojes de toda especie, aquella clepsidra, superior al tiempo como lo es la Eternidad, superior al lugar como lo es el Espacio, dejaba caer, grano á grano, á intervalos iguales, con ruido monocorde, los granos de arena de su provisión inagotable. Imperios potentes, monumentos, ídolos, orgullosas ciudades de mármol y acero, al *tic-tac* eterno de la eterna clepsidra surgieron, se desarrollaron, desaparecieron, obedientes á la Ley inflexible. Religiones humanas, es decir, interpretaciones más ó menos torpes ó profundas del misterio del existir inventadas por la mente del hombre, ávida de escrutarlo, y siempre derrotada en su porfiado intento, surgieron también y fueron olvidadas. Y por cima de ruinas de pueblos, Estados, ciudades y teogonías, el *tic-tac* de la Eternidad, dividida vanamente en fragamentos, seguía cayendo, tan sólo él invariable, como la voz del *Spiritus Mundi* en el fluir perenne de todo...

La enferma suspiraba á ratos, como si fuese á despertar ; se volvía del otro lado, y continuaba su sueño intranquilo. La caravana de las horas nocturnas proseguía su marcha ; la noche iba pasando, poco á poco. Sentía vagamente Moncada en su corazón el vago presentimiento inexplicable de algo solemne y triste que había de ocurrir, no sabía él cuando. El presentimiento pesaba sobre su corazón, según se aproximaba el día, oscureciéndolo, como la sombra de las alas negras de algún ave invisible. Llegó á ser tan imperioso este sentimiento de desasosiego interior, que, atribuyéndolo el joven á la pesadez del ambiente, se levantó un instante para distraerse. Casi en seguida se sentó de nuevo, con el temor de hacer ruido y despertar á las que dormían.

Inmóvil estuvo así un gran rato, sumido á su vez en vago ensueño.

De súbito, abriendo los ojos, notó que por las rendijas de la ventana iba ya infiltrándose la tenue claridad de la aurora...

Recordó entonces su anterior estancia en Córdoba, tan cercana aún, y tan diversa. Recordó sobre todo una mañana en que, después de una noche de locura y amor, volvía á su casa. El verano triunfaba entonces sobre la melancolía inconsolable de la ciudad ; llovía fuego y oro por entre las ramas de los árboles del Paseo ; imprevistas, en un rincón de encrucijada, florecían unas violetas con brillo humilde y dulce. Una gran paz amorosa esparcíase por el aire tibio, y se sentía el soplo del alentar de Abril, fragante y ligero como el de una mujer.

La mirada del que velaba cayó distraídamente sobre la muchacha dormida. A la luz cada vez más difusa del día naciente, se fijó Gabriel en los estragos terribles causados en el rostro de la pobre *Pelaílla* por la enfermedad, en unos pocos meses, más visibles

Digitized by Google

ahora, en el patético abandono del sueño. Una piedad amarga y tierna invadió el corazón de Moncada. Lo que las flores silvestres de aquella mañana de alegría y amor, duraron la alegría y el amor de ellos... *Tic-tac, tic-tac,* decía el reloj. Todo pasa, todo es fugaz y caduco, menos el Espíritu misterioso y universal que anima todo, y de donde procedemos y á donde hemos de volver. ¿ Por qué apegarse á las cosas terrenas, si fatalmente habremos de perderlas ? ¿ Por qué asustarnos ante el dolor, si es nuestra ley ? ¿ Para qué vivir de apariencias si han de evaporarse como las nubes de verano, y las flores humildes de las calles, y los imperios orgullosos ? *Tic-tac, tic-tac, tic-tac...*

Dentro de algunas horas llegaría el médico, impotente con su humana ciencia para evitar una hemorragia súbita, llegaría Herrera, impotente como el mismo Moncada, como la madre, con su interés afectuoso, para detener el mal en marcha... Quedarían después la madre y el médico al lado de la enferma. El iría con Pablo á lavarse, á descansar un momento, á tomar algo para reparar las fuerzas... Y seguirían contemplando el desarrollo de la enfermedad, sin poder hacer nada para impedirlo, aguardando á que cediera ó hiciera crisis, desarmados ante ella como niños.

¿ Se salvaría la muchacha? Gabriel, fatigado de pensar, influido por la luz que iba avanzando, sintió de pronto nacerle en el pecho, iluminándoselo, un débil rayo de esperanza. Si había pasado la noche relativamente tan bien, y aún seguía descansando, ¿ quién sabe ? La hemoptisis temida por el médico acaso no viniera... Y luego, la juventud puede mucho. Llegaban rumores de la calle. Despertaba una vez más la vida humana... ¿ Quién sabe?

... Inmutable, desde su rincón, sobre una vieja mesita desvencijada, el reloj, insensible á la alegría del sol como á la tristeza de las sombras, seguía haciendo resonar en el espacio sus golpes isócronos y eternos :

— *Tic-tac, tic-tac, tic-tac...*

VII

Gabriel Moncada y Pablo Herrera, que almorzaban juntos, se volvieron al mismo tiempo. A su lado llegaba corriendo un niño del arroyo, uno de esos lindos y sucios niños meridionales, todo expresión é ingenua viveza. Herrera le reconoció en seguida, por haberle visto muchas veces á la puerta de la casa en que habitaba la *cantaora* con su madre. Se le encogió el corazón ; y Moncada, sin saber por qué, sintió claramente en el suyo la remembranza súbita y dolorosa de su presentimiento.

Había dejado á su ex-amante mejor al parecer ; había ido á asearse y á unirse con Herrera para volver á la casa de la *Pelaílla,* con la esperanza de que la mejoría siguiese... ¿ Qué había ocurrido ?

El diálogo fué breve y claro, digno del Mediodía luminoso en que era sostenido :

— ¿ Qué ocurre, tú ?

— Que la *Pelaílla* se muere.

Levantáronse los dos amigos, pálidos.

— ¿ Quién te mandó ?

— La madre de eya.

— ¿ Y ella ?

— Eya no pué hablá.

— Vamos.

Y partieron juntos los tres. Una angustia inefable cerníase sobre ellos. Guardaron silencio unos instantes. Herrera habló al niño.

— Pero ¿ cómo fué eso ?

Caminaban de prisa.

El niño, asustado, sintiendo también en su alma infantil lo trágico del aliento de lo Desconocido que les envolvía :

Digitized by Google

— Le dió un ataque de sangre, creo. Se ajogaba.

No quiso el pintor mirar á su amigo, acometido de una certidumbre repentina que le heló la sangre.

— ¿ Y el médico ? — volvió á preguntar en voz baja.

— Ya habían mandao por él, con mi hermana.

Siguieron en silencio, de prisa. Después, dijo Herrera á su amigo :

— ¿ Gabriel ?

— ¿ Qué quieres, Pablo ?

— Ten valor.

Pálido como la cera, dijo el otro :

— Ya lo tengo. Lo he oído todo...

De la casita blanca, toda cerrada, sin vecinos en el dintel, parecía exhalarse un efluvio de paz melancólica, entre la alegría del sol radiante y bajo la sonrisa azul del cielo siempre en fiesta. Los dos amigos, habituados á este contraste de sombra y luz de Andalucía, y vuelta la mirada á su propio interior, no repararon en aquella impasibilidad de la Naturaleza sonriente. Pero una vez en la casa, antes de penetrar en la habitación, de cuyo silencio terrible, como *vacío*, salían sollozos apagados, abrazáronse, también en silencio, llorando de emoción.

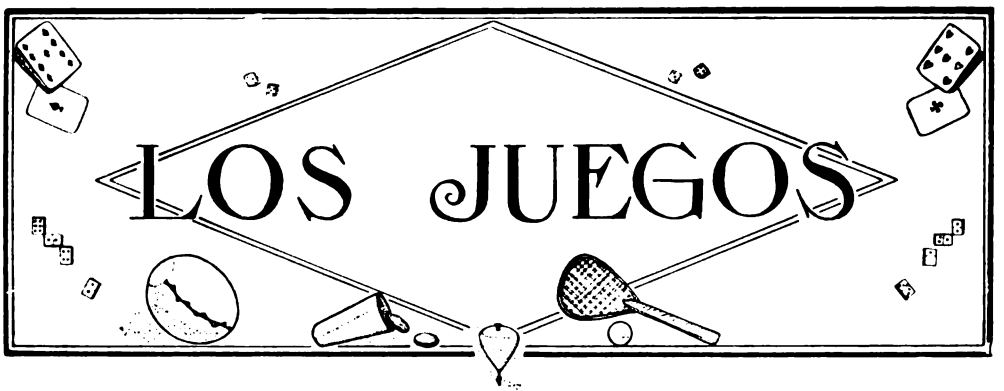
Luego, como tranquilizados de súbito por su tácito abrazo, entraron. La reducida habitación estaba casi llena de amigos, conocidos, vecinas. Los que asistieron á la taberna dos noches antes, allí también estaban. Moncada se aproximó al lecho sin escuchar las palabras del doctor, ni el vago murmullo de la conversación de las vecinas, ni el hipo histérico de la Señora *Pepa*, la madre de la *Pelaílla*, cuyo dolor se exasperó de súbito. Ante el pobre cuerpo joven, vibrante de pasión y esperanza la víspera, recordó rápidamente el novio cómo, dos noches antes, ella y él creían con alegre certeza, que muy en breve reposarían juntos los cuerpos de ambos, estremecidos de placer, en un lecho de amor. Sintióse el joven vencido, domado su orgullo de hombre y de varón por leyes superiores, arcanas, de que los hombres todos somos instrumentos. Y ante el despojo mísero, tendido sobre el pobre lecho, ante la inutilidad de toda rebeldía frente á lo Desconocido, inclinó la frente altiva y pálida, y depositó un beso fraternal de adiós en la frente exangüe de la muerta.

En las facciones morenas de ésta, pálidas ya é inmovilizadas en la fijeza de lo inanimado, vagaba el brillo de una sonrisa, como el fulgor del sol en un campo de trigo, como en la desolación de unas ruinas la luz lejana del amanecer, que habla de la constante renovación y el eterno misterio de la vida...

Luis Rodríguez Embil

(Ilustraciones de Vázquez-Díaz).

Digitized by Google



El juego podría definirse diciendo, que es el ejercicio desinteresado de las facultades humanas.

Utilizar la propia fuerza; ejercitar la imaginación; aguzar el ingenio; vivir alegrías; padecer tristezas; y todo ello, sin otro objeto como no fuera el de hacer una verdadera gimnasia de los sentidos y del sentimiento: esto es jugar.

Jugaron los hombres siempre, en todos los tiempos, y de igual modo durante su niñez que al correr de sus días decrépitos; y así este pasatiempo del juego, que á primera vista parece inútil y vano, tal vez sea lo más útil y noble que nos es dado hacer en la vida, ya que, de este modo, desarrollamos nuestras cualidades físicas y morales, nuestra fuerza, nuestra agilidad, nuestro arrojo, y en fin, nuestras facultades de concepción, de decisión, y de imaginación.

El arte mismo ¿qué es sino un juego, el más perfecto? y ¿qué son sino aspectos y resultados diversos de este juego sublime las obras de los escritores, de los escultores, de los pintores y de los músicos?

En la época en que vivimos, la fórmula de la vida es ésta: « ser práctico »... Y de igual modo que nos imponemos esta ley, se la imponemos á quienes nos rodean. — « ¡ Hay que ser práctico ! » — nos han dicho; y repetimos — « ¡ Hay que ser práctico ! » Este error es el gran error, y quizás la triste característica de nuestro tiempo. Es bien por tanto comprobar que, en la historia de los grandes hombres y de las grandes civilizaciones, fué aplicada siempre la doctrina contraria.

Hacer todo lo que hacemos con un fin práctico y utilitario, es la peor manera de prepararse para esa famosa lucha por la vida de la cual se habla tanto, y á la cual nos avezamos tan mal. No hacer nada que no produzca un beneficio, y un beneficio inmediato, es el cálculo más

El trapecio. De un aguafuerte de Goya.
(Bibliotoca Nacional de París.)

Digitized by Google

desventajoso que cabe para nuestro propio interés. Lo único que logramos de esta manera, es producir generaciones de egoístas y de incapaces.

El juego, que es el ejercicio desinteresado de nuestras facultades, desarrolla por el contrario esas facultades, que de este modo, cuando nos son más necesarias, responden á nuestro esfuerzo tanto mejor, cuanto que las hemos ejercitado y desarrollado sin ninguna mira interesada y vil. Además, de esta gimnasia especial de nuestras fuerzas físicas y morales nace el precioso bien de nuestra dignidad, que claudica y se hace trizas poco á poco, cuando la única orientación hacia la cual encaminamos nuestros pasos es el interés.

Demócrito resumió esta sabia doctrina en esta frase : — « *Lo único que en este mundo es serio, es precisamente aquello que no lo parece.* »

Plutarco nos cuenta que Agesilao, jugando con sus nietos, cabalgaba un día sobre un caña. Sorprendido en esta actitud, hizo prometer á la persona que le vió de tal suerte, que habría de guardar el secreto hasta que ella misma educara á sus hijos.

Sabido es que Sócrates fué visto en idéntico juego por Alcibiades, quien tuvo el mal gusto de hacer burla del sabio, y que Enrique IV paseaba á sus hijos sobre sus espaldas, andando sobre pies y manos, sin que le preocupara la presencia del embajador de España.

En 1785, milord Milgrave había ido á visitar á Pitt : le encontró en compañía de milord Mahon, y ambos se distraían construyendo castillos con cartas. Lord Milgrave preguntó con cierta ironía :

— ¿ Interrumpo á ustedes?...

Pitt respondió :

— ¡ De ningún modo ! Como usted ve, también los grandes hombres tienen caprichos, á sus horas, como los demás. Aristófanes representó á Sócrates y á Coerefon midiendo la distancia que saltaba una pulga usted podrá referir, igualmente, que ha visto á un canciller y á un noble pariente suyo construyendo castillos de naipes.

Jugadores de cartas, por TILBORG.
(Biblioteca Nacional de París.)

Se cita también la anécdota siguiente :

Un muchacho estaba contemplando á un hombre serio, que se entretenía en hacer globos de jabón. El muchacho dió en reir. El hombre serio de quien se burlaba el joven, era el más ilustre matemático del siglo XVII, Newton, nada menos, que en tal juego llevaba á cabo experiencias acerca de la luz y de los colores.

Todas estas ocurrencias nos demuestran que los hombres más ilustres y de espíritu más poderoso han aprobado y han practicado el juego, y esta última anécdota parece encerrar una sentencia que podría traducirse así : « *Aun cuando el juego parezca la cosa más frívola y las más inútil, puede ser, sin embargo, la más provechosa y la más seria* ».

Los seres superficiales no ven sino el globo de jabón, pero sobre ese globo, el hombre de genio sabe estudiar las leyes que rigen y que presiden la vida prodigiosa de los mundos.

Aquéllos que hablan de la insignificancia de los juegos, y del tiempo que en practicarlos

Digitized by Google

se desperdicia inúltimente, adoptan, pues, una actitud parecida á la del joven que se burlaba de Newton.

En los confines más remotos de la historia humana encontramos la práctica de los juegos, algunos de los cuales son casi idénticos á los que se juegan todavía en la actualidad.

El juego de la taba y el del tejo parecen haber sido los primeros juegos de maña y de habilidad inventados por los griegos. El juego de pelota se cree que haya sido inventado por los lidios ó por los lacedemonios. Galiano escribió cosas muy curiosas acerca de este juego, y Homero lo describe también. Recordemos que en los tiempos en que escribía el autor de « *La Iliada* », era este juego exclusivo de mujeres :

— « Cuando Nausica y sus sirvientes tienden al sol sus ropas, que acaban de lavar, almuerzan sobre el césped, y después de haberse despojado de sus velos, se divierten jugando á un juego de pelota que se juega con una cadencia especial, y dando pasos rítmicos. Nausica y sus compañeras desanudan las lazadas de sus velos, y juegan á la pelota. Nausica, la de los brazos blancos, dirige el juego, y marca el ritmo con sus cantos. Como Diana que, al recorrer el monte Taigeto, se complacía en la persecución de los jabalíes y de los ciervos ágiles. En torno de ella corrían las ninfas de los bosques, hijas del Dios de la Egida, y Latona sentía regocijo en su corazón. »

Nausica danzaba, jugando á la pelota, como danzaban ante Ulises los vasallos del rey, su padre.

Campesinos jugando al tric-trac, por David Teniers.
(Biblioteca Nacional de París.)

Pero la danza, en Grecia, era exactamente un ritmo que acompañaba á los movimientos del cuerpo. Platón y Luciano la definían como « *el arte de expresarlo todo por medio de los gestos* ». La pelota tenía tal importancia entre los griegos, que éstos erigieron una estatua al célebre jugador Aristonicus Carystius, que había enseñado á jugar á Alejandro el Grande.

El juego de pelota constituía para los espartanos una lucha familiar. En los tiempos del bajo Imperio, el Emperador y los altos dignatarios jugaban á caballo. En algunos juegos de pelota llamábanse á los vencedores « reyes », y á los vencidos « asnos », y estos últimos habían de hacer cuanto quisieran ordenarles los vencedores. Era un simulacro de guerra. Los vencidos se trocaban en esclavos.

En Francia, el juego de pelota fué durante varios siglos el juego nacional. En muchas de las combinaciones de este juego, era necesario lanzarse unos á otros la pelota con la palma de la mano (de aquí el nombre de « *jeu de paume* ») ó con un raqueta ó con una pala.

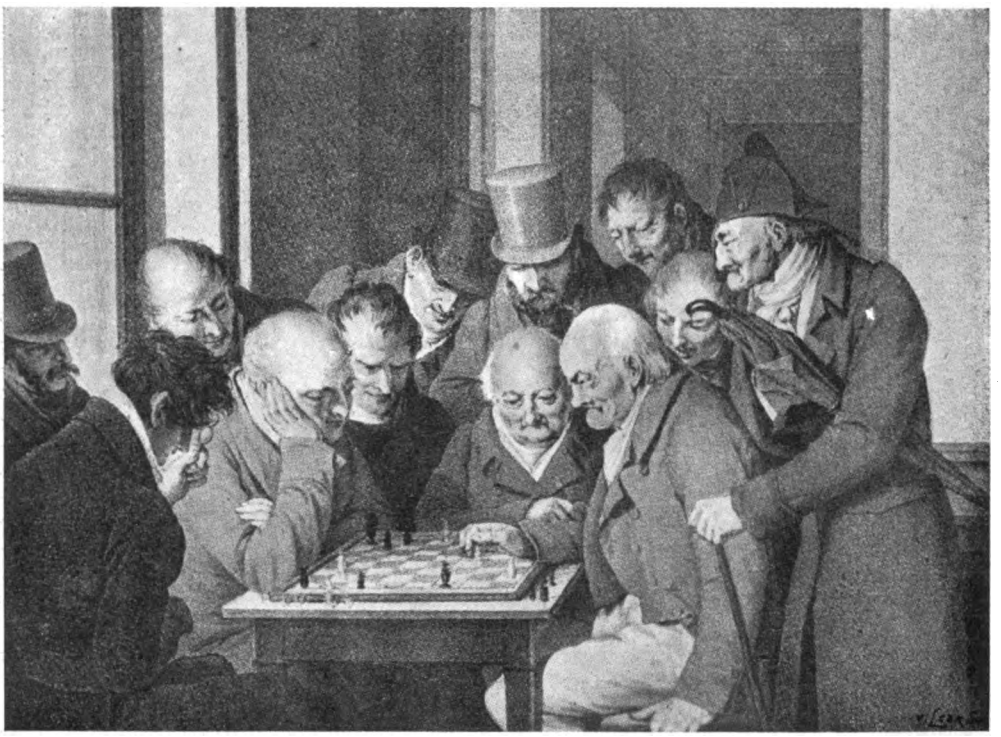
En tiempos de Francisco I, toda la sociedad, desde el último artesano hasta el mismo rey, jugaba á la pelota. Luís X murió por haber padecido un enfriamiento, al acabar una empeñada partida de pelota.

Se cuenta que un monje que jugaba á la pelota con Francisco I y con algunos cortesanos, consiguió hacer ganar la partida al rey, merced á la habilidad con que intervino en el juego. El rey exclamó :

— ¡ Esta es una proeza de monje !...

— Señor — respondió el clérigo — cuando

Digitized by Google



El ajedrez, por BOILLY. (Biblioteca Nacional de París.)

vuestra majestad lo quiera, podrá ser proeza de abate...

La réplica agradó al rey, quien concedió al monje la primera abadía que quedó vacante.

Enrique II, el duque de Nemours, y el Príncipe de Condé, fueron también hábiles pelotaris.

Delille, de quien se habla mucho en nuestros días, y que valía menos de lo que se supuso en su tiempo, y aún mucho menos de lo que se imagina en la actualidad, describió el juego de pelota en uno de sus poemas.

Hoy, los vascos son admirables jugadores de pelota. Aún recordamos el éxito que en estos últimos años alcanzaron en París los « pelotaris », y presente está en nuestra memoria el triunfo de « Ramuntcho », el pelotari vasco protagonista de la admirable novela de Pedro Loti, libro que encierra incomparables páginas consagradas á la descripción y al elogio del juego que nos ocupa.

El « tennis » no es sino una acertada transformación del antiguo juego francés, transformación llevada á cabo en 1874 por el mayor Wingfield, quien en su patente hace constar esta frase: « *Juego nuevo y transportable destinado á practicar el antiguo juego de pelota.* »

El juego del « mallo » es también un juego de bolas. Mientras que en el juego de pelota, ésta se lanza al aire, en el del mallo, la bola ha de rodar por el suelo. Parece ser que el juego del mallo apareció hacia el siglo XVI. Su éxito fué entonces extraordinario, y casi todas las ciudades tenían una explanada dedicada á este juego. El nombre de mallo se sigue aplicando actualmente á esos lugares en que antes se jugaba, y que hoy han pasado á ser paseos públicos. En París existe también la calle del mallo. Se juega todavía al mallo en la mayoría de las ciudades, y en las villas de provincia.

El « croquet » tiene una gran semejanza con el mallo. Pero las reglas son distintas. El croquet es el antiguo mallo modificado.

El juego de « criquet » tiene parte de pelota y parte de mallo. El billar no fué, en su origen, más que una transformación del mallo.

En el siglo XVII, los billares tenían dimensiones enormes. Unos aros metálicos, bajo los cuales habían de pasar las bolas, recordaban aún los detalles del mallo. Para lanzar las bolas en las combinaciones de distancia, se empleaban unas palas llamadas « *houlettes* », colocadas en la extremidad

Digitized by Google

El dominó, por BOILLY. (Biblioteca Nacional de París.)

de los tacos. Para las jugadas corrientes, se apoyaba el taco sobre un sostén, con objeto de orientar debidamente el golpe. Esta costumbre subsiste aún en Inglaterra, y también entre los grandes profesionales del billar.

Chamillart era un jugador de billar notable. Luís XIV, sorprendido ante su habilidad, le hizo familiar de la corte. Inmediatamente, madame de Maintenon le nombró intendente de Saint-Cyr. En otra ocasión, este advenedizo llevó á buen término una jugada de las más difíciles, propuesta por el rey. Esta nueva proeza le valió el ser nombrado ministro de Hacienda.

Cuando este favorito perdió la privanza, se compuso y circuló por los mentideros de París el epitafio siguiente :

Ci-gît le fameux Chamillart,
De son roi le protonotaire,
Qui fut un héros au billard,
Un zéro dans son ministère.

En Inglaterra, la pelota de pie se juega en todas partes con el nombre de *foot-ball*, y este ejercicio se ha extendido por el mundo entero.

Otro juego inglés muy en boga es el « hoky », ó juego del balón á caballo. Se practica en varios países con el nombre de « polo ».

Pelotas, bolas, bolillas y balones, son los instrumentos de juego más en uso. La pelota hace saltar y correr á las niñas ; la pelota es, de igual modo, el juguete preferido por los muchachos. La pelota es, también, elemento indispensable de los juegos de raqueta, que son los predilectos de las jóvenes.

La bola de madera aparece también en el juego de bolos, que en otro tiempo hacía las delicias de Boileau y de Racine, y que hoy sólo se juega en las aldeas.

Con bolillas ó cantillos juegan también los niños, combinando una gran variedad de pasatiempos.

El juego con bolas de nieve puede clasificarse en la misma categoría, y no está de más recordar que esta diversión costó la vida á Francisco de Borbón, duque de Enghien, en 1545. Ocurrió este accidente porque se había construido por juego un castillo de nieve, en cuyo asalto el duque tomaba parte. Pero los defensores habían mezclado piedras con la nieve, y una de las piedras causó la muerte del de Borbón.

Durante el invierno de 1784, en la escuela de Brienne, Napoleón, que ya no pensaba en cosa que no fuera el arte de la guerra, imaginó llevar á cabo el simulacro de un sitio. Ayudado por sus compañeros, construyó fuertes y reductos de nieve, y luego de ter-

Digitized by Google

minar ese trabajo, el futuro emperador organizó el ataque y la defensa de la plaza. En tal circunstancia, el que entonces era el discípulo Bonaparte, admiró por sus sabias disposiciones tácticas á sus profesores, y ácuantas personas asistieron al simulacro.

Existen otros muchos juegos que contribuyen al desarrollo de la actividad física de los jugadores, y esto ocurre especialmente en lo que hace á los juegos de los niños, quienes, más que nadie, necesitan medios de ejercitar su habilidad y su fuerza.

Entre estos últimos juegos figuran el de la peonza y el del diábolo. Este adquirió hace algún tiempo una popularidad sorprendente, no sólo entre los pequeños, sino también entre los grandes.

En nuestros tiempos, los niños juegan al salto del carnero, y este pasatiempo fué sin duda conocido desde muy antiguo. El salto ha tenido que ser el más primitivo y elemental de los juegos de niños, y guarda estrecha relación con la danza. Las niñas se divierten hoy con los columpios, lo mismo que en otros tiempos lo hacían las niñas de Atenas. El juego de la *comba*, ó el salto sobre la cuerda, el juego de las cuatro esquinas, el del escondite y el del aro, sonotras tantas distracciones y ejercicios de niños, á cual más antiguo.

El juego llamado *de la gallina ciega*, es uno de los preferidos por nuestras muchachitas. Las niñas griegas jugaban también á este mismo juego, y lo llamaban el juego del ciego. En Francia se le conoce con el nombre de *Colin Maillard*, y según parece, el origen de esta denominación es el siguiente :

Colin era un guerrero del país de Lieja, y había adquirido gran fama por la habilidad con que manejaba, en las batallas, el arma conocida con el nombre de *maillet*. De aquí que se le podara, por tal motivo, *Maillard*.

Ocurrió que, en un combate, Colin perdió los dos ojos, pero guiado por sus escuderos siguió luchando hasta el final de la acción, luego de la cual sucumbió, á consecuencia de sus heridas. En recuerdo de este heroico ciego, se ha dado su nombre al juego de los niños.

En esta categoría pueden clasificarse los juegos de patinaje, la lucha, la carrera y los corros, ó danzas á la redonda.

Algunas de las canciones que las niñas cantan al hacer estos corros, son encantadoras. Una de ellas, quizás la más bella, fué compuesta por la marquesa de Pompadour, que se distraía oyendo cantar á las niñas en el parque de Choisy-le-Roy. Esta canción es la que comienza con los célebres versos :

« Nous n'irons plus [au bois
Les lauriers sont [coupés... »

El trompo, por Saint-Aubin.

Muchos de estos juegos, propicios para desarrollar la actividad física, se han convertido hoy en juegos deportivos. Estos juegos de « sport » son á veces muy rudos, sobre todo en Inglaterra, pero no llegan, ni con mucho, á igualar en violencia á los juegos similares que constituían los ejercicios y distracciones de los antiguos.

Los griegos, especialmente, practicaban juegos violentísimos, con objeto de formar hombres robustos y bellos. Para tal objeto, se habían creado gimnasios ó palestras. En esas palestras, los muchachos se ejercitaban en la lucha y en el pugilato, como pruebas preparatorias para los juegos. Tales pruebas eran en ocasiones, mortales, y así lo demuestra este párrafo de Cicerón :

— « He visto en Lacedemonia falanges de adolescentes que, á modo de ejercicio, combatían entre sí con saña increíble, luchando con puños y pies, con uñas y dientes. Algunos morían sin querer confesarse vencidos. »

Digitized by Google

En Roma encontramos esos mismos juegos en el Circo y en los anfiteatros. Los emperadores concedieron gran importancia á esos espectáculos sangrientos, durante los cuales los gladiadores se degollaban unos á otros, para servir de distracción al pueblo.

Al par que esos juegos de fuerzas y de violencia, se encuentran en la historia otros de maña y de astucia, como son la « *taba* », el « *tejo* », y el « *bilboquet* ».

El juego del tejo fué descrito por Homero. La taba era un juego de mujeres, y de él nos quedan algunas pinturas antiguas.

Alcibiades, siendo niño, jugaba un día á la taba con sus amigos, en medio de la calle. Acertó á pasar un carro, y el conductor gritó á los niños que se apartaran. La partida empeñada era muy interesante, y los pequeños jugadores suplicaron al dueño del carro que pasara por otro camino, ruego al cual no quiso acceder el interpelado. Entonces, todos los niños se apartaron menos Alcibiades, quien se acostó á través de la estrechísima vía diciendo al carrero que, si quería pasar, había de hacerlo sobre su cuerpo. El conductor del carro no tuvo otra solución que la de retroceder, y buscar otro camino.

Riña de gallos, por HOGARTH.
(Biblioteca Nacional de París.)

El « *bilboquet* », ó juego del boliche, tuvo en el siglo XVI una aceptación y una boga excepcionales. Más tarde, fué completamente olvidado, pero hacia mediados del siglo XVII volvió á aparecer. Los grandes elegantes de la alta aristocracia llevaban siempre el « *bilboquet* » consigo, y los actores, en tanto que desempeñaban sus papeles, jugaban al « *bilboquet* » sobre la escena.

Luego de hablar de los juegos de fuerza y de habilidad, corresponde hablar de los de cálculo y de combinación, como son por ejemplo el juego de damas, el dominó, las cartas ó naipes, y el ajedrez.

El juego de las damas fué conocido probablemente por los romanos, que le llamaban « *ludus latrunculorum* ». Este juego equivalía al de las damas, y se jugaba con fichas de dos colores.

Los naipes son de origen indostánico, y antiguamente se hacían de pergamino, con las figuras pintadas á mano. Estos naipes artísticos alcanzaban precios muy elevados. Visconti, duque de Milan, pagó por un solo juego 1500 monedas de oro. La invención del grabado sobre madera permitió la multiplicación de los juegos de naipes, que así se pusieron al alcance de todas las fortunas.

Los antiguos naipes pintados sobre pergamino se transformaron en hojas de cartón impresas. Carlos VI poseía un juego de cartas, cuyo espesor era de un milímetro. También se imprimieron cartas en cuero para uso de los soldados. Los nombres con que se designan hoy las cartas proceden de esta época. Los cuatro reyes simbolizan las cuatro monarquías : griega, judía, romana y francesa. Carlos, que en otro tiempo fué Carlos VII, se trocó en Carlomagno.

Las combinaciones del juego de cartas son numerosísimas. El juego de « piqué » ó de los cientos es muy antiguo. El « whist » nos llegó de Inglaterra, en el siglo XVIII. Entre las combinaciones más recientes hay que citar el « bridge », que en estos últimos años ha llegado á desequilibrar moral y materialmente nuestra vida mundana y de sociedad.

El ajedrez es el más culto y noble entre los juegos de combinaciones. Muchos sabios han estudiado sus secretos. El origen del ajedrez es antiquísimo. Los pretendientes de Penélope, según se dice, jugaban al ajedrez delante de la puerta de su pretendida. La versión más probable atribuye la invención del ajedrez á los indostánicos. Acerca del ajedrez se han compuesto numerosos poemas, y se han escrito multitud de obras.

Filidor y Legal fueron los jugadores de ajedrez más afamados. Filidor jugaba dos partidas de ajedrez á la vez, sin mirar al

Digitized by Google

tablero, y ganaba indefectiblemente las dos.

J.-J. Rousseau tenía la pasión del ajedrez, pero nunca llegó á jugar bien.

Carlomagno gustaba de jugar al ajedrez. Su juego se conservó durante mucho tiempo en el Tesoro de Saint-Denis. Francisco I, durante su cautiverio en Madrid, jugaba al ajedrez, y Luís XV era también muy aficionado á este juego en su juventud. Carlos XII jugaba con frecuencia, y merced á una coincidencia que puede considerarse como un presagio, perdía siempre por *arriesgar demasiado al rey*.

Voltaire era jugador de primera fuerza, y Napoleón jugaba también mucho al ajedrez. En el café de la Regencia, en París, se conserva la mesa sobre la cual Bonaparte solía jugar. Entre estos jugadores ilustres, puede citarse también á Tamerlan, Luís XIII, Federico el Grande, Rabelais, y Alfredo de Musset.

En todos los juegos de que hemos hablado, se ejercita ó se puede ejercitar alguna buena cualidad humana. Hay juegos que sólo logran despertar nuestra curiosidad, y los hay también que desarrollan en nosotros el germen de algún vicio ó de alguna mala pasión. Estos juegos son peligrosos, y entre ellos se cuentan los juegos de azar, como lo son el de « cara y cruz », el « tric-trac », el « jacquet », y los dados.

Los dados antiguos eran, como los nuestros, de madera, de hueso ó de marfil. También se construían de oro y con piedras preciosas.

Calígula y Claudio tenían la pasión del juego de los dados.

Sin duda, entre los juegos proscritos, hay algunos, como lo es el « jacquet », que se prestan á un pasatiempo del todo inocente. Pero en general, estos juegos degeneran siempre en juegos de dinero.

El dinero, al intervenir en el juego, desvirtúa por completo el objeto de este, y le convierte en una verdadera calamidad social. Esta calamidad lo fué de todos los tiempos. Mucho antes de la conquista romana, en Grecia, existía la costumbre del juego. Los lacedemonios se habían visto precisados á dictar enérgicas leyes, para desterrar este vicio de su República.

Los romanos, al adueñarse de Grecia, reglamentaron el juego, fijando el mínimum de la cantidad que era permitido perder. Esta disposición no hizo sino aumentar la pasión del juego. César fué un gran jugador, lo mismo que lo fué también el Emperador Claudio.

He aquí lo que Juvenal decía de los jugadores de su tiempo :

— « *Hos animos? Neque enim luculis comitantibus itur. Ad casum tabulae, posita sed luditur arca...* »

(¿ En qué tiempos — dice — se ha jugado con tal desenfreno ? Para jugar, ya no basta el bolsillo : hay que llevar también la caja de caudales).

Tácito dice, que los germanos eran empedernidos jugadores. Carlomagno prohibió los juegos de azar, castigándolos con pena de excomunión.

San Luís se indignaba, con sólo oir hablar de los juegos.

En tiempos de Luís XIV, el juego del Rey y de la reina formaba parte de las costumbres y del protocolo de Versalles. En esas reuniones se jugaba en general de muy mala fé, y el duque de Antin adquirió fama de tramposo por sus incalificables jugadas.

Para darse cuenta de la pasión que por aquel entonces se apoderaba de los jugadores, basta leer la inmortal obra de Regnard, titulada « *El jugador* ».

En el siglo XVIII aparecieron los garlitos y los famosos « garlitos dorados ». La célebre madame de Sainte Amaranthe reunía en su casa á todos los jugadores elegantes de París, lo cual no fué obstáculo para que esta dama casara á su hija con M. de Sartines, que era, precisamente, jefe de policía.

Más tarde, la pasión del juego adquirió proporciones aterradoras.

En las calles había caballeros de industria que instalaban puestos ambulantes de juego, y que, ayudados por compadres hábiles, saqueaban discretamente á los incautos transeuntes. Se jugaba en todas partes, y jugaba todo el mundo. Había casas de juego, incluso para los mendigos.

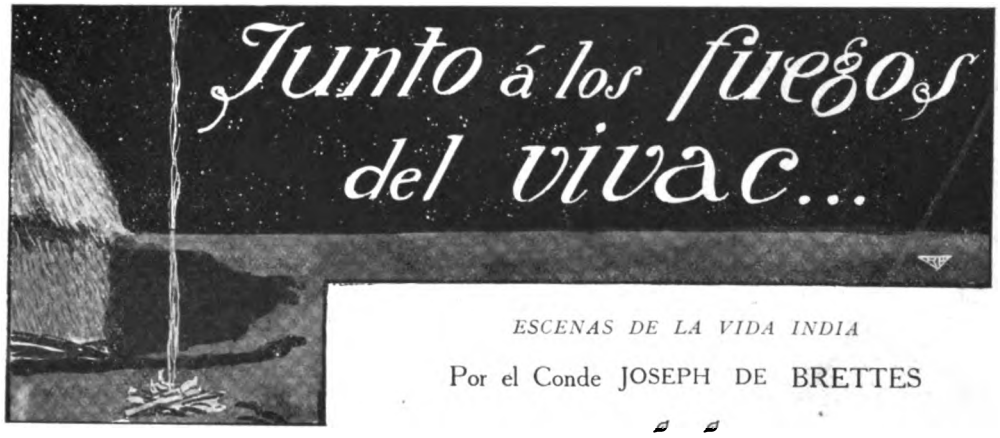
Hay otros juegos que son malsanos é inmorales. Son aquéllos que despiertan en nosotros instintos de crueldad. Tales son la boxe, las peleas de gallos, las luchas entre fieras, entre perros y ratas, y, especialmente, el inmundo espectáculo de los *hombres rateros*, cuyas proezas dieron lugar hace pocos meses á un escándalo.

Pero hay otros juegos útiles é instructivos, como son los juegos de paciencia, las reconstituciones históricas, el jardineo, los juegos de física recreativa, la linterna mágica — transformada hoy en cinematógrafo — y otros por el estilo.

Lo interesante es el evitar que los juegos se maleen y pierdan su verdadero objetivo. Para bien ser, el juego ha de estar desligado de toda mira interesada, y ha de ser ajeno á toda crueldad. Debemos jugar, pero debemos, ante todo, *saber jugar*.

J. HERMISSAINS.

Digitized by Google



ESCENAS DE LA VIDA INDIA

Por el Conde JOSEPH DE BRETTES

HACE tres días que caminamos, mi compañero y yo, al través de la llanura, hacia una aldea del interior.

El sol desciende sobre el horizonte de Poniente, iluminando la sábana con las luces rojizas del crepúsculo.

Y ante nosotros brinda su perpetua inmensidad la pampa gris, cubierta de calcinada vegetación.

En algunos sitios, el suelo tórnase en erial desnudo, arenoso, y sólo interrumpen su monotonía los guijarros ferruginosos, con los cuales tropiezan nuestros caballos.

Aquí y allá se alzan, hostiles, las palas espinosas de los cactus.

Mi camarada y yo hemos caminado durante todo el día, sin cruzar más que escasas y precisas frases.

Una tristeza grande nos oprime. El paisaje es propenso á la melancolía.

Así, en cada tarde, tienden en torno nuestro su vuelo las mariposas de la nostalgia, que sólo desaparecen con el encuentro de las tribus indias, cuya vida errante y pastoral despierta nuestro interés.

En el espíritu elemental de estas gentes descubrimos las pasiones primitivas: el deseo, que desempeña papel de amor; las preocupaciones materiales de difíciles ganancias; la ambición de riquezas no radicadas, como son los ganados y los collares de « tumas », de perlas y de coral.

Mi compañero me interroga acerca de la aldea hacia la cual nos dirigimos, y que está habitada por una tribu de indios Epiyayos. Doy cuenta de los datos recogidos, en lo que á estas gentes concierne; en esos datos aparecen briznas de su historia, si historia puede llamarse al desarrollo de una vida que de siglo en siglo es siempre igual, como lo son las costumbres en las distintas regiones de la pampa.

Cerca ya, percibimos el culebreo del humo, sobre un fuego; el pueblo ó el campamento están próximos, y en breve llegamos al término de la jornada.

De los arzones de nuestros caballos penden los obsequios que hemos de ofrecer á nuestros huéspedes: un collar de coral, otro de jaspe, y el bolsillo en que hemos depositado el dinero necesario para la compra de una res. Mañana, al despedirnos, recibiremos, según costumbre, otros obsequios de igual valor.

Es la noche. De todas partes vemos llegar rebaños, que vuelven en demanda del refugio nocturno: bueyes, corderos, cabras, caballos, mulos, etc. Los pastores han elegido una res para sacrificarla en nuestro honor, y brindarnos suculenta cena. Ante las chozas, las mujeres se esmeran en triturar granos de maíz, para preparar la torta que hará veces de pan. Pronto los trozos de carne se retuestan sobre las llamas, en tanto que, desnudas hasta la cintura, las muchachas atizan el fuego inclinándose sobre él, y soplando con toda la fuerza de sus pulmones.

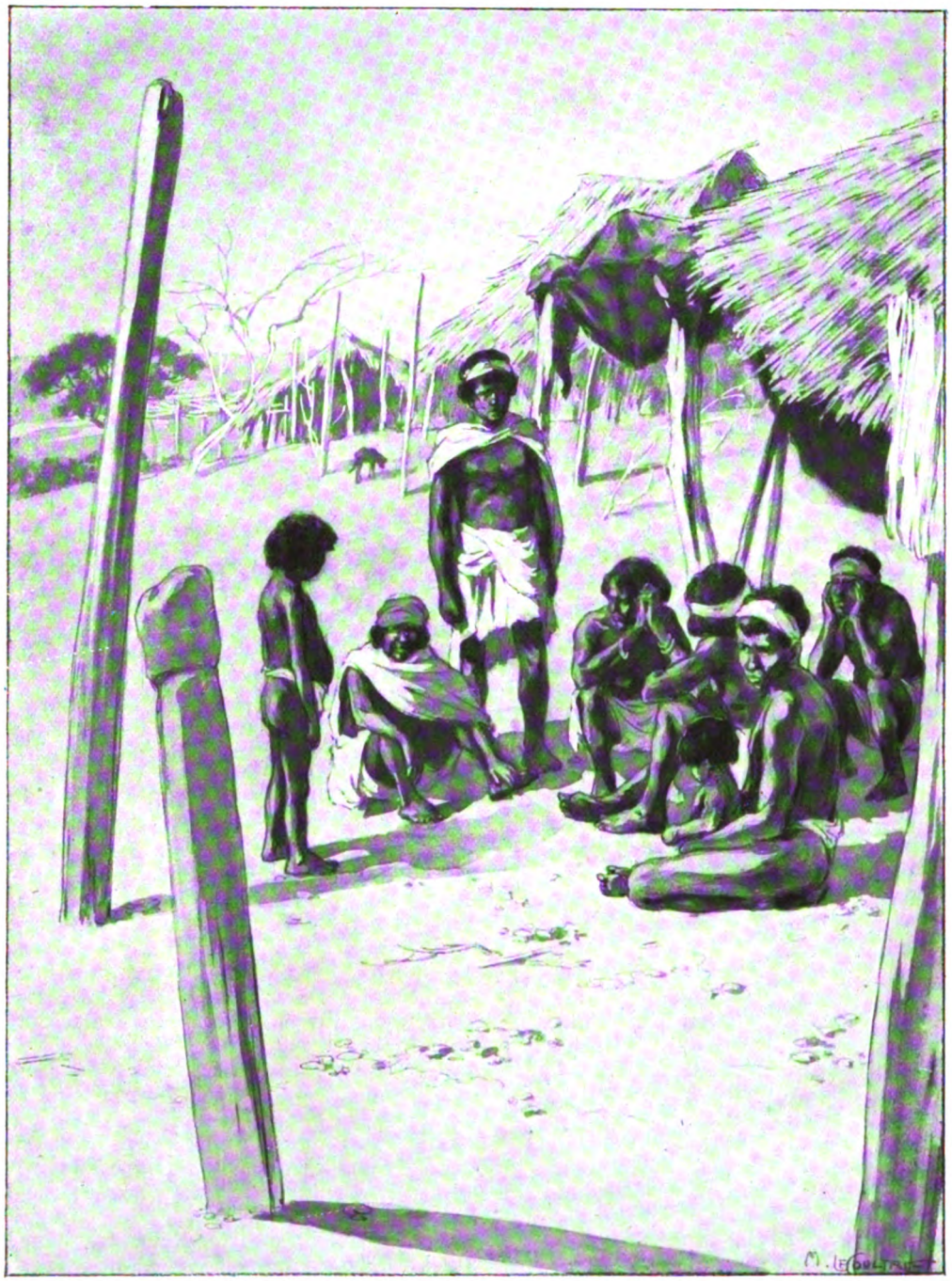
Mientras tanto, apoyados en sus arcos de caza, los guajiros contemplan impasibles los esfuerzos de sus mujeres, que son sus siervas.

Por entre los grupos circulan perros hambrientos, que aguardan la ocasión de recoger algún desperdicio arrojado por sus dueños, y, mortificando á los escuálidos animales, los chiquillos juegan, gritando sin cesar. Las mujeres increpan á sus hijos:

— Tasilar, si te alejas, ya sabes... el Guandulú (el espíritu malo) te llevará...

Tasilar es una niña de unos seis años, inquieta y traviesa, pero la amenaza del Guan-

Digitized by Google



Sólo desaparecen con el encuentro de las tribus indias, cuya vida errante y pastoral despierta nuestro interés.

dulú debe ser terrorífica, por cuanto no vuelve á moverse del lugar en que la escuchó.

Los hombres van llegando á medida que la noche se echa encima ; muchos se cubren con mantas que llaman « sais », y que por su forma recuerdan las togas romanas. La mayoría de ellos tienen el rostro y el cuerpo cubierto de tatuajes, y sus cabellos, largos y abundantes, aparecen recogidos sobre la frente por medio de diademas tejidas con

Digitized by Google

La aldea hacia la cual nos dirigimos, está habitada por una tribu de indios Epiyayos.

gruesas trenzas de algodón, ó con fibras de palma.

Hablan entre sí de sus hazañas y de acontecimientos memorables, pero jamás pronuncian el nombre de un muerto, pues ello sería el mayor ultraje que pudieran inferir á la familia del difunto.

En un grupo de muchachos, escucho la conversación siguiente :

— He de obtener á la hija de Cururah ; ya ofrecí por ella dos toros y siete vacas, que pronto he de poseer ; los tíos de mi pretendida exigen, además de lo ofrecido, diez mulas ó cincuenta corderos ; pero son avaros, y como tienen prisa de recibir la dote, me entregarán la muchacha.

— Si no te apresuras, el hijo del jefe Paraipa la pedirá y la obtendrá antes que tú.

— Si tal hace, lo mataré, y pagaré el precio de su sangre...

Una moza burlona observa maliciosamente :

— ¡ No por eso serás más rico !...

Otro muchacho declara :

— Yo quisiera una mujer más hermosa que todas las del campamento, para suscitar la envidia de mis compañeros...

La moza burlona vuelve á decir en nueva ironía :

— ¡ Antes de conseguirla, serás viejo !

En otro grupo, un anciano discute con otro las condiciones de un pacto, en el cual se trata de cambiar un número de reses contra otro de jarros de chicha.

En todas las conversaciones se refleja el afán de lucro, que es norma de la vida entre esta gente, y que no se encubre, como ocurre en los países modernos, con velos de hipocresía.

Pero ha llegado la hora del sueño. Los indios hacendados se acogen al descanso cómodo de sus hamacas multicolores, en tanto que los menos ricos y los esclavos se acomodan en torno de los fuegos del vivac.

Algunos indios cantan monótonas y tristes melopeas, que mecen el sueño de los demás, y que en la quietud de la noche producen en nuestro espíritu una misteriosa angustia.

Cerca, un enfermo se lamenta incesantemente, y sin cuidarse para nada de él, en la tranquila inconsciencia de animales humanos que vegetan, hombres y mujeres, mezclados, duermen ya, en tanto que en el cielo entenebrecido brilla el escudo de plata de la luna.

J. DE B.

(Ilustraciones de Lecoultre.)

Digitized by Google

CABEZAS

SANTIAGO RUSIÑOL

He aquí al Catalán de los Jardines, príncipe en el país de Bohemia, de una Bohemia de oro, de lindos colores, de sutiles letras y de «hierros viejos». Con su cabeza gris y su barba de *roy-chevalier*, atesora y comunica juventud, y con su arte fino, su palabra suave y animadora á un tiempo, su sonrisa fraterna con sus pares, subyugadora con todos, va llevando su corona de gloria con la misma descuidada naturalidad que su fieltro característico, en el cual no podríais suponer un invisible penacho, sino una pluma de seda.

Pinta y escribe y sabe de muchas disciplinas, como los artistas del Renacimiento. Y mucha música íntima y mucha poesía encuentra el observador meditativo en su pintura, como mucha sutileza y gracia pictórica en sus prosas, en que el pensador artista deja ver su alma profunda y delicada.

Comunicar con Rusiñol es una fiesta para el espíritu. Yo me he complacido con tales momentos, ya en su morada principesca de Sitges, ya en la corte madrileña, ya en la divina isla de Mallorca, en la múltiple Barcelona, en este París que él ama y que le ha sonreido.

¡ Sus Jardines de España ! Los días pasados, Pérez de Ayala, que hace cantos bellos, hizo uno muy bello. Como al tamborilero de Provenza, eso debe habérsele ocurrido alguna tarde « que *vió* cantar á Rusiñol... » Pues cantan esos jardines de pintura con sus gamas de verdes, sus acordes de oros y rojos, sus árboles ojivales, sus fuentes en que vibra el cristal fugaz de la pluma de agua.

Tengo á la vista una serie de planchas coloreadas de esos hechiceros jardines, que son, como dice el gran Santiago, « el paisatge posat en vers, i els versos escrits en plantes... versos vius, versos am saba i amb aroma »; y se diría que en la transposición están la misma vida, la misma armonía y el mismo perfume que en el propio paraíso vegetal. Son los dulces vergeles mallorquines, con sus aguas, sus arquitecturas, sus rosales ; los edenes moriscos de Granada; arcadas, templetes, floralias casi religiosas ; árboles como ramilletes, como pinceles, como obeliscos ; macizos arcos como en el *Caminal de rosers*, de Aranjuez ; bóvedas de verdura ; « les grands jets d'eau sveltes parmi les marbres », á la verlainiana caricia de la luna, pues en plena tierra del mediodía pone Rusiñol, á veces, escenarios de fiesta-galante. La *Raixa*, de Mallorca, que evoca algo de romano; visiones del Generalife, con sus canales, sus arbustos en flor, sus tiestos como cálices ; ó el *Pati de l'Alberca*, en Granada, en cuyo fondo reflejado por el espejo del estanque, parece fuera á surgir alguna figura de Zobeida, de Leila, ó de Lindaraja; ó bien los viejos cipreses, ó los *bouquets* de almendros en flor, que primorosamente nieva y sonrosa la primavera mallorquina ; ó esa *Glorieta* de la bailarina, que es como una decoración de poema ; y el fantástico *Recó de boixos* granadino ; y esa prodigiosa « arquitectura verde » de Granada, en donde parece que por obra de Alah — ¡sobre él la plegaria y la paz! — se animase una princesa de las Mil y Una Noches, por ejemplo, Dulce Amiga, y recitase estas estrofas del poeta :

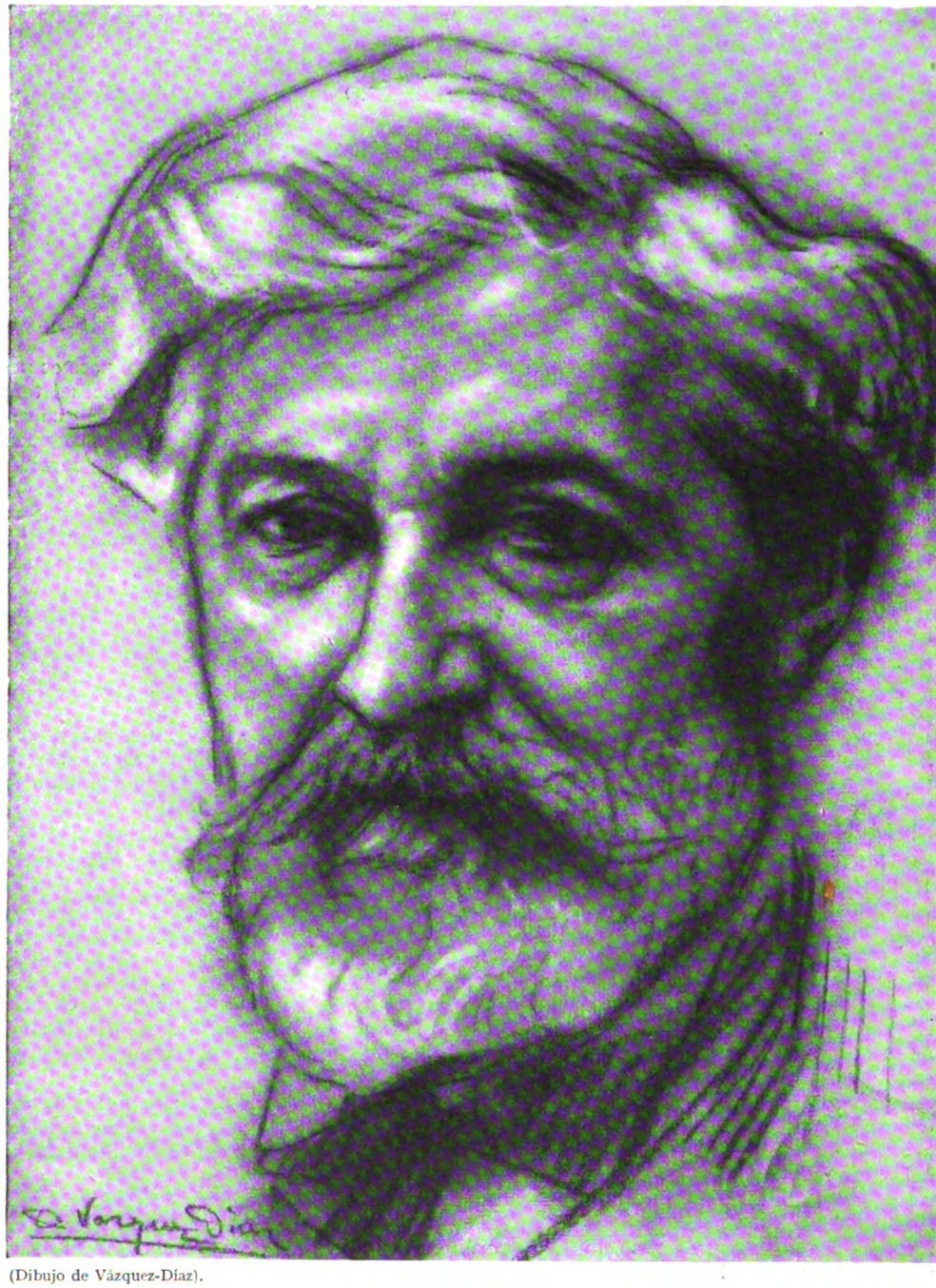
¿ Vas á escapar lejos de mí, oh pura sangre de mi corazón, tú cuyo lugar está en este corazón adolorido, entre mi pecho y mis entrañas ? — ¡ Ah ! te suplico, oh Tú, el Clemente sin límites, reunir lo que está separado, Tú, el generoso que distribuyes á tu placer los beneficios humanos.

¿ Y ese *Jardí del pirata*, en Mallorca, con sus terrazas vecinas, su fuente redonda, su horizonte marino? ¿ Y el *Altar de flors* y el *Jardí clasic* ; y la *Glorieta* de Aranjuez, que recuerda el Templo del Amor versallés; y *El Laberinte* de Barcelona, con sus verdes en sordina, sus azules angélicos, sus fanfarrias ocres del fondo, sus recortados macizos y su ambiente al par lírico y galante? ¿ Y tantos poemas que siguen, todos un encanto para los ojos y para el alma?

En horas secas, complázcome en abrir esta provisión de sueños, y al son de estas flautas y liras de la vista, por obra de Rusiñol se me abre un edén de ruiseñores, y mi instante aburrido florece y se encanta.

O bien, para pensar ó sonreir, con razo-

Digitized by Google



(Dibujo de Vázquez-Díaz).

Santiago Rusiñol

nada tristeza ó gentil y filosófico humor, leo algún libro ó comedia del autor de *Oracions*, y de *El Mistich*, en su catalán original, aunque haga algún esfuerzo, por más que Gregorio Martínez Sierra haya realizado la difícil y hermosa tarea de verter al castellano la prosa exquisita de nuestro amigo victorioso.

Rubén Darío

Digitized by Google

EL TEATRO EN PARIS, por E. Gomez-Carrillo.

El mes de los actores.

Este último mes del verano no es un mes de autores. Es un mes de actores. Asistiendo á los concursos del Conservatorio, en los cuales no se piensa sino en los que enseñan y en los que aprenden el arte de Talma y de Sarah, se nota la importancia del cómico en la vida moderna de París. Las obras que en estas solemnidades se representan, no son nada. La manera de representarlas es todo. ¡ Y ay del poeta ingenuo y atrasado que se permita preguntar lo que la crítica piensa de su creación, interpretada por los jóvenes prodigios ganadores de premios ! Un gesto de mademoiselle Rivine, ó una actitud de Monsieur Coroqui, tienen mil veces más importancia que todas las escenas de todos los actos, de todas las tragedias... Si el teatro es siempre una enfermedad, en estos días de « rentré », de « examens » y de « accesits » lo es más que nunca.

Remy de Gourmont escribió hace años un estudio que comenzaba con las palabras siguientes : « A medida que la novela está más decaída, el teatro despierta más entusiasmos ». Y luego se preguntaba : «¿Por qué, en tanto que ninguna señora del alto mundo se toma el delicioso trabajo de leer las obras maestras del gran Will, en las buenas traducciones, todas corren al Odeón para ver representar el mediocre Julio César ? » La respuesta hela aquí : « Ese Julio César, tal como se le representa en el Odeón, está muy cerca de ser fastidioso. Sin embargo, ha hecho acudir á todo París. — ¡ Es necesario, dicen, haber visto eso ! — Cuand los parisienses se repiten esta frase los unos á los otros, es el gran éxito. El éxito no prueba nada, pero se prueba á sí mismo. Es, á menudo, incomprensible ; pero lo es. De modo que sería hasta absurdo el tratar de combatirlo. Muere por sí solo, por otra parte, como una lámpara que se apaga por falta de aceite, y no se vuelve á oir hablar más de aquello que lo produjo. Julio César vivirá eternamente, pero es poco probable que la interpretación actual tenga una larga duración. El público, al que se le ha dicho que aquello era muy hermoso, merece ser disculpado, puesto que carece de puntos de comparación. Mientras que un gran teatro inglés no haya venido á mostrarnos en París lo que es el verdadero Shakespeare, nuestras pobres falsificaciones continuarán haciendo la felicidad del público, y hasta de un público que no comprende una jota. Hamlet, tal como se le representa, en la Comedie Française, es una verdadera caricatura, muy inferior aún al Julio César del Odeón. » En suma, pues, el público, según Remy de Gourmont, no necesita que la interpretación de una obra sea perfecta para aplaudirla. Tampoco pide que la obra sea bella.

De lo que se trata, es de ir al teatro. Porque *ir al teatro*, no es *ir á oir*, *ir á ver*, sino ir á hacerse ver, reunirse, hacer algo de muy exterior, gozar de una atmósfera de fiesta, de lujo, de galantería. ¡ Ah, si los teatros en París fueran, como parece que los de Escandinavia son, lugares oscuros en los cuales nadie ve á su vecino, probablemente tendrían menos espectadores ! En Francia, en efecto, los mejores clientes de Antoine y de Sarah, de Réjane y de Porel, son los que toman un palco para entrar en él, haciendo mucho ruido, allá cuando ya el segundo acto está para terminar, y no ven sino á las actrices.

— ¿ Qué le ha parecido á usted la comedia de Donnay ? — preguntaba un pobre hombre á una dama elegante al salir del último estreno.

— Los trajes de la bella X... son muy lindos — contestó la dama.

Esta contestación es típica. Fuera de los palcos vecinos y de la atmósfera galante, lo único que interesa á las señoras que van á las « premières », ó á las centésimas », son los vestidos de las actrices y las actrices mismas. Los empresarios lo saben tan bien que,

Digitized by Google

al anunciar un drama, insisten menos en el lujo de talento gastado por el autor, que en los derroches de elegancia hechos por los modistos.

Me acuerdo de la cara tristísima con que Juan Lorrain me decía hace tiempo, después de hacer una visita á un director :

— Si á Landolf le hubiera gustado mi drama, me lo habría tomado.

— ¿ Landolf, el costurero? — preguntéle algo inquieto.

— Si... el costurero... Es preciso que él diga si el asunto de cada comedia se presta á efectos de trajes...

Sin embargo, ni esto ni el deseo de hacerse ver bastarían para atraer al público. Algo más debe haber en el teatro, algo que domine, que interese, que apasione, que seduzca. Pero... ¿ qué?... La literatura, la poesía, ya se sabe que no. El talento de los actores, tampoco... ¿ Entonces?

Remy de Gourmont, que también se pregunta lo que puede ser eso que tanto atrae á los parisienses, acaba por contestarse :

— La curiosidad.

La respuesta es tan vaga, que debe aceptarse. La curiosidad es todo, y todo cabe en la curiosidad. Sólo que, si fuera necesario analizar el género de curiosidad de que se trata, probablemente el autor de « Sixtine » no lograría, á pesar de su penetrante sutileza, determinar sus elementos. Hay algo de vicio, algo de perversidad en el entusiasmo por el teatro. En las imaginaciones juveniles, la idea de ir á ver á una comedianta alucina como la perspectiva de cometer un pecado delicioso. La atmósfera ardiente en la cual flotan perfumes de cabelleras rubias y de esencias misteriosas, embriaga cual un élixir. En cuanto á las obras mismas, tienen tan poca importancia, que llegará el día en que se encargará á cualquier actor de confeccionarlas, para economizar lo que se da á los poetas.

¡ Eh ! — claman los actores — ¿ Y por qué no? ¿ Acaso nosotros no somos más capaces de escribir que los literatos?

Y las actrices no se quedan atrás.

Un día, Rejane dijo, algo desdeñosamente :

— En verano, si no tengo nada importante que hacer, escribo versos.

Los demás deben pensar, como la eminente intérprete de Niccodemi, que escribir versos ó prosas es un pasatiempo tan elegante cual el polo ó el tennis ; y así, cuando entre dos ensayos no tienen nada que hacer, componen un soneto ó un cuento. Desde la venerable Sarah, anciana ya cual una mujer de la Biblia, hasta la deliciosa Annie Perrey, que apenas ha salido del Conservatorio, todas las actrices son literatas. Y lo peor, para nosotros y para nuestro oficio, es que si todas no lo confiesan, es porque temen que eso de versificar pueda hacerlas parecer poco serias.

— ¡ Qué quiere usted ! — me dice una dama joven del Vaudeville. — Desde que comenzamos á aprender nuestro oficio, nos llenan la memoria de versos de todas las épocas, de versos de todos los metros, de versos que cantan en nuestras mentes sus músicas variadas. El verso, sin que nos demos cuenta de su verdadera esencia, nos embriaga poco á poco como un filtro mágico. Cuando llegamos á la edad en que las sensaciones necesitan expresarse, nuestras frases nacen entre ritmos más ó menos vagos. En los cuadernos de notas del Conservatorio es difícil no encontrar, junto á graves apuntes sobre la prosodia, ligeras estrofas de ingenua espontaneidad.

Sin embargo, la gran enfermedad de los actores jóvenes no es la de escribir. ¡ Qué demonio ! Un autor, para ellos, es un personaje de segundo orden. El grande hombre es el « artista », el artista por antonomasia, el que se presenta ante el público y se desmaya, y ruge, y vibra, y es rey ó mendigo á su antojo, y á su antojo dispone de las almas, de los cuerpos y de los mundos.

¡ Ah, los actores !... ¡ Ah, las actrices !... ¡ Reyes tiránicos si los hubo ! Ante ellos, ante sus grandezas, ante sus caprichos, todo debe inclinarse. Los mismísimos autores, que antaño fueron sus amos, hoy son sus criados. ¿ No se dice, acaso, el galán tal ó la dama joven cual ha « creado » este papel? Los poetas, inquietos, suelen exclamar : « ¡ Eh, señores comediantes, no olvidéis, por vuestras almas, que los dramas son nuestros, y que si vosotros creéis mejorarlos al modificarlos conforme á vuestro temperamento, lo único que hacéis es echarlos á perder ! Sed orgullosos, en buena hora. Alzad las frentes coronadas de laureres de papel como es de vuestro gusto. Pero, por Apolo y por las musas, renunciad á « crear » lo que ya está creado, y contentaos con representar, que ése y no otro es vuestro oficio. »

Pero los que hablan así son pobres locos

Digitized by Google

rebeldes. La mayoría se inclina ante la tiranía de sus majestades. En efecto, los dramaturgos no son hoy sino proveedores de los comediantes, y saben que desde el director hasta el maquinista, no hay nadie en el escenario que se crea indigno de darles una lección de poética. Ayer, justamente, un poeta exquisito, autor de algunas obras muy aplaudidas, Louis Marsollau, el cancionista del « Figaro », nos contaba las aventuras y las desventuras de su célebre « Roi Galant ». Lo primero que le dijo el empresario al ver el manuscrito, hace años, fué :

— ¡ Enrique IV !... ¿ Una pieza sobre Enrique IV?... ¿ Quién se ocupa de eso en nuestros días?... ¿ Quién conoce á Enrique IV?... En general, lo anterior al siglo XIX no le importa á nadie... Yo sé de esto más que los autores...

Sin embargo, después de leer la pieza, la aceptó. Ciertos nombres en un programa, son como firmas en cheques pagaderos por el público. Y además, en el « Roi galant » había tres ó cuatro papeles que convenían á los señores comediantes de la casa. Pero en cuanto comenzaron los ensayos, el calvario principió. Cada comediante quería vestirse á su fantasía y hablar á su antojo. El que menos, pedía que se le aumentaran unos cuantos versos en sus réplicas principales. ¡ Y el director, santos cielos ! Hay que oir á Marsollau mismo contar la anécdota del papel de Carlota.

— Para encarnar á Carlota de Montmorency — dice — yo tenía necesidad de una doncella de diez y siete años, muy delgada, muy fina, muy zarca, muy rubia.

— Déme usted á mademoiselle Silvie — le dije al empresario.

— ¡ Jamás ! — me contestó — no, jamás... Silvie no estaría bien en ese papel....

— ¿ A quién me da usted en ese caso?

— A Gilda Darthy.

Ahora bien, Gilda es una señora ya madura, robusta y morena.

— Es muy pelinegra — exclamé.

— Pues se pondrá una peluca — contestó el señor Director.

— No es delgada...

— Se apretará el corsé...

— No tiene los ojos azules...

— Se pintará hábilmente...

— No tiene cara de diez y siete primaveras...

— No importa. Todo se puede arreglar con un poco de buena voluntad de parte de usted. Es necesario ser amable ¡ qué diantre ! Con suprimir todos los versos que se refieren á los ojos azules, á los diez y siete años y á los cabellos de oro de Carlota, queda la cosa muy bien.

— Sin embargo — le hice observar tímidamente — la princesita de Condé fué así como yo la pinto, y no como Gilda Darthy la hará aparecer.

Pero el empresario me dijo :

— No importa, con tal que Gilda esté contenta... Es mi primera actriz...

Y el buen poeta Marsollau concluye murmurando :

— Así es la verdad teatral. Por darle gusto á una dama joven ó á un padre noble, los dramaturgos tienen que falsear la historia.

Así es, en efecto...

Y es una locura quejarse. El mismo Gabriele D'Annunzio, que en sus tiempos de novelista y de poeta había podido conservar un orgullo indómito é imponer su ideal al mundo, ahora que ha caído en el « engrenage » del teatro, ya no se atreve á moverse sin permiso de su majestad la primera actriz, ni á pensar sin la venia de su alteza el primer actor.

¡ Ah, teatro, teatro !...

E Gomez Carrillo

EL TEATRO EN MADRID, por RICARDO J. CATARINEU.

He sido favorecido por *Mundial* con el honroso encargo de informar mensualmente á sus lectores acerca del movimiento teatral en España. Esta grata obligación tiene sólo un momento de dificultad, y es el de ahora. La temporada ha comenzado en pocos teatros, y los empresarios de éstos, habiéndoos adquirido de pronto, casi por sorpresa, apenas saben lo que van á hacer, nada previnieron para la campaña, andan á ciegas é ignoramos cuando emperazán á orientarse. Tal es el caso de Apolo, tal el de la Zarzuela.

La empresa de Jovellanos (la Zarzuela) había anunciado un programa de arte culto, fino y decoroso. Lo ha inaugurado con *La dame de chez Maxim*, pero una *dame de chez Maxim* areglada para las familias. Toda la gracia del diálogo ha desaparecido. La obra,

Digitized by Google

sin dejar de ser cruda, ha dejado de ser picaresca y salada para convertirse en anodina y sosa. Sólo la visualidad y juego de luces en la presentación de un cotillón, al final del segundo acto, han podido salvar del naufragio la arriesgada labor de los señores Cadenas y Asensio Más.

Con razón se quejaba, pocos días ha, J. F. Juge, en el folletón de *Le Temps*, de la mayoría de los que hoy traducen al castellano las comedias francesas. « Es lamentable (escribía) que los traductores españoles persistan en modificar, recoser, endulzar las producciones extranjeras. Parecen creer que nada es bastante casto, bastante neutro, suficientemente insignificante para los oídos del público, el cual oyó cosas harto fuertes. No es extraño que, desfiguradas de tal manera, las obras parezcan flojas y sean mal acogidas ».

En otros casos, como el de *L'habit vert*, que también mencionaba Mr. Juge, descargaba éste la responsabilidad sobre el espíritu poco comprensivo del arreglador. Estas denuncias del cronista de *Le Temps*, y otros ejemplos fácilmente citables, deberían bastar para destapar los ojos de los autores franceses, vendados ahora por el mal consejo del demonio de la codicia, que les lleva á atender preferentemente á vender las obras por una cantidad alzada, en vez de conservar una participación en los derechos de autor, y exigirles á los traductores fianza personal de literato. Ahora no obtienen las comedias francesas para traducirlas los escritores, sino los empresarios y los aficionados intrigantes. Los empresarios no encomiendan las traducciones á los dramaturgos, sino á los paniaguados. Los caballeros particulares que trafican en la compra de comedias, suelen traducirlas por sí mismos, y así sale ello. A la larga, los autores franceses son los perjudicados. Si eligieran un traductor de garantía, el buen éxito sería siempre seguro. Y si se reservaran un 50 ó un 60 por ciento de los derechos, en vez de vender su trabajo en firme, obtendrían en pocos meses ocho ó diez mil pesetas, á cuenta de lo que venden en la actualidad difinitiva y totalmente por dos ó tres mil.

Enrique Borrás, insigne actor, cuya compañía trabaja en el teatro Price.

Además, á *La dame de chez Maxim*, al transformarla en *La señorita Capricho*, se le ha puesto musica, y lo que es más grave, música mala. Los aplausos del público fueron un verdadero colmo de benevolencia. Y la actitud de los señores Cadenas y Asensio Más, saliendo á pisar al escenario, me parece verdaderamente deplorable, no ya después de estropear y desnaturalizar el *vaudeville*, como lo han hecho, sino aun dando por bueno que lo hubieran traducido con la honradez artística suficiente. Traducir no es crear, ni una discreta traducción puede bastar por sí sola para justificar un homenaje de admiración.

Por las trazas, el Teatro de la Zarzuela se propone explotar las operetas exóticas que el Sr. Cadenas le depare. Ha recogido la herencia de Eslava, que no es gloriosa, si hemos de ser francos. El empresario Sr. Rivat ha hecho oídos de mercader, á la reciente defensa admirable que de la zarzuela española escribió Saint-Saëns en *Le Gaulois*.

Comparte con el Teatro de la Zarzuela los prestigios del arte cómico lírico en Madrid el Teatro Apolo, donde aún vibra el recuerdo de aquellos grandes triunfos de *La venta de D. Quijote*, *La verbena de la Paloma* y *El dúo de la Africana*. Si la Zarzuela abandona lo nacional, bueno será que Apolo lo recoja y enaltezca. Así lo ha prometido Enrique Chicote, nuevo empresario del antiguo teatro de Arregui y Arnej.

Loreto Prado y Enrique Chicote son algo así como una pareja Guerrero-Mendoza del *género chico*. Quiero decir con esto que son

Digitized by Google

inseparables, que siempre tienen público numeroso, y que su popularidad en Madrid es enorme. Chicote es un cómico mediano, sin duda, pero gusta mucho, amén de ser innegables sus excelencias como director. Loreto Prado es algo genuinamente madrileño, tan madrileño como un sainete de Ramón de la Cruz ó una maja de Goya. Así, el público de Madrid, cuando la ve en escena, cree ver su propio retrato y la aplaude con cierta idolatría. A todos los españoles les divierte y agrada Loreto Prado, pero á los madrileños les entusiasma. El Teatro Cómico seguirá lleno todas las noches, mientras ella y Chicote trabajen allí. Apolo se verá concurridísimo, aunque ellos no salgan á escena, sólo por saberse que son los empresarios.

La nueva compañía organizada por Chicote en el famoso teatro de la calle de Alcalá, ha producido en las primeras funciones de estos días el efecto más agradable. Todo parece preparado en este escenario, y de las iniciativas de Chicote cabe esperarlo, para una resurrección del *género chico*, que nunca fué malo por ser chico, sino por ser género.

He nombrado á María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Son de antiguo los dos elementos teatrales más importantes de nuestro país, ella por sus méritos, que la destacan vigorosamente sobre todos los demás comediantes españoles contemporáneos, y él, Díaz de Mendoza, por su tenacidad, entusiasmo y gran esfuerzo.

Para la Guerrero y Díaz de Mendoza han escrito ahora nuevos dramas Galdós, Guimerá, Villaespesa y Marquina. De estas cuatro obras, una ya se ha estrenado, la *Doña María de Padilla*, de Villaespesa, y está en ensayo *El retablo de Arellano*, del autor de *En Flandes se ha puesto el sol*. El *Alcestes*, de Galdós, y el *Jesús que vuelve*, de Guimerá, ya están concluidos. Los Alvarez Quintero terminarán una comedia en tres actos dentro de pocos días. Jacinto Benavente, agradecido á la reposición triunfal de *La noche del sábado* en el cartel, ha ofrecido solemnemente otra para este año. La próxima temporada del Teatro de la Princesa, que abrirá en los primeros días de noviembre, promete ser de un extraordinario interés por estas noticias.

Viene también con grandes ánimos al Teatro de Price, el trágico predilecto del pueblo español, Enrique Borrás. Si tuviera cultura y espíritu de trabajo este cómico prodigioso, como tiene excepcionales condiciones físicas é instintivas para su arte, sería un coloso digno de hermanarse con Zacconi. Borrás es un caso raro ó único: es un actor magnífico en cinco ó seis obras, y muy discutible y discutido en todas las demás. Tal como hoy triunfa, le basta para enriquecerse como empresario y para electrizar á los espectadores. Pero ¡ ah ! ¡ si él quisiera ! Si, como Borrás ha estudiado el segundo acto de *El Alcalde de Zalamea*, estudiara las ocho ó diez obras maestras del teatro castellano antiguo y moderno, con esto sólo y sus extraordinarias dotes nativas sería el asombro de los grandes públicos de Europa. Pero Borrás ha renunciado á los héroes de Lope, Calderón y Zorrilla, para ceñirse á los amaneramientos y sensiblerías de dos ó tres dramaturgos catalanes, un poco pasados ya de moda, y á quienes algunos jóvenes paisanos empiezan á reemplazar con mucha ventaja.

El eterno drama fundamental de *La vida es sueño* podrá estremecer eternamente á todos los públicos; pero el pequeño problema local de *Los viejos*, por ejemplo, resuelto ya en casi todas las naciones ¿ cómo es posible que interese en Europa?

Borrás sería, digo, un gran actor de exportación, y hasta un gran actor cosmopolita, cuando sintiera y soñara y pensara en grande, cuando anhelara interpretar á Esquilo y á Shakespeare, á Calderón y á Goethe. Pero Borrás prefiere seguir con las traducciones consabidas de Guimerá y de Rusiñol, ó con antiguallas como *Un drama nuevo*, y mamarrachos como *La muerte civil*. ¿ Quién, que de veras le quiera y le admire, no habrá de lamentarlo ?

De todas suertes, parece indudable que los madrileños aplaudirán á Borrás, como de costumbre, en *El místico*, igual que en *Tierra baja* y en *Buena gente*, con tanto ardor como en *El alma muerta*. Fuera de las parejas Guerrero-Mendoza, Prado-Chicote y Vela-Sagi Barba, sólo son garantía constante de llenar los teatros en Madrid esos dos admirables solitarios del arte dramático, pontífice de la tragedia el uno y de la risa el otro, llamados Ricardo Simó Raso y Enrique Borrás.

Ricardo Catarineu

Digitized by Google

Fotos Kaulak.

Fotos Calvache.

Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, primeros actores y empresarios del Teatro de la Princesa, de Madrid.
Enrique Chicote y Loreto Prado, primeros actores y empresarios del Teatro Cómico, de Madrid.

Digitized by Google

¡ Octubre !... En el Bosque, los primeros vientos desnudan las altas copas; desaparecen en el bulevar los sombreros verdes ; se reduce la orquesta de los casinos á tres zíngaros tristes ; repite el mar su antiguo treno ; y los parisienses regresan bruscamente, en un solo día.

¿ Pueden quedarse en las playas cuando el mar no es elegante ? ¿ Pudieron quedarse en este París cuando la moda les llamaba ? Deauville — una avenida que comienza en casino y acaba en hotel — fué este año la capital del *snobismo*. Por primera vez, en una playa de lujo, las gentes consintieron en bañarse. Los fotógrafos mundanos sumergían los pies en el agua, heroicos y decididos á retratar bellezas profesionales en vestido de baño; un cuarto de hotel se pagaba ciento cincuenta francos ; las ganancías en el casino se convertían instantáneamente en collares de perlas, y en la calle Gontault-Biron, nuestros contemporáneos buscaban con angustia en el álbum de Sem, si el dibujante olvidó su caricatura. Porque esta

París desierto. — Aspecto de la Avenida de la Opera durante uno de los días del verano, días en los cuales los parisienses se esparcieron al azar de las "villégiatures".

Digitized by Google

caricatura es un diploma de parisiense. El *Tout-Paris* está en sus páginas, bailando un funambulesco tango. Pero todo, hasta el ridículo, es preferible á ser omitido en ese Gotha gráfico.

Cuando uno se va, todos se van. Raros son los que prolongan su alegre holganza en cacerías de lujo, ó buscan tibias Venecias, porque es elegante en el *five o'clock* recordar una « serenata » con antorchas y góndolas. El París cautivante como una ciudad muerta, con sus cocheros benignos que giran en torno de vos como tentaciones, con sus calles aletargadas y clausuradas en donde toman el sol viejos porteros, con sus inglesas forradas en caucho que preguntan por el Arco de la Estrella y por Sarah Bernhardt, el París estival en una palabra, vuelve á ser la avenida de los pecados « espléndidos » — el adjetivo es de un santo doctor — la avalancha turbia del bulevar.

Grupo escultórico « Les Bourgeois de Calais », original del maestro Rodin.

Ved cada estación. Es una romería. Ved cada hotel. Es un desierto. Vuelven, como Huguenet, los cómicos de su gira anual al Eldorado de América ; nuestra admirada y enlutada Isadora Duncan, la bailarina de los pies desnudos, que irá muy pronto á la Argentina, regresa de Corfou, en cuya agreste y pánica harmonía fué á arrullar, con la doble consonancia de mar y bosque, su alma de Atrida encantadora ; de soledad germinal y propicia, están en vísperas de partir los « queridos maestros » con su cuento de invierno preparado. ¡ Invierno colmado si los hubo ! El dramaturgo sentimental, y el dramaturgo hondo, y el dramaturgo áspero, y el dramaturgo frenético, es decir Bataille, Porto Riche, François de Curel y Gabriele d'Annunzio, preparan ya con taimadas indiscreciones en la prensa su « great event ».

En fin, los pintores que vimos en Bretaña ó en Normandía frente á los pinos desmelenados, ó esprimiendo con melancolía sus tubos de colores, porque hay atardeceres desesperantes, regresan á sus cuarteles de Montmartre, ó á ese vago país que se extiende desde la puerta de Orleans hasta la tumba de Napoleón ; país amable de estetas melenudos y de modelos, en donde hallamos callejeando al atardecer, con un chica del brazo, al gran Rodin, el leonino Rodin de ojos dormidos, barbadamente dulce como un Jehová que se humaniza, y capaz también de crear una humanidad, pero no en barro vil sino en perenne mármol. Le corona, en vez de laurel, un sombrero de paja, pero su rostro olímpico ennoblece la indumentaria vulgar. Es un Júpiter algo obeso — con manos callosas de haber modelado tanta vida — que recibe en su Partenón todos los días la admiración de bárbaros y helenos. Su Partenón se llama el Hotel Biron, linda fábrica cercana á la dorada cúpula. Pero ¡ ay ! no se puede ser Dios tranquilamente. El estado francés, acostumbrado á secularizar iglesias, quiere expulsarle; y él promete, si le dejan morir allí, regalar sus colecciones y sus mármoles.

Quizás ningún artista vivo alcanza gloria más universal. Sus admiradores del Japón quieren llevarle á Tokío, sin duda para dedicarle una pagoda como á los emperadores ; artistas mejicanos le tributaron hace dos meses feas imágenes de Palenque, y en este instante, los ingleses se preparan á erigir, en la plaza más célebre de Londres, el grupo *Los Burgueses de Calais*.

Es el más lindo epílogo de la *entente cordiale* y del viaje de Poincaré á Inglaterra. Después de la ruda voz de Kipling, enternecida para cantar este acercamiento y el perdón necesario por el guerrero y la santa, este bronce confirmará la fraternidad, esparciendo latina gracia en el más británico paisaje de piedra secular y de bruma.

Por otra parte, en Roma van á erigir el *Hombre que camina*. ¿ Lo recordáis? Inclina el cuerpo para el grávido paso en la eterna

Digitized by Google

cuesta que adivinamos, coronada por un cielo negro y próximo, porque es sin duda la imagen de esta pesada ascensión que hasta la muerte dura. No tiene cabeza el vagabundo. ¿ Fantasía del escultor ? ¿ Obsesión de los mármoles truncos de una Grecia que adora? Tal vez sólo simplificación de artista, para decir la inutilidad y «el horror de pensar » en la fatiga de la vida.

¿ Quién iba á decirle al escultor que le daría tantos dolores esta cabeza? Oscuros funcionarios han pensado sin duda que un hombre sin cabeza no puede representar á Francia en el extranjero, y helos aquí oponiéndose á que ese bronce inmovilice su andar triste en el patio de la « Villa Medicis », la escuela francesa de Roma.

No es la primera vez que se oponen artistas á funcionarios. Si muchos poetas continúan dibujando en los ministerios ó redactando poemas en el papel de una alcaldía, si el ministro Barthou sólo aspira á ser juzgado literato, si esta república es ateniense como aseguran los cronistas, en cambio, hay alcaldes y concejales de París que pretenden en este momento « modernizar » — así dicen — el más añejo y poético barrio.

Es un museo y un retiro, museo desigual pero retiro melífico, esta isla San Luís que ellos quisieran rectangular, blanca y sin arte como una avenida de Nueva York. Allí se refugian pobres y artistas, lo que es sinónimo tantas veces. Las calles en bajada y subida, con balcones ennegrecidos, anchos portales y miserrimas tiendas, parecen de una aldea. Y de una aldea también son esas viejecitas que se suenan las narices con los dedos, que recogen pajitas en la calle para escarbarse la boca papanduja, que al veros se vuelven á miraros con una lenta impertinencia de abuelas; son esos granujas casi desnudos y callejeando entre gallinas; son esos mendigos color de tierra — el color de la miseria al envejecer — esos mendigos que venden ollas compuestas, indumentaria en andrajos y jilgueritos roncos, á otros más pobres que ellos. En fin, los artistas de París tienen allí su miniatura de Venecia, con *salizzadas* y callejuelas, un horizonte de mástiles y perspectivas de pantalones remendados, junto á medias colgando en arco sobre las calles, ocre, cobalto y bermellón de los paisajes de Italia.

Protestan los artistas, pero no es muy seguro que les escuche la alcaldía. El culto al pasado sufre quiebras. Barrés y Peladan se quejan todos los días, de que admirables iglesias góticas sirvan de letrinas ó muladares. Ese energúmeno « futurista » Marinetti, que quisiera inaugurar en el gótico archipiélago de Venecia-la-Muerta casas de hierro y máquinas de vapor, tiene en París discípulos. Ayer no más proponían incendiar á Montmartre. Bien sé que son platónicos deseos, y la joven urgencia de *épater le bourgeois*. Mas el burgués está de acuerdo con ellos. ¡ Ensayad á probarle á un comerciante de la alcaldía el encanto de una ruina !

Como en toda locura, aquí se mezcla un grano de verdad. La actitud del futurista es parcialmente defendible. Cierto, innegable es que las armoniosas ruinas no disponen á la fuerte voluntad, al viril acto, sino amodorran con exquisita melancolía el pensamiento de caducidad que está escrito en las descantilladas piedras y los antiguos mármoles. El calofrío que nos recorre en algunas lagunas de Venecia, donde las arquitecturas blasonadas duplican su ojiva silenciosamente, es sin duda una refinada orgía de alma; pero volvemos al hotel exhaustos, como después de una noche insomne.

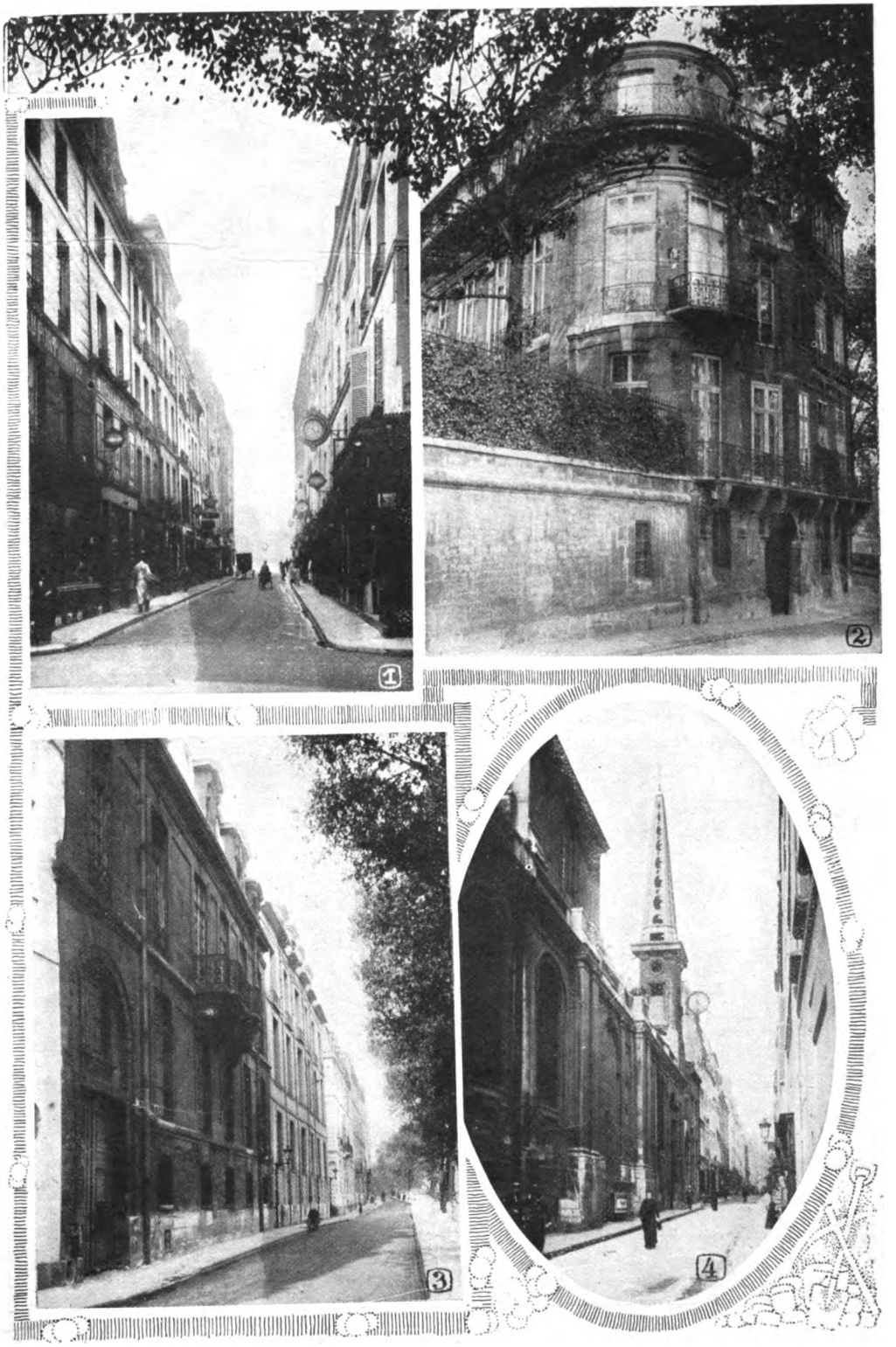
Y si conserváramos todas las patinadas piedras, el mundo sería pronto un museo y un camposanto.

Pero tampoco soñemos en convertir á *Notre-Dame* en un cobertizo de aeroplanos, ni á las divinas flechas de Amiens en oficinas de telégrafo. Precisamente, el encanto de París reside con frecuencia en el contraste de afán febril y calma rústica. No muy lejos de los alucinados bulevares, languidecen en soledad y silencio algunos rincones de Montmartre; tras el juvenil y alocado Saint-Michel, calles en ruina esparcen fragancia de geranio y paz agreste.

La isla vieja, sin avenidas y sin tranvías, podría ser también en este París cada año más sonoro, ese refugio, ese asilo que el más incrédulo busca á veces en una apartada catedral, porque el silencio es necesario como el arte para la vida del alma.

Ventura García Calderón

Digitized by Google



1. La Rue des Deux-Ponts, en la isla de San Luis. — 2. Hotel Lambert, en la misma isla. 3. El Hotel Launun (1680) en el cual vivió Baudelaire. — 4. La Iglesia de San Luis de la Isla.

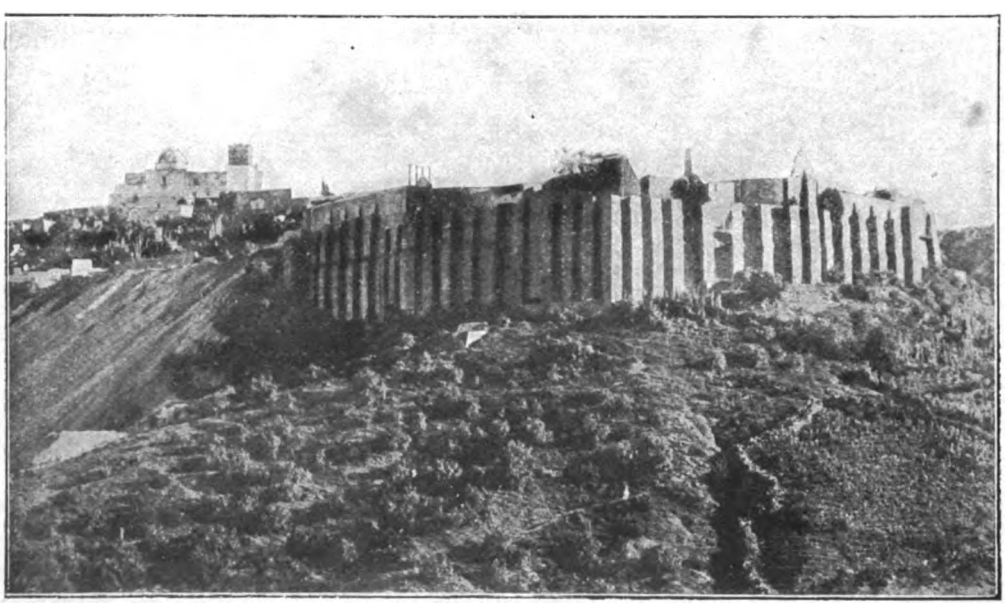
Digitized by Google

El oro y la plata han sido en todos los tiempos reputados como los factores más importantes que contribuyeron al desarrollo del progreso, y al engrandecimiento de las naciones y de los pueblos.

La vieja Europa, que sabido es se disputa la hegemonía mundial del poder y de la riqueza, sería muy pobre si ésta se limitase á su estricta producción local del oro y de la plata; y muy miserables serían sus moradores si, para repletar sus arcas ávidas de caudales, no tuvieran otros elementos, otros ingresos, que los que precariamente pudiera suministrarles en metales auríferos y argentíferos el subsuelo de su país. Y es que estos dos metales preciosos, que personifican, que concretan la riqueza y son el poderoso aliciente para que los pueblos sean respetados, que son el nervio de la guerra, la palanca «con la cual se diera vueltas al mundo si hiciera falta», que dijo el poeta, es necesario ir á buscarlos al extremo sur del Africa, á las dos Américas, á la isla de Australia.

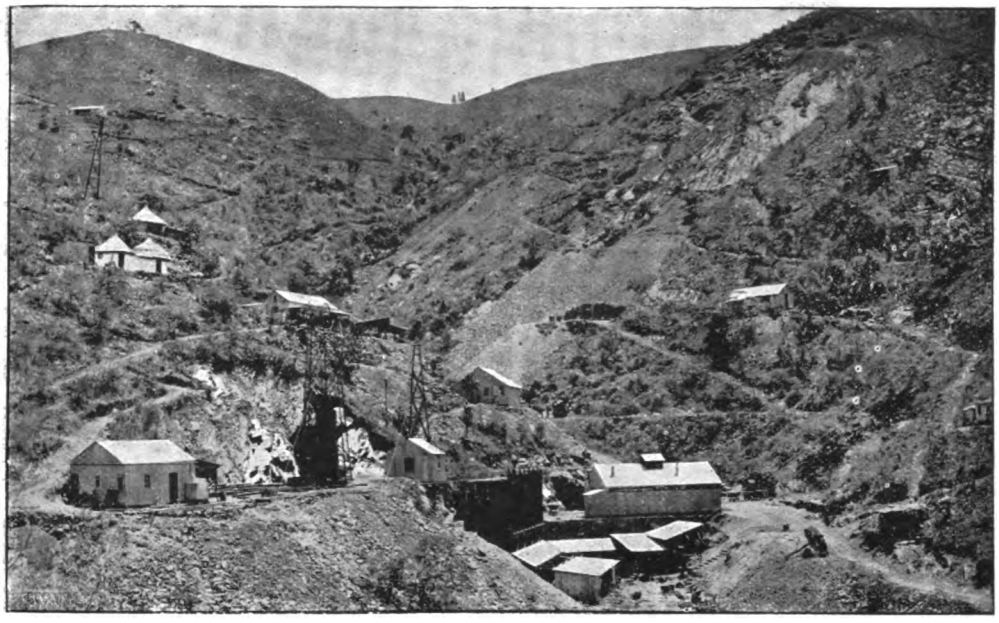
Por muy lejos que nos remontemos en la historia del mundo, parece ser que estos dos metales han sido siempre conocidos de los hombres. Los palacios y los templos de la antigüedad, nos dicen los autores antiguos que encerraban verdaderas maravillas, magnificencias y tesoros. Parece igualmente que, de todo tiempo de memoria de hombre, el oro y la plata fueron el emblema de la fortuna, y que ejercieron siempre sobre los destinos de las generaciones un ascendiente y una influencia incomparables. Así pues ¡ cuántos crímenes y cuántas cobardías, cuántas infamias y traiciones, cuántas abnegaciones y heroísmos han sido concebidos y realizados bajo el poderoso atractivo que ejercen estos dos émulos del imán: el oro y la plata!

Sin embargo, si desde que el mundo es



Guanajuato. — *Mina de plata de Mellado.*

Digitized by Google



LA SHERA. — *Famosa mina de oro en el Transwaal.*

mundo el oro y la plata han sido rebuscados y coleccionados por los pueblos... ¿ es acaso posible determinar las cantidades de estos dos metales que han sido extraídas por el ser humano de las entrañas de la tierra?

La cuestión es de las más complejas, pero no por eso ha dejado de interesar vivamente á los economistas y estadistas de todos los países, muchos de los cuales se han ocupado en evaluar las cantidades de oro y plata existentes en el mundo, bien en su estado bruto, bien en forma de moneda.

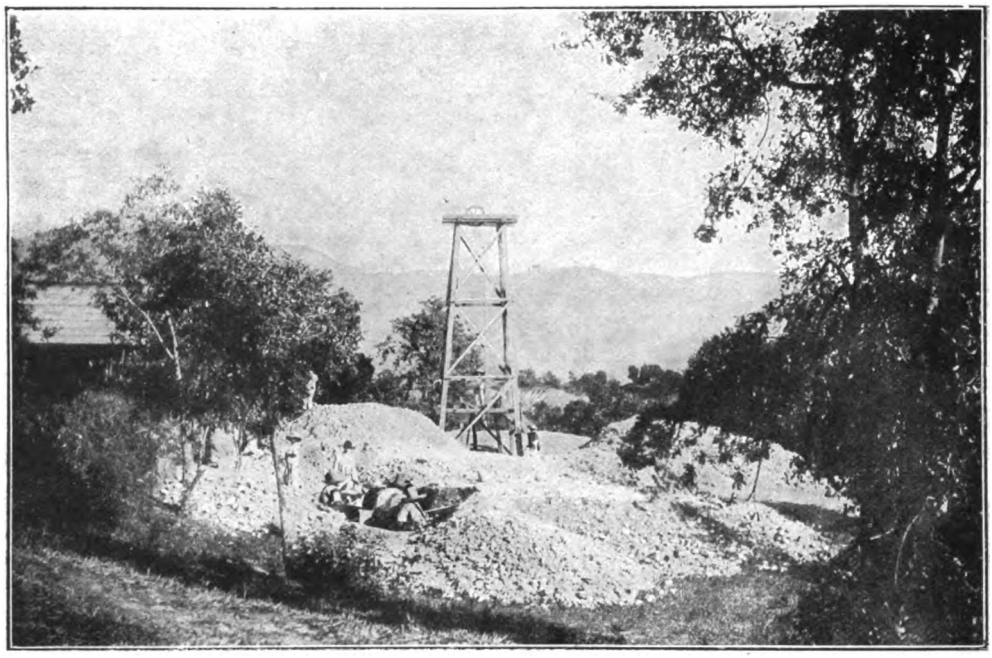
Está generalmente admitido que, en la Edad Media, el mundo occidental había casi agotado su *stock* de metales preciosos, y que Europa, á fines del siglo XV, se había vuelto tan pobre de oro y plata, que apenas le quedaba por un millar de millones. El descubrimiento de América por Cristóbal Colón provocó, pues, una verdadera revolución económica. Una nueva era se abría, en efecto, para los metales preciosos.

Ha dicho algún tiempo ha el doctor Sombart, que los grandes períodos de prosperidad van siempre precedidos del descubrimiento de nuevos yacimientos argentíferos, y, sobre todo, auríferos. En apoyo de esta tesis citaremos un solo ejemplo histórico, palpable, incontestable, que atañe de cerca á nuestra raza :

Agonizaba el siglo XV, cuando España acababa de realizar su unidad nacional. Jamás una nación vióse tan pobre y tan esquilmada como la nación española, que después de ochos iglos de ininterrumpida lucha contra los Arabes, la reina Doña Isabel tuvo que empeñar las joyas de la Corona, para poder alistar aquellas tres carabelas que zarparon á la conquista del Nuevo Mundo ; y algunos años más tarde, en las campañas de Italia, Gonzalo de Córdoba sufrió no pocos reveses por la falta de dinero, de que el Tesoro español estaba exhausto. Pero luego vinieron las conquistas de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro, que abrieron para España el nuevo derrotero de su gigante gloria, pues aquellos cargamentos fabulosos de oro que venían de América, aquel venero inesperado de riqueza aurífera, marcaban las huellas de su paso no sólo en provecho de los buscadores del precioso metal, sino que con tan poderoso nervio llegó el Estado español á formar el más vasto imperio que han conocido los siglos.

Es oportuno hacer notar que, contrariamente á la afirmación de Sombart, el doctor Schwoner la refutó con numerosos datos estadísticos, que sería prolijo enumerar, é hizo una breve reseña de la producción del oro desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta nuestros días. Deduciendo datos, dice : que no es sólo el oro lo que más contribuye á la prosperidad de un país, sino que su extracción carece de la importancia extraordinaria que se le ha querido dar ; cita como ejemplo la riqueza actual de California, que

Digitized by Google



SANTA ANA. — *Pozos de extracción de una mina de plata.*

depende principalmente de su agricultura, cuya producción alcanzó en 1900 un valor de 138 millones de dólares ; es decir, 122 millones más que la del oro. Introducido este metal en un país y convertido en capital móvil, puede dar origen á nuevas industrias, lo cual es un signo de prosperidad; pero esto no quiere decir que entre la prosperidad y el oro exista una relación causal.

El doctor Schwoner sigue diciendo que la producción del oro, como industria, puede contribuir á la prosperidad de un país, y tal vez determinarla, pero nunca en más alto grado que otras industrias numerosas que requieren el empleo de grandes capitales, y dan por resultado el enriquecimiento de las regiones donde se explotan.

Son de gran peso las consideraciones que expone el doctor Schwoner, pero no podrá nunca negar que el oro como la plata han sido, desde la época prehistórica, el yunque sobre el cual se han debatido las naciones en los más graves problemas de sus existencias milenarias.

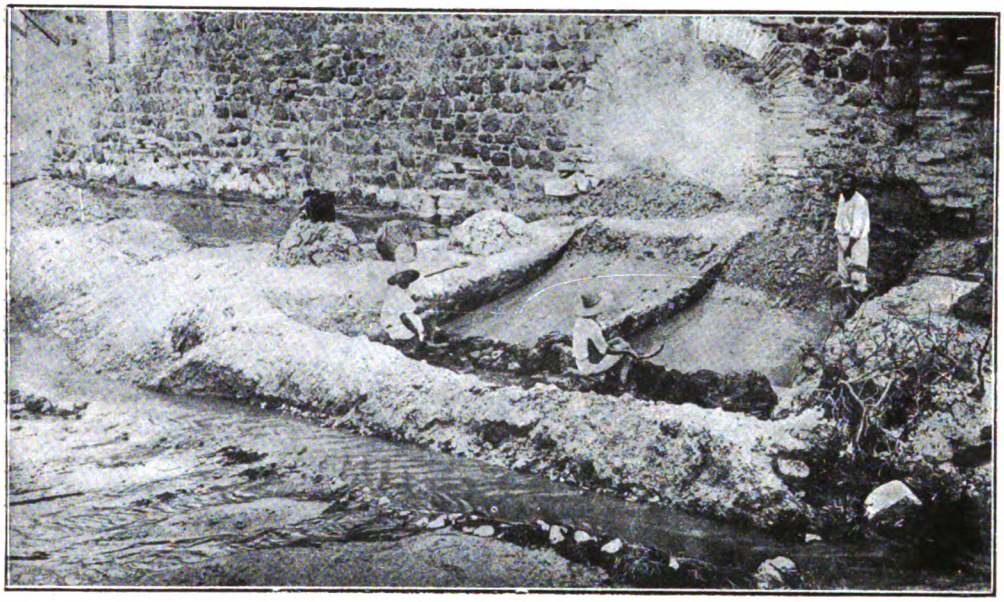
Según una estadística reciente de la casa de la Moneda en los Estados Unidos, se han extraído del subsuelo terrestre — á partir del año 1493 hasta 1909 — las cantidades siguientes de oro y de plata : oro, 20.144.872 kilos ; plata, 322.302.820 kilos.

Como se ve, son más de 20 millones de kilos de oro y más de 322 millones de kilos de plata, que los hombres han arrancado de la tierra desde el descubrimiento de América. Sin embargo, conviene hacer observar que más de la mitad de esta cantidad de oro, ó sean diez millones y medio de kilos, ha sido extraída durante el período de 1876-1900 ; esto es, en 34 años. Esta abundante producción, que sobrepasa á la de los 383 años que separan la época del descubrimiento del inmortal genovés de la del año 1875, es debida, por lo demás, á los fuertes rendimientos de los yacimientos del Klondike, del Alaska y del Transvaal.

♣ ♣ ♣

Sabido es que el oro se extrae, ya de entre las arenas de los aluviones, arrastrado en forma de pepitas, ya por procedimientos mecánicos de los escombros que provienen de los filones. Se empieza por triturar las materias en cuestión, y luego se someten á lavados sucesivos que arrastran las partes ligeras, no dejando más que el oro. Actualmente, se ha llegado á perfeccionar este procedimiento, haciendo pasar las materias desagregadas por el lavado sobre mercurio, que retiene el oro en estado de amalgama. El oro puro es amarillo brillante cuando está pulimentado. Es el más maleable de los metales, habiendo llegado la industria moderna á laminarlo en hojas delgadísimas de una milésima de milímetro de espesor, talmente del-

Digitized by Google



GUANAJUATO. — *Lavaderos de barros argentíferos de una mina.*

gadas, que dejan pasar la luz á través, la cual les da entonces un color verde por transparencia. Cuando el oro se pulveriza, parece rojo. Puede decirse que casi ninguno de los agentes químicos ejerce su acción sobre el oro, excepto el cloro que lo disuelve formando con él una amalgama, y si una pieza de oro se sumerge en mercurio, aquél se ennegrece instantáneamente. Dicha amalgama se destruye llevándola á la temperatura del rojo, por la acción del fuego.

La plata, en cambio, se extrae de minerales de plomo, de zinc ó de cobre, que contienen plata en pequeñas cantidades. Cuando el plomo bruto argentífero se ha extraído de sus minerales, se procede á separar la plata por el método de la *copelación*. Este método consiste en oxidar el plomo, calentándolo en un horno especial, bajo la acción de una viva corriente de aire; fórmase entonces el *litargirio* (protóxido de plomo fundido) que se destaca y escurre, mientras la plata permanece inalterable. La extracción de la plata del cobre argentífero se hace por el método del *patinsonaie*, que consiste en fundir el cobre en bruto con una pequeña cantidad de plomo, el cual disuelve la plata. Se enfría luego bruscamente esta aleación, y se separa, en fin, el plomo del cobre por licuefacción. El plomo arrastra consigo la plata, que se separa enseguida por copelación. Existe otro método destinado á extraer la plata de los minerales, sin que éstos sean explotados por su metal principal: es el método de la *amalgamación*. Se transforma la plata en cloruro, pulverizando los minerales triturados con sal marina; después se disuelve la plata mezclando mercurio á la masa. Por medio de lavados sucesivos se extraen las substancias extrañas, y la operación se termina por la destilación del mercurio: la plata permanece como residuo de la destilación.

Es verdaderamente asombroso el valor que representan estos dos bloques de metal amarillo y blanco. Si calculamos este valor á razón de 3.444. 44 francos para el kilo de oro fino, y de 222.22 para el kilo de plata, á mil milésimas, se llega á 69.385 millones de francos para el oro, y á 71.626 millones de francos para la plata, lo que hace un total de 141.011 millones de francos.

¡ La friolera de 141.011 millones de francos, que los diversos pueblos que habitan el planeta, se han disputado y repartido celosamente, por su trabajo, su inteligencia y su genio !

JOSÉ LOPEZ DE FLORES.

Digitized by Google

« De día estoy más triste, porque noto de veras la ausencia de ella, cuento en vano la distancia que de Eliana me separa, y pienso sin cesar: ¡ Si ella estuviera aquí!.. ¡cuán hermosos y poblados vería estos lugares áridos y desiertos, y como encontraría alegre y variada esta vida monótona y triste !

« En medio de esta soledad, á estas alturas en que respiro un aire demasiado enervante para mi pecho joven, todo lo recuerdo con tristeza y echándolo de menos... ¡ hasta aquellos otros destierros anuales á Coquimbo, donde me iba á pasar las vacaciones con mi familia, y durante los cuales, si no la veía á ella, estaba cierto de verla dos meses después ! ¡ Hasta aquellos destierros en que gozaba al menos de la vista del mar, los echo ahora de menos !

« Cuanto hacía entonces, llevaba impreso el sello de mis sentimientos. Si leía la Iliada, prefería el tipo de Eliana aun al de Andrómaca, á pesar de que reconozco gastó Homero más estudio y mejores fuerzas en la pintura de la mujer de Héctor, que en la de Menelao. Si leía la Eneida, me gustaba más el tipo de Lavinia que el de la propia Dido, no obstante que es evidente puso Virgilio mayor sentimiento en éste que en aquél ; pero en desquite, el papel de Lavinia en la epopeya virgiliana me recordaba el de Elena en la homérica, ya que, en realidad, Lavinia es la Elena romana. Y al pensar en la Elena griega, no podía dejar de acordarme de la Eliana mía... *¿ Mía ?* ¡ Necio ! ¡ Sí, mía, aunque sólo en deseo y en sueños sólo !

« Cuando, llevado de mi antigua afición á garabatear, cogía el lápiz y empezaba á esbozar incorrectas figuras é insombreados bosquejos, muy luego, y sin que yo supiera cómo, surgía sobre el papel el delicado perfil de una mujer, esbelta, agraciadísima, de ojos muy negros, labios pequeños, pies y brevísimas manos de miniatura, y en suma, de perfecciones tales que me recordaban inevitablemente la imagen de Eliana.

« Cuando impulsado por mis instintos borrajeadores de papel tomaba la pluma para escribir, fuera sólo una carta, deteníase á momentos mi mano, y escribía con notable esmero, ora en el papel secante que al lado tenía, ora en los aún no escritos sobres, ora en cualquier pliego limpio de papel, el nombre poético de Eliana, al cual solía agregar su apellido, añadiéndole con timidez la preposición *de*, y colocando de seguido, con verdadero miedo, mi propio apellido... todo esto, imitando en lo posible el rasgo suave de la letra de ella... Reíame después, á carcajadas, y rompía de prisa aquellos documentos de mis locuras.

« Y ¿ quien pensará que estas cosas las hago aún, ahora que disto tanto de ser un niño ?

« Cuando escribía algún cuentecillo, alguna novelita ó cualquier otro ensayo literario en que figuraba una mujer, resultábame siempre la protagonista un pálido reflejo de Eliana.

« Cuando en la tarde solía galopar á caballo por la hermosa playa de Coquimbo, mis pensamientos atravesaban el mar, y volaban á posarse junto á ella.

« ¡ Cuántas veces la hora poética del crepúsculo me sorprendió sentado en la misma arena blanca de la playa, contemplando los bellísimos arreboles, las imponderables franjas de oro de los cielos, escuchando el canto eterno de las olas, las armonías de la tarde, y mirando, en una palabra, el lento nacer de la noche que brota de la agonía triste del día! Recuerdo que entonces, más que nunca, pensaba en ella ; recuerdo que su imagen y la distancia enardecían á tal punto mi amor, que llegaba hasta escribir en la arena de la playa pensamientos como éstos, á los cuales daba forma más ó menos apropiada al verso, porque me parecía impropio escribir en prosa

Digitized by Google

sobre la playa, al compás del rumor de las olas, cuyo ritmo eterno y majestuoso parecían reclamar cierto ritmo, por más caprichoso que fuera, en la expresión de estos pobres y desaliñados pensamientos, que los besos de las olas ha mucho tiempo habrán borrado :

« Es muy grande, muy hermoso,
Las olas verdes del mar
Contemplar;
Pero más bello y grandioso
Que á esas olas mirar
¡ Es amar! »

« Bello es el cielo cuando muere el día,
Bella es la noche cuando nace el alba
Resplandeciendo suave en lotananza;
Pero más bello y dulce al alma mía
¡ Es el radiar azul de la esperanza! »

« ¿ Me perdonarías, Eliana, si pudiera explicarte todo lo que por ti he sentido y siento ? Tal vez tu excelente corazón te movería á mirar con ojos compasivos, más aún, con ojos blandos, la magnitud de mi ternura. ¡ Ah ! ¡ Qué no pudiera yo decirte con el lenguaje elocuente de las palpitaciones de mi corazón, que mi supremo anhelo es asomarme al cielo de tu mente, penetrar en el templo, sagrado para mí, del alma tuya, tocar delicadamente todas las cuerdas del arpa de tus sentimientos, y ver si encuentro en ellos el eco que deseo, ver si logro despertar en ellos la dormida nota melodiosa que ambiciono.

« ¡ Eliana ! ¡ Eliana !... Permíteme que un día, diciéndote de *tú*, como dicen á Dios los creyentes, pueda abrazarte á ti, reflejo viviente y humano de todo idealismo, y murmurar á tu oído, en voz baja y temblorosa, con la emoción de felicidad :

¡ Angel mío !... ¡ Angel mío ! »

* * *

No bien hubo secado Daniel su pluma, satisfecho de haber de una sola tirada escrito aquellas páginas — que sobre ser desahogos de su corazón eran progresos para su novela — cuando le entregaron una carta.

Daniel miró la cubierta, é hizo un claro mohín de disgusto no atinando á conocer la letra. Rompió entonces el sobrescrito con precipitación suma, y buscó la firma con ansiedad. Era en vano, pues tampoco encontró un solo nombre.

Sin saber por qué, temblábale el pulso al sostener el siguiente escrito, que devoró en un segundo con los ojos :

Un telegrama de su padre, recibido en la misma noche en que ocurrieran los acontecimientos... (Cap. VIII).

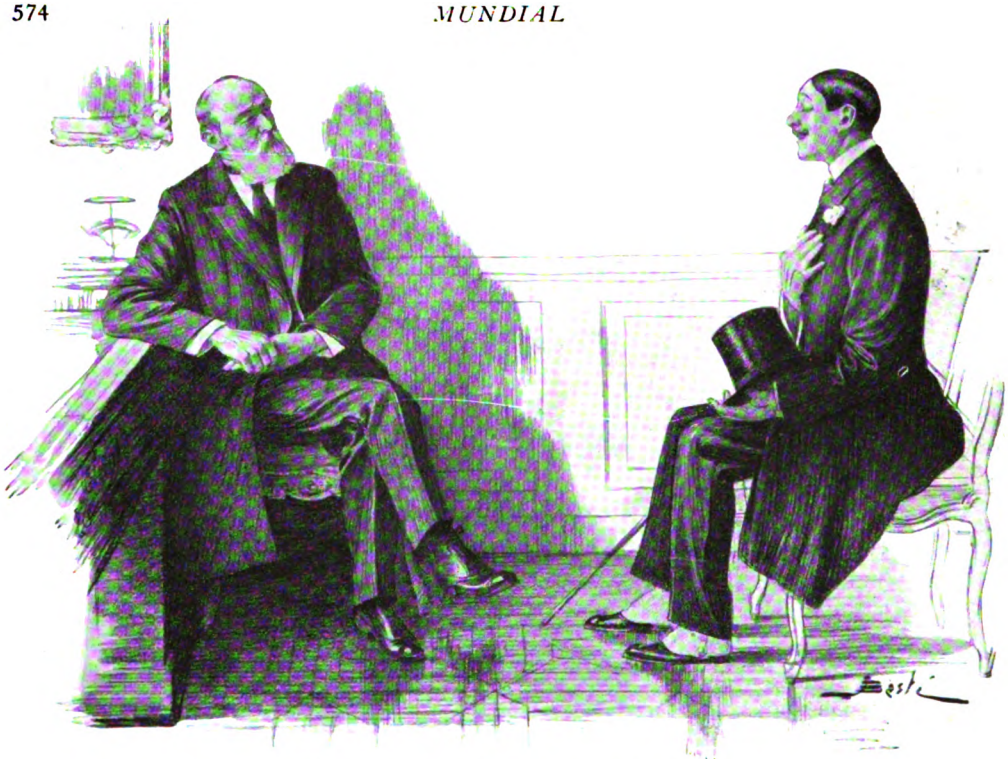
« Estimado señor :

« Juzgando que tal vez agradecerá Vd. la intención de quien le comunique nuevas de sus amigos ó amigas, creo darle delicada prueba de interés, al poner en su conocimiento que dentro de pocos días contraerá matrimonio su amigo de Vd. Alberto X... con la señorita Eliana X., también amiga de Vd.

« He creido que el natural egoísmo de la felicidad de los contrayentes, les habrá impedido acordarse de participar su enlace al amigo ausente, que se interesa por la dicha de ellos. Por esto, y teniendo presente que semejante noticia habrá de llegar difícilmente á oídos de Vd., á causa de la apartada lejanía de su vivienda actual, me he tomado la libertad de escribirle la presente, animado por el deseo de servir á nuestro común amigo Alberto, librándole de un trabajo de que él se habría de olvidar seguramente, y con la buena intención de probar de alguna manera el sincero interés que me inspiran Vd. y sus amigos. »

Decididamente, pues, alguien perseguía á Daniel. Inverosímil parecía de otra suerte, pues siempre que con más ardor se entregaba á sus reflexivos ensueños, invisible y porfiada mano venía en forma de carta ó de anónimo á interrumpir su momentánea

Digitized by Google



— « *¡ Don Bernardo, yo quiero ser su hijo !* ». (Cap. IX).

y fingida dicha. Daniel no era supersticioso ; empero, ante la singular coincidencia de ser aquélla la segunda vez que una noticia fatal venía á su conocimiento, precisamente cuando más lejos se hallaba de aguardarla, tembló oculta é impensadamente, y concluida ya la lectura del anónimo quedóse mirando largo rato aquellas letras para él desconocidas, sin atinar á pensar si lo que veía era verdad, ó nuevo ensueño de su cálida imaginación. Por fin, y tras de mucho meditar, tornó á leer el anónimo, y lo primero que entonces le ocurrió, fué creer á pie juntillas cuanto se le decía, y llorar en seguida como lloran los hombres en los dolores desesperados, esto es, sin conseguir que una sola lágrima asomara á sus ojos y calmara su intensa fiebre. En medio de ésta, veníanle raptos de frenética ira nunca vistos en él, impropios de la tranquilidad serena de su naturaleza, que le hacían hasta arremeter furiosamente contra sus cabellos, y que acababan por desahogarle algún tanto de su concentrada desesperación. Pero luego volvía al primitivo acceso de ira, y acosabále el impulso de romperlo todo : la carta, el anónimo, sus memorias, su novela, su álbum, todo en fin, por ver si así conseguía derrumbar de golpe en su corazón la imagen querida de Eliana. Empero, cuando más tarde, algo serenado va por el natural apacible de su carácter, vió que tan irracionales é innobles desahogos eran inútiles de todo punto, porque ahora la amaba más que nunca por lo mismo que sus últimas esperanzas morían, y por lo mismo que el golpe era demasiado recio é inesperado para que no ahondara profundamente la herida de su pasión ; cuando, en una palabra, su razón sacudió el abotagamiento del dolor, comenzó á hablar consigo mismo en voz alta, siguiendo pertinazmente, en el discurso de sus ideas, el hilo caprichoso de la lógica de los hechos, que ora le acariciaban con un rayo tibio de esperanza, ora le azotaban, sombría é inflexiblemente, con el látigo del dolor.

— Pero ¡ y si esto no fuera verdad ! — decía Daniel, recordando que en el papel no había firma que garantizara la efectividad del hecho. Y si aquello era tan cierto y verdadero ¿ con qué objeto se ocultaba el autor ? ¡Ah ! Entonces, la carta podía ser arma traidora, con que intentaba herirle algún rencoroso y personal enemigo. Mas ¿ quién podía ser ? ¿ A quién había él dañado ? ¿ A quién había nunca herido para que así le respondieran ? Y sobre todo ¿ quién podía sospechar, siquiera vagamente, que él amaba tanto á Eliana ? Y luego ¿ cómo habían sabido su paradero ?

¿ Quién podía ser ese enemigo que él mismo,

Digitized by Google

Daniel, enamorado también de la misma persona, no le había conocido ó adivinado al menos ? ¡ Tan sólo el necio de Miguel ! ¡ Sí ! Y ahora lo recordaba perfectamente. Miguel le había mirado siempre muy mal, y tal vez le consideraba como rival dichoso, puesto que con tanto brío le había visto defender á Eliana en la inolvidable escena de casa de doña Elisa, cuando Alberto provocó al finchado amador de Eliana, avergonzándole públicamente de su fatuidad. ¡ Sí ! Ahora lo recordaba Daniel mejor; en aquella noche, él dejó caer al oído de Miguel algunas frases empapadas de amor hacia Eliana, y preñada de viviente desdén hacia su rival... Y éste, se vengaba ahora. ¡ Mas no ! ¡ Esa suposición era imposible, porque Miguel no era capaz de redactar aquel anónimo! Miguel no había aprendido nunca en el colegio ni á escribir bien un mal párrafo, ni siquiera á firmarse sin alguna falta de ortografía... ¿ Cómo podía entonces ser autor de aquella redacción correcta, flúida, natural ?... ¡ No ! Era cosa clara que en aquello debía andar una mano malvada, como podía serlo la de Miguel, pero hábil al mismo tiempo é inteligente, como no podía serlo la de Miguel. Y ¿ de quién sería ? ¿ De quién ?

Tras de estas reflexiones llegaba la reacción, y entonces se alejaban de Daniel las esperanzas alentadoras, y entraba en los contornos de la desesperación. Pensaba de nuevo que era imposible, de todo punto imposible, que tan duro atrevimiento se cometiera con un enamorado, sin que algo, ya que no todo, fuese verdad sobre lo que el anónimo rezaba.

Y al llegar á tan sombrías reflexiones, Daniel hundía su ancha frente entre las manos, tratando inútilmente de calmar su dolor, y lo más que conseguía era llorar, llorar con aquella desolación profunda con que en el desierto debió llorar la abandonada madre de los agarenos.

— ¡Si no es posible! — se decía. — ¡Si no lo creo ! ¡ Perder en un instante las esperanzas de toda la vida ! ¡ No ! ¡ Mil veces no !...

Pero el anónimo estaba allí, abierto sobre la mesa, delante de sus ojos, y repitiéndole mudamente : « ¡Sí es posible! ¡ Sí, mil veces sí! ¿ Quién te mandó concentrar tanta vida, tanto corazón, sólo en el amor inseguro de una mujer ?... ¡ Necio ! El hombre no debe de fiar jamás la esencia de toda su vida á la incierta luz de una esperanza remota. El que camine guiado no más que por esa luz, caerá falto de apoyo antes de alcanzar el fin de la jornada, porque esa lumbre engañosa no ilumina nunca los precipicios de la senda. ¡ Pobre necio ! ¡ Pobre niño inexperto ! Has caído en una de esas simas, y no te levantarás ya de ella en tus días. ¡ He aquí la verdad, y he aquí el documento irrefragable que lo comprueba. »

Y Daniel enclavaba los ojos en el anónimo.

* * *

Al siguiente día, débil rayo de luz vino á sacarle por instantes de la amarga postración que le abatía. El, que de todo había maldecido, de todo, de su vida, de su corazón, de todo menos de Eliana, recobró algunos momentos su habitual serenidad de espíritu, pensando que pronto sabría la verdad exacta, y que en breve saldría de la horrible duda que el funesto anónimo había sembrado en su ánimo, por medio de una nueva carta que le escribiría al punto á Alberto, en la cual le preguntaría francamente si era verdad que se casaba, y le anticiparía cordial enhorabuena, caso de que fuera efectivo su matrimonio... ¡ Sí ! Le escribiría luego una carta, porque telegrama, no, eso no convenía. Al cabo, no era el caso de tan loca urgencia... Hasta podía ser ridículo...

Y Daniel cogió la pluma, y con la rapidez de quien tiene mucha costumbre y facilidad de escribir llenó un pliego entero, escribiéndole á Alberto una carta en que, á vuelta de mil preguntas y reconvenciones por su tardanza en contestar, le insinuaba que no parecía sino que estuviera de novio ó recién casado, según era de grande su egoísmo al olvidarse así de sus mejores amigos. La carta concluía interrogando con mucha naturalidad y discreción : « ¿ Hay algo de efectivo en mi sospecha ? » Y agregaba : « Supongo que ahora no me dejarás sin respuesta, toda vez que te hago una pregunta. »

CAPITULO XI

« Cuando el ánimo ciego y abatido
Busca la luz y la esperanza en vano,
Cuando abate su vuelo soberano
Como el cóndor en el espacio herido... »

NUÑEZ DE ARCE.

Tan triste quedó Daniel y tan impaciente aguardando la contestación de su carta, que su anciano padre le decía al verle :

— Hijo mío ¿ estás enfermo ?

— No, papá; aprensiones... si no tengo nada.

— Pues me parece notarte así... algo... mira, acaso trabajas demasiado en esa novela que preparas para el concurso abierto en Santiago, y eso quizá no te haga bien.

— Es cierto que trabajo mucho en ella,

Digitized by Google

porque desde que leimos la noticia del certamen en los diarios, abrigo la esperanza de verla premiada, y en ella voy reuniendo mis memorias; pero eso no me daña, y antes me gusta, me alegra y me rejuvenece, que no me enferma.

— Háblame con franqueza, Daniel. Si tienes algún asunto particular, si deseas ir á Santiago por unos días, harto se me alcanza que eres joven, y que esta soledad no puede serte agradable por mucho tiempo, aunque quieras á tu pobre padre tanto como él te quiere... Conque, ya lo sabes, si algo deseas, háblame con franqueza. Me siento ahora tan restablecido, que me hallo con fuerzas hasta para hacer contigo un viajecillo á Santiago, por lo menos á Coquimbo, por unos quince días. ¡ En fin, lo que tú quieras ! Yo no pienso exigirte nada ; pero tú tienes algo...

— No, papá; le digo á Vd. que no es nada, que no hay nada, sino visiones de su habitual bondad. Si algo sintiera yo, si algo necesitara, no tema, se lo diré á Vd. Si pensara ir á Santiago, se lo avisaría también, papá. Pero hoy por hoy nada deseo. Prefiero aguardar algunos días.

— Entonces, Daniel, descanso en la franqueza que debes emplear con este pobre viejo.

Aquella misma noche, cuando solo en su pieza contemplaba Daniel, á la encendida luz de su lámpara de trabajo, el retrato de Eliana, en que ésta le miraba, decíase :

— ¿ Ir á Santiago ahora ? ¡ No, no ! ¡ Menos que nunca ! Hoy temo á ese viaje antes tan suspirado, porque llegar allí, sólo fuera para verte en brazos de otro, para asistir á tu casamiento... y á tu casamiento con el mejor de mis amigos... ¡ No! Eso sería superior, no digo á mis fuerzas, pero aun á las fuerzas de los ángeles... Y además, si todas mis sospechas resultaran falsas, entonces sí que podría aprovecharme de la mejoría y bondad de mi padre para verte, Eliana, para escuchar tu canto una vez más, para contemplar nuevamente aquélla tu faz dulcísima, para ser feliz otro instante como en la noche inolvidable en que te fuí presentado, en que

Don César se puso á escribir, mientras se arreglaba Miguelito la corbata. . (Cap. IX).

Digitized by Google

Quedóse mirando largo rato aquellas letras para él desconocidas .. (Cap. x).

anduve del brazo contigo, en que te vi y te hablé de cerca.

Luego, recordando el anónimo, tornaba á su tristeza, y para ver de sacudirla, comenzaba á trabajar, á escribir con sumo ardor.

Por entonces escribió las páginas siguientes, que fueron las últimas de aquellas Memorias que, reunidas en forma novelesca, habían de emprender el camino de Santiago, precediendo á su autor, para tomar parte en el gran concurso abierto bajo los auspicios de las más salientes figuras literarias de Chile.

El final del manuscrito decía así :

TRISTÈZA.

« Antes me gustaba la alegría, pero hoy amo la tristeza.

« La hermosura más hermosa es la hermosura triste. La sonrisa más bella es la sonrisa triste, y la mirada más poética es la de los ojos tímidos y rasgados de una Mater-Dolorosa.

« Mirad á la naturaleza. Contemplad todo el fulgor esplendente de un mediodía de primavera, con un sol radiante de calor y de luz, con un cielo azul sin nube alguna que lo empañe, con las aves que gorgoritean de amor entre las frondas, con todo, en fin, en la plétora de la existencia, en el apogeo de la fuerza, en el *summum* de la vida...

« Sin duda que esta belleza es grandiosa, imponente, sublime. Empero, aguardad ahora unos breves instantes :

« El sol esplendoroso bordea ya el perfil inmenso del horizonte, haciendo surgir de su ocaso el crepúsculo de la tarde.

« El día recoge sus luces últimas, y el manto de la noche desciende sobre la tierra sus pliegues ensombrecedores, orlados todavía por algunas cintas rojas de dorados arreboles.

« La monotonía del vasto azul desaparece de poco en poco; y las aves y el viento, todo enmudece y se hunde en sí propio.

« Parece como que la naturaleza entera se hubiera adormecido, arrullada por la voz misteriosa y no siempre oída por los hombres, de las calladas armonías de la tarde.

« Llena de perfumes está la tierra ; de colores, cambiantes y matices el cielo ; y de no sé qué vago, voluptuoso é indefinible sosiego el aire mismo.

« Contemplad ahora el espectáculo :

« Ha muerto el día, y de su melancólico morir acaba de nacer la noche.

« Pues bien, comparad la hermosura triste, pero visible y dulce, de este momento casi religioso de la naturaleza, con la magnificencia lujosa de calor y de luz que visteis á mediodía.

« ¿ Verdad que el parangón no cabe ? ¿ Verdad que la hora de la tarde es mil veces más poética y hermosa que todas las del día juntas ? ¿ Y sabéis por qué ? Sólo porque la sombra de la tristeza embellece el paisaje: que la tristeza es sombría, como es sombrío el misterio, como es sombría la pasión, como es sombrío el dolor ; pétalos todos de una misma flor : el sentimiento humano. Y sin la sombra de esa tristeza, no puede el cuadro de la naturaleza lucir debidamente, porque la sombra es indispensable á todos los cuadros, so pena de desvanecerse, como en la pintura de los primitivos, la perspectiva del paisaje.

« En las lecturas ¿ quién recuerda jamás con impresión los libros ligeros, las páginas jocosas, los desenlaces alegres que ha leido ?

Digitized by Google

Entre tanto ¿ quién que tenga un átomo de sentimiento olvida nunca los imperecederos tipos de las novelas célebres, desde Virginia y Atala, hasta Graciella y María ? Y es que la risa del chiste se olvida presto, y convida á escudriñar los defectos de lo que se ha leido ; porque la risa limpia y avizora la mirada, al paso que las lágrimas de la impresión borran, al caer de los ojos del lector, los defectos de las páginas que los arrancan, y nublan la pupila impidiéndola examinar falta alguna.

« Preguntad á cualquiera persona sensible qué color le atrae más en un traje de mujer ; por ejemplo : si el color negro que melancoliza el alma, ó el color blanco que alegra la vista. Preguntadle también qué prefiere : si la luz de un rayo de sol, ó la sombra que ese mismo rayo proyecta debajo del árbol ; y os dirá sin vacilar que prefiere la sombra del sol al sol mismo, porque si el sol es bello, débelo á que podemos mirar sus resplandores desde la sombra.

COSAS TRISTES.

« La más triste de todas : morir solo; morir sin haber probado los goces del hogar ; morir sin haber sido amado; morir en fin soltero.

« Las espiras de humo que, por grandes que sean, se desvanecen todas en el espacio, recuérdanos perpetuamente el desvanecimiento de nuestras esperanzas en el espacio de la vida.

« Las aves que acallan sus lenguas trinadoras, sus arpadas gargantas cuando la noche llega, á la hora en que el luto estremece las sosegadas hojas con el seco aleteo de sus duras alas, y agita el aire tranquilo con el lúgubre chirrido de su canto agorero.

— *Hijo mío ¿ estás enfermo ?* (Cap. XI).

Digitized by Google

« El frío viento otoñal, cuando sopla en la naturaleza tiñendo las hojas de amarilla marchitez, robando á los prados sus verdores estivales, y esparciendo en los aires la música triste que produce el rumor de las hojas secas, que se desprenden de sus ramas, para volar al espacio, arrebatadas por el brazo hercúleo del viento.

« La frente de los locos que, de espejo fiel del alma, se convierte en lápida de la inteligencia.

« El rayo de luna que, rasgando la sombra del ciprés de los cementerios, ó rompiendo el ramaje melancólico del sauce llorón de los sepulcros, va á quebrar su argentada blancura en la desnuda losa de una tumba helada y solitaria.

« Un perro leal que llora junto al cadáver de su amo, y que aullando tristemente vela su reposo, sin saber que su pobre amo ya no despertará más.

« El gemido arrullador de la tórtola viuda.

« La llama calentadora apagada por el viento; esto es, la vida humana asesinada por el dolor.

« Una niña que muere hermosa y pura, cuando apenas comienza á amar y á ser amada; ó lo que es aún más triste, cuando principian las dichas del matrimonio, y cuando sus ojos empiezan á leer encantados el poema delicioso de la maternidad.

« El ave que cae herida sobre la nieve, y espira sobre esa túnica blanca helada del invierno, cuando cantando alegre volaba á su nido á calentar bajo el ala á sus ateridos polluelos. »

« La muerte de los malos.

« La verdad de la sentencia del poeta griego Menandro: *El amado de los dioses muere siempre joven.*

« La dulce luz de la estrella vespertina.

« La noche del mar, cuando uno se ve solo perdido en la oceánica inmensidad; cuando uno mira al horizonte y ve la luna, y no tiene la esperanza de que otro se la mire á la misma hora buscando nuestra alma.

« Un hogar desierto, sin la esposa que lo embellecía, sin los hijos que lo animaban, y en el cual no queda sino un anciano que, al contemplar las cenizas de la apagada chimenea — no tan blanca como la nieve de sus cabellos — enjuga con la temblante mano una lágrima elocuente: — ¡ Esposa mía, hijos míos! ¿ Por qué no vivís? ¡ Por qué os he sobrevivido!

« Un alma que no siente, que no ama... es decir, que no es alma... y que se considera por eso muy feliz.

« ¡ Un alma que siente demasiado, que siente hasta poder amar sin esperanza, y hasta no querer ó no poder olvidar!

« Un amigo sin corazón, sin ilusiones, sin amor, con un pedazo de hielo en vez de sentimiento. Una mujer fría... y sobre todo esto, hermosa y de talento... Una mujer que no es mujer, y que sin embargo *tampoco es hombre.*

« Una sola flor con mil espinas.

« Muchas, muchas espinas, sin ninguna flor.

« Un amigo — si alguna vez se ha hallado alguno — perdido para siempre.

« Un nido vacío.

« El atúd de un niño; es decir, la cuna de un ángel.

« La ingratitud.

« ¡ El alma mía!

Escrito esto, Daniel descansó...

CAPITULO XII

« Ayer te vi en la estación.
Me enamoré en el andén;
En Pinto ya era pasión
Y en Alcázar... mudó el tren... »

(Cantar español.)

Eran las tres de la tarde. Eliana estudiaba á solas el canto, con ese entusiasmo abierto, esa inspiración propia, ese sentimiento particular que los que comprenden el arte saben comunicar á todas las creaciones musicales, cuando no tienen más testigos que ellos mismos. De pronto, doña Elisa, que andaba en los afanes domésticos, vino á interrumpirla:

— Hijita — díjole — han llegado visitas. Divisé desde la puerta á una señora con una niña... Recíbelas mientras vengo yo, que será al punto.

— Doña Elisa entró unos instantes en sus habitaciones, y Eliana pasó al salón tal y como estaba, y sin darse una mirada más al espejo de la antesala, porque era una de las pocas niñas que en su casa están siempre arregladas, con la sencilla y hermoseadora elegancia de quien anda bien traída, antes por costumbre y gusto propio, que no por la vanidad de parecer más bella á los extraños.

Aguardaban en el salón Lucrecia y su nerviosa madre, doña Eduvigis, dama que, al lado de su hija, hacía el papel de los ceros que no están á la derecha de las unidades, pues era persona inferior en todo á su hija, y que no hablaba ni pensaba sino por obra, palabra y pensamiento de su adorada Lucrecita. Separábase de ésta, sólo en hablando de sus

Digitized by Google

infinitas enfermedades, las cuales la martirizaban, al decir de ella, hasta el punto que el día menos pensado la verían amanecer tiesa sobre su cama. No menos de diez años habían corrido, desde que doña Eduvigis aguardaba, día tras día, á volver súbitamente la esquina de la vida. Pero nada. Allí estaba todavía sobre el haz de la tierra, siempre nerviosa, pero siempre viva.

En cuanto entró Eliana, las dos niñas se abrazaron con efusiva cordialidad, y con el acompañamiento estilado de besos y de mimos.

— ¿ Cómo te va, Elianita ?

— Bien, gracias, como siempre ¿ y á ti, hijita ?

— Déjame mirarte. ¡ Qué buena moza estás ! ¡ Y este traje cáscara que tan bien te sienta ! ¿ Sabes que te encuentro muy guapa ?

— Tú siempre tan benévola.

Una vez sentadas las tres, doña Eduvigis preguntó :

— ¿ Y tu mamá, hijita ? ¿ está buena ?

— Tiene que estar buena para recibirnos, hoy que nuestra visita es extraordinaria.

— Mama viene ya — respondió Eliana — al par que su madre entraba en el salón y abrazaba á doña Eduvigis.

— ¿ Que era de tu vida, Eduvigis ? ¡ Hace tanto tiempo que no venías á verme !

— ¡ Qué quieres, salgo poco, y ahora, con los preparativos de la boda de Lucrecia !...

Lucrecia se sonrojó, y Elena dijo entonces, sonriendo :

— ¡ Ah ! ¿ de modo que te casas? ¿ Ese es el motivo de la visita extraordinaria ?

Y doña Eduvigis, con voz temblorosa, y no sin consultar con los ojos la venia de su hija, exclamó sofocadamente :

— ¡ Así es, niña, Lucrecia se casa !

Doña Eduvigis pronunció estas últimas palabras en medio de aflicción tan honda, que cualquiera hubiera creido que el nuevo acontecimiento era en verdad grandísima desgracia para ella.

Lucrecia se había puesto casi tan roja y encendida como los mismos labios de Eliana.

— Te felicito, Lucrecia, porque estoy cierta de que al feliz mortal que sea tu novio, le habrás escogido por la sola voluntad de tu corazón.

A estas palabras de doña Elisa, Lucrecia se puso más encendida aún, asintiendo de esta suerte, tácitamente, á la opinión acabada de emitir. Entre tanto, doña Eduvigis exclamaba :

— ¡ Por su solo corazón, es claro, niña, es claro ! ¿ Cómo se te ocurre que mi hija iba á escoger marido impuesto por ajena voluntad ? ¡ Eso no, por Dios !... ¡ Antes soltera mil veces !

— ¡ Evidente, evidente ! — apoyó doña Elisa.

— Y supongo que el dichoso es... es... Alberto. ¿ Acerté ? — interrumpió suavemente Eliana, dirigiéndose á Lucrecia.

— ¿ Qué ? ¿ Te lo había dicho él ? —repuso con viveza la interrogada, poniéndose ya pálida de puro encendida.

— ¡ No, hijita !

— Pues ¿ cómo has sabido esto, que á nadie lo hemos anunciado ? ¡ Ustedes son las primeras personas á quien damos parte !

— ¡ Mil gracias !

— Y ¿ cómo entonces ?...

— Mira, la verdad, Lucrecia, nadie me lo había dicho,

Contemplaba Daniel, á la encendida luz de su lámpara de trabajo, el retrato de Eliana... (Cap. XI).

Digitized by Google

pero yo sospechaba que esto sucedería al cabo...

— Pero ¿ por qué, Elianita ?

— Porque á ti te conozco mucho, desde hace tiempo, y á tu novio también le conozco, y aunque no le he tratado sino desde hace cosa de cinco ó seis meses atrás, me ha sobrado lugar durante ese tiempo para conocer á fondo su carácter.

— Y ¿ qué te pareció ? Dímelo con franqueza.

— Lo único que he observado en él, es que le hallo muy simpático ; es inteligente, despierto, sumamente agradable. Todo eso ¿ te parece poco ?

— Al contrario, pero ¿ por qué dijiste que sospechabas lo que iba á suceder ?

— Porque según te expresé ya, conozco tu corazón, y habiendo estudiado algo el de Alberto, que por su natural expansión es harto fácil de conocer, pensé desde el primer momento que, puesto que en otro tiempo habían tenido ustedes sus amoríos y sus historias, y puesto que no ha formado la vida dos corazones más semejantes ni dos caracteres más parecidos, natural y lógico era que parasen en la felicidad de unirse para siempre.

— ¡ Elianita, te creo! ¡ Todo te lo creo, porque eres la única de mis amigas á quien no he pillado nunca en una mentira, ni siquiera en una mentira venial! Así, pues, déjame saborear lo que dices, que me halaga mucho.

— ¡ Pero si es la verdad, Lucrecita !

— ¡ Mira, eres una chiquilla encantadora!

Por este estilo siguieron conversando las dos amigas, sin que el tema de Alberto y sus numerosos méritos se les agotara durante la hora larga de la visita, y en tanto que doña Eduvigis refería á doña Elisa, al por menor, toda la vida y milagros de su futuro yerno, demostrándole matemáticamente que era su presunto « el joven más distinguido de Santiago », que además era *muy constante* porque amaba á Lucrecia desde mucho tiempo atrás, es decir, desde aquel casamiento que con la niña le había achacado el público ocioso, tres años antes ; que, sobre todo, era de costumbres *tan serias y ejemplares* — lo que según las señoras de todos los tiempos es siempre muy raro en los jóvenes del día — que también, tenía excelentes ideas religiosas, y prueba de ello (buena prueba) era que siempre oía misa en la misma iglesia que Lucrecía. Y, finalmente, que era tan buen partido que... En este punto, la frase argentina, redonda y armoniosa *de cincuenta mil pesos de renta* se deslizó en voz baja de los labios de doña Eduvigis.

Doña Eduvigis.

Al fin de la visita, todas se abrazaron efusivamente.

— ¡ Vaya, pues, te felicito de veras, Eduvigis! Y no te aflijas de que te quiten á la niña, puesto que cae en tan buenos brazos. Recuerda que, para tu felicidad, fué necesario también que te arrancaran de los brazos de tu madre.

— ¡ Sí, Elisa, gracias ! No te falta razón, pero ya te veré cuando te quiten á tu hija. Y doña Eduvigis señalaba con los llorosos ojos á Eliana.

— ¡ No temas, hija ; eso no sucederá tan luego !

— ¡ Quién sabe, doña Elisa — decía Lucrecia — mire que cuando menos lo piense, á este pajarito tan serio le pillamos el novio, que será también muy serio... eso es claro !

— Te pasas de maliciosa, amiguita — murmuraba Eliana — te equivocas. Digo, en esto solamente, porque en escoger marido has acertado con muchísima felicidad. Por eso te vuelvo á felicitar, alegrándome con toda el alma de tu próxima dicha.

— ¡ Gracias !.. Mas te repito que espero felicitarte á mi vez muy pronto, porque la felicidad que mereces no puede tardar en sonreirte.

— Vaya, Lucrecia... No seas ambiciosa. Conténtate con ser dichosa tú, que lo demás está á cargo de otras manos.

Con esto y con algunos besos y abrazos, se despidieron por cuarta y última vez las visitas

Digitized by Google

Ya á solas doña Elisa con su hija, preguntó aquélla...

— ¿ Cuándo es el casamiento ?... ¿ No te lo ha dicho Lucrecia ?...

— ¡Sí, mamá!... Me dice que Alberto quiere verificarlo dentro de cinco ó seis meses á más tardar...

— ¿ Tan pronto ? No me lo confesó Eduvigis...

— Es que Alberto cree, que no puede vivir célibe ni un día más de ese plazo. Usted le conoce mamá. ¡ Es tan natural en su carácter, eso de hacer las cosas de prisa !...

— ¡ Pero me extraña que tan luego !...

— ¿ Tan luego qué, mamá ?...

— Vamos, que tan luego se haya desenamorado de ti...

— ¿ De mí, mamá ? — repuso, enrojeciendo súbitamente, Eliana...

— ¡ Sí, de ti, y te lo digo para que otra vez no seas tan reservada con tu mamá ! Ya ves tú, estas cosas no se nos deben de ocultar, porque si no se nos confiesan las adivinamos... ¡ Es claro, como que una ha sido niña también !

Eliana alzó la cabeza, replicando con sonriente dulzura :

— Pero mamá ¿ qué deseaba usted que yo le confesara ?...

— Que Alberto estaba enamorado de ti, hace ya algunos meses.

— Fíjese, mamá, en que me era imposible confesarle semejante cosa, desde el momento que no he creido ni por un minuto que Alberto estuviese enamorado de mí. Para decirle eso, habríame visto obligada á mentir ; y ya se sabe, mentir es más malo que callar la verdad.

— Y, entonces ¿ por qué se hizo presentar en casa ? ¿ Por qué te seguía con tanto afán á donde quiera que fueses ?... ¿ Por qué te se manifestaba tan rendido ?... ¿ Y por qué, en fin, atendía con tan finas extremosidades á la vieja inútil de tu madre ?...

— Mamá, lo de vieja y lo de inútil, dejémoslo á un lado. Yo lo rechazo en nombre de la verdad... Empero, respecto de lo demás, nada puedo yo responder, porque usted misma me ha repetido muchas veces, que los hombres que manifiestan más, deben de ser los que sienten menos. No digo yo que Alberto no sepa sentir, pero sí creo, que por mí no ha sentido nada que pueda llamarse amor, aunque no niego que tuvo quizás el momentáneo capricho de fingirme, ó tal vez de fingirse á sí mismo, que yo le inspiraba un entusiasmo ó una pasión más ó menos ligera, más ó menos frívola. Pero de allí á sentir de veras, entiendo que media no poca distancia, y la mejor prueba de ello es el hecho, de que usted misma acaba de convencerse, de que ese entusiasmo ha terminado en brevísimo tiempo, sin mayores motivos de los que para empezar tuviera. Como juzgué el referido entusiasmo con tal acierto que no le concedí importancia alguna, me pareció inútil y ocioso preocuparla á usted en el asunto. Por eso...

— Te has explicado muy bien, Eliana, y me alegra el que tengas bastante mundo para no juzgar como pasiones serias ó sentimientos verdaderos, los entusiasmos del genio y los caprichos de la edad. Afortunadamente has acertado en el presente juicio, como lo prueba el hecho de que Alberto se casa ahora, sin haber necesitado más de unos pocos meses para olvidar una pasión. Hijita, así son los hombres casi siempre, pero no lo olvides, he dicho *casi siempre*, no *siempre*. Ahora bien, el principal talento de una niña de tu edad debe emplearse en ver claramente estas cosas, y no apasionarse con excesiva presteza, ni en pro ni en contra de nadie. En otros términos, en adivinar á tiempo, con ayuda del corazón y de la cabeza, cual de los hombres que la cortejan es la excepción á la regla general, y cual de ellos es origen de que se diga á menudo, que casi todos los hombres son frívolos y ligeros en el sentir, y no que lo sean todos sin excepción. Y á fin de inquirir con exactitud perfecta ese dato, que con frecuencia reviste formas tan equívocas y engañosas para los ojos inexpertos, suele ser de convenientísima utilidad la ayuda de una madre, porque ésta está guiada por el amor á su hija ó por la experiencia de la vida... ¿ Me entiendes, Elianita ?...

— Sí, mamá, tiene completa razón en cuanto ha dicho, y prometo que si me llega el caso, que lo dudo mucho, me aprovecharé del talento de mi madre.

— En esto asomó á la puerta el gatito de Eliana, que miraba fijamente á su dueña con dos ojazos pardos y fosforescentes... El gato llegó hasta los pies de Eliana, y se tendió junto á ellos, en tanto que doña Elisa, saliendo del salón, preguntaba :

— Y, pasando á otra cosa ¿ acabaste, hijita, tu estudio de canto ?...

Creo que me faltaban dos minutos cuando entró doña Eduvigis, pero voy á estudiar otro ratito...

Y, en seguida, Eliana se sentó al piano acompañándose ella misma, y comenzó á cantar la serenata inmortal de Schubert.

Nunca hasta entonces había cantado Eliana con tan hondo sentimiento, con tan espontánea inspiración, como lo hizo en la dulce tristeza de aquella tarde.

Digitized by Google

Cuando aquella noche entró Eliana en su aposento, era temprano todavía, y de tal modo, antes de acostarse, quiso leer algo. Dirigió entonces sus pasos, cortos y breves, hacia un pequeño estante que colgaba de la pared. De entre todos los libros que allí había, púsose á buscar uno. Tropezaron sus manos con una novela de Dickens, con otra de Elliot, con otra de Bell... Pero, decididamente, lo que ella quería no estaba entre novelas inglesas, de impresiones con tipos tan pequeños... Tampoco encontró nada entre los diez ó quince libros franceses que registró. — ¿ Dónde he puesto ese periódico?— se preguntba Eliana... — ¡ Yo lo he guardado por aquí ! — pensaba — ¡ Estoy segura de ello ! ¡ Pero hace tanto tiempo que leí aquel artículo !... ¡ Ah !... ¡ Ya recuerdo !

Encontró entonces, detrás de los tomos de Bécquer, el periódico que buscaba. Sacudiólo al punto esmeradamente, porque era fanática de la limpieza, según se veía en su habitación y en su persona toda. Y se sentó entonces, á la luz de la lámpara, recorriendo detenidamente las líneas firmadas por Daniel. Largo rato se estuvo leyendo aquel artículo, y al terminarlo, mientras miraba con fijeza la firma, decíase calladamente :

— ¡ Qué bien siente este autor !... ¡ Qué bien comprende !... ¡ Qué bien descifra ese enigma sencillo que se llama el corazón de de la mujer, y que para tantos desgraciados que no saben entenderlo es arcano impenetrable. ¡ Pobre Daniel, parece que sabes amar ! ¡ Parece también que no amas á una muerta ! Y ella ¿ quién es ?... Eliana no quiso contestarse á esta pregunta, pero en aquellos instantes se le figuró oir estas frases, que semejaban venir desde muy lejos :

— ¿ Quién es ella ?... ¡ Ingrata !... ¡ Harto lo sabes !... ¡ Tanto lo sabes, que hasta lo habías olvidado !... ¡ Extraño pago das á quien mejor te había querido en el mundo !... ¡ Mezquino premio á la profunda ternura de una pasión verdadera ! ¡ Eliana, ingrata Eliana !... ¿ Sabes tú si Daniel no será para ti ese hombre excepción, de que tu madre te hablaba hoy mismo ?... ¿ Sabes tú si no tendrá, en realidad, todos los méritos que sus obras traslucen bien claramente ?... ¿ Que no es buen mozo ?... ¡ Pues ámale, y le encontrarás hermoso !... — Deteníase Elena por momentos en estos pensares, y tomando de nuevo el periódico volvía á leer con atención los últimos párrafos del artículo, los cuales párrafos llamaban vivamente su atención, porque muchas de sus ideas eran las mismas que su madre había expuesto en la tarde, respecto del hombre excepción...

Mientras esto ocurría, Alberto entraba en su alcoba, con el andar atropellado de siempre. Leíase en su rostro la expresión más perfecta de la felicidad, y venía tan contento, que su naturaleza expansiva de suyo le impulsaba á buscar alguna persona en quien depositar sus impresiones del momento. Mas como en su casa durmieran todos, no le fué posible despertarles para semejante nonada; al fin, y viendo ya que el sueño no le tocaba todavía con el beleño mágico que sus oscuras alas derraman, sentóse junto á su escribanía, en donde á la vista de sus utensilios de escritorio comenzó á recordar...

— ¡ Qué bárbaro !... ¿ Será posible que no le haya escrito al pobre Daniel ?... ¡ Soy incorregible, está visto !... Pero, en fin, aunque he recibido ya dos cartas suyas, no será tarde para contestarlas, sobre todo la última, fuere sólo en agradecimiento al intérés que por mí se toma, y en excusa de no haberle comunicado antes las felices novedades que me ocurren. Sin embargo, en mi estado, dicen que el egoísmo es perdonable. Cogió entonces la pluma, y comenzó á escribir una carta, que decía :

« Mi querido Daniel: Creo que me conoces bastante para no achacar sino á mera ligereza de genio mi tardanza en escribirte. Harto sabes cuanto me cuesta tomar una pluma, y más particularmente ahora, que para nada tengo tiempo con el contento y las felicitaciones que recibo. Porque, amigo mío, es efectivo, efectivísimo que me caso. Celebro que hasta por allá te haya llegado la nueva, y que, al escribirte, se limite mi tarea á confirmarte la gran noticia, grande se entiende para mí ¡ pues para los demás !... de que soy, en la actualidad, el mortal más feliz que pisa la tierra...

« Es, pues, indispensable, que de aquí á unos cuantos meses te vengas á Santiago, por algunos días siquiera, á fin de que veas á tus amigos, y, sobre todo, Daniel, á fin de que asistas á las fiestas de mi casamiento. La fecha espero podértela comunicar en definitiva dentro de algunos días más.

« Respecto de mi persona, te diré solamente que por ahora no tengo un instante libre, pues la noche harto comprenderás que no me pertenece, y lo que es el día, me lo consumen los quehaceres de arreglar con orden todos mis desbarajustados negocios, y mi casita de casado... Casamiento pide casa, dice el proverbio, y tal he creido, puesto que estoy acomodando la casa más mona que para un matrimonio cabe imaginar.

« Por ahora no tengo más que comunicarte, sino que es ya muy tarde. Te escribo á las dos de la noche, hora en que el sueño arre-

Digitized by Google

cia con fuerza brutal, y que en consecuencia pongo punto final á esta desaliñada carta, no sin enviar antes á tu padre un afectuoso recuerdo, envuelto en el sincero deseo de su pronto restablecimiento, y á ti un abrazo tan cordial y tan apretado, que por lo menos te haga crujir las costillas durante algunos días, en recuerdo mío... Tuyo

ALBERTO. »

En seguida cerró la carta, sellóla con el monograma de su anillo, y se acostó sin volver á pensar en lo que había escrito, y no recordando siquiera que en toda la carta no ponía ni el nombre de su novia.

Estaba visto, Alberto era incorregible. El mismo lo acababa de decir, y por desgracia no se había equivocado.

CAPITULO XIII

« Que es mejor no esperar nunca
¡Que perder una esperanza!
GARCIA DE QUEVEDO.

Daniel y su padre concluían de comer, cuando le entregaron al primero una carta. Daniel miró el sobrescrito con interés, en que se leía claramente la ansiedad con que aguardaba aquella carta, y en seguida pretextó un ligero dolor de cabeza, con lo que se despidió de su padre y corrió á encerrarse en su aposento.

Al sacar de su bolsillo la carta, el papel le temblaba en la mano, y, sin embargo, un rayo de luz se esforzaba en desvanecer la sombra de su mirada.

Después de romper el sobrescrito y abierto ya el pliego que dentro venía, Daniel se detuvo un instante. Parecía temer que aquella carta le arrebatara para siempre su postrera ilusión.

Y, cosa extraña, la misma carta cuya llegada aguardaba Daniel con tanta ansiedad, le pesaba ahora horriblemente en las manos, á punto de que no podía leerla. Por fin, hizo un supremo esfuerzo, y violentándose enérgicamente puso ante sus ojos el papel. Una sola mirada le bastó para devorar entero el pliego que Alberto le escribiera. Sus ojos no alcanzaron á llegar á la firma, porque el papel cayó de sus manos, la sombra cayó sobre sus ojos, y su cabeza cayó sobre su pecho.

Ni una palabra profirieron sus labios. Ni una lágrima brotó de sus pupilas. Ni siquiera un suspiro se exhaló de su pecho. Parecía como si toda su vida se hubiera suspendido súbitamente. Parecía como si aquel corazón hubiera dejado de latir.

Si Daniel hubiera podido quejarse, hablar, llorar, eso sólo hubiera sido ya no pequeño desahogo y gran consuelo. Empero, recibía la noticia de su desdicha, aislado, solitario, sin que los brazos de un amigo, ni el corazón de una hermana, ni el pecho de una madre le mitigaran su desconsuelo, con las caricias dulces de la familia.

No halló persona alguna en quien desahogarse ; no tuvo á quien decir siquiera que sufría ; porque su padre era un bondadoso anciano, que se habría culpado á sí propio de la desgracia de su hijo, que habría llorado más que él, y que de esa suerte habría amargado los pocos días de vida que le restaban.

No encontraba Daniel quien le aliviara lo más mínimo, haciéndole hablar ó al menos llorar, que es tan grande desahogo en los pesares. Hubo, pues, de concentrarse como nunca dentro de sí propio, y aquel esfuerzo inmenso era lo que parecía suspenderle hasta el latir del corazón.

Daniel atravesaba verdaderamente la crisis más aguda del dolor humano.

Muy tarde de la noche era ya, cuando alzó la cabeza y abrió los ojos, como despertando espantado de un sueño terrible.

Acometióle entonces nuevo letargo de dolor, letargo de esos que dejan todo el cuerpo y todos los sentidos sin movimiento y sin vida, porque la savia entera de la existencia se agolpa al cerebro, y allí, en cavidad tan pequeña, desátanse tempestades horrendas, que consumen en un momento la fuerza de muchos años de vida.

En toda aquella noche, Daniel no se movió de su asiento. Ya entrada el alba, se enderezó en la silla y estiró el brazo para sacar de los cajones de la mesa gruesos rimeros de escritos, entre los cuales se hallaban los borradores de su novela, enviada ya al concurso, y el de sus memorias privadas, de las que había tomado tantos y tan palpitantes datos. Por un momento, pensó Daniel quemar todo aquello, y antes de hacerlo, quiso dar una postrera ojeada de despedida á sus pasados pensamientos. Pero al leer tantas veces escrito de su propia mano, y siempre con igual esmero caligráfico, el nombre de Eliana, al mirar tan vivos los reflejos de un sentimiento que le era tan querido, al contemplar derramada en aquellas páginas la vida de su alma, dijo tristemente y mirándolos con cariño : — ¡ Ah ! ¡ No ! ¡ Escritos míos, sois mis hijos, y seréis mi única distracción !... Me acompañaréis el corto espacio que yo deba vejetar aún sobre esta tierra, y después... después, que os recojan la luz de la in-

Digitized by Google

mortalidad ó las tinieblas del olvido. — Y tornaba á su antigua melancolía profunda, y tornaba á sonreir tristemente. Y sin parpadear un instante, clavaba por milésima vez los ojos en la carta de Alberto, que para él era la demostración irrefragable del casamiento de Eliana, y de la consumación de su propia desdicha.

Así, en medio de mortal abatimiento, pasó muchos días sin hablar con nadie — fuera de su padre — ó sin moverse de su pieza más que cuando le llamaba el anciano enfermo. Por momentos, parecía dudar de la verdad de su desgracia, é impotente para refrenar los acostumbrados vuelos de su fantasía, entregábase un segundo á sus antiguos ensueños ; pero al instante, la realidad le tocaba la enardecida frente con sus alas de hielo, renovándole cruelmente la herida, que á cada hora le ponía más triste, más concentrado, más distraído, y con la mirada más vaga y soñadora.

Muy pronto don Ernesto, el padre de Daniel, observó que algo al parecer grave acontecía á su hijo. Notó que éste se pasaba en su pieza el día entero, y que durante la noche, la luz de su alcoba no se apagaba nunca. Alarmado con estos y otros síntomas siniestros, que no atinaba Daniel á ocultarle del todo, díjole por fin una tarde :

— Y ¿ por qué no te vas á Santiago á pasar algún tiempo, ahora que me encuentro tan bien, y que tú no pareces estar lo mismo.

Don Ernesto no se atrevía á interrogar á su hijo sobre la causa de su evidente malestar. Temía y respetaba su profunda reserva. Empero, como le creía enfermo, limitábase á proponerle un remedio.

Daniel no supo que contestar á la pregunta de su padre, que le estrechaba, exigiéndole respuesta. Por fin contestó.

— No puedo, no debo, papá, dejarle solo á usted.

— No, hijo mío, eso no es razón, porque ya te he insinuado que yo mismo deseo acompañarte, y creo que, previa licencia del médico, hasta me hará bien hacer un viajecito, siempre que vaya contigo, que eres tan excelente enfermero.

— Si voy — pensó entonces Daniel — tendría que verla, y verla en brazos de otro.. ¡ No ! ¡ No !... ¡¡Primero muerto !... En vano buscaba una disculpa inocente que dar á su padre. Al fin, hubo de replicar :

Papá, la verdad es que no me siento bueno para viajar. Estoy mejor aquí, tranquilo, sosegado, sin vanas preocupaciones... Y además, paréceme difícil que el médico le permita una calaverada semejante.

En la tarde de aquel mismo día, el médico declaró que don Ernesto podía ir á Santiago, siempre que antes de un mes tornara á respirar nuevamente los aires benéficos de la gran meseta boliviana. A pesar de esto, el anciano no volvió á hablar del asunto á su hijo.

A tiempo que ya se despedía, hizo el médico una seña á Daniel, indicándole que deseaba verle aparte, Daniel le acompañó, y una vez á solas con él, aguardó alguna pregunta del médico, que era un distinguido jovende treinta y cuatro años, con excelentes y muy sólidos estudios, y que tomaba su profesión como verdadero sacerdocio humanitario.

— Amigo mío — dijo á Daniel — ignoro qué motivos le impulsan á usted á no querer partir de estos tristes lugares. Sean cuales fueran, yo los respeto, y por eso no he querido decir á don Ernesto lo que estimo de mi deber expresar sin más dilación á usted.

— ¡ Hable usted, doctor !

— Antes de manifestar mi pensamiento — añadió el médico — permítame usted examinarle durante un instante para confirmar mejor mis opiniones.

— ¡ Ah ! ¿ Es eso ? — dijo sonriendo melancólicamente Daniel. — Estoy enfermo. Examíneme usted cuanto quiera, pero dándome su palabra de que en ningún caso dirá usted nada de lo que tengo á mi padre.

— Se lo prometo á usted...

El doctor examinó escrupulosamente á Daniel, durante algunos minutos, y en seguida añadió con entonación seria, al par que amistosa :

— Amigo mío, lo que yo leía desde hace días en la extrema palidez de usted, en el fulgor quemante de sus ojos, en su mortal desgana para comer, en su extraordinario y antehigiénico retraimiento, y en la postración general de su cuerpo, todo eso que, le repito, yo leía en usted, no es vana ilusión de mis ojos. Siento tener que revelárselo á usted, don Daniel. Usted está muy malo de salud... No quiero ser indiscreto, pero perdone usted si le confieso que adivino alguna herida moral en su enfermedad. Insisto en que me perdone usted si soy indiscreto, más no debo ocultar á usted, que en su estado que por ahora no es muy grave, afortunadamente, es enorme imprudencia el que permanezca usted viviendo en un clima que, como éste y como todos, puede dar la vida á algunos enfermos, pero puede también acarrear la muerte á otros sanos. Creo que usted no debe permanecer por mucho tiempo seguido en estos lugares, particularmente si

Digitized by Google

se empeña usted en continuar las perniciosas condiciones de vida que lleva ahora, y que pueden bastar, tal vez, para desarrollar en el sano organismo de usted algún germen latente y peligroso, como el que se ha desarrollado en estos últimos años en don Ernesto, merced al abuso del trabajo. No abuse usted, don Daniel, de nada... Así podrá restablecerse ahora, y llegar á ser viejo más tarde... Hoy por hoy, creo indispensable que parta usted para Santiago, ó para cualquier punto del sur, lo más al sur que pueda. Porque usted tiene fiebre, y no de esas fiebres de un día, que se miden fácilmente con el termómetro y se curan fácilmente con antipirina. ¡ No !... Usted debe de sentir mucho calor habitual en el cerebro ; usted duerme poco, ahora... En fin, se lo repito... Usted está enfermo, y es sabido que, para todos estos males que comprometen la cabeza, es fatal este clima del norte, y basta casi siempre el más leve descuido para que una simple fiebrecilla, que no sería nada al sur, sobre todo en las provincias de Chile vecinas del mar, traiga serias complicaciones y se truequen en afección rápida, tal vez incurable y mortal... Amigo, le repito á usted que dispense mi intrusión, pero he creido cumplir, cuando aún es tiempo, un deber ineludible, más que de mi profesión, de la amistad y del aprecio que ustedes me inspiran.

— Mil gracias, querido doctor — replicó con sonrisa animada Daniel — ¡ mil gracias !... No ha cometido usted indiscreción alguna, antes al contrario, agradezco muchísimo la bondadosa perspicacia con que me ha observado usted, y le ruego sólo que, para completar su amable prudencia en este asunto, no diga de él una palabra á mi padre. No quiero alarmarle por nada. No le dirá usted palabra ¿ verdad ? ¿ Me lo promete usted, amigo mío ? ...

— Se lo prometo á usted, don Daniel. Usted sabrá lo que hace. Por mi parte, no tengo ya derecho á inmiscuirme más en el asunto, puesto que he cumplido ya con mi deber. Usted verá ahora como cumple con el suyo.

— Pues le repito á usted mi agradecimiento.

— Lo que le he dicho no vale la pena... ¡ Cuídese y hasta luego !

— ¿ No quiere usted comer con nosotros ?

— ¡ Gracias !... Pero hoy me es imposible, porque me quedan por ver algunos enfermos antes de la noche. ¡ Hasta luego, amigo mío !

— ¡ Hasta cada momento, mi querido doctor !

Desde aquel día, don Ernesto no volvió á tocar el punto del viaje á Santiago, porque precisamente en la misma tarde observó ciertos cambios en su hijo, el cual parecía ahora menos triste que antes, y como que había cobrado de repente cierto indisimulable capricho por aquellos apartados lugares. Y, con efecto, Daniel estaba ya algo menos triste, y á cada nuevo día que pasaba, la expresión melancólica que se había hecho habitual en su fisonomía, y que en poco tiempo hasta dulcificara un tanto la dura incorrección de sus facciones, íbase trocando en más y más serena. A veces sonreía, al parecer, con alegría verdadera, sin embargo de que sus ojos se hundían, cada día más, en las sombras que sus cuencas empezaban á formarle, no obstante de que su cuerpo perdía insensiblemente la antigua agilidad y fortaleza musculares, y á pesar de que sus cabellos comenzaban á enrarecer hacia la parte superior de la frente, y de que su cabeza se iba inclinando poco á poco sobre su pecho.

Pero estos síntomas no los notaba don Ernesto, bien fuera á causa de la poquedad de su vista material, ya muy debilitada, bien porque el estar siempre al lado de su hijo le impidiera notar en él mudanza física alguna.

¿ Qué significaba, pues, aquella resignación tan sonriente que principiaba á connaturalizarse con Daniel ? ¿ Habría por ventura dejado de amar á Eliana ? ¿ Habría acaso dejado de pensar en ella con la antigua invariable fijeza ? ¿ Eran aquéllas, debilidades del corazón humano ?... No, sino precisamente lo contrario; aquella resignación era hija de un exceso de fuerzas en el alma de Daniel, porque Daniel amaba como nunca á Eliana, pensaba en ella como siempre, y aún le quedaban fuerzas para sentir un latido de cariño por Alberto. Y aquel gasto de fuerzas le consumía. Si queremos ahora explicarnos más claramente el misterio de aquella resignación, leamos por un momento estos pensamientos que, desde hacía muchos días, se agitaban con sombra de elocuencia en el cerebro de Daniel :

« ¡ Benditas seáis, sábanas inmensas de nieve de la vecina cordillera ! ¡ Benditas seáis, porque sólo vosotras os habéis compadecido de mí, enviándome consoladora caricia al prepararme, con vuestros blancos cendales de nieve, el sudario inmenso de mi cadáver ! ¡ Benditas vosotras que, en el aroma dulce de vuestro clima, infiltráis en mi pecho un veneno que acortará los días ya insoportables de mi vida !

(La fin en el número próximo.)

Digitized by Google

AMECAMECAN.

Una prominencia cubierta de cedros milenarios, á través de cuyas ramas cargadas de heno se revelan, prodigiosas de majestad, dos montañas coronadas de nieve. Entre los cedros y las montañas, un pueblo de casitas bajas y tristes agobiado de silencio y de luz solar. Entre las casas, ante una extensa plaza solitaria, yergue su macicez policroma una iglesia colonial. Por las calles corren cristalinos arroyos. Sobre los techos rojizos de las casas, al fin de cada callejuela, por cada puerta, detrás de cada barda musgosa, tras de la iglesia, entre los árboles, por todas partes, ineludibles, dominándolo todo, el Volcán y la Sierra delinean poderosamente sus contornos de hielo sobre el cielo profundo.

Esto es Amecamecán.

Una melancolía omnipotente, diáfana como la diáfana atmósfera, cristaliza todas las cosas ; una melancolía grande, irresistible como toda verdad, desesperante como un hecho que ha destruido una ilusión... ¡ tristeza de cosa pasada que perdura !

El Volcán helado, en cuyo cráter el fuego se ha extinguido ; la Sierra que, como un gran catafalco, tiene, amortajado en frío sudario, el cuerpo inmaculado de una princesa quimérica ; los bosques destrozados ; las tierras deslavadas ; la raza vencida... ¡ todo parece que ha muerto !

Sobre las ramas de las viejas encinas, los parásitos absorben la vida del árbol, y el heno, como las melenas canosas de un viejo, cuelga sus hilillos grises de las ramazones secas de los cedros. Por los declives de las montañas, las arenas y las rocas muestran su esterilidad.

En el silencio de la raza está latente la barbarie de los conquistadores vestidos de hierro, y el desprecio de la república.

Las montañas colosales, el bosque sagrado, el pueblo adormecido... ¡ son un gran sollozo que consuela el sol revelador !

Dentro de las líneas apocalípticas del paisaje de Amecamecán, duerme la energía de una raza y la grande riqueza de la tierra.

¡ Levantaos, gentes secas y duras, invencibles en la fatiga y en el dolor ! Despertad vuestra inteligencia que, á semejanza del oro del Volcán sepultado por los derrumbes, yace escondida bajo las avalanchas de la opresión secular ; repoblad los bosques que ha destruido la ambición ignorante ; no permitáis que los parásitos aniquilen vuestros árboles gigantescos ; convertid los turbulentos arroyos, que bajan de las Fuentes

Digitized by Google

Eternas, en mansos canales que fertilicen la Tierra...

¡ Entonces, entre el Bosque Sagrado y las montañas maravillosas, surgirá un canto... y el sol revelador alumbrará la vida !

El Sol.

(Ascendiendo del mar á la montaña.)

Entre todos los cultos, el culto más lógico es el del Sol.

No hay nada que simbolice una fuerza creadora, conservadora y destructora, como el Sol.

Los hombres que, durante todas las épocas, han ideado una síntesis suprema de las cosas, para hacerla comprensible la han humanizado, y en todas las religiones, una forma humana, con atributos más ó menos locales, ha simbolizado « Dios », la fuerza suprema.

Los pueblos que adoraron al Sol crearon la más filosófica de las religiones, y llegaron á precisar, en el foco luminoso, la razón « primitiva » de las cosas. Primitiva, porque más allá de todos los abismos hay otro sol, más grande que todas las suposiciones, y que es el epicentro del Infinito. Este polvo molecular que llamamos mundos, soles, nebulosas, sistemas, son las partículas de un movimiento giratorio alrededor de un centro único.

Por eso, el símbolo más sintético, más profundo de una Fuerza Suprema, debería ser simplemente un disco luminoso sobre un campo violáceo, rodeado de un círculo de pequeños globos.

Allí estaría sintetizada la creación toda entera...

Nuestro Sol, el Sol que nos dió vida, que nos alumbra, que nos calienta, que pone de manifiesto una de las multiformes apariencias de las cosas, mostrándolas más claramente á los ojos, que nos oculta durante la mitad de la vida el misterio de la Noche, y que nos lleva por ignotas regiones á una hecatombe segura, este divino Sol, padre de todas las cosas, yo lo he adorado con amor infinito, he seguido su curso días enteros mirando como deja pasar la Tierra, como la va iluminando con su ojo implacable y descubriendo sus arrugas ¡ entre las cuales germina la Especie !

¡ Bello es el Sol !

Yo lo he visto, en los amaneceres cálidos

... y desaparecer tras de los lejanos montes, cuando lo oculta el movimiento de la Tierra.

Digitized by Google

y húmedos de la costa, aparecer sobre las ondas del golfo, rojizo y solemne; tras de las cordilleras del Ayusco radiante, dorar ligeras nubecillas, semivelado por largos cirros, sobre verdes y extensísimos sembrados; terrible, calcinar los bosques de las costas, secar los arroyos, derretir la nieve de los grandes volcanes, evaporar el Océano Pacífico; lo he contemplado en el zenith, brillando sobre cielo violáceo, como un diamante incrustado en una placa de lápiz lázuli; al atardecer, filtrar su luz entre los obscuros manglares de Córdoba, y desaparecer tras de los lejanos montes cuando lo oculta el movimiento de la Tierra.

Todo esto puede describirse, reproducirse, contemplarse deliciosamente; pero el Sol visto desde la cima de una montaña muy elevada, en un día diáfano y sin nubes, es solemne, es trágico, y nuestros nervios conmovidos « sienten » su disco luminoso rodar entre llamaradas por el espacio profundo.

Es como la marcha de una Victoria Eterna sobre las cosas doblegadas.

¡ Imponderable Sol, tanto más concreto, tanto más bello, tanto más extraño, mientras menos te deforman los velos de la atmósfera, es ante ti, que eres luz sobre esta tierra de predilección, que yo he comprendido que para ser verdaderamente grande, sapiente, sería necesario coger todas las cosas con las manos y destruirlas en el análisis!

La Noche.

(Sobre la nieve del Pico de Orizaba.)

Bella y potente cosa es mirar en la luz, pero más bella y más potente es mirar en la sombra. ¡ Cómo el pensamiento se extiende, se dilata, penetra, rasga el velo de los misterios, descubre la verdad de las cosas, y cómo se detiene asombrado ante los pequeños incidentes que, sobre la curvatura de los mundos, han producido las más grandes transformaciones de las especies!

¡ Caminando de noche por el áspero perfil de una montaña helada, dominando la tierra ondulosa y obscura, y teniendo las radiaciones del pensamiento, como las luces de un faro, dirigidas hacia los profundos abismos del espacio, es cuando el hombre comprende la inconmensurable importancia del sencillísimo hecho que, al despejarle la atmósfera, le ofreció los cielos y le volvió inmortal!

La desaparición de los vapores que en un principio cubrieron la Tierra, es el hecho más importante que se ha verificado en el mundo desde que la Especie existe. La noche en que por primera vez se rasgaron las nubes y brillaron en lo profundo las luces misteriosas de los astros, fué la noche gloriosa de la liberación: se abrió ante el hombre atónito el Eterno Infinito.

Y conocimos la belleza de las sombras estrelladas, la existencia de los mundos, la medida del Espacio, la extensión de lo Ilimitado, la verdad de la Creación.

¡ Y nuestro espíritu, que se arrastraba como un reptil entre la fangosidad de la Tierra, radió sobre todo el Universo!

Un deseo ilimitado de transformar el « attimo fuggente », que es nuestra vida en una espiral sin término, nació.

Y nacimos á la vida de la contemplación, de la meditación, de la conciencia.

Y la sombra húmeda é impenetrable que cobijaba la tierra por las noches, se convirtió en el misterio de las luces inextinguibles.

¡ Y en nuestro camino por los abismos, la Verdad va poniendo entre las frotaciones de nuestros dedos el Polvo Sideral!

¡ Oh, Noche! ¡ Tú eres la generadora de la Inteligencia y del Deseo! ¡ En tu seno nació la Conciencia y el perdurable movimiento del Anhelo humano que, fuera del Tiempo y de la Distancia, ha ultrapasado y ultrapasará siempre los límites de lo Tangible!

Atl.

Digitized by Google

Elegancias Masculinas

LA CAZA.

Ha llegado la época de este entretenido y saludable deporte.

En la mañana de un sereno día otoñal, llamamos á nuestros perros, empuñamos nuestra escopeta, y nos aprestamos á disparar los primeros tiros y á cobrar las primeras piezas.

Pero antes de ponernos en campaña, veamos si nuestro atavío es digno de nosotros, y si nuestra elegancia no desmerece en nada al abandonar la ropa de ciudad para vestir la de campo.

Kriegck nos ha confeccionado un traje del todo á su gusto: pantalón á cuadros, verdes y amarillos, chaqueta de paño liso, y chaleco de igual color y género que la chaqueta... ¡ Un modelo ideal, en suma !

El pantalón, bien ajustado á la pierna, va abrochado por delante, y esto permite sujetar las polainas con el mismo pantalón. La idea de este arreglo es original de Kriegck, y gracias á tan ingeniosa combinación las polainas quedan fijas y no se mueven ni se suben.

Además, este pantalón lleva dos grandes bolsillos por delante, muy altos, un bolsillo en el cinturón, y otro bolsillo de costado; así resultan cuatro bolsillos, en el pantalón tan sólo. Pero en cambio, el repetido pantalón no lleva bolsillos detrás, ya que los llamados « bolsillos de revólver » son todo lo molestos que se puede imaginar, y que los objetos que se guardan en ellos se incrustan en los riñones, así que uno se inclina ó se sienta.

En el bolsillo que el pantalón lleva delante, pueden colocarse muy bien unos doce cartuchos, y á tal objeto, Kriegck ha hecho forrar este bolsillo con piel de ante.

La chaqueta de caza es un modelo mixto de blusa y de chaqueta, y lleva un fuelle de frunces por detrás. El chaleco es un poco largo: un poco estilo Luís XV, con grandes bolsillos que fácilmente pueden contener veinte cartuchos.

Este traje se completa con una pelerina corta, que resguarda los hombros de la humedad.

Al regresar, hallamos en nuestra casa un nuevo envío de Kriegck: se trata de un traje especial para la caza de patos. El traje es de un matiz verde follaje, lo que permite ocultarse fácilmente entre la maleza de las lagunas, para aguardar la caza.

Con este traje, Kriegck nos envía unas botas especiales, hechas por Coquillot, para la caza de laguna y de marismas. Estas botas son completamente impermeables, condición que no todas las botas de caza tienen.

Y de paso, Kriegck nos anuncia que nos prepara un traje para la caza á caballo: casaca encarnada, de *beaver* marengo, con faldones que al colocarse en silla cubren los muslos, y dos pantalones: uno de *tricotine* blanca, y otro de *tricotine* beige, según la clase de caza á la cual se ha de ir.

Traje de Caza, modelo de Kriegck, 23, Rue Royale, Paris.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 083218328

Digitized by Google